El Vizconde de Bragelonne

Alejandro Dumas

INDICE

I — La carta
II — El mensajero
III—La entrevista
IV—Padre e hijo
V— Crópoli, Cropole un notable pintor desconocido
VI—El desconocido
VII—Parry
VIII.—Como era su Majestad Luis XIV a los veintidós años.
IX—El desconocido de la hostería “Los Médicis” revela su incógnito
X— Las cuentas de Mazarino
XI—La política del señor Mazarino
XII—El rey y el teniente
XIII—María Mancini
XIV—Su Majestad y el teniente patentizan su respectiva memoria
XV—El proscrito
XVI— ¡Remember!
XVII—Búscase a Aramis y sólo se encuentra a Bazin
XVIII—Artagnan busca a Porthos y sólo halla a Mosquetón.
XIX—Relátase lo que Artagnan iba a realizar en París
XX—Se forma sociedad en “El Pilón de Oro”, para explicar la idea del señor Artagnan
XXI—Prepárase Artagnan a viajar por cuenta de la casa “Planchet y Compañía”
XXII—Los soldados de Artagnan
XXIII—Donde el autor se ve obligado, aunque a pesar suyo, a hacer un poco de historia
XXIV—Un tesoro
XXV—El pantano
XXVI—Corazón y cabeza
XXVII—E1 día siguiente por la mañana
XXVIII—El contrabando
XXIX—Artagnan teme haber puesta su dinero y el de Planchet en negocio ruinoso
XXX—Las acciones de la sociedad “Planchey Compañía” pónense a la par
XXXI—El golpe de Monk
XXXII—Athos y Artagnan vuélvense a encontrar en la hostería “El Cuerno de Ciervo”
XXXXI—Audiencia
XXXIV— ¿Qué hacer con tanto capital?
XXXV—En el canal
XXXVI—Artagnan saca, como hubiera hecho un hada, una casa de recreo de un cajón de pino, como por encanto
XXXVII—Artagnan arregla el pasivo de la sociedad antes que su activo
XXXVIII—Donde se ve cómo el abacero francés se había ya rehabilitado con el siglo
XXXIX—E1 juego de Mazarino
XL—Asunto de Estado
XLI—El relato
XLII—Mazarino se hace pródigo
XLIII—Guénaud

XLIV—Colbert
XLV—Confesión de un hombre honrado
XLVI—La donación
XLVII—De cómo Ana de Austria dio un consejo a Luis XIV, y el señor Fouquet le dio otro
XLVIII—Agonía
XLIX—Primera aparición de Colbert
L—Primer día del reinado de Luis XIV
LI—Una pasión
LII—La lección de Artagnan
LIII—E1 rey
LIV—Las casas de Fouquet
LV—El abate Fouquet
LVI—La galería de Saint-Mandé
LVII—Los epicúreos
LVM—Quince minutos de retraso
LIX—Plan de batalla
LX—La taberna "La Imagen de Nuestra Señora"
LXI— ¡Viva Colbert!
LXII—De qué modo el diamante del señor de Eymeris fue a parar a manos de Artagnan
LXIII—De la notable diferencia que encontró Artagnan entre el señor intendente y monseñor el superintendente.
LXIV—Filosofía del corazón y de la cabeza
LXV—El viaje
LXVI—Artagnan entabla relación con un poeta que se hizo tipógrafo para que sus versos fuesen impresos
LXVII—Artagnan continúa sus investigaciones
LXVIII—Donde seguramente se sorprenderá el lector como se sorprendió Artagnan, al encontrarse con un antiguo conocido
LXIX—Donde las ideas de Artagnan, confusas al principio, empiezan a aclararse algún tanto
LXX—Procesión en Vannes
LXXI—Su Ilustrísima el obispo de Vannes
LXXIL—Porthos comienza a enojarse por haber ido con Artagnan
LXXIII—Donde Artagnan corre, Porthos ronca y Aramis aconseja
LXXIV—Donde el señor Fouquet obra
LXXV—Artagnan le echa al fin manó a su despacho de capitán
LXXVI—El enamorado y la amada
LXXVII—Donde reaparece por fin la verdadera heroína de este relato
LXXVIII—Malicorne y Manicamp
LXXIX—Manicamp y Malicorne
LXXX—El patio del palacio Grammont
LXXXL –El retrato de Madame
LXXXII—En el Havre
LXXXIII—En el mar
LXXXIV—Las tiendas
LXXXV—La noche
LXXXVI—Del Havre a París
LXXXVII—Lo que el caballero de Lorena pensaba de Madame.
LXXXVIII—Sorpresa de la señorita de Montalais

LXXXIX—Él consentimiento de Athos
XC—El duque de Buckingham inspira celos a Monsieur.
XCI—"For ever!"
XCII—Donde Su Majestad Luis XIV no encuentra a la señorita de la Valliére ni bas tante rica, ni bastante bonita para un gentilhombre de la categoría de Raúl.
XCIII—Multitud de estocadas en el vacío
XCIV—Baisemeaux de Montlezun
XCV—El juego del rey
XCVI—Las cuentas del señor Baisemeaux de Montlezun
XCVII —El almuerzo del señor Baisemeaux
XCVIII—El segundo de la Bertaudière
XCIX—Las dos amigas
C—La plata labrada de la señora de Bellière
CI—La dote
CII—El terreno de Dios
CIII—Triple amor
CIV—Los celos del señor de Lorena
CV—Monsieur está celoso de Guiche
CVI—El mediador
CVII—Los consejeros
CVIII—Fontainebleau
CIX—El baño
CX—La caza de las mariposas
CXI—Lo que se coge persiguiendo mariposas
CXII—El baile de las estaciones
CXIII—Las ninfas del parque de Fontainebleau
CXIV—Lo que se decía bajo la encina real
CXV—La.ansiedad del rey
CXVI—El secreto del rey
CXVII—Correrías de noche
CXVIII—Donde Madame adquiere la prueba de que escuchando se puede oír lo que se dice
CXIX—La correspondencia de Aramis
CXX—Funcionario de orden
CXXI—Fontainebleau a las dos de la mañana
CXXII—El laberinto
CXXIII—De qué modo fue desalojado Malicorne de la hostería "El hermoso pavo real"
CXXIV—Lo que realmente sucedió en la hostería "El hermoso pavo real"
CXXV—Un Jesuita del año onceno
CXXVI—Secreto de Estado
CXXVII—La misión
CXXVIII—Dichoso como un príncipe
CXXIX—Historia de una dríada y de cierta náyade
CXXX — Termina la historia de una dríada y de cierta náyade.
CXXXI—Psicología real
CXXXII— Lo que no previeron náyade ni dríada

CAPÍTULO I

LA CARTA

En el mes de mayo del año 1660, a las nueve de la mañana, cuando el sol ya bastante alto empezaba a secar el rocío en el antiguo castillo de Blois, una cabalgata compuesta de tres hombres y tres pajes entró por él puente de la ciudad, sin causar más efecto que un movimiento de manos a la cabeza para saludar, y otro de lenguas para expresar esta idea en francés correcto.

—Aquí está Monsieur, que vuelve de la caza.

Y a esto se redujo todo.

Sin embargo, mientras los caballos subían por la áspera cuesta que desde el: río conduce al castillo varios hombres del pueblo se acercaron hombres último caballo, que llevaba pendientes del arzón de la silla diversas aves cogidas del pico.

A su vista, los curiosos manifestaron con ruda franqueza, su desdén por tan insignificante caza, y después de perorar sobre las desventajas de la caza de volatería, volvieron a sus tareas. Solamente uno de estos, curiosos, obeso y mofletudo, adolescente y de buen humor, preguntó por qué Monsieur, que podía divertirse tanto, gracias a sus pingües rentas, conformábase con tan mísero pasatiempo.

— ¿No sabes —le dijeron— que la principal diversión de Monsieur es aburrirse?

El alegre joven se encogió de hombros, como diciendo: “Entonces, más quiero ser Juanón que príncipe.”

Y volvieron a su trabajo.

Mientras tanto, proseguía, Monsieur su marcha, con aire tan melancólico. y tan majestuoso a la vez, que, ciertamente, hubiera causado la admiración de los que le vieran, si le viera alguien; mas los habitantes de Blois no perdonaban a Monsieur que hubiera elegido esta ciudad tan alegre para fastidiarse a sus anchas, y siempre que veían al augusto aburrido, esquivaban su vista, o metían la cabeza en el interior de sus aposentos, como, para substraerse a la influencia de su largo y pálido rostro, de sus ojos adormecidos y de su lánguido cuerpo. De modo, que el digno príncipe estaba casi seguro de encontrar desiertas las calles por donde pasaba.

Esto era una irreverencia muy censurable por parte de los habitantes de Blois, porque Monsieur era, después del rey, y aun tal vez antes del rey, el más alto señor del reino. En efecto, Dios, que había concedido a Luis XIV, reinante a la sazón, la ventura de ser hijo de Luis XIII había otorgado a Monsieur el honor de ser hijo de Enrique IV. No era, por tanto, o al menos no debía ser motivo sino de orgullo, para, la ciudad de Blois, esta preferencia dada por Gastón de Orleáns, que tenía su corte en el antiguo castillo de los Estados.

Pero estaba escrito, en el destino de este gran príncipe, no excitar más que medianamente, en todas partes donde se hallaba, la atención y la admiración del pueblo: Monsieur había tomado el partido de acostumbrarse a ello.

Quizá esto era lo que le daba su aspecto de tranquilo aburrimiento. Monsieur había estado muy ocupado en su vida. Imposible es hacer cortar la cabeza a una docena de sus mejores amigos, sin que esto haga algún ruido, y como desde el advenimiento de Mazarino no se había cortado la cabeza a nadie; Monsieur no tenía qué hacer y se fastidiaba.

Era, pues, muy melancólica la vida del pobre príncipe; después de su cacería matutina en las orillas del Beuvron, o en los bosques de Cheverny, Monsieur pasaba el Loira, iba desayunarse a Chambord, con apetito o sin él, y la ciudad de Blois no volvía a hablar hasta da cacería próxima de su soberano, señor y dueño.

Esto era el aburrimiento *extramuros;* en cuanto al fastidio interior, daremos una ligera idea de él al lector, si quiere seguir con nosotros la cabalgata y subir hasta el suntuoso pórtico del castillo de los Estados.

Monsieur montaba un caballo de poca alzada, enjaezado con ancha silla de terciopelo rojo de Flandes y estribos en forma de borceguíes; el jubón de Monsieur, hecho de terciopelo carmesí, y la capa, que era del mismo color, confundíanse con el jaez del caballo; y solamente por este conjunto rojizo era por lo que podía conocerse al príncipe entre sus dos compañeros, vestidos uno de color violeta y otro de verde. El de la izquierda era el escudero; el da la derecha, el montero mayor.

Uno de los pajes llevaba dos gerifaltes sobre una percha y el otro una corneta, en la que soplaba con flojedad a veinte pasos del castillo. Todo lo que rodeaba a este príncipe perezoso hacía con pureza lo que él hubiera hecho del mismo modo.

A esta señal, ocho guardias que paseaban al sol en el patio, corrieron a tomar sus alabardas, y Monsieur hizo su entrada en el castillo.

Cuando desapareció, a través de las profundidades del pórtico, algunos pilluelos que habían subido al castillo detrás de la cabalgata, mostrándose mutuamente las aves cazadas; se dispersaron, comentando lo que acababan de ver; luego que desaparecieron, la calle, la plaza y el patio quedaron desiertos.

Monsieur se apeó del caballo sin pronunciar palabra; pasó a su habitación, donde le mudó de vestido su ayuda de cámara, y como Madame no hubiese todavía enviado .a tomar las órdenes para el desayuno. Monsieur se tendió sobre una poltrona, y se durmió de tan buena gana como si hubieran sido las once de la noche.

Los ocho guardias, que comprendieron estaba terminado su servicio por el resto del día, se acostaron al sol sobre sus bancos de piedra, los palafreneros desaparecieron con sus caballos en las cuadras, y a excepción de algunos pájaros, que se picoteaban unos a otros con chillidos agudos en la espesura de las alhelíes, hubiérase dicho que todos dormían en el castillo del mismo modo que Monsieur.

De pronto, en medio de este silencio tan dulce, resonó una risotada nerviosa que hizo abrir un ojo a algunos de los alabarderos que hacían la siesta.

Esta carcajada salía de la ventana del castillo, visitada en aquel instante por el sol, que 1a conglobaba en uno de esos grandes ángulos que dibujaban mirando al mediodía, sobre los patios, los perfiles de las chimeneas.

El balconcillo de hierro cincelado, que sobresalía más allá de esta ventana, estaba adornado con un tiesto de flores rojas, otro de primaveras, y un rosal, cuyo follaje, de un verde encantador, estaba salpicado de capullos rojos, precursores de rosas.

En la habitación a que daba luz esta ventana, distinguíase una mesa cuadrada, revestida de antigua tapicería con muchas flores de Harlem; sobre esta mesa había una redomita de piedra, en la cual estaban sumergidos algunas lirios; y, a cada extremo de dicha mesa, una joven.

La actitud de estas dos jóvenes era particular; se las hubiera tomado par dos pensionistas escapadas del convento. Una de ellas, con los codos apoyados en la mesa y una pluma

en la mano, trazaba caracteres sobre una hoja de papel de Holanda; la otra, arrodillada sobre una silla, lo que le permitía adelantar la cabeza y el busto por encima del espaldar hasta la mitad de la mesa, miraba a su compañera cómo vacilaba al escribir. De aquí provenían los gritos y las risas, uno de las cuales, más ruidosa que las otras, había espantado a los pájaros que saltaban en los alelíes y turbado el sueño de los guardias de Monsieur.

La que iba apoyada sobre la silla, la más ruidosa, la más risueña; era una linda muchacha de diecinueve a veinte años, morena, de cabellos negros y ojos encantadores, que ardían baja unas cejas vigorosamente trazadas, con unas dientes que resplandecían como perlas entre labios de coral.

Todos sus movimientos parecían el resultado de un gesto; su vida no era vivir, sino saltar.

La otra, la que escribía, miraba a su bulliciosa compañera con ojos azules y límpidas como el cielo de aquel día. Sus cabellos, de un rubio ceniciento, peinados con delicado gusto, caían en trenzas sedosas sobre sus nacaradas mejillas; posaba sobre el papel una mano delicada, pero cuya delgadez denunciaba su juventud. A cada, risotada de su amiga, alzaba como despechada sus blancos hombros, de una forma poética y suave, mas a los cuales faltaba esa elegancia de vigor y de modelo que también se deseaba ver en sus brazos y manos.

¡Montalais! ¡Montalais! — exclamó por fin con voz dulce y cariñosa como un cántico–
–Reís demasiado fuerte, como un hombre, y no solamente os notarán los señores guardias, sino que tampoco oiréis la campanilla de Madame, cuando llame.

La joven, llamada Montalais, no cesó de reír ni de gesticular por esta amonestación, y contestó:

—No decís lo que pensáis, querida Luisa; sabéis que los señores guardias, cómo vos los llamáis; empiezas ahora su sueño, y que ni un cañón los despertaría; sabéis también que la campanilla, de Madame se oye desde el puente de Blois, y que, por consiguiente, la oiré cuando mi obligación me llame a su cuarto. Lo que os molesta, hija mía, es que yo me ría cuando escribís; lo que teméis es que la señora de Saint-Remy, vuestra madre, suba aquí, como hace a veces cuando reímos estrepitosamente; que nos sorprenda, y que vea esa enorme hoja de papel, en la cual, después de un cuarto de hora, no habéis trazado más que estas palabras: *“Caballero Raúl”.* Tenéis razón, amada Luisa, porque después de esas palabras, caballero Raúl, se pueden poner tantas otras, tan significativas y tan incendiarias, que la señera de Saint-Remy, vuestra madre, tendría derecho para arrojar fuego y llamas. ¡Eh! ¿No es esto? ¡Hablad!

Y Mantalais, aumentó sus risas y provocaciones turbulentas.

La joven rubia se enfureció de repente; desgarró el papel en que estaban escritas las palabras *Caballero Raúl* con hermosa letra, y, arrugándolo entre sus nerviosos dedos lo arrojó por la ventana.

— ¡Hola, hola! —dijo la señorita de Montalais—. ¿Cómo se enoja nuestro corderito, nuestro niño Jesús, nuestra paloma!... No tengáis miedo, Luisa; la señora de Saint-Remy no vendrá, y si viniera, ya sabéis que tengo el oído muy fino. Además, ¿qué cosa más natural que escribir a un antiguo amigo que data de doce años, sobre todo, cuando se empieza la carta con las palabras *Caballero Raúl?*

—Está bien, no le escribiré —dijo á joven.

¡Ah!... Ya está Montalais bien castigada! —exclamó, sin dejar de reír, la morenita burlona.—. Vamos, vamos, otro pliego de papel, y concluiremos pronto nuestra correspondencia. ¡Bien! ¡Ahora sí que suena la campanilla! ¡Tanto peor! Madame pasará la mañana sin su primera camarista.

En efecto, la campanilla; anunciaba que Madame había concluido su tocado y esperaba a Monsieur, que le daba la mano en el salón para pasar al comedor.

Hecha esta formalidad con grande ceremonia, los dos esposos almorzaban y se separaban hasta la hora de comer, fijada invariablemente a las dos de la tarde.

El sonido de la campanilla hizo abrir en la repostería, a la izquierda del patio, una puerta por la cual desfilaron dos maestresalas, seguidos de ocho marmitones con una parihuela cargada de manjares cubierta con tapaderas de plata.

Uno de estos maestresalas, el que parecía el primero en título, tocó en silencio con su varita a uno de los guardias que roncaba sobre un banco, y llevó su bondad al extremo de poner en manos de aquel hombre, muerto de sueño, la alabarda que estaba arrimada a la pared y a su lado; después de lo cual, el soldado, sin preguntar una palabra, escoltó hacia el comedor la comida de Monsieur, precedida de un paje y los dos maestresalas.

Por todas partes por donde pasaba la comida de Monsieur, precedida de un paje y los dos maestresalas.

Por todas partes por donde pasaba la comida, los guardias acompañábanla con sus armas.

La señorita de Montalais y su amiga habían seguido con la vista, desde su ventana, el pormenor de este ceremonial, al cual, sin embargo, debían estar habituadas, pero miraban con cierta curiosidad para asegurarse de que no serían molestadas. Así es que, cuando pasaron marmitones, guardias, pajes y maestresalas, volvieron a su mesa, y el sol que antes iluminó un instante sus rostros encantadores, ahora sólo alumbraba los lirios, las primaveras y el rosal.

¡Bah! —dijo Montalais, ocupando su asiento.

— Madame almorzará bien sin mí.

— ¡Oh! Seréis castigada; Montalais —contestó la otra joven sentándose muy despacio.

— ¿Castigada? ¡Ah! Sí, es decir, privada del paseo. ¡Eso es lo que yo deseo, ser castigada! Salir en el gran coche colgada a una portezuela; volver a la izquierda, torcer a la derecha por caminos cubiertos de surcos, por donde se adelanta una legua en dos horas, y después, volver derecho por el ala del castillo donde está la ventana de María de Médicis, para que Madame diga como acostumbra: ".¡Quién creyera que por ese sitio se salvó la reina Maria! ¡Cuarenta y siete pies de altura! ¡La madre de dos príncipes y de tres Princesas!" Si esto es una diversión, Luisa, deseo ser castigada todos los días, sobre todo si mi castigo consiste en quedarme con vos y escribir cartas tan interesantes como las que escribimos.

— ¡Montalais! ¡Montalais! Hay deberes que es menester cumplir.

—De esto podéis hablar muy cómodamente, querida, vos, a quien dejan libre. Vos sois la única que recoge todas las ventajas, sin tener ninguna obligación; vos, que sois más dama de honor de Madame que yo misma, porque pone de rechazo en vos todos sus afectos; de modo que entráis en esta triste casa, como los pájaros en este patio, respirando el aire, jugueteando con las flores y picoteando los granos sin tener que hacer el menor servicio, ni sufrir el menor aburrimiento. ¡Y sois vos quien me habla de deberes! En verdad,

bella perezosa, ¿cuáles son vuestros deberes sino escribir a ese hermoso Raúl? Y como no le escribís, resulta; según creo, que también vos abandonáis un poco vuestras obligaciones.

Luisa asumió grave aspecto, apoyó la barba en una mano, y, con aire ingenuo:

¡Echadme en cara mi bienestar! —exclamó—. Vos tenéis un porvenir; sois de la Corte, y si el rey se casa llamará a su lado a Monsieur. ¡Veréis espléndidas fiestas, y también al rey, que, según dicen, es tan hermoso!

—Y, además, veré a Raúl, que está al lado del príncipe —repuso con malignidad Mantalais;

— ¡Pobre Raúl! —dijo Luisa suspirando.

—Éste es el momento de escribirle, querida mía: vamos, volvamos a comenzar ese famoso Caballero Raúl que estaba al principio del papel desgarrado.

Entonces le entregó la pluma, y, con una deliciosa sonrisa, dio valor a su mano, que trazó vivamente las palabras indicadas.

— ¿Y ahora? —dijo Luisa.

—Ahora, escribid lo que pensáis —respondió Montalais.

— ¿Estáis cierta de que yo pienso algo?

—En alguno pensáis.

— ¿Eso creéis, Montalais?

—Luisa, Luisa, vuestros ojos azules son profundos como el mar que vi en Boulogne el año pasado. No, me engaño, el mar es pérfido; vuestros ojos son profundos como el azul que vemos allá arriba, sobre nuestras cabezas.

Pues bien, una vez que tan claro leéis en mis ojos, decidme lo que pienso.

—En primer lugar, no pensáis en *el caballero Raúl,* sino en *mi querido Raúl.*

— ¡Oh!

—No os ruboricéis por tan poca cosa. *Mi querido Raúl,* decimos, me rogáis que os escriba a París; donde os retiene el servicio del príncipe. Como es preciso que os aburráis ahí para buscar distracciones con el recuerdo de una provinciana...

Luisa se levantó de repente.

—No, Montalais —replicó sonriéndose—, no; no pienso ni una palabra de todo eso. Mirad, esto es lo que pienso.

Tomó atrevidamente la pluma, y trazó con pulso firme las palabras siguientes:

"Habría sido muy desgraciada, si vuestras obstinadas instancias para lograr de mi un recuerdo, hubiesen sido menos vivas. Todo me habla aquí de nuestros primeros años, tan dulce como rápidamente transcurridos, que nunca reemplazarán otros su encanto en mi corazón."

Montalais, que minaba correr la pluma y que leía, mientras que su amiga iba escribiendo, la interrumpió palmoteando:

— ¡Sea enhorabuena! —dijo—. Aquí sí que hay sinceridad, corazón, estilo; demostrad a esos parisienses, querida mía, que Blois es la ciudad donde mejor se habla:

—Sabe que Blois ha sido para mí el cielo.

—Eso es lo que yo quería decir, y que habláis como un ángel.

—Termino, Montalais.

Y la joven continuó en efecto:

«Decís que pensáis en mí caballero Raúl; os doy las gracias; mas esto no puede sorprenderme, pues sé muy bien cuántas veces han latido juntos nuestros corazones.”

— ¡Oh! — exclamó Mantalais —. Tened cuidado, corderita mía, mirad que hay lobos allá.

Iba a contestar Luisa cuando resonó el galope de un caballo bajo el pórtico del castillo.

— ¿Qué sucede? dijo Montalais acercándose a la ventana—. ¡Un hermoso caballero, a fe!

— ¡Oh Raúl! —murmuró Luisa, que había hecho el mismo movimiento que su amiga, y que, poniéndose pálida, cayó palpitante cerca de la carta sin terminar.

— ¡Éste sí que es un amante listo! — exclamó Montalais —. Y que llega a tiempo.

—Retiraos, os lo ruego —murmuró Luisa.

— ¡Bah! ¡Si no me conoce! Permitidme saber lo que le trae aquí.

II

EL MENSAJERO

Tenía razón la señorita de Montalais: el caballero merecía llamar la atención.

Joven, de unos veinticuatro años y de hermosa estatura, llevaba con delgada, gracia el traje militar de la época. Sus largas botas encerraban un pie que no hubiera desdeñado la señorita de Montalais, si se hubiese transformado en hombre. Con una de sus manos, delicadas y nerviosas, detuvo su caballo en medio del patio, y con la otra alzó el sombrero de largas plumas que sombreaban su fisonomía, grave y sincera a la vez.

Al ruido del caballo despertaron los guardias y pusiéronse en pie. El joven dejó que uno de ellos se aproximara hasta el arzón de la silla, e inclinándose hacia él dijo con voz clara, que fue oída perfectamente desde la ventana en que se recataban ambas jóvenes:

—Un mensaje para Su Alteza Real.

— ¡Ah! ¡Ah! — exclamó el guardia —. ¡Oficial, un mensajero! Pero este excelente soldado sabía muy bien que no parecería ningún oficial, porque el único que podía aparecer permanecía en lo último del castillo, en una habitación pequeña que daba a los jardines. Así es que se apresuró a añadir:

—Caballero, el oficial está de ronda; pero en su ausencia debe avisarse al señor de Saint-Remy, mayordomo del Palacio.

— ¡El señor de Saint-Remy! —repitió el caballero ruborizándose.

— ¿Le conocéis?

— ¡Oh! Sí… Os ruego le aviséis al punto, para que mi visita sea anunciada lo más pronto posible a Su Alteza.

—Parece que el asunto es urgente —dijo el guardia como si hablase consigo mismo, pero en realidad con la esperanza de obtener una contestación.

El mensajero hizo un signo afirmativo de cabeza.

—Entonces —añadió el guardia—, yo mismo voy a buscar al mayordomo de Palacio.

El joven, entretanto, echó pie a tierra, y mientras los otros soldados advertían todos los movimientos del caballo del mensajero, el guardia: volvió atrás diciendo:

—Dispensad, caballero, mas decidme vuestro nombre, si gustáis:

—Vizconde de Bragelonne, de parte de Su Alteza el señor príncipe de Condé.

El soldado hizo un reverente saludo, y, como si el nombre del vencedor de Rocroy y de Lens le hubiese dado alas, subió ligero la calera para penetrar en las antecámaras.

No había tenido tiempo siquiera el señor de Bragelanne de atar su caballo a los barrotes de hierro de la escalinata, cuando llegó desalentado el señor de Saint-Remy, sosteniendo su abultado vientre con una de sus manos, mientras que con la otra hendía el aire, como un pescador las olas con su remo.

¡Ah, señor vizconde; vos en Blois! —murmuró—. ¡Esto es una maravilla! ¡Buenos días, caballero Raúl, buenos días!

—Mil respetos, señor de Saint-Remy.

—La señora de La Vallière, quiero decir que la señora de Saint-Remy va a tener un gran placer en veros. Pero venid, Su Alteza Real está almorzando. ¿Hemos de interrumpirle? ¿Es grave el asunto?

—Sí y no, señor de Saint-Remy. Con todo, un momento de tardanza podría producir alguna desazón a Su Alteza Real.

—Si es así, quebrantemos la consigna, señor vizconde. Venid; Monsieur está hay de un humor delicioso. Además, nos daréis noticias, ¿no es cierto?

—Grandes, señor de Saint-Remy.

— ¿Y buenas; presumo?

— ¡Óptimas!

—Pues entonces, venid pronto, muy pronto —exclamó el buen hombre que se arreglaba caminando.

Raúl siguióle, sombrero en mano; algo asustado del ruido solemne que hacían las espuelas sobre el tillado de las inmensas salas:

En el momento de desaparecer en el interior del palacio, volvió a oírse en la ventana del patio un cuchicheo animado que demostraba la emoción de las jóvenes; pronto debieron tomar alguna resolución, porque una de las dos cabezas desapareció: la del pelo negro; la otra permaneció detrás del balcón oculta entre las flores y mirando con atención, por los recortes de las ramas la escalinata por la que el señor de Bragelonne hizo su entrada en el palacio.

Mientras tanto proseguía su camino el objeto de tanta curiosidad, siguiendo las huellas del mayordomo de Palacio. El rumor de pasos acelerados, el olor de vinos y viandas, y el ruido de cristales y de vajilla le dieron a entender que llegaba al fin de su carrera.

Pajes, criados y oficiales, reunidos en la sala que precedía al comedor, acogieron al recién llegado con la proverbial cortesía de este país; algunos conocían a Raúl, y casi todos

sabían que llegaba de París. Podría decirse que su entrada suspendió por un instante el servicio.

El hecho es, que un paje que echaba de beber a Su Alteza, al oír las espuelas en la cámara vecina, se volvió como un niño, sin notar que continuaba vertiendo, no en el vaso del príncipe, sino en los manteles.

Madame, que no estaba preocupada como su glorioso marido, notó la distracción del paje.

— ¡Muy bien! —dijo ella.

— ¡Muy bien! —repitió Monsieur.

El señor de Saint-Remy, que asomaba la cabeza por la puerta, aprovechó el momento.

— ¿Por qué molestarme? —dijo Gastón acercándose el enorme trozo de uno de los más enormes salmones que hayan remontado el Loira para dejarse pescar entre Paimboeuf y Saint-Nazaire.

—Es que viene un mensajero de París. ¡Oh! Pero después del almuerzo de monseñor tenemos tiempo

— ¿De París?... —exclamo el príncipe dejando caer su tenedor—, ¿Y de parte de quién viene ese mensajero?

—De parte del príncipe; —apresuróse a decir el mayordomo.

Sabemos ya que así era como se llamaba al príncipe de Condé.

— ¿Un mensajero del príncipe? —dijo Gastón con inquietud que no se ocultó a ninguno de los presentes, y que en consecuencia redobló la general curiosidad.

Monsieur se creyó quizá trasladado a los tiempos de aquellas bienaventuradas conspiraciones, en las cuales producía inquietud el ruido de las puertas, en que toda epístola podía contener un secreto de Estado, y todo mensaje servir a una intriga sombría y complicada: Tal vez también el gran nombre del príncipe se desplegaba bajo las bóvedas de Blois con las proporciones de un fantasma.

Monseñor echó atrás su asiento.

— ¿Digo al mensajero que espere? preguntó, el señor de Saint-Remy.

Una mirada de Madame animó a Gastón, que replico:

—No, al contrario, hacedle entrar al instante. A propósito, ¿quién es él?

—Un caballero de este país; el señor vizconde de Bragelonne.

— ¡Ah! ¡Muy, bien! Que entre, Saint-Remy.

Y cuando hubo dicho estas palabras, con su acostumbrada gravedad, Monsieur miró de tal manera a la gente de su servicio, que todos, servidores, oficiales y escuderos, dejaron la servilleta y el cuchillo, e hicieron hacia la segunda cámara una retirada tan rápida como desordenada.

Este pequeño ejército abrióse en dos filas cuándo Raúl de Bragelonne, precedido del señor de Saint-Remy, entró en el comedor.

El breve momento de soledad que había proporcionado esta retirada, permitió a Monsieur tomar un aspecto diplomático. No se movió de su postura, y esperó a que el mayordomo colocara al mensajero frente a él. Raúl se detuvo a la mitad de la mesa, de modo

que se encontrase entre Monsieur y Madame. Desde éste sitio hizo un saludo muy reverente para Monsieur; otro muy elegante para Madame, y esperó a que Monsieur le dirigiese la palabra.

El príncipe, por su parte, esperaba a que las puertas estuviesen bien cerradas; no quería volver la cabeza para asegurarse de ello, lo cual no hubiera sido oportuno; pero escuchaba con toda su alma el ruido de la cerradura, que le prometía, por lo menos, una apariencia de secreto.

Cuando estuvo cerrada la puerta, Monsieur levantó los ojos, miró al vizconde de Bragelonne y le dijo:

—Según parece llegáis de París, caballero.

—En este instante, monseñor.

— ¿Cómo se encuentra el rey?,

—Su Majestad goza de perfecta salud.

— ¿Y mi cuñada?

—Su Majestad, la reina madre, sigue padeciendo del pecho. No obstante, hace un mes que está mejor.

— ¿Me han dicha que venís de parte del príncipe? Seguramente, se engañan.

—No, monseñor. El señor príncipe me ha encargado que ponga en manos de Vuestra Alteza, esta carta, y espere la contestación.

Raúl se había conmovido algo con esta acogida fría y meticulosa; su voz había descendido insensiblemente hasta el diapasón de la del príncipe, de modo que ambos hablaban casi en voz baja. El príncipe olvidó que él era la causa de este misterio y tuvo miedo.

Recibió con ojos extraviados la epístola del príncipe de Condé, rompió el sobre como si hubiera abierto un paquete sospechoso, y para que nadie pudiese notar el efecto de su rostro se volvió de espaldas.

Madame siguió con una ansiedad casi igual a la del príncipe todos los movimientos de su augusto esposo.

Raúl, impasible y algo desembarazado por la preocupación de sus huéspedes, miró desde su puesto por la ventana, abierta ante él, el jardín y las estatuas que lo adornaban.

— ¡Ah! —exclamó de pronto Monsieur con una sonrisa radiante—. He aquí una sorpresa agradable y una deliciosa carta del príncipe de Condé. Tomad, señora.

La mesa era bastante ancha para, que el brazo del príncipe pudiese alcanzar la mano de la princesa: Raúl se apresuró a ser su intermediario, y lo hizo con tanta gracia que admiró a la princesa, valiendo un cumplimiento adulador al vizconde.

—Sin duda sabréis el contenido de esta carta preguntó Gastón a Raúl.

—Sí, monseñor; el príncipe me dio primero verbalmente el mensaje, mas después reflexionó S. A. y tomó la pluma.

—Es una hermosa letra —repuso Madame—, pero yo no puedo leer.

— ¿Queréis leer a Madame, señor de Bragelonne? —dijo el duque.

—Sí, leed, os lo suplico, caballero.

Raúl comenzó la lectura, a la cual prestó Monsieur toda atención.

La carta estaba escrita en estos términos:

“Monseñor: El rey marcha hacia la frontera, y ya sabéis que está para celebrarse el matrimonio de S. M. El rey me ha hecho el honor de nombrarme su mariscal aposentador para este viaje, y como yo sé cuan intensa será la alegría que tendrá. S. M. en pasar un día en Blois, me atrevo a pedir a V.A.R., permiso para señalar con mi lápiz el castillo que habita. Pero si lo imprevisto de esta demanda pudiera causar alguna molesta a V.A.R., os suplico me lo digáis por el mensajero que os envío, que es un gentilhombre de mi casa, el señor vizconde de Bragelonne. Mi itinerario está pendiente de la decisión de V.A.R., y en vez de seguir por Blois indicaré a Vendâme o Remoratin. Me atrevo a esperar que V. A. R. acogerá mi petición como una prueba de mi consideración sin límites y de mi deseo de serle grato.”

—Nada tan honroso para nosotros —contestó Madame, que había consultado más de una vez durante la lectura las miradas de su esposo.— ¡El rey aquí! —exclamó quizá algo más alto de lo necesario para que el secreto permaneciese guardado.

—Caballero —dijo a su vez Su Alteza, tomando la palabra—, daréis las gracias al príncipe de Condé, y le manifestaréis todo mi reconocimiento por el placer que me proporciona.

Raúl se inclinó.

— ¿Qué día llega Su Majestad? —prosiguió el príncipe.

—Según todas las probabilidades, esta noche.

—Pues entonces, ¿cómo se sabría mi respuesta, en caso de ser negativa?

—Yo tenía el encargo de volver apresuradamente a Beaugency para dar la contraorden al correo, quien volviendo también atrás la daría al príncipe.

— ¿Conque Su Majestad está en Orleáns?

—Más cerca, monseñor; Su Majestad debe haber llegado a Meung en este momento.

— ¿Le acompaña la Corte?

—Si, monseñor.

—A propósito: me olvidaba pediros noticias del señor cardenal. —Su Eminencia parece gozar de buena salud.

—Sin duda, le acompañarán sus sobrinas.

—No, Monsieur; Su Eminencia ha mandado a las señoritas Mancini marchar a Bourges; seguirán por la orilla izquierda del Loira, mientras la Corte viene por la derecha.

— ¡Cómo! ¿La señorita María Mancini abandona de ese modo la Corte? —preguntó Monsieur, cuya reserva empezaba a debilitarse.

—Sin duda —contestó discretamente Raúl.

Una sonrisa fugitiva, vestigio imperceptible de su antiguo talento de ruidosas intrigas, ilumino las mejillas del príncipe.

—Gracias; señor de Bragelonne —dijo entonces Monsieur—; quizá no queráis dar al príncipe la comisión, que desearía encargaros, y es que su mensajero me ha sido muy agradable; pero yo mismo se lo diré.

Raúl inclínóse para par las gracias a Monsieur por el honor que le hacia.

Monsieur hizo una seña a Madame, que dio un golpe en el timbre que había a su derecha.

Al instante entró el señor de Saint-Remy, y la cámara se llenó de gente.

Señores —dijo el príncipe—, Su Majestad me hace el honor de venir a pasar un día en Blois; cuento con que eI rey, mi sobrino, no tendrá que arrepentirse del honor que me hace.

— ¡Viva el rey! —exclamaran con entusiasmo frenético todos los oficiales de servício, y el señor de Saint-Remy antes que nadie.

Gastón bajó la cabeza tristemente; toda su vida había teenido que oir, o más bien, que sufrìr ese grito de ¡viva el rey! que pasaba por encima de él. Ya hacía algún tiempo que no lo escuchaba, habían descansado sus oídos, y ahora una monarquía más joven, más viva y más brillante, surgía delante de él como una nueva y dolorosa provocación.

Madame conoció los sufrimientos de aquel corazón tímido y sombrío, y se levantó de la mesa; Monsieur la imitó maquinalmente; y todos los servidores, con rumor de colmena, rodearan a Raúl para hacerle preguntas.

Madame observó este movimiento y llamó al señor de Saint-Remy.

—Esta no es hora de charlas, sino de trabajar —dijo con acento de ama —de gobierno que se enoja.

El señor de Saint-Remy se apresuró a romper el círculo formado por los oficiales que rodeaban a Raúl, de suerte que éste pudo salir a la antecámara.

—Que se cuide a ese caballero —repuso Madame dirigiéndose — al señor, de Saint-Remy.

El buen hombre corrió al instante detrás de Raúl.

—Madame nos ruega que refresquéis aquí —dijo—; además, hay para vos otro alojamiento en el castillo.

—Gracias, señor de Saint-Remy —contestó Bragelonne—; ya sabéis cuánto tardo en ir a ofrecer mis deberes al señor conde, mi padre.

—Es verdad, caballero Raúl; os suplico que, a la vez, le presentéis mis respetos.

Raúl se despidió del caballero y continuó su camino

Al pasar por el porche llevando de la brida su caballo, una vocecita llamóle desde el fondo de una avenido obscura.

— ¡Caballero Raúl! —dijo la voz.

El joven volvióse, sorprendido, y vio una muchacha morena que apoyando un dedo en sus labios le tendía la mamo.

Esta joven le era desconocida.

III

LA ENTREVISTA

Raúl se adelantó hacia la joven que lo llamaba, y le dijo:

— ¿Y el caballo, señora?

— ¡Y eso os apura! Salid; en el primer patio hay un cobertizo; atad en él vuestro caballo y venid al y instante.

—Obedezco; señora.

Raúl no tardó en hacer lo que le habían mandado, y al volver vio en la obscuridad a su misteriosa conductora, que le aguardaba en los primeros peldaños de una escalera de caracol.

— ¿Sois bastante valiente para seguirme, señor caballero errante? —preguntó la joven riéndose de la duda que había manifestado Raúl. Éste respondió siguiendo la obscura escalera. Así subieron tres pisos, él detrás de ella, y tocando con sus manos una ropa de seda que rozaba por las paredes de la escalera. Cada vez que Raúl daba un taba un *chito* severo y le tendía una mano suave y perfumada.

—Se subiría así hasta la torre del castillo, sin curarse del cansancio en falso, su conductora le **gricio** —dijo Raúl.

—Lo cual significa, caballero, que estáis muy fatigado y muy inquieto; pero tranquilizaos, ya hemos llegado.

La joven empujó una puerta, y al instante, sin transición alguna, llenóse de un torrente de luz la escalera.

La joven; marchaba, él la seguía; ella entró en una cámara, Raúl también.

Al momento oyó dar un grito se volvió a dos pasos, con las manos juntas y los ojos cerrados; a aquella hermosa joven rubia, de ojos azules y de blancos hombros, que al conocerle le había llamado Raúl.

La vio y advirtió tanto amor y tanta felicidad en la expresión de sus ojos, que se dejó caer en medio de la sala murmurando el nombre de Luisa.

— ¡Ah! ¡Montalais! ¡Montalais! —exclamó ésta suspirando—. Es un gran pecado engañar de este modo.

— ¡Yo! ¿Yo os he engañado?

—Sí, me dijisteis que íbais a adquirir noticias, y hacéis subir aquí al caballero.

—Eso era preciso. De otro modo, ¿cómo había de recibir la carta que le escribíais?

Y señaló con el dedo la carta que aún estaba sobre la mesa. Raúl se adelantó para cogerla; pero Luisa, más rápida, aunque con una vacilación física muy notable, alargó la mano para detenerle. Raúl encontró aquella mano tibia temblorosa, la estrechó entre las suyas y la aproximó respetuosamente a sus labios, que depositó en ella más bien un soplo que un beso.

Entretanto la señorita de Montalais había tomado la carta; y después de haberla doblado con cuidado en tres dobleces como hacen las mujeres; la deslizó en su pecho.

—No tengáis miedo Luisa —dijo—; este caballero no vendrá a cogerla de aquí, pues el difunto monarca Luis XIII no cogía las billetes en el corsé de la señorita de Hautefort.

Raúl se ruborizó al ver la sonrisa de las dos jóvenes, y no notó que la mano de Luisa permanecía aún entre las suyas.

— ¡Bueno! — dijo Montalais —. Ya me habéis perdonado, Luisa, por haberos traído al señor, y vos caballero, me debéis amar por haberme seguido, para ver a esta señorita.

Ahora, pues, que la paz está hecha, charlaremos como antiguas amigos. Presentadme, Luisa, al señor de Bragelonne:

—Señor vizconde—dijó Luisa con su graciosa sonrisa—, tengo el honor de presentaros a la señorita Aura de Montalais, dama de honor de Su Alteza Real Madame, y además mi mejor amiga.

Raúl saludó ceremoniosamente.

— ¿Y a mí, Luisa —preguntó éste—, no me presentáis también a esta señorita?

— ¡Oh! ¡Ella os conoce! ¡Lo conoce todo!

Estas palabras hicieron reír a Montalais y suspirar de dicha a Raúl, que las había interpretado de este modo: ella conoce *todo nuestro amor.*

—Ya están hechos los cumplimientos, señor vizconde —dijo Montalais—, sentaos aquí y decidnos muy pronto la noticia que nos traéis corriendo de ese modo.

—Eso ya no es un secreto, señorita; el rey, al ir a Poitiers, se detiene en Blois a fin de ver a Su Alteza Real.

— ¡El rey aquí! —exclamó Montalais palmoteando—. ¡Vamos a ver a la Corte! ¿Concebís eso, Luisa? ¡La verdadera corte de París! ¡Oh Dios santo! Pero, ¿cuándo será eso, caballero?

—Tal vez hoy, señorita; pero de seguro mañana.

Montalais hizo un ademán de despecho.

— ¡No hay tiempo para prevenirse, ni para prepararse un traje! ¡Vamos a parecernos a los retratos del tiempo de Enrique IV ¡Ah; señor, qué mala nueva habéis traído!

—Señoritas, siempre estáis hermosas:

—Sí, siempre estaremos hermosas, porque la naturaleza nos ha criado pasaderas; mas estaremos en ridículo, porque la moda nos habrá olvidado. ¡Ah, ridículas! ¿A mí me han de ver ridícula?

— ¿Quiénes? —dijo cándidamente Luisa.

— ¿Quiénes? ¡Qué singular sois, querida!... ¿Es una pregunta la que me hacéis? *Han de ver,* quiere decir todo el mundo, quiere decir los cortesanos, los señores, el rey.

—Perdonad, mi buena amiga, pero como todo el mundo está acostumbrado aquí a vernos tales como somos...

—No lo niego, mas esto va a cambiar, y nosotras estaremos en ridículo, aun para Blois; porque junto a nosotras van a verse las modas de París, y al instante se echará de ver que estamos a la moda de Blois... ¡Esto desespera!

—Tranquilizaos, señorita.

—¡Ah! ¡Basta.! Corriente, tanto peor para los que no me encuentren a su gusto —dijo filosóficamente Montalais.

—Esos serán muy descontentadizos —respondió Raúl, fiel a su sistema de galantería.

—Gracias, señor vizconde. ¿Decíamos que el rey viene a Blois?

—Con toda la Corte.

— ¿Y vendrán las señoritas Mancini?

—No, ciertamente.

—Como dicen que el rey no puede estar sin la señorita María…

—Pues será menester que se conforme. Así lo quiere el señor cardenal, y ha desterrado a sus sobrinas a Bourges.

— ¡Hipócrita!

— ¡Silencio! —murmuró Luisa poniendo un dedo sobre sus rosados labios.

— ¡Bah! Nadie puede oírme. Digo que el viejo Mazarino es un hipócrita, que trata de hacer a su sobrina reina de Francia.

—No, señorita, por el contrario; el señor cardenal hace casar a su Majestad con la infanta María Teresa.

Montalais miró de frente a Raúl, y le dijo:

— ¿Y lo creéis vosotros, los parisienses? Somos más poderosos que vosotros en Blois.

—Señorita, si el rey sale de Poitiers y parte para España, y si se firman los artículos del contrato de matrimonio entre don Luis de Haro y Su Eminencia, bien comprenderéis que éstos no son, ya juegos de niño.

— ¡Ya! Pero creo que el rey es el rey.

—Sin duda, señorita, pero el cardenal es el cardenal.

— ¿No es un hombre el rey? ¿No ama a María Mancini?

—La idolatra.

—Pues bien, se casará con ella; tendremos guerra con España; Mazarino, gastará algunos millones que tiene guardados; nuestros caballeros harán heroicidades peleando contra los fieros castellanos; muchos volverán coronados de laureles, y nosotras los coronaremos de mirto. Así concibo yo la política.

—Sois una loca, Montalais —repuso —Luisa—, y cada exageración os atrae como la luz a las mariposas.

—Luisa, sois de tal manera razonable, que no amaréis nunca.

— ¡Oh! — dijo Luisa —. ¡Comprended, Montalais! La reina madre desea casar a su hijo con la infanta: ¿queréis que el rey desobedezca a su madre? ¿Es digno de un corazón real, como el suyo, dar malos ejemplos? Cuando los padres prohíben el amor, hay que renunciar a él.

Y Luisa respiró; Raúl bajó los ojos; Montalais se echó a reír.

—Yo no tengo padres —dijo de pronto.

—Sin duda, tendréis noticias de la salud del señor conde de la Fére —dijo Luisa después de ese suspiro, que tantos dolores había manifestado en su elocuente expansión.

—No señorita —contestó Raúl—, aún no he hecho visita a mi padre, pues iba a su casa cuando la señorita de Montalais tuvo a bien detenerme; espero que el señor conde esté bueno; no habréis oído decir nada en contrario, ¿es cierto?

—Nada, caballero, nada, ¡gracias a Dios!

Reinó aquí un silencio, durante el cual dos almas preocupadas por la misma idea se comprendieron perfectamente, aun si la asistencia de una sola, mirada.

— ¡Ay! ¡Dios, mío! Alguien sube… —exclamó de pronto Montalais.

— ¿Quién será? —dijo Luisa levantándose muy sobresaltada.

—Señoritas, yo estorbo mucho, y sin duda he sido muy imprudente —observó Raúl.

—Es un andar pesado —dijo Luisa:

— ¡Ay! Si es sólo el señor Malicorne —replicó Montalais—, no nos movamos.

Luisa y Raúl miráronse para preguntarse quién era ese señor Malicorne.

—No os sobresaltéis —prosiguió Montalais—, no es celoso.

—Pero, señorita —murmuró Raúl.

—Comprendo... Pues bien, es tan discreto como yo.

— ¡Dios santo! —exclamó Luisa, que había puesto el oído en la puerta entreabierta—. ¡Son los pasos de mi madre!

— ¡La señora de Saint-Remy! ¿Dónde me ocultó? —dijo Raúl, asiéndose al vestido de Montalais, que parecía haber perdido la cabeza.

—Sí —dijo ésta—, sí, oigo, crujir los chapines. ¡Es vuestra excelente madre!.. Señor vizconde, es bien lamentable que la ventana de sobre un empedrado y esté a cincuenta pies de altura.

Raúl miró abajo con ojos extraviados, y Luisa le cogió de un brazo y le detuvo.

— ¡Ah! ¡Soy una loca! —dijo Montalais—. ¿No está aquí el armario de trajes de ceremonia? Verdaderamente, parece hecho para esto.

Ya era tiempo; la señora de Saint-Remy subía más aprisa que de costumbre, y llegó en el momento mismo en que Montalais, como en las escenas de sorpresa, cerraba el armario apoyando su cuerpo en la puerta.

— ¡Ay! —exclamó la señora de Saint-Remy—. ¿Vos aquí, Luisa?

—Sí, señora —respondió ésta, más pálida que si hubiese sido convicta de un crimen.

— ¡Bueno! ¡Bueno!

—Sentaos, señora —dijo Montalais ofreciendo el sillón a la de Saint-Remy, y colocándole de suerte que diese la espalda al armario.

—Gracias, señorita Aura, gracias venid pronto hija mía, vamos.

— ¿Dónde 'deseáis que vaya, señora?

— ¿Dónde? A la habitación, es preciso preparar vuestro tocado.

— ¿Cómo? —dijo Montalais simulando sorpresa; pues temía que Luisa cometiese alguna indiscreción.

— ¿Conque no sabéis las noticias? —preguntó la señora de Saint-Remy.

— ¿Qué noticias, señora? ¿Queréis que dos jóvenes sepan algo desde este palomar?

— ¡Qué!... ¿No habéis visto a nadie?...

— ¡Señora, habláis de un modo misterioso y nos hacéis quemar a fuego lento! —exclamo Montalais; que espantada de ver a Luisa cada vez más pálida, no sabía a qué santo encomendarse.

Pero acentuó en su compañera una mirada elocuente, una de esas miradas que darían inteligencia a un muro. Luisa señalaba a su amiga el sombrero de Raúl que permanecía sobre la mesa.

Adelantóse Monlalais, y cogiéndole con la mano izquierda, lo pasó detrás de sí a la derecha y lo ocultó sin dejar de hablar.

—Pues bien —dijo la señora de Saint-Remy—, acaba de llegar un correo que nos anuncia la próxima llegada del rey. Conque, señoritas, se trata de estar hermosas.

— ¡Pronto! ¡Pronto! — exclamó Montalais —, seguid a vuestra señora madre, Luisa, y dejadme arreglar mi traje de ceremonia.

Luisa levantóse, su madre la tomó de la mano y la condujo hacia la escalera.

—Venid —dijo.

Y añadió en voz baja:

—Cuando yo os mando que no subáis al cuarto de Montalais, ¿por qué no obedecéis?

—Señora, es mi amiga. Además, acababa de venir.

— ¡No ha hecho ocultar a nadie delante de vos?

— ¡Señora!

—Os digo que he visto un sombrero de hombre; el de ese perillán.

— ¡Señora! —exclamó Luisa.

— ¡De ese haragán de Malicorne! Una doncella frecuentar de ese modo... ¡ah!

Y sus voces perdiéronse en las profundidades de la escalera.

Montalais no había perdido ni palabra de este diálogo, que el eco le enviaba como un embudo. Encogíase de hombros, y viendo a Raúl fuera de su escondite, que también había escuchado.

— ¡Pobre Mantalais! —dijo ¡Víctima de la amistad!... ¡Pobre Malicorne! ¡Víctima del amor! Detúvose mirando el aspecto tragicómico de Raúl, que estaba. asombrado de haber sorprendido en un día tantos secretos:

— ¡Oh! Señorita —dijo— ¿cómo podré pagar tantas bondades?

—Algún día ajustaremos cuentas —repuso—; por el momento; salid pronto, señor de Bragelonne, porque la señora de Saint Remy no es muy indulgente y alguna indiscreción por su parte podría traer aquí una visita domiciliaria enojosa para todos. ¡Adiós!

—Pero Luisa... ¿Cómo saber...?

— ¡Andad! ¡Andad!..

El rey Luis XI supo muy bien lo que hacía cuando inventó el correo.

— ¡Ah! —exclamó Raúl.

— ¿Y no estoy yo aquí que valgo por todos, los correos del reino? ¡Pronto! ¡A caballo, y que si la señora de Saint—Rèmy sube a echarme un sermón de maraí, que ya no os encuentre aquí!

—Todo se lo dirá a mi padre; ¿no es verdad? — murmuró Raúl —.¡los reñirá!

— ¡Ah, vizconde! Ya se ve que venís de la Corte; sois miedoso como el rey: ¡Vaya!

— ¡Aquí, en Bleis, nos pasamos muy bien sin el consentimiento de papá. Preguntádselo a Malicorne.

Y al pronunciar estas palabras, la joven puso a Raúl en la puerta empujándole por los hombros; éste se deslizó a lo largo del porche, montó a caballo, y partió a todo escape como si llevara detrás á los ocho guardias de Monsieur.

IV

PADRE E HIJO

Raúl continuó, sin detenerse, el camino de Blois a la casa en que vivía el Conde de la Fère.

El lector nos dispensará una retratada descripción. Ya en otros tiempos hemos penetrado allí juntos y la conoce.

Sólo que, desde la última vez que la cogimos, los muros se han obscurecido algo por razón de la intemperie; los árboles han crecido, y algunos que antes extendían apunas sus flexibles ramas por entre las desigualdades del suelo, acopados ahora y espesos, extienden su ramaje arenado de vegetación; ofreciendo al viajero flores y frutos:

Raúl distinguió desde lejos el caballete del tejado; las dos torrecillas desde las que se divisaba su casa solariega, y vio también entre los olmos su palomar, a los pichones que revoloteaban alrededor del cono de ladrillos, como los recuerdos alrededor de un alma tranquila.

Cuándo se acercó más, oyó él ruido de las garruchas que reclusaban bajo el peso de los macizos cubos; y le pareció también, oír el melancólico gemido del agua que vuelve a caer en el pozo, ruido triste, monótono, solemne; que hiere el oído del niño y del poeta, soñadores; que los ingleses llaman splash, los poetas árabes gasgachau, y que nosotros los franceses, que bien quisiéramos ser poetas, no podemos traducir más que con una perífrasis: le bruit de l'eau tombant ches l'eau.

Hacía más de un año que no iba Raúl a ver a su padre. Todo ese tiempo lo había pasado al lado del príncipe de Condé:

Este gran señor, después de las antiguas parcialidades del tiempo de la Fronda, se había reconciliado con la Corte de una manera franca y solemne: Mientras había durado la división entre el rey y el príncipe, éste; pues se aficionó al de Bragelonne, le había ofrecido cuantas ventajas pueden seducir a un joven en el principio de su carrera porque siguiese su partida.

El conde de la Fère, siempre fiel a sus principios de realismo, explicados un día bajo las bóvedas de San Dionisio, hablase negando siempre en nombre de su hijo a todos los ofrecimientos. Hizo más en lugar de seguir al Condé en su rebelión, siguió al de Turena, combatiendo incesantemente por el rey igualmente cuando Turena parece construido del agua cayendo en el agua.

Pareció abandonar la causa real, le abandonó también para ponerse de parte del de Condé, como antes lo hiciera del de Turena. Resultó de esta línea de conducta, que Raúl, ttan joven como era, tenía' inscritas más de diez victorias en su hoja de servicios, y ninguna derrota de que tuviera ,que sonrojarse ú conciencia.

Así, pues; Raúl, según lo había querido su padre; sirvió constantemente la fortuna de Luis XIV, no obstante todas las oscilaciones endémicas y casi inevitables en tiempos tan azarosos.

El de Condé, vuelto a la gracia real, usó del privilegio de amnistía, pidiendo entre otras cosas la vuelta de Raúl a su servicio. El conde de La Fère, que comprendió el estado de las cosas con su talento perspicaz, se lo mandó inmediatamente.

Un año había transcurrido después, de esta ausencia del padre y el hijo; algunas cartas habían dulcificado en parte los rigores de la ausencia. Ya hemos observado que Raúl, dejaba en Louis otro amor que el filial y afectuoso entre padres e *hijos.*

Mas hemos de hacerle justicia; a no haber sido por la casualidad y la señorita de Montalais, dos demonios tentadores, Raúl hubiese partido sin detenerse a ver a su padre, así que ejecutó el mensaje; aun cuando llevase en el corazón el amante recuerdo de su querida Luisa.

La primera parte del camino iba preocupado con el recuerdo de la entrevista que acababa de tener con su amada; la segunda, con el pensamiento del amigo amado a quien tardaba en abrazar.

Encontró abierta la puerta del jardín Y se metió por ella con su caballo, atropellando las filas y cuadros, y atrayendo sobre sí la ira de un viejo, vestido con capotillo de color violeta y gorro viejo de terciopelo en la cabeza.

El buen viejo estaba escardando una calle de rosales enanos y margaritas, y no podía tolerar que se destruyese con el casco de un caballo el piso de sus calles de arena cernida.

Aventuró el principio de un juramento contra el recién llegado; pero volviendo éste la cabeza, la escena cambió en un momento. Apenas le hubo conocido, cuando incorporándose echó a correr en dirección de la casa, dando gritos, que eran en él el paroxismo de una alegría Inca.

Raúl llegó hasta las cuadras, dio su caballo a un lacayo joven, y subió las escaleras con una alegría que hubiera regocijado el corazón de su padre:

Atravesó la antecámara, el corredor y el salón sin encontrar a nadie; por último, habiendo alegado, a la puerta del gabinete del conde de Fère, llamó impaciente a su padre, y sin escuchar apenas la voz grave de éste, que le contestó al punto que entrase, se halló dentro de la habitación.

El conde permanecía sentado junto a una mesa cubierta de libros y , papeles: Su continente era siempre el de un noble y bien portado caballero, pero, el tiempo había dado a su nobleza y hermosura un carácter más imponente y distinguido: frente sin arrugas, blanca cabellera, ojos vivos bajo un cerco de cejas perfecto, bigote fino y apenas encanecido, marcando unos labios delgados que no parecían haber sentido la contracción de las pasiones; cuerpo derecho y delgado, mano descarnada: tal era el caballero cuyas nobles hazañas habían merecido el aplauso de mil personas ilustres, bajo el nombre de Athos. Cuando llegó Raúl ocupábase en corregir las páginas de un cuaderno **mamegrito**, todo él redactado de su puño y lenta.

Raúl se lanzó en brazos de su padre con tanta precipitación, que el conde no tuvo ni tiempo ni fuerza suficientes para dominar la emoción que le embargaba.

— ¡Vos aquí, vos aquí, Raúl! — exclámó—. ¿Es posible?

— ¡Oh padre mío! ¡Cuánto me alegra de volveros ver!

— ¿No me contestáis, vizconde? ¿Habéis obtenido licencia para venir a Blois, o ha ocurrido en París alguna desgracia?

—A Dios gracias, señor —respondió Raúl, serenándose—, no ha ocurrido nada malo; el rey se casa, como tuve el honor de anunciares en mi última carta, y marcha a España. Su Majestad pasará por Blois.

— ¿Para ver a Monsieur?

— Sí, señor conde. El príncipe me ha mandado delante para que la venida del rey no le cogiese de improviso, o más bien deseando parecerle agradable.

— ¿Habéis visitado a Monsieur? preguntó vivamente el conde. He tenido ese honor:

— ¿En el castillo?

—Sí, padre mío —contestó Raúl bajando los ojos, porque sin duda había sentido en la interrogación del conde algún otro sentido que una simple curiosidad.

—En verdad que tengo el honor de cumplimentar por ello.

Raúl inclinóse en señal de agradecimiento.

— ¿No habéis visto en Blois otra persona? ,

— Señor, he visto, a Su Alteza Real Madame.

— Está bien. No es de Madame de quien yo hablo.

Raúl ruborizóse como un niño y no contestó una sola palabra. — ¿No me entendéis, señor vizconde? —insistió el conde con indulgente severidad.

—Os entiendo perfectamente, señor; y si preparo una respuesta, no es que trate de disculparme con una mentira:

—Bien, sé que no acostumbráis a mentir: Por eso me admiro de que tardéis en darme una respuesta categórica: sí o no:

—No, puedo contestaros sino; comprendiéndoos bien; y si os he entendido bien, váis a recibir de mal talante mis primeras palabras. Sin duda os desagrada, señor conde, que haya visto…

—A la señorita de La Vallière; ¿no es así?

—Bien sé que es de ella de quien queréis hablar, señor conde —dijo Raúl con indecible dulzura.

—Y yo os pregunto si la habéis visto:

—Señor, ignoraba cuando entré en el castillo que se hallaba en él la señorita de La Vallière; pero cuando me volvía, después de concluir mi encargo, la casualidad nos ha puesto en presencia uno del otro: He tenido el honor de ofrecerle mis respetos.

— ¿Y cómo se llama la casualidad que os haya reunido a la señorita de La Vallière?

—La señorita de Montalais.

— ¿Quién es esa señorita de Montalais?

—Una joven que no conocía, y a quien nunca había visto, la camarista de Madame.

—Señor vizconde, no continuaré mi interrogatorio, del cual me hago cargo por haber durado demasiado. Os tenía recomendado que huyéseis lo posible a la señorita de La Vallière y que no la vieseis sin mi permiso. ¡Bien sé que me habéis dicho la verdad y que no

habéis dado ni un solo paso para acercaros a ella. La casualidad sola me ha engañado, y yo no tengo de qué reconveniros. Me contentaré, por tanto, con lo que ya os he dicho acerca de esa señorita. Dios es testigo, rige que nada tengo que decir de ella; pero no entra en mis designios que frecuentéis su casa. Os ruego otra vez, mi querido Raúl, que lo tengáis entendido.

A estas: palabras, se hubiera dicho, que se turbaban los ojos límpidos y puros de Raúl.

—Ahora, amigo mío —prosiguió el conde con su dulce sonrisa y su voz habitual—, hablemos de otra cosa. ¿Volvéis quizá a vuestra obligación?

—No, señor, nada tengo que hacer sino permanecer hoy a vuestro lado. Felizmente, no me ha impuesto el príncipe más deber que éste, que tan de acuerdo está con mi deseo.

— ¿Está bien el rey?

—Perfectamente.

— ¿Y el príncipe?

—Como siempre, señor.

El conde se olvidaba de Mazarino, siguiendo su antigua costumbre.

—Bien, Raúl, ya que hoy me pertenecéis, también, por mi, parte os dedicaré todo el día. Abrazadme... otra vez, otra vez estáis en vuestra casa, vizconde... ¡Ah! ¡Aquí está nuestro vicio Grirmaud! Venid, Grimaud, el señor vizconde desea abrazaros también.

El anciano no se lo hizo repetir; y corrió con los brazos abiertos. Raúl le ahorró la mitad del camino.

— ¿Queréis, Raúl, que vayamos ahora al jardín? Os enseñaré el nuevo alojamiento que he mandado preparar para vos cuando vengáis con licencia; y mientras miramos los plantíos de este invierno y dos caballos de regalo que he cambiado, me daréis noticias de nuestros amigos de París.

El conde cerró su manuscrito; tomó el brazo del joven y pasó con él al jardín.

Grimaud miró tristemente salir a Raúl, cuya cabeza casi tocaba al marco de la puerta, y. acariciando su blanca barba dejó caer esta profunda palabra:

¡Crecido!

V

CROPOLI, CROPOLE Y UN NOTABLE PINTOR DESCONOCIDO

En tanto que el conde de la Fère visita con Raúl los nuevos edificios que había mandado construir, y los caballos que había cambiado, el lector me permitirá que volvamos de nuevo a la ciudad de Blois y que asistamos a la no común actividad que la agitaba.

En las hosterías, principalmente, era donde más se hacían sentir las consecuencias de la noticia llevada por Raúl.

En efecto, el rey y la Corte en Blois, es decir, cien caballeros, y otros tantos criados, ¿dónde se metería toda esa gente? ¿Dónde se alojarían todos los caballeros de los contornos, que quizá llegarían en dos o tres horas, tan pronto como la noticia se fuese ensan-

chando, a la manera de esas circunferencias concéntricas qué causa ila caída de una piedra lanzada en las aguas de un lago tranquilo?

Blois, tan apacible como lo hemos visto por la mañana, como el lago más tranquilo del mundo, se llena de repente de tumulto y de temor a la noticia de la regia llegada.

Los criados de Palacio, bajo la inspección de los oficiales, iban a la ciudad en busca de provisiones, y diez correos a caballo galopaban hacia las reservas de Chambord a fin de traer la caza, a las pesquerías del Beuvròn por el pescado, y a los huertos de Cheverny por las Priores y por las frutas.

Sacabánse del guardamuebles las valiosas tapicerías y las arañas con sus grandes cadenas doradas; un ejército de pobres barría los patios y lavaba los pavimentos de piedra, al paso que sus mujeres destruían los prados del Loira recogiendo sus capas de verdura y sus flores.

La ciudad toda; para no permanecer extraña a este gran lío, hacía su toilette con gran azacaneo de escobas, cepillos y agua.

Los arroyos de la ciudad alta, hinchados con estos incesantes lavatorios, se convertían en ríos en la parte baja de la ciudad, y preciso es decir que hasta el fangoso empedrado se adiamantaba a los rayos benéficos del sol.

Por último, se preparaban músicas, las gavetas se vaciaban, los mercaderes acaparaban cintas y lazos de espadas, y las tenderas hacían provisión de pan, carne y especias. Hasta un buen número de vecinos, cuyas casas se hallaban provistas como para sostener un sitio no teniendo ya de qué ocuparse, se ponían sus trajes de fiesta y se dirigían a la puerta de la ciudad para ser dos primeros en anunciar o ver el séquito. Sabían muy bien que el monarca no llegaría hasta la noche; y tal vez, hasta el día siguiente, pero, ¿qué es esperar, sino una especie de locura? Y la locura, ¿qué es sino exceso de esperanza?

En la ciudad baja y a unos cien pasos del castillo de Los Estados, en cierta calle bastante hermosa que se llamaba entonces calle Vieja, y que, en efecto, debía ser muy vieja, alzábase un respetable edificio de poca elevación y de caballete puntiagudo, provisto de tres ventanas que daban a la calle en el primer piso, de dos en el segundo, y de una pequeña claraboya en el tercero.

Había una tradición, según la cual, esta casa fue habitada, en tiempo de Enrique III, por un consejero de los Estados, que la reina Catalina había ido, según unos a visitar, según otros, a estrangular. Después de muerto el consejero por estrangulación o naturalmente, pues esto no hace al caso, la casa fue vendida, luego abandonada, y por último, aislada de las otras casas de la calle. Sólo a mediados del reinado de Luis XIII, cierto italiano llamado Crópoli, escapado de las cocinas del mariscal de Ancre, había ido a establecerse en esta casa. En ella fundó una pequeña hostería, donde se servían unos macarrones de tal modo refinados, que la gente iba a comer a ella de muchas leguas a la redonda.

Lo ilustre de esta casa procedía de que la reina María de Médicis, prisionera en el castillo de los Estados, había mandado a buscarlos una vez.

Y eso aconteció, precisamente, el mismo día en que escapó por la famosa ventana. El plato de macarrones había quedado sobre la mesa, desflorado solamente por la boca real.

Este doble favor, de una estrangulación y de un plato de macarrones, había sugerido al pobre Crópoli la idea de nombrar a su hostería con un título pomposo.

Mas su cualidad de italiano no era una recomendación en aquellos tiempos; su poca fortuna, cuidadosamente guardada, no quería ponerse demasiado en evidencia.

Cuando se vio próximo a morir, lo cual aconteció en 1643, después de la muerte del Rey Luis XIII, llamó a su hijo, joven marmitón de las más bellas esperanzas, y con las lágrimas en los ojos le rogó que guardase bien el secreto de los macarrones, que afrancesase su nombre, que se casase con una francesa, y, en fin, que cuando el horizonte político se desembarazase de las nubes que 1e cubrían, se hiciese fraguar por el herrero vecino una magnífica muestra, en la cual un famoso pintor, que él indicó, dibujaría dos retratos de reina, con esta leyenda: LOS MÉDICIS

El bueno de Crópoli, después de tales recomendaciones, sólo tuvo fuerza para indicar a su joven sucesor una chimenea, en cuya campana había escondido mil luises de diez francos, y expiró.

Crópoli hijo, que era hombre de energía, soportó esta pérdida con resignación y el lucro sin insolencia. Primero comenzó por acostumbrar al público a hacer pronunciar tan imperceptiblemente la i final de su nombre, que, ayudándole la general complacencia, no se llamó sino Cropole, nombre puramente francés.

En seguida, casóse con una francesita de quien se había enamorado, y a cuyos padres arrancó una dote razonable, mostrándoles lo que había en la chimenea.

Terminados estos dos negocios, ocupóse en buscar al pintor que debía pintar la muestra, al cual encontró bien pronto.

Era éste un viejo italiano, émulo de los Rafael y de los Correggio, pero émulo desdichado. Decía él que era de la escuela veneciana, sin duda porque le gustaban mucho los colorines: Sus obras, de las cuales jamás vendió una; lastimaban la vista a cien pasos y disgustaban tanto a los vecinos, que concluyó por no hacer nada.

Siempre se alababa de haber pintado una sala de baño, para la señora maríscala de Ancre, y se quejaba de que la tal sala se hubiese quemado cuando el desastre del mariscal.

Crópoli, en su calidad de compatriota, era indulgente para con Pittrino.

— Este era el nombre del artista. Tal vez había visto las famosas pinturas de la sala de baño. Siempre tuvo tal deferencia al famoso Pittrino, que, finalmente, se lo llevó a su casa.

Reconocido Pittrino y alimentado de macarrones, aprendió a propagar la reputación de este manjar nacional; y ya en tiempo de su fundador había prestado, por medio de su lengua infatigable, grandes servicios a la casa Crópoli.

Cuando iba envejeciendo se unió al hijo como al padre, y poco a poco se convirtió en una especie de vigilante de una casa donde su probidad, su sobriedad reconocida, su castidad proverbial y otras mil virtudes que juzgamos inútil enumerar aquí, le dieron plaza, eterna en el hogar con derecho de inspección sobre los criados.

Por otra parte, él era quien probaba los macarrones para conservar el gusto puro de la antigua tradición, y preciso es decir que no perdonaba ni un grano de pimienta de más, ni un átomo de queso de menos. Su gozo fue inmenso el día en que, llamado a compartir el secreto de Crópoli, hijo, fue encargado de pintar la muestra famosa.

Se le vio revolver con entusiasmo en una antigua caja, donde halló unos pinceles un tanto roídos por los ratones, pero todavía servibles, colores casi desecados en sus vejigas, aceite de linaza en una botella, Y en paleta que en otro tiempo había pertenecido a Broncino, dios de la pintura, según decía en su entusiasmo siempre juvenil el artista ultramontano.

Pittrino estaba preocupado con la alegría de una rehabilitación. Hizo lo que había hecho Rafael; cambió de escuela y pintó a la manera de Albano dos diosas más bien que dos reinas. Estas ilustres damas estaban de tal manera graciosas en la muestra, ofrecían a las sorprendidas miradas tal conjunto de blanco y rosa, resultado admirable del cambio de escuela de Pittrino, y afectaban posiciones de sirenas tan anacreónticas, fue el regidor primero, cuando fue admitido a ver esta obra maestra en la sala de Cropole, confesó inmediatamente que aquellas damas eran demasiado hermosas y estaban dotadas de un encanto harto incitante para figurar como enseña a la vista de los transeúntes.

—Su Alteza Real Monsieur dijo que viene muchas veces a la ciudad, no quedaría muy contento al ver a su ilustre madre tan ligera de ropa y os enviaría a un calabozo, porque este glorioso príncipe no es muy tierno de corazón que digamos. Borrad, pues, ambas sirenas ó la leyenda, sin lo cual os prohibo la exhibición de la muestra. Esto está en vuestro interés, maese Cropole, y también en el vuestro, señor Pittrino.

Esto no tenía más contestación que dar las gracias al regidor por su atención, y así lo hizo Cropole. Pero Pittrino quedó mudo y decaído.

Conocía muy bien lo que iba a pasar.

Apenas había salido el regidor, cuando Cropole se cruzó de brazos. Veamos, maestro ––dijo—, ¿qué hacemos?

— Vamos a quitar la leyenda contestó con tristeza Pittrino—. Aquí tengo un negro de marfil excelente; es cosa que se hace en una hora y reemplazaremos a los Médicis con las Ninfas o las Sirenas, como mejor os plazca.

—Nada de eso —repuso Cropole; así no se cumpliría la voluntad de mi padre.

—Vuestro padre se refería a las figuras —dijo Pittrino.

—Se refería a la leyenda —replicó Cropole.

—La prueba de que se refería a las figuras es que mandó que fuesen parecidas, como lo son en efecto — repuso Pittrino.

—Sí, pero si no lo hubieran sido, nadie las reconocería sin la leyenda.

Hoy mismo, que esas personas célebres vanse borrando de la memoria de los habitantes de Blois, ¿quién conocería a Catalina y a María, sin estas palabras: LOS MÉDICIS?

—Pero, señor, ¿y mis figuras? — preguntó Pittrino desesperado, porque sentía que Cropole tenía razón —. Yo no quiero perder el fruto de mi trabajo.

—Tampoco yo deseo ir a la cárcel.

—Borremos los Médicis —dijo Pittrino suplicante.

— No —replicó Cropole—. Se me ocurre una idea sublime. Aparecerán vuestra pintura y mi leyenda... ¿Médicis no quiere signifcar médico en italiana?

—Sí, en plural.

—Iréis, pues, a mandar al herrero que haga otra plancha para muestra; pintaréis en ella seis médicos y pondréis debajo: "LOS MÉDICIS"... lo que hace un juego de palabras muy agradable.

— ¡Seis médicos! ¡Imposible! ¿Y la composición? —exclamó Pittrino. ¿Eso os asusta? — Pues así ha de ser, lo quiero, es preciso, mis macarrones lo exigen.

Esta razón no tenía réplica, y Pittrino obedeció.

Compuso la muestra de los seis médicos con la leyenda, que el regidor aplaudió.

La muestra tuvo un gran éxito. Lo que prueba que el pueblo nunca es muy artista, según decía Pittrino.

Cropole, para indemnizar a su pintor de cámara, colgó en su alcoba las ninfas de la muestra desechada,: lo cual hacía ruborizar a su mujer cuando las miraba al desnudarse por las noches.

Así fue cómo la casa de que hablamos tuvo su muestra, y cómo hubo en Blois una hostería de este nombre; teniendo por propietario a maese Cropole, y por pintor de cámara al maestro Pittrino.

VI

EL DESCONOCIDO

Fundada y recomendada de esta suerte por la muestra; la hostería de maese Cropole, marchaba prósperamente. .

No era una gran fortuna lo que se proponía Cropole, pero confiaba con fundamento duplicar los mil luises de oro que le dejó su padre, sacar otros tantos de la venta de la casa, y vivir holgado e independiente como cualquier vecino de la ciudad.

Cropole era muy aficionado al lucro, y acogió con mucha alegría la noticia de la llegada de Luis XIV.

Él, su esposa, Pittrino y dos marmitones, echaron mano a todos los habitantes del palomar, del corral y de las conejeras, de suerte que en los patios de la hostería de los Médicis se oían tantos gritos y cacareos, como nunca se oyeron en otro tiempo en Roma.

Por lo pronto sólo había un viajero en casa de Cropole:

Era éste un hombre que no tenía treinta años, alto, hermoso y austero, o más bien melancólico en todos sus gestos y miradas.

Vestía traje de terciopelo negro con guarniciones de azabache, y un cuello, blanco y sencillo, como el de los más severos puritanos, hacía resaltar el color mate y delicado de su garganta juvenil; un bigote que apenas cubría su labio movible y desdeñoso.

Hablaba a las personas mirándolas de frente y sin afectación, pero también sin timidez, de manera que el brillo de sus ojos azules se hacía de tal manera insoportable; que más de una mirada se' bajaba ante la suya, como sucede a la espada más débil en singular combate.

En aquel tiempo en que los hombres criados todos iguales por Dios; se dividían, gracias a las preocupaciones, en dos castas distintas, el noble y el pechero, como se dividen verdaderamente las dos razas negra y blanca, en aquel tiempo, decimos, el hombre cuyo retrato vamos a bosquejar, no podía pasar sino por caballero, y de la mejor raza. Bastaba para esto ver sus afiladas y blancas manos, cuyos músculos y venas transparentábanse bajo la piel al menor movimiento, y cuyas, falanges enrojecían a la menor crispación.

Aquel caballero llegó solo a la casa de Cropole. Se había apoderado, sin vacilar y aun sin reflexionar, del departamento más importante que el posadero habíale indicado, con propósito de rapacidad muy humilde según unos, y muy loable según otros; si admiten que Cropole fue fisonomista y conocía a la gente a primera vista.

Este departamento era el que formaba toda la fachada de la vieja casa: un gran salón iluminado por dos ventanas en el primer piso, un cuartito y otro encima.

Apenas tocó el caballero la comida que le sirvieron en su cuarto; sólo había dicho dos palabras a su huésped pura prevenirle de que llegaría un viejo llamado Parry, y para encargarle que lo dejasen subir.

Después guardó un silencio tan profundo, que casi se ofendió Cropole, pues gustaba mucho de las gentes de buena compañía.

En fin; el caballero se había levantado muy temprano el día que comienza esta historia, y asomado a la ventana dé su salón, apoyado en el alféizar, miraba tristemente a entrambos lados de la calle, acechando sin duda la llegada del viajero de que había hablado a su huésped.

De este modo vio pasar el escaso acompañamiento de Monsieur cuando volvía de caza, y saboreaba, después nuevamente la profunda tranquilidad de la ciudad, absorto como permanecía en sus meditaciones. De pronto, la multitud de pobres que iban a los prados, los correos que salían, las personas que fregaban el suelo, los proveedores de la casa real, los habladores mancebos de las tiendas, los carretones en movimiento, y los pajes que estaban de servicio, todo este tumulto y baraúnda, le sorprendieron sin duda, pero sin que perdiera nada de la majestad impasible y suprema que da al águila y al león esa mirada suprema, y despreciativa en medio de los gritos y algazara de los cazadores o de los curiosos.

Luego, los alaridos de las víctimas degolladas en el corral, los pasos apresurados de la señora Cropole en la escalera de madera, tan estrecho y sonora, y los saltos que al andar daba Pittrino, que había estado fumando a la puerta con la flema de un holandés, 'todo esto produjo en el viajero un principio de sorpresa y agitación.

Al tiempo que se levantaba, a fin de informarse, se abrió la puerta de la sala.

El desconocido creyó que sin duda le conducían el viajero que impaciente esperaba, y dio con precipitación tres pasos hacia la puerta que se abría. Pero en lugar de la cara que esperaba ver, fue maése Cropole quien apareció, y en pos de él, en la penumbra de la escalera, el semblante bastante gracioso, pero trivial por la curiosidad, de la señora Cropole, que echó una mirada furtiva al hermoso caballero y desapareció.

Cropole se adelantó alegre, con el gorro en la mano; y más bien encorvado que inclinado.

El desconocido le interrogó con un gesto sin decir una palabra.

—Caballero —dijo Cropole—, venía a preguntar cómo... deberé llamar a vuestra señoría, si señor conde o señor marqués...

—Decid caballero y hablad al momento —respondió el desconocido con acento altanero que no admitía ni discusión ni réplica.

—Venía, pues, a enterarme de cómo habéis pasado la noche, y si el caballero tiene intención de conservar este aposento.

—Caballero, es que ha sucedido un incidente con el cual no habíamos contado.

— ¿Cuál?

—S. M. Luis XIV entra hoy en nuestra ciudad y descansará en ella un día, o quizá dos.

Una viva sorpresa apareció en el rostro del desconocido.

— ¡El rey de Francia viene a Blois!

—Está en camino, caballero. Entonces, razón de más para que yo me quede –dijo el desconocido.

—Muy bien, señor, ¿mas os quedáis con toda la habitación? No os comprendo. ¿Por qué he de tener, hoy menos que ayer? Porque, señor, vuestra señoría me permitirá decirle que no debí, cuándo ayer escogisteis esta habitación, fijar un precio cualquiera que hubiese hecho creer a vuestra señoría que yo prejuzgaba sus recursos..., al paso que hoya.

El desconocido se ruborizó, pues al instante le ocurrió la idea de que sospechaban que fuera pobre y que le insultaban por ello.

—Al paso que hoy —repuso fríamente— ¿prejuzgáis?

—Caballero, soy hombre honrado, gracias a Dios, y posadero, y con todo y como aparezco, hay en mi sangre noble. ¡Mi padre era servidor y oficial del difunto señor mariscal de Ancre, que en gloria esté!

—Yo no os contradigo sobre este particular; sólo deseo saber, y saber pronto, qué se reducen vuestras preguntas.

—Sois demasiado razonable, caballero, para conocer que la ciudad es pequeña, que la Corte va a invadirla, que las casas se llenarán de gente, y que, por consiguiente, los alquileres van a adquirir un valor considerable.

El desconocido se ruborizó otra vez.

—Poned las condiciones —díjole. Lo hago con escrúpulo, caballero, porque busco una ganancia honesta, y porque deseo hacer mi negocio sin ser descortés ni grosero con nadie. Y como el aposento que ocupáis es grande y estáis solo.

—Eso es cuenta mía.

— ¡Oh! ¡Verdaderamente; yo no despido al caballero!

La sangre fluyó a las venas del desconocido; y lanzó sobre el pobre Cropole, descendiente de un oficial del señor mariscal de Ancre, una mirada que le hubiera hecho entrar bajo la campana de la famosa chimenea, si Cropole no hubiera estado clavado en su sitio por tratarse de sus intereses.

— ¿Deseáis que me vaya? —dijo—. Explicaos, pero pronto señor.

— Señor, no me habéis comprendido; esto que hago es muy delicado, pero yo me expresó mal, o quizá como sois extranjero, lo cual reconozco en el acento... En efecto, el desconocido hablaba con esa dificultad que es el principal carácter de la acentuación inglesa, aun entre los hombres de esta nación que hablan más correctamente el francés.

—Como sois extranjero, repito, quizá seáis vos quien no penetre todo el sentido de mi razonamiento. Yo pretendo que el caballero podría dejar una o dos de las tres piezas que ocupa, lo cual disminuiría bastante el alquiler y tranquilizaría mi conciencia, pues es duro aumentar extraordinariamente el precio de las habitaciones, cuando se tiene el honor de evaluarlas en un precio equitativo.

— ¿Cuánto es el alquiler desde ayer?

—Señor, un luis con la manutención y el cuidado del caballo.

—Está bien. ¿Y el de hoy?

—¡Ah! ¡He ahí la dificultad! Hoy es el día de la llegada del rey, si la Corte viene a dormir aquí se cuenta el día de alquiler. Resulta, que tres cuartos a dos luises cada uno; son seis luises. Dos luises, caballero, no son nada; pero seis luises son mucho.

El desconocido; de rojo que se le había visto, convirtióse en pálido, y sacó con valor heroico; una bolsa bordada de armas que ocultó cuidadosamente en el hueco de la mano. La tal bolsa era tan flaca, tan floja; tan hueca, que no escapó a los ojos de Cropole.

El desconocido vació la bolsa en su mano; sólo contenía dos luises dobles, que componían seis; como el hostelero le pidió.

Sin embargo, eran siete los que Cropole había exigido; y miró al desconocido como para decirle: ¿No más?

—Falta un luis, ¿no es eso, señor posadero?

—Sí, señor, más...

El desconocido metió la mano en el bolsillo de su gabán y sacó una cartera pequeña, una llave de oro y algunas monedas de plata.

Con estas monedas compuso el total de un luis.

—Gracias, caballero— dijo Cropole—Ahora me resta saber si pensáis habitar todavía mañana este departamento, en cuyo caso os lo conservaré; mas si el caballero no piensa en eso lo prometeré a las gentes de Su Majestad que van a venir.

—Eso es razonable —dijo el desconocido después de un largo silencio—; pero como ya no tengo más dinero, según habéis podido ver, como, a pesar de eso, deseo conservar este departamento, es necesario que vendáis este diamante en la ciudad, o que lo guardéis en prenda.

Cropole examinó tanto tiempo el diamante que el desconocido se apresuró a decir:

—Prefiero que lo vendáis, porque vale trescientos doblones. Un judío, ¿vive algún judío en Blois? os dará por él doscientos, ciento cincuenta tal vez; tomad lo que os diere, aunque no os ofrezca más que el precio de vuestro alquiler. ¡Corred!

— ¡Oh! Caballero —exclamó Cropole avergonzado de la inferioridad que le echaba en cara el desconocido, por ese abandono tan noble y tan desinteresado, y también por su inalterable paciencia a tantas mezquindades y sospechas.

— ¡Ah! caballero, me parece que no se robará en Blois, como vos parecéis creer, y valiendo el diamante lo que decís...

El desconocido lanzó nuevamente a Cropole una de sus miradas.

—Yo no entiendo de eso, compañero, creedme —exclamó éste.

—Pero los joyeros sí entienden; preguntadles —dijo el desconocido.

— Ahora, creo que nuestras cuentas están terminadas, ¿no es verdad?

—Sí, señor, y tengo un gran sentimiento porque temo haberos ofendido.

—De ninguna manera –replicó el desconocido con la majestad de quien todo lo puede,

—Ha de haber parecido llevar más de lo equitativo a un noble viajero... Poneos en el caso, señor, de la necesidad.

—No hablemos más de eso, os digo, y hacedme el favor de dejarme solo.

Cropole inclinóse profundamente y salió con aire extraviado, que anunciaba en él un corazón excelente y un verdadero remordimiento.

El desconocido fue a cerrar la puerta, y miró cuando estuvo solo el fondo de la bolsa de donde había tomado un saquito de seda donde estaba el diamante, su único recurso.

También interrogó el vacío de sus bolsillos, miró los papeles de su cartera, y se persuadió de la absoluta desnudez en que iba a encontrarse.

Entonces levantó los ojos al cielo con un movimiento sublime de calma y de desesperación, enjugó con sus manos alguna gota de sudor que humedecía su noble frente, y descansó sobre la tierra aquella mirada, llena un momento antes de majestad divina.

La tempestad acababa de pasar lejos de sí; quizá había orado en el fondo de su alma.

Volvió a acercarse y a tomar su sitio en la ventana, y allí permaneció inmóvil, muerto, hasta el momento en que, comenzando el cielo a obscurecerse, brillaron las primeras antorchas, dando la señal de la iluminación a todas las ventanas y balcones.

VII

PARRY

Mientras el desconocido miraba con interés estas luces y prestaba atención a tales movimientos, maese Cropole entró en su habitación con dos criados que prepararon la mesa.

El extranjero no prestó a ningúno de ellos la menor atención. Entonces Cropole, aproximándose a su huésped,, le deslizó al oído estos palabras con el más profundo respeto:

—Caballero, el diamante ha sido apreciado.

— ¡Ah! — murmuró el viajero —. ¿Y en cuánto?

—Señor, el joyero de Su Alteza Real da por él doscientos ochenta doblones de oro.

— ¿Los tenéis?

—He creído que debía tomarlos, caballero; no obstante, he puesto por condiciones de venta que si queríais conservar vuestro diamante hasta que tuvieseis fondos... el diamante os sería devuelto.

—Nada de eso. Os he dicho que lo vendáis.

—Entonces, he obedecido, o algo menos, puesto que sin haberlo vendido definitivamente he tomado el dinero.

—Cobraos —repuso el desconocido.

—Lo haré, —caballero, ya que lo exigís tan imperiosamente.

Una melancólica sonrisa plegó los labios del caballero.

—Poned el dinero sobre ese cofre —dijo volviendo la espalda al mismo tiempo que le indicaba el mueble con un ademán.

Cropole colocó en él un saco bastante repleto, de cuyo contenido sacó el precio de su alquiler.

—Ahora, caballero —dijo—, no me daréis el disgusto de no cenar... Ya habéis rehusado la comida, lo cual es ultrajante para la casa de *Los Medicis.* Ya veis, la cena está servida, y aun me *atrevo* a añadir que tiene buena cara y buen sabor.

El desconocido pidió un vaso de vino; cortó un pedazo de pan, y no, se separó de la ventana ni para comer ni para beber.

Al poco rato oyóse un estrepitoso ruido de timbales y trompetas; los gritos que se alzaban a lo lejos y un confuso rumor aturdió la parte alta de la ciudad; el primer ruido distinto que hirió los oídos del extranjero, fue el andar de los caballos que se aproximaban.

—¡El rey! —exclamó Cropole, que se alejó de su huésped y de sus ideas de delicadeza para satisfacer su curiosidad. Con Cropole tropezaron y confundieron en la escalera la señora Cropole, Pittrino, los ayudantes y los marmitones.

—El séquito avanzaba lentamente, iluminado por centenares de antorchas, ya desde la calle, ya desde las ventanas.

Después de una compañía de mosqueteros y de un cuerpo compacto— de caballeros, venía la litera del cardenal Mazarino, arrastrada como una carroza por cuatro caballos negros.

Detrás de ella marchaban los pajes y las gentes del cardenal.

A continuación iba la carroza de la reina madre, con sus damas de honor a las portezuelas y sus caballeros montados a los lados.

El rey aparecía detrás, montado en un admirable caballo de raza sajona de largas crines. El joven príncipe mostraba, saludando a algunas ventanas, de donde salían las más vivas aclamaciones, su noble y gracioso rostro iluminado por ras antorchas de sus pajes.

A los lados del rey, pero dos pasos más atrás, el príncipe de Condé, el señor Dangeau y otros veinte cortesanos, seguidos de sus gentes y bagajes cerraban la marcha verdaderamente triunfal.

Esta pompa era de ordenanza militar:

Tan sólo algunos viejos cortesanos llevaban el vestido de viaje; todos !os demás vestían el traje de guerra. Muchos de ellos se veían con el alzacuello y coleto, como en la época de Enrique IV y de Luis XIII.

Cuando el rey pasó par delante del desconocido, que se había inclinado sobre el' alféizar para ver mejor, y que había ocultado la cara al apoyarse sobre los brazos, sintió hincharse y desbordar su corazón de amargos celos.

Embriagábale el ruido de las trompetas, las aclamaciones populares ensordecíanle, y por un momento dejó abandonada su razón en medio de aquel torrente de luces; de tumulto y de brillantes imágenes.

—¡El es rey! –exclamó con tal acento de desesperación y de angustia, que debió llegara los pies del trono de Dios.

Y, antes de que volviera de su sueño sombrío, se desvanecieron todo aquel ruido y todo aquel esplendor. Sólo quedaron algunas voces discordes y roncas que gritaban de vez en cuando. "¡Viva el rey!"

También quedaron las seis luminarias que tenían los habitantes de la hostería Los Médicis, es decir: dos por Cropole, dos por Pittrio y una por cada marmitón:

Cropole no cesaba de repetir:

— ¡No. hay duda que es el rey, y que se parece a su difunto padre, en lo hermoso — decía Pittrino.

— ¡Y que tiene un aspecto orgulloso! —añadía la señora Cropole, ya en promiscuidad de comentarios con los vecinos y vecinas.

Cropole alimentaba estos propósitos con sus observaciones personales, sin notar que un anciano a pie, pero que arrastraba de la brida a un caballito irlandés, trataba de penetrar por el grupo de mujeres Y de hombres que estaban estacionados ante su casa.

Pero en este momento oyóse en la ventana la voz del extranjero:

—Buscad el modo, señor posadero, de que se pueda entrar en vuestra casa.

Entonces se volvió Cropole, distinguió al anciano y le hizo abrir paso.

Cerróse la ventana.

Pittrino mostró el camino al recién venido, que entró sin pronunciar una palabra.

El extranjero le esperaba en el descanso de la escalera, abrió sus brazos al viejo y le llevó a una silla; pero éste se resistió.

— ¡Oh! ¡No, no, milord! — dijo —; ¡sentarme en vuestra presencia! ¡Jamás!

—Parry —dijo el caballero—, os lo suplico... vos que venís de Inglaterra ¡de tan lejos! ¡Ah! No es a vuestra edad cuando deben sufrirse fatigas semejantes a las de mi servicio. Reposad...

—Ante todo, milord, tengo que daros una respuesta.

—Parry…por Dios, no me digas nada... porque si la noticia hubiese sido buena; no comenzarías tu frase de ese modo. Das un rodeo, y eso quiere decir, que la noticia es mala.

—Milord —replicó el viejo—, no os alarméis tan pronto. — Pienso que no se ha perdido todo. Lo que se necesita es voluntad y perseverancia, y especialmente resignación.

—Parry —contestó el joven aquí he venido solo, — atravesando mil peligros: ¿crees en mi, voluntad? He meditado este viaje por espacio de diez años, a pesar de todos los consejos y de todos los obstáculos: ¿crees en mi perseverancia? Esta misma noche he vendido el diamante, el diamante de mi padre, porque ya no tenía con qué pagar mi cuarto; y me iba a echar el posadero.

Parry hizo un gesto de disgusto, al cual respondió el joven con un apretón de manos y una sonrisa.

Todavía tengo doscientos setenta y cuatro doblones, y me considero rico; yo no me apuro, Parry, ¿crees en mi resignación?

El viejo levantó al cielo sus temblorosas manos. :

—Veamos –dijo el extranjero—, no me ocultes nada. ¿Qué ha pasado?

—Mi relación será corta; pero en nombre del cielo, ¡no tembléis así!

—Es de impaciencia, Parry; veamos: ¿qué te ha dicho el general?

— Primero, el general no quiso recibirme. Luego amigos al otro lado del Estrecho, a quiénes sólo falta un jefe y una bandera, cuando me vean, cuando vean la bandera de Francia, se aliarán a mí, porque comprenderán que tengo vuestro apoyo. Los colores del uniforme francés valdrán a mi lado él millón que nos haya denegado el señor Mazarino

(porque sabía muy bien que yo negaría este millón). Venceré con estos quinientos caballeros, y todo el honor será vuestro”. Esto es lo qué ha manifestado, poco más o menos, ¿no es verdad? Envolviendo estas palabras en metáforas resplandecientes y en imágenes pomposas, porque todos son habladores en la familia. Su padre habló hasta en el patíbulo.

El sudor de la vergüenza corría por la frente del rey sintiendo que no correspondía a su dignidad oír insultar de ese modo a su hermano; pero, aún no sabía tener voluntad, sobre todo frente a aquél, ante quien todos se habían doblegado, hasta su misma madre.

Al fin hizo un esfuerzo.

—Pero, señor cardenal, no son quinientos hombres, sino doscientos.

—Ya veis que había adivinado lo que pedía.

—Nunca he negado que tuvieseis una mirada profunda, y por esto mismo he pensado que no negaríais a mi hermano Carlos una cosa tan sencilla y tan fácil de conceder como la que os pido en su nombre, señor cardenal, o más leen en el mío.

—Majestad —dijo—el cardenal—, treinta años hace que me ocupo de la política; primero, en unión, del señor cardenal Richelieu, y luego solo. Esta política no ha sido siempre muy honrada, menester es confesarlo, pero jamás descabellada. Bien; pues la que en este momento me propone Vuestra Majestad, es deshonrosa y torpe a la par.

— ¡Deshonrosa!

—Majestad, habéis hecho un tratado con Cromwell.

—Sí, en ese mismo tratado, Cromwell ha firmado por encima de mí.

— ¿Y por qué firmasteis tan abajo?

—El señor Cromwell encontró un buen sitio, y lo tomó; ésa era su costumbre. Pero vuelvo a Cromwell.

—Tenéis un tratado con él, es decir, con Inglaterra, porque cuando firmasteis ese tratado Cromwell era Inglaterra.

—Cromwell ha fallecido

— ¿Eso creéis, Majestad?

—Sin duda, pues que le ha sucedido Ricardo, que también ha abdicado.

— ¡Esto es precisamente! Ricardo ha heredado a la muerte de Cromwell, e Inglaterra a la abdicación de Ricardo. El tratado formaba parte de la herencia, ya en manos de Ricardo, ya en las de Inglaterra. El tratado es, pues, válido, tanto como nunca lo haya sido. ¿Por qué habíais de eludirlo, Majestad ¿Qué ha cambiado en él? Carlos II desea hoy lo que hace diez años rehusamos nosotros; pero éste es un caso previsto. Vuestra Majestad es aliado de Inglaterra, y no de Carlos H. Deshonroso es, sin duda, bajo el punto de vista de la familia, haber firmado un tratado con un hombre que ha hecho cortar la cabeza al cuñado del rey, vuestro padre, y haber contratado una alianza con un Parlamento testaferro, convengo en que esto es deshonroso, pero no torpe desde el punto de vista político, puesto que gracias a ese tratado he salvado a Vuestra Majestad, menos todavía, de los peligros de una guerra exterior, que la Fronda...

— ¿Os acordáis bien de la Fronda?— (El rey bajó la cabeza), que la Fronda hubiera complicado fatalmente. De esta manera, prueba a Vuestra Majestad que, cambiar ahora de camino, sin prevenir a nuestros aliados, sería a la vez torpe y deshonroso. Haríamos la guerra que todo el mundo hace en mi familia: mi madre vive de la caridad pública,

mi hermana pide para mi madre, y en alguna parte tengo también hermanos que mendigan para sí. Yo, el primogénito, voy a hacer lo que todos ellos, ¡voy a pedir limosna!

Y diciendo estas palabras; que interrumpió bruscamente con risa nerviosa y terrible, el joven se ciñó la espada, tomó su sombrero, hízose atar a la espalda un manto negro que le había servido durante el viaje, y estrechando las manos del viejo que le miraba con ansiedad:

—Mi buen Parry —dijo—, haz que te preparen fuego, bebe, come, duerme, sé dichoso, seamos muy felices, mi fiel y único amigo. ¡Somos ricos como reyes!

Dio una puñada al saco de los doblones, que cayó pesadamente por tierra, y púsose a reír de aquella manera triste que tanto había asombrado a Parry; y mientras que toda la casa gritaba; cantaba y se preparaba para recibir e instalar a los viajeros precedidos por sus lacayos, se deslizó a la calle, donde el viejo, desde la ventana, le perdió de vista al cabo de un breve instante.

VIII

CÓMO ERA SU MAJESTAD LUIS XIV A LOS VEINTIDOS AÑOS

Ya hemos visto, por la descripción hecha, que la entrada de Luis XIV en la ciudad de

Blois fue ruidosa y brillante. De modo que la joven majestad pareció muy satisfecha.

Al llegar bajo el porche del castillo de los Estados, halló el rey rodeado de sus guardias y de sus caballeros a Su Alteza Real el duque, Gastón de Orleáns, cuya fisonomía, de suyo bastante majestuosa, había tomado, de la solemne circunstancia en que se encontraba, nuevo lustre y nueva dignidad.

Por su parte, Madame, adornada con sus grandes vestidos de ceremonia, esperaba en un balcón interior la entrada de su sobrino. Todas las ventanas del antiguo castillo, tan solitario y tan triste en los días ordinarios, estaban resplandecientes de damas y de antorchas.

Al ruido de los tambores, de las trompetas y de los vivas, franqueó el joven monarca el umbral de este castillo, donde Enrique III, setenta y dos años antes, había llamado en su auxilio al asesinato y la traición, para, sostener en su cabeza y en sus manos una corona que ya se estacaba de su frente para caer en otra familia.

Todos los ojos, después de haber admirado al joven monarca, tan hermoso y tan noble, buscaban a ese otro rey de Francia, más rey en otro tiempo que el primero, y tan viejo, tan pálido y encorvado, que llamaban el cardenal Mazarino.

Luis estaba dotado entonces de todos esos dones naturales que confluyen un caballero perfecto: sus miradas eran dulces y brillantes, y sus ajos de un azulado puro. Pero los más inteligentes fisonomistas, esos profundizadores del alma, al fijar en él sus miradas, si fuera dado a un súbdito sostener la mirada del rey, jamás hubiera podido hallar el fondo de ese abismo de dulzura. Y era que los ojos del rey se parecían a la inmensa profundidad de las bóvedas celestes, o a las más aterradoras y casi tan sublimes que el Mediterráneo abre bajo la quilla de los navíos en un espléndido día de verano; ¡espejo gigantesco donde el cielo quiere reflejar unas veces sus estrellas, otras sus tempestades!

Era el rey de corta estatura, pues apenas medía cinco pies y dos pulgadas, pero su juventud hacía esconder el defecto, cubierto además por una gran nobleza en todos sus movimientos, y por cierta ligereza en los ejercicios corporales.

Esto era ser rey, y mucho más que rey en aquella época de respeto y adhesión tradicionales, pero como hasta entonces lo habían mostrado muy poco y siempre humildemente al pueblo, y como aquellos a quienes se mostraba siempre veían a su lado a su *madre, mujer* de elevada estatura, y al señor cardenal, hombre de hermosa presencia, muchos lo encontraban muy poco rey para decir: "El rey es menos grande que el cardenal."

Sea lo que quiera estas observaciones físicas que se hacían, sobre todo en la capital, el príncipe fue acogido como un dios por los habitantes de Blois, y casi como un rey por su tío y su tía, Monsieur y Madame, habitantes del castillo.

Sin embargo, menester es decir, que cuando vio en la sala de recepción, sillones de una misma altura para él, su madre, el cardenal, su tío y su tía, disposición hábilmente por la forma circular de la asamblea, Luis XIV enrojeció de ira, y miró en derredor suyo para cerciorarse, por la fisonomía de los concurrentes, si tal humillación le había sido preparada mas, como nada vio en el rostro impasible del cardenal, nada en el de su madre, nada en el de los concurrentes, se resignó y tomó asiento, teniendo cuidado de hacerlo antes que todos.

Los caballeros y las, damas fueron presentados a sus Majestades y al cardenal.

El rey notó que él y su madre apenas conocían los nombres de los que les presentaban, mientras que el cardenal, por el contrario, con una memoria y presencia de espíritu admirables, nunca dejaba de hablar a cada uno de ellos de sus tierras, de sus abuelos o de sus hijos, de los cuales nombraba algunos, lo que encantaba a estos dignos hidalgos, y les confirmaba en la idea de que sólo es realmente rey el que conoce a sus súbditos, por la misma razón de que el sol no tiene rival, porque sólo el sol calienta e ilumina.

El estudio del rey, comenzado hacía tiempo sin que él lo advirtiese, continuaba en medio de aquella fiesta, y miraba atentamente, para tratar de investigar alguna cosa en su fisonomía, los rostros que a primera vista habíanle parecido más insignificantes y triviales.

Sirvióse un refrigerio, que el rey, sin atreverse a reclamar de la hospitalidad de su tío, lo aguardaba con impaciencia. Así es que esta vez se le hicieron todos los honores debidos a no a su rango, al menos a su apetito.

El cardenal se contentó con humedecer los labios en un caldo servido en taza de oro. El ministro omnipotente que había robado a la reina madre su regencia y al rey su autoridad, no había podido robar a la naturaleza un estómago privilegiado.

Ana de Austria, padeciendo ya el cáncer de que debía morir seis u ocho años más tarde, tampoco comía más que el señor cardenal.

En cuanto a Monsieur, aturdido aún por el gran acontecimiento que se realizaba en su vida provincial, también dejaba de comer.

Tan sólo Madame, como verdadera lorenesa, hacía tercio al rey, de suerte que Luis XIV, que, a no ser por ella hubiera comido casi sólo, quedó contento, primero de su tía y luego del señor de Saint-Remy, su mayordomo mayor, que se había distinguido verdaderamente.

Concluido el refresco, después de un signo de aprobación de Mazarino, se levantó el rey, e invitado por su tía se puso a recorrer las filas de la asamblea.

Entonces notaron las damas (hay ciertas cosas para las cuales las mujeres son tan buenas observadoras en Blois como en París) que Luis XIV tenía la mirada viva y atrevida., lo cual prometía a los atractivos de buena ley un apreciador distinguida. Los hombres, observaron por su parte que el príncipe era orgulloso y altanero, y que le placía hacer bajar los ojos a los que le miraban por mucho tiempo o muy fijamente, lo cual parecía presagiar la aparición de un amo.

Su Majestad había ya pasado la tercera parte de su revista o pocos cienos, cuando llegó a sus oídos una palabra que pronunció Su Eminencia, que conversaba con Monsieur.

Esta palabra era un nombre de mujer.

Apenas la oyó Luis XIV cuando ya no oyó ni escuchó cosa otra ninguna, y despreciando el arco del círculo que esperaba su visita, sólo se ocupó en concluir prontamente la extremidad de la curva.

El príncipe, como buen cortesano, se informaba de la salud de las sobrinas de Su Eminencia. En efecto, cinco o seis años antes habían llegado de Italia tres sobrinas del cardenal, Hortensia, Olimpia y María Mancini.

Monsieur informábase, pues, de la salud de las sobrinas del cardenal; sentía, decía él, no tener el honor de recibirlas al mismo tiempo que su tío; ciertamente que habrían crecido en belleza y gracias, según prometían hacerlo la última vez que Monsieur las vio.

Lo que había llamado la atención del rey era cierto contraste en la voz de los interlocutores. La voz del príncipe era tranquila y natural cuando hablaba, mientras que la de Mazarino saltó, para responderle, tono y medio por encima del diapasón de costumbre.

Hubiérase dicho que quería que su voz fuese a herir al extremo de las salas un oído que se apartaba demasiado.

—Monseñor —replicó—, las señoritas Mancini tienen todavía que terminar su educación, cumplir con sus deberes y adquirir una posición. La permanencia en una corte joven y brillante las disipa un poco.

Su Majestad sonrió tristemente al oír este epíteto. Verdad que la Corte era joven, pero la avaricia del cardenal había puesto en ella buen orden para que no fuese brillante.

—No tendréis, sin embargo, la intención —respondió el príncipe de encerrarlas en un claustro o de hacerlas campesinas.

—Nada de eso —repuso el cardenal, esforzando su pronunciación italiana de manera que de dulce y suave que era, se convirtió en aguda e ingrata; nada de eso. Tengo intención de casarlas, y lo mejor que me sea posible.

—No faltarán partidos, señor cardenal —contestó —Mousieur con una honradez de mercader noble.

—Así lo espero, Monsieur; y tanto mas, cuanto que Dios les ha dado a la vez gracia, instrucción y belleza.

Durante esta conversación, Su Majestad, conducido por Madame, concluía, como hemos dicho, el círculo de las presentaciones.

—La señorita Arnoux —decía la princesa presentando al rey una rubia, gruesa, de veintidós años, que en la fiesta de una aldea se la hubiera tomado por una campesina vestida de domingo—; la señorita Arnoux, hija de mi profesor de música.

El rey sonrió; Madame jamás había podido producir cuatro notas exactas en la viola o en el clavicordio.

—La señorita Aura de Montalais —prosiguió Madame—, joven de calidad y buena servidora.

Esta vez no era el rey quien sonreía sino la joven presentada; por, primera vez en su vida oíase dar por Madame que, generalmente, no la mimaba, tan honrosa calificación.

También Montalais, nuestra antigua conocida, hizo a Luis una profunda reverencia, y esto, tanto por respeto como por necesidad, pues se trataba de ocultar ciertas contracciones de sus risueños labios, que Su Majestad hubiera podido atribuir no a su verdadero motivo.

Justamente, fue en este momento cuando el rey escuchó la palabra que le hizo saltar.

— ¿Y cómo se llama la tercera? —preguntaba Monsieur.

—María, monseñor —contestaba el cardenal.

Sin duda, había en esta palabra algún poder mágico, porque, como ya hemos dicho, Su Majestad se estremeció al escucharla, y llevando a Madame hacia la mitad del círculo, como si hubiera querido hacerle confidencialmente alguna pregunta, pero realmente para aproximarse al cardenal.

—Señora tía —dijo riéndose y a media voz—, mi maestro de Geografía no me había enseñado que Blois estuviese a tan prodigiosa distancia de París.

— ¿Cómo es eso, sobrino? —dijo Madame.

—En verdad que parece que las modas necesitan muchos años para salvar esa distancia: ¡Ved esas señoritas!

— ¡Y qué!

—Algunas son hermosas.

—No digáis eso muy alto, señor sobrino, que las volveréis locas.

—Esperad, mi querida tía —dijo el, rey sonriéndose—, porque la segunda parte de mi frase debe servir de correctivo a la primera. Pues bien, querida tía, algunas parecen viejas, y otras feas, gracias a sus modas de diez años atrás.

—Majestad, Blois no dista, sin embargo, más que cinco jornadas de París.

— ¡Pues! — dijo el rey —. Eso es, dos años de atraso por jornada.

— ¡Ah! ¿Eso halláis? Es raro; yo misma no me había apercibido de ello.

—Mirad, tía –dijo el rey acercándose siempre a Mazarino, con pretexto de escoger un buen punto de observación; mirad al lado de esos perifollos envejecidos y de esos tocados presuntuosos ese sencillo vestido blanco. Seguramente será una de las doncellas de honor de mi madre, aunque yo no la conozco. ¡Ved qué talla tan delicada! ¡Qué ademán tan gracioso! Esa sí que es una mujer, al paso que las otras no son más que vestidos.

—Querido sobrino —repuso Madame riendo—, permitidme os diga que por esta vez ha fallado vuestra ciencia vaticinadora. La persona que elogiáis de ese modo no es de París, sino dé Blois.

— ¡Ah, tía! —replicó el *rey con* aire de incertidumbre.

—Acercaos, Luisa —dijo Madame.

Y la joven que ya conocemos con este nombre, se acercó tímida, ruborizada y casi encorvada, bajo el peso de la regia mirada.

—La señorita Luisa Francisca de la Beaume Le Blanc, hija del marqués de La Vallière —dijo Madame.

La joven se inclinó con tanta gracia, en medio de la timidez profunda que le inspiraba la presencia del rey, que éste perdió al mirarla algunas palabras de la conversación del cardenal y del príncipe.

—Hijastra —continuó Madame del señor de Saint-Remy, mi mayordomo mayor, el que ha presidido la confección de ese adobo trulado que tan bien ha parecido a Vuestra Majestad.

No había gracia, ni belleza, ni juventud que pudiese resistir a tal presentación. El rey sonrió. Que las palabras de Madame fuesen burla o necedad, siempre eran la inmolación inexorable de todo lo que Luis acababa de encontrar encantador y poético en la joven.

La señorita de La Vallière, para Madame, y de rechazo para el rey, no era momentáneamente más que la hijastra de un hombre que tenía gran talento para los pavos trufados.

Pero así son los príncipes. Los dioses eran también lo mismo en el Olimpo: Diana y Venus debían maltratar bastante a la hermosa Alcinena y a la pobre, cuando por distracción se descendía a hablar, entre el néctar y la ambrosía, de bellezas mortales en la mesa de Júpiter:

Afortunadamente, estaba Luisa.; tan inclinada, que ni oyó las palabras de Madame, ni vio la sonrisa del rey. En efecto, si la pobre niña, de tan buen gusto que sólo ella pensó vestirse de blanco entre todas sus amigas; si su corazón de paloma, tan fácilmente accesible a todos los dolores, hubiese sido herido por las crueles palabras de Madame y por la egoísta y fría sonrisa de Su Majestad, sin duda que hubiera muerto de repente.

Y la misma Montalais, la joven de ideas ingeniosas, no habría intentado volverla a la vida, pues el ridículo todo lo mata, aun la misma belleza.

Mas, por fortuna, como hemos dicho, Luisa, cuyos oídos zumbaban y cuyos ojos permanecían medio velados, nada vio, nada oyó, y el rey, que sólo atendía a las conversaciones del cardenal y de su tío, se apresuró a volver a unirse a ellos.

Precisamente; llegó en el momento en qué Mazarino terminaba diciendo:

—María, lo mismo que sus hermanas, parte en este momento para Bourges. Les hago seguir la orilla del Loira contraria a la que nosotros hemos remontado, y si calculo bien su marcha, según las órdenes que he dado, mañana estarán a la altura de Blois.

Estas palabras fueron dichas con aquel tacto, aquella mesura y aquella seguridad de tono y de intención que hacían del signor Giulio Mazarino el primer comediante del mundo.

Resultó de aquí que fueron derechas al corazón del rey, y que el cardenal, volviéndose al simple ruido de los pasos de Su Majestad, que se acercaba, viera el efecto inmediato de ellas en el rostro de su discípulo, efecto que un ligero rubor manifestó a los ojos de Su Eminencia.. Pero, ¿qué era descubrir semejante secreto para aquél cuya astucia engañaba hacía veinte años a todos los diplomáticos europeos?

Una vez dichas estas palabras, pareció que el joven rey había recibido en el corazón un dardo envenenado. Echó una mirada incierta y débil por toda la asamblea, y más de veinte veces preguntó con vista a la reina madre, quien entregada al placer de conversar con

su cuñada, y contenida además por las miradas de Mazarino, pareció no entender todas las súplicas que se leían en las miradas de su hijo.

Desde este momento; música, flores, luces y belleza, todo hizose odioso e insípido para Luis XIV. Después de haberse mordido, cien veces los labios, estirado los brazos y las piernas como el niño bien educado, que sin atreverse a bostezar agota todas las maneras de atestiguar su fastidio, y después de haber implorado de nuevo inútilmente a la madre y al ministro, volvió desesperado los ojos hacia la puerta, esto es, hacia la libertad. En el marco de esta puerta vio recostada y destacándose con vigor una cabeza arrogante y morena tostada, de nariz aguileña, de mirada dura, pero brillante; de cabellos grises y largos, y de bigote negro, verdadero tipo de belleza militar, cuyo alzacuello, más resplandeciente que un espejo, quebraba todos los rayos luminosos que iban a concentrarse en él, devolviéndolos en reflejos. Este oficial llevaba el sombrero gris de pluma roja en la cabeza, prueba de que le llamaba a aquel lugar su servicio, no el placer. Si hubiera estado llamado por su gusto; si hubiera sido cortesano en vez de soldado, habría tenido en la mano su sombrero:

Lo que probaba mejor aún que este oficial se hallaba de servicio y que desempeñaba un cargo al cual estaba, acostumbrado, es que contemplaba con los brazos cruzados, con notable indiferencia y suprema apatía, las alegrías o aburrimientos de esta fiesta: _ Parecía sobre todo, como un filósofo, y todos los soldados viejos son filósofos, comprender infinitamente mejor los fastidios que los placeres; mas de los unos sacaba su partido; sabiéndose pasar muy bien sin los otros.

Recostado, como hemos dicho, en el marco de la puerta, los ojos del rey se encontraron por casualidad con los suyos.

No era la vez primera, a lo que parecía, que los ojos del oficial hallaban a aquéllos, de los cuales sabía a fondo el pensamiento, porque tan pronto como fijó su mirada en el rostro de Luis XIV, y hubo leído en su rostro lo que pasaba en su corazón, es decir, el fastidio que le oprimía y la tímida resolución de marcharse que se agitaba en el fondo de su almas comprendió que era menester hacer servicio al rey sin que él lo pidiese, y aun casi a pesar suyo, y arrogante, cual si estuviese mandando la caballería en un día de batalla.

— ¡La guardia del rey! —gritó con voz potente y sonora.

A estas palabras, que hicieron el efecto de un trueno dominado, orquesta, los cantos y el rumor de pasos y de gente, el cardenal y la reina madre miraron con sorpresa al rey.

Luis XIV, pálido, pero resuelto, sostenido como estaba por esa intuición de su propio pensamiento que había hallado en la inteligencia del oficial de mosqueteros, y que acababa de manifestarse por la orden dada, se levantó de su sillón y dio un paso hacia la puerta.

— ¿Os váis, hijo mío? —preguntó la reina, mientras Mazarino se contentaba con interrogar con su mirada, que hubiera podido parecer dulce, a no ser tan penetrante.

—Sí, señora —respondió Su Majestad—; me siento cansado, y además quisiera escribir esta noche.

Vagó una sonrisa por los labios del ministro, que con un movimiento de cabeza pareció dar permiso al rey.

Monsieur y Madame apresuráronse entonces a dar disposiciones a los oficiales que se presentaron.

Luis saludó, atravesó la sala y llegó a la puerta.

Una fila de veinte mosqueteros esperaba en ella a Su Majestad. Al extremo de esta fila permanecía el oficial, impasible, con la espada desnuda en la mano.

El rey pasó, y toda la gente se empinó sobre la punta de los pies para verle todavía.

Diez mosqueteros, marchando por entre la muchedumbre que llenaba las antecámaras, abrían camino paro que el rey pasase.

Los otros diez rodeaban al rey y a Monsieur, que había querido acompañar a Su Majestad.

Las gentes del servicio seguían detrás.

Este pequeño acompañamiento escoltó al rey hasta el departamento que le estaba destinado, que era el ocupado por Enrique III durante su residencia en el castillo de los Estados.

Monsieur había dado sus órdenes. Las mosqueteros, dirigidos por su oficial, entraron en la estrecho galería que comunica paralelamente una de las alas del castillo con la otra.

La galería constaba de una pequeña antesala cuadrarla, sombría aun en los días más hermosos.

Monsieur detuvo a Su Majestad. Majestad —le dijo—, vais pasando por el mismo sitio en que el duque de Guisa recibió la primera puñalada. .

Luis, muy ignorante en cuestiones de historia, conocía el hecho, pero sin saber los lugares ni los pormenores.

—¡Ah! —dijo el rey, estremeciéndose.

Y se detuvo.

Todo el mundo se detuvo también, delante y en pos de él. El duque —continuó Gastón–, estaba casi en el mismo sitio en que yo estoy, y marchaba en la dirección que lleva Vuestra Majestad; el señor de Loignes hallábase en el sitio en que se encuentra en este momento vuestro teniente de mosqueteros; el señor de Saint–Maline y los emisarios del rey, detrás y alrededor de él. Así fue como le hirieron.

El rey se volvió hacia donde estaba el oficial, y vio una especie de nube que pasaba sobre su fisonomía atrevida y marcial.

—Sí, por la espalda —dijo el teniente con gesto desdeñoso.

Y procuro echar a andar, como si estuviese molesto entre aquellos muros visitados en otro tiempo por la traición.

Pero su majestad, que parecía más propicio a saber que a preguntar, también pareció dispuesto a pasear aún una mirada por aquel sitio fúnebre.

Gastón conoció el deseo de su sobrino.

— Ved, Majestad —dijo tomando una antorcha de manos del señor de Saint-Remy—; en este sitio vino a caer, pues aquí había un lecho, cuyas cortinas rompió al agarrarse a ellas.

— ¿Por qué parece que han cavado el pavimento de este sitio? —preguntó Luis.

—Porque por este sitio corrió la sangre —respondió Gastón—, que penetró profundamente la madera, y sólo a fuerza de roscarla es como se ha podido lograr hacerla desaparecer. Y todavía —añadió Gas—, aproximando la antorcha al lugar designado – ese tinte rojizo ha resistido todas las pruebas hechas para borrarla.

Luis XIV alzó la frente. Tal vez pensaba en la huella sangrienta que le enseñaron cierta vez en el Louvre, y que lo mismo que ésta de Blois había sido motivada cierto día por el rey su padre con la sangre de Concini.

— ¡Vamos! —dijo.

Al instante pusiéronse en marcha; la emoción, sin duda, había dado a la voz del joven príncipe, un tono de mando al cual no estaba acostumbrado.

Llegaron al aposento reservado a Su Majestad, y al cual se comunicaba, no sólo por la galería, que acabamos de recorrer, sino también por una escalera que daba al patio.

—Ruego a Vuestra Majestad –dijo Gastón—, tenga a bien aceptar este departamento, aunque indigno de recibirle.

—Tío mío —contestó el príncipe—, os doy las gracias por vuestra cordial hospitalidad.

Gastón abrazó a su sobrino, y, salió.

De los veinte mosqueteros que habían seguido al rey, diez acompañaron a Monsieur a las salas de recibo, aun no desocupadas a pesar de la salida de Su Majestad.

Los restantes fueron apostados por el oficial, que exploró por sí mismo en cinco minutos todas las localidades, con ese golpe de vista frío y seguro que no .da siempre la costumbre, pues el de que hablamos pertenecía al genio.

Cuando todos estuvieron colocados, escogió para su cuartel general la antecámara, en la cual encontró un gran sillón, una lámpara, vino y pan seco. Atizó la lámpara, bebió medio vaso de vino, plegó sus labios con sonrisa henchida de expresión; instaláse en el gran sillón y dispúsose a dormir.

IX

EL DESCONOCIDO DE LA HOSTERÍA "LOS MEDICIS" REVELAN SU INCÓGNITO"

Este oficial, que dormía o que se preparaba a dormir, era el encargado, sin embargo, y a pesar de su aire distraído, de una grave responsabilidad.

Teniente de mosqueteros de Su Majestad, mandaba la compañía llegada de París, que constaba de ciento veinte hombres pero, a excepción de los veinte de que hemos hablado, los otros cien estaban ocupados en custodiar à la reina, y, sobre todo, al señor cardenal.

Julio Mazarino economizaba los gastos de viaje de sus guardias, y en consecuencia usaba de los del rey con la mayor largueza pues tomaba cincuenta de ellos para su persona; particularidad que no hubiese dejado de parecer extraña para cualquiera poco acostumbrado a los usos de esta corte.

Lo que no hubiese dejado mucho más de parecer, si no extraño, extraordinario al menos, es que la parte del castillo destinada al señor cardenal, estuviera iluminada. Allí montaban la guardia mosqueteros en todas las puertas, y no dejaban entrar a nadie sino a los correos que, hasta de viaje, siempre acompañaban al cardenal para su correspondencia.

Veinte hombres estaban do servicio en el departamento de la reina madre, y descansaban treinta a fin de relevar al día siguiente a sus compañeros.

En la: parte que habitaba el rey, par el contrario, sólo había silencio, soledad y `obscuridad. Cerradas las puertas, no existía la menor apariencia de monarquía, y poco a poco se habían retirado todas las gentes de servicio. El príncipe había enviado a interrogar si Su Majestad necesitaba de sus oficiales, y a un no del teniente de mosqueteros, que tenía la costumbre de preguntar y responder él propio, todo comenzó a dormir como en la casa de un ciudadano.

Y, sin embargo, había que oír desde la parte del edificio habitada por el joven rey, las músicas de la fiesta, y ver las ventanas ricamente iluminadas del gran salón.

Diez, minutos después de su instalación, Su Majestad pudo conocer, por cierto movimiento más marcado que el que acompañó a su salida de la sala, la que hacía el cardenal, a su vez, caminando al lecho con nutrida escolta de damas y caballeros.

Para distinguir, todo este movimiento, sólo tenía que mirar por la ventana, cuyos postigos no se habían cerrado.

Su Eminencia atravesó el patio conducido por Monsieur en persona, que le alumbraba con una antorcha; en seguida pasó la reina madre, a quien Madame daba el brazo familiarmente, cuchicheando las dos como antiguas amigas.

Todo desfiló detrás de estas dos parejas, damas, pajes y oficiales; las dos antorchas iluminaron todo el patio como un incendio de movibles reflejos, y luego el ruido de los pasos y de las voces fue perdiéndose en los pisos superiores del castillo.

Entonces nadie pensó ya en el rey, que; de codos en la ventana, había visto tristemente pasar todas aquellas luces, y oído alegarse todo aquel ruido; a nadie se veía si no es a ese desconocido de la hostería Los Medicis, que hemos visto salir envuelto en su capa.

Había subido al castillo y llegado a rondar con su rostro melancólico los alrededores del, pacano, que aún circundaba el pueblo, y advirtiendo que nadie guardaba la puerta principal ni el patio, por cuanto los soldados de Monsieur fraternizaban con los soldados reales, es decir, echaban unos cuantos tragos a discreción, o mas bien a indiscreción, el desconocido penetró por entre la muchedumbre, atravesó el patio, y llegó por último al descansillo de la escalera que con lucía a las habitaciones del cardenal.

Lo que, según todas las probabilidades, hacía que se dirigiese a este lugar, era el brillar de las antorchas, y el aire atareado de los pajes y de la demás servidumbre.

—Lotas a lo mejor fue detenido por una evolución de mosquete y el grito de un centinela.

— ¿Dónde vais, amigo? preguntóle el soldado.

— Al cuarto del rey —respondió con tranquilidad y orgullo el desconocido.

El soldado llamó a un oficial de Su Eminencia, quien, con el tono de un portero de oficina, cuando, dirige la palabra a algún 'pretendiente, dejó escapar estas palabras:

—La escalera de enfrente.

Y sin cuidarse más del desconocido, volvió el oficial a su interrumpida conversación.

El extranjero, sin responder palabra, se dirigió a la escalera indicada.

Por aquel sitio no había ni ruido ni luces.

Sólo reinaba la obscuridad, en medio de la cual veíase pasear a un centinela semejante a una sombra, y el silencio, que permitía oír el ruido de sus pasos, acompañado del resonar de las espuelas sobre las losas:

Ese soldado era uno de los veinte mosqueteros al servicio del rey, que hacía la guardia con la frialdad y la conciencia de una estatua.

— ¿Quién vive? —gritó.

—Amigo —respondió el desconocido.

— ¿Qué queréis? —Hablar al rey.

— ¡Oh! Señor mío, eso no es posible.

— ¿Y por que?

—Por qué el rey está acostado. ¿Acostado ya?

—Sí.

—No importa, es preciso que le hable.

—Y yo os digo que eso no es posible.

No obstante... — ¡Marchaos!

—¿Es ésa la consigna?

—No tengo que daros explicaciones. ¡Atrás! Y esta vez acompañó el soldado a sus palabras un gesto amenazador; pero el desconocido se movió menos que si los pies hubieran echado raíces.

—Señor mosquetero —dijo—, ¿sois hidalgo?

—Tengo ese honor.

—Pues bien, yo también lo soy, y entre hidalgos debe haber algunas consideraciones.

El centinela bajó su arma, vencido por la dignidad con que estas palabras habían sido dichas.

—Hablad, caballero, y si me pedís una cosa que esté en mis atribuciones...

—Gracias... ¿Tenéis un oficial, no es verdad?

—Sí, señor, nuestro teniente.

—Pues bien, desearía hablarle.

— ¡Ah! Eso es distinto. Pasad caballero.

El desconocido saludó al soldado de una manera distinguida, y subió la escalera, mientras el grito: "¡Teniente, una visita!", transmitido de centinela en centinela, le precedía e interrumpía el primer sueño del oficial.

El teniente, frotándose los ojos y arreglando su capa, se adelantó tres pasos hacia el extranjero.

— ¿Qué puede hacerse en vuestro obsequio? —preguntó.

— ¿Sois el oficial de guardia, teniente de mosqueteros?

—Tengo ese honor —contestó el oficial:

—Caballero, es absolutamente preciso que yo hable al rey.

El teniente miró atentamente al desconocido, y en aquella mirada, tan rápida como fue, vio todo lo que quería ver, esto es, una distinción nobilísima bajo vestido ordinario.

—Yo no creo que seáis un loco —replicó–, y por el contrario, caballero, me parece que tenéis condición, de saber que no se entra así como así en el cuarto del rey sin su consentimiento.

—Consentirá en ello, señor.

—Caballero, permitidme que lo dude: el rey ha entrado aquí hace un cuarto de hora, y en este instante debe estar a punto de desnudarse. Además, la consigna está dada.

—Cuando sepa quién soy yo – contestó el desconocido alzando la cabeza—, levantará la consigna. El oficial estaba cada vez más subyugado.

—Si yo consintiese en anunciaros, ¿puedo al menos saber a quién anunciaría; caballero?

—Anunciaríais a Su Majestad Carlos II, rey de Inglaterra, de Escocia y de Irlanda.

El oficial estremecióse, retrocedió, y pudo advertirse sobre su pálido rostro una de las más punzantes emociones que un hombre de energía haya podido sofocar' en el fondo de su corazón.

— ¡Oh! Sí, Majestad; en efecto —exclamó—, debía haberos reconocido.

— ¿Habéis visto mi retrato?

—No, Majestad.

—Entonces, ¿cómo ibais a reconocerme, no conociendo mi retrato ni mi persona?

—Vi a Su Majestad, el rey vuestro padre, en un momento horrible. —El día…

—Sí.

Una nube sombría pasó por la frente del príncipe: Luego, apartándola con la mano…

— ¿Veis ahora alguna dificultad anunciarme? –dijo.

—Perdonadme, Majestad —contestó el oficial—; no podía adivinar que se ocultase un rey bajo tan sencillo exterior; y, sin embargo, tenía el honor de decir ahora mismo a Vuestra Majestad que había visto al rey Carlos el más, perdón; vuelo a prevenir a Su Majestad.

Y volviendo atrás inmediatamente

— ¿Vuestra Majestad desea sin duda el secreto para esta entrevista? preguntó.

—No lo exijo, mas si es posible guardarlo...

—Es posible, Majestad, porque puedo excusarme de avisar al gentilhombre de guardia; mas para esto es menester que Vuestra Majestad acceda a entregarme su espada.

—Es verdad. Olvidaba que nadie penetra armado en el cuarto del rey de Francia.

—Vuestra Majestad será una excepción, si quiere, pero entonces pondré a cubierto mi responsabilidad avisando al gentilhombre del rey.

—Tomad mi espada, caballero. ¿Queréis ahora anunciarme al rey?

—Al instante, Majestad.

El oficial corrió a llamar a la puerta de comunicación, que le abrió el ayuda de cámara.

— ¡Su Majestad el rey de Inglaterra! —dijo el oficial suavemente.

— ¡Su Majestad el rey de Inglaterra! —repitió el ayuda de cámara. A estas palabras, un gentilhombre abrió la puerta, y vióse a Luis XIV sin sombrero ni espada, con el jubón abierto, adelantarse, dando pruebas de la más viva sorpresa.

— ¡Vos, hermano mío! ¡Vos en Blois! —exclamó Luis XIV despidiendo con un gesto al gentilhombre y al ayuda de cámara, que pasaron a una pieza próxima.

—Señor —respondió Carlos II—, iba a París con esperanza de ver a vuestra Majestad, cuando la fama me hizo: saber vuestra próxima llegada a esta ciudad. Entonces prolongue aquí mi estancia por tener algo muy importante que comunicaros.

— ¿Es adecuado este gabinete, hermano mío?

—Excelente, señor, porque creo que no pueden oírnos.

—He despedido a mi gentilhombre y a mi servidor, que están en la cámara próxima. Aquí, detrás de este tabique, hay un gabinete solitario que da a la antecámara, y en éste no habréis visto más que, un oficial; ¿no es verdad?

—Cierto.

— ¡Pues bien, hablad, hermano mío!, escucho.

— ¡Comienzo, señor, y quiera Vuestra Majestad tener lástima de las desdichas que afligen a nuestra casa!

El rey de Francia se sonrojó, y acertó su sillón; al del rey de Inglaterra:

—Señor —dijo Carlos II-, no necesito preguntar a Vuestra Majestad si conoce los pormenores de mi deplorable historia.

Luis XIV se sonrojó aún más que la vez primera, y luego, poniendo su mano sobre la del rey de Inglaterra:

—Hermano mío —dijo—, vergonzoso es decirlo; pero rara vez habla el cardenal de política delante de mí. Hay más, en otro tiempo me hacía leer por Laporte, mi ayuda de cámara, libros de historia; pero ha hecho que cesen estas lecturas, y me ha quitado a Laporte; de modo que suplico a mi hermano Carlos que me refiera todas estas casas como a un hombre que nada sabe.

—Pues bien; señor; tomando las cosas desde más arriba, tendré una probabilidad más de conmover el corazón de Vuestra Majestad.

—Hablad, hermano querido, hablad.

—Vos sabéis, Majestad, que llamado en 1650 a Edimburgo, durante la expedición de Cromwell en Irlanda, fui coronado en Stone. Un año más tarde, herido Cromwell en una de las provincias que —había usurpado, se volvió sobre nosotros; Encontrarle era mi objeto; salir de Escocia mi deseo.

—Sin embargo —replicó el rey—, Escocia es, casi vuestra tierra natal, hermano mío..

—Sí; pero os escoceses eran para mí unos compatriotas tiranos, Majestad; me habían obligado a renegar de la religión de mis padres; habían ahorcado a lord Montrose, mi más fiel servidor, y como el pobre mártir, a quien se había hecho un favor matándolo, había pedido que su cuerpo fuera hecho tantos pedazos cómo ciudades había en Escocia, para que por todas partes se encontrasen testimonios de su fidelidad, yo no podía salir de una ciudad ni ir a otra, sin pasar sobre algún trozo de aquel cuerpo que había trabajado, combatido y respirado por mí. Atravesé, pues, por medio de una marcha atrevida, el ejército de Cromwell, y entré en Inglaterra. El protector se puso en persecución de esta fuga rara,

que tenía una corona por objeto. Si yo hubiera podido llegar a Londres antes que él, sin duda hubiese sido mío el premio de la carrera, pero me alcanzó en Worcester. El genio de ¯Inglaterra ya no estaba— en nosotros, sino en él, Majestad; — el 3 de septiembre de 1651, aniversario de esa otra acción de Dúnbar, tan fatal a los escoceses, fui vencido. Dos mil hombres cayeron en derredor, mío antes de que yo pensase retroceder un paso. Por último; fue necesario huir. Desde, entonces, mi historia convirtióse en novela. Perseguido con encarnizamiento, me corté el cabello y me disfracé de leñador. Un día pasado entre las ramas de una encina dio a este árbol el nombre de enema real, que lleva aún mis aventuras en el condado de Stafford; de donde salí llevando a la grupa a la hija de mi huésped, son todavía el cuento de todas las viejas y suministrarán tema para una balada. Algún día escribiré todo eso, Majestad, para instrucción de los monarcas mis hermanos. Contaré cómo al llegar á casa de míster Norton encontré a un capellán de la Corte que miraba jugar a los bolos, y a un antiguo servidor que me nombro llorando, y que a poco me mata con su fidelidad, como otro lo hubiera hecho con su traición. En fin, contaré mis terrores, sí, mis terrores, cuando en casa del coronel Windham, un mariscal que visitaba nuestros caballos confesó que habían sido herrados en el Norte.

—Es particular —murmuró Luis XIV—, ignoraba todo eso. Sólo sabía vuestro embarque en Brighelmsted, y vuestro desembarco en Normandía.

¡Oh! —dijo Carlos—. Si permitís, ¡Dios santo!, que los reyes ignoren de ese modo la historia los unos de los otros, ¡cómo queréis que se socorran entre sí!

—Pero, decidme, hermano, ¿cómo habiendo sido tan cruelmente recibido en Inglaterra, esperáis aún algo de ese desgraciado país y de ése pueblo rebelde?

— ¡Oh Majestad! Desde la acción de Worcester todas las cosas de allá han cambiado bastante. Cromwell, ha muerto después de haber firmado con Francia un tratado, en el cual ha escrito su nombre encima del vuestro. Murió el 3 de septiembre de 1658, nuevo aniversario de las acciones de Worcester y de Dúnbar.

—Su hijo le ha sucedido.

—Pero ciertos hombres, Majestad, tienen familia y no herederos. La herencia de Cromwell era muy pesada para Ricardo. Ricardo que no era ni republicano ni realista; Ricardo, que dejaba que sus guardias se comiesen su comida, y a sus generales gobernar la República; Ricardo ha abdicado el protectorado, el 22 de abril de 1659. Hace poco más de un año. Desde entonces Inglaterra no es más que un garito; donde cada cual juega a los dados la corona de mi padre. Los dos jugadores más encarnizados son Lambert y Monk. Pues bien, Majestad, yo desearía mezclarme en esa partida, cuya puesta es arrojada sobre mi manto real. Majestad, un millón para corromper a uno de esos jugadores. Para hacerme de él un aliado, o doscientos de vuestros caballeros para echarlos de mi palacio de White Hall, como Jesús arrojó a los mercaderes del templo.

—Luego —repuso Luis XIV— venís a solicitarme...

—Vuestro auxilio; es decir, lo que no solamente los reyes se deben entre sí, sino lo que los cristianos se deben unos a otros, vuestro auxilio, Majestad, en dinero o en hombres; vuestro auxilio; y dentro de un mes, bien oponga Lambert a Monk, bien; Monk a Lambert, habré reconquistado la herencia paterna, sin haber costado una guinea a mi país ni una gota de sangre á mis súbditos, que cansados ya de revolución, de protectorado y de república, sólo piden ir vacilantes a caer y dormirse en la monarquía; vuestro auxilio, señas, y deberé más a Vuestra Majestad que a mi padre. ¡Desgraciado padre, que tan raramente ha pagado la ruina de nuestra casa! Ya veis, señor—, si soy desgraciado y si estaré desesperado para que yo acuse a mi padre. .

Y la sangre subió al semblante pálido de Carlos II, que permaneció un instante con la cabeza entre las manos, y como ciego por aquella sangre que parecía rebelarse contra la blasfemia filial.

El rey no era menos desgraciado que su hermano; agitábase en su sillón y no encontraba una palabra que responder.

Al fin, Carlos II, a quien diez años más daban una fuerza superior para dominar sus emociones, encontró primero el uso de la palabra.

—Señor —dijo—, espero vuestra respuesta como un condenado su sentencia. ¿He de vivir? ¿He de morir?

—Hermano —contestó el príncipe francés a Carlos II— ¡me pedís un millón a mí, que jamás he poseído la cuarta parte de esa cantidad! ¡Yo no tengo nada! Yo no soy más rey de Francia que vos de Inglaterra. Soy un hombre, una cifra vestida de terciopelo y nada más. Estoy sobre un trono visible: he aquí mi única ventana. ¡No tengo nada, no puedo nada!

— ¡Es verdad! —exclamó Carlos II.

—Hermano —dijo Luis bajando la voz—; yo he sufrido miserias que no hubiera soportado el más infeliz de mis caballeros. Si mi pobre Laporte estuviera a mi lado, él os diría que he dormido en sábanas desgarradas, por entre cuyos jirones pasaban mis piernas; él os diría que después, cuándo pedí mis carrozas, me trajeron unos coches viejos y casi inservibles; él os diría que cuando yo pedía la comida iban a informarse a las cocinas del cardenal si había que darle de comer al rey. Y hoy mismo; hoy mismo todavía, que cuento veintidós años; hoy que he llegado a la edad de las grandes mayorías reales, hoy que debería tener la llave del Tesoro, la dirección de la política, la supremacía de la paz y de la guerra, dirigid una mirada en derredor mío y mirad lo que me dejan; ved este abandono, este desdén, este silencio, mientras que allí; mirad allá abajo ese tropel, esas luces; esos homenajes. ¡Allí, allí es donde está el verdadero rey de Francia, hermano mío!

— ¿El cuarto del cardenal?

—El cuarto del cardenal, sí.

—Luego—estoy condenado, Majestad.

Luis no respondió.

—Condenado; sí, parque jamás solicitaré nada de quien habría dejado morir de frío y de hambre a mi madre y a mi hermana; es decir, a la hija y a la nieta de Enrique IV, si el señor de Retz y el Parlamento no les hubieran enviado pan y leña.

— ¡Morir! —murmuró Luis XIV.

— Pues bien —continuó el rey de Inglaterra—; el infeliz Carlos II, ese nieto de Enrique IV, como vos, Majestad, no teniendo ni Parlamento ni cardenal de Retz, morirá de hambre, como no faltó mucho para que muriesen su hermana y su madre.

Luis frunció el entrecejo y oprimió violentamente el encaje de sus bocamangas.

Esta inmovilidad y atonía, sirviendo de máscara a una emoción tan visible, conmovieron al rey Carlos; que tomó la mano del joven.

—Gracias —exclamó—, hermano mío, me habéis escuchado, que era cuanto podía exigir de vos en la situación en que os halláis.

—Señor —dijo de pronto Luis XIV levantando la cabeza—, me habéis dicho que necesitáis un millón o doscientos caballeros.

—Un millón me bastará, Majestad.

—No es mucho.

—Para un solo hambre es mucho: menos caras se han pagado muchas veces las convicciones.

—Decís doscientos caballeros, que es algo más de una compañía, ¿y eso es todo?

—Majestad; hay en nuestra familia una tradición: cuatro hombres, cuatro caballeros franceses, partidarios de mi padre, estuvieron a punto de salvarle, juzgado por un Parlamento, guardado por un ejército y rodeado por una nación.

——Por tanto, si yo os proporciono un millón o doscientos caballeros, ¿quedaréis satisfecho y me tendréis por un buen hermano?

—Os tendré por mi salvador; y si llego a subir al trono de mi padre, Inglaterra, por lo menos mientras yo reine, una hermana de Francia, como vos lo habéis sido para mí.

—Pues bien, hermano —dijo Luis incorporándose—, lo que vacilabais en pedir voy a pedirlo yo mismo. Lo que jamás he querido hacer por mi propia cuenta, lo haré por la vuestra. ¡Iré a buscar al rey de Francia, al otro, al rico, al poderoso, y pediré yo mismo ese millón o esos doscientos caballeros... y veremos.

— ¡Oh! —exclamó Carlos—Sois un amigo noble; un corazón creado por Dios! ¡Me libertáis, hermano mío; y cuando tengáis necesidad de la vida que me dais, pedídmela!

— ¡Silencio, hermano, silencio! ——dijo en voz baja Luis—. ¡Cuidad que no os oigan! Aún no hemos concluido. ¡Pedir dinero a Mazarino! ¡Eso es mucho más que atravesar el bosque encantado donde cada árbol encierra un diablo; eso es más que ir a conquistar un mundo!

—Mas, no obstante, cuando vos pedís…

—Ya os he dicho que nunca he pedido —respondió Luis con orgullo que hizo palidecer, al rey de Inglaterra.

Y como éste, semejante a un hombre herido, hiciese un movimiento de retirada:

—Perdón, hermano —murmuró—, yo no tengo una madre y una hermana que padezcan. Mi trono está duro y desnudo, pero estoy bien sentado en él.. Perdón, hermano, no me hagáis un cargo por esa palabra que es propia de un egoísta. Ya la recogeré con sacrificio. Voy en busca del señor cardenal; os ruego que me esperéis; vuelvo al momento.

X

LAS CUENTAS DE MAZARINO

En tanto que el rey se dirigía rápidamente hacia el ala del castillo ocupada por el cardenal, acompasado solamente de su ayuda de cámara, él oficial de mosqueteros, respirando como hombre obligado a contener mucho tiempo el aliento, salía del reducido gabinete de que ya hemos hecho mención; y que el rey creía solitario. Este gabinete formaba en otro tiempo parte de la cámara y sólo estaba separado de ella, por un delgado tabique. De aquí

resultaba que tal separación, cuyo único objeto era quo nada se viese, permitía al oído menos indiscreto oír lo que pasaba en ella.

No había, por tanto, duda *de* que el teniente de mosqueteros hubiese oído lo que pasara en el cuarto del. Rey.

Prevenido por las últimas palabras de Su Majestad, salió de él a tiempo de saludarle a su paso, y para acompañarle con la vista hasta que desapareció en el corredor.

Luego, y cuando el monarca hubo desaparecido, movió la cabeza de un modo que le, era peculiar, y con voz a la, cual cuarenta años pasados fuera de la Gascuña, no habían podido hacer perder su tono:

— ¡Triste servicio! —dijo—. ¡Triste amo!

Y, pronunciadas estas palabras, volvió a su sillón, extendió las piernas y cerró los ojos como hombre que duerme o medita.

Durante este corto monólogo, y mientras el rey, atravesando los Vastos corredores del antiguo —castillo, se encaminaba al cuarto del señor cardenal, verificábase en éste una escena de otro género.

Mazarino se había acostado algo atormentado por la gota. Mazarino era hombre de orden que utilizaba hasta el dolor, hacía de la velada sirviente humilde *de* su trabajo. Por esto se había hecho llevar por Bernoum, su ayuda de cámara, un pupitre de viaje, a fin de poder escribir sobre la misma cama.

Pero la gota no es enemigo que se deje convencer tan fácilmente, y a cada movimiento suyo el dolor sordo se convertía en agudo.

— ¿No se halla aquí Brienne? —preguntó a Bernouin.

—No, monseñor —replicó el ayuda de cámara—. El señor de Brienne se ha ido a acostar con licencia vuestra. Pero si lo desea Vuestra Eminencia, puede despertársele.

—No, no vale la pena. Veamos, no obstante. ¡Malditos números! Y el cardenal cerró los ojos contando con los dedos.

— ¡Oh! ¡Números! —dijo Bernouin—. ¡Bueno! ¡Si Su Eminencia se enreda en esos cálculos, le prometo para mañana la más hermosa jaqueca! Y con esto, y que el señor Guenaud no está aquí.

—Tienes razón, Bemouin. ¡Pues bien! Tú vas a reemplazar a Brienne, amigo mío. En verdad, debí traer conmigo al señor Colbert. Ese joven va bien, Bernouin, muy bien. ¡Es sujeto ordenado!

—Yo no sé —dijo el ayuda de cámara—, pero; lo que es a mí, no me gusta ni pizca la cara de vuestro joven.

— ¡Bueno, Bernouin! Para nada se necesita tu parecer, ponte aquí, coge la pluma y escribe.

—Aquí esta, monseñor. ¿Qué he de escribir?

—Aquí a continuación de esas dos líneas ya trazadas.

—Está bien.

—Escribe. Setecientas sesenta mil libras.

—Ya está.

—En Lyón.

El cardenal parecía dudar.

—En Lyón —repitió Bernouin.

—Tres millones novecientas mil libras.

—Bien, monseñor:

—En Burdeos, siete millones.

—Siete —repitió Bernouin.

— ¿Sí, he?—dijo el cardenal de buen humor—. ¡Siete! Tú comprendes, Bernouin —añadió al momento—, que todo esto es dinero que hay que gastar.

—Monseñor, poco me importa que esos millones sean para guardarlos o para gastarlos, puesto que no son para mí:

—Esos millones son de Su Majestad. Todo lo que cuento es dinero del rey... Con que decíamos... Siempre me interrumpes.

—Siete millones, en Burdeos.

— ¡Ah! Sí, es cierto. Cuatro sobre Madrid. Ya te explicaré para qué es todo este dinero, Bernouin pues todo el mundo da en la tontería de creerme millonario. Pero un ministro no tiene nada suyo. Vamos sigue. Entradas generales, siete millones. Propiedades, nueve ¿Has escrito, Bernouin?

—Sí monseñor.

—Bolsa, seiscientas mil libras; valores diversos, dos millones... ¡Ah! Se me olvidaba: mobiliario de los distintos castillos...

— ¿Es preciso añadir de la Corona? –preguntó Bernouin.

—No, no; es inútil. Eso se sobre entiende. ¿Está ya, Bernouin?

—Sí, monseñor.

— ¿Cómo has puesto las cifras?

—Unas debajo de otras.

—Suma

—Treinta y nueve millones, doscientas sesenta libras.

— ¡Ah!— exclamó el cardenal con violenta expresión de despecho—. ¡Aún no hay cuarenta millones!

Bernouin volvió a sumar.

—No, monseñor, todavía faltan setecientas cuarenta libras.

Mazarino pidió la cuenta y la revisó atentamente.

—Es igual –dijo Bernouin—: treinta y nueve millones doscientas sesenta mil libras es un crecido caudal.

— ¡Ah! Bernouin, esto es lo que yo quisiera que tuviese el rey.

—Vuestra Eminencia me decía que este dinero era de su Majestad.

—Sin duda, pero muy claro y muy líquido. Estos treinta y nueve millones están comprometidos y mucho más.

Bernouin sonrió a su modo: es decir, como quien no cree sino lo que quiere creer, preparando al mismo tiempo la bebida que tomaba por las noches el cardenal, mulléndole las almohadas.

—¡Oh! –murmuró Mazarino cuando se ausentó el ayuda de cámara—. ¡Todavía no salen los cuarenta millones! Pues es preciso que llegue a esa suma. Mas, ¡quién sabe si tendré tiempo! Mucho voy decayendo y no llegaré a ellos. No obstante, ¿quién sabe si encontraré dos o tres millones en los bolsillos de nuestros buenos amigos los españoles? Ahora han descubierto el Perú, ¡y qué diablos!, aún debe quedarles algo.

Cuando hablaba así, ocupado de sus números y sin pensar ya en la gota, animado por una preocupación que en el cardenal era la más poderosa de todas las preocupaciones, Bernouin precipitóse en la cámara lleno de azoramiento.

— ¡Qué! –preguntó el cardenal— ¿Qué hay?

— ¡El rey, señor, el rey!

— ¡Cómo el rey! –dijo Mazarino, ocultando rápidamente su papel— ¿El rey a estas horas? Le creía acostado hace mucho tiempo. ¿Pues que pasa?

Luis XIV pudo oír estas últimas palabras y ver el rostro azorado del cardenal, incorporándose en el lecho, porque en aquel momento penetraba en la cámara.

—No hay nada, señor cardenal, o al menos nada que pueda alarmaros; una comunicación importante que tengo necesidad de haceros esta misma noche y nada más.

Al instante, pensó Mazarino en aquella atención tan marcad que Su Majestad había prestado a sus palabras respecto a la señorita Mancini, y le pareció que tal comunicación debía dimanar de su fuente. Serenóse, y en el acto asumió su más encantador aspecto, cambió de fisonomía, de lo que el joven rey se alegró en extremo y cuando el rey se hubo sentado:

—Majestad –dijo el cardenal—, verdad es que debería escucharos de pie; pero la violencia de mi mal...

—Nada de cumplidos entre nosotros, querido señor cardenal –dijo Luis afectuosamente—; yo soy vuestro discípulo y no el rey, bien lo sabéis; y, sobre todo, esta noche, ya que recurro a vos como un pretendiente muy humilde y deseoso de ser bien acogido.

Mazarino, viendo el rubor del rey, se confirmó en su primera idea; esto es, que había un pensamiento de amor bajo todas aquellas hermosas palabras. Pero una vez se engañaba el astuto político, por hábil que fuese: aquel rubor no lo producía los pudibundos entusiasmos de una pasión juvenil, sino la dolorosa contracción del orgullo real.

Mazarino, como buen tío, dispúsose a facilitar la confidencia.

—Habla –dijo—; y, puesto que Vuestra Majestad quiere olvidarse de que soy un súbdito, para llamarme su maestro y preceptor, protesto a Vuestra Majestad todos mis sentimientos afectuosos.

—Gracias, señor cardenal –contestó el rey—; además, es muy poca lo que tengo que pediros.

—Tanto peor –respondió el cardenal—. Quisiera que Vuestra Majestad me pidiese algo importante, y hasta sacrificio... Pero, sea lo que fuere lo que solicitéis, estoy dispuesto a tranquilizar vuestro corazón concediéndolo.

—Pues bien, he aquí de lo que se trata –dijo el rey con fuertes latidos de corazón—: acabo de recibir la visita de mi hermano el rey de Inglaterra.

Mazarino saltó en la cama como si le hubieran puesto en contacto con la botella de Leyle o la pila de Volta, al mismo tiempo que un disgusto manifiesto iluminaba su rostro con el brillo de cólera, que Luis XIV, por poco diplomático que fuese, conoció muy bien que el ministro había esperado oír otra cosa.

— ¡Carlos II! –exclamó Mazarino con voz ronca—. ¿Habéis recibido su visita?

—Del rey Carlos II –repuso Luis XIV dando con afectación al nieto de Enrique IV, el título que Mazarino olvidaba conceder—. Sí, señor cardenal; ese desdichado príncipe me ha conmovido contándome sus desgracias. Su dolor es grande, señor cardenal, y a mí mismo me ha parecido insoportable, a mí, que he visto disputar mi trono, que me he visto precisado en días de conmoción a abandonar mi capital; a mí que conozco el mal de dejar sin apoyo a un hermano desposeído y fugitivo.

¡Ah! –dijo disgustado el cardenal—. ¿Por qué no ha tenido, como vos, Majestad, un Julio Mazarino a su lado? Su corona se habría conservado intacta.

—Sé todo lo que mi casa debe a Vuestra Eminencia –replicó fríamente el rey, y creed que, por mi parte, jamás lo olvidaré. Y precisamente porque mi hermano el rey de Inglaterra no ha tenido a su lado el genio poderoso que me ha librado, por eso digo, quisiera yo conciliar el auxilio de se mismo genio, y suplicar a vuestro brazo que se extendiese sobre su cabeza, bien seguro, señor cardenal, de que vuestra mano, con sólo tocarle, podría devolver a su frente la corona que cayó al pie del cadalso de su padre.

—Majestad –replicó Mazarino—, os doy las gracias por la opinión que me tenéis; pero nada tenemos que hacer nosotros en Inglaterra, con aquellos diablos que reniegan de Dios y cortan la cabeza a sus reyes. Es muy peligroso tocarlos desde que se han bañado en la sangre real. Jamás me ha convenido su política, y al rechazo.

—De este modo podéis ayudarnos sustituyéndola con otra.

— ¿Cuál?

—La restauración de Carlos II, por ejemplo.

— ¡Dios santo! —exclamó Mazarino—. ¿Contará, por ventura, el pobre señor; con la realización de esa quimera?

—Sí —replicó el rey, asustado de las dificultades, que parecía prever en este proyecto–– el ojo seguro de su ministro—; sólo pide para eso un millón.

—Nada más un milloncejo, ¿eh? —dijo irónicamente Su Eminencia, esforzando su acento italiano—. Un milloncejo, ¿eh? ¡Familia de mendigos! ¡Bah!

—Cardenal —dijo el rey alzando la cabeza—, esa familia de mendigos es una rama de mi propia familia.

— ¿Sois vos bastante rico para dar millones a otros, Majestad? ¿Tenéis millones?

— ¡Oh! —repuso Luis XIV con supremo dolor que procuró, sin embargo, ocultar a fuerza de voluntad, para que no apareciese en su semblante—: ¡Oh! Sí, señor cardenal; sé que soy pobre; pero, al fin, bien vale la corona de Francia un millón, y para hacer

una acción buena empeñaré, si preciso fuese, mi corona.›, Yo encontraré judíos que me prestarán muy bien un millón.

—De modo, Majestad, ¿que decís tener necesidad de un millón? —preguntó Mazarino.

—Sí, señor, lo digo.

—Mucho os engañáis, pues tenéis necesidad de mucho más. ¡Bernouin! Vais a ver de cuánto más tenéis necesidad. ¡Bernouin!

— ¿Qué es eso, cardenal? —dijo el rey—, ¿vais a consultar a un lacayo sobre mis asuntos?

— ¡Bernouin! —dijo otra vez el cardenal, haciendo como que no notaba la humillación del joven príncipe—; acércate aquí y dime qué cantidad te pedía hace poco, amigo mío.

— ¡Cardenal, cardenal, no me habéis oído! —dijo Luis, pálido de cólera.

—No os enfadéis; trato de poner en claro los negocios de Vuestra Majestad. Todo el mundo lo sabe en Francia: mis libros están muy claros. ¿Qué te decía yo que hicieses hace poco, Bernouin?

—Vuestra Eminencia me decía que le hiciese una suma.

—Y la has hecho, ¿no es verdad?

—Sí, monseñor.

— ¿Para demostrar la suma que Su Majestad necesitaba en este momento? ¿Note decía esto? Sé franco amigo mío.

—Eso me decía Vuestra Eminencia.

—Pues bien, ¿qué cantidad necesitaba yo?

—Cuarenta y cinco millones, según creo.

— ¿Y que suma encontrábamos reuniendo todos nuestros recursos? —Treinta y nueve millones, doscientas sesenta mil libras.

—Bien, Bernouin, eso es todo lo que quería saber. Déjanos ahora —dijo el cardenal, fijando su brillante mirada en el joven rey, mudo de estupor.

—Mas, sin embargo... —balbuceó el rey.

— ¡Ah! Dudáis todavía —dijo el cardenal—. Pues bien, aquí está la prueba de lo que digo:

Y Mazarino tomó de bajo la almohada un papel cubierto de cifras, que presentó al rey, quien volvió la vista; tan_ profundo_ era su dolor.

—Así, como es un millón lo que queréis, y ese millón no está puesto, es claro que Vuestra Majestad tiene necesidad de más de cuarenta y cinco millones. Pues bien, no hay judíos en el mundo que presten semejante suma, ni aun sobre la corona de Francia.

Luis, crispando sus puños echó atrás su sillón.

—Bien —dijo—; mi hermano el rey de Inglaterra se morirá de hambre.

—Majestad —contestó con el mismo tono Mazarino—, recordad el proverbio que os enseño en este caso como expresión de la más sana política: "Alégrate de ser pobre cuando tu vecino es pobre también."

El rey meditó unos momentos, derramando al mismo tiempo una mirada curiosa sobre el papel, que en el mismo punto desapareció bajo la almohada.

—Entonces —dijo—, ¿hay imposibilidad en hacer justicia a mi solicitad de dinero, señor cardenal?

—Absoluta, Majestad.

—Pensad en que esto me proporcionará más tarde un adversario, si sube al trono sin mi auxilio.

—Si Vuestra majestad no teme más que eso, puede tranquilizarse —dijo con viveza el cardenal.

—Bueno, no insisto más —dijo el rey.

— ¿He llegado a convenceros? —preguntó el cardenal poniendo su mano sobre la del rey.

——Perfectamente.

—Solicitad cualquiera otra cosa, seré feliz en concederla, habiéndoos rehusado ésta.

— ¿Cualquiera otra cosa?

—¡Sin _duda! ¿No estoy absolutamente a disposición de Vuestra Majestad? ¡Hola! ¡Bernouin, antorchas; guardias para Su Majestad! Su Majestad vuelve a su aposento.

—Aún no, cardenal, y puesto que ponéis vuestra buena voluntad a mi disposición, voy a usar de ella.

—¿Para vos? —preguntó el cardenal, esperando que por fin iba a tratarse de su sobrina.

—No, señor, no es para mí, sino para — mi hermano Carlos también. Obscurecióse el semblante de Mazarino, y murmuró algunas palabras que el rey no pudo entender.

XI

LA POLITICA DEL SEROR MAZARINO

En vez de aquella especie de duda con que un cuarto de hora antes se había acercado el rey, al cardenal, podía leerse ahora en sus ojos aquella voluntad contra la cual puede lucharse, y que podrá destruirse quiza por su propia impotencia, pero que al menos conserva como una llaga en el fondo del corazón el recuerdo de su derrota.

—Esta vez, cardenal, se trata de una cosa más fácil de encontrar que un millón.

— ¿Tal creéis, Majestad? —dijo Su Eminencia mirando al rey con aquella mirada astuta, que leía en lo más profundo de los corazones.

—Sí, lo creo, y cuando sepáis el fin de mi demanda...

— ¿Y creéis que no lo sé, Majestad?

— ¿Sabéis lo que me resta deciros? Oíd las propias palabras del rey Carlos...

— ¡Oh! ¡Veamos!

—Oíd: “Y si ese avaro, si ese pícara italiano”, ha dicho el... ¡Señor cardenal!..

—Este es el sentido, si no las palabras. ¡Dios santo! No le quiero mal por esto. Cada uno ve con sus pasiones. Repito que ha dicho: "Y si ese pícaro italiano os niega el millón que le pedimos, si nos vemos precisados, faltos de dinero, a renunciar a la diplomacia, entonces le pediremos quinientos caballeros…"

El rey experimentó un movimiento de agitación, Su Eminencia no se había equivocado más que en el número de hombres.

— ¿No es cierto, Majestad, que es así? —dijo el ministro con acento triunfante.

En seguida añadió:

—El rey Carlos ha dicho: "Tengo amigos al otro lado del Estrecho, a quienes sólo falta un jefe y una bandera de Francia, se aliarán a mí, porque comprenderán que tengo vuestro apoyo. Los olores del uniforme francés valdrán a mi lado el millón que nos haya denegado el señor Mazarino (porque sabía muy bien que yo negaría este millón). Venceré con estos quinientos caballeros, y todo el honor será vuestro". Esto es lo que ha manifestado, poco más o menos, ¿no es verdad? Envolviendo estas palabras en metáforas resplandecientes y en imágenes pomposas, porque todos son habladores en la familia. Su padre habló hasta en el patíbulo.

El sudor de la vergüenza corría por la frente del rey, sintiendo que no correspondía a su dignidad oír insultar de ese modo a su hermano; pero, aún no sabía tener voluntad, sobre todo frente aquél, ante quien todos se habían doblegado, hasta su misma madre.

Al fin hizo un esfuerzo.

—Pero, señor cardenal, no son quinientos hombres, sino doscientos.

—Ya véis que había adivinado lo que pedía.

—Nunca he negado que tuvieses una mirada profunda, y por esto mismo he pensado que no negaríais a mi hermano Carlos una cosa tan sencilla y tan fácil de conceder como la que os pido en su nombre, señor cardenal, o más bien en el mío.

—Majestad –dijo el cardenal—, treinta años hace que ocupo de la política; primero, en unión del señor cardenal Richelieu, y luego solo. Esta política no ha sido siempre muy horada, menester es confesarla, pero jamás descabellada. Bien; pues la que en este momento me propone Vuestra Majestad, es deshonrosa y torpe a la par.

— ¡Deshonrosa!

—Majestad, habéis hecho un tratado con Cromwell.

—Sí, en este mismo tratado, Cromwell ha firmado por encima de mí.

— ¿Y por qué firmásteis tan abajo? El señor Cromwell encontró un buen sitio, y lo tomó; ésa era su costumbre. Pero vuelvo a Cromwell. Tenéis un tratado con él, es decir, con Inglaterra, porque cuando firmásteis ese tratado Cromwell era Inglaterra.

—Cromwell ha fallecido.

— ¿Eso creéis Majestad?

—Sin duda, pues le ha sucedido Ricardo, quién ha abdicado.

— ¡Esto es precisamente! Ricardo ha heredado a la muerte de Cromwell, e Inglaterra a la abdicación de Ricardo. El tratado forma parte de la herencia, ya en manos de Ricardo, ya en las de Inglaterra. El tratado es, pues, válido, tanto como nunca lo haya sido. ¿Por qué habíais de eludirlo, Majestad? ¿Qué ha cambiado en él? Carlos II desea hoy lo que

hace diez años rehusamos nosotros; pero éste es un caso previsto. Vuestra Majestad es aliado de Inglaterra, y no de Carlos II. Deshonroso es, sin duda, bajo el punto de vista de la familia, haber firmado un tratado con un con un hombre que ha hecho cortar la cabeza al cuñado del rey, vuestro padre, y haber contratado una alianza con un Parlamento testaferro, convengo en que esto es deshonroso, pero no torpe desde el punto de vista político, puesto que gracias a ese tratado he salvado a Vuestra Majestad, menos todavía, de los peligros de una guerra exterior, que la Fronda... —¿os acordáis bien de la Fronda?— (El rey bajó la cabeza), pero la Fronda hubiera complicado fatalmente. De esta manera, prueba a Vuestra Majestad que, cambiar ahora de camino, sin prevenir a nuestros aliados, sería torpe y deshonroso. Haríamos la guerra teniendo el error de nuestra parte; lo haríamos, mereciendo que nos la hiciesen, y tendríamos el aspecto de tenerla, provocándola al mismo tiempo; porque un permiso concedido a quinientos hombres, a doscientos, a cincuenta, a diez, siempre es un permiso. ¡Un francés es la nación; un uniforme es el ejercito. Suponed, pongo por ejemplo que, tarde o temprano, tengáis guerra con Holanda, la cual, ciertamente, sucederá tarde o temprano, o con España, que sucederá, quizá si no se realiza vuestro matrimonio. (Mazarino miró profundamente al rey), y hay mil causas, que pueden hacer que no se realice; ahora bien, ¿aprobaríais que Inglaterra enviase a las Provincias Unidas, o a la Infanta, un regimiento, una compañía, ni aun una partida de caballeros ingleses? ¿Juzgaríais esto en los límites de lo honroso y de su tratado de alianza?

Luis escuchaba y le parecía extraño que Mazarino invocase la buena fe; él, autor de muchas supercherías políticas que se llamaban mazarinas.

—Pero al fin dijo el rey—, sin autorización manifiesta, yo no puedo impedir que caballeros de mi Estado pasen a Inglaterra, si tal es su voluntad.

—Debéis obligarles a volver, Majestad, o al menos protestar contra su presencia como enemigos en un país aliado.

—Pero, finalmente, veamos; vos, señor cardenal, vos, un genio tan profundo, busquemos un medio de proteger a ese pobre rey sin comprometernos.

—Eso es lo que yo no quiero, mi querida Majestad –dijo Mazarino—. Aunque Inglaterra obrase según mis deseos, no secundaría mejor mis designios; desde aquí he de dirigir la política de Inglaterra, mejor que desde otra parte. Gobernada como hoy se la gobierna, Inglaterra en para Europa un nido eterno de pleitos. Holanda protege a Carlos II; dejad que obre Holanda. Se enfadarán, se batirán, ellas son las dos únicas naciones marítimas: dejad que se destruyan mutuamente sus marinas, y nosotros construiremos la nuestra con los restos de esos navíos cuando tengamos dinero para comprar clavos.

— ¡Oh! Todo esto que me decís es pobre y mezquino, señor cardenal.

—Sí, pero cierto; confesadlo, Majestad. Hay más; concedo por un momento la posibilidad de faltar a vuestra palabra y de eludir el tratado; muchas veces se ve que falta a la palabra o se elude un tratado; pero es cuando se tiene gran empeño o cuando por todas partes se encuentran estorbos en el contrato. Pues bueno, Vuestra Majestad autorizaría el compromiso que os pide, y Francia, o su bandera, que es lo mismo, pasaría el Estrecho y combatiría; pero Francia sería derrotada.

— ¿Por qué?

— ¡Pues a fe que es un hábil general Su Majestad Carlos II, y que la jornada de Wórcester nos da, excelententes garantías!

—Ya no tendrán ningún choque, con Cromwell, señor cardenal.

—Sí, pero los tendrá con Monk, que es mucho más peligroso. Aquel intrépido fabricante de cerveza de que hablábamos era un inspirado que tenía momentos de exaltación y de expansiones, durante las cuales abríanse como un tonel demasiado lleno; entonces se escapaban por sus hendiduras algunas gotas de pensamiento, y por muestra se conocía el pensamiento entero; así Cromwell nos ha dejado penetrar más de diez veces en su alma, cuando más de diez veces en su alma, cuando más se la creía envuelta en triple capa de bronce, como dice Horacio. Pero ¡Monk! ¡Majestad! El cielo os guarde de tratar jamás de política con el señor Monk. El es quien en el espacio de un año ha vuelto grises mis cabellos. Monk no es un inspirado, por desgracia; es un político que no se ubre, sino que se concentra. *Hace* diez años *que* tiene los ojos fijos sobre un objeto, y nadie ha podido saber, cuál sea. Todas las mañanas, como lo aconsejaba Luis XI, quema su gorro de 'dormir:' Así es, que el día en que este plan, lenta y solitariamente madurado, estalle, estallará con todas las condiciones de éxito que acompañan siempre w 1o inopinado,' Ese es Monk, Majestad, de quien tal vez no hayáis oído hablar jamás, cuyo mismo nombre no conocíais, quizá, antes que vuestro hermano Carlos, que sabe muy bien lo que es: él, lo pronunciase en vuestra presencia; esto es, una maravilla, de profundidad y de tenacidad, las dos únicas cosas en que se embotan la imaginación y el valor. Yo he tenido, imaginación. Puedo envanecerme en ello, ya que me lo echan en cara. Con estas dos cualidades he hecho una carrera brillante, puesto que de hijo de un pescador de Piscina he llegado a ser primer ministro del rey de Francia, y que con tal cualidad, bien, lo sabe Vuestra Majestad –he prestado; algunos servicios al trono. Pues bien, si yo hubiera encontrado a Monk en mi camino, en lugar de encontrar al señor de Beaufort, al señor de Retz o al príncipe, estaríamos perdidos. Comprometeos de una manera ligera, y caeréis en las garras dé ese soldado político. El casco de Monk es un cofre de hierro, cuyo fondo contiene sus pensamientos, y del cual— nadie tiene la llave. Así es que me inclino ante su presencia, yo que sólo tengo —un birrete de terciopelo.

¿Y qué pensáis que quiere Monk?

—Si Io supiera; Majestad, no os diría que desconfiaseis de él, porque yo sería el más fuerte; pero con él tengo miedo de adivinar, ¡de' adivinar! ¿Comprendéis esta palabra?

Pues si creo haber adivinado, me fijaré en una idea, y,, a pesar mío, perseveraré en esa idea. Desde que ese hombre está en el poder de Inglaterra, yo soy como aquellos malditos de Dante — a quienes Satanás ha retorcido el cuello, que marchan adelante, mirando hacia atrás: veo por el lado de Madrid, pero no pierdo de vista a Londres. Adivinar con ese demonio de hombrees engañarse, y engañarse es perderse. Dios me libre de intentar nunca adivinar lo que desea: me limito, y esto es bastante, a — espiar lo que hace. Yo creo (¿entendéis la intención de las palabras yo creo? Yo creo, con respecto a Monk, no compromete a nada) ; yo creo que tiene buenamente ganas de suceder a Cromwell; Carlos II le ha hecho ya proposiciones por medio de diez personas, y se ha contentado con despedirlas, sin decirles otra cosa que "Marchaos u os hago ahorcar" ¡Este hombre es un sepulcro! En este momento manifiéstase Monk muy adicto al Parlamento; pero a mí no me engaña esa adhesión; Monk no quiere ser asesinado, pues un asesinato lo detendría en medio de su obra, y es menester que su obra se lleve a término. Así es que creo, pero no creáis en lo que yo creo, Majestad; digo creo por costumbre; creo que Monk contempla al Parlamento hasta el día en que lo destruya. Os, piden espadas, pero es para luchar contra Monk. Dios nos guarde de batirnos contra Monk, Majestad, porque Monk nos vencerá, y vencidos por él, ¡no me consolaría en mi 'vida! Yo diría que Monk había previsto esta victoria diez años antes. Por Dios, Majestad, por la amistad que os tengo, ya que no por la consideración que os debo, que Carlos II— permanezca quieto. Vuestra Majestad le asignará aquí una corta renta, y le dará uno de sus castillos. ¡Ah! Pero, esperad. ¡No me

acordaba del tratado, de ese famoso convenio de que hablábamos hace poco! ¡Vuestra Majestad no tiene ni aun el derecho de darle un castillo!

— ¿Cómo?

—Sí, sí; Su Majestad se ha comprometido a no dar hospitalidad al rey, y aun a hacerle salir de Francia. ¡Por eso le hicimos salir, y sin embargo vuelve! Supongo que haréis entender a vuestro hermano que no puede permanecer entre nosotros, que esto es imposible, que nos .compromete, o yo mismo...

— ¡Basta! ——murmuró Luis XIV levantándose—: Que me neguéis un millón está en vuestro derecho; vuestros millones son vuestros que me neguéis doscientos caballeros también está en vuestro derecho, porque sois primer ministro, y tenéis la responsabilidad de la paz y la guerra; pero que pretendáis impedirme, a mí, el rey, que dé hospitalidad al nieto de Enrique IV, a mi primo hermano, al amigo de mi infancia... Aquí se detiene vuestro poder, aquí da principio mi voluntad.

—Majestad —dijo el cardenal, encantado de verse libre a tan poco precio, y— que por otra parte sólo había combatido con tanto ardor para llegar a esto——, siempre me doblegaré ante la voluntad de mi rey; conserve, pues, a su lado o en uno de sus castillos al rey de Inglaterra que Mazarino lo sepa, mas que el ministro lo ignore.

—Buenas noches —lijo Luis XIV—; me voy desesperado.

—Pero convencido, que es lo necesario, Majestad—— repuso Mazarino.

El rey no contestó, y se retiró pensativo y convencido, no de todo lo que le había dicho Mazarino, sino al contrarió, de algo que se había guardado muy `bien de decirle, y que era, la necesidad de estudiar seriamente sus asuntos y los de Europa, porque los veía, difíciles y obscuros.

Luis encontró al rey de Inglaterra ' sentado en el mismo sitio en que lo había dejado.

Al verle levantóse el príncipe inglés; pero al primer golpe de vista vio la desesperación escrita con letras sombrías sobre la frente de: su primo.

Entonces, tomó la palabra él primero, como para facilitar a Luis la_ penosa confesión que tenía que hacerle:

—Sea lo que fuere ——dijo—, nunca olvidaré toda la bondad, toda la amistad de que me habéis dado prueba.

— ¡Ah! —replicó sordamente Luis—. ¡Buena voluntad estéril, hermano mío!

Carlos II púsose extremadamente pálido, pasó una mano fría por su frente, y luchó unos instantes contra un desvanecimiento que le hizo vacilar.

—Comprendo —dijo por fin—, ¡no hay esperanza!

Luis tomó la mano de Carlos II.

—Esperad; hermano mío, no os precipitéis; todo puede cambiar; las decisiones extremas son las que arruinan las causas; .añadid, os suplico, un año de prueba más a los que ya habéis sufrido. No hay ocasión ni oportunidad para decidiros a obrar en este instante más bien que en otro; quedaos conmigo, hermano, qué yo os daré una de mis residencias, la que más os agrade habitar, unido a vos; tendremos fijos los ojos en los acontecimientos y los prepararemos juntos. ¡Vamos, hermano, ánimo!

Carlos II retiró su mano de la del rey, y, retrocediendo para saludar con más ceremonia:

—Gracias, Majestad —repuso—, ya que he suplicado sin éxito al mas grande de la tierra, voy ahora a pedir un milagro a Dios.

Y salió, sin querer escuchar más, la frente alta, la mamo trémula, con una contracción de tristeza en su noble semblante, y aquella sombría profundidad de mirada que, no encontrando esperanza en el mundo de los hombres, parece ir más allá a pedirla en mundos desconocidos.

Viéndole pasar lívido, el oficial de mosqueteros se inclinó casi de rodillas para saludarle.

Y en seguida tornó una antorcha, llamó a dos mosqueteros y bajó con el desdichado rey la desierta escalera, teniendo en la mano izquierda su sombrero, cuya pluma barría los peldaños de ella.

Cuando llegó a la puerta, preguntó al rey por qué lado se dirigía, a fin de enviar allí mosqueteros.

—Caballero —respondió Carlos II a media voz—, vos que conocisteis a mi padre, decidme, ¿habéis tal vez rezado por él? Si así es, no me olvidéis tampoco en vuestras oraciones. Ahora me voy solo, y os suplico que no me acompañéis, y que tampoco me hagáis acompañar más lejos.

El oficial inclinóse y envió a los mosqueteros al interior del palacio.

Pero él permaneció un instante bajo el porche, para ver a Carlos II alejarse y perderse en la sombra de la tortuosa calle.

—A éste, como en otro tiempo a su padre —dijo—, Athos, si estuviera aquí, diría con razón:

— ¡Salud a la majestad caída! Luego subió la escalera.

— ¡Ah! ¡Qué villano servicio hago! —decía a cada escalón—. ¡Ah! ¡Miserable amo! ¡Esta vida no es tolerable, y ya es tiempo de que yo tome un partido!... ¡Más generosidad, más energía prosiguió—. Vamos, el maestro ha conseguido su objeto, y el discípulo está muerto para siempre. ¡Pardiez! No consentiré en ello. Vamos, vosotros —continuó entrando en la antecámara—, ¿qué hacéis aquí mirándome así? Apagad esas luces y marchaos a vuestros puestos. ¡Ah! ¿Me guardáis? Sí, veláis por mí, ¿no es verdad, buenas gentes? ¡Valientes necios! Yo no soy el duque de Guisa, y no se me asesinará en el pasillo. Además —añadió en voz baja—, ésa sería una resolución, y ya no se toman resoluciones desde la muerte del señor cardenal de Richelieu. ¡Ah! ¡Aquél sí que era un hombre! ¡Ya lo tengo decidido! ¡Desde mañana ahorco la casaca!

Pero, mudando de consejo: —– ¡No —dijo—, todavía tengo que hacer una prueba suprema, y la haré; pero juro que ésta será la última, ¡vive Dios!

No había terminado de hablar, cuando salió una voz de la cámara del rey.

— ¡Señor teniente! —dijo la voz.

—Aquí estoy —respondió.

—El rey desea hablaros. —Vamos —dijo el teniente—, tal vez sea para lo que yo pienso. Y entró en la habitación del rey

XII
EL REY Y EL TENIENTE

Cuando el rey vio a su lado al oficial, despidió al gentilhombre y al ayuda de cámara.

— ¿Quién está mañana de servicio, caballero? —preguntó entonces.

—Yo, Majestad.

— ¿Cómo, vos también?

—Siempre yo.

— ¿Y por qué, caballero?

—Cuando los mosqueteros salimos de viaje cubrimos todos los puestos de la guardia de Vuestra Majestad; es decir, el vuestro, el de la reina madre y el del señor cardenal, que toma prestado al rey la mejor parte, o sea, la parte más numerosa de su guardia real.

—Pero, ¿y los descansos?

—No hay descansos más que para veinte o treinta hombres, de ciento veinte. En el Louvre es distinto; si yo estuviera en el Louvre, confiaría en mi sargento; pero, en marcha, no, se sabe lo que puede suceder; además, me place hacer mis asuntos por mí mismo.

—Así, ¿estáis de guardia todos los días?

—Y todas las noches, Majestad.

—Caballero, yo no puedo sufrir eso, y deseo que descanséis.

—Está bien, Majestad, pero yo no quiero.

— ¿Cómo? —murmuró, el rey, que no comprendió al pronto el sentido de esta respuesta.

—Digo que no quiero exponerme a una falta. Si el demonio ha de jugarme una mala partida, como conoce al hombre con quien tiene que habérselas, escogerá el momento en que yo no esté aquí. Mi obligación, ante todo, y la paz de mi conciencia.

—Pero en este oficio, señor, os mataréis.

— ¡Bah! Hace ya treinta y cinco años qué ejerzo este oficio, y soy el hombre de Francia y de Navarra que goza de mejor salud. Por lo demás, Majestad, no os preocupéis de mí. Esto me parecería, muy extraño, en atención a que no estoy habituado a ello.

El rey cortó de repente la conversación con una nueva pregunta.

— ¿Luego estaréis aquí mañana?

—Como ahora, Majestad.

El rey dio entonces unas vueltas por la cámara, siendo fácil conocer que ardía en deseos de hablar, pero que le contenía cierto temor.

El teniente, de pie, inmóvil, con el sombrero en la mano y el puño en la cadera, contemplaba aquellas evoluciones, y a la vez murmuraba mordiéndose el bigote.

—No tiene resolución para nada; palabra de honor. Apostemos a que no habla.

El rey seguía andando, y fijaba alguna que otra vez una mirada en el teniente.

—Es su mismo padre en persona —continuó, éste en su secreto monólogo—; es, al propio tiempo, orgulloso, avaro y tímido. ¡Mal haya un amo así!

Luis dejó de andar.

— ¡Teniente! —gritó.

—Aquí estoy, Majestad.

— ¿Por qué habéis gritado esta noche, allá en la sala de recepción; "La guardia de Su Majestad"?

—Porque me dísteis esa orden, Majestad.

— ¿Yo?

—Vos mismo.

—En verdad no dije una palabra de eso.

—Majestad, una orden se da con un signo, con un gesto, con una mirada, tan franca y claramente como con la palabra, Un servidor que solo tuviera oídos, no sería más que la mitad de un buen servidor.

—Así, son muy penetrantes vuestros ojos.

— ¿Por qué?

—Porque ven lo que no existe.

—En efecto, Majestad, mis ojos son buenos, aunque, hayan servido mucho y por largo tiempo a su dueño; de modo que siempre que tienen que ver algo, nunca desperdician la ocasión. Esta noche, pues, han visto que Vuestra Majestad miraba con súplicas elocuentes, primero a Su Eminencia, luego a Su Majestad la reina madre, y por fin, a la puerta por donde se salía; y han notado también todo lo que acabo de decir, que han visto a los labios de Vuestra Majestad pronunciar estas palabras: "¿Quién me sacará de aquí?"

— ¡Caballero!

—O cuando menos esto, Majestad: "¡Mis mosqueteros!" Entonces, no vacilé. Esa mirada era para mí; la palabra era para mi; y grité: "¡Los mosqueteros del rey!" Y esto es tan cierto, que no sólo no me ha reprendido Vuestra Majestad, sino que me ha dado la razón marchándose al instante.

El rey volvióse de espaldas para sonreírse, y después de algunos segundos fijó sus limpios dios en aquella fisonomía tan inteligente, tan audaz y firme, que podía decirse el perfil enérgico y fiero del águila enfrente del sola

—Bien está —dijo después de un corto silencio, ¯durante el cual pretendió, aunque en vano, hacer bajar los ojos a su oficial.

Pero viendo éste que el rey no decía 'ya nada, giró. sobre sus talones y dio tres pasos para irse, murmurando:

¡No hablará, pardiez, no hablará!

Gracias, caballero —dijo entonces el rey.

—En verdad —continuó el teniente—, no hubiera faltado más que ser reprendido por ser menos tonto que otros.

Y se encaminó hacia la puerta, haciendo sonar militarmente sus espuelas.

Mas al llegar al umbral conoció que el deseo del rey le impelía hacia atrás, y se volvió.

— ¿Vuestra Majestad, tiene algo más que mandarme? —preguntó con acento imposible de describir, pero que sin parecer provocar la confianza regia, contenía una franqueza tan persuasiva, que el rey contestó al instante:

—Sí tal, señor, aproximaos. ¡Vamos! murmuró el oficial—. ¡Ya cae!

—Escuchadme.

—No pierdo ni una palabra, Majestad.

—Montaréis a caballo a eso de das cuatro y media de la mañana, y me prepararéis otro caballo para mí.

—¿De las cuadras de Vuestra Majestad?

—No, de uno de vuestros mosqueteros.

—Está bien, Majestad. ¿Nada más?

—Y me acompañaréis.

— ¿Sólo?

—Sí.

— ¿Vendré a buscar a Vuestra Majestad, o le esperaré?

—Me esperaréis.

— ¿Dónde, Majestad?

—En la puerta menor del parque. El teniente se inclinó, comprendiendo que el rey había dicho cuanto tenía que decir.

Efectivamente, el rey lo despidió con ademán muy amistoso.

El oficial salió de la cámara del rey y volvió a colocarse filosóficamente en su silla, donde lejos de dormir, como pudiera creerse en vista de la hora avanzada de la noche, se puso a reflexionar más profundamente que nunca.

El resultado de estas reflexiones no fue tan triste como habían sido los precedentes.

— ¡Vamos! Ya ha empezado —dijo—. El amor le conduce y él marcha. El rey es nulo en su casa, pero el hombre puede que valga algo. Además, ya veremos mañana... ¡Oh! —
—exclamó de pronto levantándose—. ¡He aquí una idea gigantesca, pardiez! ¡Tal vez mi fortuna esté por fin en esta idea!

Después de esta exclamación, el oficial se levantó y midió a pasos largos, con 'las manos en los balsillos de su casaca, la inmensa antecámara que le servía de —alojamiento.

La bujía llameaba con fuerza al esfuerzo de una brisa fresca que introducíase por las rendijas de la puerta y las hendiduras de la ventana, y cortaba la sala diagonalmente. Proyectaba una luz rojiza y desigual; unas veces radiante, otras amortiguada; y se, veía andar por la pared la sombra del teniente, cortada en silueta, cómo una figura de Callot, con la espada en espetón y el fieltro empenachado.

—O yo me equivoco —murmuraba—, o Mazarino tiende un lazo al enamorado joven; Mazarino ha dado esta noche una cita y una dirección tan complaciente como hubiese podido darla el mismo señor Dangeau. Yo he oído y conozco el valor de las palabras. “Mañana por la mañana, ha dicho, pasarán a la altura del puente de Blois.” ¡Vive Dios! ¡Esto es clara, y sobre todo para un enamorado! Por eso ha sido ese embarazo, ese vacilar, y esa orden. “Señor teniente de mis mosqueteros, a caballo a las cuatro de la mañana”. Lo cual es tan claro como si me hubiera dicho: “Señor teniente de mis mosqueteros, mañana a las cuatro en el puente de Blois, ¿comprendéis?” Aquí hay, pues, un secreto de Estado, que yo, miserable de mí, poseo a estas horas. ¿Y por qué lo poseo? Porque tengo buenos oídos, como decía hace poco Su Majestad. ¡Dicen que ama apasionadamente a esa muñequita de Italia! ¡Dicen que se ha echado a los pies de su madre para pedirle casarse con ella! ¡Dicen que la reina ha consultado —con la corte de Roma, por no saber si sería válido ese matrimonio hecho contra su voluntad! ¡Oh! ¡Si yo tuviese ahora veinticinco años!...— ¡Oh! ¡Si tuviese aquí a mi lado aquéllos a quienes no tengo!— ¡Oh! ¡Si yo despreciase tan profundamente a todo el mundo, yo enredaría al cardenal con la reina madre, a Francia con España, y haría una reina a mi manera! — ¡Pero, bah!

—Ese miserable italiano, ese pícaro, ese avaro que acaba de negar un millón al rey de Inglaterra, no me daría tal vez cien doblones por la noticia que le llevase. ¡Oh! ¡Ya caigo en niñerías y me embrutezco! ¡Mazarino dar **ilada**! ¡Ja,ja,ja!

Y el oficial echóse a reír formidablemente.

—Durmamos —dijo, durmamos, y muy pronto; tengo el espíritu cansado de esta noche, y mañana percibiré más claro que hoy.

Y a esta recomendación, hecha a sí propio, se envolvió en la capa, mofándose de su regio vecino.

Cinco minutos después dormía con los puños cerrados y los labios entreabiertos, dejando escapar, no su secreto, sino un ronquido armonioso que se extendía cómodamente bajo la majestuosa bóveda de la antecámara.

XIII

MARIA MANCINI

No bien iluminaba el sol con sus primeros rayos los grandes bosques del parque y las altas atalayas del castillo, cuando el joven rey, despierto hacía más de dos horas por el insomnio del amor, abrió por sí mismo el postigo de la ventana, y echó una mirada curiosa por los patios del palacio dormido.

Vio que era ya, la hora señalada, pues el gran reloj del patio señalaba las cuatro y cuarto no quiso despertar a su ayuda de cámara, que dormía profundamente a cierta distancia, y vistióse solo; pero el criado, creyendo haber faltado a su deber, se acercó al rey, que le envió a su dormitorio, recomendándole el más profundo silencio.

Entonces bajó la escalera, salió por una puerta lateral y percibió a lo largo del muro del parque un jinete que tenía de la brida otro caballo.

No podía conocerse a este jinete, envuelto en su capa y, cubierto el rostro con el sombrero.

En cuanto al caballo, ensillado como el de un aldeano rico, no ofrecía nada notable; ni aun para el ojo más experto.

El rey se acercó a tomar la rienda de este caballo, y el oficial le sostuvo el estribo sin desmontar, pidiendo, al mismo tiempo, con voz discreta las órdenes, de Su Majestad.

—Seguidme, contestó Luis XIV.

El oficial puso su caballo al trote detrás del de su señor, y, de este modo bajaron hacia el puente.

Cuando estuvieron en la orilla del Loira.

—Caballero —dijo el monarca, vais a hacerme el favor de picar adelante hasta que diviséis una carroza, en cuyo caso retrocederéis para decírmelo; yo espero aquí.

—¿Se dignará Vuestra Majestad darme algunos pormenores sobre la carroza que llevo encargo de descubrir?

—Una carroza en la que veréis dos señoras, y tal vez también su comitiva —dijo el rey.

—Majestad, no quisiera equivocarme: ¿hay además algún otro signo por el cual pueda reconocer esa carroza?

—Probablemente, llevará las armas del señor cardenal.

—Está bien, Majestad —replicó el oficial, enteramente impuesto en el objeto de su reconocimiento.

Entonces puso su caballo al trote, picando *en* la dirección indicada *por* el rey. Mas apenas *hubo* andado quinientos pasos, cuando vio detrás de un montículo, primero cuatro mulas y después una pesada carroza.

En pos de esta carroza venía otra. No fue necesario más que una ojeada para asegurarse de que aquéllos eran los carruajes que habían ido a buscar.

Al momento volvió grupas, y acercándose al rey:

—Majestad —dijo ahí están las carrozas. La primera, en efecto, con dos señoras y sus mujeres de servicio; la segunda lleva algunos criados; provisiones y equipajes.

—Bien, bien —respondió el rey con voz muy conmovida—. Os ruego que vayáis a decir a esas damas que un caballero de la Corte desea presentarles sus respetos solamente a ellas.

El oficial partió al galope.

— ¡Pardiez! —iba diciendo al correr—. He aquí un empleo nuevo y honroso, ¡por Cristo! Me quejaba de no ser nada y soy el confidente del rey. Un mosquetero! ¡Voy a reventar de orgullo!

Aproximóse a la carroza y desempeñó su comisión como mensajero elegante y entendido.

Dos damas iban, en efecto, en la carroza; la una de extraordinaria hermosura, aunque algo delgada; la otra menos favorecida por la naturaleza pero más viva, más graciosa, y reuniendo en los ligeros pliegues de su frente todas las pruebas de una voluntad decidida.

—Sus ojos vivos y penetrantes hablaban más elocuentemente que todas las frases amorosas corrientes de aquellos tiempos de galantería.

A ésta fue a la que se dirigió Artagnan sin engañarse, aunque, como ya hemos dicho, la otra fuese quizá más bonita.

—Señoras —dijo—, soy el teniente de los mosqueteros, y en el camino hay un caballero que os aguarda y que desea presentaros sus respetos.

A estás palabras, cuyo efecto, seguía curiosamente la dama de los ojos negros, dio un grito de alegría, se inclinó fuera de la portezuela, y, viendo correr al caballero, tendió los brazos gritando:

— ¡Ah! ¡Mi querida Majestad! Y las lágrimas saltaron de sus ojos.

El cochero detuvo las mulas, las mujeres de servicio levantáronse confusas en el interior de la carroza, y la segunda dama esbozó una reverencia, terminada por la más irónica sonrisa que la envidia haya podido dibujar en labios de mujer.

— ¡María! ¡Querida María! exclamó, el monarca estrechando entre sus manos la mano de la dama de los ojos negros.

Y abriendo él mismo la pesada portezuela, la atrajo fuera de la carroza con tanto ardor, que se halló en sus brazos antes de tocar tierra.

El teniente, desde el otro lado de la carroza, veía y oía sin ser notado. El rey ofreció su brazo a la señorita Mancini e hizo seña a los cocheros y a los lacayos de que continuasen su camino.

Serían las seis poco más o menos; el camino era fresco y delicioso; grandes árboles, con sus follajes todavía cuajados de dorado fruto, dejaban filtrar el rocío de la mañana suspendido como diamantes líquidos en sus movibles ramas; la hierba se extendía al pie de las hayas, las golondrinas describían su curso entre el cielo y el agua, y una brisa, perfumada por los bosques en su florescencia, corría a lo largo de este camino y rizaba la sabana de agua del silencioso río. Todas estas bellezas del día, todos estos perfumes de las plantas, todas estas aspiraciones de la tierra hacia el cielo embriagaban a los dos enamorados, que marchaban apoyado el uno en el otro, con los ojos en los ojos, las manos en las manos, y que retardando el paso por un mutuo deseo, no osaban hablar de tantas cosas como tenían que decirse.

El oficial advirtió que el caballo abandonado erraba acá y allá e inquietaba a la señorita Mancini. Fingió un pretexto para acercarse y detener al caballo, y, andando a pie entre las dos cabalgaduras que conducía del diestro, no perdió ni una palabra ni un gesto de los dos amantes. La señorita Mancini fue la que comenzó.

— ¡Ah! ¡Mi querida Majestad! —exclamó—. ¿Con que me abandonáis?

— No —respondió el rey—; bien lo sabéis, María.

—Sin embargo, ¡tanto me habían dicho que cuando nos separásemos ya no os volveríais a acordar de mí!

—Querida Marta, ¿es ahora cuando advertís que estamos rodeados de gentes interesadas en engañarnos?

— ¡Al fin, Majestad, ese viaje, esa alianza con España! ¡Os casan!

Luis bajó la cabeza.

Al mismo tiempo el oficial pudo observar lucir al sol las miradas de María Mancini, brillando como una daga sacada de la vaina.

— ¿Y no habéis hecho nada por nuestro amor? —exclamó la joven después de un instante de silencio.

— ¡Ah, señorita! ¿Cómo podéis creer eso? ¡Me he arrojado a los pies de mi madre, he pedido, he suplicado, he dicho que toda mi dicha consistía en vos; he amenazado!

— ¿Y qué? —preguntó vivamente María.

— ¡Y qué! La reina madre ha escrito a la corte de Roma, y se le ha dicho que una unión entre nosotros no tendría ningún valor y que sería disuelta por el Padre Santo. En fin, viendo que no había esperanza para nosotros, he pedido que se demore, cuando menos, mi matrimonio con la infanta.

—Lo cual no impide que estéis en camino para ir en su busca.

— ¡Qué queréis! A mis peticiones, a mis ruegos, a mis lágrimas se ha respondido con la razón de Estado.

— ¿Y qué?

— ¡Y qué! ¿Qué queréis hacer, señorita, cuando tantas voluntades se unen contra mí?

Esta vez fue María quien bajó la cabeza.

—Entonces, será necesario que os diga adiós para siempre —dijo ella—. Vos sabéis que me destierran, que me sepultan; sabéis que hacen más aún; sabéis que a mí también me casan.

Luis se puso pálido y llevóse una mano al corazón.

—Yo también he sido muy perseguida, y hubiera cedido si sólo se hubiese tratado de mi vida; mas he creído que se trataba de la vuestra, querida Majestad, y he combatido para conservares vuestro bien.

— ¡Oh, sí! ¡Mi bien! '¡Mi amor! murmuró el rey, quizá con más galanteria que pasión.

—El cardenal hubiera cedido —dijo María—, si os hubiérais dirigido a l insistiendo. ¡El cardenal llamar, al rey de Francia sobrino! ¿Comprendéis,, Majestad? Todo lo hubiera hecho por esto, aun la guerra misma; Su Eminencia; seguro de gobernar solo, bajo el doble pretexto de que él había educado al rey y el había dado su sobrina, hubiera combatido contra todas las voluntades y destruido todos los obstáculos. ¡Oh! Majestad, Majestad, os respondo de ello. Soy mujer y veo claro en todo lo que es amor.

Estas palabras produjeron en el rey una impresión singular. Hubiérase dicho que en lugar de exaltar su pasión la enfriaban; acortó el paso y dijo con precipitación:

— ¡Qué queréis, señorita! Todo se ha frustrado.

—Excepto vuestra voluntad, ¿no es verdad, mi querida Majestad? —¡Ah!— —dijo el rey ruborizándose—. ¿Tengo yo acaso voluntad? —¡Oh! —murmuró dolorosamente la señorita Mancini herida por estas palabras.

—El rey no tiene más voluntad que la que le dicta la lírica, la que le impone la razón Estado.

— ¡Oh! ¡Eso es qué no sentís amor! Si me amáseis, tendríais voluntad.

Pronunciando estas palabras, María alzó los ojos sobre su amante, a quien vio pálido y más confundido—— que en : desterrado que va a dejar para siempre la tierra donde nació.

—Acusadme —murmuró el rey—; pero no me digáis que no os amo. Un largo silenció siguió a estas palabras, que el monarca había pronunciado con un sentimiento verdadero y profundo.

—Yo no puedo pensar —prosiguió María, intentando el último esfuerzo—, que mañana, pasado mañana, ya no os veré más; no puedo pensar en ir a terminar mis tristes días lejos de París, que los labios de un viejo, dé un desconocido, toquen esa mano que tenéis entre las vuestras; no, no puedo pensar en eso sin, que se desespere mi corazón.

Y María Mancini se deshizo en lágrimas.

El rey, enternecido por su parte, llevóse el pañuelo a los labios y sofocó un sollozo.

—Mirad –dijo María—, los carruajes se han parado, mi hermana me espera, la hora'— es suprema, lo que vais a decir quedará decidido para siempre. ¡Oh, Majestad! ¿Que si que os pierda? ¿Queréis, pues, Luis, que aquélla a quien habéis dicho “os amo” pertenezca a otro que a su rey, a su señor, a su amante? ¡Oh! ¡Animo, Luis! ¡Una palabra, una sola palabra! Decid: “Yo quiero, y toda mi vida quedará encadenada a la vuestra y todo mi corazón os pertenecerá para siempre.

Nada contestó el rey.

— María le miró entonces, como Dido miró a Eneas en los Campos Elíseos, desdeñosa y airada.

—¡Adiós, pues, dijo adiós la vida, adiós el amor... !

Y dio un paso para retirarse.

El rey la retuvo, le asió una mano, que llevó a sus labios, y arrastrándole la desesperación por el partido que parecía haber tomado interiormente, dejó caer sobre aquella linda mano una lágrima ardiente de sentimiento que hizo estremecer a María, como si efectivamente ésa lágrima la hubiese quemado.

Vio los ojos húmedos del monarca; su frente pálida, sus labios convulsos, y exclamó con acento imposible de describir:

— ¡Oh! ¡Sois rey, lloráis, y yo me voy!

Por toda contestación, el rey ocultó su rostro en el pañuelo.

El oficial dio una especie de rugido que espantó a los dos caballos. Emocionada la señorita Mancini dejó al rey y subió precipitadamente a la carroza, gritando al cochero: ¡Partid, partid pronto!

El cochero obedeció fustigando a las mulas, y la pesada carroza conmovióse sobre sus ejes chillones, mientras el rey de Francia, solo y abatido, no se atrevía a mirar ni adelante ni atrás.

XIV

SU MAJESTAD Y EL TENIENTE PATENTIZAN SU RESPECTIVA MEMORIA

Cuando el rey, lo mismo que todos los amantes del mundo, hubo mirado por mucho tiempo y atentamente cómo desaparecía en el horizonte la carroza que llevaba a su amada; cuando se hubo vuelto y revuelto cien veces hacia el mismo sitio, y cuando, por fin,

hubo podido calmar un tanto la agitación de su pecho y de su alma, se acordó de que no estaba solo.

El oficial continuaba teniendo el caballo de la brida, sin perder toda esperanza de que el rey volviese de su resolución.

Aún había el recurso de montar a caballo y correr al lado de la carroza; nada se habría perdido por aguardar.

Pero la imaginación del teniente de mosqueteros era demasiado brillante y rica dejó atrás la del rey, que se guardó bien de llevarse ä tal exceso de lujo.

Contentóse con acercarse al oficial, a quien dijo con doliente voz:

— Vamos. . . hemos terminado... a caballo.

El oficial imitó su manera, su angustia, y cabalgó lenta y tristemente sobre su montura; el rey picó delante y el teniente le siguió.

Guando llegaron al puente, Luis volvióse por última vez. El oficial, paciente como un dios que tiene la eternidad delante y detrás de sí, espero aún que volviese a la energía, pero todo fue en vano. El rey llegó a la calle que conducía al castillo y entró en él cuando daban las siete.

Habiendo penetrado en el castillo el rey, y habiendo el mosquetero visto muy bien, él que todo lo veía, levantarse en la ventana del cardenal un pliegue de la tapicería, exhaló un profundo suspiro, cómo quien se ve libre de los más opresores lazos, y dijo a media voz:

— No hay duda que esto ha terminado.

El rey llamó a su gentilhombre.

—No recibiré a nadie antes de las dos, ¿entendéis, caballero? Majestad —observó el gentilhombre—, hay, sin embargo, alguien que solicita pasar.

— ¿Quién?

—Vuestro teniente de mosqueteros.

— ¿El que me ha acompañado?

—Sí, Majestad.

—¡Ah! —dijo el rey—. Vaya, qué pase.

El oficial entró.

El rey hizo una seña, a la cual salieron el gentilhombre y el ayuda de cámara.

Luis siguiólos con los ojos hasta que cerraron la puerta, y cuando volvieron a caer las tapicerías que la cubrían:

—Me recordáis con vuestra presencia, caballero —dijo el monarca—, lo que había olvidado encargaros, es decir, la discreción más absoluta.

— ¡Oh! ¿Por qué se toma Vuestra Majestad el trabajo de hacerme tal recomendación? Bien se ve que no me conocéis.

—Sí, señor, es verdad; sé que sois discreto, mas como no había prescrito nada.

El oficial se inclinó.

— ¿No tiene más que decirme Vuestra Majestad?

—No, caballero, y podéis retiraros.

— ¿Alcanzaré el permiso de no hacerlo antes de haber hablado al rey, Majestad?

— ¿Qué tenéis que decirme? Explicaos.

—Algo, Majestad, de ninguna importancia para vos, pero que me interesa considerablemente a mi. Perdonadme que os detenga. A no ser por la urgencia y por la necesidad, jamás lo hubiese hecho y habría desaparecido, mudo y pequeño corno he sido siempre.

— ¿Cómo desaparecido? No os comprendo.

—En una palabra —dijo el oficial—, vengo a solicitar mi licencia a Vuestra Majestad.

El rey hizo un movimiento de sorpresa, pero el oficial no se movió más que si hubiese sido una estatua.

— ¡Vuestra licencia! ¿Y por cuánto tiempo?

—Para siempre, Majestad.

— ¡Cómo! ¿Dejaréis mi servicio, caballero? —preguntó Luis con un movimiento que descubría algo más que la sorpresa.

—Majestad, tengo ese pesar.

—No puede ser.

—Sí, Majestad; me voy cargando de años; ya hace treinta y cuatro o treinta y cinco que llevo la armadura, y mis pobres hombros están muy cansados; veo que es necesario ceder el puesto a los jóvenes. Yo no soy del moderno siglo, no; todavía tengo un pie en el antiguo, de lo cual resulta que todo es extraño a mis ojos, que todo me sorprende y aturde. Por esto tengo el honor de pedir mi licencia a Vuestra Majestad.

—Caballero —dijo el rey mirando al oficial, que llevaba la casaca con aire que hubiese dado envidia a un joven—; vos sois más fuerte y más vigoroso que yo.

— ¡Oh! —respondió el oficial con sonrisa de falsa modestia—. Vuestra Majestad me dice eso porque aún tengo la presencia bastante buena y el pie bastante firme; porque voy bien a caballo, y porque mis bigotes aún son negros; pero, todo es vanidad de vanidades, ilusiones, humo. Verdad es que aún tengo el aspecto joven, pero soy viejo, y estoy seguro que antes de seis meses estaré cascado, gotoso, inútil. Así, pues, Majestad...

—Caballero —interrumpió el rey—; recordad vuestra palabra de ayer; en ese mismo sitio en que os encontráis, me decíais que estábais dotado de la mejor salud que había en Francia, que os era desconocido el cansancio, que no os molestaba pasar noches y días en vuestro puesto. Me habéis dicho todo eso, ¿sí o no? Apelad a vuestros recuerdos, caballero.

El oficial exhaló un suspiro.

—Majestad —dijo—, la vejez es vanidosa, y hay que perdonar a los viejos que hagan su elogio, ya que nadie se ocupa de ellos. Es posible que dijera eso, mas el hecho es, Majestad, que estoy muy cansado y pido mi retiro.

—Señor —añadió el rey dando un paso hacia el oficial con un gesto lleno de fineza—, veo que no me dáis la razón verdadera; queréis dejar mi servicio, es cierto, pero me disfrazáis el motivo de esa retirada.

—Bien lo podáis creer, Majestad.

—Creo lo que veo, caballero; veo un hombre enérgico, lleno de presencia de espíritu, el mejor soldado de Francia tal vez, y nada del mundo me persuadirá que tenéis necesidad de descanso.

—¡Ah, Majestad! —dijo el teniente con amargura—. ¡Cuántos elogios! ¡En verdad que Vuestra Majestad me confunde! ¡Enérgico, vigoroso, entendido, valiente, el mejor, soldado del ejército! Pero, señor, Vuestra Majestad exagera mi escaso mérito hasta tal extremo, que por muy buena opinión que tenga de mi, no me conozco según esa pintura. Si yo fuese bastante vano para creer solamente en la mitad de las palabras de Vuestra Majestad, me miraría como hombre indispensable, y diría que un servidor, cuando reúne tantas y tan brillantes cualidades, es un tesoro sin precio. Debo decir, señor, que toda mi vida, excepto hoy, he sido juzgado, en grado inferior a lo que valía. Pero repito que Vuestra Majestad exagera.

El rey frunció el entrecejo, porque veía una sonrisa irónica y amarga en el fondo de las palabras del oficial.

—Vamos caballero —dijo—; tratemos francamente la cuestión: ¿Es que no os agrada mi servicio, decid? Nada de rodeos, respondedme categóricamente. Lo quiero.

El oficial, que hacía algunos instantes que arrollaba entre las manos su sombrero con aire bastante embarazado, levantó la cabeza a estas palabras.

—Majestad —respondió—, esas expresiones me dan algo más de confianza. A una pregunta hecha con tanta franqueza, responderé también francamente. Decir verdad es una cosa muy buena, tanto por el placer que se siente en calmar su corazón, como a causa de la rareza del hecho. Diré, pues, la verdad a mi rey, suplicándole al mismo tiempo que excuse la franqueza de un antiguo soldado.

El rey miró a su oficial con viva inquietud, que se manifestó por la agitación de su cara.

—Ea, pues, hablad —dijo—, porque estoy impaciente por escuchar las verdades que tenéis que decirme.

El oficial tiró su sombrero sobre una mesa, y su rostro, ya tan inteligente y tan marcial, tomó de repente un extraño carácter de soleminidad y grandeza.

—Señor –dijo—, dejo el servicio de Vuestra Majestad porque estoy descontento. Todo criado, en estos tiempos, puede acercarse con respeto a su amo, como yo hago ahora, darle el empleo de su trabajo, devolverle los instrumentos o útiles que ha puesto en sus manos, presentarle las cuentas de los fondos que le ha confiado y decirle: “Mi jornada ha terminado; pagadme, os lo ruego, y separémonos.”

— ¡Caballero, caballero! —exclamó el rey encendido de cólera.

— ¡Ah, ¯Majestad! —dijo el oficial, doblando un momento la rodilla—. Jamás ningún servidor, fue más respetuoso que yo ante Vuestra Majestad, más me habéis mandado que diga la verdad. Ahora, pues, que he comenzado a decirla, es menester que brille, aun cuando me mandéis callarla.

Había impresa tal resolución en los contraídos músculos del oficial, que Luis XIV no tuvo necesidad de decirle que continuara; prosiguió, pues, mientras el rey lo miraba con curiosidad mezclada de admiración:

—Majestad, hace treinta y cinco años, como decía antes, que sirvo a la casa de Francia; pocas personas han gastado tantas espadas como yo en ese servicio, ¡y cuidado que las espadas de que hablo eran excelentes, Majestad! Yo era niño, ignorante en todas las cosas, excepto del valor cuando el rey vuestro padre, descubrió en mí un hombre. Yo era un

hombre, Majestad; cuando el cardenal Richelieu, que conocía muy bien las cosas, adivinó en mí un enemigo. La historia de esta enemistad de la hormiga y el león pudisteis leerla desde la primera hasta la última línea en los archivos secretos de vuestra familia. Si alguna vez os da la gana, leedla, Majestad, pues bien vale la pena, y yo soy quien lo afirma. En ella leeréis que el león cansado, fatigado y jadeante, pidió gracia por último, y preciso es hacerle esta justicia, también la hizo, ¡Oh! ¡Aquél fue un tiempo sembrado de batallas, como una epopeya del Tasso o del Ariosto! Las maravillas de ese tiempo, que el nuestro se negaría' a creer, fueron para nosotros cosa de juego. Durante cinco años fui un héroe todos los días, por lo menos según me han dicho personas de mérito; ¡y es muy largo, creedme, Majestad, un heroísmo de cinco años! Sin embargo, lo creó, porque me lo han dicho esas gentes que eran buenos apreciadores. Llamábanse señor de Richelieu, señor de Buckingham, señor de Beaufort, señor de Retz, ¡rudo genio también éste en la guerra de las calles! En fin, el monarca Luis XIII, y aun la reina vuestra augusta madre, que un día tuvo la bondad de decirme: ¡Gracias! Yo no sé qué servicio tuve el honor de prestarle. Dispensadme, que pase tan apresuradamente; pero ya he tenido el honor de decir a Vuestra Majestad que esto que cuento ahora es la historia.

El rey mordióse los labios y se sentó con violencia en un sillón.

—Disgusto a Vuestra Majestad —dijo el teniente—. ¡Ved lo que es la verdad! Una compañera dura, llena de hierros que hiere a quien toca, y algunas veces a quien la dice.

—No, caballero —respondió el rey yo os he invitado a hablar; hablad, por tanto.

—Después del servicio del rey y del cardenal, el servicio de la regencia, Majestad; también me he batido mucho en la Fronda; mucho menos, sin' embargo, que la primera vez. Los hombres empezaban a disminuir de estatura. También he conducido a los mosqueteros de Vuestra Majestad en ciertas ocasiones peligrosas, que han quedado en la orden del día de la compañía. ¡Qué bella suerte era entonces la mía! Era yo el íntimo del señor Mazarino: "¡Teniente por aquí! ¡Teniente por allá! ¡Teniente á la derecha! ¡Teniente a la izquierda!" No se daba un' cuarto en Francia sin que vuestro humilde servidor no fuera el encargado de distribuirlo; nero bien pronto no se contentó con Francia el señor cardenal, y me envió a Inglaterra por cuenta del señor Cromwell; otro caballero que no era lerdo, señor, respondo de ello. Tuve la honra de conocerle y pude apreciarlo. Mucho me habían prometido con respecto a esta misión, pero como hice alga muy distinto a lo que me encargaron hacer, fui pagado generosamente, pues se me nombró últimamente capitán de mosqueteros, es decir, el cargo más envidiado de la Corte, el que marcha delante de los mariscales de Francia; esto era justicia, porque quien dice capitán de mosqueteros, dice la flor y nata del soldado, el rey de los valientes.

—Capitán, caballero —replicó el rey—, seguramente os equivocáis; es teniente lo que queréis decir.

—No, Majestad, yo jamás me equivoco; refiérase Vuestra Majestad a mí sobre este punto: el señor cardenal me dio el diploma.

— ¿Y qué?

—Pero el señor Mazarino, y Vuestra Majestad lo sabe mejor que nadie, no da muchas veces, y —aun algunas — vuelve a ,recibir lo que da: así es que me lo quitó cuando se hizo la paz y no tuvo ya necesidad de mí. Ciertamente que yo — no era digno de reemplazar al señor de Tréville, de ilustre memoria; mas al fin se me había prometido, se me había dado, y las cosas debieron quedar aquí.

— ¿Y esto es lo que os tiene descontento, caballero? Pues bien, tomaré informes; yo soy amante de la justicia, y vuestra reclamación, aunque hecha militarmente, — no me desagrada.

— ¡Oh! –exclamó el oficial—. Vuestra Majestad ha comprendido mal; no pido nada.

—Ese es un exceso de delicadeza, caballero; pero yo quiero cuidar de vuestros asuntos, y más tarde...

—¡Oh! ¡Majestad, qué palabra! ¡Más tarde! Ya hace treinta años que conozco esa palabra llena de bondad, que ha sido pronunciada por tan insignes personajes, y que a su vez acaba de pronunciar vuestra boca. ¡Más tarde! Así es congo he recibido veinte heridas y llegado a la edad de cincuenta y cuatro años sin tener nunca un luis en mi bolsa; y sin haber encontrado nunca un protector en mi camino, ¡yo que he protegido a tantas personas! Así que cambio de fórmula, Majestad, y, cuando me dicen: ¡Más toma del, respondo: En seguida. Lo que yo solicito es el descanso. Bien puede concedérseme, porque nada costará a nadie.

—No esperaba yo ese lenguaje, caballero, particularmente de parte de un hombre que siempre ha vivido al lado de los grandes. Olvidáis que estáis hablando al rey, a un caballero que es de tan buena casa como vos, supongo; cuando digo más tarde, está hecho.

—No lo dudo, Majestad; mas ved aquí el fin de esta terrible verdad que tenía que deciros: aun cuando viese sobre esta mesa el bastón de mariscal, la espada de condestable, la corona de Polonia, en vez de ese más tarde, os juro, señor, que también diría al instante. ¡Oh!, Dispensadme; soy del país de vuestro abuelo Enrique IV, y no hablo muchas veces, pero cuando hablo lo manifiesto todo.

—A lo que parece, no os incita el porvenir de mi reinado —dijo Luis con altanería.

— ¡Olvido para todo! —exclamó el oficial con nobleza—. El amo ha olvidado al servidor, y ahora, el servidor se ve reducido a olvidar a su amo. Vivo en un tiempo desgraciado, señor; veo a la juventud llena de cobardía; la veo tímida y despojada, cuando debería ser rica y poderosa. Anoche, por ejemplo, abrí la puerta del rey de Francia a un rey de Inglaterra, del que yo, miserable; hubiese salvado al padre si Dios` no se hubiera declarado en contra mía. ¡Dios, que inspiraba a su elegido, Cromwell! Abrí, digo, esa puerta, es decir, el palacio de un hermano a un hermano, y he visto, ¡esto me apena el corazón!, y he visto al ministro de este rey arrojar al proscrito y humillar a su amo, condenando a la miseria a otro rey, su igual; en fin, he visto a mi príncipe, que es joven, hermoso y valiente, que tiene el valor en el corazón y el rayo en los ojos; le he visto temblar ante un cura que se ríe de él detrás de las cortinas de su alcoba, donde dirige en su lecho todo el oro de la Francia, que esconde en seguida en cofres desconocidos. Sí, comprendo vuestra mirada, Majestad. Soy atrevido hasta el extremo; ¡pero, qué queréis! Soy un viejo, y digo a vos, qué sois mi rey, cosas que haría volver a entrar en la garganta de quien las pronunciase delante de mí. Finalmente, me habéis mandado descubrir ante vos el fondo de mi corazón, y derramo a los pies de Vuestra Majestad la bilis que he depositado durante treinta años, como derramaría toda mi sangre si Vuestra Majestad me lo ordenase.

El —rey enjugó; sin decir una palabra, el sudor frío y abundante que fluía de sus: sienes.

El minuto de silencio que siguió a esta vehemente salida, representó para e! que había hablado y para el que había escuchado siglos de padecimientos.

—Caballero ——dijo al fin el rey—, habéis pronunciado la palabra olvido: yo no he oído más que esa palabra ya que sólo responderá. Otros han podido ser olvidadizos; pero yo no lo soy, y la prueba es que me acuerdo que cierto día de conmoción, que un día en que el pueblo furioso, furioso y mugidor como la mar, invadía el Palacio Real; que un día, en fin, que yo fingía dormir en mi lecho, un solo hombre, con la espada desnuda y escondido detrás de mi cabecera, velaba por mi vida, dispuesto a arriesgar la suya por mí, como ya la había arriesgado por mi familia. Aquel caballero; a quien yo preguntaba entonces su nombre, ¿no era el señor de Artagnan?

—Vuestra Majestad tiene buena memoria —respondió fríamente el oficial.

—Considerad ahora, señor —prosiguió el rey—, si tengo tales recuerdos de la infancia, los que puedo conservar en la edad de la razón.

—Vuestra Majestad ha sido ricamente dotado por Dios —dijo el oficial en igual tono.

—Veamos, señor de Artagnan —continuó Luis con una agitación febril—, ¿no seréis tan sufrido como yo? ¿No haréis lo que yo hago?

— ¿Y qué hacéis, Majestad?

—Esperar.

—Vuestra Majestad puede hacerlo porque es joven, mas yo, señor, ¡ya no tengo tiempo para esperar! La vejez está a mi puerta y la muerte la sigue mirando hasta el fondo de mi casa. Vuestra Majestad comienza la vida, y está lleno de esperanza para el porvenir; pero, yo, estoy al otro lado del horizonte, y nos encontraremos tan lejos el uno del otro, que jamás tendré tiempo de esperar que Vuestra Majestad llegue hasta mí.

El rey dio una vuelta por la cámara; siempre enjugándose aquel sudor que hubiera espantado a los médicos, si éstos hubiesen podido ver al rey en semejante estado.

— Está bien, señor —dijo entonces Luis XIV con voz seca—. ¿Deseáis vuestro retiro? Lo tendréis. ¿Me presentáis vuestra dimisión del grado de teniente de mosqueteros?

—La pongo muy humildemente a los pies de Vuestra Majestad.

—Basta. Decretaré vuestra pensión.

—Quedaré obligado a Vuestra Majestad.

—Caballero —dijo el rey haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo—, creo que perdéis un excelente amo.

—Estoy seguro de ello, Majestad.

— ¿Encontraréis uno semejante?

— ¡Oh! Vuestra Majestad es único en el mundo; no tomaré servicio por ningún, rey de la tierra, ni tendré más amo que yo.

— ¿Eso decís?

—Lo prometo a Vuestra Majestad.

—Recojo esa palabra, caballero.

Artagnan se inclinó.

—Y ya sabéis que tengo buena memoria —prosiguió el rey.

—Sí, Majestad, aunque deseo que esa memoria os falte ahora, para que olvidéis las miserias que me he visto precisado a manifestar. Su Majestad está a tal altura sobre los pobres y los pequeños, que así lo espero.

—Mi Majestad, caballero, hará lo que el sol, que todo lo ve, grandes y chicos, ricos y miserables, dando brillo a uno; calor a otros, y a todos la vida. Adiós, señor de Artagnan, adiós, sois libre.

Y Luis, dando un ronco sollozo que se perdió en su garganta, pasó rápidamente a la cámara inmediata.

Artagnan tomó su sombrero de la mesa en que lo había arrojado, y salió.

XV
EL PROSCRITO

Aún no había bajado del todo la escalera Artagnan, cuando el rey llamó a su gentilhombre.

— Tengo un encargo que daros, caballero —dijo.

—A las órdenes de Vuestra Majestad.

—Esperad.

Y el joven rey púsose a escribir la carta siguiente, que le costó más de un suspiro, aunque al mismo tiempo brillaba en sus ojos algo semejante al sentimiento del triunfo. “Señor cardenal:

“Merced a vuestros consejos y a vuestra firmeza, he sabido vencer y domar una debilidad impropia de un rey. Habéis preparado demasiado hábilmente mi destino para que la gratitud no me detenga en el momento de destruir vuestra obra. He comprendido que no tenía razón en querer desviar mi vida del camino que le habéis trazado. Ciertamente, hubiera sido una desgracia, para Francia y para mi familia, que se rompiese la unión entre mi ministro y yo.

“Esto es, no obstante, lo que a no dudar hubiera acontecido de hacer esposa mía a vuestra sobrina. Comprendo muy bien mi destino, y de hoy más, nada opondré a su cumplimiento. Estoy, pues, dispuesto a casarme con la infanta María Teresa, y desde este momento podéis fijar la apertura de las conferencias. “Vuestro afectísimo, Luis.

El rey leyó la carta, y la selló por sí mismo.

—Esta carta para el señor cardenal —dijo.

Salió el gentilhombre. A la puerta del cuarto de Mazarino encontró a Bernouin que esperaba con ansiedad.

— ¿Qué pasa? ——preguntó el ayuda de cámara del ministro.

—Una carta para el cardenal ——dijo el gentilhombre.

— ¡Una carta! ¡Ah! Ya la esperábamos nosotros después del viaje de esta mañana.

— ¡Ah! Sabíais que el rey...

—En calidad de primer ministro, está en los deberes de nuestro cargo saberlo todo. ¿Y Su Majestad pide, ruega, según presumo?

—Yo no sé, pero ha suspirado muchas veces mientras la escribía.

—Sí, sí, sí, sabemos lo que quiere decir eso. Se suspira de dicha como de pena, señor.

—Sin embargo, el rey no tenía aspecto de muy contento cuando volvió de su viaje.

—No lo habréis visto bien. Además, tampoco habéis visto al rey seno a la vuelta, pues que únicamente le acompañaba su teniente de guardias. Pero yo tenía el telescopio de Su. Eminencia, y miraba mientras él descansaba. Estoy cierto de que los dos lloraban.

— ¡Y qué! ¿Lloraban también de felicidad?

—No, pero sí de amor, y se juraban mil ternezas que Su Majestad sólo pide cumplir. Esta carta es un principio de ejecución.

— ¿Y qué piensa Su Eminencia de este amor, que no es un secreto para nadie?

Bernouin cogió el brazo al mensajero de Luis, y al tiempo que subía la escalera:

—Confidencialmente —le dijo a media voz—, Su Eminencia espera buen éxito del asunto. Sé muy bien que tendremos guerra con España. Pero ¡bah!, la guerra contendrá a la nobleza. Su Eminencia, por otro lado, dotará regiamente, y aún más que regiamente, a su sobrina. Habrá dinero, fiestas y balazos, y todo el mundo estará contento.

—Bien, bien; pero me parece —dijo el gentilhombre encogiéndose de hombros— que esta carta es demasiado ligera para contener todo eso.

—Amigo —contestó Bernouin—, estoy seguro de lo que digo: todo me lo ha contado él señor de Artagnan.

— ¡Bueno! ¿Y qué ha dicho? Veamos.

—Me he acercado a él —para adquirir noticias de parte del cardenal, se entiende, sin descubrir nuestros designios, porque el señor de Artagnan es un sabueso muy fino.

— "Apreciable Bernouin —me respondió—, el rey está loco enamorado de la señorita Mancini. Esto es todo lo que puedo deciros".

¡Cómo! —le pregunté yo—. ¿Suponéis que eso llegue a tal punto que sea capaz de adelantarse a los intentos de Su Eminencia?

"¡Ah! No me preguntéis, yo creo al rey es capaz de todo. Tiene una cabeza de hierro, y lo que quiere, lo quiere tenazmente. Si le ha venido en talante casarse con la señorita Mancini, se casará". En seguida me dejó, se fue a las cuadras tomó un caballo que ensilló él mismo, cabalgó y salió como si lo llevase el demonio.

—De suerte, que creéis... —Creo que el señor teniente de los guardias sabía algo más que no quería decir.

—Así, pues, el señor de Artagnan, en vuestra opinión...

—Corre, según todas las probabilidades, al lado de las desterradas, para dar los pasos útiles al éxito del amor de Su Majestad. Charlando de este modo negaron ambos confidentes a la puerta del cuarto del cardenal. Su Eminencia no tenía ya gota y paseaba impaciente por la cámara, escuchando por las puertas y mirando por las ventanas.

Bernouin entró seguido del gentilhombre, que tenía orden del rey de poner la carta en propias manos del cardenal. Mazarino cogió la carta; pero, antes de abrirla, compuso una sonrisa de circunstancias, aire cómodo para velar las: emociones de cualquier género que

fuesen. De esta forma, cualquiera que fuese la impresión que recibiera de la carta, ningún reflejo de ella se manifestó en su semblante.

— Muy bien —dijo después de haber leído y releído la carta—; magnífico, caballero; anunciad al rey que le doy las gracias por su obediencia a los deseos de la reina madre, y que voy a hacer todo lo necesaria para que se cumpla su voluntad.

El gentilhombre salió. Apenas se cerró la puerta, Su Eminencia, que no tenía máscara para Bernouin; se arrancó aquélla con que momentáneamente se había cubierto el rostro, y con expresión más sombría:

—Llamad al señor de Brienne —ordenó.

El secretario entró cinco minutos después.

—Acabo de hacer un buen servicio a la monarquía —le dijo Mazarino—, el mayor que le he prestado en mi vida. Llevaréis esta carta que da fe de ello al cuarto de Su Majestad la reina madre, y cuando ésta os la devuelva, la pondréis en el cartón B, lleno de documentos y de piezas relativas a mis servicios.

Brienne salió, y tomó esta! carta tan importante estaba abierta, no dejó de leerla por el camino. Esto sin contar con que Bernouin, que estaba bien con todo el mundo, se aproximó lo bastante al secretario para poder leer por encima de su hombro. La noticia se extendió por el castillo con tanta rapidez, que Mazarino temió un momento que llegase a oídos de la reina antes que el señor de Brienne pusiese en sus manos la carta de Luis XIV: Un momento después estaban dadas todas las órdenes para la marcha, y el príncipe de Condé, habiendo ido a visitar al rey a la hora de levantarse, inscribió en su registro la ciudad de Poitiers como lugar de morada y descanso para Sus Majestades.

De este modo desanudábase en algunos instantes una intriga que había ocupado sordamente a todas las diplomacias de Europa. Y, sin embargo, sólo había tenido por resultado positivo hacer perder a un pobre teniente de mosqueteros su carrera y su fortuna. Verdad es que, en cambio, ganaba su libertad.

Pronto sabremos cómo el señor de Artagnan se sirvió de ella. De momento, si el lector nos lo permite volvamos a la hostería *Los Mé*dicis, una de cuyas ventanas se abría en el instante de darse las órdenes en el castillo para la marcha del rey.

Esta ventana que se abría, pertenecía a una de las habitaciones de Carlos. El infeliz príncipe había pasado la noche en insomnio, con la cabeza entre las manos y apoyados los codos sobre la mesa. Parry, entretanto, achacoso y viejo, se había' dormido en un rincón, cansado de cuerpo y de espíritu. ¡Singular destino del fiel servidor, que veía comenzar de nuevo en la segunda generación la terrible serie de desgracias que pesara sobre la primera! Cuando Carlos II hubo considerado extensamente la nueva derrota que acababa de sufrir; cuando hubo comprendido bien el aislamiento completo en que había caído, viendo escapar su nueva esperanza, fue acometido de vértigo y cayó pesado en el ancho sillón en que estaba sentado.

Entonces Dios tuvo piedad del infortunado príncipe y le envió el sueño, hermano inocente de la muerte.

Así durmió hasta las seis y media, esto es, cuando el sol resplandecía ya en su habitación, y cuando Parry, inmóvil por el temor de despertarle, consideraba con dolor profundo los ojos del joven enrojecidos por el insomnio, y sus mejillas ya pálidas, por los sufrimientos y privaciones.

Por último, el ruido de algunos carros, que bajaban hacia el Loira, despertó a Carlos. Se incorporó, miró en derredor suyo como hombre que todo lo ha olvidado, vio a Parry, estrechóle la mano y le mandó que pagase los gastos a maese Cropole. Maese Cropole, forzado a arreglar sus cuentas con Parry, se condujo, fuerza es decirlo, como persona de bien sólo hizo su advertencia acostumbrada, es decir, que los dos viajeros no habían comido, lo cual tenía la doble desventaja de ser humillante para su cocina y de obligarle a pedir el precio de una comida no empleada, y no obstante, pedida. Parry no encontró nada que decir y pagó.

—Espero —dijo el rey— que no habrá sucedido lo mismo con los caballos. Yo no veo en vuestra cuenta que hayan comido y sería una desgracia para viajeros que, como nosotros, tienen que hacer una larga jornada, encontrar debilitados los caballos.

A esta duda, maese Cropole tomó su aire, de majestad; y contestó que el establo de Los Médicis no era menos hospitalario que su comedor.

El rey montó a caballo, su antiguo servidor hizo otro tanto, y ambos tomaron el camino de París sin haber encontrado a casi nadie durante su tránsito por las calles y barrios de la ciudad.

Este golpe era para el príncipe tanto más terrible cuanto que era un nuevo destierro. Los desgraciados se— adhieren a las menores esperanzas como los aventureros alas mayores felicidades, y cuando es necesario abandonar el lugar donde esas esperanzas han acariciado el corazón, experimenta el mortal disgusto que siente el desterrado cuando pone el pie en el barco que debe conducirle a su destierro. Esto consiste, aparentemente, en que el corazón, herido ya tantas veces, padece mucho al golpe más insignificante; que considera como un bien la ausencia momentánea del mal, que no es otra cosa que la ausencia del dolor, que, en fin, en los más terribles infortunios, el cielo derrama la esperanza, como aquella gota de agua que el rico malo demandaba a Lázaro.

La esperanza de Carlos II no había sido más que una fugitiva alegría, al verse bien acogido por su hermano Luis. Entonces aquella esperanza había tomado cuerpo y convertídose en realidad; pero, luego, de repente, la negativa del cardenal había *hecho* descender la realidad ficticia al estado *de* sueño. La promesa de Luis XIV, tan pronto destruida, no había *sido* más que una irrisión. Irrisión como su corona, como su cetro y como sus compañeros; como todo lo que había rodeado su regia infancia y abandonado su juventud proscrita. ¡Irrisión! Todo era irrisión para Carlos II, excepto ese reposo frío y negro que le prometía la muerte.

Estas eran las ideas del infortunado príncipe cuando, inclinado sobre su caballo, cuyas riendas, había abandonado, marchaba bajo el sol caliente y dulce del mes de mayo, en el cual la cruel misantropía del desterrado añadía un insulto más a su dolor.

XVI

¡REMEMBER![1]

1. Palabra inglesa que significa “acuérdate”.

Cierto jinete que pasaba rápidamente por el camino subiendo hacia Blois, de donde había salido una media hora antes, poco más o menos, cruzóse con los dos viajeros, saludándolos al pasar. Apenas puso el rey la atención en aquel joven, porque el tal jinete de

que hablamos era un joven de veinticinco a veintiséis años, el cual volvíase de vez en cuando y hacía demostraciones de amistad a un hombre que estaba de pie ante la verja de una casa, bella, blanca y roja, esto es, de piedra y ladrillo y con el techo de pizarra, situada a la izquierda del camino que llevaba el príncipe.

Este hombre, viejo, alto y cenceño, de blancos cabellos (hablamos del que permanecía junto a la verja); este hombre correspondía a las señas que le hacía el joven, con otros signos de despedida, tan tiernos como los hubiese hecho un padre. El joven concluyó por desaparecer en el primer recodo del camino, adornado de hermosos árboles, y el viejo se disponía ya para volver a casa, cuando llamaron su atención los dos viajeros que pasaban entonces por enfrente de la verja.

Ya hemos dicho que el rey marchaba con la cabeza inclinada, los brazos caídos, y dejando ir al paso y casi a su capricho el caballo que montaba. Parry en pos de él y para dejarse penetrar mejor por la tibia influencia del sol, se había quitado el sombrero y paseaba sus miradas a derecha e izquierda del camino. Sus miradas topáronse con las de aquel viejo recostado en la verja, el cual, como si presenciase algún extraño espectáculo, prorrumpió en una exclamación y dio un paso hacia ambos viajeros.

Inmediatamente, pasaron los ojos desde Parry al rey, sobre el cual se fijaron un instante. Por rápido que fuese este examen, no dejó de reflejarse al momento y de manera visible en el semblante del anciano; porque apenas hubo reconocido al más joven de los viajero, juntó primero las manos con respetuosa sorpresa y, alzando el sombrero de su cabeza, saludó tan profundamente que hubiérase dicho que se arrodillaba.

Por muy distraído, o más bien, por muy sumido que fuese el rey en sus reflexiones, aquella demostración no pudo menos de extrañarle.

¡Deteniendo Carlos su caballo y volviéndose a Parry!

—Dios mío, Parry murmuró—, ¿quién es ese hombre que me saluda de ese modo? ¿Me conocerá por ventura?

Parry, muy emocionado y pálido, había conducido su caballo hacia la verja.

— ¡Ah, señor! —dijo deteniéndose de repente a cinco o seis pasos de distancia del anciano que proseguía de rodillas—. Me veis así tan asombrado, porque me parece que reconozco a este buen hombre. ¡Ah, sí! Es el mismo. ¿Permite Vuestra Majestad que le hable? ¿Por qué no?

— ¿Sois vos, señor Grimaud? —preguntó Parry.

—Sí, yo soy —dijo el anciano levantándose, mas sin perder nada de su referente actitud.

—Señor —dijo entonces Parry —, no me había engañado, este hombre es el servidor del conde de la Fère, si os acordáis, es aquel dignísimo caballero de quien tantas veces he hablado a Vuestra Majestad, y cuyo recuerdo debe haber quedado, no sólo en su memoria, sino también en su corazón

— ¿Es quien asistió al rey mi padre en sus últimos instantes? —preguntó Carlos.

Y se estremeció visiblemente a esto —recuerdo.

—Justamente, señor.

— ¡Ah! —exclamó Carlos.

Y dirigiéndose en seguida a Grimaud, cuyos ojos, vivos e inteligentes, parecían buscar y adivinar su pensamiento, le preguntó:

—Amigo mío, vuestro amo el conde de la Fère, ¿habita en estas cercanías?

—Aquí —respondió Grimaud señalando con el brazo extendido hacia atrás la verja de la casa blanca y roja.

— ¿Y está en casa ahora el señor conde?

—Al fondo, bajo los castaños.

—Parry —dijo el rey—, no quiero perder esta ocasión tan propicia para mí de dar las gracias al caballero a quien mi casa debe tan raro ejemplo de generosidad y de sacrificio. Tened mi caballo, amigo mío, os lo suplico.

Y, poniendo la brida en manos de Grimaud, entró el rey solo en casa de Athos, como un igual en casa de su igual. Carlos comprendió aquella explicación tan concisa de Grimaud: "al fondo, bajo los castaños"; dejó, pues, la casa a la izquierda, y marchó recto hacía la avenida designada. La cosa era fácil; la cima de aquellos grandes árboles, cubiertos de hojas y de flores, sobrepujaba a la de todos los demás.

Al llegar a los rombos, unas veces luminosos, y otras, sombríos, que manchaban el suelo de esta calle de árboles, conforme a los caprichos de sus bóvedas más o menos frondosas; el príncipe distinguió a un caballero que se paseaba con los brazos en la espalda y que parecía sumido en tranquila reflexión. Sin duda alguna Carlos habíase imaginado muchas veces cómo era aquel caballero, porque sin vacilar lo más mínimo se fue derecho a él. Al ruido de sus pasos, el conde de la Fère levantó la cabeza, y viendo un desconocido de aspecto noble y elegante que se acercaba, levantó su sombrero de la cabeza y aguardó. A. los pocos pasos de distancia, Carlos II se quitó el suyo, y como para responder a la muda interrogación:

—Señor conde —dijo—, vengo a cumplir con vos un deber. Hace mucho tiempo que tengo que expresaros mi reconocimiento profundo. Yo soy Carlos II, hijo de Carlos Estuardo, que reinó en Inglaterra y murió en el cadalso.

Al oír este nombre ilustre, Athos sintió correr frío por sus venas; mas a la vista de aquel joven príncipe, de pie y descubierto en su presencia, dos lágrimas vinieron a turbar el límpido azul de sus hermosos ojos.

Inclinóse respetuosamente; pero el príncipe le tomó la mano. —Mirad si soy desdichado, señor conde —dijo Carlos—; ha sido menester que la casualidad me acerque a vos. ¡Ay! En lugar de tener a mi lado a las personas a quienes amo, me veo reducido a conservar sus servicios en mi corazón, y sus nombres en mi memoria, de tal modo, que a no ser por vuestro criado, que ha reconocido al mío, hubiera pasado por delante de vuestra puerta como por delante de la de un extraño.

—Es verdad —*dijo* Athos contestando con la voz a la primera parte de la frase del príncipe y con un saludo a la segunda—; es verdad; malos días ha alcanzado Vuestra Majestad.

— Y los más malos, ¡ay! —respondió Carlos— están tal vez todavía por venir.

Esperemos; Majestad.

— ¡Conde, conde! —continuó Carlos moviendo la cabeza—, he esperado hasta ayer noche, y os juro que esto era de buen cristiano.

Athos miró al rey como para preguntarle.

— La historia es fácil de contar —dijo Carlos II—; proscrito, despojado, desdeñado, me resolví, a pesar de todas mis repugnancias, a tentar por última vez la suerte. ¿No está escrito allá arriba que para nuestra familia toda ventura y desventura vendrá eternamente de Francia? Algo sabéis de esto, señor conde, vos, que sois uno de los franceses a quienes mi desdichado padre encontró al pie del cadalso el día de su muerte, después de haberlos encontrado a su derecha los días de batalla.

—Majestad —dijo humildemente Athos—, no estaba solo, y mis compañeros y yo cumplimos en aquella circunstancia con nuestro deber de caballeros y nada más. Pero Vuestra Majestad iba a hacerme el honor de referir...

—Es cierto. Yo tenía la protección... Perdonad que vacile, conde, mas, para un Estuardo, bien comprenderéis esto vos, que comprendéis todas las cosas: la palabra es dura de pronunciar. Tenía, digo, la protección de mi Primo el estatúder de Holanda; mas, sin la intervención, o al menos la autorización de Francia, el estatúder no quiere tomar la iniciativa. He venido a solicitar esta autorización al rey de Francia, y me la ha negado.

— ¿El rey os la ha negado, señor? —Oh!, no; debo hacer justicia a mi hermano Luis; sino el señor Mazarino.

Athos mordióse los labios.

— ¿Creéis tal vez que debía esperarme esa negativa? —dijo el rey, que había notado aquel movimiento.

—Ese era efectivamente mi pensamiento, señor —replicó respetuosamente el conde—; yo conozco muy a fondo a esa italiana.

—Entonces, me decidí a llevar las cosas al último extremo y saber al instante la última palabra de mi destino, y dije a mi hermano Luis, que, para no comprometer ni a Francia ni a Holanda, tentaría la suerte por mí mismo en persona, como ya lo he hecho, con doscientos caballeros si quería dármelos, o un millón si quería prestármelo.

— ¿Y qué, señor?

— ¡Qué!... En este instante siento una cosa extraña, que sin duda es la satisfacción de la desesperación. Hay en ciertas almas, y acabo de conocer que la mía es de este número, una satisfacción real en la seguridad de que todo está perdido, y que por fin ha llegado la hora de sucumbir.

— ¡Oh! .Espero —dijo Athos—, que Vuestra Majestad no ha llegado aún a tal extremo.

—Paga decirme eso, señor conde, y para pretender reanimar la esperanza de mi corazón, es preciso que no hayáis comprendido bien lo que acabo de deciros. He venido a Blois, conde, a fin de pedir a mi hermano Luis la limosna de un millón, con el cual tenía la esperanza de restablecer, mis asuntos; y mi hermano Luis me lo ha negado. Ya veis cómo todo está perdido.

—Vuestra Majestad me permitirá que le responda con un parecer contrario:

— ¡Cómo! ¿Me conceptuáis un talento tan vulgar que no sepa comprender mi posición?

—Señor, siempre he visto que en las posiciones desesperadas es cuando estallan de repente los grandes cambios de fortuna.

—Gracias, conde; es muy consolador encontrar corazones como el vuestro; es decir; bastante confiados en Dios y en la monarquía, para no desconfiar nunca de una fortuna regia por muy bajo que haya caído. Desgraciadamente, vuestras palabras, querido conde, son como esos remedios que se llaman soberanos, y qué, sin embargo, no pudiendo curar

más que las llagas curables, estréllanse contra la muerte. Gracias por vuestra perseverancia en consolarme, conde; gracias por vuestro recuerdo; Pero ya sé a qué atenerme en este pinto. Nada me salvará ya. Estoy tan persuadido de ello, amigo; mío, que tomaba el camino del destierro con mi viejo Parry, y volvía a saborear mis punzantes dolores en ese mísero retiro que me ofrece Holanda. ¡Allí, creedme, conde, todo terminará muy pronto, pues vendrá la muerte a Pasos acelerados, tantas veces llamada por este cuerpo que roe al alma, y por esta alma que aspira a los cielos!

—Vuestra Majestad tiene madre, una hermana y hermanos; Vuestra Majestad es el jefe de la familia y debe pedir al cielo una larga vida, en vez de una próxima muerte. Vuestra Majestad está proscrito y fugitivo; pero tiene un derecho, y debe aspirar a los combates y a los peligros, y no al descanso del cielo.

—Conde —dijo Carlos II con una sonrisa de indefinible angustia—: ¿habéis oído decir jamás que un rey haya reconquistado su reino con un servidor de la edad de Parry, y trescientos escudos que ese servidor tiene en su bolsa?

—No, señor; pero he oído decir, y más de una vez, que un monarca destronado ha reconquistado su monarquía con voluntad enérgica, perseverancia, amigos, y un millón de francos hábilmente empleados.

— ¿Entonces no me habéis comprendido? Ese millón lo he pedido a mi hermano Luis, y no lo he conseguido.

—Señor —dijo Athos—, ¿me concede Vuestra Majestad unos momentos todavía, para escuchar lo que me resta por decir?

Carlos II miró fijamente a Athos.

—De buen grado, caballero —dijo.

—Entonces, voy a enseñar a Vuestra Majestad el camina —repuso el conde dirigiéndose hacia la casa. 'Y condujo al monarca a su gabinete, donde le hizo sentar.

—Señor —le dijo—, ahora poco me ha dicho Vuestra Majestad, que en el estado en que se hallan las cosas en Inglaterra le bastaría un millón para reconquistar su trono.

—Para intentarlo al menos, y para morir como rey si no lo alcanzaba.

—Pues bien, señor, tenga a bien Vuestra Majestad escuchar lo que me resta por decir, según la promesa que me ha hecho.

Carlos dio su asentimiento, Athos se fue derecho a la puerta, cuyo cerrojo corrió, después de haber mirado si alguna persona escuchaba en los alrededores.

—Señor, —dijo volviéndose—, Vuestra Majestad ha tenido a bien acordarse que yo asistí al muy noble y desgraciado Carlos I, cuando sus verdugos le conducían desde Saint–James a White Hall.

—Sí, me he acordado, y nunca me olvidaré.

—Historia fúnebre de amargo recuerdo es ésta para un hijo que sin duda se la ha hecho ya contar muchas veces; mas, sin embargo, debo volver a contárosla sin omitir detalle.

—Hablad, caballero.

—Cuando el rey vuestro padre subió al patíbulo, mejor dicho, cuando pasó desde su cámara al patíbulo alzado fuera de su ventana, todo estaba preparado para su fuga. El verdugo habíase alejado, un agujero estaba practicado en el pavimento de su habitación, y yo mismo estaba debajo del fúnebre tablado, que de pronto oí crujir bajo sus pasos...

—Parry me ha contado esos terribles detalles, señor.

Athos se inclinó y continuó;

—He aquí lo que no ha podido contaros, porque lo que sigue sucedió entre Dios, vuestro padre y yo, y jamás hice esta revelación, ni aun a mis más íntimos amigos: “Apártate, dijo la augusta víctima al verdugo enmascarado, déjame por un instante, pues ya sé que te pertenezco; mas ten cuidado de no herirme hasta que yo dé la señal, porque deseo hacer libremente mis oraciones”.

—Perdonadme —dijo, Carlos II palideciendo—, pero vos, conde, que sabéis tantos pormenores de este funesto acontecimiento, pormenores que, como decíais ahora mismo, no han sido revelados a nadie, ¿sabéis el nombre de ese verdugo infernal, de ese cobarde que ocultó, su rostro para asesinar impunemente a un...

Athos — también palideció ligeramente,

— ¿Su nombre? ——dijo—. Sí, lo sé, pero no puedo manifestarlo

— ¿Y qué ha sido de él?.... Porque nadie en Inglaterra ha conocido su destino.

—Ha muerto.

— ¿Pero no en su lecho, no de una muerte natural y dulce; no de la muerte de los hombres honrados?

—Ha muerto de muerte violenta en una noche terrible, entre la cólera de los hombres y la tempestad de Dios. Su cuerpo, herido de una puñalada, rodó por las profundidades del Océano. ¡Dios perdone a su matador!

—Entonces, adelante ——dijo Carlos II, que comprendió que el conde no quería decir más.

—El rey de Inglaterra, después de haber hablado, como he dicho, al verdugo enmascarado, añadió: “No me herirás, óyelo bien, hasta que yo extienda los brazos diciendo: *¡Remember!*

—En efecto —dijo Carlos con voz sorda—, sé que esa fue la última palabra que pronunció mi desdichado padre. ¿Pero con qué objeto y para quién?

—Para el caballero francés que estaba debajo del cadalso.

— ¿Para vos, señor?

—Sí, Majestad; cada una de las palabras que entonces pronunció encima de las tablas del patíbulo, cubiertas con un paño negro, resuenan todavía en mis oídos. El rey puso entonces una rodilla en tierra: “Conde de la Fère, dijo ¿estáis ahí?" Sí, Majestad”, contesté yo. Entonces se inclinó el rey.

También Carlos II, palpitante de interés y de ardiente dolor, se inclinó hacia Athos para recoger una a una, las palabras que dijese el conde. Su cabeza tocaba con la de Athos.

—Entonces —continuó el conde—, se inclinó el rey. “Conde de la Fère, dijo, no he podido ser salvado por vos; no debía serlo. Ahora, oíd, aunque tenga que cometer un sacrilegio. Sí, he hablado a los hombres; sí, he hablado a Dios, y os he hablado a vos el último. Para sostener una causa que creía sagrada, he perdido el trono de mis padres y gastado la herencia de mis hijos.”

Carlos II ocultó la cara entre las manos, y una lágrima ardiente se deslizó por entre sus dedos blancos y delgados.

—"Me queda un millón en oro, prosiguió el rey, que enterré en los subterráneos del castillo de Newcastle en el momento en que, salí de esta ciudad."

Carlos levantó la cabeza con expresión de dolorosa alegría, que hubiera arrancado sollozos a cualquiera que conociese su inmenso infortunio.

— ¡Un millón! ——exclamó—. ¡Oh, conde!

—"Vos sólo sabéis que existe este dinero, y haréis uso de él cuando creáis que es tiempo para el mayor bien de mi hijo primogénito. Y ahora, conde de la Fère, decidme adiós." "¡Adiós, adiós, Majestad!", grité yo.

Carlos II se incorporó, y fue a apoyar su ardiente frente en la ventana.

—Entonces fue —continuó Athos— cuando el rey dijo la palabra *Remember,* dirigida a mí. Ya, veis, señor, que me he acordado.

El rey no pudo resistir a su emoción. Athos advirtió el movimiento de sus hombros, que ondulaban convulsivamente, y oyó los sollozos que al pasar desgarraban su pecho. El mismo guardó silencio, sofocado por el cúmulo de recuerdos que había despertado en aquella regia cabeza.

Carlos II, con violento esfuerzo, se alejó de la ventana devorando sus lágrimas, y volvió a sentarle al lado de Athos.

—Señor —dijo éste—, hasta hoy había creído que aún no había llegado el momento de emplear ese último recurso; pero con los ojos fijos en Inglaterra conocía que se acercaba. Mañana iba a informarme en qué sitio del mundo estaba Vuestra Majestad, para ir en su busca; Vuestra Majestad viene a mí, y esto es una indicación de que el cielo está con nosotros.

—Señor —dijo Carlos con voz aún más alterada por la emoción—; sois para mí lo que hubiera sido un ángel enviado por Dios: sois mi salvador, salida de la tumba misma de mi padre; mas, creedme, después de diez años que las guerras civiles han agitado a mi país, destruyendo a los hombres y socavando el suelo, no es probable que haya quedado oro en las entrañas de mi tierra, como no ha quedado amor en los corazones de mis súbditos.

—Señor, el lugar en que Su Majestad sepultó el millón lo conozco perfectamente, y estoy seguro que nadie ha podido descubrirlo. Además, el castillo de Newcastle ¿está acaso enteramente arruinado? ¿Lo han demolido, piedra por piedra, y desarraigado del suelo hasta la última fibra?

—No, aún está en pie; pero en este momento lo ocupa y está acampado en él el general Monk. Ya lo veis, el único lugar donde me espera un auxilio, o donde poseo un recurso está invadido por mis enemigos.

—El general Monk, Majestad, no puede haber descubierto el tesoro de que os hablo.

—Sí; ¿pero he de ir a entregarme a Monk para recobrar ese tesoro? ¡Ah! Ya lo veis, conde; es preciso acabar con el destino, pues me echa por tierra cada vez que me levanto. ¿Qué debo hacer, con Parry por único servidor, con Parry, a quien Monk ya ha arrojado de su presencia? No, no, conde, aceptemos este último golpe.

—Lo que Vuestra Majestad no puede hacer, lo que Parry no puede hacer, ¿suponéis que yo pueda conseguirlo?

— ¡Vos, conde! ¿Iríais vos?

—Si así place a Vuestra Majestad –dijo Athos saludando al rey—, sí, iré señor.

— ¡Vos tan feliz aquí, conde!

—Jamás soy dichoso, señor, cuando me queda un deber que cumplir, y — es un deber supremo que me ha legado vuestro padre velar por vuestra fortuna y hacer uso regio de su dinero. Hágame Vuestra Majestad una indicación y parto a su lado.

— ¡Ah, caballero, caballero! —dijo Carlos olvidando toda etiqueta real y arrojándose al cuello de Athos—. Me demostráis que existe un Dios en los cielos, y que este Dios envía a veces mensajeros a los desgraciados que gimen en la tierra Athos, muy conmovido par el entusiasmo del joven príncipe, le dio las gracias con respeto profundo; y se acercó a la ventana

Grimaud —dijo—, mis caballos.

— ¡Cómo! ¿Así, de pronto? —dijo el rey—. ¡Ah! Señor, sois, en verdad; un hombre maravilloso.

—Señor —dijo Athos—; no, para mí no hay nada más apremiante que el servicio de Vuestra Majestad. Por otra parte añadió sonriendo—, es una costumbre contraída hace mucho tiempo al servicio de la reina, vuestra tía, y del monarca, vuestro' padre. ¿Cómo había de perderla precisamente en el momento en que se trata del servicio de Vuestra Majestad?

— ¡Qué hombre! —murmuró el rey.

Y añadió, tras un instante de reflexión:

—No, conde, yo no puedo exponeros a semejantes privaciones. No tengo nada para recompensar semejantes servicios.'

— ¡Bah! –dijo Athos riendo—. Vuestra Majestad se burla, porque tiene un millón.

— ¡Ah, que yo fuese rico siquiera en la mitad de esa suma, señor! Ya hubiera levantado un regimiento. Pero a Dios gracias, aún me quedan algunos rollos de oro y algunos diamantes de familia." Espero que Vuestra Majestad se dignara partirlos con un servidor decidido.

—Con un amigo, conde, mas con la condición de que este amigo partirá conmigo más tarde.

—Señor —dijo Athos abriendo una cajita, de la que sacó el oro y las alhajas, ved cómo ahora somos bastante ricos. Felizmente, seremos cuatro contra los ladrones. La alegría hizo afluir la sangre a las pálidas mejillas de Carlos II. En seguida vio aproximarse al peristilo dos caballos de Athos conducidos por Grimaud, que ya estaba calzado para el camino.

— Blaisois, esta carta para el vizconde de Bragelonne. Para todo el mundo he ido a París. Os ruego cuidéis de la casa, Blaisois.

Éste se inclinó, abrazó a Grimaud y cerró la ventana.

XVII

BUSCASE A ARAMIS Y SÓLO SE ENCUENTRA A BÁZIN

No habían pasado dos horas desde la marcha del amo de la casa; quien a la vista de Blaisois había tomado el camino de París cuando un jinete montado en un buen caballo

pío paróse delante de la verja, y un ¡hola! sonoro llamó a los palafreneros que aún hacían corro .con los jardineros alrededor de Blaisois, historiador ordinario de la gente de librea del castillo. Este ¡hola!, conocido, indudablemente, de maese Blaisois, le hizo volver la cabeza, y exclamar:

— ¡Señor de Artagnan!... ¡Corred pronto vosotros, y abridle la puerta!

Un grupo de ocho mocetones corrió a la verja, la cual fue abierta como si hubiera sido de plumas, y todos se deshacían en cumplimientos porque sabían la acogida que el amo solía hacer a este amigo.

— ¡Ah! — dijo sonriente Artagnan, que se balanceaba sobre el estribo para saltar en tierra —. ¿Dónde está ese querido conde?

— ¡Ay, señor, cuánta es vuestra desgracia —exclamó Blaisois—, y cuál será también la pena del señor conde, nuestro amo, cuando sepa vuestra llegada!— Por, una casualidad, acaba de marchar hace dos horas.

Artagnan no se apuró por tan poca cosa.

—Bueno —dijo—, veo que siempre hablas con la mayor corrección del mundo; vaya, me darás una lección de gramática y de buen lenguaje; mientras espero el regreso de tu amo.

—Imposible, señor —dijo Blaisois—, tendríais que aguardar mucho tiempo.

— ¿No volverá hoy?

—Ni mañana, señor, — ni pasado mañana; el señor conde ha salido para hacer un viaje.

— ¡Un viaje! — dijo Artagnan asombrado.

— ¿Me cuentas un cuento?

—Señor, es la pura verdad. El conde me ha hecho el honor de confiarme la casa, añadiendo con su voz de autoridad y de dulzura: "Dirás que he ido a París".

Entonces, bueno—exclamó Artagnan—: puesto que camina hacia París; ya tengo todo lo que deseaba saber; por allí debiste comenzar, tonto... ¿Lleva dos horas de delantera?

—Sí, señor.

—Pronto le habré alcanzado. ¿Va solo?

—No, señor

— ¿Quién va con él?

Un caballero a quien desconozco; un anciano y el señor Grimaud.

— Todos juntos no correrán tanto como yo... Me voy.

— ¿Queréis escucharme un momento? —dijo Blaisois apoyándose blandamente en las riendas del caballo:

—Sí; procura ser breve.

—Pues bien, señor, esa palabra de París me parece una añagaza. ¡Oh!—dijo Artagnan–

— ¿Una añagaza?

—Sí, señor, y juraría que el señor conde no va a París.

— ¿Qué te hace creer eso?

—Lo siguiente: el señor Grimaud sabe siempre dónde va nuestro amo, y me tenía prometido que la primera vez que fuera a París llevaría consigo algún dinero para mi mujer.
— ¡Ah! ¿Tienes mujer?

— Tenía una de esta tierra; pero el amo la encontraba picotera y yo la he enviado a París; esto es incómodo a veces; pero muy agradable en otras.

—Entiendo, pero termina: ¿no crees que él conde vaya a París?

— No, señor, porque entonces el señor Grimaud hubiera faltado a su palabra, lo cual es imposible. Lo cual es imposible repitió Artagnan, porque estaba convencido del todo–. Vaya, buen Blaisois, gracias.

Blaisois se inclinó.

—Vamos, tú sabes que no soy curioso:.. He de tratar precisamente con tu amo... No quieres por una palabrita siquiera... tú, que hablas tan bien, hacedme comprender. Una sílaba sola... y yo adivinaré lo demás.

—Mi palabra, señor, que no puedo... Ignoro el objeto del viaje de mi amo... En cuanto a escuchar por las puertas, es cosa que me repugna, y además está prohibido aquí.

—Amigo –dijo Artagnan—, mal principio es éste para mí; pero no importa. ¿Sabes al menos cuándo volverá el conde?

—Lo mismo, señor, que su destino.

—Vamos; Blaisois, investiga. ¿Dudáis sin duda de mi sinceridad? ¡Ah! Me disgustáis mucho; señor.

¡Lleve el diablo tu dorada lengua! —exclamó Artagnan—. ¡Más vale un palurdo con decir una sola palabra! ¡Adiós!

—Señor, tengo el honor de ofreceros mis respetos.

— ¡Galopín! —murmuró Artagnan—. Sí, el tuno es insoportable. Echó la última ojeada a la casa, volvió bridas al caballo, y partió como hombre que nada tiene en su alma de enfadoso o embarazado.

Cuando llegó al extremo del muro, y cuando nadie podía verle. — Vamos a cuentas — dijo respirando bruscamente— ¿Athos se halla en casa?... No... Todos esos haraganes que he visto cruzados de brazos en el patio hubieran estado trabajando si el amo pudiera verlos. ¡Athos de viaje! ... ¡Es incomprensible! ¡Bah! Esto es un misterio del diablo... Y luego, no... no es éste el hombre que necesito. No, necesito una inteligencia astuta y paciente. Mi asunto está en Melún, en cierta vicaría que yo conozco. ¡Cuarenta y cinco leguas! ¡Cuatro días y medio! Vamos, es necesario y soy libre. Traguemos la distancia.

Y puso su caballo al trote, dirigiéndose hacia París. Al cuarto día llegaba a Melún.

Artagnan tenía por costumbre no preguntar nunca a nadie el camino que debía llevar o sus señas. Para esta clase de datos, a menos de un error muy grave, se fiaba en su perspicacia nunca desmentida, en una experiencia de treinta anos, y en una gran costumbre de leer en la fisonomía de las cosas lo mismo que en las de los hombres.

Artagnan encontró al instante la vicaría, casa encantadora, de yeso barnizado y ladrillos rojos, con cepas vírgenes que enredábanse a lo largo de unas estacas, y una cruz de piedra esculpida, clavada en la cúspide del tejado. Dula sala baja de esta casa salía un ruido; o más bien un murmullo de voces, cómo el canto de los pajarillos cuando la nidada acaba de salir a luz. Una de estas voces pronunciaba distintamente las letras del alfabeto. Otra

voz, estropajosa y aflautada a la vez, sermoneaba a los bulliciosos y corregía las faltas del lector.

Artagnan reconoció esta voz, y como estaba abierta la ventana de la sala baja, se inclinó sin desmontarse del caballo bajo los pámpanos y briznas doradas de la vid, y dijo:

—Bazin, querido Bazin, buenos días.

Un hombre de baja estatura, gordo, de aplastado rostro, con cráneo de cabellos grises, recortados en forma dé tonsura, cubierta la cabeza con un solideo de terciopelo verde, se levantó en el instante en que oyó a Artagnan. *No se levantó* hablando más exactamente, sino *saltó.* Bazin saltó efectivamente, dejando caer la silla baja en que estaba' sentado, a la cual quisieron levantar los chicos con más ruidosas y agitadas, batallas que las de los griegos, cuando quisieron arrebatar a los troyanos el cuerpo de Patroclo; Bazin hizo más que saltar, puesto que dejó caer la cartilla y la palmeta que tenía en las manos.

¡Vos! —dijo—: ¡Vos, señor de Artagnan!

—Sí, yo. ¿Dónde está Aramis:.., el caballero de Herblay...; no, tampoco, el señor vicario general?

— ¡Ah! Señor —dijo —Bazin con dignidad—, monseñor está en su diócesis.

— ¿Cómo? —exclamó Artagnan. Bazin repitió su frase.

— ¡Cómo es eso! ¿Aramis tiene diócesis?

—Sí, señor. ¿Cómo no? ¿Luego es obispo?

—Pero ¿de dónde salís? —dijo

Bazin con bastante irreverencia—, que ignoráis esto?

——Amigo Bazin; nosotros, los paganos, nosotros, las gentes de armas, sabemos muy bien que un hombre sea coronel, general, o mariscal de Francia, pero que sea obispo, arzobispo o papa... ¡el demonio me lleve si la noticia llega a nosotros antes que las tres cuartas partes de la tierra hayan hecho su agosto de ella!

¡Chito! ¡Chito! —dijo Bazin con ojos tamaños—. No me echéis a perder a estos muchachos, a quienes trato de inculcar buenos principios.

Los niños, en efecto, habían hecho corto alrededor de Artagnan, admirando su caballo, su larga espada, sus espuelas y su aire marcial: Sobre todo, admiraban su robusta voz, de suerte que, cuando acentuó su peculiar juramento, toda la escuela gritó: — "¡el demonio me lleve!", tal estrépito horrible de risas y pataleo que colmó de gusto al mosquetero e hizo perder la cabeza al viejo pedagogo.

— ¡A callar! —gritó—. ¡Silencio, chiquillos! No habéis hecho más que llegar, señor de Artagnan, y todos mis buenos principios volaron... En fin, como de costumbre, siempre está el desorden con vos... ¡Babel ha parecido! ¡Ah! ¡Buen Dios! ¡Los endemoniados!

Y el digno Bazin aplicaba a derecha e izquierda cachetes que redoblaban los gritos de los escolares, haciéndoles variar de naturaleza.

—Por lo menos —dijo—, ya no pervertiréis aquí a nadie.

— ¿Eso crees? —dijo Artagnan con sonrisa que produjo escalofrío en Bazin.

—Es capaz de ello —murmuró, ¿Dónde está la diócesis de tu amo?

Monseñor Renato es obispo de Vannes.

— ¿Quién le ha hecho obispo?

—El señor superintendente, nuestro vecino.

— ¿El señor Fouquet?

—Sí, señor.

— ¿Por lo tanto, Aramis está bien con él?

—Monseñor predicaba todos los domingos en casa del señor superintendente en Vaux, y después charlaban juntos.

— ¡Ah!

—Y Su Eminencia trabajaba muchas veces sus homilías, no, quiero decir, sus sermones, con el señor superintendente.

— ¡Bah! Pues, qué, ¿predica en verso ese dignísimo obispo? ¡Señor, no os moféis de las cosas religiosas, por el amor de Dios! Bueno, Bazin, bueno. De suerte que Aramis está en Vannes.,

—En Vannes, en Bretaña. Eres un socarrón, Bazin: eso no es cierto.

—Señor, mirad: las habitaciones de la vicaría están vacías. Tienes razón —dijo Artagnan examinando la casa; cuyo aspecto anunciaba la soledad.

—Pero Su Eminencia ha debido escribiros su promoción.

— ¿De cuándo data?

—De ha un mes.

— ¡Oh! Entonces no hay tiempo perdido. Aramis puede no haber tenido aún necesidad de mí. Pero, veamos, Bazin, ¿por qué no has seguido a tu pastor?

Señor, no puedo, tengo obligaciones.

— ¿Tu alfabeto? —Mis penitentes.

¿Cómo? ¿Tú confiesas? ¿Eres tal vez sacerdote?

—Como lo decís. ¡Tengo tanta vocación!

— ¿Pero y las órdenes?

— ¡Oh! —dijo Bazin con aplomo—. Ahora que Su Eminencia es obispo tendré al instante las órdenes; cuando menos las dispensas. Y se frotó las manos.

—Indudablemente —dijo para sí Artagnan -. No hay medio de sacar a esta gente de su tema. Hazme servir, Bazin.

—Al instante, señor.

—Un pollo, una taza de caldo y una botella de vino:

—Hoy es viernes, día de vigilia —observó Bazin.

—Yo tengo dispensa —dijo Artagnan. ,

Bazin lo miró con aire receloso.

— ¡Hola! Señor camándulas, ¿por quién me tomas? —exclamó el mosquetero—. Si tú, que eres el criado, aguardas dispensas para cometer un crimen; ¿no tendré yo amigo del obispo, dispensa para comer según los deseos de mi estómago? Bazin sé bondadoso con-

migo, o por Cristo que me quejo al rey y no confesarás jamás. Ya sabes que el nombramiento de los obispos corresponde al rey. Yo tengo al rey de mi parte, y soy el más fuerte.

Bazin sonrió hipócritamente.

— ¡Oh! Pero nosotros tenemos a señor superintendente —dijo. ¿Luego te burlas del rey?—le preguntó Artagnan.

Nada replicó Bazin; su sonrisa era bastante elocuente.

—Mi comida —dijo Artagnan—, que ya es tarde.

Bazin mandó al mayor de sus escolares que fuese a avisar ala cocinera. Entretanto observaba Artagnan la vicaría.

— ¡Bah! —dijo desdeñosamente—. Monseñor alojaba aquí bastante oral a Su Ilustrísima.

—Tenemos el palacio de Vaux —dijo Bazin.

— Que vale tal vez tanto como el Louvre —replico Artagnan chanceándose.

—Que vale más —respondió Bazin con la mayor sangre fría del mundo.

¡Ah! —murmuró Artagnan. Quizá iba a prolongar la discusión y a sostener la supremacía del Louvre, cuando advirtió que su caballo permanecía atado a los barrotes de una puerta.

— ¡Pardiez! —dijo—, Haz que cuiden de mi caballo. Tu amo, el obispo, no tiene otro igual en su caballeriza.

Bazin echó una mirada oblicua al caballo y respondió:

—El superintendente le ha dado cuatro de sus cuadras; y uno solo de esos cuatro vale otros cuatro como el vuestro.

La sangre subió al rostro de Artagnan. Levantó la mano y contempló sobre la cabeza de Bazin el sitio en que iba a caer su puro. Pero pasó al instante su ira; la reflexión vino y se contentó con decir:

— ¡Diantre! Bien he hecho en dejar el servicio del rey. Dime, Bazin, ¿cuántos mosqueteros tiene el superintendente?

—Con su dinero tendrá todos los del reino —contestó Bazin— cerrando el libro y despidiendo a los escolares a disciplinazos.

— ¡Diantre, diantre! —dijo otra vez Artagnan.

Y como le anunciaron que estaba servida la mesa, siguió a la cocinera qué le introdujo en el comedor.

Artagnan se sentó a la mesa y atacó con valor al pollo.

— Creo —dijo hincando el diente en el ave que le habían servido y que visiblemente habían olvidado engrasar—, creo yo que he hecho real en no haber ido al momento en busca de la comida a casa de ese señor, pues a lo qué parece debe ser poderoso el tal superintendente. En verdad que no sabemos nada nosotros allá en la Corte, y los rayos del sol nos impiden divisar grandes estrellas que son también soles, aunque un poco más apartados de nuestra tierra; única diferencia que existe.

Como Artagnan gustaba mucho, por placer y por costumbre, de hacer charlas a la gente sobre las cosas que le, interesaban, se despachó a su gusto con maese Bazin. Pero fuera del elogio fatigante e hiperbólico del señor superintendente de Hacienda, Bazin, que por su parte estaba prevenido, no contestó más que simplezas a la curiosidad de Artagnan; lo cual hizo que éste, de bastante mal humor, pidiese ir a acostarse en cuanto acabó de comer.

Artagnan fue introducido por Bazin en un aposento bastante mediano, donde encontró una cama bastante mala, pero el mosquetero no era delicado. Le habían dicho que Aramis se había llevado las llaves de su aposento; y como sabía que Aramis era hombre ordenado y que, generalmente; tenía muchas cosas que ocultar en su habitación, no le sorprendió nada la noticia. Así es que, aun cuando le hubiera parecido mucho más dura, atacó a la cama tan bravamente como había atacado al pollo, y como sentía tan buen sueño como buen apetito, no tardó en dormirse que el que gastara en chupar el último hueso del asado.

Desde que ya no prestaba servicio a nadie, Artagnan se había prometido tener el sueño tan pesado como ligero fue en otro tiempo; pero de tan buena fe, que aunque Artagnan quisiera cumplir con su promesa religiosamente, despertóse a media noche por el gran ruido de una carroza y de lacayos a caballo. Una iluminación repentina invadió las paredes de la sala, y saltó del lecho en camisa corriendo a la ventana.

— ¿Será que regresa el rey por ventura? —pensó restregándose los ojos—. Porque a la verdad, esta comitiva sólo puede pertenecer a una persona real.

— ¡Viva el señor superintendente! prorrumpió, o más bien vociferó desde una ventana del piso baja, una voz que reconoció como la de Bazin, que al gritar agitaba con una mano un pañuelo y sostenía una lamparilla en la otra.

Artagnan divisó entonces una cosa, como una brillante forma humana, que se inclinaba en la portezuela de la carroza; al mismo tiempo, grandes carcajadas, de risa suscitada, sin duda, por la rara figura de Bazin; y que, salían del mismo carruaje, dejaban como un rastro de alegría por donde pasaba el séquito.

—Bien he debido conocer que no es ésta Su Majestad; no se ríe nadie de tan buena gana croando el rey pasa.

— ¡Eh, Bazin! —gritó: a su vecino, que sacaba las tres cuartas partes del cuerpo fuera de la ventana para ver por más tiempo a la carroza: ¡Es! ¿Qué es eso?

—Es el señor Fouquet —dijo Bazin con a aire protector.

— ¿Y toda esta gente?

—Es la corte del señor Fouquet.

— ¡Oh! — dijo Artagnan — ¿Qué pensaría el señor Mazarino, si oyese esto?

Y volvió a acostarse muy pensativo, preguntándose cómo era que Aramis fuera siempre protegido por el más poderoso del reino.

— ¿Será que tiene más habilidad que' yo, o. que yo soy más tonto que, el? ¡Bah!

Esta era la palabra con' cuyo auxilio Artagnan, hecho un sabio, terminaba cada pensamiento y cada período de su estilo. En otro tiempo decía ¡pardiez!, lo cual era un espolazo; pero ahora, ya había madurado, y murmuraba ese ¡bah! filosófico que sirve de brida a todas las pasiones.

XVIII

ARTAGNAN BUSCA A PORTHOS Y SÓLO HALLA A MOSQUETÓN

Cuando Artagnan estuvo bastante persuadido de que la ausencia del señor vicario general era positiva, y de que no podía encontrar a su amigo ni en Melún ni en sus cercanías, dejó a Bazin sin disgusto, dirigió, una ojeada burlesca al magnífico castillo de Vaux, que comenzaba a brillar con aquel esplendor que causó su ruina, y pellizcándose los labios como quien está lleno de desconfianza y de sospechas, aguijoneó a su caballo pío diciendo:

— Vamos, vamos, no es— aquí, si no en Pierrefonds, donde encontraré el hombre mejor y el mejor cofre. No necesito más que esto, puesto que ya tengo la idea.

Haremos gracia al lector de los incidentes prosaicos del viaje de Artagnan, que llegó a Pierrefonds en la mañana del tercer día. Artagnan llegaba por el camino de Nanteu llega Audouin y Crécy, y divisó desde lejos el castillo de Luis de Orleáns que, convertido en propiedad de la Corona, estaba guardado por un anciano conserje. Era una de esas grandiosas fortalezas de la Edad Media, con murallas de veinte pies de espesor y torres de cien pies de altura.

Artagnan costeó esas murallas, midió con la vista sus torres y bajó al valle. Desde lejos dominaba el castillo de Porthos, situado a orillas de un inmenso estanque, y lindando con un hermoso bosque. Es el mismo que ya hemos tenido el gusto de describir a nuestros lectores, por lo cual nos contentaremos con indicarlo. Lo primero que distinguió Artagnan después de los hermosos árboles; después del sol de mayo que doraba los verdes ribazos, y después de los magníficos arbola

Los pinos que se extendían hacia el Compiègne, fue una enorme caja con ruedas, conducida por dos lacayos y arrastrada por otros dos. En esta caja encontrábase una cosa inmensa, verde y dorada, que medía, conforme iba arrastrando, las risueñas alamedas del parque. Aquella cosa imprecisable no representaba absolutamente nada; desde muy cerca era un tonel cubierto de paño verde galoneado; desde mas cerca aún era un hombre extremadamente obeso, cuya extremidad inferior llenaba toda la caja; y todavía desde más cerca, este hombre era Mosquetón, Mosquetón, blanco de cabellos y rojo de cara, como Pulchivela.

—¡Pardiez! —exclamó Artagnan—. ¡Este es el señor Mosquetón!

— ¡Ah!. . . —gritó el hombre gordo—. ¡Ah! ¡Qué suerte! ¡Qué alegría! ¡El señor de Artagnan!. . . ¡Parad, tunos!

Estas últimas palabras iban dirigidas a los lacayos que le conducían.

La caja paró, y los lacayos, con precisión puramente militar, se quitaron a un tiempo sus sombreros galoneados y se alinearon detrás de la caja.

— ¡Oh, señor dé Artagnan! —exclamó Mosquetón—. ¡Que no pueda yo abrazaros, las rodillas! Pero, como veis, me he vuelto impotente.

— ¡Diantre! Amigo Mosquetón, es la edad.

— ¡No, señor, no es la edad; son los achaques, las penas!

— ¡Las penas, Mosquetón! —murmuró Artagnan dando vuelta a la caja—. ¿Estáis loco, querido amigo? A Dios gracias, os conserváis como una encina de trescientos años.

— ¡Ah! Las piernas, señor, ¡las piernas! —dijo el buen servidor.

— ¿Cómo las piernas?

—Sí, ya no quieren llevarme.

— ¡Ingratas! Sin embargo, bien las alimentáis, Mosquetón, según parece.

— ¡Ay, sí! Nada tienen que echarme en cara sobre ese punto —dijo Mosquetón con un suspiro—; siempre hice cuanto pude por mi cuerpo; no soy egoísta.

Y suspiró de nuevo.

— ¡Es que Mosquetón desea también ser barón, y por eso suspira de esa suerte! —observó Artagnan.

—Dios santo —dijo Mosquetón substrayéndose a una distracción penosa—; Dios mío, ¡monseñor será muy feliz cuando vea que os habéis acordado de él!

— ¡Buen Porthos! —dijo Artagnan—. ¡Ardo en deseos de abrazarlo!

— ¡Oh! —dijo Mosquetón enternecido—: Yo se lo escribiré de seguro, señor.

— ¡Cómo! —exclamó Artagnan—. ¿Tú se lo escribirás?

—Hoy mismo, sin tardanza. ¿Luego no está aquí? —No; señor.

— ¿Pero se halla cerca o lejos? ¿Lo sé yo, señor? ——dijo Mosquetón.

— ¡Diantre! —exclamó el mosquetero, dando una patada—: ¡Estoy de desgracia! ¡Porthos tan casero!

—No hay hombre más sedentario que monseñor, raro...

— ¿Pero qué?

—Cuando os acosa un amigo... ¡Un amigo! sin duda; ése digno señor de Herblay.

— ¿Es Aramis quien ha inducido a Porthos?

—He aquí cómo ha pasado la cosa, señor de Artagnan: el señor de Herblay escribió a monseñor...

— ¿Es cierto?

— ¡Una carta, señor, una carta tan apremiante, que todo lo ha puesto aquí a sangre y fuego!

— Relátame eso, querido amigo —dijo Artagnan—, pero primero haz que se retiren un poco estos señores.

Mosquetón pronunció un “¡largo, tunantes!” tan fuerte, que hubiera bastado el soplo, sin las palabras, para hacer evaporar a los cuatro lacayos. Artagnan se sentó sobre las parihuelas y abrió los oídos.

Mosquetón prosiguió:

—Monseñor recibió, pues, una carta del señor vicario general Herblay, hará unos ocho o nueve días, el día de los placeres campestres; sí, esto es, el miércoles.

— ¿Cómo es eso? —dijo Artagnan. ¿El día de los placeres campestres?

— Sí, señor, tenemos tantos placeres de que gozar en este delicioso país, que nos vemos abrumados con ellos, y tanto, que nos han obligado a distribuirlos.

— ¡Cómo! Reconozco el orden de Porthos! No se me hubiese ocurrido a mí esa idea; verdad es que yo no estoy abrumado de placeres.

—Nosotros lo estamos — repuso Mosquetón.

— ¿Y cómo habéis arreglado eso? Sepamos preguntó Artagnan.

— Es cosa un poco larga, señor.

—No importa, porque tenemos tiempo; además, habláis tan bien, mi querido Mosquetón, que verdaderamente es un placer escucharos.

—Es cierto—dijo Mosquetón con gesto de satisfacción, originado evidentemente por la justicia que se le hacía; verdad es, que he alcanzado grandes progresos en compañía de monseñor.

—Aguardo esa distribución de placeres, Mosquetón, y con impaciencia quiero saber si he llegado en buen día.

— ¡Oh! Señor de Artagnan —dijo tristemente Mosquetón—, desde que monseñor se ha marchado; volaron todos los placeres.

—Pues bien, amigo Mosquetón, reunid vuestros recuerdos.

— ¿Por qué día queréis que comencemos?

— ¡Diantre! comienza por el domingo, que es día del Señor.

—¿El domingo?

—Sí.

—Domingo, gozos religiosos: monseñor va a misa; reparte el pan bendito y manda a su limosnero que le lea discursos e instrucciones.

Esto no es muy divertido, mas estamos aguardando un fraile carmelita de París que desbancará a nuestro limosnero, y que habla muy bien; según dicen; él nos despertará, porque el actual limosnero siempre nos duerme. Lunes, placeres mundanos.

—¡Ah, ah! —dijo Artagnan—. ¿Cómo entiendes eso, Mosquetón? Veamos esos placeres mundanos, veamos.

—Señor, el lunes estamos en el mundo; recibimos, pagamos visitas, se toca el laúd, se baila, se hacen versos con pie forzado, y finalmente se quema un poco de incienso en honor de las damas. ¡Diablo! Ésta es la suprema galantería —dijo el mosquetero; que tuvo necesidad de llamar en su ayuda todo el vigor de sus músculos mastoides para comprimir unas enormes ganas de reír.

—Martes, placeres sabios.

—Bien —dijo Artagnan—. ¿Y cuáles son? Referídmelos, querido Mosquetón.

Monseñor ha comprado una esfera que ya os enseñaré; y que llena todo el perímetro de la torre grande, menos una galería que ha hecho edificar por encima de la esfera. Ésta tiene unos hilos de latón a los cuales están pegados el sol y la luna, todo esto da vueltas y es muy bonito. Monseñor me enseña los mares y las tierras lejanas, a los cuales no pensamos ir jamás. Es algo lleno de interés.

—Lleno de interés, eso es —repitió Artagnan. ¿Y el miércoles?

— Placeres campestres; ya he tenido el honor de manifestároslo caballero: nos entretenemos en mirar los carneros y las cabras de monseñor; hacemos bailar a las pastoras con zampoñas y gaitas, como está escrito en un libro que monseñor posee en su biblioteca y que se llama Églogas. Su autor ha muerto hace poco más de un mesa

— ¿Quizá él señor Racán? —dijo Artagnan.

—Eso es, el señor Racán. Mas, no es esto sólo. Pescamos con caña en el canalillo, y después, comemos coronados de flores. Éste es el miércoles.

— ¡Diantre! —dijo Artagnan—. No está mal repartido el miércoles. Y el jueves, ¿qué queda para ese pobre jueves?

—No es tan desgraciado, señor —dijo Mosquetón sonriendo—. El jueves, placeres olímpicos. ¡Ah! ¡Señor, esto es magnífico! Hacemos venir a los vasallos jóvenes de monseñor; y hacemos que arrojen el disco, luchen y corran: Monseñor arroja el disco como nadie. Y cuando aplica un puñetazo, ¡oh qué desgracia!

— ¡Cómo qué desgracia!

—Sí, señor; ha sido preciso renunciar a la lucha del cesto. Monseñor abría cabezas, rompía *quija*das y hundía pechos. Este juego es encantador, pero nadie deseaba jugar con él.

—Conque el puño...

— ¡Oh! Señor, más sólido que nunca. Monseñor flojea un poco de las piernas, él mismo lo conoce; pero todo se le ha refugiado en los brazos, de modo que...

—De modo que tumba a los bueyes como en otro tiempo.

—Más todavía que eso, señor, derriba los muros. Últimamente, después de haber comido en casa de uno de sus arrendadores (ya sabéis cuán popular y bueno es monseñor), después de comer, digo, gastó la broma de dar un puñetazo en la pared; ésta se abrió, el techo derrumbóse, y hubo tres hombres y una vieja asfixiados.

— ¡Buen Dios! Mosquetón, ¿y tu amo?

— ¡Oh! Monseñor tuvo la cabeza un poco desollada, pero le lavamos con agua que nos dan los frailes.

— ¿Mas en el puño nada? —Nada, nada.

— ¡Malditos los placeres olímpicos!

— Deben costar demasiado caros, porque al fin las viudas .y los huérfanos...

—Se les da una pensión, señor; la décima parte de las rentas de monseñor están afectas a esto.

Pasemos al viernes —dijo Artagnan.

—El viernes; placeres nobles y guerreros. Cazamos, tiramos a las armas, levantamos halcones y domamos caballos. El sábado, par fin, es día de placeres espirituales; enriquecemos nuestra inteligencia, miramos los cuadros y las estatuas de monseñor, y aun escribimos y trazamos planos. También disparamos los cañones de Su Excelencia

— ¡Trazáis planos! ¡Disparáis cañones!

—Sí, señor. .

—Amigo mío —dijo Artagnan—, el señor Du Vallon posee el talento más delicado y amable que yo conozca pero creo que habéis olvidado una clase de placeres.

¿Cuáles son? —preguntó Mosquetón con ansiedad.

— Los placeres materiales. Mosquetón ruborizóse.

— ¿Qué entendéis por eso, señor? preguntó bajando los ojos.

—Entiendo la mesa, el buen vino y la noche ocupada en evoluciones de botellas.

—¡Ah!— Señor, esos placeres no se cuentan, pues los practicamos todos los días.

— Perdóname, valiente Mosquetón, –repuso Artagnan—; pero de tal modo he estado absorto con los encantos de tu relato, que he olvidado el fin principal de nuestra conversación, esto es, saber lo que el señor vicario general Herblay ha podido escribir a tu amo.

—Es cierto, señor –dijo Mosquetón—; los placeres nos han distraído. Pues, bien, he aquí la cosa en realidad.

—Ya escucho, amigo Mosquetón.

—El miércoles...

— ¿El día de los placeres campestres?

—Sí, Llega una carta y la recibe de mis manos. Yo había conocido la letra.

— ¿Y qué?

—Monseñor la leyó, y exclamó: "¡Pronto, mis caballos, mis armas!"

— ¡Ay, Dios mío! —dijo Artagnan—. ¿Algún duelo aún?

—No, señor, sólo decía estas palabras: "Querido Porthos; en marcha al instante si queréis llegar antes del equinoccio. Os espero".

— ¡Pardiez! —dijo Artagnan pensativo—. La cosa era urgente, a lo que parece.

—Ya lo creo. De suerte —continuó Mosquetón— que monseñor salió aquel mismo día con su secretario para procurar llegar a tiempo.

— ¿Y habrá llegado a tiempo?

—Así lo espero. Monseñor, que a veces jura como sabéis, repetía sin cesar: "¡Trueno de Dios! ¿Quién es ese demonio de equinoccio? No importa: será necesario, que el tuno vaya muy bien montado si llega antes que yo".

— ¿Y supones tú que Porthos llegará primero? — preguntó Artagnan. —Estoy seguro de ello. Ese equinoccio, por rico que sea, no tiene ciertamente tan buenos caballos como monseñor.

Artagnan contuvo las ganas de reír; porque la brevedad de la carta de Aramis le daba mucho que pensar. Siguió a Mosquetón, o mejor dicho al carricoche de Mosquetón hasta el castillo, y se sentó a una mesa suntuosa, donde se le hicieron honores como a un rey. Pero nada más pudo sacar de Mosquetón: ' el fiel servidor lloraba a sus anchas, y ahí acababa todo.

Artagnan, después de haber pasado la noche en una cama excelente, pensó mucho en el sentido de la carta de Aramis, inquietándose por las relaciones del equinoccio con los asuntos de Porthos, pues no comprendía nada a no ser que se tratase de algún amorío del obispo, que tuviera necesidad de que los días fuesen iguales a las noches. Artagnan salió

de Pierrefonds como había salido de Melún y de la casa del conde de la Fère; pero no sin una tristeza que en buena ley pudiera pasar por uno de los más negros humores de Artagnan. Con la cabeza inclinada y la mirada fija dejaba colgar sus piernas a los flancos del caballo, y murmuraba para sí con aquella vaga distracción que alguna vez se remonta a la más sublime elocuencia.

— ¡Ya no tengo amigos, ni porvenir, ni nada! ¡Mis fuerzas se han roto como el lazo de nuestra amistad pasada! ¡Ah! La vejez llega fría, inexorable, y envuelve en su fúnebre crespón todo lo que brillaba, todo lo que embalsamaba mi juventud; después pone este grato peso sobre sus hombros, y lo lleva con todo lo demás a ese golfo insondado de la muerte.

Un frío estremecimiento oprimió el corazón del gascón, tan valiente y fuerte contra todas las desgracias de la vida, y por espacio de algunos momentos las nubes le parecieron negruzcas y la, tierra resbaladiza y helada como la de un cementerio.

— ¿Dónde voy? –se preguntó—. ¿Qué quiero hacer?.. . Sólo... absolutamente solo, sin familia, sin amigos... ¡Bah! de pronto.

Y espoleó a su caballo, que partió al galope, caminando así más de dos leguas.

—A París —dijo Artagnan.

Y al día siguiente ¯llegó á París. Había empleado en el viaje diez días.

XIX

RELÁTASE LO QUE ARTAGNAN IBA A REALIZAR EN PARIS

El teniente apeóse enfrente de una tienda de la calle de los Lombardos, que tenía por muestra El *pilón de* Oro. Un hombre de buen aspecto que llevaba un mandil blanco y acariciaba sus bigotes grises con una mano robusta, exhaló al verle un grito de alegría.

— ¡Ah! ¿Caballero —dijo—, sois vos?

—Buenos días, Planchet —respondió Artagnan encorvándose para poder entrar.

—Pronto —gritó Planchet— uno de vosotros para el caballo del señor Artagnan, otro para arreglar su habitación, y otro para la comida.

—Gracias, Planchet, buenos días, muchachos —dijo Artagnan a los solícitos mozos.

— ¿Me permitiréis que despache este café, esta miel y estas pasas cocidas? —preguntó Planchet. Son para el señor superintendente.

—Despacha pronto.

—Es cuestión de un instante y luego comemos.

—Procura que comamos solos —dijo Artagnan—; he de hablarte. Planchet miró a su antiguo amo de manera significativa.

— ¡Oh! Tranquilízate, no se trata de nada desagradable —observó Artagnan.

— ¡Tanto mejor!

Y Planchet respiró, mientras Artagnan se sentaba muy tranquilamente en la tienda sobre un fardo de mercancías y observaba el interior del establecimiento. La tienda estaba muy bien provista y en ella se respiraba un perfume de jengibre, canela y pimienta molida que hizo estornudar a Artagnan.

Los mozos, satisfechos de ver de cerca a un hombre de guerra tan famoso, a un teniente de mosqueteros que vivía al lado del rey, se pusieron a trabajar con ardor musitado y a servir a los parroquianos con un desdén que fue advertido por todos.

Planchet guardaba el dinero en el cajón y hacía sus cuentas, dirigiendo a la vez algunas palabras a su amo. Planchet hablaba poco con los compradores y les trataba con esa familiaridad altanera del vendedor rico, que sirve a todo el mundo, pero que no tiene consideración a nadie, lo cuál observó Artagnan, con placer que analizaremos más tarde. Vio poco a poco avanzar la noche, y al fin le condujo Planchet a una habitación del primer piso, donde les esperaba una mesa bien servida entre los sacos y las cajas.

Artagnan aprovechóse del momento de espera para considerar el rostro de Planchet, a quien no había visto hacía un año. El inteligente Planchet había echado vientre, pero no se le habían inflado los carrillos. Su penetrante mirada aún jugaba con facilidad en sus profundas órbitas, y la obesidad, que nivela todas las prominencias características del semblante humano, aún no había tocado ni a sus salientes pómulos, indicio de astucia, y de codicia, ni a su barba aguda, muestra infalible de finura y perseverancia. Planchet estaba con tanta majestad en su comedor como en su tienda; y presentó a su amo una comida frugal, mas toda parisiense; Artagnan encontró muy de su gusto que el abacero hubiera sacado de detrás de los haces de leña una botella de vino de Ánjou, que durante toda su vida había sido su vino favorito.

—En otro tiempo, señor —dijo Planchet con sonrisa llena de honradez—, era yo quien se os bebía vuestro vino; ahora tengo el honor de que os bebáis el mío.

—Y gracias a Dios, amigo Planchet, lo beberé por mucho tiempo, según creo, porque al presente soy libre.

— ¡Libre! ¿Estáis con licencia, señor?

— ¡Ilimitada!

Planchet estupefacto preguntó.

—Sí, voy a descansar.

— ¿Y el rey? —exclamó Planchet, que no podía creer que el rey pudiera pasarse sin los servicios de un hombre como Artagnan.

—El rey buscará fortuna en otra parte... Pero nosotros hemos comido bien, tú estás predispuesto a las ocurrencias, y me excitas para que te haga confianzas; abre, pues los oídos.

—Abro.

Y Planchet, con cierta sonrisa, más franca que maligna, destapó una botella de vino blanco.

— Déjame sólo con mi razón.

— ¡Oh! Cuando perdáis la cabeza, señor...

— Ahora, mi cabeza es mía, y pretendo llevarla mejor que nunca. Hablemos primero de finanzas... ¿Cómo va nuestro dinero?

—A las mil maravillas, señor. Las veinte mil libras que de vos he recibido, siguen dedicadas a mi comercio, donde producen un nueve por ciento. Os doy siete y gano dos.

— ¿Y continúas contento?

— Encantado. ¿Me traéis más?

—Algo mejor... Pero, ¿necesitas de ellas?

— ¡Oh! Nada de eso. Ahora, todos me quieren confiar; extiendo mis negocios.

—Ese era tu proyecto.

—Hago algo de banca... compro mercancías a mis cofrades necesitados, y presto dinero a los que se ven apurados para los desembolsos.

— ¿Sin usura?...

— ¡Ah! Señor, la semana pasada he tenido dos citas en el Boulevard por causa de esa palabra que acabáis de pronunciar.

— ¿Cómo?

— Vais a ver: tratábase de un préstamo... El deudor me dio en prenda algún azúcar terciado con la condición de que lo vendería, si el reembolso no se verificaba en determinada época: Yo presto mil libras, él no las paga, yo vendo el azúcar en mil trescientas libras, él lo sabe y reclama cien escudos. Claro que los niego… pretextando que no había podido venderlo sino en novecientas libras. Díjome que yo era un usurero, y yo le supliqué que me repitiese esa palabra detrás del Boulevard. El hombre era un antiguo guardia, fue y le pasé con vuestro acero el muslo izquierdo.

— ¡Pardiez, qué banca! —dijo Artagnan,

—Por encima de un trece por ciento me bato —replicó Planchet—; es mi carácter.

—No tomes más de doce —dijo Artagnan—, y llama a lo restante prima y corretaje.

—Tenéis razón, señor. ¿Y vuestro asunto?

— ¡Ah! Planchet, es muy largo y difícil de narrar.

— Hablad, pues.

Artagnan acariciose el bigote, como embarazado por la confidencia que tenía que hacer, y como desconfiando del confidente.

— ¿Es una imposición de dinero? —dijo Planchet.

— ¡Oh! Sí.

— ¿Y de mucho producto?

— Un buen producto; cuatrocientos por ciento, Planchet.

Planchet dio un puñetazo en la mesa con tanta fuerza, que las botellas saltaron como si hubiesen sentido, miedo…

— ¿Dios! ¿Es posible?...

—Creo que dará más —dijo fríamente Artagnan—; pero, en fin, prefiero decir menos.

— ¡Ah! ¡Diablo! — dijo Planchet aproximándose —: Pero, señor, ¡eso es seductor!... ¿Puede ponerse mucho dinero?

— Veinte mil libras cada uno, Planchet.

—Ese es todo vuestro interés, señor. ¿Y por cuánto tiempo?

—Por un mes.

— ¿Y cuánto nos producirá?

—Cincuenta mil libras a cada uno; cuenta

— ¡Eso es monstruoso! ... ¿Será preciso batirse bien por una ganancia como ésa?

—En efecto; no es cosa de batirse mal dijo Artagnan con la misma tranquilidad; pero esta vez, Planchet, somos dos, y yo recibo los golpes para mí solo.

— Señor, yo no consentiría…

— Planchet; tú no puedes estar allí, pues tendrías que dejar tu comercio.

— ¿No se hace el negocio en París?

—No.

— ¿En el extranjero? En Inglaterra.

—País de especulación, es verdad –dijo Planchet—. País que conozco mucho... ¿Que clase de negocio es, señor?

—Una restauración.

— ¿De monumentos?

—Sí, restauramos a White Hall.

—Eso es importante; ¿y suponéis que en un mes?

—Me encargo de ello.

—Entonces, no hay más que hablar; eso es cosa mía... No obstante, te consultaré con mucho gusto.

—Mucha honra es ésa; pero entiendo poco de arquitectura.

—Te equivocas... Eres un buen arquitecto, tan bueno como yo; para el asunto de que se trata.

—Gracias.

—Confieso que he intentado ofrecer el negocio a esos señores; pero no estaban en sus casas. Esto me ha contrariado, porque no hay nadie, ni más atrevidos, ni más resueltos.

— ¿Conque la cosa es grave?

— ¡Oh! Sí, Planchet, sí...

—Ardo por conocer detalles, señor.

—Cierra las puertas.

Planchet las cerró con doble vuelta.

—Y abre la ventana —añadió Artagnan—, para que el ruido de los carros y transeúntes ensordezca al que intente escucharnos.

Hecho lo cual, Artagnan bebió del vaso de vino, y dijo:

—Planchet, tengo una idea.

— ¡Oh! Señor, qué bien, os conozco en esto —respondió el abacero con gran emoción.

XX
SE FORMA SOCIEDAD EN “EL PILON DE ORO” PARA EXPLOTAR LA IDEA DEL SEÑOR DE ARTAGNAN

Después de un instante de silencio, durante el cual Artagnan pareció recoger, no una, sino todas sus ideas, dijo.

—Es imposible, amigo Planchet, que no hayas oído hablar de Su Majestad Carlos I, rey de Inglaterra.

—Sí, señor, y recuerdo que vos de fuisteis a Francia para ayudarle, faltando poco para que os arrastrase en su caída.

—Veo que tienes buena memoria

—Por mala que la tuviese no lo hubiera olvidado. Cuando Grimaud, que, como sabéis, no habla nunca, se decide a relatar cómo cayó la cabeza del rey Carlos, cómo navegasteis la mitad de la noche en un barco lleno de pólvora, y cómo apareció sobre las aguas el cadáver de Mordaunt, con un puñal clavado en el pecho, no es cosa de olvidarlo.

—Sin embargo, hay algunos que lo olvidan.

—No se lo habrán oído referir a Grimaud

—Pues bien, ya que te acuerdas, tanto mejor, así no tendré que recordarte sino que Carlos I tenía un hijo.

——Dos; sin que esto sea contradeciros — replicó Planchet— porque, yo he visto en –París al segundo, al señor duque de York; un día que iba al palacio real, y me dijeron quién era. Respecto al primogénito, sólo le conozco de nombre.

——A ese hijo primogénito; que antes se llamaba el príncipe de Gales; y ahora Carlos II, rey de Inglaterra es al que vamos a parar.

—Rey sin reino; señor —dijo Planchet.

—Justamente, y puedes añadir, príncipe desdichado, más desgraciado que un hombre del pueblo, perdido en el barrio más miserable de París.

Planchet hizo un gesto, lleno de esa compasión indiferente que se concede a los extraños.

Por otra parte, no veía en aquella disertación, político sentimental, ningún indicio de la idea mercantil de Artagnan, y ésta era la que preocupaba a Planchet. El mosquetero, habituado a conocer los hombres y las cosas; comprendió a su antiguo criado

—Prosigamos nuestro, asunto —dijo—. Ese joven príncipe de Gales, monarca sin reino, como tú dices muy bien, me ha interesado mucho. Le he visto mendigar el auxilio de Mazarino, que es un pícaro, y el de Luis XIV, que es un niño, y me ha parecido a mí; que conozco bien estas cosas, que su mirada inteligente y la nobleza de su aspecto, eran dignas de un hombre de corazón y de un rey.

Planchet aprobó tácitamente; pero sin traslucir adónde iba a parar su amo, que prosiguió.

—Mira, pues, el razonamiento que he hecho y fíjate bien, porque llegamos a la conclusión,

—Estoy atento.

—Los reyes no abundan tanto en la tierra que los pueblos los encuentren dondequiera que los necesitan. Así es que a mi juicio, ese rey sin reino es una semilla reservada que debe florecer en una estación cualquiera; siempre que una mano diestra y vigorosa la siembre como es debido, escogiendo el suelo, el cielo y el tiempo.

Planchet, sin comprender, asentía con la cabeza.

— ¡Pobre semilla de rey! dije para mí — continuó Artagnan —. Y como estaba enternecido, temí pensar alguna necedad, y por eso he querido consultarte.

Planchet se puso encarnado de orgullo y de placer.

— ¡Pobre semilla de rey! Yo te recojo y voy a sembrarte en buen terreno.

— ¡Ay, Dios santo! —dijo Planchet, mirando fijamente a su amo como si dudase del estado de su razón.

— ¿Qué hay? — preguntó Artagnan —. ¿Qué te sucede?

—Nada.

—Como has dicho: "¡Ay, Dios santo!„

—Sí...

— ¿Ibas ya comprendiendo? Declaro; señor, que tengo miedo...

— ¿De comprender?

—Sí.

—De comprender que yo quiero volver a su trono al rey Carlos II. Planchet dio un salto en la silla —

—¡Ah! —dijo admirado—.

— ¿Eso es lo que llamáis una restauración?

—Así se llama.

—Sin duda, ¿habéis reflexionado?...

— ¿En qué?

—En lo que hay allá.

— ¿Dónde?

—En Inglaterra.

— ¿Y qué hay?

— En primer lugar, señor, os pido perdón si me mezclo en estas cosas que no tienen nada que ver con mi comercio; pero, puesto que me proponéis un negocio... ¿No es así?

——Magnífico, Planchet.

—Entonces, tengo derecho a discutirlo.

—Discute.

—Pues bien, con vuestro permiso, os manifestaré que allí hay, primero los Parlamentos.

—Bien.

—Después, el ejército.

— ¿Qué más?

—La nación.

— ¿Has terminado?

—La nación que ha consentido la caída y la muerte del rey difunto, padre de Carlos II. Esto no puede negarse.

—Discurres como un necio, amigo Planchet —dijo Artagnan—. La nación... la nación está cansada de esos señores que llevan nombres bárbaros y cantan salmos. Cantar por cantar, he observado que las naciones prefieren cualquier cosa al canto llano. Acuérdate de la. Fronda. ¿Se cantaba, entonces? Pues aquéllos eran los buenos tiempos.

—No tanto; estuve a punto de ser ahorcado.

—Pero no lo has sido.

—Es verdad.

—Y de entonces data tu fortuna.

—Efectivamente.

—Luego no tienes nada que decir.

—Sí; vuelvo al ejército y a los Parlamentos.

—He dicho que tomaba prestadas veinte mil libras al señor Planehet, y que, yo ponía otras veinte mil por mi parte con esas cuarenta mil libras levanto un ejército.

Planchet juntó las manos, veía serio a Artagnan y creyó de buena fe que había perdido el juicio.

— ¡Un ejército! ¡Ah, señor! —exclamó con su sonrisa más graciosa por miedo de irritar a aquel loco y ponerle furioso. Un ejército... ¿de cuántos hombres?

—De cuarenta.

—Cuarenta contra cuarenta mil, son pocos. Vos sólo valéis por mil hombres, señor de Artagnan, lo sé muy bien; pero ¿dónde encontraréis otros treinta y nueve hombres que valgan tanto como vos? O en caso de encontrarlos, ¿quién os proporcionará dinero para pagarles?

—Malo, Planchet. ¡Ah! Te haces cortesano.

—No, señor, digo lo que siento, y por eso precisamente digo que tengo miedo de la primera batalla campal que deis con vuestros cuarenta hombres.

—Así es que no daré batallas campales, amigo Planchet —dijo el gascón riéndose. Tenemos muy bellos ejemplos en la antigüedad de retiradas y de marchas sabias, que consistían en evitar al enemigo en lugar de esperarle. Tú debes de saber esto, Planchet, tú que has mandado a los parisienses el día que debieron batirse contra los mosqueteros, y que tan bien calculaste las marchas y contramarchas, que no abandonaste la Plaza Real.

Planchet echóse a reír.

—De seguro —respondió—, que si vuestros cuarenta hombres se ocultan siempre y no son torpes, pueden esperar no ser batidos; pero, en fin, os proponéis algún resultado.

— ¿Puedes dudarlo? Atiende cuál es, según mi parecer, el procedimiento que debe emplearse para restaurar prontamente en su trono a Su Majestad Carlos II.

— ¡Bueno! — contestó Planchet redoblando su atención —. Veamos ese procedimiento; pero antes creo que olvidamos algo.

— ¿Qué?

—Hemos puesto aparte la nación, que quiere mejor cantar cualquier cosa antes que salmos, y el ejército que no combatiremos; pero quedan los Parlamentos que no cantan nada.

—Y que tampoco se baten. ¿Cómo, Planchet, un hombre cómo tú, se apura por una caterva de parlanchines que se llaman rabadillas y descarnados? Los Parlamentos no me apesadumbran, Planchet?

—Puesto que no os apesadumbran, señor, pasemos a otro asunto

—Sí, y llegaremos al resultado. ¿Te acuerdas de Cromwell, Planchet?

—Mucho he oído hablar de él, señor.

—Era un guerrero astuto:

—Y un terrible comilón, principalmente.

— ¿Cómo es eso?

—Sí, de un solo golpe se ha tragado a Inglaterra.

—Pues bien, Planchet, si la víspera del día en que se tragó a Inglaterra, alguno se hubiese tragado al señor Cromwell.

— ¡Oh! Señor, uno de los primeros axiomas de las matemáticas es que el continente debe ser mayor que el contenido.

— ¡Bien! Ese es nuestro negocio, Planchet.

—Pero el señor Cromwell ha muerto, y su continente es ahora la tumba.

—Amigo Planchet, veo con gusto que no sólo te has hecho matemático; sino también filósofo.

—Señor, en mi comercio de especias utilizo mucho papel impreso, y eso me instruye.

— ¡Muy bien! En ese caso sabrás, porque no habrás aprendido las matemáticas y la filosofía sin un poco de historia, que después de un Cromwell tan grande ha venido otro muy pequeño.

—Sí, éste llámase Ricardo, y ha hecho lo que vos, señor de Artagnan; ha presentado su dimisión.

— ¡Bien! Después del grande que ha muerto; después del pequeño, que ha presentado su dimisión, ha venido un tercero se llama señor Monk, general muy hábil, aun cuando no se ha batido jamás, es un diplomático muy inteligente, aun cuando no ha hablado nunca, y aunque, antes de decir buenos días, lo medita doce horas y acaba por decir buenas noches; lo cual hace gritar: "¡milagro!", en atención a que acierta.

—Muy fuerte es eso, efectivamente —dijo Planchet—, pero yo conozco a otro hombre político que se parece mucho a ése.

—El señor Mazarino, ¿no es cierto?

—El mismo.

—Tienes razón, Planchet; sólo que Mazarino no aspira al trono de Francia, esto lo cambia todo, ¿no es cierto? Pues bien, ese señor Monk, que tiene frita a Inglaterra entera, y que abre ya la boca para tragársela; ese señor Monk, que dice a las gentes de Carlos II y a Carlos II mismo: Necio, vos...

—No conozco el inglés —dijo Planchet.

—Sí, pero yo lo sé —dijo Artagnan—. Necio significa: No os conozco. Este Señor Monk, el hombre importante de Inglaterra; cuando se la haya tragado...

— ¿Qué? — prosiguió Planchet.

—– ¿Qué, amigo mío? Iré allá, y con mis cuarenta hombres lo robo, lo enfardo y lo traigo a Francia, donde dos partidos se presentan ante mis ojos.

— ¡Y los míos! —repuso Planchet trasportado de entusiasmo.

— Lo metemos en una jaula y lo enseñamos por dinero.

—Bueno, Planchet; ése que acabas de encontrar es un tercer partido, en el cual no había yo pensado.

— ¿Lo consideráis bueno?

—Cierto que sí, pero creo mejores los reíos.

—Entonces, veamos los vuestros. Primero lo pongo a rescate.

— ¿En cuánto?

—Diantre, un hombre como éste bien vale cien, mil escudos.

— ¡Oh! Sí.

—Ya ves; primero lo pongo a rescate por cien mil escudos.

— Qué bien...

—– O bien, y lo que es mejor aún, lo entrego al rey Carlos, quien no teniendo ya ni general del ejército que temer, ni diplomático que enseñar, se restaurará por sí mismo, y una vez restaurado me dará los cien mil escudos consabidos. Esta es la idea que he tenido. ¿Qué te parece, Planchet?

— ¡Magnífica, señor! — exclamó Planchet temblando de emoción —. ¿Y cómo se os ha ocurrido tal idea?

—Se me ocurrió cierta mañana a orillas del Loira, mientras Luis XIV, nuestro muy amado rey, lloriqueaba sobre las manos de la señorita Mancini.

—Señor, os aseguro que la idea es admirable. Pero...

— ¡Ah! ¿Tenemos un pero?

—Permitidme. Pero esa idea tiene algo de la piel de ese magnífico oso que debíamos vender, pero al cual es necesario coger vivo, así es, que, para pescar a Monk, habrá sarracinar.

—Sin duda; pero yo levanto tu ejército.

—Sí, sí, comprendo, ¡diantre!, un golpe de mano. ¡Oh! Entonces, triunfaréis, señor, porque nadie os iguala en esas empresas.

—Tengo suerte en ellas, verdad es —dijo Artagnan, con orgullosa sencillez; ya comprendes que si para esto tuviese yo a mi querido Athos, a mi valiente Porthos y a mi astuto Aramis, el negocio estaba terminado, pero, según parece, se han perdido, y nadie sabe dónde encontrarlos. Daré, pues, el golpe yo solo. ¿Encuentras ahora el negocio ventajoso?

— ¡Demasiado, demasiado!

— ¿Por qué dices eso?

—Porque las buenas cosas no llegan nunca a ese punto.

—Esta es infalible, Planchet, y la prueba, es que yo me ocupo de ella. Para ti será un lucro bastante bonito, y para mí un golpe bastante interesante. Se dirá: "ved cuál fue la vejez del señor de Artagnan." Y tendré un lugar en las historias, y aun en la Historia, Planchet; estoy ansioso de gloria.

—Señor —repuso Planchet—; cuando pienso que es aquí, en mi casa, en medio de mi azúcar, de mis pasas y de mi canela, donde se madura ese proyecto gigantesco, me parece que mi tienda es un palacio.

—Ten cuidado, Planchet; si transpira el menor ruido, hay Bastilla para nosotros dos; ten cuidado, amigo mío, porque lo que fraguamos aquí es un complot; el señor Monk es aliado de Mazarino; ¡ten cuidado!

—Señor, cuando se ha tenido la honra de haberos pertenecido, no se tiene miedo, y cuando se tiene la ventaja de estar ligado a vos por intereses, se calla uno.

—Muy bien, eso es cosa tuya, más bien que mía, en atención a que en ocho días estaré ya en Inglaterra.

——Marchad, señor, cuanto antes mejor.

—— ¿Luego el dinero está corriente?

—Mañana lo estará; mañana lo recibiréis de mi mano. ¿Queréis oro o plata?

——Oro es más cómodo. Pero, ¿cómo arreglaremos eso? Veamos. ¡Oh Dios mío!, de la manera más sencilla: me dais un recibo, y basta.

—No, en estás cosas es preciso orden.

—Esa es también mi opinión... pero tratando con vos, señor de Artagnan...

— ¿Y si me muero allí? ¿Y si me mata una bala de mosquete? ¿Y si reviento por haber bebido cerveza?

—Señor, os suplico que me creáis que en tal caso estaré de tal suerte afligido con vuestra muerte, que no pensaré ni pizca en el dinero.

—Gracias, Planchet, pero esto no es del caso. Vamos a liara como dos pasantes de procurador, a redactar un convenio, una especie de nota, que podrá llamarse acta de sociedad.

—Con mucho gusto, señor.

—Bien sé que es difícil redactar eso, pero probaremos.

—Ensayemos.

Planchet fue por una pluma, tinta y papel.

Artagnan tomó la pluma, mojóla en la tinta, y escribió:

"Entre el señor de Artagnan, ex teniente de mosqueteros de Su Majestad, habitante en la actualidad en la calle de Tinquetonne, hostería "La Cabrita", y el señor Planchet, habitante en la calle de los Lombardos, tienda "El Pilón de Oro";

"Ha sido convenido lo que sigue: "Se establece una sociedad con el capital de cuarenta mil libras con objeto de explotar una idea aportada por el señor de Artagnan.

"El señor Planchet, que conoce esta idea y que la aprueba absolutamente, pondrá veinte mil libras en manos del señor de Artagnan.

"Y no exigirá ni el reembolso ni el interés hasta que el señor de Artagnan regrese de un viaje que va a hacer a Inglaterra.

"El señor de Artagnan, por su parte, se compromete a poner veinte mil libras, que juntará a las otras veinte mil ya apartadas por el señor Planchet.

"Y usará de la mencionada suma cuarenta mil libras como mejor le parezca, comprometiéndose, sin embargo, a lo que sé anuncia a continuación.

"El día en que el señor de Artagnan haya restablecido por cualquier medio a Su Majestad el rey Carlos II en el trono de Inglaterra, pondrá en manos del señor Planchet la cantidad de..."

—La cantidad de ciento cincuenta mil libras —dijo ingenuamente Planchet, viendo que Artagnan se detenía.

— ¡Ah; diablo! No —dijo Artagnan—, la partición no puede hacerse a medias, pues no sería justo.

—Sin embargo, señor, cada uno de nosotros pone la mitad —observó tímidamente Planchet.

—Sí, pero escucha la cláusula, Planchet, y si no la encuentras equitativa de todo punto, cuando esté escrita la borraremos.

Y Artagnan escribió:

"Sin embargo, como el señor Artagnan aporta a la sociedad, además del capital de veinte mil libras, su tiempo, su idea, su industria y su pellejo, cosas que aprecia mucho, sobre todo, esta última, tomará para sí de las trescientas mil libras, doscientas mil, con las que ascenderá su ganancia a las dos terceras partes."

—Muy bien —dijo Planchet.

— ¿No es esto justo? —preguntó Artagnan.

—Absolutamente justo, señor.

— ¿Estarás contento con cien mil libras?

— ¡Diantre, ya lo creo! ¡Cien mil libras por veinte mil!

—Y en un mes; entiéndelo bien.

—Seño r —dijo generosamente Planchet—, os doy seis semanas.

— Gracias —contestó cortés el mosquetero.

Después de lo cual, los dos socios volvieron a leer la escritura.

—Corriente, señor —dijo Planchet—, ni el difunto señor Coquenard, el primer esposo de la señora baronesa Du Valon, lo hubiera hecho mejor.

— ¿Es justo? Entonces, firmemos. Y ambos pusieron su firma. De esta manera —dijo Artagnan—, no quedaré obligado a nadie.

— Mas yo quedaré obligado a vos —dijo Planchet.

—No, amigo Planchet, porque puedo dejar por allá el pellejo, y todo lo perderías entonces. . ¡A propósito, pardiez! Esto me hace pensar en lo principal: una cláusula indispensable. Voy a escribirla:

"Caso que el señor de Artagnan sucumbiese, en la empresa, la liquidación se da por hecha, y el señor Planchet, desde ahora, da carta de pago y finiquito, a la sombra del señor de Artagnan de las veinte mil libras aportadas por él a la susodicha sociedad."

Esta última cláusula hizo fruncir el entrecejo a Planchet, pero cuando vio la mirada brillante, la mano musculosa y los robustos lomos de su consocio, tomó ánimo, y sin sentimiento alguno añadió un rasgo a su firma. Artagnan hizo lo propio. Así fue redactada la primera escritura de sociedad conocida. Tal tez se ha abusado después un poco de la forma y, de la esencia.

—Ahora —observó Planchet llenando el último vaso de vino de Anjou a Artagnan—, marchaos a dormir, mi querido amo.

—No —repuso Artagnan—, porque ahora queda por hacer lo más difícil, y voy a pensar en ello.

— ¡Bah! — dijo Planchet —. Tengo una confianza tan ilimitada en vos, señor de Artagnan, que no daría mis cien mil libras por noventa mil.

—Y el diablo me lleve —dijo Artagnan—, si no creo que tendríais razón.

—Dicho esto, Artagnan tomó una luz, subió a su cuarto, y se acostó.

XXI

PREPÁRASE ARTAGNAN A VIAJAR POR CUENTA DE LA CASA "PLANCHET Y COMPAÑÍA"

Artagnan meditó tanto toda la noche, que por la mañana ya estaba su plan resuelto.

— ¡Eso es! —dijo sentándose en la cama, apoyado un codo sobre la rodilla—. ¡Eso es! Buscaré cuarenta hombres a toda prueba, reclutados entre gente algo comprometida, pero habituada a la disciplina; les prometeré quinientas libras al mes, si vuelven; nada si no vuelven, o la mitad para sus parientes. Respecto a comida y alojamiento, esto concierne a los ingleses, que tienen bueyes en los pastos, tocino en el saladero, gallinas en los corrales y trigo en los graneros. Me presentaré al general Monk con este cuerno de ejército, le parecerá bien, tendré su confianza y abusaré de ella lo más pronto posible.

Pero, sin ir más lejos, Artagnan movió la cabeza interrumpiéndose. —No —dijo—, no me atrevería a contar esto a Athos; el medio es poco honroso. Es preciso usar de violencia, necesariamente, sin comprometer para nada mi fidelidad. Con cuarenta hombres recorreré la campiña como partidario; pero si encuentro, no digo cuarenta mil ingleses, como decía Planchet, sino simplemente cuatrocientos, seré derrotado, en atención a que de mis cuarenta guerreros habrá diez por lo menos que se dejarán matar por brutos. No es posible tener cuarenta hombres leales; no existen. Preciso será contentarse con treinta. Con diez hombres menos, tendré derecho a evitar un encuentro a mano armada por el

escaso número de mi gente, y si el encuentro se realiza, siempre mi elección será más cierta sobre treinta hombres que sobre cuarenta. Además, economizo cinco mil francos; es decir, la octava parte de mi capital, lo cual vale algo. Eso dicho, tendré, por tanto, treinta hombres. Los dividiré en tres secciones y recorreremos el país con la consigna de reunirnos en un momento dado; de esta manera de diez en diez no damos la menor sospecha y pasamos desapercibidos. Sí, sí, treinta, es buen número, pues tiene tres decenas: ¡tres! Número divino. Y la verdad, una compañía de treinta hombres, cuando esté reunida, siempre tendrá algo de imponente... ¡Ah! ¡Infeliz de mí! —continuó Artagnan—. Se necesitan treinta caballos, y esto es ruinoso. ¿Dónde diablos tenía la cabeza cuando olvidaba los caballos? Sin embargo, no se puede ni soñar dar un golpe semejante sin caballos. Pues bien, sea; haremos ese sacrificio, a no ser que los tomemos en el país, que tampoco son malos, por otra parte. ¡Diantre! También se me olvidaba, tres pelotones exigen tres comandantes, y ésa es la dificultad; de los tres comandantes, ya tengo uno, que soy yo; sí, pero los otros dos costarán ellos solos tanto dinero como el resto de la tropa. No, decididamente no será menester más que un capitán. Pero, entonces, reduciré mi tropa a veinte hombres. Bien sé que veinte hombres es poco, pero puesto que con treinta hombres estaba resuelto a evitar los encuentros, lo haré ahora mucho mejor con veinte. Veinte es cuenta redonda; y además reduce a veinte el número de caballos, lo cual es muy muy digno de consideración; y así, con un buen teniente... ¡Diantre! ¡Esto sí que es paciencia y cálculo! Iba a embarcarme con cuarenta hombres; y he aquí que ya me reduzco a veinte para as misma empresa. Diez mil libras de ahorro de un solo golpe y más seguridades, es una buena cosa. Veamos ahora; ya sólo se trata de encontrar ese teniente; encontrémosle; pues, y luego... Esto no es fácil; yo lo necesito valiente y bueno, un segundo yo. Sí, esto es, pero un teniente tendrá mi secreto, y como este secreto vale un millón, y yo no pagaré a mi hombre más que mil libras, o mil quinientas todo lo más, mi hombre venderá el secreto a Monk. Nada de teniente, ¡cáscaras! Por atra parte, aunque este hombre fuese mudo como un discípulo de Pitágoras, tendría sin duda alguna en la compañía algún soldado de confianza, de quien haría su sargento, y el sargento penetraría el secreto del teniente, dado caso que éste fuese hombre de bien y no quisiera venderlo. Entonces, el sargento, menos probo y ambicioso, lo dará todo por cincuenta mil libras. ¡Vamos, vamos! ¡Esto es imposible! ¡Decididamente, es imposible el tal teniente! Entonces, nada de pelotones; yo no puedo dividir mi tropa en dos, y obrar sobre dos puntos a un tiempo sin tener otro yo, que... Mas, ¿a qué viene obrar sobre dos puntos, puesto que sólo tenemos un hombre que agarrar? ¿A qué debilitar un cuerpo, poniendo la derecha aquí, la izquierda allá? un sólo cuerpo, ¡diantre! ¡Sólo y mandado por Artagnan, eso es! Pero veinte hombres marchando en un pelotón son sospechosos para todo el mundo; es necesario que no vean marchar juntos veinte jinetes, pues se les destaca una compañía que pide el santo y seña, la cual, viendo el embarazo que hay para darlo, fusila a Artagnan y a sus hombres como si fuesen conejos. Reduzcamos, pues, a diez hombres, de este modo obro sencillamente y con unidad; así me veré obligado a tener prudencia, lo cual es la mitad de lo necesario; para conseguir un negocio de la naturaleza del que emprendo; mucha gente quizá me hubiera conducido a alguna locura. Diez caballos no es nada difícil de comprar o de robar. ¡Oh!.Excelente idea ¡Qué tranquilidad tan perfecta hace circular por mis venas! De este modo no habrá dudas, ni santo y seña, ni peligros. Diez hombres son diez criados. Diez hombres que conducen diez caballos, cargados de mercancías cualesquiera, son tolerados y bien recibidos en cualquier parte. Diez hombres viajando por cuenta de la casa "Planchet y Compañía de Francia. No hay más que decir. Estos diez hombres, vestidos como traficantes, tienen un magnífico cuchillo de caza, un buen mosquete a la grupa de su caballo y una buena pistola en la pistolera. Jamás se dejan molestar, porque ellos no llevan malas intenciones. En el fondo quizá sean un poco contrabandistas, pero, ¿qué importa?

El contrabando no es como la poligamia, un caso que merezca la horca. Lo peor que podía acontecernos es que confisquen nuestras mercancías. ¡Bonito negocio las tales mercancías! Vamos, vamos, es un plan soberbio. Diez hombres solamente; diez hombres que engancharé para mi servicio, diez hombres que serán tan decididos como cuarenta, que me costarán como cuatro, y a quienes, para mayor seguridad, no abriré la boca sobre mis designios y sólo les diré: "amigos míos, hay un golpe que dar." De está manera, muy perverso será Satanás para que me juegue una de sus malas pasadas. ¡Quince mil libras economizadas de veinte mil! Soberbio.

Así, animado por su industrioso cálculo, Artagnan fijóse en este plan, resuelto a no variarlo en nada. Ya tenía una lista, suministrada por su inmensa memoria, diez hombres m ilustres entre los perseguidores de aventuras, maltratados por la fortuna o inquietados por la justicia. Después de esto se incorporó Artagnan poniéndose al instante en movimiento, advirtiendo a Planchet que no le esperase para el desayuno, ni tal vez para la comida. Día y medio ocupados en correr algunos chiribitiles de París le bastaron para su recolección, y sin comunicar a sus aventureros entre sí, había coligado, coleccionado, reunido en menos de treinta horas un encantador conjunto de malas caras; que hablaban un francés menos correcto que el inglés de que iban a servirse.

Eran éstos, por punto general, soldados cuyo mérito había podido apreciar Artagnan en distintas ocasiones, y a quienes la embriaguez, las estocadas desgraciadas, las ganancias inesperadas en el juego, o las reformas económicas del señor Mazarino, habían obligado a buscar la sombra y la soledad, estos dos grandes consuelos; para las almas comprimidas y magulladas.

En sus fisonomías y en sus trajes llevaban las señales de las penas del corazón que habían padecido. Algunos tenían el rostro descarnado, y todos ellos los vestidos despedazados. Artagnan socorrió lo más apremiante de estas miserias fraternales con una sabia distribución de los escudos de la sociedad; y luego, habiendo cuidado de que estos escudos se emplearan en el embellecimiento físico de la compañía, dio, alta a sus reclutas para el norte de Francia, entre Berghes y Saint Omer. De plazo les había dado seis días, y Artagnan conocía perfectamente la buena voluntad, el excelente humor y la probidad relativa de estos ilustres reclutas, para estar cierto de que ni uno solo faltaría al llamamiento.

Dadas tales órdenes y citas fue a despedirse de Planchet, que le pidió noticias de su ejército; pero Artagnan no juzgó a propósito darle parte de la reducción que había hecho en su personal, temiendo despertar con esa confesión la desconfianza de su asociado. Planchet se regocijó mucho al saber que ya estaba levantado todo el ejército, y que él se encontraba como una especie de rey, que desde su trono mostrador mantenía a sueldo un ejército destinado a guerrear contra la pérfida: Albión, esta enemiga de todos los corazones verdaderamente franceses.

Planchet contó, pues, en seductores luises dobles, veinte mil libras por su parte personal, y otras veinte mil, siempre en hermosos luises dobles, por la parte de Artagnan: Éste metió veinte mil libras en un saco, pesando cada saco en cada una de sus manos.

—Este dinero es muy embarazoso, querido Planchet ——dijo—. ¿Sabes que esto pesa más de treinta libras?

— ¡Bah! Eso lo llevará vuestro caballo como una pluma. Artagnan movió la cabeza.

—No me digas esas cosas, Planchet; un caballo sobrecargado con treinta libras, además del portamanteo y del jinete, no pasa tan fácilmente un río, ni salta con tanta ligereza un

murallón o un foso, y por tanto ni caballo ni caballero. Verdad es que tú no sabes esto, Planchet, pues toda tu vida has servido en infantería.

—Entonces, señor, ¿qué hacemos?

—Escucha —dijo Artagnan—, pagaré mi ejército cuando vuelva a sus hogares. Quédate con mi mitad de veinte, mil libras, que puedes hacer valer mientras yo esté fuera. —¿Y mi mitad? —preguntó Planchet.

—Me la llevo.

—Vuestra confianza me honra —dijo Planchet—, pero ¿y si no volvéis?

—Eso es posible; aunque el negocio sea poco verosímil. Entonces, Planchet, para el caso de que no regrese, dame una pluma y haré mi testamento.

Artagnan escribió una sola hoja. "Yo, Artagnan, poseo veinte mil libras economizadas sueldo a sueldo en treinta años que he estado al servicio del rey de Francia. De ellas doy cinco mil a Athos, cinco mil a Porthos, cinco mil a Aramis, para que se las den en mi nombre y en los suyos a mi amigo, el joven Raúl, vizconde de Bragelonne. Y las cinco mil restantes se las doy a Planchet, para que distribuya con menos disgusto las otras quince libras a mis amigos.

"Para que conste, firmo las presentes.

"ARTAGNAN".

Planchet: parecía estar muy deseoso de saber lo que había escrito Artagnan:

—Lee, Planchet —le dijo el mosquetero.

Cuando llegó a las últimas líneas, se asomaron las lágrimas a los ojos de Planchet.

— ¿Creéis que sin esto no hubiera dado el dinero? En este caso, no quiero vuestras cinco mil libras. Artagnan sonrió.

—Acepta, Planchet acepta; y de esta manera sólo perderás quince mil libras, en vez de veinte mil, y no te dará la tentación de hacer afrenta a la firma de tu amo y amigo, buscando un medio para no perder nada.

¡Tan bien, conocía Artagnan el corazón de los hombres y de los abaceros!

Los que han llamado loco a don Quijote porque marchaba sólo con Sancho a la conquista de un imperio, y los que han llamado loco a Sancho porque marchaba cono su amo a la conquista del susodicho imperio, ésos, decimos, no hubieran formado ciertamente otro juicio sobre Artagnan y Planchet.

No obstante, él primero pasaba por un espíritu sutil entre los más finos talentos de la corte de Francia. Y en cuanto al segundo, había adquirido reputación de ser uno de los más aventajados cerebros entre los tenderos de la calle de los Lombardos, y por tanto de París, y con justicia de Francia.

Así es que, no considerando a estos dos hombres sino desde el punto de vista de todos los hombres, y los medios con cuyo auxilio contaban para reponer a un rey en su trono sino comparativamente a los otros medios, el más torpe caletre del país en que los caletres sean mas torpes se hubiese rebelado contra la presunción del teniente y la estupidez de su consocio.

Felizmente, Artagnan no era hombre para oír chismes que se divulgasen en derredor suyo, ni los comentarios que se hiciesen sobre su persona, pues había adoptado esta divi-

sa: *Hagamos y callemos;* Planchet, por su parte, había prohijado ésta: *Ruede la bola y no digamos nada. De* aquí resultaba que, según la costumbre de todos los talentos superiores, estos dos hombres se congratulaban intra *pectus* de tener razón contra todo el mundo.

Para empezar, Artagnan se puso en camino con el tiempo más hermoso del mundo, sin nubes en el cielo; sin nubes en el alma, alegre y fuerte, tranquilo y decidido, lleno de resolución, y por tanto llevando consigo una dosis décuple de ese fluido poderoso que los sacudimientos del alma hacen saltar de los nervios y dan a la máquina humana una fuerza e influencia, de la cual, según todas las probabilidades, los siglos futuras podrán darse más cuenta, aritméticamente considerada, que la que nos damos en el día. Así, pues tomó, como en tiempos pasados, el camino fecundo en aventuras que le había conducido a Boulogne, y que recorría por cuarta vez. Al mismo tiempo que caminaba, casi pudo reconocer las huellas de sus pasos sobre las puertas de las posadas; su memoria, siempre viva, resucitaba ahora aquella juventud que, treinta años después, no había desmentido ni su gran corazón ni su puño de acero.

¡Qué naturaleza tan rica la de ese hombre! Tenía todas las pasiones, todos los defectos, todas las debilidades, pero el espíritu de contradicción familiar a su inteligencia, cambiaba todas esas imperfecciones en cualidades correspondientes. Artagnan, gracias a su imaginación, errante sin cesar, tenía miedo a una sombra, y avergonzado de haber tenido miedo, marchaba hacia ella, y entonces; hacíase extraordinario por su bravura, si el peligro era real. Así es que todo era emociones en él. Amaba mucho la sociedad de otro, pero jamás se fastidiaba de la suya, y más de una vez, si se hubiera podido estudiarlo cuando permanecía solo, se le habría visto reírse de cuentecillos que se refería a sí propio, o de, imágenes burlonas que se creaba, justamente cinco minutos antes del momento en que debía comenzar el fastidio.

Esta vez quizá no estuvo Artagnan tan jovial como si hubiera tenido la perspectiva de encontrar buenos amigos en Calais, en lugar de los diez genízaros que hallaría; pero, sin embargo, la tristeza no le visito más que una vez por jornada, de modo que fueron cinco visitas poco más o menos las que recibió de esta sombría deidad antes de vislumbrar el mar de Boulogne; además, las visitas fueron breves.

Pero una vez aquí, Artagnan se sintió cerca de la acción y desapareció todo sentimiento, a excepción de la confianza. De Boulogne siguió la costa hasta Calais.

Calais era la cita general, habiendo indicado a cada uno de sus enganchados la hostería Él Gran Monarca, donde la vida no era cara, donde los marineros condimentaban su rancho, y donde los hombres de armas encontraban cama, mesa, comida, y todas las dulzuras de la vida por treinta sueldos diarios. .

Artagnan proponíase encontrarlos en flagrante delito de vida errante, y juzgar por la primera apariencias, debía contar con ellos como buenos compañeros.

A las cuatro y media de aquella misma tarde llegó a Calais, y se encaminó a la hostería El Gran Monarca.

XXII

LOS SOLDADOS DE ARTAGNAN

La hostería El Gran Monarca se encontraba situada en una calle paralela al puerto, sin dama él mismo; anglinas callejuelas cortaban las dos grandes líneas rectas del puerto y de la calle. Por estas callejuelas se desembocaba de la calle al puerto.

Artagnan llegó al puerto, dirigióse por una de estas calles y cayó inopinadamente ante la hostería El Gran Monarca.

El momento era bien escogido, y pudo recordar a nuestro hombre su presentación en la hostería El Molinero Franco, en Meung. Algunos marineros que acababan de jugar a los dados, habían armado pendencia y se amenazaban con furor. El posadero, la posadera y dos criados, vigilaban con ansiedad el corro de estos malos jugadores, en cuyo centro amenazaba estallar la guerra, erizada de hachas y cuchillos.

Entretanto proseguía el juego. Un banco de piedra estaba ocupado por dos hombres, que de este modo parecían vigilar a la puerta; cuatro mesas en el fondo de la sala común, estaban ocupadas por otros ocho individuos, y ni los hombres del banco, ni losa de las mesas tomaban parte en la pendencia ni en el juego. Artagnan reconoció a sus diez hombres en estos espectadores tan fríos e indiferentes.

La pendencia iba creciendo. Toda pasión tiene, como el mar, su marea que afluye y refluye. Un marinero, llegado al paroxismo de su pasión, echó al suelo la mesa y el dinero que sobre ella había, al instante todo el personal de la hostería se arrojó sobre las puertas y un crecido número de monedas blancas fueron recogidas por personas que se ocultaron; mientras los marineros se despedazaban mutuamente.

Solamente los dos hombres del banco y los ocho del interior, por más que pareciesen en un todo indiferentes entre sí, sólo, decimos, estos diez hombres parecía que estaban convenidos para permanecer impasibles en medio de los gritos, del furor y del ruido del dinero. Dos de ellos solamente se limitaron a rechazar con el pie a los combatientes que iban hasta debajo de su mesa.

Otros dos sacaron las manos de los bolsillos, pero sin tomar parte en la baraúnda, y otros dos, en fin, subiéronse sobre la mesa que ocupaban, como hacen para evitar ser sumergidas las personas, sorprendidas por una avenida de agua.

— ¡Ea! —dijo interiormente Artagnan, que no había perdido ninguna de las circunstancias que acabamos de relatar—. ¡Bonita colección! Circunspectos, tranquilos, habituados al ruido, hechos a los golpes. — ¡Pardiez! Buena mano he, tenido.

De repente fijó su atención en un punto de la sala.

Los dos hombres que habían dado con el pie a los combatientes, fueron insultados atrozmente por los marineros que acababan de reconciliarse.

Uno de ellos, medio embriagado de cólera y completamente de cerveza, se llegó al más pequeño de aquellos otros a interrogarle con qué derecho había tocado con su pie a criaturas de Dios que no eran perros, y al hacer esta interpelación, puso, para hacerla más directa, su fuerte puño en la nariz del recluta de Artagnan;

Aquel hombre se puso pálido, sin poderse apreciar si la causa era el miedo o la cólera. Viendo lo cual el marinero dedujo que era por temor, y levantó el puño con la intención bien manifiesta de dejarlo caer sobre la cabeza del individuo; mas sin que se moviese el

hombre amenazado, descargó tan fuerte puñetazo en el estómago del marinero, que lo hizo rodar hasta el fin de la sala con espantosos gritos.

— Al instante, hostigados todos los compañeros del vencido por el espíritu de cuerpo, cayeron sobre el vencedor.

Este último, con la misma sangre fría de que ya había dado prueba, y sin cometer la indiscreción de tocar a sus armas, empuñó un jarro de cerveza con el tapón de estaño, y tumbó a dos o tres de sus agresores; mas luego, como iba a sucumbir al mayor número, los otros siete silenciosos del interior, como no habían chistado siquiera, conocieron que se trataba de su causa y acudieron en su socorro.

Al mismo tiempo los dos indiferentes de la puerta volvieron la cara con un fruncimiento de cejas que indicaba su intención bien marcada de acometer al enemigo por la espalda, si el tal enemigo no cesaba en su agresión.

El posadero, sus criados y dos guardias de la ronda nocturna que pasaban, y que por curiosidad penetraron en la sala, fueron envueltos en la pelea y en los puñetazos.

Los parisienses descargaban como cíclopes, y con una uniformidad y táctica que era un primor; al fin, obligados a tocar en retirada ante el número, tomaron su atrincheramiento al otro lado de la gran mesa, que cuatro de ellos levantaron de común acuerdo, mientras– los otros dos se armaban cada uno de un banco; de modo que, sirviéndose de aquellos útiles como de un gigantesco ariete, echaron por tierra de un solo golpe a ocho marineros, sobre cuyas cabezas habían hecho jugar su monstruosa catapulta.

Ya se hallaba el suelo escombrado de heridos y la sala llena de gritos y de polvo, cuando Artagnan, satisfecho de la prueba, adelantóse con la espada en la mano, e hiriendo con el pomo sobre todas las cabezas que encontró erguidas, pronunció un ¡hola! vigoroso, que al instante puso término a la lucha. Entonces, hubo una gran retirada del centro a la circunferencia y Artagnan se encontró solo y dominador.

— ¿Qué sucede? —preguntó enseguida a la reunión con el tono majestuoso de Neptuno pronunciando el quos ego.

Al momento, y al primer acento de esta voz, para continuar la metáfora virgiliana, los reclutas del señor de Artagnan, reconociendo cada cual a su soberano señor, recogieron a un tiempo su cólera y sus banquetazos.

Los marineros, por su parte, viendo aquella larga espada desnuda, aquel aire marcial y aquel brazo ágil que llagaba al socorro de sus enemigos, en la persona de un hombre que parecía habituado al mando, recogieron al momento sus méritos.

Los parisienses se enjugaron la frente e hicieron una reverencia a su jefe.

Artagnan fue felicitado por el posadero de El Gran Monarca, a quien recibió como hombre que sabe que no se le ofrece nada de más, y declaró enseguida que mientras esperaba la comida iba a pasearse al puerto.

Al instante comprendieron el llamamiento los enganchados, y cada cual tomó su sombrero, cepilló su traje y siguió a Artagnan.

Pero éste, al mismo tiempo que examinaba todo, se guardó muy bien de detenerse; dirigióse a la playa y los diez hombres, asombrados de verse a la pista unos de otros, e inquietos de llevar a derecha, izquierda y detrás de sí a compañeros con los cuales no contaban, le siguieron echándose unos a otros terribles miradas.

Allá y en lo más retirado de la playa se volvió Artagnan hacia ellos, sonriendo al verlos tan separados; y haciéndoles un signo pacífico con la mano:

—– ¡Eh! ¡Aquí, señores! —dijo—. No nos devoremos; estáis hechos para vivir juntos; para entenderos en todas las cosas, y no para devoraros los unos a los otros.

Entonces terminaron las sospechas; los hombres respiraron, como si los sacaran de un ataúd, y se examinaron unos a otros con complacencia. Después de este examen fijaron los ojos en su jefe, quien conociendo de tiempos atrás el difícil arte de hablar a hombres de este temple, les pronunció el discurso siguiente, acentuado con energía completamente gascona:

—Señores: ya sabéis quién soy yo. Os he enganchado conociéndoos por intrépidos y queriendo asociaros a una expedición gloriosa. Figuraos que trabajando conmigo trabajáis por el rey únicamente, os prevengo que si dejáis escapar alguna cosa de esta suposición, me veré obligado a romperos al momento la cabeza de la manera que me sea más cómoda. No ignoráis, señores, que los secretos de Estado son como un mortal veneno; mientras este veneno esté en su redoma; y la redoma bien cerrada, a nadie perjudica; pero fuera de la redoma, mata. Ahora, acercaos a mí, y sabréis de este secreto lo que de él puedo deciros.

Todos se acercaron con un movimiento de curiosidad.

Acercaos —continuó Artagnan —, y que el pájaro que pase por encima de nuestras cabezas, el conejo que corra en la ribera y el pez que salte fuera del agua no puedan escucharnos. Se trata de saber y de contar luego al señor superintendente de Hacienda cuánto daño causa a los comerciantes franceses el contrabando inglés. Entraremos por todas partes y lo veremos todo. Nosotros somos unos pobres pescadores picardos, arrojados a la costa por una borrasca, y venderemos pescado, ni más ni menos que como verdaderos pescadores. Pero puede acontecer que adivinen quiénes somos y nos molesten, en cuyo caso es urgente que estemos en estado de defendernos. Por eso os he escogido como a gente inteligente y de valor. Llevaremos nueva vida y no correremos gran peligro, en atención a que tenemos detrás un protector poderoso, gracias al cual no hay dificultad posible. Una sola cosa me contraría; pero confío en que, después de una corta explicación, me sacaréis del aprieto. Esta cosa que me contraría es llevar conmigo una tripulación de pescadores necios; que nos estorbarán enormemente, mientras que, si por ventura, hubiese entre vosotros gente que conociera el mar...

— ¡Oh! Aquí estoy yo —murmuró uno de los reclutas de Artagnan——; he sido prisionero de los piratas de Túnez durante tres años y conozco las maniobras como un almirante:

— ¡Ya veis —observó Artagnan—, qué cosa tan admirable es la casualidad!

Artagnan pronunció estas palabras con indefinible acento de fingida buena fe; porque Artagnan sabía bien que esta víctima de los piratas era un antiguo corsario, y lo había enganchado con conocimiento de causa. Pero Artagnan jamás decía más de lo que tenía precisión de decir, para dejar a las gentes en la duda. Se pagó, pues, de la explicación, y acogió el efecto sin parecer curarse de la causa.

—Y yo —repuso otro de los reclutas—, tengo casualmente un tío que dirige los trabajos del puerto de la Rochela, y siendo muy niño jugaba en las embarcaciones; de modo que sé manejar el remo y la vela, y desafío a que lo haga mejor el primer marinero ponentino.

Éste no mentía más que el otro: había remado seis años en las galeras de Su Majestad.

Otros dos fueron más sinceros, y confesaron ingenuamente que habían servido en un buque como soldados penados, de lo cual no se ruborizaban. Artagnan se encontró, pues, jefe de seis hombres aguerridos y de cuatro marineros, teniendo a un mismo tiempo ejército de tierra y mar, lo cual hubiera llevado al colmo el orgullo de Planchet, si Planchet hubiese conocido estos detalles.

Ya sólo se trataba de la orden general, y Artagnan la dio muy precisa. Intimó a sus hombres que estuvieran dispuestos a salir para La Haya, siguiendo los unos el litoral que llega hasta Breskens, y los otros él camino que conduce a Amberes.

Calculando las marchas, fue dada la cita para después da quince días en la plaza, principal de La Haya.

Artagnan recomendó a sus hombres que se emparejasen, como mejor lo entendiesen, por simpatía, de dos en dos; y él mismo eligió entre los rostros menos patibularios dos guardias que había conocido en otro tiempo, y cuyas únicas faltas eran ser jugadores y borrachos. Estos hombres no perdieron toda idea de civilización, y bajo vestidos aseados hubieran vuelto a latir sus corazones. Artagnan, para no dar celos a los otros, les hizo marchar delante; y conservando a sus dos favoritos los vistió con sus propios atavíos y salió con ellos.

A éstos, a quienes parecía honrar con una confianza absoluta, fue a quienes Artagnan hizo una falsa confidencia, destinada a garantizarles el buen éxito de la expedición. Confesóles que se trataba, no ya de ver los perjuicios que el contrabando inglés podía causar al comercio francés, sino al contrario, los daños que el contrabando francés podía hacer al comercio inglés. Estos hombres parecieron convencidos, y lo estaban, en efecto. Artagnan hallábase persuadido de que al primer exceso, y cuando estuviesen muertos de embriaguez, uno de los dos divulgaría este secreto capital a la compañía. Su plan le parecía infalible. Quince días después de lo que acabamos de presenciar en Calais, todo el ejército se hallaba reunido en La Haya.

Entonces vio Artagnan que todos sus hombres, con una inteligencia notable, se habían disfrazado de marineros más o menos derrotados por la mar:

Artagnan les dejó dormir en un chiribitil de Newkerke Street, y él sé alojó en el gran canal.

Supo que el rey de Inglaterra se había acercado a su aliado Guillermo II de Nassau, estatúder de Holanda. Entonces supo también que la negativa de Luis XIV había disminuido un paco la protección que hasta entonces se le concediera, y que en consecuencia había ido a confinarse en una casita de la aldea de Scheveningen, situada en la playa a orillas del mar, a una legua corta de La Haya.

Allí, según se decía, el desgraciado proscrito se consolaba de su destierro, mirando con la tristeza particular a los príncipes de su raza, aquella mar inmensa del Norte que le separaba de su Inglaterra, como en otro tiempo había separado a María Estuardo de Francia. Allí, detrás de algunos árboles del magnífico bosque de Scheveningen y sobre la fina arena donde crecían los dorados arbustos de la playa, Carlos II vegetaba como ellos, más desgraciado que ellos, porque existía con la vida del pensamiento, y esperaba y desesperaba al propio tiempo.

Artagnan se adelantó una vez hasta Scheveningen para asegurarse de lo que se contaba con respecto al príncipe. Vio, efectivamente, a Carlos II, pensativo y solo, salir por una pequeña puerta que daba al bosque y pasearse por la ribera, al sol poniente, sin llamar

siquiera la atención de los pescadores, quienes al avanzar la noche sacaban sus barcos sobre la arena de la playa; como los antiguos marinos del archipiélago.

Artagnan conoció al rey; a quien vio fijar su mirada sombría sobre la inmensa extensión de las aguas, y absorber en su pálido semblante los rojizos rayos del sol, cortado ya por la negra línea del horizonte. Luego entró Carlos II en la casa aislada, siempre solo, siempre lento y triste, y distrayéndose en hacer crujir bajo sus pasos la movediza arena.

Aquella misma noche alquiló Artagnan por mil libras una barca de pescadores que valía cuatro mil; aquéllas mil las pagó en el acto, y depositó las otras tres mil en casa del burgomaestre: Después de lo cual, embarcó, sin que nadie lo vièse y en la obscuridad de la noche, a los seis hambres que formaban su ejército terrestre; y al subir la marea, a eso de las tres de la mañana, ganó la alta mar maniobrando ostensiblemente con los cuatro hombres y descansando en la ciencia de su galeote, como si hubiese sido el primer piloto del puerto.

XXIII

DONDE EL AUTOR SE VE OBLIGADO, AUNQUE A PESAR SUYO, A HACER UN POCO DE HISTORIA

Mientras los reyes y. los hombres se ocupaban de este modo de Inglaterra, que se gobernaba sola, y que, necesario es decirlo en su elogio, jamás había estado peor gobernada, un hambre sobre quien Dios había fijado su mirada y puesto su dedo, un hambre predestinado a escribir su nombre con letras de oro en el libro de la historia, proseguía a la faz del mundo una obra llena de misterio y de audacia. Iba, y nadie sabía adónde quería ir, pues no sólo Inglaterra, sino también Francia y Europa veíanle marchar con paso firme y erguida la cabeza.

Monk acababa de declararse por la libertad del rump *parliament,* esto es, del parlamento *rabadilla, co*mo entonces se le llamaba; Parlamento al que el general Lambert, imitando a Cromwell, del cual había sido lugarteniente, concluía de bloquear tan estrechamente, para obligarle a hacer su voluntad, que ningún miembro durante el bloqueo había podido salir de él, y sólo uno, Pedro Wertwort, había logrado entrar.

Lambert y Monk: todo se resumía en estos, dos hombres, representantes el primero del despotismo militar, y el segundo del republicanismo puro. Estos dos hombres eran los únicos representantes de esta revolución en la que Carlos I perdió su corona, y después a la vida. Lambert no disimulaba sus miras, que se dirigían a establecer un gobierno puramente militar, y a constituirse en jefe de este gobierno. Monk, decían unos, republicano intransigente, quería mantener el *rump parliament,* representación visible, aunque degenerada, de la república. Monk, diestro, ambicioso, lo hacían otros, deseaba convertir este Parlamento, al que parecía, proteger, en sólido escalón para subir al trono que Cromwell había dejado vacío, mas sobre el cual no se había decidido a sentarse. Y Lambert, persiguiendo al Parlamento, y Monk, declarándose por él, se habían manifestado adversarios uno de otro.

De esta manera, Monk y Lambert habían pensado antes de todo en adquirir cada cual un ejército; Monk en Escocia, donde permanecían los presbiterianos y los realistas, es decir, los descontentos; Lambert en Londres, donde se hallaba como siempre la más ruda oposición contra el poder que delante de sus ojos tenía.

Monk había pacificado a Escocia, donde se había formado un ejército y creado un asilo. Sabía que aún no había llegado la hora señalada por el Señor para un gran cambio, así es que su espada parecía pegada a la vaina. Inexpugnable en su feroz y monstruosa Escocia, general absoluto, rey de un ejército de once mil soldados veteranos, que mas de una vez había conducido a la victoria; tan bien o mejor instruido de los negocios de Londres como el mismo Lambert, que tenía guarnición en la City; tal era la posición de Monk cuando se pronunció por el Parlamento a cien leguas de distancia de Londres. Lambert por el contrario, como ya hemos dicho, habitaba la capital, el centro de todas sus operaciones, dónde reunía en derredor suyo a todos sus amigos y a todo el pueblo bajo, eternamente inclinado a amar a los adversarios del poder constituido.

En Londres supo Lambert el apoyo que desde las fronteras de Escocia prestaba Monk al Parlamento. Conoció que no había tiempo que perder, y que el Tweed no estaba tan separado del Támesis como para que un ejército no pudiese saltar de una orilla a otra, principalmente si estaba bien mandado. Además, sabía que, a medida que, penetrasen en Inglaterra los soldados de Monk, formarían en el camino esa bola de nieve, emblema del globo de la fortuna, que no es para el ambicioso más que un escalón siempre ascendente para llevarle a su fin. Reunió, pues, su ejército, formidable a la vez por su composición y por su número; y corrió al encuentro de Monk, quien semejante a un marino discreto que boga en medio de escollos, se adelantó a cortas jornadas, arrogante, escuchando el ruido y husmeando el aire que venía de Londres.

Los dos ejércitos divisáronse a la altura de Newcastle. Lambert llegó primero y acampó en la misma ciudad.

Monk, hizo alto donde estaba, y estableció su cuartel general en Coldstream, sobre el Tweed.

La vista de Lambert propagó la alegría en el ejército de Monk, mientras que, por el contrario, la vista de Monk infundió el desorden en el de Lambert. Hubiérase creído que estos intrépidos batalladores, que tanto ruido habían hecho en las calles de Londres, se habían puesto en marcha con la esperanza de no hallar a nadie, y que ahora, viendo que habían encontrado un ejército, y que este ejército enarbolaba delante de ellos, no sólo un estandarte, sino también una causa y un principio, hubiérase creído, decimos, que estos intrépidos batalladores se habían puesto a reflexionar que ellos eran menos buenos republicanos que los soldados de Monk, puesto que éstos sostenían al Parlanmento, mientras que Lambert no sostenía a nadie, ni aun a sí mismo.

En cuanto a Monk, si hubo de reflexionar, o si reflexionó, eso debió ser muy tristemente, porque la historia cuenta, y esta púdica señora no miente nunca, como es sabido, que el día de su llegada a Coldstream se buscó un carnero inútilmente por toda la ciudad.

Si Monk hubiese mandado un ejército inglés ya hubiera tenido bastante con esto para que todo él desertara. Mas no sucede lo mismo a los escoceses que a los ingleses, a quienes esa carne fluida que se llama sangre es de toda necesidad. Los escoceses, raza humilde y sobria, viven de una poca cebada molida entre dos piedras, desleída con agua de la fuente, y cocida sobre una losa enrojecida.

Los escoceses, después de hecha la distribución de cebada; no se apesadumbraron porque hubiese o no carne en Coldstream.

Monk, no familiarizado con las tortas de cebada, tenía hambre, y su Estado Mayor, no menos hambriento que él, miraba con ansiedad a derecha e izquierda para saber lo que se preparaba de comida.

Sus exploradores encontraron la ciudad desierta y los almacenes vacíos; y no había que contar en Coldstream ni con carniceros ni con panaderos. Así es que no encontraron ni el menor trozo de pan para la mesa del general.

A medida que se sucedían estas noticias, tan poco tranquilizadoras unas como otras, viendo Monk el espanto y el decaimiento en todos los semblantes, afirmó que no tenía hambre. Además, comerían a la mañana siguiente, pues Lambert estaba allí con probable intención de dar la batalla, y, por tanto, de entregar sus provisiones si era forzado en Newcastle, o para librar del hambre definitivamente a los soldados de Monk si salía vencedor.

Este consuelo no fue eficaz sino para un escaso número, lo cual importaba muy poco a Monk, porque Monk era muy absoluto, bajo apariencia de la más perfecta dulzura.

Cada cual se vio precisado a quedar satisfecho, ó a demostrarlo por lo menos. Monk, tan hambriento como su tropa, pero afectando la mayor indiferencia por ese carnero, ausente, cortó un pedazo de tabaco de media pulgada, de manos de un sargento que formaba parte de su séquito, y comenzó a masticar el referido fragmento, asegurando a sus oficiales que el hambre era una quimera, y que además se tenía hambre con tal de que se tuviese algo que poner entre los dientes.

Esta chazoneta satisfizo a algunos de aquellos que habían resistido a la primera deducción que Monk sacó de la vecindad de Lambert: el número de los pertinaces disminuyó, la guaria se instaló, las patrullas comenzaron, y el general continuó su frugal desayuno en la tienda abierta.

Entre su campo y el de su enemigo se alzaba una antigua abadía, cuyas ruinas apenas existen hoy, pero que entonces permanecían en pie, y se llamaba la abadía de Newcastle. Estaba construida sobre un vasto terreno, independiente a un tiempo de la llanura y de la ribera porque casi era un pantano alimentado por las lluvias. No obstante, en medio de estos charcos, cubiertos de grandes hierbas, juncos y cañas, veíanse sobresalir terrenos sólidos, consagrados en otro tiempo a huerta, parque y jardín, y a otras dependencias de la abadía, parecida a una de esas grandes arañas de mar, cuyo cuerno es redondo, mientras que sus patas salen de esta circunferencia en distintas direcciones.

Monk hizo guardar la huerta como el lugar más propio para las sorpresas, y mucho más allá de la abadía veíanse los fuegos del general enemigo; pero entre éstos y aquélla, corría el Tweed desarrollando sus luminosas escamas bajo la densa sombra de las grandes encinas.

Monk conocía perfectamente esta posición, pues Newcastle y sus cercanías le sirvieron más de una vez de cuartel general. Sabía perfectamente que durante el día era posible que su enemigo fuese a intentar una escaramuza en las ruinas, pero que se guardaría de aventurarse a ello por la noche. Así es que, se encontraba en seguridad.

De este modo pudieron verle sus soldados, después de lo que é1 llamaba fastuosamente su comida, esto es, del ejercicio de masticación antes referido, dormir sentado en una silla de junco, como después hizo Napoleón en la víspera de la acción de Austerlitz, la mitad a la luz de una lámpara, y la otra mitad a los reflejos de la luna, que comenzaba a remontarse a los cielos.

Lo cual quiere decir que eran las nueve y media de la noche, poco más o menos.

De pronto sacudió esta especie de medio sueño, fingido quizá, porque vio un pelotón de soldados que, corriendo con alegres gritos, acababan de pisar a las varetas de la tienda de Monk, zumbando desde este sitio para despertarle.

No era preciso un ruido tan grande. El general abrió los ojos.

— ¿Qué, hijos míos, qué sucede? preguntó el general.

— ¡General! —gritaron muchas voces—. Comeréis hoy.

—He comido, señores —respondió tranquilamente éste—, y estaba haciendo la digestión, como habéis visto. Pero, pensad y decidme lo que os trae aquí.

—General una buena noticia.

— ¡Bah! ¿Dijo Lambert que nos batiremos mañana?

—No, pero hemos apresado una barca de pescadores que conducía pesca al campamento de Newcastle.

—Y habéis hecho mal, amigos míos. Esos señores de Londres "son delicados, y hacen ahora el primer servicio; vais a ponerlos de muy mal humor esta noche, y mañana serán inexorables. Creedme, sería de muy buen gusto enviar al señor Lambert esos pescados y esos pescadores, a menos que...

El general reflexionó algunos segundos.

—Decidme, si gustáis — continuó——, ¿quiénes son esos pescadores?

—Marineros picardos que pescaban en las costas de Francia u Holanda, y a quienes un tempestuoso viento ha arrojado a las nuestras.

— ¿Alguno de ellos habla en nuestra lengua?

—El jefe ha dicho unas palabras en inglés.

A medida que le daban tales explicaciones, despertábase la desconfianza del general.

—Está bien —dijo—, quiero ver a esos hombres; traédmelos.

Salió un oficial, para ir en busca de ellos.

— ¿Cuántos son —añadió Monk—, y qué clase de buque tripulan?

—Son diez o doce, mi general, y montan una especie de quechemarin, como ellos llaman, de construcción holandesa, según parece.

— ¿Y decís que llevaban pescado al campamento de Lambert?

—Sí, general, y aun parece que han hecho buena pesca.

—Bien, lo veremos ahora —dijo Monk.

En aquel mismo momento volvía el oficial conduciendo al jefe de los pescadores, hombre de unos cincuenta y cinco años, poco más o menos, de buena presencia. Su estatura era mediana, y vestía jubón de lana basta y gorro calado hasta las cejas; llevaba un cuchillo ceñido a la cintura, y andaba con esa vacilación propia de los marineros, que no sabiendo nunca, gracias al movimiento de sus barcos, si ponen el pie en firme o en vago, dan a sus pasos una fijeza tan segura, como si se tratase de clavar una estaca.

Con una mirada penetrante contempló Monk largo tiempo al pescador, que comenzó a sonreírse de esa manera, mitad picaresca y mitad necia; particular a nuestros campesinos.

— ¿Hablas inglés? —le preguntó Monk en— correcto francés.

—¡Ah! Muy mal, milord —respondió el pescador.

Esta contestación fue hecha más bien con la acentuación viva de las gentes de más allá del Loira, que con el acento un poco tardo de las comarcas del Oeste y del Norte de Francia.

—Pero lo hablas —insistió Monk, para estudiar otra vez este acento.

—Nosotros, la gente de mar —respondió el pescador—, hablamos algo todas las lenguas.

— ¿Conque eres marinero pescador?

—Sí, milord, pescador, y aun famoso pescador. He pescado un labro que pesa treinta libras por lo menos, más de cincuenta mújoles y una multitud de pescadillas que están riquísimas en una fritura.

—Creo que tú has hecho más pesca en el golfo de Gascuña que en el canal de la Mancha —dijo Monk sonriendo:

—En efecto, soy del Mediodía, pero ¿esto impide que uno sea excelente pescador?

—No, y te compró tu pesca. Ahora, di con franqueza: ¿a quién la destinabas?

Milord, no os ocultaré que iba a Newcastle, siguiendo toda la costa, cuando un pelotón de jinetes que subía la orilla en sentido contrario hizo señas a mi barca de que volviese atrás hasta el campamento de Vuestro Honor, so pena de una descarga de mosquetería. Como yo no estaba armado en guerra —repuso el pescador sonriendo—, obedecí.

— ¿Y por qué ibas al campo de Lambert y no al mío?

—Milord, seré sincero, si lo permite vuestra señoría.

—Sí; y; si es preciso, te lo mando.

—Pues bien, milord: iba al campo del señor Lambert, porque esos señores de la ciudad pagan bien, mientras que vosotros, los escoceses, puritanos, presbiterianos, o como queráis llamaros, coméis poco y no pagáis mejor.

— ¿Y por qué siendo del Mediodía, vienes a pescar a estas costas?

—Porque he hecho la necedad de casarme en Picardía.

—Bien, pero la Picardía no es Inglaterra.

—Milord, el hombre pone el buque en la mar pero el cielo y el viento hacen lo que falta y conducen al buque donde les acomoda.

— ¿Luego no teñíais intención de abordar a nuestra playa?

—Nunca.

— ¿Y qué ruta llevabas?

—Volvíamos de Ostende, cuando de repente se levantó viento recio de Mediodía, que nos hizo torcer, el rumbo; entonces, conociendo que era inútil luchar contra él, enfilamos en su dirección, y ha sido necesario, para no perder la pesca que era buena, ir a venderla al puerto más cercano de Inglaterra; y como este puerto más cercano era Newcastle y la ocasión propicia, se decían, pues había exceso de población en el campo, y exceso de población en la ciudad, porque uno y otra estaban llenos de caballeros muy ricos y muy hambrientos, me dirigí hacia Newcastle.

— ¿Y dónde se hallan tus campaneros?

— ¡Oh! Mis compañeros se han quedado a bordo; porque son marineros sin instrucción ninguna. .

—Y tú... —dijo Monk.

— ¡Ah!: Yo ——dijo el patrón riendo—, he corrido mucho con mi padre, y sé cómo se dice un sueldo, un doblón, un luis y un luis doble en todos los idiomas de Europa; así es que mi tripulación me escucha como un oráculo, y me obedece como a un almirante.

— ¿De modo que fuiste tú quien escogió al señor Lambert como el mejor parroquiano o comprador?

—Cierto que sí, milord, y sed franco: ¿me había equivocado?

—Eso ya lo veras más tarde.

—En todo caso, milord, si hay culpa, mía es, y no hay por qué molestar a mis camaradas.

— Vaya un tunante con talento pensó Monk.

Después de unos minutos de silencio, empleados en examinar al' pescador, le preguntó el general:

—Me has dicho que vienes de Ostende.

—Sí, milord, en línea recta.

—Entonces, habrás oído hablar de los asuntos actuales, porque no dudo que se ocupan mucho de ellos en Francia y en Holanda. ¿Qué hace ahora, ese que se llama rey de Inglaterra?

— ¡Oh! Milord exclamó el pescador con expansiva franqueza—; he ahí una pregunta magnífica, y a nadie os habéis podido dirigir mejor que a mí; porque, en verdad, puedo daros una respuesta famosa. Figuraos, milord, que al arribar a Ostende para vender allí las pocas sardas que habíamos pescado, vi al ex rey, que se paseaba por las dunas, esperando los caballos que debían conducirle a La Haya, es un hombre muy pálido, de cabellos negros y el semblante algo duro. Tenía todo el aspecto de no estar bueno, y creo que el aire de Holanda no le es provechoso.

Monk seguía con gran atención las palabras rápidas y llenas de colorido del pescador, dichas en una lengua que no era la suya; pero ya hemos dicho que Monk la hablaba con facilidad. El pescador, por su parte, empleaba algunas veces una palabra francesa, otras una inglesa, y a veces otra que no pertenecía a ninguna lengua y que era gascona. Pero sus ojos hablaban por él y tan elocuentemente, que bien podía perderse una palabra de su boca, mas no la menor intención de sus ojos.

El general parecía cada vez más satisfecho de su examen.

—Tú habrás oído decir, que ese ex rey, como tú le llamas, se dirigía a La Haya con algún objeto.

— ¡Oh! Sí —dijo el pescador—, he oído decir eso.

— ¿Y con qué objeto?

— Siempre el mismo —dijo el pescador—; ¿no tiene la idea fija de volver a Inglaterra?

—Es cierto ——dijo Monk pensativo:

–Sin contar —añadió el pescador— con que el estatúder... ya sabeis, Guillermo II...

— ¿Qué?

—Le auxiliará con todo su poder.

— ¡Ah! ¿Tú has oído decir eso?

—No, pero así lo creo.

—Según parece, estás fuerte en política —observó Monk.

— ¡Oh! Nosotros los marineros, milord, que tenemos la costumbre de estudiar el agua y el aire, es decir las dos cosas más movibles del mundo, es muy extraño que nos equivoquemos acerca de lo demás.

—Veamos —dijo Monk cambiando de conversación—, dicen que nos vas a dar de comer opíparamente.

—Haré lo que pueda, milord.

— ¿En cuánto nos vendes tu pesca?

—Buen necio sería si le pusiera precio.

— ¿Y por qué?

—Porque, mi pesca os pertenece.

— ¿Con qué derecho?

—Con el del más fuerte.

—Pero mi intención es pagártela.

—Eso es muy generoso, milord.

—Entonces, ¿qué es lo que pides?

—Yo pido irme.

— ¿Dónde? ¿Al campo del general Lambert?

— ¡Yo! —murmuró el pescador—. ¿Y por qué había de ir a Newcastle, cuando ya no tengo pescado?

—En todo caso, óyeme.

—Oigo.

—Un consejo.

— ¡Cómo! ¿Milord quiere pagarme y darme además un buen consejo? ¡Milord me favorece demasiado!

Monk miró fijamente al pescador sobre el cuál parecía conservar alguna sospecha.

—Sí, deseo pagarte y darte un consejo, porque ambas cosas tienen relación. De modo que si vas al campo del general Lambert...

El pescador hizo cierto movimiento de cabeza y de hombros, que significaba:

—Si es así no le contrariemos.

—No atravieses el pantano prosiguió Monk; llevarás dinero, y encontrarás emboscadas de escoceses que he apostado allí. Son gente poco tratable, que comprende mal la lengua que hablas, aunque parezca componerse de tres idiomas, y que podrían quitarte lo que te hubiese dado, y al volver a tu país no dejarías de decir que el general tiene dos manos,

una escocesa y otra inglesa, y que tal vez quita con la mano escocesa lo que da con la mano inglesa.

— ¡Oh! General, yo iré donde queráis, estad tranquilo —dijo el pescador con un temor muy expresivo para no ser exagerado—. Yo no pido más que permanecer aquí, si queréis que me quede.

—Te creo —dijo Monk—; mas, sin embargo, no puedo conservarte en mi tienda.

—No tengo tal pretensión, .milord, y únicamente deseo que vuestra señoría me indique dónde desea que esté. No os molestéis; una noche se pasa muy pronto.

—Pues voy a hacerte llevar a tu barca.

—Como le plazca a vuestra señoría. Y si quiere hacerme conducir por un carpintero, le quedaré agradecido altamente.

— ¿Cómo es eso?

—Porque esos señores de vuestro ejército al hacer remontar la orilla a mi barca con el cable de que tiraban los caballos, la han destrozado un poco con las rocas de la ribera, de suerte que por lo menos tengo dos pies de agua en mi cala, milord.

—Un motivo más para que cuides de tu barco.

—Milord, estoy a vuestras órdenes —dijo el pescador—. Voy a descargar mis canastas donde queráis; luego me pagaréis, si os place, y me volveréis a ver si la cosa os conviene. Ya veis que yo me acomodo fácilmente.

—Vamos, vamos, eres un buen diablo —dijo Monk, cuya mirada escrutadora no había podido hallar una sola sombra en la limpidez de los ojos del pescador.

— ¡Hola! Digby, un ayudante de campo se presentó.

—Conduciréis a este buen hombre y a sus camaradas a las tiendas de las cantinas, delante de los pantanos; así, estarán cerca de su barca y no se acostarán en agua esta noche. ¿Qué sucede Spithead?

Spithead era el sargento a quien Monk había tomado un pedazo de tabaco para comer.

Spithead, al pasar a la tienda del general sin ser llamado, motivaba aquella pregunta.

—Milord —dijo—, un caballero francés se ha presentado en las avanzadas, y solicita hablar a Vuestro Honor.

Mas, aunque la conversación fuese en esta lengua, el pescador hizo un ligero movimiento, que Monk, ocupado con el sargento, no notó.

— ¿Y quién es ese caballero —preguntó Monk.

—Milord —respondió Spithead—, me lo ha, dicho; pero esos nombres franceses son tan difíciles de pronunciar para un gaznate escocés, que no he podido retenerlo. Por lo demás, ese caballero, según me han manifestado los centinelas, es el mismo que se presentó ayer, y que Vuestro Honor no quiso recibir.

—Es cierto, tenía consejo de oficiales.

— ¿Decidís algo respecto a ese caballero?

—Que le conduzcan aquí.

— ¿Será menester tomar precauciones?

— ¿Cuáles?

—Vendarle los ojos, por ejemplo.

— ¿Para qué? Sólo verá lo que yo deseo que vea, esto es, que tenga en derredor mío once mil valientes deseando morir en honor del parlamento de Escocia e Inglaterra.

— ¿Y este hombre, milord? — dijo Spithead mostrando al pescador, que durante el diálogo había permanecido en pie e inmóvil, como hombre que ve, pero que no entiende.

— ¡Ah! Es verdad —dijo Monk. Y volviéndose hacia el vendedor de pescado, le dijo:

—Hasta más ver, querido; ya te he— buscado una cama. Digby, condúcelo. 'No temas nada, que al instante se te enviará tu dinero.

—Gracias, milord —*dijo* el pescador.

Y, tras saludar, salió seguido de Digby.

A cien pasos de la tienda encontró a sus compañeros, que cuchicheaban con una locuacidad no exenta, al parecer, de inquietud. Pero les hizo una seña que los calmó.

— ¡Hola! Vosotros —dijo el patrón—, venid acá, Su Señoría, el general Monk, tiene la generosidad de pagarnos nuestro pescado, y la amabilidad de darnos hospitalidad esta noche.

Los pescadores se unieron a su jefe, y conducidos por Digby se encaminaron hacia las cantinas, lugar que se, les había destinado, según sabernos.

Al marchar hacia este punto, los pescadores pasaron en la obscuridad junto al soldado que conducía al caballero francés, a caballo y embozado en la capa, lo cual hizo que el patrón no pudiese verle, por grande que fuera su curiosidad. En cuanto al caballero, ignorando que tan cerca tuviera compatriotas, no paró la atención en la pequeña caravana.

El ayudante instaló a sus huéspedes en una tienda bastante capaz, de donde fue desalojada una cantinera irlandesa que fue a acostarse con sus hijos donde la suerte la deparó. Una buena fogata ardía delante de esta tienda, y extendía su resplandor purpúreo sobre los húmedos matorrales del pantano, que rizaba una brisa bastante fresca. Hecha la instalación, el ayudante de campo dio las buenas noches a los marineros, haciéndoles observar que desde el umbral de la tienda veíanse las jarcias de la barca que se balanceaba sobre el Tweed, prueba patente de que aún no se había ido a pique. Este espectáculo pareció alegrar infinitamente al jefe de los pescadores.

XXIV

UN TESORO

El caballero francés que Spithead anunciara a Monk, y que tan bien envuelto en su capa había pasado al lado del pescador que salía de la tienda del general cinco minutos antes de que él entrase, atravesó los diferentes puestos sin dirigir siquiera la vista en derredor suyo, temeroso de parecer indiscreto. Según las órdenes dadas, fue conducido a la tienda del general, en cuya antecámara le dejaron solo aguardando a Monk, que no tardó en presentarse más tiempo que el necesario para escuchar el informe de su gente y estudiar por el tabique de lienzo el rostro del que pedía una entrevista.

Sin duda el informe de los que habían acompañado al gentilhombre francés hablaba de la discreción conque se condujo; porque la primera impresión que sintió el extranjero de la acogida que se le hacía por parte del general, fue más favorable de lo que debía esperarse en semejante momento, y de parte de un hombre tan suspicaz. Monk, por su parte, según su costumbre, cuando se halló en presencia del extranjero, fijó en él sus penetrantes miradas, que el extranjero sostuvo sin dificultad ni embarazo. Después de algunos segundos, el general le hizo una seña con la mano y con la cabeza en demostración evidente de que aguardaba.

—Milord —dijo el gentilhombre en correcto inglés—, he pedido una entrevista a Vuestro Honor, para un asunto importante.

—Caballero —contestó Monk en francés—, muy puramente habláis nuestra lengua para un hijo del continente. Os pido perdón, porque sin duda es indiscreta la pregunta: ¿habláis el francés con igual pureza?

—Nada tiene de extraño, milord, que hable inglés con bastante familiaridad, porque en mi juventud viví en Inglaterra, y después he hecho a ella dos viajes.

Estas palabras fueron dichas en francés y con tal pureza de lenguaje que denunciaba no solo a un francés, sino también a un francés de las cercanías de Tours.

— ¿Y en qué parte de Inglaterra habéis vivido, caballero?

— Durante mi juventud en Londres, milord; luego, hacia el año 1635, hice un viaje de placer a Escocia, y por último, en 1648, habité algún tiempo en Newcastle, particularmente en el convento, cuyos jardines se encuentran ocupados por vuestro ejército.

—Dispensadme, caballero, pero... ya comprenderéis estas preguntas, ¿no es cierto?

—Me sorprendería, milord, que no se me hicieran.

—Ahora, caballero, ¿qué puedo hacer en vuestro servicio y qué deseáis de mí?

—Helo aquí, milord; pero, ¿estamos solos?

—Sí, solos, caballero, a excepción del destacamento que nos guarda. Y diciendo estas palabras, separó Monk el lienzo de la tienda, y demostró al caballero que el centinela permanecía a diez pasos de distancia, y que al primer llamamiento podía acudir gente en un segundo.

—En ese caso, milord —dijo el caballero con tono tan tranquilo como si desde mucho tiempo estuviese ligado por la amistad con su interlocutor—, estoy completamente decidido a hablar a Vuestro Honor, parque sé que sois hombre honrado. Por lo demás, la comunicación que voy a haceros os demostrará la estimación que os tengo.

Sorprendido Monk de este lenguaje que establecía entre él y el caballero francés la igualdad, por lo menos, alzó su penetrante mirada sobre el extranjero, y con una ironía sensible tan sólo por la inflexión de voz, pues no se movió siquiera un músculo de su fisonomía.

—Os doy las gracias, señor —dijo—; pero, si gustáis, decidme primeramente quién sois.

—Ya he manifestado mi nombre, al sargento de vuestra guardia, milord.

—Perdonadle, caballero, es escocés y ha tenido dificultad en retenerlo.

—Me llamo conde de la Fère repuso Athos.

— ¿El conde de la Fére? —dijo Monk como queriendo recordar alguna cosa—. Dispensad, caballero, pero me parece que ésta es la vez primera que oigo ese nombre. ¿Desempeñáis algún cargo en la corte de Francia?

—Ninguno. Soy un simple gentilhombre.

— ¿Alguna dignidad?

—El rey Carlos I me hizo caballero de la Jarretiera, y la reina Ana de Austria me concedió el cordón del Espíritu Santo. Estas son mis únicas dignidades, señor.

— ¡La Jarretiera! ¡Espíritu Santo! ¿Sois caballero de estas dos órdenes, señor?'

—Sí.

— ¿Y por qué os fue concedido tal favor?

—Por servicios prestados a Sus Majestades..

Monk miró asombrado a este hombre, que parecía tan sencillo y tan grande al mismo tiempo. Luego, como si hubiera, renunciado a penetrar este misterio de sencillez y de grandeza, sobre el cual el extranjero no parecía estar dispuesto a dar más explicaciones, dijo:

— ¿Sois vos quien se presentó ayer en las avanzadas?

—Y a quien despidieron; sí, mi lord.

—Muchos, capitanes no permiten entrar a nadie en su campo, y sobre todo, en la víspera de una batalla probable; pero yo difiero de mis colegas, y no me gusta dejar a nadie detrás de mi. Todo consejo es bueno para mí; todo peligro me lo envía el cielo, y yo lo peso en mi mano con la energía que me ha dado. Así es que ayer fuisteis despedido a causa del Consejo que yo estaba celebrando. Mas hoy que estoy libre podéis hablar.

—Milord, habéis hecho tanto mejor en recibirme; cuanto que para nada se trata ni de la batalla que vais a dar al general Lambert, ni tampoco de vuestro campamento; y la prueba es que yo he vuelto la cabeza a otro lado para no ver vuestros hombres, y cerrado los ojos para no contar vuestras tiendas. No, milord, yo vengo a hablaros para asuntos míos.

—Hablad pues, caballero —dijo el general.

—Hace poco —continuó Athos—, tenía el honor de deciros que he habitado mucho tiempo en Newcastle; esto era en tiempo de Su Majestad Carlos I y cuando el difunto rey fue entregado al señor Cromwell por los escoceses.

—Ya lo sé —dijo fríamente Monk. —En aquel tiempo tenía yo una crecida suma de dinero en oro, y la víspera de la batalla, por presentimiento tal vez de las cosas que iban a suceder al otro día, la escondí en la cueva del convento de Newcastle, y en la torre cuya cúspide argentada por la luna divisáis desde este sitio. Allí, pues, ha sido enterrado mi tesoro, y venía a suplicar a Vuestro Honor me permita que lo retire antes que, dirigiéndose tal vez la batalla hacia este sitio, una ruina o cualquier otro ardid de guerra destruya el edificio y sepulte mi oro, o lo ponga de manifiesto de tal manera que los soldados se apoderen de él.

Monk conocía a los hombres, y vio en el rostro de éste toda la energía, toda la justicia y toda la circunspección posibles; no podía atribuir sino a una confianza magnánima la revelación del gentilhombre francés, de la cual mostróse profundamente conmovido.

—En efecto, caballero —dijo—, que habéis augurado bien de mí. ¿Pero esa cantidad vale la pena de que os expongáis? ¿Creéis que esté todavía en el lugar que la dejasteis?

—Sí está, señor, no lo dudéis.

— Eso es responder a una pregunta, pero no a la otra... Os he preguntado si la cantidad era tan crecida que mereciese exponeros así.

—Sí, milord, es realmente crecida, porque es un millón que enterré en dos barriles.

— ¡Un millón! —murmuró Monk, a quien esta vez miró Athos fija y largamente.

Monk lo notó y volvió a su desconfianza.

—Este es un hombre —dijo para sí— —que me tiende un lazo. De suerte, caballero —repuso—, ¿que queréis retirar esa cantidad?

—Si gustáis, milord. ¿Cuándo?

—Esta misma noche, a causa de las circunstancias que os he explicado.

—Pero, caballero —repuso Monk—, el general Lambert está tan cerca de la abadía donde tenéis que buscarlo como yo. ¿Por qué, pues, no os habéis dirigido a él?

—Porque, milord, cuando se obra en circunstancias semejantes es menester consultar al instante antes que todo; pues bien, el general Lambert no me inspira la confianza que vos me inspiráis.

—Bien, caballero. Haré de modo que encontréis vuestro dinero, si es que todavía está allí, porque, en fin, puede ser que no esté. Desde 1648 han transcurrido doce años, y con ellos muchos acontecimientos.

Monk insistía en este punto para ver si el caballero francés se aprovechaba de la escapatoria que le, proporcionaba; pero Athos no pestañeó siquiera.

—Os confieso milord —dijo con firmeza—, que mi convicción con respecto al sitio de los dos barriles es que no han cambiado de lugar ni de dueño.

Esta respuesta quitó a Monk una sospecha, pero le sugirió otra. Sin duda, aquel francés era un emisario enviado para inducir acometer alguna falta al protector del Parlamento: el oro no era más que añagaza, con cuyo auxilio se pretendía, quizá, excitar la codicia del general. Aquel oro no debía existir. Así es que Monk trataba de sorprender en flagrante delito de mentira y de astucia al caballero francés, y de sacar del mal paso en que sus enemigos trataban de comprometerlo un triunfo para su reputación. Y decidido sobre lo que debía hacer.

—Caballero —dijo a Athos—, espero me haréis el honor de compartir conmigo la comida.

—Sí, milord—respondió Athos inclinándose—, ya que me hacéis una honra de que me considero digno por la simpatía que me inclina hacia vos.

—Es tanto más de agradecer que aceptéis con esa franqueza, cuanto que mis cocineros son escasos y poco ejercitados, y mis proveedores han vuelto esta noche con las manos vacías; de modo que a no ser por un pescador de vuestra patria, que han hecho entrar en mi campamento, el general Monk se acostaría sin cenar esta noche. De modo que sólo tengo pescado fresco, según me ha dicho, el vendedor.

—Milord, acepto, principalmente por tener el honor de pasar unos instantes más con vos.

Hecho este cambio de cumplimientos, durante el cual nada, había perdido el general de su circunspección, fue servida la comida, o lo que debía hacer sus veces, sobre una mesa

de abeto. Monk hizo seña al conde de la Fére de que se sentase a ella, y tomó asiento enfrente de él; un solo plato llenó de pescado cocido, presentado a los dos distinguidos convidados, prometía más a los estómagos hambrientos que a los paladares delicados. En tanto, es decir, comiendo el pescado rociado con cerveza, Monk hizo que le narrase los últimos sucesos de la Fronda, la reconciliación del señor de Conde con el rey y el matrimonio probable de Su Majestad con la infanta María Teresa; pero evitó, como evitaba también Athos, toda alusión a los intereses políticos que unían, o más bien que desunían, en aquel momento, a Inglaterra, Francia y Holanda. El general se convenció en esta conversación de una cosa que ya había observado desde el principio: que trataba con un hombre de alta distinción.

Este no podía ser un asesino, y repugnaba a Monk suponerle un espía, pero había en Athos tanta finura y firmeza al mismo tiempo, que Monk creyó ver en él un conspirador.

Cuándo se levantaron de la mesa le preguntó Monk:

— ¿De modo que creéis en vuestro tesoro?

—Sí, milord.

— ¿De veras?

—Ciertísimo.

— ¿Y creéis encontrarle en el mismo sitio en que fue enterrado?

—A la primera investigación —respondió Athos.

—Pues bien —dijo Monk—; yo os acompañaré por curiosidad. Y es tanto más necesario que os acompañe, cuanto que hallaréis las mayores dificultades en circular por el campamento sin mí o uno de mis ayudantes.

—General, yo no consentiría que os incomodaseis, si en efecto no tuviera necesidad de vuestra compañía; Pero como reconozco que esa compañía, me es, no sólo honrosa, sino también necesaria, la acepto.

— ¿Queréis que llevemos alguna gente? —preguntó Monk a Athos.

—Creo que es inútil, general, si vos mismo no veis precisión en ello. Dos hombres y un caballo bastarán para transportar los dos barriales a la falúa que me ha traído, pero será necesario minar, cavar, remover la tierra, partir piedras, y no contaréis con hacer ese trabajo vos mismo, ¿no es verdad?

—General, no es preciso ni minar ni cavar. El tesoro está sepultado en la bóveda de los sepulcros del convento, debajo de una piedra sellada con una anilla grande de hierro. Allí están colocados los dos barriles cubiertos con una capa de yeso, en la misma forma de un ataúd. Hay, además, una inscripción que debe servirme para reconocer la piedra; y como no quiero en un asunto de tanta delicadeza y confianza guardar secretos a Vuestro Honor, os diré esta inscripción:

Hic jacet venerabilis Petrus Guillelmus *Scott, Canon, Honorab. Conventus Novi Castelli. Obift quarta et decima die Feb. ann— Dom. MCCVNI*

Requiescat in pace.

Monk no perdía palabra, pues estaba admirado, ya de la duplicidad maravillosa de este hombre y de la manera superior con que representaba su papel, y a la buena fe con que presentaba su petición, tratándose de un millón aventurado contra una puñalada en medio de un ejército que hubiera considerado el robo como una restitución.

—Está bien —dijo—, os acompaño y considero tan maravillosa la aventura, que yo mismo quiero llevar la antorcha que nos alumbre,

Diciendo estas palabras, se ciñó la espada y púsose una pistola en el cinto, descubriendo, con este movimiento que hizo entreabrir su jubón, los finos anillos de una cota de malla, destinada a ponerle a cubierto de la primera puñalada de un asesino.

Hecho lo cual, puso en su mano izquierda un *dirk* escocés, y volviéndose hacia Athos:

— ¿Estáis dispuesto, caballero? preguntó——. Yo ya lo estoy. Athos, al contrario de lo que Monk acababa de hacer, puso su puñal sobre la mesa, desabrochó el cinturón de su espada, que puso, al lado del puñal y, abriendo sin afectación alguna los broches de su jubón, como para buscar su pañuelo, enseñó debajo de su fina camisa de batista el pecho desnudo y sin armas ofensivas ni defensivas.

—He aquí un hombre extraño —dijo Monk para sí—, no lleva arma ninguna. Sin duda me prepara una emboscada.

—General —dijo Athos como si hubiese adivinado el pensamiento de Monk—, deseáis que vayamos solos, está muy bien; pero un gran capitán no debe jamás exponerse con temeridad; es de noche, y el paso del pantano puede ofrecer peligros, haced que os acompañen.

—Es verdad —dijo·

Y llamando, Digby.

Apareció el ayudante de campo.

—Cincuenta hombres armados espada y mosquete —dijo.

Y miró a Athos.

—A muy poco —dijo éste— si hay peligro, y demasiado si no le hay.

—Iré solo —dijo el general Monk de pronto—. Digby, no necesito a nadie. Vamos, señor.

XXV

EL PANTANO

Athos y Monk atravesaron desde el campamento en dirección al Tweed aquella parte del terreno que Digby había hecho salvar a los pescadores, desde el Tweed al campamento. El aspecto de este sitio, el aspecto de los cambios que en él habían realizado los hombres, era el más a propósito para el mayor efecto sobre una imaginación delicada y viva como la de Athos. Athos sólo miraba a estos desolados lugares; Monk no miraba más que a Athos; a Athos, que clavando unas veces los ojos en el cielo, otras en la tierra, investigaba, pensaba y suspiraba.

Digby, a quien la última orden del general, y principalmente el acento con que la había dado, le conmovió al principio, siguió unos veinte pasos a dos nocturnos paseantes; mas habiéndose vuelto el general, como sorprendido de que no se cumpliesen sus órdenes, el ayudante de campo comprendió que era indiscreto y volvió a su tienda.

Supuso que el general quería hacer de incógnito en su campo una de esas revistas de vigilancia que todo buen capitán no deja de hacer la víspera de un trance decisivo; en este

caso se explicaba la presencia de Athos, como un inferior se explica lo que es misterioso por parte de su jefe. Athos podía ser, y, aun debía serlo a los ojos de Digby, un espía cuyas noticias iban a ilustrar al general.

Después de diez minutos de marcha o poco menos entre las tiendas y los puestos avanzados, entró Monk en una calzada estrecha que dividíase en tres brazos. La de la izquierda conducía al río, la de en medio a la abadía de Newcastle sobre el pantano, y la de la derecha atravesaba las primeras líneas del campamento de Monk, esto es, las más inmediatas al ejército de Lambert.

Al otro lado del río había un puesto avanzado que pertenecía al ejército de Monk, que vigilaba al enemigo y que se componía de ciento cincuenta escoceses. Habían pasado el Tweed a nado, y en caso de ataque debían repasarlo del mismo modo dando la alarma, mas como no había puente en este sitio, y como los soldados de Lambert no eran tan prontos en arrojarse al agua como los de Monk, éste no parecía sentir gran sobresalto por esta parte.

Del lado de acá del río, y a quinientos pasos poco más o menos del antiguo convento, tenían los pescadores su vivienda en medio de un hormiguero de tiendas pequeñas levantadas por los soldados de los clanes vecinos que tenían consigo a sus esposas y a sus hijos.

Toda esta confusión ofrecía, a los rayos de la luna un golpe de vista sorprendente. La penumbra hacía más agradables sus detalles, y la luz aduladora, que tan sólo se fija en la parte bella de las cosas, hacía resplandecer el punto todavía intacto de los mohosos arcabuces, y la parte más blanca de cualquier pedazo de lienzo.

Monk llegó, por tanto, con Athos, atravesando este paisaje sombrío iluminado por dos luces, la argentada de la luna y la rojiza de los moribundos fuegos, a la encrucijada que hemos mencionado. Allí se detuvo, y dirigiéndose a su compañero:

—Caballero —dijo—, ¿conocéis el camino?

—General, si no me equivoco, la calzada de en medio conduce recta a la abadía.

—Eso es; pero tendremos necesidad de luz para guiarnos en el subterráneo.

Monk se volvió.

— ¡Ah! Digby nos ha seguido, según parece —dijo—; tanto mejor, porque nos proporcionará lo que necesitamos.

—En efecto, general, allá abajo hay un hombre que camina detrás de nosotros hace algún tiempo.

— ¡Digby! —exclamó Monk—. ¡Digby! Venid acá.

Pero en lugar de obedecer, la sombra hizo un movimiento de sorpresa; y, retrocediendo en vez de avanzar, se agachó y desapareció por la camada de guijo y arena de la izquierda, dirigiéndose hacia el alojamiento que se había dado a los pescadores.

—Parece que no es Digby —dijo Monk.

Ambos habían seguido con la vista a la sombra que se había desvanecido; mas no era cosa tan rara el que un hombre rondase a las once de la noche por un campamento donde estaban acostados diez o doce mil; para que Athos y Monk se sobresaltasen por aquella desaparición.

—Ya que necesitamos un farol, una linterna o una luz cualquiera para ver dónde ponemos los pies, busquemos ese farol —dijo Monk.

—El primer soldado que encontremos nos alumbrará, general.

—No —dijo Monk, para ver si había alguna connivencia entre el conde de la Fére y los pescadores—. No, desearía más bien a alguno de esos marineros franceses que han llegado esta noche a venderme su pesca. Se marchan mañana y guardarán mejor el secreto; en tanto que si se esparce el rumor en el ejército escocés, de que se buscan tesoros en la abadía de Newcastle, mis *highlanders* creerán que hay un millón debajo de cada losa, y no dejarán piedra sobre piedra en el edificio.

—Haced lo que queráis, general —dijo Athos con tono de voz tan natural, qué demostraba que pescador o soldado todo le era igual, y que no daba preferencia a ninguno.

Aproximóse Monk a la calzada, detrás de la cual había desaparecido aquel a quién había tomado por Digby, y encontró una patrulla que dando vuelta a las tiendas caminaba hacia el cuartel general; fue detenida con su compañero, dijo el santo y seña, y siguió su camino. Un soldado que despertó, al ruido, se levantó para ver lo que pasaba.

—Preguntadle dónde se hallan los pescadores —dijo Monk a Athos—, pues si hago yo la pregunta me conocerá.

Athos acercóse al soldado, quien le indicó la tienda, adonde se dirigió con Monk.

Parecióle al general que en el momento en que a ella se acercaba, una .sombra, igual a la que ya había visto, deslizábase en la tienda; pero al aproximarse más reconoció que se había engañado, porque todo el mundo dormía allí confundido, y sólo se veían piernas y brazos entrelazados:

Temiendo Athos que se le supusiera en connivencia con alguno de sus compañeros, se quedó fuera de la tienda.

— ¡Hola! —dijo Monk en francés—. Despertad.

Dos o tres dormilones se incorporaron.

—Necesito un hombre que me alumbre —continuó Monk, y montaraces de Escocia.

Todo el mundo hizo un movimiento, ya incorporándose, ya levantándose del todo. El jefe se había levantado el primero.

—Vuestro honor puede contar con nosotros —dijo con voz que hizo temblar a Athos—. ¿Dónde se habrá de ir?

—Ya lo veréis. ¡Un farol! ¡Vamos, pronto!

— ¿Desea Vuestro Honor que sea yo mismo quien le acompañe?

—Tía o cualquier otro; lo que deseo es que uno me alumbre.

—Es extraño —pensó Athos—. ¡Qué voz tan extraña la de ese pescador!

— ¡Eh! ¡Vosotros, fuego! —gritó el pescador—, ¡Vamos!

Y dirigiéndose al que tenía más cerca de sus compañeros, le dijo en voz baja:

—Alumbra tú, Menneville, y está dispuesto a todo.

Un pescador hizo saltar chispas de una piedra, cogió un trozo de yesca, y con el auxilio de una pajuela encendió una linterna. La luz alumbró de pronto toda la tienda.

— ¿Estáis dispuesto, caballero? —dijo Monk a Athos, que volvió el rostro para no exponerlo a la claridad de la luz.

— ¡Sí, general! —; respondió.

— ¡Ah! ¡El caballero francés! —dijo en voz muy baja el jefe de los pescadores—. ¡Diantre! ¡Buena idea he tenido en encargarte la comisión, Menneville, pues podría conocerme a mí! ¡Alumbra, alumbra!

Estas palabras fueron dichas en el fondo de la tienda y en voz tan baja que Monk no pudo oír ni una sílaba, a más de que hablaba con Athos.

Menneville preparábase en todo este tiempo, o más bien, recibía las órdenes de su jefe.

— ¿Vamos? —dijo Monk.

—Aquí estoy, general— repuso el pescador.

Monk, Athos y el pescador salieron de la tienda.

— ¡Es imposible! —murmuró Athos—. ¡Estoy soñando!

—Ve delante por la calzada de en medio y estira las piernas —dijo Monk al pescador.

Aunque habían andado veinte pasos, cuando la misma sombra que, al parecer había entrado en la tienda, salía de ella arrastrándose hasta los pilotes, y, protegida por la especie de parapeto colocado en, los alrededores de la calzada, observaba la marcha del general.

Los tres desaparecieron en la bruma, caminando hacia Neweastle, cuyas piedras ya se distinguían blancas como sepulcros.

Después de haber descansado algunos segados bajo el pórtico, penetraron en el interior. La puerta había sido rota a hachazos: Una guardia de cuatro hombres do—mía tranquilamente en una hondonada, en la certeza de que el ataque no podía verificarse por aquella parte.

— ¿No os estorbarán estos hombres? preguntó Monk a Athos.

—Al contrario, señor; ayudarán a conducir los barriles, si Vuestro Honor lo permite.

—Tenéis razón.

Por más dormida que estuviera la guardia, se despertó a los primeros pasos de los visitantes por entre los espinos y hierbas que invadían el pórtico. Dio Monk el santo y seña y entró en el interior del convento, siempre precedido de su farol. Iba detrás, vigilando hasta el menor movimiento de Athos, con el puñal desnudo debajo de la manga y resuelto a sepultarle en el costado del caballero al primer gesto sospechoso que le viese hacer. Pero Athos atravesó las salas y los patios con paso firme.

No había puertas ni ventanas en este edificio. Aquéllas habían sido quemadas, algunas en su mismo sino, y, sus trozos aun estaban agrietados por la acción del fuego, que se había apagado solo, impotente sin duda para penetrar hasta lo último en aquellas macizas junturas de encina unidas con clavos de hierro. En cuanto a las ventanas, todos los vidrios estaban rotos, y veíanse huir por los agujeros los pájaros nocturnos que espantaba la luz del farol. Algunos gigantescos murciélagos empezaron a trazar en derredor de los dos importunos sus vastos y silenciosos círculos, mientras que en la luz extendida sobre las altas paredes de piedra se veían vacilar sus sombras. Este espectáculo era tranquilizador para razonadores y Monk dedujo que no había ningún hombre en el convento, puesto que aún estaban en él los animales feroces y huían a su aproximación.

Después de haber franqueado los escombros y arrancado alguna que otra hiedra que estaba como de guardián de la soledad, llegó Athos alas bóvedas situadas debajo del salón, pero cuya entrada daba a la capilla. Allí se detuvo.

—Ya hemos llegado, General — murmuró.

— ¿Es esta la losa?

—Sí.

—Efectivamente, reconozco la anilla; pero está empotrada en tierra.

—Será necesario una palanca.

—Eso es fácil de encontrar. Mirando en derredor suyo, Athos y Monk vieron un pequeño fresno de tres pulgadas de diámetro, que había arraigado en un ángulo del muro, subiendo hasta una ventana cegada por las ramas.

— ¿Tienes un cuchillo? —preguntó Monk al pescador.

— Sí, señor.

—Pues corta ese árbol.

El pescador obedeció, pero no sin que su machete quedara mellado. Guando estuvo cortado el fresno y en forma de palanca, los tres hombres penetraron en el subterráneo.

—Permanece aquí—dijo Monk al pescador designándole un rincón de la cueva—; tenemos que desenterrar pólvora y sería peligroso el farol.

El hombre retrocedió con una especie de terror y se colocó en el sitio que le habían designado, mientras Monk y Athos daban vuelta a una columna, a cuyo pie, por un respiradero, penetraba un rayo de luna reflejado precisamente por la piedra que el conde de la Fère venía a buscar desde tan lejos.

—Ya estamos aquí —dijo Athos, indicando al general la inscripción latina.

—Sí —dijo Monk.

Pero, como si todavía quisiese dejar al francés un medio evasivo:

— ¿No notáis —prosiguió— que ya han penetrado en esta cueva y que han sido rotas muchas estatuas

—Milord, seguramente habréis oído decir que el respeto religioso de vuestros escoceses quiere que las estatuas de los muertos guarden los objetos preciosos que han podido poseer durante su vida. De modo que los soldados han debido pensar que bajo el pedestal de las estatuas que adornaban a la mayor parte de estos sepulcros se ocultaran tesoros, y por eso han destruido los pedestales. Pero la tumba del venerable canónigo, en la cual tenemos que hacer, no se distingue por ningún monumento; es sencilla, y ha estado protegida por el miedo supersticioso, que siempre han tenido vuestros puritanos al sacrilegio; ni siquiera se ha desprendido un trozo de mampostería.

—Es cierto —dijo Monk. Athos tomó la palanca.

— ¿Queréis que os ayude? —dijo Monk.

—Gracias, milord; no quiero que Vuestro Honor ponga mano en una obra de la que tal vez no querría tomar la responsabilidad si conociese sus consecuencias probables.

Monk alzó la cabeza.

— ¿Qué decís, caballero? —preguntó.

—Quiero decir... Pero ese hombre.

—Esperad —dijo Monk—; entiendo lo que teméis, y voy a hacer una prueba.

Entonces se volvió hacia el pescador, cuyo perfil se veía iluminado por el farol.

— ¡Come here, friend! ——dijo con acento de mando.

El pescador no se movió.

—Está bien ——continuo—, no sabe inglés. Habladme, pues, inglés, si queréis, caballero.

—Milord —respondió Athos—, muchas veces he visto en circunstancias a hombres que han tenido sobre sí mismos el poder de no responder una pregunta hecha en lengua que comprendían. Quizá el pescador sea más listo de lo que creemos. Os suplico que lo despidáis.

No hay duda —pensó Monk que desea tenerme solo en esta cueva. No importa, sigamos hasta el fin; un hombre vale tanto como otro, y, estamos solos...

—Amigo mío —dijo Monk al pescador—, sube esa escalera que acabamos de bajar, y cuida de que nadie venga a interrumpirnos.

El pescador hizo un ademán para obedecer.

—Déjate ahí el farol —dijo Monk—, porque denunciaría tu presencia y podría valerte algún mosquetazo extraviado.

El pescador pareció apreciar el consejo, pues dejó el farol en el suelo y desapareció bajo la bóveda de la escalera.

Monk cogió el farol y lo puso al pie de la columna.

—Vamos —dijo—, ¿con que hay dinero oculto en ese sepulcro?

—Sí, milord y dentro de cinco minutos no dudaréis de ello.

Al mismo tiempo descargó Athos un golpe violento sobre la tapa del sepulcro.

— Ven aquí, amigo…, yeso, que se rajó presentando una grieta a la punta de la palanca. Athos introdujo el alzaprima en aquella grieta, y pronto cedieron trozos enteros de yeso, levantándose como losas redondas. Entonces, el conde de la Fère cogió las piedras y las separó con sacudidas de que no se hubiera creído capaz a hombre de manos tan delicadas.

—Milord —dijo Athos—, ya veis la mampostería de que he hablado a Vuestro Honor.

—Sí, pero todavía no veo los barriles—dijo Monk.

—Si yo tuviese un puñal —dijo Athos mirando en derredor suyo muy pronto los veríais, milord. Desgraciadamente, he olvidado el mío en la tienda de Vuestro Honor.

—De buena gana os ofrecería el mío —dijo Monk—, mas su hoja me parece demasiado frágil para el objeto a que la destináis.

Athos buscó en derredor suyo un objeto cualquiera que pudiera reemplazar el arma que deseaba.

Monk no perdió ni uno de los movimientos de sus manos ni una de las expresiones de sus ojos.

— ¿Por qué no pedís un cuchillo al pescador? —preguntó Monk—. Él tenía un machete.

— ¡Ah! Es verdad —contestó Athos—; de él se sirvió para cortar el árbol.

Y se aproximó a la escalera.

—Amigo —dijo al pescador—, hacedme el favor de vuestro machete, lo necesito.

El arma al caer resonó en la escalera.

—Tomad —dijo Monk—; es un instrumento sólido, por lo que veo, y una mano firme puede sacar de él buen partido.

Athos pareció no dar a las palabras de Monk sino el sentido natural y sencillo con que debían ser oídas y entendidas. Tampoco observó, o al menos pareció no notar, que cuando volvió hacia Monk, éste se echó atrás, llevando, su mano izquierda a la pistola; en la derecha empuñaba ya su dirk. Púsose, pues, a su obra, dando la espalda a Monk y entregándole su vida sin defensa posible. Golpeó por algunos segundos con tal destreza y precisión sobre el yeso intermediario, que rompió la capa en dos pedazos, y entonces pudo ver el general los dos barriles, uno junto a otro, y cuyo peso los mantenía inmóviles en su envoltura gredosa.

—Milord —observó Athos—, ya veis que no me habían engañado mis presentimientos:

—Sí, caballero —dijo Monk—, y debo creer que ya estáis satisfecho, ¿no es verdad?

—Indudablemente; la pérdida de este dinero me hubiera sido en extremo sensible; pero yo estaba cierto de que Dios, que protege las buenas causas, no habría permitido que se perdiese este oro que debe hacerle triunfar.

—Por mi fe —dijo Monk—, que sois tan misterioso en vuestras palabras como en vuestras acciones, caballero. Ahora poco no os comprendí cuando me dijisteis que no querías descargar sobre mí la responsabilidad de la obra que realizábamos.

—Tenía razón en decir eso, milord.

—Y ahora, me habláis de la buena causa. ¿Qué entendéis por la buena causa? Cinco o seis causas defundemos en este momento en Inglaterra, y ello no impide que cada uno considere la suya, no sólo como la buena, sino como la mejor: ¿Cuál es la vuestra, caballero? Hablad francamente, y veamos si sobre ese punto, al cual parece que dais gran importancia, somos del mismo parecer.

Athos fijó en Monk una de esas miradas profundas que parecen desafiar al que van dirigidas, a que oculte uno sólo de sus pensamientos; y levantando en seguida su sombrero empezó con voz solemne, mientras su interlocutor, con una mano en el rostro, abarcaba barba y bigote, al propio tiempo que su mirada vaga y melancólica erraba por las profundidades del subterráneo.

XXVI

CORAZÓN Y CABEZA

—Milord —dijo el conde de la Fère—, sois un noble inglés y un hombre leal, y habláis a un noble francés, a un hombre de corazón. El oro contenido en estos dos barriles os he dicho que me pertenecía, mas he dicho mal; ésta es la primera mentira que en mi vida he dicho, pero mentira momentánea; ese oro es propiedad del rey Carlos II, desterrado de su patria, echado de su palacio, huérfano a la vez de padre y del trono, y privado de todo, aun de la triste ventura de besar de rodillas la piedra donde la mano de sus asesinos escri-

bió este sencillo epitafio, que eternamente clamará venganza contra ellos: "Aquí yace el rey Carlos I".

Monk palideció, y un imperceptible escalofrío arrugó su cutis y erizó su bigote carp.

—Yo —continuó Athos—, yo, el conde de la Fère; el único, el último leal que queda al pobre príncipe abandonado, le he ofrecido venir en busca del hombre de quien depende hoy la suerte de la realeza en Inglaterra; y he llegado y me he presentado a las miradas de este hombre, y entregándome desnudo y desarmado en sus manos y diciéndole Milord, éste es el único recurso de un príncipe a quien Dios hizo vuestro amo y su nacimiento vuestro rey; de vos, de vos sólo dependen su vida y su porvenir. ¿Queráis emplear este dinero en consolar a Inglaterra de los males que ha debido experimentar durante la anarquía, esto es, queréis ayudar, o, si no ayudar, dejar obrar, al menos al rey Carlos II? Vos sois el amo, vos sois el rey, amo y rey todopoderoso, porque la casualidad deshace algunas veces la obra de los tiempos y de Dios. Estoy sólo con vos, milord; si mi complicidad os pesa, armado estáis, y he aquí un sepulcro abierto ya; si, por el contrario, el entusiasmo de vuestra causa os embriaga, si sois lo que parecéis, si vuestra mano obedece en cuanto emprende a vuestra inteligencia, y vuestra inteligencia a vuestro corazón, ved el medio de perder para siempre la causa de vuestro adversario Carlos Estuardo. Matad al hombre que tenéis a la vista, porque este hombre no volverá hacia aquél que le ha enviado, sin llevarle el depósito que le confió Carlos I, su padre, y guardad el oro, que puede aprovecharos para mantener la guerra civil. ¡Ah! Milord, tal es la condición fatal de este príncipe desventurado. Necesita corromper o matar, porque todo le resiste, todo le rechaza, toda le es hostil, y no obstante, está marcado con el sello divino, y es preciso, para no desmentir su sangre, que suba al trono o que muera sobre el sagrado suelo de la patria. Milord, ya me habéis entendido. A cualquiera otro que no fuese el hombre ilustre que me escucha, le hubiera dicho: Sois pobre, el rey os ofrece ese millón como aras de una venta inmensa; tomadlo, y servid a Carlos II como yo he servido a Carlos I, y estoy seguro de que Dios, que nos oye, que nos ve y que lee en vuestro corazón cerrado a todas las miradas humanas, os dará una vida eterna y venturosa, después de una muerte dichosa. Pero al general Monk, al hombre ilustre cuya altura creo haber medido, le digo: Milord, hay para vos en la historia de los pueblos y de los reyes un puesto brillante, una gloria inmortal, que nunca, perece, si sólo, sin otro interés que el bien de vuestro país y el amor a la justicia, os hacéis el sostén de vuestro rey. Muchos otros han sido conquistadores y usurpadores gloriosos; vos, milord, os habréis contentado con ser el más virtuoso y el más íntegro de los hombres. Habréis tenido una corona en vuestras manos, y, en vez de ceñirla a vuestra frente, la habréis puesto sobre la cabeza de aquél para quien fue hecha. ¡Oh! Milord, obrad así, y legaréis a la posteridad el mas envidiado nombre que una criatura humana pueda enorgullecerse de llevar.

Athos calló. En todo el tiempo que estuvo hablando el noble caballero, Monk no había dado signo alguno de aprobación o desaprobación apenas, durante aquella alocución vehemente, se habían animado sus ojos con el fuego que indica la inteligencia. El conde de la Fère le miró tristemente, y, viendo aquel rostro taciturno, sintió penetrar el desfallecimiento en su corazón. Por último, Monk pareció animarse, y rompiendo el silencio:

—Señor —dijo con voz dulce y grave—, voy, para contestares, a servirme de vuestras propias palabras. A cualquiera otro que no fueses vos, respondería con la expulsión, la prisión, o con algo peor. Porque me tentáis y me violentáis a la vez. Pero sois uno de esos hombres, caballero, a quien no pueden negarse las consideraciones que merece: sois un valiente gentilhombre, señor, yo os lo digo, y sé lo que digo. Me hablabais hace poco de

un depósito; que os transmitió el difunto rey para su hijo: ¿sois acaso uno de aquellos franceses que, como he oído decir, quisieron salvar a Carlos en White Hall?

—Sí, milord, yo era quien estaba debajo del patíbulo durante la ejecución, yo, que no habiendo podido librarle, recibí en mi frente la sangre del rey mártir, y al mismo tiempo la última palabra de Carlos I; a mí fue a quien dijo *Remember!, y* al decirme *¡Acuérdate!,* aludía al dinero que tenéis a los pies, milord.

—Mucho he oído hablar de vos, caballero —dijo Monk—; pero soy feliz en haberos apreciado por mi propia inspiración y no por mis recuerdos. Os daré, por tanto, explicaciones que no he dado a nadie, y apreciaréis así la distinción que hago entre vos y las personas que hasta hoy me han enviado.

Athos inclinóse, disponiéndose a recoger ávidamente las palabras que caían una a una de la boca de Monk, palabras raras y preciosas como el rocío en el desierto.

—Me habláis —dijo Monk— del monarca Carlos II; pero, decidme, caballero, ¿qué me importa ese fantasma de rey? Yo he envejecido en la guerra y en la política, tan estrechamente unidas en el día que todo hombre de armas debe combatir en virtud de su derecho o de su ambición, con un interés personal, y no ciegamente detrás de un oficial, como en las guerras ordinarias. Yo, tal vez no deseo nada; pero temo mucho. De la guerra depende hoy la libertad de Inglaterra, y tal vez la de todo inglés. ¿Por qué queréis que libre en la posición que me he creado, vaya a dar la mano a los hierros de un extranjero? Carlos no es más que esto para mí. Aquí ha dado combates y los ha perdido, lo cual prueba que es mal Capitán, nada ha logrado en ninguna negociación, luego es un mal diplomático. Ha llevado su miseria a todas las cortes de Europa, luego es un corazón débil y pusilánime. Nada de noble, nada de grande, nada de fuerte ha salido aún de ese genio que aspira a gobernar uno de los más grandes imperios de la tierra. No conozco, pues, a Carlos sino bajo malos aspectos, ¿y queréis que yo, hombre de buen sentido, fuera a hacerle desinteresadamente el esclavo de una criatura que es inferior a mí en capacidad militar, en política; y en dignidad? No, caballero; cuando una acción grande y noble me haya enseñado a apreciar a Carlos, reconoceré tal vez sus derechos a un trono del cual arrojamos al padre, porque no tenía las virtudes que también faltan a su hijo; pero hasta hoy, en punto a derechos, no reconozco más que a los míos. La Revolución me ha hecho general; mi espada me hará Protector, si quiero. Que Carlos se presente y tome parte en el concurso abierto al genio, y sobre todo, que se acuerde que pertenece a una raza a la cual se exigirá más que a cualquiera otra. Así, señor, no hablemos más; no rehúso ni acepto, me reservo, y espero.

Athos sabía que Monk estaba demasiado bien informado de todo lo relacionado con Carlos II para llevar más lejos la discusión. No era aquélla la ocasión ni el lugar.

—Milord —dijo—, sólo me resta daros las gracias.

— ¿Y de qué, caballero? ¿De que me habéis juzgado bien, y de que he obrado según vuestro juicio? ¡Oh! ¿Vale eso la pena? Ese oro que vais a llevar al monarca Carlos, va a servirme de prueba con respecto a él, viendo lo que hace. Sin duda formaré una opinión que hoy no tengo.

—Sin embargo, ¿no teme Vuestro Honor, comprometerse, permitiendo salir de aquí una cantidad destinada a servir a las armas de su enemigo?

— ¿Mi enemigo decís? ¡Qué! Caballero, yo no tengo enemigos. Yo estoy al servicio del Parlamento, que me ordena combatir al general Lambert y al rey Carlos, que son sus

enemigos y no los míos. Si el Parlamento me ordenase empavesar el puerto de Londres, reunir a los soldados en la ribera, y recibir al monarca Carlos II.

— ¿Obedeceríais? —exclamó Athos con gozo:.

—Perdonadme —dijo Monk sonriendo—, ¿Qué iba a hacer yo, una cabeza llena de canas? ¿En qué estaba pensando? Iba a decir una locura de joven.

—Entonces, ¿no obedeceríais? — dijo Athos.

—Tampoco, digo eso, caballero; antes que todo, el bien de mi patria. El cielo, que ha tenido a bien darme la fuerza, ha querido sin duda que la tuviese para el bien de todos, y al mismo tiempo me ha dado el discernimiento. Si el Parlamento me mandase una cosa semejante, reflexionaría.

La frente de Athos se obscureció.

—Vamos —dijo——, conozco claramente que Vuestro Honor no está dispuesto a favorecer al rey Carlos II.

—Siempre sois vos quien pregunta, señor conde, y yo lo haré a mi vez, si no lo lleváis a mal.

—Hacedlo, señor, y Dios os inspire la idea de responderme tan francamente como yo os contestaré.

—Cuando hayáis llevado ese millón a vuestro príncipe, ¿qué consejo le daréis?

Athos fijó en Monk una mirada orgullosa.

—Milord —dijo—, con ese millón que otros emplearían quizá en negociar, yo quiero aconsejar al rey que levante dos regimientos, que entre por Escocia, pacificada por vos, y que dé al pueblo las franquicias que la Revolución le había prometido y que no ha alcanzado. Le aconsejaré mandar en persona este pequeño ejército que irá engrosando, creedme, y que se deje matar con el estandarte en la mano y la espada en la vaina, exclamando: "¡Ingleses! Yo soy el tercer rey de mi raza a quien matáis; temed a la justicia de Dios."

Monk bajó la cabeza y reflexionó un momento.

—Y si lo consiguiese —dijo——, lo cual es inverosímil, aunque no imposible, porque todo es posible en este mundo, ¿qué le aconsejaríais?

—Que pensara que por la voluntad de Dios había perdido la Corona; pero que la había recobrado por la buena voluntad de los hombres.

Una sonrisa irónica pasó por los labios de Monk.

—Desgraciadamente, caballero — —dijo—, los reyes no saben seguir un buen consejo.

— ¡Ah! Milord, Carlos II no es un rey —repuso Athos sonriendo, pero con otra expresión que la de Monk.

—Vamos, abreviemos, señor conde... Es ése vuestro deseo, ¿no es cierto?

Athos se inclinó.

—Voy a dar orden para que transporten esos dos barriles donde gustéis. ¿Dónde vivís, caballero?

—En un pueblecillo que hay en la embocadura del río.

— ¡Ah! Lo conozco; compónese de cinco o seis casas. Ciertamente. Yo habito la primera, que también la ocupan dos constructores de redes, en cuya barca he venido a tierra.

— ¿Y vuestro buque, caballero?

—Mi buque está anclado a un cuarto de milla, y me espera.

— ¿No pensáis partir al instante?

—Milord, procuraré otra vez convencer a Vuestro Honor.

—No lo alcanzaréis —replicó Monk—; — pero importa que salgáis de Newcastle sin dejar de vuestro paso la menor sospecha que pueda perjudicaros o perjudicarme. Mis oficiales suponen que Lambert me atacará mañana. Yo garantizo; por el contrario, que no se moverá, porque en mi concepto es imposible. Lambert manda un ejército sin principios homogéneos, y no hay ejército posible de dirigir con elementos semejantes. Yo he enseñado a mis soldados a subordinar mi autoridad a algo superior, lo cual hace que a mi lado, en derredor mío, sobre mí y por bajo de mí, siempre vean alguna otra cosa. Resulta de aquí, que, si yo muriera, lo cual puede suceder, mi ejército no se desmoralizaría inmediatamente; resulta también, que si quisiera ausentarme; pongo por caso, como sucede a veces; no habría en mi campamento el menor asomo de inquietud o desorden. Soy el imán, la fuerza natural de los ingleses. Lambert manda en este momento dieciocho mil desertores; pero nada he hablado de esto a mis oficiales, como podréis conocer. Nada es más provechoso a un ejército que el sentimiento de una batalla próxima, pues todo el mundo vigila y se guarda. Digo esto para que viváis con toda seguridad. No os apresuréis, por tanto, a pasar el mar, pues de aquí a ocho días habrá algo de nuevo; bien la batalla, bien el acomodamiento. Entonces, como me habéis creído hombre de bien y confiado vuestro secreto, por lo cual tengo que daros las gracias, iré a visitaros donde mandéis. No os marchéis, pues, antes de avisarnos; os reitero esta invitación.

—Os lo prometo, general —dijo Athos con alegría tan grande que a pesar de toda su circunspección, no pudo menos de dejar brillar una chispa en sus ojos.

Monk la sorprendió y apagóla en el mismo instante con una de sus mudas sonrisas que cortaban siempre en sus interlocutores el camino que creían haber abierto en su ánimo.

—De suerte, milord —dijo Athos—, ¿qué son ocho días los que me fijáis?

—Ocho días, caballero.

— ¿Y qué haré en esos ocho días?

—Si hay batalla, ruego os quedeis lejos. Sé que los franceses son muy dados a estas clases de diversiones; querríais ver cómo nos batimos, y podría tocaros alguna bala perdida; nuestros escoceses tiran muy final, y yo no quiero que un excelente caballero como vos vuelva herido a tierra de Francia. No quiero, en fin, verme obligado a enviar yo mismo a vuestro príncipe su millón, porque entonces, diríase, y con alguna razón, que yo pagaba al pretendiente para que guerrease contra el Parlamento. Con que, señor, a lo convenido.

— ¡Ah, milord! —exclamó Athos—. ¡Qué ventura sería para mí haber penetrado el primero en el noble corazón que late bajo esa capa!

—Luego creéis, indudablemente, que yo tengo secretos —dijo Monk sin cambiar la expresión medio jocosa de su rostro—. ¡Ah, caballero! ¿Qué secreto queréis que haya en la hueca cabeza de un soldado? Mas acercándose a la escalera— ¡Eh!, es ya tarde y se apaga el farol; llamemos a nuestro acompañante. ¡Hola! —gritó Monk en francés, pescador!

Adormecido el pescador por la frescura de la noche, respondió con voz ronca preguntando qué querían.

—Ve al cuerpo de guardia —dijo Monk—, y di al sargento de parte del general Monk, que venga al momento.

Era ésta una comisión fácil de desempeñar, porque el sargento, puesto en cuidado por la presencia del general en la abadía desierta, se había aproximado poco a poco, y sólo distaba unos, pasos del pescador.

La orden del general la recibió directamente y corrió.

— Toma un caballo y dos hombres —le dijo Monk.

— ¿Un caballo y dos hombres? —repitió el sargento.

—Sí —repuso Monk—. ¿Tienes algún medio de hacerte con un caballo con albarda y banastas?

—Sin duda, a cien pasos de aquí, en el campo de los escoceses.

—Está bien.

— ¿Qué haré del caballo, general?

— Escucha.

El sargento bajó tres o cuatro escalones que le separaban de Monk, y se presentó bajo la bóveda.

— ¿Ves —le dijo Monk—, allá, donde está ese caballero?

—Sí, mi general

— ¿Distingues esos dos barriles?

—Perfectamente.

—Son dos barriles que contienen uno pólvora y el otro balas; quisiera hacerlos transportar al pueblo que está en la ribera, y que mañana pienso hacer ocupar por doscientos mosquetes. Comprenderás que la comisión es secreta, pues es un movimiento que puede decidir el éxito de la batalla.

— ¡Oh! Mi general —murmuró el sargento.

— ¡Bien! Haz que aten los dos barriles sobre el caballo, y dales escolta tú y dos hombres hasta la casa de este caballero, que es amigo mío. Pero, comprende, que no lo sepa nadie.

—Si conociera un camino pasaría por el pantano —dijo el sargento.

—Yo conozco uno —dijo Athos—; no es ancho, pero sí sólido, porque está construido sobre pilotes, y con precaución llegaremos.

—Haz lo que este caballero te mande —dijo Monk.

— ¡Oh! ¡Caracoles, cómo pesan los barriles! —dijo el sargento pretendiendo levantar uno.

—Pesan cuatrocientas libras cada uno, si contienen lo que deben contener, ¿no es así, caballero?

—Poco más o menos —contestó Athos.

El sargento fue a buscar el caballo y los hombres. Monk, que quedó solo con Athos, afectó no hablar ya sino de cosas indiferentes, observando al mismo tiempo el subterráneo. Pero, oyendo en seguida los pasos del caballo.

—Os dejo con vuestras gentes, caballero —dijo—, y regreso al campamento. Estáis en seguridad.

— ¿Os volveré a ver, milord? — preguntó Athos.

—Ciertamente, señor, y con mucho gusto.

— ¡Ah, milord, si quisieseis! — murmuró Athos.

— ¡Silencio caballero! Hemos convenido que no hablaremos más de eso. Saludando al conde; subió, cruzándose en medio de la escalera con los que bajaban. Aun no había andado veinte pasos fuera de la abadía, cuando se oyó un silbido lejano y prolongado.

Monk aplicó el oído, pero, no viendo ni oyendo nada prosiguió su camino. Entonces se acordó del pescador y le buscó con la vista, pero había desaparecido. Si, no obstante, hubiera mirado con más atención, habría visto aquel hombre doblado en dos, deslizándose como una serpiente a lo largo de las piedras y perdiéndose en medio de la bruma que rasaba la superficie del pantano. Igualmente habría visto, tratando de penetrar en esa bruma, un espectáculo, que hubiera llamado su atención, la arboladura de la barca del pescador que había mudado de sitio, y que se encontraba ahora mucho más cerca de la orilla del río.

Pero Monk no vio nada, y creyendo que nada había que temer, entró en la calzada desierta que conducía a su campamento. Entonces fue cuando la desaparición del pescador le pareció extraña, y cuando una sospecha, real empezó a fatigar su inteligencia. Acababa de poner a las órdenes de Athos la única guardia que podía protegerle, y había de atravesar una milla de calzada para llegar a su tienda.

La niebla subía con tal intensidad que apenas podían divisarse los objetos a diez pasos de distancia. Monk creyó oír entonces como el ruido de un remo que batía sordamente a su derecha en el pantano.

— ¿Quién vive? —gritó. Pero nadie respondió.

Entonces montó la pistola, empuñó la espada, y aceleró el paso sin querer llamar a nadie. Este llamamiento, cuya urgencia no era absoluta, le parecía indigno de un hombre como él.

XXVII

EL DÍA SIGUIENTE POR MAÑANA

Eran las siete de la mañana: los primeros albores del día —iluminaban los pantanos, en los que se reflejaba el sol como una bala encendida, cuando Athos, despertando y abriendo la ventana de su aposento que daba a la orilla del río, distinguió a quince' pasos de distancia, aproximadamente, al sargento y a los hombres que le habían acompañado la víspera, y que, después de haber depositado los barriles en su casa, habíanse vuelto al campamento por la calzada de la derecha.

¿Por qué regresaban estos hombres después de haberse marchado al campamento? Tal era la pregunta que acudió a la imaginación de Athos.

El sargento, con la cabeza alzada, parecía acechar el instante en que apareciese el caballero para interpelarle: Asombrado Athos de encontrar allí a quien había visto marchar la víspera, no pudo menos de demostrar su asombro.

—No tiene nada de extraño, caballero —dijo el sargento—, porque ayer me mandó el general que velara por vuestra seguridad, y debí obedecer la orden.

— ¿Está el general en el campamento? —preguntó Athos.

— ¿Por qué no? ¿No le dejasteis ayer cuando se marchaba?

—Pues bien, esperadme; voy allá para darle cuenta de la fidelidad con que habéis desempeñado vuestro encargo, y a fin de tomar mi espada, que dejé ayer sobre una mesa.

—Me alegro mucho —dijo el sargento—, porque iba a suplicaros lo mismo.

Athos creyó observar cierto aire de bondad equívoca en el rostro del sargento; pero la aventura del subterráneo podía haber excitado su curiosidad de este hombre, y no era raro, en tal caso, que dejase ver en su semblante algo de los sentimientos que agitaban su ánimo.

Athos cerró cuidadosamente las puertas, y confió las llaves a Grimaud, que había escogido su domicilio bajo el mismo colgadizo que conducía a la bodega donde estaban encerrados los barriles. El sargento escoltó al conde de la Fère hasta el campamento. Allí, otra guardia esperaba y relevó a los cuatro hombres que habían conducido a Athos.

Esta nueva guardia era mandada por el ayudante de campo Digby, el cual, durante el trayecto, clavó sobre Athos unas miradas tan poco tranquilizadoras, que el francés se preguntó de dónde provenía aquella vigilancia y severidad cuando la víspera lo habían dejado completamente libre.

Prosiguió, pues, su camino hacia el cuartel general, encerrando en sí mismo las observaciones que le obligaban a hacer los hombres y las cosas. En la tienda del general, donde fue introducido la víspera, halló a tres oficiales superiores, que eran el lugarteniente de Monk y dos coroneles. Athos reconoció su espada, que aún estaba sobre la mesa del general, en el mismo puesto en que la había dejado.

Ninguno de los oficiales había visto a Athos, y ninguno, por tanto, le conocía.

Entonces le preguntó el lugarteniente de Monk si era el mismo caballero con quien el general había salido de la tienda.

—Sí, señor —contestó el sargento—, el mismo es.

—Pero yo no lo niego, me parece —dijo Athos con altivez—; y ahora, señores, permitidme os diga a qué vienen todas esas preguntas, y principalmente algunas explicaciones sobre el tono con que las hacéis.

—Caballero —dijo el lugarteniente—, si hacemos estas preguntas es porque tenemos derecho, y si las hacemos con ese tono es porque ese tono conviene a la situación, creedme.

—Señores —dijo Athos—, vosotros no sabéis quién soy yo pero lo que debo manifestaros es que aquí no reconozco a nadie por mi igual más que al general Monk. ¿Dónde está? Que me lleven a su presencia, y si él tiene alguna pregunta que dirigirme, yo le responderé, y creo que quedará satisfecho. Lo repito, señores, ¿dónde está el general?

— ¡Pardiez! ¡Vos lo sabéis mejor que nosotros! —dijo el lugarteniente.

— ¿Yo?

—Sí, Vos.

—Señor —dijo Athos—, no os comprendo.

——Vaina comprendedme; mas primero hablad más bajo. ¿Qué os dijo ayer el general?

Athos sonrió desdeñosamente.

—No hay _que sonreírse exclamó uno de los coroneles con fogosidad—, se trata de responder.

—Y yo, señores, os aseguro que no os responderé sino en presencia del general.

—Pero vos sabéis muy bien —dijo el mismo coronel que ya había hablado—, que pedís un imposible.

—Van ya dos veces que se me da esa rara respuesta al deseo, que manifiesto —repuso Athos—. ¿Está ausente el general?

Esta pregunta fue hecha con tan buena fe, y con aire de tan cándida sorpresa, que los tres oficiales se echaran una mirada entre sí, y el lugarteniente tomó la palabra por una especie de convenio tácito de los otros dos oficiales.

—Caballero —dijo—, ¿no os dejó ayer el general en los límites del monasterio?

—Sí, señor.

—Y fuisteis...

—No soy yo quien debe contestaros, sino los que me acompañaron. Fueron vuestros soldados, preguntadles.

—Pero, ¿y si nos parece bien interrogaros?

—Entonces me parecerá bien contestaros que aquí no conozco a nadie más que al general y que sólo a él contestaré.

—Bueno, caballero; pero como nosotros somos los amos, nos constituiremos en Consejo de guerra, y cuando estéis ante los jueces será preciso que respondáis.

El semblante de Athos sólo expresó la sorpresa y el desdén, en vez del terror que pensaban leer en él los oficiales después de esta amenaza.

— ¡Jueces escoceses o ingleses, a mí, súbdito del rey francés, colocado bajo la salvaguardia del honor británico! ¡Estáis locos, señores! —dijo Athos encogiéndose de hombros.

Los oficiales se miraron de nuevo.

—Según eso, caballero, ¿no sabéis dónde está el general?

—Ya os he respondido a eso, caballero.

—Sí, pero habéis contestado algo increíble.

—Y, sin embargo, es cierto, señores; las gentes de mi condición no mienten por regla general. Soy gentilhombre, y cuando llevo al costado la espada que, por un exceso de delicadeza, dejé ayer sobre esa mesa donde está todavía, nadie, creedme, me dice cosas que no quiero oír. Hoy me hallo desarmado; si pretendéis ser mis jueces, juzgadme; si sólo sois mis verdugos, matadme.

—Pero, caballero... —dijo con voz más atenta el lugarteniente, sorprendido de la grandeza y sangre fría de Athos.

—Caballero —interrumpió éste—, yo vine a hablar confidencialmente a vuestro general sobre asuntos de importancia. No ha sido una acogida cualquiera la que me ha hecho. Informaos por vuestros soldados y os convenceréis. Luego si el general me ha acogido

así, el sabría cuáles eran mis títulos a su estimación. Ahora no supondréis, presumo, que yo os revelaré mis secretos, y mucho menos los suyos.

—En fin, ¿qué contenían esos barriles?

— ¿No habéis hecho esa pregunta a los soldados? ¿Qué han respondido?

—Que contenían pólvora y plomo.

— ¿Y quién les dio estas noticias? Sin duda, os lo habrán dicho.

—El general, pero nosotros no somos 'tontos.

—Id con cuidado, caballero; no es a mí a quien dais un mentís, sino a vuestro jefe.

Los oficiales se miraron otra vez y Athos continuó:

—Y en presencia de vuestros soldados me ha dicho el general que le esperase ocho días, y que dentro de este término me daría la respuesta que tenía que darme. ¿Me he fugado yo? No, le espero.

— ¿Os ha dicho que le aguardéis ocho días? —exclamó el lugarteniente.

—Tan me lo ha dicho, caballero, que tengo un solo pie al ancla en la embocadura del río, en el cual pude embarcarme ayer perfectamente por conformarme a los deseos del general, que me recomendó no me marchase sin una última entrevista que él mismo fijó para dentro de ocho días. Os lo repito, le espero.

El lugarteniente volvióse hacia los otros dos oficiales, y les dijo en voz baja:

—Si este caballero dice la verdad, aun hay esperanza. Quizá haya tenido el general que ocuparse de algunos asuntos tan secretos que haya creído prudente no prevenir ni aun a nosotros. En tal caso se limitará a ocho días el tiempo de su ausencia.

Y dirigiéndose a Athos: Caballero —le dijo—, vuestra declaración es trascendental. ¿Queréis repetirla bajo juramento?

—Señor —respondió Athos—, siempre he vivido en un mundo donde mi palabra ha sido considerada como el más sagrado de los juramentos.

—Sin embargo, caballero, esta vez son las circunstancias más graves que ninguna de aquéllas en que os habéis hallado. Se trata de la salvación de todo un ejército. Pensadlo bien, el general ha desaparecido y nosotros lo buscamos. ¿Es natural esta desaparición? ¿Se ha consumado algún crimen? ¿Debemos llevar nuestras investigaciones hasta el extremo? ¿Debemos esperar con calma? En este momento, señor, todo depende de la palabra que vais a pronunciar.

—Interrogado así, no vacilo, caballero; sí, había venido a hablar confidencialmente con el general Monk y a pedirle una respuesta sobre ciertos intereses; el general, no pudiendo seguramente contestarme a balandra. Antes de la batalla que se espera, me suplicó que permaneciese ocho días en la casa que habito, Prometiéndome, que le volvería a ver en este término. Sí, todo esto es cierto; y lo juro por Dios, que es dueño absoluto de mi vida y de la vuestra.

Athos pronunció estas palabras con tanta solemnidad, que los tres oficiales casi quedaron convencidos. Sin embargo, uno de los coroneles hizo la última tentativa.

—Caballero —dijo—, aunque estamos convencidos de la verdad de cuanto decís, hay no obstante en todo esto un misterio extraño. El genera es hombre demasiado prudente para haber abandonado de esta manera su ejército la víspera de una batalla, sin haber

hecho al menos alguna observación a cualquiera de nosotros. En cuanto a mí, no puedo creer, lo confieso, que un acontecimiento extraño sea la causa de su desaparición. Ayer llegaron unos pescadores extranjeros a vender aquí su pesca, y se les alojó en el cuartel de los escoceses, esto es, en el mismo camino que el general siguió con vos para ir a la abadía y volver, y uno de esos pescadores fue quien acompañó al general con un farol. Pues bien, barca y pescadores desaparecieron esta mañana, arrastrado por la marea de la noche.

—Lo que es yo —dijo el lugarteniente—, nada veo en esto que no sea natural, porque al fin, esas gentes no eran prisioneros.

—No, pero repito que uno de ellos fue quien alumbró al general y al caballero en el subterráneo de la abadía, y Digby nos ha confesado que el general tenía malas sospechas de esa gente. ¿Quién nos dice que esos pescadores no estuviesen en inteligencia con el caballero y que, dado el golpe, éste, que sin duda, es valiente, no se quedara aquí para asegurarlo por medio de su presencia, y para impedir que nuestras investigaciones se dirigiesen hacia punto seguro?

Este discurso impresionó a los otros dos oficiales.

—Caballero —dijo Athos—, permitidme que os diga que vuestro razonamiento, muy especioso en apariencia, carece, no obstante, de solidez en la parte que me concierne. Decís que me he quedado para trastornar las sospechas; pues al contrario, señores, concibo las sospechas lo mismo que vosotros, y afirmo que es imposible que el general se haya ausentado la víspera de una batalla sin decir nada a nadie. Sí, en todo esto hay un suceso extraño, y en vez de permanecer ociosos y esperar, es menester desplegar toda la vigilancia y actividad posibles. Yo soy vuestro prisionero, señores, bajo mi palabra o de cualquier otro modo, pues mi honor está interesado en que se sepa qué ha sido del general Monk de tal modo, que si me dijeseis: “marchaos”, os respondería: “no, me quedo”; y si me preguntaseis mi parecer, añadiría: “sí, el general es víctima de alguna conspiración, porque de haber dejado el campamento lo hubiese dicho a alguien”. Buscad, pues, registrad en la tierra y en el mar; el general no ha salido de aquí, y, si lo ha hecho, no ha sido al menos por su propia voluntad.

El lugarteniente hizo un ademán a los otros oficiales.

—No, caballero —dijo—, ya vais demasiado lejos. El general no tiene que temer de los acontecimientos, pues al contrario él es quien los dirige. Lo que hace ahora el general Monk lo ha hecho muchas veces, y hacemos nosotros mal en alarmarnos; su ausencia será de corta duración, seguramente; con que guardémonos bien, por una pusilanimidad, que él consideraría un crimen, de publicar su ausencia; que podría desmoralizar el ejército. El general nos da una prueba evidente de la confianza que tiene en nosotros; mostrémonos dignos de ella. Señores, que el más profundo secreto cubra todo esto con un velo impenetrable, y guardemos también al caballero, no por desconfianza con relación al crimen, sino para asegurar más eficazmente el secreto de la ausencia del general, concentrándolo entre nosotros; de modo que hasta nueva orden, el caballero habitará el cuartel general.

—Señores —dijo Athos—, no tenéis presente que el general me ha confiado esta noche un depósito sobre el cual debo vigilar. Ponedme la guardia que gustéis, condenadme si os parece, pero dejadme por cárcel la casa que habito. Os aseguro que el general os haría un cargo por haberle disgustado en esto.

Los oficiales consultáronse un momento, y, después de esta consulta dijo el lugarteniente:

—Bien, señor, regresaréis a vuestra casa.

Luego, dieron a Athos una guardia de cincuenta hombres que lo encerró en su casa, sin perderlo de vista un solo instante.

El secreto quedó guardado; mas las horas y los días pasaron sin que el general volviese y sin que nadie tuviese noticias suyas. ,

XXVIII
EL CONTRABANDO

Dos días después de los acontecimientos que hemos relatado, y mientras esperaban a cada instante en su campamento al general Monk, que no regresaba, una pequeña falúa holandesa, tripulada por diez hombres, echó el ancla en la costa de Scheveningen, a un tiro de cañón poco más o menos de tierra. Era noche cerrada, mucha la obscuridad, y la hora excelente para desembarcar viajeros o mercancías. La rada de Scheveningen forma una especie de media luna, es poco profunda, y, sobre todo, poco segura.; de modo, que no se ven estacionar en ella sino grandes buques flamencos, o esas barcas holandesas que los pescadores sacan a la arena sobre ruedas, como hacían los antiguos; según asegura Virgilio. Cuando se hinchan las olas y empuja la corriente hacia tierra, no es muy prudente dejar que las embarcaciones lleguen demasiado cerca de la costa; porque si hace viento fresco, como la arena de la costa es movediza y esponjosa, los buques encallan y no es fácil sacarlos de nuevo a flote. Por esta razón, sin duda, la chalupa desprendióse del buque en el instante que éste echó ancla, que llegó a tierra con ocho de sus marineros, en medio de los cuales se divisaba un objeto de forma oblonga que parecía un gran fardo o canasto.

La ribera estaba desierta, y los pocos pescadores que habitaban la playa se habían acostado. El único centinela que custodiaba la costa (mal guardada, por ser imposible el desembarco de un buque de gran porte), sin poder seguir el ejemplo de los pescadores que fueron a descansas, les había imitado en cuanto a dormir en el fondo de su garita, tan profundamente como aquéllos lo hicieran en sus amas. El único ruido que se oía era el silbido de la brisa nocturna; corriendo por entre los arbustos de la playa. Pero, sin duda, eran desconfiadas aquellas gentes que se acercaban, pues no las tranquilizaban ese silencio real ni esta soledad aparente. .Así es que su chalupa, visible apenas como un punto sombrío en el Océano, se deslizó sin ruido, evitando remar, y fue a tocar tierra en un sitio más cercano.

Apenas tocó fondo, un solo hombre saltó fuera de la barca, después de dar una breve orden con voz que denotaba la costumbre del mando. A consecuencia de esta orden relucieron inmediatamente muchos mosquetes a las débiles claridades del mar, y el fardo oblongo de que ya hemos hablado, que sin duda guardaba algún objeto de contrabando, fue transportado a tierra con muchas precauciones. Al mismo tiempo, el hombre que había desembarcado primero, corrió diagonalmente hacia, la aldea de Scheveningen, dirigiéndose al extremo mas avanzado del bosque. Allí buscó la casa que ya hemos entrevisto en una ocasión a través de los árboles, y que designamos entonces como la morada provisional y modesta de aquel a quien por cortesía llamaban rey de Inglaterra.

Dormían todos allí como en la playa; sólo un perro enorme de la casta de aquellos que los pescadores de Scheveningen atan a sus carretones para transportar su pesca a La Haya, empezó a dar formidables ladridos en el momento en que oyó delante de las venta-

nas los pasos del extranjero. Pero esta vigilancia, en vez de asustar al desconocido, pareció por el contrario producirle grande alegría, porque su voz hubiera sido insuficiente quizá para despertar a las gentes de la casa, además de que con un auxilio de tal importancia era casi inútil. Esperó, por tanto, el extranjero a que los ladridos sonoros y reiterados hubiesen producido su efecto, y entonces se aventuró a llamar. A su voz se puso a ladrar el perro con tanta violencia, que al momento sonó en el interior otra voz que apaciguaba al perro. Después de haber conseguido esto.

— ¿Qué deseáis? preguntó aquella voz, a un mismo tiempo débil y cascada.

—Pregunto por Su Majestad el rey Carlos II —dijo el extranjero.

— ¿Para qué?

—Quiero hablarle.

— ¿Quién sois?

— ¡Ah! ¡Diantre! Preguntáis demasiado, amigo, y no me gusta dialogar a las puertas de las casas.

—Decidme solamente vuestro nombre:

—Tampoco me gusta decir mi nombre al aire libre; además, estad tranquilo, que no me comeré a vuestro perro; ruego a Dios que él use la misma cortesía con respecto a mí.

—Tal vez traigáis noticias, ¿no es verdad, caballero? —repuso la voz, paciente y preguntona como la de un viejo.

—Os respondo que traigo noticias y ¡noticias que no se esperan! Abrid; pues, si gastáis.

—Caballero —prosiguió el anciano—, ¿creéis por vuestra alma y conciencia que tales noticias valen la pena de despertar al rey?

—Por el amor de Dios, querido amigo, descorred los cerrojos, que os juro no os arrepentiréis del trabajo que os habéis tomado por ello; palabra de honor.

—Sin embargo, caballero; no puedo abriros sin que me digáis vuestro nombre.

— ¿Conque es necesario?

—Esa es la orden de mi amo, señor.

— ¡Pues bien, oíd mi nombre! ... Pero, os juro que mi nombre no os enseñará nada absolutamente.

—No importa, decidlo.

— Soy el caballero de Artagnan. La voz exhaló un grito.

— ¡Ah! ¡Dios mío! —dijo el viejo del otro lado de la puerta—. ¡El señor de Artagnan! ¡Qué fortuna! Bien decía yo que esa voz no me era desconocida.

— ¡Calle! —dijo Artagnan—. ¿Conocen aquí mi voz? ¡Es gracioso!

— ¡Oh! Sí, la conocen—murmuró el anciano descorriendo los cerrojos—, y he aquí la prueba.

Y diciendo estas palabras introdujo a Artagnan, quien a la luz de la linterna que llevaba a la mano, reconoció a su obstinado interlocutor.

— ¡Diantre! —exclamó—. ¡Es Parry! No debí dudar.

—Parry, sí, señor de Artagnan, soy yo. ¡Que alegría volveros a ver!

—Habéis dicho bien: "¡qué alegría!" —exclamó Artagnan estrechando las manos del viejo.

—Vais a avisar al rey, ¿no es verdad?

—Pero el rey está durmiendo, caballero.

— ¡Cáscaras! Despertadle, que no os reñirá por haberle incomodado, yo os lo, digo.

—Venís de parte del conde, ¿no es así?

— ¿De cuál?

—Del conde de la Fére.

— ¿De parte de Athos? No, no; vengo departe mía. . ¡Vamos, pronto, Parry, úrgeme ver al rey!

Parry no creyó deber resistir por más tiempo, pues conocía a fondo a Artagnan, y sabía que, aunque gascón, sus palabras no prometían nunca lo que no podían cumplir. Atravesó un patio y un reducido jardín, y aquietó al perro, que quería seriamente morder al mosquetero, y fue a llamar al ventanillo de una habitación que formaba el piso de un pabellón muy reducido.

Al mismo tiempo un perrillo que habitaba aquella sala respondió al perro grande que habitaba el patio.

— ¡Pobre rey! —murmuró Artagnan para sí—. Éstos son sus guardias de Corps; aunque no por eso está peor guardado.

— ¿Qué sucede? —preguntó el rey desde el fondo de la habitación.

—Señor; es el caballero de Artagnan que trae noticias. "

Oyó entonces ruido en la habitación, se abrió una puerta, y una gran claridad inundó el jardín y los corredores.

El monarca trabajaba a la luz de una lámpara. Sobre su pupitre veíanse una multitud de papeles, y había comenzado el borrador de una carta, que denunciaba, por sus muchas tachaduras, el trabajo que le costaba escribirla.

—Pasad, caballero—dijo volviéndole.

Y viendo después al pescador:

— ¿Qué me decíais, Parry? ¿Dónde se halla el señor de Artagnan? —preguntó Carlos.

—En vuestra presencia —dijo Artagnan.

— ¿Con ese traje?

— Sí, miradme, Majestad. ¿No me reconocéis por haberme visto en Blois, en las antecámaras del rey Luis XIV?

—Sí, tal, caballero, y todavía recuerdo que tuve mucho que elogiar en vos.

— Artagnan se inclinó.

—Para mí era un deber sagrado conducirme como lo hice, desde que supe que trataba con Vuestra Majestad.

— ¿Decís que me traéis nuevas?

—Sí, Majestad.

— ¿De parte del rey de Francia?

—No a fe mía. Vuestra Majestad ha podido conocer ya que el rey de Francia no se ocupa más que de sí mismo.

Carlos alzó los ojos al cielo.

—No —continuó Artagnan—, no, Majestad. Traigo nuevas, todas compuestas de hechos personales, y me atrevo a esperar que escucharéis favorablemente hechos, y noticias.

—Hablad, caballero.

—Si no me equivoco, Vuestra Majestad habló mucho en Blois del mal estado de sus negocios en Inglaterra.

Carlos se ruborizó.

—Caballero —dijo—, sólo al rey de Francia referí...

— ¡Oh! Vuestra Majestad se equivoca —dijo fríamente el mosquetero——; yo sé hablar a los reyes en la desgracia, y no me hablan lo mismo a mí cuando están en la fortuna; una vez venturosos, ya no me miran. Yo tengo para Vuestra Majestad, no sólo un profundo respeto, sino la más absoluta adhesión, y esto, en mí, creedme, significa algo. Cuando oí a Vuestra Majestad quejarse de su destino, vi que erais noble, generoso, y que sabíais sobrellevar la desgracia.

—En verdad —dijo Carlos sorprendido—, ignoro lo que debo preferir, si vuestras libertades o vuestros respetos.

—Ahora mismo escogeréis, señor elijo Artagnan—. Decía que Vuestra Majestad se quejaba a su hermano Luis XIV de la dificultad que encontraba para penetrar en Inglaterra y subir a su trono sin hombres ni dinero.

Carlos hizo un movimiento de impaciencia.

—Y el principal obstáculo que encontraba, en su camino —continuó Artagnan—, era cierto general en jefe de los ejércitos del Parlamento, que allá en Inglaterra desempeñaba el papel de otro Cromwell. ¿No dijo esto Vuestra Majestad?

—Sí, pero repito, caballero, que esas palabras eran únicamente para los oídos del rey.

—Pues veréis, Majestad, cuánta suerte ha sido que cayeran en los de su teniente de mosqueteros. Ese hombre que tanto estorbaba a Vuestra Majestad era el general Monk, según creo. ¿Oí bien su nombre, Majestad?

El rey no podía volver de su asombro y miraba ora al risueño semblante, del mosquetero, ora a la ventana que había abierto Artagnan: Pero antes de que hubiera fijado sus ideas, ocho de los hombres del mosquetero, porque los otros dos quedaron guardando el barco, trajeron aquel objeto, de figura oblonga que encerraba de momento los destinos de Inglaterra.

—Sí, caballero; mas ¿a qué vienen todas esas preguntas?

— ¡Oh! Lo sé muy bien, señor; la etiqueta no quiere que se interrogue a los reyes; mas, espero que Vuestra Majestad me dispensará que falte a ella. Vuestra Majestad añadía que si le fuese posible verlo, conferenciar con él y tenerlo a su presencia, triunfaría, bien fuese por la fuerza o par la persuasión, de ese obstáculo, que era el único insuperable que se le presentaba en su camino.

—Todo eso es cierto, caballero; mi destino; mi porvenir, mi obscuridad o mi gloria dependen de ese hombre; pero, ¿qué deducís dé ahí?

—Una sola cosa: que si el general Monk es un estorbo hasta el punto que *decís,* sería conveniente desembarazar de él a Vuestra Majestad o convertirlo en aliado.

—Caballero, un rey que no *tiene* ejército ni dinero, puesto que habéis escuchado la conversación con mi hermano, nada puede intentar contra un hombre como Monk.

—En efecto, esa era vuestra opinión, lo sé muy bien; pero, felizmente para vos, no era también la mía.

— ¿Qué queréis decir?

—Que sin soldados y sin millón he hecho yo lo que Vuestra Majestad no creía poder hacer sino con ambas cosas.

— ¡Cómo! ¿Qué decís? ¿Qué habéis hecho?

¿Qué he hecho, preguntáis? ¡Pues bien, fui allá a prender a ese, hombre que estorbaba a Vuestra Majestad!

¿A Inglaterra? —Precisamente, Majestad.. —¿Fuisteis a prender a Monk a Inglaterra?

—¿Habré hecho mal por ventura? —¡En verdad... estáis loco, caballero!

—Nada de eso, Majestad. ¿Habéis apresado a Monk? —Sí, Majestad.

¿Dónde?

—En pleno campamento.

El rey estremecióse de impaciencia_ y se encogió de hombros.

Y habiéndole apresado en la calzada de Newcastle —continuó Artagnan—, se lo traigo a Vuestra Majestad.

¡Me lo traéis! —exclamó el rey, casi indignado de lo que consideraba como una mixtificación. —Sí, Majestad —siguió Artagnan en el mismo tono—, os lo traigo; allá abajo está en una gran caja con agujeros, para que pueda respirar.

— ¡Dios santo!

—¡Oh! Tranquilizaos, señor, se ha tenido con e1 el mayor cuidado; así es que llega en buen estado, y perfectamente acondicionado. ¿Desea Vuestra Majestad verle y charlar con él, o hacerle tirar al agua?

— ¡Oh! ¡Dios mío! —repitió Carlos—. ¿Decís verdad, caballero? ¿No me insultáis con alguna indigna burla? ¿Habréis llevado —a término ese rasgo inaudito de audacia y de genio? ¡Imposible!

— ¿Me permite Vuestra Majestad que abra esta ventana? —dijo Artagnan abriéndola.

El rey no tuvo tiempo siquiera para contestar. Artagnan dio un silbido agudo' y prolongado que repitió tres veces en el silencio de la noche.

—Aquí —dijo— van a traérselo a Vuestra Majestad.

XXIX

ARTAGNAN TEME HABER PUESTO SU DINERO Y EL DE PLANCHET EN NEGOCIO RUINOSO

El rey no podía volver de su asombro, y miraba ora al risueño semblante del mosquetero, ora a la ventana que había abierto Artagnan. Pero antes de que hubiera fijado sus ideas, ocho, de los hombres del mosquetero, porque los otros dos quedaron guardando el barco, trajeron aquél objeto de figura oblonga que encerraba de momento los destinos de Inglaterra.

Antes que saliera de Calais, Artagnan había hecho confeccionar en esta ciudad una especie de féretro bastante ancho y profundo para que un hombre pudiera moverse cómodamente en él. El fondo y las paredes estaban acolchados, y formaban un lecho bastante dulce para que los vaivenes no pudieran convertir aquella caja en una especie de trampa. La rejilla de que Artagnan había hablado al rey, era semejante a la visera de un casco, y estaba colocada a la altura de la cabeza del hombre, y fabricada de tal modo, que la menor presión podía ahogar un grito, y, en caso necesario la persona que gritase.

Artagnan conocía tan bien a su tripulación y a su prisionero, que había temido dos cosas durante el camino, o que el general prefiriese la muerte a tan extraña esclavitud y se hiciese ahogar a fuerza de querer gritar, o que su gente se dejara seducir por las ofertas del prisionero, y lo pusiesen a él en la caja en lugar de Monk.

Así es que Artagnan había pasado los dos días y, las dos noches cerca del cofre, solo con el general ofreciéndole vino y alimentos que había rehusado, y siempre pretendiendo tranquilizarle sobre el destino que le aguardaba después de tan extraño cautiverio. Dos pistolas sobre la mesa y su espada desnuda aseguraban a Artagnan con respecto a las indiscreciones de afuera.

Pero al llegar a Scheveningen quedó absolutamente tranquilo. Sus, hombres temían mucho todo conflicto con los señores de la tierra, y además había interesado en su causa a aquél que moralmente le servía de teniente, y a quien hemos oído responder al nombre de Menneville. Éste no era un hombre vulgar, pues tenía que arriesgar más que los otros, a causa de que tenía mas conciencia. Creía en un porvenir al servicio de Artagnan, y por tanto, primero se hubiese hecho despedazar que violar la consigna dada por el jefe. De suerte que, al punto que desembarcaron, Artagnan le confió la caja y la respiración del general, mandándole al mismo tiempo que hiciera transportar la caja, por los siete hombres, tan pronto como escuchase el triple silbido. Ya hemos visto que obedeció el teniente.

Estando ya el cofre en la casa del rey, Artagnan despidió a los suyos con una graciosa sonrisa, y les dijo:

— Señores, habéis hecho un gran servicio a Su Majestad el rey Carlos II, que antes de seis semanas será rey de Inglaterra. Vuestra gratificación será doble; marchaos, y aguardadme en la barca.

Dicho lo cual todos partieron llenos de alegría, de tal manera que espantaron al mismo perro.

Artagnan había ordenado llevar el cofre a la antecámara del rey, cuyas puertas cerró con mucho cuidado, diciendo en seguida al general, después de haber abierto la caja.

—Mi general, tengo muchas excusas que daros; mis maneras no han sido dignas de un hombre como vos; lo sé muy bien; pero yo tenía necesidad de que me tomaseis por un patrón de barco. Además, Inglaterra es un país muy incómodo para los transportes, y espero que todo esto lo tomaréis en consideración. Pero una vez aquí, mi general, sois libre de levantaros y andar.

Dicho esto, cortó las ligaduras que sujetaban los brazos y las manos del general, el cual se levantó y sentóse con la tranquilidad de quien espera la muerte. Entonces abrió Artagnan la puerta del gabinete de Carlos.

— Majestad —dijo—, aquí está vuestro enemigo, el señor Monk; me había prometido hacer esto en vuestro servicio. Ya está hecho; mandadme ahora. Caballero Monk añadió, volviéndose —hacia el prisionero—, estáis ante Su Majestad el rey Carlos II, soberano señor de la Gran Bretaña.

Monk alzó sobre el joven príncipe su mirada fríamente estoica, y contestó:

—Yo no conozco a ningún rey de la Gran Bretaña; yo no conozco aquí a nadie que sea digno de llevar el nombre de caballero, porque en nombre del rey Carlos II un emisario a quién tenía por hombre honrado, llegó a tenderme un infame lazo. He caído en ese lazo, tanto peor para mí. Ahora vos, el tentador —dijo al rey—, vos, el ejecutor —dijo a Artagnan—, recordad lo que voy a deciros: tenéis mi cuerpo y podéis matarle, a lo cual os incito, porque nunca tendréis mi alma, ni mi voluntad. Y ahora no me preguntéis ni una palabra, porque desde este momento ni aun abriré la boca para gritar. He dicho.

Y pronunció estas palabras con la resolución feroz del más exagerado puritano. Artagnan miró a su prisionero como hombre que sabe el valor de cada palabra, y que fija este valor según el tono con que han sido pronunciadas.

—El hecho es —dijo con voz muy baja al rey—, que el general es un hombre decidido; hace dos días que no ha querido tomar un bocado de pan, ni beber una gota de vino. Más, como a partir de este momento, es Vuestra Majestad quien decide de su suerte, yo me lavo las manos, como dijo Pilatos.

Monk estaba de pie, pálido y resignado, con la mirada fija y los brazos cruzados.

Artagnan volvióse hacia él.

—Comprenderéis perfectamente —le dijo—, que vuestra frase, muy bella por lo demás, no puede convenir a nadie, ni aun a vos mismo. Su Majestad deseaba hablaros, y vos os negabais a una entrevista, pero yo he hecho esta entrevista inevitable. ¿Por qué, ahora que estáis frente a frente, y que lo estáis vos por una fuerza independiente de vuestra voluntad, por qué habéis de obligarnos a rigores que yo juzgo inútiles y absurdos? Hablad, aunque no sea más que para decir no.

Monk no despegó los labios ni volvió siquiera los ojos: se acariciaba el bigote con aire que demostraba que las cosas iban a empeorar.

Durante este tiempo había caído Carlos en profunda reflexión. Se encontraba por primera vez frente a Monk, esto es, de aquel hombre a quien tanto había deseado ver, y con ese golpe de vista particular que Dios ha dado al águila y a los reyes, había sondeado el abismo de su corazón.

Veía, pues, a Monk resuelto a morir antes que hablar, lo cuál no era extraordinario por parte de un hombre tan importante, y cuya herida debía ser en aquel momento tan cruel. En el mismo instante tomó Carlos II una de esas determinaciones en las que un hombre vulgar juega su vida, un general su fortuna y un rey su corona.

— Caballero —dijo a Monk—, tenéis mucha razón en ciertos puntos. Yo no os ruego qué me respondáis, sino que me escuchéis.

Aquí hubo un momento de silencio, durante el cual el monarca miró a Monk, que permaneció impasible,

—Ahora poco me habéis hecho un cargo doloroso; caballero —continuó el rey—. Habéis dicho que uno de mis delegados había ido a Newcastle a preparaos una emboscada, y esto, dicho de paso, no debe haberlo comprendido el señor de Artagnan, a quien estáis viendo, y al cual antes de todo debo dar las más expresivas gracias por su generoso y heroico sacrificio.

Artagnan saludó con respeto. Monk no pestañeó.

— Porque el señor de Artagnan; y observad bien, caballero Monk, que no os digo esto por disculparme, ha ido a Inglaterra por su propio impulso; sin interés alguno, sin orden y sin esperanza, como un verdadero caballero que es; por hacer servicio a un rey desdichado y para añadir a las ilustres acciones de su existencia un hermoso rasgo más.

Artagnan se ruborizó un poco y tosió, tomando cierta actitud. Monk no se movió.

— ¿No creéis en lo que os manifiesto, caballero Monk? prepuso el rey.

— Comprendo eso; semejantes pruebas de desprendimiento son tan raras que se podía dudar de su realidad.

—Muy mal hará el señor, no creyéndoos —exclamó Artagnan—, porque lo que Vuestra Majestad acaba de decir es la pura verdad, y tanto, que según me parece, al ir en busca del general, he hecho una cosa que todo lo contraría. Si esto es así, voy a desesperarme.

—Señor de Artagnan —murmuró el rey tomando la mano del mosquetero—, me tenéis más obligado, creedme, que si hubieseis llevado a cabo el triunfo de mi causa, porque me habéis revelado un amigo incógnito, al cual siempre viviré reconocido y siempre amaré.

Y le apretó cordialmente la mano. —Y un enemigo —continuó saludando a Monk—, a quien apreciaré ahora en su valor.

Los ojos del puritano lanzaron un relámpago, pero uno sólo; y su semblante, iluminado un instante por él, volvió a su impasibilidad sombría.

—Ahora, caballero Artagnan continuó Carlos—, oíd lo que ha sucedido: el señor conde de la Fère, a quien conocéis, según creo, salió para Newcastle.

— ¡Athos! —exclamó Artagnan.

—Sí, me parece que ése es su nombre de guerra. El conde de la Fère salió para Newcastle, y tal vez iba a reducir al general a tener una conferencia conmigo o con los de mi partido, cuando, según parece, vos habéis intervenido violentamente en la negociación.

— ¡Cáscaras! —exclamó Artagnan—. Sin duda era él quien entraba en el campamento la misma noche que yo penetré con mis pescadores.

Un imperceptible fruncimiento de cejas de Monk dio a entender a Artagnan que Había adivinado.

—Sí, sí, creí reconocer su estatura, oír su voz. ¡Maldito sea yo! ¡Oh! Señor, perdonadme; creía, no obstante, haber conducido bien mi barca.

—Nada hay de malo en esto, caballero —dijo el ,rey—, sino que el general me acusa de haberle hecho tender un lazo, lo cual no es verdad. No, general; no son ésas las armas que contaba usar con vos; muy pronto lo veréis. Y entretanto, cuando yo os doy mi palabra de hidalgo, creedme, señor, creedme. Ahora, caballero de Artagnan, escuchad.

—Escucho de rodillas, Majestad.

— ¿Sois mío, no es verdad?

—Vuestra Majestad lo ha visto.

—Bien. Basta la palabra de un hombre como vos, mucho más cuando va acompañada de acciones. General, seguidme. Venid con nosotros, caballero Artagnan.

Artagnan, bastante sorprendido, se apresuró a obedecer. Salió Carlos II, Monk le siguió y Artagnan a Monk. Carlos II tomó el camino que el mosquetero había traído, y el aire fresco del mar vino a herir muy pronto el rostro de los tres paseantes nocturnos; a cincuenta pasos más allá de una portecilla que Carlos abrió, se encontraron en la playa y enfrente del Océano que, habiendo dejado decrecer, reposaba en la ribera como un monstruo fatigado.

Pensativo Carlos II, marchaba con la cabeza inclinada y las manos debajo de su capa. Monk seguíale con los brazos libres y la mirada inquieta, y Artagnan detrás con la mano sobre el pomo de su espada.

— ¿Dónde está el buque que os ha traído, señores? —preguntó Carlos al mosquetero.

—Allá abajo, Majestad; tengo siete hombres y un oficial que me esperan en esa barquilla alumbrada por un farol.

— ¡Ah, sí! La han sacado a la arena, ya la veo; pero, en verdad, no habréis venido de Newcastle en esa barca.

— No, Majestad; yo había fletado por mi cuenta una falúa que ha echado anclas a un tiro de la playa. En esa falúa hemos hecho el viaje.

— Caballero —dijo el rey a Monk—, sois libre.

Por firme de voluntad que fuera Monk no pudo contener, una exclamación. El rey hizo un signo afirmativo con la cabeza, y continuó:

—Vamos a despertar a un pescador de esta aldea que botará su barco esta misma noche y os llevará donde le mandéis. E1 señor de Artagnan a quien pongo bajo la salvaguardia de vuestra lealtad, escoltará a Vuestro, Honor.

Monk dejó escapar un murmullo de asombro, y Artagnan un profundo suspiro. El rey, sin que nada notase al parecer, llamó al enrejado de pino que cerraba la cabaña del primer pescador habitante de la playa.

— ¡Hola! Kéyser—gritó—, ¡despierta!

— ¿Quién me llama? —gritó el pescador.

—Yo, el rey Carlos.

— ¡Ah! Milord —exclamó Kéyser levantándose envuelto en la vela, en la que se acostaba como en una hamaca—, ¿qué he de hacer en vuestro servicio?

—Patrón Kéyser —dijo Carlos—, apareja sobre la marcha; aquí tienes un pasajero que fleta tu barco y que te pagará espléndidamente: sírvele.

Y el rey dio unos pasos atrás para que Monk hablase libremente con el pescador.

—Quiero pasar a Inglaterra —dijo Monk, que hablaba holandés lo preciso para que le entendieran.

—Al instante —dijo el patrón—, al instante mismo, si queréis.

— ¿Pego será muy largo? —dijo Monk.

—Menos de media hora, señor; mi hijo el mayor está aparejando en este momento, porque a las tres de la mañana debíamos salir a la pesca.

—Y bien, ¿está ya? —preguntó Carlos acercándose.

—Menos el precio —dijo el pescador—, sí, Majestad.

—Eso, es cosa mía —repuso Carlos—; el señor es amigo mío. Monk se estremeció y miró a Carlos.

—Bien, milord —replicó Kéyser. En aquel momento se oyó al hijo mayor de Kéyser que tocaba, desde la playa, un cuerno de buey.

—Podéis partir, señores —dijo el rey.

——Señor—dijo Artagnan—, ¿quiere vuestra Majestad concederme algunos minutos? Tenía enganchados unos hambres, y como me voy sin ellos, será menester que les avise.

—Silbadles —dijo Carlos sonriendo.

Artagnan silbó, en efecto, mientras el patrón Kéyser respondía a su hijo, y acudieron cuatro hombres conducidos por Menneville.

—Ya estáis pagados —murmuró Artagnan, dándoles una bolsa que contenía dos mil quinientas libras en oro—. Id a esperarme a Calais, donde sabéis.

Y Artagnan, dando un prolongado suspiro, puso la bolsa en manos de Meinneville.

— ¡Cómo! ¿Nos dejáis? —exclamaron los hombres.

—Por poco tiempo —contestó Artagnan—, o por mucho. ¡Quién sabe! Con esas dos mil quinientas libras; y las otras dos mil que ya tenéis recibidas, estáis pagados, según nuestro convenio. Separémonos, pues, hijos míos.

— ¿Pero y el barco?

— No os sobresaltéis por eso. Nuestros efectos están en la falúa.

—Iréis a buscarlos, y al momento os pondréis en marcha.

—Bien, mi comandante. Artagnan se volvió hacia Monk, y le dijo:

—Caballero, espero vuestras órdenes, porque vamos a marchar juntos, a menos que mi compañía ha os sea desagradable.

—Al contrario, caballero —dijo Monk.

— ¡Vamos, señores, a bordo! — gritó el hijo de Kéyser.

Carlos saludó dignamente al general, y le dijo:

—Me perdonaréis el contratiempo y la violencia que habéis sufrido, cuando estéis persuadido de que no los he causado yo.

Monk se inclinó profundamente sin responder. Carlos, por su parte, afectó no decir una palabra, en particular a Artagnan; pero en voz alta:

—Gracias os doy otra vez, caballero —le dijo—; gracias por vuestros servicios. Ya os serán pagados por Dios, que espero reserve para mí solo el sufrimiento y las pruebas.

Monk siguió a Kéyser y a su hijo, y se embarcó con ellos.

Artagnan los siguió, murmurando:

— ¡Ah! ¡Mi pobre Planchet! Mucho temo que hayamos hecho una mala especulación.

XXX
LAS ACCIONES DE LA SOCIEDAD “PLANCHET Y COMPAÑÍA” PONENSE ALA PAR

Durante la travesía, Monk no dirigió la palabra a Artagnan sino en los casos de necesidad urgente. De modo que cuando el francés tardaba en presentarse a la hora de la comida (pobre comida, compuesta de pescado salado, galleta y ginebra), Monk le invitaba:

— ¡A la mesa, señor!

Esto era todo cuanto le decía. Justamente, porque Artagnan era en las grandes ocasiones en extremo conciso, no sacó de esta concisión ningún favorable augurio para el éxito de su misión. Además, como tenía mucho tiempo de sobra, se quebraba la cabeza investigando cómo había visto Athos a Carlos II; cómo había tramado con él aquel viaje, y cómo, por fin, había entrado en el campamento de Monk; y el pobre teniente de mosqueteros se arrancaba un pelo de su bigote cada vez que pensaba en Athos era sin duda el caballero que acompañaba Monk la famosa noche del rapto.

En fin, después de dos noches y dos días de navegación, el patrón Kéyser tocó tierra en el lugar donde Monk, que había dado las órdenes durante la travesía, mandó que lo desembarcasen. Era, precisamente, la embocadura de aquel río, cerca del cual había elegido Athos su habitación.

El día declinaba, y un sol hermoso, semejante a un escudo de hierro candente, sumergía la extremidad inferior de su disco en la línea azul del mar. La falúa seguía sirgando y remontando el río, muy ancho en aquel sitió; pero Monk, en medio de su impaciencia, mandó saltar en tierra, y la canoa de Kéyser condújolo en compañía de Artagnan a la fangosa orilla del río, entre juncos y cañas.

Artagnan, resignado a la obediencia; siguió a Monk del mismo modo que el oso encadenado signe a su dueño; pero su posición le humillaba en demasía, y murmuraba en voz baja que el servicio de los reyes era muy penoso, y que el mejor de todos no valía nada.

Monk andaba a pasos apresurados. Hubiérase dicho que aún no estaba muy seguro de haber reconquistado la tierra de Inglaterra, aun cuando ya se divisaban claramente las pacas casas de los marineros y pescadores; esparcidas en el reducido muelle de aquel humilde puerto. De pronto exclamó Artagnan.

— ¡Ah! ¡Dios me perdone, aquella casa está ardiendo!

Monk alzó los ojos *y* vio efectivamente que el fuego comenzaba a devorar una casa. El fuego había prendido en un cobertizo pequeño inmediato a ella, cuyo tejado comenzaba a arder, y el viento fresco de la noche venía en ayuda del incendio.

Los dos viajeros apresuraron el paso, oyeron tremendos gritos, y vieron al acercarse soldados que movían sus armas y que extendían el puño cerrado hacia la casa incendiada. Sin duda esta ocupación amenazadora había hecho que no advirtiesen la llegada de la falúa.

Monk se detuvo un momento, y por vez primera formuló su pensamiento con palabras.

— ¡Eh!—dijo—. Esos no serán mis soldados, sino los de Lambert. Estas palabras contenían a la vez un dolor, una aprensión y una reconvención, que Artagnan comprendió a las mil maravillas.

—En efecto, durante la ausencia del general, Lambert podía haber dado la batalla, derrotando, dispersando a los parlamentarios, y tomando con su ejército las posiciones de Monk, privado de su más firme apoyo. A esta duda, que pasó del espíritu de Monk al suyo, hizo Artagnan este razonamiento:

“Una de dos: o Monk ha dicho la verdad, y no hay más que lambertístas en el país, es decir, enemigos que me recibirán bien, pues a mí deberán la victoria, o no ha cambiado: nada, y Monk, entusiasmado de alegría, encontrando su campamento en el mismo sitio, no será demasiado duro en sus represalias.”

Pensando así, avanzaban los dos viajeros, y comenzaban a encontrarse en medio de un grupo de marineros que veían con dolor arder la casa, pero que nada osaban decir, asustados por las amenazas de los soldados. Monk dirigiese a uno de los marineros.

— ¿Qué sucede aquí? —preguntó.

—Caballero —contestó el hombre sin reconocer a Monk como oficial, envuelto corno iba en su capa—; lo que hay es que esa casa estaba habitada por un extranjero, y que ese extranjero se ha hecho sospechoso a los soldados. Entonces, han intentado penetrar en su casa a pretexto de conducirle al campamento; pero él, sin asustarse por su número, ha amenazado de muerte al primero que pretendiera franquear el umbral de la puerta; y, como se encontrase uno que se arriesgara, el francés le ha tendido en tierra de un pistoletazo.

— ¡Ah! ¿Es un francés? —exclamó Artagnan, frotándose las manos—. ¡Bueno!

— ¿Cómo bueno? —dijo el pescador.

—No, quería decir... además... Se me ha trabado la lengua.

—Luego, señor, han venido los otros, furiosos como leones, y han tirado más de cien mosquetazos sobre la casa; pero el francés estaba a cubierto detrás del muro, y, cada vez que se quería penetrar por la puerta, disparaba un tiro su lacayo, que lo hace perfectamente. Cada vez que amenazaban la ventana, aparecía la pistola del amo. Contad, ya están siete hombres en tierra.

—– ¡Ah! ¡Valiente compatriota! — exclamó Artagnan—. Espera, voy a unirme contigo y daremos cuenta de toda esta canallada.

—Un instante, señor —dijo Monk—, esperad.

— ¿Mucho tiempo?

—No, el preciso para hacer una pregunta.

Volviendo luego hacia el marinero:

—Amigo mío —preguntó con emoción que no pudo disimular a pesar de su fuerza sobre sí mismo—, ¿de quién son estos soldados?

— ¿De quién han de ser, sino de ese endiablado de Monk?

— ¿Con que no se ha dado la batalla?

— ¿Y para qué? El ejército de Lambert se derrite como la nieve en abril. Todos se van con Monk, oficiales y soldados, y dentro de ocho días no tendrá Lambert más de cincuenta hombres.

El pescador fue interrumpido por una nueva salva de tiros lanzados sobre la casa, y por un nuevo pistoletazo que contestó a esta salva, echando por tierra al más atrevido de los agresores. La cólera de los soldados llegó al colmo.

El fuego iba en aumento, y un penacho de llamas y de humo aparecía como un turbión sobre la casa. Artagnan no pudo contenerse por más tiempo.

— ¡Diantre! —dijo a Monk, mirándole de reojo—. ¿Sois el general y dejáis que vuestros soldados quemen casas y asesinen a la gente? ¿Y miráis esto tranquilamente calentándoos las manos al fuego del incendio? ¡Cáscaras! ¡No sois hombre!

—Paciencia, caballero, paciencia —dijo Monk, sonriendo.

— ¡Paciencia, paciencia! Hasta que esté asado ese caballero tan valiente, ¿no es cierto?

Y Artagnan echó a correr.

—Quedaos, señor —dijo Monk, imperiosamente.

Y se adelantó hacia la casa. Precisamente, acababa de acercarse un oficial, que decía:

— ¡La casa arde y vas a ser encadenado antes de una hora! Aún es tiempo; manifiesta lo que sepas del general Monk, y te concederemos la vida. Responde, o por san Patricio...

El sitiado no respondió; sin duda volvía a cargar su pistola.

—Y han ido a buscar refuerzo —prosiguió el oficial; dentro de una hora habrá cien hombres alrededor de esta casa.

—Para responder —dijo el francés—, quiero que todo el mundo se aparte; deseo salir libre y marchar solo al campamento, o si no me haré matar aquí.

— ¡Mil rayos! —exclamó Artagnan . ¡Es la voz de Athos! ¡Ah, miserables!

Y la espada de Artagnan lució fuera de la vaina.

Monk lo contuvo y dijo con voz sonora, adelantándose:

— ¡Pardiez! ¿Qué se hace aquí? Digby, ¿por qué este fuego? ¿Por qué estos gritos?

— ¡El general! —gritó Digby dejando caer la espada.

— ¡El general! —repitieron los soldados.

—Y bien, ¿qué hay en esto de extraño? —dijo Monk con voz tranquila.

Y, ya restablecido el orden, añadió:

— ¿Quién ha encendido este fuego?

Los soldados bajaron la cabeza.

— ¡Qué! ¿Pregunto y no se me contesta? —dijo Monk—. ¡Qué! ¿Reprendo y no se repara el daño? ¡Me parece que aún está ardiendo esa casa!

Al instante lanzáronse los veinte hombres buscando cubos, jarros y toneles, apagando el incendio con tanto ardor como habían empleado un momento antes en propagarlo. Más ya, ante todos y el primero Artagnan había aplicado una escala a la casa, gritando:

— ¡Athos! ¡Soy yo, Artagnan! ¡no me mates, amigo mío! Minutos después estrechaba al conde en sus brazos.

Durante este tiempo, Grimaud, que permanecía tranquilo, desmantelada la fortificación del piso bajo, y después de haber abierto la puerta, se cruzaba tranquilamente de brazos en el umbral. Sólo a la voz de Artagnan había lanzado una exclamación de asombro.

Apagado el fuego, los soldados se presentaron confusos, y Digby a la cabeza de ellos.

—General —dijo éste—, perdonadnos. Lo que hemos hecho, ha sido por afecto a Vuestro Honor, al que creíamos perdido.

——Estáis locos, señores. ¡Perdido! ¿Se pierde acaso un hombre como yo? ¿Por ventura, no me será permitido ausentarme cuando me plazca sin avisar? ¿Acaso un caballero que es mi amigo, mi huésped, debe ser sitiado, batido y amenazado de muerte, porque se sospeche de él? ¿Qué significa esa palabra sospechar? ¡Dios me castigue si no hago fusilar a todos los que aquí ha dejado con vida ese valiente gentilhombre!

—General —dijo Digby lastimeramente— éramos veintiocho, y ocho están en tierra.

—Yo autorizo al señor conde de la Fère para que envíe a los otros veinte a unirse con los ocho —dijo Monk.

Y tendió la mano a Athos.

—Id al campamento —dijo Monk. Señor Digby, quedáis arrestado un mes. Eso os enseñará, caballero, a no obrar otra vez sino conforme a mis órdenes.

—Tenía las del lugarteniente, mi general.

—El lugarteniente no tiene que daros órdenes semejantes, y él guardará el arresto en vuestro lugar, si efectivamente os ha mandado quemar la casa de este gentilhombre.

—No es eso lo que ha ordenado, general, sino que le llevásemos al campamento, pero el señor conde no ha querido seguirnos.

—No quise que entraran a saquear mi casa —dijo Athos a Monk con mirada expresiva.

—Y habéis hecho bien. ¡Al campamento, os digo!

Los soldados se alejaron con la cabeza baja..

—Ahora que permanecemos solos —dijo Monk a Athos—, decidme, caballero, ¿por qué os obstinabais en permanecer aquí, puesto que teníais vuestra falúa?

—Os aguardaba, general —dijo Athos—. ¿No me había dado Vuestro Honor una cita para dentro de ocho días?

Una mirada elocuente de Artagnan demostró a Monk que estos dos hombres tan intrépidos y tan leales no estaban en inteligencia para su rapto. Ya lo sabía él.

—Caballero — dijo a Artagnan—, teníais mucha razón. Dejadme, si gustáis, hablar un momento con el señor conde de la Fère.

Artagnan aprovechase del permiso para ir a dar los buenos días a Grimaud.

Monk suplicó a Athos que le llevase a la casa que habitaba. La sala principal todavía estaba llena de escombros y de humo. Más de cincuenta balas habían pasado por la ventana, y mutilado las paredes.

Allí encontraron una mesa, un tintero y todo lo preciso para escribir. Monk cogió una pluma, escribió una sola línea, firmó, dobló el papel, cerró la carta con el sello de su anillo, y la entregó a Athos, diciéndole:

—Caballero, llevad, si queréis, esta carta al rey Carlos II, y marchad en este mismo instante si nada os detiene aquí.

— ¿Y los barriles?— dijo Athos.

—Los pescadores que me han traído os ayudarán a transportarlos a bordo. Marchad, si es posible, dentro de una hora.

—Sí, general —dijo Athos.

— ¡Señor de Artagnan! —gritó Monk por la ventana.

Artagnan subió corriendo.

—Abrazad a vuestro amigo y despedíos de él; caballero, porque vuelve a Holanda.

— ¡A Holanda! —dijo Artagnan—. ¿Y yo?

—Sois libre en seguirle, señor; pero ruego os quedéis —dijo Monk—. ¿Me lo negáis?

— ¡Oh! No, general, a vuestras órdenes.

Artagnan abrazó a Athos, y tan sólo tuvo tiempo de decirle adiós. Monk, que los vigilaba entretanto, cuidó por sí mismo los preparativos de la marcha, de la conducción de los barriles a bordo y de que Athos se embarcara. Y tomando en seguida del brazo a Artagnan, pasmado y conmovido, lo condujo hacia Newcastle. Al mismo tiempo que andaban, el mosquetero iba diciendo en voz baja:

— ¡Vamos, vamos, me parece que suben las acciones de la casa “Planchet y Compañía”!

XXXI

EL GOLPE DE MONK

Así como se prometiera un desenlace más feliz tampoco había llegado Artagnan a comprender bien la situación. Era para él un grave asunto de meditación aquel viaje de Athos a Inglaterra, su alianza con el rey, y el singular enlace de su pensamiento con el del conde de la Fère. Lo mejor era dejarse ir con la corriente. Había cometido una imprudencia, y habiéndolo alcanzado todo, encontrábase, no obstante, sin ninguna de las ventajas del triunfo. Y puesto que todo estaba perdido, nada se arriesgaba ya.

Artagnan siguió a Monk a su campamento, donde la vuelta del general había causado un efecto maravilloso, porque todos le creían perdido. Pero Monk, con su rostro austero y su aspecto glacial, parecía que preguntaba a sus oficiales y soldados la causa de su alegría. De modo que dijo al lugarteniente, que había salido a su encuentro, atestiguándole la inquietud que experimentó por su .ausencia:

— ¿Por qué eso? ¿Estoy acaso obligado a daros cuenta de mis acciones?

—Señor, las ovejas sin pastor pueden temblar.

— ¡Temblar! —contestó Monk con su voz tranquila y poderosa—. ¡Ah, caballero! ¡Qué palabra! ... Si mis ovejas no tienen dientes ni uñas, renuncio a ser su pastor. ¡Oh! ¡Vos tembláis, caballero!

— General, por vos...

—Mezclaos en lo que os concierna, y si yo no poseo el espíritu que Dios enviaba a Oliverio Cromwell, tengo el que me ha enviado, con el cual me contento, por escaso que sea.

El oficial no contestó, y habiendo impuesto Monk silencio a su gente de este modo, todos quedaron persuadidos de que había llevado a cabo un asunto importante, o que había hecho una prueba con respecto a ellos. Esto era conocer muy poco aquel genio paciente y escrupuloso. Si Monk tenía la buena fe de los puritanos, sus aliados, debió dar las gracias fervorosamente al santo patrono que le había sacado de la caja del señor de Artagnan.

Mientras sucedían estas cosas, no cesaba de repetir nuestro mosquetero:

—Dios mío, haz que el señor Monk no tenga tanto amor propio como yo; porque declaro que si alguno me hubiera metido en un cofre con aquella rejilla sobre la boca, y conducido encajonado de este modo como un buey, por el mar, conservaría un mal recuerdo del aspecto lastimoso que tendría en aquel cofre y un rencor muy ruin al que me hubiese encerrado; temería tanto ver lucir en el rostro de ese malicioso una sonrisa irónica, o en su actitud una imitación grotesca de mi posición en la caja, que por quien soy le escondería un buen puñal en la garganta en compensación de la rejilla, y lo clavaría en una verdadera sepultura, en recuerdo del simulado féretro en que me hubiera enmohecido por espacio de dos días.

Y Artagnan decía todo esto de muy buena fe, porque era muy sensible la epidermis de nuestro gascón. Afortunadamente, Monk tenía otras ideas, y no dijo una palabra de lo pasado a su tímido vencedor, pero le admitió muy de cerca a sus trabajos y le llevó a cierto reconocimiento para obtener lo que sin duda deseaba vivamente; una rehabilitación en el espíritu de Artagnan. Éste se condujo como un veedor lisonjero; admiró toda la táctica de Monk y la ordenanza de su campamento, y burlóse muy agradablemente de las circunvalaciones de Lambert, quien, decía él, se había tomado muy inútilmente el trabajo de cerrar un campo para veinte mil hombres, cuando le hubiese bastado media aranzada de terreno para el cabo y los cincuenta guardias que tal vez le permanecían fieles.

Al momento que llegó Monk aceptó la proposición de una entrevista hecha la víspera; por Lambert, y que los lugartenientes de aquél habían rehusado so pretexto de que el general se hallaba enfermo. Esta entrevista no fue larga ni interesante. Lambert pidió una profesión de fe a su rival. Éste declaró que no tenía otra opinión que la de la mayoría. Lambert preguntó si no sería más expedito terminar la cuestión por una alianza que por una batalla. Monk solicitó ocho días para reflexionar, a lo cual no podía negarse Lambert, a pesar de que había venido diciendo que devoraría el ejército de Monk. Así es que, cuando nada se decidió después de esta entrevista, que impacientemente esperaban los de Lambert, ni tratado ni batalla, el ejército rebelde comenzó, lo mismo que Artagnan había previsto, a preferir la buena causa a la mala, y al Parlamento, por más rabadilla que fuera, a la nada pomposa de los designios del general Lambert.

Recordábanse, además, las buenas comidas de Londres, la profusión de cerveza y de *Sherry* que el vecino de la City pagaba a sus amigos, los soldados, y se miraba con espanto el pan negro de la guerra, el agua turbia del Tweed, demasiado salada para el vaso y muy mala para la marmita, y se decía: "¿no estaremos mejor del otro lado? ¿No se asan en Londres las chuletas para Monk?"

Desde entonces ya no se habló más que de deserción en el ejército de Lambert; los soldados se dejaban alucinar por la fuerza de los principios, que son, como la disciplina, el lazo obligado de todo cuerpo, constituida con un fin cualquiera. Monk defendía al Parlamento, Lambert lo atacaba. Monk no tenía más ganas que Lambert de sostener al Parlamento; pero lo había escrito en sus banderas, de modo que todos los del partido contrario estaban reducidos a escribir en las suyas: "Rebelión", lo cual sonaba mal en los oídos puritanos. Vióseles, por tanto, ir de Lambert a Monk, como los pecadores van de Baal a Dios.

Monk formó su composición de lugar a mil deserciones diarias Lambert tenía gente para veinte días; mas hay en las cosas que se hunden tal acrecentamiento de peso y de celeridad que se combinan, que se marcharon el primero ciento; quinientos el segundo y mil el tercero. Monk pensó que había llegado a su medio. Pero de mil pasó pronto la deserción a dos mil, luego a cuatro mil, y ocho días después, conociendo Lambert que ya no había posibilidad de aceptar la batalla si se la presentaban, tomó el prudente partido de levantar el campo durante la noche para regresar a Londres, y prevenir a Monk reconstruyendo un poder con los restos del partido militar.

Pero Monk, libre y sin inquietudes, marchó sobre Londres como vencedor, aumentando su ejército con todas las partidas errantes que encontraba al paso. Fue a acampar en Bamet, es decir, a cuatro leguas de distancia, querido del Parlamento, que le consideraba como protector, y esperado por el pueblo, que quería verle manifestarse para juzgarlo. Artagnan, mismo no había podido juzgar nada de su táctica, observada y admirada. Monk no podía entrar en Londres con un partido tomado sin hallar allí la guerra civil. Así es que contemporizó algún tiempo.

Repentinamente, sin que nadie lo esperase, Monk hizo arrojar de Londres al partido militar y se instaló en la City, en medio de los burgueses por mandato del Parlamento; y después, en el instante en que los burgueses gritaban contra Monk, y cuando los mismos soldados acusaban a su jefe, viéndose Monk muy seguro de la mayoría, declaró al Parlamento que era necesario abdicar, levantar el sitio y ceder el puesto a un gobierno que no fuese una burla. Monk pronunció esta declaración apoyado por cincuenta mil espadas, a las cuales uniéronse aquella misma noche, con hurras de júbilo delirante, quinientos mil habitantes de la buena ciudad de Londres.

Por último, en el instante en que el pueblo, después de su triunfo y de sus orgías en medio de la calle, buscaba con los ojos el deseo que podría darse a sí propio, se supo que cierto buque acababa de salir de La Haya, conduciendo a Carlos II y su fortuna.

—Señores —dijo Monk a sus leales—, salgo al encuentro del legítimo rey. ¡Quien me ame que me siga!

Una aclamación estrepitosa acogió estas palabras, que Artagnan no oyó sin un estremecimiento de placer.

— ¡Diantre! —dijo a Monk—. Esto es atrevido, caballero.

—Vos me acompañáis, ¿no es verdad? —replicó Monk.

— ¡Cáscaras, general! Pero, decidme, si gustáis, lo que escribisteis con Athos, es decir, con el señor conde de la Fére... ya sabéis... el día de nuestra llegada.

—Yo no guardo secretos para vos —contestó Monk—; escribí estas palabras: "Señor, dentro de seis semanas espero a Vuestra Majestad en Douvres."

— ¡Ah! —murmuró Artagnan—. No diré, ya que eso es atrevido; diré que está muy bien jugado el lance. ¡Magnífico golpe!

—Os reconocéis en él —dijo Monk.

Esta fue la única alusión que el general hizo sobre su viaje a Holanda.

XXXII

ATHOS Y ARTAGNAN VUELVENSE A ENCONTRAR EN LA HOSTERIA "EL CUERNO DE CIERVO"

El rey de Inglaterra hizo su entrada con gran pompa eh Douvres, y después en Londres. Había ordenado que le acompañasen sus hermanos, su madre y su hermana. Hacía tanto tiempo que Inglaterra estaba entregada a sí propia, esto es, a la tiranía y a la injusticia, que esta vuelta del rey Carlos II, a quien, sin embargo, no conocían los ingleses, más que como el hijo de un hombre a quien ellos habían cortado la cabeza, fue una fiesta para los tres reinos. Así es que todas aquellas aclamaciones que acompañaban su vuelta llamaron tanto la atención del rey, que se inclinó al oído de Jack de York, su hermano más joven, para decirle:

— Verdaderamente, Jack, me parece ha sido falta nuestra si hemos estado tanto tiempo ausentes de un país donde tanto nos aman.

El acompañamiento fue soberbio, y un tiempo admirable favorecía la solemnidad. Carlos había vuelto a su juventud, a su buen humor; parecía transfigurado; los corazones reían como el sol.

Entre aquella muchedumbre ardiente de cortesanos y de adoradores, que parecían no acordarse de que ellos habían llevado al cadalso de White Hall al padre del nuevo rey; un hombre, en uniforme de teniente de mosqueteros, miraba, con la sonrisa en sus delgados labios, unas veces al pueblo, que vociferaba sus bendiciones, otras al príncipe, lleno de emoción, que a todos saludaba, y especialmente a las mujeres, cuyos ramilletes venían a caer a los pies de su caballo.

— ¡Qué hermoso oficio el de rey! —exclamaba aquel hombre impulsado por su contemplación, y tan absorto, que se paró en medio del camino, dejando desfilar el séquito— He aquí en verdad un príncipe lleno de oro y de diamantes como un Salomón, y esmaltado de flores como un prado en primavera; allá va a sacar a manos llenas del inmenso cofre en que sus súbditos; muy leales hoy, muy infieles ayer, le han reunido una o dos carretas de barras de oro. Ahora le echan flores hasta cubrirlo, y hace dos meses, si se hubiese presentado, le habrían enviado tantas balas de cañón y de mosquete como hoy le envían flores. Decididamente, nacer de cierta manera es cosa que no desagrada a los villanos que pretenden les importa poco nacer villanos.

El séquito continuaba desfilando, y con el rey las aclamaciones comenzaban a alejarse en dirección del palacio; lo cual no impedía que nuestro oficial fuese bien atropellado.

— ¡Vive Dios! —decía el razonador—. Ved toda esa gente que anda sobre mis pies, y que me mira como muy poco, o más bien como nada, en atención a que ellos son ingleses y yo francés. Si se preguntara a toda esta gente: "¿Quién es el señor de Artagnan?", responderían: — Nescio vos. Pero que les digan: "Mirad al rey que pasa, mirad al general Monk que pasa", y gritarán: "¡Viva el rey! ¡Viva el general Monk!", hasta que se nieguen a ello sus pulmones. Sin embargo seguía mirando de aquel modo penetrante que le dis-

tinguía, pasar la multitud—, sin embargo, reflexionad, un poco, buena gente, en lo que a hecho vuestro rey Carlos, en lo que ha hecho el señor Monk, y luego, pensad en lo que ha hecho ese pobre desconocido que se llama el señor de Artagnan. Ver. No os conozco. Verdad es que no lo sabéis, porque es desconocido, lo cual os impide reflexionar tal vez. ¡Pero, bah! ¡Qué importa! Esto no impide que Carlos II sea un gran monarca, aunque haya estado en el destierro doce años, y que el señor Monk sea un gran capitán, aunque haya hecho el viaje a Francia encerrado en un cajón. Y puesto que se reconoce que el uno es un gran rey y el otro un excelente capitán:¡Hurra for the king Charles II! Hurra for the captain Monk!

Y su voz mezclóse con la de millares de espectadores, a quienes dominó por un momento. Y para representar mejor al hombre decidido, agitó en el aire su sombrero, y no faltó quien le detuviera del brazo en lo mejor de su expansivo lealismo. (Así se llamaba en 1660 lo que hoy se llama realismo.)

— ¡Athos! —gritó Artagnan—. ¿Vos aquí?

Y ambos amigos se abrazaron.

— ¡Vos aquí! Y estando aquí —continuó el mosquetero—, ¿no estáis en medio de todos los cortesanos, mi querido conde? ¡Cómo! Vos, el héroe de la fiesta, ¿no dais caballadas a la izquierda del rey como, caballea milord Monk a la derecha? En verdad que no comprendo nada de vuestro carácter, ni del príncipe que tanto os debe.

—Siempre zumbón, amigo Artagnan —dijo Athos—. ¿No os corregiréis nunca de ese maldito defecto?

—En fin, ¿no formáis parte de la comitiva?

—No, porque no he querido.

— ¿Y por qué no habéis querido?

— Porque no soy ni enviado ni embajador, ni delegado siquiera del rey de Francia, y porque no me conviene presentarme así junto a otro rey que Dios no me ha dado por señor.

— ¡Diantre! Bien cerca os presentasteis del rey su padre.

—Eso es otra cosa, amigo; aquél iba a morir.

—Y, sin embargo, lo que habéis hecho por éste...

—Ha sido porque debía hacerlo. Ya sabéis que deploro toda clase de ostentación. Déjeme, pues, ahora el rey Carlos II, que no tienen necesidad de mí, en mi reposo y en mi obscuridad, que es todo lo que de él exijo.

Artagnan suspiró:

— ¿Qué tenéis? —le dijo Athos—. Diríase que esta vuelta feliz del rey a Londres os entristece, amigo mío, a pesar de que habéis hecho al menos tanto como yo por Su Majestad.

— ¿No es cierto —respondió Artagnan riendo con su risa gascona—, que yo también he hecho mucho por Su Majestad sin que quepa la menor duda?

— ¡Oh! Sí ——exclamó Athos—, y bien lo sabe el rey, amigo mío.

— ¡Lo sabe! —dijo el mosquetero—. A fe mía que no dudaba de ello, y aun trataba de olvidarlo en este momento.

—Pero él no lo olvidará, os lo aseguro.

—Eso me lo decís por consolarme un poco.

— ¿De qué?

— ¡Cáscaras! De todos los gastos que he hecho. Me he arruinado, amigo mío, arruinado por la restauración de este joven príncipe que acaba de pasar haciendo cabriolas sobre su caballo isabelino.

— El rey no sabe que estáis arruinado; pero sí que os debe mucho.

— ¿Salgo ganando algo con eso; Athos? ¡Decid! Porque, al fin, yo os hago justicia; habéis trabajado noblemente. Pero yo que, en apariencia, por poco hago fracasar vuestra combinación, soy quien en realidad la ha hecho triunfar. Seguid bien mi cálculo: vos no hubierais convencido tal vez, por la persuasión y la dulzura, al general Monk, mientras que yo he tratado tan rudamente a ese apreciado general, que líe proporcionado a vuestro príncipe la ocasión de mostrarse generoso; esa generosidad que le fue inspirada por mi yerro venturoso, Carlos se la ve ahora pagada con la restauración que le hace Monk.

—Todo eso, amigo, es de una verdad indiscutible —respondió Athos.

—Pues bien, por indiscutible que sea esa verdad, no por ello dejaré de volverme, muy querido de milord Monk, que me llama my *dear captain,* aunque yo no sea su querido ni capitán, y muy apreciado del rey, que ya ha olvidado mi nombre no por eso; digo, dejaré de volverme a mi hermosa patria, maldito por los soldados a quienes enganché con la esperanza de un crecido sueldo, y maldito por el buen Planchet, a quien tomé prestada una parte de su fortuna.

— ¿Cómo es eso? ¿Qué diablos viene a hacer Planchet en todo esto?

—Sí, amigo; ese rey tan rozagante, tan risueño y adorado, se figura el señor Monk que ha sido llamado por él, vos os figuráis haberle sostenido, yo me figuro haberlo traído, el pueblo se figura haberlo reconquistado, él mismo cree haber negociado de una manera a propósito para ser proclamado; y nada de esto es cierto, sin embargo, Carlos II, rey de Inglaterra, de Escocia y de Irlanda, ha sido restaurado en su trono por un abacero de Francia que vive en la calle de los Lombardos y se llama Planchet. ¡Lo que es la grandeza! "¡Vanidad, dice la Escritura, vanidad!"

Athos no pudo menos de reírse de la salida de su amigo.

— Querido Artagnan —dijo estrechándole afectuosamente la mano—. ¿Habéis dejado de ser filósofo? ¿No es para vos una satisfacción haberme salvado la vida, como lo habéis hecho al llegar tan felizmente con Monk, cuando esos malditos parlamentarios querían quemarme vivo?

—Vamos, vamos —dijo Artagnan—; un poco merecíais esa quemadura, amado conde.

— ¡Cómo! ¿Por haber salvado el millón del rey Carlos?

— ¿Qué millón?

— ¡Ah! Es cierto, jamás habéis sabido esto, amigó mío; pero no hay que hacerme cargo alguno, porque no me pertenecía el secreto. Aquella palabra *Remember* que el rey Carlos pronunció en el cadalso...

—Y que significa *acuérdate...*

—Perfectamente. Esa palabra significaba: “Acuérdate que hay un, millón enterrado en los subterráneos de Newcastle, y de que ese millón pertenece a mi hijo.”

— ¡Perfectamente! Comprendo. Pero también comprendo, y esto es horrible, que Su Majestad Carlos II dirá cada vez que piense en mí: “He ahí un hombre que por poco me hace perder la corona; felizmente, yo he sido generoso, lleno de presencia de espíritu.” Eso es lo que dirá de mí y de él ese joven caballero del jubón negro muy raído, que llegó al castillo de Blois, sombrero en mano, a pedirme si tenía a bien darle entrada en el aposento del rey de Francia.

— ¡Artagnan! ¡Artagnan! —dijo Athos poniendo su mano sobre el hombro del mosquetero—. No sois justo.

—Tengo derecho a ello.

—No, pues ignoráis el porvenir. Artagnan miró a su amigo y se echó a reír.

—En verdad, mi querido Athos —dijo—, tenéis soberbias palabras que no he conocido más que en vos y en el señor cardenal Mazarino.

Athos hizo un movimiento.

—Perdón —prosiguió Artagnan riéndose—; perdón si os ofendo. ¡El porvenir! ¡Oh! ¡Bonitas palabras las que prometen, y qué bien llenan la boca a falta de otra cosa! ¡Diantre! Después de haber encontrado tantos que prometían, ¿cuándo hallaré uno que dé?... Pero, dejemos esto —añadió Artagnan—. ¿Qué hacéis aquí, querido Athos? ¿Sois tesorero del rey?

— ¿Cómo tesorero del rey?

—Sí, puesto que el rey posee un millón, necesita un tesorero. El rey de Francia, que no tiene un cuarto, tiene un superintendente de Hacienda, el señor Fouquet. Verdad es que, en cambio, el señor Fouquet tiene muchos millones.

— ¡Oh! Nuestro millón se gastó hace mucho tiempo —dijo Athos riendo.

—Comprendo, se ha gastado en raso, en pedrería, en terciopelos y en plumas de todas especies y colores. Todos esos príncipes y princesas tenían necesidad de sastres y modistas. ¿Os acordáis, Athos, de lo que gastamos para equiparnos nosotros cuando la campaña de La Rochela, y para hacer también nuestra entrada a caballo? Dos o tres mil libras; pero un jubón del rey es más grande, y precisa un millón para comprar la tela. Al menos, Athos, si no sois tesorero, estáis bien en la Corte.

—A fe de gentilhombre, no sé nada —respondió Athos.

— ¿Cómo que eso? ¡No sabéis nada!

— No he vuelto a ver al rey desde que estuvo en Douvres.

—Entonces es que también os ha olvidado. ¡Diantre! ¡Magnífico!

— ¡Su Majestad ha tenido tanto quehacer!

— ¡Oh! —murmuró Artagnan con uno de aquellos gestos extraños que sólo él sabía hacer—. Por mi honor que voy a enamorarme de monseñor Mazarino. ¿Cómo, amigo Athos, no os ha vuelto a ver el rey?

— No.

— ¿Y no estáis furioso?

— ¿Yo por qué? ¿Os figuráis acaso, amigo Artagnan, que ha sido por el rey por quien he obrado de esta manera? Yo no conocía a este joven. Defendí al padre, que representaba un principio para mí sagrado; y me he dejado llevar hacia el hijo, siempre por simpatía al mismo principio. Por lo demás, el padre era un digno caballero, una noble criatura. ¿Os acordáis de él?

— Verdad; un hombre excelente, que tuvo una triste vida y una muerte muy hermosa.

—Pues bien, querido Artagnan, oíd esto: a ese rey, a ese hombre de corazón, a ese amigo de mi pensamiento, si así puedo decirlo, prometí en la hora suprema conservar, fielmente el secreto de un depósito que debía poner en manos de su hijo para ayudarle cuando la ocasión se presentase; ese joven fue a buscarme, me contó su miseria, pues ignoraba que yo fuera para él otra cosa que un recuerdo vivo de su padre; cumplí con respecto a Carlos II lo que había prometido a Carlos I, y no tengo más que decir. ¿Qué me importa, pues, que sea o no reconocido? A mí es a quien he prestado este servicio, librándome de esta responsabilidad, y no a él.

—Siempre he dicho —respondió Artagnan con un suspiro —que el desinterés era la cosa más bella del mundo.

— ¡Y bien, amigo mío! —respondió Athos—. ¿No estáis vos en la misma situación que yo? Si he comprendido bien vuestras palabras; os habéis dejado conmover por la desgracia de ese joven; esa acción es más hermosa por vuestra parte que por la mía, pues yo tenía un deber que cumplir, mientras que vos no debíais absolutamente nada al hijo del mártir. Vos no teníais que pagarle el precio de aquella gota de sangre preciosa que dejó derramar sobre mi frente desde el tablado de su Cadalso. Lo que os ha hecho obrar ha sido el corazón solamente, corazón noble y bueno que tenéis bajo ese aparente escepticismo, bajo esa ironía sarcástica; habéis comprometido la fortuna de un servidor, quizá la vuestra, según sospecho, benéfico avaro, y se desconoce vuestro sacrificio. ¡Qué importa! ¿Queréis volver a Planchet su dinero? Comprendo eso, amigo mío, porque no conviene que un caballero tome prestado a su inferior sin devolverle capital e intereses. ¡Pues bien, venderé hasta la hacienda de la Fére, si es preciso, y si no lo es, cualquier otra quinta pequeña! Pagaréis a Planchet, y aún quedará bastante grano para nosotros dos y para Raúl en mis graneros. De este modo, amigo mío, sólo quedaréis obligado a vos mismo, y, si os conozco bien, no será para vos satisfacción pequeña decir: "He hecho un rey." ¿Tengo razón?

— ¡Athos! ¡Athos! —contestó Artagnan pensativo—. Os lo dije una vez: el día que prediquéis, iré al sermón; el día que digáis que hay infierno, tendré miedo, a las parrillas y a los garfios. Sois mejor que yo, es decir, mejor que todo el mundo, y sólo reconozco en mí un mérito: no ser envidioso. Fuera de este defecto, Dios me condene, como dicen los ingleses, tengo todos los demás.

—No conozco a nadie que valga lo que Artagnan —repuso Athos pero hemos llegado sin sentirlo a la casa en que vivo. ¿Queréis entrar en mi cuarto, amigo?

— ¿Eh? ¡Pero si es la taberna El Cuerno de Ciervo! —exclamó Artagnan:

—Os confieso, querido amigo, que la he escogido por eso mismo. Me gustan los conocimientos antiguos y sentarme en aquella silla donde me dejé caer, abatido de cansancio y abismado de desesperación cuando regresasteis la noche del 31 de enero.

— ¿Después de haber descubierto la vivienda del verdugo enmascarado? ¡Sí, aquel fue un día terrible!

—Ea, venid —dijo Athos interrumpiéndole.

Y entraron en la que en otros tiempos era sala común. La taberna en general, y esta sala común particularmente, habían sufrido grandes transformaciones; el antiguo huésped de los mosqueteros, demasiado rico para posadero, había cerrado la tienda y convertido la sala de que hablamos en un depósito de géneros coloniales. El resto de la casa lo alquilaba amueblado a los extranjeros.

Artagnan reconoció con emoción todos los muebles de esta sala del primer piso, la ensambladura, los tapices y hasta aquella carta geográfica que Porthos estudiaba tan gustosamente en sus ratos de ocio.

— ¡Hace once años! —murmuró Artagnan—. ¡Pardiez! Parece que hace un siglo.

—Y a mí un día —dijo Athos—. Ved la alegría que siento, amigo mío, al considerar que os tengo aquí, que estrecho vuestra mano, que puedo tirar lejos la espada y el puñal, y tocar sin desconfianza esta botella de Jerez. ¡Oh! En verdad, no podría manifestaros esta alegría, si nuestros dos amigos estuviesen aquí, a los lados de esta mesa, y mi muy amado Raúl, en el umbral, mirándonos con sus grandes ojos, hermosos y dulces.

—Sí; sí —dijo Artagnan muy emocionado—, es verdad. Apruebo, sobre todo, la primera parte de vuestro pensamiento; es muy grato sonreír donde hemos temblado tan legítimamente, pensando que de un momento a otro podía aparecer el señor Mordaunt en el descansillo de la escalera.

En aquel momento abrióse la puerta, y Artagnan, por más valiente que fuera, no pudo contener un ligero movimiento de espanto.

Athos lo comprendió, y sonriendo:

—Es nuestro huésped —dijo—, que me traerá alguna carta.

—Sí, milord —dijo el buen hombre—, traigo una carta para Vuestro Honor.

—Gracias —dijo Athos, tomando la carta sin mirarla—. Decidme, querido huésped, ¿no reconocéis a este caballero?

El viejo levantó la cabeza y miró atentamente a Artagnan.

—No —dijo.

—Es —añadió Athos— uno de mis amigos de quienes os he hablado, y que se alojó aquí conmigo hace once años.

— ¡Oh! —exclamó el viejo—. Se han alojado aquí tantos extranjeros...

— Pero nosotros nos alojamos aquí el 30 de enero de 1641 —añadió Athos, creyendo estimular por esta aclaración la tardía memoria del huésped.

—Es posible —contestó éste, pero hace ya tanto tiempo!... Saludó y salió.

—¡Gracias! —dijo Artagnan. Acomete empresas, lleva a término revoluciones, pretende grabar tu nombre en la piedra o en el bronce con fuertes espadas. Hay algo más rebelde, más duro y más olvidadizo que la piedra y el bronce: el viejo cráneo del primer posadero enriquecido con su comercio. ¡No me conoce! ¡Pues yo le hubiera reconocido al instante!

Athos abrió la carta sonriendo.

— ¡Ah! —dijo—. Una carta de Parry.

— ¡Oh, oh! —murmuró Artagnan—. Leed, amigo mío, leed; sin duda contiene algo nuevo.

Athos meneó la cabeza y leyó:

"Señor conde:

"El rey ha sentido sobremanera no veros hoy a su lado cuando entraba en la ciudad; Su Majestad me encarga os lo diga y os dé un recuerdo de su parte. Su Majestad esperará a Vuestro Honor esta misma noche en el palacio de Saint James, entre nueve y once.

"Soy, con el debido respeto, señor conde, vuestro mas humilde y obediente servidor.

PARRY."

—Ya lo veis, mi querido Artagnan —dijo Athos—, no hay que desesperar de la bondad de los reyes.

— Tenéis razón —repuso Artagnan.

— ¡Oh! Querido, querido amigo —dijo Athos, a quien no se le había escapado la imperceptible amargura de Artagnan—, perdón; ¿Habré lastimado inadvertidamente a mi mejor camarada?

— ¿Estáis loco, Athos?, y la prueba es que voy a, acompañaros hasta Palacio: hasta la puerta, se entiende; con eso me pasearé.

— Entraréis conmigo, amigo; quiero decir a Su Majestad...

— ¡Cómo! —replicó Artagnan con orgullo verdadero y puro de toda mezcla—: Si hay algo peor que mendigar por uno mismo, es mendigar por medio de otros. Vaya, marchemos, querido, el paseo será muy grato; de paso os enseñaré la casa del señor Monk, que me ha hecho ir a vivir a ella. ¡Hermosa casa, por cierto!, ¡Ser, general en Inglaterra es mucho más que mariscal en Francia!

Athos dejóse conducir, muy pesaroso de la alegría que Artagnan afectaba.

Toda la ciudad estaba jubilosa; los dos amigos tropezaban a cada paso con los entusiastas, que en medio de su embriaguez les pedían que gritaran: "¡Viva el buen rey Carlos!" Artagnan respondía con un gruñido, y Athos con una sonrisa. Así, llegaron a la casa de Monk, por, la cual debía pasarse, como hemos dicho, para ir al palacio de Saint James.

Athos y Artagnan no conversaron durante el camino, por lo mismo de que sin duda tenían muchas cosas que decirse, si hubieran hablado. Athos pensaba que hablando demostraría su alegría, y que esta alegría podría lastimar a Artagnan. Éste temía por su parte, que si hablaba dejaría descubrir en sus palabras una amargura que molestaría a Athos. Aquello era una emulación singular de silencio; entre el gozo del uno y el mal humor del otro. Artagnan cedió el primero a la comezón que experimentaba por costumbre en la extremidad de la lengua.

— ¿Os acordáis —preguntó a Athos—, de aquel pasaje de las memorias de Aubigné, en el cual este fiel servidor, gascón como yo, pobre como yo, y casi por decir valiente como yo, cuenta las mezquindades de Enrique IV? Recuerdo que mi padre me decía siempre que el señor de Aubigné era embustero. Sin embargo, ¡ved cómo todos los príncipes descendientes del gran Enrique salen a él!

— ¡Vaya, vaya, Artagnan! —dijo Athos—. ¿Los reyes de Francia avaros? ¿Estáis loco?

—Jamás confesáis los defectos de otros, vos que sois perfecto; pero, en verdad, Enrique IV era avaro, Luis XIII, su hijo, también lo era, sobre lo cual sabemos algo, ¿no es cierto? Gastón llevaba este vicio al extremo, y bajo tal aspecto se hizo detestar de todos los que le rodeaban. Enriqueta, ¡pobre mujer!, ha hecho muy bien en ser avara, porque ni comía

todos los días, ni se calentaba todos los años: esto era un ejemplo que daba a su hijo Carlos II, nieto del gran Enrique IV, avaro como su madre y como su abuelo. Qué, ¿he sacado bien la genealogía de los avaros?

— Artagnan —replicó Athos—, sois demasiado duro para esa raza de águilas que se llama los Borbones.

— ¡Pues olvido al mejor! ... El otro nieto del Bearnés, Luis XIV mi ex amo. ¡Yo creo que será avaro quien no ha querido prestar un millón a su hermano Carlos! Bueno, veo que os enfadáis; pero, por fortuna, ya estamos cerca de mi casa, o más bien, de la de mi amigo el señor Monk.

——Querido Artagnan, no me enfado pero me entristecéis; es cruel en efecto, ver un hombre de vuestro mérito al lado de la posición que sus servicios debieron haberle adquirido me parece que vuestro nombre, amigo, es tan radiante como los más hermosos en la guerra y en la diplomacia; decidme si los Luises, si los Bellegarde y los Bassompierre han merecido como nosotros la fortuna y los honores: tenéis razón, sí, cien veces razón, amigo mío.

Artagnan suspiró, precediendo a su amigo bajo el pórtico de la casa que Monk habitaba en la City.

—Permitidme —dijo—, que deje la bolsa en casa; porque si, entre la multitud, estos rateros de Londres, que tanto nos han ponderado, hasta en París, me robasen el resto de mis pobres escudos, no podría regresar a Francia; y vuelvo lleno de alegría, pues todas mis prevenciones de otro tiempo contra Inglaterra se han realizado, acompañadas de otras muchas.

Nada respondió Athos.

—Así, pues, amigo —dijo Artagnan—, esperadme un instante y os sigo. Bien sé que es preciso ir a Palacio a recibir vuestras recompensas; pero creedme, a mi también me precisa disfrutar de vuestra alegría... aunque sea de lejos... Esperadme.

Artagnan atravesaba ya el vestíbulo cuando un hombre, mitad criado, mitad soldado, que hacía en casa de Monk las funciones de portero y de guardia, detuvo a nuestro mosquetero diciéndole en inglés:

— ¡Perdón, milord de Artagnan!

— ¿Qué hay? —dijo éste—. ¿Es quizá que el general me despide también?... ¡Sólo me falta ser expulsado por él!

Estas palabras, pronunciadas en francés, no fueron entendidas por aquel a quien iban dirigidas, que sólo hablaba un inglés mezclado del escocés más rudo. Pero Athos estaba conmovido, porque Artagnan comenzaba al parecer a tener razón.

El inglés mostró una carta a Artagnan.

—*From the generall* —dijo.

—Bien, eso es mi despedida —replicó el gascón—. ¿Será preciso leerla, Athos?

—Debéis engañaros, o no conozco más hombres honrados que a vos y a mí.

Artagnan se encogió de hombros y rompió el sello de la carta, mientras el inglés, impasible, le aproximaba una gran linterna cuya luz debía ayudarle a leer.

— ¡Qué es eso! ¿Qué tenéis? —dijo Athos viendo cambiar la fisonomía del lector.

—Tomad y leed —dijo el mosquetero.

Athos cogió el papel y leyó: "Caballero Artagnan:

"El rey ha sentido mucho que no hayáis venido a San Pablo con su acompañamiento, y dice Su majestad que le habéis faltado como me habéis faltado a mí, querido capitán. No existe más que un medio para recuperar todo eso. Su Majestad me espera a las nueve en el palacio de Saint James. ¿Queréis encontraros allí a las diez? Su Majestad os fija esta hora para la audiencia que os concede."

La carta estaba escrita por Monk. De parte del general.

XXXIII

AUDIENCIA

— ¿Qué decís ahora? —exclamó Athos con acento de dulce reconvención, después que Artagnan hubo leído la carta de Monk.

— ¡Qué digo! —respondió Artagnan rajo de placer y también un poco de vergüenza por haberse apresurado a acusar al rey y a Monk—. Es una delicadeza... que a nada compromete, es verdad... Pero, al fin, delicadeza.

—Mucho me costaba creer que el joven príncipe fuera ingrato —dijo Athos.

—El hecho es que su presente está todavía muy cerca de su pasado —replicó Artagnan—; hasta ahora, todo me daba la razón.

—Convengo en ello, amigo mío, convengo en ello. ¡ Ah! Ya no miráis tan fieramente, y no sabéis cuán dichoso soy por ello.

—De modo —dijo Artagnan., que Carlos II recibe a Monk a las nueve, y a mí me recibirá a las diez; esta es una gran audiencia, de esas que llamábamos en el Louvre *distribución de agua bendita de Corte.* Vamos a ponernos bajo la gotera, mi querido amigo, vamos.

Athos no le contestó, y ambos se dirigieron, apretando el paso, al palacio de Saint James, que aún invadía la multitud, para ver por los vidrios las sombras de los cortesanos y los reflejos de la persona real. Las ocho de la noche tocaban cuando los dos amigos entraban a ocupar un lugar en la galería; llena de cortesanos y de pretendientes, todos los cuales echaron una mirada sobre aquellos sencillos trajes de forma extranjera y sobre aquellas dos cabezas tan nobles y tan llenas de expresión. Athos y Artagnan, por su parte, después de haber medido en dos ojeadas toda aquella concurrencia, se pusieron a charlar juntos.

De pronto se oyó un gran ruido en las extremidades de la galería: era el general Monk que entraba acompañado de más de veinte oficiales que acechaban una de sus sonrisas, porque la víspera aún era dueño de Inglaterra, y se suponía un amanecer magnífico al restaurador de la familia de los Estuardos.

—Caballeros —dijo Monk volviéndose a ellos—, os suplico tengáis presente que yo no soy nada. Hace poco mandaba el principal ejército de la república, pero ya pertenece al monarca, en cuyas manos voy a poner, cumpliendo sus órdenes, mi poder de ayer.

En todos los rostros se pintó una gran sorpresa; y el cerco de aduladores que estrechaba a Monk un momento antes, se ensanchó poco a poca y acabó por perderse en las grandes

ondulaciones de la multitud; Monk iba a hacer antesala como todo el mundo, lo cual no pudo menos de hacer notar Artagnan al conde de la Fère, que frunció el ceño, de pronto se abrió la puerta del gabinete de Carlos, y el joven rey apareció, precedido de dos oficiales.

—Buenas noches, caballeros —dijo—. ¿Está el general Monk?

—Aquí estoy, Majestad —contestó el viejo general.

Carlos corrió a él y estrechóle las manos con amistad ferviente.

—General —dijo en voz alta el rey—, acabo de firmar vuestro diploma; sois duque de Albemarle, y es mi voluntad que nadie os iguale en poder ni en fortuna en este reino, donde a excepción del noble Montrose, ninguno os ha igualado en la lealtad, en valor y en talento. Caballeros, el duque es comandante general de nuestros ejércitos de mar y tierra; hacedle los honores correspondientes, si gustáis.

Mientras todos corrían al lado del general, que recibía los homenajes sin perder un momento su impasibilidad ordinaria, Artagnan dijo a Athos

— ¡Cuando uno piensa que ese ducado, ese mando general de los ejércitos y todas esas grandezas, en una palabra, han estado en una caja de seis pies de largo y tres de ancho!...

—Amigo —objetó Athos—; grandezas mucho más importantes están en cajas más pequeñas aún, esas cajas encierran para siempre...

De pronto vio Monk a los dos caballeros, que estaban algo apartados, aguardando que se retirasen las oleadas de gente. Hízose paso y fue hacia ellos, de modo que los sorprendió en medio de sus filosóficas reflexiones.

— ¿Hablabais de mí? —preguntó sonriendo.

—Milord —respondió Athos—; también hablábamos de Dios. Monk, reflexionó un momento y contestó, alegremente:

—Señores, hablemos también un poco del rey, si os agrada; porque, según creo, os da audiencia Su Majestad.

—A las nueve —dijo Athos.

—A las diez ——dijo Artagnan.

—Entremos ahora mismo en el gabinete —respondió Monk haciendo seña a los dos compañeros para que fuesen delante, lo cual no quisieron consentir ni uno ni otro.

El rey, durante este debate tan francés, había vuelto al centro de la galería.

— ¡Oh, mis franceses! —dijo con tono de descuidada alegría, que a pesar de tantas penas y trabajos no había podido perder—. ¡Los franceses! ¡Mi consuelo!

Athos y Artagnan inclináronse.

—Duque, conducid a estos caballeros a mi sala de estudio. Soy con vosotros, señores— añadió en francés.

Y luego, despidió a su corte para volver a sus franceses, como él los llamaba.

—Señor de Artagnan —dijo entrando en su gabinete—, tengo mucho gusto en volveros a ver.

—Majestad, mi gozo llega a su colmo al saludaros en vuestro palacio de Saint James.

——Caballero, habéis querido prestarme un gran servicio y os debo agradecimiento. Si yo no temiese usurpar los derechos de nuestro comandante general, os ofrecería algún puesto digno de vos cerca de mi persona.

—Majestad —replicó Artagnan—, he dejado el servicio del rey de Francia prometiendo a mi príncipe no servir a ningún rey.

—Vamos —dijo Carlos—, eso me hace muy desgraciado; hubiese querido hacer mucho por vos...

—Majestad...

—Vamos —dijo Carlos sonriendo—, ¿no podré haceros faltar a vuestra palabra? Ayudadme, duque. Si yo os ofreciera el mando general de mis mosqueteros...

Artagnan inclinóse mucho más que la primera vez.

—Tendría el disgusto de rehusar lo que Vuestra Majestad me ofreciera —respondió—; un caballero no tiene más que su palabra, y esta palabra, he tenido el honor de decirlo a Vuestra Majestad, está empeñada al rey de Francia.

—Pues no hablemos más de eso —dijo el rey volviéndose a Athos. Y dejó a Artagnan atormentado por los más vivos dolores de disgusto.

— ¡Ah! Bien decía yo —murmuró el mosquetero—. ¡Palabras! ¡Agua bendita de Corte! Siempre han tenido los reyes un talento prodigioso para ofrecernos lo que saben que no aceptaremos, y para mostrarse generosos sin peligro. ¡Tonto!... ¡Tonto, muy tonto he sido en haber tenido esperanzas por un instante!

Durante este tiempo tomaba Carlos la mano de Athos.

—Conde —le dijo—, habéis sido para mí un segundo padre, y el servicio que me habéis hecho no se puede pagar; sin embargo, he pensado en recompensaros. Fuisteis creado por mi padre caballero de la Jarretiera. Orden que no pueden llevar todos los monarcas de Europa, la reina regente os hizo caballero del Espíritu Santo, Orden no menos ilustre; uno a ellas este Toisón de Oro que me ha enviado el rey de Francia, a quien había dado dos el rey de España con motivo de su matrimonio; mas en cambio tengo un favor que pediros.

—Señor —dijo Athos confuso—, ¡a mí el Toisón de Oro, cuando el rey de Francia es el único en mi país que goza tal distinción!

— Quiero que seáis en vuestro país y en todas partes igual a aquellos a quienes los reyes hayan honrado con su favor —dijo Carlos quitándose la cadena del cuello—, y estoy seguro, conde, de que mi padre sonríe desde el fondo de su tumba.

—Es raro —decía para sí Artagnan, mientras su amigo recibía de rodillas la eminente Orden que el rey le confería—. ¡Es increíble que siempre haya visto caer la lluvia de las prosperidades sobre todos los que me rodean, y que ni una gota siquiera me haya tocado nunca! ¡Sería cosa de arrancarse los cabellos, si fuese uno envidioso, palabra de honor!

Athos se levantó, y Carlos le abrazó afectuosamente.

—General —dijo a Monk. Luego, deteniéndose con una sonrisa:

—Perdón —agregó—, quise decir Duque. Pensad que, si me equivoco, es porque la palabra duque es demasiado corta para mí... y siempre estoy buscando un título que la alargue... Desearía veros tan cerca de mi trono, que pudiese deciros, como a Luis XIV: "hermano mío".

— ¡Oh! Lo soy, y vos seréis casi mi hermano, porque os hago virrey de Irlanda y de Escocia, mi amado duque... De está manera no me volveré a equivocar.

El duque asió la mano del rey, pero sin entusiasmo, sin alegría, y como si hiciese otra cosa. Sin embargo, su corazón hablase conmovido por este último favor. Usando Carlos hábilmente de su generosidad, había dejado al duque tiempo para desear aunque no hubiera podido hacerlo tanto como él le daba.

— ¡Diantre! —murmuró Artagnan—. Ya comienza otra vez el aguacero. ¡Ah! ¡Es cosa de perder la cabeza!

Y se volvió, con aire tan contrito y chistosamente lastimero, que el monarca no pudo contener una sonrisa. Monk se preparaba a salir del gabinete con permiso de Carlos.

— ¡Cómo! ¡Qué es eso! —exclamó el rey al duque—. ¿Os marcháis?

—Sí, si así agrada a Vuestra Majestad, porque verdaderamente estoy *muy* cansado... La emoción del día me ha extenuado y tengo necesidad de descanso.

—Pero —dijo el rey — ¡no partiréis sin el señor de Artagnan!

— ¿Por qué, señor? —dijo el viejo guerrero.

—Demasiado sabéis por qué — contestó el rey.

Monk miró a Carlos con sorpresa.

—Perdone Vuestra Majestad —dijo—, pero no sé... lo que quiere decir.

— ¡Oh! Es posible; mas si vos lo olvidáis, no sucede así al señor de Artagnan.

—Tengo el honor de ofrecerle alojamiento.

— ¿Y esa idea ha salido de vos sólo?

—Sólo de mí, sí, Majestad.

—Bien, pero debía ser de otro modo… Siempre el prisionero está en casa del vencedor.

Monk se ruborizó.

— ¡Ah! Es cierto —dijo—. *Soy* el prisionero del señor de Artagnan.

—Sin duda, Monk, pues todavía no os habéis rescatado, mas no os turbéis; yo soy quien os arrancó del señor de Artagnan, y yo también pagaré vuestro rescate.

Los ojos del mosquetero volvieron a su alegría brillante: el gascón empezaba a comprender. Carlos se le acercó.

—El general —dijo— no es rico y no podría pagaros lo que vale. Yo soy más rico, sí; pero al presente, como no es duque, sino rey o al menor casi rey, vale una cantidad que tal vez tampoco podría yo pagaros. Veamos, señor de Artagnan, decidme: ¿cuánto os debo?

Encantado Artagnan con el aspecto que tomaba la cuestión, pero dominándose perfectamente, contestó:

—Señor, hace mal Vuestra Majestad en alarmarse. Cuando tuve el honor de prender a Su Gracia no era más que general; así, pues, no se me debe más que un rescate de general. Mas que el general tenga a bien darme su espada y pie doy por pagado, porque no hay en él mundo más que la espada del general que valga tanto como él.

— *¡Oddds fishl,* como decía mi padre —murmuró Carlos II—. He ahí una proposición y un hombre galante, ¿no es verdad, duque?

—Por mi honor que sí —respondió el duque.

Y desenvainó su espada.

—Caballero —dijo a Artagnan— aquí tenéis lo que solicitáis. Muchos han tenido hojas mejores que ésta; pero por modesta que sea la mía, jamás la he vendido a nadie. Artagnan tomó con orgullo aquella espada que acababa de hacer un soberano.

— ¡Oh, oh! —exclamó Carlos II—. ¡Cómo es eso! Una espada que me ha devuelto mi trono, ¿saldrá de este reino y no figurará algún día entre las joyas de mi corona? ¡No, por mi alma! ¡No será así! Capitán Artagnan, doy doscientas mil libras por esa espada; si es poco, decídmelo.

—Es muy poco, Majestad —repuso Artagnan con inimitable sonrisa—. Primeramente, no puedo venderla; pero Vuestra Majestad lo desea, y esto es una orden. Obedezco: mas el respeto que debo al guerrero ilustre que me escucha, me manda estime en una tercera parte más la prenda de mi victoria. Quiero, pues, trescientas mil libras por la espada o la doy de balde a Vuestra Majestad.

Y tomándola por la punta la presentó al monarca.

Carlos II soltó una carcajada.

— ¡Vaya un hombre galante y un compañero alegre! *¡Oddds fish! ¿No* es verdad, duque? ¿No *es* verdad, conde? Me gusta y lo quiero. Tomad, señor de Artagnan —añadió— tomad esto.

Y tomando una pluma escribió un vale de trescientas mil libras contra su tesorero.

Artagnan lo tomó, y volviéndose gravemente hacia Monk le dijo:

—No ignoro que he pedido demasiado poca, pero, creedme, señor duque, hubiera querido mejor morir que dejarme guiar por la avaricia. El rey se echó a reír como el *cokney* más dichoso de su reino.

—Volveréis a verme antes de marchar, caballero —dijo—, pues tendré necesidad de una provisión de alegría, ahora que *voy* a quedarme sin mis franceses.

— ¡Ah! Señor, no pasará con la alegría lo que con la espada del duque, y la daré gratis a Vuestra Majestad —replicó el mosquetero, que bailaba de gozo.

—Y vos, conde —añadió Carlos dirigiéndose a Athos—, volved también, tengo que confiaros un mensaje importantísimo. Vuestra mano, duque.

Monk estrechó la mano del rey.

—Adiós, señores —dijo Carlos tendiendo sus manos a los dos franceses, que pusieron en ella sus labios.

— ¿Qué decís ahora? —preguntó Athos cuando estuvieron fuera ¿Estáis contento?

— ¡Chito! —dijo Artagnan conmovido de placer—. Todavía *no* he vuelto de casa del tesorero... La gotera puede caerme sobre la cabeza.

XXXIV
¿QUÉ HACER CON TANTO CAPITAL?

Artagnan no se durmió, y tan pronto como la cosa fue conveniente y oportuna, hizo su visita al señor tesorero del rey.

Entonces tuvo la satisfacción de cambiar un pedazo de papel de escritura muy fea, por una suma prodigiosa de escudos fabricados muy recientemente con el busto, de Su Muy Graciosa Majestad Carlos II.

Artagnan se hacía fácilmente dueño de sí mismo, mas en esta ocasión, sin embargo, no pudo menos de manifestar una alegría que el lector comprenderá quizá, si se digna tener alguna indulgencia por un hombre que, desde su nacimiento, jamás había visto tantas monedas y montones de ellas yuxtapuestas en orden verdaderamente agradable a la vista.

El tesorero metió todos estos montones en unos sacos, cerrándolos con la estampilla de las armas de Inglaterra, gracia que los tesoreros no suelen conceder a todo el mundo.

Y luego, impasible y tan urbano como debía serlo con respecto a un hombre honrado con la amistad de Su Majestad, dijo:

— Llevaos —vuestro dinero, señor. ¡Vuestro dinero! Esta palabra hizo vibrar mil cuerdas que el mosquetero jamás había sentido en su corazón.

Hizo cargar los sacos en un carrito, y volvió a casa meditando profundamente. Un hombre que posee trescientas mil libras, no puede tener la frente tersa, y una arruga por cada centenar de mil libras no es mucho.

Artagnan se encerró, no comió, negó la entrada a todo el mundo en su casa, y, con la lámpara encendida y una pistola armada sobre la mesa, veló toda la noche calculando un medio de evitar que aquellos hermosos escudos, que del cofre real habían pasado a los suyos propios, no pasasen de éstos a los bolsillos de un ladrón cualquiera. El mejor medio que encontró el gascón fue encerrar momentáneamente su capital bajo cerraduras bastante sólidas para que ninguna mano pudiese romperlas, y bastante complicadas para que ninguna llave sencilla pudiere abrirlas.

Artagnan se acordó de que los ingleses son maestros consumados en mecánica y en industria conservadora, y decidió ir a la mañana siguiente en busca de un mecánico que le vendiese una caja de caudales.

No tuvo que andar mucho. El señor Will Jobson, residente en Piccadilly, escuchó sus proposiciones, comprendió sus deseos, y le prometió confeccionar una cerradura de seguridad que le sacaría de todo temor para lo venidero.

—Os daré —le dijo— un mecanismo nuevo. A la primera tentativa algo seria hecha sobre la cerradura, se abrirá una plancha invisible, y un cañoncito, invisible también, vomitará una linda bala de cobre del peso de un marco; que echará abajo al mal intencionado no sin un ruido notable. ¿Qué tal?

—Afirmo que es verdaderamente ingenioso —exclamó Artagnan—; la balita de cobre me agrada sobremanera. Veamos ahora, señor mecánico, las condiciones.

—Quince días para la ejecución, y quince mil libras pagaderas al entregar la obra — contestó el artista.

Artagnan frunció el ceño. Quince días era un plazo suficiente para que todos los ladrones de Londres hubiesen hecho desaparecer la necesidad que tenía del arca de hierro. Respecto a las quince mil libras, era pagar muy caro lo que algo de vigilancia le daría por nada.

—Lo pensaré —le dijo—; gracias, amigo.

Y volvió a su casa torciendo; nadie se había acercado todavía al tesoro.

El mismo día fue Athos a visitar a su amigo y lo encontró preocupado hasta el punto de manifestarle por ello su sorpresa.

— ¡Cómo! ¡Estáis rico y no satisfecho —le dijo—, tanto como deseabais las riquezas!

—Amigo mío, los placeres a los cuales no se está acostumbrado, estorban más que las penas que nos son habituales. Un consejo, si me lo permitís. Esto puedo preguntároslo, porque siempre habéis tenido dinero; cuando se tiene dinero, ¿qué se hace?

—Eso depende...

— ¿Qué habéis hecho del vuestro, para que él no hiciera de vos ni un avaro ni un pródigo? Porque la avaricia deseca el corazón y la prodigalidad le ahoga... ¿no es verdad?

—No diría más Fabricio. Pero, en verdad, mi dinero no me ha estorbado jamás.

— ¿Lo convertís en rentas?

—No; ya sabéis que tengo una casa bastante hermosa, y que esta casa es el mejor de mis bienes.

—Ya lo sé.

—De suerte que seréis tan rico como yo, y aun más rico si queréis, por el mismo medio.

— ¿Pero las rentas las conserváis?

–No.

— ¿Qué pensáis de un escondite en una pared maestra?

—Nunca he usado de eso. Entonces tendréis algún confidente, algún hombre de negocios seguro que os pague un interés equitativo.

—Nada de eso.

— ¡Dios mío! ¿Qué hacéis entonces?

—Gasto todo lo que tengo; y no tengo más que lo que gasto, mi querido Artagnan.

— ¡Ah, ya! Pero vos sois algo príncipe, y quince o dieciséis mil libras de renta se os escapan por entre los dedos; además, tenéis ciertas cargas, la representación...

—Pero no veo yo que seáis mucho menos gran señor que yo, amigo mío, y vuestro dinero os vendrá bien justo.

— ¡Trescientas mil libras! Hay aquí dos terceras partes superfluas.

—Dispensad, pero me parecía que me habéis dicho... creí haberlo oído... en fin... me figuraba que teníais un socio.

— ¡Ah! ¡Pardiez! ¡Es cierto! —exclamó Artagnan ruborizándose—. ¡Sí, Planchet!; olvidaba a Planchet, por vida mía!. . . ¡Pues bien! He ahí deshechos mis cien mil escudos... Es lástima; la cuenta era redonda y sonaba bien... Verdad, Athos, no soy ya rico. ¡Qué memoria tenéis!

— ¡Bastante buena., gracias a Dios!

—Ese buen Planchet: —dijo Artagnan—, no ha hecho aquí mal negocio. — ¡Qué especulación, diantre! En fin, lo dicho, dicho.

—— ¿Cuánto le dais?

—— ¡Oh! —dijo Artagnan— . Es un buen muchacho y siempre me arreglaré bien con él; ya veis, he tenido trabajos, gastos... y todo esto debe entrar en cuenta.

—Amigo, estoy muy seguro de vos —dijo tranquilamente Athos—, y nada temo por ese buen Planchet; sus interés está mejor en vuestras manos que en las suyas; pero, ya que nada tenéis que hacer aquí, nos marcharemos, si os parece. Iréis a dar las gracias al rey y a pedirle sus órdenes, y dentro de seis días podremos distinguir las torres de Nuestra Señora.

—Amigo mío, ardo en deseos de marcharme; y en seguida voy a despedirme del rey.

—Yo —dijo Athos—, voy a saludar a algunas personas en la ciudad, y soy vuestro.

— ¿Me prestáis a Grimaud?

—Con mucho gusto... ¿Qué pensáis hacer de él?

—Una cosa muy sencilla y que no le fatigará: le suplicaré que me guarde mis pistolas que están sobre la mesa y al lado del cofre.

—Muy bien —replicó Athos imperturbable.

—Y no se apartará de aquí, ¿verdad?

—Ni más ni menos que las mismas pistolas.

—Así, me voy a ver al rey. Hasta luego.

Artagnan llegó, en efecto, al palacio de Saint—James, donde Carlos II, que escribía su correspondencia, hízole guardar antesala una hora cumplida.

Al mismo tiempo que se paseaba en la galería, desde las puertas a las ventanas, y desde las ventanas a las puertas, creyó ver una capa igual, a la de Athos atravesar los vestíbulos; pero en el momento en que iba a cerciorarse del hecho, el ujier lo llamó a la cámara de Su Majestad.

Carlos II se frotaba las manos recibiendo los cumplidos de nuestro amigo.

—Caballero —le dijo—, hacéis mal en estarme, reconocido; yo no he pagado la cuarta parte de lo que vale la historia de la caja en que metisteis al valiente general... es decir, al buen duque de Albemarle. Y el rey soltó una carcajada.

Artagnan creyó no deber interrumpir a Su Majestad y se inclinó con modestia.

—A propósito —prosiguió Carlos—, ¿os ha perdonado de veras nuestro querido Monk?

— ¡Perdonado! Espero que sí, Majestad.

— ¡Es que el lance fue terrible!... ¡*0dds—fish!* ¡Embanastar como un arenque al primer personaje de la revolución inglesa! No me fiaría yo en vuestro lugar, caballero.

—Pero, Majestad.

—Sé muy bien que Monk os llama su amigo... Mas tiene un ojo muy profundo para ser falto de memoria y el entrecejo muy alto para no, ser orgulloso; ya sabéis, *grande* supercilinm.

“De seguro, aprenderé latín”, se dijo Artagnan.

—Vamos —exclamó el rey encantado—, es preciso que yo arregle vuestra reconciliación; sabré conducirme de tal modo...

Artagnan se mordió el bigote.

— ¿Me permite Vuestra Majestad que le manifieste la verdad?

—Hablad, caballero, hablad.

—Pues bien, señor, me causáis un miedo horrible.. Si Vuestra Majestad arregla mi asunto, como parece tener ganas, soy hombre perdido; el duque me hará asesinar. El rey soltó otra carcajada que trocó en espanto el temor de Artagnan.

—Señor, por piedad, permitidme tratar este asunto por mí mismo; y luego, si ya no tenéis necesidad de mis servicios. .

—No, caballero. ¿Queréis marcharos? —respondió Carlos con una hilaridad que causaba en nuestro gascón cada vez más inquietud.

—Si Vuestra Majestad no tiene ya nada que mandarme.

Carlos púsose casi serio.

—Una sola cosa. Ved a mi hermana lady Enriqueta. ¿Os conoce?

—No, señor, pero... un soldado viejo como yo, no es un espectáculo agradable para una princesa joven y jovial.

—Quiero que mi hermana os conozca; quiero que pueda contar con vos en caso necesario.

—Señor, todo lo que es querido a Vuestra Majestad será sagrado para mí.

—Corriente... Parry, ven acá; buen Parry.

Abrióse la puerta lateral, y penetró Parry, radiante el rostro desde que vio al caballero.

— ¿Qué hace Rochester? —preguntó el rey.

—Está en el canal con las señoras —contestó Parry.

— ¿Y Buckingham?

—También.

—Tanto mejor. Acompañarás al caballero al lado de Villiers... es el duque de Buckingham, caballero... y le suplicarás presente al señor de Artagnan a lady Enriqueta.

Parry se inclinó y sonrió a Artagnan.

—Caballero —prosiguió el rey—, ésta es vuestra audiencia de despedida; luego podéis marcharon cuando os agrade.

— ¡Majestad, gracias!

—Pero haced las paces con Monk.

— ¡Oh! Majestad...

— ¿Sabéis que uno de mis buques está a disposición vuestra? —dijo el rey mirando fijamente a Artagnan.

—Pero, señor, me colmáis de gracias, y no sufriré jamás que los oficiales de Vuestra Majestad se incomoden por mí —dijo el gascón con humildad.

Su Majestad dio un golpecito en el hombro de Artagnan.

—Nadie se incomoda por vos, caballero, sino por un embajador a quien envío a Francia, y a quien, según creo, serviréis con gusto de compañero, porque le conocéis perfectamente.

Artagnan miró sorprendido.

—Es cierto conde de la Fère... al que vos llamáis Athos —repuso el rey, terminando la conversación como la había comenzado con una festiva carcajada—. ¡Adiós, caballero, adiós! Queredme como yo os quiero.

Y después de esto, haciendo una seña a Parry para preguntarle si alguien le aguardaba en un gabinete inmediato, el rey desapareció en este gabinete, dejando al caballero aturdido de tan singular audiencia.

El viejo le asió amistosamente del brazo y lo condujo a los jardines.

XXXV

EN EL CANAL

Sobre las aguas de un verde opaco del canal, cuyas márgenes de mármol había ya sembrado el transcurso del, tiempo de manchas negras, de hierbas y de musgo, deslizábase majestuosamente una barca achatada, empavesada con las armas de Inglaterra, y cubierta de un toldo de ancho lienzo adamascado, cuyas franjas arrastraban sobre el agua. Ocho remeros la hacían mover sobre el canal, con la graciosa lentitud de los cisnes, que, turbados en su antigua posesión por el surco de la barca, miraban desde lejos pasar este esplendor y este ruido. Y decimos este ruido por cuanto la embarcación contenía cuatro tocadores de guitarra y de laúd, dos cantadores y muchos cortesanos cubiertos de oro y pedrerías, los cuales mostraban a porfía sus blancos dientes para agradar a lady Estuardo, nieta de Enrique IV, hija de Carlos I y hermana de Carlos II, que ocupaba el sitio de honor bajo el toldo de la barca.

Ya conocemos a esta joven princesa; porque la hemos visto en el Louvre con su madre careciendo de leña y de pan, y alimentada por el coadjutor y los Parlamentos. Como sus hermanos, había pasado una juventud dura, y acababa de despertar de pronto de ese sueño largo y terrible, sentada en las gradas de un trono y rodeada de cortesanos y aduladores. Como María Estuardo cuando salió de la prisión, aspiraba la vida y la libertad, y además el poder y las riquezas.

Lady Enriqueta habíase convertido, al crecer, en una belleza notable a quien la restauración que acababa de ocurrir hacía célebre. La desgracia que le quitaba el brillo del orgullo; se lo había devuelto la prosperidad y resplandecía en fortuna y bienestar semejante a las flores del invernadero, que, olvidadas durante una noche en las primeras heladas del otoño, han inclinado la cabeza; pero que al día siguiente, calentadas en la atmósfera en que nacieron, se vuelven a erguir más lozanas que nunca.

Lord Villiers de Buckingham, hijo de aquel que juega un papel tan importante en los primeros capítulos de esta historia, lord Villiers de Buckingham, lúcido caballero, melancólico con las mujeres, risueño con los hombres, y Vilmont de Rochester, risueño con ambos sexos, estaban de Pie en este momento delante de lady Enriqueta, y se disputaban el privilegio de hacerla sonreír.

Respecto a la joven y bella princesa, recostada en un cojín de terciopelo bordado en oro, las manos inertes y colgando, escuchaba perezosamente a los músicos sin oírlos, y oía a los dos cortesanos sin aparentar escucharlos.

Y era que lady Enriqueta, criatura llena de encantos, mujer que unía las gracias de Francia a las de Inglaterra, no habiendo amado todavía, era cruel en su coquetería. Así es que la sonrisa, ese cándido favor de las jóvenes, no iluminaba absolutamente su rostro, y si alguna vez alzaba los ojos era para asestarlos con tanta fijeza en uno u otro caballero, que su galantería, por descarada que fuese de costumbre, se alarmaba y convertíase en tímida.

En tanto caminaba el barquichuelo, los músicos cantaban y tocaban, y los cortesanos comenzaban a fatigarse como tilos. Además, el paseo parecía sin duda monótono a la princesa, porque moviendo de repente la cabeza con ademán de impaciencia.

—Ea —dijo—, basta, señores, volvámonos.

— ¡Ah! Señora —dijo Buckingham—. Somos muy desgraciados; no hemos conseguido hacer el paseo agradable a Vuestra Alteza.

—Me aguarda mi madre —respondió lady Enriqueta—; y además, señores, os confesaré francamente que me fastidio.

Y diciendo esta palabra cruel la princesa, pretendía consolar con una mirada a cada uno de los dos jóvenes, que parecían consternados de tal franqueza. La mirada produjo su efecto, y los dos semblantes se ensombrecieron; mas de pronto, como si la regia coqueta hubiera pensado que ya había hecho demasiado por simples mortales, hizo un movimiento, volvió la espalda a sus dos adoradores, y pareció sumergirse en una contemplación, en la cual era evidente que no tenían la menor parte.

Buckingham mordióse los labios con cólera, porque estaba verdaderamente enamorado de lady Enriqueta, y en calidad de tal todo lo tomaba en serio. Rochester también se los mordió; mas, como su cabeza, siempre dominaba al corazón, aquello fue simplemente para contener una maliciosa carcajada.

La princesa, que dirigía sus ojos por los céspedes finos y floridos de la ribera, y que volvía la espalda a los dos jóvenes, divisó a lo lejos a Parry y Artagnan.

— ¿Quién viene allí? —preguntó. Ambos jóvenes dieron media vuelta con la rapidez del relámpago.

—Parry —contestó Buckingham—, nada más que Parry.

—Perdonad —dijo Rochester—, pero me parece que trae un compañero.

—Cierto —repuso la princesa con languidez—. Pero, ¿qué significan esas palabras. “Nada más que Parry”, decid, milord?

—Señora —respondió Buckingham picado—, es que el fiel Parry, el errante Parry, el eterno Parry, no es de gran importancia.

—Os engañáis, señor duque: Parry, el errante Parry, como vos decís, ha andado errante siempre en servicio de mi familia, y ver a ese anciano es siempre para mí un grato espectáculo.

Lady Enriqueta seguía la progresión acostumbrada de las mujeres lindas, y sobre todo de las mujeres coquetas, pasaba del capricho a al contrariedad; el galán había sufrido el capricho; el cortesano debía plegarse al humor contrariado. Buckingham se inclinó pero no respondió nada.

—Es cierto, señora —dijo Rochester inclinándose a su vez—; es modelo de servidores; pero, señora, ya no es joven y no nos divertimos sino viendo cosas alegres. ¿Es cosa grata un viejo?

—Basta, milord —dijo gravemente lady Enriqueta—, me lastima ese tema de conversación.

Y luego continuó, como hablando consigo.

—Verdaderamente, es cosa inaudita las pocas consideraciones que los amigos de mi hermano tienen con respecto a sus servidores.

— ¡Ah! Señora —murmuró Buckingham—, Vuestra Gracia me clava en el corazón un puñal forjado por sus propias manos.

— ¿Qué quiere decir esa frase embozada a manera de madrigal francés, señor duque? No la entiendo.

—Significa, señora, que vos misma, tan buena, tan encantadora y tan sensible, os habéis reído algunas veces, quise decir sonreído, de las chocheces fútiles de ese excelente Parry, por el cual tiene hoy Vuestra Alteza una susceptibilidad tan maravillosa.

—Y bien, milord dijo lady Enriqueta—, si me he olvidado de mí misma hasta ese punto, hacéis mal en recordármelo.

E hizo un movimiento de impaciencia.

—Creo que quiere hablarme ese buen Parry, señor de Rochester; haced que abordemos.

Rochester apresuróse a repetir la orden de la princesa, y un minuto después tocaba la barca en la orilla.

—Desembarquemos, señores —dijo lady Enriqueta, yendo a buscar el brazo que le ofrecía Rochester, a pesar de que Buckingham, que estaba más cerca, le presentaba el suyo.

Entonces, Rochester, con mal disimulado orgullo que penetró en el corazón del infeliz Buckingham, hizo atravesar a la princesa el puentecillo que la tripulación había echado desde la barca real a la orilla.

— ¿Adónde se dirige Vuestra Gracia? —preguntó Rochester.

—Ya lo sabéis, milord, hacia ese buen Parry que anda errante, como decía milord Buckingham, y que me busca con sus ojos debilitados por las lágrimas que han derramado por nuestro infortunio.

— ¡Oh! ¡Dios mío! —dijo Rochester—. ¡Qué triste está hoy Vuestra Alteza! ¡Verdad es que tenemos aspecto de parecerla locos grotescos!

—Hablad por vos, milord —interrumpió Buckingham con despecho—; yo desagrado de tal modo a Su Alteza, que no le parezco absolutamente nada.

Ni Rochester ni la princesa contestaron; sólo se vio a ésta arrastrar a su caballero con paso más rápido; Buckingham quedó atrás y se aprovechó de este aislamiento para entregarse, cubriéndose el rostro con el pañuelo, a morderlo de tal suerte que hizo pedazos la batista a la tercer dentellada.

—Parry, buen Parry —dijo la princesa con voz dulce—; ven por aquí; veo que me buscas y te espero.

— ¡Ah! Señora —exclamó Rochester, yendo caritativamente en auxilio de su compañero, que se había quedado atrás, como hemos dicho—: si Parry no ve a Vuestra Alteza, el hombre que le sigue es un guía suficiente, aun para un ciego; porque, verdaderamente, sus ojos son llamas; es un fanal de dos luces ese hombre.

—Iluminando una cara muy hermosa y marcial —dijo la princesa, decidida a chocar de frente con toda intención.

Rochester se inclinó.

—Una de esas fuertes cabezas de soldado, como sólo se ven en Francia —añadió la princesa con la perseverancia de la mujer segura de la impunidad.

Rochester y Buckingham miráronse como para decirse: "¿Qué es lo que tiene?"

—Ved lo que quiere Parry, señor de Buckingham —dijo lady Enriqueta.

El joven, que consideraba esta orden como un favor, tomó ánimo y corrió hacia Parry, que seguido de Artagnan avanzaba con lentitud hacia la noble comitiva, a causa de su edad. Artagnan andaba lenta y noblemente, como debía caminar Artagnan forrado con un tercio de millón, es decir, sin desfachatez, pero sin timidez también. Cuando Buckingham, que había tenido gran presteza en cumplir la orden de la princesa, la cual se había sentado en un banco de mármol, como cansada de los pocos pasos que acababa de dar, cuando Buckingham, decimos, estuvo a corta distancia de Parry, éste lo conoció.

— ¡Ah, milord! —dijo sofocado—. ¿Quiere Vuestra Gracia obedecer a Su Majestad?

— ¿En qué, señor Parry? —preguntó el joven con cierta frialdad, templada por el deseo de agradar a la princesa.

—El rey ruega a Vuestra Gracia presente el señor a lady Enriqueta Estuardo.

— ¿Señor de qué? —preguntó el duque con altivez.

No se ignora que Artagnan era propicio a enfurecerse, y el tono de milord Buckingham le había disgustado. Miró al cortesano a la altura de sus ojos, y dos relámpagos resplandecieron en su fruncido entrecejo. Después haciendo un esfuerzo sobré sí mismo:

—El señor caballero de Artagnan, milord —contestó tranquilamente.

— Perdón, señor, ese nombre me da a conocer vuestro nombre, y nada más.

— ¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que no os conozco.

—Soy más feliz que vos, caballero —respondió Artagnan—, porque yo he tenido el honor de conocer mucho a vuestra familia, y particularmente a milord, duque de Buckingham, vuestro ilustre padre.

— ¿Mi padre? —dijo Buckingham—. En efecto, señor, ahora creo que recuerdo... ¿El señor caballero de Artagnan, decís?

Artagnan se inclinó.

— ¿No sois uno de esos franceses que tuvieron con mi padre relaciones secretas?

—Precisamente, señor duque, soy uno de esos franceses.

—Entonces, caballero, permitidme os diga que extraño que mi padre, mientras viviera, jamás oyese hablar de vos.

—Oh, señor; pero sí oyó hablar en el momento de su muerte; yo fui quien le hizo pasar por medio del ayuda de cámara de la reina Ana de Austria el aviso del peligro que corría; por desgracia el aviso llegó demasiado tarde.

—No importa, caballero —dijo Buckingham—, ahora comprendo que, habiendo tenido la intención de prestar un servicio al padre, vengáis a reclamar la protección del hijo.

—En primer lugar, milord —contestó flemáticamente Artagnan—, yo no reclamo la protección de nadie. Su Majestad el rey Carlos II, a quien he tenido el honor de prestar algunos servicios (necesito deciros, caballero, que he pasado mi vida en esta ocupación), Su, Majestad Carlos II, pues, quiere honrarme con alguna benevolencia, ha deseado que yo fuera presentado a lady Enriqueta, su hermana, a la cual tal vez tenga el honor de ser útil en lo venidero. Su Majestad sabía que estabais en este momento al lado de Su Alteza Real, y me ha dirigido a vos por medio de Parry. No hay aquí otro misterio. Yo no os pido absolutamente nada, y si no deseáis presentarme a Su Alteza, tendré el dolor de pasarme sin vos y la osadía de presentarme yo mismo.

—Al menos, caballero, repuso Buckingham, que intentaba obtener la última palabra, no retrocederéis ante una explicación provocada por vos.

—Yo no retrocedo nunca, señor —replicó Artagnan.

—Puesto que habéis tenido relaciones secretas con mi padre, ¿sabéis algún detalle particular?

—Esas relaciones están ya muy lejos de nosotros, caballero, pues aún no habíais nacido vos, y por unos desgraciados herretes de diamantes que recibí de sus manos y llevé a Francia, no vale la pena despertar tantos recuerdos.

— ¡Ah! Caballero —murmuró vivamente Buckingham acercándose a Artagnan y tendiéndole la mano—, ¡conque sois vos! ¡Vos, a quién mi padre ha buscado tanto y quien tanto podía esperar de nosotros!

— ¡Esperar, señor! Ciertamente, ése es mi fuerte, y toda mi vida he esperado.

Durante este tiempo, cansada la princesa de no ver llegar al extranjero, se había levantado y aproximado.

—Al menos, señor —dijo Buckingham—, no esperaréis esa presentación que de mí reclamáis.

Entonces, volviéndose e inclinándose ante lady Enriqueta:

—Señora —le dijo—, Su Majestad vuestro hermano desea que yo tenga el honor de presentar a Vuestra Alteza al señor caballero de Artagnan.

—Para que Vuestra Alteza tenga en él en caso necesario un auxilio sólido y un amigo seguro —añadió Parry.

Artagnan se inclinó.

— ¿Tenéis algo más que decir, Parry? —preguntó lady Enriqueta sonriendo a Artagnan, al mismo tiempo que dirigía la palabra al antiguo servidor.

—Sí, señora; Su Majestad desea que Vuestra Alteza guarde religiosamente en su memoria el nombre y que se acuerde del mérito del señor de Artagnan, a quien Su Majestad debe, según dice, haber recobrado su reino.

Buckingham; la princesa y Rochester se miraron asombrados.

—Este es otro secreto —dijo Artagnan—, del cual según toda probabilidad, no hablaré al hijo del rey Carlos II como he hecho a vos sobre el asunto de los herretes de diamantes.

—Señora —dijo Buckingham—, el señor acaba, por segunda vez, de avivar en mi memoria un acontecimiento que excita de tal manera mi curiosidad, que me atrevo a pediros permiso para separarle un instante de vos y hablarle sobre el particular.

—Está bien, milord, pero devolved pronto a la hermana este amigo tan leal al hermano.

Y volvió a tomar el brazo de Rochester, mientras Buckingham tomaba el de Artagnan.

— ¡Oh! Caballero —dijo Buckingham—, contadme todo ese suceso de los diamantes que nadie sabe en Inglaterra, ni aun el hijo de quien fue el héroe.

—Milord, sólo una persona tenía el derecho de relatar todo ese suceso, como vos decís, y era vuestro padre; él juzgó a propósito callar, y yo os pido el permiso de imitarle.

Y Artagnan inclinóse cómo hombre en quien evidentemente no había de hacer mella ninguna clase de instancias.

—Puesto que es así, caballero —dijo el duque—, perdonadme la indiscreción, y si algún día yo también fuera a Francia...

Y volvió la cara para mirar a la princesa, que no se inquietaba nada por él, ocupada como estaba o parecía estarlo, con la conversación de Rochester.

Buckingham exhaló un suspiro.

— ¿Y qué? —preguntó Artagnan.

—Decía que si alguna vez yo también fuese a Francia...

—Iréis, milord —dijo sonriendo Artagnan—, respondo de ello.

— ¿Y por qué?

— ¡Oh! Tengo extrañas maneras de predicción; y cuando predigo, rara vez me equivoco. Conque si vais a Francia...

—Pues bien, caballero; vos, a quien los monarcas piden esa preciosa amistad que les da coronas, me atreveré a pediros un poco de ese gran interés que profesasteis a mi padre.

—Milord —contestó Artagnan—, creed que me tendré por muy honrado si, allá, en Francia, os dignáis acordaros de que me habéis visto aquí. Y ahora, permitid...

Volviéndose entonces hacia lady Enriqueta:

—Señora —dijo—, Vuestra Alteza es hija de Francia, y, por consiguiente, espero volver a verla en París. Uno de mis felices días será aquel en que me deis una orden que me recuerde que no habéis olvidado las recomendaciones de vuestro augusto hermano.

Y se inclinó ante la princesa, que le dio a besar su mano con actitud graciosa y regia.

— ¡Ah! Señora —dijo en voz baja Buckingham—, ¿qué deberé hacer para alcanzar de Vuestra Alteza semejante favor?

—No sé, milord —respondió lady Enriqueta—; preguntádselo al señor de Artagnan; él os lo dirá.

XXXVI

ARTAGNAN SACA, COMO HUBIERA HECHO UN HADA, UNA CASA DE RECREO DE UN CAJÓN DE PINO, COMO POR ENCANTO

Las palabras del rey, con respecto al amor propio de Monk, sólo había inspirado a Artagnan mediana aprensión. El teniente había tenido toda su vida el difícil arte de escoger a sus amigos, y cuando los había tomado implacables e invencibles, era que no había podido, bajo ningún pretexto, hacer otra cosa. Mas los puntos de vista cambian mucho en la vida, que es una linterna mágica cuyos aspectos altera todos los años el ojo del hombre. De ahí resulta que, del último día de un año que se veía blanco, al primer día de otro que se verá negro, sólo hay un espacio de una noche.

De modo que Artagnan, cuando salió de Calais con sus diez satélites, se cuidaba tan poco de apoderarse de Goliat, Nabucodonosor u Holofernes, como de cruzar la espada con su recluta o de discutir con su posadera. Entonces se parecía al gavilán que acomete en ayunas a un cordero. El hambre ciega. Pero Artagnan, satisfecho, rico, vencedor y orgulloso de un triunfo tan difícil, tenía demasiado que perder para no contar con la probable mala suerte.

Pensaba, pues, al volver de su presentación, en una sola cosa, es decir, en contemplar a un hombre tan temible como Monk, a un hombre a quien también contemplaba Carlos, por más que fuese rey; porque apenas restablecido en su trono, el protegido podía tener aún precisión de protector, y no le negaría, por consiguiente, si llegaba el caso, la mezquina satisfacción de deportar al señor de Artagnan, o de encerrarle en alguna torre del Middlesex, o de hacerle dar un baño en la travesía de Douvres a Boulogne. Tales satisfacciones se dan de reyes a virreyes sin ulterior consecuencia.

Ni aun siquiera era menester que el rey fuese agente activo en este negocio, en el que Monk tomaría la revancha. El papel del rey se limitaría muy sencillamente a perdonar al virrey de Irlanda todo lo que hubiera hecho contra Artagnan. No se necesitaba otra cosa para poner en reposo la conciencia del duque de Albemarle, que un *te absolvo* dicho riendo, o el garabato del Char*les, the King,* trazado en el extremo inferior de un pergamino; y con aquellas dos palabras pronunciadas, o con estas tres escritas, el pobre Artagnan estaba siempre enterrado bajo las ruinas de su imaginación.

Por otra parte, había una cosa que causaba bastante inquietud a un hombre tan previsor como era nuestro mosquetero: veíase solo, y la amistad de Athos no le bastaba para tranquilizarse. Cierto que si se hubiese tratado de una buena distribución de estocadas, el mosquetero hubiera contado con su amigo; pero, tratándose de delicadezas con un rey, cuando el tal vez de una casualidad desgraciada viniera en ayuda de la justificación de Monk o de Carlos II, Artagnan conocía bastante a Athos para estar seguro de que dejaría en buen lugar la lealtad del que sobreviviera, contentándose en verter muchas lágrimas sobre la tumba del muerto, además de, si el muerto era su amigo, componerle en seguida su epitafio con los más pomposos superlativos.

“Decididamente —decía para sí el gascón, y este pensamiento era el resultado de las reflexiones que acababa de hacer en voz baja y que nosotros acabamos de proferir en voz alta—, decididamente, es necesario que me reconcilie con el señor Monk y que yo ad-

quiera la prueba de su completa indiferencia por lo pasado. Si, lo que Dios no permita, él es todavía astuto y reservado en la expresión de su sentimiento, entrego mi dinero a Athos para que se lo lleve, y me quedo en Inglaterra todo el tiempo preciso para descubrirlo, y luego, como tengo el ojo vivo y los pies ligeros, en cuanto vea el primer signo hostil, tomo el portante y me oculto en casa de milord de Buckingham, que me parece un buen diablo en el fondo, y al cual, en recompensa de su hospitalidad, cuento toda la historia de los diamantes, que ya sólo puede comprometer a una reina vieja, la cual puede pasar, siendo la mujer de un cicatero como Mazarino, por haber sido en otro tiempo la querida de un señor arrogante como Buckingham. ¡Diantre! Está dicho, y no me vencerá el señor Monk. ¡Además, una idea!...”

Ya se sabe que, por regla general, no eran ideas lo que faltaba a Artagnan. Durante su monólogo, Artagnan habíase abotonado hasta la barba, nada excitaba tanto su imaginación como las preparativos a un combate cualquiera, que los romanos llamaban *accintion.* Llegó, pues, muy sofocado a la posada del duque de Albemarle, y fue introducido en la habitación del virrey con una celeridad que manifestaba bien a fías claras era considerado como de casa. Monk estaba en su despacho.

—Milord—le dijo Artagnan con esa expresión de franqueza que tan bien sabía extender por su rostro el astuto gascón—, vengo a pedir un consejo a Vuestra Gracia.

Monk, abotonado moralmente, tanto como su antagonista físicamente, contestó:

—Pedid, querido.

Y su semblante presentaba una expresión no menos franca que la de Artagnan.

—Ante todo, milord, prometedme indulgencia y secreto.

—Prometo lo que deseéis. ¿Qué hay? Decid.

—Hay, milord, que no estoy completamente contento de Su Majestad.

—¡De veras! ¿Cómo es eso? Hablad, mi querido teniente.

—Porque el rey se entretiene muchas veces con bromas muy comprometidas para sus servidores, y la broma, milord, es un arma que lastima mucho a la gente de espada como nosotros.

Monk hizo grandes esfuerzos para no manifestar su pensamiento; pero Artagnan lo acechaba con atención demasiado sostenida para no distinguir un imperceptible rubor en sus mejillas.

—Lo que es yo —dijo Monk—, no soy enemigo de las bromas, mi querido Artagnan; mis soldados podrán deciros cuántas veces escuché en el campamento con la mayor indiferencia, y hasta con cierto gusto, las canciones satíricas que desde el ejército de Lambert pasaban al mío, y que sin duda habrían despedazado los oídos de un general más susceptible que yo.

— ¡Oh milord! —dijo Artagnan—. Sé que sois un hombre completo y que estáis colocado hace mucho tiempo por encima de las miserias humanas, mas hay bromas y bromas, y ciertas de ellas tienen el privilegio de irritarme de una manera prodigiosa.

— ¿Y puede saberse cuáles son, my dear?

—Las que se dirigen contra mis amigos o contra las personas que respeto, general.

Monk hizo un movimiento imperceptible, que advirtió Artagnan. ¿Y cómo —preguntó Monk a espina que araña a otro puede hacer cosquillas en vuestra piel? ¡Contadme eso! –

–Veamos.Milord, voy a explicároslo en una sola palabra: se trata de vos. Monk dio un paso hacia Artagnan.

— ¿De mí? —dijo.

—Sí, y he ahí lo que no puedo explicarme; tal vez sea por falta de conocer su carácter. ¿Cómo tiene Su Majestad corazón para hacer burla a un hombre que le ha prestado tantos y tan grandes servicios? ¿Cómo comprender que se divierta en indisponer un león como vos con un mosquito como yo?

—Nada de eso veo yo —contestó Monk.

— ¡Sí tal! En fin, el rey, que me debía una recompensa, y podría recompensarme como a un soldado, sin imaginar siquiera esa historia del rescate que os concierne, milord...

—No —dijo Monk riendo—, no me concierne de ningún modo, os lo aseguro.

— Ya me conocéis, milord; yo soy tan discreto, que un sepulcro parecería hablador a mi lado, pero... ¿Comprendéis, milord?

—No —dijo Monk.

—Si otro supiera el secreto que yo sé....

— ¿Qué secreto?

— ¡Eh! Milord, ese desgraciado secreto de Newcastle.

— ¡Ah! ¿El millón del conde de la Fère?

—No, milord, no; la empresa contra Vuestra Gracia.

—Estuvo muy bien jugada, caballero; nada hay que decir; sois hombre de guerra, valiente y astuto a la vez, lo cual prueba que reunís las cualidades de Fabio y Aníbal. De modo, que habéis usado de vuestros medios, de la fuerza y de la astucia; nada hay que decir a esto, y es cosa mía el garantirme de ello.

—No lo ignoro, milord, y no esperaba menos de vuestra imparcialidad; si no hubiese más que el rapto en sí mismo, ¡pardiez!, eso no sería nada; pero hay...

— ¿Qué?

—Las circunstancias de ese rapto.

— ¿Cuáles?

—Bien sabéis lo que quiero decir, milord.

— ¡No, Dios me condene!

—Hay... la verdad, es muy difícil de decir.

— ¿Hay?

—Pues bien, hay ese diablo de caja.

Monk sonrojóse visiblemente.

— ¡Esa indignidad de caja —continuó Artagnan—; la caja de pino, ya sabéis!

— ¡Bueno! Lo había olvidado.

—De pino —siguió el mosquetero——, con agujeros para la nariz y la boca. En verdad, milord, lo demás podía pasar, ¡pero la caja, la caja! Decididamente, fue una broma pesada.

Monk se revolvía en todos sentidos.

—Y, sin embargo —añadió Artagnan—, que yo, un capitán de aventuras, haya hecho eso, es muy sencillo, porque al lado de la acción, un poco ligera, que he cometido, pero que puede excusarme la gravedad de la situación, he sido circunspecto y reservado.

— ¡Oh! —murmuró Monk—. Os conozco muy bien, señor de Artagnan, y os aprecio.

Artagnan no perdía de vista a Monk, estudiando todo lo que pasaba en su interior mientras hablaba.

—Pero no se trata de mí —repuso Artagnan.

— ¿Pues entonces de quién se trata? —preguntó Monk que empezaba a impacientarse.

—Se trata del rey, que jamás contendrá su lengua.

— ¡Y bien! ¿Qué le hemos de hacer, si habla? —dijo Monk, balbuciente.

—Milord —repuso Artagnan—, os suplico que no disimuléis con un hombre que habla tan francamente como lo hago yo. Tenéis derecho de erizar vuestra susceptibilidad, por benigna que sea. ¡Qué diantre! El lugar de un hombre como vos, de un hombre que juega con cetros y coronas como un gitano con sus bolas, no era una caja así, como si se tratara de un objeto curioso de Historia Natural; porque, finalmente, ya comprendéis que sería cosa para hacer reventar de risa a todos vuestros enemigos; y sois tan grande, tan noble y generoso, que por fuerza debéis tener muchos. Tal secreto puede hacer morir de risa a la mitad del género humano, si se os representase en esa caja, y no es decente que se rían así del segundo personaje de este reino.

Monk perdió completamente su continencia a la idea de verse representado en la caja. El ridículo, como juiciosamente había previsto Artagnan, causaba en él lo que ni las aventuras de la guerra, ni los deseos de la, ambición, ni el temor de la muerte habían podido causar.

— ¡Bien! —pensó el gascón—. Tiene miedo: estoy salvado.

— ¡Oh! ¡En cuanto al rey —dijo Monk—, querido Artagnan, el rey no se chanceará con Monk, os lo aseguro!

El brillo de sus ojos fue interceptado al paso por Artagnan. Monk se dulcificó al instante.

—El rey —prosiguió—, es de un natural demasiado noble y tiene un corazón demasiado elevado para querer mal a quien le ha hecho tanto bien.

— ¡Oh! Ciertamente —exclamó Artagnan—. Soy enteramente de vuestra opinión respecto al corazón del rey, pero no en cuanto a su cabeza: es bueno, pero ligero.

—Su Majestad no será ligero con Monk, estad tranquilo.

— ¿De modo que vos lo estáis, milord?

—Por esa parte al menos, sí, perfectamente.

—¡Ah! Os comprendo, estáis tranquilo por parte del rey.

—Ya os lo he dicho.

—Pero, ¿no lo estáis también por la mía?

—Me parece haberos asegurado que contaba con vuestra lealtad y discreción.

—Sin duda, sin duda; pero reflexionad una cosa...

— ¿Cuál?

—Que yo no soy solo, que tengo compañeros, y que éstos...

— ¡Oh! Sí, los conozco.

—Por desgracia, milord, ellos también os conocen.

— ¿Y qué?

—Están allá, en Boulogne, esperándome.

— ¿Y teméis?...

—Sí, que en mi ausencia... ¡Cáscaras! Si estuviese a su lado respondería de su silencio.

—Razón tenía yo en deciros que el peligro, si había peligro, no vendría del rey, por más dispuesto que sea para la broma, sino de vuestros compañeros, como acabáis de decir... Ser burlado por un rey, es cosa tolerable todavía; pero por unos galopines... ¡Goddam!

—Sí, entiendo, es insoportable; y por eso venía a deciros: milord, ¿no creéis que sería bueno que yo marchase a Francia lo más pronto posible?

— Cierto, si creéis que vuestra presencia...

— ¿Imponga a todos aquellos tunos? ¡Oh! De eso estoy cierto, milord.

—Pero vuestra presencia no impedirá que se extienda el rumor en caso de que haya transpirado ya.

— ¡Oh! No ha transpirado, milord, os lo juro. Y en todo caso, creed que estoy determinado a una cosa.

— ¿A qué?

—A romper la cabeza al primero que haya propagado el rumor y al primero que lo haya extendido. Después de lo cual, regresaré a Inglaterra a buscar un asilo y tal vez un empleo al lado de Vuestra Gracias.

— ¡Oh! ¡Volved, volved!

—Por desgracia, milord, a nadie conozco aquí sino a vos, y no os encontraré o me habréis olvidado en vuestras grandezas.

—Escuchad, señor de Artagnan —respondió Monk—, sois un caballero apreciado, lleno de inteligencia y valor, y merecéis todas las fortunas de este mundo; venid conmigo a Escocia, y juro, haceros en mi virreinato una posición que todos envidiarán.

— ¡Oh! Milord, eso es imposible, por ahora. Tengo un deber sagrado por cumplir: he de velar por vuestra gloria, impedir que un mal intencionado empañe a los ojos de los contemporáneos y... ¡quién sabe! ... tal vez a los de la posteridad, el brillo de vuestro nombre.

— ¿De la posteridad, señor de Artagnan?

— ¡Sí! Sin duda, es necesario que todos los pormenores de esta historia sean un misterio para la posteridad; porque, en fin, admitid por un instante que se esparciera la desgraciada historia de la caja de pino, y se diría, no que habéis restablecido lealmente al rey, en virtud de vuestro libre albedrío, sino que fue a consecuencia de un compromiso celebrado entre vosotros dos en Scheveningen. Yo pudiera decir perfectamente cómo sucedió la cosa, yo que lo sé, sin embargo, no me creerían, y se diría que habían recibido mi parte de torta y que me la comía.

Monk frunció el entrecejo.

—Gloria, honor; honradez —dijo—. ¡No sois más que palabras vanas!

—Niebla —replicó Artagnan—, niebla por entre la cual jamás se ve muy claro.

— ¡Pues bien! Entonces marchad a Francia, querido mío —dijo Monk—, id, y para haceros a Inglaterra más accesible y agradable, aceptad un recuerdo mío.

"¡Veamos, pues!" pensó Artagnan.

—Tengo a orillas de la Clyde —prosiguió Monk—, una casita rodeada de árboles, un cottage, como aquí se llama, y un centenar de argentas de tierra. Aceptadla.

— ¡Oh milord!. . .

— ¡Pardiez! Allí estaréis en vuestra casa, y ése será el refugio de que me hablabais ahora poco.

— ¡Cómo! ¿Os quedaré obligado hasta ese punto? En verdad... Me avergüenzo de ello.

—No, señor —replicó Monk con delicada sonrisa—; yo sí que os quedaré reconocido.

Y, estrechando la mano del mosquetero:

—Voy a hacer extender el acta de donación —dijo.

Y salió.

Artagnan le vio alejarse y quedó pensativo y hasta emocionado. —En fin —dijo—, he aquí un barbián. Lo sensible es que lo haga por temor y no por afecto a mi persona. ¡Pues bien, quiero que también me tenga afecto!

Y después de un instante de reflexión más profunda, murmuró: ¡Bah! ¿Y para qué? ¡Es un inglés!

Y salió, a su vez, algo aturdido de aquel combate.

—Conque —dijo— heme aquí propietario. Pero, ¿cómo diantre he de partir esa quinta con Planchet? A menos que le dé las tierras y yo me quede con la casa, o bien que él tome la casa y yo... ¡Vaya! ¡El señor Monk no sufriría que yo dividiera una casa que él ha habitado, con un abacero! ¡Es muy orgulloso! Además, ¿para qué hablar de esto? Con el dinero de la sociedad no he adquirido el inmueble, sino con mi inteligencia; luego es muy mío. Vamos en busca de Athos.

Y se dirigió hacia la morada de éste.

XXXVII

ARTAGNAN ARREGLA EL PASIVO DE LA SOCIEDAD ANTES QUE SU ACTIVO

Decididamente —decía entre dientes Artagnan—, estoy de vena. Esa estrella que luce una vez en la vida de todos los hombres, que lució para Job y para Iro, el más desgraciado de los judíos y el más pobre de los griegos, luce por fin para mí. No haré locuras, y me aprovecharé de ella, pues ya es tiempo de ser razonable.

Aquella noche cenó de muy buen humor con su compañero Athos, a quien no habló de la donación esperada; pero no pudo menos de preguntarle, al mismo tiempo que comía,

sobre las siembras y plantaciones; a lo cual contestó Athos complaciente como siempre. Su creencia era que Artagnan quería hacerse propietario, y lo único que sentía era perder el humor vivo y las divertidas ocurrencias de su amigo. Artagnan, en efecto, aprovechaba el residuo de grasa cuajada en el plato para trazar cifras y hacer sumas asombrosas.

La orden, o más bien la licencia para embarcarse, llegó aquella misma noche. Mientras la entregaban al señor conde, otro mensajero daba a Artagnan un rollo de pergamino con todos los sellos con que se reviste la propiedad territorial en Inglaterra. Athos le sorprendió entretenido en hojear estos diversos documentos que establecían la transmisión de la propiedad. El prudente Monk, otros dirían el generoso Monk, había conmutado la donación en una venta, y reconocía haber recibido quince mil libras como precio de la cesión.

Ya el mensajero se había eclipsado. Artagnan seguía leyendo, Athos le miraba sonriente. El mosquetero, sorprendiendo una de aquellas sonrisas por encima de su hombro, guardó el rollo en su estuche. Perdonad —dijo Athos.

— ¡Oh! No sois indiscreto, amigo —replicó el teniente—; quisiera...

—No me digáis nada, os lo ruego, las órdenes son cosas tan sagradas, que el encargado de ellas no debe decir una palabra ni a su hermano ni a su padre. De modo que yo mismo, que os amo más tiernamente que un hermano, que un padre y que todo lo del mundo...

— ¿A excepción de Raúl?

—Más aún amaré a Raúl cuando le haya visto manifestarse en todas las fases de su carácter y de sus actos... como os he visto a vos, amigo mío.

— ¿Conque decíais que también vos tenéis una orden y que no me la participaréis?

—Sí, querido.

El gascón suspiró.

—Hubo un tiempo —dijo— en que esa orden la hubierais puesto ahí, sobre esa mesa, diciendo: “Artagnan, leednos ese logogrifo a Porthos, a Aramis y a mí.”

— ¡Es verdad! ... ¡Oh! ¡Era la juventud, la confianza, la edad generosa en la cual manda la sangre cuando se calienta por las pasiones!

—Pues bien, Athos, ¿deseáis que os diga una cosa?

—Hablad, amigo mío.

—Ese tiempo adorable, esa edad generosa, esa dominación de la sangre caliente, todas esas cosas muy bellas, sin duda, no las siento lo más mínimo. Me sucede con eso lo que con el tiempo en que estudiaba... Siempre he encontrado en alguna parte un tonto para ponderarme esa época de castigos, de disciplinas y de cortezas de pan seco... ¡Es singular! Nunca me han gustado esas cosas; y por activo y sobrio que fuese (y bien sabéis que lo soy), y por sencillo que pareciese en mi traje, no por eso, he dejado de preferir los bordados de Porthos a mi casaquilla porosa, que dejaba penetrar el cierzo en invierno y el sol en estío. Ya veis, querido, siempre desconfiaré de quien pretenda preferir el mal al bien. Todo fue mal para mí en los tiempos pasados, cuando cada mes veía un agujero más en mi piel y en mi casaca, y un escudo de oro menos en mi pobre bolsa. Nada echo de menos de aquel tiempo execrable sino nuestra amistad, porque tengo aquí un corazón; y, cosa milagrosa, este corazón no fue desecado por el viento de la miseria que pasaba a través de los agujeros de mi capa, ni ensartado por las espadas de toda construcción que pasaban a través de los agujeros de mi pobre carne.

—No temáis por nuestra amistad —dijo Athos— porque no morirá sino con nosotros. La amistad se compone de recuerdos y de costumbres, y si habéis hecho ahora poco una sátira de la mía, porque he vacilado en manifestaron la misión que llevo a Francia...

— ¿Yo?... ¡Cielos! ¡Si supieseis cuán indiferentes van a serme ahora todas las misiones del mundo!

Athos se levantó de la mesa y llamó al posadero para pagarle el gasto.

—Desde que soy amigo vuestro —dijo Artagnan—, nunca he pagado un escote. Porthos lo hacía a menudo, Aramis alguna que otra vez, y vos casi siempre gastabais hasta la última blanca. Ahora que soy rico, voy a ver si es heroico pagar.

—Hacedlo —repuso Athos guardándose su bolsa.

En seguida se encaminaron los dos amigos al puerto, no sin que Artagnan hubiese mirado atrás para vigilar el transporte de sus amados escudos. La noche acababa de tender su velo sobre las amarillas aguas del Támesis; se oía ese ruido de cuerdas y poleas, precursor de la franquía que tantas veces había hecho latir el corazón de los mosqueteros, cuando el peligro del mar era el menor de todos los que iban a desafiar. Esta vez debían embarcarse en un gran buque que los aguardaba en Gravesend, y Carlos II, siempre delicado en las cosas pequeñas, había enviado uno de sus *yacht,* con doce hombres de su guardia escocesa, a fin de hacer honor al embajador que enviaba a Francia. A media noche ya había pasado el *yacht* a sus pasajeros a bordo del navío, y a las ocho de la mañana desembarcaba éste al embajador y a su amigo en el muelle de Boulogne.

En tanto que el conde se ocupaba con Grimaud de los caballos para ir derecho a París, Artagnan corría a la posada, donde según sus órdenes debía aguardarle su reducido ejército. Aquellos señores desayunaban ostras, pescado y aguardiente aromatizado, cuando se presentó Artagnan. Todos estaban muy alegres, pero ninguno había traspasado los límites de la razón. Un hurra de júbilo acogió al general. Aquí estoy —dijo Artagnan—; está terminada la campaña, y vengo a traeros el suplemento de soldado prometido.

Todos los ojos brillaron.

—Apuesto a que ya no hay cien librasen la escarcela del más rico dé vosotros.

— ¡Es verdad! —exclamaron a coro.

——Señores —dijo entonces Artagnan, ésta es la última consigna. El tratado de comercio se ha concluido, gracias al golpe de mano, que nos hizo dueños del hacendista más hábil de Inglaterra; pues ahora, he de confesarlo, el hombre a quien se trataba de robar era el tesorero del general Monk.

Esta palabra de tesorero produjo cierto efecto en su ejército; mas Artagnan notó que únicamente los ojos de Menneville no manifestaban una fe completa.

—A ese tesorero —prosiguió Artagnan—, le he conducido a terreno neutral, a Holanda; le he hecho firmar el contrato, y yo mismo le he vuelto a llevar a Newcastle, y como debió quedar satisfecho de nuestra conducta con él, porque el cofre de pino siempre era llevado sin sacudidas y estaba acolchado; he pedido una gratificación para vosotros. Aquí está.

Y echó un saco respetable sobre el mantel. Todos tendieron involuntariamente la mano.

— ¡Un instante, corderos míos! —dijo Artagnan—. Si hay beneficios, también hay cargas.

— ¡Oh, oh! —exclamó la reunión.

—Amigos míos, nosotros vamos a encontrarnos en una posición que no sería sostenible entre gente sin juicio; yo hablo claro: estamos entre la horca y la Bastilla.

— ¡Oh, oh! —repuso el coro.

—Esto es fácil de comprender. Ha sido necesario explicar al general Monk la desaparición de su tesorero, y para esto he aguardado el momento inesperado de la restauración del rey Carlos, que es uno de mis amigos.

El ejército cambió una mirada de satisfacción con la mirada bastante orgullosa de. Artagnan.

Restaurado el rey, he devuelto al señor Monk su hombre de negocios, un poco desplumado, es cierto, pero al fin se lo he devuelto. El general Monk, perdonándome, porque me ha perdonado, no ha podido menos de decirme estas palabras, que, encargo a cada uno de vosotros grabe aquí entre los ojos y bajo la bóveda del cráneo: "Caballero, la broma puede pasar, pero, naturalmente, no me gustan las bromas; si una palabra siquiera de lo, que habéis hecho (comprendéis, señor de Menneville) sale de vuestros labios, o de los labios de vuestros compañeros, tengo en mi gobierno de Escocia y de Irlanda setecientas cuarenta y una horcas de madera de encina, claveteadas y untadas de sebo todas las semanas. Regalaré, pues una de estas horcas a cada uno de vosotros; y notad bien esto, querido señor de Artagnan, añadió (notadlo también vos, apreciable señor de Menneville), todavía me quedarán setecientas treinta para mis placeres secundarios. Además... "

— ¡Ah, ah! —gritaron los auxiliares de Artagnan—. ¿Hay más todavía?

—Una miseria más: "Señor de Artagnan, he remitido al rey de Francia el tratado en cuestión, con una sola súplica para que haga en cerrar provisionalmente en la Bastilla, y después enviarme aquí a todos los que tomaron parte en la expedición, y ésta es una súplica a la que accederá el rey."

Un grito de terror partió de todos los ángulos de la mesa.

— ¡Pero, bah! —exclamó Artagnan—. Ese valiente Monk se ha olvidado de una cosa, y es que no sabe el nombre de ninguno de vosotros; sólo yo os conozco, y ya calcularéis que no seré yo quien os venda. ¿Para qué? Yo supongo que nunca seréis bastante necios para denunciaros vosotros mismos, porque entonces, el rey, para ahorrarse los gastos de alimento y habitación, os enviaría a Escocia, donde se hallan las setecientas cuarenta y una horcas. Esto es lo que pasa, señores. Y ahora, ya no tengo una palabra que añadir a lo que acabo de tener el honor de deciros. Estoy seguro de que se me ha comprendido perfectamente; ¿no es cierto, señor de Menneville?

—Perfectamente —replicó éste.

—Ahora, los escudos —exclamó Artagnan—. Cerrad las puertas. Y abrió el saco sobre la mesa, donde cayeron muchos escudos de oro. Cada cual hizo un movimiento hacia ellos.

— ¡Poco a poco! —dijo Artagnan—. Que nadie se mueva, y haré la cuenta.

En efecto, dio cincuenta de aquellos escudos a cada uno, y recibió tantas bendiciones como monedas había entregado.

—Ahora —dijo—, si os fuese posible arreglaros un poco, si pudierais haceros buenos y honrados...

—Dificililllo es —dijo uno de los asistentes.

— ¿Por qué decís eso, capitán? —dijo otro.

—Lo digo porque si os hallara por ahí... ¿quién sabe?... regresadlos de cuando en cuando con alguna propina...

E hizo una seña a Menneville, que lo escuchaba con aire reservado.

—Menneville —dijo—, venid conmigo. Adiós, valientes; os recomiendo seáis discretos.

Menneville le siguió, en tanto que los saludos de los otros se confundían con el dulce ruido del oro que sonaba en sus bolsillos.

—Menneville —dijo Artagnan cuando estuvieron en la calle,— no sois tonto, y tened cuidado de no convertiros en tal; no me producís el efecto de que tengáis miedo a las horcas del señor Monk, ni a la Bastilla de Su Majestad Luis XIV, pero me haréis la gracia de tenerlo de mí. Pues bien, oíd: a la menor palabra que se os escape, os mataré como a un pollo. Tengo la absolución del Papa.

—Os aseguro que no sé absolutamente nada, señor de Artagnan, y que todas vuestras palabras son artículos de fe para mí.

—Bien seguro estaba yo de que sois un muchacho de talento —dijo el mosquetero—; hace veinticinco años que os he juzgado. Estos cincuenta escudos de oro que os doy como plus, os probarán al afecto que os tengo. Tomad.

—Gracias, señor de Artagnan —dijo Menneville.

—Con esto ya podéis ser realmente un hombre de bien —repuso Artagnan con tono más serio—. Sería vergonzoso que un talento como el vuestro, y un nombre que no os atrevéis a llevar, se encontrasen borrados para siempre bajo el orín de una vida mala. Haceos un hombre honrado, Menneville, y vivid un año con, esos cien escudos de oro, es una bonita cantidad: dos veces el sueldo de un oficial de graduación. Id a verme dentro de un año y ¡diantre! haré de vos alguna cosa.

Menneville juró, como habían hecho sus camaradas, ser mudo como un sepulcro. Y, sin embargo, preciso es que alguien haya hablado; y como sin duda no han sido los nueve compañeros, ni Menneville tampoco, necesario es que fuera Artagnan, quien, como gascón, tenía la lengua muy cerca de los labios. Porque, si no él, ¿quién había de ser? ¿Y cómo había de explicarse el secreto de la caja de pino agujereada que de manera tan completa ha llegado a nosotros, como ha podido verse, y cuya historia hemos referido con tan minuciosos pormenores? Pormenores que por lo demás iluminan con claridad tan nueva como inesperada toda esa parte de la historia de Inglaterra, abandonada hasta hoy en la obscuridad por los, historiadores.

XXXVIII

DONDE SE VE CÓMO EL ABACERO FRANCÉS SE HABÍA YA REHABILITADO EN EL SIGLO XVII

Hechas ya sus cuentas y sus recomendaciones, sólo pensó Artagnan en volver a París lo antes posible. Athos, por su parte, también deseaba regresar a casa y descansar un poco. Por más enteros que hayan quedado el carácter y el hombre después de las fatigas de un viaje, el viajero ve con placer, al fin del día, y mucho más si el día ha sido espléndido, que la noche va a proporcionarle un poco de sueño. Así es que desde Boulogne a París, cabalgando los dos amigos uno junto a otro, un tanto absortos en sus pensamientos indi-

viduales, no hablaron cosas bastante interesantes para qué enteremos de ellas al lector; entregados ambos a sus reflexiones personales, y construyéndose el porvenir a su manera, se ocuparon principalmente en acortar la distancia por medio de la celeridad. Athos y Artagnan llegaron en la noche del cuarto día después de su salida de Boulogne, a las barreras de París.

— ¿Dónde vais, amigo? —preguntó Athos.

—Yo voy derecho a mi casa.

—Y yo derecho a la de mi consocio.

— ¿A casa de Planchet?

—Sí, buen amigo, al "Pilón de Oro".

—Por supuesto, nos volveremos a ver.

—Si estáis en París, sí; porque yo me quedo.

—No; después de haber abrazado a Raúl, a quien he citado en mi casa, salgo inmediatamente para la Fère.

—Entonces, adiós, buen amigo.

—Hasta más ver, diréis mejor, pues no sé por qué me parece que os vendréis a vivir conmigo a Blois. Ya que sois libre, ya que sois rico, os compraré, si gustáis, una buena hacienda en las cercanías de Cheverny o en las de Bracieux. Por una parte, tendréis los bosques más hermosos del mundo, que van a unirse con los de Chambord, y por otra, huertas admirables. Vos, a quien tanto place la caza, y que de grado o por fuerza sois poeta, encontraréis allí faisanes, codornices y cercetas, sin contar puestas de sol y paseas en barca, que causarían envidia a Nemrod y al mismo Apolo. Esperando la adquisición habitaréis en la Fére, e iremos a levantar la marica en las viñas, como hacía el rey Luis XIII. Es un moderado placer para viejos como nosotros.

Artagnan tomó las manos de Athos.

—Amigo mío —le dijo—, no os digo que sí, ni que no. Dejadme pasar en París el tiempo indispensable para arreglar todos mis asuntos, y para acostumbrarme poco a poco a la pesada y brillante idea que agita mi cerebro. Soy rico, ya lo sabéis, y de aquí a que me haya acostumbrado a la riqueza, me conozco, seré un animal insoportable. Ahora bien, tampoco soy tan bestia como para carecer de espíritu ante un amigo como vos, Athos. El vestido es hermoso y ricamente dorado, pero nuevo, y me molesta en las sisas.

Athos sonrió.

—Sea_lo que queráis —dijo—; pero a propósito de ese vestido, ¿queréis que os dé un consejo, amigo Artagnan?

— ¡Oh! Con mucho gusto.

— ¿Y no os enfadaréis?

— ¡Vamos!

— Cuando la riqueza llega tarde y de pronto, hay que hacerse avaro para no cambiar, es decir, es preciso no gastar mucho más dinero del que uno tenía antes, o hacerse pródigo y tener tantas deudas que vuelva a ser pobre.

— ¡Ah! Eso que me decís se parece mucho a un sofismo, mi querido filósofo.

—No lo creo. ¿Tratasteis de aceros avaro?

— ¡No tal! Yo lo era antes de tener nada. Cambiemos. Entonces, sed pródigo.

—Todavía menos, ¡diantre! Las deudas me espantan. Los acreedores me representan con anticipación los diablos que revuelven a los condonados en las parrillas; y como la paciencia no es mi virtud dominante, siempre tengo tentaciones de zurrar a los diablos.

—Sois el hombre más sabio que conozco, y no tenéis que recibir consejos de nadie. Locos serían los qué creyesen que podrían engañaros alguna vez. Pero, ¿no estamos en la calle de San Honorato?

—Sí, querido amigo.

— ¿Distinguís allá abajo, a la izquierda, una casita blanca? Pues allí tengo mi alojamiento. Notaréis que sólo consta de dos pisos; yo ocupo el primero, y el otro está alquilado a un oficial cuyo servicio le tiene fuera de París ocho o nueve meses al año; de modo que estoy en esa casa como en la mía, a excepción del gasto.

— ¡Oh! ¡Qué bien os arregláis, Athos! ¡Qué orden! Eso es lo que yo desearía reunir; pero qué queréis, eso es de nacimiento y no se adquiere.

— ¡Adulador! Vamos, adiós, amigo. A propósito, dad un recuerdo de mi parte a Planchet. Seguirá siendo un mozo de talento, ¿verdad?

—Y de corazón, Athos. ¡Adiós! Separáronse. Durante esta conversación Artagnan no había perdido de vista un segundo cierto caballo de carga, en cuyos canastos, y debajo de una poca de paja, se extendían los saquillos en que estaba el dinero. Las nueve de la noche daban en Saint Merri, y los mozos de Planchet cerraban la tienda. Artagnan paró al postillón que guiaba el caballo de carga en la esquina de la calle de los Lombardos, debajo de un cobertizo, y llamando a uno de los criados de Planchet, le encargó que guardase, no sólo los dos caballos, sino también al postillón; después de lo cual entró en casa del abacero, que acababa de comer y que, en su entresuelo consultaba con ansiedad el calendario, en el cual borraba todas las noches el día que acababa de pasar.

En el instante en que, según su costumbre cotidiana, borraba Planchet con la pluma el día transcurrido, Artagnan puso el pie en el umbral de la puerta y el choque hizo sonar sus espuelas.

— ¡Ah! ¡Dios santo! —exclamó Planchet.

El digno abacero no pudo decir más, pues acababa de ver a su consocio. Artagnan entró con la cabeza inclinada y los ojos tristes. El gascón tenía una idea respecto a Planchet.

— ¡Buen Dios! —dijo el abacero mirando al caminante—. ¡Está triste!

El mosquetero se sentó.

—Querido caballero de Artagnan —dijo Planchet con horribles latidos de corazón, ya estáis aquí, ¿cómo va de salud?

—Bastante bien, Planchet —dijo Artagnan dando un suspiro.

—Espero no habréis sido herido...

— ¡Psch!

— ¡Ah! —prosiguió Planchet cada vez más alarmado—. ¿La expedición ha sido dura?

—Sí —contestó Artagnan.

Un estremecimiento corrió por todo el cuerpo de Planchet.

—Bebería de buena gana —observó el mosquetero alzando lastimeramente la cabeza.

Planchet corrió por sí mismo al armario y sirvió al mosquetero vino en un gran vaso.

Artagnan miró la botella.

— ¿Qué vino es ese?—dijo.

—El que preferís, señor —dijo

— Planchet; ese buen vino añejo de Anjou *que* un día por poco nos cuesta caro a todos.

— ¡Ah! —replicó Artagnan con triste sonrisa—; Pobre Planchet, ¿debo todavía beber buen vino?

—Vamos, señor —dijo el abacero, haciendo un gran esfuerzo, mientras sus músculos contraídos, la palidez y el temblor manifestaban la más viva angustia—. Vamos, he sido soldado, y por tanto tengo valor; no me hagáis padecer, señor de Artagnan; se ha perdido nuestro dinero, ¿no es así?

Antes de responder, Artagnan se tomó tiempo, un siglo para el infeliz abacero. Sin embargo, no había hecho más que revolverse en su silla.

—Y si fuese así —dijo moviendo la cabeza de arriba abajo—, ¿qué diríais, pobre amigo mío?

Planchet, de pálido que estaba pusose amarillo. Hubiérase dicho que iba a tragarse la lengua, pues tanto se hinchaba su garganta y tanto se enrojecían sus ojos.

— ¡Veinte mil libras! —exclamó—. ¡Veinte mil libras!

Artagnan, con el cuello y las piernas estirados y los brazos caídos, parecía la estatua del decaimiento. Planchet arrancó un doloroso suspiro de las cavidades más profundas de su pecho.

—Vamos —dijo—, ya sé lo que hay. Seamos hombres. Esto se acabó, ¿verdad? Lo principal es, señor, que hayáis salvado la vida.

—Sin duda, la vida es algo; pero entre tanto me he arruinado.

— ¡Pardiez! Señor —dijo Planchet—, si es así, no hay que desesperarse; os metéis a abacero conmigo, os asocio a mi comercio, dividimos las ganancias, y cuando no haya ganancias, entonces partiremos las almendras, los higos y las ciruelas pasas, y roeremos juntos el último pedazo de queso de Holanda.

Artagnan no pudo resistir más.

— ¡Pardiez! —exclamó conmovido—. ¡Eres un bravo mozo, Planchet, por mi honor! Veamos, ¿no has representado una comedia? ¿No has visto en la calle, bajo el cobertizo, el caballo de los sacos?

— ¿Qué caballo? ¿Qué sacos? —dijo Planchet, cuyo corazón se conmovió a la idea de que Artagnan *se volviese loco.*

— ¡Toma! ¡Los sacos ingleses, pardiez! —dijo Artagnan radiante y transfigurado.

— ¡Ah! ¡Dios santo! —articuló Planchet, retrocediendo ante el fuego deslumbrador de sus miradas.

— ¡Imbécil! —exclamó Artagnan—. Me crees loco. ¡Diantre! Jamás, por el contrario, he tenido la cabeza más sana, y más alegre el corazón. ¡A los sacos, Planchet; a los sacos!

— ¡Pero, qué sacos, Dios santo! Artagnan empujó a Planchet hacia la ventana.

—Debajo del cobertizo, allí —le dijo—, ¿no distingues un caballo?

—Sí.

— ¿No ves que está cargado?

—Sí, sí.

— ¿Ves a uno de tus mozos que conversa con el postillón?

—Sí, sí, sí.

— ¡Pues bien! Tú sabes el nombre de ese mozo, puesto que es tuyo; llámalo.

— ¡Abdón! ¡Abdón! —llamó Planchet por la ventana.

—Trae el caballo —le apuntó Artagnan.

— ¡Trae el caballo! —gritó Planchet.

—Ahora, diez libras al postillón —exclamó Artagnan con el tono que hubiera usado para mandar una revolución, dos mozos para subir los dos primeros sacos, otros dos para subir los segundos, y vivo, voto va!

— ¡Actividad!

Planchet se precipitó por la escalera, como si el diablo le hubiera mordido en las pantorrillas. Un momento después la subían los mozos, doblados bajo el peso que conducían. Artagnan los mandó a su zaquizamí, cerró cuidadosamente la puerta, y dirigiéndose a Planchet, que a su vez se volvía loco:

—Ahora nosotros dos —le dijo. Y extendió en el suelo una gran cobertera, vaciando encima el primer saco. Otro tanto hizo Planchet con el segundo, y después rompió el tercero Artagnan, valiéndose de un cuchillo. Cuando Planchet oyó el seductor ruido de la plata y el oro, cuando vio relucir fuera del saco los brillantes escudos que saltaban como peces fuera de la red, cuando sintió llegar hasta sus pantorrillas aquella marea de monedas amarillas y plateadas, le acometió una especie de desmayo, dio una vuelta sobre sí mismo, como herido por el rayo, y se dejó caer pesadamente sobre el enorme montón de monedas, que, bajo su peso, resonó en la estancia con indescriptible ruido.

Planchet había perdido el conocimiento, sofocado por la alegría. Artagnan le echó un vaso de vino blanco a la cara, lo cual le volvió al momento a la vida.

En aquel tiempo, lo mismo que hoy, los abaceros llevaban bigote de caballero y barba de lansquenete; solamente los baños de dinero, ya muy raros entonces, se han hecho casi desconocidos en el día.

— ¡Cáscaras! —dijo Artagnan—. Aquí hay cien mil libras para vos, mi señor consocio.

— ¡Oh! ¡Qué hermosa cantidad! Señor de Artagnan, ¡qué hermosa cantidad!

—Hace media hora hubiera sentido un poco darte esa cantidad; pero al presente ya no lo siento, porque eres un abacero barbián, Planchet. Vaya, hagamos buenas cuentas, porque, como dicen, las buenas cuentas hacen los buenos amigos.

— ¡Oh! Contadme primero toda la historia —dijo Planchet—; eso debe ser aún más bonito que el dinero.

—No digo que no, a fe mía —replicó Artagnan acariciándose el bigote—, y si alguna vez piensa en mí un historiador para referirla, bien podrá decir que no bebió en mala fuente. Escúchame, pues, Planchet, voy a contártela.

—Y yo a hacer montones de monedas —dijo Planchet—. Comenzad, querido patrón.

— ¡Ea! —dijo Artagnan tomando aliento.

—Vamos —dijo Planchet, cogiendo el primer puñado de escudos.

XXXIX
EL JUEGO DE MAZARINO

En un salón del palacio real, tapizado de terciopelo obscuro, que hacía resaltar las molduras doradas de un gran número de hermosos cuadros, se veía la noche misma de la llegada de nuestros dos viajeros a toda la Corte reunida ante la alcoba del cardenal Mazarino, que convidó a jugar al rey y a la reina.

Un biombo separaba tres mesas puestas en el salón, en una de las cuales estaban sentados el monarca y las dos reinas. Luis XIV, sentado enfrente de su joven esposa, sonreía con expresión de soberana felicidad. Ana de Austria jugaba contra el cardenal, y su nuera le ayudaba cuando no sonreía con su marido. El juego del cardenal lo llevaba la condesa de Soissons, y acostado aquél en su lecho, con el semblante demacrado y lánguido, fijaba en las cartas una mirada incesante, llena de interés y de codicia.

El cardenal se había hecho acicalar por Bemouin; pero el colorete, que sólo brillaba en sus pómulos, hacía resaltar mucho más la enfermiza palidez del resto de su rostro y el luciente amarillo de su frente. Tan sólo sus ojos de enfermo tenían un brillo más vivo que de costumbre, y sobre ellos se fijaban de vez en cuando las miradas inquietas de Su Majestad, de la reina y de los cortesanos.

El hecho es que los ojos del signor Mazarino eran las estrellas más o menos resplandecientes sobre las cuales leía su destino la Francia del siglo XVII cada noche y cada mañana.

Su Eminencia no ganaba ni perdía, y por lo mismo, ni estaba alegre ni triste. Esta era una quietud en la cual no hubiese querido dejarle Ana de Austria, que tenía mucha compasión por él; mas para llamar la atención del enfermo con cualquier golpe brillante, hubiera sido preciso ganar o perder. Ganar era peligroso, porque Mazarino hubiera cambiado su indiferencia por algún gesto desagradable; perder era también peligroso, porque hubiera sido necesario hacer trampas y la infanta que vigilaba el juego de su suegra, se habría admirado de sus buenas disposiciones hacia Mazarino.

Los cortesanos conversaban aprovechándose de esta calma. El señor Mazarino, cuando no estaba de mal humor, era un príncipe benigno, y él, que a nadie impedía cantar con tal que le pagaran, no era bastante tirano para evitar que se hablase, con tal de que se decidiesen a perder.

Charlabase, pues. En la primera mesa el joven hermano del rey, Felipe, duque de Anjou, miraba su linda figura en el espejo de una caja. Su favorito, el caballero de Lorena; apoyado en el sillón del príncipe, escuchaba con secreta envidia al conde de Guiche, otro favorito de Felipe, que relataba en términos escogidos las diversas vicisitudes de fortuna del rey aventurero Carlos II. Refería, como sucesos fabulosos, toda la historia de sus peregrinaciones en Escocia, sus terrores cuando las partidas enemigas seguíanle la pista, las noches pasadas en los árboles y los días de hambre y de combates. Poco a poco la historia de este desgraciado rey había interesado tanto a los oyentes, que el juego se hacía lánguido, aun en la mesa real, y el joven monarca, pensativo y sin prestar atención al parecer,

seguía los menores detalles de esta odisea, pintorescamente contada por el conde de Guiche.

La condesa de Soissons interrumpió al narrador, diciéndole:

—Confesad, conde que estáis glosando.

— Señora, solamente cito como un loro las historias que me han contado diferentes ingleses, y aun diré que soy textual como una carpeta.

Carlos II habría muerto si hubiera sufrido todo eso.

Luis XIV alzó su inteligente y orgullosa cabeza.

—Señora —dijo con voz reposada, que aún revelaba al niño tímido—, el señor cardenal os dirá que durante mi minoridad han estado a la ventura los asuntos de Francia... y que si yo hubiese sido mayor habría tenido que echar mano a la espada hasta por mi cena.

—Gracias a Dios —repuso el cardenal, que hablaba por vez primera—, Vuestra Majestad exagera, pues su comida siempre ha estado cocida a punto con la de sus servidores.

El rey se sonrojó.

— ¡Oh! —murmuró desde su asiento Felipe aturdidamente y sin dejar de mirarse—. Yo me acuerdo que una vez, en Melún, no se había puesto comida para nadie, y que el rey se comió las dos terceras partes de un pedazo de pan, entregándome la otra.

Viendo sonreír al cardenal, toda la asamblea se echó a reír. A los reyes se les adula con el recuerdo de una angustia pasada como con la esperanza de una fortuna futura.

—De aquí deduciremos que la corona de Francia ha estado sin cesar bien sostenida en la cabeza de sus reyes —se apresuró a añadir Ana de Austria—, y que esa corona ha caído de la del soberano de Inglaterra; y cuando por ventura oscilaba un poco esa misma corona, porque algunas veces hay temblores de trono, como hay temblores de tierra, cada vez, digo, que la rebelión amenazaba, una buena victoria devolvía la calma.

—Con algunos llorones más para la corona —dijo Mazarino.

El conde de Guiche se calló, el rey compuso su rostro, y Mazarino cruzó una mirada con Ana de Austria, como para darle las gracias por su intervención.

—No importa —dijo Felipe alisándose los cabellos—; mi primo Carlos no es hermoso, pero es valiente, porque se ha batido como un león, y si continúa batiéndose de este modo, nadie duda que concluya por ganar, una batalla... como Rocroy...

—No tiene soldados —replicó el caballero de Lorena.

—El rey de Holanda, su aliado, se los dará. Lo que es yo bien se los habría dado si fuese rey de Francia.

Luis XIV sonrojóse excesivamente.

Mazarino afectó mirar su juego con más atención que nunca.

—A estas horas —repuso el conde de Guiche—, está consumada la fortuna de este infeliz príncipe. Si ha sido engañada por Monk es perdido, y la prisión o la muerte tal vez acabarán lo que el destierro, las batallas y las privaciones, habían empezado.

Mazarino frunció el entrecejo.

— ¿Es cosa cierta —dijo Luis XIV—, que el rey Carlos II haya salido de La Haya?

—Muy cierto, Majestad ——replicó el joven—. Mi padre ha recibido una carta que le da los pormenores del hecho; hasta se sabe que Su Majestad ha desembarcado en Douyres, pues unos pescadores le han visto entrar en el puerto; lo demás todavía es misterio.

—Quisiera saber lo demás —dijo vivamente Felipe—. ¿Vos sabéis, hermano mío?

Luis XIV se sonrojó otra vez. Era la tercera en el espacio de una hora.

—Preguntad al señor cardenal —replicó con acento que hizo alzar los ojos a Mazarino; a Ana de Austria y a todo el mundo.

—Lo cual quiere decir, hijo mío —interrumpió riendo Ana de Austria—, que el rey no permite que se hable de las cosas de Estado fuera del Consejo.

Felipe aceptó de buen grado la fraterna, e hizo sonriendo un ceremonioso saludo, primero a su hermano, y luego a su madre.

Pero Mazarino observó que un grupo iba a formarse en un ángulo del salón, y que el duque de Orleáns, con el conde Guiche y el caballero de Lorena, privados de explicarse en voz alta, podían perfectamente decir en voz baja más de lo que fuera necesario. Comenzó, pues, a lanzarles ojeadas llenas de desconfianza y de inquietud, invitando a Ana de Austria a que arrojara alguna perturbación en el conciliábulo, cuando de pronto entrando Bernouin por la puertecilla del hueco de la cama, dijo al oído de su amo:

—Monseñor, un enviado de Su Majestad el rey de Inglaterra. Mazarino no pudo ocultar una ligera emoción que el rey sorprendió al paso. Para evitar ser indiscreto, menos todavía que para no parecer inútil, Luis XIV se levantó de repente, y acercándose a Su Eminencia le dio las buenas noches.

Toda la asamblea se había levantado con gran ruido de sillas y mesas empujadas.

—Dejad salir poco a poco a todo el mundo —dijo Mazarino en voz baja a Luis XIV—, y concededme unos minutos. Esta misma noche despacho un negocio, del que deseo hablar a Vuestra Majestad.

— ¿Y las reinas? —preguntó Luis XIV.

—Y el señor duque de Anjou —repuso Su Eminencia.

Al mismo tiempo saltó al hueco de la cama, cuyas cortinas al caer ocultáronla completamente. El cardenal, entretanto, no había perdido de vista a los conspiradores.

—Señor conde de Guiche —dijo con temblorosa voz al mismo tiempo que se ponía detrás de las cortinas la bata que le presentaba Bernouin.

—Aquí estoy, monseñor —dijo el joven acercándose.

—Tomad mis cartas, pues tenéis suerte esta noche... Y ganadme un poco el dinero de esos señores.

—Sí; monseñor.

El joven se sentó a la, mesa de donde se apartó el rey para charlar con las reinas.

Una partida bastante seria comenzó entre el conde y varios ricos cortesanos.

Felipe hablaba de modas mientras tanto con el caballero de Lorena, y ya se había dejado de oír detrás de las cortinas de la cama el roce de la bata del cardenal.

Su Eminencia había seguido a Bermouin al gabinete inmediato a la alcoba.

XL
ASUNTO DE ESTADO

Habiendo pasado Su Eminencia a su gabinete, encontró al conde de la Fère, que esperaba muy ocupado en admirar un Rafael hermosísimo puesto sobre un aparador recamado de plata.

El cardenal llegó, ligero y silencioso como una sombra, y sorprendió la fisonomía del conde, como tenía costumbre de hacer, pretendiendo adivinar, por la simple inspección del rostro de su interlocutor, cuál sería el resultado, de la conversación.

Pero esta vez se engañó la esperanza, de Mazarino, y nada absolutamente leyó en el rostro de Athos, ni siquiera el respeto que habitualmente leía en todas las fisonomías.

Athos vestía de negro con sencillo bordado de plata. Llevaba el Espíritu Santo, la Jarretiera y el Toisón de oro, tres Órdenes de tal importancia, que, sólo un rey o un comediante podían reunir.

Mazarino, rebuscó largo tiempo en su memoria un poco turbada para recordar el nombre que debía dar a aquel semblante glacial, y no lo consiguió.

—He sabido —dijo al fin— que me llegaba un mensaje de Inglalerra.

Sentóse, despidiendo a Bernouin y a Brienne, que como secretario se preparaba a llevar la pluma.

—De parte de Su Majestad el rey de Inglaterra, sí, Eminencia.

—Muy correctamente habláis el francés, caballero, para ser inglés —dijo graciosamente Mazarino, mirando siempre al través de sus dedos el Espíritu Santo, la Jarretiera, el Toisón, y sobre todo el semblante del mensajero.

—No soy inglés, sino francés, señor cardenal —respondió Athos.

— ¡Cosa extraña! El rey de Inglaterra escoge franceses para sus embajadas; esto es de excelente agüero… Decidme vuestro nombre, si gustáis, señor.

—Conde de la Fère —dijo Athos saludando más ligeramente de lo que exigía el ceremonial y el orgullo del ministro omnipotente.

Mazarino encogióse de hombros para decir: “no conozco ese nombre”.

Athos no pestañeó.

—Y venís, caballero —prosiguió Mazarino—, para decirme...

—Venía de parte de Su Majestad, el rey de la Gran Bretaña, a anunciar al rey de Francia... Mazarino frunció el ceño.

—A anunciar al rey de Francia —continuó Athos imperturbable—, la feliz restauración de Su Majestad Carlos II en el trono de sus padres.

—Sin duda tendréis poderes —observó Su Eminencia con tono breve e inquisidor.

—Sí…, monseñor:

La palabra monseñor salía penosamente de labios de Athos, como si lo desollase.

—En ese caso, enseñadlos. Athos sacó un despacho de una bolsa de terciopelo que llevaba debajo de su jubón.

El cardenal alargó la mano.

—Perdón, monseñor —dijo Athos—; mi despacho es para el rey.

—Puesto que sois francés, caballero, debéis saber lo que vale un primer ministrote la Corte de Francia.

—Hubo un tiempo —contestó Athos—, en que yo me ocupaba, en efecto, de lo que valen los primeros ministros; pero he formado, ya hace muchos años, la resolución de no tratar sino con el rey.

—Entonces, caballero —dijo Mazarino, que ya comenzaba a irritarse—, no veréis ni al ministro ni al rey.

Y Su Eminencia se levantó. Athos volvió a meter su despacho en la bolsa, saludó gravemente y dio algunos pasos hacia la puerta. Esta sangre fría exasperó a Mazarino,

— ¡Qué raros procedimientos diplomáticos! —exclamó—. ¿Estamos aún en los tiempos en que el señor Cromwell nos enviaba aquellos fanfarrones a guisa de encargados de negocios? Sólo os falta, señor, el morrión en la cabeza y la Biblia en la cintura.

—Señor —replicó Athos—, jamás he tenido yo, como vos, la ventaja de tratar con el señor Cromwell, y no he visto a sus encargados de negocios sino con la espada en la mano; ignoro, pues, cómo trataba con los primeros ministros. Respecto al rey de Inglaterra, Carlos II, sé que cuando escribe a Su Majestad el rey Luis XIV no lo hace a Su Eminencia el cardenal Mazarino; en esta distinción no veo ninguna diplomacia.

— ¡Ah! —exclamó Mazarino golpeándose en la frente con la mano—. ¡Ahora me acuerdo!

Athos le miró sorprendido.

— ¡Sí, eso es! —murmuró el cardenal, sin dejar de mirar a su interlocutor—. Sí, eso es, sin duda... Os conozco, caballero. ¡Ah, diávolo! Ya no me sorprende.

—Efectivamente, yo me sorprendía que con la excelente memoria de Vuestra Eminencia —respondió Athos sonriendo—, no me hubiese conocido aún.

—Siempre pertinaz y regañón, caballero, caballero… ¿cómo os llamaban?

— Aguardar... un nombre de río... Potamos... No... un nombre de isla... Nexos... no, ¡per Jove! ¡Un nombre de montaña...! ¡Athos! ¡Eso es! Estoy encantado de veros otra vez y de no estar ya en Rueil, donde me hicisteis pagar rescate con vuestros condenados cómplices... ¡Fronda! ¡Siempre Fronda! ¡Fronda condenada! ¡Oh! Caballero, ¿por qué, han sobrevivido vuestras antipatías a las mías? Si alguien tuviera de qué quejarse, creo que no seríais vos, que salisteis de allí, no sólo con el bolsillo repleto, sino también con el cordón del Espíritu Santo al cuello.

— Señor cardenal —contestó Athos—, permitidme no entrar en consideraciones de ese orden. Tengo una misión que desempeñar... ¿Me facilitaréis los medios de llevarla a cabo?

—Me asombra —dijo Mazarino muy alegre por haber hecho memoria y no sin punta de malicia—; me sorprende, señor... Athos, que un frondista como vos haya aceptado una misión cerca de Mazarino, como se decía en mejores tiempos...

Y Mazarino se echó a reír, a pesar de una tos dolorosa que cortaba cada una de sus frases convirtiéndolas en sollozos.

—Yo no he aceptado misión sino cerca del rey de Francia, señor cardenal —contestó el conde, con menos acritud, por tener bastantes ventajas para mostrarse moderado.

—Siempre será necesario, señor frondista —dijo alegremente Mazarino—, que del rey... el asunto de que os habéis encargado…

—De que me han encargado, monseñor; yo no corro tras de los asuntos.

—Bueno; será preciso, digo, que esa negociación pase un poco por mis manos... No perdamos un tiempo precioso... Decidme las condiciones. : .

—He tenido la honra de asegurar a Vuestra Eminencia que sólo la carta de Su Majestad Carlos II contiene la revelación de su deseo.

— ¡Vaya! Estáis ridículo con vuestra rigidez, señor Athos... Bien se conoce que habéis, frecuentado al trato de los puritanos de por allá... Vuestro secreto lo sé mejor que vos, y tal vez habéis hecho mal en no tener algunas consideraciones hacia un hombre muy viejo y achacoso, que ha trabajado mucho en su vida y sostenido valerosamente la campaña por sus ideas como vos por las vuestras... ¿no queréis decir nada? Bien. ¿No queréis comunicarme vuestra carta?... Magnífico. Venid conmigo a mi cámara; vais a hablar al rey.... y delante del rey... Ahora, oíd una palabra: ¿quién os ha dado el Toisón? Me acuerdo que pasabais por tener la Jarretiera, pero en cuanto al Toisón, no sabía...

—Recientemente, monseñor, con motivo del matrimonio de Su Majestad Luis XIV, España ha enviado al rey Carlos II un despacho del Toisón en blanco; Carlos II me lo ha transmitido llenando el blanco con mi nombre.

Mazarino se levantó, y, apoyándose en el brazo de Bernouin, entró en su alcoba en el momento en que anunciaban en el salón al señor príncipe. El príncipe de Conde, el primer príncipe de la sangre, el vencedor de Rocroy, de Lens y de Nordlinger, entraba efectivamente en el cuarto del señor Mazarino, seguido de sus gentileshombres, y ya saludaba al rey, cuando el primer ministro levantó la cortina, Athos tuvo tiempo para ver a Raúl, que estrechaba la mano del conde de Guiche, y para cambiar una sonrisa por su respetuoso saludo.

También tuvo tiempo para ver el semblante radiante del cardenal, cuando advirtió ante él, sobre la mesa, una enorme masa de oro que el conde de Guiche había ganado, por rara suerte, desde que Su Eminecia le confió las cartas. De modo que, olvidando embajador, embajada y príncipe, su primer pensamiento fue para el oro.

— ¡Cómo! —exclamó el vicio ¿Todo, esto... todo eso... le ganancia?

—Cosa como de cincuenta mil escudos; sí, monseñor —replicó el conde de Guiche levantándose—. ¿Dejo el puesto a Vuestra Eminencia o continúo?

— ¡Dejadlo, dejadlo! ¡Sois un loco, y perderíais todo lo que habéis ganado; diablo!

—Monseñor —dijo el príncipe de Condé saludando.

—Buenas noches, señor príncipe —dijo el ministro con tono ligero—; sois muy amable en hacer una visita a un amigo enfermo.

— ¡Un amigo! —murmuró el conde de la Fère viendo con estupor esa alianza monstruosa de palabras—. ¡Amigo, tratándose de Mazarino y de Condé!

El cardenal adivinó el pensamiento del frondista, porque sonrió con aspecto de triunfo y dijo en seguida al rey:

—Majestad, tengo el honor de presentaros al señor conde de la Fère, embajador de Su Majestad Británica... ¡Asunto de Estado, señores! —añadió, despidiendo con la mano a todos los que llenaban el salón, y los cuales, con el príncipe de Condé a la cabeza, eclipsáronse al gesto sólo de Mazarino.

Raúl, después de mirar por última vez al conde de la Fère, siguió al príncipe de Condé.

Felipe de Anjou y la reina parecían consultarse como para salir también.

—Asunto de familia —dijo Mazarino, deteniéndolos en sus asientos—. Este caballero que veis trae al rey una carta, en la cual Carlos II, completamente restaurado en su trono, intenta un enlace entre Monsieur, hermano del rey, y lady Enriqueta, nieta de Enrique IV... ¿Queréis entregar al rey vuestras credenciales, señor conde?

Athos permaneció un momento estupefacto. ¿Cómo podía saber el ministro el contenido de una carta que no había abandonado un instante? Sin embargo, dueño siempre dé sí mismo, entregó su despacho al rey Luis XIV, que lo tomó ruborizándose. Un silencio solemne reinó en el salón del cardenal, interrumpido tan sólo por el ruido del oro que Mazarino, con su mano seca, apilaba en un cofre, en tanto que el monarca leía.

XLI

EL RELATO

La malicia de Su Eminencia no dejaba muchas cosas que decir al embajador. No obstante, la palabra restauración impresionó al rey, que, dirigiéndose al conde, sobre el cual tenía fijos dos ojos desde su entrada:

—Señor —dijo—, ¿queréis darnos algunos detalles acerca de los asuntos en Inglaterra? Venís del país, sois francés, y las Órdenes que veo brillar en vuestra persona anuncian un hombre de mérito al mismo tiempo que de calidad.

—El caballero —dijo el cardenal volviéndose hacia la reina madre—, es un antiguo servidor de Vuestra Majestad: el señor conde de la Fère.

Ana de Austria era olvidadiza como una reina que pasó la vida entre los huracanes y los días serenos. Miró a Mazarino, cuya mala sonrisa le prometía alguna perversidad, y después solicitó una explicación de Athos por medio de otra mirada.

—El señor —prosiguió el cardenal—, era un mosquetero de Téville al servicio del difunto rey... Conoce perfectamente a Inglaterra, adonde ha hecho muchos viajes en distintas épocas; es persona del más alto mérito.

Estas palabras aludían a todos los hechos que Ana de Austria temía siempre recordar. Inglaterra era su odio a Richellieu y su afecto a Buckingham; un mosquetero de Tréville era la odisea de triunfos que hicieron, latir el corazón de la mujer joven y de los peligros que habían desarraigado a medias el trono de la joven reina.

Mucho poder tenían aquellas palabras, pues hicieron mudas y atentas a todas las personas reales, quienes, con muy diversos sentimientos, se pusieron a repasar al mismo tiempo los misteriosos años que los jóvenes no habían visto, y que los viejos habían creído para siempre olvidados.

—Hablad; caballero —ordenó Luis XIV, que fue el primero en salir de la turbación, de las sospechas y de los recuerdos.

—Sí, hablad —repitió Mazarino, a quien devolvía sus fuerzas y alegría la pequeña maldad que acababa de hacer a Ana de Austria.

—Majestad —dijo el conde—, una especie de milagro ha cambiado los destinos del rey Carlos II. Lo que los hombres no habían podido hacer hasta ahora, Dios se resolvió a llevarlo a cabo. Mazarino tosió.

—El rey Carlos II prosiguió Athos— salió de La Haya, no como fugitivo ni como conquistador, sino como rey absoluto que, después de un viaje lejos de su reino, vuelve entre las bendiciones universales.

—Gran milagro, efectivamente——dijo Mazarino—, porque si las noticias han sido exactas, el rey Carlos II, que acababa de entrar entre bendiciones, salió entre mosquetazos.

El rey permaneció impasible. Felipe, más joven y mas frívolo, no pudo dominar una sonrisa que aduló a Mazarino como un aplauso de su chanza.

—En efecto —dijo el rey—, ha sido un milagro; mas Dios, que tanto hace por los reyes, señor conde, emplea también la mano de los hombres para hacer triunfar sus designios. ¿A qué hombre, principalmente, debe Carlos II su restablecimiento?

— ¡Cómo! —murmuró el cardenal sin cuidarse para nada del amor propio del rey—. ¿No sabe Vuestra majestad que ha sido el señor Monk?

—Debo saberlo —replicó resueltamente Luis XIV—; y sin embargo, pregunto al señor embajador las causas del cambio del señor Monk.

—Y Vuestra Majestad toca precisamente la cuestión —contestó Athos—, porque sin el milagro de que he tenido el honor de hablar, el señor Monk seguiría, probablemente siendo un enemigo invencible del rey Carlos II. Dios ha querido que una idea singular, atrevida e ingeniosa cayese en el espíritu de cierto hombre, mientras que otra idea, apasionada y animosa, caía en la inteligencia de otro. La combinación de estas dos ideas causó tal cambio en la posición del señor Monk, que, de enemigo encarnizado, se convirtió en amigo del destronado rey.

—Esa es precisamente la noticia que yo pedía —dijo el rey—. ¿Quiénes son esos dos hombres de que habláis?

—Dos franceses, Majestad.

—Es cierto que eso me agrada mucho.

— ¿Y las dos ideas? —exclamó Mazarino—. Yo soy más apasionado de las ideas que de los hombres.

—Sí —dijo— el rey.

—La segunda idea, apasionada y valerosa... la menos importante, Majestad, era ir a desenterrar un millón en oro sepultado por el rey Carlos I en Newcastle, y comprar con ese oro el concurso de Monk.

— ¡Oh, oh! ——exclamó Mazarino reanimado con esta palabra millón——.Newcastle estaba precisamente ocupado por ese mismo Monk. —

——Sí, señor cardenal, y he ahí la razón por que me he atrevido a llamar animosa la idea al mismo tiempo que apasionarla. Tratábase, pues, si el señor Monk despreciaba las ofertas del negociador, de reintegrar al rey Carlos II la propiedad de ese millón, que debía

arrancarse a la lealtad y no al legalismo del general Monk. Esto se hizo, a pesar de algunas dificultades; el general fue leal y dejó que se llevasen el oro.

—Creo —dijo el rey pensativo y tímido— que Carlos II no tenía conocimiento de ese millón durante su permanencia en París.

—Me parece —repuso el cardenal maliciosamente —que Su Majestad el rey de la Gran Bretaña sabía perfectamente la existencia del millón, pero que prefería dos millones.

—Majestad —contestó Athos con firmeza—, Su Majestad el rey Carlos II se ha visto en Francia de tal manera pobre, que ni tenía dinero para tomar posta; de tal manera desnudo de esperanzas, que a veces pensó en morir. Tanto ignoraba la existencia del millón de Newcastle, que sin un caballero, súbdito de Vuestra Majestad, depositario moral del millón, y que reveló el secreto a Carlos II, aún vegetaría ese príncipe en el más cruel olvido.

—Pasemos a la idea ingeniosa, singular y atrevida —interrumpió Mazarino, cuya sagacidad se presentaba en derrota—.

— ¿Cuál era?

—Hela aquí... Siendo el señor Monk el único obstáculo al restablecimiento de Su Majestad el rey destronado, un francés pensó en suprimir ese obstáculo.

— ¡Oh! ¡Oh! ¡Ese francés es un malvado! dijo el cardenal—. Y la idea no es de tal modo ingeniosa que no haga colgar o enredar a su autor en la plaza de la Grève, por sentencia del Parlamento.

—Se equivoca Vuestra Eminencia —dijo secamente Athos—; yo no he dicho que el francés en cuestión estuviese resuelto a asesinar al señor Monk, sino a suprimirlo. Las palabras de la lengua francesa tienen un valor que conocen absolutamente los caballeros de Francia. Por otra parte, éste es un negocio de guerra, y cuando se sirve a los reyes contra sus enemigas, no se tiene por juez al Parlamento... sino a Dios. Así es que ese caballero francés imaginó apoderarse de la persona del señor Monk, y ejecutó su plan.

El rey animábase con la relación de las acciones hermosas.

El joven hermano de Su Majestad dio un puñetazo sobre la mesa exclamando:

— ¡Ah! ¡Eso es hermoso! ¿Robó a Monk? —dijo el rey—. Pero él estaba en su campamento...

—Y el caballero estaba solo, Majestad:

— ¡Soberbio! —dijo Felipe.

— ¡En efecto, maravilloso! —exclamó el rey.

— ¡Bueno! Ahí están dos leoncillos desencadenados —murmuró el cardenal.

Y con aire de despecho, dijo:

—Ignoro esos pormenores; ¿garantizáis su autenticidad, caballero?

—Con tanto más gusto, señor cardenal, cuanto que he presenciado los acontecimientos.

— ¿Vos?

—Sí, monseñor.

El rey se había acercado involuntariamente al conde; el duque de Anjou también había dado una vuelta, aproximándose a Athos por el otro lado.

— ¿Y luego, señor, y luego? —exclamaron los dos al mismo tiempo.

—Majestad, siendo cogido el señor Monk por el francés, fue llevado al rey Carlos II en La Haya. El rey devolvió la libertad al señor Monk, y el general, reconocido, dio en cambio a Carlos II el trono de la Gran Bretaña, por el cual habían combatido tantos hombres de mérito sin resultado alguno.

Felipe palmoteó, entusiasmado. Más reflexivo Luis XIV, se volvió hacia el conde la Fère:

— ¿Es verdad —dijo— en todos sus detalles?

—Absolutamente, Majestad.

— ¿Conque uno de mis gentileshombres conocía el secreto del millón y lo había guardado?

—Sí, Majestad.

— ¿El nombre de ese caballero?

—Vuestro servidor —dijo Athos.

Un murmullo de admiración llegó a henchir el corazón de Athos. El mismo Mazarino había alzado los brazos al cielo.

—Señor —dijo el rey—, buscaré y trataré de encontrar un medio para recompensaros.

Athos hizo un movimiento.

—No de vuestra probidad —prosiguió el rey—, porque os humillaría ser pagado por esto; pero os debo una recompensa por haber contribuido a la restauración de mi hermano Carlos II.

—Verdaderamente —dijo Mazarino.

—Triunfo de una buena causa, que colma de alegría a toda la casa de Francia —dijo Ana de Austria.

—Continúo —dijo Luis XIV—. ¿Es verdad también que un solo hombre haya penetrado hasta Monk, en su campamento, y que lo haya robado?

—Ese hombre tenía diez auxiliares que había encontrado en un rango inferior.

— ¿Nada más?

—Nada más.

— ¿Y se llama?

—Señor de Artagnan, en otro tiempo teniente de mosqueteros de Vuestra Majestad.

Ana de Austria ruborizóse, Mazarino se puso amarillo, Luis XIV se asombró y cayó una gota de sudor de su pálida frente.

— ¡Qué hombres! —murmuró. Y lanzó inadvertidamente al ministro una ojeada que lo hubiera espantado, si Mazarino no hubiese tenido en aquel momento oculta la cabeza bajo la almohada.

—Señor —exclamó el joven duque de Anjou, poniendo su mano, blanca y delicada como la de una mujer, sobre el brazo de Athos—, decid de mi parte a ese hombre valiente, que Monsieur, hermano del rey, beberá mañana a su salud en presencia de los cien mejores hidalgos de Francia.

Y conociendo el joven, al concluir estas palabras, que el entusiasmo le había descompuesto uno de sus puños de encaje, se ocupó en componerlo con el mayor cuidado.

—Tratemos de negocios, Majestad —interrumpió Mazarino, que ni se entusiasmaba ni tenía puños de encaje.

—Sí, señor —replicó Luis XIV—. Decid vuestra comunicación, señor conde repuso volviéndose a Athos.

Athos comenzó, en efecto, y propuso solemnemente la mano de lady Enriqueta Estuardo al joven príncipe, hermano del rey.

La conferencia duró una hora, después de la cual abriéronse las puertas de la cámara a los cortesanos, que volvieron a sus puestos, como si nada se hubiera suprimido para ellos de las ocupaciones, de aquella noche.

Athos se encontró entonces cerca de Raúl, y el padre y el hijo pudieron estrecharse la mano.

XLII

MAZARINO SE HACE PRÓDIGO

Mientras Mazarino procuraba reponerse de la fuerte alarma que acababa de tener, Athos y Raúl conversaban en un rincón de la sala. ¿Con que estáis en París, Raúl?–dijo el conde.

—Sí, señor, desde que vino el príncipe.

—No puedo conversar con vos en este sitio, donde nos observan; pero ahora mismo me marcho a casa, donde os aguardo tan pronto como os lo permita el servicio.

Raúl se inclinó. El príncipe iba derecho a ellos.

Este tenía aquella mirada clara y profunda que distingue a las aves de rapiña de especie noble, y su misma fisonomía presentaba algunos rasgos distintivos de esta semejanza. Se sabe qué el príncipe de Condé tenía la nariz aguileña; aguda e incisiva, y una frente levemente rápida, más bien baja que elevada, lo cual, según decían los huílones de la Corte; gente inexorable hasta para con el genio, constituía más bien un pico de águila que una nariz humana, en el heredero de los famosos príncipes de la casa de Condé.

Esta mirada penetrante, esta expresión imperiosa de toda su fisonomía, turbaba generalmente a aquellas a quienes el príncipe dirija la palabra, más que lo hubiera hecho la majestad o la regular belleza del vencedor de Rocroy. Además, destellaban tan rápidamente sus ojos salientes, que toda la animación del príncipe parecíase a la de la cólera. A causa, pues, de está cualidad, todo el mundo en la corte reverenciaba al señor príncipe, y no viendo muchos en él mas que al hombre, llevaban el respeto hasta el terror.

Luis de Condé se adelantó hacia el conde de la Fère y Raúl con intención de ser saludado por el uno y dirigir la palabra al otro.

Nadie saludaba con más gracia que el conde de la Fére, pues desdeñaba poner en una reverencia todos los caracteres que un cortesano toma ordinariamente del deseo de agradar. Athos conocía su valor personal y saludaba a un príncipe como a un hombre, corrigiendo con alguna cosa simpática e indefinible lo que podía molestar el orgullo del rango supremo en la inflexibilidad de su actitud.

El príncipe iba a hablar a Raúl; Athos se adelantó, y dijo:

—Si el señor vizconde de Bragelonne no fuera uno de los muy humildes servidores de Vuestra Alteza, le suplicaría que pronunciase mi nombre delante de vos... señor príncipe.

—Tengo el honor de hablar al señor conde de la Fère —dijo en seguida Condé.

—Mi protector —repuso Raúl ruborizándose.

—Uno de los hombres más virtuosos del reino —continuó el príncipe—; uno de los primeros caballeros de Francia, y del cual he oído decir tanto bueno, que a veces he deseado contarlo en el número de mis amigos.

—Honor de que no sería digno, monseñor —replicó Athos—, sino por mi respeto y por mi admiración hacia Vuestra Alteza.

—El señor de Bragelonne —dijo el príncipe—, es un excelente oficial que, como se ve, ha tenido buena escuela. Allí Señor conde, en vuestro tiempo los generales tenían soldados...

—Es cierto, monseñor; pero hoy los soldados tienen generales.

Este cumplimiento hizo estremecer de alegría a un hombre que ya toda Europa miraba como un héroe, y a quien no podía hacer ningún efecto la alabanza.

—Es muy sensible para mí —replicó el príncipe— que os hayáis retirado del servicio, señor conde; porque será preciso que el rey se ocupe de una guerra con Holanda o con Inglaterra, y no faltarían ocasiones, para un hombre como vos, que conoce tan bien la Gran Bretaña como a Francia.

—Creo poder deciros, monseñor, que he obrado cuerdamente retirándome del servicio —dijo Athos sonriendo——. Francia y la Gran Bretaña van a vivir ahora como hermanas, si he de creer en mis presentimientos.

— ¿Vuestros presentimientos?

—Escuchad, monseñor, 1o que dicen allí en la mesa del señor cardenal.

— ¿En el juego?

—En el juego... sí, monseñor.

El cardenal acababa, en efecto, de levantarse sobre un codo, y de hacer una señal al joven hermano del rey, que se acercó a él.

—Monseñor —dijo el cardenal—, os suplico que reunáis todos esos escudos de oro.

Y designaba el enorme montón de piezas amarillas y brillantes que el conde de Guiche había ganado paulatinamente en su presencia, gracias a una suerte de las más decididas.

— ¿Para mí? —exclamó el duque de Anjou.

— Si, monseñor, esos cincuenta mil escudos son para vos.

— ¿Me los dais?

— He jugado para vos, monseñor —replicó el cardenal debilitándose poco a poco, como si el esfuerzo de dar este dinero le hubiese agotado todas las facultades físicas y morales.

— ¡Oh! ¡Dios santo! —murmuró Felipe casi aturdido de alegría—. ¡Qué día tan feliz!

Y haciendo una especie, de rasero con sus dedos, reunió una parte de la suma y se llenó los bolsillos... A pesar de esto, quedó sobre la mesa más de la tercera parte.

—Caballero —dijo Felipe a su favorito el de Lorena—, venid. Acudió el favorito.

— Embolsaos el resto —dijo el príncipe.

Esta escena singular no fue considerada por ninguno de los concurrentes sino como una interesante fiesta de familia. Su Eminencia se daba aires de padre con los hijos de Francia, y los dos jóvenes príncipes habían crecido bajo sus alas. Nadie imputó, pues, a orgullo, ni aun a impertinencia, como haríase hoy, esta liberalidad del primer ministro.

Los cortesanos se contentaron con tener envidia... El rey volvió la cara a otro lado.

—Nunca he tenido tanto dinero —dijo con alegría el joven príncipe, atravesando la cámara con su favorito para llegar a su carroza—. ¡No! ¡Jamás...! ¡Cómo pesan estos cincuenta mil escudos!

— ¿Mas por qué da el señor cardenal todo ese dinero de un golpe? — preguntó en voz baja el príncipe al conde de la Fére—. ¡Debe estar muy enfermo el querido cardenal monseñor, muy enfermo sin duda; además tiene muy mala cara como puede ver Vuestra Alteza.

—Cierto... Pero se morirá de eso... ¡Ciento cincuenta mil libras! ¡Oh! Es cosa increíble: ¿Veamos por qué, conde? Buscad una razón.

—Monseñor, suplico tengáis paciencia; por aquí viene el señor duque de Anjou charlando con el caballero de Lorena; no me sorprendería que me ahorrasen ellos el trabajo de ser indiscreto. Escuchadles.

Efectivamente, el caballero decía a media, voz al príncipe:

—Monseñor, no es natural que Mazarino de tanto dinero. Tened cuidado; vais a dejar caer las monedas, monseñor: ¿Qué quiere el cardenal de vos para ser tan generoso?

—Cuando yo os lo decía —dijo Athos al oído del príncipe—; quizá den ellos la respuesta a vuestra pregunta.

—Decidme, monseñor —añadió con impaciencia el caballero, que calculaba sopesando en el bolsillo la parte de dinero que le había tocado de, rechazo.

—Querido caballero, regalo de boda.

— ¡Cómo, regalo de boda!

—Sí. ¡Me caso! —murmuró el duque de Anjou, sin advertir que en aquel mismo momento pasaba por delante del príncipe y de Athos, que le saludaron profundamente.

El caballero dirigió al joven duque una mirada tan extraña y rencorosa, que el conde de la Fère se estremeció.

— ¡Vos! ¿Vos, casares? —exclamó—. ¡Oh! Imposible... ¿Haríais tal locura?

— ¡Ba! No soy yo quien la hago; me la hacen hacer —replicó el duque de Anjou—. Ven pronto; vamos a gastar el dinero.

Y luego desapareció con su compañero, riendo y charlando, mientras todas las frentes se inclinaban a su paso.

Entonces dijo el príncipe con voz muy baja a Athos:

— ¿Es este el secreto?

—No soy yo quien lo ha dicho, monseñor.

— ¿Se casa con la hermana de Carlos II?

—Me parece que sí.

El príncipe reflexionó un momento y sus ojos lanzaron un vivo relámpago.

—Ea —dijo con lentitud, como si hablase consigo mismo—, otra vez la espada en la vaina... ¡y por mucho tiempo!

Y suspiró.

Todo lo que contenía este suspiro de ambiciones sordamente sofocadas, de ilusiones extinguidas y de esperanzas burladas, sólo Athos lo adivinó, porque sólo él oyó el suspiro.

Luego se despidió del príncipe y se marchó el rey.

Athos, con una seña que hizo a Bragelonne, le renovó la invitación hecha al principio de esta escena. . Poco a poco quedó desierta la cárnara, y el cardenal, presa de padecimientos que ya no pensaba disimular, gritó con voz apagada:

— ¡Bernouin! ¡Bernouin!

— ¿Qué quiere Vuestra Eminencia?

—Guénaud... ¡Que llamen a Guénaud! —dijo su Eminencia—; creo que voy a morir.

Bernouin, azorado, corrió al gabinete a dar la orden, 'y el picador que salió a buscar al médico cruzóse con la carroza del rey en la calle de San Honorato.

XLIII

GUÉNAUD

La orden de Su Eminencia era urgente; Guénaud no se hizo esperar.

Halló a su enfermo tendido en el lecho, con las piernas hinchadas, lívido, y él estómago comprimido. Mazarino acababa de sufrir un rudo ataque de gota. Padecía atrozmente y con la impaciencia del hombre no acostumbrado a resistencias. A la llegada de Guénaud:

— ¡Ah! —dijo¯· ¡Me ha salvado!

Guénaud esa un hombre muy sabio y prudente, que no necesitaba de las críticas de Boileau para tener reputación. Cuando estaba enfrente de la enfermedad, aunque estuviese personificada en un soberano, trataba al enfermo sin miramientos. Nada, pues, replicó, como el ministro esperaba. Por el contrario, examinando al enfermo con aire muy grave.

— ¡Oh, oh! —exclamó.

— ¿Qué es eso, Guénaud? Me asustáis.

— Vuestro mal, monseñor, es muy peligroso.

—La gota... ¡Oh! Sí, la gota.

— Con complicaciones, monseñor.

Mazarino se incorporó sobre un codo, interrogando con la mirada y con el gesto.

— ¿Cómo? ¿Estoy más malo de lo que yo ` mismo creo?

— Monseñor —dijo Guénaud sentándose junto a la cama—, Vuestra Eminencia ha trabajado en su vida; Vuestra Eminencia ha sufrido mucho.

—Mas no soy tan viejo, me parece... El difunto señor de Richelieu tenía diecisiete meses menos que yo cuando murió, y murió de enfermedad mortal. Yo soy joven, Guénaud; apenas tengo cincuenta y dos años.

— Monseñor, mucho más de eso tenéis... ¿Cuánto tiempo duró la Fronda?

— ¿Y con qué propósito me hacéis esa pregunta?

— Para un cálculo médico, monseñor.

— Unos diez años... poco más o menos.

— Perfectamente, tened la bondad de contar cada año de Fronda por tres... son treinta; veinte y cincuenta y dos son ochenta y dos años, monseñor, y ya es edad avanzada.

Diciendo esto tomaba el pulso al enfermo. Este pulso estaba lleno de tan tristes pronósticos, que el médico prosiguió al instante a pesar de las interrupciones del doliente:

Pongamos los años de Fronda a cuatro cada uno; son noventa y dos años los que habéis vivido. Mazarino púsose muy pálido y dijo con voz apagada:

— ¿Habláis seriamente, Guénaud?

— ¡Ah! Sí, monseñor.

— ¿Luego, tomáis un rodeo para anunciarme que estoy muy malo?

— A fe que sí, monseñor; y con un hombre del talento y del valor de Vuestra Eminencia no se debería andar con rodeos.

El cardenal respiró tan difícilmente que causó lástima al mismo inexorable doctor.

—Hay enfermedades y enfermedades —repuso Mazarino—. De algunas se escapa.

—Es verdad, monseñor:

— ¿No es eso? —exclamó Maza—. Sino casi alegre.

—Porque en fin, ¿de qué serviría el poder, la fuerza de voluntad?... ¿De qué aprovecharía el genio, vuestro genio, Guénaud? De qué, en fin, sirven la ciencia y el arte, si el enfermo que dispone de todo no puede salvarse del peligro?

Guénaud iba a abrir la boca, pero prosiguió Mazarino:

—Pensad en que soy el más confiado de vuestros clientes; pensad que os obedezco ciegamente, y que por tanto…

——Sé todo eso —dijo Guénaud.

— ¿Conque me curaré?

—Monseñor, no hay fuerza ni voluntad, ni poder, ni genio, ni ciencia que resistan al mal que Dios envía sin duda, o que arrojó sobre la tierra en la creación, con pleno poder de destruir y matar a los hombres. Orando el mal es mortal, mata y nadie puede impedirlo.

— ¿Mi mal... es... mortal? — pregunto Mazarino,

—Sí, monseñor:

Su Eminencia abatióse un momento, como el infeliz a quien ha magullado una columna al caer. Pero era, un alma bien templada y un espíritu muy sólido el del señor Mazarino.

——Guénaud —dijo incorporándose—, no me concederéis que apele de vuestro juicio. Quiero reunir a los hombres más sabios de Europa, quiero consultarlos... quiero vivir, en fin, en virtud de cualquier clase de remedio.

—No creáis, monseñor —dijo Guénaud—, que yo tengo a pretensión de haber fallado sólo sobre una existencia preciosa como la vuestra; he reunido a todos los buenos doctores y prácticos de Francia y de Europa... Eran doce.

— ¿Y qué han dicho7

— Han dicho que Vuestra Eminencia estaba atacado de enfermedad mortal; tengo la consulta firmada en mi cartera. Si queréis tomar conocimiento de ella, leeréis los nombres de todas las enfermedades incurables que hemos descubierto. Primero...

— ¡No! ¡No! —murmuró Mazarino rechazando el. papel—. ¡No, Guénaud, me rindo! Y un profundo silencio, durante el cual reanimábase el cardenal y reparaba sus fuerzas, sucedió a las agitaciones de esta escena.

—Hay otra cosa —murmuró Mazarino—; hay empíricos, los charlatanes. En mi país, aquellos a quieres abandonan los doctores corren a la ventura de un vendedor de brebajes, que diez veces los matan, pero que dos salvan ciento.

— ¿No ha notado Vuestra Eminencia que hace un mes he cambiado diez veces de remedios?

—Sí ¿y qué?

—Que he gastado cincuenta mil libras en comprar secretos de todos esos tunantes; la lista se ha agotado y mi bolsa también. No habéis sanado y sin mi arte estaríais muerto.

—Esto se acabó—dijo el cardenal—, se acabó...

—Y derramó en derredor suyo una mirada sombría sobre sus riquezas.

— ¡Será necesario abandonar todo esto! —dijo suspirando—. Soy muerto, Guénaud, soy muerto.

— ¡Oh! Aún no, monseñor —dijo el médico.

Mazarino le cogió la mano.

— ¿Dentro de cuánto tiempo? — preguntó clavando sus ojos extremadamente abiertos en el rostro impasible del médico.

—Monseñor, eso no se dice nunca.

—A los hombres vulgares, no; pero a mí... a mí, para quien cada minuto vale un tesoro, ¡dímelo, Guénaud, dímelo!

—No, monseñor, no.

—Lo quiero, te digo. ¡Oh! Dame un mes, y por cada uno de esos treinta días te pagaré cien mil libras.

—Monseñor —replicó Guénaud, con voz firme—. ¡Dios es quien os da los días de gracia, y no yo! Dios no os da más que quince días.

—¡Gracias, Guénaud, gracias!

El médico iba a marcharse cuando, incorporándose, le dijo con los ojos encendidos:

— ¡Silencio, silencio!

—Monseñor, hace dos meses que sé el secreto; ya veis que lo he guardado bien.

—Vete Guénaud, yo tendré cuidado de tu fortuna; vete, y dile a Brienne que me envíe a un dependiente llamado Colbert. Anda.

XLIV

COLBERT

Colbert no se encontraba lejos. Durante toda la noche había estado en un corredor charlando con Bernouin y con Brienne, y comentando, con la acostumbrada habilidad de los cortesanos, las noticias que se presentaban como burbujas, de aire sobre el agua en la superficie de cada acontecimiento. Ya es hora de trazar en pocas palabras uno de los retratos más interesantes de aquel siglo, y trazarlo con tanta verdad como quizá hubieran podido hacerlo los pintores contemporáneos. Colbert fue un hombre sobre el cual tienen igual derecho moralistas e historiadores.

Tenía trece años más que Luis XIV, su futuro amo. Era de regular estatura, más bien flaco que grueso, de ojos hundidos, cara pequeña y cabellos fuertes, negros y ralos, lo cual, como dicen los biógrafos de su época, le obligó a gastar gorro antes de tiempo. Una mirada preñada de severidad y aun de dureza; una especie de gravedad que, para los inferiores, era orgullo, y, para los superiores, afectación de virtud; ceño para todas las cosas, aun cuando estuviera sólo mirándose en un espejo; he aquí todo lo relativo al exterior del personaje. En lo moral, se exageraba la profundidad de su talento para las cuentas, su ingenio para hacer producir la misma esterilidad.

Colbert pensó obligar a los gobernadores de las plazas fronterizas a que alimentasen a las guarniciones sin soldados, de lo que sacaban de las contribuciones. Una cualidad tan hermosa proporcionó la idea al señor cardenal Mazarino de reemplazar a Joubert, su intendente, que acababa de morir, por el señor Colbert, que sabía escatimar tan peregrinamente.

Poco a poco lanzábase Colbert a la Corte, a pesar de la medianía de su nacimiento; pues era hijo de un vinatero, como su padre, que después fue pañero, y más tarde sedero.

Colbert, destinado primero al comercio, fue dependiente en casa de un mercader de Lyón, a quien abandonó para ir a París al estudio de un procurador del Châtelet, llamado Biterne. Así fue como aprendió el arte de rectificar cuentas y el más interesante de embrollarlas.

Aquel ceño de Colbert le proporcionó mucho bien; tan cierto es que la fortuna, cuando tiene un capricho parécese a esas mujeres de la antigüedad, cuya fantasía no deseaba nada en lo físico ni en lo moral de las cosas y de los hombres. Ocupado Colbert en casa de Miguel Letellier, secretario de Estado en 1648, por su primo Colbert, señor de Saint Pouange, que la favorecía, recibió un día del ministro una comisión para el señor Mazarino.

Su Eminencia el cardenal gozaba entonces de una salud perfecta, y los malos años de la Fronda, aún no se habían triplicado ni cuadruplicado para él. Estaba entonces en Sedán madurando una intriga de Corte, en la que Ana de Austria parecía querer abandonar su causa.

Letellier tenía los hilos de esta intriga.

Acababa de recibir una carta de Ana de Austria, carta muy importante para é1 y demasiado comprometida para Mazarino; pero como ya representaba el doble papel que tan bien le servía, y como siempre manejaba a dos adversarios para sacar partido de uno y de otro, ya embrollándolos más que antes lo estaban, ya reconciliándolos, Miguel Letellier quiso enviar a Mazarino la carta de Ana de Austria, a fin de que tuviese conocimiento de ella, y por tanto a fin de que le supiese agradecer un servicio tan galantemente prestado.

Enviar la carta era cosa fácil; recobrarla después de la comunicación era lo difícil. Letellier esparció la vista en derredor suyo, y viendo al dependiente negro y nacogire garabateaba en su bufete frunció el entrecejo, le prefirió al mejor gendarme pata la ejecución de su designio:

Colbert debía partir para Sedán con orden de dar la carta a Mazarino y volvérsela a traer a Letellier.

Escuchó su consigna con escrupulosa atención, se la hizo repetir dos veces, e insistió en la pregunta de saber si volver a traer era tan preciso coma entregar, a lo cual dijo Letellier:

—Más necesario.

Entonces partió, viajó como un correo sin cuidarse de su cuerpo, y entregó al cardenal, primero una esquela de Letellier que le anunciaba la remisión de la carta, y después la carta misma.

Mazarino sonrojóse mucho leyendo la carta de Ana de Austria, dejó ver su graciosa sonrisa y despidió a Colbert:

— ¿Cuándo vuelvo por la respuesta, monseñor? —dijo con humildad el mensajero.

—Mañana.

— ¿Por la mañana?

El dependiente dio media vuelta y se fue.

A las siete de la mañana siguiente ya estaba esperando en su puesto. Mazarino le hizo aguardar hasta las diez. Colbert no pestañeó en la antecámara; cuando le llegó el turno, entró.

Entonces le entregó Mazarino un paquete cerrado, en cuya cubierta iban escritas estas palabras: “Al señor Miguel Letellier, etc...

Colbert miró el paquete con mucha atención; Mazarino le hizo un gesto encantador y lo llevó hacia la puerta.

— ¿Y la carta de la reina madre, monseñor? —preguntó Colbert.

— Ahí va con todo lo demás, en el paquete —respondió Mazarino.

— ¡Ah! Muy bien —replicó Colbert.

Y, colocándose el sombrero entre las rodillas, se puso a abrir el paquete.

Mazarino dio un grito.

— ¿Qué hacéis? —preguntó brutalmente.

—Abrir el paquete, monseñor.

— ¿Desconfiáis de mí, señor mío? ¡Habráse visto semejante impertinencia!

— ¡Oh! Monseñor, no os enfadéis contra mí. No es ciertamente la palabra de Vuestra Eminencia lo que pongo en duda, ¡no lo permita Dios!

— ¿Pues qué, entonces?

—La exactitud de vuestra cancillería, monseñor. ¿Qué es una carta? Un miserable papelillo. ¿Y no puede olvidarse un papelillo? Y mirad, monseñor, ¡mirad si me equivocaba! ¡Vuestros dependientes han olvidado el papelillo; la carta no se encuentra en el paquete!

—Sois un miserable y nada habéis visto —exclamó Mazarino—. Retiraos y esperad mis órdenes.

Diciendo estas palabras con cierta sonrisa enteramente italiana, arrancó el paquete de manos de Colbert y entró en sus habitaciones.

Pero su ira no podía durar tanto que no fuese reemplazada algún día por el razonamiento.

Al abrir Mazarino todas las mañanas la puerta de su gabinete, hallaba de centinela la figura de Colbert, y esta figura desagradable le pedía humildemente, pero con tenacidad la carta de la reina madre.

El cardenal no pudo resistir más y la entregó acompañando la restitución con una reprimenda de las más duras, durante la cual Colbert se contentó con examinar, investigando y aun ajando el papel, los caracteres y la firma, ni más ni menos que si hubiese estado tratando con el mayor falsario del reino. Mazarino lo trató más duramente todavía, y Colbert, impasible, habiendo adquirido la certidumbre de que la carta era la verdadera, marchóse como si se hubiera vuelto sordo.

Esta conducta le valió después el puesto de Joubert, porque Mazarino, en vez de guardarle rencor, admiró y deseó atraerse fidelidad tan notable.

Por esta sola anécdota puede verse lo que era el espíritu de Colbert. Los acontecimientos desarrollándose poco a poco, dejaron funcionar libremente todos los resortes de ese espíritu.

Colbert no tardó mucho en insinuarse en los favores del cardenal; le llegó a ser hasta indispensable. Todas sus cuentas las llevaba el empleado, sin que el cardenal le hubiese hablado jamás de ellas. Tal secreto entre ellos dos, era un poderoso lazo, y por esta razón, próximo a verse ante el afino del otro mundo, quiso Mazarino tomar un partido y un buen consejo para disponer de lo que se veía obligado a dejar en éste.

Después de la visita de Guénaud llamó, pues, a Colbert, y le hizo sentar, diciéndole:

—Charlemos seriamente, porque estoy enfermo y podría suceder que muriera.

—El hombre es mortal —replicó Colbert.

—Siempre lo he tenido presente, señor Colbert, y siempre he trabajado con semejante previsión... Ya sabéis que he reunido algunos bienes.

—Lo sé, monseñor.

— ¿En cuánto estimáis, esos bienes, poco más o menos, señor Colbert?

—En cuarenta millones quinientas sesenta mil doscientas libras, nueve sueldos y ocho denarios —contestó Colbert.

El cardenal dio un gran suspiro y miró a Colbert con admiración; pero dejó escapar una sonrisa.

—Dinero contante —repuso Colbert respondiendo a esta sonrisa.

El cardenal se estremeció en su lecho.

— ¿Qué entendéis por eso? —preguntó.

—Entiendo —dijo Colbert—, que además de esos cuarenta millones quinientas sesenta mil doscientas libras, nueve sueldos y ocho denarios, existen otros trece millones que no se conocen.

— ¡Uf! —suspiró Mazarino—. ¡Qué hombre!

En este instante apareció en el umbral la cabeza de Bermouin.

— ¿Qué hay? —preguntó Mazarino—: ¿Por qué me interrumpen? —El padre teatino, director de Su Eminencia, ha sido llamado para esta noche, y no podrá volver hasta pasado mañana, monseñor. Mazarino miró a Colbert, que al instante tomó el sombrero diciendo:

—Volveré, monseñor.

Mazarino vaciló un momento.

—No, no —dijo—; tanto tengo que hacer con vos como con él. Además, sois mi segundo confesor, y lo que digo al uno puede oírlo el otro. Permaneced, Colbert.

—Monseñor ¿consentiría el director, aunque no haya secreto de penitencia?

—No os turbéis por eso; entrad en el hueco de la cama.

— Puedo aguardar fuera, monseñor.

—No, no, vale más que oigáis la confesión de un hombre honrado. Colbert se inclinó y pasó adonde le habían ordenado.

—Que entre el padre teatino —dijo el cardenal corriendo las cortinas.

XLV

CONFESIÓN DE UN HOMBRE HONRADO

El padre teatino entró resueltamente y sin sorprenderse mucho del ruido y movimiento que la inquietud sobre la salud de Su Eminencia habían producido en su casa.

—Venid, reverendo —dijo Mazarino después de mirar por última vez el espacio entre la cama y la pared—, venid a consolarme.

—Ese es mi deber, monseñor — replicó el teatino.

—Comenzad por sentaros cómodamente, porque voy a principiar por una confesión general; en seguida me daréis una buena absolución y me quedaré más tranquilo.

—Monseñor —dijo el reverendo—, no estáis tan malo como para que sea urgente una confesión general... Eso os molestará mucho; tened cuidado.

— ¿Suponéis que será larga, reverendo?

— ¿Cómo ha de ser de otro modo, cuando se ha vivido tan completamente como Vuestra Eminencia?

— ¡Ah! Es cierto... Sí, el relato puede ser largo.

—La misericordia de Dios es grande —gangueó el teatino.

—Mirad — dijo Mazarino—; yo mismo empiezo ya a espantarme de haber dejado pasar tantas cosas que el Señor podía reprobar.

— ¡Verdad es! —dijo cándidamente el padre teatino apartando de la luz su semblante fino y puntiagudo como el de un topo—. Así son los pecadores: primero olvidadizos, y luego escrupulosos, cuando es ya demasiado tarde.

— ¿Los pecadores? —replicó el cardenal—. ¿Me decís eso con ironía y para echarme en cara todas las genealogías que me he atribuido... yo, hijo de pescador, en efecto?

— ¡Hum! —murmuró el padre teatino.

—Ya es éste un pecado, padre; porque en, fin, he sufrido que me hicieran descender de los antiguos cónsules de Roma, T. Geganio Macerino I, Macenno II, y Pióculo Macerino III, de quienes se ocupa la crónica de Haoldér, de Macerino a Mazarino era tentadora la proximidad. Macerino, diminutivo, quiere decir delgadito. ¡Oh! Padre mío; Mazarino bien puede significar hoy en aumentativo, ¡flaco como un Lázaro! ¡Mirad!

Y le mostró sus brazos descarnados y sus piernas devoradas por la fiebre.

—Nada veo de malo para vos —repuso el teatino—, en que hayáis nacido de una familia de pescadores... pues al fin, San Pedro era pescador, y si vos sois príncipe de la Iglesia, monseñor, él fue su jefe supremo. Adelante, si os parece.

—Tanto más cuanto que amenace con la Bastilla a un tal Bounet, sacerdote de Aviñón, que quería publicar una genealogía de la Casa *Mazarini* en extremo maravillosa. . .

— ¿Para ser verosímil? —replicó el teatino.

— ¡Oh! Entonces; si hubiese obrado con aquella idea, habría vicio de orgullo... otro pecado. Sería más bien exceso de talento, y nunca se puede echar en cara a nadie ese género de abusos: pasemos a otro, pasemos.

—Estaba en el orgullo... Ya veis, reverendo, que trato de dividir esto en pecados capitales.

—Me placen las divisiones bien hechas.

—Me alegro. Es menester que sepais que en 1630, ¡hace treinta y un años!...

—Entonces teníais veintinueve, monseñor.

—Edad ardiente. Yo me convertí en soldado arrojándome en medio de los arcabuzazos para demostrar que montaba a caballo tan bien como un oficial. Cierto es que llevaba la paz a los españoles y a los franceses, lo cual disminuye un poco mi pecado.

—Yo no veo el menor pecado en demostrar que se sabe montar a caballo —repuso el teatino—; eso es de buen gusto y honra a nuestro traje. En mi cualidad de cristiano apruebo que hayáis impedido la efusión de sangre; como religioso me llena de satisfacción el valor que un colega mío ha demostrado.

Mazarino hizo con la cabeza un humilde saludo.

—Sí —dijo—; ¡mas las consecuencias!

— ¿Qué consecuencias?

—Ese maldito pecado de orgullo tiene raíces sin fin... Después que me arrojé, como he dicho, entre dos ejércitos, que husmeé la pólvora y recorrí las líneas de soldados miré a los generales con algo de lástima.

— ¡Ah!

—He aquí el mal... De suerte que, desde aquel tiempo, no he encontrado ni uno solo soportable.

—El hecho es —añadió el teatino—, que no valían mucho los generales que hemos tenido.

— ¡Oh! —exclamó Mazarino—. ¡Ahí está el príncipe! ... ¡Mucho lo he atormentado!

—No tiene por qué quejarse; bastante gloria y bienes ha adquirido.

—Pase con respecto al príncipe. ¡Pero el señor de Beaufort, por ejemplo, a quien tanto he hecho sufrir en el torreón de Vincennes!...

— ¡Ah! Pero era un rebelde, y la seguridad del Estado exigía que hicieseis tal sacrificio. Adelante.

—Creo que he agotado el orgullo. Otro pecado hay que tengo temor de calificar…

—Pues yo lo calificaré... decid.

—Un pecado muy grande, padre reverendo.

—Veremos, monseñor.

—No habréis dejado de oír hablar de ciertas relaciones que yo tuve con Su Majestad la reina madre... Los malévolos...

—Los malévolos, monseñor, son tontos. ¿No era preciso, por el bien del Estado y en interés del joven rey, que vivieseis en buena inteligencia con la reina? Pasemos, pasemos.

—Os aseguro —dijo el cardenal—, que me quitáis del pecho un peso terrible.

— ¡Fruslerías!... Buscad las cosas graves.

—También he tenido ambición, padre mío...

—Esa es la señal de las grandes causas, monseñor.

—Hasta la veleidad de la tiara...

—Ser pontífice, es ser el primero de los cristianos. ¿Por qué no habíais de desearlo?

—Han publicado en letras de molde que para conseguirlo había vendido Cambray a los españoles.

—Quizá hayáis hecho vos mismo libelos sin perseguir demasiado a los libelistas.

—Entonces, padre reverendo, tengo la conciencia muy tranquila: sólo siento algunos pecadillos ligeros...

—Decid...

—El juego.

—Es algo mundano; pero en fin, estabais obligado a tener casa por deber de grandeza.

—Quería ganar.

—No hay jugador que juegue para perder.

—Hacía algunas trampas...

—Tomabais la ventaja: Adelante.

—Pues bien, padre mío, nada absolutamente siento ya en mi conciencia. Dadme la absolución y mi alma podrá, cuando Dios la llame, subir sin obstáculos hasta el trono...

El padre teatino no movió ni los brazos ni los labios.

— ¿Qué aguardáis? —preguntó Mazarino.

—Aguardo el fin. ¿El fin de qué?

—De la confesión, monseñor.

—Pero si he concluido.

— ¡Oh! ¡No! Vuestra Eminencia se engaña.

—No, que yo sepa.

—Buscad bien.

—He buscado tan bien como es posible.

—Entonces, voy a ayudar vuestra memoria.

— ¿Cómo?

El padre teatino tosió varias veces.

—No me habéis hablado de la avaricia, otro pecado capital, ni de los millones —dijo.

— ¿Qué millones, reverendo?

—Los que poseéis, monseñor.

—Padre, ese dinero es mío; ¿por qué os he de hablar de él?

—Es que, ya veis, son contrarias nuestras opiniones. Vos decís que ese dinero es vuestro, y yo creo que algo es de otro.

Mazarino llevó una mano fría a su frente llena de sudor.

— ¿Cómo es eso? —balbuceó.

—Helo aquí. Vuestra Eminencia ha ganado muchos bienes... al servicio de Su Majestad...

— ¡Hum! Muchos... no son demasiados.

—Los que fueren, ¿de dónde venían?

—Del Estado.

—El Estado es del rey.

— ¿Pero qué sacáis de ahí, padre mío? —dijo Mazarino, que comenzaba a temblar.

—No puedo sacar nada sino una lista de los bienes que poseéis. Contemos una poca, si os place. Tenéis el obispado de Metz.

—Sí.

—Y las abadías de San Clemente, de San Arnaldo y de San Vicente, también en Metz.

—Sí.

—Tenéis la abadía de San Dionisio en Francia, soberbia propiedad.

—Sí, padre reverendo.

—Tenéis la abadía de Cluny, que es rica.

—La tengo.

—La de San Medardo, en Soissons, que vale cien mil libras de renta.

—No lo niego.

—La de San Víctor en Marsella, una de las mejores del Mediodía.

—Sí, padre reverendo.

—Un buen millón al año. Que con los emolumentos del cardenalato y del ministerio, es poco decir dos millones anuales.

— ¡Eh!

—En diez años veinte millones... y veinte millones puestos al cincuenta por ciento dan por progresión otros veinte millones en diez años.

— ¡Bien sabéis contar para ser teatino!

—Desde que Vuestra Eminencia colocó nuestra Orden en el convento que ocupamos, cerca de Saint Germain des Près, en 1644, yo soy quien hace las cuentas de la sociedad.

—Y las mías; según veo, padre mío.

—Es preciso saber un poco de todo, monseñor.

— ¡Y bien! ¿Sacáis algo ahora?

—Saco que el bagaje es demasiado voluminoso para que paséis por la puerta del paraíso.

— ¿Me condenaré?

—Si no restituir; ciertamente. Mazarino dio un grito lastimero.

— ¡Restituir! ¿Pero, a quién, buen Dios?

— ¡Al dueño de ese dinero, al rey!

— ¡Pero si es el rey quien me lo ha dado!

— ¡Un momento! ¡El rey no firma los decretos!...

Mazarino pasó de los suspiros a los gemidos.

—La absolución —dijo.

—Imposible, monseñor... Restituid, restituid —replicó el teatino.

—Pero si me absolvéis de todos los pecados, ¿por qué no de éste?

—Porque absolveros por este motivo —contestó el reverendo—, es un pecado del cual no me absolvería a mí jamás el rey, monseñor. Después de esto el confesor dejó a su penitente con cara llena de compunción, y salió lo mismo que había entrado.

— ¡Oh Dios mío! —gemía el cardenal—. Venid, Colbert; estoy muy malo, amigo mío.

XLVI

LA DONACIÓN

Colbert apareció en las cortinas.

— ¿Habéis oído? —dijo el cardenal.

— ¡Ay! Sí, monseñor.

— ¿Y tiene razón? Todo ese dinero, ¿son bienes mal adquiridos?

—Un teatino, monseñor, no es juez competente en materias de Hacienda respondió fríamente Colbert—. No obstante, podría suceder que, según sus ideas teológicas, Vuestra Eminencia hubiera cometido ciertos errores. Siempre se han cometido cuándo uno muere.

—Y el primero de todos, morir, Colbert.

—Cierto, monseñor. Pero, ¿con respecto a quién habrá encontrado en vos esos errores el padre teatino? ¿Con respecto al rey?

Su Eminencia se encogió de hombros.

— ¡Como si yo no hubiese salvado su Estado y su Hacienda!

—Eso no admite duda, monseñor.

— ¿No es cierto? Luego habré ganado muy legítimamente mi salario, a pesar de mi confesor.

—Indudablemente.

—Y podría guardar para mi familia, tan necesitada, una buena parte... y aun el todo de lo que he ganado.

—No veo inconveniente, monseñor.

—Bien seguro estaba, Colbert, de que consultándoos, me daríais un consejo sabio —replicó Mazarino muy alegre.

Colbert hizo su mueca de pedante.

—Monseñor —dijo—, bueno sería ver si lo que ha dicho el teatino es acaso un lazo.

— ¡No! Un lazo... ¿Por qué? El padre teatino es un hombre honrado.

—Ha creído que Vuestra Eminencia estaba en las puertas del sepulcro, toda vez que le había llamado para consultarle... Yo no le he oído decir: “distinguid lo que el rey os ha dado de lo qué os habéis dado a vos mismo…” Pensad bien, monseñor, si no ha dicho algo de esto; es muy de teatino la frase.

—Sería posible.

—Por tanto, monseñor, os consideraré como puesto en el caso.

— ¿De restituir? murmuró Mazarino muy sofocado.

— ¡Eh! No digo que no.

— ¿De restituirlo todo? No penséis en ello... Decís lo mismo que el confesor.

—Restituir una parte es igual que sacar la parte de Su Majestad; y esto, monseñor, puede tener sus peligros. Vuestra Eminencia es político bastante hábil para ignorar que a estas horas no posee el rey ciento cincuenta mil libras en sus arcas.

—Eso no es cosa mía —observó Mazarino triunfante—, sino del señor superintendente Fouquet cuyas cuentas os he dado a revisar estos últimos meses.

Colbert pellizcóse los labios al oír el nombre de Fouquet.

—Su Majestad —dijo entre dientes—, no tiene más dinero que el que le proporciona el señor Fouquet; vuestro dinero, monseñor, será para él un pasto muy goloso.

—En fin, no soy el superintendente de las haciendas del rey; tengo mi bolsa propia... Ciertamente que haré, por la dicha de Su Majestad, algunos legados… Pero no puedo defraudar a mi familia...

—Un legado parcial os deshonra y ofende al rey. Legar una parte al rey es confesar que esa parte os ha inspirado dudas, como no adquirida legítimamente.

— ¡Señor Colbert!

—He creído que Vuestra Eminencia me hacía el honor de pedirme un consejo.

—Sí, pero ignoráis los principales pormenores de la cuestión.

—No ignoro nada, monseñor: ya hace diez _años que paso revista a todas las columnas de guarismo que se hacen en Francia, y, si las he enclavado con gran trabajo en mi cabeza, han quedado tan fijas en ella, hasta hoy, que recitaría cifra por cifra desde los gastos del señor Letellier, que es sobrio, hasta las larguezas ocultas del señor Fouquet, que es pródigo; todo el dinero que se gasta desde Marsella a Cherbourg.

— ¡Entonces querríais que yo tirase todo mi dinero a las, arcas de Su Majestad! —exclamó ironicamente Mazarino, a quien la gota arrancaba al mismo tiempo muchos suspiros dolorosos

— Ciertamente el rey no me reprocharía nada; pero se burlaría de mí comiéndose mis millones, y tendría muchísima razón.

—Vuestra Eminencia no ha comprendido. Yo no he pretendido absolutamente que el rey debiese gastar vuestro dinero.

—Pues bien claro lo decís, me parece, aconsejándome que se lo dé.

— ¡Ah! —repuso Colbert—. Su Eminencia, absorto como está con su mal, pierde completamente de vista el carácter de Luis XIV.

— ¿Cómo es eso?

—Su carácter se parece al que monseñor confesaba ahora poco al teatino.

—Pues atreveos: es

—El orgullo. Perdón, monseñor, la dignidad quise decir. Los reyes no tienen orgullo; ésta es una pasión humana.

—El orgullo, sí, tenéis razón. ¿Qué más ... ?

—Pues bien, monseñor, si he acertado con la palabra, Vuestra Eminencia no tiene más que dar todo su dinero al rey, y pronto.

— ¿Pero por qué? —dijo Mazarino muy turbado.

——Porque el rey no aceptará el todo.

— ¡Oh! Un joven que no posee dinero y que está roído por la ambición.

—Bien.

—Un joven que desea mi muerte.

—Monseñor.

—Para heredarme, Colbert; sí, desea mi muerte para heredarme. ¡Soy tonto, muy tonto! ¡Yo evitaré eso!

Precisamente. Si la donación se hace en cierta forma, rehusará. ¡Vamos!

—Es positivo. Un joven que nada ha hecho, que arde por hacerse ilustre, que rabia por reinar solo, no tomará nada que ya esté constituido, pues todo querrá construirlo por sí mismo. Tal príncipe, monseñor, no se contentará con el Palacio Real; que lo legará el señor de Richelieu, ni con el palacio Mazarino, que tan admirablemente habéis hecho construir, ni con el Louvre, que habitaron sus progenitores, ni con Saint Germain, donde ha nacido. Todo lo que no proceda de él lo desdeñará: lo predigo.

—Y garantizáis que si doy mis cuarenta millones a Su Majestad…

—Diciéndole ciertas cosas, garantizo que rehusará.

— ¿Qué cosas son ésas?

—Yo las escribiré, si Vuestra Eminencia quiere dictármelas.

—Pero, en fin, ¿qué ventajas tiene para mí?...

—Una ventaja grandiosa. Nadie podrá acusar a Vuestra Eminencia de esa avaricia injusta que los libelistas han echado en cara al talento más brillante de este siglo.

—Tienes razón, Colbert; ve a buscar al rey de mi parte, y llévale mi testamento.

—Una donación, monseñor. ¡Pero y si aceptase! ¡Si aceptase!

Entonces, quedarían trece millones a vuestra familia, que es un bonito caudal.

—Pero serías tú un traidor o un tonto.

—No soy ni lo uno ni lo otro, monseñor. Me parece que teméis mucho que el rey acepte... ¡Oh! Temed más bien que no acepte.

—Verás: si no acepta quiero garantirle mis trece millones de reserva... sí, lo haré... sí... Mas ya me vuelven los dolores y la debilidad. . . Es que estoy muy malo, Colbert, estoy cerca de mi fin. Colbert se estremeció.

El cardenal estaba muy mal, en efecto; sudaba gruesas gotas en el lecho de dolor, y aquella palidez horrible de un rostro manando agua era un espectáculo que el médico más endurecido no hubiera soportado impasible. Colbert se conmovió mucho, sin duda, pues salió de la cámara llamando a Bermouin al lado del moribundo y entró en el corredor.

Allí, paseándose de arriba abajo con expresión meditabunda que daba nobleza a su fisonomía vulgar, con los hombros arqueados, el cuello tenso y los labios entreabiertos que dejaban escapar trozos incoherentes de pensamientos extraños, se animaba para acometer lo que meditaba, en tanto que a diez pasos de él, solamente separado por un muro, su amo se consumía en angustias que le arrancaban gritos y lamentos, no pensando ya ni en' los” tesoros de la tierra ni en la felicidad del paraíso, sino en todos los horrores del infierno.

Mientras los paños calientes, los tópicos, los revulsivos y Guénaud, a quien habían llamado al lado de Su Eminencia, funcionaban con actividad siempre creciente, Colbert,

apretando con las dos manos su enorme cabeza, para comprimir en ella, la fiebre de los planes engendraos por el cerebro, meditaba los términos de la donación que iba a hacer escribir a Mazarino en la primera hora de reposo que le concediese el mal. Parecía que todos los gritos de su Eminencia y todas las acometidas de la muerte sobre este representante del pasado, eran estimulantes para el genio de aquel pensador de pobladas cejas, que ya se volvía hacia el Oriente del nuevo sol de una sociedad regenerada.

Colbert volvió al lado del cardenal cuando se restableció un tanto la razón del enfermo, y le persuadió a que dictase una donación concebida en estos términos:

"Próximo a aparecer ante Dios, Señor de los hombres, ruego al rey, que fue mi señor en la tierra, tome los bienes que su bondad me había dado, pues mi familia será muy feliz en verlos pasar a tan ilustres manos. El inventario de mis bienes se encontrará, redactado, al primer requerimiento de Su Majestad, o en el último suspiro de su más adicto servidor.

JULIO, CARDENAL. MAZARINO." Su Eminencia firmó, suspirando. Colbert cerró el paquete y lo llevó al punto al Louvre, donde acababa de entrar el rey.

Y después volvió a su cuarto, frotándose las manos con la confianza del obrero que ha empleado bien la jornada.

XLVII

DE COMO ANA DE AUSTRIA DIO UN CONSEJO A LUIS XIV, Y EL SEÑOR FOUQUET LE DIO OTRO

La noticia de la situación en que se encontraba el cardenal se había ya propagado por todas partes, y traía al Louvre tanta gente al menos; como la noticia del matrimonio de Monsieur, hermano del rey, la cual ya se había anunciado oficialmente.

Apenas había entrado en su cámara Luis XIV, muy preocupado todavía con las cosas vistas y oídas aquella noche, cuando el ujier anunció que la misma muchedumbre de cortesanos que había acudido por la mañana a la hora de levantarse el rey, se presentaba también a la hora de acostarse, favor insigne que, durante el reinado del cardenal, la Corte, muy poco discreta en sus preferencias, había concedido al ministro sin cuidarse de no disgustar al rey:

Pero el ministro había tenido, según ya hemos dicho, un gran ataque de gota, y la marea de la adulación subía hacia el trono.

Los cortesanos tienen el maravilloso instinto de vislumbrar los acontecimientos, la ciencia suprema; son diplomáticos para adivinar los grandes desenlaces de las circunstancias críticas, capitanes para encontrar las salidas de las batallas, y médicos para curar las enfermedades.

Luis XIV, a quien su madre había enseñado este axioma, entre otros muchos, conoció que Su Eminencia el cardenal Mazarino estaba muy enfermo.

Apenas hubo Ana de Austria conducido a sus habitaciones a la reina y aliviado su frente del peso del tocado de ceremonia, volvió en busca de su hijo al gabinete; donde solo, melancólico y con el corazón lacerado, hacía pesar sobre sí mismo, como para ejecutar su voluntad, una de esas cóleras sordas y terribles, cóleras de rey, que cuando estallan son acontecimientos, y que en Luis XIV, gracias al poder asombroso que sobre sí tenía, eran tormentas tan benignas, que su más ardiente, su única cólera, la que señala Saint Simon,

sorprendiéndose, fue aquella celebre que estalló cincuenta años más tarde, a causa de una esquela del señor duque del Maine, y que tuvo por resultado una granizada de bastonazos descargada sobre las costillas de un infeliz lacayo que había robado un bizcocho.

El joven rey que, como hemos visto, era presa de una sobreexcitación dolorosa, se decía a sí propio contemplándose a un espejo:

"¡Oh rey! ¡Rey de nombre y no de hecho! ¡Fantasma! ¡Vano fantasma! Estatua inerte que no tienes otro poder que el de provocar un saludo de los cortesanos, ¿cuándo podrás levantar tu brazo de terciopelo y apretar tu mano de seda? ¿Cuándo podrás abrir, no para suspirar o sonreírte, tus labios, condenados a la inmovilidad estúpida de los mármoles de tu galería?"

Pasando entonces la mano por su frente y buscando aire, acercóse a una ventana y vio abajo algunos caballeros qué charlaban y grupos tímidamente curiosos. Estos caballeros eran una fracción de la ronda; los grupos eran los curiosos del pueblo para quienes un rey es siempre cosa digna de ver, como un rinoceronte, un cocodrilo o una serpiente. Y con la palma de la mano se dio un golpe en la frente, prorrumpiendo:

— ¡Rey de Francia! ¡Qué título! ¡Pueblo de Francia! ¡Qué masa de criaturas! Entro yo en mi Louvre, mis caballos humean todavía, y apenas he producido interés para que me miren pasar veinte personas... ¡Qué digo veinte! No, no hay veinte curiosos para el rey de Francia; no hay ni diez arqueros para guardar su casa: arqueros, pueblo, guardias; todo está en el palacio real. ¡Dios santo! Yo, el rey, ¿no tengo el derecho de pediros esto?

—Porque —lijo una voz respondiendo a la suya y que resonó del otro lado de la puerta del gabinete—, porque en el palacio real está todo el oro, esto es, todo el poder de aquel que quiere reinar.

Luis se volvió precipitadamente. La voz que acababa de pronunciar tales palabras era la de Ana de Austria. El rey se estremeció y adelantóse hacia su madre.

—Espero —dijo— que Vuestra Majestad no ha prestado atención a las vanas declamaciones que la soledad y el disgusto, familiares en los reyes, causan en los caracteres más felices.

—Yo sólo he prestado atención a una cosa, hijo mío, y es que os quejabais.

— ¡Yo! Nada de eso —repuso Luis XIV—: de veras que no; os equivocáis, señora.

— ¿Pues qué hacíais?

—Me parecía estar bajo la férula de mi profesor y desarrollaba un tema de amplificación.

—Hijo mío —replicó Ana de Austria moviendo la cabeza—, haceis mal en no fiaros de mi palabra; hacéis mal en no concederme vuestra confianza. Día llegará, y quizá está próximo, en que tendréis necesidad de recordar este axioma: "El oro es todopoderoso, y sólo son verdaderamente reyes los que son todopoderosos."

— ¿No era, pues, vuestra voluntad —dijo el rey—, vituperar a los ricos de este siglo?

—No —dijo con viveza Ana de Austria—; los que son ricos en este siglo, bajo vuestro reinado, son ricos porque vos lo habéis tenido a bien, y no alimento contra ellos ni odios ni envidias: sin duda, ellos han servido bien a Vuestra Majestad, para que Vuestra Majestad les haya permitido recompensarse. Esto es lo que quiero decir con las palabras que parece me echáis en cara.

—No, quiera Dios, señora, que jamás eche nada en cara a mi madre.

—Sin embargo —continuó Ana de Austria—, el Señor no da jamás, sino por un tiempo limitado, los bienes de la tierra. Dios ha puesto como corrosivo a los honores y riquezas, los padecimientos, las enfermedades y la muerte; y nadie —repuso Ana de Austria con dolorosa sonrisa que hacía a sí misma la aplicación del fúnebre precepto—, nadie se lleva sus bienes, y su grandeza a la tumba. De aquí resulta, que los jóvenes recogen los frutos de la mies preparada por los viejos.

Luis escuchaba con atención creciente estas palabras, acentuadas por Ana de Austria con un objeto evidentemente consolador.

— Señora —dije Luis XIV mirando fijamente a su madre—; diríase que teníais algo más que anunciarme.

—Nada absolutamente, hijo mío; pero habréis notado que el cardenal se halla muy malo esta noche.

Luis miró a su madre buscando la emoción en su voz y el dolor en su fisonomía. El semblante de Ana de Austria parecía levemente alterado; pero su sufrimiento tenía un carácter meramente personal. Tal vez era causada esta alteración por, el cáncer que comenzaba a morderle en el seno.

—Sí, señora —dijo el rey—, sí, está muy enfermo el señor cardenal.

—Y será una gran pérdida para el reino si llama Dios a Su Eminencia. ¿No pensáis de la misma manera, hijo mío? — preguntó Ana de Austria.

—Sí, señora; sería una gran, perdida para el reino —dijo Luis ruborizándose—; pero me parece que no es tan grande el peligro, y además el cardenal es joven todavía.

Apenas acababa de hablar el rey, cuando el ujier levantó la tapicería y permaneció de pie con un papel en la .mano, aguardando a que el rey le preguntase.

— ¿Qué sucede? —preguntó el rey.

—Un mensaje del señor Mazarino —respondió el ujier.

—Dadme ——dijo le rey.

Tomó el papel; pero en el instante en que iba a abrirlo sonó un gran ruido en la galería; en las antecámaras y en el patio.

— ¡Ah! ¡Ah! —exclamó Luis XIV, que sin duda reconoció este triple ruido—. ¡Decía yo que no había más que un rey en Francia! Me engañaba, hay dos.

En este momento abrióse la puerta y apareció el superintendente de Hacienda, Fouquet. Él era quien hacía aquel ruido en la galería, sus lacayos en las antecámaras, y sus caballos en el patio. Además se oía un sordo murmullo a su paso que no se extinguía hasta mucho tiempo después de haber pasado. Tal era el murmullo que Luis XIV sentía tanto no oír cuando él pasaba y morir tras de sí.

—Éste no es precisamente un rey como vos creéis —dijo Ana de Austria a su hijo—, sino un hombre muy opulento y nada más.

Al decir estas palabras, un sentimiento amargo daba a las palabras de la reina su más rencorosa expresión, mientras la frente de Luis, en cambio, tranquilo y dueño de sí mismo, estaba limpia de la más ligera arruga.

Saludó; pifies, libremente a Fouquet con la cabeza, en tanto que continuaba desplegando el papel que el ujier le entregó.

Fouquet observó este movimiento, y con una urbanidad a la vez confiada y respetuosa, se acercó a Ana de Austria para dejar en completa libertad al rey.

Luis abrió el papel, pero sin leer. Escuchaba a Fouquet hacer cumplimientos a su madre, adorablemente dedicados a su mano y su brazo.

El semblante de Ana de Austria se desarrugó y pasó casi a la sonrisa.

Fouquet conoció que el rey, en vez de leer, le miraba y escuchaba; dio una leve vuelta, siguiendo dedicado, a Ana de Austria, y se encontró cara a cara con el rey.

— ¿Sabéis, señor Fouquet —dijo el rey—, que el cardenal está muy enfermo?

—Sí, Majestad, lo sé —dijo Fouquet—; está muy enfermo, en efecto. Me hallaba en mi posesión de Vaux cuando supe la noticia, tan apremiante que todo lo abandoné.

— ¿Habéis salido de Vaux esta tarde?

—Hace hora y media, Majestad —dijo Fouquet consultando un reloj adornado de diamantes.

— ¡Hora y media! —repitió el rey bastante fuerte para sofocar su cólera, pero no para ocultar su sorpresa:

—Comprendo que Vuestra Majestad dude de mi palabra, y tiene razón; mas el haber venido así no ha sido maravilla. Me habían enviado de Inglaterra tres troncos de caballos muy vivos, según me aseguraban; los hice apostar de cuatro en cuatro leguas, y los he probado esta tarde. Han venido, efectivamente, desde Vaux al Louvre en hora y media, y ya veis que no' me habían engañado.

La reina madre sonrió con secreta envidia.

Fouquet se adelantó al mal pensamiento.

—De suerte, señora —se apresuró a añadir—, que semejantes caballos están hechos no para súbditos, sino para reyes, porque los reyes jamás deben ceder a nadie en nada.
El rey alzó la cabeza.

—Sin embargo —objetó Ana de Austria—, vos no sois rey, que yo sepa, señor Fouquet.

—Por eso, señora, los caballos sólo esperan una indicación de Su Majestad para penetrar en las caballerizas del Louvre, y si yo me he permitido probarlos, ha sido por temor de ofrecer al rey algo que no fuese una maravilla.

El rey se puso muy encarnado.

—Bien sabéis, señor Fouquet — dijo la reina—, que en la corte de Francia no hay costumbre que un súbdito ofrezca nada a su rey.

Luis hizo un movimiento.

—Yo creía, señora —dijo Fouquet muy agitado—, que mi amor a Su Majestad y mi deseo constante de agradarle servían de contrapeso a esa razón de etiqueta. Además, no era un regalo lo que me atrevía a ofrecer, sino un tributo que pagaba.

——Gracias, señor Fouquet —dijo atentamente el rey—, os agradezco la intención, porque, en efecto, me gustan mucho los buenos caballos; pero bien sabéis que no soy muy rico, lo sabéis mejor que nadie, pues sois mi superintendente de Haciendo; no puedo, por tanto, aunque quisiera, comprar un tiro tan caro.

Fouquet lanzó una mirada llena de orgullo a la reina madre, que parecía triunfar de la falsa posición del ministro, y contestó:

—El lujo es virtud de reyes, Majestad; el lujo es quien los hace parecidos a Dios; por el lujo son más que los otros hombres. Un monarca alimenta y honra a sus súbditos con el lujo. Al dulce calor de este lujo de los reyes nace el lujo de los particulares, fuente de riquezas para el pueblo. Aceptando Vuestra Majestad esos seis caballos inmejorables, pecaría de amor propio a los criadores de nuestro país, del Limosín; de la Normandía, y esa emulación sería provechosa a todos... Pero el rey calla, y por tanto, estoy condenado.

Durante este tiempo Luis XIV plegaba y desplegaba el papel de Mazarino, sobre el cual aún no había fijado los ojos. Al fin detuvo en él su vista, y exhaló un leve grito al leer la primera línea.

— ¿Qué hay, hijo mío? —preguntó Ana de Austria acercándose con viveza al rey.

—De parte del cardenal —contestó el rey continuando su lectura—. Sí, sí, no hay duda que es de su parte.

— ¿Está acaso peor?

—Leed —dijo el rey entregando el papel a su madre, como si creyese precisa la lectura para convencerla de algo tan sorprendente como lo que contenía aquel escrito.

Ana de Austria leyó a su vez. Sus ojos brillaban con vivo gozo que pretendía en vano disimular y que atrajo las miradas de Fouquet.

— ¡Oh! Una donación en regla —dijo.

— ¿Una donación? —repitió Fouquet.

—Sí —dijo el rey contestando particularmente al superintendente de Hacienda—; próximo a morir, el señor cardenal me hace donación de todos sus bienes.

—¡Cuarenta millones! —murmuró la reina.

— ¡Ah! Es un rasgo muy hermoso y va a contradecir muchos rumores malévolos; cuarenta millones reunidos lentamente, y que entran de un solo golpe y en masa en el real tesoro; quien hace esto es un súbdito leal y un verdadero cristiano.

Y fijando otra vez los ojos en el documento, lo devolvió a Luis XIV; a quien había hecho palpitar el anuncio de aquella cantidad enorme. Fouquet había dado algunos pasos atrás y callaba.

El rey lo miró, y le entregó el rollo.

El superintendente no hizo más que fijar en él por un momento su mirada altiva.

E inclinándose después, dijo:

—Sí, Majestad, una donación, ya lo veo.

—Es menester, hijo mío —dijo Ana de Austria—, contestarle al instante.

¿Y cómo, señora?

—Haciendo una visita al cardenal.

— ¡Pero si apenas hace una hora que salí del cuarto de Su Eminencia! — repuso el rey.

—Entonces; escribidle:

—Escribir —dijo el rey con repugnancia.

—Creo —añadió Ana de Austria—, que un hombre que acaba de hacer semejante regalo, bien tiene derecho a esperar que se le den las gracias con alguna presteza.

Y, dirigiéndose al superintendente:

— ¿No opináis así, señor Fouquet? —dijo.

—Sí,.señora, el regalo bien vale la pena,—observó el superintendente, con nobleza que no escapó al rey..

—Aceptad, pues, y dad las gracias —insistió Ana de Austria.

— ¿Qué es lo que dice el señor Fouquet? —preguntó Luis XIV.

— ¿Vuestra Majestad desea saber mi pensamiento?

—Dad las gracias, Majestad.

— ¡Ah! —exclamó Ana de Austria.

—Pero no aceptéis —prosiguió Fouquet.

— ¿Por qué? —preguntó Ana de Austria.

—Vos misma lo habéis dicho, señora —replicó Fouquet, porque los reyes no deben ni pueden recibir presentes de sus súbditos.

El rey permanecía silencioso entre estas dos opiniones contradictorias.

— ¡Pero cuarenta millones! —dijo Ana de Austria en el mismo tono con que la pobre María Antonieta dijo más tarde: "¡Tanto me diréis!"

Ya lo sé —dijo Fouquet—, cuarenta millones son una bonita cantidad que podría tentar aun a las conciencias regias.

—Pero, caballero —dijo Ana de Austria—, en vez de inclinar al rey a que no reciba este presente, haced notar a Su Majestad, pues obligación vuestra es, que esos cuarenta millones constituyen una fortuna.

—Precisamente, señora, porque esos cuarenta millones constituyen una riqueza, diré al rey: "Majestad, si no es decente que un rey acepte de un súbdito seis caballos de veinte mil libras, es deshonroso que deba su fortuna a otro súbdito más o menos escrupuloso en la elección de materiales que contribuyeron a la edificación de esa riqueza".

—No os sienta bien, caballero —dijo la reina Ana—, dar una lección al rey ; buscadle más bien cuarenta millones para reemplazar a los que le hacéis perder.

—El rey los tendrá cuando quiera —dijo el superintendente de Hacienda inclinándose.

—Sí, exprimiendo al pueblo —dijo Ana de Austria.

— ¡Eh! No lo ha sido, señora —contestó Fouquet—, cuando se le hacía sudar los cuarenta millones donados por esta escritura? Por otra parte, Su Majestad ha pedido mi opinión, y la doy; si pide mi concurso, será lo mismo.

—Vamos, vamos, aceptad, hijo mío —dijo Ana de Austria—; estáis por encima de rumores y de interpretaciones.

—Rehusad, Majestad —dijo Fouquet; en tanto un rey vive, no tiene más juez que su conciencia y su deseo; mas cuando muere, tiene la Posteridad que aplaude o acusa.

—Gracias, madre mía —dijo Luis saludando respetuosamente a la reina—. Gracias, señor Fouquet —dijo despidiendo cortésmente al superintendente.

— ¿Aceptáis? —preguntó otra vez la reina.

—Reflexionaré —replicó el rey mirando a Fouquet.

XLVIII
AGONÍA

El mismo día en que se enviara el donativo al rey, el cardenal se había hecho trasladar a Vincennes, adonde le siguieron el rey y la Corte. Los últimos resplandores de esta antorcha todavía despedían bastante brillo para absorber con sus rayos todos los otros fanales. El joven Luis XIV, satélite fiel de su ministro, según hemos visto ya, marchaba hasta el último momento en el sentido de su gravitación. El mal había empeorado, y ya no era aquello un ataque de gota, sino un ataque de muerte. Había, por otra parte, algo que hacía a este agonizante más agonizante aún, y era la ansiedad que provocaba en su ánimo aquella donación enviada al rey, y que al decir de Colbert debía ser devuelta y no aceptada. Su Eminencia tenía gran fe, como ya lo hemos visto, en las predicciones de su secretario; pero la suma era considerable, y cualquiera que fuese el genio de Colbert, el cardenal no podía menos de pensar alguna que otra vez que, además de él, también había podido engañarse el padre teatino, y que había por lo menos tantas probabilidades para que él se condenase como para que Luis XIV le devolviera sus millones.

Además, mientras más tardaba en volver la donación, tanto más creía Mazarino que cuarenta millones bien vale la pena de exponer algo, y, sobre todo, una cosa tan hipotética como el alma.

Mazarino, como cardenal y primer ministro, era casi ateo y completamente materialista.

Cada vez que se abría la puerta volvíase con viveza hacia ella, creyendo ver entrar allí su desventurada donación; mas engañada su esperanza, volvíase a acostar con un suspiro y le atacaba el dolor con más fuerza que antes.

También Ana de Austria había seguido al cardenal; aunque la edad hubiera hecho egoísta su corazón, no podía negarse a demostrar a este moribundo una tristeza que le debía en calidad de mujer, como dicen unos, en calidad de soberana, como dicen otros.

Por anticipado, habíase compuesto una fisonomía de duelo, y toda la Corte le imitaba. Luis, para no manifestar en el rostro lo que pasaba en su corazón, se obstinaba en permanecer confinado en su cámara, donde solamente le hacía compañía su nodriza; unas veces veía acercarse el término en que cesaría para él toda contradicción, otras se convertía en humilde y paciente, replegándose en sí mismo, como todos los hombres fuertes que tienen algún designio, para tener más medios en el instante decisivo.

La extremaunción había sido administrada en secreto al cardenal, que, fiel a sus hábitos de disimulo, luchaba contra las apariencias y aun contra la realidad, recibiendo visitas en su lecho coma si sólo estuviera atacado de un mal pasajero. Guénaud, por su parte, guardaba el más absoluto secreto; interrogado y, fatigado de investigaciones y de preguntas, sólo contestaba: “Su Eminencia está todavía lleno de juventud y de fuerza; pero Dios quiere lo que quiere, y cuando ha decidido que debe abatir al hombre, es necesario que el hombre sea abatido:”

Estas, palabras, que sembraba con una especie de discreción, de reserva y de preferencia, las comentaban dos personas con marcado interés: el monarca y el cardenal.

A pesar de la profecía de Guénaud, siempre se engañaba Mazarino, o mejor dicho, representaba tan bien su papel, que los más diestros, al decir que se engañaba, demostraban que ellos eran los engañados.

Hacía dos días que Luis no veía al cardenal, pues tenía los ojos fijos en aquella donación que tanto preocuaba a Su Eminencia, y ni sabía a punto fijo dónde estaba Mazarino. El hijo de Luis XIII, siguiendo las tradiciones paternas, había sido tan poco rey hasta allí, que aun cuando deseaba ardientemente reinar, lo quería con el horror que acompaña siempre a lo desconocido. Pero habiendo tomado su resolución, que por otra parte no comunicó a nadie, se decidió a pedir una entrevista a Mazarino. Ana de Austria, siempre asidua al lado del cardenal, fue la primera que oyó la proposición del rey y quien la transmitió al moribundo haciéndole temblar.

¿Con qué objeto pedía Luis XIV está entrevista? ¿Era para devolver, como había dicho Colbert? ¿Era para guardar, después de dar las gracias, según pensaba Mazarino? Mas como quiera que el moribundo sentía aumentarse su mal con la incertidumbre, no vaciló un instante.

—Su Majestad será bienvenido —exclamó haciendo a Colbert, sentado al pie de la cama, un signo que comprendió éste muy bien.

— Señora —continuó Mazarino—, ¿será tan bondadosa Vuestra Majestad que asegure por sí misma al rey la verdad de lo que digo?

Ana de Austria se levantó; también ella quería fijarse con respecto a los cuarenta millones, que era el sordo pensamiento de todo el mundo. Salió, y Mazarino hizo un gran esfuerzo, incorporándose hacia Colbert.

—Mira, Colbert —dijo—, han transcurrido dos días desgraciados, dos días mortales, y ya ves, nada ha venido de por allá.

—Paciencia, monseñor —dijo Colbert.

— ¡Estás loco, necio! ¡Tú me aconsejas paciencia! ¡Oh! ¡Te burlas de mí, Colbert; ves que me muero y, me dices que espere!

—Monseñor —dijo Colbert con su habitual sangre fría—, es imposible que las cosas no sucedan según he dicho. Su Majestad viene a veros, y él mismo os traerá la donación.

— ¿Tú lo crees? Pues bien, yo, por el contrario, estoy cierto de que Su Majestad viene a darme las gracias:

En aquel momento entró Ana de Austria. Al ir en busca de su hijo habíase encontrado en las antesalas con un nuevo empírico.

Tratábase de unos polvos que debían salvar al cardenal, y Ana de Austria llevaba una muestra de estos polvos

Pero no era esto lo que aguardaba Mazarino; así es que ni siquiera quiso mirarlos, asegurando que la vida no valía todos los trabajos que se tomaban por conservarla. Mas al mismo tiempo que profería este axioma filosófico, se le escapaba su secreto, largo tiempo contenido.

—Señora —dijo—, no está en eso lo interesante de la situación. Hace dos días que hice al rey una pequeña donación; hasta aquí, por delicadeza sin duda, Su Majestad no ha querido hablar; mas llega el momento de las explicaciones, y yo os suplico me le digáis qué piensa el rey sobre el particular.

Ana de Austria hizo un movimiento para responder, y Mazarino la detuvo.

— ¡La verdad, señora —dijo—, en nombre del cielo! ¡No animéis a un moribundo con una esperanza que sería vana!

Detúvose aquí, pues una mirada de Colbert le decía que iba por mal camino.

—Ya sé —dijo Ana de Austria tomando una mano del cardenal—, ya se que habéis hecho generosamente, no una pequeña, donación, como decís con tanta modestia, sino un don magnífico. Sé cuán penoso os será que el rey...

Mazarino escuchaba, moribundo y todo, como no lo hubieran hecho diez vivos.

—Que el rey... que el rey —continuó Ana de Austria— no aceptará de buen grado lo que tan noblemente le ofrecéis.

El cardenal se dejó caer sobre la almohada con toda la desesperación de un hombre que se abandona al naufragio; pero conservó todavía bastante, fuerza y presencia de espíritu para clavar en Colbert una de esas miradas que bien valen diez sonetos, es decir, diez poemas.

— ¿No es cierto —añadió la reina—, que hubierais considerado la negativa como una especie de injuria?

Mazarino hizo rodar su cabeza sobre la almohada sin proferir ni una sílaba.

La reina, se engañó, o simuló engañarse a esta demostración.

—Así es —repuso—, que he me guiado con buenos consejos; y como ciertas personas, envidiosas indudablemente de la gloria que ibais a conquistar por esa generosidad, se esforzasen en probar al rey que debía rehusar la donación, he luchado en favor vuestro, y he luchado tan bien, que creo no tendréis que sufrir este disgustó.

— ¡Ah! —murmuró Mazarino con ojos lánguidos—. ¡Ah! ¡Ese es un servicio que no olvidaré ni un minuto durante las pocas horas que me restan de vida!

—Por lo demás, debo decirlo continuó Ana de Austria—, no me ha costado poco conseguírselo a Vuestra Eminencia.

— ¡Ah! ¡Maldición! ¡Lo creo! ¡Oh!

— ¿Qué tenéis?, Dios mío.

—Me abraso.

— ¿Padecéis mucho?

—Como un maldito.

Colbert hubiera querido desaparecer bajo los entarimados.

—De suerte —prosiguió Mazarino—, que vuestra Majestad supone que el rey... —y aquí se detuvo unos segundos— que el rey vendrá para hacerme algunos cumplidos...

—Lo creo —dijo la reina.

El cardenal lanzó a Colbert, como si fuese un rayo su última mirada.

En este momento anunciaron los ujieres al rey en las antecámaras llenas de gente. Este anuncio produjo un momento de confusión, del cual aprovechóse Colbert para desaparecer por la cortecilla del hueco de la cama. Ana de Austria se levantó y esperó de pie a su hijo. Luis. XIV apareció en el umbral, con los ojos clavados en el moribundo, que ya no se tomaba el trabajo de menearse por una Majestad, de la cual pensaba que nada tenía ya que esperar.

Un ujier rodó un sillón hasta ponerlo cerca del lecho. Luis saludó, a su madre, luego al cardenal, y se sentó en seguida. La reina se sentó también.

Y como el rey mirase detrás de sí, el ujier entendió esta mirada, hizo una seña y se apartaron los cortesanos que habían permanecido a la puerta.

El silencio cayó en la cámara con las cortinas de terciopelo.

El rey, aún muy joven y tímido ante aquél que había sido su maestro desde que naciera, le respetaba más en aquella suprema majestad de la muerte, no se atrevía, pues, a entablar conversación, viendo que cada palabra debía tener un pensamiento, no, sólo sobre las cosas de este mundo, sino también sobre las del otro.

En cuanto al cardenal, sólo tenía un pensamiento en aquel momento: su donación. No era el dolor el que le daba aquel aspecto abatido y aquella mirada triste, sino esperar aquel cumplimiento que iba a salir de boca del rey y a cortarle toda esperanza de restitución.

El cardenal fue el primero qué rompió el silencio.

— ¿Ha venido Vuestra Majestad a establecerse en Vincennes?

Luis movió la cabeza.

—Es un favor precioso —continuó Mazarino— que concede a un moribundo y que hará más dulce la muerte.

—Espero —contestó el rey— que vengo a visitar, no a un moribundo, sino a un enfermo susceptible de curación,

Mazarino hizo otro movimiento de cabeza, que significaba: "Muy bondadosa es Vuestra Majestad; pero sé más que vos de esto".

—La última visita, Majestad, la íntima.

—Si así fuese, señor cardenal —dijo Luis XIV—, aún vendría nuevamente a pedir conejos a un guía a quien todo lo debo.

Ana de Austria era mujer y no pudo contener las lágrimas. El mismo Luis se manifestó muy conmovido, y Mazarino más aún que sus dos huéspedes; pero por otros motivos. Otra vez volvió el silencio; la reina enjugó sus mejillas y Luis recobró su firmeza.

—Decía —continuó el rey— que debo mucho a Vuestra Eminencia. Los ojos del cardenal devoraron al rey, porque sentía llegar el momento supremo.

—Y el principal objeto de mi visita —prosiguió— era daros gracias muy sinceras por el último testimonio de amistad que habéis tenido a bien enviarme.

Las mejillas del cardenal se pusieron cóncavas, sus labios entreabriéronse y el más lamentable suspiro que jamás se haya dado se preparó a salir de su pecho.

—Majestad —dijo—, habré despojado a mi desgraciada familia, habré arruinado a todos los míos, de lo cual pueden hacerme un cargo, pero al menos no se dirá que he rehusado sacrificarlo todo a mi rey.

Ana de Austria renovó su llanto.

—Querido señor Mazarino —dijo el rey con el tono grave que no debía esperarse de su juventud—, me habéis comprendido mal a lo que veo.

El cardenal se incorporó sobré un codo.

—Aquí no se trata de arruinar a vuestra querida familia, ni de despojar a vuestros servidores. ¡Oh, no! Nada de eso.

“Entonces, va a devolverme algo —pensó Su Eminencia—. Saquemos el mendrugo lo más grande posible.”

“El rey, se va a enternecer y a darla de generoso —pensó la reina—; no le dejemos que se empobrezca, pues no se presentará nunca semejante ocasión de fortuna.”

—Majestad —dijo en voz alta el cardenal—, mi familia es muy numerosa, y mis sobrinas van a verse privadas de todo no viviendo yo.

— ¡Oh! —se apresuró a interrumpir la reina—. No sintáis ninguna inquietud con respecto a vuestra familia; nosotros no tendremos amigos más preciosos que vuestros amigos; vuestras sobrinas serán mis hijas, hermanas de Su Majestad, y si se distribuye una gracia en Francia, será para quienes amáis.

— ¡Eso es humo! —pensó Mazarino, que comprendía mejor que nadie lo que puede sacarse de las promesas de los reyes.

Luis leyó el pensamiento del moribundo en su rostro. Tranquilizaos, querido Mazarino —le dijo can melancólica sonrisa oculta en su ironía—; las señoritas Mancini perderán su mayor bien con vuestra muerte, pero no por eso dejarán de ser las herederas más ricas de Francia, y puesto que habéis querido donarme sus dotes. .

El cardenal estaba jadeante.

—Yo se los devuelvo —prosiguió el rey Luis XIV sacando de su pecho y alargando hacia el cardenal el pergamino que contenía la donación que por espacio de dos días había producido tantas tempestades en el ánimo Mazarino.

— ¿Qué os había dicho, señor? —murmuró en el hueco de la cama una voz que pasó como un soplo.

— ¡Vuestra Majestad me devuelve mi donación!, —exclamó Mazarino, tan turbado por el regocijo, que olvidó su papel de bienhechor.

— ¡Vuestra Majestad devuelve los cuarenta millones! —exclamó Ana de Austria, tan estupefacta que olvidó su papel de afligida.

—Sí, señor cardenal; sí, señora —contestó Luis XIV, rompiendo el pergamino que aún no se había atrevido a coger Mazarino—. Sí, inutilizando este documento que expoliaba a toda la familia. Los bienes adquiridos por Su Eminencia a mi servicio son suyos y no míos.

—Pero —repuso Ana de Austria—, ¡piense Vuestra Majestad que no tiene diez mil escudos en sus arcas!

—Señora, acabo de hacer mi primera acción regia y creo que inaugurará dignamente mi reinado.

— ¡Ah! ¡Majestad, tenéis razón! —exclamó Mazarino—. Es ciertamente grande y generoso lo que acabáis de hacer.

Y miraba uno después de otro los pedazos de pergamino esparcidos sobre el lecho, para cerciorarse bien que había roto el original y no una copia.

Al fin, sus ojos se encontraron con aquel en que estaba la firma, y después que la reconoció, dejóse caer debilitado en la almohada.

Ana de Austria, sin fuerza para ocultar su disgusto, alzaba las manos y los ojos al cielo.

— ¡Ah, Majestad! —murmuró Mazarino—. ¡Ah, Majestad! ¡Seréis bendecido, Dios mío! ¡Seréis amado por toda mi familia! ¡Per Baeco! Si algún disgusto os viniese de parte de los míos, fruncid las cejas, Majestad, y salgo de mi sepulcro.

Esta fanfarronada no causó todo el efecto con que Mazarino contaba. Luis había ya pasado a consideraciones de un orden superior, y en cuanto a la reina Ana, no pudiendo soportar, sin abandonarse a la ira que sentía rugir dentro de sí, aquella magnanimidad de su hijo y aquella hipocresía del cardenal, se levantó y salió de la cámara, poco cuidadosa de manifestar así su despecho.

Todo lo adivinó Mazarino, y temiendo que Luis XIV se arrepintiese de su primera decisión, empezó a gritar para dar otra dirección a los ánimos, como más tarde debía hacerlo Scapin en aquella farsa sublime que el regañón y melancólico Boileau se atrevió a reprender a Mollière.

Sin embargo, poco a poco calmáronse los gritos, y cuando Ana de Austria salió de la cámara se extinguieron del todo.

—Señor cardenal —dijo el rey—, ¿tenéis ahora alguna recomendación que hacerme?

—Majestad —contestó Mazarino—, ya sois la misma sabiduría, la prudencia en persona, y en cuanto a generosidad, no digo, lo que acabáis de hacer excede a cuanto han hecho jamás los hombres más bondadosos de la antigüedad y de los tiempos modernos.

El rey permaneció impasible a este elogio.

— ¿De modo —dijo—, que os limitáis a darme las gracias, y vuestra experiencia, más conocida todavía que mi sabiduría, mi prudencia y mi generosidad, no os sugiere un consejo amistoso que me sirva para el porvenir?

Mazarino reflexionó un instante, y dijo:

—Mucho acabáis de hacer por mí, es decir, por los míos.

—No me habléis de eso —dijo el rey:

—Pues bien —prosiguió Mazarino—, quiero daros algo en cambio de ésos cuarenta millones que me abandonáis tan regiamente.

Luis XIV hizo un movimiento que demostraba que todas aquellas adulaciones le hacían padecer.

—Quiero —siguió diciendo Mazarino—daros un consejo; y un consejo más valioso que los cuarenta millones.

— ¡Señor cardenal! —interrumpió Luis XIV.

—Escuchad el consejo, Majestad.

—Escucho.

Aproximaos, que me debilito... Más cerca, Majestad, más cerca. El rey se inclinó sobre el lecho del moribundo.

—Majestad —dijo el cardenal en voz tan baja que, el soplo de su palabra llegó sólo como una recomendación del sepulcro a los oíos atentos del joven rey—, no tengáis jamás primer ministro.

Luis se incorporó asombrado. El consejo era una confesión. Era un tesoro, en efecto, aquella confesión sincera de Mazarino. El legado del cardenal al joven rey se componía

solamente de seis palabras; pero éstas como había dicho Su Eminencia valían cuarenta millones.

Luis permaneció un momento aturdido. En cuanto a Mazarino, parecía haber dicho algo muy natural.

—Ahora, aparte de vuestra familia —dijo el rey—, ¿tenéis alguno a quien recomendarme, señor Mazarino?

Un ligero frotamiento se escuchó en las cortinas de la cama. Mazarino comprendió.

—Sí, sí, Majestad —exclamó vivamente—; os recomiendo un hombre sabio, un hombre honrado, un hombre hábil.

—Manifestadme su nombre, señor cardenal.

—Su nombre os es casi desconocido hasta ahora, Majestad; el señor Colbert, mi intendente. ¡Oh! Valeos de él —añadió Mazarino—; todo lo que ha predicho ha sucedido; tiene buen golpe de vista y jamás se engaña ni sobre las cosas ni sobre los hombres, lo cual es más sorprendente aún. Majestad, mucho os debo, pero creo desquitarme dándoos al señor Colbert.

—Bien —dijo Luis XIV, porque como decía Mazarino, ese nombre de Colbert le era desconocido, y tomaba este entusiasmo del cardenal por delirio de agonizante.

El cardenal volvió a caer en la almohada.

—Por última vez, adiós, Majestad, adiós —murmuró Mazarino—. Estoy cansado y tengo que andar todavía un camino áspero antes de presentarme delante de mi nuevo amo... ¡Adiós, Majestad!

El rey sintió lágrimas en sus ojos. Se inclinó sobre el moribundo, ya medio cadáver, y en seguida se apartó precipitadamente.

XLIX
PRIMERA APARICIÓN DE COLBERT

La noche transcurrió entre las angustias del rey y las del moribundo; éste esperaba librarse de sus males; aquél aguardaba su libertad.

Luis no se acostó. Una hora después de su salida de la cámara de Mazarino supo que, recobrando el moribundo algunas fuerzas, se había hecho vestir, afeitar, y peinar, y que había querido recibir a los embajadores. Semejante a Augusto, consideraba sin duda al .mundo como un gran teatro y quería representar dignamente el último acto de su comedia.

Ana de Austria no volvió a presentarse en el aposento del cardenal, pues ya nada tenía que hacer en él. Las conveniencias fueron un pretexto. Por lo demás, el cardenal no preguntó por ella; el consejo que la reina diera a su hijo se le había clavado en el corazón.

A eso de media noche y muy acicalado, Mazarino entró en la agonía. Había revisado su testamento, y como éste era expresión exacta de su voluntad, y temía que una influencia interesada se aprovechase de su debilidad a fin de cambiar algunas de sus disposiciones, había dado a Colbert la consigna, y éste, paseábase en el corredor que conducía a la alcoba del cardenal como el más vigilante centinela.

Encerrado el rey en su habitación, enviaba de hora en hora a su nodriza al departamento de Mazarino, con orden de traerle el parte exacto de la salud del cardenal.

Después de haber sabido que éste se había hecho vestir, afeitar, peinar, y que había recibido a los embajadores, supo también que ya comenzaban por su alma las oraciones de los agonizantes.

A la una de la mañana había ensayado Guénaud el último remedio llamado heroico. Mazarino respiró cerca de diez minutos después de haberlo tomado, y dio orden para que se extendiese por todas partes y al momento el rumor de una crisis feliz. A esta noticia sintió el rey pasar como un sudor frío por su frente; había entrevisto el día de su libertad, y la esclavitud le parecía más triste y menos aceptable que nunca. Pero el parte que siguió cambió enteramente la faz de las cosas. Mazarino ya no respiraba del todo, y apenas repetía las oraciones que a su lado recitaba el párroco de San Nicolás de los Campos. El rey comenzó a andar con agitación en su cámara, y a consultar, al mismo tiempo que andaba, muchos papeles que había sacado de una cajita, cuya llave sólo él guardaba. Volvió por tercera vez la nodriza. Mazarino acababa de hacer un juego de palabras y de ordenar que se volviese a barnizar su Flora de Ticiano.

Finalmente, a eso de las dos de la mañana, ya no pudo el rey resistir su desfallecimiento, pues no había dormido en veinticuatro horas. .

El sueño, tan tenaz en su edad, apoderóse de él y le venció por espacio de cerca una hora; pero no se acostó, sino que durmió en su sillón. A las cuatro entró en la cámara la nodriza y lo despertó.

— ¿Qué sucede? —preguntó él.

—Mi querida Majestad —dijo la nodriza juntando las manos con aire de conmiseración—, ¡ha muerto!

El rey se levantó de un salto, como si hubiese tenido en las piernas un resorte de acero.

— ¡Muerto! —exclamó.

— ¡Ay! Sí.

— ¿Pero eso es cierto?

— ¿Oficial?

—Sí.

— ¿Se ha dado ya la noticia?

—Aún no.

—Pero, ¿quién te ha dicho que el cardenal haya muerto?

— El señor Colbert.

— ¿Y estaba él cierto de lo que decía?

—Salía de la cámara y había tenido durante unos minutos un espejo junto a los labios del cardenal.

— ¡Ah! —exclamó el rey—. ¿Y qué ha sido de Colbert?

—Acaba de salir del cuarto de Su Eminencia.

— ¿Para ir adónde?

—Para seguirme.

—De modo que está...

—Aquí, mi querida Majestad, esperando en la puerta que tengáis el gusto de recibirlo.

Luis corrió a la puerta, la abrió él mismo, y vio a Colbert en el pasillo, en pie y esperando. El rey estremecióse al aspecto de aquella estatua vestida de negro.

Colbert, saludando con profundo respeto, dio dos pasos hacia el rey. Luis entró en la cámara haciendo señas a Colbert para que le siguiera.

Colbert entró y Luis despidió a la nodriza, que cerró la puerta al salir. Colbert se paró modestamente al lado de esa puerta.

— ¿Qué venís a decirme, caballero? —dijo Luis muy turbado de ser sorprendido en su pensamiento íntimo, que no podía ocultar completamente.

—Que el señor cardenal acaba de morir, Majestad, y que os traigo su último adiós.

El rey permaneció pensativo un instante, durante el cual miró atentamente a Colbert; era evidente que recordaba el último pensamiento del cardenal.

— ¿Sois vos el señor Colbert? — preguntó.

—Sí, Majestad.

— ¿Fiel servidor de Su Eminencia, como él mismo me ha dicho?

—Sí, Majestad.

— ¿Depositario de una parte de sus secretos.

—De todos.

—Los amigos y domésticos de Su Eminencia me serán queridos, caballero, y tendré cuidado de que seáis colocado en mis oficinas:

Colbert se inclinó.

— ¿Sois financiero?

—Sí, Majestad.

— ¿Y el señor cardenal os empleaba en sus negocios?

—He tenido tal honor, Majestad.

—Pero creo que nunca hicisteis nada personalmente por mi casa.

—Dispensad, Majestad; yo soy quien tuvo el honor de dar al señor cardenal la idea de una economía que produce trescientos mil francos al año a las cajas de Su Majestad.

— ¿Qué economía, caballero?

— ¿Vuestra Majestad sabe que los cien suizos tienen encajes de plata en los dos lados de las cintas?

—Indudablemente.

—Pues bien, Majestad, yo soy quien propuso que esos encajes fuesen de plata falsa; esto parece que no es nada; mas son cien mil escudos, son la manutención de un regimiento por un semestre, o el precio de diez mil buenos mosquetes, o el importe de un buque de diez cañones dispuesto a darse a la vela.

—Es cierto —dijo Luis XIV considerando con más atención al personaje—; y es una economía muy bien hecha, pues era ridículo que los soldados llevasen el mismo encaje que los señores.

—Soy dichoso en ser aprobado por Vuestra Majestad —dijo Colbert.

— ¿Y es ése el único empleo que teníais con el cardenal? —preguntó el rey.

—También me había encargado el cardenal examinar las cuentas de la superintendencia.

— ¡Ah! —dijo Luis XIV, que ya se disponía a despedir a Colbert, pero que se detuvo al oír estas palabras—. ¡Ah! ¿Sois vos a quien el cardenal había encargado de intervenir al señor Fouquet? ¿Qué ha resultado?

—Que hay déficit; pero si Vuestra Majestad me permite...

—Hablad; señor Colbert.

— ¿Debo dar algunas explicaciones a Vuestra Majestad?

—No, caballero, vos sois quien habéis intervenido esas cuentas; dadme la suma.

—Eso será fácil, Majestad. Vacío por todas partes, dinero en ninguna.

—Cuidado, caballero; atacáis cruelmente a la administración del señor Fouquet; el cual, según he oído decir, es hombre hábil.

Colbert ruborizóse, y después se puso pálido, porque conoció que desde aquel momento entraba en lucha con un hombre cuyo poder casi igualaba al del que acababa dé morir.

—Sí, Majestad, un hombre muy hábil —repitió Colbert inclinándose.

—Pero si el señor Fouquet es un hombre hábil, y si a pesar de su habilidad falta el dinero, ¿quién tiene la culpa?

—Yo no acuso, Majestad, sino pruebo.

—Está bien; haced vuestras cuentas y presentádmelas. ¿Decís que hay déficit? Un déficit puede ser pasajero; el crédito vuelve y los fondos crecen:

—No, Majestad.

—Por éste año, quizá, lo comprendo; pero, ¿y en el próximo?

—El próximo, Majestad, está tan comido como el actual.

— ¿Y el otro año?

—Como el próximo.

— ¿Qué me decís, señor Colbert?

—Afirmo que hay cuatro años comprometidos de antemano.

—Entonces se hará un empréstito:

—Ya se han hecho tres, Majestad.

—Crearé oficios a fin de hacerlos renunciar, y se guardará el dinero de las cargas.

—Imposible, Majestad, porque ya ha habido creaciones sobre donaciones de oficios, cuyas provisiones se han entregado en blanco, de modo que los adquirentes gozan de ellos sin desempeñarlos. Por otra parte, el señor superintendente ha dado un tercio de

remisión en cada tratado, de suerte que los pueblos son exprimidos sin que se aproveche de ello vuestra Majestad.

El rey, hizo un movimiento.

—Explicadme eso, señor Colbert.

—Que Vuestra Majestad formule su pensamiento y me diga lo que desea que yo le explique.

—Tenéis razón; claridad ¿no es eso?

—Sí, Majestad; claridad. Dios es Dios, sobre todo por haber creado la luz.

—Pues bien —prosiguió Luis. XIV —, si hoy que ha muerto el señor cardenal y quedo hecho rey, quisiera, por ejemplo, tener dinero...

—Vuestra Majestad no lo tendría.

— ¡Oh! He aquí algo raro, señor. ¿Cómo no iba a encontrarme dinero mi superintendente?

Colbert sacudió su cabezota.

—Entonces —dijo el rey—, ¿tan empeñada están las rentas del Estado que ya no sean rentas?

—Sí, Majestad, hasta ese punto. El rey frunció el ceño.

—Pues entonces reuniré los libramientos para conseguir de los tenedores un descargo, una liquidación a buen precio.

—Imposible, porque los libramientos han sido convertidos en billetes, los cuales, para facilidad de transacción, están cortados en tantas partes originales que es imposible reconocer el original.

Luis, muy agitado, se paseaba de arriba abajo con el ceño siempre arrugado.

—Pues si es así como decís, señor Colbert —dijo al fin deteniéndose de pronto—, ¿estaré arruinado aun antes de reinar?

—Lo estáis, en efecto, Majestad repuso el impasible alineador de guarismos. .

—Pero, sin embargo, señor, el dinero está en alguna parte.

—En efecto, y, para empezar, traigo a Vuestra Majestad una nota, pero que me los había confiado a

— ¿A vos?

—Con prescripción de ponerlos en manos de Vuestra Majestad.

— ¡Cómo! ¿Además de 1s cuarenta millones del testamento?

— Sí, Majestad.

— ¿Aun tenía más fondos el señor cardenal?

Colbert se inclinó.

— ¡Pero ese hombre era un abismo! —murmuró el rey—. El señor Mazarino por una parte, por otra, el señor Fouquet; más de cien millones quizá entre los dos; así no me espanta que mis arcas estén vacías.

Colbert esperaba sin moverse.

— ¿Y esa suma que me traéis vale la pena? —preguntó el rey.

—La cantidad es bastante redonda, Majestad.

— ¿Asciende?

—A trece millones de libras.

— ¡Trece millones! —exclamó Luis XIV estremeciéndose de alegría—. ¿Decís trece millones, señor Colbert?

—Sí, Majestad, he dicho trece millones.

— ¿Que todo el mundo ignora?

—Que todo el mundo ignora.

— ¿Que están en vuestras manos?

—En mis manos, sí, Majestad.

— ¿Y que puedo tener?

—Dentro de dos horas.

— ¿Pues dónde se hallan?

—En la cueva de una casa que el señor cardenal poseía y que ha tenido a bien legarme por cláusula particular de su testamento.

— ¿Luego conocéis el testamento del señor Mazarino?

—Tengo una copia firmada de su mano.

— ¿Una copia?

—Sí, Majestad, hela aquí. Colbert, sacó sencillamente la escritura, de su bolsillo y la enseñó al rey, quien leyó el artículo relativo a la donación de la casa.

—Aquí sólo se trata de la casa —dijo— y en ninguna parte se menciona el dinero.

Perdón, Majestad, está en mi conciencia.

— ¿Y el señor Mazarino ha confiado en vos?

— ¿Por qué no, Majestad?

— ¿El, el hombre desconfiado por excelencia?

—No lo era conmigo, como puede ver Vuestra Majestad.

Luis fijó asombrado su mirada en aquella cabeza vulgar, pero expresiva.

—Sois un hombre honrado, señor Colbert —dijo el rey.

—Eso no es virtud, Majestad, sino deber —contestó, Colbert fríamente.

—Pero ese dinero —añadió Luis XIV—, ¿no es de la familia?

—Si fuera de la familia estaría en el testamento del cardenal, como lo demás de su fortuna. Si fuera de la familia, yo, que he redactado el acta de donación hecha en favor de Vuestra Majestad, hubiese añadido la cantidad de trece millones a la de los cuarenta que ya se os ofrecían.

— ¡Cómo! —exclamó Luis XIV—.

— ¿Sois vos quien redactó la donación, señor Colbert?

—Sí, Majestad.

— ¿Y el cardenal os quería? —repuso cándidamente el rey.

—Yo había asegurado a Su Eminencia que Vuestra Majestad no aceptaría —dijo Colbert con el mismo tono de tranquilidad que ya hemos observado, y que, aun en los negocios habituales de la vida, tenía algo de solemne.

Luis pasó una mano por su frente.

— ¡Oh! Soy joven —exclamó en voz muy baja— para mandar hombres.

Colbert aguardaba el fin de este monólogo interior, y vio a Luis que alzaba la cabeza.

— ¿A qué hora enviaré el dinero a Vuestra Majestad? —preguntó.

—Esta noche a las once. Deseo que nadie sepa lo que tengo. Colbert no respondió, como si la cosa no fuese con él

— ¿Esa suma está en barras o en oro acuñado?

—En oro acuñado, Majestad.

—Bien.

— ¿Dónde lo enviaré?

—Al Louvre; gracias, señor Colbert.

Colbert inclinóse y salió.

¡Trece millones! —exclamó Luis XIV cuando se vio solo—. ¡Es un sueño!

En seguida dejó caer la frente entre las manos, como si en efecto durmiese.

Pero al cabo de un instante alzó la cabeza, sacudió su hermosa cabellera, se levantó, y abriendo con violencia la ventana, bañó sus ardientes sienes en el aire de la mañana que le llevaba el olor acre dé los árboles, el dulce perfume de las flores.

Una aurora resplandeciente apareció en el horizonte, y los primeros rayos del sol inundaron de llamas la frente del joven rey.

—Esta aurora es la de mi reinado —murmuró Luis XIV—. ¿Es este un presagio qué me enviáis, Dios Omnipotente?

L

PRIMER DIA DEL REINADO DE LUIS XIV

La muerte del cardenal súpose por la mañana en el palacio y en la ciudad.

Los ministros Fouquet, Lyonne, y Letellier entraron en la sala de sesiones para celebrar Consejo.

El rey los mandó llamar al momento.

—Señores —dijo—, mientras vivió el señor cardenal, yo le dejé que gobernara mis asuntos; mas, al presente quiero gobernarlos yo mismo; vosotros me daréis vuestros consejos cuando yo os los pida. ¡Marchaos!

Los ministros miráronse con sorpresa, y si disimularon una sonrisa, fue con gran esfuerzo, porque sabían que el príncipe, educado en una ignorancia absoluta de los negocios, encargábase, por amor propio, de un trabajo demasiado pesado para sus fuerzas.

Fouquet se despidió de sus colegas en la escalera, diciendo:

—Señores, menos tarea para nosotros.

Y subió muy contento en su carroza.

Los otros, algo inquietos del giro que tomaban los acontecimientos, volvieron juntos a París.

El rey pasó a eso de las diez al cuarto de su madre, con la cual sostuvo una conversación muy reservada; y luego, después de cenar, subió en un coche cerrado y se fue derecho al Louvre. Allí recibió a mucha gente, y tuvo cierto placer en ir observando la vacilación de todos y la curiosidad de cada uno.

Luego mandó que se cerrasen todas las puertas del Louvre, excepto una que daba al muelle. En este lugar puso de centinela doscientos suizos que no hablaban ni una palabra en francés, con la consigna de dejar entrar todo lo que fuese fardo o cajón, pero ninguna otra cosa, y de no permitir salir nada.

A las once en punto oyó el rodar de un carro pesado, después el de otro, y en seguida el tercero; tras de lo cual giró silenciosamente sobre sus goznes la verja para cerrarse.

En seguida arañó alguien con la uña en la puerta del gabinete. El rey fue a abrir por sí mismo, y vio a Colbert, cuyas primeras palabras fueron éstas;

—El dinero está en la cueva de Vuestra Majestad.

Luis bajó entonces a visitar él mismo las barricas de monedas de oro y plata, que, gracias a las precauciones de Colbert, cuatro hombres habían hecho rodar en una cueva, cuya llave había hecho entregar el rey a Colbert aquella misma mañana. Concluida esta revista, Luis entró en su cuarto acompañado de Colbert, que no había animado su inmóvil frialdad con el más insignificante rayo de personal satisfacción.

—Caballero —le dijo el rey—, ¿qué deseáis que os dé en recompensa de vuestra adhesión y probidad?

—Nada absolutamente, Majestad.

— ¡Cómo nada! ¿Ni aun la ocasión de servirme?

—Aunque Vuestra Majestad no me proporcione esa ocasión, no par eso le serviré menos. Me es imposible no ser el mejor servidor del rey.

—Seréis intendente de Hacienda, señor Colbert.

—Mas hay un superintendente, Majestad.

—Cierto.

—Majestad, el superintendente es el hombre más poderoso del reino.

— ¡Ah! —murmuró el rey Luis ruborizándose—: ¿Creéis...?

—Me aplastará en ocho días, Majestad; por que al fin, Vuestra Majestad me da una intervención para la cuales menester fuerza. Intendente bajo un superintendente es la inferioridad.

—Queréis apoyo...

—Ya he tenido el honor de decir a Vuestra Majestad que el señor Fouquet, en vida del señor Mazarino, era el segundo personaje del reino; pero muerto ya Mazarino, el señor Fouquet se ha hecho el primero.

—Caballero, hoy consiento aún en que me digáis esas cosas; pero mañana, pensad bien en ello, ya no las sufriré.

—Entonces, ¿seré inútil a Vuestra Majestad?

—Ya lo sois, puesto que teméis comprometeros en mi servicio.

—Sólo temo no poder serviros.

— ¿Qué queréis entonces?

—Deseo que Vuestra Majestad me de ayudantes en el trabajo de la intendencia.

—La plaza desmerece:

—Pero gana en seguridad.

—Elegid, vuestros colegas.

—Los señores Breteuil, Marin y Hervad.

—Mañana aparecerá el decreto.

—¡Gracias, Majestad!

— ¿Mas eso todo lo que deseáis?

—No, Majestad; una cosa más.

— ¿Cuál?

—Dejadme componer un tribunal de justicia.

— ¿Para qué?

—Para juzgar a los arrendadores de rentas y asentistas que han malversado de diez años a esta parte.

—Pero... ¿qué se les hará?

—Se ejecutará a tres, lo cual hará vomitar a los otros.

—No puedo, sin embargo, comenzar mi reinado con ejecuciones, señor Colbert.

—Al contrario, Majestad, a fin de no concluirlo con tormentos. El rey no respondió.

— ¿Consiente Vuestra Majestad? —dijo Colbert.

—Reflexionaré, caballero.

—Será ya tarde cuando esté hecha la reflexión.

— ¿Por qué?

—Porque tenemos que habérnoslas con gente más poderosa que nosotros, si están advertidos.

—Componed ese tribunal de justicia.

—Lo compondré.

— ¿Es eso todo?

—No, Majestad; todavía hay una cosa importante... ¿Qué derechos da Vuestra Majestad a esa intendencia?

—Mas... No sé... Hay usos...

—Majestad, necesito que sea devuelto a esa intendencia el derecho de leer la correspondencia de Inglaterra. .

—Imposible, caballero, porque de esa correspondencia se despoja al consejo; el mismo Mazarino lo hacía.

—Creo que Vuestra Majestad declaró esta mañana que ya no habría Consejo.

——Sí, lo declaré.

—Entonces, lea Vuestra Majestad por sí mismo sus cartas, y sobre todo, las de Inglaterra; insisto particularmente en este punto.

—Caballero, tendréis esa correspondencia, y me daréis cuenta de ella —exclamó el rey con resolución.

—Y entonces, ¿qué tendré que hacer en la Hacienda?

—Todo lo que no haga el señor Fouquet.

—Eso es lo que yo pedía a Vuestra Majestad. Gracias, me voy tranquilo.

Marchó efectivamente al decir estas palabras, mientras Luis lo miraba. Aún no estaba Colbert a cien pasos de distancia del Louvre, cuando recibió el rey un correo de Inglaterra. Después de haber mirado y sondeado la cubierta del pliego rompióla precipitadamente, y encontró una carta del rey Carlos II.

He aquí lo que el príncipe inglés escribía a su hermano:

“Vuestra Majestad debe estar muy inquieto con la enfermedad del señor cardenal Mazarino; pero el exceso del peligro puede serviros: el señor cardenal esta condenado por su médico. Os agradezco la respuesta que habéis dado a mi comunicación con respecto a lady Enriqueta Estuardo, mi hermana, y dentro de ocho días partirá la princesa para París acompañada de su corte.

“Es muy dulce para mí reconocer la fraternal amistad que me habéis demostrado, y de llamaros más justamente aún hermano mío. Me es muy grato sobre todo el probar a Vuestra Majestad, cuánto me ocupo de lo que puede agradarle. Hacéis fortificar ocultamente a Belle Isle en Mer. Mal, hecho. Nunca tendremos guerra. Esa medida no me inquieta, pero me entristece... En eso gastáis millones inútiles: decidlo así a vuestros ministros, y creed que mi policía está bien informada; hacedme, hermano mío, los mismos servicios en llegando el caso.” El rey llamó violentamente, y su ayuda de cámara apareció.

—El señor Colbert acaba de salir de aquí, y no puede estar lejos... ¡Que le llamen!... —exclamó.

El_ ayuda de cámara iba a cumplir la orden, pero le detuvo el rey.

—No —dijo—, no... Veo toda la trama de ese hombre. Belle Isle es del señor Fouquet; Belle Isle fortificada es una conspiración del señor Fouquet. El descubrimiento de esa conspiración es la ruina del superintendente, y ese descubrimiento resulta de la correspondencia de Inglaterra; he aquí por qué quería Colbert tener esa correspondencias ¡Oh! No me es posible, sin embargo poner toda mi fuerza en ese hombre; él no es más que la cabeza, y me falta el brazo.

Luis dio de repente un alegre grito.

—Yo tenía —observó al ayuda de cámara— un teniente de mosqueteros.

—Sí, Majestad; el señor de Artagnan.

—Que ha dejado mi servicio temporalmente.

—Sí, Majestad.

—Que lo busquen, y que venga aquí mañana a la hora de levantarme.

El ayuda de cámara se inclinó y salió.

—Trece millones en mi cueva —dijo entonces el rey—; Colbert teniendo mi bolsa y Artagnan llevando mi espada.

— ¡Ya soy rey!

LI

UNA PASIÓN

Al regresar Athos del palacio real el mismo día de su llegada, entró, según ya hemos visto, en su casa de la calle de San Honorato, en la cual encontró al vizconde de Bragelonne, que le charlando con en su cuarto charlando con Grimaud.

No era cosa muy divertida hablar con el antiguo servidor; sólo dos hombres poseían este secreto: Athos y Artagnan. El primero lo conseguía porque Grimaud trataba de hacerle hablar también; Artagnan, en cambio, porque sabía hacer hablar a Grimaud.

Raúl se hallaba ocupado en hacerse contar el viaje a Inglaterra, y Grimaud lo había referido con todos sus pormenores, con cierto número de gestos y ocho palabras; ni más ni menos.

— Primeramente, había indicado con un movimiento de mano que su señor y él habían atravesado el mar.

— ¿Para alguna expedición? —preguntó Raúl.

Grimaud, bajando la cabeza, había contestado que sí.

— ¿Donde el señor conde corrió peligros?

— Grimaud se encogió de hombros, como para decir: “Ni mucho ni poco".

—Pero, ¿ni algún peligro? —insistió Raúl.

Grimaud señaló a la espada, al fuego, y a un mosquete que estaba colgado en la pared.

—Por tanto, el señor conde ¿tenía allí un enemigo? —exclamó Raúl.

—Monk —contestó Grimaud.

—Es raro —continuó Raúl— que el señor conde insista en considerarme como un novicio, y en no hacerme participar del honor o del peligro de esos encuentros. Grimaud sonrió.

En este momento volvió Athos. El huésped le alumbraba la escalera, y Grimaud, reconociendo el paso de su amo, corrió a su encuentro, lo cual cortó en seco la conversación:

Pero, Raúl habíase lanzado en vías de interrogación; así es que no se detuvo, y tomando las dos manos del conde con viva ternura, pero respetuosa, dijo:

— ¿Cómo es, señor, que os marcháis para un viaje lleno de peligros sin decirme adiós, sin pedirme el auxilio de mi espada, a mí, que .debo ser para vos un sostén, ya que tengo fuerzas; a mí, a— quien habeis educado como a un hombre? ¡Ah! ¿Conque queréis exponerme a la terrible prueba de no volver a veros nunca?

— ¿Quién os ha dicho, Raúl, que fuese peligroso mi viaje? —dijo el conde poniendo su capa y su sombrero en manos de Grimaud, que acababa de quitarle la espada.

—Yo —dijo Grimaud.

— ¿Y por qué? —dijo seriamente Athos.

— Grimaud estaba muy embarazado, y Raúl fue en su auxilio respondiendo por él.

—Es muy natural, señor, que este buen Grimaud me manifieste la verdad en lo que os concierne. ¿Por quién seréis amado y sostenido sino por mí?

Athos no respondió. Hizo un gesto amigable que apartó a Grimaud, sentándose luego en un sillón, mientras Raúl permanecía delante y en pie.

—Siempre tendremos —continuó Raúl— que vuestro viaje era una expedición... y que el hierro y el fuego os han amenazado.

—No hablemos más de eso —dijo Athos dulcemente—; salí de repente, es verdad; pero el servicio del rey Carlos II exigía tan pronta marcha. Os doy las gracias por vuestra inquietud; sé que puedo contar con vos... ¿No os a hecho falta nada durante mi ausencia, vizconde?

—No, señor; gracias.

—Ordené a Blaisois que os entragará cien doblones en cuanto los necesitaseis.

—Señor, yo no he visto a Blaisois.

—Entonces, ¿os habéis pasado sin dinero?

—Me restaban treinta doblones de la venta de los caballos que tomé para mi última campaña, y además, el señor príncipe tuvo la bondad de hacerme ganar doscientos en el juego hace tres meses.

— ¿Jugáis?... No me gusta eso, Raúl.

—Jamás juego, señor; el príncipe me ordenó que llevase sus cartas en Chantilly... una noche que recibió un correo del rey; yo obedecí, y me mandó el príncipe que me quedara con la ganancia de la partida.

— ¿Es esa una costumbre de la casa, Raúl? —dijo Athos frunciendo el ceño.

—Sí, señor. Todas las semanas hace el señor príncipe tal obsequio a uno de sus caballeros. Hay cincuenta en casa de Su Alteza, y aquella vez me tocó el turno.

—Bien., ¿con que fuisteis a España?

—Sí, señor, hice— un viaje muy placentero e interesante.

— ¿Y hace un mes que habéis vuelto?

—Sí, señor.

—Y en ese mes, ¿qué habéis hecho?

—Mi servicio, señor.

— ¿No habéis estado en mi casa de la Fére?

Raúl se ruborizó. Athos le miró con ojos fijos:

—Haréis mal en no creerme—dijo Raúl—; conozco que me ruborizo, pero es a pesar mío. La pregunta que me hacéis el honor de dirigirme es de tal naturaleza, que causa en mí muchas emociones. Me ruborizo porque estoy conmovido, mas, no porque mienta.

—Ya sé, Raúl; que no mentís nunca.

—No, señor.

—Pero, además, hacéis mal en eso; lo que yo quería deciros...

—La sé muy bien, señor; queríais preguntarme si yo no había estado en. Blois.

—Precisamente.

—No he ido, ni todavía he visto a la persona de quien queréis hablarme.

La voz de Raúl temblaba al decir estas palabras. Athos, soberano juez en toda delicadeza, añadió al momento:

—Raúl, me respondéis con sentimiento penoso; veo que sufrís.

—Mucho, señor; me habéis prohibido ir a Blois y volver a ver a la señorita de La Vallière.

Aquí detúvose el joven; este dulce nombre, tan, encantador de pronunciar, desgarraba su corazón, acariciando sus labios.

—Y he hecho bien, Raúl —se apresuró a decir Athos—. No soy un padre bárbaro ni injusto; respeto el verdadero amor; mas pienso para vos en un porvenir... en un inmenso porvenir: Un nuevo reinado va a lucir como una aurora, y la guerra llama al joven rey, lleno de espíritu caballeresco. . Lo que necesita ese ardor heroico, es un batallón de oficiales jóvenes y libres que corran a los hechos con entusiasmo y caigan gritando: ¡Viva el rey! en vez de exclamar: ¡adiós, esposa mía!... Ya comprendéis esto, Raúl. Por más cruel que parezca mi razonamiento, os conjuro a que me creáis y a que no volváis vuestras miradas hacia aquellos primeros días de juventud en que adquiristeis la costumbre de amar, días de muelle abandono que conmueven el corazón y le hacen incapaz de contener esos licores fuertes y amargos que se llaman gloria y adversidad. Repito, Raúl, que veáis en mi consejo el solo deseo de seros útil, la sola ambición de veros prosperar. Os considero capaz de llegar a ser un hombre notable; caminad solo, y caminaréis mejor y con mas prontitud.

—Habéis mandado, señor — replicó Raúl—, y yo obedezco.

— ¡Mandado! —murmuró Athos. ¿Es así como me respondéis? ¿Yo os he mandado? ¡Oh! Trastornáis mis palabras. ¡Cómo desconocéis mis intenciones! Yo no he manda do, he suplicado.

—No, señor, habéis mandado —replicó Raúl con terquedad—Pero aunque no hubierais hecho sino una súplica, esa súplica habría sido más eficaz que una orden. Yo no he vuelto a ver a la señorita de La Vallière.

— ¡Pero sufrís! ¡Sufrís! —exclamó Athos.

Raúl no respondió.

—Os encuentro pálido, y os veo triste... ¿Tan fuerte es ese sentimiento?

—Es una pasión —repuso Raúl. —No una costumbre señor, ya sabéis que he viajado mucho y que he pasado dos años lejos de ella. Me parece que toda costumbre puede romperse en dos años. Pues bien, a mi vuelta la amaba, no más, porque eso es imposible, pero sí lo mismo. La señorita de La Vallière es para mí la compañera por excelencia; mas vos sois para mi dios en la tierra... y todo lo sacrificaré a vos.

—Haríais mal —dijo Athos—; yo no tengo ya ningún derecho sobre vos. La edad os ha emancipado y no tenéis necesidad de mi consentimiento. Además, yo no negaré ese consentimiento después de todo lo que acabáis de decirme. Casaos, pues, con la señorita de La Vallière, si gustáis.

Raúl hizo un movimiento, y dijo:

—Sois bondadoso, señor, y vuestra concesión me llena de reconocimiento; mas no aceptaré.

— ¡Con que ahora rehusáis!

— ¡Sí, señor!

—Nada os echaré en cara, Raúl. Pero tenéis en lo profundo del corazón un sentimiento contra ese matrimonio; no sois vos quien me lo ha escogido.

—Es verdad.

—Eso basta para que no insista; esperaré.

—Cuidado, Raúl; lo que decís es muy grave.

—Lo sé muy bien, señor; esperaré, os digo.

— ¿A que yo muera? —dijo Athos muy conmovido.

— ¡Oh, señor! —murmuró Raúl con lágrimas en los ojos—. ¡Es posible que de este modo me desgarréis el corazón, a mí, que no os he dado ningún motivo de queja!

—Es cierto, hijo querido —murmuró Athos, apretando violentamente los labios para reprimir la emoción de que ya no era dueño—. No, no quiero afligiros. . . sino que no he comprendido lo que esperaréis... ¿Será, quizá, a que no améis ya?

— ¡Ah! No, señor, esperaré, a que mudéis de, opinión.

—Quiero hacer una prueba, Raúl; ver si la señorita de La Vallière espera como vos.

—Así lo creo, señor.

—Cuidado, Raúl. ¿Y si no aguardase ella? ¡Ah! Sois tan joven, tan confiado, tan fiel... Las mujeres son variables.

—Nunca me habéis hablado mal de las mujeres, señor; jamás habéis tenido de qué quejaros de ellas; ¿por qué quejarse ahora con respecto a la señorita de La Vallière?

—Es cierto —dijo Athos bajando los ojos—; jamás os he hablado mal de las mujeres; jamás he tenido por qué quejarme de ellas; jamás me ha motivado una sospecha la señorita de La Vallière; pero, cuando se prevé, es necesario ir hasta las excepciones, hasta las improbabilidades. Por eso os he hablado de si la señorita de La Vallière os esperaría.

— ¿Cómo puede ser eso, señor?

—Volviendo los ojos a otra parte.

— ¿Sus miradas a otro hombre, queréis decir?—dijo Raúl pálido de angustia.

—Eso es.

— Bien: entonces mataría a ese hombre —dijo seriamente Raúl—, y a todos los hombres a quienes escogiese la señorita de La Vallière, hasta que uno de ellos me matase a mí o hasta que la señorita de La Vallière me hubiera entregado su corazón.

Athos palideció.

—Creía —contestó con voz sorda—, que no ha mucho me llamabais vuestro dios, vuestra ley en el mundo.

— ¡Oh! —exclamó Raúl temblando—. ¿Me prohibiríais el duelo?

— ¿Y si lo prohibiese, Raúl?

—Me prohibiríais esperar, señor, y por consecuencia no me prohibiríais morir.

Athos alzó los ojos sobre el vizconde, porque había pronunciado estas palabras con inflexión sombría y acompañadas de una mirada sombría también.

—Basta —dijo Athos después de un largo silencio—, basta ya de este enojoso asunto, en el cual exageramos ambos. Dejad correr días y días, Raúl; haced el servicio; amad a la señorita de La Vallière; en fin, obrad como un hombre, pues tenéis edad de tal, pero no olvidéis que os amo tiernamente y que vos pretendéis amarme.

— ¡Ah, señor conde! —murmuró Raúl apretando fuertemente la mano de Athos contra su corazón.

—Bien, amigó mío, dejadme, tengo necesidad de reposo. A propósito, el señor de Artagnan ha vuelto de Inglaterra conmigo, y le debéis una visita.

—Iré a verlo, y con mucho gusto, pues quiero mucho al señor de Artagnan.

—Tenéis razón; es un hombre honrado y un valiente caballero:

— ¡Que os ama! —dijo Raúl.

—Estoy cierto de ello... ¿Sabéis dónde vive?

—Eh el Louvre, en el Palacio Real, donde quiera que esté el rey, ¿No manda los mosqueteros?

—Por el momento, no, porque está con licencia descansando.... No lo busquéis, pues, en los puestos de su antiguo servicio; tendréis noticias suyas en casa de un tal señor Planchet.

— ¿Su antiguo lacayo? —convertido ahora en abacero.

— ¿Calle de los Lombardos, número 9?

—Una cosa así... o calle de Arcis.

—Buscaré, buscaré.

—Le diréis mil cosas en mi nombre, y lo traeréis a comer conmigo antes que me marche a la Fére.

—Bien, señor.

—Adiós, Raúl.

—Señor, veo en vos una Orden que no os conocía, recibid mis parabienes.

— ¡El Toisón! ... Es cierto… Un juguete, hijo mío, que ya no entretiene a un viejo niño como yo... Buenas noches, Raúl.

LII
LA LECCIÓN DE ARTAGNAN

Raúl no encontró al día siguiente, como esperaba, al señor de Artagnan; sólo halló a Planchet, cuya satisfacción fue muy viva al ver de nuevo a aquel joven, saludado con dos o tres cumplidos guerreros no muy propios de un abacero. Pero cuando Raúl regresaba de Vincennes aquella mañana, conduciendo cincuenta dragones que le había confiado el príncipe, vio, en la plaza Baudoyer, a un hombre que, fijamente, miraba una casa como, se mira un caballo que se desea comprar.

Aquel hombre, vestido con traje de paisano, abotonado como un jubón militar, calado un sombrero muy chico, y llevando al costado una larga espada, volvió la cabeza tan pronto como oyó el paso de los caballos y dejó de contemplar la casa para mirar a los dragones.

Aquel hombre era el señor de Artagnan; Artagnan a pie, Artagnan con las manos a la espalda, que pasaba revista a los dragones después de haberla pasado a los edificios. Ni un hombre, ni una correa, ni un casco de caballo se escapó a su inspección.

Raúl iba al lado de la tropa, y Artagnan lo distinguió el último.

— ¡Eh! ¡Eh! ¡Vive Dios! —dijo.

— ¿No me equivoco? —dijo Raúl deteniendo su caballo.

—No, no te engañas. ¡Buenos días! —contestó el antiguo mosquetero.

Y Raúl estrechó emocionado las manos de su viejo amigo.

—Ten cuidado, Raúl —dijo Artagnan—; el segundo caballo de la quinta fila queda desherrado antes de llegar al puente María; solamente tiene dos clavos en la mano derecha.

— Esperadme —dijo Raúl—, vuelvo.

— ¿Dejas tu destacamento?

—Ahí se halla el abanderado para reemplazarme.

— ¿Vienes a comer conmigo?

—Con mucho gustó, señor de Artagnan.

—Entonces, anda pronto; deja el caballo o procura que me den uno.

—Mejor quiero ira pie con vos. Raúl corrió a avisar al abanderado, que ocupó su lugar; luego, echó pie a tierra, dio su caballo a uno de los dragones, y, muy contentó, cogió el brazo de Artagnan, que lo contemplaba después de todas estas evoluciones con la satisfacción de un conocedor.

— ¿De modo que vienes de Vincennes? —1e dijo.

—Sí, señor caballero...

— ¿Y el cardenal?...

—Está muy enfermo, y hasta afirman que ha muerto.

— ¿Estáis a bien con el señor Fouquet? —preguntó Artagnan, demostrando con un desdeñoso movimiento de hombros que la muerte del cardenal no le afectaba demasiado.
— ¿Con el señor Fouquet? —dijo Raúl—. No le conozco.

—Tanto peor, porque un nuevo rey busca siempre hacerse de criaturas suyas.

—i Oh! El rey no me quiere mal. Yo no te hablo de la corona —replicó Artagnan—, sino del rey... El rey es el señor Fouquet, ahora que ha muerto el cardenal... Se trata de estar a buenas con el señor Fouquet, si no quieres enmohecerte toda la vida, como a mí me ha sucedido... Cierto es que tienes otros protectores, felizmente. El príncipe el primero.

—Ese está gastado, gastado, amigo' mío.

— ¿Y el conde de la Fère?

— ¡Athos! ¡Oh! Eso es distinto; sí, Athos. . . Y si quieres hacer un buen viaje a Inglaterra a nadie puedes dirigirte mejor. Y aun te diré, sin mucha vanidad, que yo mismo tengo algún crédito en la Corte de Carlos II. ¡Ese sí que es un monarca!

— ¡Ah! —dijo Raúl con la cándida curiosidad de los jóvenes bien pacidos que oyen hablar a la experiencia y al valor.

—Sí, un rey que se divierte, es cierto; pero que también ha sabido poner mano a la espada y apreciar a los hombres útiles. Athos goza de influencia con Carlos II. Tómame dé servicio, para eso, y abandona a los tunantes traficantes que lo mismo roban con manos francesas como con dedos italianos; deja también a esté rey llorón que va a darnos un reinado, de Francisco II. ¿Sabes historia, Raúl?

—Sí, caballero.

—Entonces, sabrás que Francisco II tenía siempre mal de oídos...

— No, no lo sabía.

— Que Carlos IX tenía siempre dolor de cabeza...

—Y Enrique III siempre mal de vientre.

Raúl echóse a reír.

—Pues bien, mi querido amigo, Luis XIV siempre tiene enfermo el corazón; es deplorable ver que un rey suspire por la mañana y por la noche, y que no diga una vez al día: “¡voto a tal!” o “¡diantre!” En fin, algo que anime.

— ¿Y es por eso, señor caballero, por lo, que habéis dejado el servicio? —preguntó Raúl.

—Ciertamente.

—Pero, vos mismo, señor de Artagnan, echáis la soga tras el caldero; no haréis fortuna, no.

— ¡Oh! Lo que es yo —contestó Artagnan con tono ligero—, ya estoy asegurado. Poseía algunos bienes de familia.

Raúl lo miró porque era proverbial la pobreza de Artagnan. Gascón como era, encarecía por la mala suerte todas las gasconadas de Francia y de Navarra; Raúl había oído nombrar cien veces a Job y Artagnan, como se nombra a los gemelos Rómulo y Remo.

Artagnan sorprendió esta mirada de sorpresa.

—Además, tu padre te habrá dicho que he estado en Inglaterra

—Sí, señor.

—Y que tuve allí un encuentro afortunado…

—No, señor; ignoraba eso.

—Sí, uno de mis buenos amigos, un gran señor, el virrey de Escocia y de Irlanda, me ha hecho hallar una herencia.

— ¿Una herencia?

—Y bastante regular.

— ¿De suerte que sois rico?

— ¡Psch!...

—Os doy la más cordial enhorabuena.

—Gracias... Ahí tienes: mira mi casa.

— ¿En la plaza de la Greve?

—Sí. ¿No te gusta ese barrio?

—Al contrario: el agua es muy hermosa de ver...

— ¡Oh! ¡Una casa antigua muy linda!

—La Imagen de Nuestra Señora es una taberna antigua que he transformado en casa hace dos días.

— ¿Pero la taberna sigue abierta?

— ¡Pardiez!

— ¿Y vos, dónde habitáis?

—Yo, en casa de Planches.

—Como me dijisteis ahora poco: "mira mi casa..."

—Lo dije porque es mía; efectivamente... La he comprado.

— ¡Ah! —dijo Raúl.

— ¡Oh! ¡Mi querido Raúl, un negocio soberbio! He comprado la casa en treinta mil libras, tiene un hermoso jardín que da a la calle de la Mortellerie; la taberna se arrienda en mil libras con el piso principal; el granero o segundo piso, quinientas libras.

— ¡Cómo!

—Sin duda.

— ¿Un granero quinientas libras? ¡Pero un granero no es habitable!

—Por eso no lo habita nadie; pero ya ves que ése granero tiene dos ventanas que dan a la plaza.

—Sí, señor.

—Pues bien, siempre que enruedan, que ahorcan, que descuartizan o que queman a alguien, ¡se alquilan las dos ventanas hasta por veinte doblones!

— ¡Oh! —dijo Raúl estremecido.

— ¿Es desagradable, verdad? — dijo Artagnan.

— ¡Oh! —repitió Raúl.

—Esto es desagradable, mas es un hecho... Estos lobos parisienses son en ocasiones verdaderos antropófagos. No concibo que hombres cristianos puedan hacer tales especulaciones.

—Es cierto.

— Por lo que a mí respecta —continuó Artagnan—, si yo habitase esta casa, cerraría en los días de ejecución hasta los agujeros de las .cerraduras; pero no la habito.

— ¿Y arrendáis en quinientas libras ese granero?

—Al feroz tabernero, que lo subarrienda a su vez... Decía, pues, mil quinientas libras.

—El interés natural del dinero.

—Cierto. Y me queda, además, el cuerpo de casa del fondo: almacenes, viviendas y cuevas inundadas cada invierno, doscientas libras; y el jardín, que es muy hermoso, muy bien plantado, muy escondido bajo los muros y la sombra de la fachada de San Gervasio y San Protario, mil trescientas libras.

— ¡Mil trescientas libras! Eso es soberbio.

—He aquí la historia: yo supongo a un canónigo cualquiera de la parroquia (estos canónigos son unos Cresos); supongo, pues, un canónigo que alquila el jardín para solazarse en él. El inquilino ha dicho que se llama señor Godard. Este es un nombre verdadero p falso; si verdadero, es un canónigo; si falso, cualquier desconocido. ¿Por qué he de conocerlo? Siempre paga adelantado. Ahora poco cuando te encontré, tenía la idea de comprara una casa en la plaza. Baudoyer que se juntara por detrás con mi jardín y formase una propiedad magnífica. Tus dragones me distrajeron de mi idea. Ea, tomemos la calle de la Cestería; y vamos derechos a casa de maese Planchet.

Artagnan aceleró el paso y condujo, en efecto, a Raúl a casa de Planchet, a una sala que el abacero destinaba. a su antiguo señor. Planchet había salido, pero estaba servida la mesa. En casa del abacero subsistía un resto de la regularidad y puntualidad militar.

Artagnan llevó a Raúl a tratar del capítulo de su porvenir.

— Tu padre te trata severamente —dijo.

—Con justicia, señor caballero.

— ¡Oh! Ya sé que Athos es justo; pero tacaño, quizá.

—Tiene una mano regia, señor de Artagnan.

—No te apures, muchacho; si tienes necesidad de algunos doblones, aquí está él viejo mosquetero:

— ¡Oh! ¡Señor de Artagnan!

—Juegas algo, ¿eh?

—Nunca.

—Entonces, ¿serás afortunado con las mujeres?... Te ruborizas...

— ¡Oh, pequeño Aramis! Querido, eso cuesta aún más caro que el juego. Cierto que uno se bate al perder, lo cual es una compensación. ¡Bah! Ese llorón de rey hace pagar la multa a las gentes que valen algo. ¡Qué reinado, mi pobre .Raúl, qué reinado! ¡Cuando se

considera que en mi tiempo se sitiaba a los mosqueteros en las casas, como Héctor y Príamo en la ciudad de Troya! Y entonces lloraban las mujeres, y quinientos descamisados palmoteaban y prorrumpían: "¡Mata, mata!", cuando no se trataba de un mosquetero. ¡Pardiez! No veréis esto vosotros.

—Tenéis ojeriza al rey, señor de Artagnan, y apenas le conocéis.

— ¿Yo? Oye, Raúl. Día por día y hora por hora, toma buena nota de mis palabras, te predigo lo que hará. Muerto el cardenal llorará mucho, lo cual será lo menos malo, principalmente si no piensa en las lágrimas...

— ¿Y luego?

— Luego, hará que el señor Fouquet le de una pensión, y se irá a componer versos a Fontainebleau pata la Mancini, a quien la reina sacará los ojos. Ella es española y tiene por suegra a Ana de Austria. ¡Conozco bien a las españolas de la casa de Austria!

— ¿Y luego?

— Luego, después de haber hecho arrancar los galones de plata de los suizos, porque el bordado cuesta demasiado caro, pondrá a pie a los mosqueteros, porque la avena y el heno de un caballo cuestan cinco sueldos diarios.

— ¡Oh! No digáis tal cosa.

— ¡Qué me importa! Ya no soy mosquetero, ¿verdad? Que se vaya a caballo o a pie, que se lleve un asador o unas parrillas, o una espada, o nada, ¿qué me importa?

—Querido señor de Artagnan, os suplico que no sigáis hablando mal del rey… Yo estoy casi a su ser vicio, y mi padre me reprendería de haber escuchado, aun de vuestra boca, esas palabras injuriosas para Su Majestad.

—Tu padre... ¡eh! Es el caballero de toda causa quebradiza. ¡Diantre! Tu padre, un valiente, un César, es verdad; pero un hombre sin golpe de vista.

— ¡Vamos bien! —dijo Raúl riendo—. Ya vais a hablar mal de mí.

— Padre de aquel a quien llamáis el gran Athos; hoy estáis de mal humor y la riqueza os hace duro, como a otros la pobreza.

— Tienes razón, ¡pardiez!; soy un belitre, un desgraciado viejo, una cuerda deshilachada, una coraza rota, una espuela sin ruedecilla; pero préstame un favor, Raúl; dime una sola cosa.

— ¿Qué cosa, señor de Artagnan?

—Dime esto... Mazarino no era un pillastre.

—Quizá haya muerto.

—Razón de más, y por eso digo: que era; si no creyese que había muerto, te suplicaría que, dijeses: "Mazarino es un pillastre." Ea, dílo, por amor a mí.

—Vaya, lo diré.

— ¡Di!

—Mazarino era un pillastre —dijo el vizconde sonriendo al mosquetero, que alegrábase como en sus más bellos días.

—Un momento —dijo éste—. Ya has dicho la primera proposición; he aquí la conclusión. Repite, Raúl, repite: "Pero echaré de menos a Mazarino."

— ¡Caballero!

—Si no quieres decirlo, yo lo diré dos veces por ti. ¡Mas, tú echarás de menos a Mazarino!

Aún reían y discutían sobre esta profesión de principios, cuando entró uno de los mozos del abacero, y dijo:

—Una carta para el señor de Artagnan.

—Gracias... ¡Toma! —dijo el mosquetero.

—Es la letra del señor conde —dijo Raúl.

—Sí, sí.

Y Artagnan rompió el sobre. "Querido amigo, acaban de rogarme de parte del rey que os busque..."

— ¿A mí? —dijo Artagnan dejando caer el papel sobre la mesa. Raúl lo cogió y siguió leyendo en voz alta:

"Apresuraos… Su Majestad tiene mucha necesidad de hablaros, y os espera en el Louvre."

— ¿A mí? —repitió el mosquetero.

— ¡Eh! ¡Eh! —dijo Raúl.

— ¡Oh! ¡Oh! —respondió Artagnan—. ¿Qué quiere decir esto?

LIII
EL REY

Pasado el primer movimiento de sorpresa, Artagnan leyó de nuevo el billete de Athos.

—Es raro —dijo—, que me haga llamar el rey.

— ¿Por qué? —dijo Raúl—. ¿No suponéis que el rey deberá echar de menos un servidor como vos?

— ¡Oh! ¡Oh!' —murmuró el oficial riendo, can los labios fruncidos—. Linda cosa estáis diciendo, querido Raúl. Si el rey me echara de menos, no me hubiese dejado marchar. No, no; yo veo en esto algo mejor, o peor, si queréis.

— ¡Peor! ¿Y qué?, señor caballero, tú eres joven, confiado... ¡Ojalá estuviera yo donde tú! Tener veinticuatro años, la frente tersa y cerebro vacío de todo, a no ser de mujeres, de amor o de buenas intenciones... ¡Oh! Raúl, mientras no hayas recibido las sonrisas de los reyes y las confidencias de las reinas; mientras no hayas tenido dos cardenales, muertos en tu época, tigre el uno, zorro el otro; mientras no hayas... Pero, ¿a qué vienen esas niñerías? Es menester separarnos.

— ¡Cómo me decís eso! ¡Qué aire tan serio!

— La cosa .bien vale la pena... Escuchadme, tengo qué haceros una recomendación.

—Ya escucho, caballero Artagnan.

—Avisaré a tu padre mi marcha.

— ¿Os marcháis?

— ¡Diantre! Le dirás que he pasado a Inglaterra y qué voy a vivir a mi casita de recreo.

— ¡A Inglaterra! ¡Vos!... ¿Y las órdenes del rey?

—Cada vez te hallo más cándido. ¿Te figuras tú que así, sin más ni más, voy a presentarme en el Louvre y ponerme a disposición de ese lobezno coronado?

— ¡Lobezno el rey! Pero, ¿estáis loco?

—Al contrario, nunca he sido más cuerdo. Tú no sabes lo que quiere hacer de mí, ese digno hijo de Luis el Justo... ¡Vive Dios! Esa es la política... Lo que quiere es embastillarme, pura y simplemente.

— ¿Con qué propósito? —pregunto Raúl, asombrado de lo que oía.

—A propósito de lo que le dije un día en Blois. . . Estuve algo vivo y él se acordará.

— ¿Qué le dijisteis?

—Que era un roñoso, un canalla, un miserable.

— ¡Ah, Dios mío! —dijo Raúl—.¿Es posible que hayan salido de vuestra boca semejantes palabras?

—Quizá no te haya dado precisamente la letra de mi discurso; pero al menos te he dado el sentido.

— ¡Pero el rey os hubiera hecho arrestar al momento!

— ¿Par quién? Yo era quien mandaba los mosqueteros, y le hubiera sido necesario mandarme a mí mismo que me condujese a la prisión; yo no hubiera consentido nunca, y me habría resistido a mí mismo. Hoy ha muerto o casi muerto el cardenal, saben que estoy en París, y me atrapan.

—Por tanto, el cardenal era protector vuestro.

— El cardenal me conocía y sabía de mí ciertas particularidades; también sabía yo dé él algunas cosas y nos apreciábamos mutuamente... El cardenal, al entregar su alma al diablo, habrá aconsejado a Ana de Austria que me haga habitar en sitio seguro. Ve, pues, en busca de tu padre, relátale el hecho, y adiós.

—Querido señor de Artagnan —dijo Raúl, muy conmovido, después de haber mirado por la ventana—, ni siquiera podéis, huir.

— ¿Y, por qué?

—Porque permanece abajo un oficial de suizos que os espera.

—¿Y qué?

—Que os arrestará.

Artagnan no pudo menos de soltar una carcajada de risa homérica.

— ¡Oh! Sé muy bien que resistiréis, que combatiréis, y hasta que saldréis vencedor, pero eso es la rebelión, y vos, que sois también oficial, no ignoráis lo que es la disciplina.

— ¡Diablo de niño! ¡Qué bien criado está y qué lógico es! —murmuró Artagnan.

—Aprobáis esto, ¿no es verdad?

—Sí. En lugar de pasar por la calle, donde me espera ese bienaventurado, voy a largarme bonitamente por el muro de atrás. Tengo un caballo en la cuadra que es excelente; lo reventaré, mis medios me lo permiten, y de caballo reventado en caballo reventado llegaré a Boulogne en once horas. Sé el camino... No digas más que una cosa a tu padre.

— ¿Qué?

—Que... lo que él sabe está muy bien colocado en casa de Planchet, a excepción de un quinto, y que…

—Pero, señor de Artagnan, nota que si salís huyendo van a decir dos cosas.

— ¿Cuáles, querido?

—Primero, que habéis sentido miedo.

— ¡Oh! ¿Y quién dirá eso?

—El primero de todos el rey.

—Pues... dirá la verdad: siento miedo.

— Segundo, que os reconocéis culpable.

— ¿Culpable dé qué?

— ¡Toma! De crímenes que querrán imputaros.

— También eso es cierto... Así, pues, ¿me aconsejas que vaya a hacerme embastillar?

—El conde de la Fère os lo aconsejaría como yo.

—Lo sé muy bien —dijo Artagnan pensativo— tienes razón, no me salvaré. Pero, ¿y si me meten en la Bastilla?

—Nosotros os sacaremos —dijo Raúl tranquilamente.

— ¡Pardiez! —exclamó Artagnan tomándole una mano—. Has dicho eso de una manera— valiente, Raúl; la de Athos pura. Pues bien, parto. No olvides mi último encargo.

—A excepción de un quinto —dijo Raúl.

—Sí. Eres un guapo mozo, y deseo que añadas una cosa, a esa última.

—Hablad.

—Esta: si no me sacáis de la Bastilla, y me muero en ella, lo cual se ha visto ya... seré un detestable prisionero, yo, que soy un hombre pasable... En ese caso, te doy los tres quintos, y el cuarto a tu padre.

— ¡Caballero!

— ¡Diantre! Si queréis, hacerme decir misas, sois libre en ello. Dicho esto descolgó su tahalí, ciñó la espada, caló el sombrero, en ya pluma era nueva, y tendió la mano a Raúl.

Una vez en la tienda, dirigió una ojeada a los mozos, que contemplaban la escena con orgullo y cierta inquietud, y, metiendo la mano en una caja de pasas de Corinto, se fue hacia el oficial, que aguardaba filosóficamente delante de la puerta de la tienda.

— ¡Esas facciones!... ¿Sois vos, señor de Friedisch? —exclamó alegremente el mosquetero—. ¡Hola! ¡Así se arresta a los amigos!

— ¡Arrestar! —murmuraron entre ellos los mozos.

—Yo soy —dijo torpemente el suizo—; buenos días, señor de Artagnan.

— ¿He de daros la espada? Os prevengo que es muy larga y pesada: dejádmela hasta el Louvre. No puedo andar sin espada por la calle, y vos también andaríais mal llevando dos.

—El rey no ha dicho nada —replicó el suizo—; guardad, por tanto, vuestra espada.

—Eso es magnífico de parte del rey Marchemos al momento.

El señor de Friedisch no era hablador, y Artagnan tenía muchas cosas en que pensar para serio. Desde la tienda de Planchet al Louvre no mediaba mucha distancia, y llegaron en diez minutos, cuando ya era de noche.

El señor de Friedisch quiso entrar por el postigo.

—No —observó Artagnan—; par ahí perderíamos tiempo; tomad la escalerilla.

El suizo hizo lo que le recomendaba Artagnan, y lo condujo al vestíbulo del gabinete de Luis XIV.

Llegado allí saludó a su prisionero, y, sin decir más se volvió a su puesto.

Artagnan no tuvo siquiera tiempo de preguntarse por qué no le quitaron la espada, cuando se abrió la puerta del gabinete, y un ayuda de cámara llamó:

— ¡Señor de Artagnan!

El mosquetero tomó su actitud de parada y entró con dos ojos extremadamente abiertos, la frente serena y el bigote alisado.

El rey estaba sentado a su mesa y escribía.

Pero no se movió cuando los pasos del mosquetero resonaron en el pavimento, y ni siquiera volvió la cabeza. Artagnan se adelantó hasta la mitad de la sala, y viendo que el rey no paraba la menor atención en él, comprendiendo además muy bien que aquello era afectación, como un preámbulo enfadoso para la explicación que se preparaba, volvió la espalda al príncipe y se puso a contemplar con todos sus ojos los frescos de la cornisa y las grietas del techo.

Esta maniobra fue acompañada de este monólogo tácito:

"¡Ah! Deseas humillarme, tú a quien he visto muy chiquito, tú a quien he salvado como hijo mío, a quien he servido como a mi Dios, es decir, por nada. ¡Espera, espera, vas a ver lo que puede hacer un hombre que ha silboteado la tonada del baile de los hugonotes en las' barbas del señor cardenal, del verdadero cardenal!"

En aquel momento volvióse Luis XIV y dijo:

— ¿Estáis ahí, señor de Artagnan? Artagnan vio el movimiento y lo imitó.

—Sí, Majestad —dijo.

—Bien, tened la amabilidad de esperarme.

Artagnan no respondió nada, pero se inclinó.

"Esto es muy delicado —pensó—, y nada tengo que decir."

Luis hizo un rasgo de pluma violento y la arrojó con cólera.

"Ea, enfádate para ponerte en punto, pensó el mosquetero—; también me pondrás a mis anchas y no estará de más lo que te dije el otro día en Blois."

Luis se levantó, pasó una mano por la frente, y; parándose luego delante de Artagnan, lo miró con aire imperioso y benévolo a la vez.

“¿Qué desea de mí? Veamos, que acabe”, pensó el mosquetero.

—Caballero —dijo el rey—, sin duda, sabréis que el señor cardenal ha muerto.

—Tenía mis dudas, Majestad.

—Sabréis, por tanto, que soy el amo en mi casa.

—Esa no es cosa que date de la muerte del cardenal, Majestad; siempre es uno amo de su casa cuando quiere.

—Sí; mas os acordaréis de todo lo que me dijisteis en Blois.

Ya llegamos —pensó Artagnan—; no me he engañado. Vamos, tanto mejor; esto prueba que todavía tengo el olfato bastante fino.”

— ¿No me contestáis? —dijo Luis.

—Majestad, creo que me acuerdo.

— ¿Solamente creéis?

—Hace tanto tiempo...

—Si no os acordáis, yo sí me acuerdo; mirad lo que dijisteis; escuchad atentamente.

— ¡Oh! Escucho con todos mis oídos, Majestad, porque probablemente la conversación tomará un giro favorable para mí.

Luis miró de nuevo al mosquetero; éste acarició la pluma de su sombrero, luego el bigote y aguardó intrépidamente.

Luis XIV prosiguió:

—Señor, ¿habéis abandonado mi servicio después, de haberme dicho toda la verdad?

—Si, Majestad.

—Después de haberme declarado lo que creíais cierto, respecto a mi modo de pensar y obrar. Eso siempre es un mérito. Empezasteis por decir que llevabais treinta y cuatro años al servicio de mi familia y que estabais cansado.

—Lo dije, sí, Majestad.

—Y confesasteis luego que ese cansancio era un pretexto, y que el descontento era la causa real.

—En efecto, estaba descontento; pero ese descontento no se ha manifestado en ninguna parte, y si como hombre de corazón he hablado alto delante de su Majestad, ni aun siquiera he pensado en presencia de otra persona.

—No os excuséis, Artagnan, y seguid oyéndome. Cuando me hicisteis el cargo de vuestro descontento, recibisteis por respuesta una promesa; os dije que esperaseis, ¿no es eso?

—Majestad.

—Y me contestasteis: “¿Más tarde? ¡No, ahora, ahora mismo!...” No os excuséis, os digo... Eso es natural; pero no teníais caridad para vuestro príncipe, señor Artagnan.

— ¡Majestad!...

— ¿Piedad... para un rey, de parte de un soldado?

—Bien me comprendéis; bien sabéis que yo tenía necesidad de ella; bien sabéis que yo no era el amo; bien sabéis que mi porvenir no era más que una esperanza, y sin embargo, me respondisteis cuando yo hablaba de ese porvenir: “¡Mi licencia... ahora mismo!”

Artagnan mordióse el bigote.

—Es verdad —murmuró.

—No me habéis lisonjeado cuando yo estaba lleno de angustia añadió Luis XIV.

—Pero —replicó Artagnan alzando con dignidad la cabeza—, si no he lisonjeado a Vuestra Majestad pobre, tampoco le he hecho traición; e derramado mi sangre por nada, he velado como un perro a la puerta, sabiendo muy bien que no me echarían ni pan ni huesos. Pobre también, yo sólo he solicitado la licencia de que habla Vuestra Majestad.

—Sé muy bien que sois un hombre valiente; pero yo era un joven y me debíais excusar.... ¿Qué teníais que reprobar al rey? ¿Que dejaba a Carlos II?..... Más aún... ¿Que no se casaba con la señorita Mancini?

— ¡Ah, ah! —pensó este último—. Hace más que acordarse... Adivina... ¡Diablo!

Al pronunciar esta palabra, el rey fijó en el mosquetero una mirada profunda.

—Vuestro juicio, —prosiguió Luis XIV—caía sobre el rey ,y sobre el hombre..., pero, señor de Artagnan. . . esa debilidad, porque vos la consideráis como una debilidad… Artagnan no respondió.

—Me la echáis también en cara con respecto al cardenal difunto; porque el señor cardenal me ha educado, sostenido... sosteniéndose él mismo a su vez,' lo sé bien; pero al fin, el beneficio queda adquirido. Si hubiera sido ¯ingrato y egoísta, ¿me habríais amado más y servido mejor?

—Majestad...

—No hablemos más de eso, señor; seria causaros mucho disgusto y a mí mucha pena.

Artagnan no estaba convencido. Tomando el rey para con él un tono de altivez, no adelantaba su negocio.

— ¿Habéis reflexionado después? —repuso Luis XIV.

— ¿En qué, Majestad? —preguntó cortésmente Artagnan.

— En todo lo que os he dicho, señor.

—Sí, Majestad... sin duda.

— ¿Y no habéis aguardado más que una ocasión para recoger vuestras palabras?

—Majestad...

—Vaciláis, según parece:..

—No entiendo bien lo que Vuestra Majestad hace el honor de decirme.

Luis arrugó el entrecejo.

—Perdonadme, Majestad; tengo la, inteligencia particularmente espesa... y las cosas no penetran en ella sino con dificultad; cierto es que una vez dentro, allí permanecen.

—Sí, me parece que tenéis buena memoria.

—Casi tanta como Vuestra Majestad.

—Entonces; dadme pronto una solución. El tiempo es precioso. ¿Qué hicísteis después de la licencia?

—Mi fortuna, Majestad.

—Dura es la palabra, señor de Artagnan.

—Vuestra Majestad la toma en mal sentido, sin duda. Yo no tengo para el rey sino profundo respeto, y tal vez habré sido impolítico, lo cual puede perdonárseme por mi larga costumbre de andar por campamentos y cuarteles. Vuestra Majestad está muy por encima de mí para enojarse de una palabra escapada; involuntariamente a un soldado.

—En efecto, señor; sé que habéis hecho en Inglaterra una acción hermosa. Lo único que siento es que habéis faltado a vuestra promesa.

— ¿Yo? —exclamó Artagnan.

—Ciertamente... Me empeñásteis palabra de no servir a ningún príncipe al dejar mi servicio... Sin embargo, por el rey Carlos II habeis trabajado en el maravilloso rapto del señor Monk.

—Dispensadme, Majestad; trabajé por mí.

— ¿Y os ha salido bien?

—Como a los capitanes del siglo XV los golpes de mano y las aventuras.

— ¿A qué llamáis salir bien una cosa? ¿Una fortuna?

—A cien mil escudos que poseo, Majestad; es decir, a haber ganado en una semana el triple de todo el dinero que había reunido en cincuenta años.

—La suma es bonita... Sois ambicioso, según veo.

—La cuarta parte me parecería un tesoro, y os juro que no pienso en aumentarlo.

— ¡Ah! ¿Contáis con permanecer ocioso?...

—Sí, Majestad.

— ¿Pensáis dejar la espada?

—Ya está dejada.

—Imposible, señor —dijo Luis con resolución.

—Pero, Majestad... ¿Qué?

— ¿Por qué es eso?

—Porque yo no quiero —dijo el príncipe con voz de tal modo imperiosa, que Artagnan hizo un movimiento de sorpresa y de inquietud.

— ¿Me permitirá Vuestra Majestad que le diga una palabra?

—Decid.

—Esa resolución ya la había tornado estando .pobre y desnudo.

—Bien; ¿y qué más?

—Por tanto, hoy que por mi industria he adquirido un bienestar asegurado, Vuestra Majestad me despojaría de mi libertad y me condenaría a lo menos cuando tan bien he ganado lo más.

— ¿Quién os ha permitido sondear mil designios y contar conmigo? —repuso Luis XIV con voz casi colérica—. ¿Quién os ha dicho lo que yo haré, lo que haréis vos mismo?

—Majestad —dijo reposadamente el mosquetero—, según veo, no está la conversación a la altura de la franqueza, como el día en que nos explicamos en Blois.

—No, señor, todo ha cambiado.

—Hago a Vuestra Majestad mis más cordiales cumplimientos; pero...

—Pero no lo creéis.

—No soy un gran hombre de Estado; sin embargo, tengo mi golpe de vista para los acontecimientos, y no veo las cosas como Vuestra Majestad, señor. El reinado de Mazarino ha concluido; pero comienza el de los financieros, que son los que tienen el oro, y Vuestra Majestad; no debe tener mucho. Estar bajo las uñas de esos lobos hambrientos es cosa dura para un hombre que contaba con su independencia.

En aquel momento llamó alguien con cautela a la puerta del gabinete, y Luis levantó la cabeza can orgullo.

—Perdonad, señor de Artagnan —dijo—; es el señor Colbert que viene a darme cuenta de un asunto. Pasad, señor Colbert.

Artagnan se apartó; Colbert entró con los papeles en la mano y se acercó al rey.

Debemos decir que el gascón no perdió la ocasión de aplicar su golpe de vista penetrante al nuevo rostro que aparecía.

— Está ya hecha la instrucción? preguntó el rey a Colbert.

—Sí, Majestad.

— ¿Y el parecer de los instructores?

—Es que los acusados han merecido la confiscación y la muerte. ¡Ah, ah! —murmuró el rey sin pestañear, pero echando al mosquetero una mirada oblicua—. ¿Y vuestro parecer, señor Colbert?

Colbert miró a Artagnan a su vez, que le estorbaba y detenía las palabras en los labios. Luis XIV comprendió.

—No os impacientéis—dijo—; es el señor de Artagnan. ¿No le conocéis?

Entonces se miraron estos dos hombres: Artagnan con los ojos abiertos y brillantes; Colbert con los ojos medio cerrados. La franca intrepidez del uno desagradó al otro, la cautelosa circunspección del financiero disgustó al soldado.

— ¡Ah, ah! Este señor es quien ha dado ese hermoso golpe en Inglaterra —dijo Colbert.

Y saludó ligeramente a Artagnan.

— ¡Ah, ah! —dijo el gascón—: Este señor es quien ha escatimado la plata de los galones de los suizos... ¡Loable economía!

Y saludó ceremoniosamente.

El financiero había creído cortar al soldado; pero el soldado cortaba al financiero.

—Señor de Artagnan —repuso el rey, que no había observado todos los matices que Mazarino no hubiera dejado escapar—, se trata de arrendadores de rentas que me han robado; a quienes hago ahorcar, y cuya sentencia de muerte voy a firmar.

Artagnan palideció.

¡Oh, oh! —exclamó.

— ¿Qué decís?

—Nada, Majestad; esos no son asuntos míos.

El rey ya tenía la pluma en la mano y la acercaba al papel. Majestad —dijo en voz baja Colbert—, os prevengo que si bien es necesario un ejemplo, este ejemplo puede tener algunas dificultades en la ejecución.

— ¿Cómo es eso? preguntó Luis XIV.

—No se os oculta continuó Colbert tranquilamente— que tocar a los arrendadores es tocar a la superintendencia. Los desgraciados, los dos culpables de que se trata, son amigos particulares de un personaje poderoso, y el día del suplicio, que por otra parte puede, sofocarse en el Châtelet, se alzarían a no dudarlo tumultos.

Luis se sonrojó y volvióse hacia Artagnan, que se roía dulcemente el bigote, no sin una sonrisa de lástima para el financiero, como también para el rey, que tanto tiempo hacía lo escuchaba.

Entonces Luis XIV cogió la pluma, y, con un movimiento tan rápido que le tembló la mano sentó sus 'dos firmas en los procesos, presentados por Colbert, a quien miraba de frente:

—Señor Colbert dijo—, cuando me habléis de negocios, borrad a menudo la palabra dificultad de vuestros razonamientos y opiniones; en cuanto a la palabra imposibilidad, no la pronunciéis jamás.

Colbert se inclinó, muy humillado de haber sufrido esta lección delante del mosquetero; ya iba a salir, mas deseoso de reparar su falta.

—Olvidaba decir a Vuestra Majestad —dijo— que las confiscaciones ascienden a cinco millones de libras.

“Soberbio”, pensó Artagnan.

—Lo cual hace en mis arcas... —dijo el rey.

—Dieciocho millones de libras, Majestad —respondió Colbert inclinándose.

— ¡Pardiez! —murmuró Artagnan—: ¡Eso es hermoso!

—Señor Colbert —añadió el rey—, os ruego que atraveséis la galería donde espera el señor de Lyonne, y le digáis que traiga lo que ha redactado... de orden mía.

—Al instante, Majestad; ¿no me necesita ya esta noche Vuestra Majestad?

—No, señor; adiós. Colbert salió.

Volvamos a nuestro asunto, señor de Artagnan —dijo Luis XIV, como si nada hubiera pasado—. Ya veis que en cuanto al dinero hay un cambio notable.

—Como de cero a dieciocho —dijo alegremente el mosquetero— ¡Ah! Eso era lo que necesitaba Vuestra Majestad el día en que llegó a Blois el rey Carlos II; los dos Estados no estarían hoy en contienda; porque necesario es que lo diga, aquí también veo yo una piedra de escándalo.

— En primer lugar, sois injusto, señor, porque si la Providencia me hubiese consentido dar aquel día el millón a mi hermano Carlos, no habríais abandonado mi servicio, y, por

tanto, no hubierais hecho vuestra fortuna... como decíais ahora poco... Pero, además de esta felicidad, tengo otra, y no debe sorprenderos mi contienda con la Gran Bretaña.

Un ayuda de cámara interrumpió al rey y anunció al señor de Lyonne.

—Entrad, señor —dijo el rey—; sois muy exacto, lo cual es de buen servidor. Veamos vuestra carta a mi hermano Carlos II.

Artagnan escuchó.

—Un momento; señor —dijo negligentemente Luis al gascón—; necesito despachar a Londres mi consentimiento al matrimonio de mi hermano, el señor duque de Orleáns, con lady Enriqueta Estuardo.

—Me vence a lo que veo —murmuró Artagnan, mientras el rey firmaba la carta y despedía al señor de Lyonne—; pero, a fe mía, lo confieso, mientras más sea batido, más contento estaré.

El rey siguió con la vista al señor de Lyonne hasta que la puerta se cerró, y aún dio tres pasos como si hubiera querido seguir a su ministro. Pero se detuvo después de dar estos tres pasos, hizo una pausa, y, volviéndose hacia el mosquetero, dijo:

—Ahora, démonos prisa en concluir. El otro día me dijisteis en Blois que no erais rico.

—Pero ya lo soy, Majestad.

—Sí, pero eso no me concierne; no tenéis mi dinero, sino el vuestro; esto no es cuenta mía.

—No entiendo muy bien lo que dice Vuestra Majestad. Entonces, en lugar de hacerme que os saque las palabras, hablad espontáneamente. ¿Tendréis bastante con veinte mil libras al año? Dinero fijo.

—Pero, Majestad... —replicó Artagnan abriendo enormemente los ojos.

— ¿Tendréis bastante con cuatro caballos cuidados y alimentados, y con un suplemento de fondos, tal como lo solicitabais, según las ocasiones y las necesidades, o bien preferís una renta fija, que sería, por ejemplo, de cuarenta mil libras? Responded:

—Señor, Vuestra Majestad.

— Estáis sorprendido, es muy natural, y ya me lo esperaba; responded pronto, o creeré que no tenéis aquella rapidez de juicio que siempre he apreciado en vos.

—Verdad es, Majestad, que veinte mil libras al año son una bonita suma; pero... 1

—Nada de pero. Sí o no. ¿Es indemnización honrosa?

— ¡Oh! Verdaderamente.

— ¿Os contentáis entonces?

—Está muy bien.

—Además, señor, se abonarán aparte los gastos, para lo cual os entenderéis con Colbert. Ahora, pasemos a otra cosa más interesante.

—Prefiero, había dicho a Vuestra Majestad...

—Que queríais descansar, lo sé muy bien; solamente que yo os respondí que no quería... ¿Soy o no el amo?

—Lo sois.

—Enhorabuena: ¿Estáis en vena de ser otra vez capitán de los mosqueteros

—Sí, Majestad.

—Pues bien, aquí tengo vuestro despacho ya firmado; lo pongo en esta papelera; el día que volváis de cierta expedición que tengo que confiaros, vos mismo lo sacaréis de ella.

Artagnan vacilaba todavía y tenía la cabeza inclinada.

—Vamos, señor —dijo el rey—, se creería al veras que no sabéis que en la corte del rey cristianísimo, el capitán general de los mosqueteros va delante de los mariscales de Francia.

—No lo ignoro, Majestad.

—Pues se diría que no fiáis de mi palabra.

— ¡Oh! Jamás... No creáis tales cosas.

—He querido demostraros que vos, tan buen servidor, habíais perdido un buen amo.

— ¿Soy yo el que os hace falta?

—Comienzo a pensar que sí, Majestad.

—Pues bien, señor, vais a entrar en vuestras funciones. Vuestra compañía está desorganizada desde que os marchasteis, y los hombres van a escondidas a la taberna, donde se baten, a pesar de mis edictos y los de mi padre. Reorganizaréis el servicio lo más pronto posible.

—Sí, Majestad.

—Ya no abandonaréis mi persona corriente. Y marcharéis conmigo al *ejér*cito, donde acamparéis alrededor de mi tienda.

—Entonces, Majestad —dijo Artagnan—, si es para imponerme un servicio como éste, Vuestra Majestad, no tiene necesidad de darme veinte mil libras, que no ganaría.

—Quiero que tengáis un estado, casa y mesa; quiero que mi capitán de mosqueteros sea un personaje.

—Y yo —dijo bruscamente Artagnan— no quiero el dinero encontrado, sino el ganado. Vuestra Majestad me da un oficio de perezoso que cualquiera desempeñaría por cuatro mil libras.

Luis XIV se echó a reír.

—Sois un gascón muy fino, señor de Artagnan; me sacaréis mi secreto del corazón.

— ¡Bah! ¿Vuestra Majestad tiene un secreto?

—Sí, señor.

—Entonces, acepto las veinte mil libras; porque guardaré ese secreto, y, la discreción no tiene precio en los tiempos que corren. ¿Desea Vuestra Majestad hablar ahora?

—Vais a calzaros las botas, señor de Artagnan, y a montar a caballo.

— ¿Ahora mismo?

—Dentro de dos días.

—Está bien, Majestad; porque tengo que arreglar mis asuntos antes de marchar, sobre todo si hay golpes que recibir.

—Pudiera ser.

—Se recibirán. Pero, Majestad, habéis hablado a la avaricia, a la ambición; habéis hablado al corazón del señor de Artagnan; mas habéis olvidado una cosa.

— ¿Cuál?

—No habéis hablado a la vanidad; ¿cuándo seré caballero de las órdenes del rey?

— ¿Y eso os tiene preocupado?

—Sí, tengo a mi amigo Athos, que está todo él galardonado, y eso me ofusca.

—Seréis caballero de mis órdenes un mes después de haber tomado el despacho de capitán.

— ¡Cómo! —exclamó el oficial pensativo—. ¿Después de la expedición?

—Precisamente.

—Entonces, hable Vuestra Majestad.

— ¿Conocéis la Bretaña?

—No, Majestad.

— ¿Tenéis amigos?

— ¿En Bretaña? No, a fe.

—Tanto mejor. ¿Entendéis de fortificaciones?

Artagnan sonrió.

—Me parece que sí, Majestad.

—Es decir, que podéis distinguir bien una fortaleza de una simple fortificación, cómo se permite a los castellanos, nuestros vasallos.

—Yo distingo un fuerte de un parapeto, como se distingue una coraza de una costra de pastel. ¿Es suficiente?

—Sí, señor. Partiréis, pues.

— ¿Para la Bretaña?

—Sí.

— ¿Solo?

—Absolutamente solo.

—Esto es, que no podréis llevar ni un lacayo.

— ¿Y puedo preguntar a Vuestra Majestad por qué razón?

—Porque muchas veces haréis perfectamente en disfrazaros vos mismo de criado de una buena casa. Vuestra fisonomía es muy conocida en Francia, señor de Artagnan.

— ¿Y luego, Majestad?

Luego, os pasaréis por la Bretaña y examinaréis con cuidado las fortificaciones del país.

— ¿Las costas?

—Y las islas también.

— ¡Ah!

Empezaréis por Belle Isle en Mer.

—Que es del señor Fouquet —dijo Artagnan en tono grave y alzando sobre Luis XIV su inteligente mirada.

—Me parece que tenéis razón, señor; y que Belle Isle es, en efecto, del señor Fouquet.

—Entonces, lo que quiere Vuestra Majestad es que sepa si Belle Isle es buena plaza.

—Sí.

—Si sus fortificaciones son nuevas o viejas...

—Justamente.

—Y si, por casualidad, los vasallos del señor superintendente son bastante numerosos para formar una guarnición.

—Eso es lo que os pido, señor; habéis puesto el dedo en la llaga.

— ¿Y si no se fortifica, Majestad?

—Iréis por la Bretaña, escuchando y juzgando.

Artagnan se atusó el bigote.

— ¿Soy espía del rey? —dijo muy claro.

—No, señor.

—Perdonadme; mas espío por cuenta de de Vuestra Majestad. —Vais a la descubierta, señor. Es lo mismo que si "marcharais a la cabeza de mis mosqueteros, con la espada en la mano, para descubrir un lugar cualquiera o una posición . del enemigo...

A esta palabra se estremeció visiblemente Artagnan.

—Acaso —continuó el rey— ¿os creeríais un espía?

— ¡No, no! —murmuró Artagnan pensativo——. La cosa muda de aspecto cuando se descubre el enemigo; no, en este caso no es uno más que un soldado... ¿Y si fortifican a Belle Isle? —añadió de pronto.

—Tomaréis un plano exacto de la fortificación.

—Eso no me concierne; es cosa vuestra.

— ¿No habéis oído que os daba un suplemento de veinte mil libras al año si queríais?

—Sí, tal, Majestad, mas, ¿y si no la fortifican?

—Os volveréis tranquilamente, sin fatigar vuestro caballo.

—Estoy dispuesto, Majestad. Mañana empezaréis por ir a casa del señor superintendente a tomar la cuarta parte de la pensión que os doy. ¿Conocéis al señor Fouquet?

—Muy poco, señor; pero haré notar a Vuestra Majestad que no es muy preciso que lo conozca.

—Dispensad, señor; porque os negará el dinero que yo quiero que cobréis, y esa negativa es la que yo aguardo.

— ¡Ah! —exclamó Artagnan—. ¿Y luego?

—Negado el dinero, iréis a buscarlo en casa del señor Colbert. A propósito, ¿tenéis un buen caballo?

—Sí, Majestad.

— ¿Cuánto pagásteis por él?

—Ciento cincuenta doblones.

—Os, lo compro. Tomad un bono de doscientos doblones.

—Pero, Majestad, necesito mi caballo para viajar.

—– ¿Y qué?

—Que os quedáis con el mío. Nada de eso, al contrario, os lo doy. Sólo que como es mío y no vuestro, estoy seguro de que no lo contemplareis mucho.

— ¿Tiene prisa Vuestra Majestad?

—Ciertamente.

—Entonces, ¿qué me obliga a esperar dos días?

—Razones que yo conozco.

—Eso es distinto. El caballo podrá adelantar esos dos días en los ocho que tiene que andar; además, tenemos la posta.

—No, no, la posta compromete mucho, señor de Artagnan; partid y no olvidéis que sois mío.

— ¡Majestad, no soy yo quien ha olvidado eso nunca. ¿A qué hora me despediré de Vuestra Majestad pasado mañana?

— ¿Dónde vivís?

—Desde ahora he de vivir en el Louvre, Majestad. .

—No quiero eso; conservaréis vuestra habitación en la ciudad; yo la pagaré. Partiréis de noche; en atención a que debéis salir sin ser visto, o si sois visto sin que sepan que me pertenecéis. Punto en boca, señor.

—Todo cuanto ha dicho Vuestra Majestad se comprende en esa palabra.

—Os preguntaba dónde vivís, porque no puedo enviar siempre a buscaros en casa del señor conde de la Fère.

— Yo habito en casa del señor Planchet, abacero de la calle de los Lombardos, tienda “El Pilón de Oro”:

—Salid poco, mostraos menos aún y esperad mis órdenes sin embargo; es necesario que vaya por el dinero.

—Es verdad, pero para ir a la superintendencia, donde va tanta gente, os confundiréis con la multitud.

—Fáltanme los bonos para cobrar, Majestad.

—Aquí están. El rey firmó.

Artagnan miró para cerciorarse de la regularidad.

—Esto es dinero —dijo—; y el dinero se lee o se cuenta. .

—Adiós, señor de Artagnan; me parece que me habréis comprendido bien.

—He comprendido que Vuestra Majestad me envía a Belle Isle en Mer, y eso es todo.

—Para saber...

—Para saber cómo siguen los trabajos del señor Fouquet; eso es todo.

—Bien, admito que os prendan.

—Yo no lo admito —replicó atrevidamente el gascón.

—Consiento que os maten —continuó el rey.

—No es probable, Majestad.

—En el primer caso, no habléis; en el segundo, que no os encuentren ningún papel.

Artagnan se encogió de hombros sin ceremonia, y despidióse del rey diciéndose:

“¡La lluvia de Inglaterra continúa! Sigamos bajo la gotera”.

LIV

LAS CASAS DE FOUQUET

Mientras Artagnan volvía a casa de Planchet, con la cabeza atormentada y aturdida por todo lo que acababa de acontecerle, tenía lugar otra escena de un género completamente distinto, pero que, sin embargo, no era extraña a la conversación que el mosquetero acababa de tener con el rey; sólo que esta escena pasaba propiedad de París, en una casa propiedad del superintendente Fouquet, en la aldea de Saint-Mandé.

El ministro acababa de llegar a esta casa de campo, seguido de su primer dependiente, que llevaba una enorme cartera llena de papeles para examinar y de otros que esperaban la firma.

Como ya, eran las cinco de la tarde, habían comido los amos y se preparaba la mesa para veinte convidados subalternos.

El superintendente no se detuvo ni un segundo; al bajar del coche franqueó del mismo salto el umbral de la puerta, atravesó las habitaciones y entró en su gabinete, donde declaró que se encerraba para trabajar, prohibiendo se le molestara por nada del mundo, excepto por orden del rey.

En efecto, dada esta orden, Fouquet se encerró, y dos criados se situaron de centinela a la puerta. Entonces corrió Fouquet el cerrojo de un tablero que muraba la entrada de la puerta y que impedía fuera visto u oído lo que pasaba en el gabinete. Pero, contra toda probabilidad, sólo por encerrarse se encerró así Fouquet, porque se fue derecho a su bufete, sentóse, abrió la cartera y se puso a buscar en la masa enorme de papeles que contenía.

Aun no habían transcurrido diez minutos desde que entrara y que había tomado todas las precauciones que hemos dicho, cuando el ruido repetido de muchos golpecitos iguales pareció llamarle toda su atención. Foquet alzó la cabeza y escuchó muy atentamente.

Los golpes continuaron, y entonces se levantó con un ligero movimiento de intranquilidad, dirigiéndose a un espejo, detrás del cual, eran dados los golpes por una mano o por un mecanismo invisible.

Este espejo era enorme y estaba embutido en el tablero; otros tres completamente iguales completaban la simetría de la habitación, y nada los distinguía del primero.

Indudablemente, aquellos golpecitos reiterados eran una señal, porque en el momento en que Fouquet se acercaba al espejo, escuchando, se renovó el mismo ruido y con el mismo compás.

— ¡Oh, oh! —exclamó el superintendente con sorpresa—. ¿Quién está ahí? Yo no espero hoy a nadie. Y, para responder sin duda a la señal, el superintendente tiró de un clavo dorado que había en el mismo espejo y lo agitó tres veces.

Después volvió a sentarse en su sitio y dijo:

—Que aguarden.

Y sumergiéndose en el océano de papeles extendidos a su vista, pareció únicamente ocupado del trabajo. En efecto, con una rapidez inexplicable y una lucidez maravillosa, Fouquet descifraba los más complicados escritos, corrigiéndolos y anotándolos con una pluma que parecía agitada por la fiebre; y, creciendo el trabajo entre sus dedos, multiplicábanse las firmas, los oficios y los guarismos, como si diez dependientes, es decir, cien dedos y cien cerebros hubiesen funcionado, en lugar de sólo cinco dedos y la inteligencia de aquel hombre. Sólo de cuando en cuando, abismado como estaba en su trabajo, levantaba la cabeza para echar una mirada furtiva sobre un reloj puesto enfrente de él.

Y era que Fouquet fijaba su tarea; y una vez fijada ésta, en una hora de trabajo hacía lo que otro no hubiese podido concluir en todo el día, siempre cierto, por consecuencia, con tal de que no fuese interrumpido, de llegar a su objeto en el plazo que había fijado su actividad. Pero, en medio de este trabajo ardiente, los golpes secos del timbre colocado detrás del espejo resonaron otra vez más apresurados.

—Vamos, parece que se intranquiliza la dama —dijo Fouquet—. ¡Calma, calma! Debe ser la condesa; pero, no, la condesa está en Rambouillet por tres días. Será la presidenta. ¡Oh! La presidenta no traería tantos humos, llamaría muy humildemente, y además esperaría mis órdenes. Lo más claro de todo es que no puedo saber quién sea, pero sí que no es ella. Y puesto que no sois vos, marquesa, ya que no podéis ser vos, nada me importa cualquiera otra.

Y prosiguió su trabajo, a pesar de los miramientos reiterados del timbre. No obstante, después de un cuarto de hora también acometió a Fouquet la impaciencia. Devoró, más bien que acabó, el resto de su trabajo, metió sus papeles en la cartera, y echando una mirada a su espejo, mientras los golpes continuaban más apresurados que nunca, dijo:

— ¿Ha pasado? ¿De quién es esa fogosidad? ¿Adriana que me espera con tanta impaciencia? Veamos.

Entonces apoyó la punta de un dedo sobre un clavo paralelo a aquel de que ya había tirado. Al instante giró el espejo como la batiente de una puerta, y descubrió una cavidad bastante profunda, por la cual desapareció el superintendente como en una vasta caja. Allí tocó otro nuevo resorte, que abrió, no una plancha, sino una brecha en la pared, por la cual salió, dejando que la puerta se cerrase por sí misma.

Fouquet bajó entonces unos escalones que profundizaban y daban la vuelta debajo de tierra, y encontró un largo subterráneo iluminado por imperceptibles troneras. Las paredes de este subterráneo estaban cubiertas de esteras y el suelo de alfombra.

Este subterráneo pasaba por debajo de la misma calle que separaba, la casa de Fouquet del parque de Vincennes, y al extremo de él daba vueltas una escalera paralela a la que había descendido Fouquet. Subió esta otra escalera, entró por medio de un resorte colo-

cado en un marco semejante al de su gabinete, y por este marco pasó a una sala absolutamente vacía, aunque amueblada con suma elegancia.

Cuando penetró en ella, examinó cuidadosamente si el espejo se cerraba sin dejar señal alguna, y, contento sin duda de su observación, fue a abrir con una llavecita de plata sobre dorada una puerta colocada frente a él.

Esta vez descubrió la puerta un hermoso gabinete amueblado suntuosamente, en el cual estaba sentada sobre cojines una mujer de extraordinaria belleza, quien al oír los cerrojos precipitóse hacia Fouquet:

— ¡Ah! ¡Dios mío! —exclamó este retrocediendo de sorpresa—: La señora marquesa de Vellière. ¡Vos, vos aquí!

—Sí —respondió ella—, sí, yo, señor.

—Marquesa, querida marquesa añadió Fouquet dispuesto a prosternarse—. ¡Pero, Dios mío! ¿Cómo habéis venido? ¡Y yo que os he hecho aguardar!

—Y mucho tiempo, señor. ¡Oh! Sí, muchísimo tiempo.

—Me tengo por muy feliz en que os haya durado la paciencia, mi apreciable marquesa.

—Una eternidad, señor. ¡Oh! He llamado más de veinte veces. ¿No oíais?

—Marquesa, estáis pálida, estáis temblorosa.

— ¿No oíais que os llamaban?

— ¡Oh! Si tal, señora, oía muy bien; pero no podía venir. ¿Cómo creer que fueseis vos, después de vuestros rigores, después de vuestras negativas? Si hubiera podido sospechar la felicidad que me esperaba, creedme, marquesa, todo lo habría dejado para venir a caer a vuestras plantas, como lo hago en este instante.

La marquesa miró en derredor suyo.

— ¿Estamos solos, señor? —preguntó.

—Sí, sí, señora; os respondo de ello.

—Efectivamente —contestó la marquesa.

— ¿Suspiráis?

— ¡Qué de misterios, qué de precauciones! —dijo la marquesa con ligera amargura—. ¡Cómo se conoce que teméis dejar sospechar vuestros amores!

— ¿Deseabais más bien que los publicase?

— ¡Oh, no! Y eso es de hombre delicado —dijo la marquesa sonriendo.

—Vamos, vamos, marquesa, nada de reproches; os lo suplico.

—¡Reproches! ¿Tengo por ventura el derecho, de hacerlos?

—No, desgraciadamente, no; pero, decidme, vos, a quien amo hace un año sin correspondencia ni esperanza...

—Os equivocáis; sin esperanza, es cierto, pero, sin correspondencia, no.

— ¡Oh! Para mí no hay más que una prueba en amor, y ésa la espero todavía.

—Vengo a traérosla, señor Fouquet intentó abrazar a la marquesa, pero ella se desasió con un gesto.

— ¿Con que siempre os engañareis, señor, y no aceptaréis de mí la única cosa que quiero daros, la amistad?

— ¡Ah! Entonces no me queréis: la amistad no es más que una virtud, el amor es una pasión.

—Os ruego que me escuchéis, señor; ya comprenderéis que yo no habré venido aquí sin un motivo grave.

—Poco me imparta el motivo toda vez que os hablo y os veo.

—Sí; es verdad; lo principal es que yo esté aquí sin que nadie me haya visto, y que pueda hablaros. Fouquet se dejó caer de rodillas.

—Hablad, señora —dijo—, os escucho.

La marquesa miraba a Fouquet a sus pies; y había en la mirada de esta mujer una extraña expresión de amor y melancolía.

— ¡Oh! —exclamó al fin—. ¡Ojalá fuera yo quien tiene el derecho de veros y de hablaros a cada momento! ¡Ojalá fuese la que vela por vos, la que no tiene precisión de misteriosos resortes para llamar, para hacer aparecer al hombre que ama, para mirarle una hora y verle luego desaparecer en las tinieblas de un misterio, aún más extraño en la salida que en la entrada! ¡Oh! Esa es una mujer muy dichosa.

—Por ventura, marquesa —dijo Fouquet sonriendo—, hablaríais de mi mujer?

—Sí, de ella hablo.

—Pues bien, no envidiéis su suerte, marquesa; de todas las mujeres con quienes sostengo amistad, la señora Fouquet es la que me ve menos, la que me habla menos, y la que tiene menos franqueza conmigo.

—Al menos, señor, no está reducida a apoyar, como yo lo hago, la mano sobre un aparato de cristal a fin de haceros venir; al menos, no le respondéis por el ruido misterioso y horrible de un timbre, cuyo resorte viene de no sé donde; al menos, nunca le habéis prohibido que pretenda penetrar el secreto de estas comunicaciones, so pena de romper para siempre vuestra alianza con ella, como la prohibís a las que han venido aquí antes que yo y que llegarán después de mí.

— ¡Ah! Querida marquesa. ¡Qué injusta sois y cuán poco sabéis lo que hacéis recriminando este misterio! Sólo con el misterio puede amarse sin peligro, y sólo el amor sin peligro es el que puede hacer dichosos. Pero, volvamos a nosotros, a esa amistad de que me habláis, o más bien, engañadme, marquesa, y hacedme creer que esa amistad es amor.

—Hace poco —replicó la marquesa pasando por sus ojos una mano modelada con los más suaves contornos de la antigüedad— hace poco estaba dispuesta a hablar, y mis ideas eran claras y precisas; ahora estoy cortada, impaciente, y temo venir a traeros una mala noticia.

—Si es a esa mala noticia a la gire debo vuestra presencia, marquesa, que sea bien venida la noticia mala; o más bien, ya que estáis aquí, puesto que me confesáis que no os soy del todo indiferente, demos de lado esa mala noticia, y no hablemos más que de vos.

—No, no, al contrario, preguntádmela; exigid que os la diga al momento; que no me deje conmover por ningún sentimiento. Fouquet, amigo mío, es de un inmenso interés.

—Marquesa, me sorprendéis, y aun diré más: me causáis miedo; vos, tan grave, tan reflexiva, que tan bien conocéis el mundo en que vivimos. ¿Es, pues, cosa grave?

— ¡Oh! Muy grave, oída.

—Decidme, primero: ¿cómo habéis venido aquí?

—Ahora lo sabréis: pero, vamos primero a lo que más urge.

— ¡Decid marquesa, decid! Os ruego tengáis lástima de mi impaciencia.

— ¿Sabéis que el señor Colbert ha sido nombrado intendente de Hacienda?

— ¡Bah! ¡Colbert, Colbert!

—Sí, Colbert, Colbert.

— ¿El factótum de Mazarino?

—Justamente.

— ¡Y bien! ¿Qué veis en eso de malo, querida marquesa? Convengo en que sorprende que ese Colbert sea intendente; pero esto no es nada terrible.

— ¿Creéis que el rey haya dado sin motivos urgentes semejante plaza a ese que soléis llamar galopín?

— ¿Pero es verdad, que el rey se la haya dado?

—Así dicen.

— ¿Quién?

—Todo el mundo.

— Todo el mundo no es nadie; nombrad a alguien que pueda estar bien informado y que lo diga.

—La señora Vanel.

— ¡Ah! Comenzáis a asustarme —dijo Fouquet riendo—; el hecho es que si alguien está, o debe estar bien informado de algo, *es* sin duda la persona que nombráis.

—No habléis mal de la pobre Margarita, señor, tal pues siempre os ama.

— ¡Bah! ¿De veras? Eso no es creíble. Yo pensaba que ese Colbert, como decíais ahora, poco había pasado por encima de ese amor dejando una mancha de tinta o una capa de mugre.

— ¡Fouquet, Fouquet! ¿Así sois vos para aquéllas a quienes abandonáis?

—Supongo que iréis a tomar la defensa de la señora Vanel, marquesa.

—Sí, la tomaré, porque repito que os sigue amando, y la prueba es que os salva.

— ¿Por mediación vuestra; marquesa? Eso es muy hábil por su parte. Ningún ángel podría serme tan grato para conducirme más seguramente a la salvación. ¿Pero cómo conocéis a Margarita?

—Es mi amiga de convento.

— ¿Y decís haberos anunciado que el señor Colbert había sido nombrado intendente?

—Ciertamente.

—Pues bien, iluminadme; marquesa: ya tenemos al señor Colbert intendente, bueno. ¿En qué un intendente, es decir, un subordinado, un dependientemente mío, puede hacerme sombra o perjuicio, aunque sea el señor Colbert?

—Parece, que no reflexionáis, señor —respondió la marquesa.

— ¿En qué?

—En que el señor Colbert os aborrece.

— ¿A mí? —exclamó Fouquet—. ¡Oh! ¡Dios santo! ¿Marquesa, de dónde salís? A mí todo el mundo me odia; ése, como los demás.

—Más que nadie.

—Más que nadie, concedido…

—Es ambicioso.

— ¿Y quién no lo es, marquesa?

—Su ambición no conoce límites.

—Bien lo veo, puesto que ha pretendido sucederme cerca de la señora Vanel.

—Y lo ha logrado, tened cuidado.

— ¿Querríais decir que tiene la pretensión de pasar de intendente a superintendente?

— ¿No habéis temido ya eso?

— ¡Oh! ¡Oh! —murmuró Fouquet—. Sucederme cerca de la señora Vanel, pase; pero, cerca del rey ya es otra cosa. Francia no se compra tan fácilmente como la mujer de un empleado de contabilidad.

—Señor, todo se compra, si no con oro por la intriga.

—Bien sabéis lo contrario, señora, vos, a quien he ofrecido millones.

—En lugar de esos millones, Fouquet, era preciso ofrecerme un amor verdadero, único, absoluto, y hubiera aceptado. Ya veis que todo se compra; si no de una manera de otra.

—De suerte que, según vuestro parecer, el señor Colbert está en ánimo de comprar mi plaza de superintendente. Vamos, vamos, marquesa, tranquilizaos; todavía no es bastante rico para comprarla.

— ¿Y si os la roba?

— ¡Ah! ¡Eso es diferente! Desgraciadamente, antes de llegar a mí, es decir, al cuerpo de la plaza, es menester destruir y batir en brecha las obras avanzadas, y yo estoy endiabladamente fortificado, marquesa.

—Eso que llamáis obras avanzadas son vuestros semejantes, ¿no es cierto? Vuestros amigos.

—Justamente.

— ¿Y el señor de Eymeris es de los vuestros?

—Sin duda.

— ¿El señor de Lyodot es de vuestros amigos?

—Ciertamente.

— ¿Y el señor de Vanid?

— ¡Ah! ¡El señor de Vanid! Que hagan de él lo que quieran, pero...

—Que...

—No toquen a los demás.

—Pues bien, si no queréis que toquen al señor de Eymeris ni a Lyodot, ya es hora de que estéis en guardia.

— ¿Quién les amenaza?

— ¿Queréis escucharme ahora?

—Siempre, marquesa.

— ¿Sin interrumpirme?

—Sí.

—Pues bien, esta mañana me ha enviado a buscar Margarita.

—¡Ah!

— No lo dudéis.

— ¿Y qué quería?

—“No me atrevo a ver al señor Fouquet” —me dijo.

— ¡Bah! ¿Piensa acaso que le haré cargos? ¡Desgraciada mujer, cuánto se engaña! ¡Dios mío!

—”Vedle vos por mí, y decidle que se guarde del señor Colbert”.

— ¡Cómo! ¿Me hace avisar que me guarde de su amante?

—Ya os he manifestado que Margarita os sigue amando.

— ¿Qué más, marquesa?

—“El señor Colbert —añadió—, ha venido hace dos horas a participarme que era intendente.”

—Ya os he dicho, marquesa, que el señor Colbert estará mucho mejor bajo mi mano.

—Sí, pero no es eso todo: Margarita es amiga, como no ignoráis, de la señora de Eyrmeris y de la señora Lyodot.

—Sí.

—Pues bien, el señor Colbert le ha hecho muchas preguntas sobre las fortunas de esos dos señores y respecto al grado de adhesión que os tenían.

— ¡Oh! En cuanto a esos dos, respondo de ellos; habría que matarlos para que dejasen de ser míos.

—Después la señora Vanel vióse precisada a dejar por un instante al señor Colbert para recibir una visita, y como el señor Colbert es tan trabajador, apenas quedó solo sacó un lápiz, y, como había papel sobre la mesa, empezó a escribir

— ¿Notas sobre de Eymeris y Lyodot?

—Justamente.

—Sería curioso saber lo que decían tales notas.

—Eso es precisamente lo que vengo a traeros.

— ¿Se ha apoderado la señora Vanel de las notas de Colbert y me las remite?

—No; pero es una casualidad que se parece a un milagro; tiene una copia de ellas.

— ¿Cómo es eso?

—Oíd. Ya os he dicho que Colbert había encontrado papel sobre la mesa…

–Sí.

—Y que había sacado un lápiz.

—También.

—Y que había escrito en ese papel.

—Sí.

—Pues bien; ese lápiz era de plomo, y duro por consiguiente. De modo que lo escrito en la primera hoja, quedó marcado en blanco sobre la segunda.

— ¿Qué más?

—Colbert rasgó la primera hoja, y no se acordó de la segunda. Fouquet alzó la cabeza y pasó una nube por sus ojos.

— ¿Y qué?

— ¿Y qué? Sobre la segunda se podía leer lo que escribió en la primera; la señora Vanel la leyó, y me mandó a buscar.

— ¡Ah!

—Y cuando estuvo bien segura de que yo era para vos una verdadera amiga, me dio el papel y me manifestó el secreto de esta casa.

— ¿Y ese papel? —dijo Fouquet turbándose un poco.

—Aquí está, señor; leedlo. Fouquet leyó:

—“Nombres de los arrendadores que se deben hacer condenar por el tribunal de justicia: de Eymeris, amigo del S. F.; Lyodot, amigo del S.F.; de Vanin, indif…”

— ¡De Eymeris, Lyodot! —murmuró Fouquet volviendo a leer—. Amigos del S. F. señaló con el dedo la marquesa.

—Pero, ¿qué significan esas palabras, “que se deben hacer condenar por el tribunal de justicia”…?

— ¡Toma! Está claro —dijo la marquesa—. Por otra parte, no habéis concluido aún; leed. —Fouquet continuó:

—“Los dos primeros a muerte, el tercero a destitución, con el señor d´Hautemont y el señor de la Valette, cuyos bienes solamente serán confiscados.”

— ¡Gran Dios! —exclamó Fouquet—. ¡A muerte, a muerte Lyodot y de Eymeris! Pero aunque el tribunal los condenase a muerte, Su Majestad el rey no ratificará su sentencia, y no puede ejecutarse sin la firma del rey.

—El rey ha hecho intendente al señor Colbert.

— ¡Ah! —murmuró Fouquet, como si viese a sus pies un abismo inesperado—. ¡Imposible! ¡Imposible! Mas, ¿quién ha pasado un lápiz sobre las huellas del de Colbert?

—Yo; temía que se borrasen las primeras señales.

— ¡Oh! Lo sabré todo.

—Nada sabréis, pues despreciáis demasiado a vuestro adversario para eso.

—Perdonad, querida marquesa, excusadme; sí, creo que el señor Colbert es mi enemigo; sí, creo que el señor Colbert es hombre temible; mas tengo tiempo, y toda vez que estáis aquí, toda vez que me habéis dejado entrever vuestro amor, y toda vez que estamos solos...

—He venido para salvaros, señor Fouquet, y no para perderme —repuso la marquesa levantándose—; así, guardaos...

—Marquesa, en verdad que os asustáis por poco, y a no ser que ese asunto no sea un pretexto...

—Ese señor Colbert es un corazón profundo; guardaos... Fouquet se levantó también.

— ¿Y yo? –dijo.

— ¡Oh! Vos no sois más que un corazón noble. Guardaos, guardaos...

—Así...

—He hecho lo que debía, amigo mío, a riesgo de perder mi reputación. Adiós.

—No digáis adiós; hasta la vista.

—Quizá —dijo la marquesa.

Y dando a besar su mano a Fouquet, se adelantó tan resueltamente hacia la puerta, que el ministro no se atrevió a impedirle el paso.

Fouquet, con la cabeza inclinada, tomó el camino de aquel subterráneo, a lo largo del cual corrían los hilos de metal que comunicaban de una casa a otra, transmitiendo, por la parte posterior de dos espejos, los deseos y llamamientos de dos personas en correspondencia.

LV

EL ABATE FOUQUET

Fouquet apresuróse a volver a casa por el subterráneo, haciendo jugar el resorte del espejo. No bien entró en su gabinete oyó llamar a la puerta, y a la vez una voz conocida que gritaba:

—Abrid, señor, os lo ruego, abrid. Con rápido movimiento puso Fouquet un poco de orden en todo lo que podía denunciar su agitación y su ausencia, desparramó los papeles sobre el bufete, tomó una pluma y atravesó la puerta para ganar más tiempo aún.

— ¿Quién sois? —preguntó.

— ¡Cómo! ¿No me conoce monseñor? —respondió la voz.

“Sí tal —pensó — Fouquet—; sí tal, amigo mío, te conozco perfectamente.”

Y añadió en voz alta:

— ¿No sois Gourville?

—Sí, señor.

Fouquet se levantó, echó la última ojeada sobre uno de los espejos, fue a la puerta, descorrió el cerrojo y entró Gourville.

— ¡Ah, señor, señor —dijo—,qué crueldad!

— ¿Por qué?

—Hace un cuarto de hora que os ruego me abráis, y ni siquiera me respondéis.

—Una vez por todas, ya sabéis que no quiero ser molestado cuando laboro, y aunque vos seáis una excepción, Gourville, quiero que mi consigna sea respetada por los demás.

—En este instante, señor, hubiera desquiciado, arrancado y echado por tierra consignas, puertas, cerrojos y paredes.

— ¡Ah! ¿Luego se trata de un gran suceso? —preguntó Bouquet.

— ¡Oh! Sin duda alguna, señor —dijo Gourville.

— ¿Y cuál es ese suceso? — repuso Fouquet un poco asustado de la turbación de su más íntimo confidente.

—Señor, hay sesión secreta del tribunal de justicia.

—Ya lo sé; mas ¿se ha reunido ya, acaso, Gourville?

—No sólo se ha reunido, sino que ha dictado sentencia, señor.

— ¡Sentencia! —dijo el superintendente — con un estremecimiento y palidez que no pudo disimular—. ¡Sentencia! ¿Contra quién?

—Contra dos amigos, vuestros.

—Lyodot y de Eymeris, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

— ¿Pero sentencia de qué?

—Sentencia de muerte.

— ¡Dictado! ¡Oh! Os engañáis, Gourville, es imposible.

—Aquí está la copia de la sentencia, que el rey debe firmar hoy, si es que ya no la ha firmado.

Fouquet cogió ávidamente el papel, lo leyó y lo devolvió a Gourville.

—El rey no firmará —dijo Gourville, meneó la cabeza.

—Señor, el señor Colbert es un consejero audaz, no os fiéis de él.

— ¡Otra vez el señor Colbert! —murmuró Fouquet. ¿Por qué viene a atormentar ese nombre mis oídos hace dos o tres días y en todas ocasiones? Esa es demasiada importancia, Gourville, para un sujeto tan insignificante. Que se presente el señor Colbert y lo miraré; que alce la cabeza y lo confundiré; pero ya comprendéis que sería necesaria una aspereza para que se detuviese mi mirada, y una superficie para sentar mi pie.

—Paciencia, señor, porque no sabéis lo que vale Colbert… Estudiadlo pronto, y veréis cómo ese sombrío financiero se parece a los meteoros, que nunca ven los ojos antes de su invasión desastrosa; cuando se les siente está uno muerto.

— ¡Oh! Gourville, eso es mucho —replicó Fouquet sonriéndose—, permitidme, amigo mío, que no me espante tan fácilmente: ¡meteoro el señor Colbert! ¡Pardiez! Oiremos el meteoro... Veamos actos y no palabras. ¿Qué ha hecho?

—Ha encargado dos horcas al ejecutor de París —contestó sencillamente Gourville.

Fouquet alzó la cabeza y pasó una nube por sus ojos.

— ¿Estáis seguro de lo que decís? —preguntó.

—Aquí está la prueba, señor.

Y Gourville entregó al superintendente una nota comunicada por uno de los secretarios de la Municipalidad, que era adicto a Fouquet.

—Sí, es cierto —murmuró el ministro—, el cadalso se levanta... pero el rey no ha firmado, Gourville, el rey no firmará.

—También sabré eso —respondió Gourville.

— ¿Cómo?

—Si ha firmado Su Majestad, irán las horcas esta noche a la Municipalidad, a fin de que estén dispuestas mañana por la mañana.

—Pero, no, no —replicó Fouquet—, os engañáis todos y me engañáis también: anteayer vino a verme Lyodot, y hace tres recibí una remesa de vino de Siracusa de ese pobre de Eymeris.

— ¿Y qué prueba eso —repuso Gourville—, sino que el tribunal se ha reunido en secreto, ha deliberado, en ausencia de los acusados, y que todo el procedimiento estaba hecho cuando los arrestaron?

— ¿Conque están arrestados?

—Ciertamente.

— ¿Pero, dónde, cuándo, cómo han sido arrestados?

—Lyodot, ayer al amanecer; de Eymeris, anteayer por la noche, cuando volvía de casa de su amada; su desaparición no había inquietado a nadie; pero, de repente, se ha quitado Colbert la máscara y ha hecho publicar la cosa, de modo que en este momento lo van pregonando al son de trompetas por las calles de París; y en verdad, señor, no hay nadie más que vos que desconozca el suceso.

Fouquet comenzó a andar por la sala con inquietud cada vez más dolorosa.

— ¿Qué decidís, señor? —dijo Gourville.

—Si es así, iré a ver al rey contestó Fouquet—; pero, para ir al Louvre quiero pasar antes por el Consistorio. ¡Si está firmada la sentencia, veremos!

Gourville encogióse de hombros. ¡Incredulidad! —dijo—. ¡Tú eres la pérdida de los grandes talentos!

— ¡Gourville!

——Sí —prosiguió—, tú lo pierdes, como el contagio mata a la salud más robusta; es decir, en un instante.

— Marchemos —exclamó Fouquet, haced que abran, Gourville.

—Cuidado —observó éste—, que está ahí el señor abate Fouquet,

— ¡Ah! Mi hermano —replicó Fouquet con tono apesadumbrado—: ¿luego sabe alguna mala nueva que viene a traerme muy contento, como de costumbre? ¡Diablo! Si mi hermano anda por ahí, mal andan mis asuntos. Gourville, si me lo hubiérais dicho antes, me habría dejado convencer más fácilmente.

—Señor, le calumnia —dijo Gourville riendo—; si viene, no es con mala intención.

—Vamos, veo que lo defendéis —dijo Fouquet—, un mozo sin talento, sin ideas de trascendencia, un derrochador de todo.

—Bebe que sois rico.

—Y quiere mi ruina.

—No; más quiere vuestra bolsa. Eso es todo.

—¡Basta, basta! ¡Cien mil, escudos al mes durante dos años! ¡Pardiez! Yo soy quien pagó, Gourville, y sé lo que tengo.

—No os enfadéis, señor.

—Vamos, que despidan al abate Fouquet; no tengo un cuarto. Gourville dio un paso hacia la puerta.

—Si ha estado un mes sin verme —prosiguió Fouquet—, ¿por qué no ha de estar dos?

—Es que se arrepiente de vivir en mala compañía,—dijo Gourville—, y os prefiere a todos esos bandidos.

—Gracias por la preferencia; hacéis hoy un abogado singular, Gourville... ¡Abogado del abate Fouquet!

—Pero, señor, todo, cosas y hombres, tienen su lado bueno, su lado útil.

—Los bandidos que Fouquet tiene a sueldo y emborracha, ¿tienen también su lado útil? Probadmelo.

—Puede haber circunstancias, señor, en que os alegréis de tener esos bandidos a mano.

—Entonces, ¿aconsejáis que me reconcilie con el señor abate? —dijo irónicamente Bouquet.

¯Os aconsejo señor que no os malquisiéis con cien o ciento veinte bergantes, que, poniendo sus espadones punta con punta, formarían un cordón de acero capaz de encerrar tres mil hombres.

Fouquet lanzó una mirada penetrante a Gourville, y pasando delante de él dijo a los criados:

—Que introduzcan al señor abate Bouquet. Tenéis razón, Gourville. Diez minutos más tarde apareció el abate en el umbral, haciendo grandes reverencias.

Tendría unos cuarenta o cuarenta y cinco años; mitad hombre de iglesia, mitad hombre de guerra, era un espadachín injerto en abate; y aunque veíase que no llevaba espada ceñida, se adivinaba que gastaba pistola.

Fouquet le saludó como hermano mayor, más bien que como ministro.

— ¿Qué puedo hacer en servicio vuestro, señor abate?

— ¡Oh, oh! ¡Cómo decís eso, hermano querido!

—Os lo digo como hombre que está de prisa, señor mío.

El abate miró maliciosamente a Gourville, con ansia a Fouquet, y dijo:

—Tengo que pagar esta noche trescientos doblones al señor de Bregi... Deuda de juego, deuda sagrada.

— ¿Qué más? —preguntó Fouquet con valor, porque comprendía que no le hubiera incomodado el abate por semejante miseria.

—Mil a mi carbonero, que ya no me fía.

— ¿Qué más?

—Mil doscientos al sastre... continuó el abate—; el tuno me ha remendado siete vestidos de mis gentes, lo cual hace que mis libreas estén expuestas, y que mi querida hable de reemplazarme por un arrendador, lo cual sería humillante para la Iglesia.

— ¿Y qué más? —dijo Fouquet.

—Observaréis, señor —dijo humildemente él abate—, que nada he pedido para, mí.

—Eso es muy delicado —repuso Fouquet—, y por eso veis que estoy esperando.

—Y que no solicito nada, ¡oh!, no... Y, sin embargo, no es que rice haga falta... Os doy mi palabra.

El ministro reflexionó un instante.

—Mil doscientos doblones al sastre —dijo—, son bastantes vestidos, me parece.

—Mantengo cien hombres —dijo con orgullo el abate—, y creo que ésta es una carga.

— ¿Para qué son esos cien hombres? —preguntó Fouquet—. ¿Sois acaso un Richelieu o un Mazarino, para tener cien hombres de guardia? ¡Hablad, decid!

— ¿Vos me lo preguntáis? —exclamó el abate—: ¡Ah! ¿Cómo podéis hacer tal pregunta? ¡Ah!

—Sí, os hago esa pregunta: ¿qué tenéis que hacer con esos cien hombres? Responded.

— ¡Ingrato! —prosiguió el abate afectándose cada vez más.

—Explicaos.

—Señor superintendente, yo no tengo necesidad más que de un ayuda de cámara, si fuese solo me serviría yo mismo; pero, vos, vos, que tenéis tantos adversarios... Cien hombres no bastan para defenderos. ¡Cien hombres! ... Serían necesarios diez mil. Mantengo, pues, todo eso para que en los lugares públicos y en las reuniones nadie alce la voz contra vos; y sin esto, señor, estaríais cargado de imprecaciones, seríais mordido, y no duraríais ocho días; no, ni ocho días, ¿entendéis?

— ¡Ah! No sabía yo que tuviera semejante campeón, señor abate

— ¡Lo dudáis! —exclamó éste—. Oíd lo que ha sucedido. Ayer, sin ir más lejos, se encontraba un hombre en la calle de la Huchette vendiendo un pollo.

— ¿Y en qué perjudicaba eso, abate?

—El pollo no era gordo; el comprador negóse a dar por él dieciocho sueldos, diciendo que no podía pagar ese dinero por la piel de un, pollo, del cual se había llevado toda la substancia el señor Fouquet.

— ¿Y qué más?

—La cosa hizo reír —prosiguió el abate—, reír a vuestra costa, ¡con todos los diablos!, y se reunió la canalla. El que se reía añadió éstas: “Dadme en buena hora un pollo alimentado por el señor Colbert y os pagaré cuanto deseéis”. Y todos comenzaron a palmotear. Escándalo horrible, ¿comprendéis? Escándalo que obliga a un hermano a taparse la cara.

Fouquet se sonrojó.

— ¿Y os la tapasteis? —preguntó Fouquet.

—No, parque justamente estaba en el grupo uno de mis hombres, un nuevo recluta que viene de provincia, un señor Menneville a quien quiero mucho, el cual penetró en el grupo diciendo al que reía.

— ¡Pardiez! ¡Señor burlón de mal género, envido una estocada a lo Colbert!

— ¡Quiero a lo Fouquet! —murmuró el otro.

Dicho esto, desenvainaron delante de la tienda del pollero, con una fila de mirones alrededor y quinientos curiosos en las ventanas.

— ¿Y qué? —preguntó Fouquet.

—Mi Menneville ensartó al de la risa, con gran aturdimiento de la concurrencia, y dijo al pollero:

— Tomad ese pavo, amigo, que está más gordo que vuestro pollo. —Esto es, señor —concluyó triunfalmente el abate—, en lo que yo gasto mis rentas; sostengo el honor de la familia, señor mío. Fouquet se humilló.

—Y tengo ciento como ese —prosiguió el abate.

—Bien —dijo Fouquet—, dad vuestra cuenta a Gourville y permaneced aquí esta noche.

— ¿Se cena?

—Se cena.

— ¿Pero la caja se halla cerrada?

—Gourville os la abrirá. Marchaos, señor abate; marchaos.

El abate ejecutó una reverencia.

— ¿Conque somos amigos?—preguntó.

—Sí, amigos. Venid, Gourville.

— ¿Os vais? ¿No cenáis aquí?

—Volveré dentro de una hora, no tengáis cuidado, abate.

Y añadió en voz baja a Gourville.

— Ordénese que preparen mis caballos ingleses y que hagan alto en la Casa Consistorial de París.

LVI

LA GALERÍA DE SAINT MANDÉ

Marchaban ya las carrozas de los convidados de Fouquet a Saint Mandé, y hacíanse en la casa los preparativos necesarios, cuando el superintendente lanzó sus ligeros caballos camino de París, y tomando por los muelles para encontrar menos gente en la travesía, llegó a la Casa Consistorial. Serían las ocho menos cuarto. Fouquet se apeó en la esquina de la calle de Long Pont y se dirigió a pie con Gourville hacia la plaza de la Greve.

En esta plaza vieron un hombre con traje negro y morado, de buena catadura, que se disponía a subir en un carretón y decía al cochero que tocase en Vincennes. Delante de sí tenía un enorme canasto lleno de botellas que acababa de comprar en la taberna de "La Imagen de Nuestra Señora".

— ¡Cómo! ¿Es Vatel, mi maestresala? —dijo Fouquet a Gourville.

—Sí, monseñor —replicó éste. ¿Qué viene a hacer en "La Imagen de Nuestra Señora"?

—A comprar vino, sin duda.

— ¡Cómo! ¿Se compra vino para mí en una taberna? —exclamó Fouquet —. ¿Tan pobre está mi bodega?

Y se adelantó hacia el maestresala, que hacía colocar el vino en la carroza con extraordinario enfado.

— ¡Hola, Vatel! —dijo— con voz imperiosa.

—Cuidado, monseñor —dijo Gourville—: os van a reconocer.

— ¡Bueno!... ¿Qué me importa? ¡Vatel!

El hombre vestido de negro y morado volvió la cara.

Era su rostro dulce y sin expresión, una fisonomía de matemático, a excepción del orgullo. Brillaba en los ojos de este personaje cierto fuego, y fruncía, sus labios una leve sonrisa; peso pronto hubiese notado el observador, que aquel fuego y aquella sonrisa no se aplicaba a nada ni nada iluminaba.

Vatel reía como un distraído o se ocupaba como un niño.

Y se volvió al sonido de la voz que le interpelaba.

— ¡Oh! —dijo—. ¡Monseñor!

—Sí, yo. ¿Qué diablos hacéis aquí, Vatel? ¿Compráis el vino en una taberna de la plaza de la Greye?

—Monseñor —dijo tranquilamente Vatel después de haber lanzado a Gourville una mirada hostil—.

— ¿Por qué os mezcláis en esto? ¿Está tal vez mal provista mi bodega? Cierto que no, Vatel, pero...

— ¿Pero qué? —replicó Vatel. Gourville dio con el codo al superintendente.

—No os incomodéis; Vatel; creía que mi bodega, vuestra bodega, estaba bastante bien provista para dispensarme recurrir a "La Imagen de Nuestra Señora".

— ¡Bah! Señor —dijo Vatel, pasando del monseñor al señor con cierto desdén—. Vuestra bodega está tan bien provista que cuando ciertos convidados van a comer a vuestra casa, no beben.

Asombrado, Fouquet, miró a Gourville y después a Vatel.

— ¿Qué decís?

—Digo, señor, que vuestro despensero no tiene vinos para todos los gustos, y que el señor de la Fontaine, el señor Pellisson que el señor Conrart jamás beben cuando van a casa. A estos caballeros no lees gusta, el buen vino: ¿qué le hemos de hacer?

—Entonces…

—Entonces... Aquí tengo un vino de Joigny que les gusta. Yo sé que vienen a beberlo una vez a la semana a “La Imagen de Nuestra Señora”. Por eso hago aquí mi provisión:

Fouquet nada tenía que oponer a esta. Estaba casi conmovido, Vatel, por su parte, aun tenía mucho que decir, sin duda, porque se le vio poderse encendido. Monseñor, eso es lo mismo que si me hicierais cargos para ir yo mismo a la calle de Planche Mibray en busca de la sidra que bebe el señor Loret cuando va a comer a casa.

— ¿Loret bebe sidra en mi casa? —murmuró riendo Bouquet.

—Sí, señor, sí; y por eso come con gusto en vuestra casa.

—Vatel —dijo Fouquet, estrechando la mano de su maestresala—, ¡sois todo un hombre! Os doy las gracias por haber comprendido que el señor de La Fontaine, el señor Conrart y el señor Loret son en mi casa tanto como duques y pares, tanto como príncipes, más que yo mismo. Sois un excelente servidor, Vatel, y os doblo los honorarios.

Vatel no dio siquiera las gracias; sólo se encogió de hombros, murmurando estas soberbias palabras:

—Recibir las gracias por haber cumplido con su deber es humillante.

—Tiene razón —digo Gourville Llamando la atención de Fouquet hacia otra parte par medio de un gueto.

Mostrábase, en efecto, un corretón de forma baja, tirado por dos caballos, sobre el cual se agitaban dos herradas horcas, atadas una junto a otra con cadenas. Un arquero, sentado en lo más grueso de la lanza, soportaba, unas veces mal y otras bien, los comentarios de un centenar de vagos que iban husmeando el destino de aquellas horcas, escoltándolas hasta la Casa Consistorial.

Fouquet estremecióse.

—Ya lo veis, es cosa decidida —dijo Gourville.

—Pero, aun no está hecho —respondió Fouquet.

— ¡Oh! No os engañéis; si las cosas han llegado a este punto, nada conseguiréis.

— ¡Mas yo no he refrendado el decreto!...

— El señor de Lyanne la habrá hecho por vos.

—Voy al Louvre.

—No iréis.

— ¿Me aconsejaríais esa cobardía? —preguntó Fauquet—. ¿Me aconsejaríais abandonar a mis amigos pudiendo combatir, arrojar al suelo las armas que tengo en la mano?

—Yo no os aconsejo nada de eso, monseñor. ¿Podéis dejar la superintendencia en este momento?

—No.

— ¿Y si el rey desea reemplazaros?

— Lo mismo me reemplazará de lejos que de cerca.

—Sí, pero de ese modo jamás la habréis disgustado.

—Sí, mas habré sido cobarde; yo no quiero que mueran mis amigos, y no morirán.

—Para eso no es preciso que vayáis al Louvre.

— ¡Gourville!

—Tened cuidado… Una vez en el Louvre, o estaréis obligado a defender en voz alta a vuestros amigos, es decir, a hacer profesión de fe, u os veréis forzado a abandonarlos sin arrepentimiento posible.

— ¡Jamás!

—Perdonadme... El señor propondrá necesariamente la alternativa, o bien se la propondréis vos mismo.

—Eso es verdad.

—Pues para eso no es menester un conflicto.

— Volvamos a Saint Mandé, monseñor.

—Gourville, no me moveré de esta plaza, donde debe consumarse el crimen, donde debe consumarse mi afrenta; no me moveré, digo, hasta que haya hallado un medio de combatir a mis enemigos.

—Monseñor —replicó Gourville——, lástima me causaríais si no supiese que sois uno de los más aventajados talentos del mundo. Poseéis, señor, ciento cincuenta millones; sois tanto como el rey por la posición, y ciento cincuenta veces más por el esmero. El señor Colbert no ha tenido siquiera el talento de hacerle aceptar el testamento de Mazarino; por consiguiente, cuando uno es el más rico de un reino y quiere tomarse el trabajo de gastar el dinero, si no se hace lo que una quiere, es porque uno es un pobre hombre. Volvamos, os digo, a Saint Mandé.

— ¿Para consultar a Pellisson?

—Sí.

—No, monseñor para contar vuestro dinero,

— ¡Vamos! —dijo Fouquet con ojos inflamados—. ¡Sí, sí! Vamos a Saint Mandé.

El y Gourville subieron a la carroza. En la esquina del barrio de San Antoin hallaron el carruaje de Vatel, que conducía tranquilamente su vino de Joigny.

Lanzados a toda brida, los caballos negros espantaron al paso a la tímida caballería del maestresala, quien, sacando la cabeza por la portezuela, gritó asustado:

— ¡Cuidado con mis botellas! Cincuenta personas esperaban al superintendente, el cual, sin entregarse ni por un momento a su ayuda de cámara, pasó al primer salón. Allí permanecían reunidos y charlando sus amigos. El intendente se disponía a hacer servir la comida; pero, sobre todos, el abate Fouquet acechaba la vuelta de su hermano, y procuraba hacer los honores de la casa en ausencia de aquél.

A la llegada del superintendente hubo un murmullo de alegría y cariño; Fouquet, lleno de afabilidad, de buen humor y de magnificencia, era amado por sus poetas, sus artistas y sus agentes de negocios. Su frente, en la cual leía su pequeña corte; como en la de un dios, todas las actividades del alma, para hacer de ellas reglas de conducta; su frente, que jamás arrugaron los godos, aparecía aquella noche más pálida que de costumbre, y más de una mirada amiga observó esa palidez. Fouquet se colocó en el centro de la mesa, presidió alegremente la comida, y cantó a La Fontaine la expedición de Vatel.

Contó la historia de Menneville y del pollo flaco a Pellisson, de tal manera que la oyó toda la concurrencia.

Entonces hubo una tempestad de risas y de bromas, que sólo se contuvo con un gesto serio y triste de Pellisson.

No sabiendo el abate Fouquet con qué propósito había sacado su hermano la conversación sobre este punto, escuchaba con todos sus oídos y buscaba en el rostro de Gourville, o en el del superintendente, una explicación que en ninguna parte hallaba.

Pellisson tomó la palabra.

— ¿Con que se habla del señor Colbert? —preguntó.

— ¿Por qué no —dijo Fouquet—, si es verdad, como dicen, que el rey lo ha hecho su intendente?

—Ni bien hubo dejado Fouquet escapar esta palabra, pronunciada, con marcada intención, cuando estalló una explosión entre los convidados:

— ¡Un avaro! —dijo uno.

— ¡Un canalla! —dijo otro.

— ¡Un hipócrita! —dijo un tercero.

Pellisson cambió una mirada profunda con Fouquet.

—Señores —dijo—, verdaderamente, estamos maltratando a un hambre que nadie conoce; esto no es caritativo ni razonable, y estoy seguro que el señor superintendente es de la misma opinión.

—Enteramente —contestó Fouquet—. Dejemos los pollos gordos del señor Colbert, y no se trate hoy más qué de los faisanes trufados del señor Vatel.

Estas palabras desviaron la nube que precipitaba su marcha sobre la cabeza de los convidados.

Gourville animó también a los poetas con el vino de Joigny; el abate, inteligente, como hombre que necesita dinero de otro, animó tan bien a los financieros y a los militares, que en la baraúnda de aquella alegría y en los tumores de aquella conversación, desapareció completamente el objeto de las inquietudes.

El testamento de Mazarino fue el tema de la conversación en el último servicio; después mandó Fouquet que devanen los tarros de confituras y las fuentes de licores al salón próximo a la galería, al cual condujo de la mano a una mujer, reina aquella noche por su preferencia.

Luego, suspiraron los violines, y comenzaron los paseos por la galería y por el jardín, bajo un cielo de primavera dulce y perfumado.

Pellison se llegó entonces al lado del superintendente y le dijo:

— ¿Monseñor tiene algún disgusto?

—Uno muy grande —respondió el ministro—: haced que os cuente eso Gourville.

A1 volverse, Pellisson, encontró a La Fontaine que le pisaba los talones, y tuvo que escuchar una composición en metro latino del poeta sobre Vatel.

Hacía una hora que La Fontaine medía esta composición por todos los rincones, buscándole colocación ventajosa.

Creyó agarrar a Pellisson; mas se le escapó.

Entonces se volvió hacia Loret, que también acababa de componer una cuarteta en honor de la comida y del anfitrión.

La Fontaine intentó en vano colocar sus versos. Loret también quería colocar su cuarteta.

Vióse, pues, obligado a retroceder, y se colocó junto al señor conde de Chanost, a quien Fouquet acababa de coger del brazo.

El abate Fouquet comprendió que, distraído el poeta, como siempre, iba a decirlos e intervino.

Entonces se pavoneó La Fontaine y recitó su composición:

El abate, que no sabía latín, movía la cabeza cada osamenta, a cada movimiento que La Fontaine imprimía a su cuerpo, según las ondulaciones de los dáctilos o de los espondeos.

Entre tanto, Fouquet contaba el suceso al señor de Chanost, su yerno:

—Es menester mandar a todos los inútiles a los fuegos artificiales — dijo Pellisson a Gourville—, en tanto que, nosotros charlamos aquí.

—Está bien —contestó Gourville—, que dijo cuatro palabras a Vatel. Advertiáse entonces que este último conducía hacia los jardines la mayor parte de los pisaverdes, damas y parlanchines, mientras los hombres paseaban por la galería, alumbrada con trescientas bujías de cera, en presencia de todos los aficionados a los fuegos artificiales, ocupados en correr por el jardín.

Gourville se acercó a Fouquet y le dijo:

—Monseñor, aquí estamos todos.

— ¿Todos?—contestó Fouquet. –

—Sí, contad.

El superintendente se volvió y contó; había ocho personas. Pellisson y Gourville paseaban cogidos del brazo, como si charlaran de temas vagos y ligeros. Lacet y dos oficiales los imitaban en sentido inverso.

El abate Fouquet paseábase solo. Fouquet, con el señor de Chanast, caminaba como absorto en la conversación de su yerno.

—Señores —dijo—, que nadie de vosotros levante la cabeza al andar, ni parezca, que pone atención en nada; seguid paseando. Estamos solos; escuchadme.

Hubo un gran silencio, turbado únicamente por los gritos lejanos de los alegres convidados, que íbanse colocando en los bosquecillos para ver mejor los cohetes. Espectáculo extraño era el de estos hombres, que paseaban en grupos, como ocupado cada cual en una cosa, y, no obstante, atentos a la palabra de uno solo de ellos, que, por su parte, fingía hablar sólo con su vecino.

—Señores —dijo Fouquet—, sin duda habréis observado que dos de nuestros amigos faltan esta noche a la reunión del miércoles:.. ¡Por Dios, abate, no os paréis, que no es necesaria para oír!... Id andando, por favor, con vuestros movimientos de cabeza más naturales, y ya que tenéis excelente vista, poneos a esa ventana, y si alguien vuelve hacia la galería, avisadnos tosiendo.

El abate obedeció:

— ¡No he echado de menos a los ausentes! —dijo Pellisson, que en este instante volvía completamente la espalda a Fouquet, andando en sentido inverso.

—Yo —dijo Loret, no veo al señor Lyodot, que me paga la pensión.

—Y yo —añadió él abate desde la ventana—, tampoco veo a mi querido Eymeris, que me debe mil cien libras de nuestra ánima horlanga.

—Loret —prosiguió Fouquet marchando inclinado y con aspecto sombrío—, ya no volveréis a cobrar la pensión de Lyodot, y vos, abate, jamás veréis las mil cien libras de Eymeris, porque uno y otro van a morir.

— ¡Morir! —murmuró la reunión, detenida a pesar suyo en su papel de comedia por la terrible palabra.

—Continuad, señores —dijo Fouquet—, porque tal vez nos estén espiando. He dicho "¡morir!"

— ¡Morir! —repitió Pellisson—. ¡Esos hombres a quienes he visto no hace seis días llenos de salud, de vida y de porvenir! ¿Que es, pues, el hombre; santo Dios? ¿Por qué una enfermedad lo destruye en un instante?

—No es enfermedad —dijo Fouquet.

—Entonces, hay remedio —repuso Loret.

—Ninguno. Los señores de Lyodot y; de Eymeris están en la víspera de su última jornada.

— Entonces, ¿de qué mueren esos señores? preguntó un oficial.

—Preguntádselo a quien los mata —contestó Bouquet.

— ¡Quién los mata!

— ¿Los matan? —exclamó el coro espantado.

—Hacen más aún. ¡Los ahorcan! —murmuró Fouquet, con voz siniestra que resonó como fúnebre doblar de campanas en aquella rica galería, brillante de cuadros, de flores, de terciopelo, de oro.

Todos paráronse involuntariamente, y el abate abandonó la venta; los primeros cohetes de los fuegos artificiales comenzaban a subir por encima de los árboles.

Un grito prolongado, que partió de los jardines, llamó al superintendente a gozar del golpe de vista. Acercóse a la ventana, y detrás de él se colocaron todos sus amigos, atentos a sus menores palabras.

—Señores —dijo—, el señor Colbert, ha hecho prender, juzgar y hará ejecutar a nuestros amigos. ¿Qué debo hacer yo? Responded:

— ¡Diantre! —dijo el abate el primero—. Es preciso despanzurrar al señor Colbert.

— Monseñor —dijo Pellisson—, hay que hablar a Su Majestad.

—Querido Pellisson, el rey ha firmado la orden de ejecución.

—Pues bien —dijo el conde de Chanost—, es necesario que no se verifique la ejecución.; esto es lo que hay que evitar ante todo.

—Imposible —dijo Gourville—, a menos que no se corrompa a los carceleros.

—O al alcaide —continuó Fouquet.

—Esta noche puede hacerse escapar a los presos.

— ¿Quién de vosotros se encarga de ello?

—Yo —contestó el abate— llevaré el dinero.

—Yo —añadió Pellisson— llevaré la palabra.

—La palabra y el dinero —dijo Fouquet; quinientas mil libras al alcaide de la Conserjería me parece bastante, no obstante, se pondrá hasta un millón, si se cree necesario.

— ¡Un millón! —exclamó el abate—. Por la mitad de esa cantidad pondría yo a saco medio París.

—Nada de desorden —dijo Pellisson—; estando ganado el alcaide, se escapan los presos; entonces irán a los enemigos de Colbert y demuestran a1 rey que su justicia no es infalible; como todas las exageraciones.

—Id; pues a París, Pellisson —dijo Fouquet—, y traednos las dos víctimas. ¡Mañana ya veremos! Gourville; entregad las quinientas mil libras a Pellisson.

— Cuidad que no se os lleve el viento —observó el abate—. ¡Qué responsabilidad, diablo! Dejadme ayudaros un poco, y estaré más tranquilo.

— ¡Silencio! —ordenó Fouquet—. Alguien se aproxima. ¡Oh! Los fuegos artificiales son de un efecto magnífico.

En aquel momento cayó una lluvia de chispas en los ramajes del bosque inmediato.

Pellison y Gourville salieron juntos por la puerta de la galería, y Fouquet bajó al jardín con los otros cinco conjurados.

LVII

LOS EPICÚREOS

Como Fouquet prestaba, o simulaba prestar toda su atención a las brillantes iluminaciones, a la música lánguida de los violines y de los oboes, y a los chispeantes cohetes de las fuegos que, iluminando el cielo con intensos reflejos, recortaban la silueta sombría del torreón de Vincennes; y, como también sonríe a las damas y a los poetas, su fiesta no fue menos alegre que de costumbre. Vatel, cuya mirada, inquieta y hasta celosa, interrogaba con insistencia la de Fouquet, no se mostró descontento de la acogida hecha al orden del sarao.

Terminados los fuegos, todos se dispersaron par los jardines y bajo los pórticos de mármol, con aquella dulce libertad que denuncia en el amo de la casa olvido de la grandeza; hospitalidad exquisita y tanta suntuosidad descuidada.

Los poetas comenzaron a vagar, cogidos del brazo, por los bosquecitos, y aun algunos se tendieron sobre lechos de musgo, con gran detrimento de los vestidos de terciopelo y de los bordados, en los que se introducían las hojas secas más pequeñas Y los tallos de verdura.

Las damas, en corto número, escucharon los cánticos de los artistas y los versos de las poetas; otras escucharon la prosa que decían, con mucha arte, hombres que no eran cómicos ni poetas, mas a quienes la juventud y la soledad daban una elocuencia extraordinaria, que les parecía preferible a todas.

— ¿Por qué —preguntó La Fontaine— no ha bajado al jardín nuestro maestro Epicuro? Nunca Epicuro abandona a sus discípulas.

—Señor —díjole Conrart—, hacéis mal persistiendo en decorar con el nombre de epicúreo; en verdad que nada recuerda aquí la doctrina de ese filósofo.

— ¡Bah! —repuso La Fontaine—. ¿No está escrito que Epicuro compró un jardín y que vivió tranquilamente en él con sus amigos?

—Cierto.

—Pues bien, ¿no ha comprado el señor Fouquet un hermoso jardín en Saint Mandé, y no vivimos aquí muy tranquilamente con él y nuestros amigos?

—Sin duda, pero ni el jardín ni los amigos pueden servir de comparación. Por otra parte, ¿dónde está la semejanza de la doctrina del señor Fouquet con la de Epicuro?

— En esta: “el placer proporciona la felicidad”.

— ¡Y bien!

— ¿Y qué?

—No creo que nos encontremos desgraciados; yo, por lo menos, no. Buena comida, vino de Joigny, que tiene la atención de ir a buscarme a mi taberna favorita, y ningún disgusto en una hora de mesa, a pesar de haber diez millonarios y veinte poetas.

—Alto ahí. ¿Habéis hablado de vino de Joigny y de buena comida? ¿Insistís en ello?

—Insisto, al hecho, como se dice en Port Royal.

— Entonces, tened presente que el gran Epicuro vivía y hacía vivir a sus discípulos con pan, legumbres y agua clara.

—Eso no es verdad —dijo La Fontaine—, y podría ser muy bien que confundieseis a Epicuro con Pitágoras, amigo Cantan.

— Acordaos también de que el antiguo filósofo era muy mal amigo de los dioses Y de los magistrados.

— ¡Oh! Esa es lo que no puedo tolerar —replicó La Fontaine.

—No lo comparéis con el señor superintendente —dijo Conrart con voz conmovida—, pues acreditaréis los rumores que ya corren sobré él y respecto a nosotros.

— ¿Qué rumores?

—Que somos malos franceses, libios al monarca y sordos a la ley.

—Entonces, vuelvo a mi texto —dijo La Fontaine—. Oíd, Conrart, escuchad la moral de Epicuro a quien por otra parte de asidero, si es preciso que lo diga, como un mito. Todo lo que hay de notable en la antigüedad es mito. Júpiter, si se considera bien, es la vida; Alcides es la fuerza. Aquí están las palabras para darme razón; Zeus es ser, vivir; Alcides es alce, vigor. Pues bien, Epicuro es la grata vigilancia, la protección. ¿Y quién vigila mejor el Estado, y quién protege mejor a los individuos que el señor Fouquet?

—Estáis hablando etimología; pero no moral; digo, que nosotros, los epicúreos modernos, somos malos ciudadanos.

— ¡Oh! —exclamó La Fontaine—. Si nos hacemos perversos ciudadanos, no será *por seguir* las máximas del maestro. Oíd uno de sus principales aforismos.

—Ya oigo.

—“Desead buenos jefes.”

— ¿Y qué?

— ¡Y qué! ¿Qué nos dice el señor Fouquet todos los días? “¿Cuándo estaremos gobernados?” ¿Lo dice o no? Vamos, Conrart, sed franco.

—Lo dice, es cierto.

—Pues bien: doctrina de Epicuro.

—Sí, pero eso es un poco sedicioso.

— ¡Cómo! ¿Es sedicioso querer ser gobernado por buenos jefes?

—Sin duda, cuando los que gobiernan son malos.

— ¡Paciencia! Tengo respuestas para todo.

— ¿Aun para lo que acaba de decir?

—Escuchad: “Someteos a los que gobiernan mal...” ¡Oh! Está escrito: Cacos *politeuousi*... ¿Es exacto el texto?

— ¡Pardiez! Ya lo creo. ¿Sabéis que habláis el griego como Esopo, mi querido La Fontaine?

— ¿Lo decís en chanza, mi querido Conrart?

— ¡Dios me libre!

—Entonces, volvamos al señor Fouquet. ¿Qué nos repetía siempre? “¡Qué tunante ese Mazarino! ¡Qué asno! ¡Qué sanguijuela! ¡Y, sin embargo, es preciso obedecer a ese pícaro!” ¿No es esto, Conrart? ¿Lo decía o no lo decía?

—Confieso que lo decía, y quizá algo más:

—Como Epicuro, amigo mío, siempre como Epicuro; lo repito, somos epicúreos, y esto es muy divertido.

—Sí, pero temo que se levante a nuestro lado una secta como la de Epicieto; ya sabéis, el filósofo de Hierópolis; aquel que denominaba al pan lujo, a las legumbres prodigalidad, y al agua clara embriaguez; aquel que, azotado un día por su amo, le decía gruñendo un poco, pero sin incomodarse lo más mínimo: “¿Apostamos a que me habéis roto uña pierna?” Y ganó la apuesta. Ese Epicteto era un idiota.

—Corriente; pero podría muy bien ponerse a la moda cambiando únicamente su nombre por el de Colbert.

— ¡Bah! —replicó La Fontaine.

— Eso es imposible; jamás encontraréis a Colbert en Epicieto.

—Es verdad, yo buscaré, Co*luber* todo lo más.

— ¡Ah! Estáis abatido, Conrart, pues os refugiáis en los juegos de palabras. El señor Arnault pretende que yo no tengo lógica... Tengo más que el señor Nicolle..

—Sí —contestó Conrart—, tenéis lógica, pero sois jansenista. Estas palabras fueron acogidas con una estrepitosa carcajada. Poco a poco habían sido atraídos los paseantes por los gritos de los ergotistas en derredor del bosquecillo don Culebra.

Le peroraban: Toda la discusión había sido escuchada religiosamente, y el mismo Fouquet, conteniéndose apenas, había dado ejemplo de moderación.

Pero el desenlace de la escena le puso fuera de quicio, y estalló. Todo el mundo estalló como él, y los dos filósofos fueron saludados con felicitaciones unánimes.

No obstante, La Fontaine fue declarado vencedor a causa de su erudición profunda y de su lógica incontestable.

Conrart obtuvo las indemnizaciones debidas a un combate desgraciado; lo elogiaron por la lealtad de sus intenciones y la pureza de su conciencia. En el momento en que se manifestaba esta alegría con las más vivas demostraciones, y cuando las damas hacían cargos a los dos enemigos, por no haber hecho entrar a las mujeres en el sistema de felicidad epicúrea, se vio venir a Gourville del otro extremo del jardín. Se acercaba a Fouquet, que lo acechaba con la vista, y éste se destacó del grupo.

El superintendente conservó en su semblante la risa y todos los caracteres de la tranquilidad; mas apenas lo perdieron de vista dejó la máscara.

— ¿Dónde está Pellisson? —dijo con viveza—. ¿Qué hace Pellisson?

—Pellisson regresa de París.

— ¿Ha traído los presas?

—Ni siquiera ha podido ver al alcaide de la Conserjería.

— ¡Qué! ¿No ha dicho que iba en nombre mío?

—Lo ha dicho; pero el alcaide ha mandado responder: "Si vienen de parte del señor Fouquet, deben traer una carta suya."

— ¡Oh! —murmuró éste—. Si sólo se trata de darla una carta...

—Jamás —replicó Pellisson, que apareció en el extremo del bosquecillo—, jamás, monseñor... Id vos mismo y habladle en vuestro nombre.

—Sí, tenéis razón, voy a entrar en mi cuarto como para trabajar; dejad enganchados los caballos, Pellisson; entretened a mis amigos, Gourville.

—Escuchad un consejo; monseñor ——respondió éste.

—Hablad, Gourville.

—No vayáis a ver al alcalde sino en el último momento; es osado, pero no hábil.

—Dispensadme, señor Pellisson, si tengo otro parecer que el vuestro

— Pero creedme, monseñor; haced que hablen otra vez al alcaide, que es un hombre galante; pero no vayáis vos mismo.

—Yo avisaré—repuso Fouquet—; además, tenemos la noche entera.

—No contéis mucho con el tiempo, pues aunque fuese doble del que tenemos —replicó Pellilisson—, nunca es una falta llegar demasiado pronto.

—Adiós —dijo el superintendente—, venid conmigo, Pellisson. Gourville, os recomiendo mis convidados. Y partió.

Los epicúreos no advirtieron que el jefe de la escuela había desaparecido; los violines tocaron durante toda la noche.

LVIII

QUINCE MINUTOS DE RETRASO

La segunda vez que en aquel día, salía Fouquet de casa, sentíase menos torpe y turbado de lo que pudiera creerse.

Dirigiéndose a Pellisson, que en un rincón de la carroza meditaba gravemente alguna buena argumentación contra los entusiasmos de Colbert, le dijo:

—Mi querido Pellisson, es lástima que no seáis mujer.

—Lo creo, al contrario, una fortuna —replicó Pellisson—, porque, al fin, monseñor, soy excesivamente feo.

— ¡Pellisson! ¡Pellisson! —dijo el superintendente riendo—. Repetís demasiado que sois feo para no dejar de creer que esto os causa mucha pena.

Mucha, efectivamente, monseñor; no hay ningún hombre más desgraciado que yo; yo era guapo, pero las viruelas me volvieron horrible. Estoy privado de un gran medio de seducción; pero, si siendo vuestro primer dependiente, o poco menos, y manejando vuestros negocios e intereses, me convirtiese en una mujer hermosa, os prestaría un servicio, importante.

— ¿Cuál?

—Iría a ver al alcaide del palacio, lo seduciría, porque es un cortejador y un enamorado ridículo, y me traería los dos presos.

—Eso espero yo hacer, aunque no sea una mujer bonita —replicó Bouquet.

—Conforme, monseñor; pero os comprometéis mucho.

— ¡Oh! —exclamó de pronto Fouquet, con uno de esos secretos transportes de quien tiene en sus venas la sangre generosa de la juventud o el recuerdo de una emoción dulce.

— ¡Oh! Conozco una mujer que será, con el teniente de alcaide de la Conserjería el personaje que necesitamos.

—Yo conozco cincuenta, monseñor; pero son cincuenta trompetas que enterarán al universo entero de vuestra generosidad, de vuestro sacrificio por los amigos; y que, por tanto os perderán tarde o temprano perdiéndose ellas.

—Yo no me refiero a esas mujeres, Pellisson; hablo de una criatura noble y bonita que une al talento de su sexo el valor la sangre fría del nuestro; hablo de una mujer bastante bella para que los muros de la cárcel se inclinen para saludarla; de una mujer bastante prudente para que nadie sospeche por quién va enviada.

—Un tesoro —exclamó Pellisson—; haríais un gran regalo al señor alcaide de la Conserjería. ¡Diablo! Monseñor, podría suceder que le cortasen la cabeza; pero antes de morir habría tenido una fortuna, tal como nadie la ha encontrado antes que él.

—Y añado —dijo Fouquet—, que no cortarán la cabeza al alcaide, pues se salvará con mis caballos, que yo le daré, y con quinientas mil libras para vivir holgadamente en Inglaterra; añado también que esa mujer, amiga mía, no le dará otra cosa que los caballos y el dinero. Vamos a buscar a esa mujer, Pellisson.

El superintendente tendió la mano hacia el cordón de seda y oro colocado en el interior de la carroza, mas lo detuvo Pellison.

—Monseñor —dijo—, vais a perder en busca de esa mujer tanto tiempo como Colón tardó en encontrar el Nuevo Mundo. No disponemos más que de dos horas, y si el alcaide se acuesta, ¿cómo hemos de penetrar en su casa sin gran ruido? Si llega a ser de día, ¿cómo ocultaremos nuestros pasos? Id, señor; id vos mismo y no busquéis ni ángel ni mujer por esta noche.

—Pero, amigo Pellisson, ¡si estamos en la puerta!

— ¿Delante de la puerta del ángel?

—Sí.

— ¡Esta es la casa de la señora de Vellières!

— ¡Chitón!

— ¡Ah! ¡Dios mío!—exclamó Pellisson.

— ¿Qué tenéis que decir contra ella? —preguntó Fouquet.

— ¡Nada, nada! Esto es lo que me desespera. Nada, absolutamente nada... ¡Si pudiera deciros de ella mucho malo para que no subieseis a su casa!

Pero ya había dado Fouquet orden de parar y la carroza permanecía, inmóvil.

— Que no subiera! —dijo Fouquet—. Ningún poder humano me impediría decir un cumplido a la señora du Plessis Vellières; además, ¿quién sabe si no tendremos necesidad de ella? ¿Subís conmigo?

—No, monseñor, no.

—Es que no quiero me esperéis, Pellisson —replicó Fouquet con sincera cortesía.

—Razón de más, monseñor; sabiendo que me hacéis esperar estaréis arriba menos tiempo... ¡Pero, cuidado! ¿Veis una carroza en el patio? ¡Alguien hay en su casa!

Fouquet inclinóse a la portezuela, como para salir.

— ¡Una palabra! —murmuró Pellisson——. ¡No vayáis a ver a esa mujer sino después de haber estado en la Conserjería, por favor!

— ¡Ah! Cinco minutos, Pellisson —replicó Fouquet bajando al umbral mismo de la casa.

Pellisson quedóse en la carroza con el ceño fruncido.

Fouquet subió a casa de la marquesa y se dio a conocer al criado, el cual comenzó a hacer demostraciones que atestiguaban el hábito de respetar aquel nombre.

— ¡Señor superintendente! —dijo la marquesa adelantándose muy pálida hacia Fouquet—. ¿Qué honor tan inesperado!

Y luego añadió en voz baja:

— ¡Tened cuidado! ¡Margarita Vanel está en mi cuarto!

—Señora —respondió Fouquet turbado—, venía a hablaros de asuntos… Una sola palabra... Entraron en el salón.

La señora Vanel se había levantado, más pálida y lívida que la misma envidia. Fouquet dirigióle en vano uno de los saludos más encantadores y pacíficos; ella sólo respondió con una ojeada terrible, lanzada sobre la marquesa y Bouquet. Margarita Vanel hizo una reverencia a su amiga, otra más profunda a Fouquet, y se despidió pretextando un sinnú-

mero de visitas que había de hacer, sin que la marquesa ni éste pensasen en retenerla; tal era su inquietud.

Apenas salió, cuando Fouquet, solo ya con la marquesa echó a sus pies, sin pronunciar palabra.

—Os esperaba —dijo la marquesa con dulce sonrisa.

— ¡Oh! No —murmuró Fouquet—; entonces habríais despedido a esa mujer.

—Apenas hace un cuarto de hora que ha llegado, y yo no podía suponer que viniese esta noche.

— ¿De modo que me amáis un poco, marquesa?

—No se trata de eso, señor, sino de vuestros peligros. ¿Cómo están vuestros asuntos?

—Esta misma noche voy a sacar a mis amigos de las cárceles del palacio.

— ¡Cómo!

—Comprando, sobornando al alcaide.

—Es de más amigos. ¿Puedo ayudaros sin haceros daño?

— ¡Oh, marquesa! Ese sería un gran servicio. Pero, ¿cómo hacerlo sin comprometeros? Nunca serán rescatadas ni mi vidú, ni mi poder, ni aun mi libertad, si es necesario que caiga una lágrima de vuestros ojos, si es preciso que un dolor obscurezca vuestra frente.

—Monseñor, no me digáis más esas palabras, que me embriagan, soy culpable de haber querido serviros, sin calcular las consecuencias de mis pasos. Yo os amo, en efecto, como una tierna amiga, y como amiga os agradezco vuestra delicadeza, pero, ¡ah! nunca encontraréis en mí una querida.

— ¡Marquesa! ——exclamó Fouquet con voz desesperada—. ¿Por qué?

—Porque sois demasiado amado —dijo en voz muy baja la joven—; porque lo sois par demasiadas gentes. Porque el brillo de la gloria y de la fortuna hiere mis ojos, mientras que el dolor sombrío los atrae; porque, finalmente, yo, que os he rechazado en vuestra fastuosa magnificencia, yo que apenas os he mirado cuando resplandecíais, he ido, como mujer extraviada, a arrojarme, por decirlo así, en vuestros brazos, cuando vi una desgracia que amenazaba vuestra cabeza... ¿Me comprendéis ahora, monseñor?...

—Volved a ser feliz, para que yo vuelva a ser casta de corazón y de pensamientos, me perdería vuestro infortunio.

— ¡Oh, señora! —exclamó Fouquet con emoción no sentida hasta entonces—. Si cayese en el último grado de la miseria humana ¿oiría de vuestra boca esa palabra que me negáis? ¡Ese día, señora, creeríais consolar al más desdichado de los hombres, y diríais: "¡te amo!", al más ilustre, al más risueño, al más triunfante de los felices de este mundo!

Todavía estaba a sus pies besándole las manos, cuando Pellisson entró precipitadamente exclamando:

— ¡Monseñor!

— ¡Señora! Por favor, perdonadme…

—Monseñor, hace media hora que estáis aquí...

— ¡Oh! No me miréis los dos con ese aire de reconvención...

—Señora, por piedad, ¿quién es esa dama que ha salido de vuestra casa cuando entraba monseñor?

—Madame Vanel—dijo Fouquet.

— ¡Ella aquí! —exclamó Pellisson—. Estaba seguro de ello,

— ¿Y qué?...

—Ha subido muy pálida a la carroza.

— ¿Y qué me importa? —dijo Fouquet.

—Sí, pero lo que os importa es lo que ha dicho a su cochero.

— ¿Pues qué le ha dicho, Dios Santo? —exclamó la marquesa.

—A casa del señor Colbert —dijo Pellisson con voz ronca.

— ¡Gran Dios! ¡Marchad, monseñor! —respondió la marquesa, conduciendo a Fouquet fuera del salón mientras Pellisson lo arrastraba por la mano.

—Pero, señor —dijo el superintendente—, ¿soy acaso un niño a quien se le causa miedo con una sombra?...

—Sois un gigante —dijo la marquesa—, a quien una víbora trata de picar en el talón.

Pellisson siguió arrastrando a Fouquet hacia la carroza.

— ¡Al palacio! ¡A escape! —gritó al cochero.

Los caballos salieron como el rayo; ningún obstáculo debilitó su marcha un solo instante. Pero en la arcada de San Juan, cuando iban a desembocar en la plaza de la Grève, una fila larga de jinetes, obstruyendo el paso, detuvo la carroza del superintendente. No hubo medio de forzar esta barrera, y fue menester que pasasen los arqueros de la ronda a caballo, pues eran ellos, con el pesado carretón que escoltaban y que subía rápidamente hacia la plaza Baudoyer.

Fouquet y Pellisson no prestaron atención a este acontecimiento, sino para deplorar el minuto de retraso que sufrían, entrando cinco minutos después en casa del alcaide.

Éste paseábase aún por el primer patio.

Al nombre de Fouquet, pronunciado a su oído por Pellisson, el alcaide se acercó a la carroza con presteza, y, sombrero en mano, aumentó sus reverencias.

— ¡Qué honor para mí, monseñor! —dijo.

—Una palabra, señor alcaide. ¿Queréis entrar en mi carroza?

El oficial entró en la pesada máquina y se sentó frente a Fouquet.

—Señor —dijo Fouquet—, he de pediros un favor.

—Hablad, monseñor.

—Favor comprometido para vos, señor, pero que os promete para siempre mi protección y mi amistad.

—Aunque fuera necesario que me arrojase al fuego por vos, lo haría, monseñor.

—Bien —dijo Fouquet—, lo que os pido es más sencillo.

—Está hecho, monseñor. ¿De qué se trata?

—De conducirme a las habitaciones de los señores Lyodot y Eymeris.

— ¿Quiere explicarme monseñor para qué?

—Os lo diré en su presencia, señor, al mismo tiempo que os daré todos los medios de paliar esta evasión.

— ¡Evasión! ¿Conque monseñor no sabe?...

— ¿Qué?

—Que el señor Lyodot y el señor Eymeris ya no están aquí.

— ¿Desde cuándo? —preguntó temblando Fouquet.

—Desde hace un cuarto de hora.

—Pues ¿dónde se hallan?

—En el torreón de Vincennes.

— ¿Quién los ha sacado de aquí?

—Una orden del rey.

— ¡Desgracia! —murmuró Fouquet golpeándose la frente—. ¡Desgracia!

Y sin decir una palabra más al alcaide, quedó, en su carroza con la desesperación en el alma y la muerte en el semblante.

— ¿Qué hay? —dijo Pellisson con ansiedad.

— ¡Nuestros amigos están perdidos! ¡Colbert los ha llevado al torreón! Ellos eran con quienes nos cruzamos en la arcada de San Juan. Herido Pellisson como por un rayo; no contestó palabra. Con un solo reproche hubiera matado a su amo.

— ¿Dónde va, monseñor? —preguntó el lacayo.

—A mi casa de París; vos, Pellisson, volved a Saint Mandé y enviadme al abate Fouquet para dentro de una hora. ¡Marchad!

LIX

PLAN DE BATALLA

Estaba muy avanzada la noche cuando el abate Fouquet entró en el cuarto de su hermano. Gourville le seguía. Estos tres hombres estaban pálidos, presintiendo acontecimientos futuros, y parecían menos tres poderosos del día que tres conspiradores unidos por igual pensamiento de violencia. Fouquet se paseaba hacía mucho tiempo con los ojos bajos , y las manos cruzadas.

Tomando por fin valor y dando un gran suspiro:

—Abate —dijo—, hoy mismo me habéis hablado de ciertas gentes a quienes mantenéis.

—Sí, monseñor —respondió el abate.

—La verdad, ¿quiénes son esas gentes?

El abate vaciló.

— ¡Vamos! Nada de miedo, que no amenazo; nada de bromas, que no chanceo.

—Ya que me preguntáis la verdad, monseñor, os diré que tengo ciento veinte amigos o compañeros de placeres, tan unidos a mí como los ladrones a la horca.

— ¿Y podéis contar con ellos?

—Absolutamente.

— ¿Y no os comprometeréis?

— Ni me lo figuro siquiera.

— ¿Y son gente decidida?

—Quemarán a París si les prometo que ellos no serán quemados

—Lo que yo os pido, abate —dijo Fouquet—, es lanzar, vuestros ciento veinte hombres sobre la gente que yo designe en un momento dado... ¿Es posible?

—No será la vez primera que les suceda tal cosa, monseñor.

—Bien; pero, ¿esos bandidos atacarán... a la fuerza armada?

—Es su costumbre.

—Entonces, reunid vuestros ciento veinte hombres, abate.

—Corriente. Y; ¿dónde?

—En el camino de Vincennes, mañana, a las dos en punto.

— ¿Para arrebatar a Lyodot y a Eymeris?. . .

—Habrá golpes que recibir.

—Muchísimos. ¿Tenéis miedo?

—Por mí, no, sino por vos.

— ¿Sabrán vuestros hombres lo que hacen?

—Son lo suficiente inteligentes para no adivinarlo... Pero un ministro que provoca una rebelión contra su rey... se expone.

— ¿Y qué os, importa, si pago?... Además, si caigo, vos; caéis conmigo.

—Entonces, será muy prudente no moverse, monseñor, y dejar al rey que se tome esa insignificante satisfacción.

—Bien podéis pensar, abate, que Lyodot y Eymeris en Vincennes, son un preludio de ruina para mi casa. Lo repito; si yo soy arrestado, vos seréis apresado; si yo apresado, vos desterrado.

—Monseñor, estoy a vuestra disposición. ¿Tenéis que darme órdenes?

—Lo dicho: que mañana, los dos banqueros de quienes se pretende hacer víctimas, cuando hay tantos criminales impunes, sean arrancados al furor de mis adversarios. Tomad vuestras medidas en consecuencia.. ¿Es posible?

—Es posible:

—Decidme vuestro plan.

—Mi plan es de una sencillez admirable. La guardia ordinaria para las ejecuciones consta de doce arqueros.

—Mañana irán ciento.

–Cuento con ello, y digo más: habrá doscientos.

—Entonces, no tenéis suficiente con ciento veinte hombres.

—Perdonad. En toda multitud compuesta de cien mil espectadores, hay diez mil bandidos o descuideros, pero que no se atreven a tomar la iniciativa.

— ¿Y qué?

—Mañana habrá en la plaza de la Grève, a la cual escojo por teatro, diez mil auxiliares de mis ciento veinte hombres. La batalla la comienzan éstos y la acaban los otros.

— ¡Bien! ¿Pero qué se hace con los presos?

—Se les hará entrar en una casa cualquiera de la plaza, y allí será necesario un sitio para que puedan arrebatarlos... Y, mirad, otra idea más sublime todavía: ciertas casas tienen dos salidas, una a la plaza de la Grève y otra a la calle de Mortelliere, o de la Vannerie, o de la Tixeranderie. Los presos que penetren por una, saldrán por la otra.

— ¡Pero decid algo positivo!

—Voy a buscar.

—Pues yo —exclamó Fouquet—, ya he encontrado; escuchad lo que me sucede en este momento.

—Escucho.

Fouquet hizo una seña a Gourville, el cual pareció comprender.

—Cierto amigo mío me presta a veces las llaves de una casa que tiene alquilada en la calle de Baudoyer, y cuyos espaciosos jardines extiéndanse detrás de cierta casa de la plaza de la Grève.

—Ese es el asunto —dijo el abate—. ¿Cuál es la casa?

—Una taberna, cuya muestra representa la imagen de Nuestra Señora.

—La conozco —dijo el abate. —La taberna tiene ventanas que dan a la plaza, y salida a un patio que debe conducir a los jardines de mi amigo por una puerta de comunicación.

—Corriente.

—Entrad por la taberna con los presos y haced que defiendan la puerta, mientras que vos los hacéis huir por el jardín y la plaza Baudoyer.

—Es cierto, señor; haríais un general excelente como el señor príncipe,¿comprendido? —

—Perfectamente.

— ¿Cuánto necesitáis a fin de atracar a vuestros bandidos con vino y para satisfacerlos con oro?

— ¡Oh, monseñor, qué expresión! ¡Si ellos os escuchasen! Algunos son muy susceptibles.

—Quiero decir, que se debe hacer de modo que no distingan el cielo de la tierra, porque mañana lucharé con el rey, y cuando yo lucho quiero vencer, ¿comprendéis?

—Hecho, monseñor... Decidme las otras ideas.

—Eso es cosa vuestra.

—Entonces, entregadme vuestra bolsa.

—Gourville, contad cien mil libras al abate.

—Bueno... y no economizamos nada, ¿eh?

—Nada.

—Muy bien.

—Monseñor —objetó Gourville—, si saben esto, perdemos la cabeza. Vamos, Gourville —replicó Fouquet rojo de cólera—, me causáis lástima; hablad por vos, quedo, mas lo que es mi cabeza no vacila de ese modo sobre mis hombros. Vamos, abate, ¿está dicho?

—Dicho está. ¿Mañana a las dos?

—A medio día, porque es necesario que prepare a mis auxiliares secretamente.

—Es verdad; no economicéis el vino del tabernero.

—No economizaré ni su vino ni su, casa —replicó el abate con sonrisa diabólica—. Os digo que tengo mi plan, dejadme ponerlo por obra y ya veréis.

— ¿Dónde os encontraré?

—Por hoy en ninguna arte. ¿Y cómo me enteraré?

—Por medio de un correo, cuyo caballo estará en el mismo jardín de vuestro amigo. A propósito; ¿cómo se llama ese amigo?

Fouquet miró de nuevo a Gourville, el cual vino en socorro de su señor, diciendo:

—La casa puede reconocerse perfectamente: la imagen de Nuestra Señora por delante, y un jardín, único en el barrio, por detrás.

—Perfectamente. Voy a avisar a mis soldados.

—Acompañadle, Gourville —dijo Fouquet—, y contadle el dinero. Un momento, abate... un momento, Gourville… ¿Qué aspecto se dará a este acontecimiento?

— Uno muy natural... Un tumulto.

— ¿Tumulto a propósito de qué? Porque, al fin; si alguna vez está dispuesto el pueblo de París a hacer fiestas al rey, es cuando hace ejecutar a los banqueros.

—Yo arreglaré eso—dijo el abate.

—Sí, pero lo arreglaréis mal y lo adivinarán.

—No, no... Tengo una idea.

—Manifestadla.

—Mis hombres gritarán, ¡Colbert! ¡Viva Colbert!, se arrojarán sobre los presos como para hacerlos pedazos y arrancarlos a la horca, que es suplicio más dulce.

— ¡Ah! Es, una idea, efectivamente —dijo Gourville—. ¡Diablo, señor abate, qué imaginación!

—Amigo, es digna de la familia —respondió éste con orgullo.

—Tunante —murmuró Fouquet. Y añadió en seguida:

— ¡Es ingenioso! Hacedlo y procurad no verter sangre.

Gourville y el abate salieron juntos.

El superintendente se acostó sobre unos cojines, soñando a medias con los terribles planes del siguiente día, y a medias con el amor.

LX
LA TABERNA “LA IMAGEN DE NUESTRA SEÑORA”

Al siguiente día, cincuenta mil curiosos habían tamado posición alrededor de dos horcas levantadas en la plaza de la Grève, entre el muelle del mismo nombre y el de Pelletier, la una junto a la otra adosadas al parapeto del río.

Aquella misma mañana todos los pregoneros jurados de la buena ciudad de París habían recorrido los barrios y arrabales pregonando con sus roncas voces, da gran justicia que mandaba hacer el rey con dos prevaricadares; ladrones y sanguijuelas del pueblo. Y e1 pueblo, cuyos intereses se tomaba con tanto ardor, dejaba sus tiendas y talleres, para no faltar al respeto debido a su rey y demostrar algún reconocimiento a Luis XIV, como harían los convidados que temieran ser descorteses no asistiendo a la casa de quien los hubiera invitado.

Según el tenor de la sentencia, que leían alto y mal dos pregoneros, dos arrendadores de contribuciones, acaparadores de dinero, malgastadores de caudales reales, concusionarios y falsarios, iban a sufrir la pena capital en la plaza de la Grève, con sus nombres fijos en la cabeza”

Mas la sentencia no hacía mención de estos nombres.

Llegaba, pues, al colmo la curiosidad de los parisienses, y, como ya hemos manifestado, una multitud inmensa esperaba con febril impaciencia la hora señalada, para la ejecución. Ya había corrido la noticia de que los presos, trasladados al castillo de Vincennes, serían conducidos desde esta cárcel a la plaza de la Grève; de modo que estaban intransitables el barrio y la calle de Sen Antonio, porque la población de París, en días de gran ejecución, dividiese en dos categorías: los que desean presenciar el paso de los condenados (corazones tímidos y dulces, curiosos de filosofía) y los que desean presenciar la muerte del sentenciado (corazones ávidos de sensaciones).

Aquel mismo día había recibido el señor de Artagnan sus últimas instrucciones del rey, y dado el correspondiente adiós a sus amigos, cuyo número quedaba reducido por al momento a Planchet. En seguida trazóse el plan de aquel día como debe hacerlo todo hombre ocupado, cuyos momentos cuenta porque aprecia su importancia.

—Mi marcha —dijo— está fijada para el amanecer; a las tres de la mañana; de modo que tengo quince horas mías. Quitemos las horas del sueño que me son indispensables, seis; una para la comida; siete; una de visita a Athos, ocho; y dos para casos imprevistos: total, diez: Todavía me quedan cinco horas. Una para hacer que me nieguen el dinero en casa de Fouquet; otra para ir a buscar ese dinero a casa del señor Colbert y recibir sus preguntas y sus gestos; y otra para inspeccionar mis armas, mis vestidos, y hacer que den manteca a mis botas. Aún me restan dos horas. ¡Pardiez! ¡Qué rico soy!

Al decir esto sintió Artagnan una alegría extraña, alegría de joven, perfume de aquellos hermosos y felices años de otro tiempo que subían a su frente y lo embriagaban.

—En esas dos horas —dijo el mosquetero— iré a “La Imagen de Nuestra Señora.” ¡Trescientas setenta y cinco mil libras! ¡Diantre! ¡Es sorprendente! Si el pobre que sólo tiene una libra en el bolsillo, tuviese una libra y doce sueldos, sería cosa muy justa; pero jamás suceden al pobre semejantes venturas. El rico, por el contrario, créase rentas con su dinero, al cual no toca jamás. ¡He aquí trescientas setenta y cinco mil libras que me caen del cielo, iré; pues, a “La Imagen de Nuestra Señora”, y beberé con mi inquilino un vaso de vino español que no dejará de ofrecerme. Pero es preciso orden, señor de Artagnan; es necesario orden. Organicemos, pues, nuestro tiempo, y repartamos el empleo de él. Artículo 1° Athos: Artículo 2° “La Imagen de Nuestra Señora”. Artículo 3° Señor Fouquet. Artículo 4° Señor Colbert: Artículo 5° Comer: Artículo 6° Vestidos, botas caballos, maleta. Artículo 7° y último. Sueño.

Por consiguiente, Artagnan se fue derecho a casa del conde de la Fère, a quien relató cándida y modestamente una parte de sus buenas aventuras.

Athos no estaba sin inquietud desde la víspera, con respecto a la visita de Artagnan al rey; pero le bastaron cuatro palabras, como cuatro explicaciones. Athos conoció que Luis había encargado a Artagnan de alguna comisión importante, y ni aun siquiera pretendió hacerle confesar el secreto. Sólo le ofreció discretamente acompañarlo si la cosa era posible.

—Pero, amigo —dijo Artagnan——, ¡si no me marcho!

— ¡Cómo! ¡Venís a despediros y no os marcháis!

— ¡Oh! Sí tal —replicó Artagnan ruborizándose un poco—. Van a hacer una adquisición.

—Eso es otra cosa. En tal caso varío de fórmula, y en lugar de deciros: “no os dejéis matar”, diré: “no os dejéis robar”.

—Amigo querido, os avisaré si fijo mi idea en alguna propiedad, y entonces tendréis la bondad de aconsejarme.

—Sí, sí —dijo Athos, demasiado delicado para permitirse la compensación de una sonrisa.

Raúl imitaba la reserva paterna, y Artagnan conoció que era demasiado misterioso abandonar a unos amigos con un pretexto, sin decirles siquiera el camino que llevaba.

—He escogido el Mans —dijo Artagnan—. ¿Es buen país?

—Excelente, amigo —replicó el conde sin hacerle advertir que el Mans estaba en la misma dirección que Tours, y que esperando dos días a lo más, podían hacer juntos el camino.

Pero Artagnan, más embarazado que el conde, socavaba a cada nueva explicación el barranco en que se había metido poco a poco.

—Mañana al amanecer me marcho —dijo al fin—. Hasta entonces, ¿quieres venirte conmigo, Raúl?

—Sí, señor caballero —dijo el joven—, si el señor conde no me necesita.

—No, Raúl, hoy tendré audiencia de Monsieur el hermano de el rey. Raúl pidió su espada a Grimaud, que se la llevó al instante.

—Entonces, —repuso Artagnan abriendo sus brazas a Athos—, adiós, querido amigo,

Athos lo abrazó largo tiempo, y Artagnan, que comprendió muy bien su discreción, le deslizó al oído:

—Asunto de Estado.

A lo cual sólo respondió Athos con un apretón de manos más significativo aún:

Entonces se separaron: Raúl tomó el brazo de su amigo, que le condujo por la calle de Saint Honoré.

—Te llevo a casa del dios Plutón —dijo Artagnan al joven; prepárate; todo el día verás apilar escudos. Pero, ¡Dios Santo! ¿Qué es esto?

— ¡Oh! Mucha gente hay en la calle —dijo Raúl.

— ¿Es día de procesión? —preguntó Artagnan a un transeúnte.

—Día de estrangulación, señor contestó éste.

— ¡Cómo! ¿Ahorcan —dijo Artagnan— en la Grève?

—Si, señor:

— ¡Vaya al diablo el bergante que se hace ahorcar el día que tengo precisión de cobrar a mi inquilino! —exclamó Artagnan—. Raúl; ¿has visto ahorcar?

— ¡Jamás, señor, a Dios gracias!

— ¡Lo que es la juventud! Si estuvieras de guardia en la trinchera, como yo he estado, y un espía... Pero, perdona, Raúl, yo desvarío... Tienes razón, es horrible ver ahorcar... ¿Queréis decirme a qué hora ahorcan, amigo?

—Caballero —repuso el hombre con deferencia, encantado de que iba a trabar conversación con gente de espada—, debe ser a las tres.

— ¡Oh! No es más que la una y mediad estiremos las piernas y llegáremos a tiempo para cobrar mis trescientas setenta y cinco libras y volver antes de la llegada del paciente.

—De los pacientes, señor —prosiguió el plebeyo—, porque son, dos.

—Amigo, os doy mil gracias —dijo Artagnan, que al ir envejeciendo se había vuelto de urbanidad refinada.

Y arrastrando a Raúl, lo dirigió aceleradamente hacia la plaza de la Creve.

Sin la grande costumbre que el mosquetero tenía de estar entre la multitud, y sin su puño irresistible, al .cual unía una resistencia :poco común de hombros, ninguno de, los dos viajeros; habría llegado a su destino.

Los dos seguían el muelle en que habían entrado al salir de la calle dé Saint—Honoré. Artagnan iba de]ante su codo, su puño y su hombro formaban tres puntas que sabía clavar, con arte los grupos para hacerlos romper y desunir como astillas de madera.

No pocas veces usaba como refuerzo la empuñadura de la espada, introduciéndola en los sitios más rebeldes, y haciéndola mover a guisa de palanca, separaba al esposo de la esposa, al tío del sobrino y al

hermano de la hermana. Todo esto tan naturalmente y con tan graciosas sonrisas, que era necesario tener costillas de bronce para no gritar gracias, cuando la empuñadura hacía su oficio, o corazones de diamante para no encantarse, cuando la sonrisa dilataba los labios del mosquetero,.

Siguiendo Raúl a su amigo contemplaba a las mujeres, que admiraban su hermosura, contentaba a los hombres, que sentían la rigidez de sus músculos, y ambos hendían, gracias a esta maniobra, la onda un poco compacta y alborotada del populacho.

Llegaron finalmente a la vista de las dos horcas, y Raúl volvió los ojos con pesar. Pero Artagnan ni siquiera las vio; su casa, cuyas ventanas estaban llenas de curiosos, atraía y absorbía toda la atención de que era capaz.

En la plaza y en derredor de las casas divisó buen número de mosqueteros con licencia, que unos con mujeres, otros con amigos, esperaban el instante de la ceremonia.

Lo que más le alegró fue ver que el tabernero, su inquilino, se desvivía por atender a todos sus clientes.

Tres mozos no bastaban para servir a los bebedores, que los había en la tienda, en los cuartos y en el patio mismo.

Artagnan hizo observar a Raúl esta afluencia, y añadió:

—No tendrá excusa el tuno para no pagarme. ¿Ves todos esos bebedores, Raúl? Se creería que son gente de buena compañía. ¡Diantre! Pero no hay sitio.

Entretanto, Artagnan consiguió atrapar al patrón por el cuello de su camisa y hacerse reconocer.

— ¡Ah! Señor —dijo el tabernero medio loco—. ¡Un minuto, por favor! Aquí tengo cien endiablados que agotan mi bodega.

—La bodega, bueno, pero no el cofre.

— ¡Oh! Señor, vuestros treinta y siete doblones y medio los tengo muy contados allá arriba en mi habitación; pero en esta otra sala hay treinta compañeros que chupan las tablas de un barrilito de Oporto que abrí esta mañana para ellos... Concededme un minuto, nada más que un minuto.

—Corriente.

—Me voy—dijo Raúl en voz baja a Artagnan—; esta alegría es innoble.

—Caballero —replicó Artagnan severamente—, vais a hacerme el gusto de quedaros; el soldado debe habituarse a todos los espectáculos. Hay en los ojos, cuando uno es joven, ciertas fibras que es preciso saber endurecer. Además, Raúl, ¿quieres dejarme aquí solo? Eso sería un mal para ti. Oye, allí está el patio, y en el patio un árbol; vente a su sombra y allí respiraremos mejor que en esta atmósfera caliente de vino derramado.

Desde el lugar en que estaban colocados los dos nuevos huéspedes de “La Imagen de Nuestra Señora”, oían el murmullo siempre creciente de las oleadas del pueblo, y no perdían ni un grito ni un gesto de los bebedores, sentados a las mesas en la taberna, o diseminados por las salas.

El árbol, bajo el cual habíanse sentado, los cubría con su ya espeso follaje. Era un copudo castaño, de ramas inclinadas, que derramaba su negra sombra sobre una mesa rota de tal modo, que los bebedores debían haber renunciado a servirse de ella.

Decimos que todo lo veía Artagnan desde este puesto. Observaba, en efecto, las idas y venidas de los mozos, la llegada de nuevos bebedores, y la acogida que se les hacía, unas veces afectuosa y otras hostil. Y todo lo observaba por pasatiempo, porque los treinta y siete doblones y medio tardaban en llegar.

Raúl se lo hizo observar, diciéndole:

—Señor, no dais prisa a vuestro inquilino; pronto van a llegar los reos, y habrá tal confusión entonces, que no podremos salir.

—Es verdad —dijo el mosquetero—. ¡Hola! ¡Eh! ¡Alguien aquí, pardiez!

Pero por más que gritó y golpeó sobre los restos de la mesa, que cayó hecha polvo a sus puñadas, nadie apareció.

Preparábase Artagnan a ir en busca del tabernero, para obligarle a una explicación definitiva, cuando la puerta del patio en que se hallaba con Raúl, puerta que comunicaba con el jardín trasero, se abrió trabajosamente sobre sus goznes ruinosos y un hombre, vestido de caballero, salió de ese jardín, con la espada envainada, pero no ceñida, atravesó el patio, sin cerrar la puerta, y, habiendo dirigido una mirada oblicua sobre Artagnan y su compañero, se dirigió a la taberna recorriéndolo todo con los ojos, que parecían penetrar las paredes y las conciencias.

— ¡Hola! —se dijo Artagnan interiormente—: ¿Quién será éste? ¡Ah! Sin duda es también un curioso de estrangulación.

En este mismo momento cesaron los gritos y el alborozo en las salas de arriba. Tal silencio, en semejantes circunstancias, sorprende tanto como un aumento de ruido. Artagnan quiso averiguar cuál era la causa de aquel silencio repentino.

Entonces vio que aquel hombre en traje de caballero acababa de entrar en la sala principal y arengaba a los bebedores, quienes lo escuchaban con mucha atención. Quizá hubiera oído Artagnan su alocución sin el ruido dominante de los clamores populares, que formaban formidable acompañamiento a la arenga del orador. Pero ésta acabó pronto; y toda la gente de la taberna comenzó a salir en pequeños grupos, de tal suerte que sólo quedaron seis en la sala, uno de estos seis, el hombre de la espada, llamó aparte al tabernero, entreteniéndole con razones más o menos serias, mientras los otros encendían un gran fuego en el atrio, cosa bastante extraña con el buen tiempo y el calor que hacía.

—Es cosa extraña —dijo Artagnan a Raúl—; pero yo conozco a esas caras.

— ¿No advertís —dijo Raúl—que huele a humo?

—Advierto más: que huele a conspiración —repuso Artagnan. Al decir esto, cuatro hombres habían bajado al patio, y, sin apariencia de malos designios, se ponían de guardia en las cercanías de la puerta de comunicación, echando por intervalos miradas a Artagnan que significaban muchas cosas.

—¡Diantre —dijo en voz muy baja Artagnan a Raúl—, aquí hay algo! ¿Eres curioso, Raúl?

—Según, señor caballero.

—Pues yo soy curioso como una mujer. Anda un poco y observemos el golpe de vista que ofrece la plaza. ¡Bien se puede apostar a que será curioso!

—Pero ya sabéis, señor, que yo no quiero ser espectador pasivo, e indiferente de la muerte de dos pobres diablos.

— ¡Pues y yo! ¿Supones que soy un salvaje? Ya entraremos cuando haya que entrar. ¡Ven!

Encamináronse, pues, hacia la casa y se colocaron cerca de una ventana que, cosa más singular que todo lo demás, permanecía desocupada.

Los dos últimos bebedores, en vez de mirar por esta ventana, alimentaban el fuego.

Al ver entrar a Artagnan y a su amigo, exclamaron:

— ¡Ah, ah! Refuerzo.

Artagnan dio con el codo a Raúl.

—Si, valientes, refuerzo —dijo—. ¡Diantre! Vaya un fuego famoso...

— ¿Qué vais a cocer en él?

Los dos hombres rompieron en una carcajada jovial, y, en lugar de responder, añadieron leña al fuego.

Artagnan no se cansaba de contemplarlos.

—Vamos —dijo uno de los hombres—; os envían para decirnos el momento, ¿no es verdad?

—Sin duda —dijo Artagnan, que deseaba saber a qué atenerse—. ¿A qué vendría yo aquí, si no fuese a eso?

—Entonces, poneos a la ventana, si queréis y observad.

Artagnan sonrió en su interior, hizo una seña a Raúl y se puso complaciente a la ventana.

LXI

¡VIVA COLBERT!

Era un espectáculo espantoso el que presentaba en aquel momento la plaza de la Greve.

Las cabezas, niveladas por la perspectiva, extendíanse espesas y ondulantes, como las espigas devasto trigal.

De vez en cuando un ruido singular y un rumor lejano hacían oscilar más las cabezas y brillar centenares de ojos.

A veces sentíase una gran conmoción. Todas aquellas espigas doblegábanse y se convertían en oleadas más movedizas que las del Océano, que rodando de las extremidades al centro iban a chocar, como aguas agitadas, en la fila de arqueros que rodeaba las horcas.

Entonces bajaban las alabardas y amagaban sobre las cabezas o sobre los hombros de los invasores, en cuyo caso abríase un ancho círculo en derredor de la guardia, espacio conquistado a costa de las extremidades, que sufrían a su vez súbita opresión contra los parapetos del Sena.

Desde lo alto de la ventana que dominaba toda la plaza, vio Artagnan con interior satisfacción que todos aquellos mosqueteros y guardias que se hallaban entre la mulitud, sabían hacerse lugar a fuerza de golpes dados con el pomo de la espada. También notó que habían conseguido, por ese espíritu de cuerpo que dobla las fuerzas del soldado, reunirse en un grupo de unos cincuenta hombres, y que, a excepción de una docena de extraviados, a quienes veía errar de acá para allá, el grupo estaba a distancia de su voz. Pero no sólo los mosqueteros y guardias eran los que llamaban la atención de Artagnan. Alrededor de las horcas, sobre todo en las inmediaciones de la arcada de San Juan, se agitaba un torbellino ardiente; rostros atrevidos y aun resueltos se distinguían por todas partes en medio de fisonomías serenas y rostros indiferentes, cambiaban señales y se daban las

manos. Artagnan, divisó en los grupos, y en los grupos más animados, la catadura del caballero que había visto entrar por la puerta de comunicación de su jardín, y que había subido al piso principal a fin de arengar a los bebedores. Este hombre organizaba partidos y distribuía órdenes.

— ¡Pardiez! —exclamó Artagnan—. No me engañaba; yo conozco a ese hombre. ¡Es Menneville! ¿Qué diantres hace aquí?

Un sordo murmullo, que se acentuaba por grados, detuvo su reflexión y atrajo sus miradas hacia otro lado. Aquel murmullo era producido por la llegada de los reos, a quienes precedía un fuerte piquete de arqueros que apareció en el ángulo de la arcada. La multitud entera comenzó a dar gritos, y todos estos gritos formaban un aullido inmenso.

Artagnan vio a Raúl que se ponía pálido, y le dio un fuerte golpe en el hombro.

Al oír aquel enorme grito, los hombres que encendían el fuego se volvieron y preguntaron en qué estaban ya.

—Ya llegan —dijo Artagnan.

—Bueno —respondieron, avivando la llama de la chimenea. Artagnan los miró inquietamente. Era evidente que estos hombres que encendían semejante fuego sin utilidad alguna tenían intenciones extrañas.

Aparecieron los condenados en la plaza; iban a pie, el verdugo delante y cincuenta arqueros en fila a derecha e izquierda. Ambos vestían de negro, y hallábanse pálidos, pero resueltos. A cada instante miraban con inquietud por encima de las cabezas, alzándose sobre las plantas de los pies.

Artagnan notó este movimiento.

— ¡Pardiez! —dijo—. ¡Mucha prisa tienen por ver la horca! Raúl retrocedía, sin fuerzas para dejar del todo la ventana. También el terror tiene su atracción.

— ¡Muera! ¡Muera! —gritaron cincuenta mil voces.

— ¡Sí, muera! —prorrumpieron un centenar de furiosos, como si la gran masa de gente les llevase la contraria.

— ¡A la cuerda! ¡A la cuerda! —gritó la muchedumbre—. ¡Viva el rey!

— ¡No! ¡No!, ¡Nada de horca! —vociferaron coros. ¡Viva Colbert!

— ¡Caray! —murmuró Artagnan—. Es gracioso: ¡hubiera creído que era el señor Colbert quien los hacía ahorcar!

Hubo en aquel momento un movimiento que detuvo algún tanto la marcha de los condenados.

Las gentes de catadura atrevida y resuelta que había advertido Artagnan, a fuerza de moverse mucho, casi habían llegado a la fila de los arqueros.

El cortejo se volvió a poner en marcha.

De pronto, y a los gritos de ¡viva Colbert!, aquellos hombres que Artagnan no perdía de vista, se arrojaron sobre la escolta, que en vano pretendió luchar. Detrás de estos hombres estaba la multitud.

Entonces empezó, en medio de horrible alboroto, una espantosa confusión.

Pero esta vez eran gritos de dolor más bien que gritos de impaciencia o de alegría.

Efectivamente, las alabardas herían, las espadas agujereaban y los mosquetes comenzaban a disparar.

Hubo entonces un torbellino extraño, en medio de lo cual no vio nada Artagnan.

Los condenados habían sido arrancados de sus guardias y los arrastraban hacia la casa de “La Imagen de Nuestra Señora”.

Los que los conducían iban gritando: *¡viva Colbert!*

El pueblo vacilaba, ignoraba si debía caer sobre los arqueros o sobre los agresores.

Lo que sostenía al pueblo era que los que gritaban ¡viva *Colbert!* comenzaban a proclamar al mismo tiempo: “¡Nada de cuerda! ¡Abajo la horca! ¡Al fuego! ¡Al fuego! ¡Quememos a los ladrones, sanguijuelas del pueblo!”

Este grito a coro consiguió un éxito de entusiasmo. El populacho había venido para ver un suplicio, y se le ofrecía la ocasión de hacer uno él mismo.

Esto era más grato para el populacho. De suerte que se afilió al instante en el partido de los agresores contra los arqueros, gritando con la minoría que, gracias a él, habíase convertido en mayoría de las más compactas.

— ¡Sí, sí! ¡Al fuego los ladrones! ¡Viva Colbert!

— ¡Pardiez! —murmuró Artagnan—. Me parece que esto se va poniendo serio.

Uno de los hombres que estaba cerca de la chimenea se acercó a la ventana con su hachón en la mano.

— ¡Ah! —dijo—. Esto calienta. Y volviéndose luego a sus compañeros, les dijo:

—Ésta es la señal.

Y de pronto arrimó el tizón encendido a una leñera: No era una casa del todo nueva la taberna de “La Imagen de Nuestra Señora”; así es que no se hizo rogar para que ardiera al instante. Eh un momento crujen las tablas y suben las llamas hacia el techo. Un aullido de afuera contesta a los gritos que dan los incendiarios. Artagnan, que nada había visto, porque estaba mirando a la plaza, siente a un mismo tiempo el humo que le sofoca y la llama que le quema.

— ¡Hola! —murmuró, volviéndose—. ¿Hay aquí fuego? ¿Estáis locos o endiablados, señores míos?

Los dos hombres lo miraron sorprendidos.

— ¡Pues qué! —dijeron a Artagnan— ¿No es cosa convenida? ¿Cosa convenida que queméis mi casa? —gritó Artagnan arrancando el tizón de manos del incendiario y arrimándoselo a la cara. El otro quiso prestar socorro a su camarada; pero Raúl lo agarró y lo tiró por la ventana, en tanto que Artagnan arrojaba a su compañero por la escalera.

Raúl, que se vio libre primero, arrancó los casetones del techo que ardían, y los esparció humeantes por la sala.

De una mirada vio Artagnan que nada había que temer ya por el incendio y corrió a la ventana.

El desorden había llegado a su colmo. A un mismo tiempo vociferaban: “¡Al fuego! ¡Al asesino! ¡A la horca! ¡A la hoguera! ¡Viva el rey y viva Colbert!”

El grupo que había arrancado a los reos de manos de los arqueros se acercaba a la casa, que parecía el objeto hacia el cual los llevaban. Menneville iba a la cabeza del grupo gritando más fuerte que nadie:

— ¡Al fuego! ¡Al fuego! ¡Viva Colbert!

Artagnan empezó a comprender. Querían quemar a los condenados, y era su casa la hoguera que les preparaban.

— ¡Alto ahí! —gritó con la espada en la mano y un pie sobre la ventana—. Menneville, ¿qué queréis?

— ¡Señor de Artagnan —gritó éste—, paso, paso!

— ¡Al fuego! ¡Al fuego los ladrones!. ¡Viva Colbert! —chilló la multitud.

Estos gritos exasperaban a Artagnan.

— ¡Diantre! —dijo—. ¡Quemar a estos pobres diablos que sólo han sido condenados a la horca es una infamia!

Entretanto se hace más compacta la manga de curiosos apiñados contra las paredes, y cierra el paso.

Menneville y los hombres que conducían a los condenados sólo distaban diez pasos de la puerta.

— ¡Paso! ¡Paso! —gritó pistola en mano.

— ¡Queremos a los ladrones! —aulló la multitud—. "La Imagen de Nuestra Señora" está ardiendo. ¡Queremos a los ladrones, a las sanguijuelas del pueblo en la taberna! Ya no había duda de lo que deseaban: la casa de Artagnan.

Pero éste se acordó del antiguo grito que siempre había dado eficazmente. ,

— ¡A mí, mosqueteros!—gritó con voz de gigante, con una de aquellas voces que dominan al cañón, al mar, a la tempestad—. ¡A mí, mosqueteros!

Y colándose por un brazo a la ventana dejose caer en medio de la multitud, que comenzó a separarse de aquella casa de donde llovían hombres. Raúl se tiró detrás de él, ambos con la espada en la mano. Todos los mosqueteros que estaban en la plaza oyeron el grito de llamada, todos se volvieron, y todos reconocieron a Artagnan.

— ¡Al capitán! ¡Al capitán! — gritaron a un tiempo.

Y la multitud se abrió ante ellos como las aguas ante la proa de un navío.

En aquel instante se encontraron de frente Artagnan y Menneville.

— ¡Paso! ¡Paso! —gritó éste, viendo que no tenía más que alargar el brazo para ganar la puerta.

— ¡No se pasa! —dijo Artagnan, ¡Toma! —dijo Menneville apuntando su pistola casi a boca de jarro.

Mas, antes de que hubiese caído el gatillo; Artagnan alzó el brazo de Menneville con el puño de su espada, atravesándole la hoja por la mitad del cuerpo.

Ya te dije que permanecieras pacífico —dijo Artagnan a Menneville, que rodó a sus pies.

— ¡Paso! ¡Paso! —gritaron los compañeros de éste, espantados al principio, pero tranquilizados bien pronto, al ver que, sólo tenían, que habérselas con dos hombres.

Pero los dos hombres son dos gigantes con cien brazos; y la espada voltea en sus manos con la ligereza del rayo, agujereando con la punta, hiriendo de plano y de filo, y arrojando un hombre por tierra a cada golpe.

— ¡Por el rey! —grita Artagnan a cada hombre que hiere, es decir, a cada hombre que cae.

— ¡Por el rey! —grita Raúl. Este grito sirvió de norte a los mosqueteros, quienes, guiados por él, se reunieron a Artagnan. Entretanto los arqueros se reponen del susto experimentado, cargan contra los agresores por detrás, y con movimientos regulares abaten y destruyen cuanto encuentran al alcance de su alabarda.

La muchedumbre, que ve relucir las espadas y volar por el aire las gotas de sangre, huye y se comprime ella misma.

En fin, resuenan gritos de misericordia y desesperación, que son el adiós de los vencidos.

Los reos vuelven a caer en manos de los arqueros. Artagnan se acerca a ellos y, viéndolos pálidos y moribundos:

—Consolaos, pobre gente —dijo—, no sufriréis el espantoso tormento con que os amenazan esos miserables. El rey os ha condenado a ser ahorcados, y no seréis sino ahorcados. Vaya, que los ejecuten y hemos concluido.

Ya no había nada en "La Imagen de Nuestra Señora". El fuego se había apagado con dos toneles de vino a falta de agua, y los conjurados habían huido por el jardín.

Los arqueros arrastraron a los condenados a las horcas.

El quehacer no fue mucho desde aquel momento. Poco cuidadoso el ejecutor de operar según las formas del arte, se apresuró y despachó a los dos desgraciados en un minuto.

Mientras tanto, se apiña la gente en derredor de Artagnan, lo felicitan y lo lisonjean. El enjuga el sudor de su frente y la sangre de su espada, y se encoge de hombros al ver a Menneville revolcarse a sus pies en las últimas convulsiones de la agonía. Y en tanto que Raúl vuelve los ojos compasivamente, él enseña a los mosqueteros las horcas cargadas con su triste peso:

— ¡Cobres diablos! —dijo—. Espero que hayan muerto bendiciéndome, porque los he salvado de buena.

Estas palabras llegan a Menneville en el instante en que va á dar su último suspiro. Una sonrisa irónica y sombría doblega sus labios; quiere responder, pero el esfuerzo que hace acaba su vida y expira.

— ¡Oh! Todo esto es espantoso murmuró —Raúl—: Vámonos, señor caballero.

— ¿No estáis herido? —preguntó Artagnan.

—No, gracias.

— ¡Bien! ¡Eres un valiente, diantre! Esta es la cabeza del padre y el brazo de Porthos. ¡Ah! Si hubiera estado aquí Porthos hubiera visto cosa buena.

Y luego, murmuró a modo de recuerdo:

— ¿Pero dónde diablos estará ese valiente Porthos?

—Venid, señor, venid —insistió Raúl.

Aguárdame un minuto, amigo mío, que voy a tomar mis treinta y siete doblones y medio y soy contigo. La casa rinde provecho prosiguió Artagnan entrando en la taberna "La Imagen de Nuestra Señora" pero aun cuando fuese menos productiva, mejor la desearía en otro barrio.

LXII

DÉ QUE MODO EL DIAMANTE DEL SEÑOR DE EYMERIS FUE A PARAR A MANOS DE ARTAGNAN

Mientras ocurría en la Grève esta ruidosa y sangrienta escena, muchos hombres, parapetados detrás de la puerta de comunicación del jardín, envainaban sus aceros, ayudaban a uno de ellos a montar en un caballo ensillado que esperaba en el jardín, y como bandada de pájaros aterrorizados, huían en todas direcciones, unos escalando las tapias, otros precipitándose por las puertas con todo el ardor del pánico.

El que montó a caballo, al que hizo sentir la espuela con tanta brutalidad que poco faltó para que saltase la tapia, atravesó la plaza Baudoyer, pasó como un relámpago por entre la multitud de las calles, arrojando personas a tierra, y diez minutos después llegó a la puerta de la superintendencia más jadeante aún que su caballo.

Al ruido ensordecedor del hierro sobre las piedras apareció el abate Fouquet en una ventana del patio, y aun antes que el jinete hubiera echado pie a tierra le preguntó inclinando el cuerpo fuera de la ventana.

— ¿Qué sucede, Danicamp?

— ¡Todo ha concluido! —respondió el jinete.

— ¡Concluido!—murmuró el abate—. ¿Luego han sido salvados?

—No, señor —replicó el jinete— han sido ahorcados.

— ¡Ahorcados! —repitió el abate poniéndose pálido.

De pronto se abrió una puerta lateral y apareció Fouquet en la sala, pálido, asustado, con los labios entreabiertos por un grito de dolor y de ira.

Detúvose en el umbral escuchando lo que hablaban desde él patio a la ventana.

— ¡Canalla! —dijo el abate— ¿Conque no os habéis batido?

—Como leones.

—Decid como cobardes.

— ¡Señor!

—Cien hombres aguerridos, espada en mano, valen por diez mil arqueros en una sorpresa. ¿Dónde se encuentra Menneville, ese fanfarrón que no debía volver sino muerto o vencedor?

—Ha cumplido su palabra, señor, porque ha muerto.

— ¡Muerto! ¿Quién lo ha matado?

—Un diablo en figura de hombre; un gigante armado con diez espadas; un endiablado que de un solo golpe ha extinguido el fuego, el tumulto y hecho salir cien mosqueteros del empedrado de la plaza de la Grève.

Fouquet alzó la frente empapada 'en sudor.

— ¡Oh! ¡Lyodot y Eymeris!—exclamó—. ¡Muertos, muertos, y yo deshonrado!

Volvióse el abate, y, apercibiendo a su hermano, anonadado y lívido:

— ¡Vamos! —dijo—. Es un golpe de la suerte, y no hay por qué lamentarse así. Cuando no se ha conseguido es que Dios...

— ¡Callaos, abate! ¡Callaos!—dijo Fouquet—. Vuestras disculpas son blasfemias. Haced que suba ese hombre aquí y que cuente los detalles del espantoso suceso.

—Pero, hermano mío...

— ¡Obedeced, señor!

El abate hizo una seña, y medio minuto después oyéronse en la escalera los pasos del hombre.

Al mismo tiempo apareció Gourville detrás de Fouquet, como el ángel de la guarda del superintendente, poniendo un dedo sobre los labios para indicarle que se dominara aun en medio de sus arrebatos de dolor.

El ministro asumió toda la serenidad que puede dejar la fuerza humana en un corazón dolorido. Apareció Danicamp.

—Haced vuestro relato —dijo Gourville.

—Señor —contestó el mensajero—; nosotros habíamos recibido orden de arrebatar a los presos y de gritar al mismo tiempo: ¡viva Colbert!

—Para quemarlos vivos, ¿no es verdad, abate? —interrumpió Gourville.

— ¡Sí, sí! La orden se había dado a Menneville; Menneville sabía lo que tenía que hacer, y Menneville ha muerto.

Esta noticia pareció calmar a Gourville en vez de entristecerlo:

—Para quemarlos vivos —repitió el mensajero, como si dudara que esta orden, la única que por otra parte se había dado, fuese real. Para quemarlos vivos, ciertamente —repuso bruscamente el abate.

—Conforme, señor, conforme — repuso el hombre buscando en la fisonomía de los dos interlocutores lo que hubiera de triste o ventajoso en contarles la verdad.

—Contad, pues —dijo Gourville. Los presos —prosiguió Danicamp— debían ser conducidos a la Gréve, y el pueblo enfurecido quería que fuesen quemados en lugar de ahorcados.

—El pueblo tiene sus motivos —dijo el abate—; continuad.

—Pero —repuso el hombre—, en el momento en que los arqueros acababan de ser derrotados; en el instante en que el fuego prendía en una de las casas de la plaza, destinada a ser hoguera de los culpables, un furioso, ese demonio, ese gigante de que os hablaba, que dijo era el dueño de la casa en cuestión, ayudado de un joven que lo acompañaba, tiró por la ventana a los que activaban el fuego, llamó en su auxilio, a los mosqueteros que se hallaban entre la muchedumbre, saltó desde el primer piso a la plaza; y manejó tan desesperadamente la espada; que fue devuelta la victoria a los arqueros, cogidos los presos y Menneville muerto. Una vez, presos los condenados, fueron ahorcados en tres minutos.

A pesar del poder que sobre sí mismo tenía Fouquet; no pudo menos de dejar escapar un sordo gemido.

— ¿Y cómo se llama ese hombre?—inquirió el abate—. El dueño de la casa.

—Lo ignoro, pues ni siquiera lo vi; me habían señalado mi puesto en el jardín, y allí permanecí hasta que llegaron a cortarme la cosa. Tenía orden, cuando estuviese concluida, de venir corriendo a anunciárosla, de cualquier modo que hubiera terminado. Según esa orden, salí al galope; y aquí estoy.

—Perfectamente no tenemos nada más que preguntarnos —dijo el abate, cada vez más aterrado a medida que se acercaba el momento de abordar a solas a su hermano.

— ¿Os han pagado? —preguntó Gourville.

—No, señor —contestó Danicamp.

—Aquí tenéis veinte doblones; idos, y no olvidéis defender siempre como hoy los verdaderos intereses del rey.

—Sí, señor —dijo el hambre inclinándose y poniéndose el dinero en el bolsillo.

En seguida se marchó.

Apenas estuvo fuera, Fouquet, que había permanecido inmóvil, se adelantó con paso rápido y se encontró entre el abate y Gurville.

Los dos abrieron al mismo tiempo la boca para hablar.

— ¡Nada de excusas! —dijo—. Nada de recriminaciones contra nadie. Si yo no hubiese sido un amigo falso, no hubiera confiado a nadie el cuidado de salvar a Lyodot y Eymeris. Yo sólo soy responsable, y yo sólo debo sufrir los remordimientos. Dejadme, abate.

—Sin embargo —respondió éste—, no impediréis que yo haga buscar al canalla que se ha entrometido por servir al señor Colbert en esta partida tan bien preparada; porque si es de buena política querer bien a sus amigos, no creo que sea mala la que consiste en perseguir a sus adversarios de manera encarnizada.

—Tregua de política, abate; salid, y que no vuelva a oír hablar más de vos hasta nueva orden; es necesario mucho silencio y circunspección. Tenemos a la vista un horrible ejemplo. Señores, nada de represalias, os lo prohíbo.

—No hay órdenes —murmuró el abate— que me impidan vengar sobre un culpable la afrenta inferida a mi familia.

—Y yo —exclamó Fouquet con aquella voz imperativa a que nada se tiene que contestar—; si tenéis un pensamiento, uno sólo, que no sea expresión absoluta de mi voluntad, os haré sepultar en la Bastilla dos horas después que se haya manifestado ese pensamiento. Haceos a ello, abate.

El abate se inclinó sonrojado. Fouquet hizo seña a Gourville, de que lo siguiera, y ya se dirigía a su gabinete, cuando el ujier anuncio en voz alta:

—El señor Artagnan.

Negligentemente Fouquet a Gourville.

—Un ex teniente de mosqueteros de Su Majestad —contestó Gourville en igual tono.

Fouquet no se tomó el trabajo de reflexionar más.

—Perdón, monseñor —dijo entonces Gourville—; pero estoy pensando que ese bravo mozo ha dejado el servicio del rey, y probablemente vendrá a cobrar la cuarta parte de una pensión cualquiera.

— ¡Vaya al diablo! —dijo Fouquet—. ¿Por qué viene a tan mala hora?

—Entonces, permitid, monseñor, que le dé cualquier negativa, porque es conocido mío y hombre que vale más tener por amigo que por enemigo en las circunstancias presentes.

—Responded lo que gustéis —dijo Fouquet.

— ¡Qué, Dios mío! —dijo el abate lleno de rencor, como hombre de hábitos.

— Responded que no hay dinero, sobre todo para los mosqueteros.

Pero no había acabado aún el abate de decir estas imprudentes palabras, cuando la puerta entornada se abrió del todo, y apareció Artagnan.

—Señor Fouquet —dijo—, ya sabía que no habría dinero para los mosqueteros. Así es que no venía para que me lo dierais, sino para que me lo negarais. Asunto terminado; gracias. Os doy los buenos días, y me voy a buscarlo en casa del señor Colbert.

Y salió después de un saludo bastante ligero.

—Gourville —dijo Fouquet—, corred en pos de ese hombre y traédmelo.

Gourville obedeció, y alcanzó a Artagnan en la escalera.

Al oír pasos detrás de él se volvió Artagnan y vio a Gourville.

— ¡Diantre! Señor mío —dijo—, tristes maneras las de los señores hacendistas; vengo a casa del señor Fouquet para cobrar una suma decretada por Su Majestad, y se me recibe corno a un pobre que llega a pedir limosna, o como a un pillo que intenta robar un objeto de plata.

—Pero, ¿habéis pronunciado el nombre de Colbert, apreciado señor de Artagnan? ¿Habéis dicho que ibais a casa del señor Colbert?

—Ciertamente que voy, aun cuando sólo fuese para pedir satisfacción de las gentes que quieren quemar las casas gritando: ¡viva Colbert!

Gourville escuchó.

— ¡Oh, oh! —dijo—. ¿Hacéis alusión a lo que acaba de suceder en la Grève?

—Cierto que sí.

— ¿Y qué os importa lo que acaba de suceder?

— ¡Cómo! ¿Me preguntáis si me importa o no me importa que el señor Colbert haga de mi casa una hoguera?

—Conque vuestra casa... ¿Es vuestra casa la que intentaban quemar?

— ¡Pardiez!

— ¿Es vuestra la taberna “La imagen de Nuestra Señora”?

—Hace ocho días.

— ¡Ah! ¿Sois ese intrépido capitán, esa valiente espada que ha dispersado a los que querían quemar a los condenados?

—Poneos en mi caso, querido señor Gourville; yo soy agente de la fuerza, pública y propietario. Como capitán, mi obligación es hacer cumplir las órdenes del rey; como propietario, mi interés está en que no quemen mi casa. He seguido, pues, a un mismo tiempo las leyes del interés y las del deber, devolviendo al señor Lyodot y al señor Eymeris a poder de los arqueros.

— ¿De modo que sois vos quien ha tirado a un hombre por la ventana?

—Yo mismo —respondió modestamente Artagnan.

— ¿Vos sois quien ha muerto a Menneville?

—He tenido esa desgracia —murmuró Artagnan, saludando como persona a quien felicitan.

— ¿Sois vos, en fin, quien ha sido la causa de que los reos fuesen ahorcados?

—En vez de ser quemados, sí señor, y me glorío de ello. He librado a esos pobres diablos de torturas horribles. ¿Sabéis, mi querido señor Gourville, que querían quemarlos vivos?

—Adiós, señor de Artagnan, adiós —dijo Gourville, queriendo ahorrar a Fouquet la vista del hombre que acababa de causarle tan profundo dolor.

—No —dijo Fouquet, que había escuchado desde la puerta de la antesala—; no, señor de Artagnan, entrad, por el contrario.

Artagnan limpió en la empuñadura de su espada una mancha de sangre que había escapado a su investigación, y entró.

Entonces se encontró frente a aquellos tres hombres, cuyos semblantes manifestaban tres expresiones bien diversas: el del abate, la cólera; el de Gourville, el estupor, y el de Fouquet; el de abatimiento.

—Perdón, señor ministro —dijo Artagnan—; mas tengo pasado el tiempo y es preciso que vaya a la intendencia para explicarme con el señor Colbert y cobrar mi cuarta.

—Pero, señor —dijo Fouquet—, aquí hay dinero.

Artagnan miró asombrado al superintendente.

—Se os ha respondido con ligereza, señor; ya lo sé, lo he oído —dijo el ministro—; un hombre de vuestro mérito debía ser conocido por todo el mundo:

Artagnan se inclinó.

— ¿Tenéis el libramiento? —repuso Fouquet.

—Sí, señor.

—Dádmelo, voy a pagaros yo mismo; venid.

Hizo una seña a Gourville y al abate, que permanecieran en la sala y condujo a Artagnan a su gabinete.

— ¿Cuánto se os debe, señor? —preguntó.

—Unas cinco mil libras, monseñor.

— ¿Por vuestros sueldos atrasados?

—Por una cuarta parte.

— ¡Cinco mil libras por una cuarta parte! —dijo Fouquet echando sobre el mosquetero una mirada profunda—. Según eso, ¿son veinte mil libras al año las que os da el rey?

—Sí, monseñor, veinte mil libras. ¿Creéis que sea demasiado?

— ¡Yo! —exclamó Fouquet sonriendo amargamente— Si yo conociese a los hombres, si yo fuese en vez de un espíritu ligero, inconsecuente y vano, un talento prudente y re-

flexivo; si, en una palabra; hubiera yo sabido como ciertas gentes arreglar mi vida, no recibiríais vos veinte mil libras anuales, sino cien mil, ni perteneceríais al rey, sino a mi.

Artagnan se sonrojó levemente. Suele haber en la manera con que se hace un elogio, en la voz del que elogia y su afectuoso tono un veneno tan dulce, que a veces embriaga al más astuto.

El superintendente terminó sus frases abriendo una gaveta, de la cual sacó cuatro cartuchos que puso delante de Artagnan. El gascón rompió uno.

— ¡Oro! —murmuró.

—Con eso pesará menos, señor.

—Pero, monseñor, esto compone veinte mil libras.

—Sin duda.

—Pero no se me deben más que cinco mil.

— Quiero ahorraros la molestia de venir cuatro veces a la superintendencia.

—Me hacéis mucho favor.

—Hago lo que debo, señor, y espero que no me guardaréis aversión por la acogida de mi hermano, que es un espíritu acre y caprichoso.

—Monseñor —dijo Artagnan—, creed que nada me molestaría tanto como una excusa vuestra.

—No daré más, y me contentaré con solicitares una gracia.

— ¡Oh, monseñor!

Fouquet sacó de un dedo un diamante que valía más de mil doblones.

—Señor —dijo—, la piedra que veis me la regaló un amigo de la infancia, un hombre a quien habéis hecho un gran servicio.

La voz de Fouquet alteróse sensiblemente.

— ¡Un servicio! ¡Yo! —dijo el mosquetero—. ¿Yo he hecho un servicio a un amigo .vuestro?

—No podéis haberlo olvidado señor, porque ha sido hoy mismo.

— ¿Y cómo se llama ese amigo?

—El señor de Eymeris.

— ¿Uno de los reos?

—Sí, una de las víctimas. Pues bien, señor de Artagnan, en gracia al servicio que le habéis hecho, os ruego que aceptéis este diamante. Hacedlo por amor mío.

—Monseñor...

—Aceptad, os digo. Hoy es para mí un día de duelo; quizá sepáis esto más tarde; hoy, he perdido, un amigo; pues bien, pretendo encontrar otro.

—Pero, señor Bouquet…

—Adiós, señor de Artagnan, adiós —murmuró Fouquet con el corazón dilatado— Hasta la vista.

Y el ministro salió de su gabinete, dejando en manos del mosquetero la joya y las veinte mil libras.

— ¡Oh! —repuso Artagnan después de un momento de reflexión, sombría—. ¿Si comprenderé esto? ¡Diantre! Sí, lo comprendo. ¡Es un hombre muy obsequioso! ... Voy a hacer que me explique esto el señor Colbert.

Y salió. .

LXIII

DE LA NOTABLE DIFERENCIA QUE ENCONTRÓ ARTAGNAN ENTRE EL SEÑOR INTENDENTE Y MONSEÑOR EL SUPERINTENDENTE

El señor Colbert residía en la calle de Neuve des Petits Champs, en una casa que antes había pertenecido a Beautrú.

Las piernas de Artagnan hicieron la travesía en menos de un cuarto de hora.

Cuando llegó a la casa el nuevo favorito, estaba el palacio lleno de arqueros y de policías que iban a felicitarle o excusarse, según el modo que tuviera de presentarse. El sentimiento de adulación es instintivo entre gentes de condición abyecta, porque lo sienten coma el animal salvaje el oído o el olfato. Estas gentes, o su jefe, habían comprendido que se proporcionase un gran placer al señor Colbert dándole cuenta del modo con que había sido pronunciado su nombre durante el alboroto.

Justamente se presentaba Artagnan en el instante mismo en que el jefe de la ronda hacía su relato, y se quedó junto a la puerta, detrás de los arqueros.

El jefe cogió a Colbert aparte, no obstante, su resistencia y el fruncimiento de sus grandes cejas, y le dijo:

—En el caso, señor, en que realmente hubieseis deseado que el pueblo hiciese justicia de los traidores, habría sido prudente avisarnos; porque, al fin, señor, a pesar de nuestro dolor por desagradaros o contrariar vuestras miras, teníamos nuestra consigna que cumplir.

— ¡Tonto! —contestó Colbert furioso sacudiendo sus cabellos espesos y negros como crines—. ¡Qué me estáis contando! ¿Qué? ¡Que yo hubiera tenido la idea de un tumulto! ¿Estáis loco o borracho?

—Pero, señor, han gritado ¡viva *Colbert!* —replicó, muy emocionado el jefe de la ronda.

—Un puñado de conspiradores.

— ¡No, no, una masa del pueblo!

— ¡Oh! ¿Es cierto? —dijo Colbert tranquilizándose—. ¿Una masa del pueblo gritaba: *viva Colbert?* ¿Estáis seguro de lo que decís, caballero?

—No había más que abrir los oídos, o más bien cerrarlos; ¡tan espantosos eran los gritos!

— ¿Y era el pueblo, el verdadero pueblo?

—Ciertamente, señor; sólo que ese verdadero pueblo nos ha batido.

— ¡Oh! Muy bien —prosiguió Colbert ensimismado—. Entonces, suponéis que sólo el pueblo era quien quería hacer quemar a los condenados.

— ¡Oh! Sí, señor.

— Eso es distinto... ¿Y habéis resistido bien?

—Señor, hemos tenido tres hombres sofocados:

—Pero, no habréis muerto a nadie, ¿eh?

—Señor, algunos tunantes han quedado sobre la plaza, y entre ellos uno que no era un hombre ordinario.

— ¿Quién?

— Un tal Menneville, a quien hace mucho tiempo vigilaba la policía.

— ¡Menneville!—exclamó Colbert—. ¿El que mató en la calle de la Iluchete a un buen hombre que pedía un pollo gordo?

—Sí, señor, él mismo.

— ¿Y ese Menneville vociferaba también viva Colbert?

—Más fuerte que todos los demás; como un rabioso.

Nublose la frente de Colbert y se arrugó. La especie de aureola codiciosa que iluminaba su rostro se apagó, como el destello de los gusanos de luz a quienes se aplasta bajó la hierba.

— ¿Pues no decíais —preguntó entonces el intendente— que la iniciativa venía del pueblo? Menneville era mi enemigo: le hubiera hecho prender, y él lo sabía muy bien. Menneville era del abate Fouquet… Todo el negocio proviene de Fouquet. ¿No es sabido que los reos eran sus amigos de infancia?

—Es verdad —pensó Artagnan—, y ya están en claro mis dudas. Pero, lo repito, él señor Fouquet podrá ser todo lo que se quiera; pero es un hombre muy obsequioso.

— ¿Y estáis seguro —continuó Colbert— de que ese Menneville ha muerto?

Artagnan pensó que era llegado el momento de hacer su entrada.

—Perfectamente, señor —dijo adelantándose de pronto.

— ¡Oh! ¿Sois vos, caballero? —dijo Colbert.

—En persona —contestó el mosquetero con tono deliberado—; creo que teníais en ese Menneville un lindo enemigo.

—No soy yo, caballero, quien tenía un enemigo —respondió Colbert—, sino el rey.

— ¡Bárbaro!—pensó— Artagnan—. Haces el grave y el hipócrita conmigo.

—Pues bien —respondió—, soy muy feliz por haber prestado al rey tan excelente servicio. ¿Querríais encargaros de decírselo a Su Majestad?

— ¿Qué comisión me dais, y qué me encargáis que le diga, caballero? Sed claro, os lo ruego —contestó Colbert con voz agria y cargada de hostilidad prematura.

—Yo no os doy ninguna comisión —repuso Artagnan con esa calma que jamás abandona a los burlones—. Pensaba que os sería fácil anunciar al rey que fui yo quien hallándome allí por casualidad, hizo justicia al señor Menneville y puso las cosas en orden.

Colbert abrió los ojos e interrogó con la vista al jefe de la ronda.

— ¡Ah! Es muy cierto —dijo este— que ese caballero ha sido nuestro salvador.

— ¡Haber dicho que veníais a referirme eso! Todo se explicaba así mejor para vos que para nadie.

—Os engañáis, señor intendente, yo no venía de ningún modo a referiros esa.

—Es una hazaña, sin embargo, caballero.

— ¡Oh! —dijo el mosquetero con indiferencia—. La mucha práctica gasta la inteligencia.

—Entonces, ¿a qué debo el honor de vuestra visita?

—A esto simplemente: el rey me ha mandado venir a veros.

— ¡Ah! —dijo Colbert recobrando su aplomo, porque veía que Artagnan sacaba un papel del bolsillo—. ¿Es para pedirme dinero?

—Precisamente, señor.

—Pues tened la amabilidad de esperarme, caballero.

Artagnan giró sobre sus talones con bastante insolencia, y encontrándose enfrente de Colbert en virtud de esa primera vuelta, lo saludó como hubiese podido hacerlo Arlequín; ejecutando después una segunda evolución, se dirigió a buen paso hacia la puerta.

Esta poderosa resistencia, a la que no estaba acostumbrado, llamó la atención de Colbert. Por regla general, cuando la gente de espada iba a su casa, tenía tal necesidad de dinero, que aun cuando sus pies hubiesen echado raíces en el mármol no se habría agotado su paciencia.

¿Iba Artagnan derecho a ver al rey? ¿Iba a quejarse de una mala recepción; o a referir su hazaña? Grave asunto era éste de reflexión.

En todo caso el momento estaba mal escogido para despedir a Artagnan, bien viniese de parte del rey, bien de la suya, propia. El mosquetero acababa de prestar un gran servicio, y hacía muy poco tiempo para que ya estuviese olvidado.

También pensó Colbert que valía más desechar toda arrogancia y llamar a Artagnan.

— ¡Eh! Caballero Artagnan —gritó Colbert—. ¿Así me dejáis? Volvió la cabeza Artagnan, y dijo con naturalidad:

— ¿Por qué no? Nada más tenemos que decirnos, ¿no es verdad?

—Por lo menos tenéis dinero que cobrar puesto que traéis una labranza.

— ¡Yo! Nada de eso, señor Colbert.

—Pero, en fin, caballero, tenéis un bono, y así como dais una estocada por el rey cuando os requieren a ello, así yo también pago cuando se me da una orden. Presentadla.

—Es inútil, mi querido señor Colbert —dijo Artagnan, que gozaba interiormente del desarrollo que había puesto en las ideas de Colbert—; este bono está satisfecho.

— ¡Pagado! ¿Y por quién?

— ¡Toma! Por el superintendente.

Colbert se puso pálido.

—Explicaos entonces —dijo con voz débil—. Si estáis pagado, ¿para qué me enseñáis ese papel?

—A consecuencia de la consigna de que hablabais tan ingeniosamente, mi querido señor Colbert; Su Majestad me había dicho que cobrase la cuarta parte de la pensión que ha tenido a bien concederme...

— ¿En mi casa?... —dijo Colbert.

—No, precisamente. Su Majestad me ha dicho: "Id a casa del señor Fouquet; pero el superintendente quizá no tenga dinero, y entonces, iréis a casa del señor Colbert. El semblante de éste se iluminó un momento; pero su desgraciada fisonomía era como el cielo en tempestad, unas veces radiante y otras, sombría como la noche, según brille el relámpago o pase la nube.

—Y... ¿había dinero en casa del superintendente? —dijo.

— ¡Vaya si había dinero! —replicó Artagnan—. Preciso es creerlo, pues que el señor Fouquet, en lugar de pagarme la cuarta parte, que son cinco mil libras...

— ¡Cinco mil libras! —exclamó Colbert sorprendido, corno lo fue Fouquet, de la magnitud de cantidad destinada a pagar los servicios de un soldado—. Serían entonces veinte mil libras de de pensión.

—Justamente, señor Colbert. Pardiez, contáis como el difunto Pitágoras; sí, veinte mil libras.

—Diez veces el sueldo de un intendente de Hacienda, os doy la enhorabuena —dijo Colbert con irónica sonrisa.

— ¡Oh! —dijo Artagnan—. El rey se ha excusado por darme tan poco y también me ha prometido repararlo más tarde, cuando sea rico; pero, concluyo: estando muy de prisa . . .

—Sí, y a pesar de lo que Su Majestad esperaba, ¿os ha pagado el superintendente?

—Del mismo modo que vos habéis rehusado pagarme.

—Yo no he rehusado, caballero, os he rogado que me esperéis. ¿Y decís que el señor Fouquet os ha pagado vuestras cinco mil libras?

—Sí, lo que vos hubiérais hecho, y aún más... aún más que eso ha hecho, señor Colbert.

— ¿Pues qué ha hecho?

—Muy cortésmente, me ha contado la totalidad de la cantidad, diciendo que para el rey siempre estaban llenas las cajas.

— ¡La totalidad de la suma! ¿El señor Fouquet os ha dado veinte mil libras en vez de cinco mil?

—Sí, señor.

— ¿Y por qué?

—Para ahorrarme tres visitas a la Caja de la superintendencia; de manera que tengo en mi bolsillo las veinte mil libras en oro muy hermoso y nuevo. Ya veis que me iba por no tener necesidad de vos; solamente pasaba por acá por pura fórmula.

Y Artagnan golpeó sus bolsillos riendo, lo cual descubrió a Colbert treinta y dos hermosos dientes, tan blancos como si tuviera veinticinco años, y que parecían decir en su lenguaje: servidnos treinta y dos Colbert chiquitos y nos los comeremos con sumo gusto.

La serpiente es tan valerosa como el león, y el gavilán tan valiente como el águila; esto no puede contestarse. No hay animales, ni aun de los que se llaman cobardes, que no sean

bravos cuando se trata de la defensa. Colbert no tuvo miedo de los treinta y dos dientes de Artagnan, y dijo:

—Caballero, el señor superintendente no podía hacer lo que ha hecho.

— ¿Cómo decís? —replicó Artagnan:

—Digo que vuestro libramiento...

— ¿Tenéis la amabilidad de enseñarme el libramiento?

——Con mucho gusto; aquí está. Colbert agarró el papel con una presteza que no sin inquietud advirtió el mosquetero, disgustado de la entrega.

—Pues bien, caballero, el libramiento real dice esto: “Espero que se pague a la vista al señor de Artagnan la suma de cinco mil libras, cuarta parte de la pensión que le he asignado.”

—Eso está escrito; en efecto —dijo Artagnan simulando calma.

—Pues si el rey no os debía más que cinco mil libras, ¿por qué os han dado más?

— Porque había más, y porque querían darme más; eso no interesa a nadie.

—Es natural —dijo Colbert, con tranquilidad orgullosa— que ignoréis los usos de la contabilidad; pero, caballero, cuando tenéis que pagar mil libras, ¿qué hacéis?

—Yo nunca tengo mil libras que pagar —replicó Artagnan.

— ¡Otra cosa!... —exclamó Colbert irritado—. Si tuvieseis un pago que satisfacer, no pagaríais más que lo que debierais.

—Eso no prueba más que una cosa —dijo Artagnan—; y es que vos tenéis vuestras costumbres personales en materia de contabilidad, mientras que el señor Fouquet tiene las suyas.

—Las mías, caballero, son las buenas.

—No digo que no.

—Y habéis cobrado lo que no se os debía.

Los ojos de Artagnan arrojaron un relámpago.

—Lo que aún no se me debía, queréis decir, señor Colbert, porque si hubiese recibido lo que de ningún modo se me debe habría cometido un robo.

Colbert no respondió a esta sutileza.

— ¿Así pues, son quince mil libras las que debéis a la Caja? —dijo entusiasmado en su envidioso ardor.

—En tal caso me concederéis crédito —replicó Artagnan con su fina ironía.

—Nada de eso, caballero.

— ¡Bueno!... ¿Cómo es eso? ¿Me haréis devolver mis tres cartuchos?

Los devolveréis a mi Caja. .

— ¿Yo? ¡Ah! Señor, no contéis con eso...

—El rey tiene necesidad de su dinero.

—Y yo, señor, tengo necesidad del dinero del rey.

—Perfectamente, pero restituiréis.

— ¡Nada menos! Siempre oí decir que, en materia de contabilidad, como vos decíais, un buen cajero ni da ni toma jamás.

—Entonces, caballero, veremos lo que dirá Su Majestad, a quien enseñaré esta libranza, que prueba que el señor Fouquet, no solamente paga, lo que no debe, sino que tampoco guarda recibo de lo que paga.

— ¡Ah! —murmuró Artagnan—.¡Ya comprendo por qué me habéis cogido ese papel, señor Colbert!

Este no advirtió todo lo que había de amenazador en su nombre pronunciado de cierta manera.

—Más tarde veréis la utilidad de ello —replicó levantando el libramiento entre sus dedos.

— ¡Uh! —dijo Artagnan atrapando el papel con rápido movimiento—. Lo comprendo perfectamente, señor Colbert, y no tengo necesidad de aguantar para ello.

Y se metió en el bolsillo el papel que acababa de coger al vuelo.

— ¡Señor, señor!... —exclamó Colbert—. Esta violencia...

— ¡Vaya! ¡No hay que prestar atención a las maneras de un soldado! —respondió el mosquetero.

—Os beso las manos, apreciable— señor Colbert.

Y salió riéndose en las barbas del futuro ministro.

—Este' hombre va a adorarme —dijo pira sí—. ¡Lástima que tenga que fallarle a la primera visita!

LXIV

FILOSOFIA DEL CORAZÓN Y DE LA CABEZA

Para un hombre que se había visto en las mas criticas situaciones, la de Artagnan con respeto a Colbert, únicamente era cómica.

Artagnan no rehuyó; por tanto, la satisfacción de reír a costa del señor intendente desde la calle Neuve des Petits Champs hasta la de los Lombardos.

Aún reía cuando se le presentó Planchet, riendo también en la puerta de su casa.

Porque Planchet, desde el regreso de su` patrón y de la entrada de las guineas inglesas, pasaba la mayor parte de su tiempo en hacer lo que Artagnan acababa de ejecutar desde la calle Neuve des Petits Champs hasta la de los Lombardos.

¿Llegáis, por fin, mi querido amo?

— No, amigo mío —respondió el mosquetero—, me marcho un poco de prisa; es decir, voy a comer, a acostarme, a dormir cinco horas, y a montar a caballo al amanecer... ¿Se, le ha dado ración, y media á mi ,caballo?

—¡Caray! Querido amo —dijo Planchet—, bien sabéis que vuestro caballo es el dije de la casa; mis sirvientes lo besan todo el día y le hacen comer azúcar, nueces y bizcochos. ¿Me preguntáis si se le ha dado su ración de avena? Preguntadme más bien si no ha tenido con qué hartarse diez veces.

—Bien, Planchet, bien. Pasemos a lo que, concierne. ¿Y la comida?

— ¡Al momento! ¡Un asado, vino blanco; cangrejos y cerezas frescas. Todo es nuevo, mi querido amo.

— Eres un hombre amable, Planchet; comamos, pues, y que yo me acueste.

Durante la comida observó Artagnan que Planchet se rascaba frecuentemente la frente, como para facilitar la salida de una idea acomodada con estrechez en su cerebro. Miró con aire afectuoso a su digno compañero de sus viajes de otro tiempo, y chocando vaso con vaso, le dijo:

—Veamos, amigo Planchet, lo que te cuesta tanto trabajo anunciarme. ¡Pardiez, habla pronto y con franqueza!

—Esto —contestó Planchet—, me parece que tenéis aire…, ir a una expedición cualquiera.

—No digo que no.

—Entonces, ¿habréis tenido alguna idea nueva?

—Es posible, Planchet.

—Entonces, ¿habría un nuevo capital que exponer?

—Yo pongo cincuenta mil libras en la idea que vais explotar.

Y diciendo esto, Planchet se restregó las manos una con otra con la rapidez que da una alegría grande.

—Planchet —replicó Artagnan—, no hay más que una desgracia.

— ¿Y cuál?

— La idea no es mía... Nada puedo poner en ella.

Tales palabras arrancaron un gran suspiro del corazón de Planchet. La avaricia es consejero ardiente que arrebata al hombre, como Satanás hizo con Jesús en la montaña, y después de haber mostrado al desgraciado todos los reinos de la tierra puede descansar seguro de que ha dejado con él a su compañera la envidia para morderle el corazón.

Planchet había, gustado de la riqueza fácil y ya no debía detenerse en sus deseos; mas como era un buen corazón, a pesar de su avaricia, y como que adoraba a Artagnan, no pudo menos de hacerle mil recomendaciones, unas más afectuosas que otras.

Tampoco pudo, atrapar una palabra del secreto que tan bien guardaba su amo; astucias, gestos, consejos y truhanerías fueron inútiles. Nada dijo Artagnan.

Así se pasó la velada. Después de comer entretúvose Artagnan en hacer su maleta, dio una vuelta a la cuadra, acarició a su caballo, inspeccionándole las herraduras y las piernas, y, habiendo vuelto a contar luego su dinero, se metió en la cama, donde durmiendo como a los veinte años, pues no tenía inquietudes ni remordimientos, cerró los párpados cinco minutos después de haber apagado la luz.

Muchos sucesos, no obstante, podían tenerlo desvelado. El pensamiento hervía en su cerebro, las conjeturas abundaban, y Artagnan era gran decidor de horóscopos; pero, con esa flema imperturbable que hace más que el genio para la felicidad de las gentes de acción, dejó la reflexión para el día siguiente, temiendo, según decía para sí, no estar fresco en aquel instante.

Amaneció. La calle de los Lombardos tuvo su parte en las caricias de los rosados dedos de la aurora, y Artagnan levantóse como ésta.

A nadie despertó; agarró debajo del brazo su maleta, bajó la escalera sin hacer el menor ruido ni perturbar uno solo de los ronquidos alojados desde el granero a la bodega. Y habiendo preparado su caballo y cerrado la cuadra y la tienda, salió a paso para su expedición a la Bretaña.

Razón de sobra había tenido en no pensar la víspera en todos los asuntos políticos y diplomáticos que solicitaban su inteligencia; porque aquella mañana, con la frescura y el dulce crepúsculo, sintió desenvolverse sus ideas fecundas

Primeramente, pasó por delante de la casa de Fouquet y echó en una caja abierta que había en la puerta el bienaventurado libramiento, que tanto trabajo habíale costado sustraer la víspera de los retorcidos dedos del intendente.

Puesto bajo sobre para Fouquet, el libramiento no pudo ser visto por Planchet, que en punta de adivinación era un Apolo Piteo.

De este modo enviaba su finiquito a Fouquet, sin comprometerse ni teniendo cargos. que dirigirse.

Después de esta cómoda restitución, pensó:

“Ahora traguemos mucho aire matinal, mucha salud; dejemos respirar el caballo Céfiro, que hinche sus ijares como si se tratase de aspirar hemisferio, y seamos muy ingeniosos en muestras combinaciones. Ya es hora de formar un plan de campaña, y según el método del señor de Turena, que tiene una cabeza muy grande llena de toda clase de buenos consejos, antes del plan de campaña es conveniente hacer un retrato de los generales enemigos con quienes tenemos que habérnoslas. El primero de todos el señor Fouquet. ¿Quién es el señor Fouquet? El señor Fouquet —se contestó a sí mismo Artagnan—, es un hombre hermoso, muy querido de las mujeres; un hombre galante; muy amado de los poetas; un hombre de talento, muy execrado de los pillos. Yo no soy ni mujer, ni poeta, ni tunante; no amo, pues, ni aborrezco al señor superintendente; luego me encuentro en un todo en la posición en que se halló el señor de Turena cuando se trató de ganar la batalla de los Dunas. El no aborrecía a los españoles, pero les dio lo suyo. No; hay un ejemplo_ mejor, ¡pardiez! Estoy en la situación en que se encontró el mismo señor de Turena cuando los asuntos del príncipe de Condé en Jargeau, Gien y en el barrio de San Antonio. El no execraba al señor, príncipe, verdad es, pero obedecía al rey. El príncipe es un hombre encantador; pero el rey es el rey; Turena dio un gran suspiro; llamó a Condé “primo mío”, y le vendimió su ejército. ¿Qué desea el rey ahora? Esto no me concierne. ¿Qué quiere el señor Colbert? ¡Oh! Esto es otra cosa. El señor Colbert desea todo lo que no quiere el señor Fouquet. ¿Pues qué quiere el señor Fouquet? ¡Oh, oh! Esto es grave. El señor Fouquet quiere precisamente todo lo que quiere el rey.”

Terminado esté monólogo, Artagnan sé echó a reír ,hacienda silbar su varilla: iba por el medio de la calle espantando los pájaros y escuchando los luises que danzaban a cada sacudida en su bolsa de cuero; y, necesario es confesarlo, cada vez que Artagnan se encontraba en semejantes condiciones, no era la ternura su vicio principal.

Entonces sí que se parecía al señor de Turena, cuando el señor de Turena no amaba a los españoles.

No obstante, el mosquetero, no pudo menos de tomarse alguna pena por la paz del reino, que debían comprometer otra vez las querellas de los grandes. Acordóse cuán poderoso era el señor Fouquet, y cuán sostenido se encontraba. Sumó por una parte los die-

ciocho millones de Luis XIV, y por otra los infinitos recursos del superintendente, pero con su inflexible imparcialidad, garantida por un desdén eterno a las medianías del rencor venenoso del señor Colbert, y cuando tuvo bien hecha su cuenta, pensó:

"Vamos, la expedición no es muy peligrosa, y mi viaje será como aquella comedia que mister Monk me llevó a ver a Londres, y que se denomina, según creo, *Mucho ruido* para nada"

LXV

EL VIAJE

Era tal vez la quincuagésima vez, desde el día que abrimos esta historia, que este hombre de corazón de bronce músculos de acero abandonaba su casa, amigos, todo, en fin, por ir en busca de la fortuna y de la suerte. La una, es decir, la suerte, había retrocedido constantemente ante él como si le hubiera tenido miedo, la otra, esto es, la fortuna, sólo de un mes a aquella parte había hecho alianza, con él.

Aunque no fuese un gran filósofo, según Epicuro o según Sócrates, era una imaginación vigorosa con la práctica de la vida y del pensamiento. Nadie es valiente, aventurero y diestro como era Artagnan, sin ser al mismo tiempo algo visionario.

Se acordaba de algunas sentencias de la Rochefoucault, dignas de ser puestas en latín por el señor de Port Royal, y había formado colección, al pasar por la sociedad de Athos y de Aramis, de muchos trozos de Seneca y Cicerón, traducidos por ellos mismos y aplicados al uso de la vida común.

Este menosprecio de las riquezas, que el gascón había observado como artículo de fe durante los treinta y cinco primeros años de su vida, fue considerado largo tiempo por él como primer artículo del código de la bravura.

Artículo primero, decía él: "Uno es valiente porque no tiene nada. "Uno no tiene nada porque menosprecia las riquezas."

Con estos principios, que según hemos dicho, habían regido los treinta y cinco primeros años de su vida, Artagnan no fue bastante rico para que debiera preguntarse si a pesar de su riqueza era siempre bravo.

A esto, paro cualquiera otro que no fuese Artagnan, hubiera podido servir de respuesta el acontecimiento de la plaza de la Grève, y muchas conciencias habríanse contentado con ella; pero Artagnan era demasiado valeroso para preguntarse sincera y concienzudamente si lo era.

De modo que á esto:

"Creo que he desenvainado con bastante viveza, y con bastante viveza estoqueado en la plaza de la Grève, para estar tranquilo con respeto a mi valor."

Artagnan se había contestado a sí propio:

"Muy bien, capitán; pero esta no es una respuesta. He sido valiente porque quemaban mi casa, y podría apostarse ciento y aun mil contra uno, a que si esos señores del motín no hubiesen tenido tan malaventurada idea, su plan de ataque había salido bien, o al menos no habría sido yo quien se opusiera a él. Mas ahora, ¿qué vais a intentar contra mí? No tengo casa que me quemen en Bretaña; no tengo tesoro que me puedan arrebatar. Pero

tengo mi pellejo, este precioso pellejo del señor Artagnan, que vale todas las cosas y todos los tesoros del mundo. Este pellejo que tengo encima de todo, pues es la cubierta de un cuerpo que encierra un corazón muy caliente y muy satisfecho de latir, y por consecuencia de vivir. Por lo tanto, quiero vivir, y a la verdad que vivo mejor, y mucho más completamente desde que soy rico. ¿Quién diablos diría que el dinero mimase la vida? Me parece que ahora absorbo doble cantidad de aire y de sol. ¡Diantre! ¿Qué será si todavía doblo esta fortuna, y si en vez de la varilla que llevo en la mano alcanzo alguna vez el bastón de mariscal? No sé si habría bastante aire y bastante sol para mí. Bien mirado, esto no es un sueño. ¿Quién diablos se opondría a que el rey me hiciese mariscal, como su padre Luis XIII hizo duque y condestable a Alberto de Luynes? ¿No soy tan bravo y mucho más inteligente que ese imbécil de Vitry? ¡Ah! He aquí justamente lo que se opondrá a mis adelantos: tengo mucho talento. Felizmente, si hay justicia en este mundo, la fortuna me está obligada a ciertas compensaciones. Me debe recompensa por todo lo que he hecho en beneficio de Ana de Austria, e indemnización por todo lo que ella no ha hecho por mí... Pero a la hora de ahora, heme aquí a buenas con un rey, y con un rey que parece quiere reinar. ¡El cielo le conserve tan ilustre pensamiento! Porque si quiere reinar tiene necesidad de mí... y si tiene necesidad de mí, será preciso queme dé lo que me ha prometido. Calor y luz. Por tanto, hoy marcho comparativamente como marchaba en otro tiempo: de nada a todo. Sólo que el nada de hoy es el todo de entonces; no hay en mi vida más que este insignificante cambio. ¡Veamos ahora! Veamos aparte el corazón, puesto que he hablado de él ahora poco ha. Y realmente sólo he hablado de memoria."

Y el gascón apoyó la mano contra su pecho, como si efectivamente buscase el lugar del corazón.

"¡Ah! Desgraciado —exclamó sonriendo con amargura—. ¡Ah, pobre especie! Habíais esperado por un instante no tener corazón. ¡Y, he aquí que tienes uno, cortesano, incompleto, y no obstante, uno de los mas sediciosos! Tienes un corazón que habla en pro del señor Fouquet. ¿Mas quién es el señor Fouquet, cuando se trata del rey? Un conspirador.... un verdadero conspirador, que ni siquiera se ha tomado el trabajo de ocultarte que conspiraba... ¿Y qué arma no tendríais contra él, si su buena gracia y su talento no hubiesen puesto una vaina a esta arma? ¡Ira, rebelión a mano armada! ... Porque, al fin, el señor Fouquet ha realizado una rebelión a mano armada, de modo que cuando Su Majestad sospeche vagamente la sorda rebelión de Fouquet, yo ya sé... Puedo demostrar que el señor Fouquet ha hecho derramar la sangre de los súbditos del rey. Veamos ahora; sabiéndolo todo estoy callándolo. ¿Qué más desea este corazón blando para un buen proceder del señor Fouquet, para un anticipo de quince mil libras, para un diamante, de dos mil doblones, para una sonrisa donde había tanta amargura como bondad? Le salvo la vida. Ahora espero —continuó el mosquetero— que este imbécil corazón guarde silencio, desquitado como está con el señor Fouquet.

También ahora es Su Majestad mi sol, y como quiera que mi corazón está desquitado para con el señor Fouquet, ¡guay de quien se ponga delante de mi sol!, ¡Adelante por Luis XIV, adelante!"

Estas reflexiones eran las únicas que podían retardar la marcha de Artagnan; pero, una vez hechas, apretó el paso de su montura.

Por muy perfecto que fuera el caballo Céfiro, no podía andar siempre, y al día siguiente de su salida de París lo dejó en Chartres en casa de un amigo que Artagnan se había hecho, de un posadero de la ciudad.

Y desde aquel momento viajó el mosquetero en caballos de posta. Gracias a este modo de locomoción, atravesó rápidamente el espacio que separa a Chartres de Chateaubriand.

En esta última ciudad, muy apartada aún de la costa para que se adivinase que Artagnan iba a embarcar, y bastante separada de París para que nadie supusiera que venía de él, el mensajero de Su Majestad Luis XIV, a quien Artagnan había llamado su sol, sin pensar siquiera que el que todavía no era más que una pequeña estrella en el cielo de la monarquía había de hacer su emblema de este astro, el mensajero de Luis XIV, decimos, dejó la posta y compró un rocín de la más triste apariencia, una de esas monturas que jamás se permite escoger un oficial de Caballería por miedo a deshonrarse.

A excepción del pelo, esta nueva adquisición, recordaba a Artagnan aquel famoso caballo amarillo, con el cual, o mas bien, sobre el cual, había hecho su entrada en el mundo.

Cierto es que desde que Artagnan ocupó esta nueva cabalgadura, ya no era él quien viajaba, sino un hombre vestido con jubón gris, que guardaba un término medio entre el sacerdote y el lego; y lo que sobre todo le acercaba al hombre de Iglesia, era que Artagnan había puesto, sobre su cráneo un casquete de terciopelo raído, y encima de él un gran sombrero. Y sin espada. Lo único que llevaba era un bastón colgado de una correílla en el antebrazo, al que prometía unir en la primera ocasión, como auxiliar inesperado, una daga de diez pulgadas, oculta baja la capa.

El rocín comprado en Chateaubriand completaba la diferencia. El rocín se llamaba *Furet.*

“Si de Céfiro he hecho *Furet* —se dijo Artagnan—, preciso es hacer de mi nombre un diminutivo cualquiera. Así es que, en lugar de Artagnan, seré sólo Agnan; esta es una concesión que, naturalmente, debo a mi traje gris, a mi sombrero redondo y a mi casquete raído.”

El señor Artagnan cabalgó sin sacudidas exageradas sobre Furet, que trotaba al paso de andadura como un verdadero caballo, y que, trotando así, hacía gallardamente sus doce leguas por día, gracias a cuatro piernas secas como cañas, cuyo aplomo y seguridad había apreciado el arte ejercitado de Artagnan por bajo del espeso forro que las cubría.

Andando el viajero tomaba notas, estudiaba el país severo y frío que atravesaba, buscando al mismo tiempo el pretexto más plausible para ir a Bella Isle, y verlo todo sin despertar sospechas.

De este modo pudo convencerse de la importancia que tomaba el suceso a medida que se acercaba a él.

En esta comarca retirada, en este antiguo ducado de Bretaña, que no era francés en aquella época, como tampoco lo es en el día, los pueblos no conocían al rey de Francia.

Y no sólo no le conocían, sino que tampoco deseaban conocerlo. Un solo hecho sobrenadaba visible para ellos en la corriente de la política. Sus antiguos duques no gobernaban ya, pero esto era un vacío y nada más. En lugar del duque, los señores de parroquia reinaban sin límites.

Y por cima de estos señores, Dios, que jamás ha sido olvidado en Bretaña.

Entre estos soberanos de castillo y campanarios, el más poderoso, el más opulento, y sobre toda el más popular, era el señor Fouquet, señor de Bella Isla. Aun en el mismo país y a la vista de la Isla, las tradiciones consagraban sus maravillas.

No todo el mundo penetraba allí; la isla, que tenía una extensión de seis leguas de larga por otras seis de ancho era una propiedad que el pueblo había respetado mucho tiempo, cubierta como estaba con el nombre de Retz, tan fuertemente temido en la región.

Poco después de la creación de este señorío enmarquesado por Carlos IX; Bella Isla había pasado al señor Fouquet.

La celebridad de la isla no databa de ayer; su nombre se remontaba a la más alta antigüedad: los antiguos la llamaban Kalonese, de dos palabras griegas que significaban isla hermosa.

De modo, que a dieciocho siglos de distancia, había llevado en otro idioma el mismo nombre de ahora.

Algo era en sí esta propiedad del superintendente, sin contar con su posición a seis leguas de la costa de Francia; posición que le hacía soberana en su soledad marítima.

Artagnan se enteró de todo esto sin que pareciese, que preguntaba nada, y también supo que el mejor medio de tomar lenguas era pasar a la Roche Bemard, ciudad bastante importante en la embocadura del Vilaine.

Allí quizá podría embarcarse, y, atravesando los salitrosos mares, llegar a Guerande o Croisic, para esperar la ocasión de pasar a Belle Isle. Desde su salida de Chateaubriand había conocido que todo era Posible para Furet bajo el impulso del señor Agnan, y nada al señor Agnan sobre la iniciativa de Furet.

Apresuróse, pues, a comer una cercata y una tórtola en una posada de la Roche Bernard, y ordenó subir de la bodega, para rociar estos manjares bretones, una sidra que conoció por más bretona aún con sólo acercarla a los labios.

LXVI

ARTAGNAN ENTABLA RELACION CON UN POETA QUE SE HIZO TIPÓGRAFO PARA QUE SUS VERSOS FUESEN IMPRESOS

Antes de ponerse a la mesa; tomó Artagnan sus informes, como tenía de costumbre; pero es un axioma de curiosidad que todo hombre que quiere preguntar bien y fructíferamente debe empezar por ofrecerse él mismo a las preguntas. Artagnan buscó, pues, con su habilidad ordinaria, un preguntador útil en la hostería de la Roche Bernard.

Y casualmente había en el primer piso de esta casa dos viajeros que también se ocupaban en los preparativos de su comida.

Artagnan vio en la cuadra sus monturas y en la sala sus equipajes. El uno viajaba con lacayo, como una especie de personaje; dos yeguas, hermosos animales, le servían de montura.

El otro, compañero bastante exiguo, viajero de mezquina apariencia y polvoriento gabán, había llegado de Nantes en un carretón arrastrado por un caballo de tal modo semejante a Furet en el colar, que Artagnan hubiese andado cien leguas antes de encontrar otro mejor para emparejar un tiro.

El carretón contenía distintos paquetes envueltos en lienzos viejos. “Este viajero —dijo para sí Artagnan—, es de mi calaña; me conviene y yo debo convenirle. El señor Agnan, con su jubón y su casquete raído, no es digno de comer con el señor de las botas viejas y el vicio caballo.”

Luego, llamó Artagnan al posadero y le mandó que subiese su cerceta y su sidra a la del señor de los exteriores modestos.

Y subiendo con una silla en la mano una escalera que conducía a la sala, se puso a llamar a la puerta.

—Entrad —dijo el. desconocido. Artagnan entró.

—Disimulad, señor —dijo—, soy como vos un viajero, no conozco a nadie en la posada y tengo la mala costumbre de aburrirme cuando como solo, de tal modo que la comida me parece mala y no me aprovecha. Vuestra figura, que apercibí ahora poco cuando bajásteis para que os abriesen unas ostras, me ha gustado mucho. He observado también que tenéis un caballo muy semejante al mío, y que el posadero; a causa de esta semejanza, sin duda, los ha colocado juntos en su cuadra, donde parecen hallar la compañía a las mil maravillas. No veo, pues, por qué han de estar separados los amos, cuando los caballos están reunidos; en consecuencia; vengo a pediros me concedáis el favor de ser admitido a vuestra mesa. Yo me llamo Agnan, para serviros, caballero; intendente indigno de un rico señor que quiere comprar salinas en el país, y que me envía para visitar sus propiedades futuras. Quisiera, señor, que mi figura os agradase tanto como me ha gustado la vuestra.

El extranjero, a quien Artagnan veía por primera vez, tenía los ojos negros y brillantes, tez amarilla, frente un poco arrugada por el peso de cincuenta años, honradez en el conjunto de las facciones, y penetración en la mirada.

“Se diría —dijo para sí Artagnan—, que este guapo mozo no ha ejercitado nunca más que la parte superior de su cabeza, los ojos y el cerebro, y debe ser hombre de ciencia; pero la boca, la nariz y la barba no dicen absolutamente nada.”

— Señor —contestó éste, cuyas ideas y persona se criticaban—, me hacéis honor, mas, no porque me fastidie; tengo —añadió sonriéndose—, una compañía que siempre me distrae; mas no importa, os recibo con mucho. gustó.

Pero, al decir estas palabras, el hombre de las botas viejas derramó una mirada inquieta sobre su mesa, cuyas ostras habían desaparecido, y; en la que sólo quedaba un trozo de tocino salado.

—Señor —se apresuró a decir Artagnan , el posadero va a subir una hermosa ave asada y una torta soberbia.

Artagnan había visto en la mirada de su compañero, por muy rapida que fuera, el temor al ataque de un parásito.

Y había acertado, porque al escuchar aquellas palabras se desarrugaron las facciones del hombre de apariencia modesta.

Efectivamente, el fondista entró al instante, como si hubiera estado acechando el momento, con los manjares anunciados.

Unidas la torta y la cerceta al trozo de tocino salado, Artagnan y su compañero saludáronse, se sentaron frente a frente, y, como dos hermanos, hicieron la división del tocino y de los otros platos.

—Señor —dijo Artagnan—, confesad que la asociación es una cosa admirable.

—¿Por qué? —preguntó el extranjero con la boca llena.

—Voy a decíroslo —contestó Artagnan. .

El extranjero dio tregua al movimiento de sus mandíbulas para escuchar mejor.

—Primero —prosiguió Artagnan—, porque en lugar de tener una luz cada uno, tenemos dos.

—Es verdad —dijo el extranjero sorprendido de la extremada exactitud de la observación.

—Veo, por otra, parte, que coméis mi torta con preferencia, mientras que yo, con preferencia también, como de vuestro tocino salado.

—También es verdad.

—En fin, por encima del placer de estar mejor alumbrado y de comer cosas de gusto de uno, pongo el placer de la compañía.

—Sois muy jovial, señor—dijo agradablemente el desconocido. ¡Muy jovial! Y como todos los que no tienen nada en la cabeza.

— ¡Oh! No os sucede a vos lo: mismo prosiguió Artagnan—, y leo en vuestros ojos toda especie de genio.

— ¡Oh! Señor...

—Vamos, confesadme una cosa.

— ¿Cuál?

—Que sois un sabio Señor...

—¿Eh?

—¡Vamos!

—Soy autor.

— ¡Ya! —murmuró Artagnan entusiasmado y palmoteando—. No me había engañado. ¡Es milagro!

—Señor …

—Bueno —prosiguió Artagnan—, tendré el gusto de pasar esta noche en compañía de un autor. ¿De un autor célebre, quizá?

— ¡Oh —dijo el desconocido sonrojándose— célebre, caballero, célebre no es la palabra.!

— ¡Modesto! —exclamó Artagnan—. Pero al menos —continuó el mosquetero con el carácter de una brusca honradez—, decidme el nombre de vuestras obras, porque recordaréis que no me habéis dicho el vuestro y que me he visto obligado a adivinaros.

—Señor, me llamo Jupenet —dijo el autor.

— Bonito nombre, y no sé por qué... perdonad.. no sé, se me figuraba haber oído pronunciar ese nombre en alguna parte.

—He compuesto versos —dijo modestamente el poeta.

— ¡Eso es! Me los habrán hecho leer.

—Una tragedia.

—La habré visto representar.

El poeta se sonrojó nuevamente. No lo creo, porque no se han impreso mis versos.

— ¡Bien! Entonces será la tragedia quien me habrá enseñado vuestro nombre.

—También os engañáis, porque los señores cómicos del Ayuntamiento de Borgoña no la han querido —dijo el poeta. con la sonrisa cuyo secreto sólo conocen ciertos orgullosos.

Artagnan mordióse los labios.

—Así, pues, señor —continuó el poeta, ya veis que estáis en un error con respecto a mí, y que no siendo yo conocido de vos, no habéis podido oír hablar de mí.

—¡He ahí lo que me confunde! ... Ese nombre de Jupenet es, sin embargo, muy hermoso y digno de ser conocido, tanto como los de Corneille o Rotrou o Garniér... Espero que tendréis a bien declamar algún fragmento de vuestra tragedia, más tarde... cuando camínemos. Será magnífico, ¡diantre! ¡Ah! Perdón, caballero, es un juramento que se me escapa, habitual en mi señor y amo...

—A veces me permito usarlo porque me parece de buen gusto; claro es que sólo me lo permito en su ausencia, porque... ya comprendéis, pero en verdad... Señor, esta sidra es abominable. ¿No sois del mismo parecer? Y, además, el jarro es de una forma tan irregular que no se tiene sobre la mesa.

— ¿Y si le ponemos fina cuña?

—Sin duda. Pero, ¿con qué?

—Con este cuchillo.

— ¿Y la cerceta, con qué la cortamos luego? ¿Contáis acaso con no tocar la cerceta?

—No tal.

—Pues bien, entonces... Aguardad.

El poeta rebuscó en su bolsillo y sacó un pequeño trozo de fundición el grueso de una línea. Pero apenas salió a la luz el pedazo de fundición; cuando el poeta creyó haber cometido una imprudencia, e hizo un movimiento para volverlo a meter en el bolsillo. Artagnan apercibióse de ello; era hombre que nada se le escapaba, y extendió la mano hacia el trozo de fundición.

—¡Caray! ¡Qué bonito es eso! ¿Puede verse?

—Cierto que sí—contestó el poeta, que pareció haber cedido demasiado pronto a su primer impulso—. Puede verse; pero por mucho que miréis —prosiguió con aire satisfecho—, si yo no digo para qué sirve esto, no lo sabréis.

Artagnan, consideró como una confesión las vacilaciones del poeta y su presteza en ocultar el trozo de fundición, que por inadvertencia había sacado del bolsillo.

Así es que, despertada su atención sobre ese punto, se encerró en la circunspección que en todas ocasiones le daba la superioridad. Además, dijera lo que dijese. Jupenet, él había reconocido muy bien lo que era a la simple inspección del objeto.

Era un carácter de imprenta.

—¿Adivináis lo que es esto? — prosiguió el poeta.

—No, a fe mía —dijo Artagnan.

—Pues bien —dijo maese Jupenet—; este trocito de fundición es un tipo de imprenta.

— ¡Bah!

— Una mayúscula.

— ¡Caray, caray! —dijo Artagnan abriendo unos ojos muy cándidos.

—Sí, caballero, una J mayúscula, la primera. letra de mi nombre.

—¿Y esto es una letra?

—Sí, señor.

—Pues bien, voy a manifestaron una cosa.

— ¿Cuál?

—No, porque es una tontería lo que voy a decir.

—¡ Ca! —dijo maese Jupenet con ademán protector.

—Pues bien, si esto es una letra, no comprendo cómo se puede hacer una palabra.

—¿Una palabra?

—Para imprimirla, si pues es facilísimo.

—Veamos.

—¿Os interesa?

—Mucho.

—Voy a explicaros la cosa. Atended.

— ¡Bueno!

—Mirad bien.

—Ya lo hago.

Artagnan parecía absorto en su contemplación.

Jupenet sacó de su bolsillo otros siete u ocho pedazos de fundición, pero más pequeños,

— ¡Ah! —murmuró Artagnan.

— ¿Qué?

— ¿Tenéis toda la imprenta en el bolsillo? ¡Diablo! Es curioso; en efecto.

—¿Verdad que sí?

—¡Qué cosas se aprenden viajando, Dios mío!

—A vuestra salud —dijo Jupenet, encantado.

—¡A la vuestra. diantre, a la vuestra! Pero no con esta sidra, que es una bebida abominable e indigna de un hombre que bebe en la Hipocrene. ¿No es así como los poetas llamáis a vuestra fuente?

—Sí, señor; así se llama, en efecto, nuestra fuente. Ese nombre viene de dos palabras griegas; hipos, que quiere decir caballo, y...

—Señor —interrumpió Artagnan—, os haré beber cierto licor que viene de una sola palabra francesa, y que no por eso es peor. Permitid que me informe si nuestro huésped tiene alguna botella de vino de Céran en su bodega.

Interpelado el posadero, subió al momento.

—Señor —dijo el poeta—, considerad que no tendremos tiempo para beber el vino, a menos que no nos demos mucha prisa; porque yo debo aprovechar la marea para alcanzar el buque.

— ¿Qué buque? —dijo Artagnan.

—¡Toma! El que sale para Belle Isle.

—¡Ah! Para Belle Isle —dijo el mosquetero—.

— ¡Bueno!

—¡Bah! Tendréis tiempo suficiente, caballero —dijo el huésped destapando la botella, el buque no sale hasta la una.

—Pero, ¿quién me avisará? —dijo el poeta.

—Vuestro vecino —replicó el posadero.

—¡Mas si apenas lo conozco!

—Cuando lo oigáis salir será hora de que marchéis.

—¿Va también a Belle Isle?

— Sí.

—¿Ese señor que tiene un lacayo? —preguntó Artagnan.

—Sí. Todo lo que yo sé es que bebe el mismo vino que bebéis vos. ¡Diablo! Mucho honor es ése para nosotros —dijo Artagnan echando de beber a su compañero, en tanto se alejaba el fondista.

—De modo —repuso el poeta, volviendo a sus ideas dominantes—, que jamás habéis visto imprimir.

—Nunca.

—Mirad las letras que componen la palabra se cogen así: A, B... ya veis, una R, una E, una V...

Y unió las letras con tal habilidad, que no se escaparon al ojo del mosquetero.

—Abreviado —dijo terminando.

—Corriente —dijo Artagnan—. Yo veo muchas letras juntas; pero, ¿cómo se sostienen?

— El señor Jupenet sonrió como a hombre que ha respondido a todo, y después sacó también del bolsillo un listón de metal en el que reunía y alineaba los caracteres, sosteniéndolos con el pulgar izquierdo.

— ¿Y cómo se llama ese listón de hierro? —dijo Artagnan—. Porque eso debe tener su nombre.

—Esto se llama componedor contestó Jupenet—, y con auxilio de esta regla se forman las líneas.

—Vamos, sostengo lo que he dicho; vos traéis una prensa en el bolsillo —dijo Artagnan, riendo con aire de simpleza tan marcada, que el poeta quedó engañado completamente.

—No —replicó——, pero estoy torpe, para escribir, y cuando tengo un verso en mi cabeza, lo compongo en seguida para imprimirlo.

— ¡Cáscaras! —pensó Artagnan para sí—. Es preciso aclarar eso.” Y con un pretexto que no turbó al mosquetero, hombre fértil en expedientes, dejó la mesa, bajó la escalera, corrió al cobertizo, bajo el cual permanecía el carretón, rompió con la punta de su puñal la cubierta de uno de los paquetes, y encontró en ellos caracteres de fundición semejantes a los que el poeta impresor llevaba en el bolsillo. —”¡Bien! se dijo Artagnan—. Ignoro todavía si el señor Fouquet quiere fortificar materialmente a Belle Isle; pero en todo caso hay municiones espirituales para el castillo

Y, enriquecido con este descubrimiento, volvió a la mesa. Artagnan sabía lo que quería saber, y estúvose frente a su comensal hasta el momento de oír en la sala inmediata remover el equipaje de un hombre dispuesto a marcharse.

Al instante estuvo listo el impresor, que había dado orden de enganchar el carruaje esperaba a la puerta. El segundo viajero montaba a caballo en el patio con su lacayo.

Artagnan acompañó a Jupenet hasta el puerto, el cual embarcó coche y caballo.

El viajero opulento hizo otro tanto con sus dos yeguas y el doméstico; pero, por más talento que empleara Artagnan para saber su nombre, no lo pudo lograr.

Solamente inspeccionó bien su rostro, para que siempre quedase impreso en su memoria.

Artagnan tenía muchas ganas de embarcar con los dos pasajeros; pero, un interés más, profundo que el de la curiosidad, el del éxito de su expedición, lo rechazó de la orilla y lo condujo a la hostería.

En ella entró suspirando y se metió al punto en la cama, para estar dispuesto por la mañana temprano con ideas frescas y la consulta de la noche.

LXVII

ARTAGNAN CONTINÚA SUS INVESTIGACIONES

Al punto de la mañana, Artagnan ensilló por si mismo a *Furet,* que había hecho una comilona aquella noche y devorado él solo los restos de las provisiones de sus dos compañeros.

El mosquetero tomó todos sus informes del hostelero, a quien halló hábil, desconfiado, y adicto en cuerpo y alma al señor Fouquet.

Resultó de ello que, para no dar ninguna sospecha a este hombre, continuó con la fábula de la probable compra de algunas salinas.

Embarcarse en La Roche Bernard para Belle Isle, hubiera sido exponerse a comentarios que tal vez se habrían hecho ya.

Era, singular, además, *que* aquel viajero y su lacayo hubieran permanecido en secreto para Artagnan, a pesar de todas las preguntas que había dirigido el hostelero, quien parecía conocerlo a fondo.

Hízose, pues, dar noticias sobre las salinas y tomó el camino de los pantanos, dejando el mar a su derecha, y penetrando en aquella vasta y desolada llanura, que parecía un piélago de fango; cuyas ondulaciones argentaban algunas crestas esparcidas de sal.

Marchaba *Furet* maravillosamente con sus pequeños pies nerviosos sobre las estrechas calzadas que dividían las salinas. Tranquilo Artagnan sobre las consecuencias de su caída que le obligaba a tomar un baño frío, se dejaba llevar, contentándose con mirar en el horizonte los tres campanarios agudos, que semejantes a hierros de lanzas, salían del centro de aquella llanura desolada.

Piriac, el pueblo de Batz y Le Croisic, semejantes unos a otros, llamaban y suspendían su atención. Si el viajero daba una vuelta, para orientarse mejor, veía al otro extremo un horizonte con otros tres campanarios: Guérande, Le Poüliguen y Saint Joachim.

Piriac, era el primer puerto, situado a la derecha, y se dirigió a él.

En el instante en que visitaba el puerto de Piriac, se alejaban de él cinco grandes falúas cargadas de piedras.

Pareció singular a Artagnan que se exportasen piedras de un país donde no las había, y tuvo que recurrir a toda la amenidad del señor Agnan para preguntar a la gente del puerto la causa dé semejante singularidad.

Un viejo pescador respondió al señor Agnan que las piedras no venían de Piriac ni de los pantanos, por supuesto.

—Pues entonces, ¿de dónde proceden? preguntó el mosquetero.

—De Nantes y de Paimboeuf.

—Y, ¿a dónde van?

—A Belle Isle, señor.

— ¡Ah, ah! —dijo Artagnan con el mismo acento que había tomado para decir al impresor que le interesaban sus caracteres.....

—Según eso

— Isle, ¿trabajan en Belle?

— ¡Toma!... Todos los años hace reparar el señor Fouquet los muros del castillo.

— ¿De modo, que se está arruinando?

—Es viejo.

—Muy bien.

“El hecho es —pensó Artagnan—, que nada es más natural, y que todo propietario tiene derecho de hacer reparar sus propiedades. Es como si viniesen a decirme que yo fortificaba “La Imagen de Nuestra Señora” cuando estuviese simplemente obligado a hacer reparaciones en ella. Creo, en verdad, que han informado mal a Su Majestad y que puede muy bien haberse engañado.”

—Pero me concederéis —prosiguió en voz alta y dirigiéndose al pescador, porque su papel de hombre desconfiado le estaba impuesto por el objeto mismo de su misión—: me concederéis, amigo mío, que esas piedras viajan de una manera extraña.

—¿Cómo es eso? —dijo el pescador.

—Vienen de Nantes o de Paimboeuf por el Loira, ¿no es verdad?

—Bajan.

—Eso es cómodo, no lo niego, pero, ¿por qué no van en derechura desde Saint Nazaire a Belle Isle?

— ¡Toma! Porque las falúas son muy malos barcos y navegan mal por el mar —repuso el pescador.

—Eso no es una razón.

—Perdonad, señor, pero se conoce que jamás habéis navegado —añadió el pescador, no sin una especie de desdén.

—Os ruego me expliquéis eso, buen. hombre. A mí me parece que venir de Paimboeuf a Firiác, para ir de Piriac a Belle Isle, es, como sí uno fuese de La Roche Brard a Nantes Y de Nantes a Piriac.

—Por agua sería más corto — contestó imperturbable el pescador..

—Pero hay que hacer un recodo. El pescador meneó la cabeza.

—El camino más corto de un punto a otro es la línea recta —continuó Artagnan.

—Olvidáis la corriente, señor.

—Bien, conforme.

— ¿Y el viento?. ¡Ah! ¡Bueno! Indudablemente, la corriente del Loira arrastraba los barcos casi hasta Le Croisic. Si tienen necesidad de calafatearse o de refrescar los víveres van a Piriac costeando, y en Piriac encuentran otra corriente inversa que los lleva a la isla Dumet.

—Perfectamente.

—Desde aquí la corriente del Vilaine los arrastra a otra isla, a la de Hoedic.

—Sin disputa.

—Pues bien, desde esta isla a Belle Isle es recto el camino; el mar pasa como un canal, como un espejo entre las dos islas, y las chalanas se deslizan allí con increíble rapidez; esto es todo.

—¡No importa —dijo el tenaz Artagnan—; es mucho camino.

— ¡Ah!... ¡El señor Fouquet lo quiere así! —replicó por conclusión el pescador, quitándose su gorro de lana al pronunciar este nombre venerable.

Una mirada de Artagnan, mirada viva y penetrante como hoja de espada; sólo encontró cándida confianza en el corazón del viejo, y satisfacción e indiferencia en sus facciones; decía el *señor* Fouquet lo quiere *como* si hubiese dicho: *¡Dios lo ha querido!*

Hablase adelantado mucho Artagnan en este salo, y como quiera que habiendo salido las falúas sólo quedaba en Piriac una barca, la del viejo, *que* no parecía estar dispuesta a tomar el mar sin muchos preparativos, acarició a *Furet,* que, dando una nueva prueba de su carácter encantador, se puso en marcha con los pies en las salinas y actitud resuelta.

Y a eso de las cinco llegó a Le Croisic.

Si Artagnan hubiera sido poeta, habría encontrado bello el espectáculo de aquellas extensas playas, de más de una legua da extensión, que cubre el mar con la marea, y que con el reflejo aparecen parduscas, desaladas, llenas de pólipos y de algas muertas, con sus conchas esparcidas y blancas, como las osamentas del inmenso cementerio.

Pero el soldado, el político, el ambicioso, no tienen tampoco el dulce consuelo de mirar al cielo para leer en él una esperanza o una advertencia.

El cielo bajo significa para esas gentes viento y tormentas; las nubes blancas; sobre el azul de la bóveda, dicen simplemente que la mar será tranquila y dulce.

Artagnan vio el cielo azul, la brisa embalsamada de los perfumes salitrosos; y dijo:

—Me embarcaré con la primera marea, aunque tuviese que ir con una cáscara de nuez.

En Le Croisic; lo mismo que en Piriac, había notado dos montones enormes de piedras alineadas en la playa. Estos muros gigantescos, demolidos en cada marea por los transportes que hacíanse para Belle Isle, fueron a los ojos del mosquetero la consecuencia y la prueba de lo que ya había adivinado en Piriac.

¿Era un muro lo que reconstruía el señor Fouquet? ¿Era una fortificación la que edificaba? Para saberlo había que verlo.

Artagnan metió a *Furet en* la cuadra comió, se acostó, y al día siguiente, al amanecer, se paseaba por el puerto, o mejor dicho sobre las conchas.

Le Croisic tiene una huerta de cincuenta pies y una torre de vigía parrcida a una torta enorme en un plato.

Tres o cuatro hombres permanecían en la pedregosa playa buscando cangrejos.

El señor Agnan, animados los ojos de alegría y con la sonrisa en los labios, se acercó á los pescadores.

—¿Se pesca hoy? —preguntó.

—Sí, señor —dijo uno de ellos y aguardamos la marea.

—¿Dónde pescáis, amigos?

—En la costa, caballero.

—¿Y cuáles son las buenas costas?

—¡Ah! Según, alrededor de las islas, por ejemplo.

—¿Pero las islas están muy lejos?

—No mucho; ¯cuatro leguas.

—¡Cuatro leguas! ¡Eso es un viaje!

El pescador se echó a reír en las barbas del señor Agnan.

—Decidme —prosiguió éste con su necia candidez—, a cuatro leguas se pierde de vista la costa, ¿verdad?

—No siempre:..

—En fin... es lejos.. bastante lejos, y, si no fuera por eso, os hubiera pedido que me llevaseis a bordo; me enseñaseis lo que jamás he visto.

—Qué.

—Un pez de mar vivo:

—¿Sois de provincia? —preguntó un pescador.

—Sí, soy de París:

El bretón encogióse de hombros y dijo:

— ¿Habéis visto al señor Fouquet en París?

—Muchas veces —respondió Artagnan.

—¿Muchas veces? —preguntaron los pescadores estrechando el cerco alrededor del parisiense—. ¿Le conoséis?

—Un poco, es íntimo amigo de mi amo.

—¡Ah! —murmuraron los pescadores.

—Ye he visto todos sus castillos de Saint Mandé; Vaux y su palacio de París.

—¿Y es bonito?

—Soberbio

—No tanto como Belle Isle —replicó un pescador.

—¡Bah! —replicó el señor Agnan dando una carcajada bastante desdeñosa que encolerizó a los concurrentes:

—Bien se adivina que no habéis visto a Belle Isle —replicó el más curioso de los pescadores—, ¿Sabéis que tiene seis leguas y que hay allí árboles como no se ven iguales en Nantes?

—¡Árboles en el mar! —exclamó Artagnan—. ¡Quisiera ver eso!

—Pues es muy fácil; nosotros pescamos en la isla Hóedic. . . Venid con nosotros; desde este lugar veréis como un paraíso los árboles negros de Belle Isle y la línea blanca del castillo que corta como una cuchilla el horizonte del mar.

—¡Oh! Eso debe ser encantador. ¿Pero sabéis que hay cien campanarios en el castillo del señor Fouquet en Vaux? —dijo Artagnan.

El bretón levantó la cabeza admirado; pero no quedó convencido. ¡Cien campanarios! –—–dijo—: Es igual; Belle Isle es más hermosa: ¿Queréis verla?

— ¿Es posible? —preguntó Artagnan

——Sí, con la venia del gobernador.

—Pero yo no conozco a ese gobernador.

—Ya que ,conocéis al señor Fouquet, diréis vuestro nombre.

—¡Oh! Amigos míos, ¡yo no soy un caballero!

—Todo el mundo entra en Belle Isle —prosiguió el pescador—, con tal que no se quiera mal a Belle Isle ni a su señor.

Un ligero escalofrío recorrió el cuerpo del mosquetero.

“Es cierto”, pensó para sí.” Y añadió después:

—Si estuviese seguro de no marearme …

—No será aquí —dijo el pescador mostrando con orgullo su hermosa barca de cóncavo fondo.

—¡Vamos! Me convencéis —exclamó Artagnan—. Iré a ver Belle Isle; pero desde lejos; porque no me dejarán entrar.

—Nosotros bien entramos.

—¡Vosotros! ¿Para qué?

—¡Toma!.. ¡Para vender pescado a los corsarios!

— ¡Eh! ¡Corsarios!

—El señor Fouquet ha hecho construir dos corsarios para dar caza a los holandeses y a los ingleses, y nosotros vendemos pescado a los tripulantes de esos pequeños navíos.

— ¡Caray... caray...! —pensó Artagnan—: Mejor que mejor.. ¡Una imprenta, baluartes y corsarios! Vamos, el señor Fouquet no es flojo enemigo, como había supuesto, y vale la pena de que uno se mueva para verla de cerca."

—A las cinco y media nos marchamos —añadió gravemente el pescador.

—Os pertenezco y no os abandono.

En efecto, Artagnan vio que los pescadores hablaban de sus barcos y los preparaban; la mar subió y el señor Agnan se dejó izar hasta bordo, no sin simular temor y dar que reír a los grumetes, que lo acechaban con sus grandes e inteligentes ojos.

Tendióse sobre una vela doblada en cuatro dobleces, y dejó que aparejasen y que la barca saliese a plena mar.

Los pescadores; que hacían su oficio al mismo tiempo que caminaban, no advirtieron que su pasajero no se había puesto pálido; ni había gemido ni padecido; ni que, a pesar de los horribles cabeceos y vaivenes brutales de la barca, a la cual nadie daba dirección, el pasajero novicio había conservado toda su presencia de ánimo y su apetito.

La pesca era bastante afortunada; las carpas y los lenguados ya habían mordido en el cebo; congrios y truchas de un peso enorme habían roto dos hilos, y tres anguilas de mar se arrastraban por la cala con estremecimientos de agonía.

Artagnan les llevaba la fortuna, y así se lo dijeron. El soldado halló el oficio muy divertido y puso mano a la obra, dando rugidos de alegría y recortando ¡pardiez! capaces de asustar a sus mismos mosqueteros, cada vez que un sacudimiento de la red iba a desgarrar los músculos de su brazo y a solicitar el empleo de sus fuerzas y de su habilidad.

La parte del placer le había hecho olvidar la misión diplomática; y estando en lucha con un terrible congrio que le obligaba a aferrarse con una mano al borde de la barca a fin de atraer con la otra a su antagonista, le dijo el patrón:

—Cuidado no nos vean desde Belle Isle.

Estas palabras hicieron en Artagnan igual efecto que la primera bala que silba un día de batalla; soltó el hilo y el congrio, y ambos desaparecieron en el agua.

Artagnan acababa de divisar a una media legua de distancia la silueta pardusca y acentuada de las rocas de Belle Isle, dominada por la línea blanca y soberbia del castillo.

Y a lo lejos la tierra, con sus bosques y llanuras verdosas, donde pastaba tranquilamente el ganado.

Esto fue lo primero que llamó la atención de nuestro hombre. El sol lanzaba sus rayos de oro sobre el mar y hacía girar un polvo resplandeciente alrededor de aquella isla encantada. Gracias a esta luz resplandeciente no se veían en ella más que los puntos llanos, y toda sombra cortaba con dureza el paño luminoso de la pradera o de las murallas.

—¡Eh, eh! —dijo Artagnan al aspecto de aquellas masas de rocas negras—. He aquí fortificaciones que no tienen precisión de ningún ingeniero para inquietar un desembarco. ¿Por dónde diablos se puede bajar a esa tierra que Dios ha defendido tan completamente?

—Por aquí —repuso el patrón, cambiando la vela e imprimiendo al timón una sacudida que llevó a la falúa en dirección de un lindo puerto, redondo y recientemente almenado.

—¿Qué diantres veo allí? —preguntó Artagnan.

—Veis a Locmaria —le contestó el pescador.

— ¿Y más abajo?

—A Bangos.

—¿Y más allá?

—Saujeu... Luego, el palacio.

— ¡Diablo, esto es un mundo! ¡Ah! Allí hay soldados.

—Hay mil setecientos hombres en Belle Isle, señor —dijo el pescador con orgullo—. ¿Sabéis que la guarnición menos numerosa es de veintidós compañías de infantería? "¡Pardiez! —se dijo Artagnan—. Muy bien podría Su Majestad tener razón…"

Atracaron.

LXVIII

DONDE SEGURAMENTE SE SORPRENDERÁ EL LECTOR, COMO SE SORPRENDIO ARTAGNAN, AL ENCONTRARSE CON UN ANTIGUO CONOCIDO

En un desembarco siempre hay un tumulto y una confusión que no dejan al espíritu la necesaria libertad para estudiar al primer golpe de vista el nuevo sitio que se le presenta.

El marinero agitado, el buque movible, el ruido del agua sobre la arena y gritos e impaciencia de los que esperan en la orilla; son los distintos detalles de esa sensación que se resume en una sola palabra: vacilar.

Sólo después de haber desembarcado y de estar unos minutos en la orilla, vio Artagnan en el puerto, principalmente en el interior de la isla, agitarse un mundo de trabajadores.

Artagnan reconoció las cinco chalanas cargadas de piedras que viera salir del puerto de Piriac. Las piedras eran transportadas, a la orilla por medio de una cadena formada por veinticinco o treinta campesinos.

Estas piedras, de gran preso, eran cargadas en carretas, que las conducían al sitio de los trabajos, cuyo valor y extensión aún no podía apreciar Artagnan.

En todas partes reinaba una actividad igual a la que observó el mozo al desembarcar en Salento.

Muchas ganas tenía Artagnan de penetrar, más adelante, pero no podía, so pena de hacerse sospechoso, dar lugar a la desconfianza. Sólo adelantaba paulatinamente sin pasar apenas la línea que los pescadores formaban en la playa, observando todo, no dicien-

do nada, y marchando delante de todas las suposiciones que se pudiesen hacer con una pregunta estúpida o un saludo cortés.

En tanto que sus compañeros hacían su comercio, ponderando y vendiendo su pescado a los obreros y habitantes de la isla, nuestro hombre ganaba terreno poco a poco, y viendo la poca atención que le prestaban, comenzó a fijar miradas inteligentes y seguras en hombres y cosas que aparecían a sus ojos.

Sus primeras miradas se encontraron con excavaciones de terreno, sobre las que no podía engañarse el ojo de un soldado.

En las dos extremidades del puerto, y para que los fuegos se cruzasen sobre el eje, de la elipse que formaba, se habían levantado dos baterías, destinadas evidentemente a contener cañones, pues Artagnan vio a los obreros concluir las plataformas que debían sustentar las piezas para darles todas las direcciones posibles.

Cerca de cada una de estas baterías algunos operarios llenaban cestos de tierra para el revestimiento de otra que tenía troneras; y un director de trabajos dirigía los de otros operarios que formaban haces de ramaje y cortaban rombos y rectángulos de césped, destinados a cubrir los cortes de las troneras.

A juzgar por la actividad desplegada en estos trabajos, podíaseles considerar como ya terminados; y suponiendo que la artillería estuviese en la isla, en menos de dos o tres días podía estar el puerto completamente anillado.

Lo que asombró a Artagnan cuando fijó su vista en las fortificaciones de la ciudad, fue ver que Belle Isle estaba defendida por un sistema completamente nuevo, del cual había oído hablar más de una vez al conde de la Fère como de un gran progreso; mas del cual no había visto aún la aplicación.

Estas fortificaciones no pertenecían ni al método holandés de Marollais, ni al método francés del caballero Antonio de Ville, sino al sistema de Manesson Mallet, hábil ingeniero que seis u ocho años antes, había dejado el servicio de Portugal para entrar al de Francia.

Tenían de notables tales trabajos, que en vez de, elevarse fuera de tierra, como hacían los antiguos muros destinados a defender la ciudad de un escalo, hundíanse, por el contrario, y lo que constituía la altura de las murallas era la profundidad de los fosos.

No necesitó Artagnan mucho tiempo para reconocer toda la superioridad de tal sistema, a salvo de los peligros de la artillería.

Y como los fosos estaban más bajos que el nivel del mar, podían ser inundados por medio de esclusas subterráneas.

Por lo demás, los trabajos hallábanse casi terminados, y un grupo de trabajadores, que recibía órdenes de un hombre que parecía ser el director, se ocupaba de colocar las últimas piedras.

Un puente echado sobre el foso, para mayor comodidad de las maniobras, unía el interior al exterior.

Artagnan preguntó con curiosidad si le sería permitido atravesar el puente, y le respondieron que ninguna orden se oponía a ello.

Por tanto, Artagnan atravesó el puente y se adelantó hacia el grupo. Este grupo estaba mandado por aquel hombre que ya había notado Artagnan y que parecía el ingeniero jefe.

Un plano se hallaba extendido sobre una piedra en figura de mesa, y pasos más allá funcionaba una grúa.

El ingeniero llevaba un jubón que por lo suntuoso, no armonizaba su trabajo, pues más requería éste con el traje de un maestro albañil que del de un señor.

Aquel hombre era de elevada estatura y anchos hombros, y llevaba un sombrero todo cubierto de plumas. Gesticulaba de una manera de las más majestuosas, y parecía, porque estaba vuelto de espaldas, reñir a los operarios por su debilidad o por su inercia.

Artagnan se iba acercando. En aquel momento cesaba de gesticular el hombre del penacho. Con las manos apoyadas en las rodillas, seguía encorvado los esfuerzos de seis obreros que intentaban levantar una piedra labrada a la altura de una barra de madera destinada a sostenerla, para que pudiesen pasar por debajo la cuerda de la grúa.

Reunidos los seis operarios en un solo lado de la piedra, unían todos sus esfuerzos para levantarla ocho o diez pulgadas, sudando y resoplando, mientras otro acechaba la ocasión de meter el rodillo que debía soportarla. Mas ya la piedra se les había escapado dos veces de la mano antes de llegar a una altura suficiente para ser introducido el rodillo.

No hay que decir que cada vez que se les escapaba la piedra daban un salto atrás a fin de evitar que en su caída les aplastase los pies.

Hicieron un tercer esfuerzo, sin mejor éxito, con mayor desaliento, a pesar de que los seis obreros encorvados sobre la piedra eran animados por el hombre del penacho, que había articulado con voz poderosa la palabra jirine, iniciadora de todas las maniobras.

Entonces se incorporó, y dijo:

—¡Oh, oh! ¿Qué es esto? ¿Estoy tratando con hombres de paja? ¡Diablo! Quitaos de ahí y veréis cómo se hace esto.

— ¡Pardiez! —dijo Artagnan. ¿Tendrá la pretensión de levantar esa enorme roca? Sería curioso. Los obreros apartáronse con las orejas gachas y moviendo la cabeza, menos el que tenía el madero, que se disponía a realizar su oficio. El hombre el penacho se aproximó a la piedra, se inclinó, deslizó sus manos bajo la cara que tocaba en el suelo, atirantó sus músculos hercúleos, y con un movimiento pausado, como el de una máquina, levantó la troca a un pie del suelo.

El operario que tenía el madero aprovechó la ventaja que se le daba para deslizar el rodillo bajo la piedra.

—¡Ya lo veis! —dijo el gigante, no dejando caer la roca, sino sosteniéndola sobre su soporte.

—¡Pardiez! —murmuró Artagnan—. Sólo conozco a un hombre capaz de semejante esfuerzo.

—¿Eh? —dijo el coloso volviéndose.

—¡Porthos! —exclamó Artagnan estupefacto—. ¡Porthos en Belle Isle!

El hombre del penacho fijó sus ojos en el supuesto mayordomo, y le reconoció a pesar de su disfraza

—¡Artagnan! —gritó, poniéndose encendido—.

— ¡Chitón! —dijo a Artagnan.

—¡Chitón! ——contestó el mosquetero.

En efecto, si Porthos acababa de ser descubierto por Artagnan, éste acababa de ser descubierto por Porthos.

A pesar, del interés de su secreto, el primer movimiento de estos hombres fue echarse en brazos uno de otro.

Lo que deseaban ocultar a los concurrentes no era su amistad, sino sus nombres.

Pero después del abrazo vino la reflexión.

— ¿Por qué diantres está Porthos en Belle Isle y levanta peñascos? —dijo Artagnan para sí.

Menos diestro en diplomacia que su amigo, Porthos pensó en voz alta:

— ¿Por qué diablos estáis en Belle Isle? ¿Qué venís a hacer aquí?

Necesario era responder sin vacilar. Vacilar en responder a Porthos hubiera sido descalabro de que jamás se habría podido consolar el amor propio de Artagnan.

—¡Diantre! Amigo mío, estoy, en Belle Isle porque estáis vos.

—¡Ah! —dijo Porthos visiblemente aturdido del argumento y pretendiendo comprenderlo con aquella lucidez de deducción que ya conocemos en él.

—Sin duda —prosiguió Artagnan, que no quería dar tiempo a su amigo para que cavilase—. Irle ido a ver a Pierrefonds.

—¿De veras?

—Sí.

—Y no me habéis encontrado allí.

—No; pero encontré a Mosquetón.

—¿Y está bien?

—¡Diantre!

—¿Pero os ha dicho Mosquetón que yo estaba aquí?

—¿Por qué no me lo iba a decir? ¿He desmerecido acaso en la confianza de Mosquetón?

—No; pero él lo ignoraba

—¡Oh! Esa es una razón que nada tiene de ofensiva, para mi amor propio por lo menos.

— ¿Pero cómo habéis hecho para encontrarme?

——¡Caray, amigo! Un gran señor, como vos, siempre deja huellas de su paso, y me estimaría yo muy poco si no supiese seguir la pista a mis amigos.

Por más lisonjera que fuera esta explicación, no satisfizo completamente a Porthos, que dijo:

—Pero yo no he podido dejar huellas, viniendo disfrazado.

—¡Ah! ¿Habéis venido disfrazado? —preguntó Artagnan.

—Sí.

—¿Y cómo?

—De molinero.

—Porthos, un señor como vos, ¿puede afectar maneras ordinarias hasta el punto de engañar a la gente?

—Pues os juro, amigo mío, que todo el mundo se ha engañado: ¡tan bien he desempeñado mi papel!

—Pero no tan bien que yo no os haya descubierto.

—Justamente. ¿Y cómo me habéis descubierto?

—Esperad; voy a relataros la cosa. Imagináis que Mosquetón...

—¡Ah! Es ese tuno de Mosquetón —dijo Porthos plegando los dos arcos de triunfo que le servían de cejas.

— Fiero esperad.. Aquí no hay falta ninguna de Mosquetón, puesto que él mismo ignoraba dónde estuvieseis.

—Sin duda, y por eso tengo tantos ganas de comprender.

—¡Oh! ¡Cuán impaciente sois, Porthos!

— ¡Cuando no comprendo soy terrible!

—Vais a comprender. Aramis os ha escrito a Pierrefons, ¿no es cierto?

—Sí.

—Os ha escrito que llegaseis antes del equinoccio.

—Cierto.

—Pues bien claro está —dijo Artagnan, confiando que esta razón bastaría a Porthos.

Porthos parecía entregado a un intenso trabajo de comprensión.

— ¡Oh! Sí —dijo—, ya comprendo. Como Aramis me decía que llegase antes del equinoccio; habéis entendido que era para unirme a él. Os habéis enterado dónde estaba Aramis, diciéndoos: "Donde esté Aramis, estará Porthos." Habéis sabido que Aramis está en Bretaña, y os habéis dicho: "Porthos está en Bretaña."

—¡Justamente! En verdad que no sé cómo os habéis hecho adivino, Porthos. Ya comprendéis entonces. Al llegar a la Roche Bernard supe los bellos trabajos de fortificación que se hacían en Belle Isle, y picada mi curiosidad metime en un barco pesquero sin saber de cierto que estuvieseis aquí. He venido, he visto un buen mozo que removía una piedra incapaz de moverla el mismo Ayáx, y he gritado: "Nadie más que el barón de Bracieiux es capaz de semejante esfuerzo.", Me habéis oído, os habéis vuelto, me habéis reconocido, nos hemos abrazado, y si os parece, amigo, nos abrazaremos otra vez.

—He ahí cómo se explica todo, en efecto —dijo Porthos.

Y abrazó a Artagnan con amistad tan grande, que el mosquetero perdió la respiración, durante algunos minutos.

—Vamos, vamos, más fuerte que nunca —dijo Artagnan—, y felizmente siempre de los brazos. Durante el tiempo en que Artagnan perdiera la respiración había reflexionado que tenía que representar un papel muy difícil. Tratábase de preguntar siempre, sin responder nunca.

Cuando le volvió la respiración, ya tenía formado su plan de campana.

LXIX

DONDE LAS IDEAS DE ARTAGNAN, CONFUSAS AL PRINCIPIO, EMPIEZAN A ACLARARSE ALGÚN TANTO

El mosquetero tomó al momento la ofensiva.

—Ahora, que ya os lo he dicho todo, querido amigo, o más bien que todo lo habéis adivinado, decidme qué hacéis aquí cubierto de polvo y lodo.

Porthos se limpió la frente, y, mirando alrededor con orgullo, dijo:

—¡Me parece que ya podéis ver lo que hago!

—¡Sin duda! ... Veo que levantáis piedras.

— ¡Oh! ¡Para enseñar a esos haraganes lo que es un hombre! —murmuró Porthos con desprecio—. Ya comprenderéis.

—¡Sí! Pero no tenéis por oficio levantar piedras, aunque haya muchos que lo tengan y no las levanten como vos. Esto es lo que me hacía preguntaros: "¿qué hacéis aquí, barón?"

—Estudio topografía, señor.

— ¿Estudiáis topografía?

—Sí, pero vos mismo, ¿qué hacéis con ese traje de paisano? Artagnan comprendió que había cometido una falta dejándose llevar por la sorpresa. Porthos se había aprovechado de ella para responder con una pregunta.

Feamente, Artagnan la aguardaba, y dijo:

—Ya sabéis que soy paisano, por consiguiente, nada tiene de extraño el vestido, porque está de acuerdo con mi condición.

— ¡Cómo es eso! ¡Vos, un mosquetero!

—Ya no lo soy, mi buen amigo; presenté la dimisión.

—¿Y habéis abandonado el servicio?

—Lo he abandonado.

—¿Y habéis dejado al rey?

—Justamente.

Porthos levantó los brazos al cielo, como quien escucha una noticia inesperada.

—¡Oh! Eso sí que me confunde —dijo.

—Pues sin, embargo, así es.

—¿Qué os ha motivado a determinar eso?

—El rey me disgustó, Mazarino me disgustaba hacía mucho tiempo, como sabéis, y he ahorcado la casaca.

—Pero Mazarino ha fallecido.

—¡Bien lo sé, pardiez! Pero en la época de su muerte ya hacía dos meses que estaba presentada y aceptada mi dimisión; estando entonces libre corrí a Pierrefónds, para, ver a

mi querido Porthos; había oído hablar de la feliz división que tenía hecha del tiempo, y pensaba distribuir el mío con el vuestro una quincena de días.

—Amigo mío, ya sabéis que mi casa está abierta para vos, no por quince días, sino por un año, por diez, o por toda la vida.

—Gracias, Porthos.

— ¿Y no tenéis necesidad de dinero? preguntó Porthos haciendo sonar unos cincuenta luises que encerraba en su bolsa—. ¡En tal caso, ya sabéis! ...

—No, no necesito nada; he puesto mis ahorros en casa de Planchet, que me da un interés por ellos,

—¿Vuestros ahorros?

—Sin duda —dijo Artagnan. ¿Por qué no queréis que haya ahorrado, como otro cualquiera?

—¡Yo! Yo no deseo eso; al contrario, siempre os he sospechado... Es decir, Aramis os ha supuesto siempre algunos ahorrillos Yo no me mezclo en esa clase de asuntos; pero lo que únicamente presumo es que los ahorros de un mosquetero no serán gran cosa.

—Sin duda... Para vos, que sois millonario... En fin, voy a haceros juez del asunto. Yo tenía por una parte veinticinco mil libras...

—Bonita cantidad —dijo Porthos con aire afable.

—Y —continuó Artagnan— el 28 del mes último, he añadido a ellas otras doscientas mil.

Porthos abrió unos ojos que interrogaban elocuentemente al mosquetero: "¿dónde diablos habéis robado semejante suma, querido amigo?

—¡Doscientas mil libras! —murmuró al fin.

—Sí... Que con veinte mil que traigo encima, me completan un total de doscientas cincuenta mil libras:

—Pero veamos, ¿de dónde os viene esa fortuna?

—¡Ah!. Ya os contaré la cosa más tarde; amigo mío; pero como, vos tenéis que decirme muchas cosas, dejemos mi relato para luego.

— ¡Bravo! —dijo Porthos—. Ya todos somos ricos. ¿Pero qué tenía yo que contaros?

—Teníais que contarme cómo Aramis ha sido nombrado...

—¡Ah! ¿Obispo de Vannes?

—Sí —dijo Artagnan—, obispo de Vannes. ¿Sabéis que progresa en su carrera?

—¡Oh! ¡Sí, sí! Sin contar que no parará ahí.

—¡Cómo! ¿Suponéis que no se contentará con las medias moradas y que aspirará al sombrero rojo?

— ¡Chiton! Eso le ha sido prometido.

— ¡Bah! ¿Por Su Majestad?

— Por alguien más poderoso que el rey.

—¡Diablos!

—Porthos, .¡me decís cosas increíbles, amigo!

—¿Por qué increíbles? ¿Acaso no ha habido siempre en Francia alguien más poderoso que el rey?

—¡Oh! Ciertamente. En tiempo de Luis XIII era el duque de Richelieu; en tiempo de la regencia era el señor Mazarino; en tiempo de Luis XIV...

— ¡Vamos!

—El señor Fouquet.

—Lo habéis nombrado de un tirón.

— ¿De modo que el señor Fouquet ha prometido el capelo a Aramis?

Porthos asumió un aire de reserva, y dijo:

—Querido amigo; Dios me libre de ocuparme de los asuntos de otros, y sobre todo de revelar secretos que pueda haber interés en ocultar. Cuando veáis a Aramis, él os dirá lo que crea que deba deciros.

—En verdad, Porthos, no hablemos más de eso, y volvamos a vos.

—Sí —contestó Porthos.

—¿No me habíais dicho que estabais aquí para estudiar topografía?

—Ciertamente.

—¡Pardiez! Amigo mío, ¡qué lindas cosas hacéis!

— ¿Cómo es eso?

— ¡Caray! ¡Estas fortificaciones son admirables!

— ¿Es ese vuestro parecer?

—Sin duda; y poco menos que un sitio en toda regla. Belle Isle es inexpugnable.

Porthos se frotó las manos.

—Esa es mi opinión dijo.

—¿Pero quién diablos ha fortificado así esta bicoca? Porthos se pavoneó.

—¿No os lo he dicho?

—No.

—¿Y no lo adivináis?

—No; todo lo que puedo decir es que sin duda se trata de un hombre que ha estudiado todos los sistemas, y me parece que se ha fijado en el mejor.

—¡Chitón! —dijo Porthos—. Contemplad mi modestia, amigo Artagnan.

—¡De veras! —respondió el mosquetero—. Seréis vos... quien... ¡Oh!

—Por favor, amigo mío.

—Vos habéis imaginado, planeado y combinado estos baluartes, estos reductos, estas cortinas, estas medias lunas; ¿y quién ha preparado este camino cubierto?

—Os ruego...

—¿Vos quien ha edificado esta luneta con sus ángulos entrantes y salientes?

—Por Dios...

— ¿Vos quien dio esta inclinación a los cortes de las troneras, con cuyo auxilio se protegerán tan eficazmente los que sirvan las piezas?

—¡Oh! Dios Santo, sí.

—¡Oh! Porthos, Porthos, es preciso inclinarse ante vos; pero siempre nos habéis ocultado ese hermoso genio, y espero, amigo, que me enseñaréis todo en detalle.

—Nada más fácil; aquí está mi plano.

—Enseñádmelo.

Porthos condujo a Artagnan hacía la piedra que le servía de mesa, donde permanecía el plano extendido.

Debajo de este plano estaba escrito lo siguiente, con aquella formidable letra de Porthos de que ya hemos tenido ocasión de hablar:

"En vez de serviros del cuadrado o del rectángulo, como se ha hecho hasta hoy, supondréis la plaza en un hexágono regular, polígono que tiene la ventaja de presentar más ángulos que el cuadrilátero. Cada lado del hexágono, del que determinaréis la longitud en razón de las dimensiones tomadas sobre la misma plaza, será dividido en dos partes iguales; en el punto medio levantaréis una perpendicular hacia centro del polígono, que tendrá de longitud la sexta parte del lado. Por las extremidades de cada lado del polígono trazaréis dos diagonales qué irán a cortar la perpendicular. Las dos rectas formarán las líneas de defensa."

—¡Diablo! —dijo Artagnan deteniéndose en este punto de demostración—. ¡Esto es un sistema completo, Porthos!.

—Completísimo —repuso Porthos—. ¿Queréis continuar?

—No, ya he leído bastante; y puesto que sois vos, querido Porthos, quien dirige los trabajos, ¿qué necesidad tenéis de establecer el sistema por escrito?

—¡Oh, amigo! ¡La muerte!

— ¿Cómo la muerte?

—¡Claro! ¿No somos todos mortales?

—Es verdad —dijo Artagnan—; a todo habéis respondido, amigo mío.

Y colocó el plano sobre la piedra.

Mas, por poco tiempo que lo tuviera en las manos, pudo distinguir bajo la enorme letra de Porthos otra mucho más fina que le recordaba ciertas cartas a María Michón, de que tuvo conocimiento en su juventud. Sólo que la goma había pasado y repasado sobre esa letra, que hubiera escapado a un ojo menos penetrante que el de nuestro mosquetero.

—¡Bravo, amigo mío! —dijo Artagnan.

—Ahora ya sabéis todo lo que queríais saber, ¿no es verdad? —dijo Porthos contoneándose.

—¡Oh! Sí, sí; sólo os pido el último favor, amigo.

—Hablad, yo soy aquí el amo.

—Hacedme el favor de decir el nombre de aquel señor que se pasea por allá abajo.

—¿Dónde es allá abajo?

— Detrás de los soldados.

—¿Seguido de un lacayo?

—Sí.

—¿En compañía de una especie de bergante vestido de negro?

—Ese misma.

—El señor Gétard.

—¿Y quién es el señor Gétard, querido?

—El arquitecto de la casa.

—¿De qué casa?

—De la casa del señor Fouquet.

—¡Ah, ah! —exclamó Artagnan.. ¿Con que sois de la casa del señor Fouquet, Porthos?

—¡Yo! ¿Por qué decís eso? —dijo el topógrafo, ruborizándose hasta la extremidad superior de las orejas.

—¡Vaya! Decís la casa hablando de Belle Isle, como si hablarais del castillo de Pierrefonds.

Porthos se pellizcó los labios.

—Amigo —dijo—; Belle Isle es del señor Fouquet, ¿no es verdad?

—Sí.

—Como Pierrefonds es mío.

—Sin duda.

— ¿Venís de Pierrefonds?

—Ya os he dicho que estuve en él aun no hace dos meses.

—¿Y no habéis visto a un señor que tiene la costumbre de pasearse con una regla en la mano?

—No; mas lo habría visto si en efecto se hubiera estado paseando.

—¡Pues bien! Ese es el señor Boulingrin:

— ¿Y quién es el señor Boulingrin?

—Allá voy. Si cuando ese señor se pasea con la regla en la mano me pregunta alguno: “¿quién es el señor Boulingrin?”; yo le contesto: “el arquitecto de la casa”. Pues bien, el señor Gétard es el Boulingrin del señor Fouquet; pero no tiene que ver nada con las fortificaciones, que me corresponden a mí solo, ¿entendéis? Nada absolutamente.

—¡Ah, Porthos! —murmuró Artagnan dejando caer los brazos como su vencida que con la espada—. ¡Ah! Amigo mío, no sois únicamente un topógrafo hercúleo, sino también un dialéctico de primer orden.

—¿No es cierto —respondió Porthos—, que está todo poderosamente razonado?

Y sopló, como el congrio que aquella mañana había dejado escapar Artagnan.

—–Decidme —prosiguió el mosquetero—, y ese bergante que acompaña al señor Gétard, ¿es también de la casa del señor Fouquet?

—¡Oh!. —dijo Porthos con desprecio—. Ese es un tal Jupenet o Juponet; una especie de poeta.

—¿Que desea establecerse aquí? –

—Creo que sí:

—Yo pensaba que el señor Fouquet tenía bastantes poetas allá.. Scudéru, Loref, Pèlluson, La Fontaine. Si os he de decir la verdad, Porthos, tal poeta os deshonra.

—Lo que nos salva, amigo mío es que no está aquí como poeta.

—¿Pues cómo está?

—Como impresor, y me hacéis pensar en que tengo que decirle una palabra a ese pedante.

—Decidla.

Porthos hizo una seña a Jupenet, que había reconocido a Artagnan y no se daba prisa en acercarse.

Esto condujo naturalmente a una segunda seña de Porthos, la cual era de tal modo imperativa, que fue preciso obedecer.

—¡Cómo! —repuso Porthos—. ¿Habéis desembarcado ayer y ya estáis haciendo de las vuestras?

— ¡Cómo, señor barón! — preguntó temblando Jupenet.

—Vuestra prensa ha hecho ruido toda la noche, señor mío —dijo Porthos—, y no me habéis dejado dormir. ¡Cuerno!

—Señor... —objetó tímidamente Jupenet.

—Nada tenéis que imprimir aún y; por consiguiente, no debéis hacer andar la prensa. ¿Qué habéis impreso esta noche?

—Señor, una poesía algo ligera escrita por mí.

—¡Ligera! ¡Vamos; señor, la prensa chillaba que era una lástima! Que no vuelva a suceder eso, ¿oís?

—Bien, señor.

—¿Me lo prometéis?

—Lo prometo.

—Pues por esta vez os dispenso. ¡Idos!

El poeta se retiró con la misma humildad de que había dado pruebas al acercarse.

—¡Ea! Ya que hemos echado una peluca a este tunante, almorcemos —dijo Porthos.

—Sí —dijo Artagnan—, almorcemos.

—Sólo os haré observar —dijo Porthos—— que no tenemos más que dos horas para nuestro desayuno.

—¡Qué se le va hacer!

—Trataremos de aprovecharlas. Pero ¿por qué no tenemos más que dos horas?

—Porque la marea sube a la una, y con la marea salgo para Vannes. Mas como vuelvo mañana, os quedaréis en mi casa y seréis el amo. Tengo buen cocinero y buena bodega...

—Pero no —repuso Artagnan—, hay una cosa mejor.

—¿Qué?

—Decís que vais a Vannes?

—Indudablemente.

—¿Para ver á Aramis?

—Sí.

—Pues bien, yo he venido expresamente para ver a Aramis . . .

—Es cierto.

—Marcharé con vos.

—¡Toma! Eso es.

—Sólo que debía empezar por ver a Aramis y luego a vos. Pero el hombre propone y Dios dispone; comenzaré por vos y acabaré por Ararais.

—Perfectamente.

—¿Y en cuántas horas vais desde aquí a Vannes?

— ¡Oh Santo Dios! En seis horas. Tres por mar de aquí a Sarzeau y tres horas de camino desde Sarzeau a Vannes.

—¡Qué cómodo es eso! ¿Y cuántas veces vais a Vannes estando tan cerca del obispado?

—Una vez a la , semana. Pero aguardad que recoja mi plano. Porthos cogió el plano, lo enrolló con cuidado y lo sepultó en su bolsillo.

—Bueno —dijo aparte Artagnan, me parece que ya sé ahora quién es el ingeniero que fortifica a Belle Isle.

Dos horas después había subido la marea, y Porthos y Artagnan se encaminaban a Sarzeau.

LXX
PROCESIÓN EN VANNES

La travesía de Belle Isle a Sárzeau se hizo con mucha rapidez, merced a uno de los buques corsarios de que habían hablado a Artagnan durante su viaje, y que, destinados a dar caza, se abrigaban momentáneamente en la rada de Locmaría, desde donde uno de ellos, con la cuarta parte de su tripulación, hacía el servicio entra Belle Isle y el continente.

Artagnan tuvo ocasión de persuadirse de que Porthos; aunque ingeniero y topógrafo, no estaba bien enterado de los secretos del Estado.

Su perfecta ignorancia hubiera pasado por un prudente disimulo para cualquier otro. Pero Artagnan conocía muy bien todos los pliegues y repliegues de su Porthos, para no,

descubrir un secreto en él, si lo había, como los antiguos dependientes de un establecimiento saben buscar con los ojos cerrados cualquier género que se les pida.

Y si Artagnan nada había encontrado plegando y desplegando a su Porthos, era porque realmente no había nada.

—Ea —dijo Artagnan—. Yo sabré más en Vannes en media hora que Porthos ha sabido en Belle Isle en dos meses; mas a fin de que yo sepa alguna cosa, importa que Porthos no use de la única estratagema para que le conozco disposición. Es menester que no prevenga a Ararmis de mi llegada.

Todos los cuidados del mosquetero se limitaron, pues, por el momento, a vigilar a Porthos.

Y, apresurémonos a decirlo Porthos no merecía aquella desconfianza excesiva. Porthos no pensaba de ningún modo nada malo. Tal vez, al encontrarse, Artagnan le había inspirado alguna desconfianza, mas casi al propio tiempo Artagnan había reconquistado en aquel bondadoso y valiente corazón el lugar que siempre había ocupado, y ni la más ligera nube obscurecía la mirada de Porthos, al fijarla de vez en cuando, con cariño sobre su amigo.

A1 desembarcar informóse Porthos de si le aguardaban sus caballos; y, en efecto, los divisó en la encrucijada del camino que da la vuelta alrededor de Sarzeau, y que sin atravesar esta ciudad conduce a Vannes.

Los caballos eran dos: una del señor Barón y otro de su escudero. Porque Porthos tenía un escudero desde que Mosquetón usaba del carricoche como único medio de locomoción.

Artagnan aguardaba que Porthos se decidiera a enviar delante a su escudero en un caballo para traer otro, proponiéndose combatir tal propósito; pero nada de lo que se presumió Artagnan sucedió. Porthos mandó simplemente al servidor que echase pie a tierra y que esperara su vuelta en Sarzeau, mientras Artagnan montaba en su caballo. Lo cual fue ejecutado.

—Sois hombre precavido, amigo Porthos —dijo Artagnan a su amigo cuando se vio montado en el caballo del escudero.

—,Sí, pero este es un obsequio de Aramis, pues yo no tengo aquí mis trenes. Aramis ha puesto sus cuadras a mi disposición.

—Buenos caballos; ¡diantre! Caballos de obispo —dijo Artagnan—. Cierto que Aramis es un obispo muy particular.

—Santo hombre —respondió Porthos con tono casi gangoso y alzando los ojos al cielo.

—Entonces está muy cambiado repuso Artagnan—, porque nosotros lo hemos conocido medianamente profano.

——La gracia le ha tocado—dijo Porthos.

—¡Bravo! —contestó — Artagnan—. Eso redobla mi deseo de ver a mi amigo Aramis.

Y metió espuela al caballo, que lo arrastró con nueva rapidez.

—¡Pardiez! —dijo Porthos—. Si vamos a este paso, en una hora haremos el camino de dos.

—¿Para cuántas leguas?

—Cuatro y media.

—Será ir a buen paso.

—Hubiera podido, amigo mío, haceros embarcar en el canal, querido; pero cuando uno puede poner un buen corcel entre las rodillas, más vale esto que remeros y que cualquier otro medio.

—Es, verdad, Porthos. ¡Y vos, sobre todo, que siempre estáis magnífico a caballo!

—Un poco pesado, amigo mío; 'últimamente me he pesado.

—¿Y cuánto pesáis?

—¡Trescientas! —contestó Porthos con orgullo.

—¡Bravo!

—De modo que me veo obligado a escoger caballos cuyo lomo sea liso y ancho, pues de otro modo los reviento en dos horas.

—Sí, caballos de gigante, ¿no es cierto, Porthos?

—Sois muy bueno, amigo mío —replicó el ingeniero con afectuosa majestad.

—Efectivamente —repuso Artagnan—, me parece que ya suda vuestra montura.

—¡Claro! ¡Como que hace calor! ¡Ah! ¿Veis a Vannes ahora?

—¡Sí, muy bien! Es una bonita ciudad, al parecer.

—Según Aramis, encantado; yo, por lo menos, la encuentro negra; parece que lo negro es muy bello para los artistas. Me he llevado chasco.

—¿Por qué, Porthos?

— Porque he hecho blanquear mi castillo de Pierrefonds, que estaba gris de vejez.

—En efecto —dijo Artagnan—, el blanco es más alegre.

—Pero menos augusto; como me ha dicho Aramis. Felizmente, hay quien venda pintura negra, y haré dar una mano de ella a Pierrefonds. Si el gris es bello, ya comprenderéis que el negro debe ser soberbio.

—¡Diantre! —dijo Artagnan—. Eso me parece lógico.

— ¿No habéis venido jamás a Vannes, Artagnan?

—Jamás.

—¿Entonces no conoceréis la ciudad.

—No.

—Pues bien, mirad —repuso Porthos alzándose sobre los estribos, lo cual hizo vacilar el delantero de su caballo—; ¿veis allá en el sol una flecha?

—Sí.

—Es la catedral.

— ¿Cómo se llama?

—San Pedro. Mirad ahora a la izquierda, en el arrabal. ¿Veis una cruz?

—Sí, la veo.

—Es San Paterno, la parroquia predilecta de Aramis.

Duda, pues San Paterno pasa por haber sido el primer obispo de Vannes. Verdad es que Aramis pretende que no, y como él es tan sabio, bien pudiera ser eso una paro, una para...

—Paradoja —dijo Artagnan.

—Eso es. Se me trababa la lengua.

—Amigo mío —dijo Artagnan—, os suplico continuéis vuestra interesante demostración. ¿Qué es ese grande edificio blanco plagado de ventanas?

—¡Ah! El colegio de los jesuitas. Buena mano tenéis, querido. ¿Veis cerca del colegio una gran casa con campanarios y torrecillas, de hermoso estilo gótico, como dice ese bruto de señor Gétard?

—Sí, la veo; ¿y qué?

—Que es donde habita Aramis.

— ¡Cómo! ¿No vive en el obispado?

—No; el obispado está ruinoso; además, está en la ciudad y Aramis prefiere los arrabales. Por eso os decía yo que gusta tanto de San Paterno, pues San Paterno está en el arrabal. Además, en este mismo barrio hay un mallo, un juego de pelota y una casa dé dominicos, que es aquella que eleva al cielo su lindo campanario.

—Perfectamente.

—Y ya veis que el barrio es como una ciudad aparte; tiene sus murallas, sus torres y sus fosos. El muelle llega hasta aquí, y por tanto los buques también. Si nuestro corsario no calase ocho pies de agua, hubiéramos llegado a velas desplegadas hasta las ventanas de Aramis.

—Porthos, Porthos —dijo Artagnan—, sois un pozo de ciencia, una fuente de reflexiones ingeniosas y profundas. Ya no me sorprendéis, Porthos; me confundís.

—Ya hemos llegado —observó Porthos, mudando de conversación con su modestia ordinaria.

—Y ya era tiempo —pensó Artagnan—, porque el caballo se derrite como si fuese de hielo.

Casi en el mismo instante entraron en el arrabal; pero apenas anduvieron cien pasos quedaron asombrados al ver las calles cubiertas de hojas y de flores.

De las viejas murallas de Vannes pendían las más antiguas y extrañas tapicerías de Francia.

De los balcones de hierro caían largos paños blancos salpicados de ramos de flores.

Las calles estaban desiertas; conocíase que toda la población se había reunido en un punto.

Las persianas estaban corridas, y el fresco penetraba en las casas al abrigo de las colgaduras, que causaban densas sombras negras entre sus salientes, y las paredes.

Al volver la calle, unos cánticos hirieron repentinamente los oídos de los recién llegados. Una muchedumbre vestida como de día de fiesta apareció al través de los vapores de incienso que subían al cielo en azulados copos, y las nubes de hojas de rosa revoloteaban hasta los pisos principales.

Por encima de las cabezas se divisaban la cruz y las banderas, signos sagrados de la religión, y debajo de estas cruces y banderas, como protegidas por ellas, todo un mundo de jóvenes con trajes blancos y coronadas de aciano.

Por ambos lados de la calle, encerrando el cortejo, marchaban los soldados de la guarnición, con ramilletes en los cañones de sus fusiles y en la punta de sus lanzas.

Era una procesión.

En tanto que Artagnan y Porthos miraban con fervor de buen gusto que ocultaba la extremada impaciencia de seguir adelante, se acertaba un palio magnífico precedido de cien jesuitas y cien dominicos, acompañado por dos arcedianos, un tesorero, un penitenciario y doce canónigos.

Un sochantre de voz aterradora, un sochantre escogido entre todas las voces de Francia, como entre todos los gigantes del imperio se escogía el tambor mayor de la Guardia Imperial, escoltado por otros cuatro sochantres que sólo le servían de acompañamiento, hacía resonar los aires y vibrar los vidrios de todas las casas.

Bajo el palio aparecía un rostro pálido y noble, de ojos negros, cabellos negros mezclados de hilos de plata, boca fina y barba prominente y angulosa. Esta cabeza, llena de graciosa majestad, estaba adornada con la mitra episcopal, que le daba, además del carácter de soberanía, el del ascetismo y meditación evangélica.

—¡Aramis! —murmuró involuntariamente el mosquetero cuando pasó a su lado esta cabeza altiva. El prelado estremecióse y pareció haber oído aquella voz como un muerto resucitado oye la palabra del Salvador.

Levantó sus grandes ojos y los dirigió sin vacilar al sitio de donde había salido la exclamación.

De una mirada vio a Porthos y a Artagnan a su lado.

Artagnan, por su parte, gracias a la penetración de su mirada, lo había visto y comprendido todo. La fisonomía del prelado había entrado en su memoria para no salir de ella jamás.

Una cosa principalmente había llamado la atención de Artagnan. Aramis se había sonrojado al verlo, y al mismo tiempo había reconcentrado bajo sus párpados el fuego de la mirada del Señor y el afecto de la mirada del amigo.

Era evidente que Aramis se había hecho esta pregunta:

"¿Por qué Artagnan está aquí con Porthos y qué viene a hacer en Vannes?"

Aramis comprendió todo lo que pensaba Artagnan, fijando en él su mirada y viendo que no bajaba los ojos.

Conocía la penetración de su amigo y su talento, y temía dejar adivinar el secreto de su rubor y de su sorpresa. Siempre era el mismo Aramis con un secreto que guardar.

Para concluir, por tanto; con aquella mirada de inquisidor que era preciso hacer bajar a todo trance, como a todo trance apaga un general los fuegos de una batería que le estorba, Aramis extiende su linda mano blanca, en la cual brilla la amatista del anillo pastoral, hiende el aire con el signo de la cruz, y lanza su bendición á los dos amigos.

Pero Artagnan, tal vez distraído y pensativo, e impío a pesar suyo, no se inclinó ante la bendición santa; mas Porthos, que vio su distracción; apoyó amigablemente la mano en el hombro de su amigo, y lo agachó al suelo.

Artagnan vaciló y le faltó poco para caer de bruces.

Entretanto ya había pasado Aramis.

Artagnan, lo mismo que Anteo, no hizo más que tocar en tierra; y luego se enderezó hacia Porthos, muy dispuesto a enfadarse.

Pero no había que equivocarse sobre la intención del valiente Hércules; lo que le había animado fue un sentimiento de bien parecer religioso.

—Es admirable —dijo— que nos haya echado una bendición sólo a nosotros dos. Decididamente es un santo.

Artagnan, menos convencido que Porthos, no contestó.

—Ya veis, querido amigo —continuó Porthos—, Aramis nos ha visto, y en vez de seguir marchando al paso de procesión, como hacía, va más de prisa. Mirad cómo el cortejo acelera el paso; sin duda ese querido Aramis está ansioso de vernos y abrazamos.

—Es verdad —dijo Artagnan en voz alta.

Pero añadió en seguida para sí: "Siempre tendremos que ese zorro me ha visto, y que dispondrá de tiempo para prepararse a recibirme."

La procesión había pasado, el camino estaba libre, y Artagnan y Porthos marcharon; derechos al palacio episcopal, que rodeaba una muchedumbre numerosa, para ver entrar al prelado.

Artagnan notó que esta multitud se componía, especialmente de gente del pueblo y de militares, y en la naturaleza de estos partidarios conoció la destreza de su amigo.

Efectivamente, Aramis no era hombre que buscase la popularidad inútil. Poco le importaba ser amado de gentes que para nada le sirvieran.

Diez minutos después que ambos amigos habían pasado el umbral del obispado, entró Aramis como un triunfador: los soldados le presentaban armas como a un superior, y el pueblo le saludaba como a un compañero más bien que como a un jefe religioso.

En el mismo umbral tuvo una conferencia de medio minuto con un jesuita que, para hablarle más discretamente metió la cabeza debajo del palio.

Luego entró en su casa; las puertas se cerraron lentamente, y la multitud se marchó mientras que todavía resonaban los cánticos religiosos.

Era aquel un día espléndido; había perfumes terrestres mezclados a los perfumes atmosféricos y marinos. La ciudad respiraba felicidad y fuerza.

Artagnan sintió cómo la presencia de una mano invisible que había creado aquella fuerza, gozo y felicidad, derramando perfumes por todas partes.

— " ¡Oh!—pensó—. Porthos ha engordado, pero Aramis ha. crecido."

LXXI

SU ILUSTRÍSIMA EL OBISPO DE VANNES

Los dos amigos habían entrado en el palacio episcopal por una puerta especial, conocida únicamente de los amigos de la casa.

Porthos había servido de guía a Artagnan. El digno barón se comportaba como si estuviera en su casa. Sin embargo, fuese por reconocimiento tácito a la santidad de la persona de Aramis y de sin carácter, o por costumbre de respetar aquello que le imponía moralmente, conducta que siempre había hecho de Porthos un soldado modelo y un corazón excelente, la verdad es que Porthos guardó en casa de Su Ilustrísima el obispo de Vannes una especie de reserva que Artagnan notó al instante en la actitud que tomó con los sirvientes y comensales.

Esta reserva no llegaba, sin embargo, al extremo de privarse de preguntar.

Entonces supieron que Su Ilustrísima había entrado en sus habitaciones, y que pronto se presentaría, en la intimidad, menos majestuoso que con sus ornamentos.

En efecto, después de un cuarto de hora escaso, que pasaron Artagnan y Porthos en mirarse mutuamente el blanco de los ojos, y en volver éstos del Norte al Mediodía, se abrió una puerta de la sala y apareció Su Ilustrísima en traje ordinario y, completo de prelado.

Aramis llevaba la cabeza erguida, como hombre acostumbrado al mandato.

Aún conservaba el fino bigote y la perilla real en punta del tiempo de Luis XIII.

Al entrar exhaló ese perfume delicado que, entre los hombres elegantes, coma entre las mujeres del gran mundo, no varia nunca, y que parece estar incorporado la persona de la cual se ha hecho emanación natural.

Sólo que esta vez había retenido el perfume algo de la sublimidad religiosa del incienso; no trastocaba, pero penetraba; no inspiraba el deseo, pero sí el respeto..

No vaciló un momento al entrar en la sala, y sin pronunciar una palabra que, como quiera que fuese, habría sido fría en tal ocasión, se fue derecho al mosquetero tan bien disfrazado bajo el traje del señor Agnan, y lo estrechó en sus brazos con una ternura que el más desconfiado no hubiese podido encontrar sospechosa de frialdad o de afectación.

Artagnan, por su parte, también lo abrazó con igual ardor. Porthos apretó la mano delicada de Aramis entre las suyas enormes, y Artagnan observó que Su Ilustrísima le apretaba la izquierda, probablemente por costumbre, en atención a que Porthos debía haberle martirizado algunas veces los dedos, estrujándolos entre los suyos, adornados de sortijas. Aramis desconfiaba, advertido por el dolor, y sólo presentaba carne que rozar y no dedos que oprimir contra el oro o las facetas de diamantes.

Aramis miró de frente entre dos ventanas, ofreció una silla a Artagnan, sentándose en la sombra, y advirtió que la luz daba en el rostro de su interlocutor.

Esta maniobra, familiar a los diplomáticos y a las mujeres, parécese mucho a las ventajas que toman los combatientes sobre el terreno del duelo, según su habilidad o su costumbre.

Artagnan no fue engañado por aquella maniobra; pero fingió no haberla. notado. Sintióse cogido, mas justamente por esto comprendió que estaba en el camino de la descubierta, y poco le importaba dejarse batir aparentemente, con tal que sacara de su pretendida derrota las ventajas de la victoria.

Aramis fue quien comenzó la conversación.

— ¡Ah! ¡Querido amigo! ¡Mi excelente Artagnan!. . . ¡Qué feliz casualidad! ...

—Es una casualidad, mi reverendo compañero —dijo Artagnan—, que yo llamaría amistad. Os busco como siempre os he buscado, en cuanto he tenido alguna empresa que ofreceros o unas horas de libertad que dedicaros.

—¡Ah! ¿De veras? —dijo Aramis sin entusiasmo—. ¿Me buscáis?

—Sí, sí, os busca, amigo Aramis —dijo Porthos—, y la prueba es que me ha alcanzado en Belle Isle. Eso está muy bien, ¿no es verdad?

—¡Ah!—dijo Aramis—. Verdaderamente… en Belle Isle.

—¡Bueno! —dijo Artagnan—. He aquí a Porthos que sin pensar en ello ha disparado el primer cañonazo de ataque.

—¡En Belle Isle —murmuró Aramis—, en ese agujero, en ese desierto! ...

—Está muy bien, en efecto.

—Y yo soy quien le ha enterado que estabais en Vannes prosiguió Porthos en el mismo tono.

Artagnan esbozó en sus labios una sonrisa casi irónica.

—¡Sí tal!... Yo lo sabía, mas he querido ver...

—¿Ver qué?

—Si se mantenía nuestra antigua amistad; si al vernos, por más endurecido que nuestro corazón esté por la edad, dejaba escapar aquel buen grito de satisfacción que saluda la llegada de un amigo.

—Y qué, ¿no estáis satisfecho? —preguntó Aramis.

—Así, así.

—¿Cómo?

—Porthos me ha dicho: “¡Chitón!” Y vos...

—¿Y yo qué?

—Y vos... me habéis dado vuestra bendición.

—¿Qué queréis, querido .. mío? —dijo sonriendo Aramis—. Es lo más precioso que tiene un pobre prelado como yo.

—Vamos, mi querido Aramis...

—Indudablemente.

—En Paris se dice, sin embargo, que el obispado de Vannes es uno de los mejores de Francia.

— ¡Ah! Queréis hablar de los bienes temporales —exclamó Aramis con aire indiferente.

—Cierto que quiero hablar. Yo los tengo ya.

—En tal caso hablemos de ellos —dijo Aramis.

—Habréis de confesar que sois uno de los prelados más ricos de Francia:

—Amigo mío, puesto que me pedís cuentas, os diré que el obispado de Vannes produce

veinte mil libras de renta, ni más ni menos. Es una diócesis que comprende ciento sesenta parroquias.

—Admirable —dijo Artagnan.

—Soberbio —dijo Porthos.

—Pero, sin embargo —repuso Artagnan, cubriendo a Aramis con su mirada—, ¡no ¡os enterraréis aquí para siempre!

—Querido, no admito la palabra enterrado.

—Pues me parece que a semejante distancia de París, está uno enterrado o poco menos.

—Amigo, me estoy haciendo viejo —dijo Aramis—, y no me gusta el ruido y movimiento de la ciudad. A los cincuenta y siete años debe buscarse la calma y la meditación. Aquí las he encontrado: ¿Qué hay de más admirable y severo al mismo tiempo que esta vieja América? Aquí encuentro, querido Artagnan, todo lo contrario de lo que me gustaba en otro tiempo, lo cual es necesario al término de la vida, que es lo contrario del comienzo. Un poco de mis placeres de antaño viene a saludarme de vez en cuando, sin distraerme de mi salvación. Todavía soy de este mundo, y, sin embargo, cada paso que doy me aproximo a Dios.

—Elocuente, sabio, discreto, sois un prelado cumplido, Aramis, y os felicito.

—¡Pero no habréis venido para hacerme cumplidos! —dijo Aramis sonriendo—. Hablad: ¿qué os trae? ¿Seré bastante afortunado para que me necesitéis de un modo cualquiera?

—No, gracias a Dios, amigo —dijo Artagnan—; no es nada de eso... Soy rico y libre.

—¿Rico?

—Sí, rico por mí; no por vos ni por Porthos. Tengo una quincena de miles de libras de renta.

Aramis lo miró con aire de duda, pues no podía creer, viendo a su amigo con aquel aspecto tan humilde, que hubiese hecho fortuna tan crecida.

Viendo Artagnan que había llegado la hora de las explicaciones, contó su historia de Inglaterra.

Durante la conversación vio brillar diez veces los ojos y estremecerse otras tantas los afilados dedos del prelado.

En cuanto a Porthos, no era admiración lo que manifestaba hacia Artagnan, sino entusiasmo y delirio. Cuando terminó Artagnan, dijo Aramis:

—¿Y qué?

—Ya veis —contestó Artagnan—, tengo en Inglaterra amigos y propiedades, y un tesoro en Francia. Si el corazón os dice algo, os lo ofrezco todo... Esto es a lo que he venido.

Por segura que fuese su mirada, no pudo sostener en este momento la de Aramis; de modo que inclinó sus ojos sobre Porthos, como hace la espada que cede a una presión poderosa buscando otro camino.

—En todo caso —dijo el obispo—, habéis tomado un vestido extraño de viaje, querido amigo.

—¡Horrible! Ya lo sé; pero comprenderéis que yo no quería viajar ni como caballero ni como señor. Desde que soy rico, soy codicioso.

— ¿Y habéis dicho que venís de Belle Isle? —dijo Aramis sin transición.

—Sí —replicó Artagnan—, sabía que os había de encontrar allí a Porthos y a vos.

—¿A mí? —murmuró Aramis—. ¡A mí! Un año hace que estoy aquí y ni una sola vez he pasado el mar.

—¡Oh! —dijo Artagnan—. No sabía que fueseis tan casero.

—¡Ah! Querido amigo, ¿habrá que deciros que ya no soy el hombre otros tiempos. El caballo me incomoda y el mar me fatiga; soy un pobre sacerdote achacoso, quejándome siempre, gruñendo siempre e inclinado a las austeridades, que me parecen acomodamientos con la ancianidad y conferencias con la muerte. No hago más que residir aquí, mi amigo Artagnan.

—Pues bien, tanto mejor, porque probablemente vamos a ser vecinos.

—¡Bah! —dijo Aramis, no sin alguna sorpresa, que tampoco pretendió disimular— ¡Vos, mi vecino!

—¡Sí, Dios Santo, sí!

—¿Cómo es eso?

—Voy a comprar unas salinas muy productivas que están situadas entre el Piriac y el Croisic. ¡Figuraos, amigo, que es una explotación de doce por ciento de renta limpia! Nunca hay que hacer gastos inútiles, pues el Océano, fiel y regular, trae cada seis horas su contingente a mi caja. Soy el primer parisiense que haya imaginado tal especulación; y no torzáis el gesto, que antes de mucho partiremos. Tendré tres leguas de país por treinta mil libras.

Aramis dirigió una mirada a Porthos, como para preguntarle si todo aquello era verdad, y si no se ocultaba algún lazo bajo aquel exterior de indiferencia: Mas, avergonzado de consultar a tan pobre auxiliar, reunió todas sus fuerzas para un nuevo asalto o para una nueva defensa.

—Me habían asegurado —continuó— que tuvisteis cierto altercado con la Corte; pero que habíais salido, como salís de todo, querido Artagnan, con los honores de la guerra.

—¿Yo? —dijo el mosquetero con una carcajada insuficiente para ocultar su embarazo; porque al oír estas palabras de Aramis, podía creerlo instruido en sus últimas relaciones con el rey—. ¿Yo? ¡Ah! Contadme eso, amigo Aramis.

—Sí, me habían contado a mí, pobre obispo perdido en medio de los páramos, que el rey os había tomado por confidente de sus amores.

—¿Con quién?

—Con la señorita Mancini.

Artagnan respiró.

—¡Ah! No digo que no —replicó.

—Parece que una mañana os llevó el rey más allá del puente de Blois para charlar can su querida.

—Es cierto —dijo Artagnan—. ¡Ah! ¿Sabéis eso? Entonces, también debéis saber que aquel mismo día presenté mi dimisión.

—¿Sincera?

—¡Ah! No pudo ser más.

—Y entonces fuisteis a casa del conde de la Fère.

—Sí.

—Y a mi casa también.

—Y a casa de Porthos.

—Sí.

— ¿Y era para una simple visita? —dijo Aramis.

—¡No! Yo no sabía que estuvieseis ocupados, y quería llevaros a Inglaterra.

—Sí, entiendo; y entonces ejecutasteis solo, hombre maravilloso, lo que queríais, proponernos que ejecutásemos los cuatro. Ya presumí que para algo entraríais en esa hermosa restauración, cuando me enteré de que os habían visto en das recepciones del rey Carlos, que os hablaba como a un amigo, o más bien como un obligado.

—Pero, ¿cómo diantre habéis sabido todo eso? —preguntó, Artagnan, que temía que las investigaciones de Aramis fuesen más lejos de lo que le acomodaba.

—Amigo Artagnan —dijo el prelado—, mi amistad se parece un poco a la soledad de ese vigilante nocturno que tenemos en la torrecilla del extremo del muelle. Ese buen, hombre enciende todas las noches una linterna para alumbrar a las barcas que vienen del mar. Está oculto en su garita y los pescadores no lo ven, pero él los sigue con interés, los adivina, los llama y los atrae a la entrada del puerto. Yo me parezco a ese vigilante; de vez en cuando recibo noticias y me despiertan un recuerdo de todo lo que yo amaba; entonces sigo a los amigos de otro tiempo por la mar borrascosa del mundo, yo, pobre vigilante, a quien el cielo ha tenido a bien dar el abrigo de una garita.

—¿Y qué he hecho después de estar en Inglaterra?, —preguntó Artagnan.

—¡Ah! Nada sé después de eso —dijo Aramis—. Mis ojos se han turbado, he sentido que ya no pensaseis en mí, he llorado vuestro olvido. Hacía mal; os vuelvo a ver, y esto es para mi una gran fiesta, os lo juro.

Hizo una pausa, y luego prosiguió:

—¿Cómo está Athos?

—Muy bien, gracias.

— ¿Y el joven pupilo?

— ¿Raúl?

—Sí.

—Ha heredado la destreza de su padre Athos y la fuerza de su tutor Porthos.

— ¿Cuándo pudisteis juzgar eso?

—La víspera misma .de mi salida de París?

—¿Cómo?

—Había ejecución en la Grève, y a consecuencia de está ejecución hubo tumulto. Nosotros nos hallamos en él, y fue necesario sacar la espada.

—¿Y qué hizo? —dijo Porthos.

—Primero tiró a un hombre por la ventana, como si fuera un saco de algodón.

—¡Oh! ¡Muy bien! —exclamó Porthos.

—Después desenvainó y comenzó a dar estocadas, como hacíamos nosotros en nuestros mejores tiempos.

—¿Y por qué hubo ese tumulto? —preguntó Porthos.

Artagnan notó en el rostro de Aramis extremada indiferencia al oír esta pregunta.

—Se dice —contestó mirando a Aramis— que eran dos contratistas a quienes Su Majestad hacía ahorcar; dos amigos del señor Fouquet.

Un ligero fruncimiento de cejas del prelado apenas indicó que hubiese oído.

—¡Oh, oh! —exclamó Porthos—. Y ¿cómo llamaban a esos amigos del señor Fouquet?

—El señor de Eymeris y el señor Lyodot —dijo Artagnan—. ¿Conocéis esos nombres, Aramis?

—No —dijo desdeñosamente el obispo—, pero esos nombres parecen de banqueros.

—Justamente.

— ¡Oh! ¿El señor Fouquet ha dejado ahorcar a sus amigos? —murmuró Porthos.

—¿Y por qué no? —dijo Aramis. Es que me parece...

—Si han ahorcado a esos desgraciados, sería orden del rey; y creo que porque el señor Fouquet sea superintendente de Hacienda, no por eso tiene derecho de vida y muerte.

—Es igual —dijo Porthos—, en la posición del señor Fouquet... Aramis comprendió que Porthos iba a decir alguna tontería y cortó la conversación:

—Vaya, amigo Artagnan —dijo—, ya hemos hablado bastante de los demás; hablemos un poco de vos.

—Ya sabéis de mí todo lo que puedo deciros; hablemos, por el contrario, de vos.

—Ya os he dicho, querido; ya no soy Aramis.

—¿Ni siquiera el abate de Herblay?

—Ni eso. Aquí veis a un hombre a quien la Providencia ha tomado por la mano, y a quien ha conducido a una posición que ni debía ni se atrevía a esperar.

—¿Dios?, —interrogó Artagnan.

—Sí.

—¡Pues es singular! Me habían dicho que era el señor Fouquet.

— ¿Quién os dijo eso? —dijo Aramis sin que todo el poder de su voluntad pudiese impedir que un ligero rubor colorease sus mejillas.

—¡Toma! Bazin.

— ¡Tonto!

—No afirmo yo que sea hombre de genio, es verdad; pero me lo ha dicho y a él me refiero.

—Nunca he visto yo al señor Fouquet —respondió Aramis con una mirada tan tranquila y tan pura como la de una virgen que nunca miente.

—Pero, aun cuando lo hubieseis visto —respondió Artagnan—, y aun conocido, no habría mal alguno en ello; es un hombre bien plantado el señor Fouquet.

—¡Ah!

—Un gran político.

Aramis hizo un gesto de indiferencia.

—Un ministro todopoderoso.

—Yo sólo dependo del rey y del Papa.

— ¡Diablo! Escuchad —dijo Artagnan con el tono más cándido—; os digo esto porque aquí todo el mundo jura por el señor Fouquet. La llanura es del señor Fouquet; las satinas que yo compre serán del señor Fouquet; la isla en que Porthos se ha hecho topógrafo es del señor Fouquet; la guarnición es del señor Fouquet, y las galeras son del señor Fouquet. Declaro que nada me hubiera sorprendido vuestra infeudación, o más bien la de vuestra diócesis en el señor Fouquet. Es un señor diferente del rey, y eso es todo; pero tan poderoso como un rey.

—Gracias a Dios, yo no estoy infeudado en nadie, ni pertenezco a nadie —respondió Aramis, que durante esta conversación seguía con la vista cada gesto de Artagnan y cada mirada de Porthos.

Pero Artagnan estaba impasible y Porthos inmóvil; los golpes, tirados hábilmente, eran parados por adversarios hábiles también.

No obstante, todos sentían la fatiga de semejante lucha, y el anuncio de la comida fue recibido bien por todo el mundo.

La comida cambió el curso de la conversación, porque todos comprendieron que, estando prevenidos, ni unos ni otros sacarían ventajas. Porthos no había comprendido absolutamente nada, y habíase quedado inmóvil porque Aramis le había hecho señas de que no se moviese, de modo que la comida no fue para él más que la comida; pero era bastante para Porthos.

Artagnan tuvo gran alegría. Aramis se excedió a sí propio en dulce afabilidad.

Porthos comió muchísimo.

Se charló de guerra y finanzas, de artes y de amores.

Aramis fingía sorpresa a cada palabra de política que arriesgaba Artagnan. Esta serie de sorpresas aumentó la desconfianza de Artagnan, como la eterna indiferencia de Artagnan provocaba la desconfianza de Aramis.

Finalmente, Artagnan dejó caer de intento el nombre de Colbert, golpe que había reservado para lo último.

—¿Quién es Colbert? —preguntó el prelado.

Artagnan dio sobre Colbert todas las noticias que podía desear Aramis. La comida, más bien la conversación, prolongóse hasta la una de la mañana entre Artagnan y Aramis.

A las diez ya se había dormido Porthos en su silla y roncaba estrepitosamente.

A las doce lo despertaron y enviaron a la cama.

—¡Hum! —dijo—. Me parece que me he traspuesto, no obstante ser muy interesante lo que estabais diciendo.

A la una condujo Aramis al mosquetero a la habitación que le estaba destinada, y que era la mejor del palacio episcopal.

Dos criados fueron puestos a sus órdenes.

—Mañana, a las ocho —dijo despidiéndose de Artagnan—, daremos, si gustáis, un paseo a caballo con Porthos.

— ¿A las ocho? —dijo Artagnan— ¿Tan tarde?

—No ignoráis que me son necesarias siete horas de sueño —dijo Aramis.

—Es justo.

—Buenas noches, amigo mío.

Y abrazó al mosquetero cordialmente.

Artagnan le dejó marchar.

— ¡Bueno! —dijo cuando la puerta se cerró —, a las cinco me levantaré.

Después de tomar esta resolución se acostó tranquilamente.

LXXII

PORTHOS COMIENZA A ENOJARSE POR HABER IDO CON ARTAGNAN

Apenas había apagado Artagnan su bujía, cuando Aramis, que acechaba a través de las cortinas el último suspiro de la luz del aposento de su amigo, atravesó el corredor de puntillas y pasó a la habitación de Porthos.

El gigante, acostado hacía hora y media o poco menos, se daba importancia sobre el. cubrepiés. Estaba en aquella calma feliz del primer sueño que en Porthos, resistía al ruido de las campanas y del cañón; su cabeza fluctuaba en ese dulce balanceo que recuerda el muelle movimiento de un navío. Un minuto después iba a soñar Porthos.

La puerta de su cuarto se abrió dulcemente bajo la delicada presión de la mano de Aramis:

—El obispo se acercó al durmiente. Una alfombra espesa apagaba el ruido de sus pasos; además, Porthos roncaba como para sofocar cualquier otro ruido.

Púsole una mano sobre el hombro.

—¡Vamos —dijo——, mi querido Porthos!

La voz de Aramis era dulce y afectuosa, pero encerraba, más que un ruego, una orden; su mano era ligera, pero indicaba algún peligro.

Porthos oyó la voz y sintió la mano de Aramis en lo profundo de su sueño.

Y estremecióse.

—¿Quién va? —dijo con voz de gigante:

—¡Silencio!

— Soy yo —dijo Aramis.

—¿Vos, amigo? ¿Y porqué diablos me despertáis?

—Para deciros que es menester marchar.

—¿Marchar?

—Ciertamente.

—¿A dónde?

—A París;

Porthos saltó en la cama, y cayó sentado fijando en Aramis sus asombrados ojos.

—¿A París?

—Sí.

—¿Cien leguas? —preguntó.

—Ciento cuatro —respondió el obispo.

—¡Ah! Dios mío —suspiró Porthos volviendo a acostarse, como uno de *esos* niños que luchan con su aya para lograr una o dos horas más de sueño.

—Treinta horas de caballo —añadió resueltamente Aramis—. Ya sabéis que hay excelentes puestos de refresco.

Porthos movió una pierna y dejó escapar un gemido.

—¡Vamos! ¡Vamos; *querido!* insistió el prelado con una especie de impaciencia.

Porthos sacó la otra pierna del lecho.

— ¿Y es absolutamente preciso que vaya yo? —dijo.

—De toda precisión.

Porthos se incorporó sobre sus piernas y comenzó a hacer temblar el pavimento y las paredes con su paso ciclópeo.

—¡Silencio! ¡Por Dios, querido Porthos! —dijo Aramis—. Vais a despertar a alguien.

—¡Ah! Es verdad —contestó Porthos con atina voz de trueno—; lo olvidaba, pero tranquilizaos.

Y al decir estas palabras dejó caer un cinturón cargado con la espada, las pistolas y una bolsa, cuyos escudos escaparon con ruido vibrante y prolongado.

—¡Qué raro es esto! —dijo con la misma voz.

— ¡Más bajo, Porthos!

—Es verdad.

Y, en efecto, bajó la voz en semitono.

—Decía, , pues —prosiguió Porthos—; que es cosa rara que nunca esté uno más pesado que cuando quiere ser ligero, ni más alborotador que cuando quiere ser silencioso.

—Es verdad; pero hagamos mentir al proverbio, Porthos; démonos prisa y callemos.

—Ya veis que hago cuanto puedo —dijo Porthos poniéndose las botas.

—Perfectamente.

— ¡Parece que la cosa urge!

—Es más que urgente, es grave, Porthos.

—¡Oh! ¡Oh!

— Artagnan os ha interrogado, ¿no es cierto?

—¿A mí?

—Sí, en Belle Isle.

—Nada absolutamente.

— ¿Estáis seguro, Porthos? ¡Diantre!

—Es imposible, acordaos bien.

—Me preguntó qué hacía allí, y le dije que topografía. Hubiera querido decirle otra palabra de que os servisteis cierto día.

—La castrametación.

—Eso es, pero nunca he podido acordarme.

— Mejor. ¿Qué más os ha preguntado?

—Quién era el señor Gétard.

—¿Nada más?

—Quién era el señor Jupenet.

—¿No ha visto, por casualidad, nuestro plano de fortificaciones?

—Sí, tal.

— ¡Ah! ¡Demonio!

—Pero, perded cuidado; yo había borrado vuestra letra con goma, y era imposible suponer que hubierais querido darme algún aviso sobre los trabajos.

—Es que nuestro amigo tiene muy buenos ojos.

—¿Pues qué teméis?

—Temo que se haya descubierto todo, Porthos; se trata de prevenir una gran desgracia. He dado orden a mis gentes de que cierren todas las puertas, y no dejarán salir a Artagnan antes del día. Vuestro caballo está preparado, y antes de las cinco de la mañana habréis andado quince leguas. Venid.

Entonces Aramis comenzó a vestir a Porthos pieza por pieza, con tanta celeridad como lo hubiese hecho el más hábil ayuda de cámara.

Porthos, mitad confuso, mitad aturdido; se dejaba vestir y se confundía en excusas.

Cuando estuvo dispuesto; lo sujetó Aramis de la mano y lo guió, haciéndole poner , con precaución el pie sobre cada peldaño de la escalera, impidiéndole que se agarrase a las puertas y llevándolo; como si él fuera el gigante y Porthos el enano.

En efecto, un caballo ensillado aguardaba en el patio; Porthos montó en él.

Entonces tomó Aramis el caballo por la brida y guióle sobre el estiércol; esparcido en el patio coro intención de apagar el ruido; al mismo tiempo le pellizcaba en las narices para que no relinchase.

Ya en la sala exterior, Aramis detuvo a Porthos, que iba a partir sin preguntar siquiera para qué, y le dijo:

—Ahora, amigo Porthos, a París sin parar un minuto; comed a caballo, bebed a caballo; pero no perdáis un momento.

—Está ,dicho, no me detendré.

—Esta carta para el señor Fouquet; cueste lo que cueste es menester que la tenga mañana antes de mediodía.

—La tendrá.

—Y pensad en una cosa, querido.

—¿En cuál?

—En que corréis tras de vuestro diploma de duque y de par.

—¡Oh! ¡Oh! —murmuró Porthos con los ojos brillantes—. En ese caso iré en veinticuatro horas.

—Procurad hacerlo.

—¡Pues soltad la brida, y adelante, Goliat!

Aramis, soltó en efecto, no la brida, sino las narices del caballo. Porthos bajó la mano, picó en los ijares y el animal, furioso, salió volando.

Aramis siguió con los ojos a Porthos mientras pudo, y entró en el patio cuando lo hubo perdido de vista.

Aramis cerró la puerta con cuidado, mandó al lacayo que se acostase, y él mismo se metió en la cama.

Artagnan nada sospechaba, de modo que creyó haberlo ganado todo cuando despertó a las cuatro y media de la mañana.

Y corrió en camisa a mirar por la ventana que daba al patio.

El sol salía.

El patio estaba desierto, y ni aun las gallinas habían abandonado sus pértigas:

No se veía un solo criado y todas las puertas estaban cerradas.

—¡Bueno! Calma perfecta —pensó Artagnan—; soy el primero que despierto en la, casa; vamos, a vestirnos.

Pero esta vez estudió la manera de no dar al traje del señor Agnan aquella rigidez civil y casi eclesiástica que antes simulaba; por el contrario, apretándose más y abotonándose de cierta. manera, supo dar a su persona un poco de aspecto militar, cuya ausencia tanto había asustado a Aramis.

Hecho esto, y sin usar o aparentar usar de cumplimientos para con su amigo, se entró de improviso en su habitación.

Aramis dormía o fingía dormir. Un libro estaba abierto en su pupitre de noche y aun ardía la bujía en la palmatoria. Esto era más de lo preciso para probar a más la inocencia de la noche del prelado y las buenas intenciones de su despertar.

Nuestro hombre hizo precisamente con el obispo lo que el obispo había hecho con Porthos.

Le dio un golpe en el hombro. Aramis fingía dormir, porque en vez de despertarse de pronto, él, que tan ligero tenía el sueño, se hizo reiterar la advertencia.

—¡Ah! ¡Ah! Sois vos —exclamó estirando los brazos—. ¡Qué grata sorpresa! En verdad que el sueño me había hecho olvidar que tuviese la dicha de poseeros. ¿Qué hora es?

—No sé —contestó Artagnan algo cortado—: temprana, según creo; pero ya sabéis que aún me dura esa maldita costumbre militar de despertarme con el día.

— ¿Queréis acaso que salgamos ya? —preguntó Aramis———: Me parece muy de mañana.

—Será como gustéis:

—Creía que estábamos convenidos en montar a caballo a las ocho. Es posible, pero yo tenía tantas ganas de veros, que me he dicho “cuanto más pronto, mejor”.

— ¿Y mis siete horas de sueño? —dijo Aramis.

—En otro tiempo erais menos dormilón que ahora; teníais la sangre más viva y jamás se os encontraba en la cama.

—Justamente, a causa de lo que me decís me place ahora hacer esto. ¿De modo que confesáis que no ha sido por dormir por lo que me habéis citado a las ocho?

—Siempre temo que os burléis de mí, si digo la verdad.

—No tengáis cuidado.

—Pues bien, desde las seis a las ocho acostumbro hacer mis devociones.

—¿Vuestras devociones?

—Sí:

—No creí que un obispo tuviese ejercicios tan severos.

—Querido, un obispo tiene que conceder más a las apariencias que un simple clérigo.

— ¡Pardiez! ¡Esa palabra me reconcilia con vos! ¡Apariencias! ¡Es una palabra de mosquetero! ¡Vivan las apariencias!

—Perdonadme, en vez de felicitarme, Artagnan; es una palabra muy mundana la que he dejado escapar.

—¿Es necesario que os deje?.

— Tengo necesidad de recogimiento, querido amigo.

—Bueno, os dejo; mas a causa de este pagano que se llama Artagnan, os suplico que abreviéis.,Tengo sed de vuestra palabra.

— Bien; os aseguro que dentro de hora y media...

—¿Hora y media de devoción? ¡Ah! Ahorradme todo lo posible. Aramis se echó a reír, y dijo:

—Siempre contento, siempre joven. Creo que habéis venido a mi diócesis a indisponerme con la gracia.

— ¡Bah!

—Bien sabéis que nunca he resistido a vuestras tentaciones; me costaréis la salvación, Artagnan.

Artagnan se mordió los labios.

—Vamos —dijo—, tomo por mi cuenta el pecado; ensartad ahí un *Pateo noster y* la señal de la cruz, y marchemos.

— ¡Silencio! —dijo Aramis—. Ya no permanecemos solos, y siento pasos de gente extraña que sube.

—Pues despedidla.

—Imposible, les cité ayer; es el rector del Colegio de jesuitas y el superior de los dominicos.

—Vuestro Estado Mayor:

— ¿Qué vais a hacer?

—Voy a despertar a Porthos y esperar con él a que acabéis vuestras conferencias.

Aramis no se movió, ni pestañeó; ni precipitó su gesto ni su palabra.

—Id —dijo.

Artagnan adelantóse. Hacia la puerta.

—A propósito. ¿Sabéis el cuarto de Porthos?

—Ya preguntaré.

Seguid el pasillo y abrid la segunda puerta a la izquierda.

—¡Gracias! Hasta luego.

Y se marchó en la dirección indicada por Aramis.

Pero volvió antes de haber pasado diez minutos.

Aramis permanecía sentado entre el superior de los dominicos y el rector de los jesuitas; en la misma situación que lo encontrara tiempos atrás en la posada de Creveceur.

Esta compañía no asustó al mosquetero.

— ¿Qué sucede? —dijo tranquilamente Aramis—. Me parece que tenéis algo que decirme.

—Es… respondió Artagnan mirándolo— que Porthos no se encuentra en su cuarto.

—¡Cómo! —replicó Aramis con calma—.

— ¿Estáis seguro?

—¡Pardiez! Vengo de allí.

—Pues, ¿dónde estará?

—Eso os pregunto.

—¿Y no os habéis informado?

—Sí tal.

— ¿Y qué os han dicho?

—Que habría salido, seguramente, pues tenía costumbre de hacerlo sin avisar.

—¿Y entonces qué habéis hecho?

—He ido a la cuadra —respondió Artagnan.

—¿Para qué?

—Para ver si había salido a caballo.

—¿Y qué? —interrogó el prelado.

—Que falta un caballo, el número 5, Goliat.

Este diálogo no estaba exento de afectación por parte del mosquetero y de cierta complacencia por parte de Aramis.

—¡Oh! Ya sé lo que es —dijo Aramis, después de haber pensado un instante—. Porthos ha salido para darnos una sorpresa.

— ¡Una sorpresa!

—Sí; el canal que va de Vannes al mar está lleno de cercetas y besugos, que es la pesca, favorita de Porthos. Nos traerá una docena para el almuerzo.

— ¿Eso creéis? —preguntó Artagnan.

—Estoy seguro. ¿Dónde queréis que haya ido?

—Es posible —dijo Artagnan:

—Haced una cosa, amigo; montad a caballo y buscadlo.

— Tenéis razón —dijo— Artagnan—, voy a ello.

—¿Deseáis que os acompañen?

—No, gracias; ya me darán señas.

—Toma un arcabuz.

—Gracias.

—Y ordenad que os ensillen el caballo que gustéis.

—El que montaba ayer al venir de Belle Isle.

—Bien, usad de la casa como vuestra.

Aramis llamó y ordenó que ensillaran el caballo que escogiese el señor Artagnan.

Éste siguió al doméstico encargado de la ejecución de la orden. El doméstico detúvose en la puerta para dejar pasar a Artagnan. En este momento se encontraron sus ojos con los de su amo. Un fruncimiento de cejas hizo conocer al inteligente criado que diese a Artagnan lo que quería..

Artagnan montó a caballo y Aramis oyó el ruido de las herraduras sobre las piedras.

Un momento después entró el domestico.

—¿Y qué?, —preguntó el obispo. —Monseñor, sigue el canal en dirección al mar.

—Bien —dijo Aramis.

Libre Artagnan de toda duda, corría hacia el Océano, esperando ver a cada instante en la playa la sombra colosal de su amigo Porthos

Artagnan obstinábase en reconocer pasos del caballo en todas. partes.

A veces se figuraba oír la detonación de un arma de fuego.

Esta ilusión duró como tres horas

En las dos primeras buscó a Porthos.

Y en la otra volvió a casa

—Nos habremos cruzado —dijo—, y voy a encontrar a los dos esperando mi regreso.

Se engañaba Artagnan, pues así, encontró a Porthos en el obispado como a orillas del canal.

Aramis le esperaba en la puerta de la escalera con cara malhumorada.

— ¿No os han alcanzado, querido Artagnan? —gritó desde lejos en cuanto vio al mosquetero.

—No. ¿Habéis enviado tras de mí?

—Sí, querido amigo, disgustado por haberos hecho correr en vano; pero a eso de las siete vino el limosnero de San Paterno, que encontró a Du Vallon que se marchaba. No queriendo despertar a nadie, le encargó me dijera que temiendo que el señor Géiard le jugase una mala pasada en su ausencia, aprovechaba la marea de la mañana para volver a Belle Isle.

—Mas, decidme: Goliat no habrá atravesado las cuatro leguas del mar.

—Son seis leguas —dijo Aramis.

—Pues con más motivo.

—Así es, querido —dijo el prelado con dulce sonrisa—, que Goliat está en la cuadra, y aseguro que muy satisfecho de no tener a Porthos sobre el lomo.

Efectivamente, el caballo había vuelto desde el primer descanso por los cuidadores del prelado, a quien no se le escapaba ningún detalle.

Artagnan pareció muy satisfecho de la explicación:

Empezaba un papel de disimulo que convenía, perfectamente a las sospechas que cada vez se fijaban más en su ánimo.

Luego, almorzó entre el jesuita y Aramis, teniendo al padre dominico enfrente, a quien sonreía con particularidad.

La comida fue larga y suculenta: vino generoso de España, ostras de Morbihan, pescados exquisitos de la embocadura del Loira, enormes cercetas de Paimboeuf y caza delicada del contorno.

Artagnan comió con apetito y bebió poco.

Aramis no bebió nada, y si bebió, fue agua.

Cuando concluyeron el almuerzo, dijo Artagnan al obispo:

—¿No me habéis ofrecido un arcabuz?

—Sí.

—Prestádmelo.

— ¿Deseáis cazar?

— ¿Puedo hacer nada mejor esperando a Porthos?

—Coged el que gustéis en la sala de armas.

—¿Venís conmigo?

—¡Ah! Querido amigo, tendría un gran placer; pero la caza está prohibida a los obispos.

—¡Ah!, —dijo Artagnan—. Lo ignoraba.

— Además —continuó Aramis—, tengo que hacer hasta mediodía.

— ¿Conque iré solo? —preguntó Artagnan.

—Sí, pero volved a la hora de comer.

—¡Pardiez! Se come demasiado bien en vuestra casa para que no vuelva.

Luego saludó a los convidados y tomó el arcabuz; pero, en vez de cazar, corrió de echo al puerto de Vannes.

Miró atrás por si lo seguían, más no vio a nadie.

Y era verdad que nadie lo seguía; pero un hermano jesuita, colocado en lo alto del campanario de su iglesia y valiéndose de un anteojo, no había perdido desde por la mañana ni uno solo de sus pasos.

— A las once y media ya sabía Aramis que Artagnan fletaba a las once un barco pesquero y que bogaba hacia Belle Isle.

El viaje de Artagnan fue rápido, pues empujaba su embarcación con buen viento Nordeste.

Mientras se acercaba, sus ojos interrogaban la costa, queriendo ver en la ribera o por encima de las fortificaciones el brillante vestido de Porthos y su enorme estatura destacándose sobre un cielo ligeramente nebuloso.

Pero todo fue inútil; desembarcó sin haber visto nada y supo del primer soldado a quien preguntó, que el señor Du Vallon todavía no había vuelto de Vannes.

Entonces, sin perder un instante, ordenó Artagnan a su barca que volviera a Sarzeau.

Sabido es que el viento varía en las diversas horas de la mañana; de modo que, habiendo pasado de Nordeste a Sudeste, era tan bueno para volver a Sarzeau como lo había sido para el viaje de Belle Isle. En tres horas tocó Artagnan el continente y otras dos le bastaron para llegar a Vannes.

No obstante la rapidez de la carrera, lo que Artagnan devoró de impaciencia y de despecho durante la travesía, sólo el puente del buque, sobre el cual pateó tres horas, pudiera contarlo a la historia.

El mosquetero dio un salto desde el muelle en que desembarcó, al palacio episcopal.

Contaba con aterrar a Aramis por la prontitud de su vuelta, y quería echarle en cara su duplicidad con reserva, mas con bastante ingenio para hacerle sentir todas las consecuencias arrancándole una parte de su secreto.

Confiaba, por último, gracias a esa viveza de expresión, que es a los misterios lo que una carga a la bayoneta a los reductos, conducir al misterioso Aramis a una manifestación cualquiera.

Pero en el vestíbulo del palacio halló al ayuda de cámara que le cerraba el paso, sonriéndole con arrebato.

—¿Y Su Ilustrísima? —exclamó Artagnan apartándolo con la mano.

—¿Su Ilustrísima? —dijo recobrando su aplomo, perdido por el empuje de Artagnan.

—Sin duda, ¿no me conoces acaso, necio?

—Sí tal; sois el caballero de Artagnan.

—Entonces, déjame pasar.

—Es inútil.

—¿Por qué?

—Porque no está en casa.

—¡Cómo! ¡No está en casa! Pues, ¿dónde está?

—Ha marchado.

—¿A dónde?

—No lo sé; pero tal vez se lo diga al señor caballero.

—¿Cómo? ¿Dónde? ¿De qué modo?

—En ésta epístola que para vos me ha entregado.

Y el ayuda de cámara sacó una carta del bolsillo.

—¡Dámela, belitre! —dijo Artagnan arrancándosela de las manos—. ¡Oh! Sí, lo comprendo —continuó a la primera línea.

Y leyó a media voz:

"Amigo

"Un negocio urgentísimo me llama a una de las parroquias de mi diósesis. Esperaba veros antes de marchar; mas pierdo la esperanza, pensando que estaréis dos o tres días en Belle Isle con nuestro amigo

"Adiós, querido; creed que siento mucho no haberme aprovechado mejor y más largo tiempo de vuestra compañía."

— ¡Voto a bríos! —exclamó Artagnan—. He sido burlado. ¡Ah! ¡Pécora, bruto y tres veces tonto! ¡Oh! ¡Engañado como un mono a quien se: da una nuez vacía!

Y sacudiendo una puñada en el hocico siempre risueño del ayuda de cámara, se lanzó fuera del palacio episcopal.

Por muy buen trotador que fuera Furet, no estaba a la altura de las circunstancias.

Artagnan llegó a la casa de postas y escogió un caballo, al que hizo ver con unas buenas espuelas y una mano suave, que no son los ciervos los corredores más ágiles de la creación.

LXXIII

DONDE ARTAGNAN CORRE PORTHOS RONCA Y ARAMIS ACONSEJA

Treinta o treinta y cinco horas después de los acontecimientos que acabamos de referir, y cuando el señor Fouquet, según su costumbre; se había encerrado a laborar en aquel gabinete de su casa de Saint Mandé que ya conocemos, una carroza, tirada por cuatro caballos bañados en sudor, entraba al galope en el patio.

Aquella carroza era probablemente esperada; porque tres o cuatro lacayos se precipitaron a la portezuela y la abrieron. Mientras el señor Fouquet se levantaba de su bufete y corría a la ventana, un hombre salía penosamente de la carroza, bajando con dificultad. los tres escalones del estribo y apoyándose en el hombro de los lacayos.

Apenas dijo su nombre, el lacayo sobre quien se apoyaba se lanzó hacia la escalinata y desapareció en el vestíbulo.

Este hombre iba a avisar a su amo; mas no tuvo necesidad de llamar a la puerta, Fouquet estaba de pie en el umbral.

—Su Ilustrísima el obispo de Vannes —dijo el lacayo.

—¡Bien! —respondió Fouquet.

E inclinándose sobre la barandilla de la escalera, cuyos primeros peldaños empezaba a subir Aramis:

—¿Vos, querido amigo, —dijo—, tan pronto?

—Sí,. yo mismo; mas molido y estropeado, como veis.

—¡Oh! Pobre amigo mío —dijo Fouquet presentándole su brazo, sobre el cual se apoyaba Aramis, en tanto que los servidores se apartaban con respeto.

— ¡Bah! —respondió Aramis—Esto no es nada; lo principal era llegar, y he llegado.

—Hablad pronto —dijo Fouquet, cerrando la puerta del gabinete. ¿Permanecemos solos?

—Completamente solos.

—¿No puede escucharnos nadie? ¿No puede oírnos alguno?

—Estad tranquilo.

—¿Ha llegado el señor Du Vallon?

—Ha llegado.

—¿Y habéis recibido mi carta?

—Sí; el asunto es grave, a lo que parece, puesto que necesita vuestra presencia en París en un momento tan crítico allá.

—Es verdad; no puede ser más grave.

—Gracias, gracias. ¿De qué se trata?

—Pero, por Dios, respirad antes de todo, querido amigo; estáis pálido.

—Padezco, en efecto; pero, por favor, no os cuidéis de mí. ¿El señor Du Vallon no os ha dicho nada al entregaros la carta?

—No; oí un gran ruido, me asomó a la ventana, y vi una especie de caballero de mármol; bajé, me tendió la carta, y cayó muerto su caballo.

—Pero, ¿y él?

—El también cayó con el caballo, y lo levantaron para conducirlo a las habitaciones; leí la carta y he querido subir a fin de tener noticias más extensas; pero estaba dormido de tal manera, que no ha sido posible despertarlo. Tuve lástima de él y mandé que le quitasen las espuelas y le dejasen tranquilo.

—Bien; oíd ahora de lo que se trata, señor: Habéis visto al señor de Artagnan en París, ¿no es verdad?

—Ciertamente; y es un hombre de talento y aun de corazón; por más que haya hecho matar a nuestros dos amigos Lyodot y Eymeris.

—¡Ah! Sí, ya lo sé; he encontrado en Tourse el correo que llevaba la carta de Gourville y los despachos de Pellison. ¿Habéis reflexionado bien este acontecimiento, señor?

—Sí.

—¿Y habéis comprendido que era un ataque directo a vos?

—¿Eso creéis?

— ¡Oh! Sí, lo creo.

—Pues bien, lo diré: también me había ocurrido esa idea sombría.

—No os cegéis, señor, en nombre del Cielo; escuchadme; vuelvo al señor Artagnan.

—Hablad.

—¿En qué, circunstancias le habéis visto.

—Vino a buscar dinero.

—¿Con qué orden?

—Con un libramiento del rey.

— ¿Directo?

Firmado por Su Majestad. Pues bien, Artagnan ha ido a Belle Isle disfrazado; pasaba por mayordomo encargado de comprar salinas para su amo. Pero Artagnan no tiene más amo que el rey; iba enviado por él y vio a Porthos.

— ¿Quién es Porthos?

—Perdón, me he equivocado; vio al señor Du Vallon en Belle Isle, y sabe que está fortificada.

—¿Y creéis que el rey le habrá enviado? —dijo Fouquet pensativo..

—Indudablemente.

—Y Artagnan en manos del rey; ¿es un instrumento peligroso?

—El más peligroso de todos.

— Así lo juzgué a primera vista. ¿Cómo es eso?

—Quise atraérmelo.

—Si juzgásteis que es el hombre más intrépido de Francia, el más listo y el más sagaz, juzgásteis bien.

— ¡Hay que tenerlo a toda costa!

— ¿A Artagnan?

—¿No es vuestro parecer?

—Es mi parecer; mas no lo tendréis.

—¿Por qué?

—Porque hemos dejado pasar el tiempo; estaba indispuesto con la Corte, y era necesario haberse aprovechado de esta indisposición; después ha pasado a Inglaterra, donde ha contribuido poderosamente a la restauración, ha ganado una fortuna, y, por último, ha entrado al servicio del rey. Pues bien, si ha entrado al servicio del rey, es porque le han pagado bien.

—Le pagaremos mejor, y asunto concluido.

—¡Oh! Artagnan tiene palabra, y una vez empeñada permanece donde está.

—¿Y qué deducís de eso? —dijo Fouquet.

—Que por el momento se trata de parar un golpe terrible.

—¿Y cómo lo pararéis?

—Artagnan ha de venir a dar cuenta de su misión al rey.

—¡Oh! Tenemos tiempo para pensar.

—¿Cómo es eso?

—Me parece que traeréis buena delantera.

— Diez horas, poco más o menos.

—Bien, en diez horas... — Aramis movió su pálida, cabeza—. ¿Veis esas nubes que corren por el firmamento, y esas golondrinos que hienden el arre? Pues Artagnan va más deprisa que la nube y que el pájaro; :Artagnan es el viento que los arrastra.

—¡Vamos!

—Os aseguro que ese hombre tiene algo de sobrehumano, señor: es de mi edad, y lo conozco hace treinta y cinco años.

—Bien, ¿y qué?

—Oíd mi cálculo, señor; yo os envié al señor Du Vallon a las dos de la, mañana y me llevaba ocho horas de delantera. ¿Cuándo llegó el señor Du Vallon?

—A las cuatro aproximadamente. Ya veis que he ganado cuatro horas, a pesar de que Porthos es un jinete *duro,* que ha matado *ocho caballos* en el camino y *cuyos* cadáveres he hallado. Yo he corrido la costa cincuenta leguas, pero tengo gota, mal de piedra, ¡qué sé yo!. De suerte que me mata la fatiga. He tenido que pararme en Tours, y, rodando después en una carrozas casi muerto, al galope de cuatro caballos furiosos, he llegado ganando cuatro horas a Porthos; pero ya veis, Artagnan no pesa lo que Porthos: Aquél no tiene ni gota ni piedra, como yo, ni es un jinete, sino un centauro; Artagnan, que salía para Belle Isle cuando yo para París, a pesar de las diez horas de delantera que le llevo, llegará dos horas después que yo.

—Pero, ¿y. los accidentes?

—No hay accidentes para é1.

— ¿Y si le faltan caballos?

—Correrá más que los caballos.

—¡Que hombre, Dios santo!

—Sí, es un hombre a quien amo y admiro; lo quiero porque es bueno, grande y leal; lo admiro porque representa para mí el punto culminante del poder humano; mas, al propio tiempo que lo quiero y admiro, le temo. De modo, señor, que dentro de dos horas estará aquí Artagnan; tomadle la delantera, corred a1 Louvre, y ved al rey antes que él vea a Artagnan.

—¿Y qué he de decir al rey?

—Nada; cededle Belle Isle.

—¡Oh! ¡Señor de Herblay, señor de Herblay! —murmuró Fouquet—. ¡Cuántos proyectos trastornados de repente!

—Después de un proyecto abortado, siempre queda otro que llevar adelante, no desesperemos, y marchad; señor, marchad.

—Pero esa guarnición tan bien conquistada la relevará el rey al instante.

—Esa guarnición, señor, era del rey antes de entrar en Belle Isle y ahora es vuestra; lo mismo sucederá con todas a los quince días de su ocupación. Dejad obrar, señor.. ¿Existe

inconveniente en tener un ejército vuestro al cabo de un año en lugar de uno o dos regimientos? ¿No veis que esa guarnición os dará partidarios en La Rochela, en Nantes, en Burdeos, en Tolosa, y en todas partes donde la envíen? Id a ver al rey; señor, que el tiempo urge; mientras nosotros lo perdemos, Artagnan viene volando como una flecha.

—Señor de Herblay, no ignoráis que vuestra palabra es un germen que fructifica en mi pensamiento;. voy al Louvre…

—Al instante, ¿no es verdad?

—No os ido más tiempo que el preciso para mudar de vestido. Recordad que Artagnan no tiene precisión de pasar por Saint Mandé, sino que irá derecho al Louvre.

—Artagnan puede tenerlo todo menos mis caballos ingleses; en veinticinco minutos estoy en el Louvre.

Fouquet ordenó la marcha sin perder un momento; Aramis sólo tuvo tiempo para, decirle:

—Volved al instante, porque os aguardo con impaciencia.

Cinco minutos después, marchaba el superintendente hacia París. Durante este tiempo se hacía indicar Aramis la habitación en que descansaba Porthos. .

A la puerta del gabinete de Fouquet le abrazó Pellisson, que acababa de saber su llegada y había dejado el bufete para verlo.

Aramis recibió con aquella dignidad afectuosa, que tan bien sabia tomar, estas caricias tan respetuosas como entusiastas; mas; deteniéndose de pronto, preguntó:

—¿Qué oigo allá arriba?

Oíase, efectivamente, un ronquido sonoro; semejante al de un tigre hambriento o al de un león impaciente.

— ¡Oh! No es nada —dijo Pellisson riendo.

—Pero…

—Es el señor Du Vallon que ronca.

—En efecto —dijo Aramis—, nadie más que él es capaz de hacer tal ruido. ¿Permitís, Pellisson, que me entere de si le falta algo?

—¿Y permitís vos que yo os acompañe?

Y ambos entraron en la habitación.

Porthos estaba tendido sobre un lecho, la cara amoratada mas bien que roja, los ojos hinchados, la boca abierta. El rugido que se escapaba de las profundas cavidades de su pecho hacía vibrar los marcos de las ventanas. Las piernas y los pies hercúleos de Porthos habían hecho estallar, hinchándose sus botas de cuero; toda la fuerza de su enorme cuerpo habíase convertido en una rigidez de piedra. Porthos no se movía más que el gigante de granito acostado en la llanura de Agrigente.

Por orden de Pellisson, un ayuda de cámara ocupóse en cortarle las botas, porque ningún poder del mundo hubiera podido arrancárselas.

Cuatro lacayos lo habían intentado en vano, tirando de ellas como de cabrestantes.

Ni siquiera lograron despertar a Porthos:

Quitáronle las botas a tiras, y cayeron sus piernas sobre el lecho; le cortaron el Testo de sus vestidos, lo llevaron a un baño, donde estuvo una hora; envolviéronlo en un lienzo blanco y lo introdujeron en una cama caliente, todo con esfuerzas y trabajos que hubieran incomodado a un muerto, pero que ni siquiera hicieron abrir un ojo a Porthos; ni interrumpieron un instante el órgano formidable de sus ronquidos.

Aramis, de naturaleza seca y nerviosa, armado de un valor exquisito, quería por su parte desafiar el cansancio y trabajar con Gourville y Pellisson; pero se desmayó en la misma silla donde se obstinaba en permanecer.

De, allí lo levantaron para llevarlo a una cámara contigua, donde el reposo del lecho devolvió la calma al cerebro.

LXXIV

DONDE EL SEÑOR FOUQUET OBRA

Mientras tanto Fouquet corría hacia el Louvre al galope tendido de su tiro inglés.

El rey trabajaba con Colbert. De pronto quedó el rey pensativo: aquellas dos sentencias de muerte que había firmado al subir al trono, se presentaban de cuando en cuando en su memoria.

—Señor —dijo al intendente—. Aveces creo que esos dos hombres que habéis hecho condenar no eran tan grandes culpables.

—Majestad, fueron elegidos entre la multitud de arrendadores que había necesidad de diezmar.

—¿Elegidos por quién?

—Por la necesidad, Majestad — respondió Colbert secamente.

—¡La necesidad! ¡Gran palabra! murmuró el joven rey!

— Grandiosa, Majestad.

—Eran dos amigos muy adictos al superintendente, ¿no es verdad?

— Majestad, dos amigos que hubieran dado su vida por el señor Fouquet.

—Y la han dado, señor —dijo el rey.

—Es verdad, pero inútilmente, por fortuna, lo cual no era su intención.

— ¿Cuánto dinero habían derrochado esos hombres?

—Diez millones, poco más o menos, de los cuales se les han confiscado seis.

—¿Y esa suma está en mis cajas? —preguntó el rey con repugnancia.

—Allí está, Majestad; pero, por más que esta confiscación. haya amenazado al señor Fouquet, no le ha alcanzado.

— ¿Y qué deducís, señor Colbert?

—Que si el señor Fouquet subleva contra Vuestra Majestad una tropa de facciosos para arrancar a sus amigos del tormento, sublevará un ejército cuando se trate de librarse él mismo del castigo.

El rey lanzó sobre su confidente una de esas miradas que se parecen al fuego de un relámpago de tempestad; una de esas miradas, que van a iluminar las tinieblas de las más profundas conciencias.

—Me sorprende —dijo—, que pensando tales cosas del señor Fouquet no me déis ningún consejo.

—¿Qué consejo, Majestad?

—Decidme primero, claramente, exactamente, lo que pensáis, señor Colbert.

— ¿Sobre qué?

—Sobre la conducta del señor Fouquet.

—Me parece, Majestad, que no contento el señor Fouquet con atraer a sí todo el dinero, coma hacia el señor Mazarino, y privar por este medio a Vuestra Majestad de una parte de su poder, desea también atraer a sí a todos los amigos de la vida fácil y de los placeres, todo lo que los holgazanes llaman poesía, y los políticos corrupción; pienso que asalariando a los súbditos de Vuestra Majestad usurpa algo de la prerrogativa regia, y si esto continúa así, no puede tardar en relegar a Vuestra Majestad entre los débiles y los obscuros.

— ¿Cómo se califican todos esos proyectos, señor Colbert?

— ¿Los proyectos del señor Fouquet?

—Se les llama crímenes de lesa majestad.

—¿Y qué debe hacerse con los criminales de lesa majestad?

—Se les arresta, se les juzga, y se les castiga.

— ¿Estáis seguro de que el señor Fouquet ha tenido el pensamiento del crimen que le imputáis?

—Diré más, Majestad; ha habido principio de ejecución.

—Pues bien, vuelvo a lo que decía, señor Colbert.

—¿Y qué decíais, Majestad?

—Dadme un consejo.

—Perdón, Majestad, pero antes tengo algo que añadir.

—Decid.

—Una prueba evidente, palpable; material, de traición.

— ¿Cuál?

Acabo de saber que el señor Fouquet hace fortificar a Belle Isle en Mer.

—¡Ah! ¿De veras?

—Sí, Majestad.

—¿Estáis seguro?

— Perfectamente. ¿Sabéis, Majestad, cuántos soldados hay en Belle Isle?

—Yo, no; ¿y vos?

—Lo ignoro, Majestad; y deseaba proponer a Vuestra Majestad que enviase a alguien a Belle Isle.

—¿A quién?

—A mí, por ejemplo.

—¿Y qué haríais allá?

—Informarme de si es verdad que, a ejemplo de los antiguos señores feudales, el señor Fouquet hace reparar sus murallas.

—¿Y con qué objeto?

—Con objeto de defenderse un día contra su rey.

—Pues si es así, señor Colbert, hay que hacer al instante lo que decíais; es preciso prender al señor Fouquet:

—¡Imposible!

—Creo haber dicho, ya, señor, que quedaba suprimida esa palabra en mi servicio.

— El servicio de Vuestra Majestad no impide que el señor Fouquet sea superintendente general.

—¿Y . qué?

—Y que, por lo tanto, tenga por suyo todo el Parlamento, como tiene todo el ejército por su generosidad, toda la literatura por sus gracias, y toda la nobleza por sus regalos.

—Es decir, pues, que yo ¿nada puedo contra el señor Fouquet?

—Nada, absolutamente, al menos por ahora.

—Sois un consejero estéril, señor Colbert.

—¡Oh! No, Majestad, porque no me limitaré a enseñar el peligro. ¡Veamos! ¿Por dónde se puede minar al coloso? ¡Veamos!

El rey se echó a reír amargamente.

—Ha crecido por el dinero; matadlo por el dinero, Majestad.

—¿Y si le quitara su cargo?

—Mal medio.

—¿Pues cuál es el bueno, entonces?

—Arruinarlo, Majestad, os lo aconsejo.

—¿Cómo?

—No os faltarán ocasiones, aprovechaos de todas ellas.

—Indicádmelas.

—He aquí una en primer lugar. Su Alteza Real Monsieur va a casarse, y sus bodas deben ser magníficas. Esta es una excelente ocasión para que Vuestra Majestad le pida un millón a Fouquet, y él, que paga de una vez veinte mil libras cuando sólo debe cinco mil, encontrará fácilmente ése millón que le pide Vuestra Majestad.

—Corriente; se lo pediré —dijo Luis XIV.

—Si Vuestra Majestad quiere firmar la ordenanza, yo mismo haré cobrar el dinero.

Y Colbert puso un papel delante del rey y le dio una pluma.

En aquel momento entreabrió la puerta el ujier y anunció al señor superintendente.

Luis palideció.

Colbert dejó caer la pluma y se apartó del rey. El superintendente hizo su entrada como hombre de Corte, a quien basta una sola ojeada para apreciar la situación.

Tal situación no era tranquilizadora para Fouquet, cualquiera que fuese la conciencia de su fuerza. El ojillo negro de Colbert, dilatado por la envidia, y el ojo límpido de Luis XIV, inflamado por la ira, señalaban un peligro inminente.

Son los cortesanos para las murmuraciones de Corte, como los soldados viejos, que perciben al través de los rumores del viento y del follaje el resonar lejano de los pasos de una tropa armada; pueden, después de haber escuchado, asegurar cuántos hombres marchan, cuántas armas resuenan, y cuántos cañones ruedan.

Fouquet no tuvo más que interrogar al silencio, y halló en él amenazadoras revelaciones.

El rey le dio tiempo para adelantarse hasta la mitad de la sala, y Fouquet se aprovechó de tan propicia ocasión.

—Majestad —dijo—, estaba impaciente por ver al rey.

—¿Y por qué? —preguntó Luis.

—Para anunciarle una buena noticia.

A excepción de la grandeza de la persona y de la generosidad de corazón, Colbert se parecía en muchos puntos a Fouquet. La misma penetración, el mismo hábito de los hombres. Además; esa gran fuerza de concentración que da a los hipócritas tiempo de reflexionar y prepararse para una salida. Adivinó que Fouquet se adelantaba al golpe que iba a darle. Sus ojos brillaron.

—¿Qué noticia? —dijo el rey.

Fouquet puso un rallo de papel sobre la mesa.

—Tenga Vuestra Majestad la bondad de examinar este trabajo —dijo.

El rey deslió lentamente el rollo.

—¿Planos? —dijo.

—Si, Majestad.

— ¿Y qué planos son éstos?

—Una reciente fortificación, Majestad.

—¡Ah! ¡ah! —dijo el rey—. ¿Os ocupáis de táctica .y de estrategia, señor Fouquet?

—Me ocupo de todo lo que puede ser provechoso al servicio de Vuestra Majestad —replicó Bouquet.

—¡Magníficos trazas! —dijo el rey examinando el dibujo.

—Vuestra Majestad comprenderá, sin duda —dijo Fouquet inclinándose sobre el papel—; aquí se encuentra el cinturón de muralla, aquí los fuertes, aquí las obras avanzadas.

— ¿Y qué es esto que veo?

—El mar.

—¿El mar todo alrededor?

—Sí, Majestad.

— ¿Y qué plaza es ésta cuyos planos me mostráis?

— Belle Isle en Mer —replicó Fouquet con sencillez.

A este nombre hizo Colbert un movimiento tan marcado, que el rey cayóse, como para recomendarle reserva.

Fouquet fingió no advertir el movimiento de Colbert ni la seña del rey.

¯¿De modo que habéis hecho fortificar a Belle Isle? —continuó Luis.

—Sí; Majestad; y traigo a Vuestra Majestad los diseños y las cuentas; he gastado en esta operación un millón seiscientas mil libras.

—¿Y para qué? —replicó secamente Luis, que había tomado la iniciativa en una mirada rencorosa del intendente.

—Para un objeto y fácil de comprender —contestó Fouquet: Vuestra Majestad está algo frío con la Gran Bretaña.

—Sí; pero, desde la restauración de Carlos II he hecho alianza con ella.

—De eso hace un mes, Majestad, y hace más de seis que empezaron las fortificaciones de Belle Isle.

—Luego ya son inútiles.

—Majestad, las fortificaciones jamás son inútiles. Yo fortifiqué a Belle Isle contra Monk, Lambert y todos esos, plebeya de Londres que jugaban a los soldados, y, ahora estará fortificada contra los holandeses, a quienes Vuestra Majestad o la Gran Bretaña no puede menos de hacer la guerra.

—¿Me parece que Belle Isle es propiedad vuestra, señor Fouquet?

—No, Majestad.

—Entonces, ¿de quién?

—De vuestra Majestad.

Colbert se aterrorizó, como si se hubiese abierto un precipicio a sus pies.

Luis se estremeció de admiración, ya por el genio, ya por la adhesión de Fouquet.

—Explicaos, señor —dijo.

— Nada más fácil, Majestad. Belle Isle es una tierra que me pertenece, y la he fortificado a mis expensas. Mas como nada en el mundo se opone a que el súbdito haga un presente humilde a su rey, yo ofrezco a Vuestra Majestad la propiedad de la tierra, de la que me dejará el usufructo. Belle Isle, plaza da guerra, debe ser ocupada por el rey, Vuestra Majestad podrá tener en ella guarnición segura.

Colbert comenzó a resbalar hacia el suelo, y tuvo necesidad de afianzarse en los muebles para no caer.

—Habéis demostrado aquí una gran habilidad de hombre de guerra —dijo Luis XIV.

— Majestad; la iniciativa no ha salido de mí; me la han inspirado muchos oficiales. Los planos mismos han sido hechos por un ingeniero de los más excelentes.

— ¿Su nombre?

—E1 señor Du Vallon.

—¿Él señor Du Vallon? —repitió Luis—. No le conozco. Es enfadoso, señor, Colbert –continuó—, que yo no conozca el nombre de los hombres de talento que honran a mi reino.

Y diciendo estas palabras; volvióse hacia Colbert.

Este sentíase anonadado; el sudor le corría por la frente, no se le ocurría ninguna palabra; sufría un martirio inexplicable.

—Retendréis ese nombre —añadió Luis XIV.

Colbert se inclinó, más pálido que sus puños de encaje de Flandes. Fouquet continuó:

—La albañilería es de almáciga romana, compuesta por los arquitectos según los relatos de la antigüedad.

—¿Y los cañones? —preguntó Luis:

—¡Oh! Eso concierne a Vuestra Majestad; no me corresponde meter cañones en mi casa, sin que Vuestra Majestad diga que es suya.

Luis empezaba a fluctuar, indeciso entre el odio que lo inspiraba aquel hombre tan poderoso y la lástima de aquel otro hombre abatido, que le parecía la contrafigura del primero.

Mas la conciencia de su deber de rey lo fijó en sus sentimientos de hombre:

—Ejecutar estos planos ha debido costaros mucho dinero —dijo, poniendo un dedo encima.

—Creo haber tenido la honra de decir la cifra a Vuestra Majestad.

—Repetidla, la he olvidado.

—Un millón seiscientas mil libras.

—¡Un millón seiscientas mil libras! Sois muy rico, señor Fouquet.

—Vuestra Majestad es el rico —dijo el ministro—, puesto que Belle Isle es vuestra.

—Sí, gracias; pero por rico que sea, señor Fouquet...

El rey se detuvo.

—¿Qué, Majestad? —preguntó el superintendente.

—Preveo el momento en que no gastaré dinero.

—¿Vos, Majestad?

—Sí, yo.

—¿Y en qué momento?

—Mañana, por ejemplo.

—Hágame Vuestra Majestad el honor de explicarse.

—Mi hermano se casa con Madame de Inglaterra.

—¿Y qué, Majestad?

—Y debo hacer a la joven princesa una recepción digna de la nieta de Enrique IV.

— Muy justo, Majestad.

—Luego tengo necesidad de dinero.

—Indudablemente

—Y necesitaré . . .

Luis XIV titubeó. La cantidad que iba a pedir era precisamente la que se había visto obligado a negar a Carlos II.

Y se volvió hacia Colbert a fin de que diese el golpe.

—Y necesitaré mañana...'—repitió mirando a Colbert.

—Un millón —dijo éste brutalmente, encantado de tomar el desquite.

Fouquet volvía la espalda para escuchar a1 rey. Sin moverse lo más mínimo, esperó a que el rey repitiese, o mejor, murmurase:

—Un millón.

—¡Oh! Majestad —contestó desdeñosamente Fouquet—. ¡Un millón! ¿Qué hará Vuestra Majestad con un millón?

—Me parece. . . ––dijo Luis XIV. Eso es lo que se gasta en las bodas de cualquier principillo de Alemania. `

—Señor. . . Vuestra Majestad necesita dos millones lo menos. Sólo los caballos importarán quinientas mil libras. Tendré el honor de enviar a Vuestra Majestad esta noche un millón seiscientas mil libras.

—¡Cómo! —dijo el rey—.

— ¿Un millón seiscientas mil libras? —dijo.

—Majestad ––respondió Fouquet sin volverse hacia Colbert—, sé que faltan cuatrocientas mil. Pero ese señor de la Intendencia... (y por encima del hombro indicó con el pulgar a Colbert, que estaba pálido) tiene en Caja novecientas mil libras. El rey se volvió a Colbert.

—Pero... —dijo éste.

—El señor —continuó Fouquet, hablando siempre indirectamente a Colbert—,: ha recibido hace ocho días, un millón seiscientas mil libras; ha pagado cien mil a los guardias, setenta y cinco mil a los hospitales, veinticinco mil a los suizos, ciento treinta mil de víveres, trescientas sesenta mil de armamento y diez mil de gastos menudos; luego no me equivoco al decir que le quedan novecientas mil.

Volviéndose entonces a medias hacia Colbert, como hace un jefe desdeñoso con un inferior, dijo:

—Cuidad de que esas novecientas mil libras sean remitidas en oro a Su Majestad esta misma noche.

––Entonces —dijo el rey— serán dos millones quinientas mil libras.

—Majestad, las quinientas mil libras que sobran serán para el bolsillo de Su Alteza Real. ¿Oís, señor Colbert? Esta noche antes de las ocho.

Y, saludando al rey con respeto, el superintendente hizo hacia atrás su salida, sin honrar siquiera con una mirada al envidioso, cuya cabeza acababa de cortar a medias.

Colbert desgarró de rabia sus puños de encaje, y se mordió los labios hasta sangrar.

Aún no estaba Fouquet en la puerta del gabinete, cuando pasando el ujier a su lado, dijo:

—Un correo de Bretaña para Su Majestad.

—Tenía razón el señor de Herblay —pensó Fouquet sacando su reloj—, una hora cincuenta y cinco minutos. ¡Ya era tiempo!

LXXV

ARTAGNAN LE ECHA AL FIN MANO A SU DESPACHO DE CAPITÁN

El mensajero era fácil de reconocer.

Era Artagnan, con el traje lleno de polvo, el rostro inflamado, los cabellos goteando sudor y las piernas contraídas; levantaba penosamente los pies a la altura de cada escalón, en los cuales resonaban sus ensangrentadas espuelas.

En el instante mismo en que atravesaba el umbral vio a Fouquet. Éste saludó con una sonrisa a quien una hora antes le traía la ruina o la muerte.

Artagnan encontró en su bondad de alma y él su inextinguible vigor corporal bastante presencia de espíritu para recordar la buena acogida de aquel hombre, y también le saludó, más bien por benevolencia y por piedad que por respeto.

Y sintió en sus labios esta palabra que fue repetida tantas veces al duque de Guisa:

— ¡Huid!

Mas pronunciar esta palabra era hacer traición a una causa; decirla en el gabinete del rey y delante de un ujier, era perderse gratuitamente sin salvar a nadie.

Artagnan se contentó con saludar a Fouquet, sin hablarle, y entró. En el mismo momento fluctuaba el rey entre la sorpresa que acababan de producirle las últimas palabras de Fouquet y el placer de la vuelta de Artagnan.

Sin ser cortesano, tenía Artagnan la mirada tan rápida y segura como si lo fuese.

Al entrar leyó la humillación devoradora en la frente de Colbert. Y aún pudo oír estas palabras, que le decía el rey:

—¡Ah, señor Colbert! ¿Conque teníais novecientas mil libras en la superintendencia?

Colbert, sofocado, se inclinaba sin responder.

Toda esta escena entró a la vez en el ánimo de Artagnan por los ojos y los oídos.

Las primeras palabras de Luis XIV a su mosquetero, como si hubiese querido hacer contraste con lo que decía en aquel momento, fue un ”buenos días” afectuoso.

Las segundas, un adiós a Colbert. Este salió del gabinete, lívido y vacilante; mientras Artagnan se retorcía las guías del bigote.

—Me place ver ese desorden en uno de mis servidores —dijo el rey admirando el marcial continente del traje de su enviado.

—Efectivamente, Majestad —dijo Artagnan—, he creído que mi presencia era bastante necesaria en el Louvre, para permitirme, presentarme así.

—¿Me traéis grandes noticias, señor? —preguntó el rey sonriendo. Majestad, he aquí la cosa en breves palabras:

Belle Isle está fortificada, admirablemente fortificada; tiene una muralla doble, una ciudadela y dos fuertes avanzados; en el puerto hay tres corsarios; y las baterías de la costa sólo espesan los cañones.

—Sé todo eso, señor —respondió el rey.

—¡Ah! ¿Vuestra Majestad sabe todo eso? —exclamó el mosquetero estupefacto.

—Tengo el plano de las fortificaciones de Belle Isle —dijo el rey.

— ¿Vuestra Majestad tiene el plano?

—Miradlo.

—Efectivamente, Majestad —dijo Artagnan—; éste es, sin duda, y allá he visto otro igual. Obscurecióse la frente de Artagnan, y añadió:

— ¡Ah! Ya comprendo; Vuestra Majestad no se ha fiado de mí sólo; y ha enviado a otro —dijo con tono de reproche.

—¿Y qué importa, señor, la manera con que lo haya sabido, con tal de que lo sepa?

—Nada, Majestad —repuso el mosquetero, sin pretender ocultar su descontento—; pero me permitiré decir a Vuestra Majestad que no valía la pena hacerme correr tanto y exponerme veinte veces a romperme las costillas, para saludarme al llegar aquí con semejante noticia. Majestad, cuando se desconfía de los hombres, o cuando se les cree incapaces, no se les emplea.

Y Artagnan, con un movimiento militar, dio un golpe con el pie e hizo caer en el entarimado un polvo ensangrentado.

El rey lo miraba y gozaba interiormente de su primer triunfo.

—Señor —dijo al cabo de un instante—; no sólo me es conocida Belle Isle, sino que es mía..

— Bueno, Majestad; yo no os pregunto nada —respondió Artagnan—. ¡Mi licencia!

—¡Cómo! ¿Vuestra licencia? .

—Sin duda. Soy demasiado orgulloso para comer el pan del rey sin ganarlo, o, más bien, ganándolo mal. ¡Mi licencia, Majestad!

—¡Oh! ¡Oh!

—Mi licencia, o me la tomo yo.

—¿Os incomodáis, señor?

—Hay motivos; ¡vive Dios! ¡Estoy a caballo treinta y dos horas, corriendo día y noche, hago prodigios de ligereza, llego tieso como un ahorcado, y otro me toma la delantera! ¡Vamos, soy un pigmeo! ¡Mi licencia, Majestad!

—Señor Artagnan —dijo Luis XIV apoyando su blanca. mano en el polvoriento brazo del mosquetero—; lo que acabo de decir no influye para nada en lo que os he prometido. Palabra dada, palabra cumplida.

Y el joven rey fue derecho a su mesa, abrió un cajón, y sacó un papel plegado en cuatro dobleces.

—Este es vuestro despacho de capitán de los mosqueteros; lo habéis ganado, señor de Artagnan.

Artagnan abrió con viveza el papel y lo miró dos veces, sin dar crédito a sus ojos.

—Y se os da ese despacho —continuó el rey—, no sólo por vuestro viaje a Belle Isle, sino también por vuestra valerosa intervención en la plaza de la Grève. Muy bien me servisteis allí.

—¡Ah! ¡ah! —murmuró Artagnan, sin que el poder que tenía sobre sí mismo pudiera impedir que cierto rubor le subiese a los ojos—. ¿También sabéis eso, Majestad?

—Sí, lo sé.

El rey tenía la mirada penetrante Y el juicio infalible cuando se trataba de leer en una conciencia. " —Tenéis algo que decir y calláis —dijo al mosquetero—. Vacuos, hablad francamente, señor; ya os he dicho, una vez por todas, que tuvieseis franqueza conmigo. Pues bien, Majestad, lo que tengo es que quisiera, mejor haber sido nombrado capitán" de los mosqueteros por haber cargado a la cabeza de mi compañía, apagando los fuegos de una batería o tomando una ciudad, que por haber hecho ahorcar a dos desgraciados.

—¿Es verdad eso que decís,?

—¿Y por qué me sospecha Vuestra Majestad simulador?

— Porque; si os conozco bien, señor, no podéis arrepentiros de haber sacado la espada por mí.

—Pues os engañáis grandemente, Majestad; sí, me arrepiento de haber sacado la espada, a causa de los resultados que esta acción ha producido. Esos desgraciados que han muerto, Majestad, no eran ni vuestros enemigos ni los míos, y no se defendían.

El rey guardó un momento de silencio.

—¿Y vuestro compañero, señor de Artagnan, participa también de vuestro arrepentimiento?

—¿Mi compañero?. . .

—Sí, me parece que no estabais solo,

— ¿Sólo? ¿Dónde?

—En la. plaza de la Grève.

— No, Majestad, no —dijo Artagnan ruborizándose al pensar que el rey podía tener la idea de que trataba de apropiarse de la gloria de que participaba Raúl—. ¡No, vive Dios! Como dice Vuestra Majestad, tenía un compañero, y un buen compañero:

—¿Un joven?

—Sí, Majestad, un joven. ¡Oh! Doy la enhorabuena a Vuestra Majestad por lo bien informado que está, tanto de lo de fuera como de lo dentro. ¿Es el señor Colbert quien hace al rey estos hermosos relatos?

—El señor Colbert no me ha manifestado más que cosas buenas de vos, señor de Artagnan, y hubiera hecho mal en venir a decir otras.

— ¡Ah! ¡Es una suerte!

—Mas también ha dicho mucho bueno de ese joven.

—Y es justo dijo el mosquetero.

—Parece que es un valiente —añadió Luis XIV, para avivar aquel sentimiento que tomaba por despecho.

—Un valiente, sí, Majestad —repetía Artagnan, encantado de incitar al rey a costa de Raúl.

—¿Sabéis su nombre?

—Me parece...

—¿Le conocéis, pues?

—Hace unos veinticinco años.

—¡Si tiene apenas esa edad! —exclamó el rey.

—Pues bien, Majestad, lo conozco desde el día que nació.

—¿Me afirmáis eso?

—Vuestra Majestad —respondió Artagnan—, me interroga con una desconfianza en la que reconozco otro carácter que el suyo. El señor Colbert, que tan bien os ha instruido, ¿ha olvidado manifestados que ese joven era hijo de mi amigo íntimo?

—¿El vizconde de Bragelonne?

—Ciertamente, Majestad; el vizconde de Bragelonne tiene por padre al señor conde de la Fère, que tanto ha contribuido a la restauración del rey Carlos II. ¡Oh! Bragelonne es de una raza de valientes.

—Entonces, ¿es hijo de ese señor que ha venido a verme, o mejor, a ver al señor Mazarino, de parte de Carlos II, para ofrecernos su alianza?

—Justamente.

—¿Y decís que es intrépido el conde de la Fère?

—Majestad, es un hombre que ha sacado más veces la espada por el rey vuestro padre que días tiene la vida feliz de Vuestra Majestad.

Luis XIV se mordió los labios a su vez.

—¡Bien, señor de Artagnan! ¿Y es amigo vuestro el conde de la Fère?

—Hará unos cuarenta años. Ya ve Vuestra Majestad que no habló de ayer.

—¿Os alegraría ver a ese joven, señor de Artagnan?

—Muchísimo, Majestad.

El rey llamó con su timbre y apareció el ujier.

—Llamad al señor de Bragelonne.

—¡Ah! ¿Está aquí? —preguntó Artagnan.

—Hoy está de guardia en el Louvre, con la compañía de gentileshombres del señor príncipe.

Apenas acababa el rey, cuando se presentó Raúl, y al ver a Artagnan sonrió de aquella manera que sólo se encuentra en los labios de la juventud.

— Vamos, vamos —dijo Artagnan familiarmente a Raúl—. El rey permite que me abraces; pero di a Su Majestad que le das las gracias. Raúl se inclinó tan graciosamente, que Luis, a quien agradaban todas las superioridades cuando no afectaban a la suya, admiró aquella belleza, aquel vigor y aquella modestia.

—Señor —dijo el rey dirigiéndose a Raúl—, he pedido al señor príncipe tuviera la bondad de cederme a vos; he recibido su contestación, y me pertenecéis desde hoy. El señor príncipe era un buen amo; mas creo que no perderéis en el cambio.

—Sí, sí, Raúl, dice bien el rey —dijo Artagnan, que había adivinado el carácter de Luis, y que jugaba en ciertos límites con su amor propio, conservando siempre los cumplimientos, y lisonjeando cuando parecía que se burlaba.

—Majestad —dijo entonces Bragelonne con voz dulce, y llena de encanto, y con aquella locución fácil y natural que tenía de su padre—; no es de hoy el que os pertenezca.

—¡Oh! Ya lo sé —dijo el rey—; queréis hablar de vuestra expedición de la Grève; en efecto, muy mío fuisteis ese día, señor.

—Tampoco hablo de ese día, Majestad, y no me sentaría bien recordar un servicio, tan insignificante en presencia de un hombre como el señor de Artagnan; quería hablar de una circunstancia que hace época en mi vida, y que me ha consagrado desde la edad de dieciséis años a vuestro servicio.

—¡Ah, ah! —murmuró el rey—. ¿Y qué circunstancia es? Decidme, señor.

—Esta... Cuando salí para mi primera campaña, es decir, para unirme al ejército del señor príncipe, el señor conde de la Fére me acompañó hasta Saint Denis, donde los restos del rey Luis XIII aguardaban, en las últimas gradas de la basílica, un suceso que espero no le enviará Dios antes de largos años. Allí me hizo jurar sobre las cenizas de nuestros amos servir a la realeza, representada y encarnada en vos; servirla en pensamientos, en palabras y en actos. Juré, y Dios y los muertos recibieron mi juramento. Hace diez años, Majestad, he deseado muchas veces la ocasión de cumplirla; soy un soldado de Vuestra Majestad, y nada más; llamándome a su lado, no cambio de amo, sino de guarnición únicamente.

Raúl calló, y se inclinó:

—¡Vive Dios! ——exclamó Artagnan—. ¡Muy bien dicho ¿No es verdad, Majestad! ¡Buena raza! ¡Gran raza!

—Sí —murmuró el rey conmovido, mas sin querer manifestar su emoción, que no tenía otra causa que el contacto de una naturaleza eminentemente aristocrática—. Decís bien, caballero, en todas partes sois del rey; pero, cambiando de guarnición, creedme, encontrareis una ventaja de que sois digno.

Raúl conoció que aquí terminaba lo que el rey tenía que decirle, y con el tacto perfecto que caracterizaba su naturaleza delicada, se inclinó y salió.

—¿Os queda algo más que decirme, señor? —dijo el rey encontrándose solo con Artagnan.

—Sí, Majestad, y, había guardado esta noticia para lo último, porque es triste y va a vestir de luto a la realeza de Europa.

—¿Qué me decís?

— Majestad, al pasar por Blois, una palabra triste, eco del palacio, llegó á herir mis oídos.

—¿Mi tío Gastón de Orleáns, quizá?

—Ha dado el último suspiro.

—¡Y no me han avisado! —exclamó el rey, cuya susceptibilidad real veía un insulto en la falta de esta noticia.

—¡Oh! No os enfadéis, Majestad —dijo Artagnan—; los correos de París y los del mundo entero no caminan como vuestro servidor; el correo de Blois no llegará aquí hasta dentro de dos horas, y os respondo de que anda bien, puesto que no le he alcanzado hasta más allá de Orleáns.

—¡Mi tío Gastón! —exclamó Luis apoyando la mano en su frente, y encerrando en estas tres palabras todos los sentimientos que le recordaban este nombre.

—¡Eh! Sí, Majestad, así es —dijo Artagnan respondiendo al pensamiento del rey—; el pasado vuela.

—Verdad es, señor; pero nos queda, gracias a Dios, el porvenir, y ya trataremos de no hacerlo demasiado sombrío.

—Para eso confío en Vuestra Majestad —dijo el mosquetero inclinándose—. Y ahora...

—Sí, tenéis razón; olvido las ciento diez leguas que acabáis de correr.. Marchaos, señor, y, cuando hayáis reposado, venid a tomar mis órdenes.

Artagnan se inclinó y salió.

Y, como si sólo hubiera venido de Fontainebleau, se puso a recorrer el Louvre en busca de Bragelonne.

LXXVI

EL ENAMORADO Y LA AMADA

Mientras los cirios ardían en el castillo de Blois, alrededor del cuerpo inanimado de Gastón de Orleáns; mientras los vecinos de la ciudad hacían sus oraciones fúnebres, que estaban lejos de ser un panegírico; mientras Madame, viuda, sólo se acordaba ya de que en sus verdes años había amado aquel cadáver hasta el punto de huir del palacio paterno por seguirlo, y hacía a veinte pasos de la sala mortuoria, sus cálculos de interés y sus sacrificios de vanidad, otros intereses y otros orgullos se agitaban en todas partes del castillo donde había podido penetrar un alma viviente.

Ni el triste clamoreo de las campanas, ni las voces de los sochantres, ni el resplandor de los cirios que brillaban a través de los cristales, ni el resplandor de los cirios que brillaban a través de los cristales, ni los preparativos del entierro, pudieron distraer a dos personas colocadas en una ventana del patio interior, ventana que ya conocemos, y que daba luz a una sala que formaba parte de las llamadas habitaciones pequeñas.

Un alegre rayo de sol, pues el sol parecía inquietarse muy poco de la pérdida que acababa de sufrir Francia, bajaba sobre ellas esparciendo los perfumes de las flores vecinas y animando á las mismas paredes.

Estas dos personas tan ocupadas, no en la muerte del duque, sino en la conversación consecuente a esa muerte, eran un joven y una joven.

Este último, mozo de veinticinco a veintiséis años, poco más o menos, de rostro un tanto despejado y un tanto socarrón, movía dos ojos inmensos, cubiertos de largas pestañas, sonreía con una boca enorme, pero bien formada, y su barba puntiaguda que parecía gozar de una inmovilidad que la naturaleza no suele conceder a este norte del rostro, alargábase muy amorosamente hacia su interlocutora, que no retrocedía siempre tan rápidamente como las estrictas consideraciones tenían el derecho de exigir.

Ya conocemos a la joven, pues la hemos visto en la misma ventana y a la luz del mismo sol, y ofrecía un singular contraste de delicadeza y reflexión.

Era lindísima cuando reía, y hermosa cuando estaba seria; pero muchas más veces estaba encantadora que hermosa.

Ambas personas parecían haber llegado al punto fulminante de una discusión, entre festiva y grave.

— Vamos, señor Malicorne —decía la joven—, ¿cuándo os parece que hablemos razonablemente?

—¿Creéis que es fácil, señorita Aura —replicó el joven—, hacer lo que se quiere cuando no se puede más de lo que se puede?

— ¡Bien!

— Ya os estáis embrollando con frases.

—¿Yo?

—Sí, vos; vamos, dejad esa lógica de procurador, amigo.

—Otra cosa imposible. Soy pasante, señora de Montalais.

—Soy señorita, señor Malicorne.

— ¡Ah! Ya lo sé, y me anonadáis por la distancia, de modo que no os diré nada.

—No hay tal cosa; yo no os anonado. Decid lo que teníais que decirme, yo lo quiero.

—Pues bien, obedezco.

—Eso es una fortuna.

—Monsieur ha muerto.

—¡Ah! ¡Demonio, qué noticia! ¿Y de dónde venís para decirnos eso?

—Vengo de Orleáns, señorita.

—¿Y es esa la única noticia que traéis?

—¡Oh! No; también vengo a manifestaros que madame Enriqueta de Inglaterra va a llegar para casarse con el hermano de Su Majestad.

—En verdad, Malicorne, que estáis insoportable con vuestras nuevas del siglo pasado; vaya, si tomáis también esa maldita costumbre de burlaros, os haré echar fuera.

—¡Oh!

—Sí, pues me exasperáis.

—Vaya, paciencia, señorita.

—Así os hacéis valer, y bien sé yo por qué.

—Hablad; os contestaré francamente que sí, si la cosa es cierta.

—Sabéis que tengo gana de ese empleo de camarista que he tenido la necedad de solicitaros y andáis en contemplaciones con vuestro crédito.

—¿Yo?

Malicorne bajó los párpados, cruzó las manos, y tomó un aire socarrón.

— ¿Y qué crédito suponéis que tenga un pobre pasante de procurador como yo?

—Para algo tiene vuestro padre veinte mil libras de renta, señor Malicorne.

—Fortuna de provincia.

—Para algo está vuestro padre en los secretos del señor príncipe.

—Ventaja que se limita a prestar dinero a monseñor.

—En fin, para algo sois el compadre más astuto de la provincia.

— ¿Me aduláis?

— ¿Yo?

—Sí, vos.

—¿Cómo?

—Porque soy quien sostengo que no tengo crédito, y vos quien sostenéis que lo tengo.

—En fin, ¿y mi empleo?

—¿Vuestro empleo?

—¿Lo tendré o no lo tendré?

—Lo tendréis.

—Pero ¿cuándo?

—Cuándo queráis.

—¿Y dónde está ahora?

—En mi bolsillo.

—¡Cómo! ¿En vuestro bolsillo? Y, efectivamente, con su sonrisa burlona sacó Malicorne una, carta de la que se apoderó la de Montalais como de una presa, y la leyó con avidez.

A medida que leía dilatábase su rostro.

— Malicorne —exclamó después de haber leído—, ¡sois un buen muchacho!

—¿Y por qué?

—Porque habéis podido haceros satisfacer este empleo y no lo habéis hecho.

Y rompió en una carcajada creyendo desconcertar al pasante; pero Malicorne sostuvo el ataque.

—No os comprendo —dijo. Montalais quedó desconcertada a su vez.

—Ya os he declarado mis sentimientos ––continuó Malicorne—; tres veces me habéis, manifestado riendo que no me amabais, y me habéis abrazado una vez sin reír, que es todo lo que me hacía falta.

—¿Todo? —dijo la orgullosa y coqueta Montalais, con acento en que se conocía el orgullo herido.

Absolutamente todo, señorita—replicó Malicorne.

—¡Ah!

Este monosílabo demostraba tanta cólera como reconocimiento podía esperar el joven.

Este alzó tranquilamente la cabeza.

—Escuchad, Montalais —dijo sin inquietarse de si esta familiaridad gustaba o no a su amada—, no hablemos más de esto.

—¿Por qué?

— Porque en un año que hace os conozco, veinte veces me hubierais puesto en la puerta si yo no os agradase.

—¡Es cierto! ¿Y con qué propósito os hubiera puesto en la puerta?

—Por haber sido bastante impertinente.

—¡Oh! Es verdad.

—Ya veis que estáis obligada a confesarlo —dijo Malicorne.

—¡Señor Malicorne! ...

—No nos incomodemos; si me habéis conservado, no ha sido sin causa.

— ¡Al menos, no porque os ame! —exclamó Montalais.

—Corriente. Mas, os diré que estoy cierto que me execráis en este momento.

—¡Oh! ¡Jamás habéis dicho mayor verdad!

—Bien. Yo... os aborrezco.

—¡Ah! Lo tendré presente.

—Tenedlo: Vos me encontráis.

—Brutal y tonto, y yo os encuentro con la voz ruda y el rostro descompuesto por la ira. —En este instante, antes me tiraríais por esta ventana que dejarme besar las puntas de vuestros dedos; y yo me precipitaría desde lo alto del campanario, antes que tocar la extremidad de vuestra ropa. Mas , dentro de cinco minutos me amaréis, y yo os adoraré. ¡Oh! Así sucederá.

—Lo dudo.

—Y yo lo juro.

—¡Fatuo!

—Además, no es esa la verdadera razón; tenéis necesidad de mí, Aura, y yo de vos. Citando os acomoda estar alegre, yo os hago reír; cuando deseo estar enamorado, os miro. Os he dado un empleo de camarista, que deseabais, y vos, vais a darme ahora mismo algo que apetezco.

—¡Vos! Pero, en este momento, mi querida Aura, declaro que no deseo absolutamente nada; conque, estad tranquila.

—¡Sois un hombre aborrecible, Malicorne! Iba a felicitarme de ese cargo, y me quitáis toda mi alegría.

—¡Bueno! No hay tiempo perdido; ya os alegraréis cuando yo me marche.

—Entonces, marchad...

—Bien; pero antes un consejo.

¯¿Cuál?

—Volved a vuestro buen humor; os ponéis fea cuando os enfadáis.

—¡Grosero!

—Vamos, digámonos verdades mientras estemos aquí.

—¡Oh, Malicorne! ¡Mal corazón!

— ¡Oh, Montalais! ¡Ingrata!

Y el joven se puso de codos sobre el alféizar de la ventana. Montalais cogió un libro y lo abrió.

Malicorne enderezóse, y limpió su sombrero con la manga, y se estiró su jubón.

Montalais, al mismo tiempo que fingía leer, lo miraba con el rabillo del ojo.

— ¡Bueno! —murmuró furiosa——. Ya toma su aire respetuoso. Va a estar enfadado ocho días.

—Quince, señorita —dijo Malicorne inclinándose.

Montalais alzó sobre él el puño crispado.

—¡Monstruo! —lijo—. ¡Oh! Si yo fuese hombre..

—¿Qué me haríais?

—¡Te estrangularía!

—¡Ah! Muy bien —dijo Malicorne—. Creo que comienzo a desear algo.

—¿Y qué deseáis, señor demonio? ¡Que pierda mi alma por la rabia! Malicorne enrollaba respetuosamente su sombrero entre los dedos; pero de repente lo dejó caer, asió a la joven por los hombros, la acercó a él, y apoyó sobre sus labios dos labios ardientes.

Aura quiso dar un grito, pero quedó sofocado con el beso. Nerviosa e irritada, la joven rechazó a Malicorne contra la pared.

—¡Bien! —dijo filosóficamente Malicorne—; ya tenemos para seis semanas; adiós, señorita. Recibid mi más respetuoso saludo.

Y dio tres pasos para retirarse.

— ¡No, no, saldréis! —gritó la de Montalais dando un golpe con el pie en el pavimento—. ¡Quedaos! ¡Os, lo mando!

—¿Lo mandáis?

—Sí. ¿Acaso no soy yo la señora?

—De mi alma y de mi espíritu... sin duda alguna.

—¡Hermosa propiedad, a fe mía! El alma es tonta y el espíritu está seco.

—Cuidado, Montalais; yo os conozco —dijo Malicorne—, y vais a enamoraros nuevamente de vuestro servidor.

—Pues bien, sí —dijo ella inclinándose a su cuello con indolencia infantil, más bien que con voluptuoso abandono—, porque es necesario que os dé las gracias.

—¿Y dé qué?

—Por el empleo. ¿No representa todo mi porvenir?

—Y el mío.

—Es terrible —dijo Montalais —no poder adivinar jamás si habláis seriamente.

—No puedo serlo más; yo voy a París, vos vais a París, nosotros vamos a París.

—¡Entonces, sólo por este motivo me habéis servido, egoísta!

—¡Qué queréis, Aura! No puedo pasarme sin vos.

—¡Pues bien, la verdad! Lo mismo me pasa a mí; pero es preciso confesar que tenéis un corazón bien malo.

—Aura, querida Aura, cuidado; si volvéis a las ofensas, ya sabéis el efecto que me causan, y voy a adoraros.

Y, diciendo estas palabras, se acercó otra vez a la joven. En el mismo momento resonaron pasos en la escalera.

Estaban tan cerca los jóvenes, que los hubieran sorprendido en brazos uno de otro, si la de Montalais no hubiese rechazado violentamente a Malicorne, el cual fue a dar de espalda en la puerta, que se abría en aquel momento.

Entonces oyóse un grito seguido de injurias.

Madame de Saint-Remy era quien había dado este grito y quien profería estas injurias; el desgraciado Malicorne acababa de aplastarla entre la pared y la puerta.

—¡Otra vez este bribón! —exclamó la vieja dama—. ¡Siempre os he de hallar aquí!

—¡Ah, señora! —respondió Malicorne con voz respetuosa—. ¡Hace ocho días muy largos que no he aparecido por aquí!

LXXVII

DONDE REAPARECE POR FIN LA VERDADERA HEROINA DE ESTE RELATO

En pos de madame de Saint-Remy subía la señorita de La Vallière.

Oyó la explosión de la rabia materna, y, como adivinaba el motivo, entró temblando en la sala y vio al desgraciado Malicorne, cuyo continente desesperado hubiera emocionado o divertido a cualquiera que lo hubiese observado a sangre fría.

En efecto, Malicorne se había atrincherado detrás de una enorme silla, como para evitar los primeros asaltos de madame de Saint-Remy no confiaba ablandarla por la palabra, porque ella hablaba más alto que él y sin interrupción; pero contaba con la elocuencia de sus gestos.

La anciana dama ni veía ni oía nada; hacía mucho tiempo que Malicorne era una de sus antipatías.

Mas su cólera era demasiado grande para no desbordarse desde Malicorne a su cómplice.

También hubo para Montalais.

—Y Vos, señorita, sabed que advertirá a Madame de lo que pasa en el cuarto de una de sus doncellas de honor.

— ¡Oh! Madre mía —murmuró la señorita de La Vallière—, ahorrad...

—Callaos, señorita, y no os canseis en vano en interceder por sujetos indignos; que una joven honrada como vos sufra el mal ejemplo, ya es una desgracia bastante grande; pero que lo autorice con su indulgencia, eso es lo que yo no sufriré.

—Pero, verdaderamente — dijo Montalais rebelándose al fin—, no sé con qué pretexto me tratáis así. Me parece que no hago nada malo.

—Y ese holgazán, señorita — añadió Madame de Saint-Remy señalando a Malicorne— ¿está aquí para hacer cosa buena? ¡Decid!

—No está aquí ni para nada malo ni para nada bueno; viene a verme y nada más.

—Está bien —dijo madame de Saint-Remy—. Su Alteza Real será enterada y juzgará.

—Y, en todo caso —contestó Montalais—, no veo por qué ha de prohibirse al señor Malicorne que ponga los ojos en mí, cuando su intención es honrada.

—¡Intención honrada con semejante figura! —exclamó la de Saint-Remy.

—Os doy las gracias en nombre de mi figura, señora —repuso Malicorne.

—Venid, hija mía; llegad —continuó la vieja—, vamos a decir a Madame que en el momento mismo en que ella llora un esposo, en el instante en que todos lloramos un señor en este viejo castillo de Blois, mansión de dolor, hay aquí gentes que se divierten y distraen.

—¡Oh! —murmuraron los dos acusados.

—¡Una doncella de honor! ¡Una doncella de honor! —exclamó la vieja dama alzando las manos al cielo.

—Pues os engañáis, señora —dijo Montalais exasperada—; ya no soy yo doncella de honor de Madame.

—¿Presentáis la dimisión, señorita? Está bien, no puedo menos de aplaudir semejante determinación, y la aplaudo.

—Yo no presento la dimisión, señora; tomo otro servicio y nada más.

—¿En la vecindad o en la curia? —dijo madame de Saint-Remy con desdén.

—Sabed, señora —dijo Montalais—, que yo no soy doncella para servir vecinas o gentes de golilla, y que, en lugar de la corte miserable en que vegetáis, voy a habitar una corte casi real.

—¡Ah! ¡Ah! una corte real —dijo la de Saint-Remy, esforzándose por reír—: ¡Una corte real! ¿Qué pensáis de eso, hija mía?

Y se volvía a la señorita de La Vallière, a quien quería arrastrar a todo trance contra Montalais; y que, en lugar de obedecer al impulso de madame de Saint-Remy, miraba unas veces a su madre, otras a la de Montalais con ojos conciliadores.

—Yo no he dicho una corte real, señora —contestó la acusada—; porque madame Enriqueta de Inglaterra, que va a ser esposa de Su Alteza Real Monsieur, no es una reina. He dicho casi real, y esta es la verdad, ya que va a ser cuñada del rey.

Un rayo que cayera, sobre el castillo de Blois no hubiese aturdido tanto a madame de Saint-Remy como esta última frase de la de Montalais.

—¿Qué habláis de Su Alteza Real madame Enriqueta? —preguntó la vieja dama.

—Digo que voy a entrar en su casa como camarista; eso es lo que he dicho.

—¡Como camarista! —exclamaron a la vez madame de Saint-Remy con desesperación y la señorita de La Vallière con alegría.

—Sí, señora; como camarista. La anciana inclinó la cabeza, como si el golpe hubiera sido excesivo para ella.

Pero casi al mismo tiempo se incorporó, para lanzar el último proyectil a su adversario.

—¡Oh, oh! —murmuró—. Mucho se habla de esa clase de promesas, se cuenta muchas veces con esperanzas locas, y en el último momento, cuando se trata de cumplir esas promesas y de realizar esas esperanzas, vese con sorpresa reducida a humo la influencia con que se contaba.

—¡Oh, señora! La influencia de mi protector es incontestable, y sus promesas valen como documentos.

— ¿Y sería indiscreto preguntaros el nombre de ese protector que tiene tanto poder?

—¡Oh, Dios Santo!. Es este caballero —dijo Montalais señalando a Malicorne, que durante la escena había conservado la más imperturbable sangre fría y la más cómica dignidad.

—¡El señor! —murmuró madame de Saint-Remy con una explosión de hilaridad—. ¿El señor es vuestro, protector? El hombre cuya influencia es tan poderosa y cuyas promesas valen como documentos, ¿es el señor Malicorne?

Este saludó.

Montalais sacó sin responder su nombramiento del bolsillo, y dijo, mostrándolo a la vieja dama:

—Aquí está el despacho.

Todo concluyó entonces; cuando la buena señora recorrió con la vista el venturoso pergamino, unió las manos; una expresión indecible de desesperación y de envidia contrajo su semblante, y se vio obligada a sentarse para no caer desmayada.

Montalais no era bastante perversa para gozar de su victoria mas allá de los límites de la prudencia y anonadar al enemigo vencido, sobre todo siendo la madre de su amiga; así es que usó, mas no abusó de su triunfo.

Malicorne fue menos generoso, tomó posturas nobles en su sillón, y extendióse con una familiaridad que dos horas antes le hubiera valido la amenaza del bastón.

—¡Camarista de la joven Madame! —repetía la de Saint-Remy, mal convencida todavía.

—Sí, señora, y por la protección del señor Malicorne.

—¡Es increíble! —repetía la vieja—. ¿No es cierto, Luisa, que es increíble?

Pero Luisa no respondió; estaba inclinada, pensativa, casi afligida y suspirando, puesta una mano sobre su hermosa frente.

—En fin, caballero —dijo de pronto madame de Saint-Remy—, ¿cómo habéis hecho para obtener ese empleo?

—Lo he solicitado, señora.

—¿A quién?

—A un amigo mío.

—¿Y tenéis amigos bastante bien relacionados en la Corte para daros tales pruebas de influencia?

—¡Toma! Así parece.

—¿Y puede saberse, el nombre de esos amigos? .

—Yo no he dicho que tuviera muchos amigos, señora, sino uno solo.

—¿Y se llama...?

—¡Diantre, señora, cómo adelantáis! Cuando se tiene un amigo tan poderoso como el mío, no se presenta así a la luz del día para que se lo roben a uno.

—Tenéis razón en callar su nombre, porque presumo que os sería difícil decirlo.

—En todo caso —dijo Montalais—, si el amigo no existe, existe el nombramiento, y de este modo termina la cuestión.

—Entonces ya concibo —dijo madame de Saint-Remy con la sonrisa del gato que va a arañar— por qué he encontrado al señor en vuestro cuarto.

—¿Por qué?

—Os traía el despacho.

—Es cierto, señora; habéis adivinado.

—Entonces, no puede haber nada más moral.

—Así lo creo, señora.

—Y he hecho mal, al parecer, en dirigiros ningún cargo.

—Muy mal; señora; pero estoy tan acostumbrada a vuestros cargos, que os los perdono.

—En tal caso, vámonos, Luisa; nada tenemos que hacer aquí.

— ¿Qué decíais, señora? —preguntó La Vallière, estremeciéndose.

—¿No oyes, hija mía?

—No, señora; estaba pensando…

¯¿En qué?

—En distintas cosas.

—¡Tú no dejarás de quererme, Luisa! —exclamó Montalais estrechándole la mano.

—¿Y por qué no te había de querer, amada Aura? —contestó la joven con su dulce voz.

— ¡Bah! —repuso madame de Saint-Remy. Aunque os dejase de querer un poco, no haría del todo mal.

—¿Y por qué, Dios Santo?

—Me parece que es de tan buena familia y tan bonita coma vos. ¡Madre! —murmuró Luisa.

—Cien veces más bonita, señorita de mejor familia, no; pero eso no me dice por qué me había de dejar de querer Luisa.

—¿Suponéis que sea divertido para ella enterrarse en Blois, cuando vos vais a brillar en París?

—Pero, señora, yo no soy quien impide a Luisa que me siga; al contrario, tendría mucho gusto en que viniese.

—Creo que el señor Malicorne, que es tan poderoso en la Corte...

—¡Ah! Tanto peor, señora —dijo el mancebo—; cada uno trabaja para sí en este miserable mundo.

—¡Malicorne!— dijo Montalais.

Y bajándose hacia el joven, le dijo:

—Entretenedme a madame de Saint-Remy disputando o acomodándoos a ella; es necesario que yo charle con Luisa.

Y al mismo tiempo una dulce presión de mano recompensaba a Malicorne su futura obediencia.

Malicorne acercóse gruñendo a madame de Saint-Remy, mientras que Montalais decía a su amiga, echándole un braza por el cuello:

—¿Qué tienes? ¿Es cierto que ya no me amarás, como dice tu madre?

— ¡Oh, no! —respondió la joven conteniendo apenas las lágrimas—. Soy feliz con tu dicha. .

—¡Feliz, y se diría que vas a llorar!

—¿No se llora más que de envidia?

—¡Ah! Ya comprendo: voy a París, y esta palabra te recuerda algún caballero...

—¡Aura!

—Cierto caballero que, en otro tiempo, habitaba en Blois y hoy vive en. París.

—Verdaderamente, no sé lo que tengo; mas estoy sofocada.

—En ese caso, llora, ya que no puedes sonreír.

Luisa alzó su dulce rostro, por el cual corrían las lágrimas.

—Vamos, confiesa —dijo Montalais.

—¿Qué quieres que confiese?

— Lo que te hace llorar; nadie llora sin. causa. Soy tu amiga y haré todo cuanto quieras. Malicorne es más poderoso, de lo que se cree. ¡Vaya! ¿Quieres venir a París?

—¡Ay! —exclamó Luisa.

—¿Deseas venir a París?

—Quedarme aquí sola, en este viejo castillo, yo, que tenía la dulce costumbre de escuchar tus canciones, estrechar tu mano y correr contigo al parque. ¡Oh! ¡Cómo me voy a aburrir! ¡Qué pronto voy a morir!

—¿Quieres venir a París? Luisa dio un suspiro.

—¿No respondes?

— ¿Qué he de responder?

—Sí, o no; me parece que es cosa fácil.

—¡Oh! ¡Qué feliz eres, Montalais!

Luisa calló.

—¡Querida! —exclamó Montalais—. ¡Habráse visto, tener secretos con una amiga! ¿Confiesas que estás muriéndote de ganas de, volver a ver a Raúl?

—No puedo manifestar eso.

—Haces mal.

—¿Por qué?

—Porque... ¿ves este despacho?

—Sí.

—Pues bien; habría hecho que tuvieras otro igual.

—¿Por medio de quién?

—Por Malicorne.

— ¿Sería posible, Aura?

—¡Diantre! Ahí está Malicorne; y lo que ha hecho por mí, será preciso que lo haga por ti. Malicorne acababa de oír pronunciar su nombre dos veces, y estaba encantado de hallar una ocasión para concluir con madame de Saint-Remy; así es que se volvió y dijo:

— ¿Qué pasa, señorita?

—Venid acá, Malicorne —dijo Montalais. .

Malicorne obedeció.

—Un despacho igual —dijo Montalais.

— ¿Cómo?

—Uno igual a éste; es claro.

—Pero.

—Me hace falta.

—Es imposible, ¿no es verdad, señor Malicorne? —dijo Luisa con su voz de ángel.

—¡Diantre!

— Si es para vos, señorita. . .

—Sí, señor Malicorne, sería para mí.

—Y si la señorita de Montalais lo pide al mismo tiempo que vos...

—Montalais no pide; lo exige.

— ¡Bueno! Se hará por obedeceros, señorita.

—¿Y la haréis nombrar?

—Se tratará.

—No admito respuestas evasivas. Luisa de La Vallière será camarista de madame Enriqueta antes de ocho días.

—Mas, ¡cómo! ...

—Antes de ocho días,'o . . .

— O...

—O tomáis vuestro despacho, señor Malicorne; yo no me alejo de mi amiga.

— ¡Querida Montalais!

—Está bien; guardaos ese despacho; la señorita de La Vallière será también camarista.

— ¿De veras?

—Sí.

— ¿Conque puedo esperar ir a París?

— Contad con ello.

—¡Oh, señor de Malicorne! ¡Qué agradecimiento! —murmuró Luisa juntando las manos y saltando de alegría.

—¡Disimulada! —dijo Montalais—. Intenta otra vez hacerme creer que no estás enamorada de Raúl.

Luisa ruborizóse como la rosa de mayo; pero, en vez de responder, fue a abrazar a su madre.

—Señora —le dijo—, ¿sabéis que el señor Malicorne me nombrará camarista?

—El señor de Malicorne es un príncipe disfrazado —replicó la vieja dama—, y todo lo puede.

—¿Deseáis vos ser también camarista? —preguntó Malicorne a madame de Saint-Remy—. Mientras esté allá haré nombrar a todo el mundo.

Y salió inmediatamente, dejando a la pobre dama trastornada.

—Vamos murmuraba Malicorne mientras bajaba la escalera—; otro billete de mil libras me va a costar esto; pero es necesario tomar un partido porque mi amigo Manicamp no hace nada de balde.

LXXVIII

MALICORNE Y MANICAMP

La presentación de estos dos nuevos personajes en esta historia, y su misteriosa afinidad de nombres y sentimientos, merece cierta atención por parte del lector y del cronista.

Vamos, pues, a entrar en ciertos detalles sobre el señor Malicorne y el señor de Manicamp.

No ignoramos que Malicorne había hecha el viaje de Orleáns para ir en busca del despacho destinado a la señorita de Montalais, cuya llegada acaba de producir tan viva sensación en el castillo de Blois. En aquel momento hallábase en Orleáns el señor de Manicamp, singular personaje, mozo de mucho ingenio, pero siempre muy necesitado, por más que gastase a voluntad de la bolsa del conde de Guiche, uña de las bolsas mejor provistas de su época.

El conde de Guiche había tenido por compañero de infancia a Manicamp, pobre hidalgo vasallo, oriundo de los Grammont.

El señor de Manicamp habíase creado con su genio una rica renta en la familia del mariscal.

Por un cálculo superior a su infancia, siempre había dado su nombre y complacencia alas travesuras del conde de Guiche. Cuando su noble compañero robaba alguna fruta destinada a la señora mariscala; cuando rompía un cristal o sacaba los ojos a un perro, Manicamp declarábase culpable del crimen cometido, y recibía el castigo, que no era más dulce por caer sobre un inocente.

Pero también le era pagado este sistema de abnegación. En vez de llevar vestidos medianos, como lo exigía la fortuna paterna, podía presentarse brillante y soberbio, como un señor de cincuenta mil libras de renta.

Y no porque fuera vil de carácter o humilde de espíritu era filósofo, o más bien tenía la indiferencia y la apatía que apartan del hombre todo sentimiento del mundo jerárquico. Su única ambición era derrochar.

Y bajo este aspecto, era un abismo el bueno de Manicamp.

Tres o cuatro veces al año, generalmente, arruinaba al conde de Guiche, y cuando el conde de Guiche estaba muy arruinado; cuando había vuelto y revuelto su bolsa declarando que era necesario recurrir, lo menos por quince días, a la beneficencia paterna para llenar bolsa y bolsillos, Manicamp perdía toda energía, se metía en cama, no comía, y vendía todos sus vestidos so pretexto de que estando acostado no necesitaba de ellos.

Durante esta postración de fuerzas y de espíritu, llenábase la bolsa del conde de Guiche, desbordándose en la de Manicamp, que compraba nuevos vestidos, vestíase y daba principio a la misma vida de antes.

Esa manía de vender sus vestidos nuevos por la cuarta parte de lo que valían, habían hecho a nuestro héroe bastante célebre en Orleáns, ciudad a donde generalmente, y sin que sepamos por qué iba a pasar sus días de penitencia.

Los elegantes de provincias se repartían los restos de su opulencia.

Entre los admiradores de estos espléndidos vestidos brillaba nuestro amigo Malicorne, hijo de un síndico de la ciudad, a quien el príncipe de Condé siempre necesitado como un Condé, tomaba muchas veces dinero prestado a un interés crecido.

El señor Malicorne, hijo, llevaba la caja del padre. Es decir, que en este tiempo de fácil moral, se formaba por su parte, siguiendo el ejemplo de su padre, y prestando por semanas, una renta de mil ochocientas libras, sin contar otras seiscientas que suministraba la generosidad del síndico; de modo que Malicorne era el rey de los lechuguinos de Orleáns, teniendo dos mil cuatrocientas libras que dilapidar y derrochar en locuras de todo género Mas, al contrario de Manicamp, Malicorne era horriblemente ambicioso.

Amaba por ambición, gastaba por ambición y se hubiera arruinado por ambición.

Malicorne se había propuesto lograr su objetivo a cualquier precio, y para esto había buscado una querida y un amigo.

La querida, la señorita de Montalais, era en extremo cruel en los últimos favores de amor; pero era una mujer noble, y esto bastaba a Malicorne.

El amigo no tenía amistad; mas era el favorito del conde de Guiche y amigo de Monsieur, hermano del rey, y esto bastaba a Malicorne.

Sólo que, conforme al capítulo de gastos, la señorita de Montalais costaba al año:

cintas, guantes y confituras, mil libras.

Manicamp contaba dinero prestado y nunca pagado de mil doscientas a mil quinientas libras al año.

De modo que no le quedaba nada a Malicorne.

¡Ah! Sí, tal; nos equivocamos, le quedaba la caja paterna.

Usó, pues, de un procedimiento, sobre el cual guardó el más profundo secreto, y que consistía en adelantarse a sí propio sobre la caja del síndico una media docena de años; esto es, una quincena de miles de libras, jurándose, por supuesto; satisfacer el déficit tan pronto como se le presente ocasión.

La ocasión debía ser la concesión de un buen destino en la casa de Monsieur, cuando esta casa se remontara en la poca de su matrimonio. La época había llegado. Un buen destino en la casa de un príncipe de la sangre, cuando es conseguido por la influencia y la recomendación de un amigo tal como el conde de Guiche, era tanto como doce mil libras al año; y, según la costumbre que había tomado Malicorne de hacer fructificar, sus rentas, doce mil libras podían elevarse a veinte.

Ya empleado, casaríase con la señorita de Montalais; ésta, de una familia cuyas hembras ennoblecían, no sólo sería dotada, sino también ennoblecería a Malicorne.

Mas para que la señorita de Montalais; que no tenía gran fortuna patrimonial, aun siendo hija única, fuese convenientemente dotada, era preciso que perteneciera a alguna gran princesa, tan pródiga corno avara era Madame viuda.

Y para que la mujer no anduviese por un lado y el marido por otro, situación que presentaba graves inconvenientes, sobre todo con caracteres como los de los futuros cónyuges, Malicorne había pensado fijar el punto central de reunión en casa misma de Monsieur, hermano de Su Majestad.

La señorita de Montalais sería camarista, y Malicorne oficial de Monsieur.

Vemos que el plan era de una buena cabeza, y que había sido valientemente ejecutado.

Malicorne había solicitado a Manicamp que pidiese al conde de Guiche un despacho de camarista.

Y el conde había pedido este despacho a Monsieur, que lo había firmado sin tardanza.

El plan moral de Malicorne, porque es claro que las combinaciones de un ingenio tan activo como el suyo no se limitarían tan sólo a lo presente, sino que se extenderían a lo porvenir, era éste:

Hacer entrar en casa de madame Enriqueta a una mujer que le fuera adicta, espiritual, joven, bonita intrigante; saber por esta mujer todos los secretos femeninos de la casa, en tanto que él y su amigo Manicamp sabrían entre los dos los misterios masculinos.

Por estos medios llegaría a una fortuna espléndida.

Malicorne era nombre villano, y el que lo llevaba tenía demasiado talento para disimularse esta verdad.

Malicorne sonaba muy noblemente al oído.

Así es que no era inverosímil que pudiera encontrarle un origen de los mas aristocráticos.

En efecto; ¿no podía venir de una tierra donde un toro de cuernos mortales hubiera causado una gran desgracia y bautizado el suelo con la sangre que derramara? Este plan presentábase erizado de dificultades, y la mayor parte de todas era la misma Montalais. Caprichosa, variable, virgen armada de garras, solía derribar de un solo golpe de sus dedos blancos, o de un solo soplo de sus risueños labios; el edificio que la paciencia de Malicorne había tardado un mes en levantar.

Aparte el amor, Malicorne era dichoso, tenía la fuerza de ocultarlo con cuidado, persuadido de que a la menor soltura de los lazos con qué había ligado a su Proteo hembra, el diablo lo echaría por tierra y se burlaría de él.

Humillaba a su querida desdeñándola. Ardiendo en deseos cuando ella se acercaba para tentarlo, tenía el arte de parecer de hielo, persuadido de que si abría sus brazos ella huiría burlándose.

Montalais, por su parte, creía no amar a Malicorne, y por el contrario, le amaba. Malicorne le repetía con tanta frecuencia, sus protestas de indiferencia, qué ella concluía a veces por creerlo, y entonces también creía que lo detestaba; y si deseaba conquistarla por la coquetería, Malicorne usaba de más coquetería que ella.

Pero lo que hacía que Montalais lo quisiese de una manera indisoluble, era que Malicorne siempre estaba lleno de noticias recientes, traídas de la Corte y de la ciudad; que siempre llevaba a Blois una moda, un secreto, un perfume, y que jamás pedía una cita, sino que por el contrario, se hacía suplicar para recibir favores que ardía por conseguir.

Montalais, por su parte, lo tenía al corriente de todo lo que pasaba en casa de Madame viuda, de lo cual hacía a Manicamp cuentos para morir de risa, que eran relatados por éste al señor de Guiche, quien a su vez los relataba a Monsieur.

He aquí en pocas palabras la trama de los pequeños intereses y de las pequeñas conspiraciones que unían a Blois con Orleáns y a Orleáns con París, y que debían conducir a esta última ciudad a la pobre La Vallière, la cual se hallaba muy lejos de figurarse el extraño porvenir a que estaba reservada.

Respecto al honrado Malicorne, y nos referimos al síndico de Orleáns, no veía más claro en lo presente que los otros en lo porvenir, y no sospechaba, paseando diariamente de tres a cinco por la plaza de Santa Catalina, con su vestido gris de la época de Luis XIII, y sus zapatos de paño, que era él quien pagaba todas aquellas carcajadas, todos aquellos besos furtivos, y todos los cuchicheos y planes que formaban una cadena de cuarenta y cinco leguas entre el palacio de Blois y el Palacio Real.

LXXIX
MANICAMP Y MALICORNE

Malicorne salió, según ya hemos dicho; y fue en busca, de su amigo Manicamp, que estaba de retiro momentáneo en la ciudad de Orleáns.

Y era precisamente en el instante en que este calavera se ocupaba en vender el último vestido que le quedaba. Quince días antes había pedido al conde de Guiche cien doblones, los únicos que podían ayudarle a ponerse en campaña para salir al encuentro de Madame, que llegaba al Havre.

Tres días antes sacó de Malicorne cincuenta doblones, precio del diploma conseguido para Montalais.

Nada esperaba ya, habiendo agotado todos los recursos, sino vender un hermoso vestido dé raso, bordado y pasamentado de oro, que fuera la admiración de la Corte.

Pero por verse obligado a vender este vestido, último que le quedaba, también se vio constreñido a meterse en la cama.

Y solamente tenía el sueño para reemplazar las comidas, las compañías y los bailes.

Se ha dicho: "Quien duerme come"; pero no se ha dicho: "Quien duerme juega", o "quien duerme baila".

Reducido al extremo de no jugar o de no bailar en ocho días por lo menos, estaba Manicamp muy triste, esperando a un usurero, y vio entrar a Malicorne.

Al verlo, exhaló un grito de angustia.

—¡Cómo! —dijo con tono que nadie podría pintar—. ¡Otra vez vos, querido amigo!

—¡Bueno! ¡Sois muy cortés! —exclamó Malicorne.

— ¡Ah! Ya veis, esperaba dinero y, en lugar de dinero, llegáis vos.

—¿Y si yo os trajera dinero?

—¡Oh! Entonces es otra cosa. Sed bien venido, querido amigo. Y alargó la mano, no a la mano de Malicorne, sino a su bolsa.

Malicorne simuló equivocarse, y le dio la mano.

—¿Y el dinero? —dijo Manicamp.

—Amigo, si lo queréis, ganadlo. ¿Y qué es necesario hacer?

—¡Ganarlo, pardiez!

—¿De qué manera?

—¡Oh! Difícilmente, os lo advierto.

— ¡Diantre!

—Es preciso dejar la cama y salir al instante en busca del señor conde de Guiche.

— ¿Yo levantarme? —murmuró Manicamp estirándose voluptuosamente en el lecho—
— ¡Oh, no!

—¿Habéis vendido toda la ropa?

—No; me queda el vestido más valioso, pero aguardo comprador.

—¿Y zapatos?

—Me parece que ahí están sobre esa silla.

—Bueno; puesto que os quedan zapatos y un jubón, calzad los unos y vestid el otro; haced que preparen un caballo, y poneos en camino.

—Nada de eso.

—¿Por qué?

—¡Pardiez! ¿No sabéis que el señor de Guiche está en Etampes?

—Creí que estaba en París, pero mejor, sólo tendréis que caminar quince leguas en lugar de treinta. ¡Vaya una gracia! Si ando quince leguas con mi vestido, se pondrá inservible, y en lugar de venderlo en treinta doblones, tendré que darlo por quince.

—Dadlo por lo que gustéis; pero necesito un segundo empleo de camarista.

— ¡Bueno! ¿Para quién? ¿Es doble la de Montalais?

—¡Hombre perverso! Vos sois el doble, pues os tragáis dos fortunas: la mía y la del conde de Guiche.

—Nada os cuesta decir la del conde de Guiche y la vuestra.

—Eso es justo; al señor el honor; pera vuelvo a mi diploma.

—Y hacéis mal.

—Demostrádmelo.

—Amigo mío: Madame no tendrá más que doce camaristas; ya he logrado para vos lo que se disputan mil doscientas mujeres, y he tenido que desplegar una diplomacia…

—Sí, ya sé, que habéis sido heroico, amigo.

—Uno entiende los negocios —dijo Manicamp.

—¡A quién se lo decís! También cuando yo sea rey os prometo una cosa.

—¿Cuál?

— ¿Llamaros Malicorne I?

— No; haceros superintendente de Hacienda; pero no se trata de esto.

—Por desgracia.

—Se trata de proporcionarme un segundo empleo de camarista. .

—Amigo, aunque me prometiérais el cielo, no me disgustaría en este momento.

Malicorne sonó el bolsillo, y dijo:

—Aquí hay veinte doblones.

—¿Y qué queréis hacer con veinte doblones, Dios santo?

—¡Eh! —dijo Malicorne un poco enfadado—. ¡Aunque no sea más que para añadirlos a los quinientos que ya me debéis!

—Es verdad —repuso Manicamp, alargando de nuevo la mano—; y bajo ese punto de vista puedo aceptarlos. —Dádmelos.

—¡Un momento, qué diantre! No se trata sólo de alargar la mano. Si os doy veinte doblones, ¿tendré el diploma?

—Sin duda.

—¿Pronto?

—Hoy mismo.

— ¡Oh! Cuidado, señor de Manicamp: os comprometéis mucho, y yo no os pido tanto. Treinta leguas en un día es demasiado, y os mataríais.

—Por servir a un amigo no hallo nada imposible.

—Sois heroico.

—¿Dónde están los veinte doblones?

—Aquí.

—Bien.

—Mas vais a gastarlos sólo en caballos de posta.

—No, perded cuidado.

—Dispensad.

—Quince leguas de aquí a Etampes.

—Catorce.

—Bueno, catorce leguas son siete postas; a veinte sueldos la posta, siete libras; siete libras del correo, catorce; otras tantos para regresar, veintiocho comer y dormir, otras veintiocho; son unas sesenta libras lo que os costará esta complacencia.

Manicamp estiróse como una serpiente, y fijando sus grandes ojos en Malicorne, dijo:

— Tenéis razón; no podré regresar antes de mañana.

Y cogió los veinte doblones.

— Vamos, marchad.

—Ya que no he de volver hasta mañana, tenemos tiempo.

—¿Tiempo de qué?.

—De jugar.

—¿Qué deseáis jugar?

—Vuestros veinte doblones, ¡voto al Cielo!

—No: ganáis siempre.

—Os hago una apuesta de veinte doblones.

—¿Contra qué?

—Contra otros veinte.

— ¿Y cuál ha de ser el objeto de la apuesta?

—Veréis. Hemos dicho catorce leguas para ir a Etampes.

—Ciertamente.

—Catorce para volver.

—Por tanto, veintiocho leguas.

—Sin duda.

—¿Me concedéis catorce horas para ellas?

—Bien.

—¿Y una hora para buscar al conde de Guiche?

—Corriente.

—¿Y otra para que le escriba a Monsieur?

—Adelante.

—Dieciséis horas por todo.

—Contáis como el señor Colbert. ¿Son las doce?

—Y media.

—¡Caramba! ¡Tenéis un reloj muy bonito!

—:¿Qué decíais? —dijo Malicorne guardando el reloj en el bolsillo.

— ¡Ah! Es cierto; os proponía apostar veinte doblones contra los que me habéis prestado, a que tendríais la epístola del conde de Guiche en...

—¿En cuanto?

—En unas ocho horas.

—¿Tenéis un caballo alado?

—Eso es cuenta mía, ¿apostáis?

— ¿Tendré la carta del conde en ocho horas?

—Sin duda.

—¿Firmada?

—Sí.

—Pues bien; apuesto —dijo Malicorne, ansioso por saber cómo saldría del aprieto su vendedor de vestidos.

—¿Está dicho?

—Está dicho.

—Traed pluma, tinta y papel.

—Voy.

—¡Ah!

Manicamp se incorporó con un suspiro, y apoyándose en su brazo izquierdo trazó estas líneas:

“Vale por una plaza de camarista de Madame que el señor conde de Guiche se encargará de entregar a la vista.

“DE MANICAMP” Terminado este trabajo penoso, se volvió a tender Manicamp cuan largo era.

—Bien, preguntó Malicorne—, ¿qué significa esto?

—Esto quiere decir que, si tenéis prisa por obtener la carta del conde de Guiche para Monsieur, he ganado la apuesta.

—¿Cómo?

—Está claro; tomáis este papel.

—Sí.

—Marcháis en lugar mío. .

—¡Bien!

—Lanzáis a escape vuestros caballos.

— ¡Corriente!

—En seis horas estáis en Etampes, en siete tenéis la carta del Conde y he ganado la apuesta sin moverme de la cama, lo cual me acomoda mucho, y creo que a vos también.

—Sin duda, sois un gran hombre.

—Lo sé muy bien.

—De modo que voy a Etampes.

—Vais.

— En busca del conde de Guiche, con este vale.

—Que os dará otro igual para Monsieur.

—Luego salgo para París.

—Y vais en busca de Monsieur con el vale del conde de Guiche.

—Monsieur aprueba.

—Al momento.

—Y tengo el diploma.

—Sí. ¡Ah!

—Me parece, que soy amable, ¿eh?

—¡Adorable!

—Gracias.

—¿Conque hacéis del conde de Guiche todo lo que queréis, amigo Manicamp?

—Todo menos dinero.

—¡Diablo! La excepción es lastimosa; pero, al fin, si en vez de pedirle dinero le pidieseis...

—¿Qué?

—Algo importante.

—¿A qué llamáis importante?

—En fin, si uno de vuestros amigos os solicitare un servicio...

—No se lo haría.

—¡Egoísta!

—O al menos le preguntaría qué servicio me prestaba a cambio.

—¡Pues bien, ese amigo os habla!

—¿Sois vos, Malicorne?

—Yo soy.

—¡Ah! ¿De modo que sois tan rico?

—Aún tengo cincuenta doblones.

—Precisamente, la cantidad que yo necesito. ¿Dónde están esos cincuenta doblones?

—Aquí —dijo Malicorne sonando la bolsa.

—Entonces hablad, querido. ¿Qué os hace falta?

Malicorne se proveyó de pluma, tinta y papel, y todo ello lo presentó a Manicamp.

—Escribid —le dijo.

—Dictad.

"Vale por un empleo en la casa de Monsieur..."

—¡Oh! —murmuró Manicamp, alzando la pluma—. ¡Una plaza en la casa de Monsieur, por cincuenta doblones!

—Habéis oído mal. ¿Cómo habéis dicho?

—He dicho quinientos.

—¿Y los quinientos ... ?

Malicorne sacó del bolsillo un cartucho repleto de oro, que rompió por un extremo.

—Aquí están.

Manicamp devoró con los ojos el cartucho; mas Malicorne estaba a cierta distancia.

—¡Ah! ¿Qué decís de eso? Quinientos doblones...

—Digo que es por nada —respondió Manicamp tomando otra vez la pluma—; y que abusáis de mi influencia: dictad.

Malicorne continuó:

"...que mi amigo, el conde de Guiche, conseguirá de Monsieur, para mi amigo Malicorne."

—Basta —dijo Manicamp.

—Perdón; debéis firmar.

—¡Ah! Es verdad.

—¿Y los quinientos doblones?

—Aquí hay doscientos cincuenta.

—¿Y los otros?

—Cuando logre mi destino. Manicamp hizo un gesto.

—En ese caso, dadme la recomendación.

—¿Para qué?

—Para agregar una palabra..

—¿Una palabra?

—Una, sola.

— ¿Cuál?

— “Urgente.”

Malicorne entregó la epístola, y Manicamp añadió la palabra.

—¡Bueno! —dijo Malicorne tomando de nuevo el papel. Manicamp púsose a contar los doblones.

—Faltan veinte —dijo.

—¿Cómo?

—Los veinte que he ganado.

—¿Dónde?

Apostando que tendríais la epístola de Guiche, en ocho horas justo.

Y le dio veinte doblones. Manicamp empezó a coger el oro a manos llenas y a hacerlo llover sobre su cama.

—He aquí un segundo empleo —se dijo Malicorne sacando el papel— que a primera vista parece costarme más que el primero; pero… Aquí se detuvo, tomó la pluma. y escribió a Montalais:

“Señorita: Participad a vuestra amiga que no puedo tardar en recibir su empleo; salgo para hacerlo, firmar, y habré caminado ochenta y seis leguas por vuestro amor...”

Después volvió a la frase interrumpida con una sonrisa diabólica: “He aquí un cargo que, al principio, parecía que había de costarme más caro que el primero; pero... creo que los beneficios serán en proporción a los gastos, y, la señorita de La Vallière me producirá más que la de Montalais, o no me llamaría yo Malicorne.”

—Adiós, Manicamp —dijo en voz alta.

Y salió.

LXXX

EL PATIO DEL PALACIO GRAMMONT

Al llegar, Malicorne a Etampes, supo que el conde de Guiche acababa de salir en dirección a París.

Malicorne descansó dos horas y se dispuso a continuar su camino. Por la noche llegó a París, apeóse en una posada donde siempre tenía costumbre de parar, y a las ocho del día siguiente se :presentó en el palacio Grammort.

Ya era hora de que Malicorne llegase.

El conde de Guiche se preparaba a despedirse de Monsieur, antes de salir para El Havre, adonde lo mejor de la nobleza de Francia iba a recibir a Madame, que llegaba de Inglaterra.

Malicorne pronuncio el nombre de Manicamp, y al instante fue introducido.

El conde de Guiche permanecía en el patio del palacio Grammort, revisando sus trenes y caballos, que' los escuderas y picadores hacían pasar por delante de él.

El conde elogiaba o criticaba delante de sus subordinados los vestidos, caballos y arneses que acababan de llevarle cuando en medio de esta importante ocupación fue dicho el nombre de Manicamp.

— ¡Manicamp! —exclamó—. ¡Que entre, pardiez, que entre!

Y dio algunos pasos hacia la puerta.

Malicorne se deslizó por aquella puerta entreabierta, mirando al conde de Guiche, sorprendido de ver un semblante extraño en lugar del que esperaba.

—Perdonad, señor conde —dijo—, creo que se han equivocado anunciándoos al mismo Manicamp; pero yo no soy mas que un emisario suyo.

—¡Ah! —dijo Guiche con más frialdad—. ¿Y qué me traéis?

—Una epístola, señor conde. Malicorne se la presentó, observándole el rostro.

—El conde leyó y se echó a reír. ¡Otra camarista!. . . ¡Vaya!. Ese tunante de Manicamp protege a todas las camaristas de Francia. Malicorne saludó.

— ¿Y por qué no viene él mismo? —preguntó.

—Se halla en cama.

—¡Diablo! ¿Conque no tiene un cuarto?

—El enviado se encogió de hombros.

—¿Qué ha hecho del dinero? Malicorne hizo un movimiento que quería decir que sobre este punto estaba tan ignorante como el conde.

—Entonces que use de su crédito —prosiguió Guiche.

—¡Ah! Es que creo una cosa.

—¿Cuál?

—Que Manicamp no tiene crédito más que con vos.

— ¿Es que no se encontrará en El Havre?

Malicorne hizo otro movimiento.

—Eso no puede ser; todo el mundo estará allí.

—Yo espero, señor conde, que no desperdiciará tan buena ocasión.

—Ya debería estar en París.

—Tomará caminos de travesía para ganar él tiempo perdido.

—,¿Y dónde se halla ahora?

—En Orleáns.

—Caballero —dijo Guiche saludando—, me parecéis hombre de excelente gusto.

Malicorne llevaba el vestido de Manicamp.

Y saludó también.

—Mucho honor me hacéis —dijo.

—¿A quién tengo el gusto de hablar?

—Me llamo Malicorne.

—Señor de Malicorne, ¿qué os parecen estas pistoleras? Malicorne era hombre de talento y conoció la situación. Por otra parte, el de puesto antes de su nombre acababa de elevarlo a la altura de aquel a quien dirigía la palabra. Examinó las pistoleras como inteligente,— y dijo resueltamente:

—Un poco pesadas.

—Ya lo veis —dijo Guiche al guarnicionero—; el señor, que es hombre de gusto, considera pesadas estas fundas. ¿Qué os había dicho yo?

El guarnicionero sé excusó coma pudo.

—¿Y qué opináis de ese caballo? —preguntó Guiche.

—A la vista parece perfecto, señor conde; mas sería necesario que lo montase para datos mi parecer.

—Pues montadlo, señor de Malicorne, y dadle dos o tres vueltas por el patio.

Malicorne tomó la brida, agarró la crin puso el pie en el estribo, y se colocó en la silla.

La primera vez hizo dar al caballo una vuelta al paso.

La segunda fue al trote. La tercera al galope.

Luego pasó cerca del conde, echó pie a tierra, y entregó la rienda a un palafrenero.

—Vaya, ¿qué pensáis, señor de Malicorne?

—Señor conde —respondió—: este caballo es de raza mecklemburguesa, y creo que debe tener siete años; la edad en que el caballo debe ser preparado para la guerra. El cuarto delantero es ligero. Caballo de cabeza chata no fatiga nunca la mano del jinete. La cruz es un poco baja. La configuración de la grupa me hace dudar de la pureza de la raza alemana. Debe tener sangre inglesa. En las vueltas y cambios de pie le he encontrado las ayudas finas.

—Bien juzgado, señor Malicorne ——dijo el conde—, sois inteligente… Pero observo que traéis un traje encantador, que presumo no vendrá de la provincia. No se corta con ese gusto ni en Tours ni en Orleáns.

—No, señor conde; este vestido es de París.

—Ya se ve... Pero; volvamos a nuestro asunto. . . ¿Conque Manicamp quiere hacer otra camarista?

—Ya veis lo , que os escribe...

—¿Quién es la otra?

Malicorne ruborizóse.

—Una linda criatura —respondió—; la señorita de Montalais.

— ¡Ah! La conocéis, ¿eh?

—Sí, es mi prometida o poco menos.

—Eso es distinto: sea muy ennorabuena —exclamó Guiche, en cuyos labios vagaba una sonrisa de broma cortesana; pero' el título de prometida dado por Malicorne a la señorita de Montalais le recordó el respeto debido a las mujeres.

— ¿Y el otro despacho, para quién es? ¿Es para la prometida de Manicamp?:.. En ese caso, lo siento. ¡Pobre niña! Tendrá un esposo muy malo.

—No, señor conde; el segundo despacho es para la señorita Luisa de la Baume Le Blanc de La Vallière.

—Desconocida —dijo Guiche.

—Desconocida, sí, señor —contestó Malicorne sonriendo.

—¡Bueno! Voy a hablar a Monsieur. A propósito: ¿es noble?

—Y de muy buena casa; doncella de honor de Madame viuda.

—Perfectamente.

— ¿Queréis acompañarme al cuarto de Monsieur?

—Con mucho placer, si me concedéis ese honor.

—¿Tenéis carroza?

—No, he venida a caballo..

—¿Con ese traje?

—No, señor; he llegado de Orleáns en posta, y me he mudado de vestido para presentarme en vuestra casa.

—Es cierto; me habéis dicho que llegábais de Orleáns.

Y, arrugándola, se metió la carta en el bolsillo.

—Señor —dijo tímidamente Malicorne—. Me parece que no lo habéis leído todo.

—¡Cómo! ¿Todo no?

—No; había dos billetes bajo el mismo sobre.

—¡Ah! ¿Estáis seguro?

—¡Oh! Segurísimo.

—Veamos.

Y el conde volvió a abrir la carta.

—¡Ah!... Es cierto... —dijo desdoblando el papel que aún no había leído—. No me engañaba, otro destino en el cuarto de Monsieur. ¡Oh! Es una sima ese Manicamp. ¡Malvado! Yo creo que comercia.

—No, señor conde; desea hacer donación de él.

—¿A quién?

—A mí, señor.

—¿Y por qué no lo decíais, querido señor de Mauvaisecorne?

— ¡Malicorne!

—¡Ah, perdón! Ese latín me enreda, la atroz costumbre de las etimologías. Me perdonaréis, ¿verdad, señor de Malicorne?

—Agradezco mucho vuestra bondad, y es una razón para que os diga cierta cosa ahora mismo.

—¿Qué cosa?

—Que yo no soy gentilhombre; tengo buen corazón y un poco de talento, pero me llamo Malicorne a secas.

—Pues bien —dijo Guiche mirando el malicioso semblante de su interlocutor—; me hacéis el efecto de un hombre muy amable. Me gusta vuestra cara, señor Malicorne, y es preciso que tengáis muy buenas cualidades para haber gustado a ese egoísta de Manicamp. Sed sincero; sois algún santo bajado a la tierra.

—¿Por qué?

— ¡Pardiez! Porque os da algo. ¿No habéis dicho que deseaba haceros donación de un empleo en la casa del rey?

—Pero, señor conde, si consigo ese empleo, no será él quien me lo haya dado, sino vos.

—Y además... no os lo habrá dado por nada absolutamente.

—Señor conde...

— Esperad en Orleáns hay un Malicorne. ¡Pardiez! El que… presta dinero al señor príncipe.

—Creo que es mi padre, señor.

—¡Ya! El señor príncipe tiene al padre, y ese terrible devorador de Manicamp al hijo. Cuidado, amigo, que yo lo conozco, y os roerá, ¡vive Dios!, hasta los huesos.

—Pero yo le presto sin interés —dijo Malicorne sonriendo.

—Ya decía yo que erais un santo o cosa parecida. Señor Malicorne, tendréis el destino, o yo perderé mi nombre.

— ¡Oh, señor conde! ¡Gracias! —dijo Malicorne enajenado.

—Vamos a casa del príncipe, mi querido señor Malicorne, vamos a casa del príncipe.

Y el de Guiche se dirigió a la puerta, haciendo seña a Malicorne de que le siguiera.

Mas en el momento en que iban a franquear el umbral, apareció un joven por el otra lado.

Era un caballero de veinticuatro a veinticinco años, de semblante pálido, labios delgados, ojos brillantes y cabellos castaños.

—Buenos días —dijo empujando a Guiche al interior del patio.

—¡Ah! ¡Vos aquí Wardes, con botas, espuelas y látigo en mano!...

—El traje que cuadra a un hombre que marcha al Havre; mañana ya no habrá nadie en París.

Y el recién llegado saludó ceremoniosamente a Malicorne, a quien su hermoso vestido daba aire de príncipe. .

—El señor Malicorne —dijo Guiche a su amigo.

Wardes saludó.

—El señor de Wardes dijo inmediatamente a Malicorne.

Este saludó también:

—Vamos, Wardes —continuó Guiche—: decidnos, vos que estáis enterado de todas estas cosas: ¿qué destinos hay todavía vacantes en la Corte, o más bien en el cuarto de Monsieur?

—En el cuarto de Monsieur —dijo Wardes con ademán de quien recuerda—; creo que está vacante el de escudero mayor.

—¡Oh! —exclamó, Malicorne—; no hablemos de tales. Mi ambición no llega a la cuarta parte de eso.

Wardes tenía el golpe de vista más desconfiado que Guiche, y en seguida caló a Malicorne.

—El caso es —dijo—, que para ocupar esa plaza es preciso ser duque o par.

—Todo lo que yo pido —dijo Malicorne—, es un puesto muy humilde; yo soy poco, y no me aprecio en más de lo que valgo.

—El señor Malicorne, a quien veis —dijo Guiche a Wardes—, es un gallardo mozo, Cuya única desgracia es no ser gentilhombre; pero no ignoráis que yo hago poco caso del que no es más que gentilhombre.

—Conforme —dijo Wardes—, pero yo os haré observar querido conde, que sin nobleza no se puede entrar en casa de Monsieur.

—Verdad —dijo el conde—, la etiqueta es formal. ¡Diablo! ¡No habíamos pensado en esto!

— ¡Que desgracia para mí! —dijo Malicorne.

—Pero tiene remedio, según creo —respondió Guiche.

—¡Diantre! —exclamó Wardes—. El remedio se ha encontrado; se os hará gentilhombre. Su Excelencia el cardenal Mazarino no hacía otra cosa de la mañana a la noche.

—¡Paz, paz! —dijo el conde—. Nada de bromas pesadas, pues no es propio de nosotros; verdad es que la nobleza puede comprarse, pero no es una desgracia tan grande como para que los nobles no se rían de ella.

—A fe mía que eres un puritano, según dicen los ingleses.

—El señor vizconde de Bragelonne —anunció un criado en el patio, como si hubiera sido en un salón.

—¡Ah, Raúl! ¡Ven, ven acá! ¡También botas y espuelas! ¿Te marchas?

Bragelonne se acercó al grupo y saludó con el ademán grave y dulce que le era peculiar. Su saludo dirigióse sobre todo a Wardes, a quien no conocía y cuyas facciones se habían armado de singular frialdad viendo aparecer a Raúl.

—Amigo —dijo Guiche—, vengo a pedirte tu compañía. ¿Vienes al Havre, según creo?

—¡Ah! ¡Esto es encantador! Vamos a hacer un viaje maravilloso... Señor Malicorne; el señor de Bragelonne... ¡Ah! Te presento al señor de Wardes.

Los jóvenes cambiaron un saludo acompasado, porque ambas naturalezas parecían dispuestas a rechazarse.

—Ponnos de acuerdo a Wardes y a mí, Raúl.

— ¿Sobre qué asunto?

—Sobre nobleza.

—¿Y quién entenderá de ella mejor que un Grammont?

—Yo no te pido cumplimientos, sino tu opinión.

—Pero necesito conocer el objeto de la discusión.

—Wardes pretende que se abusa de los títulos y yo afirmo que el título es inútil al hombre.

—Y tienes razón —dijo tranquilamente Bragelonne.

—Pero yo también —replicó Wardes con una especie de obstinación—, yo también, señor vizconde, pretendo tener razón.

—¿Pues qué decís, señor?

—Yo sostengo que en Francia se hace todo lo que se puede para humillar a los gentileshombres.

—¿Y quién hace eso? —preguntó Raúl.

—El mismo rey, que se rodea de gentes que no podrían hacer, prueba de los cuatro cuarteles.

—Ignoro dónde diablos habéis visto eso, Wardes —dijo Guiche.; —Un ejemplo...

Y, diciendo esto, dirigió a Bragelonne una mirada.

——¿Sabes tú quién acaba de ser nombrado capitán general de los mosqueteros, puesto que vale más que el de par y que ya delante de los mariscales de Francia?

Raúl empezó a encenderse; porque veía dónde iba á parar Wardes.

— No. ¿Quién ha sido nombrado?

—Y no hará de eso mucho tiempo, porque ha ocho días aun estaba vacante la plaza; por más señas, Su Majestad se la negó a Monsieur, que la pedía para uno de sus protegidos.

—Pues la ha negado al protegido de Monsieur, a fin de dársela al caballero de Artagnan, un segundón de la Gascuña que ha arrastrado la espada treinta años por las antecámaras.

—Perdonad si os interrumpo, señor —dijo Raúl lanzando a Wardes una mirada llena de severidad— mas creo que no conocéis a aquel de quien habláis.

— ¡Que no conozco al señor de Artagnan! ¡Dios mío! ¿Pues quién no lo conoce?

—Los que lo conocen —dijo Raúl con más calma y frialdad —están obligados a decir que si no es tan buen gentilhombre como el rey, lo cual no es falta suya, iguala a todos los soberanos del mundo en valor y lealtad. Esta es mi opinión, caballero, y gracias a Dios, conozco al señor de Artagnan desde que nací.

Wardes iba a contestar; pero le interrumpió Guiche.

LXXXI

EL RETRATO DE MADAME

Guiche, conoció perfectamente que iba a agriarse la discusión.

En efecto; en la mirada de Bragelonne había algo manifiestamente hostil.

Y en la de Wardes como un cálculo de agresión.

Sin darse cuenta de los distintos sentimientos que agitaban a los dos amigos, Guiche pensó en parar el golpe, que conocía próximo a darse por uno o por otro, y tal vez por ambos.

—Señores —dijo— vamos a separarnos, porque es preciso que yo vaya al cuarto de Monsieur. Tú, Wardes, vente conmigo al Louvre; y tú, Raúl, quédate dueño de la casa, y, como eres el consejero de todo lo que se hace aquí, darás la última ojeada a mis preparativos de marcha.

Raúl hizo con la cabeza una señal de asentimiento, y se sentó en un banco al sol.

—Vaya, Raúl —dijo Guiche—: quédate ahí y que te enseñen los dos caballos que he comprado con la condición de que tú ratificarás el contrato. A propósito... olvidaba preguntarte por el conde de la Fère. Y al decir estas últimas palabras, observaba a Wardes para descubrir el efecto que en él hacía el nombre del padre de Raúl.

—Gracias —contestó el joven—; está bien.

Un relámpago de odio brilló en los ojos de Wardes.

Guiche simuló no advertirlo, y dando un apretón de manos a Raúl, le dijo:

—Es cosa convenida que irás a encontrarnos al patio del Palacio Real, ¿eh?

Y haciendo después ademán de que le siguiera Wardes, añadió:

—Nos vamos; venid, señor Malicorne.

Este nombre hizo temblar a Bragelonne.

Parecióle que ya lo había oído pronunciar más de una vez; pero no pudo recordar en qué ocasión.

Y mientras cavilaba sobre esto, medio irritado de su conversación con Wardes, los tres jóvenes encaminábanse al Palacio Real, donde vivía Monsieur.

Malicorne comprendió dos cosas. La primera, que los dos amigos tendrían algo que decirse.

La otra, que él no podía marchar en la misma fila que ellos.

Y se quedó atrás.

— ¿Estáis loco? —exclamó Guiche a su compañero cuando estuvieron algunos pasos distantes del palacio de Grammont—. Atacáis al señor de Artagnan... delante de Raúl.

—¿Y qué? —dijo Wardes.

—¡Cómo!

—Sin duda.

— ¿Está prohibido atacar al señor dé Artagnan?

—¿Pero sabéis que Artagnan es la cuarta parte de aquel todo tan glorioso y temible que se llamaba *los mosqueteros?*

—Bien, pero no veo que eso me impida aborrecer al señor de Artagnan.

—¿Pues qué os ha hecho?

—¡Oh! A mí, nada.

—¿Pues por qué le odiáis?

—Preguntádselo a la sombra de mi padre.

—Me sorprendéis, amigo Wardes; el señor de Artagnan no es de esos que dejan detrás de sí una enemistad sin apurar su cuenta. Vuestro padre era duro de puños... y no hay enemistades tan rudas que no se laven con una buena estocada.

— ¡Qué queréis; amigo! Este odio existía entre mi padre y el señor de Artagnan; siendo yo muy niño me hablaba de ese odio, que es un legado particular que he recibido con su herencia.

—¿Y tal odio tenía por objeto al señor de Artagnan solo?

—¡Oh! El señor de Artagnan está demasiado bien incorporado en sus tres amigos, para que no se reflejase en ellos... y de tal suerte, que llegado el caso, no tendría ninguno de qué quejarse.

El de Guiche tenía los ojos fijos en Wardes, y se estremeció viendo su pálida sonrisa. Tuvo un presentimiento; pensó que ya había transcurrido el tiempo de las estocadas entre caballeros, pero que el odio, extravasándose del fondo del corazón no por eso dejaba de ser odio; en una palabra, que después de los padres; que habíanse aborrecido con el corazón y combatido con el brazo, vendrían los hijos que también se odiarían con el corazón, pero que no se combatirían sino con la traición o con la intriga.

Mas como no era de Raúl de quien sospechaba traición o intriga, por el fue por quien Guiche se estremeció.

Pero en tanto que estos pensamientos sombríos obscurecían la frente de Guiche, Wardes había vuelto a ser completamente dueño de sí mismo.

—Por lo demás —dijo—, no aborrezco personalmente al señor de Bragelonne, no le conozco.

—En todo caso —dijo Guiche con severidad—, no olvidéis que Raúl es mi mejor amigo.

Aquí quedó la conversación, aunque Guiche hizo todo cuanto pudo por sacarle el secreto del corazón; pero sin duda estaba Wardes resuelto a no decir más, y permaneció impenetrable.

Guiche prometióse sacar más partido de Raúl.

En esto llegaron al Palais Royal, que estaba rodeado de multitud de curiosos.

La servidumbre de Monsieur aguardaba sus órdenes para montar a caballo y escoltar a los embajadores encargados de conducir a la joven princesa.

Este lujo de caballos, de armas y de libreas compensaba en aquella época, gracias a la benevolencia de los pueblos, y a las tradiciones de respetuosa adhesión a los reyes, los enormes gastos que proporcionaba.

Mazarino había dicho: “Permitidles cantar con tal que paguen.” Luis XIV decía: “Dejadlos ver.”

La vista había reemplazado a la voz; todavía se podía mirar, pero ya no se podía cantar.

El de Guiche, dejó a Wardes y a Malicorne al pie de la escalera principal; pero él, que compartía el favor de Monsieur, con el caballero de Lorena, a quien ponía buena cara, mas a quien no podía sufrir, subió al cuarto de Monsieur, a quien encontró mirándose a un espejo, y poniéndose colorete.

Sobre unos cojines estaba recostado el señor de Lorena, que trataba de hacerse rizar sus largos cabellos rubios, con los cuales jugaba como si fuese una mujer.

El príncipe se volvió al ruido, y dijo:

—¡Ah! Eres tú, Guiche; ven aquí y cuéntame la verdad.

—Sí, Monsieur; ya sabéis que ése es mi defecto.

—Figúrate que ese perverso caballero me está haciendo rabiar. El caballero se encogió de hombros.

—¿Y cómo es eso? —preguntó Guiche—. No es ésa la costumbre del caballero.

—Pues pretende —continuó el príncipe— que madame Enriqueta es mejor como mujer que yo como hombre.

—Cuidado —dijo Guiche frunciendo las cejas—, que me habéis exigido que diga la verdad.

—Sí —dijo Monsieur casi temblando.

—Pues bien, os la diré.

—No te apresures, Guiche —exclamó el príncipe—; tiempo tienes; mírame con atención, y acuérdate bien de Madame. Además, ahí tienes su retrato.

—Y le entregó una miniatura de trabajo delicado. Guiche la tomó y la contempló largo tiempo.

—A fe mía, señor —dijo—, que tiene un rostro adorable.

—¡Paro mírame, mírame bien! —exclamó el príncipe pretendiendo atraer la atención del conde, absorta del todo por el retrato.

— ¡Es maravilloso! —murmuró Guiche.

—Se diría —continuó Monsieur —que no has visto jamás a esa chica.

—Es cierto que la he visto, señor; pero hace ya cinco años, y hay mucha diferencia entre una niña de doce años y una joven de diecisiete.

—En fin, dime tu parecer, vamos.

—Mi opinión es que el retrato debe estar mejorado.

—¡Oh! No hay duda —dijo el príncipe triunfante—; pero supón que no lo esté, y dime lo que piensas.

—Señor, Vuestra Alteza es muy feliz teniendo tan linda prometida.

—Bien; esa es tu opinión sobre ella. ¿Y sobre mí?

—Mi opinión es que sois demasiado hermoso para ser hombre.

El caballero de Lorena soltó una carcajada.

Monsieur comprendió todo lo severo que había para él en la opinión del conde de Guiche, y frunció el entrecejo diciendo:

—Tengo amigos poco benévolos. El de Guiche miró de nuevo el retrato, y ,después de algunos minutos de contemplación; lo entregó a Monsieur haciendo un esfuerzo.

—Decididamente —dijo—, desearía mejor contemplar diez veces a Vuestra Alteza que una vez a Madame.

Sin duda, el caballero echó de ver algo misterioso en estas palabras, que quedaron incomprensibles para el príncipe, pues exclamó:

—¡Pues bien, casaos!

Monsieur continuó dándose colorete; cuando terminó esta operación, contempló otra vez el retrato, y luego se miró al espejo y sonrió.

Sin duda, estaba satisfecho de la comparación.

—Por lo demás, has hecho perfectamente en venir —dijo a Guiche—; temía que marchases sin venir a despedirte.

—Demasiado me conoce Monsieur para creer que cometiese semejante desatención.

—¿Tienes algo que pedirme antes de salir de París?

—Vuestra Alteza lo ha adivinado; tengo, en efecto, una petición que presentarle.

—¿Cuál es?

El caballero de Lorena fue todo ojos y oídos, pues le parecía que cada gracia obtenida por otro, era un robo que se le hacía.

Y como Guiche vacilara, preguntó el príncipe.

—¿Es dinero? Eso vendría a las mil maravillas, porque soy riquísimo: el superintendente de Hacienda me ha hecho entrega de cincuenta mil doblones.

—Gracias, señor; mas no se trata de dinero.

—Pues ¿de qué? Veamos.

—De un despacho de camarista.

—¡Diantre! ¡Qué protector te haces, Guiche! —dijo el príncipe con desdén—. No me has de hablar nunca más que de tonterías.

El caballero de Lorena sonrióse, pues sabía que proteger damas era desagradar a Monsieur.

—Señor —dijo el conde—, no soy yo quien protege directamente a la persona de que acabo de hablar; es un amigo mío.

—Eso es distinto. ¿Y cómo se llama la protegida de tu amigo?

—La señorita Luisa de la Baume Le Blanc de La Vallière, doncella de honor de Madame viuda.

— ¡Una coja! —dijo el caballero de Lorena estirándose en los cojines.

— ¡Una coja! —repitió el príncipe—. ¿Madame había de tener eso a la vista? De ningún modo; sería muy peligroso para su embarazo.

El caballero de Lorena soltó otra carcajada.

—Caballero —dijo Guiche, lo que estáis haciendo no es generoso; yo solicito, y me perjudicáis.

—Perdonad, señor conde —dijo el caballero, inquieto por el acento con que Guiche acentuó sus palabras—; no era tal mi intención, y aun creo que confundo a esa señorita con otra..

— Ciertamente que la confundís, os lo juro.

—¿Y te interesa eso mucho, Guiche? —preguntó el príncipe.

—Mucho, señor.

—Pues bien, concedido; pero no me pidáis más despachos, porque no hay más plazas.

— ¡Ah! —murmuró el caballero—. ¡Las doce ya! La hora fijada para la marcha.

—¿Me echáis, caballero? —preguntó Guiche.

—¡Oh conde! ¡Cómo me maltratáis hoy! —contestó afectuosamente el de Lorena.

— ¡Por Dios, conde!

— ¡Por Dios, caballero! —dijo Monsieur—. No os querelléis así. ¿No veis que eso me apena?

—¿Firmáis eso? —preguntó Guiche.

— Tomad un despacho de esa carpeta y dádmelo.

Guiche obedeció. El príncipe firmó.

— Tomad —dijo entregándoselo—; pero con una condición.

— ¿Cuál?

—Que os reconciliéis con el caballero.

— Con mucho gusto.

Y le alargó una mano con una indiferencia que parecía desprecio.

—Ea, conde —dijo el caballero, sin parecer notar el desdén de Guiche—; idos y traednos una princesa que no desdiga mucho de su retrato.

—Sí, andad y volved pronto... A propósito, ¿a quién os lleváis?

—A Bragelonne y a Wardes.

—Intrépidos compañeros.

—Demasiado —dijo el caballero—: haced por traerlos a ambos.

—¡Corazón villano! —murmuró el conde.

Y saludando a Monsieur, salió. Al llegar al vestíbulo levantó en el aire el despacho firmado. Malicorne se precipitó y lo recibió temblando de alegría.

Pero, después de haberlo recibido, conoció Guiche que aguardaba alguna otra cosa.

— ¡Paciencia, amigo, paciencia! —dijo a su cliente—. Estaba allí el señor caballero y he temido fracasar si pedía demasiado de un golpe. Esperad que yo regrese, y adiós.

—Adiós, señor conde, y mil gracias —dijo Malicorne.

—Y enviadme a Manicamp. A propósito: ¿es cierto que la señorita de La Vallière es coja?

En el momento de pronunciar estas palabras paraba un caballo detrás de él.

Volvióse, y vio palidecer a Bragelonne, que entraba en aquel instante en el patio.

El pobre amante había oído. No así Malicorne, que ya estaba fuera del alcance de su voz.

—¿Por qué se habla aquí de Luisa? —se preguntó Raúl—. ¡Oh! ¡El cielo libre a, Wardes de hablar una palabra de ella delante de mí!

—Vamos, señores —gritó el conde de Guiche—; ¡en marcha!

En aquel momento apareció en la ventana el príncipe, que ya había acabado de embellecerse.

LXXXII

EN EL HAVRE

La escolta toda le aclamó, diez minutos después, bandera, bandas y plumas flotaban a la ondulación del galope de los corceles.

Aquella corte tan brillante; tan alegre, tan animada par contrarios sentimientos, llegó al Havre cuatro días después de su salida de París. Eran las cinco de la tarde, y aun no se tenía noticia alguna de la princesa.

Buscáronse alojamientos; pero desde entonces comenzó una gran confusión entre los señores, grandes disputas entre los lacayos, y en medio de aquel ruido el conde de Guiche creyó reconocer a Manicamp.

El era, en efecto, el llegado, pero como Malicorne habíase puesto su mejor traje, no pudo él comprar más que un vestido de terciopelo violeta bordado en plata.

Guiche lo reconoció, por el vestido y el semblante. Había visto muchas veces a Manicamp aquel traje violeta, su último recurso..

Manicamp presentóse al conde de Guiche bajo una bóveda de hachones que incendiaban más que iluminaban él pórtico por el que se entraba en El Havre, situado cerca de la torre de Francisco I.

El conde, al ver la triste figura de Manicamp, no pudo contener la risa.

—¡Hola, mi Manicamp! Hétenos aquí violeta. ¿Estás de luto?

—Sí, señor, de luto.

—¿Por quién o por qué?

—Por mi traje azul y oro, que ha desaparecido, y en vez del cual no he podido encontrar mas que éste, y aun me ha sido preciso economizar para sacarlo de manos de los prenderos.

—¿Es verdad?

—¡Diablo! Sorpréndete de eso, tú que me dejas sin dinero.

—Pero al fin ya estás aquí, y esto es lo principal.

—Sí, por sendas malditas. ¿Dónde estás alojado?

—¿Alojado?

—Sí.

—No estoy hospedado. Guiche se echó a reír.

—En fin, ¿dónde te hospedarás?

—Donde te hospedes tú.

—Pues, no lo se…

—¿Cómo que no lo sabes?

—Indudablemente. . ¿Cómo quieres que sepa dónde me hospedaré?

—Pues qué, ¿no has tenido un hotel?

—¡Yo!

—Tú o el príncipe.

—No hemos pensado en eso, ni el uno ni el otro. El Havre es grande, y con tal de que tenga una cuadra para doce caballos y una casa limpia en un buen barrio...

—¡Oh! Hay casas muy elegantes.

—Entonces...

—Sí, pero no para nosotros.

—¿Cómo que no para nosotros? ¿Para quién, entonces?

—Para los ingleses.

— ¿Cómo?

—Sí, todas están alquiladas.

—¿Por quién?

—Por el señor de Buckingham.

—¿Es cierto? —dijo Guiche, a quien esta palabra alarmó.

—Sí, querido; por el señor de Buckingham. Su gracia se ha hecho preceder por un correo; este correo llegó hace tres días, y ha guardado todas las habitaciones alquilables que se encontraban en la ciudad.

—Veamos, Manicamp; entendámonos.

— ¡Pardiez! Lo que te digo es bien claro, a mi parecer. .

—Pero el señor de Buckingham no ocupará todo El Havre.

—No lo ocupa, es cierto, porque aún no ha desembarcado; pero una vez desembarcado lo ocupará.

—¡Oh, oh!

—¡Bien se ve que no conoces a los ingleses! Les place acapararlo todo.

—Ya; pero un hombre que tiene toda una casa, se contenta con ella y no toma dos.

—Sí, pero dos, hombres...

—Sean los que tú quieras; pero hay cien casas en el Havre.

—Bueno, eso quiere decir que están alquiladas las cien.

—¡No puede ser!

—Pero, terco, cuando te digo que el señor de Buckingham ha alquilado todas las casas que rodean a la en que deben apearse Su Majestad la reina viuda de Inglaterra y la princesa su hija...

—¡Ah! He aquí una cosa extraña —dijo Wardes acariciando la crin de su caballo.

—Así es, señor.

— ¿Estáis seguro, señor de Manicamp?

Y al hacer esta pregunta miraba con malicia a Guiche, como para interrogarle sobre el grado de confianza que podía tenerse en razón de su amistad.

Durante este tiempo había llegado la noche, y los hachones, los lacayos, los escuderos, los caballos y las carrozas ocupaban toda la plaza; las antorchas se reflejaban en las aguas del mar en flujo, mientras al otro lado percibíanse mil figuras curiosas de marineros y pueblo que procuraban no perder nada del espectáculo.

Durante todas estas vacilaciones, Bragelonne, como si hubiera sido extraño a todo, se mantenía a caballo algo detrás de Guiche, y miraba los juegos de luz que se elevaban de las aguas, al mismo tiempo que respiraba con delicia el olor de las ondas que arrojaban al aire su espuma y al espacio su ruido.

—Pero, en fin —murmuró Guiche—, ¿qué razón ha tenido el señor de Buckingham para esa provisión de alojamientos?

——Sí —preguntó Wardes—, ¿qué razón?

—¡Oh! Una excelente —contestó Manicamp.

—Pero, al fin, ¿la sabes?

—Creo que sí.

—Habla, pues.

—Entonces aplica tu oído. ¡Diantre! ¿Acaso no puede decirse sino en voz baja?

—Tú mismo juzgarás.

—Bien.

Guiche inclinó la cabeza.

—El amor —dijo Manicamp.

—No entiendo.

—¿Dices que aún no comprendes?

—Habla.

—Pues bien; pasa por cierto, señor conde, que Su Alteza Real será el más infortunado de dos maridos

—¡Cómo! ¿El duque de Buckingham?

— Semejante nombre lleva la desgracia a los príncipes de la casa de Francia.

—¿Entonces... el duque... ?

—Aseguran que está locamente enamorado de la joven princesa, y no quiere que nadie, sino él, se acerque a ella.

Guiche palideció.

—Bien, gracias —dijo apretando la mano de Manicamp.

Luego, levantándose:

—Por el amor de Dios —dijo a Manicamp—, has de modo que este proyecto del duque de Buckingham no llegue a oídos franceses, o de lo contrario, Manicamp, relucirían al sol de este país espadas que no tienen miedo a los aceros ingleses. Además —dijo Manicamp—, ese amor no está demostrado, y tal vez sólo sea, un cuento.

—No —dijo Guiche—; debe ser verdad.

Y contra su voluntad rechinaron los dientes del joven.

—Y bien, después de todo, ¿qué te importa? ¿Qué es lo que a mí me interesa que el príncipe sea lo que fue el difunto rey? Buckingham, el padre, para la reina; Buckingham, hijo, para la joven princesa; nada para nadie.

—¡Manicamp, Manicamp!

—¡Demonio!... Es un hecho; o al menos un dicho.

— ¡Silencio! —dijo el conde.

— ¿Y por qué silencio? —exclamó Wardes—. Es un hecho muy honroso para la nación francesa. No sois de mi parecer, señor de Bragelonne?

—¿Qué hecho? —dijo distraído Bragelonne.

—Que los ingleses rindan así homenaje a la belleza de nuestras reinas y de nuestras princesas.

Perdonadme; mas no he entendido lo que se ha dicho, y os pido me lo expliquéis.

—Sin duda, fue necesario que el señor de Buckingham, padre, viniese a París, para que el rey Luis XIII se apercibiese de que su esposa era una de las más bellas damas de la corte de Francia; y ahora, es necesario que el señor de Buckingham, hijo, consagre a su vez, con el homenaje que le rinde, la hermosura de una princesa de sangre francesa. Será en lo sucesivo un diploma de belleza haber inspirado amor del otro lado del mar.

—Señor —contestó Bragelonne—, no me gusta hacer burlas sobre estas materias. Nosotros, caballero; somos los guardadores del honor de las reinas y de las princesas. Si nos reímos, de ellas, ¿qué harán los lacayos?

—¡Oh, caballero! —dijo Wardes, cuyos ojos centellearon—. ¿Cómo debo tomar lo que me decís?

—Tomadlo como os plazca —contestó fríamente Bragelonne.

—¡Bragelonne! —exclamó Guiche.

—¡Señor de Wardes! —gritó Manicamp viendo al joven impulsar su caballo hacia el de Raúl.

—Caballero —dijo Guiche—, no deis semejante espectáculo al público y en la calle. Wardes, habéis hecho mal.

— ¡Mal! ¿Y en qué?

—¿En qué? Habláis siempre terriblemente de todos y de todas —replicó Raúl con su implacable sangre fría.

—Sed indulgente, Raúl —1e dijo por lo bajo Guiche.

—Y no os batáis antes de haber descansado; no haríais nada útil —dijo Manicamp.

— ¡Vamos, ,vamos, señores, adelante! —prosiguió Guiche.

Y al punto, apartando pajes y caballos, abrióse camino hasta la plaza por en medio de la multitud, atrayendo tras sí a todo el cortejo de franceses.

Había abierta una gran puerta que daba a un patio. Guiche penetró en él; Bragelonne, Wardes, Manicamp y otros tres o cuatro caballeros le siguieron.

Allí se tuvo una especie de Consejo de guerra; deliberóse sobre el medio que era preciso emplear para salvar la dignidad de la embajada.

Bragelonne optó por que se respetase el derecho de prioridad.

Wardes propuso entregar al saqueo la ciudad.

Tal proposición pareció un poco fuerte a Manicamp.

Propuso dormir antes que nada esto era lo más prudente.

Por desgracia, para seguir su consejo sólo faltaban dos cosas: una casa y camas.

Guiche meditó algún tiempo, después, gritó en alta voz:

—¡Quien quiera que me siga!

—¿Los criados también? —preguntó un paje que se había acercado al grupo.

—¡Todo el mundo! —gritó el fogoso joven—. Ea, Manicamp, condúcenos a la casa que debe ocupar la princesa.

Sin adivinar nada sobre el proyecto del conde, sus amigos le siguieron, escoltados por una muchedumbre popular cuyas aclamaciones y alegría formaban feliz presagio para el proyecto, aun ignorado, de aquella fogosa juventud.

El viento soplaba fuertemente y densas ráfagas agitaban el mar.

LXXXIII

EN EL MAR

La mañana siguiente apareció un poco más serena, aunque el viento seguía soplando.

El sol habíase alzado sobre un lecho de nubes rojas, y lanzaba sus rayos ensangrentados sobre las crestas de las negras olas.

Los vigías acechaban impacientes. A eso de las once de la mañana se descubrió un buque que arribaba a velas desplegadas; otros dos le seguían a cierta distancia.

Venían como flechas disparadas por vigorosos arqueros, y no obstante, estaba la mar tan alborotada, que la rapidez de su marcha en nada disminuía los terribles balanceos de los buques.

Pronto conociéronse los colores de la flota inglesa; a la cabeza iba el buque, montado por la princesa con el pabellón del almirantazgo.

Inmediatamente se propagó el rumor de que llegaba la princesa. Toda la nobleza corrió al puerto y la plebe a los muelles.

Dos horas después, no atreviéndose los buques a aventurarse en la estrecha entrada del puerto, echaron anclas entre El Havre y el Hive.

Terminada esta maniobra; el navío almirante saludó a Francia con doce cañonazos, que fueron contestados uno a uno por el fuerte Francisco I.

Al momento salieron al mar cien embarcaciones, empavesadas de ricas telas y destinadas a conducir a los caballeros franceses hasta los buques anclados fuera del puerto.

Mas al ver las olas levantarse en montañas y estrellarse con horrible mugido en la playa, comprendíase que ninguna de aquellas barcas llegaría a la cuarta parte de la distancia que había de atravesar hasta los navíos sin haber zozobrado.

A pesar del viento y de la mar, un falucho se aprestaba a salir del puerto para ponerse al habla con el almirante inglés.

El de Guiche buscaba entre todas las embarcaciones una que fuera algo mas sólida que las otras, y que ofreciera más probabilidades de llegar a los bajeles ingleses, cuando apercibió al falucho que aparejaba.

—Raúl —dijo—, ¿no consideras que es vergonzoso, para hombres inteligentes y fuertes como nosotros, retroceder ante esta fuerza bruta del viento y del agua?

—Precisamente estaba reflexionando en eso —respondió Bragelonne.

—¿Quieres que nos embarquemos en ese falucho y vayamos adelante, Wardes?

—Cuidado, vais a ahogaros —dijo Manicamp.

—Y para nada —dijo Wardes—, pues teniendo el viento de frente jamás llegaréis a los buques.

—¿De modo que no quieres?

—Con mucho gusto perdería la vida en una lucha contra hombres —respondió Wardes mirando oblicuamente a Bragelonne—; pero no tengo el menor deseo de batirme a golpes de remo contra las olas.

—Y yo —dijo Manicamp—, aunque hubiera de llegar a los buques, me cuidaría mucho de perder el único vestido decente que me queda; el agua salada mancha.

— ¿También tú rehúsas? —murmuro Guiche.

—Ya te he dicho que...

—Pero mirad, mirad —exclamó Guiche—; observa, Manicamp; desde el castillo de popa del navío almirante nos miran las princesas.

—Razón de más, amigo, para no tomar un baño ridículo delante de ellas.

—¿Con que no quieres, Manicamp?

—No.

—¿Ni tú tampoco, Wardes?

—Tampoco.

—Entonces iré yo solo.

—No —dijo Raúl—; yo os acompaño.

El hecho es que Raúl, midiendo el peligro a sangre fría, lo juzgaba inminente; pero se dejaba guiar con gusto a hacer cualquiera cosa ante la cual retrocediera Wardes.

El falucho iba a marchar y Guiche llamó al piloto.

—¡Hola, barquero, necesitamos dos asientos!

Y liando algunos doblones en un pedazo de papel, los tiró desde el muelle al buque.

—Parece que no tenéis miedo al agua salada —observó el patrón.

—De nada tenemos miedo nosotros —respondió Guiche.

—Pues vamos allá, caballeros.

El piloto acercóse al muelle, y ambos jóvenes, con ligereza igual, saltaron a bordo.

—Ea, valor, muchachos —dijo Guiche a los remeros—; todavía hay veinte doblones en esta bolsa, y si llegamos al almirante son vuestros.

Los remeros encorváronse sobre los remos, y el barco se deslizó por la superficie de las olas.

Todo el mundo había tomado interés en esta expedición aventurada y todos tenían puestos los ojos en la barca.

La débil embarcación permanecía algunas veces como suspendida en las crestas espumosas, y de repente se precipitaba en lo profundo del abismo mugiente.

No obstante, después de una hora de lucha, llegó cerca del navío almirante, del cual se destacaban dos embarcaciones en su auxilio.

Sobre el castillo de popa del almirante y en un pabellón de terciopelo, madame Enriqueta, viuda, y la joven Madame, a cuyo lado estaba el almirante, conde de Norfolk, miraban con terror aquella barca elevarse hasta el cielo y sumergirse hasta el infierno, sobre cuya vela brillaban como luminosas apariciones los nobles rostros de los dos caballeros franceses.

La tripulación del navío aplaudía la bravura de aquellos intrépidos, la destreza del piloto y la fuerza de los remeros.

Un viva triunfal acogió su llegada a bordo.

Y el conde de Norfolk, hermoso joven de unos veintiocho años salió a recibirlos.

El de Guiche y Bragelonne subieron con ligereza la escalera de estribor, y, conducidos por el conde, fueron a saludar a las princesas. El respeto, y principalmente cierto temor de que no se daba cuenta, habían impedido hasta entonces al conde de Guiche mirar con atención a la joven Madame.

Ésta, por el contrario, lo había distinguido desde luego y preguntado a su malee:

—¿No es Monsieur ese que divisamos en la barca?

Madame Enriqueta, que conocía a Monsieur mejor que su hija, se sonrió de este yerro de su amor propio, y le contestó:

—No, ese es el señor de Guiche, su favorito.

A esta contestación, la princesa se vio precisada a contener la instintiva benevolencia provocada por la audacia del conde.

En el instante de hacer la princesa esta pregunta; se atrevió Guiche a levantar los ojos y pudo comparar el original con el retrato.

Cuando vio su pálido semblante, sus ojos animados, sus adorables cabellos castaños, su linda boca y su ademán eminentemente regio, sufrió tal emoción, que hubiese vacilado sin el apoyo del brazo de Raúl.

Pero la mirada sorprendida de éste y el gesto benévolo de la reina le hicieron volver en sí.

En cuatro palabras explicó su misión: dijo que era el enviado de Monsieur, y saludó, según su rango y los cumplimientos que le hicieron, al almirante y a los señores ingleses que agrupábanse alrededor de las princesas.

Raúl fue presentado a su vez y perfectamente acogido: todo el mundo sabía la parte que el conde de la Fère había tomado en la restauración del rey Carlos; y además, también el conde fue encargado de la negociación del matrimonio que llevaba a Francia la nieta de Enrique IV.

Raúl hablaba perfectamente el inglés y se constituyó en intérprete de su amigo para con dos caballeros ingleses que no conocían el francés.

En aquel momento apareció un joven de notable belleza y espléndida riqueza de traje y de armas, y acercándose a las princesas, que conversaban con el conde de Norfolk, dijo con voz que mal ocultaba su impaciencia:

—Vamos, señoras, es preciso saltar a tierra.

A esta invitación levantóse la joven Madame para aceptar la mano que con viveza llena de diversas expresiones le tendía el joven; pero el almirante se interpuso entre la princesa y el recién llegado, y dijo:

—Un instante, milord de Buckingham; el desembarco no es posible a esta hora para las damas, por lo agitado del mar; a eso de las cuatro es probable que haya caído el viento; por consiguiente, no desembarcarán hasta la tarde.

—Permitid, milord —dijo Buckingham con irritación que no pretendió disfrazar. Veo que retenéis sin derecho a esas señoras. Una de ellas, ¡ay!, pertenece a Francia, que la reclama por medio de sus embajadores.

Y con la mano señala a Guiche y a Raúl, saludándolos al mismo tiempo.

—Yo no creo —respondió el almirante— que entre en las intenciones de estos señores exponer la vida de las princesas.

—Milord, estos señores han llegado bien, no obstante el viento; permitidme creer que el peligro no será mayor para estas señoras, que lo llevarán a favor.

—Estos señores son muy intrépidos —dijo el almirante—; ya habéis visto, que muchos estaban en el puerto y no se han determinado a seguirlos. Por otra parte, el deseo de ofrecer lo antes posible sus homenajes a Madame y a su ilustre madre; les ha hecho desafiar los peligros de la mar, muy mala hoy, aun para marinos; pero estos señores, a quienes presentaré como amigos a mi Estado Mayor, no deben serlo para estas señoras.

Una mirada furtiva de Madame sorprendió el rubor que cubría las mejillas del conde.

Tal mirada no la apercibió Buckingham, pues no hacía más que mirar a Norfolk. Evidentemente, estaba celoso del almirante, y parecía arder en deseos de arrancar a las princesas del suelo movedizo de los navíos, en los que era soberano el almirante.

—Por lo demás —repuso Buckingham—, apelo a la misma Madame.

—Y, yo milord —contestó el almirante—, apelo a mi conciencia y a mi responsabilidad: yo he prometido entregar sana y salva a Madame, y cumpliré mi palabra.

—No obstante...

—Milord, permitid que os recuerde que sólo yo mando aquí.

—Milord ¿sabéis lo qué decís? —respondió .altivamente Buckingham.

— Perfectamente; y lo repito. Sólo yo mando aquí, milord, y todos me obedecen; la mar, el viento, los navíos y los hombres.

Esto fue noblemente pronunciado. Raúl notó el efecto que hacía en Buckingham, que se estremeció y apoyó en uno de los sostenes de la tienda para no caer; sus ojos se inyectaron en sangre, y la mano con que no se apoyaba dirigióse hacia la empuñadura de la espada.

—Milord —dijo la reina—, permitidme os diga que pienso lo mismo que el conde de Norfolk; aunque el tiempo estuviera apacible y favorable, muy bien deberíamos algunas horas al oficial que nos ha conducido tan felizmente y con tantos cuidados a la vista de las costas de Francia, donde debe dejarnos.

En lugar de responder, Buckingham consultó la mirada a Madame. Medio oculta en el cortinaje de terciopelo y oro, nada oía de este debate, entretenida como estaba en mirar al conde de Guiche, que conversaba con Raúl.

Este fue un nuevo golpe para Buckingham, que le pareció descubrir en la mirada de madame Enriqueta un sentimiento mas profundo que el de la curiosidad.

Retiróse vacilando y fue a chocar con el palo mayor.

—Milord de Buckingham no tiene pies de marino —dijo en francés la reina madre; indudablemente, por eso desea tocar tan pronto en tierra firme.

El joven oyó estas palabras, palideció y se retiró, confundiendo en un suspiro sus antiguos amores y sus odios recientes.

Sin preocuparse el almirante del mal humor de Buckingham, hizo pasar a las princesas a la cámara de popa, donde estaba preparada la comida con suntuosidad digna de todos los convidados.

El almirante tomó asiento a la derecha de Madame, y colocó a Guiche a su izquierda. Este era el lugar que ordinariamente ocupaba Buckingham.

De suerte que, cuando entró en el comedor, tuvo el sentimiento de verse relegado por la etiqueta a un rango inferior al que había ocupado hasta entonces.

Por su parte, Guiche, acaso más pálido con su ventura que su adversario con su cólera, se sentó temblando junto a la princesa, cuyo traje de seda, al rozar con su cuerpo, hacía pasar por todo su ser unos estremecimientos de tristeza y voluptuosidad desconocidos para él hasta entonces.

Después de la comida se adelantó Buckingham a dar la mano a Madame..

Entonces le correspondió a Guiche dar la lección al duque.

—Milord —le dijo—, sed bastante amable para no interponeros entre Su Alteza Real, Madame y yo.

Desde este momento pertenece Su Ateza Real a Francia, y es la mano de Monsieur, hermano del rey, la que toca la mano de la princesa cuando me hace el honor de tocar la mía.

Y al decir estas palabras, presentó su mano a la joven Madame ron una timidez tan visible y al mismo tiempo con tanta nobleza, que se oyó un murmullo de admiración entre los ingleses, en tanto que Buckingham suspiraba de dolor.

Raúl amaba, y lo comprendió todo.

Y fijó en su amigo una de esas miradas profundas, que solamente el amigo o la madre extienden, como protector o vigilante, sobre el hijo o el amigo que se extravía.

A eso de las dos cayó el viento; isóse el sol, el mar quedó como una luna de cristal, y la bruma que cubría las costas se desgarró como un velo que vuela a pedazos.

Entonces se divisaron las risueñas costas de Francia con sus mil casas blancas, destacándose sobre el verde de los árboles o el azul del cielo.

LXXXIV

LAS TIENDAS

Como ya sabe el lector, el almirante había tomado el partido de no fijar la atención en los ojos amenazadores ni en los arrebatos convulsivos de Buckingham.

Efectivamente, desde la salida de Inglaterra se debía haber acostumbrado poco a poco a ellos.

El de Guiche no había advertido aún esa animosidad que el joven lord parecía tener contra él; mas tampoco sentía ninguna simpatía por el favorito de Carlos II.

La reina madre, con mayor experiencia y fría calma, dominaba toda la situación, y como conocía el peligro de ella, se disponía a cortar el nudo cuando llegase el momento.

Este momento llegó.

Se había restablecido la fría calma en todas partes, menos en el corazón de Buckingham, que en su impaciencia repetía a media voz a la joven princesa:

—Señora, señora, os suplico encarecidamente que saltemos a tierra, en nombre del Cielo. ¿No veis que ese fatuo de conde de Norfolk me hace morir con sus cuidados y adoraciones hacia vos?

Enriqueta oyó estas palabras, sonrióse y dando a su voz esa inflexión de dulce reproche y de lánguida impertinencia con que la coquetería sabe contentar a la vez que formula una especie de defensa, murmuró:

—Mi querido lord, ya os he dicho que estáis loco.

Como hemos dicho, ninguno de estos detalles escapaba a Raúl; había oído la súplica de Buckingham y la respuesta de la princesa; había visto al duque dar un paso atrás al oír ésta dar un suspiro y pasarse la mano por la frente; y lo comprendió todo, estremeciéndose al apreciar el estado de cosas y de ánimos.

El almirante, en fin, con lentitud meditada, dio las últimas órdenes para echar al agua las canoas.

Buckingham acogió estas órdenes con tales transportes, que un extraño hubiese creído que el joven tenía turbada la razón.

A la voz del conde de Norfolk bajó del costado del navío almirante una enorme barca empavesada, que podía contener veinte remeros y quince personas de pasaje.

Pabellones de terciopelo con las armas de Inglaterra, bordadas en oro, formaban el principal adorno de esta barca verdaderamente regia. Apenas tocó en el agua y apenas

los remeros levantaron sus remos, aguardando como soldados el embarque de la princesa, cuando Buckingham corrió a la escalera para ocupar su puesto en la canoa.

Pero la reina lo detuvo.

— Milord —le dijo—, no conviene que nos permitáis a mi hija y a mí ir a tierra sin que estén preparados los alojamientos de una manera positiva. Os suplico, pues, que os adelantéis al Havre y cuidéis que todo esté en orden para nuestro servicio.

Este fue otro golpe para el duque, tanto más terrible cuanto que no era esperado.

Balbuceó, ruborizóse; pero no pudo responder.

Había creído poder quedarse al lado de Madame durante la travesía, y saborear así hasta el último de los momentos que le concedía la suerte.

Pero la orden era expresa.

El almirante, que la había oído, exclamó en el acto:

—¡Al agua la chalupa!

Esto fue ejecutado con la peculiar rapidez de las maniobras en los buques de guerra.

Desolado Buckingham, dirigió una mirada de desesperación a la princesa, otra de ruego a la reina, y otra de cólera al almirante.

La princesa fingió no verla.

La reina volvió la cabeza a otra parte.

El almirante se rió. Buckingham estuvo a punto de lanzarse sobre Norfolk.

La reina madre se levantó, y le dijo imperativamente:

— ¡Marchad, caballero!

El joven duque se detuvo, pero intentando el último esfuerzo, preguntó sofocado por tan diversas emociones:

—¿Y vosotros, caballeros? Vos, señor de Guiche, señor de Bragelonne, ¿no me acompañáis?

El de Guiche se inclinó.

—Yo, lo mismo que el señor de Bragelonne, estoy a la disposición de la reina; lo que nos mande, eso haremos.

Y miró a la joven princesa, que bajó los ojos.

—Perdonad, señor de Buckingham —repuso la reina—, pero el de Guiche representa aquí a Monsieur, y debe hacernos los honores de Francia, como vos nos habéis hecho los de Inglaterra; no puede, pues, dispensarse de acompañarnos, y además, bien debemos este pequeño favor al esfuerzo que ha hecho por venir a buscarnos.

Buckingham abrió la boca como para responder; pero bien sea que no encontraba un pensamiento o palabras para formularlo, no despegó los labios, y saltó del navío a la chalupa.

Los remeros no pudieron contenerlo ni contenerse, pues el peso y el golpe por poco hicieron zozobrar la barca.

—Decididamente, está loco milord —dijo el almirante a Raúl.

—Tengo miedo por él —contestó Bragelonne.

Todo el tiempo que tardó la chalupa en llegar a tierra, no cesó el duque de dirigir sus miradas al navío, como haría un avaro a quien arrebatasen su riqueza, o una madre a quien alejasen de su hija para conducirla a la muerte.

Pero nadie respondió a sus signos, a sus manifestaciones, a sus imprudentes actitudes.

Buckingham aturdióse de tal modo, que se dejó caer sobre un banco, tirándose de los cabellos, mientras los indiferentes remeros. hacían volar la chalupa sobre las olas.

Al llegar a tierra estaba en un entorpecimiento tal, que si no hubiese encontrado en el puerto al mensajero a quien había hecho tomar la delantera como aposentador, no habría sabido decir dónde estaba.

Cuando llegó a la casa que le estaba destinada, encerróse en ella como Aquiles en su tienda. Mientras tanto la falúa real se despegaba del navío almirante en el momento en que Buckingham saltaba a tierra.

Una lancha le seguía, llena de oficiales, de cortesanos y de súbditos.

Toda la población del Havre; embarcada apresuradamente en lanchas de pescadores o en chalupas normandas, salió al encuentro de la falúa real.

El cañón de los fuertes retumbaba, el navío del almirante y los otros dos buques contestaban a las raleas. Nubes de espeso humo se disipaban en el azul del firmamento.

La princesa llegó a la escalinata del muelle, donde una alegre música la esperaba y seguía todos sus pasos.

En tanto que caminaban al centro de la ciudad, pisando ricas tapicerías y guirnaldas de flores; el de Guiche y Raúl, separándose de los ingleses, tomaban otro camino a fin de llegar más prontamente al lugar designado como residencia de Madame.

—Vamos pronto —decía Raúl a Guiche—, pues según el carácter que advierto en ese Buckingham, nos hará alguna mala pasada cuando vea el resultado de nuestra deliberación de ayer.

—¡Oh! —murmuró el conde—. Allí tenemos a Wardes que es la firmeza en persona, y a Manicamp, que es la misma dulzura.

Cinco minutos después se encontraban delante del edificio de la Municipalidad.

Lo primero que les llamó la atención fue una multitud de gente reunida en la plaza.

—Bien —dijo Guiche—, parece que ya están construidos nuestros alojamientos.

En efecto, en la misma plaza se habían levantado ocho tiendas de la mayor elegancia, adornadas con los pabellones de Francia y de Inglaterra unidos.

La Casa Ayuntamiento estaba rodeada de tiendas como un caprichoso cinturón; diez pajes y doce caballos ligeros, dados por escolta a los embajadores, montaban la guardia delante de ellas.

El espectáculo era curioso, original, y presentaba cierto aspecto mágico.

Estas habitaciones improvisadas habían sido construidas durante la noche. Por dentro y por fuera estaban revestidas de valiosas telas que Guiche he había podido procurarse en El Havre, y circuían enteramente la Casa Consistorial, morada de la princesa; estaban reunidas unas a otras por medio de cuerdas de seda, y guardadas por centinelas; de modo que el plan de Buckingham se hallaba completamente destruido, si semejante plan consistía realmente en guardar para sí y sus ingleses las avenidas de la Casa Ayuntamiento.

El único paso que daba acceso a las gradas del edificio, y que no estaba cerrado por esta barricada de seda, era guardado por dos tiendas, semejantes a dos pabellones, cuyas puertas abríanse a ambos lados de la entrada.

Estas dos tiendas eran las de Guiche y Raúl; y en su ausencia debían ser ocupadas: la primera, por Wardes, y la otra, por Manicamp.

Alrededor de ellas y de las otras seis, un centenar de oficiales, de caballeros y de familiares, brillantes de seda y oro, zumbaban como abejas en rededor de la colmena.

Todos ellos, con la espada ceñida, estaban dispuestos a obedecer a cierta señal de Guiche o de Bragelonne los dos jefes de la embajada.

En el momento de aparecer los dos jóvenes al extremo de una calle que finalizaba en la plaza, vieron que la atravesaba al galope de su caballo un joven de maravillosa elegancia. Iba hendiendo la muchedumbre de curiosos, y, a la vista de aquellas construcciones improvisadas, dio un grito de cólera y desesperación.

Era Buckingham, salido de su estupor para ponerse un elegante traje e ir a esperar a Madame y la reina al Consistorio.

Pero a la entrada de las tiendas le cortaron el paso, y fuerza le fue detenerse.

Exasperado, alzó el látigo; pero dos oficiales le agarraron el brazo. De los dos guardianes, sólo uno estaba allí, pues Wardes había subido a la Municipalidad para comunicar órdenes a Guiche.

Al ruido hecho por Buckingham, Manicamp, perezosamente tendido sobre los cojines de su tienda, se levantó con su flojedad acostumbrada, y oyendo que continuaba el ruido, apareció entreabriendo las cortinas.

—¿Qué es eso? —dijo con dulzura—. ¿Quién mete ese ruido? Hizo la casualidad que renaciese el silencio en el momento en que comenzaba a hablar, y que, aunque su acento fuese moderado, todo el mundo oyera su pregunta. Buckingham se volvió y miró aquel cuerpo flojo y aquel rostro indolente.

Probablemente, la figura de nuestro caballero, vestido por otra parte con tanta sencillez como hemos dicho, no le inspiró gran respeto, pues respondió con desdén.

— ¿Quién sois, caballero? Manicamp se apoyó en el brazo de un soldado enorme y sólido como un pilar de catedral, y contestó en el mismo tono tranquilo:

—¿Y vos, caballero?

—Yo soy milord duque de Buckingham. He alquilado todas las casas que rodean la Municipalidad; y puesto que están alquiladas, son mías; y ya que las he tomado para

tener libre el paso hasta el Consistorio, vos no tenéis derecho a cerrármelo.

—Pero, caballero, ¿quién os prohíbe pasar?

—Vuestros centinelas.

—Es porque queréis pasar a caballo, y; la consigna es no permitirlo más que a los operarios.

—Nadie tiene derecho a dar consignas aquí sino yo —dijo Buckingham.

—¿Cómo es eso, caballero? —preguntó Manicamp con su dulce voz—. Hacedme la gracia de explicarme ese misterio.

—Porque, como ya os he dicho, he alquilado todas las casas de la plaza.

—Ya lo sabemos, puesto que no nos ha quedado más que la plaza misma.

—Os equivocáis, caballero; la plaza es mía,. como las casas.

—¡Oh! Perdonad; estáis en un error, se dice que la casa del rey es nuestra casa; la plaza es del rey, luego la plaza es nuestra, pues somos sus embajadores.

—¡Ya os he preguntado quién sois, caballero! —dijo Buckingham exasperado de la sangre fría del interlocutor.

—Me llaman Manicamp —contestó el joven con voz eolia; ¡tan suave y armoniosa era!

Buckingham encogióse de hombros y dijo:

—Cuando alquilé las casas que rodean el Ayuntamiento, la plaza estaba libre, esas barracas obstruyen mi vista... ¡Quitadlas!

Un murmullo amenazador corrió por el auditorio.

Guiche llegaba en aquel momento; hendió la multitud, y, seguido de Raúl, llegó por una parte, mientras Wardes llegaba por otra.

—Perdón, milord —exclamó—; pero si tenéis alguna reclamación que hacer, tened la bondad de hacérmela a mí, puesto que soy quien ha dado los planos de estas construcciones.

—Y además os haré notar que la palabra barraca se toma en mal sentido —añadió graciosamente Manicamp.

— ¡Conque decíais.. ! —prosiguió Guiche.

—Que es imposible que estas tiendas permanezcan donde están —repuso Buckingham con acento de extremada rabia, aunque templado por la presencia de un igual.

—¡Imposible!...

— ¿Y por qué?

— Porque me estorban.

El de Guiche hizo un movimiento de impaciencia, que contuvo una mirada fría de Raúl.

—Menos deben estorbar que ese abuso de prioridad que os habéis permitido.

—¡Abuso!

—Sin duda. Enviáis aquí a un mensajero que alquile en nombre vuestro toda la ciudad, sin inquietaros por los franceses que venían a recibir a Madame. Eso es poco fraternal, señor duque, para el representante de una nación amiga.

—La tierra es del primer ocupante —replicó Buckingham.

—No en Francia, caballero.

—¿Y por qué no en Francia?

—Porque es este el pueblo de la urbanidad.

—¡Qué queréis decir! —exclamó Buckingham de manera tan arrebatada que los pescadores retrocedieron, esperando una colisión.

—Es decir, caballero —respondió Guiche palideciendo—, que yo he hecho construir este alojamiento para mí y para mis íntimos, como asilo de los embajadores de Francia, único albergue que vuestra exigencia nos ha dejado en la ciudad; y que en este alojamiento habitaré yo y los míos, a menos que una voluntad más poderosa me despida.

—Eso es, que nos digan no ha lugar, como se dice en los tribunales —añadió dulcemente Manicamp.

Enojado Buckingham, echó mano a la empuñadora de su espada. En aquel momento, y cuando la diosa Discordia, inflamando los ánimos, iba a dirigir todas las espadas contra los pechos humanos, Raúl dijo a. Buckingham:

—Una palabra, milord.

— ¡Mi derecho! ¡Mi derecho primero! —exclamó el fogoso joven.

—Respecto a ese punto, justamente;: quería tener el honor de hablaros —dijo Raúl.

—Bien; pero nada de discursos largos; caballero.

—Una sola pregunta; no puedo ser más breve.

— Hablad.

—¿Sois vos, acaso, el señor duque de Orleáns, el que va a casarse con la nieta de Enrique IV?

—¿Qué decís? —preguntó Buckingham, retrocediendo, asustado.

—Contestadme, caballero —insistió tranquilamente Raúl.

—¡Vuestra intención es de burla caballero! —exclamó Buckingham.

—Eso me basta, señor, porque confesáis que no sois vos quien va a casarse con la princesa de Inglaterra.

—Me parece que bien sabéis eso.

— Perdonad; con vuestra conducta, la cosa no era muy ciara.

—Vamos al caso: ¿qué pretendéis decir?

Raúl se acercó al duque y le dijo bajando la voz.

—Tenéis arranques que se parecen a celos. ¿Sabéis eso, milord? Esos celos, con respecto a una mujer, no sientan bien a quien no sea ni su amante ni su esposo; y con mucha más razón me parece que comprenderéis esto cuando esa mujer es una princesa.

—¡Caballero! —dijo Buckingham—. ¿Insultáis a madame Enriqueta?

—Vos sois quien la insulta, milord —contestó fríamente Bragelonne—. Ahora poco en el navío almirante exasperasteis a la reina y cansasteis la paciencia del conde de Norfolk; yo os observaba y os creí primero loco; mas después adiviné el carácter real de esa locura.

— ¡Caballero!

—Diré más. Presumo ser el único de los franceses que lo haya adivinado.

— ¿Pero sabéis —dijo Buckingham, estremeciéndose de ira y de inquietud—, sabéis que usáis un lenguaje que merece reprensión?

—Pensad vuestra palabra; milord —dijo Raúl, altivamente—. Yo no soy de una sangre cuyas vivacidades se dejen reprimir, mientras que, por el contrario, vos sois de una cuyas pasiones son sospechosas a los buenos franceses. Milord, os repito por segunda vez que consideréis lo que hacéis.

—¡Cómo! ¿Me amenazáis por ventura?

—Yo soy el hijo del conde de la Fère, señor de Buckingham, y no amenazo jamás, porque hiero primero. Así, entendámonos bien... la amenaza que os hago es ésta.

Buckingham apretó los puños; pero Raúl prosiguió como si nada hubiese visto:

—A la primera palabra impertinente que os permitáis con respecto a Su Alteza Real... ¡Oh! Tened calma, señor de Buckingham, que bastante tengo yo.

— ¿Vos?

—Sin duda. Mientras Madame ha estado en territorio inglés, he callado; mas ahora que toca el suelo de Francia; ahora que nosotros la hemos recibido en nombre del príncipe, el primer insulto que en vuestra rara adhesión cometáis contra la casa de Francia... tengo dos partidos que tomar... O confieso delante de todos la locura de que estáis afectado en este momento, u os envío vergonzosamente a Inglaterra... Y si lo preferís, os doy de puñaladas en plena asamblea. Por lo demás, este segundo medio me parece el más conveniente y supongo que me atendré a él.

Buckingham se había puesto más pálido que el cuello de encaje inglés que rodeaba su garganta.

—Señor de Bragelonne —repuso Buckingham—, ¿es un caballero el que habla de ese modo?

—Sí, sólo que este caballero habla a un loco. Curaos, milord, y emplearé otro lenguaje.

—¡Oh, señor de Bragelonne! —murmuró el duque con voz sofocada y llevándose las manos al cuello—. ¡Bien sabéis que me muero!

—Si tal sucediera en este instante —respondió Raúl con inalterable sangre fría—, lo vería como una felicidad, porque este suceso prevendría toda clase de perversos propósitos sobre vos y la persona ilustre a quien vuestra adhesión compromete tan locamente.

—¡Oh! ¡Tenéis razón! —dijo el joven, anonadado—. ¡Sí, sí... morir!... Más vale morir que sufrir lo que sufro en este momento.

Y diciendo èsto, llevó la mano a un lindo puñal, todo guarnecido de pedrerías, y lo dirigió contra el pecho.

Raúl detúvole el brazo, y dijo:

—Cuidado, caballero; si no os matáis hacéis un acto ridículo, y si os matáis mancharéis de sangre el traje nupcial de la princesa de Inglaterra.

Buckingham permaneció inmóvil un minuto, durante el cual temblaron sus labios, se estremecieron sus mejillas y rodaron sus ojos como los de una persona delirante.

Pero, luego dijo de pronto:

—Señor de Bragelonne, no conozco un corazón mas noble que el vuestro; sois digno hijo del más acabado caballero… Habitad vuestras tiendas.

Y echó los brazos al cuello de Raúl.

Maravillada toda la concurrencia de este movimiento, que de ningún modo podía esperar, prorrumpió en frenéticos vivas.

Guiche también abrazó a Buckingham, algo a disgusto, pero al fiel le abrazó.

Esta fue la señal; ingleses y franceses, que hasta entonces habíanse mirado con prevención, fraternizaron en el mismo instante.

Mientras sucedía esto, llegó el cortejo de las princesas, quienes, a no ser por Bragelonne, hubieran encontrado batallas y sangre.

Todo quedó en calma al aparecer las primeras banderas.

LXXXV

LA NOCHE

Reinaba ya la concordia en las tiendas. Ingleses y franceses rivalizaban en galantería para con las ilustres viajeras, y en urbanidad entre sí.

Aquéllos enviaron a los franceses flores de lasque habían hecho provisión para festejarla llegada de la princesa; los franceses invitaron a los ingleses a una comida que debían dar el día siguiente.

Madame recogió a su paso entusiastas aclamaciones.

Aparecía como una reina, a causa del respeto de todos; como un ídolo, a causa de la adoración de algunos.

La reina madre dispensó a los franceses la más afectuosa acogida. Francia era su país, y había sido demasiado desgraciada en Inglaterra para que Inglaterra la hubiera hecho olvidar a Francia, de este modo enseñaba a su hija el amor al país donde ambas habían encontrado la hospitalidad, y donde ahora iban a encontrar la fortuna de un porvenir. brillante.

Al caer la noche, envolviendo con su velo estrellado el mar, el puerto, la ciudad y el campo, aun conmovido por este gran suceso, el de Guiche entró en su tienda y se sentó en un escabel, con tal expresión de dolor, que Bragelonne lo estuvo mirando hasta que lo oyó suspirar entonces se acercó a él y le preguntó con aire sentido:

—¿Padeces, amigo mío?

— Cruelmente.

—Del cuerpo, ¿no es verdad?

—Sí, del cuerpo.

—Efectivamente, el día nos ha cansado mucho —continuó el joven, fijos los ojos en el interrogado.

—Sí, el sueño me hará descansar.

—¿Deseas que te deje solo?

—No, tengo que hablarte.

—No te dejaré hablar hasta después de haberte preguntado.

—Pues, pregunta.

—Pero sé sincero.

—Como siempre.

—¿Sabes por qué estaba Buckingham tan furioso?

—Lo sospecho.

—Ama a Madame, ¿no es verdad?

—Cualquiera lo juraría; viéndolo.

—Pues bien, eso no es nada.

— ¡Oh! Te equivocas esta vez, Raúl; bien he leído su pena en los ojos, en su gesto y en todo desde esta mañana.

—Eres poeta, mi querido conde, y en todo ves poesía.

—Y principalmente el amor.

—Donde no existe.

—Donde existe.

—Vamos, Guiche; ¿crees no engañarte?

—¡Oh!. ¡Estoy seguro de ello! —murmuró con viveza el conde.

—¿Y qué te hace tan penetrante? —preguntó Raúl con profunda mirada.

—El amor propio —contestó Guiche vacilante.

— ¡El amor propio! Muy vago es eso.

—¿Qué quieres decir?

— Quiero decir que ordinariamente estás menos triste que esta noche.

—El cansancio.

—¿El cansancio?

—Sí.

—Oye, amigo; juntos hemos hecho la campaña; hemos reventado tres caballos en dieciocho horas, y aun nos reíamos; conque no es la fatiga la que te pone triste, conde.

—Entonces, es la incomodidad.

—¿Cuál?

— La de esta tarde.

—¿La locura de lord Buckingham?

—Ciertamente. ¿No es enfadoso para nosotros; que representamos a nuestro señor, ver cómo un inglés corteja' a nuestra futura señora, la segunda dama del reino? .

— Es verdad; pero creo que lord Buckingham no es peligroso.

—No, pero importuno sí. Ya has visto lo que ha pasado al llegar, y sin tu prudencia admirable y tu rara firmeza, habríamos sacado la espada , en plena plaza.

—Pero ya ves que ha cambiado.

—Verdaderamente; y eso es lo que más sorprende. Tú crees que él la ama... y le hablas... Le hablaste en voz baja. .¿Qué le has dicho? ¡Pero una pasión no cede con tanta facilidad; no está acaso enamorado?

Y pronunció con tal expresión estas últimas palabras, que Raúl alzó la cabeza.

El noble semblante del joven expresaba un descontento fácil de leer.

—Voy a repetirte lo que he dicho, conde —respondió Raúl—; escuchame bien. “Caballero, veo que miráis con ademán de celos y de codicia injuriosa a la hermana de vuestro príncipe, la cual no es vuestra prometida, ni es ni puede ser querida vuestra; de modo que hacéis una afrenta a los que, como nosotros, venimos a buscar una joven para conducirla al lado de su esposo.

— ¿Eso le has dicho? —preguntó Guiche ruborizándose.

—En estos términos, ni más ni menos.

Guiche hizo un movimiento. También le dije:

“¿Con qué ojos nos miraríais si vierais entre nosotros un hombre bastante insensato y desleal para concebir otros sentimientos que no fuesen los del más puro respeto a una princesa destinada a vuestro señor?”

Tales palabras iban de tal modo dirigidas a Guiche, que éste se puso pálido, y acometido de súbito temblor, no pudo más que tender una mano a Raúl, mientras que con la otra se cubría los ojos y la frente

—Pero. . . —prosiguió Raúl sin detenerse por esta demostración de su amigo—, a Dios gracias, los franceses, a quienes se tacha de ligeros e inconsiderados, saben aplicar un juicio recto y una sana moral al examen de las cuestiones de alta conveniencia. Así es, que le añadí:

“Sabed, señor de Buckingham, que nosotros los caballeros de Francia, servimos a nuestros soberanos sacrificándoles nuestras pasiones, lo mismo que nuestra vida y hacienda; y cuando, por casualidad, el demonio nos sugiere uno de esos malos pensamientos que incendian el corazón, apagamos esa llama, aunque sea con nuestra sangre. De este modo salvamos tres honores a un tiempo: el de nuestro país, el de nuestro señor y el nuestro propio. Así es como obramos nosotros, señor de Buckingham, y de este modo debe obrar todo hombre de corazón". Así hablé al duque, y se rindió sin resistencia a mis razones.

Inclinado hasta entonces Guiche bajo el peso de las palabras de Raúl, irguióse, alargando una mano febril y con las mejillas inflamadas, de frías como el hielo que estaban antes, le dijo con voz ahogada:

— ¡Y le dijiste muy bien... y eres un excelente amigo, Raúl! Gracias... Ahora te ruego que me dejes solo.

—¿Lo deseas?

—Sí. tengo necesidad de quietud. Hoy me han destrozado muchas cosas la cabeza y el corazón; pero mañana, cuando vuelvas, ya no seré el mismo hombre.

—Pues bien, te dejo —contestó Raúl, retirándose,

El conde dio un paso hacia su amigo, y le estrechó cordialmente entre sus brazos.

Pero en este abrazo de amigo pudo distinguir Raúl el estremecimiento de tan gran pasión combatida.

La noche estaba estrellada, espléndida; después de la tempestad, el calor y el sol habían hecho renacer la vida y la alegría.

Pronto reposó todo en la ciudad. Una débil luz quedó en el aposento de Madame, que daba a la plaza, y a la dulce claridad de esa lámpara parecía una imagen del tranquilo sueño de una joven, cuya vida apenas se manifiesta, apenas es sensible, y cuya llama se templa también cuando el cuerpo duerme.

Bragelonne salió de su tienda con el paso lento del hombre que desea ver y no ser visto.

Oculto detrás de los espesos pabellones, abarcando toda la plaza de una mirada, vio abrirse y agitarse al cabo de un momento las cortinas de la tienda de Guiche.

Detrás de ellas se proyectaba la sombra de éste, cuyos ojos brillaban en la obscuridad, fijos ardientemente en el salón de Madame, iluminado opacamente por la luz interior del aposento.

Esa dulce luz que coloreaba los vidrios era la estrella del conde. Perdido Raúl en la sombra, adivinaba todos los pensamientos apasionados que establecían entre la tienda del embajador y la ventana de la princesa un lazo misterioso y mágico de simpatías.

Mas Guiche y Raúl no eran los únicos que velaban; también estaba abierta la ventana de una dé las casas de la plaza; aquella casa era la habitada por Buckingham. Sobre la claridad que percibíase por fuera de esta última ventana, se destacaba con vigor la silueta del duque, que, muellemente apoyado en la balaustrada esculpida, enviaba también al balcón de Madame las locas visiones de su pasión amorosa.

El vizconde de Bragelonne no pudo menos de sonreír.

—He aquí un desgraciado corazón bien sitiado —dijo pensando en Madame.

Y, compadeciéndose en seguida de Monsieur, añadió:

—¡Y un infeliz marido muy amenazado!

Bragelonne espió por algún tiempo la actitud de los dos enamorados, oyó el ronquido sonoro y grotesco, de Manicamp, que roncaba con tanto orgullo como si tuviese su vestido azul en lugar del morado, y se volvió hacia la brisa que le llevaba el lejano canto de un ruiseñor; y después de haber hecho su provisión de tristeza, fue a acostarse, pensando por su parte que cuatro de seis ojos, tan ardientes como los de Guiche y de Buckingham, acechaban a su ídolo en el castillo de Blois.

—No es una guarnición muy poderosa la señorita de Montalais —dijo bajando la voz y suspirando alto.

LXXXVI

DEL HAVRE A PARÍS

Al día siguiente tuvieron lugar las fiestas con toda la pompa y alegría que permitieron los recursos de la ciudad y la disposición de los ánimos.

Luego de haberse despedido Madame de la escuadra inglesa, y saludando el pabellón de su patria, subió en una carroza rodeada de brillante escolta.

El de Guiche aguardaba que el duque de Buckingham volvería a Inglaterra con el almirante; pero Buckingham consiguió demostrar a la reina que sería impropio dejar llegar a Madame casi abandonada a París.

Estando ya resuelto que Buckingham acompañaría a Madame el joven duque se eligió una corte de caballeros y oficiales, de modo que se encaminó a París un ejercito, derramando el oro por en medio de las ciudades y aldeas que atravesaba.

El tiempo era espléndido. Francia es bella, sobre todo por el camino que atravesaba el cortejo.

Todo el itinerario fueron fiestas y embriaguez. Guiche y Buckingham todo lo olvidaban; Guiche para reprimir las nuevas tentativas del inglés; Buckingham para despertar en el corazón de la princesa, un recuerdo más vivo de la patria a que se refería el recuerdo de los días felices.

Pero, ¡ah! El pobre duque podía notar que la imagen de su amada Inglaterra se borraba de día en día en el corazón de Madame, a medida que se imprimía más profundamente el amor a Francia.

Efectivamente, podía advertir que todas sus atenciones no despertaban ningún reconocimiento, y aunque cabalgase con gracia en uno de los más fogosos corceles de Yorkshire, sólo por casualidad se fijaban en él los ojos de Madame.

En balde procuraba, para fijar sobre sí una de esas distraídas miradas, hacer producir a la naturaleza animal cuanto tiene de fuerza, vigor y destreza; en balde excitaba a fogoso caballo lanzándolo con peligro de hacerse mil pedazos contra los árboles o rodar por el declive de las colinas; traída por un momento la atención de Madame, volvía la cabeza sonriendo ligeramente; y luego se dirigía a sus leales guardias, Raúl y Guiche, que cabalgaban tranquilamente a las portezuelas de la carroza.

Entonces era presa Buckingham de los celos; un dolor desconocido, ardiente, se deslizaba por sus venas; afluyendo al corazón y luego, a fin de probar que conocía su locura, y que quería hacer dispensar su aturdimiento con la mas humilde sumisión, obligaba a su caballo a tascar el freno cerca de la carroza, en medio de la multitud de los cortesanos.

Algunas veces obtenía por recompensa una palabra de Madame, y esta palabra lo parecía un reproche.

— Bueno, señor de Buckingham —decía—, ya os veo razonable.

O una palabra de Raúl:

—Vais a matar el caballo; señor de Buckingham.

Y Buckingham oía con paciencia a Raúl, porque conocía instintivamente que era el moderador de los sentimientos de Guiche, y que sin él, alguna loca demostración, del conde o suya, hubiese ya producido un rompimiento entre ambos.

Desde la famosa conversación que los dos jóvenes tuvieran delante de las tiendas del Havre, y en la cual Raúl había hecho notar al duque lo inconveniente de sus manifestaciones, Buckingham se sentía como a pesar suyo inclinado a Raúl.

No pocas veces conversaba con él, y casi siempre era para hablarle de su padre o de Artagnan, su amigo común, y de quien Buckingham era casi siempre tan entusiasta como Raúl.

Este sacaba la conversación sobre aquel punto delante de Wardes, que durante todo el viaje había estado mortificado por la superioridad de Bragelonne, y sobre todo por su influencia en el ánimo de Guiche.

Wardes tenía esa mirada astuta que distingue a toda persona de mal natural, y al instante había advertido la tristeza de Guiche y sus aspiraciones amorosas por la princesa. En, lugar de tratar el asunto con la reserva de Raúl; en lugar de guardar, como éste, todas las consideraciones y miramientos oportunos, atacaba con resolución en el conde esta cuerda siempre sonora de la audacia juvenil y del orgullo egoísta.

Aconteció que una noche, durante una parada en Nantes, Guiche y Wardes charlaban juntos, apoyados en una balaustrada; Buckinghanm y Raúl departían también paseando, y Manicamp hacía la corte a las princesas, que lo trataban ya sin cumplidos; a causa de la delicadeza de su talento y urbanidad de maneras.

—Confiesa —dijo Wardes al conde— que estás bastante malo, y que tu pedagogo no te cura.

—No te entiendo, Wardes —dijo el conde.

—Pues es fácil, sin embargo; tú mueres de amor.

—¡Locura, Wardes, locura!

—Convengo en que sería locura, si Madame fuese indiferente a tu martirio; pero ella lo ha notado a tal extremo, que se compromete; y tiemblo porque al llegar a París os denuncie a ambos tu pedagogo el señor de Bragelonne.

—¡Wardes! ¿Otro ataque a Bragelonne?

—¡Vamos, haya paz! —repuso a media voz el enemigo de Raúl—. Tú sabes tan bien como yo lo que deseo decirte; bien has visto que a mirada de la princesa se dulcifica hablándote; tú comprendes por el sonido de su voz que gusta de escuchar los versos que le recitas, y no negarás que todas las mañanas te dice que ha pasado mala noche...

—Es cierto. ¿Pero a qué me dices todo eso?`

—¿No es importante ver las cosas claramente?

—No; cuando esas cosas pueden volvernos locos.

Y volviéndose con inquietud hacia la princesa, como si al mismo tiempo que rechazaba las insinuaciones de Wardes, hubiera querido buscar la confirmación en sus ojos.

—Mira —dijo Wardes—, ¿no ves cómo ella te llama? Ea, aprovéchate de la ocasión, que no está aquí el pedagogo.

Guiche no pudo contenerse, una atracción invencible lo llevaba hacia la .princesa.

—Os equivocáis, caballero —dijo Raúl apareciendo de pronto—; el pedagogo está aquí y os escucha.

Wardes, a la voz de Raúl, qué reconoció sin necesidad de mirarlo, sacó a medias la espada.

—Envainad la espada —dijo Raúl—; bien sabéis que mientras dure este viaje será inútil toda demostración de ese género; envainad vuestra espada; mas envainad también la lengua. ¿Por qué introducís en el corazón del que llamáis vuestro amigo toda la hiel que roe el vuestro? A mí queréis hacerme aborrecer a un hambre honrado, amigo de mi padre y de los míos; al conde queréis hacerle amar a una mujer destinada a vuestro señor. En ver-

dad que seríais a mis ojos un traidor y un cobarde, si más justamente no os considerara como un loco.

—¡Caballero! —murmuró Wardes exasperado—. ¡No me había engañado al llamaros pedagogo! Ese tono que afectáis, y esa forma de que usáis, es la de un jesuita y no la de un caballero. Aborrezco al señor de Artagnan, porque cometió una cobardía para con mi padre.

—¡Mentís! —dijo secamente Raúl.

—¡Oh! ¡Me dais un mentís, caballero!

—¿Por qué no, si lo que decís, es falso?

—¡Me dais un mentís y no echáis mano a la espada!

—Me he prometido no mataron hasta que hayamos entregado a Madame a su esposo. .

—¡Matarme! Vuestra disciplina de espartano no mata de ese modo, señor pedante.

—No —replicó tranquilamente Raúl—; pero sí mata la espada del señor Artagnan; y no sólo tengo yo 'esa espada, sino que él mismo me ha enseñado a servirme de ella, y con ella también vengaré a su tiempo su nombre ultrajado por vos.

—¡Cuidado con lo que decís, caballero! —exclamó Wardes—. Si en el acto no me dais una satisfacción, todos los medios me serán —buenos para vengarme.

— ¡Oh! Caballero —exclamó Buckingham apareciendo de repente en la escena—; una amenaza es' ésa que huele a asesinato; y que por consecuencia es de bastante mal gusto para un caballero.

—¿Qué decís, señor duque? —preguntó Wardes volviéndose.

—Digo que acabáis de pronunciar palabras que suenan mal en mis oídos ingleses.

—¡Pues bien —repuso Wardes exasperado—, si lo que decís es cierto, ¡tanto mejor!... Pues así encontraré un hombre que no se me deslizará de entre los dedos. Tomad mis palabras como las entendáis.

—Las tomo como debo —contestó Buckingham con el tono altanero que le era. peculiar—; el señor de Bragelonne es mi amigo; y como le insultáis, me daréis satisfacción de ese insulto.

Wardes le dirigió una mirada a Bragelonne, que fiel a su papel; permanecía tranquilo y frío, y dijo:

—Además, me parece que yo no insulto al señor de Bragelonne, puesto que teniendo éste una espada ceñida no se da por insultado.

——Pero, en fin, ¿insultáis a alguien?

— Insulto al señor de Artagnan —repuso Wardes, advirtiendo que este nombre era el único aguijón que podía despertar la cólera de Raúl.

—Eso es distinto —dijo— Buckingham.

—¿No es verdad —añadió Wardes—, que a los amigos del señor de Artagnan les toca defenderlo?

—Soy de vuestro parecer, caballero —contestó el inglés—; yo no podía razonablemente tomar el partido del señor de Bragelonne, ofendido, estando él aquí; pero, tratándose del señor de Artagnan…

—Me dejáis el puesto, ¿no es cierto? —dijo Wardes.

—No tal, al contrario; desenvaino —dijo Buckingham sacando la espada—; porque si el señor de Artagnan ha ofendido a vuestro señor padre, también prestó, o al menos intentó prestar, un buen servicio al mío.

Wardes hizo un movimiento de estupor.

—El señor de Artagnan —prosiguió Buckingham— es el más perfecto caballero que conozco, y será muy grato, teniendo obligaciones para con él, pagároslas a vos con una buena estocada.

Y, a la vez que se ponía en guardia, saludó a Raúl.

Wardes dio un paso para cruzar el hierro.

—Basta, señores,—dijo Raúl adelantándose y poniendo su acero entre los combatientes—; todo esto no vale la pena de degollarse casi a la vista de la princesa; el señor de Wardes habla mal del señor de Artagnan, pero ni siquiera lo conoce.

—¡Oh! —murmuró Wardes rechinando los dientes y bajando la punta de la espada—, ¿decís que yo no conozco al señor de Artagnan?

—No lo conocéis —repuso fríamente Raúl—, y, todavía ignoráis dónde está.

—¿Yo ignoro dónde está?

—Preciso es que así sea, cuando buscáis querella con los extraños con respecto a él, y no vais a buscarlo dondequiera que se encuentre.

Wardes se puso pálido.

—Pues bien, yo os diré dónde está —continuó Raúl—. El señor de Artagnan se halla en París, en el Louvre cuando está de servicio, y en la calle de los Lombardos cuando no lo está... Siempre se le encuentra en cualquiera de estos dos domicilios; y teniendo vos tantos agravios contra él, sois poco galante no yendo a buscarlo para que os dé la satisfacción que parece pedís a todo el mundo, excepto a él.

Wardes se enjugó el sudor que inundaba su frente.

—Ea, señor de Wardes —continuó Raúl—, no está bien ser tan espadachín como vos, habiendo edictos contra los duelos. Pensad en que no gustaría al rey nuestra desobediencia, sobre todo en este momento, y tendría mucha razón.

—¡Excusas —repuso Wardes—, pretextos!

—Vamos —repuso Raúl—, no digáis tonterías, mi querido señor de Wardes; bien sabéis que el señor duque de Buckingham es hombre que ha sacado diez veces la espada y que igual se batiría la once; ¡lleva un nombre que compromete, qué demonio! En cuanto a mí, bien sabéis que también me bato. Lo he hecho en Sens, en Bleneau, en las Dunas, y a cien pasos delante de la línea, mientras que vos estábais cien pasos detrás. Como que allí había demasiada gente para que se viera vuestra bravura, ahora queréis armar escándalo, para que hablen de vos de cualquier modo. Pues bien, señor de Wardes, no contéis conmigo para ayudaros en esa empresa.

—Tenéis mucha razón —dijo Buckingham envainando su espada—; perdón señor de Bragelonne, por haberme dejado llevar de un primer impulso.

Enojado Wardes, dio un salto, amenazando con la espada a Raúl, que sólo tuvo tiempo para hacer una parada en cuarta.

—¡Oh, caballero.! —dijo tranquilamente Bragelonne—. Cuidado no me dejéis tuerto.

—¡Mas no queréis batiros! —exclamó Wardes.

—Por el momento, no; pero os lo prometo cuando lleguemos a París: primero os llevaré a ver al señor de Artagnan, a quien diréis los agravios que contra él tenéis; el señor de Artagnan pedirá permiso al rey para daros una estocada; lo concederá; y, recibida la estocada, ya consideraréis con ojos más tranquilos los preceptos del Evangelio que mandan el perdón de las injurias.

—¡Ah! —exclamó Wardes, furioso de ver esta sangre fría—. ¡Bien se ve que sois un bastardo a medias, señor de Bragelonne!

Raúl púsose blanco como el cuello de su camisa, y su mirada lanzó un relámpago que hizo retroceder a Wardes.

Buckingham se interpuso entre los dos adversarios, temiendo que vinieran a las manos.

Wardes había guardado esta injuria para lo último, y apretaba convulsivamente la espada esperando el choque.

—Tenéis razón —dijo Raúl haciendo un violento esfuerzo—; solamente conozco el nombre de mi padre; pero sé demasiado que el señor conde de la Fère es hombre de bien y de honor para temer, ni un solo instante, que haya una mancha en mi nacimiento. La ignorancia que tengo del nombre de mi madre es sólo una desgracia para mí, y no un oprobio. Vos faltáis a la lealtad y a la cortesía echándome en cara una desgracia. No importa... El insulto existe, y esta vez me tengo por injuriado... Por consiguiente, es cosa convenida que, después de haber ventilado vuestra querella con el señor de Artagnan, os veréis conmigo, si gustáis.

—¡Oh! —respondió Wardes con sonrisa amarga—. Admiro vuestra discreción, caballero; ahora poco me prometíais una estocada del señor de Artagnan, y después de haberla recibido me ofrecéis la vuestra.

—No os inquietéis —contestó Raúl con sorda cólera—; el señor de Artagnan es hombre hábil en asuntos de armas, y le suplicaré haga por vos lo que hizo por vuestro señor, padre; esto es que no os mate del todo, para que me quede el placer, cuando sanéis, de mataros seriamente; porque tenéis un corazón malvado, señor de Wardes, y todas las precauciones no serían bastantes para librarse de vos.

—Yo también las tomaré contra vos, descuidad —dijo Wardes.

—Permitidme —dijo Buckingham— que traduzca vuestras palabras con un consejo que deseo dar al señor de Bragelonne. Señor Vizconde, llevad siempre una coraza.

Wardes apretó los puños.

—¡Ah! Ya comprendo —dijo—, esos señores esperan haber tomado esa precaución para medirse contra…

—Vamos —dijo— Raúl—; ya que absolutamente lo queréis, concluyamos.

Y dio un paso hacia Wardes tendiendo la espada.

—¿Qué hacéis? —preguntó Buckingham.

—Tranquilizaos —contestó Raúl—; esto no durará mucho.

Wardes se puso en guardia, y se cruzaron los hierros, adelantándose con tal precipitación sobre Raúl, que al instante conoció Buckingham que este dominaba a su enemigo.

El duque retrocedió un paso para mirar la lucha.

Raúl estaba tranquilo, como si tirase al florete en lugar de la espada; paró con las tres o cuatro estocadas que le tiró Wardes, y, amenazándolo con una cuarta baja, que Wardes paró haciendo círculo, lió su espada en la de éste, desarmándolo y tirándola a unos veinte pasos del otro lado de la balaustrada.

Como que Wardes estaba desarmado y aturdido, Raúl volvió el acero a la vaina, lo asió por el cuello y la cintura, y lo tiró al otro lado de la balaustrada, estremecido de cólera.

—¡Ya nos veremos! ¡Ya nos veremos! —exclamó Wardes levantándose y recogiendo la espada.

— ¡Pardiez! —dijo Raúl—. Eso es lo que estoy repitiendo hace una hora.

Y volviéndose a Buckingham, repuso:

—Duque, no digáis una palabra de esto; me avergüenzo de haber llegado a tal extremo, pero me cegó la cólera... y os pido perdón; olvidadlo.

—Amigo vizconde —dijo el duque, estrechando aquella mano tan fuerte y tan leal—; permitidme, por el contrario, que me acuerde, y os diga que ese hombre es peligroso y os matará.

—Mi padre —contestó Raúl— ha vivido veinte años amenazado por un enemigo más terrible, y no ha muerto. Soy de una sangre que favorece Dios, señor duque.

—Vuestro padre tenía excelentes amigos, vizconde.

—Sí, amigos como ya no hay.

—¡Oh! No digáis eso en el instante en que os brindo con mi amistad.

Y abrió sus brazos a Bragelonne, que recibió con regocijo la alianza ofrecida.

—En mi familia —añadió Buckingham— se muere por aquellos que se aman, bien sabéis esto, señor de Bragelonne.

—Sí, duque, lo sé —respondió Raúl.

LXXXVII

LO QUE EL CABALLERO DE LORENA PENSABA DE MADAME

Nada interrumpió ya el sosiego de la marcha. Bajo un pretexto que no llamó la atención, tomó la delantera el señor de Wardes, llevándose a Manicamp, cuyo humor, igual y pacífico, le servía de contrapeso.

Hay que notar que los ánimos turbulentos e inquietos siempre encuentran una asociación que hacer con caracteres dulces y tímidos, como si los unos buscaran en el contraste un descanso a,[1] su humor, y los otros una defensa a su propia debilidad.

Buckingham y Bragelonne, iniciando a Guiche en su amistad, formaban durante la marcha un concierto de alabanzas en honor de la princesa.

Sólo que Bragelonne había obtenido que el tal concierto se diese por tríos en lugar de proceder por solos, como Guiche y su rival parecían tener la peligrosa costumbre.

Éste método de armonía fue muy grato a madame Enriqueta y a la reina madre; quizá no fue de tanto gusto para la joven princesa, que era coqueta como un demonio, y que, sin temer por su vez, buscaba siempre las ocasiones de peligro. Tenía, efectivamente, uno de esos corazones valientes y temerarios, que se complacen en los extremos de delicadeza, y buscan el hierro con cierto apetito de la herida.

De modo que sus miradas y sonrisas, proyectiles inagotables, llovían sin descanso sobre los tres jóvenes; y de ese arsenal sin fondo salían ojeadas, besos de manos y otras muchas delicias que iban a herir a distancia a los caballeros de la escolta, a los campesinos, a los síndicos de las ciudades que atravesaban, a los pajes, al pueblo, a los lacayos y a todo el mundo; finalmente, aquello era un general estrago, una devastación universal.

Cuando Madame llegó a París, había hecho en el camino cien mil enamorados y llevaba seis locos y dos privados de razón.

Tan sólo Raúl, adivinando toda la seducción de esta mujer, y no teniendo en su corazón sitio donde pudiera clavarse una flecha, llegó frío y desconfiado a la capital del reino.

Algunas veces habló, durante el camino con la reina de Inglaterra de este encanto embriagador que Madame dejaba en derredor suyo; y la reina madre, que tantas desgracias y decepciones había sufrido, le contestaba.

—Enriqueta debía ser ilustre; bien naciendo sobre el. trono, bien en la obscuridad, pues es una mujer de imaginación, de capricho y de voluntad.

Wardes y Manicamp, exploradores y correos, habían anunciado la llegada de la princesa. La comitiva vio aparecer en Nanterre una espléndida escolta de caballeros y de corazas.

Era Monsieur, que, seguido del caballero de Lorena y de sus favoritos, y acompañados todos de la servidumbre militar de Su Majestad, venían a saludar a la regia prometida.

La princesa y su madre habían cambiado en San Germán el enorme coche de viaje por un elegante y rico carruaje abierto, tirado por seis caballos, enjaezados de blanco y oro.

En esta especie de carretela aparecía, como sobre un trono, bajo el quitasol de seda bordado con anchas franjas de plumas, la bella y joven princesa, cuyo semblante radiante recibía los reflejos rosados.

Monsieur quedó admirado al acercarse a la carroza, y demostró su admiración en términos bastante explícitos para que el caballero de Lorena, se encogiera de hombros, y para que el conde de Guiche y Buckingham los sintiesen en el corazón.

Terminado en todas sus partes el ceremonial, todo el cortejo tomó más lentamente el camino de París.

Las presentaciones habíanse efectuado ligeramente, y el duque de Buckingham fue destinado a Monsieur con los otros caballeros ingleses.

Monsieur sólo había prestado mediana atención.

Mas en el camino, como viera que el duque se acercaba a las portezuelas del carruaje con el mismo ardor que de costumbre.

—¿Quién es ese caballero? —preguntó al de Lorena, su inseparable.

—Hace poco lo presentaron a Vuestra Alteza —replicó el caballero—; es el bello duque de Buckingham.

—¡Ah! Es verdad.

—E1 caballero de Madame —prosiguió el favorito con un tono que sólo los envidiosos pueden dar a las frases mas sencillas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el príncipe—. ¿Pero Madame tiene un caballero de oficio?

—¡Toma! Creo que lo veis como yo; miradlos reír, loquear a los dos.

—A los tres.

—¿Cómo los tres?

—Indudablemente; ya ves a Guiche con ellos.

—¡Cierto!.. : Sí, ya lo veo... ¿Pero qué prueba eso?

— Que Madame tiene dos caballeros en vez de uno.

—¡Todo lo envenenas, víbora!

—Yo no enveneno nada...

— ¡Ah! Señor; sois muy descontentadizo. Hacen a vuestra esposa los honores del reino de Francia, y no estáis satisfecho.

El duque de Orleáns temía la sátira del caballero cuando lo veía en cierto grado de vigor.

Y cortó el diálogo de pronto.

—Es bonita la princesa —dijo negligentemente, como si se tratase de una extraña.

—Sí —replicó en el mismo tono el caballero.

—Pronuncias ese sí lo mismo que un no. Me parece que tiene unos ojos negros muy hermosos.

—Pequeños.

—Es cierto; pero brillantes. Es de buena estatura.

—Un poco delicada, señor.

—No digo que no. El aire es noble.

—Pero el rostro es flaco.

—Los dientes me han parecido admirables.

—Se ven perfectamente; la boca es bastante grande, gracias a Dios. Decididamente, Monsieur; me había engañado; sois más hermoso que vuestra mujer.

—¿Y crees también que soy más hermoso que Buckingham.

—¡Oh, sí! Y él lo sabe sin duda, porque mirad cómo redobla sus cuidados para con Madame.

Monsieur hizo un movimiento de impaciencia; mas como vio pasar una sonrisa de triunfo por los labios del caballero, volvió a poner al paso su caballo.

—Pero, ¿por qué me he de ocupar tanto tiempo de mi prima? —dijo—. ¿No la conozco acaso? ¿No me he criado con ella? ¿No la vi yo cuando era muy niña en el Louvre?

—Perdonadme, príncipe —dijo el caballero—; algún cambio hay en ella. En esa época de que habláis, estaba un poco menos brillante... y principalmente, menos orgullosa que

aquella noche... ¿os acordáis, Monsieur?... en que el rey no quiso bailar con ella, en razón a que la encontraba fea y mal vestida.

Estas palabras hicieron fruncir el ceño al duque de Orleáns. Efectivamente, era poco halagador para él casarse con una princesa á quien el rey no había hecho gran caso en su juventud.

Quizá iba a responderle pero se acercaba Guiche.

Desde lejos había visto al príncipe y al caballero y parecía pretender adivinar las palabras que acababan de cambiarse entre Monsieur y su favorito.

Este último, ya por perfidia, ya por imprudencia, no se tomó la molestia de disimular…

—Conde —dijo— sois de buen gusto.

—Gracias por el cumplido —respondió Guiche—; pero, ¿con qué propósito me decís eso?

—¡Diantre! Apelo de ello a Su Alteza.

—Sin duda —dijo Monsieur—; y bien sabe Guiche que lo tengo por un perfecto caballero. Sentado esto, conde —prosiguió—, hace ocho días que estáis al lado de Madame, ¿no es así?

—Sin duda —respondió Guiche, sonrojándose a pesar suyo.

—Pues bien, decidnos sinceramente lo que pensáis de su persona.

—¡De su persona! —repuso Guiche estupefacto.

—Sí, de su persona, de su talento, de ella; en fin...

Aturdido con semejante pregunta, el conde vaciló en responder.

—Vamos, vamos, Guiche —repuso el caballero riendo—, di lo que piensas, sé franco; Monsieur lo quiere.

—Sí; sí, sé franco —dijo el príncipe.

Guiche balbuceó algunas palabras ininteligibles.

—Bien sé que eso es delicado —repuso Monsieur—; mas tú sabes que todo se me puede decir. Con que vamos, ¿cómo la encuentras?

A fin de ocultar lo que pasaba en él, recurrió Guiche a la única defensa de un hombre sorprendido, mintió.

—Yo no encuentro a Madame ni bien ni mal... Sin embargo...

—¡Cómo, amado conde! —exclamó el caballero—. ¡Vos, que os extasiasteis y gritasteis tanto a la vista de su retrato!

El de Guiche encendióse hasta las orejas, pero felizmente le sirvió para disimular este rubor una huida repentina de su caballo.

—¡El retrato!. .. —exclamó acercándose—. ¿Qué retrato?

El caballero no había separado la vista de él.

— Sí, el retrato. ¿No estaba parecido acaso?

—No sé; he olvidado su retrato... No tengo idea...

—¡Pues buena impresión os produjo.! —dijo el caballero.

—Es posible.

—Pero al menos, decidnos si tiene talentopreguntó el duque.

—Me parece que sí, señor.

—¿Y el señor de Buckingham, lo tiene? —dijo el caballero.

—Lo ignoro...

—Pues yo soy de parecer que sí—repuso el caballero—, porque hace reír a Madame y ella parece gustar mucho de su sociedad; lo que jamás sucede a una mujer de talento cuando se halla en la compañía de un tanto.

— Entonces tiene talento —dijo cándidamente Guiche, en cuyo auxilio llegó de repente Bragelonne, viéndolo enredado con tan peligroso interlocutor, del cual se apoderó, obligándole así a cambiar conversación.

La entrada fue brillante y alegre; el rey, por festejar a su hermano, había ordenado que las cosas se hicieran magníficamente.

Madame y su madre apeáronse en el Louvre, en ese Louvre donde, durante los tiempos de destierro, habían soportado tan dolorosamente la obscuridad, la miseria y las privaciones.

Aquel palacio inhospitalario para la infeliz hija de Enrique IV, aquéllas paredes desnudas, sus techos tapizados de telas de araña, sus grandes chimeneas desquiciadas, todo había cambiado de faz. Colgaduras riquísimas, espesos tapices, relucientes losas, pinturas al fresco, candelabros, espejos, muebles suntuosos, guardias de fiero continente con flotantes penachos, y un pueblo de sirvientes y cortesanos que llenaban las antesalas y las escaleras.

En aquellos patios, donde poco antes crecía la hierba, como si el ingrato Mazarino hubiera querido demostrar a los parisienses que la soledad y el desorden debían de ser, con la miseria y la desesperación, el acompañamiento de las monarquías caídas; en aquellos patios inmensos, mudos, desolados, piafaban hermosos caballos, que arrancaban miles de chispas al brillante enlosado.

Había carrozas pobladas de mujeres jóvenes y bellas, que aguardaban para saludar al paso a la hija de aquella hija de Francia, que durante su viudedad y su destierro no había encontrado una poca de leña para su hogar, ni un pedazo de pan para su mesa, y a quien desdeñaban, los criados más humildes del palacio.

Así es que madame Enriqueta entró en el Louvre con el corazón más henchido de dolor y de tristes recuerdos que su hija, naturaleza olvidadiza y variable, y no con triunfo y alegría.

Bien sabía ella que la acogida brillante se dirigía a la dichosa madre de un rey restablecido sobre el segundo trono de Europa, mientras que la mala se había dirigido a ella hija de Enrique IV, castigada por haber sido desgraciada.

Después que estuvieron instaladas las princesas y que descansaron un corto momento, los hombres, que también se habían repuesto de sus fatigas, volvieron a sus hábitos y a sus ocupaciones.

Bragelonne comenzó por ir a ver a su padre; pero Athos había salido para Blois.

Y entonces fue en busca de Artagnan.

Pero éste, ocupado en la organización de una nueva servidumbre militar del rey, no podía ser hallado.

Bragelonne pensó en el de Guiche.

Mas el conde tenía con sus padres y con Manicamp conferencias que agotaban el día entero.

Peor era con el duque de Buckingham.

Este compraba caballos y diamantes y acaparaba todas las bordadoras, lapidarios y sastres de París. Entre Guiche y él daban un asalto más o menos cortés, en cuyo éxito quería, el duque gastar un millón en tanto que el mariscal de Grammont sólo había dado a Guiche sesenta mil libras.

Buckingham reía y gastaba su millón.

Guiche suspiraba, y hubiérase arrancado los cabellos sin los consejos de Raúl.

—¡Un millón! —repetía diariamente Guiche—. Sucumbiré, sin duda; ¿por qué no querrá el señor mariscal adelantarme mi parte de sucesión?

—Porque la devoraríais —contestó Raúl:

—¡Y qué le importa! Si debo morir..., moriré, y entonces no necesitaré nada.

—Pero, ¿por qué morir? —decía Raúl.

—No quiero ser vencido en elegancia por un inglés.

—Mi apreciado conde —dijo entonces Manicamp—; la elegancia no es costosa, sino difícil.

—Sí, pero las cosas difíciles cuestan muy caras, y no tengo más que sesenta mil libras.

—¡Cáscaras! —dijo Wardes—. Pues gasta tanto como Buckingham... Sólo hay novecientas cuarenta mil libras de diferencia.

— ¿Y dónde hallarlas?

—Contrae deudas.

—Ya las tengo.

—Razón de más.

Estos consejos acabaron por excitar de tal suerte a Guiche, que hizo locuras, cuando Buckingham no hacía más que gastos.

El rumor de estas prodigalidades desarrugaban el ceño de todos los mercaderes de París.

Durante este tiempo reposaba Madame y escribía Raúl a la señorita de La Vallière.

Ya habían escapado cuatro cartas de su pluma, y ninguna contestación llegaba, cuando la mañana misma de la ceremonia del matrimonio, que había de celebrarse en la capilla del palacio Real, estando Raúl vistiéndose, oyó que su criado anunciaba:

—El señor Malicorne.

— ¿Para qué me querrá? —dijo para sí Raúl—.Haz que aguarde —dijo al lacayo.

—Es un señor de Blois dijo el criado.

—¡Ah! ¡Que pase! —exclamó Raúl con viveza.

Entró Malicorne, hermoso como un astro, y portador de una soberbia espada. Y, después de haber saludado graciosamente, dijo:

—Señor de Bragelonne, os traigo mil cumplimientos de una dama.

Raúl ruborizóse y preguntó:

—¿De una dama de Blois?

—Sí, señor; de la señorita de Montalais.

—¡Ah! Gracias, caballero, ahora os conozco—dijo el vizconde—; ¿y qué desea de mí la señorita de Montalais?

Malicorne sacó de su bolsillo cuatro cartas que presentó a Raúl.

—¡Mis cartas! ¡Es posible! —dijo palideciendo—. ¡Mis cartas aún cerradas!

—Señor; esas cartas no han encontrado en Blois a la persona a quien las destinabais, y se os devuelven.

—¿La señorita de La Vallière ha marchado de Blois? —preguntó Raúl.

—Hace ocho días.

—Y, ¿dónde está?

—Debe estar en París.

—Pero, ¿cómo se sabe que estas epístolas eran mías?

—La señorita de Montalais ha reconocido vuestra letra —dijo Malicorne.

Raúl se ruborizó y sonrió.

—Esto es muy atento por parte de la señorita Aura —dijo——. ¿Siempre buena y encantadora?

—Siempre, caballero.

—Debió darme cierta noticia exacta sobre la señorita de La Vallière, y no tendría yo que buscarla en este inmenso París.

Malicorne sacó otra carta del bolsillo. .

—Quizá —dijo— encontréis aquí lo que deseáis saber.

Raúl rompió precipitadamente el sobre; la letra era de Aura, y decía así la epístola:

“París, Palacio Real, día de la bendición nupcial.”

—¿Qué significa esto? —preguntó Raúl a Malicorne—. ¿Lo sabéis vos?

—Lo sé, señor vizconde.

—¡Pues decidlo entonces!

— Imposible, caballero.

—¿Por qué motivo?

—Porque me lo ha prohibido la señorita Aura.

Raúl miró a este personaje extraño, y permaneció mudo.

—Al menos, decidme si eso es bueno o malo para mí.

—Ya lo veréis.

—Grave sois en vuestras discusiones.

—¿Me hacéis una gracia, señor?

—¿En cambio de la que vos no me hacéis?

—Precisamente.

—Decid.

—Tengo el deseo más vivo de ver la ceremonia, y no poseo billete de invitación, a pesar de los pasos que he dado por procurarme uno. ¿Podríais hacerme entrar?

—Sin duda.

—Pues hacedlo por mí, señor, vizconde.

—Lo haré con mucho gusto; acompañadme.

— Soy vuestro fiel servidor, caballero.

—Creí que erais amigo de Manicamp.

—Sí, señor; mas esta mañana; estando viéndolo vestir, derramé una botella de barniz sobre su vestido nuevo, tan perfectamente, que he tenido que salir huyendo. Por eso no he pedido billete, pues me hubiese matado.

—Se concibe —dijo Raúl—; Manicamp es capaz de matar al hombre que sea bastante desgraciado para llevar a cabo el crimen de que me habláis; pero yo repararé el mal con respecto a vos; voy a ponerme la capa; y estoy dispuesto a ser vuestro guía e introductor.

LXXXVIII

SORPRESA DE LA SEÑORITA DE MONTALAIS

La princesa Enriqueta se casó en el Palais Royal.

A pesar del alto favor que indicaba la papeleta de invitación, Raúl, fiel a su promesa, hizo entrar a Malicorne, deseoso de disfrutar aquel golpe de vista.

Cumplido este compromiso, Raúl se acercó a Guiche, quien, para formar contraste con sus espléndidos vestidos, mostraba un rostro tan conmovido por el dolor, que sólo el duque de Buckingham podía disputarle en abatimiento y palidez.

—Ten cuidado, conde —dijo Raúl acercándose a su amigo y preparándose a sostenerlo en el momento en que el arzobispo bendecía a los esposos.

Efectivamente; veíase al señor príncipe de Condé mirar pon curiosos ojos a estas dos imágenes de la desolación, de pie, como dos estatuas a ambos lados de la nave.

El conde observó más cuidadosamente.

Concluida la ceremonia, el rey y la reina pasaron al salón grande, donde se hicieron presentar a la princesa y a su séquito.

Notóse que el rey, que había parecido sorprenderse a la vista de su cuñada, le hizo los más sinceros cumplimientos.

Se notó también que la reina madre, fijando sobre Buckingham una mirada profunda, se inclinó al oído de madame de Monteville para decirle:

— ¿No veis qué parecido tiene con su padre?

Se vio, finalmente, que Monsieur observaba a todos y parecía descontento.

Hecho el recibimiento de los príncipes y embajadores, Monsieur pidió al rey el permiso de presentar, tanto a él como a su esposa; las personas de su nueva casa.

—¿Sabéis, vizconde —dijo por lo bajo el príncipe de Condé a Raúl—, si el cuarto de la princesa ha sido formado por una persona de gusto, y si tendremos algunos semblantes bastante finos?

—Lo ignoro completamente, señor —respondió Raúl.

— ¡Oh! Hacéis como que lo ignoráis.

—¿Eh, señor?

—Sois el amigo de Guiche, que es uno de los amigos del príncipe.

— Ciertamente, señor; pero como el asunto no me interesaba, no he hecho pregunta alguna a Guiche y por su parte Guiche, no habiendo sido interrogado, no se ha franqueado conmigo.

—Mas, ¿y Manicamp?

—He visto, es verdad, a Manicamp en El Havre y en el camino, pero he tenido el cuidado de ser tan poco curioso con él como con Guiche. Además, ¿puede estar enterado Manicamp de todas estas cosas, él, que sólo es un personaje secundario?

— ¡Cómo amigo vizconde!... ¿De dónde salís? Justamente, son los personajes secundarios los que en ocasiones tales gozan de influencia; y la prueba es que casi todos los nombramientos se han hecho por la presentación de Manicamp a Guiche y por la de éste al príncipe.

—Pues bien, señor, ignoraba completamente todo eso —dijo Raúl—, y es una noticia la que se digna darme.

— Quiero creerlo así, aunque parezca increíble; y, además, no tendremos que aguardar mucho; he aquí el escuadrón volante que avanza, como decía la buena reina Catalina... ¡Diablo, qué lindos rostros!

Un grupo de jóvenes adelantábase, en efecto, por la sala; bajo la dirección de madame de Navailles; y, en honor de Manicamp sea dicho, si efectivamente había tomado en esta elección la Dote que le concedía el príncipe de Condé, presentaba un golpe de vista encantador para los que, como el príncipe, eran apreciadores de todos los géneros de belleza.

Una joven rubia, de unos veinte años, cuyos grandes ojos azules despedían al abrirse brillantes llamaradas, iba delante y fue presentada la primera.

—La señorita de Tonnay Charente —dijo, al príncipe la anciana madame de Navailles.

Y el príncipe repitió a su esposa:

—La señorita de Tonnay Charente.

—¡Ah! Esta me parece bastante agradable —dijo Condé volviéndose hacia Raúl—. Y va una.

—En efecto —dijo Raúl—, es bella aunque tiene el aire algo altanero.

—¡Bah! Ya conocemos esos aires, vizconde; dentro de tres meses se habrá amansado; pero mirad, he aquí otra belleza.

—¡Pardiez! —dijo Raúl—. Y una belleza que conozco.

—La señorita Aura de Montalais —dijo madame de Navailles. Nombre y apellido fueron cuidadosamente repetidos por Monsieur.

—¡Gran Dios! —exclamó Raúl fijando sus ojos espantados en la puerta de entrada.

— ¿Qué pasa? —preguntó el príncipe—. ¿Será la señorita Aura de Montalais la que os hace lanzar semejante gran Dios?

—No, señor, no —respondió Raúl, pálido y tembloroso.

—Entonces, si no es la señorita, Aura, será esa rubia encantadora que la sigue. Lindos ojos, a fe mía; algo delgada, pero encantadora.

—La señorita Luisa de la Baume Le Blanc de La Vallieré —dijo madame de Navailles.

Al oír este nombre, que resonaba en lo profundo del corazón de Raúl, una nube subió del pecho a sus ojos.

De modo que nada vio y nada oyó; y, así, no hallando en él más que un eco mudo a sus burlas, el príncipe se fue a ver más de cerca a las bellas jóvenes, a quienes había ya detallado su primera mirada.

—¡Luisa aquí! Luisa dama de honor de Madame! —murmuró Raúl. Y sus ojos, que no le bastaban para convencer su razón, iban de Luisa a Montalais.

Por lo demás, ésta había abandonado su prestada timidez, que sólo debía servirle en el momento de la presentación y para las reverencias.

La señorita Aura, desde su pequeño rincón, miraba por tanto, con bastante seguridad a todos los concurrentes, y habiendo hallado a Raúl, se divertía contemplando la profunda admiración en que su presencia y la de su amiga habían sumido al pobre enamorado.

Aquella ojeada maliciosa, burlona, que Raúl quería evitar, y a quien iba a interrogar inmediatamente, ponía a Raúl en un verdadero suplicio.

Respecto a Luisa, sea timidez natural, sea otro cualquier motivo de que Raúl no podía darse cuenta, tenía constantemente los ojos bajos, e intimidada, deslumbrada, respirando apenas, retirábase todo cuanto podía a un lado, impasible hasta a los codazos de su amiga.

Todo esto era para Raúl un misterio, que el pobre vizconde rabiaba por descubrir.

Pero nadie había allí para darle la clave, ni aun Malicorne, que un poco inquieto por hallarse en medio de tantos caballeros y bastante asustado por las miradas burlonas de la de Montalais, había descrito un círculo, y poco a poco se había ido a colocar a algunos pasos del príncipe, en pos del grupo de camaristas, casi al lado de la señorita Aura, planeta en derredor del cual, humilde satélite, tenía que gravitar como forzosamente.

Al volver en sí Raúl, creyó oír a su lado voces conocidas.

Eran, en efecto, Wardes, Guiche y el caballero de Lorena, que hablaban juntos.

Es cierto que hablaban tan bajo, que apenas se oía el soplo de sus palabras en la vasta sala.

Hablar de este modo desde su puesto, alta la figura, sin inclinarse, sin mirar a su interlocutor, era un talento a cuya sublimidad no podían llegar los nuevos en la corte. Era ne-

cesario un gran estudio para estas conversaciones, que, sin miradas, sin ondulaciones de cabeza, parecían la conversación de un grupo de estatuas.

En efecto, en los grandes círculos del rey y de la reina, al paso que Sus Majestades hablaban y que todos parecían escucharlos con religioso silencio, había gran número de coloquios, en los cuales la adulación era la nota dominante; Mas Raúl era uno de los hábiles en este estudio de etiqueta, y en el movimiento de labios habría podido muchas veces comprender el sentido de las palabras.

—¿Quién es esa Montalais? — preguntaba Wardes—: ¿Quién es La Vallière? ¿Qué significan todas estas provincias que vienen?

—La Montalais —dijo el caballero de Lorena— la conozco; es una buena muchacha, que divertirá a la Corte. La Vallière es una lindísima cojita.

—¡Bah! —dijo Wardes.

—No la despreciéis, Wardes; hay sobre las cojas axiomas latinos muy ingeniosos y sobre todo muy característicos.

— Señores —dijo Guiche mirando a Raúl con inquietud—, un poco de moderación; señores.

Pero la inquietud del conde, en apariencia al menos, era importuna; Raúl había conservado el aspecto indiferente, aun cuando no perdiera una sola palabra de cuanto se había dicho; parecía que iba notando las insolencias y libertades para arreglar con ellos su cuenta cuando llegase la ocasión.

Wardes adivinó este pensamiento, y continuó:

—¿Cuáles son los amantes de estas señoritas?

—¿De la Montalais? —preguntó el caballero.

—Si, de la Montalais, primero. ¡Pues bien, vos, yo, Guiche, cualquiera!

—¿Y de la otra?

— ¡Cuidado, señores! —exclamó Guiche para impedir la respuesta de alardes—; tened cuidado, la princesa nos escucha.

Raúl arrancaba mientras tanto sus encajes, y sus dedos se clavaban en el pecho. Pero, justamente, este encarnizamiento que veía dirigido contra pobres mujeres, le hizo adoptar una resolución formal.

—Esta pobre Luisa —pensó—, no ha venido aquí sino con honroso objeto y bajo una honrosa protección; pero es necesario que conozca este objeto y que sepa quién la protege.

E imitando la maniobra de Malicorne, se dirigió hacia el grupo de las jóvenes camaristas.

Bien pronto concluyó la presentación. El rey, que no había dejado de mirar y admirar a la princesa, salió entonces de la sala con las dos reinas. El caballero de Lorena recobró su puesto cerca de Monsieur, y, a medida que le acompañaba, le fue destilando en el oído algunas gotas, de ese veneno que había reunido hacía una hora al ver nuevos rostros y al sospechar que algunos corazones eran felices.

Al salir el rey llevó tras de si una parte de los asistentes; pero aquellos que entre los cortesanos hacían profesión de independencia o de galantería, comenzaron a aproximarse a las damas.

El príncipe de Condé cumplimentó a la señorita de Tonnay Charente. Buckingham hizo la corte a madame de Lafayette, a quien la princesa amaba ya. Respecto al conde de Guiche, abandonado a Monsieur desde que podía aproximarse solo a Madame, conversaba animadamente con madame de Valentinois, su hermana, con las señoritas de Crequi y de Châtillon.

En medio de estos intereses políticos o amorosos, Malicorne, quería apoderarse de Montalais; pero ésta prefería hablar con Raúl, aun cuando sólo fuese para gozar de sus sorpresas.

Raúl habíase dirigido a la señorita de La Vallière, y la había saludado con el más profundo respeto, visto lo cual, Luisa se ruborizó y balbuceó algunas palabras; pero la Montalais se apresuró a venir en su ayuda.

—Y bien —dijo—: henos aquí.

—Ya lo veo —dijo Raúl sonriéndose——, y justamente vengo a solicitaros una pequeña explicacion sobre vuestra presencia aquí.

Malicorne se aproximó con su más encantadora sonrisa.

—Alejaos, señor de Malicorne, —dijo Montalais—. Verdaderamente que sois bien indiscreto.

Malicorne se mordió los labios y dio dos pasos hacia atrás, sin responder palabra. Solamente su sonrisa cambió de expresión, y de franca que era se convirtió, en burlona.

—¿Deseáis una explicación, monsieur Raúl? —dijo la de Montalais.

—Ciertamente, la cosa vale la pena, y la señorita de La Vallière, camarista de Madame...

— ¿Y por qué no había de ser, cual yo, camarista?

—Recibid mis cumplimientos, señoritas —repuso Raúl, que creyó no le querían contestar directamente.

—Decís eso con un tono poco lisonjero, señor vizconde.

—¿Yo?

—Apelo, sino, a Luisa.

—El señor de Bragelonne piensa quizá que el destino es superior a mi clase —dijo Luisa a media voz.

—¡Oh! No, señorita —replicó vivamente Raúl—. Sabéis muy bien que no son ésos mis sentimientos; no me sorprendería que ocuparais el lugar de una reina, y con mucha más razón éste. Lo único que me sorprende es haberlo sabido hoy solamente, y por casualidad.

—¡Ah! Es cierto —respondió Montalais con su ordinaria viveza.

—Tú nada entiendes de esto, y es difícil que lo comprendas. El señor de Bragelonne te había escrito cuatro cartas; pero sólo tu madre había permanecido en Blois. Era necesario evitar, que estas cartas cayesen en sus manos, las intercepté, y las he devuelto al caballero

Raúl; de manera que él te creía en Blois cuando estabas en París, y no sabía especialmente que hubieras ascendido a esta dignidad.

—¿No has prevenido al caballero Raúl, como te lo supliqué? —exclamó Luisa.

—¡Sí, sí! Para que se hiciese el austero, para que pronunciara máximas profundas, para que deshiciese lo que nosotras con tanto trabajo habíamos hecho. No por, cierto.

—¿Con que tan severo soy? —dijo Raúl.

— Además —añadió la de Montalais—, me convenía así. Partía para París; vos no os encontrabais allí; Luisa lloraba desconsoladamente; interpretadlo como queráis; he rogado a mi protector, al que me había hecho obtener mi nombramiento, que pidiese otro para Luisa y lo ha hecho así. Luisa partió para encargar los trajes, quedándome detrás, porque ya tenía el mío; he recibido vuestras epístolas, y os las he devuelto, añadiendo una postdata que os prometía una sorpresa, mi querido caballero, hela aquí; me parece buena, y no tenéis derecho a pedir otra cosa.

—Ea, señor Malicorne, es tiempo ya que dejemos juntos a estos muchachos; tienen multitud de cosas que decirse; dadme vuestro brazo; espero que tendréis en cuenta este gran honor que se os dispensa, señor Malicome.

—Dispensadme, señorita —dijo Raúl deteniendo a la alegre joven, y dando a sus palabras una entonación cuya gravedad contrastaba con la de Montalais—; perdonadme, ¿podría yo saber el nombre de ese protector? Porque si se os ama para señorita, y con mucha razón (Raúl saludó:), no veo las mismas razones para que la señorita de La Valliére sea protegida.

—¡Dios santo, señor Raúl! —dijo cándidamente Luisa—. La cosa es bien sencilla, y no veo por qué no os la he de decir yo misma... Mi protector es el señor Malicorne.

— Raúl permaneció un momento estupefacto, preguntándose si se burlaba de él; después se volvió para interpelar a Malicorne; pero éste hallábase ya lejos, arrastrado por la Montalais.

La señorita de La Vallière hizo un movimiento para seguir a su amiga, pero Raúl la detuvo con dulce autoridad.

—Os lo ruego, Luisa; una palabra.

—Pero, señor Raúl —dijo Luisa encendida—; estamos solos... Todo el mundo ha partido.. Van a inquietarse y a buscarnos.

—No tengáis cuidado —dijo el joven sonriéndose—; no somos ni el uno ni el otro personajes así importantes para que se note nuestra ausencia.

— ¡Pero y mi servicio, señor Raúl!

— Calmaos; señorita: conozco los usos de la Corte: vuestro servicio no debe empezar hasta mañana; os quedan, por tanto, algunos minutos, durante los cuales podéis darme las explicaciones que voy a tener el honor de pediros.

—¡Cuán grave estáis, señor Raúl! —dijo Luisa alarmada.

—Es que la circunstancia es seria, señorita. ¿Me escucháis ya?

—Os escucho; solamente, caballero, que nos encontramos solos.

Raúl, ofreciéndole la mano, llevó a la joven a la galería inmediata al salón de recibo, cuyos balcones daban a la plaza.

Todo el mundo apretábase en el balcón de en medio, que tenía una balaustrada, y desde donde podían verse con todos los detalles los preparativos de la partida.

Raúl abrió una de las ventanas laterales, y allí, solo con la señorita de La Valliére:

—Luisa —dijo—, sabéis que desde mi infancia os he amado como una hermana, y que habéis sido la confidente de todos mis pesares y la depositaria de todas mis esperanzas.

—Sí —contestó—; sí, señor Raúl, lo sé. Teníais la costumbre, por vuestra parte, de mostrarme igual amistad, igual confianza.

— ¿Por qué en este encuentro no habéis sido mi amiga? ¿Por qué habéis desconfiado de mí?

Vallière no contestó.

—He creído que me amabais —dijo Raúl, cuya voz era cada vez más temblorosa—; he creído que habíais consentido en todos los planes formados de acuerdo para nuestra dicha, cuando nos paseábamos en las grandes alamedas que rodean a Blois. ¿No respondéis, Luisa?

Aquí se interrumpió un instante.

—¿Sería —preguntó respirando apenas—, que ya no me amaseis?

—No digáis eso —replicó en voz baja Luisa.

—Decídmelo, os lo ruego. He puesto toda la esperanza de mi vida en vos, y os he escogido por vuestras costumbres dulces y sencillas. No os dejéis deslumbrar, Luisa; ahora que estáis en medio de la Corte, donde todo lo que es sano se corrompe, donde todo lo que es joven envejece pronto, Luisa, cerrad vuestros oídos para no oír las palabras, cerrad vuestros ojos para no ver los ejemplos, cerrad vuestros labios a fin de no respirar el soplo corrompido. Sin mentiras, sin paliativos, Luisa: ¿debo creer lo que ha dicho la señorita de Montalais? Luisa, ¿habéis venido a París porque yo no estaba ya en Blois?

Luisa se ruborizó y ocultó el semblante entre las manos.

—¡Sí! —exclamó Raúl exaltado—. ¡Sí, por esto habéis venido! ¡Oh! ¡Os quiero como jamás os he amado! Gracias, Luisa, por vuestra adhesión; pero es preciso que tome un partido para poneros a cubierto de todo insulto, para garantiros de toda mácula; Luisa, una dama de honor en la corte de una princesa joven, en este tiempo de amores fáciles y de inconstantes amores; una camarista está colocada en el centro de los ataques, sin tener defensa alguna; esta condición no puede convenirme; es preciso que estéis casada para que seáis respetada.

—¿Casada?

—Casada. ¡Dios mío!

—He aquí mi mano, Luisa; dejad caer en ella la vuestra.

—Mas ¿y vuestro padre?

—Mi padre me dejará libre.

—Sin embargo...

—Comprendo este escrúpulo, Luisa; consultaré a mi padre.

— ¡Oh, Raúl, reflexionad, aguardad.

—¡Esperar! Imposible. Reflexionar, Luisa, reflexionar cuando se trata de vos, sería insultaros. Vuestra mano, querida Luisa: soy dueño de mis actos; mi padre dirá sí, os lo juro. Vuestra mano; no me hagáis esperar así; respondedme pronto una palabra, una sola; y si no, creeré que para cambiares absolutamente, ha bastado un solo paso en el palacio, un solo soplo del favor, una sola sonrisa de las reinas, o una sola mirada de Su Majestad.

Apenas había pronunciado Raúl esta última palabra, cuando La Valliére se puso pálida como la muerte, sin duda por el miedo que tenía de ver exaltarse al joven.

Así, por un movimiento rápido como el pensamiento, arrojó sus dos manos en las de Raúl. Después huyó, sin añadir una palabra, y desapareció, sin haber mirado atrás.

Raúl se estremeció al contacto de aquellas manos, y recibió el juramento como un juramento solemne, arrancado por el amor a la timidez virginal.

LXXXIX

EL CONSENTIMIENTO DE ATHOS

Raúl salió del Palias Royal preocupado con pensamientos que no admitía dilación ponerlos en práctica.

Montó a caballo y tomó el camino de Blois, mientras se verificaban, con gran alegría de los cortesanos y gran pena de Guiche y de Buckingham, las bodas de Monsieur y de la princesa de Inglaterra.

Caminaba aprisa; en dieciocho horas llegó a Blois.

Durante el camino había preparado sus mejores argumentos.

La fiebre también es un argumento sin réplica, y Raúl tenía fiebre.

Athos hallábase, en su gabinete, añadiendo algunas páginas a sus Memorias, cuando entró Raúl, conducido por Grimaud.

El caballero no tuvo necesidad más que de una mirada para reconocer algo de extraordinario en la actitud de su hijo.

—Me parece que venís para asuntos de importancia — dijo, señalando una silla a Raúl, después de haberlo abrazado.

—Sí, señor —respondió le joven—; y os ruego me prestéis esa benévola atención que siempre me habéis concedido.

— Hablad, Raúl.

— Señor: he aquí el hecho sin ningún preámbulo, indigno de un hombre como vos: la señorita de La Vallière se halla en París como camarista de Madame. —Me he consultado bien, y amo a la señorita de La Vallière con toda mi alma, y no me conviene dejarla en un puesto donde su reputación y su virtud pueden verse expuestas; deseo, por tanto, darle, mi mano, y vengo, señor, a solicitaros vuestro consentimiento para este matrimonio.

Athos había guardado durante esta comunicación un silencio y reserva absolutos.

Raúl comenzó su discurso con la afectación de la sangre fría, y lo había terminado dejando ver en cada palabra intensa emoción.

Athos fijó en Bragelonne una mirada profunda mezclada de cierta tristeza.

— ¿Luego habéis reflexionado bien? —preguntó.

— Sí, señor.

—Me parecía haberos dicho mi opinión respecto a este enlace.

—Lo sé, señor —respondió Raúl en voz baja—; pero respondisteis que si insistía...

— ¿E insistís?

Bragelonne balbuceó un sí casi ininteligible:

—Es preciso, en efecto, caballero —continuó tranquilamente Athos—, que vuestra pasión sea bien fuerte, puesto que, a pesar de mi repugnancia a esta unión, persistís en desearla.

Raúl. pasó por su frente una mano temblorosa, enjugando así el sudor que la inundaba.

Athos le miró, y la piedad descendió hasta el fondo de su, corazón.

Se levantó.

—Está bien: mis sentimientos personales nada significan, puesto que se trata de los vuestros; me rogáis y estoy a vuestras órdenes. Veamos, ¿qué deseáis de mí?

— ¡Oh! Vuestra indulgencia, señor; ,vuestra indulgencia ante todo —dijo Raúl cogiéndole sus manos.

—Os engañáis respecto de mis sentimientos hacia vos. Raúl; hay más que eso en mi corazón —replicó el conde.

Raúl besó la mano que tenía entre las suyas, como habría podido hacer el más apasionado amante.

—Veamos, veamos —dijo Athos—; decidme, Raúl; vedme dispuesto: ¿Qué debo firmar?

— ¡Oh! Nada, señor, nada; solamente sería bueno que os tomaseis la pena de escribir al rey y pedir en mi nombre a Su Majestad, al que pertenezco, el premio de dar mi mano a 1a señorita La Vallière.

—Bien; habéis tenido buen sentido, Raúl. En efecto, después que yo; mejor dicho, antes que yo, tenéis un señor, y este señor es el rey; os sometéis voluntariamente a una doble prueba; eso es leal.

— ¡Oh, señor!

—Voy, Raúl, a acceder al momento a vuestro deseo.

El conde se aproximó a la ventana, e inclinándose ligeramente fuera:

—¡Grimaud! —gritó.

Grimaud mostró su cabeza a través de un enrejado de jazmines que arreglaba.

—Mis caballos —continuó el conde.

—¿Qué significa esa orden, señor?

—Que partimos dentro de dos horas.

—¿Para: dónde?

—Para París.

—¿Cómo para París? ¿Venís a París, señor?

—¿No está el rey en París?

—Sin duda.

—¡Y bien! ¿No es preciso que vayamos allí o habéis perdido el juicio?

—Pero, señor —dijo, Raúl casi espantado de aquella condescendencia paternal—, no pido os incomodéis, por mí, y una simple carta...

—Raúl, os equivocáis respecto a mi importancia; no es conveniente que un simple caballero como yo escriba a su rey. Quiero y debo hablar a Su Majestad, y lo haré. Partiremos juntos, Raúl.

——¡Oh, cuántas bondades, señor! ¿Cómo creéis se hallará dispuesto Su Majestad?

——¿Hacia mí, señor?

—Sí.

—¡Oh! Perfectamente.

—¿Os lo ha dicho?

—Con su propia boca.

—¿Con qué motivo?

—Con el de una recomendación del señor Artagnan, y con motivo de una querella en la Greve, dónde tuve la fortuna de sacar la espada, por Su Majestad. Puedo creerme, sin amor propio, bastante avanzado en el ánimo de Su Majestad.

—Tanto mejor.

—Pero, os lo suplico —continuó Raúl—; no guardéis conmigo esa seriedad y esa discreción; no me hagáis arrepentirme por haber escuchado un sentimiento más fuerte que todo.

—Es la segunda vez que me lo decís, Raúl: no era esto necesario; queréis una formalidad de consentimiento; os la doy, y no hablemos más. Venid a ver mis nuevas plantaciones, Raúl.

El joven sabía que después de haber expresado el conde una vez su voluntad, no había medio de discutir.

Bajó la cabeza, y siguió a su padre al jardín.

Athos le mostró lentamente las plantas y las flores.

Esta tranquilidad desconcertaba cada vez más a Raúl: el amor que llenaba su corazón le parecía bastante grande para que apenas pudiese contenerlo el mundo. ¿Cómo el corazón de Athos permanecía vacío y cerrado a su influencia?

Así, Bragelonne, reuniendo todas sus fuerzas, exclamó de repente:

— Señor, ¿es posible que no tengáis alguna razón para rechazar a la señorita de La Vallière? En nombre del Cielo; ella, tan buena, tan dulce, tan pura, que vuestro espíritu, lleno de suprema sabiduría debería apreciarla en su valor, ¿existe entre vos y su familia alguna enemistad secreta, algún odio hereditario?

—Ved, Raúl, esta bella planta —dijo Athos— ved cuánto bien le hacen la sombra y la humedad; la sombra especialmente de la hoja del sicomoro, por medio de las cuales filtra el calor y no la llama del sol.

Raúl se detuvo y se mordió los labios. Después, sintiendo afluir la sangre a sus sienes:

—Señor —dijo valientemente—; una explicación, os lo ruego; no podéis olvidar que vuestro hijo es un hombre.

— Entonces —respondió Athos volviéndose con serenidad—; entonces probadme que sois un hombre, ya que no me probáis que sois un hijo. Os rogaba que esperaseis el momento de un ilustre enlace; os habría buscado una esposa en las primeras filas de la rica nobleza; que más que nada que pudieseis brillar con el doble brillo que dan la gloria y la fortuna, puesto que ya tenéis la nobleza de casta.

—¡Señor —exclamó Raúl, animado por un primer impulso—, el otro día me han echado a la cara no conocer a mi madre!

Athos, palideció; después, frunciendo el ceño como el dios supremo de la antigüedad:

—Ya debiera saber lo que respondisteis, caballero —dijo majestuosamente:

—¡ Oh! Perdón... perdón... —murmuró el joven, cayendo desde lo alto de su exaltación.

—¿Qué respondisteis, caballero? —preguntó el conde dando una patada.

— Señor, tenía la espada en la mano; el que me insultaba se mantenía en guardia; hice saltar su espada por encima de una balaustrada, y a él lo envié por el mismo camino a recoger su acero.

— ¿Y por qué no lo matasteis?

—Su Majestad prohíbe el duelo, señor; y era en aquel momento embajador del rey.

—Está bien —dijo Athos—; pero razón de más para que vaya a hablar al rey.

—¿Qué vais, señor, a pedirle?

—La autorización de desenvainar la espada contra el que nos ha hecho esa ofensa.

—Señor, si no obré como debía obrar, perdonadme, os lo suplico.

— ¿Quién os acusa, Raúl?

—Pero ese permiso que queréis pedir al rey...

—Raúl, rogaré al rey que firme vuestro contrato de matrimonio con una condición...

—Señor...

—¿Tenéis necesidad de condiciones conmigo?

— Mandad, señor, y obedeceré.

—A condición —continuó Athos—, de que me diréis el nombre del que así ha hablado de... vuestra madre.

— Pero, señor, ¿qué necesidad tenéis de saber ese nombre? A mí es a quien la ofensa ha sido hecha, y una vez obtenido el permiso de Su Majestad, a mí toca la venganza.

—Su nombre, caballero.

—No consentiré que os expongáis.

—¿Me tomáis por una dueña? Su nombre.

— ¿Lo exigís?

—Lo mando.

—El vizconde de Wardes.

—¡Ah! —dijo tranquilamente Athos . Está muy bien; lo conozco. Pero nuestros caballos están ensillados, caballero, y, en vez de partir dentro de dos horas, partiremos inmediatamente. A caballo, caballero, a caballo.

XC

EL DUQUE DE BUCKINGHAM INSPIRA CELOS A MONSIEUR

Mientras el conde de la Fère se encaminaba directamente a París, acompañado de Raúl, el Palais Royal era teatro de una escena que Molière habría llamado eminentemente cómica.

Era el cuarto día siguiente al de su casamiento, cuando, habiendo almorzado de prisa, Monsieur pasó por las antesalas frunciendo el ceño y mordiéndose los labios.

No había sido alegre el almuerzo; Madame se había hecho servir en sus habitaciones.

Monsieur almorzó, por tanto, con algunos amigos íntimos.

El caballero de Lorena y Manicamp eran los únicos que habían asistido a este almuerzo, que duró tres cuartos de hora, sin que durante él se hubiese hablado una sola palabra.

Manicamp, menos avanzado en la intimidad de Su Alteza Real que el señor de Lorena, procuraba en vano leer en los ojos del príncipe la causa de aquella fisonomía tan triste.

El caballero de Lorena que no tenía necesidad de adivinar nada, atendido que lo sabía todo, comedor con el apetito extraordinario que le daban los pesares ajenos, y gozaba a la vez con el despecho de Monsieur y la turbación de Manicamp.

Sentía placer en retener en la mesa al príncipe, que se abrasaba en deseos de dejar la silla.

No pocas veces Monsieur se arrepentía de aquel ascendiente que había dejado tomar sobre él al caballero de Lorena, y que lo eximía de toda etiqueta.

Monsieur hallábase en uno de esos instantes, pero temía al caballero casi tanto como le quería y se contentaba con rabiar interiormente.

Alguna que otra vez Monsieur alzaba sus ojos al cielo, luego los bajaba sobre los pedazos de pavo que el caballero atacaba; después, finalmente, no atreviéndose a estallar, se entregaba a una pantomima de la cual Arlequín se habría mostrado celoso.

En fin, Monsieur no pudo contenerse, y a los postres, levantándose, irritado, como ya hemos dicho, dejó al caballero de Lorena que acabase el almuerzo a su gusto.

Al ver levantarse al príncipe, Manicamp se puso en pie, servilleta en mano.

Monsieur corrió hacia la antecámara y hallando a un ujier, le dio una orden en voz baja.

Después, volviendo atrás a fin de no pasar por el comedor, atravesó sus gabinetes para ir a buscar a la reina madre a su oratorio, donde estaba habitualmente.

Podrían ser las diez de la mañana.

Ana de Austria escribía cuando entró el príncipe.

La reina madre quería mucho a este hijo, bello de rostro y dulce de carácter.

Monsieur, en efecto, era más tierno, o si se quiere, más afeminado que el rey.

Había conquistado a su madre por esas pequeñas sensibilidades que tanto agradan a las mujeres; Ana de Austria, a quien habría agradado mucho tener una hija, casi encontraba en este hijo las atenciones, los pequeños cuidados y los encantos de una niña de doce años.

Así Monsieur empleaba todo el tiempo que pasaba en el cuarto de su madre en admirar sus lindos brazos; en darle consejos sobre su cabello o recetas para sus esencias, que la reina cuidaba mucho; después le besaba las manos y los ojos con gracia juguetona y tenía siempre algún dulce que ofrecerle o algún traje nuevo que recomendarle.

Ana de Austria, amaba al rey, o mejor dicho, la monarquía en su hijo primogénito; Luis XIV representaba la legitimidad divina. Era reina madre con el rey, pero con Felipe sólo era madre.

Y este último sabía que de todos los refugios, el seno de una madre es el más dulce y el más seguro.

Así, niño aún, iba allí a refugiarse cuando se levantaban tempestades entre su hermano y él; con frecuencia, después de los combates a puñetazos y arañazos a que el rey y su rebelde súbdito se entregaban en camisa sobre un lecho disputado, teniendo al ayuda de cámara Laporte por único juez de campo, Felipe, vencedor, pero espantado de su victoria, iba a pedir refuerzos a su madre, o al menos la seguridad de un perdón que Luis XIV sólo concedía difícilmente y a larga distancia.

Ana había logrado con esta costumbre de intervención pacífica conciliar todas las diferencias de sus hijos y participar con este motivo de todos sus secretos.

El rey, algo celoso de este cariño maternal que derramábase especialmente sobre su hermano, se sentía dispuesto hacia Ana de Austria a mayor sumisión y a más delicadas atenciones de lo que de sí daba su carácter.

Ana de Austria había particularmente practicado este sistema de política respecto a la joven reina, y así reinaba casi despóticamente sobre la real pareja, y ya levantaba todas sus baterías a fin de reinar con el mismo absolutismo sobre su segundo hijo y su joven esposa.

Ana de Austria casi se alegraba, por tanto, cuando veía entrar en su cuarto una fisonomía larguirucha, pálidos carrillos y ojos llorosos, conociendo que se trataba de socorrer al más débil o al mas revoltoso.

Escribía, hemos dicho, cuando Monsieur entró en su oratorio, no con los ojos encendidos y pálido el rostro, sino inquieto, destechado, triste.

Besó distraído los brazos de su madre y se sentó antes de que ella se lo permitiese.

Con las costumbres de etiqueta establecidas en la corte de la reina Ana de Austria, este olvido era una prueba de profunda adulación por parte especialmente de Felipe, que practicaba tan gustoso la distracción del respeto.

Mas si faltaba tan notoriamente a todos estos principios, sin duda que la causa debía ser grave.

—¿Qué tenéis, Felipe? —preguntó Ana de Austria volviéndose hacia su hijo.

—¡Ah, señora! muchas cosas — contestó el príncipe con dolorido acento.

—Parecéis, en efecto, hombre muy preocupado —dijo la reina dejando la pluma en el tintero.

Felipe frunció el ceño, pero no respondió.

—En todas esas cosas que llenan vuestro espíritu —dijo Ana de Austria—, debe sin embargo hallarse alguna que os ocupe más que las otras.

—Una, efectivamente, señora, me ocupa más que las otras.

—Pues; ya os escucho.

Felipe abrió la boca para comenzar a decir todas las quejas que anegaban su corazón, y parecía que sólo esperaban una salida para exhalarse; mas de repente se calló, y todo lo que tenía sobre su corazón se condensó en un suspiro.

—Veamos; Felipe; un poco de firmeza —dijo la reina madre—. Uno se queja casi siempre de alguien que nos incomoda:.. ¿No es verdad?

—No digo eso, señora.

—¿Entonces, de qué deseáis hablar?... Vamos.

—Lo que tengo que decir, señora, es ciertamente muy delicado.

—¡Ah, Dios mío! Indudablemente; porque al fin una mujer..

— ¡Ah! ¿Queréis hablar de Madame? —preguntó la reina madre con vivo sentimiento dé curiosidad.

—¿De Madame?

—De vuestra mujer, en fin.

—Sí, lo entiendo. .

—Y bien, si es de la princesa de quien queréis hablarme, no os cortéis, hijo mío. Soy vuestra madre; y Madame sólo es para mí una extraña. Sin embargo, como nuera que es, no dudéis de que oiré con interés, aun cuando sólo sea por vos, todo lo que tengáis que decirme.

—Vamos, a vuestra vez, señora —dijo Felipe—, confesadme si no habéis observado algo.

—¿Qué, Felipe? Usáis palabras de una vaguedad espantosa...

— ¡Algo! ...

— ¿Y de qué clase?

——La princesa es hermosa.

—Ciertamente.

—Sin embargo, no es una belleza.

—No; pero a medida que crezca puede hermosearse mucho. Ya habéis notado el cambio que unos años han producido en su semblante. Pues bien, se desarrollará más y más, puesto que sólo tiene dieciséis años. A los quince yo también era muy delgada; pero, al fin, tal como es, la princesa es linda.

—Por consiguiente, han podido observarla, fijarse en ella.

—Sin duda, mírase a una mujer ordinaria, y con mucha más razón a una princesa.

—Ha sido bien educada; ¿no es verdad, señora?

— Madame Enriqueta, su madre, es una mujer un poco fría, algo pretenciosa, pero de bellos sentimientos. La educación de la joven princesa puede haber sido descuidada, pero en cuanto a sus principios, los creo buenos: tal al menos era mi juicio sobre ella cuando estaba en Francia; después ha regresado a Inglaterra, y no sé lo que ha pasado allí.

— ¿Qué es lo que queréis decir?

— ¡Dios mío! Quiero decir sencillamente que ciertas cabezas, un poco ligeras, cambian fácilmente con las prosperidades.

—Pues bien, señora; habéis dado en el quid; creo en efecto a la princesa una cabeza bastante ligera.

—No hay que exagerar, Felipe; tiene viveza y cierta dosis de coquetería muy natural en una joven; mas, hijo mío, en las personas de elevada alcurnia este defecto es a veces una ventaja de la Corte. Una princesa algo coqueta forma ordinariamente una Corte brillante; una sonrisa suya hace nacer por doquiera el lujo, el talento y hasta el valor; la nobleza se bate mejor por un príncipe cuya esposa es lindísima.

—Gracias, señora —dijo Felipe con mal humor—; en verdad, me hacéis pinturas demasiado alarmantes, madre.

—¿Por qué? —preguntó la reina madre con simulada ingenuidad.

—Sabéis, señora —dijo dolientemente Felipe—; cuánta repugnancia sentía a casarme.

—¡Ah! Esta vez me alarmáis. ¿Tenéis acaso alguna queja grave contra Madame?

—Grave, no he dicho eso.

— Entonces abandonad esa fisonomía conmovida. Si os mostráis así en vuestra casa, os tomarán por un marido muy desgraciado.

—En realidad —contestó Felipe—; no soy un marido satisfecho;. y me alegro que se sepa.

— ¡Felipe! ¡Felipe!

—A fe mía, señora, os lo manifestaré francamente: no había comprendido la vida tal como se me quiere hacerla pasar.

— Explicaos.

—Mi mujer no me pertenece, en realidad; se me escapa con cualquier motivo. Por la mañana son las visitas, las correspondencias, el tocador; por la noche, los bailes y los conciertos.

— ¡Estáis celoso, Felipe!

— ¡Yo! ¡Dios me libre! A otros, y no a mí, ese tonto papel de marido celoso; pero estoy contrariado.

—Felipe, todo eso que echáis en cara a vuestra esposa son cosas inocentes; y mientras no tengáis algo más considerable...

—Escuchadme; sin ser culpable, una mujer puede inquietar; hay ciertas amistades, ciertas preferencias que muestran las jóvenes, y que bastan para dar al diablo a los maridos menos celosos.

— ¡Ah! Henos, por fin, en la cuestión. ¡No nos ha costado poco trabajo! ¡Las amistades, las preferencias, bueno! Hace una hora que perdemos el tiempo, y hasta este instante no habéis abordado la verdadera cuestión.

—Pues bien, sí...

—Esto es más grave. ¿Habrá cometido la princesa esas faltas hacia vos?

—Precisamente

—¡Cómo! ¿Vuestra mujer, después de cuatro días de matrimonio, preferiría a alguno; frecuentaría la sociedad de alguno? Cuidado, Felipe, exageráis sus faltas; a fuerza de querer probar mucho, no se prueba a veces nada.

El príncipe, asustado por la gravedad de su madre, quiso responder, pero sólo pudo tartamudear algunas frases ininteligibles.

—He aquí que ya retrocedéis —dijo —Ana de Austria—; prefiero eso, porque reconocéis así que habéis obrado mal.

—¡No! —murmuró Felipe—. No retrocedo, y voy a probarlo. He dicho preferencias, ¿no es verdad? He dicho amistades, ¿no es así? Pues bien, escuchadme.

Ana de Austria preparóse complacida a escuchar con ese placer de comadre, que la mejor mujer, la mejor madre, aunque sea reina, halla siempre en mezclarse en las pequeñas querellas de dos esposos.

—Bien —repuso Felipe—; decidme una cosa.

— ¿Cuál?

—¿Por qué mi esposa ha conservado una corte inglesa? Decídmelo. Y Felipe cruzóse de brazos, como si creyera que con nada era posible responder a su interpelación.

—Pero —replicó Ana de Austria— la razón es muy sencilla: porque los ingleses son sus compatriotas; porque han gastado mucho dinero en acompañarla a Francia, y sería poco delicado despedir bruscamente a una nobleza que no ha retrocedido ante ninguna prueba de adhesión, ante ningún sacrificio.

—¡Eh, madre mía!. ¡Valiente sacrificio, en verdad, abandonar un despreciable país para venir a un bello suelo, donde se hace con un escudo más efecto que en otras partes con cuatro! ¡Bella adhesión, sin duda, la de caminar cien leguas a fin de acompañar a una mujer a quien se ama!

—¡A quien se ama, Felipe! ¿Pensáis lo que estáis diciendo?

—Sí, por cierto.

—¿Y quién está enamorado de la princesa?

—El apuesto duque de Buckingham. No vayáis a defender a éste también, madre mía.

Ana de Austria se ruborizó y sonrió al mismo tiempo. El nombre del duque de Buckingham le traía a la vez dulces y melancólicos recuerdos.

—¿El duque de Buckingham? — murmuró.

—Sí, uno de esos amantes preferidos, como decía mi abuelo Enrique IV.

—Los Buckingham son leales, y bravos —dijo con energía Ana de Austria.

—¡Vamos, bien! ¡He aquí a mi madre que defiende contra mí al galán de mi mujer! —exclamó Felipe, hasta tal punto exasperado, que su débil naturaleza se conmovió hasta llorar.

—Hijo mío, la expresión no es digna de vos. Vuestra esposa no tiene galanes, y si debiera tener uno, no sería ciertamente el duque de Buckingham; las personas de esa casta, os lo repito; son leales y discretas; la hospitalidad es para ellos sagrada.

—Vamos, señora, el duque de Buckingham es un inglés, y los ingleses no respetan tan religiosamente el bien de los príncipes franceses.

Ana se ruborizó de nuevo, y volvió la cabeza a pretexto de sacar la pluma del tintero, pero en realidad para ocultar el rubor a los ojos de su hijo.

—En verdad, Felipe —le dijo—, sabéis hallar palabras que confunden, y vuestra cólera os ciega tanto como me espanta; reflexionad y veamos…

—Señora, no tengo necesidad de reflexionar; veo ya.

—¿Qué veis?

—Veo que el duque de Buckingham no abandona a mi esposa. Se atreve a hacerle regalos, y ella a aceptarlos. Ayer hablaba de bolsitas de violeta, y bien lo sabéis vos, señora, que tantas veces las habéis pedido sin obtenerlas, ya que nuestros perfumistas franceses jamás han podido encontrar este olor. Pues bien, el duque llevaba también una bolsita de violetas. Lo cual prueba que la de mi mujer procedía de él.

—Realmente, caballero —dijo Ana de Austria—, edificáis pirámides sobre puntas de aguja. ¿Qué mal, os pregunto, hay en que un compatriota dé a la princesa una fórmula de nuevas esencias? Esas singulares ideas, os lo juro, me hacen recordar dolorosamente a vuestro padre, que tantas veces me ha hecho sufrir injustamente.

—El padre del duque de Buckingham era más reservado, más respetuoso que su hijo —dijo aturdidamente Felipe, sin ver que atacaba rudamente el corazón de su madre.

La reina palideció y apoyó su mano sobre el pecho, pero se repuso prontamente.

—En fin —le dijo—: ¿habéis venido aquí con alguna intención?

—Sin duda.

—Entonces, explicaos.

—He venido, señora, con intención de quejarme enérgicamente, y para preveniros que no sufriré nada de parte del duque de Buckingham.

—¿Que no sufriréis rada? ¿Qué haréis?

—Me quejaré a Su Majestad.

—¿Y qué queréis que el rey os responda?

—Pues bien —dijo Monsieur con expresión de feroz firmeza, en extraño contraste con la acostumbrada dulzura de su fisonomía—, yo mismo me haré justicia.

—¿Qué queréis decir con que os haréis justicia? —preguntó Ana de Austria con cierto calofrío.

—Quiero que el duque dé Buckingham abandone a Madame; quiero que el duque de Buckingham abandone Francia, y le haré significar mi voluntad.

—No haréis nada de eso, Felipe —dijo la reina—; porque si obraseis así, si hasta tal punto violaseis la hospitalidad, invocaría contra vos la severidad del rey.

—¡Me amenazáis, madre! —exclamó Felipe desconsolado—. ¡Me amenazáis cuando me lamento!

—No, no os amenazo; pongo un dique a vuestros furores. Os digo que adoptar contra el duque de Buckingham u otro inglés cualquiera una medida rigurosa, y hasta usar una conducta poco delicada, es arrastrar a Francia y a Inglaterra a divisiones muy dolorosas. ¡Cómo! ¿Un príncipe, el hermano del rey, de Francia, no sabría disimular una ofensa, aunque fuese real, ante una necesidad política?

Felipe hizo un movimiento.

—Además —continuó la reina—, la injuria no es ni verdadera ni posible. Trátase sólo de ridículos celos.

—Señora; yo sé lo que sé.

—Y yo, sea lo que sea, os aconsejo la paciencia.

—No tengo paciencia, señora. La reina se levantó entonces, llena de frialdad y de helada ceremonia.

—Entonces, manifestad vuestra voluntad —le dijo.

—No tengo voluntad, señora; expreso sólo deseos. Si por su propia voluntad el duque– de Buckingham no se aleja de mi casa; le prohibiré la entrada.

—Esa es una cuestión de la que hablaremos al rey —dijo Ana de Austria, con la voz conmovida y el corazón lleno de pesar.

—¡Pero, señora! —murmuró Felipe, golpeándose una y otra mano—. Sed mi madre y no la reina, puesto que os hablo como hijo; entre el duque de Buckingham y yo, es negocio de cuatro minutos de conversación.

—Pues precisamente esa conversación es la que os prohíbo; caballero —dijo la reina — recobrando su tono de autoridad—; no es digno de vos.

—Pues bien, sea. No se lo diré; mas intimaré mi voluntad a la princesa.

¡Oh!—dijo Ana de Austria con la melancolía de los recuerdos—. No tiranicéis a una mujer amás; no mandéis demasiado imperativamente a la vuestra. Mujer vencida, no es siempre esposa convencida.

— ¿Qué debo hacer entonces?... Consultaré en derredor de mí.

—Sí, a vuestros hipócritas consejeros; a vuestro caballero de Lorena, a vuestro Wardes... Dejadme el cuidado de éste asunto, Felipe. ¿Deseáis que el duque de Buckingham se aleje?

—Cuanto antes, señora.

—¡Pues bien, enviadme al duque, hijo mío! Sonreídle; no manifestéis nada a vuestra esposa, al rey, a nadie. No recibáis consejos sino de mí. ¡Ay! Sé lo que es un matrimonio turbado por consejeros.

— Obedeceré, madre mía.

—Y quedaréis satisfecho, Felipe. Buscadme al duque.

—¡Oh! No será nada difícil.

— ¿Dónde suponéis que estará?

—¡Pardiez! A la puerta de la princesa, cuya salida del tocador espera; está fuera de duda.

— ¡Bien! —dijo Ana de Austria tranquilamente—. Tened la bondad de decir al duque que le ruego venga a verme.

Felipe besó la mano de su madre, y partió en busca del duque de Buckingham.

XCI

"FOR EVER!"

Milord Buckingham, accediendo a la invitación de la reina madre, se presentó en se cuarto una media hora después de la salida del duque de Orleáns.

Cuando el ujier dijo su nombre, la reina, que se había acodado sobre la mesa; la cabeza entre las manos, se levantó y recibió con una sonrisa el saludo lleno de gracia que el duque le dirigía.

Ana de Austria era hermosa todavía. Sabido es que a la edad, ya avanzada que tenía en la época a que nos referimos, sus largos cabellos, sus bellas manos, sus encarnados labios, eran la admiración de cuantos la veían.

En aquel momento, entregada toda a un recuerdo que removía lo pasado en su corazón, estaba tan bella como en los días de su juventud, cuando su palacio se abría para recibir, joven y apasionado, al padre de aquel Buckingham, aquel desgraciado por ella, y que había muerto pronunciando su nombre.

Ana de Austria, fijó, por tanto, sobre Buckingham una ojeada tan tierna que se descubría a la vez en ella la complacencia de un afecto maternal, y algo dulce como una coquetería de amante.

—¿Vuestra Majestad —dijo Buckingham con respeto— ha deseado hablarme?

—Sí, duque —contestó la reina en inglés—, dadme el gusto de sentaros.

Este favor que hacía Ana de Austria al joven, ésta caricia del idioma del país de la que el duque estaba privado desde su permanencia en Francia, conmovieron hondamente su alma.

Adivinó al instante que la reina tenía algo que pedirle. Después de haber concedido los primeros momentos a la opresión invencible que había sentido, la reina prosiguió en tono risueño:

— Caballero —le dijo en francés—, ¿qué os parece Francia?.

—Un encantador país, Señora —contestó el duque.

—¿Lo habíais ya visto?

—Una vez; señora.

—Mas, como todo buen inglés, preferiréis Inglaterra

—Amo más mi patria que la patria de un "francés —respondió el duque—; pero si Vuestra Majestad me pregunta cuál de las dos Cortes prefiero, Londres o París, contestaré que París.

Ana de Austria observó el tono lleno de calor con que estas palabras fueron pronunciadas.

—Tenéis, me han dicho, milord, muchos bienes en vuestra patria; habitáis un palacio rico y antiguo...

—El palacin de mi padre —respondió Buckingham bajando los ojos.

— Ventajas valiosas y recuerdos son éstos —repuso la reina tocando a su pesar la cuerda de sus memorias— que uno no abandona gustoso.

—En efecto —dijo el duque experimentando la influencia triste de este preámbulo—; las personas de corazón viven tanto del pasado como del presente, señora.

—Es cierto —dijo la reina en voz baja.

— Resulta de aquí —añadió —que vos, milord, que sois hombre de corazón.. . abandonáis pronto a Francia para encerraros en vuestras riquezas, en vuestras reliquias.

Buckingham alzó la cabeza.

—No lo creo, señora.

— ¿Cómo?

— Pienso, por el contrario, que dejaré a Inglaterra para venir a vivir a Francia.

Llegó la vez a Ana de Austria de manifestar su extrañeza.

—¡Cómo! —le dijo—. ¿No estáis en favor con el nuevo rey?

—Al contrario, señora, Su Majestad me honra con una benevolencia sin límites.

—No es posible que vuestra fortuna haya disminuido; dicen que es considerable.

—Mi fortuna, señora, no ha estado nunca tan floreciente.

— Necesario es, entonces, que haya algún secreto.

—No, señora —dijo vivamente Buckingham—; nada hay en la causa de mi determinación que sea un secreto. Me place vivir en Francia; me agrada una Corte llena de gusto y amabilidad; me agradan, por fin, señora, esos placeres un poco serios que no son los de mi país y que se encuentran en Francia.

Ana de Austria se sonrió.

—¡Los placeres serios! —le dijo—. ¿Habéis reflexionado bien, milord de Buckingham, sobre esa seriedad?

El duque tartamudeó.

—No hay placer tan serio —continuó la reina—, que deba impedir a un hombre de vuestro rango...

— Señora, Vuestra Majestad insiste a mi parecer demasiado respecto a este punto.

—¿Lo creéis?

—Es la segunda vez, perdone Vuestra Majestad, que elogia los atractivos de Inglaterra a expensas del encanto que se siente viviendo en Francia.

Ana de Austria se aproximó al joven, y, apoyando su bella mano sobre su hombro, que se estremeció al contacto:

—Caballero —le dijo—, creedme; nada vale tanto como vivir en la tierra natal. Me ha sucedido a mí muchas veces echar de menos mi España. He vivido largo tiempo, milord, demasiado tal vez para una mujer, y os confieso que no ha pasado año sin echar de menos a España.

— ¡Ni un año, señora! —dijo fríamente el duque—. ¡Ni uno de esos años en vos que erais reina de la belleza, como, por lo demás, lo sois también ahora!

—¡Oh! Nada de lisonjas, duque; soy una mujer que podría ser vuestra madre.

Dijo estas palabras con un acento, con una dulzura; que penetraron en el corazón de Buckingham.

—Sí —le dijo—; podría ser vuestra madre y he aquí porque os doy un buen consejo.

— ¡El consejo de regresar a Londres!

—Sí, milord.

El duque juntó las manos con aire despavorido, que no podía dejar de producir efecto en aquella mujer, dispuesta a sentimientos tiernos por tiernos recuerdos.

—Es necesario—añadió la reina.

— ¡Cómo! —exclamó—, me decís seriamente que es preciso que parta, que es preciso que me destierre, que es precisó que me salve!

— ¿Que os desterréis habéis dicho? ¡Ah, milord! Creeríase que Francia es vuestra patria.

Señora, el país de las personas que aman es el país de aquellas a quienes aman.

—Ni una palabra más, milord —dijo la reina—. ¿Olvidáis con quién habláis?

Buckingham hincóse de rodillas.

— Señora, señora, sois un manantial de talento, de bondad, de clemencia; señora, no sois sólo la primera de este reino por el rango, sois la primera del mundo por las cualidades que os hacen divina; nada he dicho, señora. ¿He dicho, acaso algo por lo cual pudieseis responderme una palabra tan cruel? ¿Acaso me he traicionado?

—Os habéis traicionado —murmuró la reina.

—¡No he dicho nada! ¡No sé nada!

—Olvidáis que habéis hablado, pensado ante una mujer, y además...

—Además —la interrumpió vivamente—, sólo vos me oíais.

—Duque, tenéis los defectos y las cualidades de la juventud..

—¡Me han vendido! ¡Me han denunciado!

¯¿Quién?

—Lo que ya en el Havre había, con satánica perspicacia, leído en mi corazón.

—¡No sé de quién queréis hablar!

—Del señor de Bragelonne, por ejemplo.

—Es un nombre que conozco sin conocer al que lo lleva. No, el señor de Bragelonne no ha dicho nada.

—¿Entonces, quién? ¡Oh! Señora, si alguno hubiera tenido la audacia de ver en mí lo que yo mismo no quiero ver...

— ¿Qué haríais, duque?

—Hay secretos que matan a quienes los descubre.

—El que ha encontrado vuestro secreto, loco como sois, no está muerto aún; y puedo deciros, además, que no le mataréis, pues se halla armado de todos los derechos: es un marido, es un celoso, es el segundo gentilhombre de Francia, es mi hijo el duque de Orleáns.

El duque palideció.

— ¡Cuán cruel sois, señora!

—Heos ahí, Buckingham —dijo Ana de Austria con melancolía—, pasando por todos los extremos y combatiendo sombras, cuando tan fácil os sería estar en paz con vos , ¡id sino!

—Si, peleamos, señora, moriremos en el campo de batalla —repuso dulcemente el joven, abandonándose al más doloroso abatimiento.

Ana corrió hacia él, y le cogió la mano.

— Villiers —le dijo en inglés con una vehemencia a la cual nadie hubiera podido resistir—, ¿qué me pedís? ¡A una madre que sacrifique su hijo, a una reina que consienta en el deshonor de su casa! ¡Sois un niño y no pensáis lo que decís! ¡Cómo! Para evitaros una lágrima, ¿habría de cometer estos dos crímenes, Villiers? Habláis de los muertos; los muertos, al menos, fueron respetuosos y sumisos; los muertos inclinábanse ante una orden de destierro; llevaban su desesperación como un tesoro en su pecho, porque la desesperación veía de la mujer amada; porque la muerte, tan engañosa, era como un don, como un favor.

Buckingham se levantó con las facciones alteradas y las manos sobre el corazón.

—Tenéis razón, señora —dijo—; pero esos de quienes habláis recibieron la orden de destierro de una boca amada; no se les arrojaba; se les rogaba partir, mas no se mofaban de ellos.

—¡No, se acordaban! —murmuró Ana de Austria—. ¿Pero quién os dice que se os expulsa, que se os destierre? ¿Quién os dice que no se acuerdan de vuestro sacrificio? ¡No hablo por nadie, Villiers, hablo en mi nombre, partid! Hacedme este servicio, prestadme, este favor, que deba esto a uno que lleve vuestro nombre.

—¿Entonces es por vos, señora?

—Por mí sola.

—¿Y no habrá detrás de mí ningún hombre que se burle, ningún príncipe que diga: ¡lo he querido!

—Duque oídme.

Y aquí la figura augusta de la vieja reina adquirió solemne expresión.

—Os aseguro que nadie sino yo manda aquí, os juro que no sólo nadie se mofará, sino que nadie faltará al deber que vuestro rango impone. Contad conmigo, duque, como no yo he contado con vos.

—No os explicáis, señora; estoy desesperado, y por dulce y completo que el consuelo sea, no me parecerá suficiente.

—Amigo, ¿habéis conocido a vuestra madre? —replicó la reina con acariciadora sonrisa.

— ¡Oh! Bien poco, señora; mas recuerdo que aquella noble señora me cubría de besos y de lágrimas cuando yo lloraba.

—Villiers —murmuró la reina pasando su brazo por el cuello del joven—: soy una madre para vos, y, no lo dudéis; nadie jamás hará llorar a mi hijo.

— ¡Gracias, señora, gracias! —dijo el duque enternecido y ahogado por la emoción—, Siento que había aún lugar en mi corazón para un sentimiento más grato, más noble que el amor.

La reina madre lo miró y estrecho su mano.

—Idos —dijo.

—¿Cuándo es necesario que parta? ¡Ordenad!

—Tomaos el tiempo conveniente, milord —contestó la reina—; partid, pero elegid el día... Así; en vez de partir hoy, como lo desearíais sin duda, o mañana, como sería de esperar, partid pasado mañana por la noche; sólo que debéis anunciar desde hoy vuestra voluntad.

— Mi voluntad —murmuro— el joven.

—Sí; duque.

— ¿Y. . no volveré jamás a Francia?

Ana, de Austria reflexionó un momento, y se absorbió en la dolorosa gravedad de esta meditación.

—Me será grato —le dijo— que volváis el día en que vaya a dormir eternamente en Saint Denis cerca del rey mi esposo.

—¡Que tanto os hizo sufrir! —dijo Buckingham.

—Fuera el rey de Francia —replicó la reina.

— Señora, sois muy bondadosa, entráis en la prosperidad, nadáis en alegría; os están prometidos largos años.

—Pues bien, vendréis tarde entonces —murmuró la reina queriendo sonreír.

—No volveré —dijo tristemente Buckingham— yo que soy joven. — ¡Oh! Gracias a Dios... La muerte, señora, no cuenta los años; es imparcial: se muere aun siendo joven, se vive aun siendo viejo.

— Duque, nada de ideas tristes; voy a alegraros. ¡Venid dentro de dos años! Veo sobre vuestro rostro encantador que las ideas que se os hacen tan lúgubres hoy día, serán ideas decrépitas antes de seis meses, por consiguiente, habrán muerto o estarán olvidadas en el plazo que os señalo.

—Creo que me juzgabais mejor no ha mucho, señora —replicó el joven—, cuándo decíais que en nosotros, los Buckingham, el tiempo nada puede.

——¡Silencio! ¡Oh, silencio! —exclamó la reina abrazando al duque con una ternura que no pudo reprimir—: ¡Marchad! ¡Marchad, ¡No ¡No me enternezcáis, no os olvidéis!

Soy la reina, y vos súbdito del rey de Inglaterra; el rey Carlos os aguarda. ¡Adiós, Villiers! Farewell, Villiers!

—For ever! —replicó el joven.

Y huyó devorando sus lágrimas. Ana apoyó las manos sobre su frente; después; mirándose al espejo:

—Es muy fácil decir —murmuró— la mujer es siempre joven; siempre se tiene veinte años en algún rincón del corazón.

XCII

DONDE SU MAJESTAD LUIS XIV NO ENCUENTRA A LA SEÑORITA DE LA VALLIÈRE NI BASTANTE RICA, NI BASTANTE BONITA PARA UN GENTILHOMBRE DE LA CATEGORÍA DE RAÚL

Raúl y el conde de la Fère llegaron a París la noche del mismo día en que Buckingham había tenido su conferencia con la reina madre.

Apenas hubo llegado, el conde hizo pedir, por medio de Raúl, una audiencia al rey.

El rey había pasado una parte del día en mirar, con Madame y las damas de la Corte, telas de Lyón que quería regalar a su cuñada. Había habido después comida en Palacio, juego, y, según la costumbre, el rey, abandonando el juego a las ocho, había pasado a su gabinete, para trabajar con Colbert y Fouquet.

Raúl permanecía en la antecámara en el momento en que salieron los dos ministros, y el rey lo divisó por la puerta entreabierta.

—¿Qué quiere el señor de Bragelonne? —preguntó...

El joven se acercó.

—Majestad —respondió—, una audiencia para el conde de la Fère; que llega de Blois con gran deseo de hablaros.

—Dispongo de una hora antes del juego y de la cena —dijo el rey—. ¿Esta ahí el conde?

—Se encuentra abajo, a las órdenes de Vuestra Majestad.

—Que suba.

Acogido por el monarca con esa graciosa benevolencia que Luis, con un tacto superior a su edad, reservaba para hacerse con los hombres que no se conquistan con ordinarios favores.

—Conde —le dijo el soberano—, dejadme esperar que venís a pedirme algo.

—No lo ocultaré a Vuestra Majestad —contestó el conde—; vengo, en efecto, a solicitar.

— ¡Veamos! —dijo el rey, con aire risueño.

— No es para mí, Majestad.

—Tanto peor; pero, en fin, por vuestro recomendado, conde, haré lo que me impedís hacer por vos.

—Vuestra Majestad me consuela… Vengo a hablar al rey por el vizconde de Bragelonne.

— Conde, es como si hablaseis por vos.

—No del todo, Majestad... Lo que deseo alcanzar de vos no lo puedo por mí mismo. El vizconde piensa en casarse.

— Aun es muy joven, mas no importa... Es hombre distinguido, y quiero buscarle mujer.

—La ha encontrado ya, Majestad, y sólo quiere vuestro consentimiento.

— ¡Ah! ¿Sólo se trata de firmar un contrato de matrimonio?

Athos se inclinó.

—¿Ha elegido novia rica y de calidad?

Athos dudó por un momento.

—La novia es señorita ——contestó—; .pero no rica.

—Es un mal que veremos de remediar.

—Vuestra Majestad me penetra de gratitud; sin embargo, me permitirá hacerle una observación. Hacedla, conde.

—¿Vuestra Majestad parece anunciar el deseo de dotar a esta joven?

—Así es.

—¿Y mi visita al Louvre tendría este resultado?

—Lo sentiría mucho, Majestad.

—A un lado exagerada delicadeza, conde. ¿Cómo se llama la prometida?

—Es —dijo Athos con frialdad— la señorita Luisa de la Baume Le Blanc de La Vallié-re.

— ¡Ah! —murmuró el rey repasando su memoria—. Conozco ese nombre; un marqués de La Vallière.

— Señor, es su hija.

—¿Murió?

—Murió, Majestad.

—¿Y la viuda ha vuelto a casarse con el señor de Saint-Remy, maestresala de la marquesa de Orleáns, viuda?

—Vuestra Majestad está bien informado.

—¡Sí, ésa es!...

— Hay más: la joven ha entrado como camarista de Madame.

—Vuestra Majestad sabe mejor , que yo toda su historia.

El rey reflexionó aún, y mirando a hurtadillas el semblante asaz triste de Athos:

—Conde —le dijo—, creo que esa señorita no es bastante linda..

—No lo sé —contestó Athos.

—Yo la he mirado; no me ha impresionado.

—Tiene cierto aire de dulzura y de modestia; pero escasa belleza, Majestad.

—De bellos cabellos rubios, sin embargo.

—Creo que sí.

—Y ojos azules bastante bellos.

—Es la misma.

—Por consiguiente, bajo el aspecto de la hermosura, el partido, es nada más que regular. Pasemos al dinero.

—De quince a veinte mil libras de dote, a lo más, Majestad; mas los amantes son desinteresados; yo mismo hago poco caso del dinero.

—De lo superfluo, queréis decir; pero lo necesario es urgente. Con quince mil libras de dote, sin patrimonio, una mujer no puede presentarse en la Corte. Supliremos esa falta: deseo hacerlo por Bragelonne.

Athos se inclinó.

El rey observó nuevamente su frialdad.

—Pasemos del dinero a la clase —dijo Luis XIV—. Hija del marqués de La Vallière, está bien: pero tenemos a ese bueno de Saint Remy, que echa a perder un poco el blasón ... Y vos, conde, creo que teneis en gran estima el vuestro.

—Yo, Majestad, no tengo en aprecio ya nada, sino mi adhesión al rey.

—Oíd, señor —dijo—; me sorprendéis mucho desde el principio de vuestra conversación. Venís a hacerme una petición de casamiento y no parece sino que tal petición os aflige. ¡Oh! Raras veces me engaño, aunque soy joven, porque con los unos pongo mi amistad al servicio de mi inteligencia y con los otros mi desconfianza, que doblada perspicacia. . Os lo repito, no me hacéis con gusto esa petición.

—Pues bien, Majestad, es cierto.

— Entonces, no os comprendo; negaos.

—No, Majestad; amo a Bragelonne con todo mi corazón; está apasionado de la señorita de La Valliére, y se forja un paraíso en el porvenir; no soy de dos que desean destrozar las ilusiones de la juventud. Este matrimonio me desagrada, pero suplico a Vuestra Majestad que acceda a él cuanto antes, haciendo así la dicha de Raúl.

— Veamos, veamos; conde. ¿Le ama ella?

—Si Vuestra Majestad quiere que le diga la verdad, no creo en el amor de la señorita de La Valliére; es joven; casi una niña, y está como hechizada; el placer de ver la Corte, el honor de estar al servicio de Madame, equilibrarán en su cabeza la ternura que pueda tener en su pecho: será, por tanto, un enlace como Vuestra Majestad ve tantos otros en la Corte: pero Bragelonne lo quiere, y así sea.

—¿No os parecéis, sin embargo, a esos padres condescendientes que se hacen esclavos de sus hijos? —dijo el rey.

—Majestad, tengo firmeza contra los malos, mas no contra las personas de corazón. Raúl sufre y está triste: su espíritu, despejado por lo común, está como obstruido y sombrío; no quiero privar a Vuestra Majestad de los servicios que pueda prestarle.

—Os comprendo —dijo el rey—, y comprendo, sobre todo, vuestro corazón.

—Entonces —contestó el conde—, no tengo necesidad de decir a Vuestra Majestad que mi objeto es hacer la felicidad de esos jóvenes, o, por mejor decir, de ese hijo.

—Y yo quiero, como vos, la felicidad de Bragelonne.

—Sólo espero, Majestad, vuestra firma. Raúl tendrá el honor de presentarse ante Vuestra Majestad, y recibirá vuestro consentimiento.

—Os engañáis, conde —dijo el rey con firmeza—; acabo de decir que quiero la dicha del vizconde, por eso me opongo ahora a su matrimonio.

—Pero —replicó Athos—; Vuestra Majestad me ha prometido...

—No eso, conde; no os lo he prometido, porque es opuesto a mis miras.

—Comprendo todo lo que hay para mí de noble y generoso en la iniciativa de Vuestra Majestad; pero me tomo la libertad de recordar que he aceptado el compromiso de venir como embajador.

—Un embajador, conde, pide muchas veces y no obtiene siempre.

—¡Ah, Majestad!. ¡Qué golpe para Bragelonne!...

—Yo daré el golpe, yo hablaré al vizconde.

—El amor, Majestad, es una fuerza irresistible.

—Se resiste al amor; os lo certifico, conde.

— Cuando se tiene alma de rey, vuestra alma, Majestad.

—No os inquietéis por eso... Tengo mis proyectos sobre Bragelonne; no digo que no se case con la señorita de La Valliére; pero no quiero que lo haga tan joven; no quiero que se case antes de que ella haya hecho fortuna y de que él, por su parte, merezca mis beneficios, tales como quiero hacerlos. En una palabra, conde, quiero que espere.

—Majestad, por última vez.

—Señor conde, ¿habéis venido, decíais, a pedirme un favor?

— Ciertamente.

— Pues bien; concededme vos uno: no hablemos más de esto. Es posible que antes de mucho tiempo haga la guerra, y tengo precisión de caballeros libres en rededor mío. Vacilaría en enviar contra las balas y el cañón a un hombre casado, a un padre de familia; vacilaría también, por Bragelonne, en dotar, sin mayor razón, a una joven desconocida; esto sembraría la envidia en mi nobleza.

Athos se inclinó y no contestó.

— ¿Es esto todo lo que teníais que r pedirme? —añadió Luis XIV.

— Absolutamente todo, Majestad, y me despido. ¿Es preciso quedé cuenta a Raúl?

— Evitaos ese cuidado, ahorraos esa contrariedad. Decid al vizconde que mañana, en la audiencia, le hablaré; en cuanto a esta noche, conde, jugaréis conmigo.

—Estoy en traje de viaje, Majestad.

—Día, llegará, lo espero, en que no os apartéis de mi lado. Antes de mucho, conde, la monarquía veráse cimentada de modo que ofrezca hospitalidad digna a todos los hombres de vuestro mérito.

— Majestad, con tal de que un rey sea grande en el corazón de sus súbditos, poco importa el palacio que habite, ya que es adorado en un templo.

Y dichas estas palabras, Athos salió del gabinete y halló a Bragelonne que le esperaba.

—¿Qué hay, señor? —dijo el joven.

—Raúl, el rey es muy bondadoso con nosotros, tal vez no en el sentido que creéis, pero es bueno y generoso con nuestra casa.

—Señor, tenéis una mala noticia que darme —añadió el joven vizconde palideciendo.

—El rey os dirá mañana que no es una mala noticia.

—¡Pero, al fin, señor, el rey no ha firmado!

—El rey quiere extender, vuestro contrato, Raúl, por sí mismo, y quiere hacerlo tan grande, que le falta tiempo para ello. Quejaos de vuestra impaciencia, mas no de la buena voluntad del rey.

Raúl, asustado, porque conocía la franqueza del conde, y al mismo tiempo su habilidad, permaneció sumido en sombrío estupor.

— ¿No me acompañáis a casa? —díjole Athos.

—Perdonadme, señor, os sigo —tartamudeó.

Y bajó las escaleras detrás de Athos.

—¡Oh! Pero, ya que estoy aquí —dijo éste de pronto—, ¿no podría ver a Artagnan?

— ¿Queréis que os conduzca a su cuarto? —dijo Bragelonne.

—Claro que sí.

—Entonces, vamos por la otra escalera.

Y cambiaron de dirección; mas, llegados a la gran galería, Raúl divisó a un criado con librea del conde de Guiche, que corrió hacia él tan luego como oyó su voz.

—¿Qué hay? —dijo Raúl. —Este billete; señor. El conde ha sabido que habíais vuelto y os ha escrito.

Raúl se acercó a Athos para abrir la epístola.

— ¿Me lo permitís, señor?

“Querido Raúl —decía el conde de Guiche—: tengo un asunto importante que tratar con vos sin dilación; sé que habéis llegado; venid pronto.”

Acababa apenas de leer, cuando, desembocando de la galería, otro criado con librea de Buckingham, reconociendo a Raúl, se aproximó a él respetuosamente.

De parte de milord duque —dijo.

— ¡Hola! —exclamó Athos—. Veo, Raúl, que tenéis ya que hacer tanto como un general en jefe; os dejo, pues yo solo buscaré al señor de Artagnan.

— Dignaos excusarme, os lo suplico —dijo Raúl.

——Sí, sí, os excuso; adiós, Raúl. Me encontraréis en casa hasta mañana; al amanecer partiré para Blois, a menos de que haya contraorden.

—Señor, mañana os ofreceré mis respetos.

Athos partió.

Raúl abrió la epístola de Buckingham.

“Señor de Bragelonne —decía el duque—: sois de todos los franceses que he visto el que más me agrada; voy a tener necesidad de vuestra amistad. Me llega cierto mensaje escrito en correcto francés. Soy inglés, y temo no comprender bien. La carta está firmada por un buen nombre, he aquí todo lo que sé. ¿Seríais bastante amable para venir a visitarme pues sé que habéis regresado de Blois?

“Vuestro apasionado,

VILLIERS, DUQUE DE BUCKINGHAM.”

—Voy a ver a tu amo —dijo Raúl al sirviente de Guiche, despidiéndole—. Y dentro de una hora estaré en casa de lord de Buckingham —añadió, despidiéndose del mensajero del duque.

XCIII

MULTITUD DE ESTOCADAS EN EL VACÍO

Raúl encontró a Guiche conversando con Wardes y Manicamp. Wardes, después de la aventura pasada; trataba a Raúl como a un desconocido.

Hubiérase dicho que nada había pasado entre ellos y demostraban no conocerse.

Raúl entró, y Guiche le salió al encuentro.

Al estrechar Raúl la mano de su amigo, dirigió una mirada rápida a los dos jóvenes; esperaba leer en el rostro lo que se agitaba en su ánimo. Wardes estaba impenetrable.

Manicamp parecía absorto en la contemplación de un adorno de su traje.

Guiche condujo a Raúl a un gabinete inmediato y le hizo sentar. ¡Qué buena cara tienes! —murmuró.

—Pues, es raro —respondió Raúl —porque estoy muy poco alegre. Te pasa lo que a mí, ¿verdad? Mal va el amor.

—Me alegro, conde, la peor noticia, la que más pudiera apenarme, sería una buena noticia.

Entonces no te aflijas, porque no sólo soy muy desdichado, sino que también veo gentes felices en derredor mío.

—He aquí una cosa que no comprendo—respondió Raúl—; explícate, amigo.

—Verás. En vano he combatido el sentimiento que tú has visto nacer, crecer y apoderarse de mí; a un tiempo he apelado a todos los buenos consejos y a toda mi fuerza; he considerado bien la desgracia en que me comprometía, la he sondeado, y se que es un abismo; pero no importa, seguiré mi camino.

—¡Insensato! No puedes dar un paso más sin querer hoy la ruina, mañana la muerte.

— ¡Suceda lo que quiera!

—¡Guiche!

—Todas las reflexiones están ya hechas.

—¡Oh! ¿Crees lograr... crees que te amará Madame?

—Yo no creo nada, espero, porque la esperanza está en el hombre, y vive hasta la tumba.

—Admito que alcances esa felicidad que esperas; en ese caso, estás más seguramente perdido que si no la tienes.

—Te ruego que no me interrumpas Raúl; tú no me has de convencer, porque te digo de antemano que no quiero ser convencido. De tal modo he avanzado, que ya no puedo retroceder; tanto he sufrido, que la muerte me parecería un beneficio. No sólo estoy enamorado hasta el delirio, sino también celoso hasta el furor.

Raúl hizo un movimiento de ira, diciendo:

— ¡Bien!

—Bien o mal, poco importa. Mira lo que reclamo de ti, de mi amigo, de mi hermano. Tres días hace que Madame anda embriagada en fiestas. El primero no me atreví a mirarla, pues la odiaba porque no era tan infeliz como yo. Al día siguiente ya no pude perderla de vista, y, por su parte . . . , me parece . . que me miró, si no con algo de piedad, al menos con alguna dulzura. Pero entre sus miradas y las mías viene a interponerse una sombra; la sonrisa de otro provoca la suya. Al lado de su caballo galopa constantemente otro que no es el mío; en su oído vibra incesantemente una voz cariñosa que no es la mía. Raúl, hace tres días que mi cabeza arde y que corre fuego por mis venas. Es necesario que yo deshaga esa sombra, que apague esa sonrisa, que sofoque esa voz.

—¿Quieres matar a , Monsieur? —exclamó Raúl.

—¡Ah, no! No estoy celoso de Monsieur; no estoy celoso del marido; estoy celoso del amante.

— ¡Del amante!

—¿Pero no lo has notado, tú que eres tan penetrante?

—¿Estás celoso de milord Buckingham?

— ¡Hasta morir! ¡Oh! Está vez la cosa será fácil de arreglar entre nosotros; tengo la delantera, y le he enviado un billete.

— ¿Eres tú quien le ha escrito? ¿Cómo lo sabes?

—Porque él me lo ha hecho saber. Mira.

Y dio a Guiche la carta recibida casi al mismo tiempo que la suya. Guiche la leyó con avidez, y dijo:

—Es un hombre intrépido y, sobre todo, galante.

—Ciertamente que el duque es un hombre galante; por supuesto que tú le habrás escrito en tan buenos términos.

—Te enseñará mi epístola cuando vayas a verlo de mi parte. Pero eso es casi imposible.

— ¿Qué

—Que yo vaya a verlo.

¯¿Cómo?

—El duque me consulta y tú también.

— ¡Oh! Creo que me darás la preferencia. Oye lo que te suplico digas a Su Gracia... Es muy sencillo... Uno de estos días, mañana, pasado, cuando le convenga, quiero, encontrarlo en Vincennes.

—Reflexiona.

—Me parece haberte dicho que ya están hechas las reflexiones.

—El duque es extranjero; tiene una misión que lo hace inviolable... y Vincennes se halla muy cerca de la Bastilla.

—Las consecuencias serán para mí..

—Mas... ¿y la razón de ese encuentro?

— ¿Qué razón quieres que le dé?

—El no te la preguntará; está tranquilo... El duque debe hallarse tan cansado de mí como yo de él, y debe odiarme tanto como yo le odio. Te suplico, pues, que vayas a verle, y, si es necesario que yo le suplique para que acepte mi proposición, le suplicaré.

—Es inútil... El duque me ha prevenido que quería hablarme... Ahora estará jugando con el rey... Vamos allá los dos. Yo lo llamaré a la galería; tú estarás apartado y bastarán dos palabras.

—Está bien. Voy a llevarme a Wardes a fin de que me sirva de continencia.

— ¿Y por qué no a Manicamp? Wardes se reunirá a nosotros, aunque lo dejemos aquí.

—Es verdad.

— ¿No sabe nada?

— ¡Oh! Nada absolutamente. ¿Conque seguís indispuesto?

—¿No te ha dicho nada?

—No.

— No me gusta ese hombre, y, como jamás me ha gustado, resulta de esta antipatía que no estoy ahora más frío con él que lo estaba ayer.

—Vamos, pues.

Los cuatro bajaron y fueron conducidos en la carroza de Guiche al Palacio Real.

Durante el camino pensaba Raúl que, siendo el único depositario de ambos secretos, podría concluir una conciliación entre las dos partes.

Sabía que era influyente con Buckingham, y conocía su ascendiente sobre Guiche; de modo que no le parecían desesperadas las cosas.

Al llegar a la resplandeciente galería, donde las mujeres más hermosas e ilustres de la Corte agitábanse como astros en su atmósfera de llamas, Raúl no pudo menos de olvidarse un instante de Guiche para mirar a Luisa, que en medio de sus compañeras; , semejante a una paloma fascinada, devoraba con los ojos el regio círculo, deslumbrante de oro y pedrería.

Los hombrees permanecían de pie; sólo el rey estaba sentado. Raúl distinguió a Buckingham. Estaba a diez pasos de Monsieur, en un grupo de franceses y de ingleses, que admiraban el aire arrogante de su persona y la incomparable magnificencia de sus vestidos. Algunos de los viejos cortesanos acordábanse de haber visto a su padre, y este recuerdo no cedía en perjuicio del hijo.

Buckingham charlaba con Fouquet. Fouquet le hablaba en voz alta de Belle Isle.

—No puedo acercarme a él en este instante —dijo Raúl. Aprovecha la primera ocasión y acaba pronto.

—Mira, aquí está nuestro salvador —dijo Raúl apercibiendo a Artagnan, que, con su hermoso vestido nuevo de capitán de mosqueteros, acababa de hacer en la galería una entrada de conquistador.

Y se dirigió hacia él.

El conde de la Fére os buscaba, caballero —dijo Raúl.

—Sí —contestó Artagnan—, ahora le dejé.

—Creí haber entendido que debíais pasar con él parte de la noche.

— Tenemos cita para volvernos a ver.

Y al mismo tiempo que contestaba a Raúl, las distraídas miradas de Artagnan vagaban de derecha a izquierda, como quien busca algo.

De pronto quedaron fijos sus ojos, como los del águila que percibe una presa.

Raúl siguió la dirección de aquella mirada, y vio que de Guiche y Artagnan se saludaban; mas no pudo distinguir a quién se dirigía aquella mirada tan curiosa y tan fiera del capitán.

—Señor caballero —dijo Raúl—, sólo vos podéis hacerme un servicio.

—¿Cual, mi querido vizconde?

—Se trata de ir a incomodar al señor de Buckingham, a quien tengo que decir algunas palabras; y como está hablando con el señor de Fouquet, ya comprenderéis que no soy yo quien puede interrumpir su conversación.

—¡Ah! ¿El señor de Fouquet está ahí? —preguntó Artagnan.

—Miradlo allí.

— ¿Y supones que tengo yo más derechos que tú?

—Sois hombre más considerable...

—¡Ah! Es verdad, soy capitán de los mosqueteros; pero como hace tanto tiempo que me ofrecieron esta plaza y tan poco que la tengo, siempre olvido mi dignidad.

—¿Conque me haréis ese favor?

—¡El señor Fouquet, diablo!

—¿Tenéis algo contra, él?

—No; antes bien sería él quien tuviese algo contra mí; pero, al fin, como será preciso que un día u otro...

—Ahora creo que os mira. ¿O será a otro?

—No; es a mí a quien hace ese honor.

— Entonces, ésta es la ocasión.

— ¿Crees?

—¡Vamos, por favor! Voy allá.

Guiche no perdía de vista a Raúl; éste le hizo seña de que todo estaba dispuesto.

Artagnan se fue derecho al grupo y saludó cortésmente a todos.

—Bienvenido, caballero Artagnan. Hablábamos de Belle Isle —dijo el señor Fouquet con esa práctica del mundo y esa ciencia de la mirada que exigen la mitad de la vida para ser aprendidas y a la cual no llegan jamás ciertas gentes a pesar de sus estudios.

—¿De Belle Isle en Mer? ¡Ah!

Artagnan…

—Creo que es vuestra, señor Fouquet.

—Acaba de decirme que la ha regalado a Su Majestad —dijo Buckingham—. Servidor, señor de Artagnan.

— ¿Conocéis a Belle Isle, caballero? —preguntó Fouquet al mosquetero.

—Una sola vez he estado –contestó Artagnan con galantería.

—¿Mucho tiempo?

—Un día escaso, monseñor.

—¿Y habéis visto...?

—Todo cuanto se puede ver en un día.

—Un día es mucho para vuestra mirada, caballero.

Artagnan se inclinó.

Al mismo tiempo Raúl hacía señas a Buckingham.

—Señor superintendente —dijo éste—, os dejo al capitán, que entiende más que yo de baluartes, escarpas y contraescarpas, y voy a ver a un amigo que me hace señas. Ya disimularéis...

Buckingham se destacó del grupo y acercóse a Raúl, deteniéndose un instante junto a la mesa en que jugaban la reina madre, la reina y el rey.

—Vamos, Raúl —dijo Guiche—; acaba pronto.

El duque, después de haber cumplimentado a Madame, seguía hacia Raúl.

Estaba de tal manera combinada la maniobra, que el encuentro de los dos jóvenes había de tener lugar entre el grupo del juego y la galería, donde paseaban, charlando, algunos graves caballeros.

Mas, en el momento en que las dos líneas iban a unirse, fueron cortadas por un tercero.

Era Monsieur, que avanzaba hacia el duque de Buckingham. Monsieur llevaba en sus rosados labios la más encantadora sonrisa.

—¡Dios mío! —dijo con afectuosa cortesía—. ¿Qué acaban de decirme, mi querido duque?

Buckingham se volvió pues, no había visto llegar a Monsieur; estremecióse y una leve palidez se extendió por sus mejillas.

— Señor —preguntó—, ¿qué han dicho a Vuestra Alteza que tanto le sorprende?

—Una cosa que me desespera —dijo el príncipe—; una cosa que será un duelo para toda la Corte.

—¡Ah! Muy bondadoso es Vuestra Alteza —dijo Buckingham—, porque veo que quiere hablar de mi marcha.

— Justamente.

—¡Ay, señor! Habiendo estado en París cinco o seis días apenas, el duelo será únicamente para mí.

Guiche oyó estas palabras desde el sitio en que estaba, y se estremeció.

—¡Su marcha! —murmuró—. ¿Qué está diciendo?

Felipe continuó en el mismo tono:

—No ignoro que el rey de la Gran Bretaña os llama, caballero; sé que Su Majestad Carlos II no puede pasar sin vos; pero que os perdamos sin sentimiento es cosa que no puede comprenderse; recibid, pues, la expresión de los míos.

— Señor —dijo el duque—, creed que si yo dejo la Corte de Francia...

—Es porque os llaman, ya lo sé; pero en fin, si creéis que mi deseo sea de algún peso para con el rey, me ofrezco a rogar a Su Majestad Carlos II que os deje con nosotros algún tiempo más.

—Me abruma tanta bondad, señor; pero he recibido órdenes terminantes. Mi permanencia en Francia era limitada, y yo la he prolongado a riesgo de disgustar a mi soberano. Sólo ahora recuerdo que ha cuatro días debí haber marchado.

—¡Oh! —murmuró Monsieur.

—Sí—añadió Buckingham alzando la voz de modo que fuese oída por las princesas—; pero yo me parezco a aquel hombre del Oriente que durante muchos días, estuvo loco por haber tenido un hermoso sueño, y que, una buena mañana, se despertó curado, es decir, razonable. La corte de Francia produce una embriaguez que puede asemejarse a ese sueño; pero al fin despierta uno, y se marcha. No podría, por tanto, prolongar aquí, mi estancia, como Vuestra Alteza tenía a bien pedirme.

—¿Y cuándo partís? —preguntó Felipe, con aire de interés.

—Mañana, señor, hace tres días están listos mis carruajes.

El duque de Orleáns hizo un movimiento de cabeza que significaba:

—Ya que es una resolución tomada, no hay más que hablar.

Buckingham dirigió sus miradas a las reinas, y se encontró con las de Ana de Austria, que le dio las gracias con un gesto…

Monsieur alejóse por donde había venido.

Y al mismo tiempo, por el lado opuesto, se acercaba Guiche.

Raúl temió que el impaciente joven viniera a hacer él mismo la proposición, y se le adelantó.

—No, no, Raúl, todo es inútil ya —dijo Guiche extendiendo sus dos manos al duque y llevándolo detrás de una columna—.. ¡Oh, duque! Perdonadme lo que os he escrito. ¡Estaba loco! ¡Devolvedme mi carta!

—A verdad —replicó el joven duque con melancólica sonrisa—; ya no podéis quererme mal.

—¡Oh! ¡Duque, duque; perdonadme! ... ¡Mi amistad, mi amistad eterna!

Raúl comprendió que su presencia era ya inútil entre los dos jóvenes, y retrocedió tres pasos.

Aquel movimiento lo acercó a Wardes.

Este hablaba de la marcha de Buckingham. Su interlocutor era el caballero de Lorena.

—¡Prudente retirada! —exclamó Wardes.

—¿Por qué?

—Porque ahorra una estocada al querido duque.

Y los dos rompieron a reír. Indignado, Raúl, se volvió con aire desdeñoso.

El caballero de Lorena hizo una pirueta; Wardes permaneció firme, y aguardó.

—Caballero —dijo Raúl a Wardes—, ¿cuándo dejaréis la costumbre de insultar a los ausentes? Ayer era al señor de Artagnan; hoy al de Buckingham.

— Caballero —dijo Wardes—; bien sabéis que a veces insulto también a los presentes.

Se conocía que uno de ellos estaba en la cúspide de su odio, y el otro en el extremo de su paciencia. De pronto oyeron una voz llena de gracia y cortesía decir detrás de ellos:

—Creo que me han nombrado. Se volvieron: era Artagnan, que con rostro risueño, llegaba a posar su mano en el hombro de Wardes. Raúl se apartó un paso para hacer puesto al mosquetero.

Wardes se estremeció y se puso lívido.

—Gracias, mi querido Raúl —dijo Artagnan—. Señor de Wardes, tengo que hablaros; no os alejéis, Raúl, que todo el mundo puede oír lo que he de decir al señor de Wardes.

Luego su sonrisa desapareció, y su mirada hízose fría y cortante como una hoja de acero.

—Estoy a vuestras órdenes, señor —dijo Wardes.

—Caballero —repuso Artagnan—, hace largo tiempo que busco la ocasión de hablar con vos y ahora es cuando la encuentro. En cuanto al lugar, convengo que está mal escogido; mas, si queréis tomaros la molestia de venir hasta mi cuarto, mi cuarto está justamente en la escalera que desemboca en la galería...

—Os sigo, caballero —dijo Wardes.

—¿Estáis solo aquí? —preguntó Artagnan.

—No, estoy con mis amigos, los señores de Manicamp y de Guiche.

—Bien —contestó Artagnan—; pero dos personas es poco; podréis encontrar algunas más, ¿no es cierto?

—Naturalmente —dijo el joven, que no sabía a dónde iba a parar Artagnan—. ¿Cuántas queréis?

— ¿Amigos?

—Sí, señor. —excelentes amigos.

—Sin duda.

—Pues os suplico hagáis provisión de ellos. Y vos, Raúl, venid . . . Traeros al señor de Guiche y al de Buckingham, si gustáis.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Qué misterio! —exclamó Wardes ensayando una sonrisa.

El. capitán le hizo una seña con la mano, recomendándole paciencia.

— Yo estoy siempre. impasible: Por consiguiente, os espero, señor.

—Esperadme.

—Entonces, hasta luego.

Y se encaminó hacia su habitación..

La cámara de Artagnan no estaba solitaria; el conde de la Fère esperaba, sentado en el alféizar de una ventana.

—¿Qué hay? —preguntó al verle entrar.

—El señor de Wardes —dijo Artagnan— se digna concederme el honor de hacerme una visita en componía de algunos de sus amigos y de los nuestros.

Efectivamente, detrás del mosquetero aparecieron Wardes y Manicamp.

Guiche y Buckingham los seguían, bastante sorprendidos y sin saber qué querían de ellos.

Raúl venía con dos o tres caballeros. Su mirada vagó al entrar por toda la sala hasta que vio al conde, y fue a situarse a su lado.

Artagnan recibió a sus visitantes con toda la cortesía de que era capaz, conservando su fisonomía tranquila y atenta.

Todos los que se encontraban allí eran hombres distinguidos, que ocupaban un puesto en la Corte.

Y cuando hubo dado a cada cual excusas por la incomodidad que les causaba, se volvió hacia Wardes, que, a pesar de su poder sobre sí mismo, no podía impedir que su fisonomía expresase, una sorpresa mezclada de inquietud.

—Caballero —dijo—, ahora que estamos fuera del palacio del rey, ahora que podemos hablar alto sin faltar a los miramientos, voy a deciros por que me he tomado la libertad de suplicaros que pasaseis a mi cuarto, y al mismo tiempo convocar en él a estos señores. Por mi amigo el conde de la Fère he sabido los injuriosos rumores que sembráis con respecto a mí; me han dicho que me teníais por vuestro enemigo mortal, en atención a que lo era, según decís, de vuestro padre.

— Es verdad, señor, que he dicho eso ––replicó Wardes, cuya palidez se coloró con una ligera llama.

— Así, pues, me acusáis de un crimen, de una falta o de una cobardía. Os ruego que fijéis, la acusación.

—¿Delante de testigos, señor?

—Sin duda, delante de testigos, y ya veis que los he escogido expertos en materia de honor.

—No apreciáis mi delicadeza, caballero. Verdad es que os he acusado; pero he guardado el secreto de la acusación. Yo no he entrado en ninguna acusación, limitándome a manifestar mi odio delante de personas que tenían casi un deber de hacéroslo conocer; pero no habéis tenido en cuenta mi discreción, por más que estuvierais interesado en mi silencio. En esto no veo vuestra prudencia habitual, señor de Artagnan.

Artagnan mordióse las puntas del bigote.

—Caballero —dijo—,ya he tenido el honor de suplicaros que formuléis los agravios que tenéis contra mí.

—¿En voz alta?

—¡Diantre!

—Pues, hablaré.

— Hablad —dijo Artagnan inclinándose—; todos nos escuchan.

— Pues bien, no se trata de una ofensa a mí, sino a mi padre.

—Ya lo habéis dicho.

—Sí, pero hay ciertas cosas que se dicen con vacilación.

—Si esa vacilación existe realmente, os ruego que la desechéis.

—¿Aun cuando se trate de una acción vergonzosa?

—En todos, los casos.

Los testigos de esta escena empezaron a mirarse con cierta inquietud; pero se tranquilizaron al ver que el rostro de Artagnan no manifestaba ninguna emoción.

Wardes callaba.

— Hablad —dijo el mosquetero—. Ya veis que estamos esperando.

—Pues oíd: mi padre amaba a una mujer noble, y esta mujer le correspondía.

Artagnan cambió una mirada con Athos.

Wardes prosiguió:

— El señor de Artagnan sorprendió cartas que indicaban una cita, substituyó por medio de un disfraz a quien era esperado, y abusó de la obscuridad.

—Es cierto —dijo Artagnan.

Un ligero murmullo se oyó entre los concurrentes.

—Sí, he cometido esa mala acción, y aun debierais haber añadido, ya que sois tan imparcial, que en la época en que pasó el suceso de que me hacéis cargo aún no tenía yo veintiún años.

—No por eso es menos vergonzosa la acción —replicó Wardes— y la edad de la razón basta a un gentilhombre para no cometer una falta de delicadeza.

Oyóse un nuevo murmullo, pero de sorpresa y casi de duda.

—Efectivamente —dijo Artagnan—, fue una superchería vergonzosa; y no he aguardado que el señor de Wardes me la eche en cara para hacerlo yo mismo, y muy amargamente. La edad me ha hecho más razonable, más probo en todo, y he expiado esa falta con largos arrepentimientos. Mas apelo a vosotros, señores: esto pasaba en 1626, y aquel era un tiempo... felizmente no sabéis esto sino por tradición... era un tiempo en que el amor no era escrupuloso, en que las conciencias no destilaban como hoy el veneno y la mirra. Eramos nosotros soldados jóvenes, ya batiendo, ya batidos, siempre con la espada desenvainada del todo o a medias; siempre entre cadáveres; la guerra, y el cardenal nos hacían duros. En fin, yo me arrepentí, y aun me arrepiento ahora, señor de Wardes.

—Lo comprendo, pues la acción era digna de arrepentimiento; mas no por eso habéis dejado de causar la pérdida de una mujer. Abrumada por su vergüenza y encorvada bajo el peso de su afrenta, esa mujer huyó, dejó la Francia; y nunca se ha sabido lo que fue de ella...

—¡Oh! —murmuró el conde de la Fère extendiendo el brazo hacia Wardes con siniestra sonrisa—. Sí tal, caballero; la han visto, y aun hoy aquí .. personas que habiendo oído hablar de ella pueden reconocerla por el retrato que voy a hacer. Era una mujer de unos veinticinco años, pálida y rubia, que se había casado en Inglaterra.

— ¿Casada? —dijo Wardes.

— ¡Ah! ¿Ignorabais que era casada? Ya veis que estamos mejor enterados que vos, señor de Wardes.

— ¿Sabéis que la llamaban habitualmente Milady, sin añadir ningún nombre a esta calificación?

—Sí, señor; lo sé.

—¡Dios mío! —murmuró Buckingham.

—Pues bien, esa mujer, que venía de Inglaterra, volvió a Inglaterra después de haber conspirado tres veces la muerte del señor de Artagnan. Eso era justicia, ¿no es verdad?... El señor de Artagnan la había insultado. Pero lo que no es justo, es que en Inglaterra conquistase esa mujer, por medio de seducciones, a un joven que estaba al servicio de lord Winter, y que se llamaba Felton. ¿Palidecéis, milord de Buckingham? Vuestros ojos se encienden en cólera y dolor...

—Acabad, pues, la relación, milord, y decid al señor de Wardes quién era esa mujer que puso el cuchillo en la mano del asesino de vuestro padre.

Un grito escapó de todas las bocas. El joven duque pasó un pañuelo por su frente, inundada en sudor.

Reinaba profundo silencio.

—Ya veis, señor de Wardes —dijo Artagnan—, que mi crimen no es la causa de la pérdida de un alma que ya estaba bien perdida antes de mi arrepentimiento. Ahora sólo me resta pediros perdón muy humildemente por esa acción vergonzosa, como de cierto se lo hubiera pedido a vuestro padre si viviera todavía, o si le hubiera encontrado a mi regreso a Francia, después de la muerte de Carlos I.

—¡Pero eso es demasiado, señor de Artagnan! —exclamaron a un tiempo muchas voces.

—No, señores —replicó el capitán—. Ahora; señor de Wardes, espero que todo habrá concluido entre nosotros, y que no os sucederá otra vez hablar mal de mí. Es asunto concluido, ¿no es verdad?

Wardes se inclinó balbuciente.

También espero —continuó Artagnan acercándose al joven— que ya no hablaréis mal de nadie como por mala costumbre tenéis; por que un hombre tan concienzudo y puritano como vos, que echa en cara una ligereza de joven a un viejo soldado, después de treinta y cinco años, debe contraer el compromiso tácito de no hacer nada contra la conciencia y el honor. Ahora, oíd bien lo que me queda por deciros, señor de Wardes: guardaos de que llegue a mis oídos una chismorrería en que figure vuestro nombre.

—Caballero —dijo Wardes—, es inútil amenazarme por nada.

— ¡Oh! No he concluido aún, y estáis condenado a escucharme todavía.

Todos acercáronse con curiosidad:

—–Hace poco hablabais alto del honor de una mujer y del de vuestro padre; y nos habéis agradado al hablar de ese modo, porque es grato pensar que ese sentimiento de delicadeza y de probidad, que según parece no vivía en nuestra alma, vive en la de nuestros hijos, y es hermoso ver a un joven, en la edad en que se tiene por hábito ser ladrón del honor de las mujeres, es hermoso, digo, verle, respetarlo y defenderlo.

Wardes apretaba los labios y los puños, inquieto por saber cómo concluiría este discurso, cuyo exordio se anunciaba tan mal.

— ¿Cómo es, entonces —continuó Artagnan—, que os hayáis permitido decir al señor vizconde de Bragelonne que no conocía a su madre?

Los ojos de Raúl centellearon.

—¡Oh! ¡Señor caballero, señor caballero! —exclamó—. Esa es cuestión personal mía.

Wardes sonrió con maldad..

—No me interrumpáis, joven replicó Artagnan a Raúl.

Y, dominando a Wardes con la mirada; continuó:

—Aquí trato una cuestión que no se resuelve con la espada. La trato delante de hombres de honor, que todos la han sacado más de una vez, y los he escogido expresamente, pues saben que todo secreto por el cual se bate uno deja de ser secreto. Reitero, por tanto, mi pregunta al señor de Wardes: ¿con qué propósito habéis ofendido a este joven; ofendiendo a la vez a su padre y a su madre?

—Creo —dijo Wardes— que las palabras son libres cuando se ofrece sostenerlas por todos los medios que están a la disposición de tal hombre de honor.

— ¿Y qué medios son ésos por los que un hombre de honor puede sostener una palabra inicua?

—Por la espada.

—No sólo faltáis a la lógica; sino también a la religión y al honor; exponéis la vida de muchos hombres, sin hablar de la vuestra, que me parece muy aventurada. Todas las modas pasan, caballero, y ha pasado ya la de los duelos, sin contar con los edictos de Su Majestad, que lo prohíben. Por tanto, para ser consecuente con vuestras ideas, debéis presentar vuestras excusas al señor de Bragelonne, diciéndole que lamentáis haber proferido una palabra ligera; que la nobleza y la pureza de su raza están escritas; no sólo en su corazón, sino también en todas las acciones de su vida. Vais a hacer eso, señor de Wardes, como yo lo he hecho ahora mismo; yo, viejo capitán, ante vuestro bigotillo de adolescente.

— ¿Y si no lo hago? —preguntó Wardes.

—Entonces, sucederá...

—Lo que creéis impedir —interrumpió Wardes, riendo—; sucederá que vuestra lógica conciliadora conducirá a una violación de las prohibiciones del rey.

—No, señor —dijo tranquilamente el capitán—: estáis en un error.

—Entonces, ¿qué sucederá?

—Sucederá que iré a ver el rey, con quien estoy bastante a bien; al rey, a quien he tenido la ventura de prestar algunos servicios que datan de un tiempo en que todavía no habíais nacido; al rey, en fin, que, a petición mía, acaba de enviarme una orden en blanco para el señor Baisemeaux de Montlezun, gobernador de la Bastilla. Así , podré decir al rey: "Señor, un hombre ha insultado villanamente al señor de Bragelonne, en la persona de su madre. He escrito su nombre en la orden de arresto que ha tenido a bien darme Vuestra Majestad, de suerte que el señor de Wardes está en la Bastilla por tres años."

Y Artagnan, sacando del bolsillo la orden firmada de Su Majestad, la mostró a Wardes.

Mas, viendo que el joven no estaba bien convencido, y que tomaba el aviso por una amenaza vana, se encogió de hombros y se dirigió fríamente hacia una mesa, en la que había un escritorio y una pluma cuya longitud hubiese espantado al topógrafo Porthos.

Entonces vio Wardes que la amenaza no podía ser más seria; la Bastilla era en aquella época una cosa horrible.

Dio un paso hacia Raúl y, con voz casi ininteligible:

—Caballero —dijo—, os presento las excusas que me ha dictado el señor de Artagnan, pues fuerza me es hacerlo.

—Un momento, caballero —dijo el capitán con la mayor tranquilidad—; os engañáis en los términos. Yo no he dicho: Pues fuerza me es hacerlo, si no: Pues mi conciencia me inclina a ello. Estas palabras valen más que las otras, no lo dudéis, tanto más, cuanto que serán la más verdadera expresión de vuestros sentimientos.

—Las suscribo, pues —dijo Wardes—, mas confesad, señores, que una estocada como las que se daban en otro tiempo, valía más que semejante tiranía.

—No, caballero —contestó Buckingham—, porque la estocada, si la recibís, no significa que tengáis o no razón, sino el ser más o menos diestro.

—¡Caballero! —murmuró Wardes.

— ¡Ahi Vais a decir algo malo —interrumpió Artagnan cortando la palabra a Wardes y os hago un servicio interrumpiéndoos . . .

—¿Es eso todo?,—dijo Wardes.

—Absolutamente todo —contestó Artagnan—; y estos señores y yo quedamos satisfechos de vos...

—¡Caballero! —replicó Wardes—. Creed que vuestras conciliaciones no son felices.

— ¿Y por qué?

—Porque vamos a separarnos el señor de Bragelonne y yo más enemigos que nunca.

— Os engañáis en cuanto a mí —respondió Raúl—, pues no conservo ni un átomo de hiel en el corazón contra vos.

Este golpe anonadó a Wardes. Artagnan saludó graciosamente a los caballeros que habían querido asistir a la explicación, y todos se retiraron dándole la mano.

Ni una siquiera se dirigió a Wardes

—¡Oh! —y—murmuró el joven, sucumbiendo a la rabia que le mordía el corazón—. ¡Oh! ¿No encontraré una persona en quien pueda vengarme?

—Sí tal, caballero, pues aquí estoy yo —dijo a su oído una voz preñada de amenazas.

Wardes se volvió y vio al duque de Buckingham, que sin duda habíase quedado con esta intención.

— ¡Vos! —exclamó Wardes.

—Sí, yo... Yo no soy súbdito del rey de Francia, ni me quedo en su territorio; yo también he ido reuniendo desesperación y cólera... y, como vos, tengo necesidad de vengarme en alguno. Apruebo los principios del señor de Artagnan, pero no estoy obligado a aplicarlos a vos. Soy inglés; y vengo a proponeros lo que en vano habéis propuesto a los otros.

—Señor duque.

— Vamos, querido señor de Wardes; ya que estáis tan airado, tomadme por desquite. Dentro de treinta y cuatro horas estaré en Calais. Veníos conmigo, y el camino nos parecerá menos largo juntos que separados. Tiraremos a la espada allá sobre la arena que cubre la marea, y que seis horas al día es territorio de Francia y otras seis territorio de Dios.

—Bien —contestó Wardes—, acepto.

—Si se matáis —observó el duque—, os aseguro que me haréis un servicio muy señalado.

——Haré lo que pueda por agradaros, duque —dijo el de Wardes.

—Es cosa resuelta; os venís conmigo.

—Estaré a vuestras órdenes. ¡Pardiez! Tenía necesidad de un peligro mortal para calmarme.

—Pues me parece que habéis dado con lo que necesitáis. Servidor, señor de Wardes; mañana por la mañana os dirá mi ayuda de cámara la hora precisa de la marcha. Viajaremos juntos, como buenos amigos. ¡Adiós!

Buckingham saludó a Wardes y entró en la cámara del rey. Exasperado, Wardes salió del palacio, y tomó rápidamente el camino de la casa que habitaba.

XLIV

BAISEMEAUX DE MONTLEZUN

Después de la lección un poco dura dada a Wardes, Athos y Artagnan bajaron juntos la escalera que conduce al patio del palacio del rey.

—Ya veis —decía Athos— que Raúl no puede escaparse, tarde o temprano, de ese desafío con Wardes, tan valiente como malvado.

—Conozco a esos Wardes —replicó Artagnan—, pues tuve que hacer con el padre. Os confieso que me dio bastante trabajo; y eso que en aquel tiempo tenía yo buenos músculos y una firmeza salvaje. Amigo mío, hoy no se dan asaltos semejantes, y bien sabéis que yo tenía una mano férrea. No era un simple pedazo de acero, sino una serpiente que tomaba todas las formas para llegar a colocar convenientemente, su cabeza, es decir, para morder. No había fuerza humana capaz de resistir a semejante ferocidad, y, sin embargo, Wardes el padre; con su bravura de raza, me ocupó bastante tiempo, y tengo presente que al final del combate estaban cansados mis dedos.

—Pues el hiló buscará siempre a Raúl —repuso Athos—, y acabará por encontrarlo, porque a Raúl se le halla siempre que se le busca.

—De acuerdo, amigó— mío, pero Raúl calcula bien, ;y esperará ser provocado. Entonces es buena su posición. El rey no podrá enfadarse, y, además, ya encontraremos el medio de calmarle. Mas, ¿por qué esos temores e inquietudes?

— Por esto: Raúl irá, mañana a ver al rey, el cual le dirá su voluntad sobre cierto matrimonio. Enamorado como está Raúl, se desesperará, y si halla a Wardes en su malhumor, estallará la bomba.

—¡Oh! Ya impediremos eso, mi querido amigo.

—No yo, quiero regresar a Blois. Todo este elegante aparato de Corte y todas estas intrigas me disgustan; ya no soy joven para hacer pacto con las mezquindades de hoy. He leído en el gran libro divino muchas cosas, demasiado bellas y grandes para ocuparme con interés de las frasecillas que cuchichean estos hombres cuando quieren engañarse. En una palabra, me aburro en París siempre que no estáis a mi lado, y como no puedo veros siempre; deseo volverme a Blois.

— ¡Oh! ¡Hacéis mal, Athos, y mentís a vuestro origen y al destino de vuestra alma! Los hombres de vuestro temple están hechos para disfrutar hasta, el último día de la plenitud de sus facultades. Ved mi vieja espada de La Rochela, este acero español; sirvió treinta años perfectamente, y cierto día de invierno cayó sobre las losas del Louvre y se rompió.

De un trozo me han hecho un cuchillo de caza que durará cien años. Vos, Athos, con vuestra lealtad y franqueza, vuestro valor frío e instrucción sólida, sois el hombre que se necesita para dirigir a' los soberanos. Quedaos; el señor Fouquet no durará tanto como mi hoja española,

—Vamos —dijo Athos sonriendo—, he aquí a Artagnan que, después de haberme ensalzado hasta las nubes, hace de mí una especie de dios, y después me tira desde lo alto del Olimpo y me aplasta sobre la tierra. Tengo ambiciones más grandes, amigo. Ser ministro, es ser esclavo. ¡No, no! Me acuerdo haberos oído llamarme alguna vez el gran Athos.. . . Pues si fuera, ministro, estoy seguro de que no me confirmarías el epíteto.

—¡No hay más que hablar! ¡Lo abdicáis todo, hasta la fraternidad!

— ¡Oh! ¡Querido, amigo, es casi duro lo que me decís!

Artagnan estrechó la mano de Athos.

—No, no, abdicad sin temor. Raúl puede pasarse sin vos, estando yo en París.

— Entonces volveré a Blois; esta noche nos despediremos, y al amanecer montaré a caballo.

—No podéis marchar solo a vuestro palacio. ¿Por qué no habéis traído a Grimaud?

—Amigo mío, Grimaud duerme; se acuesta muy temprano. Mi pobre viejo se fatiga mucho. Ha venido conmigo de Blois, y le he obligado a quedarse en casa; pues, si fuera preciso volver a andar las cuarenta leguas que nos separan de Blois, moriríase sin quejarse. Pero yo cuido a mi Grimaud.

—Voy a daros un mosquetero para que lleve la antorcha.

Y, Artagnan, inclinándose sobre la barandilla dorada:

— ¡Hola! —gritó—. ¡Uno aquí!

Siete u ocho cabezas de mosqueteros aparecieron.

—¡Uno de buena voluntad para escoltar al señor conde de la Fère!

—Gracias por vuestro favor, señores —dijo Athos—. No debo incomodar así a caballeros.

—Yo haría la escolta —dijo uno—, si no tuviera que hablar con el señor de Artagnan.

— ¿Quién está ahí? —dijo Artagnan buscando en la sombra.

—Yo, señor de Artagnan.

— ¡Dios me perdone! ¡Es la voz de Baisemeaux!

—Yo mismo, señor.

—¿Y qué hacéis ahí en el patio?

— Aguardo vuestras órdenes, señor de Artagnan.

—¡Ah! ¡Desgraciado de mí! —dijo Artagnan—. Es verdad que estábais prevenido para un arresto. ¡Pero venir vos mismo en lugar de enviar un escudero!

—He venido porque tenía que hablaros.

—¿Y no me habéis hecho avisar?

—Aguardaba —dijo tímidamente Baisemeaux.

—Os dejo; adiós, Artagnan —dijo Athos.

—No antes de que os presente al señor Baisemeaux de Montlezun, alcaide del castillo de la Bastilla.

Baisemeaux y Athos saludáronse

—¡Pero debéis conoceros! —añadió Artagnan.

—Tengo un vago recuerdo del señor —contestó el conde.

—Ya sabéis... Baisemeaux... aquel guardia del rey con quien tuvimos tan buenas partidas en tiempo del cardenal.

—¡Ah, muy bien! —dijo Athos despidiéndose con afabilidad.

— El señor conde de la Fère, que tenía por nombre de guerra Athos —dijo Artagnan en voz baja a Baisemeaux.

—Sí, sí; uno de los cuatro famosos —contestó éste.

—Precisamente. Pero charlemos, querido Baisemeaux.

—¡Si gustáis!

—Primeramente no hay que hablar de órdenes, pues el rey renuncia a prender a la persona en cuestión.

—¡Ah! Tanto peor —replicó Baisemeaux con un suspiro.

— ¡Cómo tanto peor! . .. —exclamo Artagnan riendo.

—Sin duda... —dijo el alcaide de la Bastilla—: Los presos son mis rentas.

—¡Ah! Es verdad; no miraba yo la cosa por ese lado.

—¡De modo que nada de órdenes!

Y Baisemeaux suspiró otra vez.

—Vos sí que tenéis una bella posición —repuso—. ¡capitán de los mosqueteros!'

—Es bastante buena; mas no veo que tengáis que envidiarla; sois alcalde de la Bastilla, el primer castillo de Francia.

— Bien lo sé —dijo tristemente Baisemeaux.

—Decís eso como un penitente, ¡pardiez! ¡Cambio mis ganancias por, las vuestras, si queréis!

—No hablemos de ganancias— murmuro Baisemeaux— si no queréis partirme el alma.

—Pero miráis a todos lados como quien teme ser preso, vos, que aguardáis a los que lo están.

—Miro que nos ven y nos escuchan, y que sería más seguro hablar en secreto; si me concedéis esa gracia.

—¡Baisemeaux! ¿Habéis olvidado que somos conocidos de treinta y cinco años? No tengáis conmigo ese aire contrito. Descuidad. No me como crudos alcaides de la Bastilla.

—¡Plegaria al cielo!

—Ea, venid al patio, y hablaremos cogidos del brazo; hace un claro de luna soberbio, y a lo largo de los robles, bajo los árboles, me contaréis vuestra lúgubre historia.

Y atrajo al doliente alcaide al patio, le agarró del brazo; y le dijo:

—Vamos, Baisemeaux; hablad. ¿Qué tenéis que decirme?

— Será muy largo.

—Si seguís con esos lamentos será más largo aún... Pero creo que hacéis cincuenta mil libras con vuestros pichones de la Bastilla.

—¿Cuándo será eso, señor de Artagnan?

—Me asombráis, Baisemeaux, y estáis haciendo conmigo el hombre contrito. ¡Pardiez! Voy a llevaros delante de un espejo y allí veréis que estáis rollizo, florido y redondo como un queso, que tenéis ojos como carbones encendidos, y que sin ése maldito pliegue que afectáis en la frente no representaríais cincuenta años. Y tenéis sesenta, ¿eh?

—Todo eso es verdad...

— ¡Pardiez! Ya sé que es verdad... tan verdad como las cincuenta mil libras de ganancia. Baisemeaux hizo un gesto de impaciencia.

— Bien —dijo Artagnan—; voy a echaros la cuenta. Erais capitán de guardias del señor Mazarino: doce mil libras anuales; a razón de doce años, son ciento cuarenta y cuatro mil.

— ¡Doce mil libras! ¿Estáis loco? —exclamó Baisemeaux—. El viejo avaro, nunca dio más de seis mil, y los gastos del empleo subían a seis mil quinientas. El señor Colbert, que me había hecho cercenar las otras seis mil, dignábase darme como gratificación cincuenta doblones; de suerte que, sin ese pequeño feudo de Montlezun, queda doce mil libras, no hubiese hecho honor a mis negocios.

Pasemos a las cincuenta mil libras de la Bastilla. Aquí tenéis comida, casa y seis mil libras de renta.

—Corriente.

—Un año con otro, cincuenta presos, que os representan mil libras.

—No digo que no.

—Por tanto, son cincuenta mil libras al año; hace tres que ocupáis el destino, luego tenéis ciento cincuenta mil libras.

—Olvidáis un detalle, señor de Artagnan.

—¿Cuál?

—Que vos recibisteis el empleo de capitán de manos del rey.

—Bien lo sé.

—Mientras que yo he recibido el de alcaide del señor Tremblay y del señor Louvière.

— Es cierto, y Tremblay no era hombre para dejaros su destino por nada.

—¡Y lo mismo Louvière! De donde resulta que he dado setenta y cinco mil libras a Tremblay.

— ¡Bonita cantidad!... ¿Y a Louvière?

—Otro tanto.

—¿Al contado?

—No, eso era imposible. El rey no quería, o más bien, el señor Mazarino no quería parecer, destituir a esos dos tunos salidos de la barricada, y sufrió que ellos hiciesen, para retirarse, condiciones leoninas. ¿Cuáles?

—¡Estremeceos!

—Tres años de renta como alboroque:

— ¡Diablo! Así, las ciento cincuenta mil libras... ¿han pasado a sus manos?

—Justo.

—¿Y qué más?

—Una cantidad de quince mil escudos o cincuenta mil libras, como gustéis, en tres pagos.

—Es exorbitante.

—No es eso todo.

—¿Aún más?

—Me falta llenar una de las condiciones, de lo contrario, esos señores vuelven a su destino. Así lo han hecho firmar al rey.

—¡Es enorme! ¡Es increíble!

— Pues así es.

—Lo siento, mi pobre Baisemeaux. Entonces; ¿cómo diantres os concedió Mazarino ese pretendido favor? ¿No era más sencillo negároslo?

—¡Sí, sí! Fue obligado por mi protector.

— ¡Vuestro protector!

— ¿Quién?

—¡Cáscaras!

—Un amigo vuestro, el señor de Herblay.

—¿El señor de Herblay? ¿Aramis?

Precisamente; ha sido encantador para mí.

—¿Encantador, y os ha hecho pasar por eso?

—Escuchad. Yo quería dejar el servicio del cardenal. El señor de Herblay habló por mí a Louvière y a Tremblay; ellos resistieron; yo tenía ganas de la plaza, porque sabía que puede dar; me confié al señor de Herblay sobre mi penuria, y él me prometió responder por mí en cada plazo.

— ¡Bah! ¡Aramis!

—Me asombráis. ¿Aramis respondió; por vos?

—Sí, señor, y consiguió la firma de Louviére y Tremblay; cada año he pagado veinticinco mil libras de beneficio a cada tino de estos dos señores; cada año también, en mayo, el señor de Herblay venía a la Bastilla y me traía dos mil quinientos doblones para distribuir entre mis cocodrilos.

—Luego debéis ciento cincuenta mil libras a Aramis.

—Esa es mi desesperación; no le debo más que cien mil.

—No os comprendo del todo.

—Sin duda; no ha venido más que dos años. Hoy estamos a 31 de mayo y no ha venido; y mañana al mediodía, concluye el plazo. Y si no he pagado a esos señores en los términos convenidos, me despojarán de todo; habré trabajado tres años, y dado doscientas cincuenta mil libras por nada, querido señor, de Artagnan, por nada absolutamente.

—Es curioso —murmuró Artagnan.

— ¿Concebís ahora que pueda tener una arruga en la frente?

— ¡Oh, sí!

—¿Concebís que a pesar de esta redondez de queso y este frescor de pavía, a pesar de estos ojos chispeantes como carbones encendidos, haya llegado a temer el no tener ni un queso ni una pavía que comer, ni ojos para otra cosa que para adorar.

—Es desolador.

—Y he venido a vos, querido señor de Artagnan, porque sólo vos podéis sacarme de penas.

—¿Cómo?

— ¿Conocéis al abate de Herblay?

— ¡Diantre!

—¿Sabéis que es misterioso?

—¡Oh! Sí:

— ¿Podéis darme las señas de su presbiterio? Porque lo he buscado en Noisy le Sec, y ya no está allí.

— ¡Pardiez! Es obispo de Vannes.

—¿Vannes, en Bretaña?

El hombrecillo se puso a arrancarse los cabellos.

—¿Cómo ir a Vannes de aquí a mañana al mediodía? —dijo—. ¡Soy hombre perdido!

— Vuestra desesperación me apena. Escuchad, pues, y sabed que un obispo no reside siempre en el mimo punto, y el señor de Herblay podría no estar tan lejos como teméis.

—¡Oh! Dadme su dirección.

—No la sé, amigo mío.

—¡Decididamente, estoy perdido! Voy a echarme a los pies del rey.

—Me sorprendéis, Baisemeaux. ¿Cómo produciendo la Bastilla cincuenta mil libras no le habéis hecho rentar doble?

—Porque soy honrado, señor de Artagnan, y alimento a los presos como a potentados.

—¡Diantre! Dadme una buena indigestión con vuestros ricos alimentos, y martirizadme de aquí a mañana a mediodía.

— ¡Cruel! ¡Tiene ganas de reír!

—No; me apenáis... Veamos, Baisemeaux, ¿tenéis palabra de honor?

—¡Capitán!

—Pues dádmela de que no abriréis la boca a nadie de lo que voy a deciros.

—¡Jamás! ¡Jamás!

—¿Queréis echar mano a Aramis?

—¡A toda costa!

—Pues id en busca del señor Fouquet.

— ¿Qué relación ... ?

—¡Qué bobo sois!... ¿Dónde está Vannes?

—¡Tate!

—Vannes está en la diócesis de Belle Isle, o Belle Isle en la diócesis de Vannes; luego el señor Fouquet ha hecho nombrar al señor de Herblay para ese obispado.

—Me abrís, los ojos y me devolvéis la vida.

—Tanto mejor. Id, pues, a decir sencillamente al señor Fouquet que deseáis hablar al señor de Herblay.

— ¡Es verdad! ¡Es verdad! —exclamó Baisemeaux lleno de gozo.

—¿Y la palabra de honor? —dijo Artagnan deteniéndolo con una mirada severa.

—¡Oh! ¡Sagrada! —replicó el hombrecillo disponiéndos a correr.

— ¿A dónde vais?

—A casa del señor Fouquet.

—No; el señor Fouquet está jugando con el rey. Con tal de que vais más temprano, habréis hecho todo lo que podéis hacer.

—¡Iré; gracias'.

—¡Buena suerte!

—¡Gracias!

Graciosa historia murmuró Artagnan, subiendo lentamente la escalera.

— ¿Qué diablo de interés puede tener Aramis en obligar así a Baisemeaux?... Ya sabremos esto un día u otro.

XCV

EL JUEGO DEL REY

Como había dicho Artagnan, Fouquet asistía al juego del rey. Parecía que la marcha de Buckingham había vertido un bálsamo sobre, todos los corazones ulcerados la víspera.

Moasieur, radiante, hacía señas afectuosas a su madre.

El conde de Guiche no podía separarse de Buckingham, y al mismo tiempo que jugaba charlaba con él sobre las eventualidades de su viaje.

Buckingham, pensativo y afectuoso como hombre de corazón que ha tomado su partido, oía al conde y dirigía de vez en cuando a Madame una mirada de ternura y de pena.

La princesa, llena de embriaguez, compartía su pensamiento entre el rey, que jugaba con ella, Monsieur, que le gastaba dulces bromas sobre sus enormes ganancias, y Guiche, que demostraba una alegría extravagante. De Buckingham ocupábase ligeramente, pues este fugitivo, este desterrado, no era para ella más que un recuerdo, no un hombre.

Así son los corazones ligeros; entregados, a lo presente, rompen con todo lo que puede trastornar sus cálculos de bienestar egoísta. Madame se hubiese avenido a las sonrisas, gentilezas y suspiros de Buckingham presente; ¿pero a qué suspirar, sonreír y arrodillarse desde lejos? El viento del Estrecho que arrastra a los navíos, ¿dónde lleva los suspiros?

El duque advirtió este cambio, y padeció mortalmente su corazón. Naturaleza delicada, orgullosa y susceptible de profunda adhesión, maldijo el día en que la pasión entrara en su alma.

Las miradas que enviaba a Madame se enfriaron poco a poco al soplo glacial de su pensamiento. Aún no podía despreciar, pero fue bastante fuerte para imponer silencio a los gritos tumultuosos de su corazón.

A medida que Madame adivinaba este cambio, aumentaba su actividad para recobrar la radiación que perdía; su ingenio; tímido e indeciso al principio, se manifestó luego con brillantez; era necesario que a toda costa fuera notada por encima de todos, hasta del mismo rey.

Y lo fue. Las reinas, no obstante su dignidad; el rey, a pesar de los respetos de la etiqueta, fueron eclipsados.

Las reinas, rígidas y envaradas, humanizáronse y rieron. La reina madre se admiró de este brillo que volvía a su raza, gracias al talento de la nieta de Enrique IV.

El rey, celoso como joven y como rey de todas las superioridades que le rodeaban, no pudo menos de rendir las armas a esa petulancia francesa, cuya energía realzaba más el humor inglés.

Los ojos de Madame lanzaban destellos. La alegría se escapaba de sus labios de púrpura, como la persuasión de los labios del viejo Néstor.

Sometida toda la Corte a tales encantos, advertía por primera vez que podían reír delante del rey mas grande del mundo, como gentes dignas de ser llamadas las más delicadas y espirituales de la tierra.

Madame consiguió aquella noche un éxito capaz de aturdir a cualquiera que no hubiese nacido en esas elevadas regiones que se llaman un trono, y que están al abrigo de semejantes vértigos, a pesar de su altura.

Desde aquel instante miró Luis XIV a Madame como un personaje. Buckingham la miró como una coqueta digna de los más crueles tormentos. Guiche, como una divinidad. Los cortesanos, como un astro cuya luz debía convertirse en un foco de favor y de poder.

Sin embargo, unos años antes no se dignó Luis XIV dar la mano para un baile a aquella fea. Sin embargo, Buckingham había adorado aquella coqueta de rodillas. Sin embargo, Guiche había mirado aquella divinidad cómo una mujer. Sin embargo, los cortesanos no habían osado aplaudir a aquel astro por temor de desagradar al rey, a quien en otro tiempo disgustara.

Todo esto pasaba en aquella noche memorable.

La joven reina, aunque española y sobrina de Ana de Austria, adoraba al rey y no sabía disimular.

Ana de Austria, observadora como mujer e imperiosa como reina, sintió el poder de Madame y se inclinó.

Lo que determinó a la joven reina a levantar el sitio y entrar en su habitación.

Apenas fijó el rey la atención en esta salida, a pesar de los afectados síntomas de indisposición que la acompañaban.

Conocedor de las leyes de la etiqueta, que empezaba a introducir como elemento de toda relación, Luis XIV no se emocionó; ofreció la mano a Madame, sin mirar a Monsieur, y condujo a la joven princesa hasta la puerta de su aposento.

Observóse que en el umbral de la puerta, libre Su Majestad de todo obstáculo, o menos fuerte que la situación, dejó escapar un enorme suspiro.

Las mujeres, porque todo lo observan, la señorita de Montalais, por ejemplo, no dejaron de decir a sus compañeras:

—El rey ha suspirado.

—Madame ha suspirado.

Era cierto. Madame había suspirado sin ruido, pero con un acompañamiento más peligroso para el reposo del rey.

Había suspirado cerrando sus encantadores ojos negros, abriéndolos en seguida, y cargados como estaban de indecible tristeza, los había alzado sobre el rey, cuyo rostro estaba visiblemente purpúreo.

Resultaba de este rubor, de estos suspiros y de todo este regio movimiento, que la de Montalais había cometido una indiscreción, y que esta indiscreción había afectado ciertamente a su. compañera, porque la señorita de La Vallière, menos perspicaz indudablemente, palideció cuando se ruborizó el rey y entró temblando en el cuarto de Madame sin cuidarse de tomar los guantes, como el ceremonial lo exigía.

Verdad es que esta provinciana podía alegar como excusa la turbación en que la ponía la majestad real. En efecto, la señorita de La Vallière, al cerrar la puerta, había fijado inadvertidamente los ojos en el rey, que iba andando hacia atrás.

El rey entró en la sala de juego, quiso hablar a diversos personajes, pero pudo advertirse que estaba trascordado.

Embrolló diferentes cuentas, de lo que se aprovecharon algunos señores que habían conservado estas costumbres del señor Mazarino: mala memoria, pero buena aritmética.

De modo que Manicamp, personaje distraído si los hubo, y el hombre más honrado del mundo, recogió pura y simplemente veinte mil libras que estaban sobre la mesa y cuya propiedad no parecía legítimamente adquirida por nadie.

Y el señor de Wardes, que tenía la cabeza algo trastornada por los sucesos de la noche, dejó sesenta luises dobles que había ganado al señor de Buckingham, y que éste, incapaz, como su padre, de salir con una moneda en la mano, abandonó al candelero.

El rey no recobró un tanto la atención hasta el momento en que el señor Colbert, que acechaba hacía algunos instantes, se acercó y, muy respetuosamente sin duda, pero con instancia, depositó uno de sus consejos en el oído, todavía aturdido, de Su Majestad.

Luis prestó nueva atención a este consejo, y echando una mirada por la pieza:

—¿No está aquí el señor Fouquet? —dijo.

—Sí tal, Majestad —contestó la voz del superintendente, ocupado con Buckingham.

Y se acercó.

El rey dio un paso hacia el conde con aire negligente.

—Perdón, señor superintendente, si interrumpo vuestra conversación; pero os reclamo siempre que tengo necesidad de vos.

—Mis servicios son siempre del rey.

—Y, sobre todo, vuestra caja —dijo éste riendo con falsedad.

—Mi caja más que nada —contestó fríamente Fouquet.

—Este es el hecho: quiero dar una fiesta en Fontainebleau: Quince días de casa abierta. Necesito ... Y miró oblicuamente a Colbert. Fouquet esperó sin turbarse.

—Unos... —dijo.

—Unos cuatro millones —contestó el rey, respondiendo a la cruel sonrisa de Colbert:

— ¿Cuatro millones? —exclamó Fouquet inclinándose profundamente…

Y sus uñas, clavándose en su pecho, hicieron un surco sangriento, sin que la serenidad del rostro se alterase un momento.

—Sí, señor —dijo el rey.

—¿Cunádo, Majestad?

—Toma tiempo... Es decir... no...

—Lo más pronto posible.

—Es necesario tiempo.

—¡Tiempo! —exclamó Colbert triunfante.

—Tiempo para contar los escudos —dijo el superintendente con majestuoso desprecio–
–; sólo se pesa un millón al día.

—Por tanto, son cuatro días —dijo Colbert.

—¡Oh! —replicó Fouquet dirigiéndose al rey—. Mis dependencias hacen prodigios en servicio de Vuestra Majestad, y la suma estará dispuesta en tres días.

Colbert púsose pálido.

Luis, lo miró, sorprendido. Fouquet se retiró sin orgullo ni humildad, sonriendo a sus numerosos amigos, en cuya sola mirada leía una leal amistad, un interés que llegaba a la compasión.

Era preciso no juzgar a Fouquet por su sonrisa, porque realmente tenía la muerte en el corazón.

Algunas gotas de sangre manchaban, bajo su vestido, la fina tela que cubría su pecho.

El vestido ocultaba la sangre; la sonrisa, la rabia.

Por el modo con que llegó a su carroza adivinaron los criados que el señor no estaba de buen humor; de lo cual resultó que sus órdenes se ejecutaron como las maniobras de un buque de guerra mandadas por un capitán irritado.

La carroza no rodaba, volaba. Apenas tuvo tiempo de concentrarse Fouquet durante el trayecto. Al llegar, subió al cuarto de Aramis.

Aramis no estaba acostado.

En cuanto a Porthos, había comido de una manera gigantesca; luego, se había hecho untar el cuerpo con aceites perfumados; a la manera de los luchadores antiguos, y después se había tendido, entre franelas, en un lecho caliente.

Aramis, envuelto en una bata de terciopelo, escribía cartas y más cartas con esa letra fina y apretada que una página hace un cuarto de volumen.

La puerta se abrió precipitadamente; el superintendente apareció, pálido, agitado, inquieto.

Aramis alzó la cabeza, y dijo:

—Buenas noches, apreciado huésped y su mirada investigadora adivinó toda la tristeza de Bouquet.

—¿Qué tal el juego? —preguntó para entrar en conversación. Fouquet se sentó, y, con un gesto, indicó la puerta al lacayo que le había seguido.

Cuándo éste hubo salido, dijo:

— ¡Muy bien!

Y Aramis, que lo seguía con la vista, advirtió que se tiraba sobre los cojines con impaciencia febril.

— ¿Habéis perdido como siempre? —preguntó Aramis con la pluma en la mano.

—Más que siempre —contestó Fouquet.

—Pero sabemos que soportáis bien las pérdidas.

— A veces.

— ¡Bien!. ¿E1. señor Fouquet, mal jugador?

—Hay juegos y juegos, señor de Herblay.

—¿Y cuánto habéis perdido, monseñor? —preguntó Aramis con cierta inquietud.

Fouquet se recogió un instante para componer su voz, y dijo sin emoción alguna.

—La velada me cuesta cuatro millones.

Y una risa amarga se perdió en la última vibración de estas palabras.

Aramis no esperaba tal cifra, y dejó caer la pluma.

— ¡Cuatro millones! —dijo—. ¿Habéis jugado cuatro millones? ¡Imposible!

—El señor Colbert llevaba mis cartas —respondió Fouquet con la misma siniestra risa.

—¡Ah! Comprendo ahora, monseñor. ¿Y hay que recurrir a los fondos?

—Sí, querido.

—¿Para el rey?

—Sí.

— ¡Diablo!

—¿Qué pensáis de esto?

— ¡Diantre! Pienso que quieren arruinaros; es claro.

—Siempre es ese vuestro parecer.

—Siempre; y no hay que sorprenderse, pues era lo que teníamos previsto.

—Corriente; pero no esperaba yo lo de los cuatro millones.

—Verdad que la suma es fuerte, pero, en fin, cuatro millones no son la muerte de un hombre, sobre todo cuando este hombre se llama Fouquet.

—Si conocieseis el fondo de la caja, estaríais menos tranquilo.

— ¿Y habéis prometido?

—¿Qué queríais que hiciese?

—Es cierto.

—¡El día que yo niegue, Colbert encontrará, y estaré perdido!

—Incontestablemente: ¿Y para cuándo habéis prometido esos millones?

—Para dentro de tres días. El rey parece muy necesitado.

— ¡Tres días!

—¡Oh! —repuso Fouquet—. Cuando se piensa que ahora mismo, al pasar por la calle, gritaba la gente: "Ahí va el rico señor Fouquet", es cosa de perder la cabeza, querido Herblay.

—¡No, monseñor, alto ahí! La cosa no vale la pena —dijo flemáticamente Aramis, echando polvos sobre la carta que acababa de escribir.

—¡Pues dadme un remedio, un remedio para ese mal sin remedio!

—No hay más que uno:— pagad.

— ¡Si apenas tengo esa cantidad! Todo debe estar agotado; se ha pagado Belle Isle; se ha pagado la pensión... Desde las requisitorias de los arrendadores de rentas y con-

tribuciones, el dinero es raro. Admitiendo que se pague esta vez, , ¿cómo se pagará otra? Porque, no lo dudéis, cuando los reyes han gustado el dinero, son como los tigres cuando han probado la carne: ¡devoran! Algún día será preciso que diga: "¡Imposible, Majestad!" ¡Y ese día estoy perdido!

—Un hombre de vuestra posición, monseñor; sólo se pierde cuando quiere.

— ¡Bah! Bastante luché en mi juventud con el cardenal Richelieu, que era el rey de Francia... ¿Tengo, por ventura, armas, tropas, tesoros? ¡Ya la Belle Isle siquiera! ¡Bah! La necesidad es madre de la invención,. y cuando todo lo creáis perdido...

—¿Qué?

—Se descubrirá algo inesperado que os salvará.

—¿Y quién descubrirá esa maravilla?

—Vos.

—¡Yo! Presento la dimisión de inventor.

—Entonces, yo.

— Bien; poned mano a la obra sin tardanza.

—Tenemos tiempo.

—Me matáis con vuestra flema, Herblay —repuso el superintendente, limpiándose el sudor.

— ¿No os acordáis de lo que os dije un día?

— ¿Qué me dijisteis?

—Que no os inquietarais si teníais valor. ¿Lo tenéis?

—Así creo.

—Pues no os inquietéis.

— ¿Luego vendréis en mi auxilio en el momento supremo?

—Eso no será más que devolveros lo que os debo, monseñor.

—El oficio de los financieros es adelantarse a las necesidades de los hombres como vos.

—Si la cortesanía es el oficio de los financieros, la caridad es la virtud de las gentes de Iglesia. Tranquilizaos, y en el último momento veremos.

—Entonces, veremos muy pronto.

—Ahora, permitidme os manifieste que personalmente siento mucho estéis tan escaso de dinero.

—¿Por qué?

—Porque iba a solicitáros. . .

— ¿Para vos?

—Para mí o para los míos; para los míos o para los nuestros.

— ¿Qué cantidad?

— ¡Oh, tranquilizaos! Una bonita cantidad, verdad es, mas poco exorbitante.

—¡Decid la cifra! Cincuenta mil libras.

— ¡Una miseria!

— ¿De veras?

—Sin duda; siempre se tienen cincuenta mil liras. ¡Ah! ¿Por qué ese tuno de Colbert no se contenta como vos, y me causaría menos pena? ¿Y cuándo necesitáis esa cantidad?

—Mañana temprano.

—Bien, y...

—¡Ah! ¿Su destino queréis decir?

—No, caballero; no necesito —explicación.

—Sí tal; mañana es 1° de junio'

—¿Y qué?

—Vencimiento de una de nuestras obligaciones.

—¿Tenemos obligaciones?

—Indudablemente, mañana pagamos nuestro último tercio.

—¿Qué tercio?

—E1 de las ciento cincuenta mil libras de Baisemeaux.

— ¡Baisemeaux! ¿Quién es?

—El alcalde de la Bastilla.

—¡Ah! Es cierto; me hacéis pagar, ciento cincuenta mil libras por ese hombre.

— ¡Vamos!

—Pero, ¿por qué?

—Por su destino, que he comprado, o mejor dicho, que nosotros hemos comprado a Louvière y Tremblay.

—Todo eso está muy vago en mi cabeza.

—Lo concibo. ¡Tenéis tantos asuntos! Sin embargo, no creo que haya ninguno más importante que éste.

— Decidme, pues, con qué objeto hemos comprado ese destino.

—Con el de ser útil.

—¡Ah!

— Primeramente a él. ¿Y después?

—A nosotros.

— ¡A nosotros! ...¿Os burláis?

— Señor, hay tiempos en que un alcaide de la Bastilla es un buen conocimiento.

—Tengo la dicha de no comprenderos.

— Monseñor, tenemos nuestros poetas, nuestro ingeniero, nuestro arquitecto, nuestros músicos, nuestro impresor, nuestros pintores; y necesitábamos nuestro alcaide de la Bastilla.

— ¡Ah! ¿Creéis...?

—No nos hagamos ilusiones, monseñor. Estamos muy expuestos a ir a la Bastilla, querido señor Fouquet —añadió el prelado enseñando aquellos hermosos dientes, tan adorados treinta años antes por María Michón.

—¿Y suponéis que no es demasiado esa suma, Herblay?

—Día vendrá en que reconoceréis vuestro error.

—Mi querido Herblay; el día en que se entra en la Bastilla, no está uno protegido más por el pasado.

—Sí tal, si las obligaciones suscritas están en regla no lo dudéis, ese excelente Baisemeaux no tiene corazón de cortesano. Estoy seguro que me conservará reconocimiento por ese dinero; sin contar, señor, con que guardo yo los títulos.

—¡Qué demonio de negocio! ¡Usura en materia de beneficencia!

—Monseñor, no os mezcléis en esto; si hay usura, yo sólo la hago y la aprovechamos los dos.

—¡Qué intriga, Herblay! ...

—No lo niego.

—Y Baisemeaux cómplice.

— ¿Por qué no? Peores los hay: ¿De modo que puedo contar mañana con las cincuenta mil libras?

— ¿Las deseáis esta noche?

—Mejor será, porque quiero salir temprano, y ese pobre Baisemeaux, que no sabe lo que ha sido de mí, estará sobre ascuas.

—Tendréis la cantidad dentro de una hora. ¡Ah, Herblay! El interés de vuestras ciento cincuenta mil libras no pagará jamás mis cuatro millones —dijo Fouquet levantándose.

— ¿Por qué no, monseñor?

— Buenas noches, tengo que hacer con los dependientes antes de acostarme.

—Buenas noches, monseñor. —Me deseáis un imposible, Herblay.

— ¿Tendré las cincuenta mil libras esta noche?

—Seguramente.

—Pues, dormid descuidado, os lo digo yo.

—¡Buenas noches, monseñor!

No obstante el tono de seguridad con que dijo estas palabras, Fouquet salió moviendo la cabeza y dando un suspiro.

XLVI

LAS CUENTAS DEL SEÑOR BAISEMEAUX DE MONTLEZUN

Daban las siete en San Pablo cuando Aramis, a caballo y en traje de paisano; es decir, vestido de color, con un cuchillo de caza por toda distinción, pasaba por la calle del Petit–Muse e iba a parar frente a la calle Tournelles, a la puerta del castillo de la Bastilla.

Dos funcionarios la guardaban. No pusieron ninguna dificultad en admitir a Aramis, que entró a caballo como estaba, y lo condujeron a lo largo de un pasadizo por el que se llegaba a la verdadera entrada, esto es, al puente levadizo. El centinela del cuerpo de guardia exterior detuvo a Aramis.

Aramis, con su finura acostumbrada, explicó que la causa que allí lo llevaba era el deseo de hablar al señor Baisemeaux de Montlezun.

El primer centinela llamó al otro, colocado en un puesto interior. Este asomó la cabeza a su tronera, y miró' muy atentamente al recién llegado.

Aramis reiteró la expresión de su deseo.

El centinela llamó a un sargento que se paseaba en un patio bastante espacioso, y que, enterado de lo que se trataba, fue en busca de un oficial de la plana mayor del alcaide:

Este último, después de haber oído la petición de Aramis, le rogó que esperase un momento; dio unos pasos, y volvió a preguntarle su nombre.

—No puedo decíroslo, señor —dijo Aramis—. Sabed tan sólo que tengo cosas de tal importancia que comunicar al señor alcaide, que puedo responder de antemano a una; y es que, el señor Baisemeaux quedará encantado de verme. Con tal que le digáis que aquí está la persona a quien espera el 1° de junio, bastará para que él mismo venga al instante.

El oficial no podía explicarse que un hombre tan importante como el señor alcaide se molestase por otro tan poco importante como parecía ser aquel paisano a caballo.

—Feliz, casualidad, señor. Justamente, el señor alcaide se prepara a salir; ved enganchada su carroza, en el patio de la alcaidía; de suerte que no tendrá necesidad de venir a buscaros, sino que os verá al pasar.

Aramis hizo con la cabeza una señal de asentimiento, porque no quería dar de sí mismo una idea demasiado alta; esperó, pues, con paciencia y en silencio, inclinado sobre los arzones del caballo.

No habían transcurrido diez minutos, cuando se movió la carroza del alcaide, acercándose a la puerta. El alcaide salió y montó en el carruaje.

Entonces se hizo la misma ceremonia para el señor de la casa que para un extraño sospechoso; el centinela del puesto se adelantó en el mismo momento en que la carroza iba a pasar bajo la bóveda, y el alcaide abrió la portezuela para obedecer el primero la consigna.

De este modo pudo convencerse el soldado de que nadie salía fraudulentamente de la Bastilla.

La carroza rodó bajo la bóveda, pero, en el instante en que se abría la verja, el oficial se acercó a la carroza, detenida por segunda vez, y dijo unas palabras al alcaide. Este sacó entonces la cabeza por la portezuela y vio a Aramis a caballo en la extremidad del puente levadizo.

Al instante dio un grito de alegría, y salió, o mejor, se lanzó de la carroza, corriendo a estrechar las manos de Aramis, dándole mil excusas. Poco faltó para que se las besase.

—¡Qué de impedimentos para entrar en la Bastilla, señor alcaide! ¿Pasa lo mismo para aquellos a quienes envían contra su voluntad, como para los que vienen voluntariamente?

—¡Perdón, perdón! ¡Ah, monseñor! ¡Qué alegría tengo en ver a Su Ilustrísima!

—¡Chito! ¿En eso pensáis, amigo Baisemeaux? ¿Qué queréis que se piense al ver a un obispo en el traje en que estoy?

—¡Ah! Perdón, no pensaba en eso. El caballo de este señor a la cuadra —gritó Baisemeaux.

—¡No, no —dijo Aramis—, cáspita!

—¿Por qué?

—Porque hay cinco mil doblones en el portamanteo.

El semblante del alcaide se puso tan radiante, que si lo hubiesen visto los presos habrían podido, creer que le enviaban algún príncipe de la sangre.

—Sí, tenéis razón; a la alcaldía el caballo. ¿Queréis que subamos en el coche para ir hasta allí?

—¡ ¡En coche para atravesar un patio.! ... ¿Me creéis tan flojo? No, a pie, señor alcaide, a pie.

Entonces le ofreció Baisemeaux su brazo como apoyo; pero el prelado no hizo uso de él. De este modo llegaron a la alcaldía, Baisemeaux frotándose las manos y mirando a hurtadillas el caballo, y Aramis contemplando las murallas negras y desnudas.

Un vestíbulo muy espacioso y una escalera recta de piedras blancas, conducían a las habitaciones de Baisemeaux.

Este atravesó la antesala y el comedor, donde se disponía el desayuno, abrió una puertecilla oculta, y se encerró con su huésped en un gran gabinete, cuyas ventanas se abrían oblicuamente sobre los patios y las cuadras.

Baisemeaux instaló al obispo con esa obsequiosa urbanidad cuyo secreto sólo conocen un pobre hombre o un hombre agradecido.

Sillón de brazos, cojín bajo los pies, y mesa giratoria para apoyar la mano, todo lo preparó el alcaide.

También colocó sobre aquella mesa, con religioso cuidado, el saco de oro que uno de los soldados había subido con no menos respeto que un cura lleva el Santísimo Sacramento.

El soldado salió. Baisemeaux fue a cerrar la puerta, corrió una cortina de la ventana, y fijó los ojos en Aramis a fin de ver si le faltaba algo.

—Monseñor —¡dijo sentándose—, continuáis siendo el más fiel de los hombres de palabra.

—En negocios, amigo señor Baisemeaux, la exactitud no es virtud, sino simple deber.

—Sí, ya comprendo; mas éste no es un negocio que hacéis conmigo, monseñor, sino un servicio que me prestáis.

—¡ Vamos; confesad que, a pesar de mi exactitud, habéis estado inquieto.

—Por vuestra salud, sí, ciertamente —balbuceó Baisemeaux.

—Quise venir ayer, pero no pude; estaba muy cansado. Baiserneaux se apresuró a meter otro cojín bajo los riñones de su, huésped.

—Pero —repuso Aramis— me prometí venir a veros hoy muy temprano.

—Sois excelente, monseñor.

—Y no me ha salido bien la diligencia, según creo.

—¿Cómo es eso?

—Sí, ibais a salir. Baisemeaux se encendió.

—En efecto... salía.

—Luego os estorbo.

La turbación de Baisemeaux fue notable.

—Os estorbo —continuó fijando su mirada incisiva sobre el pobre alcaide—. Si hubiera, sabido esto no habría venido.

—¡Ah, monseñor! ¿Cómo podéis creer que me estorbéis nunca?

—Confesad que ibais en busca de dinero.

—No —balbuceó Baisemeaux—, os lo aseguro; iba...

—¡El señor alcaide va a casa del señor Bouquet! —gritó desde abajo la voz del mayor.

Baisemeaux corrió como loco a la ventana.

—¡No, no! —gritó como un desesperado—. ¿Quién diantres habla del señor Fouquet? ¿Están borrachos? ¿Por qué se me incomoda cuando estoy ocupado?

—¿Ibais a casa del señor Fouquet? —preguntó Aramis pellizcándose los labios—. ¿A casa del abate o del superintendente?

Baisemeaux tenía ganas de mentir, pero le faltó valor, y dijo:

—A casa del superintendente.

—Luego teníais necesidad de dinero cuando íbais a casa de quien lo da.

—No tal, monseñor.

—Desconfiáis de mí.

—¡ Monseñor, la sola incertidumbre, la sola ignorancia del lugar en que habitáis:.

—¡Oh! Hubiéseis tenido dinero en casa del señor Fouquet, que es hombre que tiene la mano abierta.

—Os juro que jamás me hubiera atrevido a pedir dinero al señor Fouquet. Iba a preguntarle vuestra dirección, nada más.

—¿Mi dirección en casa del señor Fouquet? —exclamó Aramis abriendo a pesar suyo los ojos.

—¡ Indudablemente —dijo Baisemeaux turbado por la mirada del obispo—; en casa del señor Fouquet.

—Ningún mal hay en eso, querido Baisemeaux; mas os pregunto, ¿por qué íbais a preguntar mi dirección a casa del señor Fouquet?

—Para escribiros.

—Comprendo —dijo Aramis sonriendo—; pero no es esto lo que yo quería decir; pregunto por qué ibais precisamente a casa del señor Fouquet a preguntar por mi dirección.

—¡Ah! —murmuró Baisemeaux—. Perteneciendo Belle Isle al señor Fouquet...

—¿Y qué?

—Belle Isle, que es de la diócesis de Vannes. . . y como sois obispo de Vannes. . .

—¡Querido Baisemeaux, ya que sabíais que yo era obispo de Vannes, no teníais necesidad de ir a preguntar mi dirección a casa del señor Fouquet.

—En fin, monseñor —dijo Baisemeaux en el mayor aprieto—, ¿he cometido alguna indiscreción? En ese caso, os pido perdón.

— ¡Bah! ¿Y en qué había de consistir esa indiscreción? —preguntó tranquilamente Aramis.

Y al mismo tiempo que serenaba su rostro y sonreía al alcaide, Aramis se preguntaba cómo Baisemeaux, que desconocía su dirección, sabía no obstante que Vannes era su residencia.

Yo aclararé esto, dijo para sí. Y, en seguida, añadió en voz alta:

—Vamos, mi apreciable alcaide, ¿queréis que hagamos nuestras cuentas?

— Estoy a vuestras órdenes, monseñor; pero antes decidme.

¯¿Qué?

—¿No me haréis el honor de almorzar conmigo, como de costumbre?

— Sí tal; con sumo gusto.

Baisemeaux dio tres golpes en un timbre.

— ¿Qué quiere decir eso? —preguntó Aramis.

—Que alguien almuerza conmigo, y que obren en consecuencia.

—¡Diantre, y dais tres golpes! Me parece, querido alcaide, que empleáis cumplimientos.

—¡Oh! Es lo menos que puedo hacer.

—¿Y a propósito de qué?

—Porque no existe príncipe que haya hecho por mí lo que vos hacéis.

—Vaya, hablemos de otra cosa. Decidme, ¿hacéis negocio en la Bastilla?

— Ciertamente.

—¿Cuánto de cada preso?

—No mucho.

—¡Diantre!

—El cardenal Mazarino no era bastante duro.

— ¡Ah, sí! Nuestro antiguo cardenal necesitaba una alcaidía suspicaz.

—Sí, en tiempo de aquél todo marchaba bien. Aquí hizo su fortuna el hermano de Su Eminencia.

— Creedme, alcaide —dijo Aramis acercándose—, un rey joven vale tanto como un cardenal viejo. La juventud tiene sus desconfianzas, sus cóleras, sus pasiones, como la vejez tiene sus odios, sus precauciones y recelos. ¿Habéis pagado los tres años de beneficios a Louvière y a Tremblay?

—¡Oh! Sí.

— ¿De modo que sólo os resta darles las cincuenta mil libras que os traigo?

—Sí.

—Así, ¿no ha habido economías?

—¡Ah, monseñor! Dando cincuenta mil libras a esos señores, os juro que les doy todo lo que gano. Esto era lo que ayer decía al señor de Artagnan.

—¡Ah! —exclamó Aramis, cuyos ojos brillaron un instante—. ¿Ayer visteis a Artagnan? ¿Y cómo está ese querido amigo?

—Perfectamente.

—¿Y qué era lo que le decíais?

—Le decía —prosiguió el alcaide sin percibir su aturdimiento— que yo alimentaba muy bien a mis presos.

—¿Cuántos tenéis? —preguntó Aramis.

— Sesenta.

— ¡Buena cifra!

—¡Ay! En otro tiempo había más de doscientos.

—Al fin, un mínimo de sesenta. No hay mucho de qué quejarse.

—Sin duda, porque a cualquiera otro que no fuese yo, cada uno debía rentar ciento cincuenta doblones.

—¡Ciento cincuenta doblones!

—Sí, calculad: por un príncipe de la sangre, por ejemplo, tengo cincuenta libras cada día.

—Pero no tenéis ningún príncipe de la sangre, supongo —dijo Aramis con un ligero temblor en la voz.

—¡No, gracias a Dios! Es decir, no, desgraciadamente.

—¿Cómo desgraciadamente?

—Sin duda; eso me sería lucrativo.

—Es cierto. Con que un príncipe de la sangre cincuenta libras.

—Sí. Por un mariscal de Francia, treinta y seis libras.

—Pero tampoco tenéis ahora mariscal de Francia, ¿eh?

—¡Ay, no! Cierto es que los tenientes generales y los brigadieres son a veinticuatro libras, pero sólo tengo dos.

—¡Ah! ¡Ah!

—Por tanto, siguen los consejeros del Parlamento, que producen quince libras.

—¿Y cuántos tenéis?

—Cuatro.

—Ignoraba que los consejeros fuesen de tanto provecho —dijo Aramis.

—Sí, pero de quince libras voy a parar inmediatamente a diez.

—¿A diez?

—Sí; por un juez ordinario, por un abogado, por un eclesiástico, diez libras.

—¿Y tenéis siete? ¡Excelente negocio!

—No, malo.

—¿En qué?

—¿Cómo queréis que no trate a esos desgraciados, que al fin son alguna cosa, como a un consejero del Parlamento?

—En efecto, tenéis razón; no veo cinco libras de diferencia entre ellos.

—Ya lo veis; si tengo un buen pescado, siempre lo pago a cuatro o cinco libras; si un buen pollo, me cuesta libra y media; alimento muy bien a los habitantes del corral, pero necesito comprar grano, y no podéis imaginaros el ejército de ratas que tenemos aquí.

—¿Y por qué no le oponéis una media docena de gatos?

—¡Ah! Sí; pero me he visto precisado a renunciar a ellos; juzgad cómo tratarían el grano. He tenido que tomar hurones, que hice venir de Inglaterra, para estrangular las ratas; pero los perros tienen un apetito feroz, y tragan tanto como un prisionero de quinto orden, sin contar con que algunas veces me estrangulan los conejos y los pollos.

¿Escuchaba o no escuchaba Aramis? Nadie hubiese sabido decirlo; sus ojos bajos indicaban al hombre atento, pero su mano inquieta anunciaba al hombre absorto.

Aramis meditaba.

—Os decía, pues —prosiguió Baisemeaux—, que un pollo mediano me costada libra y media, y un buen pescado cuatro libras; en la Bastilla se hacen tres comidas; y, como los presos no tienen ocupación, siempre comen; un hombre de diez libras me cuesta siete y diez sueldos.

—¿Pero no me decíais que tratábais a los de diez libras como a los de quince?

—Sí.

—Luego os ganáis siete libras y diez sueldos en los de quince libras.

—Es preciso compensar. . . —dijo Baisemeaux, que comprendió se había dejado coger.

—Tenéis razón, querido alcaide. Pero, ¿no tenéis prisioneros de menos de diez libras?

— Ciertamente, los procuradores y los plebeyos.

— ¿A cuánto?

—A cinco libras.

—¿Y qué comen?

—¡Vaya! Ya comprenderéis que no se les dará todos los días un pollo asado ni vinos de España a cada comida; pero, en fin, siempre ven un buen plato tres veces a la semana.

— Eso es filantropía, querido alcaide, y debéis arrumaros.

—No; cuando el de quince libras no acaba su pollo o el de diez deja un buen pedazo, se lo envío al de cinco libras; esto es un regalo para el infeliz diablo. ¿Qué queréis? Es preciso ser caritativo.

—¿Y cuánto sacáis de los de cinco libras?

—Treinta sueldos.

—Vamos, sois un hombre honrado.

—Gracias.

—No; lo digo de verdad.

—Gracias, monseñor; pero creo que tenéis razón. ¿Sabéis por qué sufro?

—Pues por los plebeyos y los letrados, tasados en tres libras. Estos no ven muchas veces carpas del Rin ni sollos de la Mancha.

— ¿Pues no dejan nada los de cinco libras?

—¡Oh! Monseñor, no soy un ladrón; colmo de honor al plebeyo y al letrado dándole un ala de perdiz, un filete de corzo, un pedazo de pastel trufado, manjares que no han visto jamás sino en sueños; al fin, son los restos de las veinticuatro libras, pero comen, beben y gritan: "¡Viva el rey!", bendiciendo la Bastilla; con dos botellas de un vinillo de Champagne que compro a cinco sueldos, les emborracho todos los domingos. ¡Oh! Me bendicen, echan de menos la prisión cuando salen de ella. ¿Sabéis lo que he notado?

—No, en verdad.

—He notado... ¿Sabéis que éste es un honor para mi casa? Pues bien, he notado que ciertos presos libertados se han hecho encarcelar otra vez inmediatamente. ¿Por qué sería, sino por disfrutar de mi cocina?

Aramis sonrió con aire de duda.

—¿Sonreís?

—Sí.

—Os aseguro que hemos registrado nombres tres veces en el espacio de dos años.

— Necesitaría ver eso para creerlo.

—¡Oh! Puede verse, aunque esté prohibido participar los registros a los extraños.

—Lo creo.

— Pero vos, monseñor, si queréis verlo por vuestros propios ojos ... Confieso que me gustaría.

— ¡Pues sea!

Baisemeaux abrió un armario y sacó un gran registro.

Aramis lo siguió ávidamente con los ojos.

Baisemeaux volvió, puso el registro sobre la mesa, lo hojeó un instante, y se detuvo en la letra M.

— Aquí tenéis —dijo—; mirad.

— ¿Qué?

— Martinier, enero 1659. Martinier, junio 1660. Martinier, marzo 1661; libelos, mazarinadas, etc. Ya comprenderéis, que esto sólo es un pretexto. El compadre iba a denunciarse a sí propio a fin de que lo *embastillaran.*

— *¿Y* con qué objeto?

— Con el de volver a comer de mi cocina por tres libras.

— ¡Por tres libras! ¡Infeliz!

—Sí, monseñor; el poeta se halla en el último grado, y tiene cocina de plebeyo y de letrado.

Y Aramis volvía maquinalmente las hojas del registro, leyendo sin parecer interesarse por los nombres que leía.

— ¡Ah! ¡Seldón! —exclamó de pronto—. Me parece que conozco este nombre. ¿No fuísteis vos quien me habló de un joven...?

—¡Sí, sí! Un pobre diablo de estudiante que hizo... ¿Cómo llamáis a esos dos versos latinos que suenan bien?

—Un dístico.

—Eso es.

— ¡Infeliz! ¡Por un dístico! ¡Diablo! ¿Sabéis que el dístico era contra los jesuitas?

—Es igual; el castigo me parece duro.

—El año pasado me parece que os interesásteis por él.

—Sin duda.

—Y como vuestro interés es aquí omnipotente, desde aquel día lo trato como a los de quince libras.

—¿Cómo a éste? —dijo Aramis, que se había detenido en uno de los nombres que seguían al de Martinier.

—Cabalmente, como a ése.

—¿Es un italiano este Marchiali? —preguntó Aramis, señalando con el dedo el nombre que había llamado su atención.

—¡Chito! —murmuró Baisemeaux.

—¡Cómo chito! —dijo Aramis crispando involuntariamente su blanca mano.

—Creo haberos hablado ya de este Marchiali.

—No, esta es la primera vez que oigo pronunciar su nombre.

—Es posible; os habré hablado sin nombrároslo.

—¿Es un viejo pescador? —dijo Aramis tratando de sonreír.

—Por el contrario, es muy joven.

—¡Ah! ¡Ah! ¿Tan grande su crimen?

—¡Imperdonable!

—¿Ha asesinado?

—¡Bah!

—¿Ha incendiado?

—¡Bah!

— ¿Ha calumniado?

—¡Bah!. . ;   es el que. . .

Y Baisemeaux acercóse al oído de Aramis; haciendo con sus manos una trompeta acústica.

—Es el que se permite parecerse

—¡Ah! Sí, sí —dijo Aramis—. Efectivamente, ya me hablásteis el año pasado de él; pero me había parecido tan ligero el crimen..

—¡Ligero!

—O más bien, tan involuntario...

—Monseñor, tal semejanza no se sorprende involuntariamente.

—En fin, lo había olvidado. Pero me parece que nos llaman —observó Aramis — cerrando el registro.

Baisemeaux encerró éste en el armario, y se guardó la llave en el bolsillo.

— ¿Queréis que almorcemos, monseñor? Porque, en efecto, nos llaman para almorzar.

—Cuando gustéis, mi querido alcaide.

Y pasaron al comedor.

XCVII

EL ALMUERZO DEL SEÑOR BAISEMEAUX

Aramis solía ser sobrio; pero esta vez hizo honor al almuerzo de Baisemeaux, que, por otra parte, era excelente.

Este estaba contentísimo; el aspecto de los cinco mil doblones, hacia los cuales volvía de cuando en cuando los ojos, ensanchaba su corazón y, de vez en cuando, miraba a Aramis con dulce enternecimiento.

Este se repantigaba en su silla y tomaba algunas gotas, de vino que saboreaba como buen catador.

—Que no vuelvan á hablarme mal de la Bastilla —dijo secamente guiñando los ojos—. ¡Felices los presos que tengan al día media botella de Borgoña!

—Todos los de a quince francos lo beben —contestó Baisemeaux.

—¿De suerte que nuestro pobre escolar, nuestro pobre Seldón, no lo prueba?

—¡No, no!

—Creo haberos oído decir que era de los de quince libras..

—¡El! ¡Nunca! Un hombre que hace discos... ¿Cómo dijísteis?

—Dísticos, dije.

—¡A quince libras! Su vecino sí que las paga.

—¿Su vecino?

—Su vecino.

—¿Cuál?

— El otro; el segundo Bertaudière.

— Perdonad, mi querido alcaide, pero habláis una lengua que necesita cierto aprendizaje.

—Es cierto: Segundo Bertaudière quiere decir el que ocupa el segundo piso de la torre de la Bertaudière.

—De suerte que Bertaudière es el nombre de una de las torres de la Bastilla.

— En efecto, he oído decir que cada torre tiene su nombre. ¿Dónde está ésa?

—Mirad —contestó Baisemeaux yendo hacia la ventana—, es aquélla, la segunda de la izquierda.

—¡Ah! ¿Ahí está el preso de quince libras?

— ¿Cuánto tiempo hace?

— ¡Diablo! Siete u ocho años, poco más o menos.

— ¡Poco más o menos! ¿No sabéis fijamente las fechas?

—Eso no era en mi tiempo, mi querido señor de Herblay.

—Pero Louviere o Tremblay pudieron instruiros.

— ¡Oh, mi querido señor!... Perdón, perdón, monseñor.

—No hagáis caso de eso. Decíais...

—Decía que los secretos de la Bastilla no se transmiten con la llave de su alcaidía.

—¡Ah! ¿De modo que es un misterio ese preso, un secreto de Estado?

—No creo que sea secreto de Estado; pero sí secreto, como todo chanto se hace en la Bastilla.

—Bien —dijo Aramis—; entonces, ¿por qué habláis más libremente de Seldón qué de...?

—¿Que del segundo Bertaudière? Porque el crimen de un hombre que ha hecho un dístico es menos grande que el de un hombre que se parece al…

—Sí, sí, os comprendo, pero los carceleros...

—¿Qué?

—Hablan con los presos.

—Sin duda.

—Pues, deben entonces haberles dicho que no son culpables.

—Eso dicen siempre; es la fórmula general.

—Sí, mas esa semejanza de que hablábais ahora poco ¿no puede chocar a los carceleros?

—¡Oh, mi querido señor de Herblay! Es necesario ser hombre de Corte, como vos, para ocuparse de todos esos detalles.

— Tenéis mil veces razón, mi querido señor Baisemeaux; una gota más de ese Borgoña, si gustáis.

— Una gota no, un vaso.

—No, no. Vos habéis permanecido mosquetero hasta la punta de las uñas, mientras que yo me hecho obispo. Una gota para mí, y un vaso para vos.

—Corriente.

Aramis y el alcalde bebieron.

— Además —dijo Aramis—, eso que llamáis, una semejanza, otro cualquiera quizá no lo notaría.

—¡Oh, sí! Cualquiera otro que conozca a la persona a que se parece...

— Creo, señor Baisemeaux, que todo eso es ilusión de vuestro espíritu.

—Mi palabra que no.

— Oid —continuó Aramis—, yo he visto muchas personas parecerse al que decimos; pero no se habla de ello por respeto.

—Sin duda, porque hay parecidos y parecidos; éste es notable, y si lo vierais...

—¿Qué?

— Convendríais en ello.

—Si yo lo viese —repuso Aramis con aire de indiferencia—; pero no lo veré, según toda probabilidad.

—¿Y por qué?

—Porque, con sólo poner el pie en uno de esos espantosos calabozos, me creería encerrado para siempre.

—¡No tal! La habitación es buena.

—¿Cómo que es beuna?

—Que no os creo.

—¡Vaya! No habléis mal del segundo Bertaudière; es una habitación buena, amueblada agradablemente, con su alfombra ...

—¡Diantre!

—¡Sí, sí! No ha tenido mala suerte ese mozo; la mejor vivienda de la Bastilla ha sido para él.

—Vamos —dijo fríamente Aramis—; nunca me haréis creer que hay buenas habitaciones en la Bastilla, y en cuanto a las alfombras...

¯¿Qué?

—Que sólo existen en vuestra imaginación; yo veo arañas, ratas y hasta sapos.

— ¿Sapos! ¡Ah! . En los calabozos, no digo.

—Veo pocos muebles y ninguna alfombra.

—¿Sois hombre para convenceros con vuestros mismos ojos? —preguntó Baisemeaux con entusiasmo.

—¡No! ¡Oh! ¡Pardiez, no!

— ¿Ni aun para aseguraros de ese parecido que negáis como la alfombra?

—¡Algún espectro, alguna sombra! ¡Un desgraciado moribundo!

—¡Nada de eso! ¡Nada de eso! ¡Un mozo tan fuerte como el Puente Nuevo!

—¡Melancólico, pálido!

—Os digo que no; un bromista.

—¡Vamos!

—Esa es la palabra; está dicho.

—¡Imposible!

—Venid.

—¿Adónde?

—Conmigo.

—¿Para qué?

—Para dar una vuelta por la Bastilla.

—¿Cómo?

—Veréis, veréis vos mismo, con vuestros propios ojos.

— ¿Y los reglamentos?

—No tengáis cuidado. Hoy ha salido mi mayor, el sotoalcaide está de ronda en los baluartes, y somos dueños de casa.

—No, no, mi querido alcaide; sólo de pensar en el ruido de los cerrojos me dan calofríos.

—¡Vamos!

—¿Y si luego me olvidáis en algún tercero o cuarto Bertaudière?... ¡Cáscaras!

—¿Queréis hacerme reír?

—No, os hablo seriamente.

—Rechazáis una ocasión única. ¿Sabéis que para lograr el favor que os propongo gratis, ciertos príncipes de la sangre han ofrecido hasta cincuenta mil libras?

—¿Conque es eso tan curioso?

—¡El fruto prohibido, monseñor! ¡El fruto prohibido! Vos, que sois de la Iglesia, debíais de saber esto.

—No. Si yo tuviera alguna curiosidad, sería por el pobre escolar del dístico.

—Pues lo veremos; precisamente habita el tercero Bertaudière: ¿Por qué decís precisamente?

—Porque si yo tuviese alguna curiosidad, sería por la hermosa habitación alfombrada y por su locutorio.

—¡Bah! Muebles... una figura insignificante... Eso no tiene interés.

—Un quince libras, monseñor, siempre es interesante.

—Justamente, me olvidaba preguntáros eso. ¿Por qué quince libras a éste, y sólo tres al pobre Seldón? ¡Ah! Es una cosa admirable esta distinción, y en ella se manifiesta la bondad del rey...

—¡Del rey! ¡Del rey!

—Del cardenal, quiero decir. "Este desgraciado, dijo para sí Mazarino, está destinado a vivir siempre preso."

—¿Por qué?

—¡Toma! Me parece que su crimen es eterno, y, por tanto, el castigo debe serlo también.

—¡Eterno!

—Sin duda; si no alcanza la fortuna de tener viruelas, ya comprendéis; y aun esto no es fácil, porque no se respiran malos aires en la Bastilla.

—Vuestro razonamiento no puede ser más ingenioso, querido Baisemeaux.

—¿Es cierto?

—Luego queréis decir que, debiendo sufrir, ese desgraciado, sin tregua y sin fin...

—Yo no he dicho sufrir, monseñor; un quince libras no sufre.

— Sufrir, al menos, la prisión.

—Sin duda, es una fatalidad; pero se le dulcifica este sufrimiento. Finalmente, tendréis que convenir en que ese galopín no había venido al mundo para comer las cosas que come. ¡Pardiez! Mirad, aquí tenemos este pastel intacto, y estos cangrejos que apenas hemos tocado, cangrejos del Marne, grandes como langostas. Pues bien, todo esto va a tomar el camino del segundo Bertaudière, con una botella de ese vino que os parece tan excelente. Cuando lo veáis, espero que no dudareis.

—No, mi querido alcaide, no; pero, con todo, sólo pensáis en un bienaventurado quince libras; olvidando siempre al desgraciado Seldon, mi protegido.

—Por consideración a vos, hoy será día de fiesta para él, y tendrá bizcochos y confituras, con una botella de Oporto.

—Sois un buen hombre; os lo repito.

—Vamos, vamos —dijo el alcaide, un poco aturdido, mitad por el vino y mitad por los elogios de Aramis.

—Hago esto sólo por complaceros —dijo el obispo.

—¡Oh! Ya me daréis las gracias.

—Pues, vamos.

—Esperad que llame al llavero. Baisemeaux dio dos golpes; un hombre apareció.

—¡Voy a las torres! —exclamó el alcaide—. Nada de guardias, ni de tambores . . .. ¡En fin, nada de ruido!

—Si no dejara aquí la capa —repuso Aramis afectando miedo—, creería que iba a la cárcel por mi propia cuenta.

El llavero precedió al alcaide; Aramis tomó la derecha; los soldados que andaban por el patio se cuadraron al paso del alcaide.

Baisemeaux hizo subir a su huésped varios escalones que conducían a una especie de explanada; de allí pasaron al puente levadizo, en el cual recibieron al. alcaide los centinelas y lo reconocieron.

— Señor —dijo entonces el alcaide, dirigiéndose a Aramis, — y hablando de suerte que los centinelas oyesen sus palabras—, tenéis buena memoria, ¿no es verdad?

—¿Por qué lo decís? —dijo Aramis:

— Por vuestros planos y medidas, pues ya sabéis que no es permitido, ni aun a los arquitectos, entrar en las prisiones con papel, pluma o lápiz.

"Bien —dijo Aramis para sí—; parece que yo soy arquitecto. ¿Será esto alguna otra burla de Artagnan, que me vio de ingeniero en Belle Isle?"

Luego, añadió en voz alta:

—Tranquilizaos, señor alcaide; en nuestro oficio bastan el golpe de vista y la memoria.

Baisemeaux no pestañeó, y los soldados tomaron a Aramis por lo que parecía ser.

—Ea, vamos primero a la Bertaudière —dijo Baisemeaux, siempre con la intención de que ,os centinelas lo oyeran.

— Vamos —respondió Aramis.

—Aprovecha la ocasión —dijo el alcaide al llavero— para llevar al número 2 la comida que he designado.

—El número 3, mi querido señor Baisemeaux, el número 3, que siempre lo olvidáis.

— Es cierto. Subieron.

Los cerrojos, llaves y rejas que había para este solo patio, hubiesen bastado para la seguridad de la ciudadela entera.

Aramis no era un soñador ni un hombre sensible; había hecho versos en su juventud; mas tenía seco el corazón, como todo hombre de cincuenta y cinco años que ha amado mucho a las mujeres, o mejor, que ha sido muy amado por ellas.

Pero, cuando colocó el pie sobre los escalones de piedra gastados por donde pasarán tantos desdichados; cuando se sintió impregnado en la atmósfera de aquellas obscuras bóvedas, humedecidas de lágrimas, sin duda se estremeció, porque inclinó la frente, se turbaron sus ojos y siguió a Baisemeaux sin decir palabra.

XLVIII

EL SEGUNDO DE LA BERTAUDIÈRE

En el segundo piso, sea por fatiga o por emoción, faltó la respiración al visitante, y se arrimó a la pared.

—¿Queréis comenzar por éste? —dijo Baisemeaux—. Ya que vamos ir de uno a otro, poco importa que subamos del segundo al tercer o al contrario. Además, también hay que hacer algunas reparaciones en este cuarto —añadió al distinguir al carcelero que estaba al alcance de su voz.

—¡No, no! —exclamó Aramis—. Primero arriba, señor alcaide, que es lo que precisa más.

Y continuaron subiendo.

—Pedid las llaves al carcelero —dijo en voz baja Aramis.

—Con sumo gusto.

Baisemeaux abrió la puerta de la tercera sala. El llavero entró el primero, y puso sobre la mesa las provisiones que le había encargado el bueno del alcaide.

Y salió inmediatamente.

El preso no había hecho ningún movimiento.

Entonces entró Baisemeaux, en tanto que Aramis se quedaba a la puerta.

Desde ella vio a un joven, un niño de dieciocho años, que, levantando la cabeza al oír el ruido inusitado, se tiró de la cama viendo al alcaide, y exclamó juntando las manos:

—¡Madre mía! ¡Madre mía!

Tanto dolor expresaba el acento de este joven, que Aramis se estremeció a pesar suyo.

—Mi querido huésped —díjole Baisemeaux sonriendo——, os traigo una distracción y un extraordinario; una para el espíritu, el otro para el cuerpo; este señor viene a tomar algunas medidas, y aquí tenéis confituras para los postres.

—¡Oh señor! —dijo el joven—. Dejadme solo durante un año, alimentadme de pan y agua, pero decidme que transcurrido un año saldré de aquí y volveré a vera mi madre.

—Pero, querido —dijo Baisemeaux—, os he oído decir que vuestra madre era muy pobre, y que no estábais muy bien alojado en su casa, mientras que aquí, ¡caramba!

—Si es pobre, razón de más para que le vuelvan su sostén; mal alojado, decís; ¡oh!, siempre se está bien cuando uno es libre.

—En fin, ya que decís que no habéis hecho más que ese desgraciado dístico. . .

—¡Y sin intención alguna, os lo juro! Yo leía a Marcial cuando concebí la idea. ¡Oh! Que me castiguen, que me corten la mano con que lo escribí, yo trabajaré con la otra; pero que me devuelvan a mi madre.

—Hijo mío —repuso Baisemeaux—, ya sabéis que eso no depende de mí; yo no puedo hacer más que aumentaros un bizcocho entre dos platos.

—¡Dios mío! —exclamó el joven echándose a rodar por el suelo. Incapaz Aramis de soportar por más tiempo aquella escena, se retiró al descansillo.

—¡Infeliz! —murmuró en tono bajo.

—¡Oh! Sí, señor, — muy desgraciado; pero la culpa es de sus padres.

—¡Cómo!

—Sin duda... ¿Por qué le han hecho aprender latín? Ya véis que la mucha ciencia perjudica; yo no sé leer ni escribir... y por eso no estoy en prisión.

Aramis miró a aquel hombre, que llamaba no estar en prisión ser carcelero de la Bastilla.

En cuanto a Baisemeaux, viendo el poco efecto de sus consejos y de su vino de Oporto, salió todo turbado.

—¡Eh; eh! ¡La puerta, la puerta! —dijo el carcelero—. Os olvidáis de cerrar la, puerta.

—Es cierto dijo Baisemeaux—. Toma, ahí tienes las llaves.

—Yo pediré el perdón de ese niño —dijo Aramis.

—Y si no lo alcanzáis —dijo Baisemeaux—; pedid por lo menos que lo eleven a diez libras, con lo cual ganaremos los dos.

—Si el otro preso llama también a su madre, prefiero no entrar, y tomaré desde fuera las medidas convenientes.

—¡Oh! No tengáis miedo, señor arquitecto —dijo el carcelero—; éste es dulce como un cordero; para llamar a su madre sería preciso que hablase, y no habla nunca.

—Vamos, entonces —dijo Aramis sordamente.

—¿Sois arquitecto de las cárceles? —dijo el llavero.

—¿Y no estáis acostumbrado a estas cosas? ¡Es sorprendente! Aramis comprendió que para no inspirar sospechas era preciso ejercitar todas sus fuerzas. Baisemeaux abrió la puerta y dijo al llavero:

—¡Quédate fuera, y aguárdanos abajo!

El hombre obedeció, y se retiró. Entonces se vio, entre la luz que entraba por la ventana. enrejada de la sala, a un hermoso joven, de pequeña estatura, pelo corto y barba ya naciente; estaba sentado en un escabel, con el codo en un sillón que le servía de apoyo.

Su traje, echado sobre la cama, era de fino terciopelo negro, y él aspiraba el aire fresco que penetraba en su pecho cubierto con una camisa de la mejor batista.

Cuando el alcaide entró, el joven volvió la cabeza con un movimiento lleno de abandono, y al reconocer a Baisemeaux se levantó y saludó cortésmente.

Pero, cuando sus ojos volviéronse hacia Aramis, que estaba en la sombra éste se estremeció; palideció, y el sombrero que tenía en la mano se le escapó, como si todos sus músculos se hubieran distendido a la vez.

Habituado Baisemeaux a la presencia de su prisionero, parecía no participar de ninguna de las sensaciones de Aramis; depositó sobre la mesa el pastel y los cangrejos, como hubiera podido hacer el más celoso servidor. Así ocupado, no advirtió la turbación de su huésped.

Al terminar, dijo al joven preso:

— Buena cara tenéis. ¿Cómo va?

—Muy bien, gracias —respondió el joven.

Aquella voz trastornó a Aramis. A pesar suyo avanzó un paso, con labios trémulos.

Fue tan visible este movimiento, que no pudo escapar a Baisemeaux.

—He aquí un arquitecto que va a examinar la chimenea —dijo el alcaide—. ¿Echa humo?

— Nunca, señor.

—Decíais que no podía ser feliz un preso —dijo Baisemeaux, frotándose las manos—, sin embargo, aquí hay uno que lo es, y que no se queja. ¿Es cierto?

—Nunca.

— ¡No os aburrís! —dijo Aramis.

—Nunca.

—¿Qué tal? —dijo Baisemeaux—. ¿Tenía yo razón?

—¡Toma! ¡Qué queréis, mi querido alcaide, menester es rendirse a la evidencia. ¿Se permite hacerle preguntas?

—Cuantas queráis.

—Pues, hacedme el favor de preguntarle si sabe por qué está aquí.

— El señor me encarga os pregunte —dijo Baisemeaux— si conocéis la causa de vuestra detención.

—No, señor —dijo el joven—; no la conozco.

—¡Es imposible! —dijo Aramis—. Si la ignorarais, estaríais furioso.

—Lo estuve en los primeros días.

—¿Por qué no ya?

—Porque he reflexionado.

—¡Es extraño! —murmmuró Aramis.

—¿No es verdad que es sorprendente? —dijo Baisemeaux

—¿Y en qué habéis reflexionado? —preguntó Aramis—. ¿Puede saberse?

—En que no habiendo hecho ningún crimen, Dios no puede castigarte.

—Pero, ¿qué es la prisión —preguntó Aramis— sino un castigo?

—¡Ay! —dijo el joven—. Yo no sé; todo cuanto puedo deciros es que es todo lo contrario de lo que yo temía hace siete años.

—Al oíros y ver vuestra resignación, está uno tentado a creer que amáis la cárcel.

—La soporto.

— ¿Con la certeza de ser libre algún día?

— No tengo certeza, señor; esperanza, nada más; y no obstante, cada día, lo confieso, se pierde esa esperanza.

—¿Y por qué no habéis de ser libre, habiéndolo sido ya?

—Esa es precisamente la razón que me impide esperar la libertad respondió el joven—. ¿Por qué me habían de encarcelar teniendo intención de dejarme libre más tarde?

—¿Qué edad tenéis?

—No sé.

— ¿Cómo os llamáis?

—He olvidado el nombre que me daban.

—¿Vuestros padres?

—Nunca los he conocido.

— Pero, ¿y a los que os han criado?

—No me llamaban más que hijo.

—¿Amabais a alguien antes de venir aquí?

—A mi nodriza y a mis flores.

—¿Es eso todo?

—También amaba a mi criado.

—¿Echáis de menos esa nodriza y ese criado?

—Mucho lloré cuando fallecieron.

— ¿Murieron antes o después de encerraros?

—La víspera del día en que me robaron.

—¿Los dos a un tiempo?

—Los dos a un tiempo.

—¿Y cómo os robaron?

—Un hombre llegó en busca mía, me hizo subir en una carroza, y me condujo aquí..

—¿Reconoceríais a ese hombre?

— Llevaba una máscara.

—¿No es extraordinaria esta historia? —dijo en voz baja Baisemeaux a Aramis.

Este apenas podía respirar.

—Sí, extraordinaria —murmuró. —Pero lo más extraordinario todavía es que jamás me ha dicho tanto como a vos ahora.

—Quizá será porque no le habéis preguntado —dijo Aramis.

—Es posible; yo no soy curioso —respondió el alcaide—. Por lo demás, ya veis qué hermosa es la sala, ¿no?

—Muy hermosa.

—Una alfombra...

—Soberbia.

—Apuesto a que no tenía otra semejante antes de venir aquí.

—Lo creo.

Luego, volviéndose hacia el joven:

—¿No recordáis haber sido visitado nunca por alguien? —preguntó Aramis.

—¡Oh! Sí tal; tres veces por una mujer, que cada vez se paraba en coche a la puerta, y entraba cubierta con un velo que nunca alzó sino cuando estábamos solos y encerrados.

—¿Y os acordááis de esa mujer?

—Sí.

— ¿Qué os decía?

—Me preguntaba lo mismo que vos; si era dichoso y si me aburría.

— ¿Y cuando llegaba o se marchaba?

—Me cogía en. sus brazos y me estrechaba contra su pecho.

—¿La recordáis?

—Perfectamente.

—Digo si recordáis bien las facciones de su semblante.

—Sí.

—Luego la reconoceríais si la casualidad os la pusiere delante u os condujese a ella...

—¡Oh! Ciertamente que sí.

Un relámpago de satisfacción pasó por la frente de Aramis.

En aquel momento oyó Baisemeaux al llavero que subía.

—¿Queréis que salgamos? —preguntó vivamente a Aramis. Probablemente, ya sabía éste todo lo que quería saber.

—Cuando gustéis —dijo.

El joven violes disponerse a salir, y les saludó cortésmente. Baisemeaux respondió con una simple inclinación de cabeza.

Aramis, teniendo respeto a la desgracia, saludó profundamente al prisionero.

Salieron. Baisemeaux cerró la puerta.

—Y bien —preguntó Baisemeaux en la escalera—, ¿qué decís de todo esto?

—He descubierto el secreto, mi querido alcaide.

— ¡Bah! ¿Y qué secreto es ése?

—En aquella casa se cometió un asesinato.

—¡Vamos!

—¿Os olvidáis de la nodriza y el criado muertos el mismo día?

— ¿Y qué?

—Veneno.

—¡Ah! ¡Ah!

—¿Qué decís?

—Que podría muy bien ser cierto. ¡Qué! ¿Sería un asesino este joven?

— ¿Y quién os dice eso? ¿Cómo queréis que el pobre niño sea un asesino?

—Eso es lo que yo decía.

—El crimen se cometió en su casa; eso basta; quizá vio él a los criminales y temen que hable.

—¡Demonio! ¡Si yo supiera eso!

—Redoblaría la vigilancia.

—¡Oh! No tiene la menor traza de querer evadirse.

— ¡Oh! No conocéis a los presos.

—¿Tiene libros?

—Nunca; prohibición absoluta de dárselos.

—¿Absoluta?

—De puño y letra del señor Mazarino.

—¿Y tenéis esa nota?

—Sí, monseñor. ¿Queréis verla al ir a recoger vuestra capa?

— Con mucho gusto; soy muy aficionado a los autógrafos.

—Este es de una certidumbre absoluta, sólo tiene una tachadura.

—¡Ah! ¡Una tachadura! ¿Y con qué propósito?

—Por una cifra.

—¿Una cifra?

—Sí; primero decía: "Pensión de 50 libras."

—Como los príncipes de la sangre, ¿eh?

—Mas el cardenal vería que se equivocaba y tachó el cero, poniendo un 1 delante del 5, pero, a propósito...

¯¿Qué?

—No habláis del parecido.

—No hablo, querido señor Baisemeaux, por una razón muy sencilla; no hablo porque no existe.

—¡Oh! ¿Qué decís?

—Oh, que si existe está en vuestra imaginación; y aunque existiera, me parece que haríais muy bien en no hablar de ella.

—¡Verdaderamente!

—Ya comprenderéis que el rey Luis XIV os aborrecería mortalmente si supiera que contribuíais a extender el rumor de que uno de sus súbditos tiene la audacia de parecérsele.

—¡Es verdad, es verdad! —dijo Baisemeaux todo asustado—; pero yo no he hablado de la cosa sino con vos, monseñor, y cuento demasiado con vuestra discreción.

—¡Oh! No tengáis cuidado.

—En fin, ¿queréis ver esa nota? —dijo Baisemeaux.

—Indudablemente.

Charlando así, volvieron; Baisemeaux sacó del armario un registro particular, igual al que ya había visto Aramis, pero cerrado con una cerradura.

La llave que la abría formaba parte de un manojillo que llevaba siempre consigo Baisemeaux.

Poniendo el libro sobre la mesa, abrió por la letra M, Y enseñó a Aramis la nota en la columna de las observaciones: *"Libros jamás; lienzos de gran finura, trajes escogidos. Nada de paseo, de cambio de carcelero, de comunicaciones. "Instrumentos de música; autorización para hacerle la vida agradable; 15 libras para alimentación. El señor Baisemeaux puede reclamar si las 15 libras no le son suficientes."*

—Y reclamaré —dijo el alcaide. Aramis cerró el libro.

—Sí —dijo—: reconozco la letra del señor Mazarino. Ahora, mi querido alcaide —continuó como si esta última comunicación hubiera agotado su interés—, pasemos, si gustáis, a nuestros arreglillos.

—¿Qué término deseáis que señale?

— Fijadlo vos mismo.

—No señaléis término; hacedme un reconocimiento liso y llano de ciento cincuenta mil libras.

— ¿Exigibles ... ?

—A mi voluntad; mas ya comprenderéis que yo no querré hasta que vos queráis.

—¡Oh! Estoy tranquilo. Baisemeaux sonriendo—; pero ya, os he entregado dos recibos.

—Y por eso los rompo.

Lo cual hizo Aramis después de haberlos mostrado al alcaide. Vencido por tal prueba de confianza, Baisemeaux suscribió sin vacilar una obligación de ciento cincuenta mil libras, reembolsables a voluntad del prelado.

Aramís, que siguió el movimiento de la pluma; por encima del hombro del alcaide, se metió el papel en el bolsillo sin hacer ademán de leerlo, lo cual dio completa tranquilidad a Baisemeaux.

—Ahora —dijo el prelado—, no me querréis mal si os quito algún prisionero, ¿eh?

—¿Cómo es eso?

—Sin duda, logrando su perdón. ¿No os he dicho ya, por ejemplo, que el pobre Seldón me interesaba?

—¡Ah! ¡Es verdad!

—¿Y qué?

—Eso es cosa vuestra; obrad como gustéis. No ignoro que tenéis el brazo largo y la mano ancha.

—¡Adiós, adiós!

Y Aramis salió, llevándose las bendiciones del alcaide.

XLIX

LAS DOS AMIGAS

Mientras el señor Baisemeaux enseñaba a Aramis los presos de la Bastilla, una carroza se detenía a la puerta de la señora de Bellière, y a aquella hora todavía matutina dejaba al pie de la escalinata a una joven envuelta en ropajes de seda.

Cuando anunciaron a la señora Vanel, la de Bellière estaba absorta leyendo una carta, que ocultó precipitadamente.

Hacía poco tiempo que acabara *su toilette* de la mañana, y las doncellas de su servicio aun estaban en la pieza inmediata.

Al nombre y a los pasos de Margarita Vanel, fue a su encuentro la señora de Bellière, y creyó ver en los ojos de su amiga un brillo que no era ni el de la salud ni el de la alegría.

Margarita la besó, le estrechó las manos y apenas le dio tiempo de hablar.

—Tú me olvidas, amiga mía: ¿Estás entregada a los placeres de la Corte?

—Ni siquiera he visto las fiestas de la boda.

—¿Qué haces entonces?'

—Me preparo para ir a Bellière. ¡A Bellière!

—Sí.

Campesina, entonces. Me gusta verte en esta disposición: Mas te encuentro pálida.

—No, me siento a las mil maravillas.

— Tanto mejor; estaba inquieta. ¿No sabes lo que me habían dicho?

— ¡Se dicen tantas cosas!

—¡Oh! Esta es extraordinaria.

— ¡Cómo sabes consumir a tus oyentes, Margarita!

—Voy allá. Pero, temo enfadarte.

—¡Oh! Jamás. Tú misma admiras mi igualdad de carácter.

—Pues bien, dicen que... ¡Ah! Te digo que nunca podré confesarte esto.

—Pues no se hable más —dijo la señora de Bellière, que adivinaba alguna maldad tras estos preámbulos, pero que, sin embargo, se sentía devorada por la curiosidad.

—Pues bien, querida marquesa, dícese que de algún tiempo a esta parte no echas tan de menos al señor de Bellière, ¡el pobre hombre!

—Eso son perversas hablillas, Margarita; yo siento pesar, y lo sentiré siempre, por mi esposo; pero hace dos años que murió; yo no tengo más que veintiocho, y el dolor de su pérdida no debe dominar todas las acciones, todos los pensamientos de mi vida. Yo diría que tú, Margarita, la mujer por excelencia, no lo creerías.

— ¿Por qué? ¡Tienes un corazón tan tierno! —replicó con malicia la señora Vanel.

— También tú lo tienes, Margarita, y no he visto que te dejases abatir por la pena cuando el corazón estaba herido.

Estas palabras eran una alusión directa a la ruptura de Margarita con el señor superintendente. Eran también un reproche velado, pero directo, al corazón de la joven.

Como si Margarita no hubiera aguardado más que esta señal para disparar su flecha, exclamó:

—¡Pues bien, Elisa, dicen que estas enamorada!

Y devoró con su mirada a la señora de Bellière, que no pudo menos de ruborizarse.

— Jamás se cansan de calumniar a las mujeres —replicó la marquesa, después de un instante de silencio.

—¡Oh! No te calumnian, Elisa.

— ¡Cómo! ¿Afirman que estoy enamorada, y no me calumnian?

—En primer lugar, si es cierto, no hay calumnia, sino maledicencia; luego, el público no dice que tú te abandones a ese amor. Al contrario; te pinta como virtuosa amante, armada de garras y de dientes, encerrándote en tu casa como en una fortaleza, y fortaleza más impenetrable que la de Danae, por más que la torre de ésta fuera de bronce.

— Margarita, tú tienes talento —dijo temblando la. señora de Bellière.

—Siempre me has lisonjeado, Elisa ... Dicen que eres incorrupta e inaccesible. De modo, que ya ves si te calumnian... Pero; ¿en qué piensas mientras te hablo?

—¿Yo?

—Sí, estás encendida y muda.

—Pienso —replicó la marquesa alzando sus hermosos ojos con un principio de cólera–, en que has podido hacer alusión, tú, tan entendida en mitología, al compararme con Dánae.

—¡Ah, ah! —exclamó Margarita riendo—. ¿En eso piensas?

— Sí.

— ¿No recuerdas que en el convento, cuando resolvíamos problemas de aritmética, siendo dado uno de los dos términos; nosotras debíamos encontrar el otro?

—No adivino lo que quieres decir.

—Nada más fácil, no obstante. Tú pretendes que estoy enamorada, ¿no es eso?

—Así me lo han dicho.

—Pues bien, no dirán que esté enamorada de una abstracción; citarán un nombre.

—Claro está que hay un nombre.

—Pues, querida, no es extraño que ande buscando ese nombre, ya que tú no me lo dices.

—Mi querida marquesa, al verte ruborizar, creí que no buscarías mucho tiempo.

—El nombre de Danae me ha sorprendido. Quien dice Danae, dice lluvia de oro, ¿no?

—Es decir, que el Júpiter de Danae se convirtió por ella en lluvia de oro.

—Luego mi amante. El que tú me das. . .

— ¡Oh, perdón. Yo soy tu amiga, y no te doy a nadie.

— ¡Sea!... Pero los enemigos...

— ¿Quieres que te diga el nombre?

—Media hora hace que lo estoy esperando.

—Vas a oírlo. No te enfades, es un hombre poderoso.

—¡Bien!

La marquesa se clavaba en las manos sus uñas afiladas, como el paciente al acercarle el hierro.

—Es un hombre muy rico —prosiguió Margarita—, el más rico quizás. En fin, es...

La marquesa cerró un instante los ojos.

—Es el duque de Buckingham —dijo Margarita riendo a carcajadas.

La perfidia había sido calculada con increíble destreza. Este nombre, que se pronunciaba falsamente en vez del que la marquesa esperaba, hacía sobre la pobre mujer el mismo efecto que aquellas hachas mal afiladas que habían martirizado, sin matarlos, a los señores de Chalais y de Thou en sus cadalsos. Sin embargo, se repuso.

—Tenía razón —dijo—, llamándote una mujer de talento; me haces pasar un buen rato. La broma es encantadora... Jamás he visto al señor de Buckingham.

—¿Nunca? —dijo Margarita conteniendo la risa.

—No he puesto los pies en la calle desde que el duque está en París.

—¡Oh! —prosiguió la señora Vanel tendiendo su travieso pie hacia un papel que se agitaba cerca de la ventana sobre la alfombra—. Puede no verse; pero sí escribirse.

La marquesa se estremeció. Aquel papel era el sobre de la carta que leía cuando llegó su amiga. Aquel sobre tenía las armas del superintendente.

La señora de Bellière arrellanóse de tal modo en su asiento, que cubrió el papel con los anchos pliegues de su ropa.

— ¡Ed, Margarita! —dijo entonces—. ¿Has venido tan de mañana para decirme todas esas locuras?

—No, he venido para verte, primero, y para recordarte nuestras antiguas costumbres, tan gratas y tan buenas, ya sabes, cuando íbamos a pasear a Vincennes, y, bajo una encina, en un soto, charlábamos de aquellos a quienes amamos y que nos aman.

—¿Me propones un paseo?

—Tengo mi carroza y tres horas libres.

—No estoy vestida, Margarita ... y ... si quieres que hablemos, sin ir al bosque de Vincennes, encontraremos en el jardín un hermoso árbol, espesas olmedas, césped esmaltado de margaritas blancas, y todo ese olor de violeta que se siente desde aquí.

—Amiga mía, siento que te niegues. . . Necesitaba desahogar mi corazón en el tuyo.

— Te lo repito, Margarita, mi corazón te pertenece, lo mismo en esta sala, o bajo los tilos de mi jardín, como allá, bajo una encina en el bosque.

—Para mí no es lo mismo una cosa que otra. Acercándome a Vincennes, marquesa, acerco mis suspiros hacia el lugar a que tienden hace algunos días.

La marquesa alzó de pronto la cabeza.

—Te sorprende que todavía piense en Saint Mandé, ¿no es verdad?

—¡En Saint Mandé! —exclamó la señora de Bellière.

Y las miradas de ambas cruzáronse como dos espadas al primer lance del combate.

—¿Tú, tan orgullosa? —dijo la marquesa.

—Yo... ¡Tan orgullosa!... —replicó la de Vanel—. Así soy yo ... No perdono el olvido, ni tolero la infidelidad. Cuando, yo dejo y lloran, estoy tentada por amar todavía, pero cuando me dejan y se ríen, amo locamente.

La señora de Bellière hizo un movimiento involuntario.

“Está celosa”, se dijo Margarita. Y añadió en voz alta:

—¿Luego estás perdidamente enamorada... del señor de Buckingham... digo.. del señor Fouquet?

Elisa sintió el golpe, y toda su sangre afluyó al corazón.

—Y deseabas ir a Vincennes... ¡a Saint Mandé!

—No sé lo que quería, pero tú me habrías aconsejado, quizá.

—¿En qué?'

—Lo has hecho algunas veces.

—Pero no en esta ocasión; porque, yo, no perdono cómo tú. Amo menos, quizá; pero, cuando mi corazón ha sido lastimado, es para siempre.

—Pero el señor Fouquet no te ha lastimado —dijo con candor virginal Margarita Vanel.

— Comprendes perfectamente lo que quiero decirte. El señor Fouquet no me ha ofendido; no me es conocido por favor, ni por injuria; pero tú tienes que quejarte de él. Tú eres mi amiga, y yo no te aconsejaría como tú quisieras.

—¡Ah! ¿Prejuzgas?

—Los suspiros a que tú aludías son más que indicios.

—¡Ah! Me abrumas —dijo —de repente la joven, reuniendo todas sus fuerzas como atleta que se apresta a dar el último golpe—; tú no cuentas más que con mis malas pasiones y con mis debilidades. De mis sentimientos puros y generosos, no hablas nada. Si me siento arrastrada en este momento hacia el señor superintendente, si llego a dar un paso hacia él, lo que es probable, es porque la suerte del señor Fouquet me conmueve profundamente y porque es, según creo, uno de los hombres más desgraciados que existen.

—¡Ah! —dijo la marquesa apoyando una mano en su corazón—. ¿Hay algo de nuevo?

—¿No sabes, pues ... ?

—No sé nada —dijo la señora de Belliére con esa palpitación de la angustia que suspende el pensamiento y la palabra, que suspende hasta la vida.

— Querida mía, en primer lugar, todo el favor del rey se ha retirado del señor Fouquet para pasar al señor Colbert.

—Sí, eso dicen.

—Y es cosa clara, desde el descubrimiento del complot de Belle Isle.

—Habíanme asegurado que ese descubrimiento de fortificaciones se había vuelto en honra del señor Fouquet.

Margarita se echó a reír de un modo tan cruel, que la señora de Belliére le hubiera clavado en aquel momento un puñal en el corazón.

—Querida mía —prosiguió Margarita—, no se trata ya del honor del señor Fouquet, sino de su salvación. Antes de tres días estará consumada la ruina del superintendente.

—¡Oh! —exclamó la marquesa sonriendo a su vez—. Eso es ir muy de prisa.

—He dicho tres días, porque me gusta gozar de una esperanza; pero, sin, duda, la catástrofe no pasará de veinticuatro horas.

—¿Y por qué?

—Por la razón más sencilla: el señor Fouquet no tiene ya dinero.

—En las finanzas, mi querida Margarita, hoy no tiene dinero quien mañana puede disponer de millones.

—Eso podía suceder al señor Fouquet cuando tenía dos amigos opulentos y hábiles que reunían para él la plata de todos los cofres; pero esos amigos han muerto.

—Los escudos no mueren, Margarita; están ocultos; se les busca, se les compra, y aparecen.

—Tú ves las cosas de blanco y rosa: mejor para ti. ¡Lástima que no seas la Egeria de Fouquet, para que le indicases la fuente de donde sacar los millones que Su Majestad le. pidió ayer!

—¿Millones? —dijo la marquesa con terror.

—Cuatro... número par.

—¡Infame!—murmuró la de Belliére, torturada por aquella feroz alegría—. Creo que el señor Fouquet tendrá muy bien cuatro millones —replicó valerosamente.

—Si tiene los que el rey le pide hoy —dijo Margarita—, quizá no tendrá los que le exija dentro de un mes.

—¿Le volverá a pedir el rey?

—Sin duda, y por eso te decía que la ruina de ese desgraciado señor Fouquet era infalible. Por orgullo, le suministrará dinero, y, cuando ya no tenga, caerá.

—Es verdad —dijo la marquesa estremeciéndose—, el plan es hábil... Dime, ¿el señor Colbert aborrece al señor Fouquet?

—Creo que no le quiere... Ese señor Colbert es un hombre poderoso, y visto de cerca, gana concepciones gigantescas, voluntad, discreción ... Irá lejos.

— ¿Será superintendente?

—Es probable... Por eso, mi buena marquesa, me sentía conmovida, en favor de ese pobre hombre, que me ha amado y aun adorado; por eso, al verlo tan desgraciado, me perdonaba su infidelidad... de la que se arrepiente, tengo motivos para creerlo; por eso pensaba llevarle un consuelo, un buen consejo; hubiera comprendido mi intención y me lo habría agradecido. Es muy grato ser amado. Los hombres aprecian mucho el amor cuando no están cegados por el poder.

Aturdida la marquesa, anonadada por estos crueles ataques, calculados con la precisión de un tiro de artillería, no sabía ya qué responder, ni qué pensar. La voz de la pérfida había tomado las más afectuosas entonaciones; hablaba como mujer, y ocultaba los instintos de la pantera.

—Y bien—dijo la señora de Bellière, que esperó vagamente que Margarita cesase de rematar al enemigo vencido—, ¿por qué no buscas al señor Fouquet?

—Me has hecho reflexionar, marquesa. No sería conveniente que yo diese el primer paso. Sin duda, el señor Fouquet me ama; pero es demasiado orgulloso. No puedo exponerme a una afrenta... Por otra parte, tengo que mirar por mi marido. Tú no me dices nada. ¡Bueno! Consultaré de aquí en adelante al señor Colbert.

Y se levantó, sonriendo, como para despedirse. La marquesa no tuvo fuerzas para seguirla.

Margarita dio algunos pasos para continuar gozando del humillante dolor en que estaba sumida su rival, y dijo de pronto:

—¿No me acompañas hasta la puerta?

La marquesa se levantó, pálida y fría, sin inquietarse por aquel sobre que tanto la había preocupado al principio de la conversación, y que su primer paso dejó al descubierto.

Luego, abrió la puerta de su oratorio y, sin volver la cabeza a Margarita, se encerró en él.

Esta balbuceó algunas palabras que la señora de Bellière no oyó siquiera.

Pero, cuando la marquesa hubo desaparecido, su envidiosa rival no pudo resistir al deseo de cerciorarse de que eran fundadas sus sospechas; tiróse como una pantera, y cogió el sobre.

—¡Ah! —dijo rechinando los dientes—. ¡Era una carta del señor Fouquet la que leía cuando llegué!

Y se lanzó al momento fuera de la sala.

Durante este tiempo, la marquesa, detrás de la puerta, sentía que se agotaban sus fuerzas, por un instante permaneció pálida e inmóvil, y luego, como una estatua que el huracán bambolea sobre su base, vaciló y cayó inanimada sobre la alfombra. .

El ruido de su caída resonó al mismo tiempo que el rodar del carruaje de Margarita.

C

LA PLATA LABRADA DE LA SEÑORA DE BELLIÈRE

La marquesa tardó bastante tiempo en reponerse; pero ya repuesta, se puso a reflexionar sobre los acontecimientos, tales como se anunciaban.

Continuó entonces aquel orden de ideas que le había hecho seguir su implacable amiga. Traiciones, lazos, amenazas ocultas bajo un exterior de interés público; he aquí lo que pensaba de las maniobras de Colbert.

Alegría odiosa de una caída no lejana, esfuerzos incesantes para conseguir este objeto, seducciones no menos culpables que el crimen mismo; he aquí lo que Margarita ponía por obra.

Al hombre sin entrañas se había unido la mujer sin corazón.

La marquesa vio con tristeza, aun más que con indignación, que el rey jugaba en un complot que manifestaba la duplicidad de Luis XIII ya viejo, y la avaricia de Mazarino cuando aun no había tenido tiempo para hartarse de oro francés.

Pero pronto esta mujer valerosa adquirió toda su energía.

La marquesa no era de las personas que lloran cuando es necesario obrar.

Durante algunos minutos apoyó la frente en sus manos heladas, y alzándola después llamó a sus sirvientes con mano firme y gesto lleno de energía.

Su resolución estaba tomada.

—¿Está todo preparado para mi marcha? —preguntó a una de las doncellas que entraba.

—Sí; señora marquesa; pero no se creía que la señora marquesa marchara a Bellière antes de tres días.

— ¿Pero están encajonados los adornos y los valores?

—Sí, señora; mas tenemos la costumbre de dejar todo esto en París, pues la señora no lleva sus pedrerías al campo.

—¿Pero está todo dispuesto?

—En el gabinete de la señora.

—¿Y la orfebrería?

—En los cofres.

—¿Y la plata labrada?

—En el armario grande de roble.

La marquesa añadió con voz tranquila:

—Que venga mi platero.

Las mujeres desaparecieron para ejecutar la orden.

La marquesa había entrado en su gabinete, y contemplaba con el mayor cuidado sus alhajas.

Jamás había prestado tal atención a estas riquezas, que son el orgullo de una mujer; nunca había mirado estos adornos con otra intención que con la de escogerlos según sus colores. Entonces admiraba el tamaño de los rubíes, la claridad de los diamantes, Y se condolía de la menor mancha, del más pequeño defecto, todo lo hallaba pobre y miserable.

El orfebre sorprendióla en está ocupación.

—Señor Faucheux, creo que me habéis provisto de toda mi plata.

—Sí señora marquesa.

—Ya no me acuerdo cuánto fue su importe.

— ¿De la nueva o de la que el señor de Bellière, llevó al casarse? Porque he suministrado dos.

—Primero veamos la nueva.

—Los jarros, los cubiletes y los platos con sus estuches, el centro de mesa y los morteros para el hielo, las fuentes para confituras y las bandejas, han costado a la señora marquesa sesenta mil libras.

—¿Nada más que eso, Dios mío?

—A la señora le pareció crecida la cuenta.

—¡Es verdad! Me acuerdo que, en efecto, era caro; el trabajo, ¿no es eso?

—Sí, señora: grabados, cinceladuras, nuevas formas.

— ¿El trabajo entra por mucho en el precio?

—Un tercio del valor, señora. Pero...

— ¿Y el otro servicio, el viejo, el de mi marido?

— ¡Oh! Ese es menos trabajado. Sólo vale treinta mil libras, valor intrínseco.

—¡Setenta! —murmuró la marquesa—. Pero, señor Faucheux, aún tenemos toda la plata de mi madre; todo aquello de que no quise deshacerme a causa de recuerdos gratos para mí.

— ¡Ah! Ciertamente que es un famoso recurso para gentes que, como la señora marquesa, no pudieran conservar su vajilla. En aquel tiempo, no se trabajaba tan ligero como hoy. Se trabajaba con lingotes. Pero esa vajilla no es presentable... Pesa...

—Eso, eso es. ¿Cuánto pesa?

—Cincuenta mil libras, lo menos. No hablo de dos enormes vasos que sólo ellos pesan cinco mil libras de plata: diez mil libras los dos.

—¡Ciento treinta! —murmuró la marquesa—. ¿Estáis seguro de eso, señor Faucheux?

—Seguro; además, no sería difícil pesar.

—Las cantidades están sentadas en mis libros.

—¡Oh! Sois mujer ordenada, señora marquesa.

—Pasemos a otra cosa —dijo ésta.

Y abrió un cofrecillo.

—Reconozco esas esmeraldas —dijo el mercader—, porque yo las hice montar; son las más hermosas de la Corte, es decir, no, las más hermosas son de madame de Châtillon, que las tiene de los señores de Guisa; pero las vuestras, señora, son las segundas.

— ¿Y valen... ?

—¿Montadas?

—No; suponed que quisiera venderlas.

—¡Bien, sé yo quién las compraría! —exclamó el señor Faucheux.

—Eso es precisamente lo que yo deseo. ¿Con que las comprarán?

— Se comprarán todas vuestras pedrerías, señora, pues se sabe que son de las más hermosas de París. No sois vos de esas mujeres que cambian; cuando compráis es de lo bueno; cuando poseéis, guardáis.

— ¿Cuánto pagarán por esas esmeraldas?

— Ciento treinta mil libras.

La marquesa escribió con un lápiz en unas tablillas la cifra citada por el orfebre.

—¿Y ese collar de rubíes?

—¿Rubíes balajes?

—Vedlos.

—Son hermosos, soberbios. Ignoraba que tuvierais estas piedras, señora.

—Apreciadlas.

—Doscientas mil libras. Sólo el de en medio vale cien mil.

—Esto es lo que yo pensaba —dijo la marquesa—. Los diamantes... ¡oh! tengo muchos: sortijas, cadenas, pendientes, broches, herretes. Apreciad, señor Faucháux, apreciad.

El orfebre cogió su lupa, su balanza, pesó, examinó y, haciendo sus cálculos en voz baja:

—Estas piedras —dijo— cuestan a la señora marquesa cuarenta mil libras de renta.

—¿Lo apreciáis en ochocientas mil libras?

—Aproximadamente.

—Eso es lo que yo pensaba. Pero la montura es aparte.

—Como siempre, señora. Y si yo fuera llamado a vender o a comprar, me contentaría con el oro de la montura, y ganaría mis buenas veinticinco mil libras.

—¡Bonita suma!

—Ciertamente, señora. ¿Aceptáis el beneficio con la condición de convertirme en dinero estas piedras?

— ¡Pero, señora! —exclamó el platero asustado—. ¿Vendéis los diamantes?

—Silencio, señor Faucheux; no os inquietéis por esto, sino contestadme. Sois un hombre honrado, proveedor de mi casa hace treinta años, habéis conocido a mi padre y a mi madre, y os hablo como a un amigo: ¿aceptáis el oro de la montura por esa cantidad en dinero que pondréis en mis manos?

— ¡Ochocientas mil, libras! ¡Es enorme!

—Ya lo sé.

— Imposible de encontrar.

— ¡Oh! ¡Eso no!

—Pero; señora, ¡considerad el efecto que causaría el rumor de la venta, de vuestros diamantes!

—Nadie lo sabrá... Me haréis construir otros adornos falsos iguales a los finos. No me respondáis... lo quiero. Vended por menor, vended sólo las piedras.

—Es cosa fácil... Monsieur busca alhajas y pedrería para el tocador de Madame. Hay concurso. Podré vender a Monsieur por valor de seiscientas mil libras. Estoy seguro de que éstas son las más bellas. ¿Para cuándo?

—Dentro de tres días.

—¡Corriente! El resto vendedlo a particulares; ahora... hacedme un contrato de venta garantida... pagadera a cuatro días.

—Señora... reflexionad, os lo ruego... perderéis cien mil libras si os apresuráis a vender.

— Aunque pierda doscientas mil, es necesario. Quiero que todo quede hecho esta noche. ¿Aceptáis?

—Acepto, señora marquesa, y no disimulo que ganaré en esto cinco mil doblones.

— Mejor. ¿Cómo tendré el dinero?

—En oro o en billetes del Banco de Lyón, pagaderos en casa del señor Colbert.

— Acepto —dijo vivamente la marquesa—; volved a vuestra casa, y traedme pronto la suma en billetes, ¿entendéis?

—Sí, señora; pero por Dios. . .

—Ni una palabra más, señor Faucheux. ¡Ah! Me olvidaba de la plata labrada. ¿Cuánto me ha costado?

—Cincuenta mil libras, señora.

—Un millón —se dijo por lo bajo la marquesa—. Señor Faucheux, os llevaréis toda la orfebrería y la vajilla con el pretexto de una reforma sobre modelos de mi gusto; la fundís y me traéis el valor en oro... al momento.

—Bien, señora marquesa.

—Pondréis ese oro en un cofre, lo haréis acompañar por uno de vuestros dependientes, y, sin que lo vean mis sirvientes se aguardará en una carroza.

—¿La de madame Faucheux? —dijo el platero.

—Si lo deseáis, la tomaré en vuestra casa.

—Sí, señora marquesa.

—Tomad tres de mis criados para que os lleven la plata.

— Perfectamente, señora.

La marquesa llamó, y dijo al doméstico que se presentó:

—El carro a disposición del señor Faucheux.

El orfebre saludó y salió, ordenando que el carro le siguiera de cerca, y anunciando él mismo que la marquesa quería fundir su vajilla para hacer una nueva.

Tres horas después llegaba ésta a casa de Fauquet y recibía de él ochocientas mil libras en billetes del Banco de Lyón y doscientas cincuenta mil en oro, encerradas en un cofre que llevaba con trabajo un dependiente hasta el carruaje de madame Faucheux.

Porque madame Faucheux gastaba coche. Hija de un presidente del Tribunal de cuentas, había aportado treinta mil escudos a su marido, síndico de los orfebres, y los treinta mil escudos habían fructificado durante veinte años. El platero era millonario y modesto, por lo cual había comprado una venerable carroza construida en 1648, diez años después del nacimiento del rey. Esta carroza era la admiración del barrio, pues estaba cubierta de pinturas alegóricas y de nubes sembradas de estrellas de plata y oro.

En este carruaje, algo grotesco, fue donde subió la noble dama, sentándose frente al dependiente, que encogía las rodillas para no ajar la ropa de la marquesa.

Y el dependiente, satisfecho de escoltar a una marquesa, dijo al cochero:

—¡Camino de Saint Mandé!

CI

LA DOTE

Los caballos del señor Faucheux eran unos excelentes animales del Perche, de apelotonadas rodillas y patas algo hinchadas. Como el coche, databan de la otra mitad del siglo.

No corrían como los caballos ingleses del señor Fouquet. De modo que tardaron dos horas en llegar a Saint Mandé.

Hubiérase dicho que marchaban majestuosamente. Y la majestad excluye el movimiento.

La marquesa paró delante de una puerta muy conocida, aunque sólo la había visto una vez, y se recordará que fue en circunstancia no menos penosa que la presente.

Sacó una llave del bolsillo, la introdujo con su blanca mano en la cerradura, cedió la puerta sin ruido, y dio orden al dependiente de subir el cofre al primer piso.

Mas el peso del cofre era tal, que el dependiente se vio obligado a hacerse ayudar por el cochero.

El cofre fue puesto en aquel gabinete, antesala, o más bien retrete, inmediato al salón en que vimos al señor Fouquet a los pies de la marquesa.

La señora de Belliére dio un luis al cochero, una sonrisa , al dependiente, y despidió a ambos.

Luego cerró la puerta y esperó parapetada en ella. Ningún doméstico aparecía.

Pero todo estaba preparado, como si un genio invisible hubiera adivinado las necesidades y deseos del huésped, o más bien de la huésped que era esperada. El fuego encendido, las bujías en los candelabros, los refrescos en el aparador, los libros sobre las mesas, y las flores frescas, en los vasos del Japón.

Hubiérase dicho que aquélla era una casa encantada.

La marquesa encendió las bujías, respiró el perfume delicioso de las flores, se sentó, y pronto cayó en profunda meditación.

Pero esta meditación, aunque triste, estaba impregnada de cierto dolor.

Veía delante de sí un tesoro en aquella sala. Un millón que ella había arrancado de su fortuna como la labradora arranca una espiga de su corona.

Forjábase los sueños más placenteros.

Pensaba, sobre todo, en dejar aquel dinero al señor Fouquet, sin que él pudiera saber de dónde le venía. Este medio era el que naturalmente habíale presentado el primero a su imaginación.

Pero, aunque la cosa le parecía difícil, meditando en ella no desesperaba de llegar a este objeto.

Debía llamar para que avivasen al señor Fouquet y huir en seguida, mas feliz dando un millón que si lo hallase.

Pero, después que hubo llegado, luego de ver aquel lindo gabinete y aquel salón tan bien preparado, tal que parecía haber echado de él a las hadas que lo habitaban, se pre-

guntó si las miradas de los entes a quienes había hecho huir, genios, espíritus o criaturas humanas, no la habrían reconocido.

Entonces todo lo sabría Fouquet, y lo que no supiera, lo adivinaría; rehusaría aceptar como donación lo que quizá habría aceptado a título de préstamo, y así la empresa no tendría objeto ni resultado.

Era, pues, necesario hacer la cosa de modo que se consiguiera que el superintendente comprendiera toda la gravedad de su posición para someterse al generoso capricho de una mujer. Era necesario, en fin, para persuadir, todo el encanto de una elocuente amistad, y si esto no bastaba; toda la embriaguez de un amor ardiente, al que nada resistiría.

En efecto, ¿no era conocido el superintendente como hambre lleno de delicadeza y dignidad? ¿Se dejaría cargar con los despojos de una mujer? No, lucharía, y si una voz del mundo podía vencer su resistencia, ésta sería la voz de la mujer que amaba.

Otra duda, terrible duda, que pesaba en el corazón de la señora de Belliére con el dolor y el frío de un puñal: ¿Amaba él?

Aquella imaginación ligera, ¿se resolvería a fijarse un instante aunque fuese para contemplar un ángel?

¿No acontecía a Fouquet, a pesar de todo su genio y probidad, como a esos conquistadores que derraman lágrimas sobre el campo de batalla después de haber alcanzado la victoria?

—Pues bien, esto es lo que necesito aclarar y juzgar —dijo la marquesa—. ¿Quién sabe si ese corazón tan codiciado es un corazón vulgar? ¿Quién sabe si esa imaginación será de una naturaleza trivial e inferior cuando yo le aplique la piedra de toque? Vamos —exclamó—, esto es demasiado dudar. ¡La prueba, la prueba!

Miró al reloj.

—Son las siete, y debe haber llegado; es la hora de la firma. ¡Vamos!

Y, levantándose con impaciencia, fue hacia el espejo, ante el cual se sonreía con la enérgica sonrisa del sacrificio; tocó el resorte y tiró del botón de la campanilla. Y, como anonadada de antemano en la lucha que acababa de comprometer, fue a arrodillarse ante un sillón y sepultó su cabeza entre sus agitadas manos.

Diez minutos después oyó rechinar el resorte de la puerta, que rodó sobre sus goznes.

Apareció Fouquet, pálido y encorvado bajo el peso de un pensamiento amargo.

Necesario era que su preocupación fuese muy poderosa para que este hombre, para quien el placer era todo, acudiése en silencio a semejante llamamiento.

En efecto, la noche, fecundo en sueños dolorosos, había enmagrecido sus nobles facciones y trazado alrededor de sus ojos órbitas obscuras. Pero siempre estaba hermoso y noble, y la expresión triste de su boca, expresión tan rara en este hombre, daba a su fisonomía un carácter nuevo de juventud.

Vestido de negro y el pecho lleno de encajes, el superintendente se detuvo en el umbral de esta sala, donde tantas veces había ido en busca de la dicha esperada.

Esta dulzura melancólica y risueña, que reemplazaba a la exaltación de la alegría, hizo en la señora de Belliére un efecto indecible.

Los ojos de una mujer saben leer todo orgullo o todo sufrimiento en las facciones del hombre que ama, se diría que, en razón a su debilidad, Dios ha querido conceder a las

mujeres más que a ninguna otra criatura. Ellas pueden ocultar sus sentimientos al hombre; éste no puede ocultarle los suyos. La marquesa adivinó toda la desgracia del superintendente.

Adivinó una noche pasada en vela.

Un día en decepciones.

Y desde entonces fue fuerte, sintiendo que quería a Fouquet sobre todas las cosas.

Levantóse, y acercándose a él, le dijo:

—Me escribisteis esta mañana diciéndome que comenzabais a olvidarme y que yo, a quien no habíais vuelto a ver, indudablemente había acabado de pensar en vos. Vengo a desmentiros, caballero, y con tanta más seguridad cuanto que leo en vuestros ojos una cosa.

— ¿Cuál, señora? —dijo Fouquet sorprendido.

—Que jamás me habéis amado tanto como ahora; lo mismo que vos debéis leer en mi aspecto que no os he olvidado.

— ¡Oh! Vos, marquesa— dijo Fouquet, cuyo noble semblante se animó un instante por un relámpago de alegría—, vos sois un ángel, y los hombres no tienen el derecho de dudar de vos. ¡Sólo deben humillarse y pedir gracia!

—Tenéis, pues, concedida la gracia.

Fouquet quiso arrodillarse.

—No —dijo ella—; sentaos a mi lado. ¡Ah! ¡En alguna cosa mala pensáis!

—¿Y en qué conocéis eso?

—En vuestra sonrisa, que acaba de alterar toda vuestra fisonomía. Vamos, ¿en qué pensáis? ¡Sed franco, nada de secretos entre amigos!

—Pues bien, señora, decidme por qué, ese rigor, de tres o cuatro meses.

— ¿Ese rigor?

—Sí. ¿No me habéis prohibido visitaros?

¯¡Ay, amigo mío! —exclamó la marquesa con profundo suspiro—. Porque vuestra visita a mi casa os ha causado una gran desgracia; porque vigilan mi palacio; porque los ojos que os han visto podrían veros otra vez; porque encuentro menos peligroso venir yo que vos vayáis, y, en fin, porque os encuentro demasiado infeliz para querer aumentar más vuestra desgracia.

Fouquet estremecióse.

Estas palabras acababan de recordarle los cuidados de la superintendencia, cuando hacía algunos minutos que sólo pensaba en las esperanzas del amante.

—¡Yo infeliz! —dijo intentando sonreír—. En verdad que me lo haréis creer con vuestra tristeza.

—No soy yo quien está triste, señor, sino vos; miraos en este espejo.

—Cierto es que estoy un poco pálido; pero eso es el exceso de trabajo, el rey me pidió ayer dinero.

—Sí, cuatro millones; ya lo sé.

—¡Lo sabéis! —murmuró Fouquet sorprendido—. ¿Y cómo lo sabéis, cuando sólo delante de una persona el rey...?

— Pues ya veis que lo sé. Ea, continuad; ese dinero que el rey os ha pedido...

—Ya comprenderéis que ha sido preciso buscarlo, contarlo después, registrarlo... Desde el fallecimiento del señor Mazarino, hay un poco de dificultad y embarazo en el servicio de la Hacienda; mi administración está muy recargada, y por eso he velado esta noche.

— ¿De modo que tenéis la cantidad? —preguntó la marquesa, inquieta.

—Sería cosa de ver, marquesa —replicó alegremente Fouquet—, que un superintendente de Hacienda no tuviera cuatro miserables millones en sus arcas.

— Sí, supongo que los tenéis o que los tendréis.

—¿Cómo que los tendré?

—No hace mucho tiempo que os pidió otros dos.

—Creo que ya hace un siglo, marquesa; pero no hablemos de dinero, si gustáis.

—Al contrario, hablemos, amigo mío.

—¡Oh!

—Oíd: sólo para esto he venido.

—¿Pues qué queréis decir? —preguntó el financiero, cuyos ojos expresaron curiosa inquietud.

— ¿Es un cargo inamovible la superintendencia?

—¡Marquesa!

—Ya veis que yo respondo francamente.

— ¡Marquesa, me sorprendéis! Me habláis como un comanditario.

— Es muy sencillo; quiero situar dinero en vuestra casa, y, naturalmente, deseo saber si estáis seguro.

—En verdad, marquesa, no sé adónde vais a parar.

— Formalmente, mi señor Fouquet, tengo algunos fondos que me estorban, pues he dejado de comprar tierras, y deseo encargar a un amigo que haga valer mi dinero. Pero, supongo que eso no urge.

— Muchísimo.

—Pues bien, hablaremos de ello más tarde.

—Más tarde no, pues el dinero está aquí.

La marquesa señaló al cofre, y, abriéndolo, enseñó al superintendente los fajos de billetes y el oro.

Fouquet habíase levantado al mismo tiempo que la señora de Bellière. Permaneció un instante pensativo; luego, se puso pálido, y cayó sobre una silla ocultando el rostro entre las manos.

—¡Oh marquesa, marquesa! —exclamó.

— ¡Qué!

—¿Qué opinión tenéis de mí para hacerme semejante oferta?

—¿De vos?

— Indudablemente.

—¿Pero vos mismo qué pensáis? Veamos.

—Ese dinero lo traéis para mí; me lo traéis porque sabéis mi apuro. ¡Oh! No neguéis. Adivino. ¿No conozco, por ventura, vuestro corazón?

—Pues, si conocéis mi corazón, ya veis que es mi corazón el que os ofrezco.

—¡He adivinado! —exclamó Fouquet—: ¡Oh, señora! Jamás os he dado derecho para insultarme así.

—¡Insultaros! ¡Rara delicadeza humana! Habéis dicho que me amáis. Me habéis pedido en nombre de ese amor mi reputación y mi honor... y cuando os ofrezco mi dinero, lo rehusáis.

—Marquesa, libre habéis sido en guardar lo que llamáis vuestra reputación y vuestro honor. Dejadme la libertad de conservar los míos. Dejad que me arruine, dejadme sucumbir bajo el peso de los odios que me rodean, de las faltas que he cometido y de mis remordimientos; mas, en nombre del Cielo, marquesa, no me deis este último golpe.

—Ahora me habláis como hombre de talento, señor Bouquet.

—Es posible, señora.

Fouquet oprimió con la mano crispada su pecho jadeante.

—Acabad, señora —dijo—; nada tengo que contestar.

—Os he ofrecido mi amistad, señor Fouquet:

—Sí, señora; pero os habéis limitado a eso.

—¿Lo que yo he hecho es de amiga?

— Y sin duda.

—¿Y rechazáis esta prueba de amistad?

—La rehúso.

— Miradme; señor Fouquet.

Los ojos de la marquesa brillaban.

—Os ofrezco mi amor.

— ¡Oh, señora! —murmuró Fouquet.

—Os amo hace mucho tiempo, ¿lo oís? Las mujeres tienen, como los hombres, su falsa delicadeza. Hace mucho tiempo que os amo; pero no quería decíroslo.

—¡Oh! —exclamó Fouquet juntando las manos.

—Me habéis pedido ese amor de rodillas, y os lo he rehusado, pues estaba ciega como vos lo estáis ahora. Os ofrezco mi amor.

—Sí, vuestro amor, mas sólo vuestro amor.

—¡Mi amor, mi persona, mi vida! ¡Todo, todo, todo!

—¡Oh, Dios santo! —exclamó Fouquet.

—¿Qué queréis de mi amor?

— ¡Oh! ¡Me anonadáis bajo el peso de mi felicidad!

— ¿Seréis dichoso, decídmelo... si soy vuestra, enteramente vuestra?

—¡La felicidad suprema!

—Pues, aquí estoy; pero si os hago el sacrificio de una preocupación, hacedme vos el sacrificio de un escrúpulo.

— ¡Señora, señora, no me atentéis!

—¡Amigo, amigo mío, no me rehuséis!...

—¡Oh! ¡Pensad lo que me proponéis!

—Fouquet, una palabra... Decidme, no... y abro esa puerta. Y mostró la que conducía a la calle.

—Y no me volveréis a ver más. Otra palabra... sí, y os sigo adonde queráis con los ojos cerrados, sin defensa, sin negativa, sin remordimientos.

—¡Elisa!... ¡Elisa! ... Pero ese cofre...

— ¡Es mi dote!

—¡Es vuestra ruina! —exclamó Fouquet, revolviendo el oro y los papeles—. Aquí hay un millón...

—¡Justo! ... ¡Mi pedrería, que ya no me servirá, si me amáis como yo os amo!

—¡Oh! ¡Es demasiado! —murmuró Fouquet—. Cedo, cedo... aunque no fuera mas que¯ por consagrar tal adhesión. Acepto la dote..

—Y aquí está la mujer —dijo la marquesa, arrojándose en sus brazos.

CII

EL TERRENO DE DIOS

Entretanto, Buckingham y Wardes hacían en buen amor y compaña el camino de París a Calais. Las visitas de Buckingham a Monsieur y a Madame, a la joven reina y a la reina viuda, fueron colectivas.

Previsión de la reina madre que le ahorraba el dolor de hablar particularmente con Monsieur, y el peligro de volver a ver a Madame.

Buckingham abrazó a Guiche y a Raúl; asegurando al primero toda su consideración, y al segundo una amistad incesante, destinada a triunfar de todos los obstáculos, y a no dejarse conmover ni por la distancia ni por el tiempo.

Llevado Wardes a remolque de este inglés, había buscado en su sutil talento todos los medios para romper esta cadena; pero, ninguno le había socorrido, y necesario le era sufrir la pena de su mal carácter y causticidad.

Aquellos a quienes hubiera podido franquearse, le habrían hablado de la superioridad del duque. Otros habríanle alegado las órdenes del rey que prohibían el duelo. Otros, por último, los más numerosos, que, por caridad cristiana o por amor propio nacional; le

habrían prestado ayuda, no pensaban en incurrir en desgracia, y habrían avisado a los ministros de una marcha que podía degenerar; en una pequeña matanza.

Resultó que, bien pensado todo, Wardes hizo su portamanteo, tomó dos caballos, y seguido de un solo lacayo, se dirigió al sitio en que debía esperarle la carroza de Buckingham.

El duque recibió a su adversario como lo hubiera hecho al más amable conocido; se estrechó para hacerle sitió, le ofreció dulces, y extendió sobre él la capa de marta echada en el asiento de delante. Después conversaron.

De la Corte, sin hablar de Madame; de Monsieur, sin hablar de su mujer; del rey, sin hablar de su cuñada; de la reina, sin hablar de su nuera; del rey de Inglaterra, sin hablar de su hermana; del estado del corazón de cada cuál de los viajeros, sin pronunciar ningún nombre peligroso.

De suerte que el viaje, que se hacía a cortas jornadas, fue encantador.

Así es que Buckingham, verdaderamente francés por el espíritu y la educación, estaba encantado de haber elegido tan bien su compañero.

El duque se entretenía en mil partes, pareciéndose un poco a ese bello río Sena, que abraza mil veces a Francia en sus amorosos meandros, antes de decidirse a entrar en el Océano.

Mas, al abandonar a Francia, sólo se acordaba Buckingham de la nueva francesa que había llevado a París, y todo eran recuerdos y sentimientos por ella.

Así, cuando, a pesar suyo, se abismaba en sus pensamientos, Wardes lo dejaba completamente entregado a ellos.

Esta delicadeza hubiese ciertamente conmovido a Buckingham, cambiando sus disposiciones hacia Wardes, si éste, al guardar silencio, hubiera tenido mirada menos malvada y una sonrisa menos falsa.

Pero los odios instintivos son inflexibles, nada los apaga; una poca de ceniza los cubre muchas veces, pero pronto estallan más furiosos.

Agotadas todas las distracciones que ofrecía el camino, llegaron a Calais.

Y esto fue al caer del sexto día. La víspera, la servidumbre del duque se había adelantado y fletado una barca, destinada a ir hasta el *yacht,* que daba bordadas a tres tiros de cañón de la plaza, con todos los equipajes.

Transportado ya todo el tren del duque, llegaron los sirvientes a anunciarle que todo estaba dispuesto para cuando quisiera embarcar con el caballero francés.

Porque nadie suponía que el caballero francés pudiera tener que arreglar con milord otra cosa que cuentas de amistad.

Buckingham hizo responder al patrón del *yacht* que estuviera preparado; pero, que, estando hermosa la mar y prometiéndose una puesta de sol magnífica, no contaba embarcarse hasta la noche, y quería dar un paseo por la playa.

Añadió además que, encontrándose en excelente compañía, no tenía la menor prisa.

Diciendo esto, mostraba a los criados que le rodeaban el magnífico espectáculo del cielo purpúreo en el horizonte y una admirable cadena de montañas, formada por las nubes.

El espectáculo era, en efecto, digno de ser admirado.

La muchedumbre de curiosos seguía a los áureos criados, viendo entre los cuales al intendente y al secretario, creían ver al señor y a su amigo.

Vestido sencillamente Buckingham con jubón de terciopelo, el sombrero echado a los ojos, sin distintivo ni bordados, no se hacía notar más que Wardes, vestido de negro como un procurador.

Las gentes del duque habían recibido orden de tener una barca preparada en el muelle, y de no ir en su busca antes de que él o su amigo llamasen.

"Vieran lo que vieran" —había añadido, acentuando estas palabras de modo que fuesen entendidas.

Después de haber dado algunos pasos por la playa, dijo Buckingham a Wardes:

— Me parece caballero, que va a ser preciso despedirnos, pues la mar va subiendo, y en diez minutos ya no sentiremos el suelo.

—Milord, estoy a vuestras órdenes, pero...

—Estamos todavía en terreno del rey, ¿no es eso?

—Sin duda.

—Pues bien allá abajo hay, como veis, una especie de isla que desaparecerá de minuto en minuto. Esta isla es de Dios, pues está entre dos mares y el rey no la tiene en sus mapas. ¿La veis?

—La diviso, y no podremos llegar a ella sin mojarnos los pies.

—Sí, pero notad que forma una eminencia bastante elevada, de lo cual resulta que estaremos a las mil maravillas sobre aquel pequeño teatro. ¿Qué opináis?

—Yo estaré bien en todas partes donde mi espada tenga el honor de encontrar la vuestra, milord.

—Pues vamos; me desespera haceros mojar los pies, señor de Wardes; pero me parece necesario que podáis decir al rey: "Señor, yo no me he batido en tierra de Vuestra Majestad." Quizá sea esto un poco sutil, pero desde Port Royal andáis nadando en sutilezas. Con que, si gustáis, apretemos el paso, porque la mar crece y la noche avanza.

—Si no andaba más de prisa era por no pasar delante de vos, milord. ¿Andáis todavía a pie seco?

—Hasta ahora, sí. Mirad a mis sirvientes, cómo, temiendo que nos ahoguemos, vienen a hacer crucero con la canoa. Mirad cómo andan a bordo; es curioso, pero me marea verlos.

— ¿Me permitís que les vuelva la espalda?

—Notad que si tal hacéis tendréis el sol de frente, milord.

—¡Oh! Ahora es muy débil su luz, y pronto desaparecerá; no os inquietéis por eso.

—Como queráis, milord; yo lo decía por delicadeza.

—Lo sé, señor de Wardes, y aprecio vuestra observación.

— ¿Queréis que nos quitemos los jubones?

— Corno gustéis, milord.

—Es más cómodo.

—Entonces estoy dispuesto.

—Decidme sin reparo, señor de Wardes, si os sentís mal sobre la arena mojada, y si aun os creéis un poco en territorio francés, nos batiremos en Inglaterra o sobre mi yacht.

—Aquí estamos muy bien, milord; pero tendré el honor de observaros que, como la mar sube, apenas tenemos tiempo.

Buckingham hizo una seña de asentimiento, se quitó el jubón y lo tiró sobre la arena.

Wardes hizo lo propio.

Los dos cuerpos, blancos como dos fantasmas para los que los miraban desde la orilla, se dibujaban sobre la sombra rojiza que descendía del cielo.

—Por mi honor, señor duque, que no podemos movernos —dijo Wardes—. ¿Sentís cómo los pies se pegan en la arena?

—En ella estoy metido hasta el tobillo, sin contar con que el agua nos alcanza.

—A mí, ya me alcanzó... Cuando queráis, señor duque.

Wardes puso la mano en la espada.

El duque lo imitó.

—Señor de Wardes —repuso entonces Buckingham—, la última palabra, si gustáis... Me bato con vos, parque no os amo, porque me habéis desgarrado el corazón burlándoos de cierta pasión que siento, que confieso en este momento, y por la cual moriría gustoso. Sois un hombre malvado, señor de Wardes, y quiero hacer todos los esfuerzos por mataros, pues conozco que si no morís de este golpe, haréis en lo sucesivo mucho mal a mis amigos. Esto es lo que tenía que deciros.

Y saludó.

—Y yo, milord, tengo que contestaros lo siguiente: yo no os odiaba, pero ahora que me habéis adivinado, os odio, y voy a hacer, todo lo que pueda por matáros.

Y Wardes saludó a Buckingham. En el mismo instante cruzáronse los hierros; y dos relámpagos en la obscuridad.

Las espadas se buscaban, se adivinaban, se tocaban.

Los dos eran hábiles tiradores, y los primeros pases no tuvieron resultado.

La noche había entrado rápidamente, y era tan obscura, que se atacaban y defendían por, instinto.

Wardes sintió detenerse su acero; había tocado el hombro de Buckingham.

La espada del duque bajó con sus brazos.

— ¡Oh! —dijo.

—¿Tocó, milord? —preguntó Wardes, retrocediendo dos pasos.

—Sí, señor, pero ligeramente.

—Como habéis dejado la guardia...

—Fue el primer efecto del frío del acero, mas ya estoy repuesto; continuemos, si gustáis, señor.

Y, librando la espada con siniestro estrujamiento de hoja, el duque desgarró el pecho del marqués.

—Tocado también —dijo.

—No —repuso Wardes, permaneciendo firme.

—Perdón; pero como veía vuestra camisa toda roja… —dijo Buckingham.

—¡Entonces... a vos! —exclamó Wardes furioso.

Y, tirándose a fondo, atravesó el antebrazo del duque. El acero penetró entre dos huesos.

Buckingham sintió su brazo derecho paralizado, y, tomando con el izquierdo la espada que iba a caer de su mano inerte, antes que Wardes se pusiera en guardia, le atravesó el pecho.

Wardes vaciló, dobláronse sus rodillas, y, dejando su espada clavada aún en el brazo del duque, cayó al agua, que enrojeció con un reflejo más real que el que le enviaban las nubes.

Wardes no estaba muerto, y comprendió el peligro horrible de que estaba amenazado: la mar subía.

También lo conoció el duque. Con un esfuerzo y un grito de dolor se arrancó el hierro del brazo, y dijo a Wardes:

— ¿Estáis muerto, marqués?

—No —contestó Wardes con voz sofocada por la sangre—, pero poco me falta.

— ¿Y qué hemos de hacer? Veamos, ¿podéis andar?

Buckingham lo levantó sobre una rodilla.

—Imposible —dijo.

Y volviendo a caer, añadió:

—Llamad a los vuestros o me ahogo.

—¡Hola! —gritó Buckingham—. ¡La barca! ¡Bogad pronto, bogad! La barca hizo fuerza de remos. Pero el mar subía más pronto que la lancha caminaba.

Buckingham vio a Wardes próximo a ser cubierto por una ola; con su brazo izquierdo hízole un cinturón, y lo levantó.

La ola subió hasta la mitad del cuerpo; pero no pudo derribarlo, y el duque comenzó a andar hacia tierra.

Pero apenas hubo dado diez pasos, otra ola, más alta y furiosa que la primera, llegó a colocarse a la altura del pecho y lo sepultó.

El reflujo los dejó por un momento descubiertos, sobre la arena. Wardes estaba desmayado.

En aquel momento cuatro marineros del duque, que conocieron el peligro, se tiraron al agua, y en un minuto estuvieron al lado de su señor.

Grande fue su espanto cuando lo vieron cubrirse de sangre a medida que corría el agua de que estaba impregnado.

Quisieron llevárselo.

— ¡No, no! —dijo el duque—. ¡A tierra! ¡A tierra el marqués!

— ¡Ha muerto! ¡Ha muerto el francés! —gritaron sordamente los ingleses.

—¡Miserables pícaros! —exclamó el duque, con soberbio ademán que los cubrió de sangre—.. ¡Obedeced! ¡El señor de Wardes a tierra, antes que todo, u os hago ahorcar!

La barca se había acercado. El intendente y el secretario saltaron y aproximáronse al marqués, que no daba señales de vida.

— Os recomiendo a este hombre sobre vuestra cabeza —dijo el duque—. ¡A la orilla! ¡El señor de Wardes, a la orilla!

En brazos lo condujeron hasta la arena seca, donde no llegaba el mar.

Algunos curiosos y cinco o seis pescadores se habían agrupado en la orilla, atraídos por el extraño espectáculo de dos hombres batiéndose con agua a la rodilla.

Viendo los pescadores venir hacia ellos un grupo de hombres que conducían un herido, entraron hasta media pierna en el mar.

Los ingleses les entregaron el herido en el momento en que comenzaba a abrir los ojos.

El agua salada del mar y la arena se habían introducido en las heridas y le causaban indecible sufrimiento.

El secretario del duque sacó un bolsillo lleno, y lo dio al que parecía más considerable de entre los concurrentes, diciendo:

—De parte de mi amo, milord duque de Buckingham, a fin de que se tenga par el señor marqués de Wardes todos los cuidados inimaginables.

Y se volvió con los suyos a la canoa, que Buckingham había alcanzado después que vio a Wardes fuera de peligro.

Los vestidos de milord duque y de Wardes habían sido arrastrados por el flujo a la orilla.

Envolvieron a Wardes en el del duque, creyendo que era el suyo, y lo transportaron en brazos a la ciudad.

CIII

TRIPLE AMOR

Después de la marcha de Buckingham, Guiche creía que la tierra le pertenecía sin disputa. Monsieur, que no tenía el menor motivo de celos, y que por otra parte dejábase influir por el caballero de Lorena, concedía en su casa tanta libertad como pudieran desear los más exigentes.

El rey, por su parte, que había tomado gusto a la sociedad de Madame, imaginaba placeres sobre placeres para animar la residencia en París, de suerte que no pasaba día sin una fiesta en palacio, o una recepción en la habitación de Monsieur.

El rey hacía preparar a Fontainebleau, para recibir la Corte, y todo el mundo trataba de ser del viaje. Madame llevaba la vida más ocupada. Su voz y su pluma no paraban un instante.

Las conversaciones con Guiche tomaban poco a poco el interés que preludia las grandes pasiones.

Cuando los ojos languidecen a propósito de una discusión sobre colores de telas, cuando transcurre una hora analizando los méritos y el perfume de una almohadilla de olor o de una flor, hay en este género de conversación palabras que todo el mundo puede oir, pero hay gestos o suspiros que no todo el mundo puede ver.

Cuando Madame había conversado bien con Guiche, hablaba con el rey, que regularmente le hacía una visita diaria. Se jugaba, hacíanse versos, se elegían divisas y emblemas; aquella primavera no era sólo la de la naturaleza; era la juventud de todo un pueblo, cuya cabeza formaba la Corte. El rey era joven y galante más que nadie, y amaba con extremo a todas las mujeres, sin excluir a la reina su esposa.

Sólo que era el más tímido y reservado de su reino, en tanto que no se confesaba a sí propio sus sentimientos.

Esta timidez reteníale en los límites de la simple cortesía, y ninguna mujer podía envanecerse de ser preferida a otra.

Podía presumirse que el día en que él se declarara sería la aurora de una nueva soberanía; pero no se declararía. El señor de Guiche se aprovechaba de esto para ser el rey de toda la enamorada Corte. Habíase dicho que galanteaba a la señorita de Montalais y que asediaba a la de Châtillon; ahora sólo tenía ojos y oídos para una sola. Sus atenciones a Madame fueron advertidas por todo el mundo, particularmente por el mal genio de la casa, el caballero de Lorena, a quien Monsieur tenía una viva adhesión por ser del genio alegre aun en sus maldades, y nunca le faltaban ideas para emplear el tiempo.

Viendo, pues, el caballero de Lorena que Guiche amenazaba suplantarle, recurrió al gran medio. Desapareció, dejando a Monsieur muy enojado.

El primer día casi no lo buscó Monsieur, porque estaba allí Guiche, y salvo las conversaciones con Madame, dedicaba valerosamente las horas del día y de la noche al príncipe.

Pero el segundo día, no hallando Monsieur una persona a mano, preguntó dónde estaba el caballero.

Y le respondieron que no se sabía. Guiche, después de haber pasado la mañana en elegir bordados 3 guarniciones con Madame, fue a consolar, al príncipe. Pero, después de la comida, habiendo aún tulipanes y amatistas que apreciar, Guiche volvió al gabinete de Madame.

Monsieur quedó solo a la hora de vestirse, se consideró el más desgraciado de los hombres, y preguntó otra vez si se tenían noticias del caballero.

—Nadie sabe dónde encontrarlo —fue la respuesta que le dieron. No sabiendo Monsieur en quién descargar su enojo, se fue en bata a la habitación de Madame.

Allí había un gran círculo de personas que reían y cuchicheaban en todos los rincones; aquí un grupo de mujeres alrededor de un hombre; al otro lado, Manicamp y Malicorne, apresados por la Montalais, la señorita de Tonnay Charente y otras dos reidoras.

Más lejos, Madame, sentada sobre cojines, y Guiche, esparciendo, de rodillas junto a ella, un puñado de perlas y de piedras, entre las cuales el dedo fino y blanco de la princesa designaba las que le gustaban más.

En otro rincón, un tocador de guitarra que punteaba seguidillas españolas, pasión de Madame desde que las había oído cantar a la joven reina con cierta melancolía; sólo que

la española había cantado con las lágrimas en los párpados, y la inglesa las tarareaba con una sonrisa que permitía ver sus dientes de nácar.

El gabinete presentaba la más risueña imagen del placer. Monsieur asombróse de ver tanta gente que se divertía sin él, y tuvo tales celos, que no pudo menos de decir como un niño:

— ¡Muy bien! ¡Divirtiéndoos aquí mientras yo me fastidio solo!

Su voz fue como un trueno que interrumpe el gorjeo de los pájaros bajo las ramas de un árbol; hubo un profundo silencio.

Guiche se puso en pie al momento.

Malicorne se escondió detrás de las faldas de la Montalais. Manicamp se irguió y tomó su marcado aire de ceremonia.

El guitarrista metió la guitarra debajo de una mesa y tiró del tapete para ocultarla a los ojos del príncipe:

Sólo Madame permanecía inmóvil, y, sonriendo a su esposo, le respondió:

—¿No es ya la hora de vuestra *toilette?*

—Hora que escogen para divertirse —rezongó el príncipe.

Esta desventurada palabra fue la señal de la derrota; las mujeres huyeron como bandada de gorriones asustados; el guitarrista desvanecióse como una sombra; Malicorne, protegido por la Montalais, que ensanchaba su traje, se deslizó detrás de una tapicería, y Manicamp fue en ayuda de Guiche, sosteniendo ambos valientemente el choque con la princesa.

El conde era demasiado feliz para querer mal al marido; pero Monsieur, que necesitaba un motivo de querella, lo buscó; y la marcha rápida de aquella multitud, tan alegre antes de su llegada y tan contrariada por su presencia, le sirvió de pretexto.

—¿Por qué huyen a mi llegada? —preguntó con tono agrio. Madame contestó fríamente que, siempre que el señor aparecía, la familia se retiraba por respeto.

Y, pronunciando estas palabras, hizo una mueca tan graciosa, que Guiche y Manicamp no pudieron contenerse. Rompieron a reír, Madame los imitó, y la risa invadió al mismo Monsieur, que vióse obligado a sentarse, porque riendo perdía demasiado su gravedad.

Cesó al fin; pero su cólera había aumentado, y estaba aún más furioso por haberse dejado llevar de la risa que por ver reír a los otros.

Miraba a Manicamp con malos ojos, no atreviéndose a demostrar su ira al conde de Guiche.

Pero a una seña que hizo con demasiado despecho, Manicamp y Guiche salieron...

De modo que Madame, sola ya, se puso a recoger tristemente sus perlas, sin reír más, ni menos hablar.

—Estoy muy contento de ver —dijo el duque—, que me tratan cómo a un extraño en vuestro cuarto, señora. .

Y salió exasperado.

En la antecámara encontró a la Montalais que estaba de guardia.

—Es muy gustoso venir a veros —murmuró—, pero desde la puerta.

Móntalais hizo la más profunda reverencia.

—No entiendo bien —dijo— lo que Vuestra Alteza me hace el honor de decirme.

—Digo, señorita, qué cuando os reís todos juntos en el cuarto de Madame, es mal llegado el que no se queda fuera.

—Sin duda, Vuestra Alteza Real no habla ni piensa así por ella.

—Al contrario, señorita; por mí hablo y por mí lo pienso. Ciertamente que no puedo congratularme de las recepciones que me hacen aquí. ¡Cómo! Para un día que hay música y asamblea en la habitación de Madame, en mi casa; para un día que cuento divertirme un poco... ¡se marchan!... ¿Temen acaso verme, cuando todo el mundo huye?... ¿Hacen algo malo... cuando yo estoy ausente?

— Monseñor —repuso la Montalais—, hoy no se hace más ni menos que los otros días.

— ¡Qué! ¿Todos los días se ríe como hoy?

—Sí, monseñor.

—¿Todos los días se hacen grupos como los que acabo de ver?

— Absolutamente iguales, monseñor.

— ¿Y todos los días se rasca la tripa?

—Señor, la guitarra es cosa de hoy; pero, cuando no tenemos guitarra, tenemos violines y flautas; las mujeres se aburren sin música.

—¡Diantre! ¿Y los hombres?

—¿Qué hombres, monseñor?

—El señor de Guiche, el de Manicamp y los otros.

—Todos de la casa de monseñor.

—Sí, sí, tenéis razón, señorita.

Y el príncipe volvió a su cuarto, pensativo, tirándose en el más ancho de sus sillones, sin mirarse al espejo.

—¿Dónde puede estar el caballero? —dijo.

Cerca del príncipe había un servidor.

Su pregunta fue oída.

—No se sabe, monseñor.

—¡Todavía esa respuesta! ... El primero que me responda: no sé... lo echo.

A tales palabras todo el mundo huyó del cuarto de Monsieur como habían huido del de Madame.

Entonces acometió al príncipe una rabia inexplicable. Dio un puntapié a una escupidera, que rodó por el pavimento rota en treinta pedazos.

Después, fue a las galerías, y, con gran sangre fría, derribó uno tras otro un vaso de esmalte, un aguamanil de pórfido y un candelabro de bronce. Todo ello hizo un estrépito horrible, y la gente acudió a las puertas.

—¿Qué quiere, monseñor? — se atrevió a decir tímidamente el capitán de los guardias.

—Me doy una música —replicó monseñor rechinando los dientes. El capitán de los guardias envió a buscar al médico de Su Alteza Real.

Pero antes que el médico, llegó Malicorne, que dijo al príncipe:

— Señor, el caballero de Lorena me sigue.

El duque miró a Malicorne sonriendo:

El caballero de Lorena entró, en efecto.

CIV

LOS CELOS DEL SEÑOR DE LORENA

El duque de Orleáns lanzó un grito de satisfacción al ver al caballero de Lorena.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Qué dicha! ¿A qué debo la suerte de veros? ¿No habíais desaparecido, como me habían dicho?

—Sí, monseñor.

— ¿Algún capricho?

—¡Capricho yo! Nunca los tendría con Vuestra Alteza. El respeto...

—No hables de respeto, pues estás faltando a él todos los días, te absuelvo. ¿Por qué te has marchado?

—Porque creí que era ya completamente inútil a monseñor.

—Explícate con más claridad.

—Monseñor tiene a su lado personas que le divierten mucho más que yo. No me encuentro con fuerzas para luchar, y me he retirado.

—Toda esa reserva no tiene sentido común. ¿Quiénes son esas personas contra las cuales no quieres luchar? ¿Guiche?

—No he nombrado a nadie.

— ¡Es absurdo! ¿Te molesta Guiche?

—No he dicho tal, monseñor, no me hagáis hablar. No ignoráis que Guiche es uno de nuestros buenos amigos.

— ¿Quién, entonces?

—Por favor, monseñor; os suplico que no pasemos adelante.

El caballero sabía muy bien que, así como se irrita la sed alejando la bebida, del mismo modo irrítase la curiosidad alejando la explicación.

—Sí tal porque quiero saber el motivo de tu desaparición.

—Bien, pues, os lo diré; pero os ruego que no lo toméis a real.

— Habla.

— He llegado a comprender que incomodaba.

— ¿A quién?

—A Madame.

— ¡Cómo es eso! —dijo muy asombrado el duque.

—Una cosa muy sencilla: quizá Madame está celosa de la benevolencia con que Vuestra Alteza se digna favorecerme.

— ¿Te lo ha manifestado alguna vez?

— Monseñor, Madame no me dirige nunca la palabra, especialmente de algún tiempo a esta parte.

— ¿Desde cuándo?

—Desde que recibe a todas horas al señor de Guiche, que quizá ha acertado a agradarle más que yo. El duque se sonrojó.

— ¿Qué significa eso de a todas horas, caballero? —dijo severamente.

—Bien veis, monseñor, que he incurrido en vuestro desagrado; ya estaba yo seguro de que así sucedería.

—No habéis incurrido en mi desagrado; mas decís las cosas con demasiada viveza. ¿En qué es preferido Guiche a vos por Madame?

— No diré una palabra más —dijo de Lorena.

—Al contrario, quiero que habléis. Si por eso os habéis retirado, debéis ser en extremo celoso.

—Necesario es que uno sea celoso cuando ama, monseñor. ¿No lo es acaso monseñor respecto de Madame? Si Vuestra Alteza viese a alguien continuamente al lado de su esposa, y le viera tratado con favor, ¿no concebiría alguna inquietud? Pues uno ama a sus amigos como a sus amores; y Vuestra Alteza Real me ha hecho a veces el honor de llamarme amigo suyo.

—Sí, pero todavía habéis empleado otra palabra equívoca. Veo, caballero, que no estáis feliz en la elección de frases.

—¿Qué palabra, monseñor?

—Habéis dicho: tratado con favor... ¿Y qué entendéis por eso, caballero?

—Una cosa muy sencilla, monseñor —dijo el caballero aparentando el mayor candor— Cuando un marido ve, por ejemplo, que su esposa llama con preferencia a tal o cual hombre; cuando ese hombre se encuentra siempre a la cabecera de su cama o a la portezuela de su carruaje; cuando hay siempre algún pequeño sitio para el pie de ese hombre en la circunferencia de los vestidos de la mujer; cuando el ramillete de ella es del mismo color que las cintas de él; cuando los músicos están en la tertulia, en tanto que las comidas se hacen en las rueles; cuando al presentarse el marido todo calla en la habitación de la mujer; cuando el esposo se halla de repente con un compañero el más asiduo y obsequioso en la persona que ocho días antes apenas parecía hacer caso de él... entonces.. .

—Entonces, acaba.

— Entonces, digo, monseñor, que se pueda estar celoso, pero todos estos pormenores no vienen a cuento, porque nada de eso se trata en nuestra conversación.

El duque luchaba consigo mismo, lo cual se conocía fácilmente en su agitación.

—Pero al fin —concluyó por decir—; todavía no me habéis dicho el motivo de vuestro alejamiento; decíais que había sido por temor de incomodar, y aun añadisteis que habíais advertido en Madame cierta inclinación a tratar con alguna intimidad a Guiche.

—¡Ah! Monseñor, no creo haber dicho eso.

—Sí, lo habéis dicho.

—Pues si lo he dicho, jamás he visto en ello nada que no sea inocente

—En fin, ¿visteis algo?

—Monseñor me apura demasiado.

— ¡No importa! Hablad. Si decís la verdad, ¿por qué apuraros?

— Siempre digo la verdad, monseñor; pero no puedo menos de vacilar cuando se trata de repetir lo que dicen otros.

—¡Ah! ¿Con que no hacéis mas que repetir? ... ¿Se ha hablado algo según eso?...

—Sí; algo me han dicho.

¯¿Quién?

El caballero. tomó un aire casi de enfadado.

—Monseñor —dijo—, veo que me sometéis a un interrogatorio, me tratáis como a un acusado en el banquillo, y los rumores que recoge al paso el oído de buen caballero; no permanecen en él mucho tiempo. Vuestra alteza desea que dé a las hablillas toda la importancia de un suceso.

—¡Pero al fin —murmuró el duque con despecho—, ello es que os habéis retirado a causa de esas hablillas!

—Debo decir la verdad: me han hablado de las asiduidades del señor de Guiche con Madame, nada más; placer inocente, lo repito, y, además, permitido. Pero, monseñor, no vayáis a ser injusto ni a llevar las cosas demasiado lejos; lo que he dicho en nada os interesa.

—¿No me interesa que se hable de las asiduidades de Guiche con mi esposa?

—No, monseñor, no. Y lo que acabo de deciros se lo diría al mismo Guiche en persona; tan sin consecuencia creo el modo como hace !a corte a Madame; y se lo diría a ella misma. ¿Pero sabéis cuál es mi temor? El de pasar por un hombre celoso de favores cuando sólo soy celoso de amistad. Conozco vuestro flaco, y no ignoro que cuando amáis, sois exclusivo. Sé que amáis a Madame, que, por lo demás, ¿quién no la amaría? Seguidme en el círculo en que me muevo: Madame ha distinguido entre vuestros amigos al que es más apuesto y de mayores atractivos; nada tiene de extraño que procure influir en el ánimo de su esposo en favor del preferido, y deje de mirar a los demás con el cariño que antes les tenía. Un desdén vuestro me haría morir; porque harto doloroso me es ya soportar los de Madame. Así es, monseñor; que he tomado mi resolución de ceder el puesto al favorito, cuya felicidad envidio, sin dejar de profesarle por eso una amistad verdadera y una sincera admiración. ¿Tenéis algo que oponer a este razonamiento? ¿No es el de todo, hombre de honor? ¿Halláis que mi conducta no sea la de un leal amigo? Responded, al menos, ya que tan rudamente me habéis interrogado.

El duque se había sentado con la cabeza entre las manos, y se desbarataba el peinado. Después de un silencio bastante largo para que el caballero pudiera apreciar todo el efecto de sus combinaciones oratorias, se levantó Monsieur.

—Vamos —dijo—, sé franco.

—Como siempre:

—Bien. Ya sabes que hemos notado algo de lo que se ha dicho en cuanto a ese extravagante de Buckingham.

— ¡Oh! Monseñor, no vayáis a acusar a Madame, o me despido de vos. ¿Sería posible, que os dejaseis llevar de esos sistemas, que hubieseis concebido sospechas?

—No, no, caballero, yo no sospecho de Madame; pero, al fin... veo ... comparo .

—¡Buckingham era un loco!

—Un loco, respecto del cual me hiciste abrir los ojos perfectamente.

—¡No, no! —dijo con viveza el caballero—. No fui yo el que os hice abrir los ojos, sino Guiche. ¡Oh! ¡No confundamos!

Y echóse a reír con esa risa estridente que semeja el silbido de la culebra.

—Sí, sí, en efecto... tú dijiste algunas palabras, pero Guiche se manifestó más celoso.

— ¡Ya lo creo! —continuó el caballero con el mismo tono—. Combatió por el altas y el hogar.

—¡Cómo es eso! —dijo el duque altamente resentido¯ de aquella pérfida chanzoneta.

—¿Pues no es el señor de Guiche primer gentilhombre de vuestra casa?

—De todos modos —repuso el duque algo más tranquilo—,. ¿es cierto que la pasión de Buckingham fuese notada?

— Sin duda,

— ¿Y se dice que la del señor Guiche lo sea igualmente?

—Veo, monseñor, que volvéis a lo mismo; nadie dice que el señor de Guiche tenga pasión alguna.

— ¡Está bien! ¡Está bien!

—Ya veis, monseñor, que hubiera sido mejor, cien veces, dejarme en mi retiro que no el veniros a forjar en mis escrúpulos unas sospechas que Madame juzgará como crímenes, y tendrá razón.

— ¿Qué harías tú?

—Una cosa razonable.

— ¿Cuál?

—No hacer caso de esa sociedad de nuevos epicúreos, y de ese modo se desvanecerían los rumores, por sí mismos.

—Lo meditaré.

—¡Oh! Tiempo tenéis para ello, pues el peligro no es grande, y además no se trata de peligro ni de pasión, sino únicamente de esa especie de temor que llegué a concebir de que se entibiara vuestra amistad hacia mí. Una vez que me la conserváis con vuestra acostumbrada bondad, ninguna otra idea tengo.

El duque movió la cabeza, como diciendo:

“Si tú no tienes ideas, yo sí las tengo.”

En esto llegó la hora de comer, y Monsieur hizo avisar a Madame; mas ésta le envió a decir, que no podía asistir a la mesa, y que comería en su cuarto.

—Es culpa mía —dijo el duque—; esta mañana me presenté de pronto cuando estaban en lo mejor de sus músicas, y como me la eché de celoso, me muestra ahora enfado.

— Comeremos solos —dijo el caballero con un suspiro—. Siento que no venga Guiche.

—¡Oh! A Guiche pronto se le pasará el enfado; tiene un carácter excelente.

— Monseñor —dijo súbitamente el caballero—, se me ocurre una idea: tal vez en la conversación que hemos tenido he podido lastimar el corazón de Vuestra Alteza haciéndole concebir sospechas de Guiche, y quiero constituirme en mediador… Voy a buscar al conde, y veré si logro traerle.

— ¡Bien! ¡Veo que tienes buen corazón!

— ¡Parece que Vuestra Alteza se admira de ello!

—Es que no acostumbras a estar tan afectuoso todos los días.

— Pero a lo menos confesad que sé reparar una falta.

— Lo confieso.

— ¿Quiere Vuestra Alteza hacerme el favor de esperar aquí unos segundos?

—Con mucho gusto, ve ... Entre tanto me probaré mis vestidos de Fontainebleau.

El caballero salió, y llamó con precaución a sus criados, como si les diera distintas órdenes.

Todos marcharon en diferentes direcciones, y él quedó con su ayuda de cámara.

—Desearía saber ahora mismo —dijo—, si el señor de Guiche está en el cuarto de Madame. ¿De qué modo se podría averiguar?

—Fácilmente, señor caballero; se lo preguntaré a Malicorne, el cual lo deberá saber por la señorita Montalais. Sin embargo, creo que la pregunta será inútil, porque todos los criados del señor de Guiche han marchado, y el amo ha debido irse con ellos.

—No obstante, infórmate.

No habían transcurrido diez minutos, cuando volvió el ayuda de cámara. Llamó misteriosamente a su amo a una escalera de servicio, y le hizo entrar en un aposento cuya ventana daba al jardín.

— ¿Qué hay? —preguntó el caballero— ¿A qué tantas precauciones?

—Observad, señor —dijo el ayuda de cámara.

¯¿Qué?

—Mirad bajo el castaño, allí.

— Bien... ¡Ah, sí! Veo a Manicamp de espera. ¿A quién aguarda?

— Pronto lo veréis si tenéis paciencia... ¡Mirad! ¿Veis ahora?

—Veo uno, dos, cuatro músicos con sus instrumentos, y a Guiche que los va dirigiendo en persona... Pero, ¿qué hace ahí?

—Espera que le abran la portecilla de la escalera de las camaristas, para subir a la habitación de Madame y darle música durante la comida.

—¡Es soberbio eso que dices!

— ¿Qué os parece, señor?

— ¿Y eso te lo ha dicho el señor Malicorne?

—El mismo.

—¿Tanto te quiere?

—Quiere a monseñor.

—¿Por qué?

—Porque desea ser de su casa.

—¡Diablo! Y lo será. ¿Cuánto te ha dado por ello?

—El secreto que os vendo, señor.

—Te doy por él cien doblones: ¡Tonto!

—Gracias, señor... Observad cómo se abre la portecilla y una mujer hace entrar a los músicos.

—¿No es la Montalais?

—La misma, mas no pronunciéis en alta voz ese nombre; quien dice Montalais dice Malicorne. Si os malquistáis con la una, no estaréis bien con el otro.

—Bien, pues nada he visto.

—Y yo nada he recibido —repuso el criado llevándosela bolsa.

—¡Caballero, caballero! Mal me aconsejas.

—Yo os aconsejo bien, en beneficio vuestro; ese traje, ideado por vos y bordado de oro, os sienta divinamente. Madame se hallará más subyugada aún por el hombre que por el proceder. ¡Vamos, monseñor!

— Me has convencido, marchemos.

El duque salió con el caballero de su habitación y se dirigió hacia la de Madame.

El caballero deslizó estas palabras al oído de su criado:

—¡Vigilad la portecilla! ¡Que nadie pueda escaparse por allí! Corre. Y tras del duque entró en las antecámaras de Madame.

Los ujieres disponíanse a anunciar.

— Nadie se mueva —dijo el caballero, riendo—. Monsieur quiere dar una sorpresa.

CV

MONSIEUR ESTÁ CELOSO DE GUICHE

Monsieur entró bruscamente como las personas que llevan buena intención y creen causar un placer, o como aquellos que esperan sorprender un secreto, triste pensión de los celos.

Madame, embriagada con los primeros compases, bailaba como una loca, sin hacer caso de la comida comenzada.

Era su pareja el señor de Guiche, que aparecía con los brazas al aire, los ojos entornados y la rodilla en tierra, como los bailarines españoles, de apasionada mirada y gesto acariciador.

La princesa daba vueltas a su alrededor con igual sonrisa y seducción provocadora.

Seguro el caballero de que Guiche estaba ya dentro, volvió al cuarto de Monsieur, a quien halló vestido con magnificencia y radiante de júbilo y de belleza.

—Se dice —exclamó—, que el rey toma por divisa un sol; verdaderamente, monseñor, a nadie mejor que a vos convendría semejante divisa.

—¿Y Guiche?

—No he podido hallarle. Parece que se haya evaporado. La sorpresa de esta mañana se ve que le ha afectado profundamente. No se le ha hallado en su casa.

—¡Bah! Es capaz ese atolondrado de haber tomado la posta y haberse ido a sus posesiones. ¡Infeliz muchacho! Yo le haré llamar. Comamos.

— Monseñor, el día de hoy es fecundo en ideas; por mi parte tengo una.

¯¿Cuál?

—Monseñor, Madame está enojada con vos, y tiene razón. Le debéis el desquite; id a comer con ella.

—¡Oh! Eso es propio de un marido débil.

— Eso es de un buen marido. La princesa se aburre; derramará lágrimas en su comida y se le pondrán encarnados los ojos. Un marido que hace poner encarnados los ojos a su mujer, se hace odioso. ¡Con que vamos, monseñor, vamos!

—No; he mandado que traigan aquí mi servicio.

— ¡Vamos, vamos, monseñor, nos pondremos tristes, a mí se me parte el corazón al pensar que Madame está sola; y vos, por inflexible que queráis ser, no podréis menos de suspirar. Llevadme a la comida de Madame y le proporcionaremos una agradable sorpresa. Estoy seguro que nos divertiremos. Esta mañana os enojasteis sin motivo.

—Puede ser.

—Nada de puede ser: fue.

Montalais admiraba. La Vallière, sentada en un rincón, miraba, pensativa.

Imposible expresar el efecto que causó en aquellas personas venturosas la presencia de Monsieur, tan imposible como expresar el efecto que produjo en Felipe la vista de aquellas dichosas personas.

El conde de Guiche no tuvo fuerzas para levantarse; Madame quedóse inmóvil a la mitad de su paso y de su actitud, sin poder articular palabra.

El caballero de Lorena apoyóse contra el quicio de la puerta, sonreía como hombre caído en la más ingenua admiración.

La palidez del príncipe, el temblor convulsivo de manos y piernas fue el primer síntoma que alarmó a los concurrentes. Al ruido del baile sucedió un profundo silencio.

El caballero de Lorena aprovechó este intervalo para saludar respectivamente a Madame y a Guiche, aparentando confundirlos en sus reverencias, como los amos de la casa.

Monsieur se aproximó a su vez.

—Estoy encantado —dijo con ronca voz—; llego aquí creyendo encontraros enferma y triste y os veo entregada a nuevos placeres. ¡En verdad, es una dicha! Mi casa es la más alegre del universo!

Y volviéndose hacia Guiche:

— ¡Conde —le dijo—, ignoraba que fueseis tan hábil bailarín!

Y luego, dirigiéndose a su mujer:

— Sed mejor para mí—dijo con amargura que encubría su ira—: cada vez que queráis alegraros, invitadme... Soy un príncipe muy abandonado.

Guiche había recobrado toda su presencia de ánimo, y con altivez natural, que le sentaba perfectamente, dijo:

— Monseñor sabe que le pertenece mi vida entera; cuando se trate de darla, estoy pronto, pero hoy no se trata más que de bailar al son de los violines, y bailo.

—Y hacéis bien —dijo secamente el príncipe—. Luego, señora —continuó—, veo que no advertís qué vuestras damas me roban mis amigos. El señor de Guiche no está a vuestro servicio sino al mío, y ya que cuando queréis comer sin mi compañía tenéis a vuestras damas, justo es que cuando yo coma solo no me despojéis de mis gentileshombres.

Madame comprendió la lección, y sintiendo la fuerza de aquella reconvención, se puso encarnada hasta los ojos.

—Señor —replicó—, al venir a la corte de Francia, ignoraba que las princesas de mi jerarquía fueran consideradas como mujeres de Turquía. Ignoraba que estuviera prohibido ver hombres; mas, puesto que tal es vuestra voluntad, me resignaré, no os molestaré si queréis hacer enrejar mis ventanas.

Esta respuesta, que hizo sonreír a Montalais y a Guiche, volvió al corazón del príncipe la cólera, de la que una gran parte acababa de evaporarse en palabras.

—¡Muy bien! —dijo con tono concentrado—. ¡Me gusta ver como se me respeta en mi casa!

—¡Monseñor, monseñor! —murmuró el caballero al oído de Monsieur; de modo que todos advirtiesen que procuraba aplacarle.

—¡Venid! —dijo el duque por toda contestación, arrastrándole consigo y haciendo una brusca pirueta, a riesgo de atropellar a Madame.

El caballero siguió a su amo hasta su habitación, donde apenas se sentó el príncipe, dio rienda suelta a su furor.

El caballero levantaba los ojos al cielo, juntaba las manos, y no decía palabra.

—¡Quiero saber tu parecer! — exclamó Monsieur:

— ¿Sobre qué, monseñor?

— Sobre todo lo que pasa aquí.

—¡Oh monseñor! ¡Es cosa grave!

—¡Es odiosa! ¡No se puede vivir así!

— ¡Cuidado que es desgracia! —dijo el caballero—. ¡Cuando esperábamos tener tranquilidad con la ausencia de Buckingham!

— ¡Y esto es peor!

—No diré tanto, monseñor.

— Pues, yo sí lo digo, porque Buckingham no se habría atrevido jamás a hacer la cuarta parte de lo que hemos visto.

— ¿Qué, monseñor?

— ¡Ocultarse para bailar, fingir una indisposición para comer mano a mano con otro!

—¡Oh! ¡Monseñor, no, no!

— ¡Sí, sí! —gritó el príncipe excitándose a sí propio como los niños voluntariosos—; pero no lo sufriré por mucho tiempo; es preciso que se sepa lo que aquí pasa.

—Monseñor, un escándalo...

— ¡Pardiez! ¿Debo guardar consideraciones cuando nadie, me las guarda?... ¡Aguárdame aquí, caballero, espérame!

El príncipe desapareció en la habitación inmediata, y se informó por el ujier si la reina madre había vuelto de la capilla.

Ana de Austria era dichosa; la paz restablecida en el seno de la familia, todo un pueblo entusiasmado con la presencia de un soberano joven dispuesto a grandes empresas, las rentas del Estado aumentadas, la paz exterior asegurada, todo le presagiaba un porvenir tranquilo.

A veces cruzaba por su ánimo el recuerdo de aquel desgraciado joven a quien había recibido como madre y arrojado como madrastra.

Un suspiro acabó su pensamiento. De pronto entró el duque de Orleáns.

—¡Madre mía —murmuró cerrando apresuradamente las puertas—, las cosas no pueden seguir así!

Ana de Austria fijó en él sus hermosos ojos, y, con dulzura inalterable.

— ¿De qué cosas queréis hablar? —le dijo.

— Quiero hablar de Madame.

—¿De vuestra mujer?

—Sí, madre mía.

—Apuesto a que ese loco de Buckingham le habrá escrito alguna carta de despedida.

—Pues qué, madre querida, ¿creéis que se trate de Buckingham?

—¿Pues de quién, si no? Porque ese pobre joven había excitado injustamente vuestras sospechas, y yo suponía.. .

— Madre mía, Madame ha reemplazado ya al señor de Buckingham.

—Felipe, ¿que estáis diciendo? Habláis con demasiada ligereza.

—No; Madame se las ha compuesto tan bien, que estoy otra vez celoso.

—¿Y de quién, Dios mío?

—Pues qué, ¿no habéis advertido nada?

—No.

—¿No habéis observado que el señor de Guiche está continuamente en su habitación, y no se separa de su lado?

La reina dio una palmada y se echó a reír.

—Felipe —dijo—, esto no es, ya un defecto, sino una enfermedad.

—Sea defecto o enfermedad, el caso es que sufro.

— ¿Y deseáis que os cure de un mal que sólo existe en vuestra imaginación? ¿Queréis que apruebe vuestros celos cuando no hay el menor fundamento para tenerlos?

—Ya vais a principiar con éste de la misma manera que hicisteis con el otro.

—Es que, hijo mío —dijo con sequedad la reina—, lo que hicisteis con el otro volvéis a hacerlo ahora con éste.

El príncipe se inclinó algo picado.

—Y si citase hechos —dijo— ¿me creeríais?

—Hijo mío, si se tratara de cualquiera otra cosa que no fueran celos, os creería sin necesidad de alegar hechos; pero en esa materia no os prometo nada.

— Lo cual equivale a mandarme a que me calle y a despedirme sin escucharme.

— De ningún modo: sois hijo mío, y os debo toda la indulgencia de una madre.

— ¡Oh! Decid vuestro pensamiento; decid mejor que me debéis toda la indulgencia que se merece un loco.

—Dejaos de exageraciones, Felipe, y no me presentéis a vuestra mujer como un corazón depravado...

—¿Mas y los hechos, señora?

— Veamos qué hechos son ésos.

—Esta mañana a las diez había música en la habitación—de Madame. —No veo en eso ningún mal.

—El señor de Guiche estaba conversando con ella. ¡Ah! Se me olvidaba deciros que desde hace ocho días la sigue como si fuera su sombra.

—Hijo mío, si hicieran algo malo, se ocultarían.

— ¡Bueno! —dijo el duque—. ¡Ahí os esperaba yo! Acordaos bien de lo que habéis dicho. Esta mañana, pues, sorprendí a los dos, y les manifesté mi descontento.

—Pues no dudéis de que eso será bastante; y aun quizá os hayáis adelantado más de lo conveniente. Estas jóvenes son muy susceptibles, y reconvenirlas por el mal que no han hecho, equivale a veces a decirles que lo podrían hacer.

—Bien, bien; ahora veréis. Retened también lo que acabáis de decir, señora: “La lección de esta mañana ha debido bastar, y si hicieran algo malo se ocultarían.”

—Eso he dicho.

—Pues bien, arrepentido de la precipitación con que procedí esta mañana, y creyendo que Guiche estaría de mal humor en su casa, fui a la habitación de Madame. ¿Sabéis lo que hallé? Nuevos músicos, bailes, y a Guiche oculto allí.

Ana de Austria frunció el ceño.

—Es sorprendente —dijo—. ¿Qué ha dicho Madame?

—Nada.

— ¿Y Guiche?

—Lo mismo... No, ahora recuerdo que tartamudeó ciertas impertinencias.

— ¿Y qué decís de todo eso, Felipe?

—Que se han burlado de mí, que Buckingham no era más que un pretexto, y que el verdadero responsable es Guiche.

Ana se encogió de hombros.

—¿Y qué?

—Quiero que Guiche salga de mi casa como Buckingham, y se lo pediré al rey, a no ser que...

—A no ser que...

—Qué vos misma, señora, tan espiritual y tan buena, os encarguéis de la comisión.

—No haré tal.

—¡Cómo, madre mía!

—Oíd, Felipe, no me hallo dispuesta todos los días a dar disgustos a las personas; tengo cierta autoridad sobre estos jóvenes, pero no podría prevalerme demasiado de ella sin perderla; fuera de que nada prueba que el señor de Guiche sea culpable.

—Me ha disgustado..

—Eso es cuenta vuestra. .

—Bueno, yo sabré lo que he de hacer —dijo el príncipe impetuosamente.

Ana le miró con inquietud.

—¿Y qué haréis? —dijo.

—Le haré ahogar en mi estanque la primera vez que le encuentre en casa.

Y el príncipe, después de lanzar esta ferocidad, aguardó a ver el efecto que producía. La reina permaneció impasible.

—¡Bien! —fue lo único que dijo.

Felipe era débil como una mujer y se puso a dar gritos.

—Todos me venden, nadie me quiere; hasta mi madre se pasa a mis enemigos.

— Vuestra madre ve más lejos que vos, y cree excusado aconsejaros cuando no estéis dispuesto a escuchar sus consejos.

—Iré a ver al rey.

—Eso mismo iba a proponeros. Precisamente lo estoy aguardando, pues esta es la hora de su visita; explicaos.

Apenas había acabado de hablar, cuando Felipe oyó abrirse con estrépito la puerta de la antecámara.

El miedo le sobrecogió. Se distinguían los pasos del rey, cuyas plantas hacían crujir la alfombra. El duque escapó por una portecilla y dejó a la reina con la palabra en la boca.

Ana de Austria se echó a reír, y estaba riendo todavía cuando entró el rey.

— Venía a preguntar por la salud ya algo quebrantada de la reina, y a anunciar a ésta al mismo tiempo que estaban terminados los preparativos, para el viaje a Fontainebleau.

Al verla reír disminuyó su inquietud, y le dirigió la palabra en tono risueño.

Ana de Austria le cogió la mano, y con voz placentera:

— ¿Sabéis —le dijo—, que tengo a orgullo el ser española?

— ¿Por qué, señora?

— Porque las españolas valen mucho más que las inglesas.

—No os entiendo.

— Desde que estáis casado, ¿habeis tenido que hacer la menor reconvención a la reina?

—No por cierto.

—Y ya lleváis algún tiempo de matrimonio. Vuestro hermano; por el contrario, hace quince días que contrajo matrimonio...

— ¿Y qué?

— Y ya se queja de Madame por segunda vez.

—¡Cómo! ¿Buckingham aún?

—No, otro.

—¿Quién?

— Guiche.

—Pues qué, ¿Madame es coqueta?

—Mucho me lo temo.

—¡Pobre hermano mío! —dijo , riendo el rey.

—¿Según se ve, disculpáis el coquetismo?

—En Madame sí, porque no es coqueta en el fondo.

— Será así; pero vuestro hermano va a perder la cabeza.

—¿Y qué pretende?

— Quiere ahogar a Guiche.

—Algo violento me parece eso.

—No lo toméis a broma; Felipe está desesperado. Buscad algún medio.

— ¿Para salvar a Guiche? Con mucho gusto.

—¡Oh! Si vuestro hermano os oyese, conspiraría contra vos como vuestro tío Monsieur, contra el rey ,vuestro padre.

—No; Felipe me quiere mucho, y yo no le quiero menos; viviremos como buenos amigos. ¿Qué quiere en último resultado?

— Que impidáis, a Madame ser coqueta y a Guiche ser amable.

— ¿Sólo eso? ¡Muy alta idea tiene formada Felipe del poder real! ... ¡Corregir a una mujer!.... Si todavía fuese a un hombre, pase..

—¿Y de qué modo os compondríais?

—Con sólo decir una palabra a Guiche, que es mozo de talento, le persuadiré.

— ¿Pero y a Madame?

—Eso es más difícil; seguramente no bastará una palabra. Compondré una homilía, y se le predicare de cabo a rabo.

—Es que la cosa urge.

—No lo descuidaré, confiad. Precisamente tenemos baile después de comer.

— ¿Y pensáis predicar bailando?

— Sí, señora.

—¿Me prometéis convertirla?

— Extirparé la herejía por la persuasión o por el fuego.

—¡Enhorabuena! No me mezcléis en nada de esto. Madame no me lo perdonaría en su vida, y, al fin y al cabo, tengo que vivir con mi nuera.

—Señora, el rey lo toma todo a su cargo…

—En verdad que ahora reflexiono...

— ¿Qué?

— Si sería, quizá mejor ir a buscar a Madame en su cuarto.

—Es algo solemne..

—Sí, mas la solemnidad no sienta mal a los predicadores, y luego el violín del baile se comería la mitad de mis argumentos. Además, se trata de impedir alguna violencia de mi hermano.. Más vale un poco de precipitación... ¿Está Madame en sus habitaciones?

—Creo que sí.

— ¿Tenéis a bien hacerme una exposición de agravios?.

— Os lo diré en pocas palabras: música perpetua..., asiduidad de Guiche...; sospechas de tapujos y confabulaciones. ..

— ¿Y pruebas?

—Ninguna.

—Bien: voy a ver a Madame.

Y el rey se puso a mirar en los espejos su brillante traje y su rostro, que resplandecía no menos que sus diamantes.

—Que procuren alejar a mi hermano —dijo.

—¡Oh! El fuego y el agua no se huyen con mayor violencia.

— Eso me basta. Madre mía, bésoos las manos, que son las más lindas de Francia.

—Que salgáis bien con vuestra empresa señor. . . Sed el pacificador del matrimonio.

—Ya veis que no empleo embajador —replicó Luis—. Es decir, que tendré éxito.

Salió riendo, y por el camino, fue limpiándose el polvo con minucioso esmero.

CVI

EL MEDIADOR

Al presentarse el rey en el cuarto de Madame, todos los cortesanos, que a la noticia de la escena conyugal, se habían diseminado por las habitaciones, principiaron a concebir los más serios temores.

Ibase así formando por este lado una tempestad, cuyos elementos analizaba el caballero de Lorena en medio de los grupos, ya aumentando los más débiles, o ya dirigiendo, según sus perversas inclinaciones, los más fuertes, a fin de causar todo el daño posible.

Según lo había anunciado Ana de Austria, la presencia del rey dio un carácter solemne al acontecimiento.

No era cosa de poca entidad, en 1662, el descontento de Monsieur contra Madame y la intervención del rey en los asuntos domésticos de Monsieur.

De suerte que, desde el primer momento se vio a los más atrevidos que rodeaban al conde de Guiche, alejarse de él con una especie de espanto; y el mismo conde, participando del pánico general, se retiró solo a su cuarto.

El rey entró en la habitación de Madame saludando como de costumbre. Las camaristas habíanse colocado en fila a su paso por la galería.

Por muy preocupado que estuviera Su Majesatd, no dejó de echar una mirada de amo a aquella doble fila de mujeres jóvenes y hermosas que bajaban modestamente los ojos.

Todas se pusieron encendidas al sentir la mirada del rey. Tan sólo una, cuyos largos cabellos caían en sedosos bucles sobre el cutis más hermoso del mundo, estaba pálida y casi no podía sostenerse a pesar de los codazos de su compañera.

Era La Vallière, a quien Montalais apuntalaba de aquel modo inspirándola por lo bajo el valor de que ella estaba tan abundantemente provista.

El rey no pudo menos de volver la cara. Todas las frentes, que estaban ya levantadas, volvieron a bajarse; sólo la cabeza rubia permaneció inmóvil, como agotada toda la fuerza e inteligencia que le quedara.

Al entrar Luis en la habitación de Madame, encontró a su cuñada medio recostada sobre los almohadones de su gabinete. Levantóse Enriqueta, e hizo una profunda reverencia, balbuceando algunos cumplidos sobre el honor que recibía.

Luego volvió a sentarse, vencida por una debilidad, afectada sin duda, porque un delicioso colorido animaba sus mejillas, y sus ojos, todavía enrojecidos por algunas lágrimas vertidas recientemente, no despedían más que fuego.

Cuando el rey estuvo sentado y observó, con aquella seguridad que le caracterizaba, el desorden de la habitación y el no menor del semblante de Madame, tomó un aire jovial.

—Hermana mía —le dijo—, ¿a qué hora deseáis que ensayemos hoy el baile?

Madame, sacudiendo lenta y lánguidamente su encantadora cabeza:

—¡Ah, Majestad! —exclamó—. Dignaos excusarme para ese ensayo; precisamente iba a pasar recado a Vuestra Majestad para decirle que me sería imposible asistir hoy.

—¡Cómo! —dijo el rey con moderada sorpresa—. ¿Estáis indispuesta, hermana mía?

—Sí, Majestad.

—Entonces voy a hacer que llamen a vuestros médicos.

—No, porque nada pueden hacer los médicos para mi mal.

— ¿Me asustáis?

—Majestad —dijo ella—, deseo solicitar vuestro permiso de regresar a Inglaterra.

El rey hizo un movimiento.

—¡A Inglaterra! ¿Reflexionáis bien lo que decís, señora?

—Lo digo a pesar mío, Majestad —repuso la nieta de Enrique IV con resolución, haciendo brillar al mismo tiempo sus hermosos ojos negros—. Siento hacer confidencias de tal género; pero soy muy desgraciada en la corte de Vuestra Majestad, y deseo volver al lado de mi familia.

— ¡Señora!

Y el rey se acercó.

— Escuchadme, Majestad —continuó la joven tomando sobre su interlocutor el ascendiente que le daban su belleza y su naturaleza nerviosa—; yo estoy acostumbrada a sufrir. —Joven todavía, me he visto humillada y desdeñada. . . ¡Oh! No digáis que no —repuso la joven con una sonrisa.

El rey se ruborizó.

—Entonces —dijo—, pude creer que Dios me tenía señalado ese destino, a mí, hija de un rey poderoso; pues habiendo Dios permitido que mi padre muriese desgraciadamente, bien podía temer que quisiera abatir en mí el orgullo. Mucho he sufrido y mucho he hecho sufrir a mi madre; pero he jurado que si alguna vez. llegara a verme en una posición independiente, aun cuando fuera sólo la de la obrera del pueblo, que gana el pan con su trabajo; no sufriría la menor humillación. Ese día ya ha llegado; he recuperado la posición debida a mi clase y a mi nacimiento, he subido hasta las gradas del trono, y he debido creer que aliándome a un príncipe francés, hallaría en él un pariente, un amigo, un igual mío; pero voy viendo que sólo he encontrado un amo, y esta idea me irrita, Majestad.. . Mi madre nada sabrá, Vos, a quien respeto y a quien... amo...

El rey estremecióse; ninguna voz había halagado así su oído.

—Vos, Majestad, que todo lo sabéis, ya que habéis venido a verme, tal vez me comprendáis. Si no hubieseis venido, hubiera yo acudido a vos. Lo que deseo es la autorización para marcharme libremente. Ahora dejo a vuestra discreción el cuidado de disculparme y protegerme.

—¡Hermana mía, hermana mía! —balbuceó el rey, abrumado por aquel rudo ataque—. ¿Habéis meditado bien la enorme dificultad que ofrece vuestro proyecto?

— Majestad, yo no reflexiono; siento. Viéndome atacada, rechazo el ataque por instinto; nada más.

—¿Pero qué os han hecho? Veamos.

La princesa, con esa maniobra tan peculiar de las mujeres, acababa de evitar toda reconvención formulando otra más grave; de acusada, se convertía en acusadora. Este es un signo infalible de culpabilidad; pero de este mal evidente, las mujeres, aun las menos diestras, saben siempre sacar partido para vencer.

El rey no advirtió que había venido a ver a Madame para decirle: "¿Qué habéis hecho a mi hermano?" Y ahora se veía reducido a decir:

— ¿Qué os han hecho?

—¿Qué me han hecho? —repuso Madame—. ¡Oh! ¡Es preciso ser mujer para comprenderlo, Majestad! ¡Me han hecho llorar!

Y con un dedo que no tenía igual en delicadeza y blancura nacarada, mostraba unos ojos brillantes, anegados en lágrimas, que principiaban a correr de nuevo.

— ¡Por Dios, hermana mía! —dijo el rey, aproximándose para tomarle una mano, que ella le abandonó lánguida y palpitante.

— Majestad, hace poco que me han privado de la presencia de un amigo de mi hermano. Milord de Buckingham era para mí un huésped simpático y jovial, un compatriota que conocía mis gustos e inclinaciones, diría; casi un compañero, pues hemos pasado juntos muchos días, con otros compañeros nuestros, en mis hermosas aguas de Saint James.

—¡Pero, hermana mía, Villièrs estaba enamorado de vos!

— ¡Pretextos! ¿Qué importa —dijo seriamente la joven— que monseñor de Buckingham estuviese o no enamorado? ¿Es acaso peligroso para mí un hombre enamorado?... ¡Ah, Majestad! No basta que un hombre ame.

Y sonrió con tal gracia y ternura, que el rey sintió latir y desfallecer el corazón en el pecho.

—Pero, ¿y si mi hermano estaba celoso? —interrumpió el rey.

—Bueno, admito eso, es una razón; y han expulsado a Buckingham.

— ¡Expulsado! ...

— ¡Oh, no! Expulsado, extrañado, despedido, si así lo queréis, Majestad. Uno de los primeros caballeros de Europa se ha visto precisado a abandonar la corte del rey de Francia, la corte de Luis XIV, como un villano, por la bagatela de una mirada o un ramillete. Eso es poco digno de la corte más galante. Perdón, Majestad, olvidaba que al hablar así atento a vuestro poder soberano.

— No, por mi honor, hermana mía, no fui yo quien despidió al señor de Buckingham. Era hombre que me agradaba mucho.

—¿No fuisteis vos? —exclamó hábilmente Madame—. ¡Ah! ¡Tanto mejor!

Y acentuó el tanto mejor, como si en lugar de esa frase hubiera pronunciado tanto peor.

Hubo un silencio de algunos minutos.

—Habiendo marchado el señor de Buckingham (y ya sé por qué y quién le hizo salir), creía haber recobrado la calma... Y no... Ahora salimos con que Monsieur encuentra otro pretexto; y sucede...

— Sucede —dijo el rey alegremente— que se presenta otro al puesto, y nada hay más natural. Sois bella, señora, y siempre tendréis quien os ame.

—Entonces —murmuró la princesa— ¿me veré condenada a estar sola siempre? ¡Oh, eso es lo que se quiere, y eso es lo que se me prepara! Pero, no, prefiero volver a Londres. Allí, a lo menos, me conocen y me quieren, y sí que podré tener amigos sin temor de que se atrevan a calificarlos de amantes...

— ¡Bah! ¡Esa sospecha es indigna, y, mucho más por parte de un gentilhombre! . . .

— Monsieur ha perdido todo en mi espíritu desde que le he conocido, desde que se me ha revelado como el tirano de una mujer.

— ¡Vaya! Mi hermano sólo es culpable de amaros.

— ¡Amarme! ¡Monsieur amarme!... ¡Ah! Majestad...

Y se echó a reír a carcajadas.

—Monsieur no amará jamás a una mujer —continuó—, porque se ama demasiado a sí mismo; no desgraciadamente para mí, Monsieur es de los celosos de peor especie: celoso sin amor.

— Confesad, sin embargo —dijo el rey, que principiaba a animarse con aquella conversación ardiente y variada—, confesad que el señor de Guiche os ama.

—Majestad, nada sé.

—Debéis de verlo. Un hombre que ama se traiciona.

—Es que el señor de Guiche no se ha traicionado, Majestad.

— ¡Hermana mía, hermana mía, defendéis al señor de Guiche!

— ¡Yo! ¡Defenderle yo!... ¡Oh! Majestad, sólo faltaba a mi infortunio que vos también llegáseis a concebir sospechas.

—No, señora, no —replicó vivamente el rey—. No os aflijáis...

—¡Oh! ¡Se os saltan las lágrimas! ... ¡Por Dios, tranquilizaos!

La princesa lloraba, no obstante, y corrían abundantes lágrimas por sus manos.

El rey cogió una de aquellas manos y aspiró una dé sus lágrimas. Madame le miró con tanta melancolía y ternura, que le llegó al corazón.

—¿De modo que nada tenéis con Guiche? —dijo el rey con más ansiedad de la que convenía a su papel de mediador.

—Nada absolutamente, Majestad.

—Así, ¿podré tranquilizar a mi hermanó?

—¡Ay! Nada le tranquilizará, Majestad. No creáis que esté celoso; no ha sido más sino, que Monsieur ha escuchado perversos consejos, y su carácter es naturalmente inquieto.

—Nada tiene de extraño que lo esté con vos.

Madame bajó los ojos y calló. El rey hizo lo propio, teniendo siempre asida la mano de Madame.

Aquel silencio de un minuto duró un siglo.

Madame retiró suavemente la mano, segura ya del triunfo. El campo de batalla había quedado por ella.

—Monsieur se lamenta —dijo tímidamente el rey— de que preferís a su conversación y sociedad, amistades particulares.

—Majestad, Monsieur pasa la vida en contemplarse al espejo y maquinar indignidades contra las mujeres con el caballero de Lorena.

— ¡Oh! Vais demasiado lejos.

—No digo más que la verdad. Observad; y veréis si tengo razón.

—Observaré. Pero, entretanto, ¿qué satisfacción podré dar a mi hermano?

—Mi partida.

— ¿Todavía repetís esa palabra? —exclamó imprudentemente el rey, como si creyera que en los últimos diez minutos debía haberse operado tal cambio, que Madame no pudiera seguir con la misma idea.

—Majestad, no puedo ser feliz aquí —dijo Madame—; el señor de Guiche incomoda a Monsieur. ¿Será cosa de que le hagan marchar también?

— Si es necesario, ¿por qué no? —replicó sonriendo Luis XIV.

—Pues bien, después del señor de Guiche... a quien os advierto, Majestad; que echaré de menos...

—¡Ah! ¿Le echaréis de menos?

—Sí por cierto; es amable, me profesa amistad y sabe distraerme.

—¡Ah! ¡Si Monsieur os oyese! —murmuró picado el rey—. ¿Sabéis que no me encargaría entonces de reconciliaros ni lo intentaría siquiera?

—Y, en el estado en que se hallan las cosas, Majestad, ¿podéis impedir que Monsieur tenga celos el primero que se presente? Bien sé que el señor de Guiche no es un cualquiera.

— ¡Aun con esa! Os prevengo que, como buen hermano, me haréis cobrar horror al señor de Guiche.

—¡Ah, Majestad!, —exclamó Madame—. Os ruego que no os revistáis de las simpatías ni de los odios de Monsieur; sed siempre rey, será mejor para vos y para todo el mundo.

— Sois una burlona encantadora, señora, y comprendo perfectamente que os adoren hasta los mismos de quienes os burláis.

—Y sin duda por eso, Majestad, vos, a quien hubiera tomado por defensor mío, vais a poneros del lado de los que me persiguen —dijo Madame.

—¡Yo perseguiros! ¡Dios me libre!

— Entonces —continuó lánguidamente la princesa— concededme lo que os he pedido.

—¿Qué?

— Regresar a Inglaterra.

—¡Oh! ¡Eso, nunca! ¡Nunca! —exclamó Luis XIV.

— ¿De modo que estoy prisionera? —preguntó Madame.

—En Francia, sí.

—¿Y qué he de hacer, entonces?

— ¿El qué, hermana mía? Voy a decíroslo.

—Escucho a Vuestra Majestad como humilde servidora.

—En vez de entregaros a intimidades un poco inconsecuentes, en lugar de alarmarnos con vuestro aislamiento, dejaos ver siempre entre nosotros, no nos abandonéis; vivamos en familia. Confieso que el señor de Guiche es amable, mas, al fin, si no poseemos su talento.. .

—¡Oh, Majestad! Bien sabéis que os hacéis el modesto.

—No, os lo juro. Puede ser uno rey y conocer que tiene menos probabilidades de agradar que tal o cual gentilhombre.

—Yo juro, en cambio, que no creéis una palabra de cuanto estáis diciendo, Majestad.

El rey miró a Madame tiernamente.

— ¿Queréis prometerme una cosa? —dijo.

¯¿Qué?

—No perder en vuestro gabinete, con personas extrañas, el tiempo que debéis dedicaron a nosotros. ¿Queréis que hagamos contra el enemigo común una alianza ofensiva y defensiva?

—¿Una alianza con vos, señor?

—¿Y por qué no? ¿No sois acaso una potencia?

—¿Pero vos, Majestad, seréis un aliado fiel?

—Ya lo veréis, señora.

—¿Y desde qué día empezará esa alianza?

—Desde hoy.

—Pues yo redactaré el tratado.

—¡Muy bien!

—¿Y lo firmaréis?

—Ciegamente.

— ¡Oh! Entonces, Majestad, os prometo maravillas; pues sois el astro de la Corte, y cuando os presentéis...

—¿Qué?

—Todo resplandecerá.

—¡Oh! Señora, señora —dijo Luis XIV—, bien sabéis que toda luz viene de vos, y que si tomo el sol por divisa, no es más que un emblema.

— Majestad, veo que aduláis a vuestra aliada; eso me hace suponer que tratáis de engañarla —dijo Madame amenazando al rey con. su travieso dedo.

—¡Cómo! ¿Suponéis que trato de engañaros cuando os aseguro de mi afecto?

—Sí.

—¿Y qué os hace sospechar?

—Una cosa.

—¿Una sola?

—Sólo una.

— ¿Y cuál? Porque mucha desgracia sería que no pudiera triunfar de una sola cosa.

—Es que esa cosa no está en vuestro poder, Majestad, ni siquiera en el de Dios.

—¿Y qué cosa es ésa?

—El pasado.

— Señora, no os comprendo —replicó el rey, precisamente porque había comprendido demasiado bien. La princesa le cogió la mano.

—Majestad —dijo—, he tenido la desgracia de desagradaros tanto tiempo, que casi hoy me creo con derecho a preguntarme cómo habeis podido aceptarme por cuñada.

—¡Desagradarme vos!

—No lo neguéis. Permitidme.

—No; no; me acuerdo muy bien.

—¡Nuestra alianza principia desde hoy! —exclamó el rey con un calor que no era simulado— De consiguiente, ni vos os acordáis del pasado, ni yo tampoco; para mí no existe más que el presente. Lo tengo a la vista; mirad.

Y llevó a la princesa delante de un espejo; donde se vio sonrojada y bella, capaz de hacer sucumbir a un santo.

— De todos modos —dijo Madame—, no será esta alianza muy sólida.

— ¿Queréis que jure? —preguntó el rey, trastornado por el giro voluptuoso que tomó toda aquella conversación.

—¡Oh! No rechazo un buen juramento —dijo Madame—. Siempre es una apariencia de seguridad.

El rey arrodillóse sobre una losa, y cogió la mano de Madame.

La princesa, con sonrisa que un pintor no sabría reproducir y un poeta sólo imaginar, le abandonó sus manos, en las cuales ocultó el rey su ardorosa frente.

Ni uno ni otro pudieron encontrar palabra alguna que decirse. El rey sintió que Madame retiraba sus manos rozándole suavemente las mejillas.

Luis se levantó al punto y salió de la habitación:

Los cortesanos advirtieron su rostro rubicundo, y dedujeron que la escena había sido, borrascosa.

Pero el caballero de Lorena se apresuró a decir:

— ¡Oh! No, señores, tranquilizaos. Cuando Su Majestad se irrita, se pone pálido.

CVII

LOS CONSEJEROS

El rey dejó a Madame en tal estado de agitación, que apenas habría podido explicárselo a sí mismo.

No es posible, en efecto, explicar el juego secreto de esas extrañas simpatías que se encienden súbitamente y sin causa entre dos corazones predestinados a amarse; después de largos años transcurridos en la mayor calma y en la mayor indiferencia.

¿Por qué motivo Luis en otro tiempo había desdeñadoy hasta casi aborrecido a Madame? ¿Por qué encontraba ahora a esa misma mujer tan linda y encantadora, y por qué le ocupaba la imaginación de una manera tan viva? ¿Por qué Madame, en fin, cuyas miradas

y cariño eran solicitados por otro, concedía al rey, hacía ocho días, esas apariencias de favor que hacen suponer mayores intimidades?

No es que Luis se propusiese un plan de seducción; el vínculo que unía a Madame con su hermano, era, o le parecía a lo menos, una barrera insuperable, y se hallaba demasiado lejos aún de esa barrera, para acordarse siquiera de que existiese. Pero en la pendiente de esas pasiones que embriagan el corazón, y hacia las cuales nos impulsa la juventud, nadie puede decir el punto en que se detendrá, ni aun aquel que haya calculado de antemano todas las probabilidades de triunfo o caída.

Respecto a Madame, no es difícil explicar su inclinación hacia el rey: era joven, coqueta y apasionada por inspirar admiración.

Era una naturaleza de arranques impetuosos, capaz en un teatro de caminar sobre brasas, a trueque de arrancar un grito de aplauso a los espectadores.

No era, por tanto, sorprendente que guardara la debida progresión, después de haber sido adorada por Buckingham y Guiche, que era superior a Buckingham, aun cuando no fuese más que por el gran mérito, tan apreciado de las mujeres, de la novedad; no era, pues, sorprendente, decimos, que la princesa elevara su ambición hasta ser admirada por el rey; que era, no sólo el primer personaje del reino, sino uno de los hombres más gallardos y espirituales.

En cuanto a la súbita pasión de Luis hacia su cuñada, la explicaría la fisiología por medio de trivialidades, y la naturaleza por algunas de sus afinidades misteriosas. Madame tenía los más hermosos ojos negros, Luis los más hermosos ojos azules del mundo. Madame era risueña y expansiva, Luis melancólico y reservado. Aquellas dos naturalezas opuestas, que encontrábanse por primera vez en el terreno de un interés y de una curiosidad común, se habían inflamado al contacto de sus mutuas asperezas.

Luis volvió a sus habitaciones convencido de que Madame era la mujer más seductora de la corte. Madame, que quedó sola, pensó, con gran alegría, que había causado en el rey una viva impresión.

Pero este sentimiento debía en ella ser pasivo, mientras que en el rey no podía menos de obrar con toda la viveza natural al espíritu inflamable de un joven, y de un joven que no tenía más que querer para ver ejecutada su voluntad.

El rey anunció a Monsieur que todo estaba pacificado, que Madame le profesaba el mayor respeto, el cariño más sincero, pero que era un carácter altivo y susceptible, que debía ser manejado con alguna cautela.

Monsieur replicó entonces, en el tono agridulce que solía usar ordinariamente con su hermano; que no podía explicarse las susceptibilidades de una mujer cuya conducta podía dar lugar a censura, y que, si alguno tenía derecho a resentirse, a nadie más que a él le correspondía este derecho.

Mas entonces el rey replicó en un tono bastante vivo y que probaba todo el interés que se tomaba por su cuñada.

— Madame está por encima de las censuras, a Dios gracias.

—De los demás, sí, convenido —dijo Monsieur— pero supongo que no de las mías.

—Pues bien —repuso el rey—, a vos, hermano mío, os diré que la conducta de Madame no merece censura. Convengo en que es una mujer, si se quiere, algo distraída y particular, pero de los mejores sentimientos. No siempre, se comprende bien en Francia el

carácter inglés, hermano mío, la libertad de las costumbres inglesas sorprende muchas veces a aquellos que no saben cuánta inocencia existe en esa misma libertad.

— ¡Ah! —dijo Monsieur cada vez más picado—. Ya que Vuestra Majestad absuelve a mi esposa, a quien yo acuso, deja mi esposa de ser culpable y nada tengo que decir.

—Hermanó mío —repuso con viveza el rey, a quien la voz de su conciencia le decía por lo bajo que Monsieur no dejaba de tener razón—, hermano mío, lo que digo, y sobre todo, lo que hago, es por vuestra dicha. He sabido que os habíais quejado de una falta de confianza o de miramiento de parte de Madame, y no quise que vuestra inquietud se prolongara por más tiempo, y porque es deber mirar por vuestra casa como por la del más humilde de mis súbditos, me he informado, y he visto con el mayor placer que vuestras alarmas eran infundadas.

—Y lo que V. M. ha reconocido con respecto a Madame, —prosiguió Monsieur en tono interrogativo y fijando los ojos en su hermano—, ¿lo ha comprobado también respecto de aquellos que han sido causa del escándalo de que me quejo?

— Es verdad, hermano mio —dijo el rey—; ya cuidaremos de eso. Estas palabras encerraban una orden y un consuelo al mismo tiempo. El príncipe lo conoció y se retiró. En cuanto a Luis; fue a buscar a su madre, pues conocía que tenía precisión de una absolución más completa que la que acababa de recibir de su hermano.

Ana de Austria no tenía respecto de monsieur de Guiche iguales motivos de indulgencia que respecto a Buckingham. A las primeras palabras, advirtió que Luis no se hallaba dispuesto a mostrarse severo, y lo fue ella.

Era una de las astucias habituales de la reina para llegar a inquirir la verdad. Pero Luis no se hallaba ya en su aprendizaje; llevaba casi un año de rey, y en ese año había aprendido a disimular.

Escuchando a Ana de Austria, para dejarle desarrollar todo su pensamiento, y asintiendo a sus ideas con la mirada solamente o con el gesto, se convenció, por algunas miradas profundas y por ciertas insinuaciones hábiles, que la reina, tan perspicaz en materia de galantería, había si no adivinado, sospechado por lo menos, su debilidad hacia Madame.

De los auxiliares de Luis, debía. ser Ana de Austria el más importante, así como habría sido el más peligroso de sus enemigos; por consiguiente, Luis XIV mudó de táctica.

Echó la culpa a Madame, absolvió a Monsieur, y escuchó lo que su madre decía de Guiche, del mismo modo que había escuchado lo que le dijo de Buckingham. Por fin, cuando vio que la reina creía haber conseguido sobre él una victoria completa, se marchó.

Toda la Corte, es decir, todos los favoritos y palaciegos, que no eran pocos, se reunieron por la noche para la repetición del baile.

Este intervalo lo había empleado el pobre de Guiche en recibir algunas visitas.

En el número de éstas había una que esperaba y temía casi en igual grado, y era la del caballero de Lorena, que hacia las tres de la tarde entró en la habitación de Guiche.

Su aspecto era de los más propios para tranquilizar.

— Monsieur— dijo a Guiche— está de un humor excelente, y nada parece anunciar que se haya presentado la más ligera nube en el horizonte conyugal.

Además, ¡era Monsieur tan poco rencoroso!.

Hacía mucho tiempo que el caballero de Lorena tenía dicho en la Corte muchas veces que de los dos hijos de Luis XIII, era Monsieur el que había heredado el carácter del padre, carácter incierto e irresoluto, bueno en ocasiones, malo en el fondo, pero nulo para sus amigos.

Había animado precisamente a Guiche, haciéndole ver que Madame llegaría poco a poco a dominar a su marido, y que, por consiguiente, se haría dueño de Monsieur aquel que lograra ganarse la voluntad de Madame.

A eso había respondido Guiche con gran desconfianza y no menor presencia de espíritu:

—Sí, caballero; más considero a Madame sumamente, peligrosa.

—¿Por qué razón?

— Porque ha conocido que Monsieur no es de carácter muy apasionado por las mujeres.

— Es verdad —dijo riendo el caballero.

—De modo....

— ¿Qué?

—Que ha elegido al primero que ha llegado, para hacer de él objeto de preferencia y excitar los celos de su esposo.

— ¡Grande! ¡Grande! —exclamó el caballero de Lorena.

—¡Verdad! —repuso, Guiche. Y ni uno ni otro decían lo que pensaban.

Al propio tiempo que Guiche atacaba de ese modo el carácter de Madame, le pedía interiormente perdón con toda su alma.

Lorena, al paso que admiraba la penetración de Guiche, conducíale con los ojos cerrados al precipicio, entonces Guiche le preguntó más directamente sobre el efecto que había causado la escena de la mañana, y más aún la escena de la comida.

—Ya os he dicho que reímos —repuso el caballero de Lorena—, y Monsieur el primero.

— No obstante —se aventuró a decir Guiche—, me han hablado de una visita del rey a Madame.

—¡Justamente! Como Madame era la única que no rió, el rey pasó a sus habitaciones para hacerla reír...

—De modo que...

— Nada ha variado en las disposiciones del día.

—¿Y se repetirá el baile esta noche?

— Sin duda.

— ¿Lo sabéis de positivo?

— Lo sé.

En este punto de la conversación, Raúl entró con el ceño fruncido. El caballero, que le profesaba, como a todo carácter noble, una secreta aversión, se levantó apenas le vio aproximarse.

—¿Qué me aconsejáis, pues?... —preguntó Guiche al caballero.

—Que durmáis tranquilo, mi querido conde.

—Y yo, Guiche —dijo Raúl—, os daría un consejo enteramente contrario.

—¿Cuál, querido?

—El de montar a caballo y marchaos a cualquiera de vuestras posesiones. Luego que estéis allí, si deseáis seguir el consejo del caballero de Lorena, podréis dormir todo el tiempo y con toda la tranquilidad que os parezca.

— ¿Y a qué marcharse? —exclamó el caballero aparentando sorpresa—. ¿Qué motivos tiene Guiche para huir?

—Porque todo el mundo, y nadie mejor que vos debe saberlo, habla ya de cierta escena que se dice haber sucedido entre Monsieur y Guiche.

Guiche perdió el color.

—No hay tal —repuso el caballero—; me parece que estáis mal informado, señor de Bragelonne.

—Estoy perfectamente enterado, caballero —replicó Raúl—, y el consejo que doy a Guiche es un consejo de amigo.

Guiche, sobresaltado algún tanto, no hacía mas que mirar alternativamente a sus dos consejeros.

Conocía instintivamente que en aquel instante iba a decidirse algo importante para el resto de su vida.

—¿No es cierto —dijo el caballero interpelando al conde—, no es cierto, Guiche, que la escena no fue tan borrascosa como parece presumir el señor vizconde de Bragelonne, que, por otra parte, tampoco la presenció?

—Caballero —insistió Raúl—, borrascosa o no, no es precisamente de la escena de lo que yo hablo, sino de las consecuencias que puede tener. Sé que Monsieur ha amenazado; sé que Madame ha llorado.

— ¡Lloró Madame! —murmuró imprudentemente Guiche juntando las manos.

— ¡Calla! —dijo riendo el caballero—. Esa es una circunstancia que no sabía, veo que estáis mejor informado que yo, señor de Bragelonne.

—Por lo mismo que estoy mejor enterado, insisto en que Guiche se aleje..

—Pero yo creo que no, y siento no ser de vuestra opinión; señor vizconde; considero inútil ese alejamiento.

— Yo lo creo urgente.

—Pero, ¿por qué alejarse?

—¿Y el rey?

— ¡El rey! —exclamó Guiche. —Sí, te digo que el rey toma a pecho la cosa.

— ¡Bah! —dijo el caballero—. El rey quiere a Guiche, y sobre todo a su padre; pensad que si el conde partiera daría a entender que había algo de reprensible.

—¿Cómo?

— Cuando alguien huye es culpable o tiene miedo.

—O que está resentido, como hombre acusado injustamente —dijo Bragelonne—. Demos a su ausencia el carácter del resentimiento, lo cual nada me parece más fácil; diremos que hemos hecho los dos todo lo posible por retenerle, y en esto, a lo menos, vos no mentiréis. ¡Vamos, vamos, Guiche! Sois inocente, y como tal, la escena de hoy ha debido lastimaros. Marchaos, Guiche, marchaos.

—No, Guiche, quedaos —contestó Lorena—; quedaos, precisamente, como decía el señor de Bragelonne, porque sois inocente. Otra vez os pido perdón, vizconde; mas soy de contrario parecer al vuestro.

—Estáis en vuestro derecho, caballero, pero tened presene que el destierro que Guiche se imponga a sí mismo, será un destierro de corta duración, que podrá hacer cesar cuando guste, y al volver de un destierro voluntario, encontrará la sonrisa en la boca de todos, mientras que, al contrario, un arrebato de mal humor en el rey, puede acarrear una tempsetad, cuyo término nadie es capaz de prever.

El caballero sonrió.

—¡Eso es, pardiez, lo que quiero! —exclamó por lo bajo y para sí. Y al mismo tiempo se encogía de hombros.

Este movimiento no escapó al conde, y temió que si abandonaba la Corte se atribuyese a miedo.

—¡No, no! —exclamó—. Estoy decidido; me quedo, Bragelonne.

—Miro que te profetizo una desgracia, Guiche —dijo melancólicamente Raúl.

—Yo no, y también me tengo por profeta: quedaos, conde; quedaos: ¿Estáis seguro de que se verifica el baile? —preguntó Guiche.

— Absolutamente.

—Pues bien, ya lo veis, Raúl —replicó Guiche, esforzándose por reír—, no puede ser sombría ni estar muy preparada para discordias intestinas una corte en donde se baila con tanta afición. ¿Qué decís a eso, Raúl?

Raúl meneó la cabeza.

—Nada tengo que decir —replicó.

—De todos modos —inquirió el caballero, con el deseo de saber dónde había tomado Raúl unos informes, cuya exactitud no podía menos de reconocer interiormente—, de todos modos, señor vizconde, ¿cómo es posible que estéis mejor informado que yo, que soy una de las personas que tienen mayor intimidad con el príncipe? .

—Señor —replicó Raúl—, ante semejante manifestación, nada tengo que responder. Sí, debéis estar perfectamente informado, lo reconozco, y como todo hombre de honor es incapaz de decir otra cosa de la que sabe, y de hablar de distinto modo a como piensa, sello mis labios, me doy por vencido, y os dejo el campo de batalla.

Y, en efecto, Raúl, como si no deseara más que reposo, se dejó caer en un gran sillón, mientras el conde llamaba a sus sirvientes para que le vistiesen.

El caballero veía que el tiempo iba pasando; y deseaba marcharse; pero temía también que Raúl se quedara sólo con Guiche, y, le decidiese a cambiar de propósito.

Entonces echó mano del último recurso.

—Madame estará encantada —dijo—; hoy se prueba su traje de Pomona.

—¡Ah! ¡Es verdad! —exclamó el conde.

—Sí, sí —continuó el caballero—; acaba de dar sus órdenes para ello. Ya sabréis, señor de Bragelonne, que el rey representará la Primavera.

—Será admirable —dijo Guiche—, y ésa es la mejor razón de todas para quedarme: como, yo figuro a Vertumno, y tengo que hacer el paso con Madame, no puedo partir sin una orden del rey, porque entonces descompondría el baile.

—Y yo —dijo Lorena—, voy de simple Egipán; cierto, es que soy mal bailarín y que tengo la pierna poco formada. Señores, hasta la vista. No olvidéis la cestita de frutas que tenéis que ofrecer a Pomona, conde.

— ¡Oh! Nada olvidaré, no tengáis cuidado — dijo transportado Guiche.

—Estoy seguro de que ya no se marchará —murmuró al salir el caballero de Lorena.

Raúl, a pesar de haberse quedado sola con Guiche, no trató siquiera de disuadir a su amigo, porque conoció que sería trabajo perdido. Con todo, no pudo menos de decirle con voz melancólica y melodiosa:

—Conde, os veo entregado a una pasión terrible. Os conozco, sé que sois extremado en todo, y la que amáis lo es también... Pues bien, supongamos por un instante que ella os llegue a amar...

— ¡Oh!' Nunca —exclamó Guiche.

—¿Por qué decís nunca?

—Porque sería una terrible desgracia para los dos.

—Entonces, querido, permitidme que en vez de teneros por imprudente os mire como a un loco.

—¿Por qué?

—Vamos a ver, habladme sinceramente., ¿Estáis bien seguro de no desear cosa alguna de la mujer que amáis?

—Lo estoy.

— Entonces, amadla desde lejos.

—¿Cómo?

—¿Qué puede importaros su ausencia o su presencia, cuando nada deseáis? Amad un retrato, un recuerdo.

—¡Raúl!

—Amad una sombra, una quimera; amad, en una palabra, el amor, poniendo un nombre a vuestra idealidad. ¿Volvéis la cabeza? Vuestros criados llegan, no digo nada más. Tanto en la prosperidad como en la desgracia, contad conmigo Guiche.

— ¡Diablo! ¡Claro que sí!

—Pues bien, he aquí lo que tenía que deciros. Vestíos cuidadosamente, Guiche: vestíos con esmero.. ¡Adiós!

—¿No venís al baile, vizconde?

—No, tengo que hacer una visita en la ciudad. ¡Hasta la vista, Guiche!

Era la reunión en las habitaciones del rey.

Las reinas primero, luego Madame, con algunas camaristas y varios cortesanos, todas personas escogidas, preludiaban los ejercicios del baile con pláticas como las que se sabían entablar en aquel tiempo.

Ninguna de las damas convidadas llevaba el traje con que se había de presentar el día de la fiesta, según lo había anunciado el caballero de Lorena; pero hablábase mucho de ricos e ingeniosos caprichos, dibujados por varios pintores para el baile de los semidioses. Así se llamaba a los reyes y reinas de que iba a ser panteón Fontainebleau.

Monsieur entró llevando en la mano el dibujo que representaba el personaje de su elección; tenía todavía el ceño algo fruncido; pero el saludo que hizo a la joven reina y a su madre fue muy cortés y afectuoso. Saludó casi caballerescamente a Madame, y giró luego sobre sus talones. Aquel gesto y aquella frialdad fueron notados.

El señor de Guiche indemnizó a la princesa con una mirada ardiente; y Madame, preciso es decirlo, levantando los párpados, le correspondió con usura.

Necesario es decir que jamás había estado Guiche tan hermoso, y que la mirada de Madame había iluminado en cierto modo el semblante. del hijo del mariscal de Grammont. La cuñada del rey sentía zumbar la tempestad sobre su cabeza, y conocía también que en aquel día, tan fecundo en acontecimientos, había cometido una injusticia, ya que no una grave traición, con el hombre que la amaba con tanto delirio.

Parecíale llegado el momento de dar una satisfacción al pobre sacrificado por la injusticia de la mañana. El corazón de Madame hablaba entonces, y en nombre de Guiche. El conde veíase compadecido sinceramente, y por lo tanto se llevaba la palma sobre todos.

No era ya cuestión de Monsieur, del rey, de milord de Buckingham. Guiche en aquel momento reinaba de manera absoluta.

Sin embargo, Monsieur estaba hermoso también; pero no tenía comparación con el conde. Sabido es, y todas las mujeres lo dicen, que hay siempre una diferencia enorme entre la belleza del amante y la del marido.

Ahora bien, en aquella ocasión, con la salida de Monsieur, con el saludo cortés y afectuoso que hizo a la reina joven y a la reina madre, y el rápido y caballeresco que dirigió a Madame, cosa que advirtieron todos los cortesanos. Todos estos motivos reunidos concedían la ventaja al amante sobre el esposo.

Monsieur era un personaje demasiado elevado para notar este pormenor. No hay cosa tan eficaz como la idea de la superioridad para asegurar la inferioridad del hombre que tiene ese concepto de sí mismo.

Llegó el rey. Todo el mundo se apresuró a adivinar los sucesos en aquella mirada que principiaba a conmover el mundo como el entrecejo de Júpiter Tonante.

Luis no tenía nada de la tristeza de su hermano; estaba radiante. Examinó la mayor parte de los dibujos que le presentaban a porfía, dio consejos, hizo observaciones, y dejó a unos dichosos y a otros desgraciados con una sola palabra.

De pronto, su mirada, que sonreía oblicuamente hacia Madame, observó la muda correspondencia establecida entre la princesa y el conde.

Luis mordióse los labios, y después de abrirlos para dar salida a alguna que otra frase trivial:

—Señoras dijo adelantándose hacia las reinas, me han dicho que todo está dispuesto en Fontainebleau, conforme a mis órdenes.

Un murmullo de satisfacción se dejó oír en todos los grupos. El rey leyó en los rostros de todos los concurrentes el deseo violento de ser invitados para las fiestas.

Partiré mañana —añadió. Silencio profundo en la asamblea.

—Y prevengo —terminó el rey— a las personas que me rodean, que se preparen a acompañarme.

La sonrisa iluminó todas las fisonomías. Sólo la de Monsieur conservó su carácter de mal humor.

Entonces vióse desfilar sucesivamente delante del rey a las damas y a los caballeros, que se apresuraban a dar las gracias a Su Majestad por el gran humor de la invitación.

Cuando le tocó el turno a Guiche:

— ¿Oh, señor —le dijo el rey—. No os había visto.

El conde saludó. Madame palideció.

Guiche iba a abrir la boca para formular su cumplimiento.

—Conde —dijo el rey—, estamos ya en el tiempo de la segunda sementera. Estoy seguro que vuestros granjeros de Normandía tendrán un placer en veros por vuestras tierras. Y el rey volvió la espalda al infeliz después de aquel brutal ataque.

Tocóle entonces a Guiche perder el color, y dio dos pasos hacia el rey, olvidando que nadie hablaba al rey sin ser antes preguntado.

—Quizá habré comprendido mal —tartamudeó.

El rey volvió ligeramente la cabeza y, con aquella mirada fría y fija que penetraba como una espada inflexible en el corazón de los desgraciados.

—He dicho vuestras tierras —repitió, dejando caer sus palabras una a una.

La frente del conde se bañó al punto en un sudor frío; abriéronse sus manos y dejaron caer el sombrero que sostenía entre sus temblorosos dedos.

Luis buscó la mirada de su madre como para manifestarle que él era el amo, y después fue a encontrar la mirada triunfante de su hermano, como para interrogarle si la venganza era de su gusto.

Por último fijó sus ojos en Madame.

La princesa estaba a la sazón sonriendo y conversando con madame de Noailles, y nada había oído, mejor dicho, había aparentado que nada oía.

El caballero de Lorena miraba también con una de esas insistencias enemigas que parece dar a la mirada del hombre el poder de una palanca cuando levanta, arranca, y hace saltar lejos el obstáculo.

El señor de Guiche quedóse solo en el gabinete del rey, pues para él el mundo se había desvanecido. Ante los ojos del desgraciado no pasaban más que sombras.

De pronto salió de aquella desesperación que le dominaba, y corrió a encerrarse en su cuarto, donde le esperaba todavía Raúl, tenaz en sus sombríos presentimientos.

— ¿Qué sucede? —preguntó éste al ver entrar a su amigo con la cabeza descubierta, mirada de exbravío y andar vacilante.

—Sí, sí, es verdad, sí...

Y, no pudiendo continuar, se dejó caer anonadado sobre los almohadones.

—¿Y ella?... —murmuró Raúl.

—¡Ella! —exclamó —el desgraciado levantando hacia el cielo su puño crispado por la– cólera—. ¡Ella! ...

—¿Qué dice?

—Dice que su vestido le sienta muy bien.

—¿Qué hace?

—Ríe.

Y un acceso de risa histérica hizo estremecer todos los nervios del pobre desterrado. Guiche cayó de espaldas, sucumbiendo al exceso de su dolor.

CVIII

FONTAINEBLEAU

Hacía cuatro días, todos los encantos reunidos en los magníficos jardines de Fontainebleau convertían aquella mansión en lugar de delicias.

El señor Colbert se multiplicaba… Por la mañana, cuentas de los gastos de la noche; el resto del día programas, ensayos, ajustes, pagos.

El señor Colbert había reunido cuatro millones, y les daba una prudente distribución.

Espantábase de los gastos que ocasionaba la mitología... Cada silvano y cada dríada no costaba menos de cien libras diarias. El traje llegaba a trescientas.

La pólvora y el azufre que se quemaban en los fuegos artificiales costaban cada noche cien mil libras, y había, además, iluminaciones alrededor del estanque de treinta mil libras por cada vez.

Las fiestas habían parecido magníficas. Colbert no cabía en sí de gozo.

A cada momento veía salir a Madame y al rey, ora para distintas cacerías, ora para recibir a personajes fantásticos, solemnidades que se estaban improvisando hacía quince días, y que hacían brillar el ingenio de Madame y la magnificencia del rey.

Porque Madame, heroína de la fiesta, respondía a las arengas de las diputaciones de pueblos desconocidos, garamantas, escitas, hiperbóreos, caucasios y patagones, que parecían salir de la tierra para felicitarla, y a cada representante de esos pueblos daba el rey un diamante o algún otro objeto de valor.

Entonces los diputados comparaban, en versos más o menos grotescos, al rey con el Sol, y a Madame con Febea su hermana, sin acordarse de las reinas o de Monsieur, como si el rey se hubiese casado con madame Enriqueta de Inglaterra y no con María Teresa de Austria.

La afortunada pareja, asiéndose de las manos y apretándose imperceptiblemente los dedos, bebía a grandes tragos aquel néctar de la adulación, que realzan más todavía la juventud, la belleza, el poder y el amor.

Todos se admiraban en Fontainebleau del grado de influencia que con tanta rapidez había adquirido Madame sobre el rey, y todos se decían por lo bajo que la verdadera reina era Madame.

Y en efecto, el rey proclamaba esta singular verdad en cada uno de sus pensamientos, en cada una de sus palabras y en cada una de sus miradas.

Sus deseos y sus inspiraciones buscábalos en los ojos de Madame; y se embriagaba de júbilo cuando Madame se dignaba sonreír. ¿Sentía Madame igual embriaguez por el poder que la rodeaba al contemplar a todo el mundo a sus pies? Ni ella misma acertaba a decírselo; pero lo que sí sabía era que no formaba deseo alguno, y se creía completamente dichosa.

De todas estas trasposiciones, que tenían su origen en la voluntad real, resultaba que Monsieur, en lugar de ser el segundo personaje del reino, había pasado a ser en realidad el tercero.

Peor era aquello que cuando Guiche hacía puntear sus guitarras en la habitación de Madame. Entonces, Monsieur tenía al menos la satisfacción de infundir miedo al que le incomodaba.

Poco después de la ausencia del enemigo de Monsieur, arrojado por la alianza de éste con el rey, tenía el príncipe sobre sus hombros un yugo mucho más pesado que antes.

Cada noche retirábase Madame desfallecida de fatiga.

El caballo, los baños en el Sena, los espectáculos, las comidas bajo los árboles, los bailes a orillas del gran canal, los conciertos, todo ello habría sido suficiente para. matar, no ya a una mujer débil y delicada, sino al mas robusto suizo del palacio.

Verdad es que en materia de bailes, conciertos y paseos, es mucho más fuerte una mujer que el más vigoroso hijo de los trece cantones.

Pero, por grandes que sean las fuerzas de una mujer, al fin, tienen un término, y no podrían resistir mucho tiempo un régimen semejante.

Respecto a Monsieur, no tenía ni la satisfacción de que Madame abdicara por la noche su dignidad real, pues se recogía en el pabellón real con la joven reina y la reina madre.

No hay para qué decir que el caballero de Lorena no se apartaba de Monsieur, y venía a derramar su gota de hiel sobre cada herida que aquél recibía.

De aquí resultó que Monsieur, que al principio se sintió en extremo gozoso y rejuvenecido con la ausencia de Guiche, volvió a caer en una gran melancolía tres días después de haberse instalado la Corte en Fontainebleau.

Sucedió, pues, que un día, hacia las dos, Monsieur, que se había levantado tarde, poniendo más esmero que de costumbre en su tocado, y que no había oído hablar de nada para aquel día, formó el proyecto de reunir su Corte y llevar a comer a Madame a Moret, donde tenía una linda casa de campo.

Se encaminó hacia el pabellón de las reinas, y entró, muy sorprendido de no hallar persona alguna de la servidumbre real.

Entró enteramente solo.

A la izquierda había una puerta que daba al alojamiento de Madame, y, otra a la derecha, que daba al de la reina joven.

Monsieur supo por una costurera que hacía labor en la habitación de Madame, que todos habían salido a las once para irse a bañar al Sena, que esa partida se había tomado como una gran fiesta, para la cual se dispusieron todos los coches a las puertas del parque, y que hacía más de una hora que todas habían marchado.

"¡Bueno! —pensó Monsieur—. No es mala idea; hace mucho calor, y no me sentará mal un baño." Y llamó a sus criados. Nadie se presentó.

Llamó en las habitaciones de Madame. Todos habíanse marchado. Bajó a las cocheras. Un palafrenero le enteró de que no había quedado carruaje de ninguna clase. Entonces ordenó que le ensillasen dos caballos, uno para él, y otro para su ayuda de cámara.

El palafrenero le contestó cortésmente que tampoco había caballos. Monsieur, ciego de cólera, volvió a subir a la habitación de las reinas, y entró hasta el oratorio de Ana de Austria.

Desde allí vio por entre unas cortinas medio abiertas a su joven cuñada, arrodillada delante de la reina madre, y anegada al parecer en lágrimas.

Monsieur no había sido visto ni oído.

Aproximándose con precaución a la abertura, se puso a escuchar. El espectáculo de aquel dolor excitaba su curiosidad.

La joven reina lloraba, y se quejaba también.

—Sí —decía—,, el rey no hace caso de mí, y sólo se ocupa en placeres de que no quiere que yo participe.

— Paciencia, paciencia, hija mía —replicaba Ana de Austria, en español.

Y luego añadía; en español también, consejos que Monsieur no comprendía. .

La reina respondía con acusaciones mezcladas de lágrimas y suspiros, entre los que Monsieur distinguía con frecuencia la palabra baños, que María Teresa acentuaba con el despecho de la cólera.

—Los baños —decía entre sí Monsieur—; eso parece que es lo que escuece.

Y procuraba anudar, a continuación unas de otras, las palabras que lograba comprender.

Sin embargo, era fácil adivinar que la reina se quejaba amargamente, y que si Ana de Austria no acertaba a consolarla, lo intentaba por lo menos.

Monsieur temió que le sorprendiesen escuchando, y tomó el partido de toser.

Las dos reinas volvieron la cabeza al oír aquel ruido, y entró Monsieur.

Al ver la joven reina al príncipe, se levantó precipitadamente, y se enjugó los ojos.

El príncipe tenía bastante mundo para conocer que no debía preguntar, y la suficiente urbanidad para permanecer mudo, de modo que saludó.

La reina madre dirigióle una afectuosa sonrisa.

— ¿Qué se os ofrece, hijo mío? —le dijo.

— ¿A mí?. . . Nada… —balbuceó el príncipe—; buscaba...

—¿A quién?

—A Madame.

—Madame está en los baños.

—¿Y el rey? —preguntó en un tono que hizo temblar a la reina.

—El rey también, toda la Corte —respondió Ana de Austria.

—¿Excepto vos, señora? — dijo el príncipe.

—¡Oh! Yo —exclamó la joven reina—, soy el terror de todos los que se divierten.

—Pues paree que yo también lo soy —repuso Monsieur.

Ana de Austria hizo una señal muda a su nuera, la cuál se retiró llorando.

Monsieur frunció el ceño.

—¡He aquí una casa triste! —dijo—. ¿No os parece lo mismo, madre mía?

—No... no…

— Antes bien todo el mundo trata de divertirse.

—Pues eso es precisamente lo que aflige a los que no gustan de esas diversiones.

—¿Qué tono es ése, mi amado, Felipe?

—Lo digo como lo siento, madre mía.

—Vamos a ver, explicaos: ¿Qué pasa?

—Preguntádselo a mi cuñada, que os estaba contando hace poco sus penas.

— ¿Sus penas?... ¿Cuáles?...

—Lo he oído, madre mía; ha sido una casualidad, pero lo he oído, y he comprendido también que mi hermana se quejaba de los famosos baños de Madame.

— ¡Bah! Una locura.

—¡No! Cuando uno llora, no siempre está loco. Y lo entiendo muy bien lo que significa la palabra baños, que repetía la reina a cada paso.

— Os repito, hijo mío, que vuestra cuñada ha llegado a concebir unos celos pueriles.

— Pues en ese caso, señora —replicó Monsieur—, me acuso humildemente de tener el mismo defecto que mi cuñada.

— ¿Vos también, hijo mío?

—Sí, por cierto.

— ¿También estáis celoso de esos baños?

—¡Ya lo creo!

—¡Oh!

—¡Pues qué! El rey va a bañarse con mi mujer y no lleva a la reina. ¡Pues qué! Madame va a bañarse con el rey y no me hace el honor de avisarme. ¿Queréis que mi cuñada y yo estemos contentos?

—Pero, mi querido Felipe —dijo Ana de Austria—; mirad, que lleváis las cosas demasiado lejos. Ya habéis hecho arrojar al señor de Buckingham y desterrar al señor de Guiche. Supongo que no querréis ahora despedir de Fontainebleau al rey.

— ¡Oh! No pretendo semejante cosa, señora —dijo Monsieur con acrimonia—; pero puedo muy bien retirarme, y me retiraré.

— ¡Celoso del rey! ¡Celoso de vuestro hermano!

—¡Celoso de mi hermano, del rey, sí, señora, celoso! ¡Celoso, celoso!

—A fe mía, señor —exclamó Ana de Austria añadiendo la indignación a la cólera—, que principio a teneros por loco y adversario declarado de mi reposo. Y os dejo ahora mismo, porque no tengo defensa contra semejantes cavilaciones.

Dicho esto se levantó de su asiento y dejó al príncipe entregado a los más furiosos arrebatos. Monsieur quedó un instante todo aturdido; luego, volviendo sobre sí, con la mira de recobrar sus fuerzas, bajó otra vez a la cochera, llamó al palafrenero, y le volvió a pedir un carruaje y un caballo; pero habiéndole aquél contestado que no había caballo ni carruaje, arrancó Su Alteza un látigo de picador de manos de un mozo de cuadra, y emprendió a correr tras el pobre diablo a latigazos alrededor del patio, sin hacer caso de sus gritos ni sus disculpas, hasta que al fin, casi reventado, falto de aliento, bañado en sudor y temblando todos sus miembros, subió a su cuarto, hizo pedazos sus mejores objetos de porcelana, y se acostó, vestido y calzado, pidiendo a gritos socorro.

CIX

EL BAÑO

En Valvins, bajo bóvedas impenetrables de floridos juncales y de sauces, una barca larga y chata, con escalas cubiertas de largas cortinas azules, servía de refugio a las Dianas que se bañaban, acechadas a su salida del agua por veinte Acteones engalanados que galopaban ardientes y codiciosos, por la orilla espumosa y perfumada del río.

Mas Diana, hasta la Diana púdica, vestida con su larga clámide, estaba menos casta y menos impenetrable que Madame, joven y bella como la diosa. Pues, a pesar de la fina túnica de la cazadora, se le veía blanca y torneada rodilla, y a pesar del sonoro carcax descubríanse sus morenos hombros, mientras que Madame, cuando se entregaba en brazos de sus doncellas iba envuelta en un tupido y largo velo, que la hacía inaccesible a toda mirada indiscreta.

Cuando Madame subió la escalera, los poetas que había presentes, y todos eran poetas tratándose de Madame, los veinte poetas que andaban galopando detuviéronse, y, con voz unánime, exclamaron que no eran gotas de agua, sino perlas, las que se desprendían del cuerpo de Madame, e iban a perderse en el afortunado río.

El rey, centro de aquellas poesías y de aquellos homenajes, impuso silencio a los entusiastas, cuya verbosidad no habría tenido fin, y volvió la brida por miedo a lastimar, aun bajo las cortinas de seda, la modestia de la mujer y la dignidad de la princesa.

Se hizo, por tanto, un gran vacío en la escena y un gran silencio en la barca. Sólo en los movimientos, en el juego de los pliegues, y en las ondulaciones de las cortinas, se adivinaban las idas y venidas de las mujeres empleadas en aquel servicio.

El rey escuchaba con la sonrisa en los labios los dichos de sus gentileshombres, pero fácil era conocer con sólo mirarle que su pensamiento estaba en otra parte.

En efecto, apenas el ruido de las anillas al deslizarse por las varillas anunció que Madame estaba vestida y que la diosa iba a aparecer, cuando el rey, volviéndose al punto y corriendo hasta la misma orilla, dio la señal a todos aquellos a quienes la servidumbre o el placer reclamaba cerca de Madame.

Vióse entonces a los pajes precipitarse, trayendo los caballos de manos a los carruajes, que habían permanecido resguardados bajo el ramaje, adelantarse hacia la tienda, y con ellos toda esa nube de sirvientes, mandaderos y mujeres que, durante el baño de los amos, habían estado cambiando entre sí sus observaciones, sus críticas; sus discusiones de interés, diario fugitivo de aquella época, que nadie recuerda, ni las olas, espejo de los personajes y eco de sus pláticas; las olas, testigos que Dios precipitó en la inmensidad, así como precipitó a los actores en la eternidad.

Toda aquella muchedumbre que poblaba las riberas del río, sin contar una multitud de campesinos atraídos por el deseo de ver al rey y a la princesa, toda aquella gente estuvo, durante ocho o diez minutos, en el desorden más completo, y al mismo tiempo el más grato que puede imaginarse.

El rey echó pie a tierra, ejemplo que imitaron al punto todos los cortesanos, y ofreció la mano a Madame, cuyo rico traje de montar favorecía el elegante talle, que resaltaba bajo aquel vestido de lana fina, recamado de plata.

Sus cabellos, húmedos aún, mas negros que el ébano, mojaban su blanco y suave cuello. La alegría y la salud brillaban en sus ojos, y el descanso en que se hallaba su naturaleza nerviosa hacíale aspirar con fuerza el ambiente bajo el quitasol que sostenía uno de los pajes.

Nada había más tierno ni más poético que aquellas dos figuras bañadas por el reflejo sonrosado del quitasol; el rey, cuyos blancos dientes brillaban con una sonrisa continua, y Madame, cuyos negros ojos brillaban como dos carbunclos al reflejo micáceo de la tornasolada seda.

Cuando Madame se acercó a su caballo, magnífica hácanea andaluza, de una blancura sin mancha, algo pesado quizá, pero de cabeza inteligente y fina, en la que se notaba esa feliz mezcla de sangre árabe y española, y cuya cola iba barriendo el suelo, como la princesa, se hiciese la perezosa para poner el pie en el estribo, la cogió el rey en sus brazos de tal suerte, que el brazo de Madame se halló como un círculo de fuego alrededor del cuello del rey.

Luis, al retirarse, rozó involuntariamente con sus labios aquel brazo que no se alejaba, y después que la princesa dio las gracias a su real escudero, todo el mundo montó a caballo.

El rey y Madame se pusieron en fila para dejar paso a los carruajes, caballerizos y correos.

Gran número de caballeros, eximidos de la etiqueta, picaron sus caballos y se lanzaron aras de los carruajes en que iban las camaristas, frescas como otras tantas Orcadas alrededor de Diana; y todo aquel torbellino de gente risueña y bulliciosa, desapareció como por encanto.

El rey y Madame mantuvieron sus caballos al paso.

Detrás de Su Majestad y la princesa su cuñada, pero a respetuosa distancia, iban los cortesanos graves o deseosos de estar siempre a la vista del rey, los cuales contenían sus briosos caballos , regulando su paso al del corcel del rey y de Madame, y se entregaban al placer que presta siempre el comercio de las personas de ingenio cuando toman por su cuenta el murmurar del prójimo.

En las risitas sofocadas, en las reticencias de aquella alegría sardónica, era fácil conocer que no se echaba en olvido a Monsieur.

Pero en medio de todo se apiadaban de Guiche; y necesario es convenir que la compasión no estaba fuera de lugar.

Entretanto el rey y Madame, habiendo alentado a sus caballos y repetido cien veces lo que ponían en su boca los cortesanos que les hacían hablar, tomaron el galope corto de caza, y resonaron entonces bajo el peso de aquella caballería las profundas avenidas del bosque.

A las conversaciones en voz baja, a las pláticas en forma de confidencias, a las palabras cambiadas con cierta especie de misterio, sucedieron el ruido y el bullicio, y desde los sirvientes hasta los príncipes, la alegría fue general. Todo el mundo empezó a reír y gritar. Las urracas y los grajos, con sus gritos guturales, se refugiaron bajo las ondeantes bóvedas de las encinas, el cuco cesó en su monótona queja en el fondo de los bosques, los pinzones y los paros huyeron en bandadas, al paso que los gamos, las cabras monteses y las ciervas saltaban, asustados, en medio de los jarales.

Aquella multitud, que parecía derramar en torno suyo la alegría, el ruido y la luz, regresó al palacio, por decirlo así, precedida por su propio clamoreo.

El rey y Madame entraron en la población, saludados por las aclamaciones universales de la multitud.

Madame fue al punto a buscar a Monsieur, porque comprendía, como por instinto, que había tenido alejado de aquella alegría, al príncipe demasiado tiempo.

El rey fue a ver a las reinas, comprendiendo que les debía a una de ellas principalmente, una indemnización por su larga ausencia.

Pero Madame no fue recibida en el cuarto de Monsieur. Contestáronle que Monsieur dormía.

El rey, en vez de encontrar a María Teresa risueña como de costumbre, halló en la galería a Ana de Austria, que le estaba aguardando, y saliéndole al encuentro, le cogió de la mano y se lo llevó a su cuarto.

Lo que ambos se dijeron, o más bien, lo que la reina madre dijo a Luis XIV, nadie lo ha sabido jamás, pero no hubiera sido difícil adivinarlo por el semblante ceñudo del rey al separarse de Ana de Austria.

Mas nosotros, a quienes toca, no sólo interpretar, sino también dar parte a nuestros lectores de nuestras interpretaciones, faltaríamos a nuestro deber si les dejásemos ignorar el resultado de aquella entrevista.

Ese resultado esperamos que lo encontrarán, suficientemente desarrollado, en el capítulo siguiente.

CX

LA CAZA DE LAS MARIPOSAS

Al volver el rey a su cuarto para dar algunas órdenes y coordinar sus ideas, halló sobre el tocador un billete, cuya letra parecía desfigurada.

Lo abrió inmediatamente y leyó estas palabras:

“Venid pronto; tengo mil cosas que deciros.”

No hacía tanto tiempo que el rey y Madame se habían separado, para que esas mil cosas fuesen consecuencia de las tres mil que se habían dicho durante el camino que separa Valvins de Fontainebleau.

La confusión del billete y su premura dieron mucho que pensar al rey.

Empleó corto rato en arreglarse un poco, y se fue luego a visitar a Madame.

La princesa, que no quería aparentar que le estaba esperando, había bajado a los jardines con sus damas.

Cuando el rey supo que Madame había abandonado sus habitaciones para dar un paseo, recogió a todos los gentileshombres que encontró al paso y los invitó a seguirle.

Madame cazaba mariposas en una gran cesnedera bordeada de heliotropos y de hiniesta. Encontrábase mirando cómo corrían sus jóvenes e intrépidas damas, y, con la espalda vuelta a la entrada del parque, esperaba muy impaciente la llegada del rey, a quien diera aquella cita.

El ruido de pasos sobre la arena le hizo volverse. Luis XIV, destocado, acababa de abatir con su caña a una mariposa, que el señor de Saint Aignan se apresuró a coger toda atolondrada de entre la hierba.

—Ya veis, señora —dijo el rey—, que yo también cazo para vos. Y se acercó a Madame.

— Señores —dijo volviéndose a los gentileshombres que formaban su comitiva—, a ver si cada uno de vosotros caza otra mariposa para estas señoras.

Esto era despedir a todo el mundo.

Vióse entonces un espectáculo bastante curioso; los cortesanos viejos, los cortesanos obesos, empezaron a correr tras de las mariposas, perdiendo sus sombreros y dando cargas, caña en mano, a los mirtos e hiniesta como si tuviesen delante al enemigo.

El rey dio la mano a Madame, y eligió, de acuerdo con ella, como centro de observaciones, un banco cubierto de un dosel de musgo, capricho imaginado sin duda por el genio tímido de algún jardinero que se había aventurado a introducir en el estilo severo de la jardinería de entonces el gusto a lo fantástico.

Aquel colgadizo, esmaltado de capuchinas y de rosales trepadores, daba sombra a un banco sin respaldo, de suerte que los espectadores, aislados en medio de la cespedera, veían y eran vistos desde todas partes, mas no podían ser oídos sin ver antes a filos que se acercaban para oír. Desde aquel sitio, en el que se colocaron los dos interesados, el rey hizo una seña para animar a los cazadores, y luego, como si estuviese discutiendo sobre la mariposa atravesada con un alfiler de oro que adornaba su sombrero.

— ¿No estamos bien aquí para hablar? —preguntó.

—Sí, Majestad, porque necesitaba ser oída de vos únicamente y vista de todo el mundo.

—Y yo también —repuso Luis.

—¿Os ha sorprendido mi billete?

—Me ha asustado.

— Pero aun es de mayor importancia lo que tengo que deciros.

—¡Oh! No lo creo.

— ¿Sabéis que el príncipe me ha cerrado su puerta?

— ¿A vos?... ¿Y por qué?

— ¿No lo adivináis?

—¡Ah, señora! Comprendo que uno y otro teníamos que decimos una misma cosa.

—¿Pues qué os ha sucedido?

—¿Queréis que os lo cuente?

—Sí; por mi parte ya os he dicho lo que tenía que decir.

—Pues escuchad. Así que llegué, encontré a mi madre, la cual me condujo a su habitación.

—¡Oh, la reina madre! —murmuró Madame con inquietud—. Es ya cosa seria.

—¡Y tanto!... Pues oíd ahora lo que me dijo ... Pero antes permitidme una digresión.

—Hablad, Majestad.

—¿Os ha hablado Monsieur de mí?

—A menudo.

— ¿Y os ha hablado de sus celos?

—¡Oh! Con más frecuencia aún.

—¿Con respecto a mí?

—No; con respecto a . . .

— Ya sé, a Buckingham, a Guiche.

—En efecto.

—Pues bien, señora; ahora sale Monsieur con que tiene celos de mí.

—¡Ya veis! —replicó sonriéndose con malicia la princesa.

—Y en verdad, no creo que hayamos dado lugar...

—¡Nunca! Yo por lo menos... Pero, ¿cómo habéis sabido que Monsieur esté celoso?

—Mi madre me ha dicho que Monsieur ha entrado en su cuarto como un loco; quejándose amargamente de vuestra... Dispensadme...

—Decid, decid.

—De vuestra coquetería. Monsieur no repara en la injusticia que comete.

—Sois muy bondadoso, Majestad.

—Mi madre trató de calmarle; pero dijo que ya había intentado hacerlo muchas veces, y no estaba en ánimo de darse por satisfecho.

—¿No hubiese hecho mejor en no alarmarse?

—Eso es lo que yo he dicho.

— Convenid, Majestad, en que el mundo es malo.

— Pues qué, ¿no han de poder hablar juntos un hermano y una hermana, ni complacerse en su mutua compañía, sin dar lugar a comentarios... a sospechar?

— Al fin, Majestad, nosotros, ni hacemos mal; ni tenemos deseos de hacerlo.

Y al decir esto dirigía al rey una de esas miradas orgullosas y provocativas que encienden la llama del deseo, hasta en los hombres más fríos y discretos.

—¡Así es! —suspiró Luis.

—¿Sabéis, Majestad, que si esto continúa así me veré en la precisión de dar una campanada? Pongo a Vuestra Majestad por juez de mi conducta. ¿La halláis censurable en algo?

—¡Oh! ¡En nada, en nada!

—Muchas veces hemos estado solos, pues solemos complacernos en unas mismas cosas, y hubiéramos podido deslizarnos... ¿Lo hemos hecho nunca? Para mí sois vos un hermano, nada más.

El rey frunció el ceño. Madame continuó:

—Vuestra mano, que se encuentra con frecuencia con la mía, no me produce esos estremecimientos, esa emoción... que unos amantes, por ejemplo...

—¡Oh! ¡Basta, basta, por Dios! —exclamó el rey torturado hasta el extremo—. Sois inexorable y me causarías la muerte.

—¿Por qué?

—En fin... decís claramente que nada sentís a mi lado.

—¡Oh! Majestad, no he dicho eso...

— Mi afecto...

— Enriqueta… basta… os lo vuelvo a rogar… Si creéis que soy de mármol, como vos, estáis muy equivocada.

—No os entiendo.

—¡Bien! —suspiró el rey bajando los ojos.

—De modo que nuestros encuentros ... nuestros apretones de manos ... nuestras mutuas miradas... Perdón, perdón... Sí, tenéis razón, ya sé lo que queréis decir.

Y ocultó su cabeza entre las manos.

—Cuidado, Majestad —dijo vivamente Madame—, que el señor de Saint Aignan os está mirando.

— Tenéis razón —exclamó furioso Luis—. ¡Nunca ni sombra de libertad, nunca sinceridad en las relaciones! Cree uno haber hallado un amigo, y sólo tiene en él un espía... Cree poseer una amiga, y sólo encuentra en ella una… hermana.

Madame calló y bajó los ojos.

—¡Monsieur está celoso! —murmuró con acento cuya dulzura y encanto sería imposible describir.

—¡ Oh! —exclamó de pronto el rey—. Tenéis razón.

—Bien lo veis —continuó Madame mirándole de un modo capaz de abrasarle el corazón—. Sois libre y nadie sospecha de vos... no hay nada que envenene la alegría de vuestra casa.

—¡Ay! Es que no lo sabéis todo: la reina está celosa.

—¿María Teresa?

—Hasta la locura. Los celos de Monsieur han nacido de los suyos. Parece que la reina quejábase a mi madre por esas partidas de baños tan dulces para mí.

"Y para mí", dijeron los ojos de Madame…

—Entonces, Monsieur, que permanecía escuchando, sorprendió la palabra española baños, que la reina pronunciaba con amargura; y conociendo por ella de lo que se trataba, entró de súbito, se mezcló en la conversación, y se quejó a mi madre con tanta aspereza, que la obligó a huir de su presencia; de suerte que vos tenéis que lidiar con un marido celoso, y yo estay condenado a ver levantarse delante de mí incesantemente el espectro inexorable de los celos, con sus mejillas hundidas y su boca siniestra.

— ¡Pobre rey! —exclamó Madame dejando su mano rozar la de Luis.

Retuvo el rey aquella mano, y, para poderla apretar sin infundir sospechas a los espectadores, que andaban a caza de noticias,, tanto por lo menos como de mariposas, y procuraban sorprender algún misterio en la entrevista del rey con Madame, hizo como que acercaba a su cuñada la mariposa moribunda, y ambos a dos se inclinaron como para contar los millares de ojos de sus alas o los granos de su polvo de oro.

Pero ambos permanecían silenciosos; solamente sus cabellos se tocaban, sus hálitos se confundían, sus manos se abrasaban al contacto una de otra.

Cinco minutos pasaron de este modo.

CXI

LO QUE SE COGE PERSIGUIENDO MARIPOSAS

Ambos jóvenes permanecieron por un momento con la cabeza inclinada bajo ese doble pensamiento de amor naciente que hace brotar tantas flores en las imaginaciones de veinte primaveras.

Madame Enriqueta miraba a Luis de soslayo, y veía el amor en el fondo del corazón de Luis como un diestro buzo ve una perla en el fondo del mar.

Madame conoció que Luis vacilaba, si es que no dudaba, y que era preciso empujar hacia adelante aquel corazón perezoso o tímido.

—Por consiguiente… —dijo, como preguntando al mismo tiempo que rompía el silencio.

—¿Qué? —preguntó Luis después de un instante de espera. —¿Tendré que apelar a la resolución que ya había adoptado?

—¿Cuál?

—La que tuve el honor de someter a Vuestra Majestad en cierta ocasión.

—¿Cuándo?

—El día en que tuvimos aquellas explicaciones con motivo de los celos del príncipe.

—¿Qué me dijisteis ese día? — preguntó Luis con inquietud.

—¿No os acordáis ya, Majestad?

—¡Ay!

— Si es una desgracia, por tarde que de ella me acuerde, siempre será demasiado pronto.

— ¡Oh! No es desgracia sino para mí, señor —contestó madame Enriqueta—; pero es una desgracia necesaria.

—¡Dios mío!

—Y me resignaré a sufrirla. En fin, ¿qué desgracia es?

— ¡La ausencia!

—¡Oh! ¿Todavía esa cruel resolución?

— Creed, Majestad, que no la he tomado sin luchar antes conmigo misma... Creedme, es preciso que vuelva a Inglaterra.

— ¡Oh! ¡Jamás, jamás permitiré que abandonéis la Francia! —exclamó el rey.

—Y sin embargo —dijo Madame afectando una energía dulce y melancólica—, no hay cosa que más urja... Aún diré más, y es que estoy persuadida de que es esa también la voluntad de vuestra madre.

— ¡La voluntad! —murmuró el rey—. ¡Oh, oh! Querida hermana, singular palabra para dicha delante de mí!

— Pues qué —respondió sonriendo madame Enriqueta—, ¿no os tenéis por dichoso en seguir la voluntad de una buena madre?

— ¡Basta, por Dios! Me desgarrais el corazón.

—¿Yo?

—Sin duda, pues habláis de esa ausencia con una tranquilidad.

—No he nacido para ser feliz, Majestad —replicó melancólicamente la princesa—, y desde muy niña me he acostumbrado a ver contrariados mis deseos más halagüeños.

— ¿Será cierto? ¿Sería posible que vuestra ausencia contrariase un deseo que os fuese halagüeño?

—Si os contestase que sí, ¿no es cierto, Majestad, que llevaríais vuestro mal con paciencia?

—¡Cruel!

— Cuidado, Majestad; parece que alguien se acerca.

El rey miró en torno.

—No —dijo.

Luego; volviéndose a Madame:

—Ea, Enriqueta —continuó—, en vez de tratar de combatir los celos de Monsieur con una ausencia, que me mataría...

Enriqueta encogióse levemente de hombros; como en señal de duda

— Que me mataría —repitió Luis—. Veamos, en lugar de fijaros en esa cruel ausencia, ¿no pudiera vuestra imaginación... o más bien vuestro corazón, sugeriros alguna otra idea?

— ¿Y qué queréis que me sugiera mi corazón, Dios santo?

— Decidme, Enriqueta, ¿cómo se prueba a uno que sus celos son infundados?

— En primer lugar, Majestad, no fiándole ningún motivo de celos; esto es, no amando más que a él.

—¡Oh! Yo esperaba que dijeseis otra cosa.

— ¿Qué?

— Que el modo de calmar a los celosos es disimular el cariño que se tiene al objeto de sus celos.

—Disimular es difícil, Majestad.

—Pues venciendo las dificultades es como se alcanza la dicha. Por mí parte, os puedo jurar que sabré quitar toda sospecha a los que puedan tener celos de mí, aparentando trataros como a cualquiera otra mujer.

—Mal medio, débil medio, Majestad— dijo la joven meneando su encantadora cabeza.

—Todo os parece mal, querida Enriqueta —dijo Luis descontento—. No hacéis más que destruir lo que yo propongo. Poned algo de vuestra parte. Buscad. Siempre he tenido gran confianza en la inventiva de las mujeres. A ver qué os sugiere la vuestra.

—Lo que me sugiere es lo siguiente... ¿Escucháis, Majestad?

—¡Y me lo preguntáis! Estáis decidiendo de mi vida o de mi muerte, y me preguntáis si escucho..

—Pues bien, no hago más que juzgar por mí misma. Entre todas las cosas que pudieran chasquearme sobre las intenciones de mi esposo respecto de otra mujer, una sería la que más contribuiría a ello.

—¿Cuál?

—El ver, en primer lugar, que él no hacía caso alguno de aquella mujer.

—Pues eso es precisamente lo que os estaba diciendo poco ha.

—Bien; pero para estar del todo tranquila, querría además verle dirigir sus obsequios a otra.

—¡Ah! ¡Os comprendo! —replicó sonriéndose Luis—. Pero se me ocurre una idea, querida Enriqueta.

— ¿Qué?

— Que si bien el medio es ingenioso, no es nada piadoso.

—¿Por qué?

— Porque al quitar el recelo de la herida en la imaginación del celoso, le abrís una en el corazón.

— Cierto es que no tendrá el temor, pero tendrá el mal, lo cual se me figura que es mucho peor.

—Convengo en ello; pero a lo menos así no sorprenderá ni sospechará quién sea el enemigo real; y no servirá de estorbo al amor, porque concentrará todas sus fuerzas hacia un punto en que no podrán causar daño a nadie. En fin, Majestad, mi sistema, que me extraña veros combatir, confieso que hace mal a los celosos, pero en cambio hace bien a los amantes. Y ahora pregunto, Majestad, a excepción de vos, tal vez, ¿quién ha pensado jamás en compadecer a los celosos? ¿No son acaso unas bestias melancólicas, tan infeli-

ces con motivo como sin él? Aun cuándo quitéis el motivo, no por eso destruiréis su aflicción. Esa enfermedad está en la imaginación, y, como todas las enfermedades imaginarias, es incurable. Recuerdo a este propósito, mi señor, un aforismo de mi pobre médico Dawley; hombre muy sabio y de ingenio agudo, que a no ser por mi hermano, que no sabe estar sin él, hallaríase ahora al lado mío: "Cuando os sintáis acometida de dos males, me decía, elegid el que os incomode menos, que yo os lo dejaré, porque de seguro, añadía, ese mal me servirá prodigiosamente para lograr la extirpación del otro."

—Bien dicho, bien juzgado, querida Enriqueta —respondió el rey sonriendo.

—¡Oh! También tenemos en Londres personas de talento, Majestad.

—Que saben sacar adorables discípulas. A ese Daley, o Darley... ¿cómo le llamáis?

—Dawley.

—Quiero señalarle desde mañana una pensión por su aforismo. Ea, pues, Enriqueta, principiad por elegir el menor de vuestros males.. . ¿Calláis y os sonreís?... Ya os entiendo; el menor de vuestros males es la permanencia en Francia, ¿no es cierto? Pues bien, os dejaré ese mal, y para ensayarme en la curación del otro, deseo buscar desde hoy mismo un objeto de divagación para los celosos de todo sexo que nos persiguen.

—Silencio, que ahora sí que viene gente —dijo Madame.

Y se bajó para coger una clemátide en el espeso césped. Acercábase gente, en efecto, pues de repente se precipitaron por la cima del montecillo una multitud de muchachas; acompañadas por una porción de caballeros; la causa de aquella irrupción era una magnífica esfinge de las viñas, cuyas alas superiores asemejábanse, al plumaje del autillo, y las inferiores a hojas de rosa.

Esta rica presa había caído en la red de la señorita de Tonnay Charente, quien la mostraba con orgullo a sus rivales, menos venturosas cazadoras que ella.

La reina de la cacería se sentó a veinte pasos poco más o menos del banco en que permanecían Luis y madame Enriqueta, y, recostándose contra una magnífica encina entrelazada de yedra, clavó la mariposa en el junco de su larga caña.

La señorita de Tonnay Charente era muy bella; así fue que los hombres desertaron de las otras mujeres, para venir, a pretexto de cumplimentarla por su destreza, a apiñarse en círculo alrededor suyo.

El rey y la princesa miraban disimuladamente aquella escena, como los espectadores de otra edad suelen mirar los juegos de los niños.

—¡Cómo se divierten! —murmuró el rey.

— Mucho, majestad; siempre he notado que donde quiera que hay juventud y belleza nunca falta diversión.

— ¿Qué os parece la señorita de Tonnay Charente, Enriqueta? —dijo el rey.

—Algo rubia —respondió Madame, fijándose de golpe en el único defecto que podía echarse en cara a la hermosura casi perfecta de la futura madame de Montespan.

—Sí, es algo rubia; pero, así y todo, me parece hermosa.

— ¿Es ésa vuestra opinión, Majestad?

—Ciertamente.

—Entonces, también la mía.

—Y mirad cómo la asedian.

—¡Oh! Lo que es eso sí: los amantes revolotean. Si en lugar de mariposas, *nos* dedicásemos a cazar amantes, haríamos una buena captura alrededor de ella.

—Veamos, Enriqueta, ¿qué tal parecería si el rey se mezclase a todos esos amantes y dejara caer su mirada hacia ese lado? ¿Creéis que habría celos aún?

—¡Oh! Majestad, la señorita de Tonnay Charente es un remedio demasiado eficaz — dijo Madame con un suspiro—; verdad es que curaría completamente al celoso, pero podría muy bien hacer una celosa.

—¡Enriqueta! ¡Enriqueta! —exclamó Luis—. ¡Me colmáis el corazón de alegría! Sí, sí, tenéis razón la señorita de Tonnay Charente es demasiado linda para servir de capa.

—Capa de rey —dijo sonriéndose madame Enriqueta—; capa de rey debe ser hermosa.

—¿Me la aconsejáis? —dijo Luis.

—¡Oh! ¿Yo qué queréis que os diga, sino que dar semejante consejo sería dar armas contra mí? Sería locura u orgullo aconsejaros que tomarais por heroína de un falso amor a una mujer mas hermosa que aquella hacia la cual decís que sentís un verdadero amor.

El rey buscó con la suya la mano de Madame; con sus ojos los suyos y balbuceó algunas palabras tan tiernas, pero en voz tan baja al mismo tiempo, que el historiador, que debió oírlo todo, no las, oyó.

Luego dijo en voz alta:

—Pues bien, elegid vos misma la que haya de curar nuestros celosos. A esa irán dirigidos todos mis obsequios, todas mis consideraciones, todo el tiempo que robe a los asuntos; a esa, Enriqueta, la flor que coja para vos, los pensamientos de ternura que hagáis nacer en mí, la mirada que no me atreva a dirigiros y que deba despertaros de vuestra indiferencia. Mas, elegidla bien, no sea que al intentar mirarla, al querer pensar en ella, al ofreceros la rosa cogida por mi mano, me encuentre vencido por vos misma, y mis ojos, mis labios y mi mano se vuelvan maquinalmente hacia vos, a riesgo de que el mundo entero adivine mi secreto.

En tanto que se escapaban estas palabras de labios del rey, como un dardo, se ruborizaba Madame, y su seno palpitaba de júbilo y placer. Nada encontraba que contestar, pues su orgullo y su sed de homenajes estaban satisfechos.

—Elegiré —dijo la princesa levantando sus hermosos ojos—; pero no como me habéis insinuado, porque todo ese incienso que queréis quemar en el ara de otra diosa, ¡ah, Majestad! también yo lo ansío, y quiero que llegue hasta mí sin que se pierda un solo átomo en el camino. De consiguiente, Majestad, elegiré, con vuestro permiso, la que me parezca menos a propósito para distraeros y deje mi imagen enteramente intacta en vuestra alma.

—Por fortuna —dijo el rey—, tenéis una corte muy escogida, pues de lo contrario me haría temblar vuestra amenaza. Sobre este punto hemos tomado nuestras medidas, y sería difícil, así en torno vuestro como en derredor mío, encontrar un semblante desagradable.

Mientras el rey hablaba así. Madame se había levantado, recorriendo con la mirada toda la cespedera, y, después de un examen detallado y silencioso, llamando al rey:

—Mirad, Majestad —dijo—, ¿veis sobre la pendiente de la colina, junto a aquel macizo de bolas de nieve, una hermosa rezagada que va sola, con la cabeza baja, buscando en las flores que huella con sus plantas, como hacen los que han perdido su pensamiento?

—¡La señorita de La Vallière! —murmuró el rey.

—Sí.

—¿No os agrada, Majestad?

—¿No veis lo delgada que está, casi descarnada, la pobre niña?

—¿Estoy yo gruesa, por ventura?

—¡Está mortalmente triste!

—Eso formará contraste conmigo, que dicen soy demasiado alegre.

—¡Pero si es coja!

— ¿Creéis?

—Sin duda. Mirad cómo ha dejado pasar a todos para que no adviertan su defecto.

—Pues bien, así correrá menos que Dafne y no podrá huir de Apolo.

—¡Enriqueta! ¡Enriqueta! —repuso el rey con mal gesto—. Habéis ido a buscarme casualmente la más defectuosa de vuestras camaristas.

—Convengo; pero advertid que es una de mis camaristas.

—¿Y qué me queréis decir con eso?

—Quiero decir que, para visitar a esta nueva divinidad, no podréis menos de venir a mi cuarto; y como el decoro no os consiente que habléis en particular con la diosa, os veréis obligado a verla en mi círculo, y me hablaréis, hablándole a ella. Quiero decir, por último, que los celosos harán mal en creer que venís a mi cuarto por mí, puesto que vendréis por la señorita de la Vallière.

—Que cojea.

—Un poco.

—Que nunca abre la boca.

— Pero que cuando la abre enseña unos dientes lindísimos.

—Que puede servir de modelo a los osteólogos.

—Vuestro favor la hará engordar.

—¡Enriqueta!

— ¡Ea! ¿No me habéis dejado la elección?

¯¡Ay! Sí.

—Bien, pues; esa es, y no hago otra; con que resignaos.

—¡Oh! Yo me resignaría a tomar una de las Furias, si tal fuese vuestra voluntad.

—La Vallière es apacible como un cordero; no temáis que os contradiga nunca cuando le digáis que la amáis.

Y Madame se echó a reír.

—¡Oh! ¡Se conoce que no teméis que se lo diga muchas veces! ¿No es cierto?

—Estaba en mi derecho.

—No os lo disputo.

—¿Con que es asunto hecho?

— Firmado.

—Y me conservaréis una amistad de hermano, unas atenciones de hermano, y una galantería de rey, ¿no es eso?

—Os conservaré un corazón que no sabe ya latir sino a voluntad vuestra.

—¿Y suponéis de ese modo asegurado el porvenir?

— Lo espero al menos.

— ¿Dejará vuestra madre de mirarme como enemiga?

—Sin duda.

—¿Y María Teresa de hablar en español delante de Monsieur, que tiene horror a las conversaciones en lengua extranjera, porque cree siempre que es para hablar mal de él?

—¡Ay! ¿Y se equivoca el desgraciado? —murmuró el rey con ternura.

—Y finalmente —continuó la princesa—, ¿se acusará aun al rey de pensar en amores ilegítimos cuando vean que no podemos profesarnos mutuamente más que simpatías exentas de toda oculta intención?

—Bien —continuó el rey—; pero también se le dirá otra cosa.

—¿Qué, Majestad? ¿Será cosa de que nunca podamos estar en paz?

—Se dirá —prosiguió el rey—, que tengo muy mal gusto; pero... ¿Qué importa mi amor propio comparado con vuestra tranquilidad?

—Con mi honor y el de nuestra familia, querréis decir. Majestad. De todos modos, no lo dudéis; no miréis con tanta prevención a La Vallière; verdad es que cojea, pero no carece de cierto buen sentido; además, todo lo que el rey toca se convierte en oro.

—Cómo quiera que sea, señora, podéis estar segura de una cosa, y es que todavía os estoy muy reconocido, pues podíais hacerme pagar más cara vuestra permanencia en Francia..

—Majestad, que llegan.

—¿Y qué?

—Una palabra todavía.

—Decid.

—Sois prudente y cuerdo, Majestad; más aquí es donde tendréis necesidad de toda vuestra prudencia y cordura.

—¡Oh! —exclamó Luis riendo—. Desde esta noche comienzo a hacer mi papel, y ya veréis si tengo vocación para representar a los pastores. Tenemos gran paseo por el bosque después de la merienda; luego, cena y baile a las diez.

—Lo sé, Majestad.

—Pues mi llama va a subir esta noche mucho más que los fuegos artificiales, y a brillar con más claridad que los morteretes de nuestro amigo Colbert; pronto la veréis tomar tal cuerpo, que a las reinas y a Monsieur se les quemen los ojos.

—¡Cuidado, Majestad!

—¿Pues qué he hecho?

—Me haréis desdecir de los elogios que os prodigaba hace poco. He dicho que erais prudente y cuerdo, y comenzáis con semejantes locuras. ¿Creéis que una pasión se enciende así, como una antorcha, en un segundo?

—¿Es natural que sin la menor preparación, todo un rey como vos, caiga a los pies de una joven como La Valliére?

—¡Oh! ¡Enriqueta, Enriqueta! ¡No hemos comenzado todavía la campaña y ya me saqueáis!

— No; lo que hago es traeros a buen camino. Id encendiendo progresivamente vuestra llama en lugar de hacerla estallar de golpe. Júpiter truena y hace brillar el rayo antes de incendiar los palacios. Todo tiene su preludio, y si os inflamáis de esa manera, lejos de suponeros enamorado os creerán loco. Si es que no adivinan vuestra idea. A veces es la gente menos tonta de lo que parece.

El rey vióse obligado a convenir en que Madame era un ángel en saber y un demonio en talento. Se inclinó.

— Tenéis razón —dijo—; terminaré mi plan de ataque. Los generales, mi primo Condé, por ejemplo, quémanse las cejas delante de sus mapas estratégicos antes de hacer mover uno de esos peones que llaman cuernos de ejércitos; yo, quiero establecer todo un plan de ataque. No ignoráis que la ternura está subdividida en toda clase de demarcaciones; de suerte que haré alto en el pueblo de las Atenciones Delicadas, en el lugarejo de los Billetes Amorosos, antes, de tomar el camino del Visible Ardor. Ya veis que el itinerario está trazado, y la Pobre señorita de Scudéry no me perdonaría el que acortase las jornadas.

—Así os quiero ver, Majestad...

— ¿Os parece ahora que nos separemos?

— ¡Ay! ¡Preciso será, porque vienen a separarnos!

—En efecto —dijo Madame Enriqueta—; veo que nos traen la esfinge de la señorita de Tonnay Charente, con los toques de trompa que se suele entre los monteros mayores.

— Quedamos, pues, en que esta noche, durante el paseo, me deslizaré en el bosque, y hallando a La Vallière sin vos...

—Yo sabré alejarla. Corre de mi cuenta.

— ¡Muy bien! Me acercaré a ella entre sus compañeras, y lanzaré el primer dardo.

—Cuidado no erréis el tiro —dijo Madame sonriendo—; asestad bien al corazón.

Y la princesa se separó del rey para adelantarse a recibir a la bulliciosa comparsa, que acudía haciendo mil ceremonias y entonando con la boca los toques de caza.

CXII

EL BAILE DE LAS ESTACIONES

Terminada la merienda, verificada a cosa de las cinco, volvió el rey a su gabinete, donde le aguardaban los sastres.

Ibase a probar aquel famoso traje de la Primavera que había costado poner en tortura la imaginación y el ingenio de los dibujantes y adornistas de la Corte.

Respecto al baile en sí mismo, cada cual sabía su paso y se hallaba en disposición de poder figurar. Pero había resuelto hacer de eso un objeto de sorpresa. Así, apenas terminó su conferencia y regresó a su habitación, mandó llamar a sus dos maestros de ceremonias, Villeroy y Saint Aignan.

Los dos contestáronle que no se esperaba más que su orden, y que sólo faltaba principiar; pero para que el rey diese esa orden se necesitaba buen tiempo y una noche propicia.

El rey abrió la ventana; el polvo de oro de la tarde caía en el horizonte por entre los claros del bosque, blanco como la nieve, y la luna se dibujaba ya en el firmamento.

Ni un sólo pliegue sobre la superficie de las verdes aguas; los cisnes, reposando sobre sus alas cerradas como navíos anclados, parecían saturarse del calor de la atmósfera, la frescura del agua y el silencio de aquella admirable tarde.

Habiendo visto el rey todo aquello, y contemplando aquel bellísimo cuadro, dio la orden de que habían hablado los señores de Villeroy y Saint Aignan.

A fin de que esta orden fuese regiamente ejecutada, sólo faltaba dilucidar una cuestión que propuso Luis XIV a sus gentileshombres.

Esta cuestión sólo contenía dos palabras:

—¿Tenéis dinero?

—Majestad —respondió Saint Aignan—, ya nos hemos entendido con el señor Colbert.

— ¡Ah! Bien está.

—Sí, Majestad; y el señor Colbert ha dicho que vería a Vuestra Majestad así que manifestase su intención de proseguir las fiestas con arreglo al programa formado por vos mismo.

—Pues que venga el señor Colbert.

Como si Colbert hubiese estado escuchando a la puerta para estar al corriente de la conversación, entró no bien había acabado el rey de pronunciar su nombre delante de los dos cortesanos:

—¡Ah!, muy bien, señor Colbert... ¡Señores, a vuestros puestos!

Saint Aignan y Villeroy se despidieron.

El rey se sentó en un sillón cerca de la ventana.

—Esta noche se ejecuta mi baile, señor Colbert —dijo.

—Entonces, Majestad, ¿satisfago mañana las notas?

—¿Cómo es eso?

—He prometido a los proveedores saldar sus cuentas el día siguiente en que se celebre el baile.

—Bueno, señor Colbert, si habéis prometido, pagad.

—Muy bien, Majestad; pero para pagar, cómo decía el señor de Lesdiguières, se necesita dinero.

—Pues qué, ¿no han sido entregados los cuatro millones que prometió el señor Fouquet? Me olvidaba de preguntar, por ellos.

—Majestad, a la hora convenida estaban en Palacio.

—¿Y qué?

—Pues bien, Majestad, los vasos de colores, los fuegos artificiales, los violines y los cocineros se han comido cuatro millones en ocho días.

—¿Del todo?

—Hasta el último sueldo. Cada vez que Vuestra Majestad ha mandado iluminar las orillas del gran canal, se ha consumido tanto aceite como agua hay en los baños.

—Bien, bien, señor Colbert. En fin, ¿no tenéis dinero?

—¡Oh! Lo que es yo, no, Majestad; pero el señor Fouquet sí que lo tiene.

Y el rostro de Colbert se iluminó con siniestra alegría.

—¿Qué me queréis decir con eso? —preguntó Luis.

—Majestad, ya hemos hecho aprontar seis millones al señor Fouquet. Los ha entregado con bastante desahogo para que nos de todavía algunos más si hacen falta. Hoy la hacen; conque no hay más que pedírselos.

El rey frunció el ceño.

—Señor Colbert —dijo acentuando el nombre del hacendista—, no es así como yo lo entiendo; no quiero emplear contra un servidor mío medios tan onerosos que no pueden menos de embarazarle en el cumplimiento de sus obligaciones. El señor Fouquet ha dado seis millones en ocho días, y es bastante.

Colbert palideció.

—Sin embargo —se aventuró a decir—, Vuestra Majestad no usaba ese lenguaje hace algún tiempo; cuando llegaron, por ejemplo, las noticias de Belle Isle.

—Es verdad, señor Colbert.

—Pues nada creo que haya variado desde entonces; antes al contrario.

—En mi pensamiento todo ha cambiado, señor.

—¡Cómo! ¿No cree ya Vuestra Majestad en las tentativas?

—Mis asuntos son cosa mía, señor intendente, y ya os he manifestado que quiero manejarlos por mi mismo.

—Entonces —dijo Colbert temblando de cólera y de temor—, veo que he tenido la desgracia de incurrir en el desagrado de Vuestra Majestad.

— De ningún modo; sois muy de mi agrado.

— ¡Bah, Majestad! —exclamó el ministro con aquella aspereza afectada y hábil cuando se trataba de halagar el amor propio de Luis. ¿Cómo ha de ser del agrado de Vuestra Majestad una persona que deja de serle útil?

—Es que reservo vuestros servicios para mejor ocasión; y estad seguro de que no valdrán menos entonces.

—De suerte que la idea de Vuestra Majestad en este asunto ...

—¿Necesitáis dinero, señor Colbert?

—Setecientas mil libras, Majestad.

—Tomadlas de mi tesoro particular.

Colbert sé inclinó.

—Y —añadió Luis— como considero difícil que a pesar de vuestra economía, podáis hacer frente con una cantidad tan corta a los gastos que quiero hacer, voy a firmaros una cédula por tres millones.

Tomó el rey, una pluma y firmó en el acto. En seguida, entregando el papel a Colbert:

— No os dé cuidado —le dijo—; el plan que he adoptado es un plan del rey, señor Colbert.

Y con dales palabras, pronunciadas con toda la majestad de que el joven príncipe sabía revestirse en semejantes circunstancias, despidió a Colbert para dar audiencia a los sastres.

La orden dada por el rey se conocía ya por todo Fontainebleau; sabía que estrenaría su traje, y que el baile se celebraría aquella noche.

Corría la noticia rápidamente, y a su paso fue inflamando todas las locas ambiciones.

En el mismo instante, y como por encanto, todos cuantos sabían manejar una aguja; todos los que sabían distinguir un pespunte de unas calzas, como dice Molière, fueron convocados para servir de auxiliares a los elegantes y a las damas.

El rey acabó de vestirse a las nueve, y se presentó en su carroza descubierta y adornada con follaje y flores.

Las reinas habían tomado sitio en un magnífico estrado dispuesto a orillas del estanque, en un teatro de admirable elegancia.

En cinco horas los carpinteros habían ensamblado las piezas correspondientes de aquel teatro, los tapiceros habían puesto las colgaduras y alfombras, colocado los sitiales, y, como en virtud de una varita mágica, mil brazos, que se auxiliaban mutuamente en vez de estorbarse, habían construido el edificio en aquel sitio al sonido de las músicas, en tanto que los pirotécnicos iluminaban el teatro y las orillas del estanque con innumerables bujías.

Como el cielo iba esmaltándose de estrellas y no había ninguna nube, ni se oía el menor soplo de viento en los espesos bosques, como si la naturaleza misma hubiera querido acomodarse al capricho del príncipe; habíase dejado abierto el fondo del teatro; de suerte que, desde el primer término de la decoración, se divisaba por el fondo de aquel espléndido cielo tachonado de estrellas, aquella sábana de agua abrasada de fuego que en ella se reflejaba; y los contornos azulados de las grandes masas de bosque con sus redondeadas cumbres.

Cuando el rey apareció, toda la sala estaba llena, presentaba un conjunto deslumbrador de oro y pedrería, en el que la primera mirada no podía distinguir fisonomía alguna.

Poco a poco, cuando la vista se acostumbraba a tanto esplendor, aparecían las más raras beldades, como en el cielo aparecen a prima noche las estrellas, una a una, para quien cierra los ojos y vuelve después a abrirlos.

El teatro figuraba una arboleda; algunos faunos, levantando sus pies hendidos, saltaban por doquier; presentábase una dríada, excitándolos a que la persiguiesen, y, acudían a defenderla otras compañeras, de lo cual resultaba la contienda bailando.

Súbito debía aparecer, para restablecer el orden y la paz, la Primavera y toda su corte.

Los elementos, las potestades subalternas de la mitología, con sus atributos, precipitábanse en pos de su gracioso soberano.

Las Estaciones, aliadas de la Primavera, venían a formar a sus lados una contradanza, que, con letrillas más o menos lisonjeras, empezaban el baile. La música, compuesta de oboes, flautas y violas, describía los placeres campestres.

El rey entró en medio de una salva de aplausos.

Llevaba fina túnica de flores, que, en vez de desgraciarle, realzaba más y mas su talle esbelto y bien formado. , Su pierna, una de las más elegantes de la Corte,. lucía con ventaja en una media de seda de color carne, tan fina y transparente que nadie diría sino que .era la carne misma.

Unos soberbios zapatos de raso; color lila claro, con moños de flores y hojas, aprisionaban su pequeño pie.

El busto estaba en armonía con aquella base; hermosos cabellos ondulados, un aire de frescura realzado por el brillo de unos ojos azules que inflamaban dulcemente los corazones, una boca de labios sonrosados que se dignaba abrirse a fin de dar paso a la sonrisa; tal era el príncipe del año, a quien, con justo título, se había nombrado aquella noche el rey de todos los Amores.

Había en su porte algo de la majestad de un dios. Mejor que bailar parecía cernerse en el aire.

Aquella entrada produjo, pues, admirable efecto. De repente, como hemos dicho, se vio al conde de Saint Aignan, que procuraba acercarse al rey, o a Madame.

La primera, vestida con largo ropón, diáfano y ligero como las mas finas redecillas tejidas en Malinas, la rodilla diseñada a veces bajo los pliegues de la túnica, su pequeño pie calzado de seda, avanzaba radiante con su comitiva de bacantes, y llegaba ya al sitio que se le había elegido para bailar.

Los aplausos duraron tanto tiempo, que el conde tuvo el suficiente para acercarse al rey, que permanecía parado en un extremo.

—¿Qué hay, Saint Aignan? —preguntó la Primavera.

—¡Dios mío! —replicó el cortesano más pálido que la cera—. Me parece que Vuestra Majestad no ha pensado en el paso de los Frutos.

—Sí tal; se ha suprimido.

—No; Majestad; no habéis dado la orden, y la música lo conserva.

— ¡Vaya un contratiempo! —murmuró el rey——. Ese paso no puede ejecutarse, ya que el señor de Guiche está ausente. Habrá que suprimirlo.

—¡Oh! Majestad, un cuarto de hora de música sin baile va a dejar fríos a todos.

—Pero, conde, entonces...

—¡Oh, Majestad! No es esa la mayor desgracia, porque después de todo, la orquesta cortaría, mejor o peor; pero...

— ¿Pero qué?

—Es que el señor de Guiche está aquí.

—¿Aquí? —replicó el rey frunciendo el ceño—¿Estáis seguro?:..

—Y vestido para el baile, Majestad.

El rey sintió agolpársele la sangre al rostro.

—Estaréis equivocado —dijo.

—Si quiere convencerse Vuestra Majestad, mire a su derecha. El conde espera.

Luis se volvió vivamente hacia aquel lado; y vio, en efecto, a su derecha, radiante de belleza, con su traje de Vertumnio, a Guiche esperando que el rey le mirase para dirigirle la palabra.

Expresar el asombro del rey y el de Monsieur, que se agitó en su palco; decir los cuchicheos y oscilaciones de cabeza que se observaron en el salón; describir la extraña sorpresa que experimentó Madame a la vista de su pareja, es tarea que dejamos a otros más hábiles.

El rey había quedado boquiabierto y miraba al conde.

Este se acercó, respetuoso, doblado.

—Majestad —dijo—, vuestro más humilde súbdito viene a ofreceros sus servicios hoy, como en los días de batalla. Faltando el paso de los Frutos perdía el rey la mejor escena de su baile. No he querido que por mí dejara el rey de lucir, su hermosura, su habilidad y su gracia, y he dejado mis tierras para acudir en auxilio de mi príncipe.

Cada una de estas palabras deslizábase, mesurada, armoniosa y elocuente en los oídos de Luis XIV. La lisonja le agradó tanto como le había asombrado la osadía. Así fue que se limitó a decir:

—Yo no había dicho que volvieseis, conde.

— Verdad es, pero Vuestra Majestad no me había dicho que me quedase.

El rey veía que el tiempo iba pasando. La escena podía descomponerlo todo si se prolongaba demasiado. Una sola sombra podía echar a perder el cuadro.

El rey tenía, por otra parte, el corazón lleno de buenas ideas; y acababa de sorprender en los ojos tan expresivos de Madame una nueva inspiración.

La mirada de Enriqueta —le había dicho:

“Ya que tiene celos de vos; dividid las sospechas; el que desconfía de dos rivales no desconfía de ninguno.”

Madame triunfó con aquella hábil inspiración.

El rey sonrió a Guiche.

Guiche no comprendió una palabra del lenguaje mudo de Madame. Únicamente notó que ésta afectaba no mirarle. Así fue que atribuyó el favor alcanzado al corazón de la princesa.

El rey supo agradar a todo el mundo. Monsieur fue el único que nada comprendió.

El baile comenzó, y fue espléndido.

Cuando los violines pusieron en movimiento, con su melodía, a aquellos ilustres bailarines, cuando la pantomima ingenua de aquella época, mucho más ingenua aún por la mediocre habilidad de los augustos histriones; llegó a su punto culminante de triunfo, parecía que el salón se desplomaba en aplausos.

Guiche brilló como un sol, pero como un sol cortesano que se resigna al segundo papel.

Desdeñado su triunfo, por el cual Madame no le manifestaba reconocimiento alguno, no pensó más que en reconquistar osadamente la preferencia ostensible de la princesa.

Esta no le concedió ni una mirada.

Poco a poco toda su alegría; todo su brillo se fueron extinguiendo en el dolor y la inquietud; de modo que sus piernas perdieron elasticidad, sus brazos se volvieron pesados, y se le embotaron los sentidos.

El rey, desde aquel momento, fue sin disputa el primer bailarín del rigodón, y, conociéndolo así, dirigió una mirada de soslayo a su rival vencido.

Guiche no era ya ni cortesano; bailaba mal, sin adulación, y muy pronto cesó de bailar enteramente. El rey y Madame triunfaron.

CXIII

LAS NINFAS DEL PARQUE DE FONTAINEBLEAU

El rey se detuvo un instante a gozar de su triunfo, que, como hemos dicho, era tan completo como podía desear.

Después se volvió hacia Madame, para admirarla también a su vez. Los jóvenes aman quizá con más viveza, más ardor, más pasión que las personas de edad madura; pero tienen al mismo tiempo desarrollados todos los demás sentimientos en proporción a su juventud y a su vigor, siendo en ellos casi siempre el amor propio un equivalente del amor; combatido este último sentimiento por las leyes de la ponderación, jamás adquiere el grado de perfección a que llega en hombres y mujeres de treinta a treinta y cinco años.

Luis pensaba, pues, en Madame, pero sólo después de haber pensado bien en sí mismo, y Madame pensaba mucho en sí propia, sin pensar tal vez lo más mínimo en el rey.

Pero la víctima, en medio de todos estos amoríos y amores propios reales, era Guiche.

De manera que todo el mundo podía notar a la vez la agitación y postración del pobre gentilhombre, y esa postración era tanto más de observar, cuanto que nadie hasta entonces había visto a Guiche desmayar hasta el extremo de caérsele los brazos, entorpecérsele la cabeza y perder la llama de sus ojos. De ordinario, nadie pasaba cuidado por él en punto a cuestiones de gusto y elegancia.

La derrota de Guiche fue atribuida, por el mayor número, a su habilidad de cortesano.

Mas otros también, pues nunca faltan en la Corte ojos perspicaces, advirtieron su palidez y atonía, que no podía fingir ni ocultar, y de ahí infirieron que Guiche no representaba una comedia de adulación.

Aquellos padecimientos, aquellos triunfos, aquellos comentarios quedaron envueltos y perdidos en el ruido de los aplausos.

Pero, cuando las reinas hubieron manifestado su satisfacción y los espectadores su entusiasmo; cuando el rey marchó a su cuarto para mudar de traje, mientras Monsieur, ves tido de mujer, según su costumbre, bailaba a su vez, Guiche, recobrado algún tanto, se aproximó a Madame, que, sentada en el fondo del teatro, esperaba la segunda entrada, y habíase colocado aislada en medio de la multitud, como para calcular anticipadamente sus efectos coreográficos.

Fácil es concebir que, absorta en esa grave meditación, no viese, o por lo menos aparentase no ver, lo que pasaba en torno suyo.

Guiche, encontrándola sola junto a un matorral de tela pintada, se acercó a Madame.

Dos de sus camaristas, vestidas de hamadríadas, viendo a Guiche se apartaron por respeto.

Guiche se adelantó al medio del círculo y saludó a Su Alteza Real. Pero Su Alteza Real, notase o no el saludo, ni se dignó volver la cabezas

Sintió e1 desventurado helársele la sangre en las venas; no podía presumir una indiferencia tan completa, lo cual no era de extrañar, si se atiende a que nada había visto ni sabido, y de consiguiente nada podía tampoco adivinar. Advirtiendo, pues, que su saludo no obtenía la menor contestación, se adelantó un paso más, y con voz que disimulaba muy mal la agitación que le devoraba.

—Tengo el honor —dijo— de ofrecer mis humildes respetos a Madame.

Esta vez Su Alteza Real se dignó volver sus lánguidos ojos hacia el conde, diciendo:

—¡Hola, señor de Guiche! ¿Sois vos? Buenas noches.

Y volvió a otro lado la cabeza. El conde estuvo a punto de perder la paciencia.

—Vuestra Alteza Real ha bailado admirablemente bien —dijo.

—¿De veras? —replicó Madame con indiferencia.

—Sí; —el personaje que representa Vuestra Alteza Real no puede ser más ajustado a su carácter.

Madame se volvió hacia Guiche, y, dirigiéndole una mirada fija y penetrante:

—¿Qué queréis decir con eso? —preguntó.

—Una cosa sencillamente.

—¡A ver! Explicaos.

—Representáis, señora, una divinidad bella, desdeñosa y ligera.

—¿Habláis de Pomona, señor conde?

—Hablo de la diosa que representa Vuestra Alteza Real. Madame permaneció un instante con los labios crispados.

—Y vos mismo, caballero —dijo—, ¿no sois también un bailarín excelente?

— ¡Oh! Yo, señora, soy de aquellos en quienes nadie repara, o que, si por casualidad tuvieron esa suerte, son olvidados muy pronto.

Y a estas palabras, acompañadas de uno de esos suspiros que hacen estremecer todas las fibras del cuerpo, lleno el corazón de angustia, enardecida la cabeza y la vista vacilante, saludó a Madame, y retiróse detrás del matorral de tela.

La princesa, por toda contestación, se encogió ligeramente de hombros. Y, como sus camaristas permanecían retiradas por discreción, les hizo seña de que se acercasen.

Eran las señoritas de Tonnay Charente y la de Montalais.

Al ver la seña, acudieron presurosas las dos.

—¿Habéis oído, señoritas? —preguntó la princesa.

—¿Qué, señora?

—Lo que ha dicho el señor conde de Guiche.

—No.

—¡Es particular! —continuó la princesa con acento de compasión—. ¡Cómo el destierro ha debilitado el ánimo de ese pobre señor de Guiche!

Y levantando más la voz, para que el desventurado no perdiera una sola palabra.

—Después de haber bailado bastante mal —continuó—, cuando ha querido hablar no se le han ocurrido más que insulseces.

Y luego se levantó, tarareando el aire que iba a bailar.

Guiche lo había oído todo. El dardo penetró en lo más profundo de su corazón y lo desgarró.

Entonces, a riesgo de interrumpir el orden de la fiesta con su despecho, huyó, haciendo pedazos su lucido traje de Vertumnio, y sembrando por el camino los pámpanos, las moras, las hojas de almendro y todos los pequeños atributos artificiales de su divinidad.

Un cuarto de hora después estaba de vuelta en el teatro. Mas era fácil conocer que sólo había podido traerle allí otra vez un poderoso esfuerzo de la razón sobre la locura, o tal vez, pues así es el corazón humano, la misma imposibilidad de permanecer separado por más tiempo de la que le destrozaba el corazón:

Madame acababa de bailar su paso.

Lo vio, mas no lo miró; y él, irritado, furioso, le volvió a su vez la espalda cuando la princesa pasó escoltada de sus ninfas y de cien aduladores.

Mientras esto sucedía, al otro extrema del teatro, junto al estanque, una mujer estaba sentada, los ojos fijos en una de las ventanas del teatro.

Por aquella ventana salían torrentes de luz. Era la ventana del palco real.

Cuando Guiche abandonó el teatro para buscar el aire de que tanta precisión tenía, pasó junto a aquella, mujer, y la saludó.

Ella, por su parte, así que vio a Guiche se levantó como mujer sorprendida en medio de ideas que quisiera ocultar a sí misma.

Guiche la reconoció. Se detuvo. Buenas noches, señorita dijo vivamente.

— Buenas noches, señor conde.

—¡Ah, señorita de La Vallière —prosiguió Guiche—, cuánto ' me alegro de veros!

—Y yo también, señor conde, me alegro de este encuentro casual —dijo la joven haciendo un movimiento como para ausentarse.

—¡Oh, no, no! No me dejéis —dijo Guiche extendiendo hacia ella su mano—, porque de esa manera desmentiríais las cariñosas palabras que acabáis de pronunciar. Quedaos,

señorita; la noche no puede ser más hermosa. ¡Huís del ruido! ¡Amáis la soledad!... Lo comprendo perfectamente; todas las mujeres que tienen corazón son así. A ninguna de ellas se la verá aburrirse lejos del torbellino de todos esos placeres ruidosos.. ¡Ay, señorita, señorita!

— ¿Pero qué os pasa, señor conde? —preguntó La Vallière con algún sobresalto—. Parece que estáis agitado.

— ¿Yo? No lo creáis.

—Entonces, señor conde, permitidme que aproveche esta ocasión a fin de daros las gracias por el favor que me habéis dispensado. Sé que debo a vuestra protección el contarme hoy entre las camaristas de la princesa.

—¡Ah, sí! Ahora recuerdo. Y me felicito por ello, señorita. Decidme: ¿amáis a alguien?

—¿Yo?

— ¡Oh! Perdón, no sé lo que digo; mil veces perdón. Razón tenía Madame en decir que este brutal destierro ha trastornado mi juicio.

—Pues creo que el rey os ha recibido bastante bien, señor, conde.

—¿Creéis...?

— Bien... quizá... sí ...

—Sin duda; porque al fin habéis vuelto sin permiso suyo.

—Es verdad, y creo que tenéis razón, señorita... Decidme, ¿habéis visto por aquí al señor vizconde de Bragelonne?

La Vallière estremecióse al oír aquel nombre.

—¿Por qué me hacéis esa pregunta? —dijo.

—¡Oh, Dios mío! ¿Os habré lastimado otra vez? —repuso Guiche—. ¡En tal caso, preciso es confesar que soy muy desgraciado, muy digno de compasión!

—¡Lo sois, efectivamente, señor conde, pues al parecer debéis sufrir cruelmente!

—¡Ay, señorita! ¡Si tuviese yo una hermana afectuosa, una excelente amiga!

— Tenéis amigos, señor de Guiche; y el señor vizconde de Bragelonne, de quien me hablábais hace poco, creo que es uno de esos buenos amigos.

—Sí, sí, en efecto, es uno *de mis* buenos amigos. ¡Adiós, señorita, adiós! Recibid todos mis respetos.

Y escapó como un loco hacia la parte del estanque.

Su negra sombra se deslizaba, agrandándose, entre los luminosos tejos y las amplias ondulaciones resplandecientes del agua.

La Valliére permaneció mirándole por algún tiempo con. un sentimiento de compasión.

—¡Oh! ¡Sí, sí! —dijo—. Sufre, y principió a comprender por qué. Apenas acababa de pronunciar estas palabras, cuando llegaron sus amigas, las señoritas, de Montalais y de Tonnay Charente..

Habían concluido ya su servicio, y, después de quitarse sus trajes de ninfas, acudían en busca de su compañera, gozosas de los triunfos obtenidos en aquella hermosa noche.

—¡Ya aquí! —exclamaron—. Creíamos ser las primeras en llegar a la cita.

—Hace un cuarto de hora que he venido—repuso La Vallière— ¿No os ha divertido el baile.

—No.

—¿Y todo el espectáculo?

—Tampoco. En punto a espectáculos, me gusta más el de esos bosques sombríos, por entre cuya espesura resplandece aquí y acullá una luz que pasa como un ojo de fuego, ora abierto, ora cerrado.

—La Vallière es poetisa —dijo Tonnay Charente.

—Es decir, insoportable —siguió Montalais—. Siempre que se trata de reír un poco o de divertirse en algo, La Valliére llora; y cuando nos toca llorar, porque se nos ha perdido algún trapito, o han picado nuestro amor propio, o nos hallamos con algún adorno sin efecto, La Vallière ríe.

— ¡Oh! Pues lo que es yo no soy así '–dijo la señorita de Tonnay Charente—. Soy mujer; y mujer como pocas; quien me ama me lisonjea, quien me lisonjea me agrada con sus lisonjas, y quien me agrada.

—Basta, basta, que no acabarás —dijo Montalais.

— Dificilillo sería —repuso la señorita de Tonnay Charente riendo a carcajadas—. Acaba por mí, tú que tienes tanta agudeza.

—Y vos, Luisa —preguntó Montalais— ¿encontráis quién os agrade?.

—Eso no le importa a nadie —dijo la joven levantándose del banco de musgo donde había estado recostada todo el tiempo que duró él baile—. Ahora, señoritas, hemos formado el proyecto de divertirnos esta noche sin espías y sin escolta.

— Somos tres que congeniamos muy bien, y hace un tiempo hermosísimo; mirad allá abajo ved la luna que sube dulcemente al cielo, y platea las cimas de los castaños y encinas. ¡Oh! ¡Qué hermoso es el paseo, qué bella la libertad! ¡Cuánto me alegra la menuda hierba de los bosques, y qué placer siento en vuestra amistad! Agarrémonos del braza y vayamos hacia aquellos corpulentos árboles. Allá están todos ocupados en adornarse para un paseo de aparato, y se ensillan caballos y se enganchan carruajes; tal vez estén disponiendo las mulas de la reina o las cuatro yeguas blancas de Madame. Busquemos nosotras un lugar donde las miradas no puedan sorprendernos, ni pueda nadie seguir nuestros pasos. ¿Os acordáis, Montalais, de los bosques de Cheverny y de Chambord, y de los álamos sin fin de Blois? ¡Cuántas esperanzas nos hemos comunicado allí una y otra!

— Y también muchos secretos.

—Sí.

—Yo —repuso la señorita de Tonnay Charente— también pienso mucho; pero cuidado...

—El caso es que nunca dices nada —dijo Montalais—; de modo que lo que piensa la señorita de Tonnay Charente, sólo lo sabe Atenaida.

— ¡Silencio! — exclamó la señorita de La Vallière—. Oigo pasos que se acercan por ese lado.

— ¡Pues pronto, pronto, a los cañaverales! —dijo Montalais—. Agachaos, Atenaida, que sois demasiado alta.

La señorita de Tonnay Charente se agachó.

Casi en el mismo instante vieron, en efecto, avanzar por la menuda arena de la arboleda paralela a la ribera dos caballeros, que venían cogidos del brazo y con la cabeza baja.

Las mujeres acurrucáronse hasta hacerse imperceptibles.

—Es el señor de Guiche —dijo Montalais al oído de la señorita de Tonnay Charente.

—Es el señor de Bragelonne —dijo esta última al oído de la señorita de La Vallière.

Ambos jóvenes continuaban acercándose y hablando en voz animada.

—Por aquí estaba hace un momento— dijo el conde—. Si no hubiera hecho más que verla, diría que había sido una aparición; pero la he hablado también.

—¿De modo que estáis seguro?

—Sí; pero tal vez le haya infundido miedo.

— ¡Miedo! ¿Y por qué?

—¡Ah! Estaba loco aún, de resultas de lo que ya sabéis; y no sería extraño que, no habiendo comprendido nada de lo que le dije, haya cobrado miedo.

—¡Oh! —murmuró Bragelonne—. No os dé cuidado eso, amigo mío. Ella es buena ,y sabrá disculparos; tiene talento, y sabrá comprender.

—Sí, mas si ha comprendido, y ha comprendido demasiado bien...

—¿Qué?

— Hablar.

—¡Oh! No conocéis a Luisa, conde —dijo Raúl—. Luisa posee todas las virtudes, y no tiene el menor defecto.

En esto pasaron por delante las jóvenes, y conforme se alejaban, sus voces se reían poco a poco.

— ¿Es que el vizconde de Bragelonne ha dicho Luisa al hablar de vos, La Vallière? ——dijo la señorita de Tonnay Charente.

—Nos hemos criado juntos —contestó la señorita de La Vallière— y nos conocemos desde niños.

—Y luego, todo el mundo sabe que es tu prometido.

—¡Ah! Pues yo lo ignoraba.

— ¿Es verdad eso, señorita?

—Lo que hay —respondió ruborizándose la señorita de La Vallière— es que M. de Bragelonne me ha hecho el honor de pedir mi mano... Pero...

—¿Qué?

—Pero parece que el rey...

¯¿Qué?

—No quiere consentir en este matrimonio.

— ¡Ea! ¿Y por qué se mezcla el rey en eso? —exclamó Aura con acrimonio—. ¿Tiene acaso derecho a mezclarse en estas cosas?... La política es la política, como decía Maza-

rino; pero el amor es el amor; y ya que tú amas al señor de Bragelonne, y él te ama, casaos. Yo os doy mi consentimiento.

Atenaida se echó a reír.

—¡Oh! ¡Hablo seriamente!—continuó Montalais—. Y creo que en este caso valga mi opinión por lo menos tanto como la del rey. ¿No es verdad, Luisa?

—Vamos, vamos, ya han pasado esos dos caballeros ——dijo. La Valliére— aprovechémonos de la soledad para atravesar la pradera e internarnos en el bosque.

—Y pronto —dijo Atenaida—, pues veo salir luces del palacio y del teatro, y se me figura que han de ir precediendo a alguna ilustre comitiva.

—Corramos —dijeron las tres. Y, recogiendo graciosamente los largos pliegues de sus vestidos de seda, salvaron con presteza el espacio que mediaba entre el estanque y la parte más obscura del bosque. Montalais, ligera como una corza, y Atenaida, ardiente como una lobezna, saltaban en la seca hierba, y a veces, un Acteón temerario hubiera podido divisar en la penumbra su pierna pura y atrevida, que se delineaba bajo el espeso contorno de las faldas de raso.

La Vallière, más delicada y más púdica, dejaba flotar sus vestidos, y no pudiendo andar tan de prisa por la debilidad de su pie, no tardó en pedir gracia.

Quedóse, pues, detrás; pero obligó a sus compañeras a que la aguardasen.

En aquel instante, un hombre, ocultó en un foso lleno de pequeños sauces, subió con presteza el talud del foso, y echó a correr hacia el palacio.

Las tres jóvenes, por su parte, llegaron a los linderos del parque, cuyas avenidas conocían perfectamente.

Grandes vallados de flores guarnecían los fosos, y esta parte del castillo se hallaba cercada con barreras que protegían a los paseantes contra la invasión de caballos y carruajes.

En efecto, oíanse rodar a lo lejos sobre el suelo firme del camino los carruajes de las reinas y de Madame. Varios jinetes las seguían con el ruido tan bien imitado por los versos cadenciosos de Virgilio.

Algunas músicas lejanas, respondían a aquel ruido, y, cuando las armonías cesaban, el ruiseñor, cantor lleno de orgullo, enviaba a la reunión congregada bajo la sombra de los árboles, sus cantos suaves, melodiosos y complicados.

En torno al cantar brillaban, en el fondo negro de los copudos árboles, los ojos de algún alucón sensible a la armonía.

De modo que aquella fiesta de toda la Corte era también la fiesta de los huéspedes misteriosos de los bosques; porque seguramente la corza escuchaba en su helecho, el faisán en su rama, y el zorro en su madriguera.

Adivinábase la vida de toda aquella población nocturna e invisible en los bruscos movimientos que se notaban de pronto en las hojas.

Entonces las ninfas de los bosques lanzaban un pequeño grito; mas, tranquilizadas al punto, reían y continuaban su paseó.

Llegaron así a la encina real, venerable resto de una encina que, en su juventud, había oído los suspiros de Enrique II por la hermosa Diana de Poitiers, y, más adelante los de Enrique IV por la bella Gabriela de Estrées.

Bajo aquella encina, los, jardineros habían acumulado el musgo y el césped, de tal modo que ningún lecho ofreció nunca mejor descanso a los miembros fatigados de un rey.

El tronco del árbol formaba un respaldo rugoso, pero lo bastante ancho para cuatro personas.

Bajo las ramas que oblicuaban hacia el tronco, las voces se perdían al infiltrarse hacia los cielos.

CXIV

LO QUE SE DECIA BAJO LA ENCINA REAL

En la dulzura del aire, en— el silencio de las hojas, había un mudo compromiso para aquellas jóvenes de convertir en seguida la conversación frívola en, otra más seria.

Hasta la que tenía el carácter más alegre, la Montalais, por ejemplo, fue la primera que se sintió arrastrada a ello, y dio principio con un _ suspiro.

—iQué placer siento —dijo— al vernos aquí libres, solas y con derecho a ser francas, sobre todo con nosotras mismas!

—Sí —dijo la señorita de Tonnay—Charente—; pues la Corte, por brillante que sea, encubre siempre

una mentira bajo los pliegues del terciopelo o el resplandor de los diamantes.

—Yo —repuso La Vallière—, nunca sé mentir, pues cuando no puedo decir la verdad, me callo.

—No gozaréis¯ de favor ¯por mucho tiempo, amiga mía —dijo Montalais—; aquí no es como en Blois, donde contábamos a la vieja Madame todos nuestros enfados y todas nuestras envidias. Madame tenía días en que se acordaba de haber sido joven. En esos días, cualquiera que hablase con —Madame encontraba en ella una amiga sincera Madame nos contaba sus amores con Monsieur, y nosotras le referíamos sus amores con otros, o por lo menos las rumores que habían corrido sobre sus galanterías. ¡Pobre mujer! ¡Tan inocente! Ella reía, y nosotras también. — ¿Dónde está ahora?

—¡Vaya, Montalais, jovial Montalais! —exclamó La Vallière—. Veo que todavía suspiras; los bosques te inspiran, y estay por decir que esta noche te hallo casi razonable.

——Señoritas —dijo Atenaida—, no debéis echar tan de menos la corte de Blois, como para que no

;os tengáis por dichosas en estar entre nosotras. Una Corte, es el lugar adonde van los hombres y las mujeres. para hablar de cosas que las madres y los tutores, y principalmente los confesores, prohíben con severidad. En la Corte dícense esas cosas bajo privilegio del rey y. de las reinas. ¿No es esto un placer? '

—¡Vaya, Atenaida! —murmuró Luisa ruborizándose.

—Atenaida es franca esta noche —dijo Montalais—; aprovechémonos.

—Sí,, aprovechaos;' pues conozco que esta noche podrían: arrancarme hasta los' secretos mas íntimos de mi corazón.

—¡Lástima que no esté aquí el señor de Montespán! —repuso Montalais.

—¿Creéis que amo al señor de Montespán? —murmuró la hermosa joven.

—Creo que es buen mozo.

—Sí; y no es pequeña ventaja a mis ojos.

—Ya veis.

—Diré más; de todos los hombres que aquí se encuentran, es el mejor mozo y el más...

—¿Qué suena por ahí? —dijo La Vallière haciendo un movimiento brusco sobre el banco de musgo.

—Algún gamo, que huye entre las ramas.

—Yo no tengo miedo más que a los hombres —dijo Atenaida. Cuando no se asemejan al señor de Montespán.

—No sigáis con esa broma... Verdad es que el señor de Montespán me obsequia; pero eso a nada compromete. ¿No tenemos ahí a Guiche que emplea delicadas atenciones con Madame?

—¡Pobre muchacho! —dijo La Vallière:

—¿Por qué pobre?... Me parece que Madame es bastante bella y bastante gran señora.

La Vallière meneó dolorosamente la cabeza.

—Cuando se ama —dijo—, no es ni a la hermosa ni a la gran señora; mis queridas amigas, cuando se ama, debe mirarse más que el corazón y los ojos de la persona amada. Montalais soltó una, estrepitosa carcajada.

—El corazón… los ojos... ¡Bah! Niñerías —dijo.

—Yo hablo por mí —repuso La Vallière.

— ¡Nobles sentimientos! —dijo Atenaida con aire protector, pero frío.

—¿No son los vuestros, señorita? —dijo Luisa.

—Enteramente; pero no puedo menos de decir una cosa: ¿cómo puede compadecerse aun hombre que rinde atenciones a una mujer como Madame? Si existe desproporción, es seguramente de parte del conde.

—¡Oh! ¡No, no! —replicó La Vallière—. Es de parte de Madame.

—No os comprendo.

—Me explicaré. Madame, ni siquiera tiene el deseo de saber lo que es amor. Juega con este sentimiento como los niños con los fuegos artificiales, una de cuyas chispas sería suficiente para incendiar un palacio. Hay en eso brillo, y es todo cuanto necesita. Alegría y amor, es el tejido de que quiere formar su vida. El señor de Guiche amará a esa ilustre dama; pero ella no le amará nunca.

Atenaida soltó una desdeñosa carcajada.

—¿Pues quién ama por ventura? —dijo—. ¿Qué se han hecho vuestros nobles sentimientos de hace poco? ¿No consiste la virtud de una mujer en negarse a toda intriga que pueda tener consecuencias? Una mujer bien organizada y dotada de un corazón generoso, debe mirar a los, hombres, hacerse amar, adorar de ellos, y decir una vez al menos en su, vida: "Se me figura que si yo no hubiera sido lo que soy, habría aborrecido a aquél menos que a los demás."

—¿Y es eso —murmuró La Valliére juntando, las manos— todo cuanto ofrecéis al señor de Montespán?

—Seguramente; lo, mismo a él qué a otro cualquiera. Yo os he manifestado que reconocía en él cierta superioridad. ¿No os parece bastante? Querida mía, para eso somos mujeres, es decir, reinas, durante todo el tiempo que nos da la naturaleza para ejercer ese mando, de quince a treinta y cinco años. Libre sois de tener corazón después, cuando ya no tengáis más que eso...

—¡Oh, oh! —dijo La Vallière.

—¡Perfectamente! —exclamó Montalais—. ¡He ahí una mujer cabal! ¡Iréis lejos, Atenaida!

— ¿No aprobáis lo que digo?

¯¡Oh! ¡De pe a pa! —dijo la risueña joven.

— Sin duda, bromeáis, Montalais —repuso Luisa.

—No, no; apruebo cuanto acaba de decir Atenaida; pero...

—¿Pero qué?

— Sucede que no puedo ponerlo por obra. Tengo los principios más completos, y formo resoluciones; en cuya comparación los problemas del estatúder y del rey de España son juegos de niño; mas llega el día de la ejecución, y como si nada.

—¿Flaqueáis? —pregunto Atenaida con desdén.

— Indignamente.

— ¡Desastrosa naturaleza! —replicó Atenaida—. Pero al menos elegís.

—A fe... a fe mía que no. La fortuna se complace en contrariarme en todo, y por más que sueña con emperadores, sólo me encuentro con...

—¡Aura! ¡Aura! —exclamó La Vallière—. ¡Por piedad, no sacrifiquéis al placer de decir un chiste, a los que os aman con cariño tan verdadero!

—¡Oh! Respecto a eso, me da bien poco cuidado; los que me aman se tienen por dichosos con que yo no los despida, querida. El mal será para mí si incurro en alguna debilidad; pero, ¡ay de los hombres si la vengo en ellos!

—¡Aura!

— Tenéis razón —dijo Atenaida—, y quizá con esa táctica consigáis el mismo objeto. Eso se llama ser coqueta, señoritas. Los hombres, que son necios en muchas cosas, lo son especialmente en ésta: en confundir bajo la palabra coquetería el orgullo de una mujer y su variabilidad. Yo soy orgullosa, es decir, inconquistable; maltrato a los pretendientes, pero sin la menor pretensión de retenerlos. Los hombres dicen que soy coqueta, porque tienen el amor propio de creer que los deseó. Otras mujeres, como por ejemplo Montalais, se dejan ablandar con las lisonjas, y serían perdidas irremisiblemente sin el feliz resorte del instinto, que les impulsa a variar de repente y a castigar al mismo cuyos obsequios aceptaban antes.

—¡Bella disertación! dijo Montalais con el acento de un piloto que se complace en oír elogiar su pericia.

—¡Odiosa! —murmuró, Luisa: —Gracias a esa coquetería, porque ésa es la verdadera coquetería —continuó la señorita de Tonnay Charente—, el amante que estaba una hora

antes hinchado de orgullo, pierde en un minuto toda la hinchazón de su amor propio. Tomaba ya aires victoriosos, y retrocede; iba a protegernos, y se prosterna de nuevo. Resulta de ahí que en lugar de tener un marido celoso, incómodo, fastidioso, tenemos un amante siempre tímido, solícito y sumiso, por la sencilla razón de que halla una amante siempre nueva. Eso es, señoritas, y estad persuadidas de ello, lo que exige la coquetería. Con semejante medio, se puede llegar a ser reina entre las mujeres, cuando no se ha recibido del cielo el don precioso de tener a raya el corazón y el entendimiento.

— ¡Oh, qué hábil sois,—dijo Montalais—, y qué bien entendéis el deber de las mujeres!

—Yo me formo una felicidad particular —dijo Atenaida modestamente—, y, como todos los enamorados débiles, procuro defenderme contra la opresión de los más f uertes.

—La Vallière no dice una palabra.

—¿Será que no aprueba nuestro modo de pensar?

—Yo, ni lo comprendo siquiera.

— Habláis como seres que no estuviesen destinados a vivir en esta tierra.

—¡Bonita es vuestra tierra! —dijo Montalais.

—¡Una tierra —repuso Atenaida—, donde el hombre inciensa a la mujer par. hacerla caer aturdida, donde la insulta cuando ha caído.

— ¿Y quién os habla de caer? —dijo Luisa.

— ¡Ah! ¡Esa es una teoría nueva, querida! Veamos qué medios tenéis para no quedar vencida, si os dejáis arrastrar, por el amor.

—¡Oh! —exclamó la joven levantando al cielo sus encantadores ojos humedecidos—. ¡Oh! Si supieseis lo que es un, corazón, yo me explicaría y os convencería; un corazón amante es más fuerte que toda vuestra coquetería y todo vuestro orgullo. Nunca una mujer es amada, así lo creo, y Dios me oye; nunca un hombre ama con idolatría, sino cuando conoce que es amado. Déjese a los viejos de comedia el considerarse adorados por coquetas. Los jóvenes saben lo que es eso, y no se engañan tan fácilmente; si llegan a concebir por una mujer coqueta un deseo, una efervescencia, un furor, ya veis que no me quedo corta; si, en una palabra; la coqueta puede volverlos locos, jamás llegará a hacerlos enamorados. El amor, tal como yo lo entiendo, es un sacrificio continuo, absoluto, entero; pero no el sacrificio de una sola de las partes, sino la abnegación completa de dos almas que quieren fundirse en una sola. Si llego a amar alguna vez, rogaré a mi amante que me deje libre, y pura; le diré, y sabrá comprenderme, que mi alma se halla destrozada por la negativa que le opongo; y él, que me amará, conociendo la dolorosa inmensidad de mi sacrificio, se sacrificará a su vez como yo, y me respetará y no tratará de hacerme caer para injuriarme después de caída, como decíais hace poco, blasfemando contra el amor, tal como yo lo comprendo. Así es como yo amo. Venidme ahora a decir que mi amante me despreciará; yo os aseguro, que no, a menos que sea el más miserable de los hombres, y el corazón me dice que nunca elegiré esa clase de personas. Mi mirada sabrá recompensar sus sacrificios, o le impondrán virtudes que jamás hubiera creído tener.

—¡Pero, Luisa —murmuró Montalais—, lo que estáis diciendo no lo ponéis en práctica!

—¿Qué queréis decir?

—Sois amada, adorada por Raúl de Bragelonne, y el infeliz joven es víctima de vuestra virtud, como lo sería, y aun quizá más, de mi coquetería o del orgullo de Atenaida.

—Esto es una subdivisión de la coquetería —dijo Atenaida—, y a lo que veo, esta señorita la practica sin sospecharlo siquiera.

—¡Oh! —murmuró La Vallière.

—Sí; eso se llama el instinto: perfecta sensibilidad, exquisita pureza de sentimientos, alarde perpetuo de impulsos apasionados, que jamás se ven satisfechos. ¡Oh! También ésa es una táctica muy hábil y eficaz. En verdad, ahora que reflexiono sobre ello, hubiera preferido esta táctica a mi orgullo para combatir a los hombres, pues ofrece la ventaja de hacer creer a veces en la convicción; pero, desde luego, sin que sea visto por eso que quiera condenarme a mí propia, la considero superior a la simple coquetería de Montalais.

Las dos jóvenes se echaron a reír. La Vallière fue la única que guardó silencio, meneando la cabeza. Luego, tras de un silencio…

—Si me dijeseis la cuarta parte de lo que me acabáis de decir en presencia de un hombre —dijo—, o estuviese persuadida de que lo pensáis así, me moriría de vergüenza y de sentimiento en este sitio.

—Pues bien, ya os podéis morir, tierna paloma —replicó la señorita de Tonnay Charente—, porque si aquí no hay hombres, hay por lo menos dos mujeres, amigas vuestras, que os declaran convicta de ser una coqueta instintiva, una coqueta ingenua, es decir, la especie más peligrosa de coquetas que existe en el mundo.

— ¡Oh, señoritas! —replicó La Vallière ruborizándose, y a punto de llorar.

Las dos compañeras prorrumpieron en nuevas risas a su costa. .

—Pues bien, yo pediré informes a Bragelonne.

—¿A Bragelonne? —preguntó Atenaida.

—Sí, a ese mancebo, intrépido como César, fino y espiritual como el señor Fouquet, a ese pobre mozo que hace doce años que te conoce, te ama, y que, sin embargo si hemos de dar crédito a tus palabras, no ha llegado a besar nunca la punta de tus dedos.

—A ver cómo nos explicáis esa crueldad, vos, la mujer de corazón —dijo Atenaida a La Vallière.

— Os la explicaré con una sola palabra: virtud. ¿Negaréis que existe la virtud?

—Vamos, Luisa, no mientas—dijo Aura cogiéndole la mano.

—¿Pues qué queréis que os diga? —murmuró La Va1lière.

—Lo que os parezca. Pero, por mucho que digáis, insisto en la opinión que he formado de vos. Coqueta de instinto, coqueta ingenua, o sea, ya lo he dicho y lo repito, la más peligrosa de todas las coquetas.

—¡Oh! No, no; por favor, ¡no creáis semejante cosa!

— ¡Cómo! ¡Doce años de rigor absoluto!

—¡Oh! Hace doce años no tenía yo más que cinco. No puede imputarse a la joven el abandono de la niña.

— Bien, tienes diez y siete años: tres años en lugar de doce. Desde hace tres años, habéis sido constante y enteramente cruel. Teníais en contra vuestra los solitarios bosque

de Blois, las citas en que se cuentan las estrellas, las sesiones nocturnas bajo los plátanos, sus veinte años que hablaban a vuestros catorce, y el fuego de sus ojos que os hablaba a vos misma.

—Está bien, está bien; pero él es así.

—¡Varaos, imposible!

—Pero, Dios mío, ¿por qué imposible?

— Dinos cosas creíbles, querida mía, y te creeremos.

—Pues suponed una cosa.

— ¿Cuál?

— Veamos.

— Acabad o supondremos mucho más de lo que queréis.

—Supongamos, entonces, supongamos que yo creía amar, y que no amo.

—¿Cómo que no amas?

— ¡Qué queréis! Si he sido diferente de lo que son las demás, cuando aman, eso consiste en que no amo, en que no ha llegado todavía mi hora.

—¡Luisa, Luisa! —dijo Montalais—. Cuidado; mira lo que dices, que voy a recordar tus palabras de hace poco. Raúl no se halla aquí, y no es razón que le maltrates en su ausencia. Sé caritativa, y si, reflexionándolo bien, conoces que no le amas, díselo a él mismo. ¡Pobre joven!

Y se echó a reír.

—Esta señorita compadecía hace poco al señor de Guiche —dijo Atenaida—. ¿No se podría hallar la explicación de esa indiferencia hacia él en la compasión hacia el otro?

—Abrumadme, señoritas —replicó tristemente La Vallière—, abrumadme, puesto que no me comprendéis.

—¡Oh! ¡Oh! —respondió Montalais—. Déjate ahora de tristezas y de lágrimas; ya ves, Luisa, cómo nos reímos, y te aseguro que no somos los monstruos que te figuras; ahí tienes a la orgullosa Atenaida, que no ama, en verdad, al señor de Montespán, pero que se desesperaría si el señor de Montespán no la amase... Y aquí estoy yo, que me río del señor Malicorne, pero ese pobre Malicorne, de quien me río, sabe, cuando quiere, hacer llegar mi mano a sus labios. Además, la más vieja de nosotras no tiene veinte años... ¡Qué porvenir!

—¡Qué locas sois! —murmuró Luisa.

—Verdad es —dijo Montalais—; tú eres la única que has hablado con cordura.

— ¡Cierto!

—De acuerdo —contestó Atenaida—. Con que decididamente, ¿no amáis al pobre señor de Bragelonne?

—Puede que sí —dijo Montalais.

— No está muy segura. Como quiera que sea, oye, Atenaida: por, si el señor de Bragelonne queda libre, voy a darte un consejo de amiga.

— ¿Cuál?

—Que lo mires bien antes de decidirte por el señor de Montespán.

—¡Oh! Si vamos a eso, amiga mía, no es el señor de Bragelonne el único que una pueda complacerse en mirar. El señor de Guiche, por ejemplo, tiene también su mérito.

—Esta noche no ha brillado —dijo Montalais—; y sé de buena tinta que Madame lo ha encontrado odioso.

—Pero el señor de Saint Aignan sí que ha brillado, y estoy segura de que más de una de las que le han visto bailar no le olvidarán tan pronto. ¿No es cierto, La Vallière?

—¿Por qué me hacéis esa pregunta? No le he visto, ni le conozco siquiera.

—¿No habéis visto al señor de Saint—Aignan? ¿No le conocéis?

—No.

—Vamos, vamos, no vengáis aparentando una virtud más arisca que nuestro orgullo. Ello es que tenéis ojos, ¿no es verdad?

—Excelentes.

—Entonces habréis visto a todos los que han bailado esta noche.

—A casi todos.

—¡Vaya un casi bien impertinente para ellos!

—Pues no obstante, así es.

—Bien; pero así y todo, entre esos gentileshombres que casi habéis visto, ¿a cuál preferís?

—Sí —dijo Montalais—, el señor de Saint Aignan, el señor de Guiche, el señor de M...

—A ninguno prefiero; todos me parecen igualmente bien.

—De modo que entre esa brillante asamblea, entre esa Corte, que es la primera del mundo, ¿no habéis hallado a nadie que os agrade?

—No he dicho eso.

—Pues, hablad. Veamos quién es vuestro ideal.

—Es que no es un ideal.

—Entonces, ¿es que existe?

—Verdaderamente, señoritas —exclamó La Vallière, apurada hasta el extremo—, no acierto a comprenderos. No sé cómo teniendo corazón y ojos, lo mismo que yo, habláis del señor de Guiche, del señor de Saint Aignan, del señor de M ... y qué sé yo quién, estando allí el rey.

Estas palabras, lanzadas con precipitación por una voz turbada y ardiente, hicieron oír en el momento, a ambos lados de la joven, una exclamación que a ella . le produjo miedo.

— ¡El rey! —murmuraron a la vez —Montálais y Atenaida.

La Vallière dejó caer la cabeza entre sus manos.

— ¡Oh! ¡Sí, el rey, el rey! —exclamó—. ¿Habéis visto nunca algo que se parezca al rey?

—Razón teníais, señorita, en decir hace poco que eran excelentes vuestros ojos; por que veis demasiado lejos. ¡Ay! el rey no es de aquellos en quien nuestros pobres ojos tengan derecho a fijarse.

—¡Oh! ¡Es cierto, es cierto! —exclamó La Vallière—. No es dado a todos los ojos el mirar de frente al sol; mas yo le miraré, aun cuando deba quedarme ciega.

En aquel momento se oyó, detrás de un matorral inmediato, un ruido, como si rozara con las hojas, y que parecía producido por las palabras que acababan de escaparse de labios de La Vallière.

Las jóvenes levantáronse asustadas, y vieron distintamente moverse las hojas; pero no el objeto que indudablemente las hacía mover.

— ¡Ah! ¡Un lobo o un jabalí! —exclamó Montalais—. ¡Huyamos, señoritas, huyamos!

Y, acometidas las tres jóvenes de un terror indecible, huyeron por el primer camino que se les presentó, sin parar hasta los límites del bosque.

Allí, faltas de aliento, apoyadas una en otras, sintiendo mutuamente latirles el corazón, trataron de recobrarse algún tanto, cosa que no consiguieron hasta después de algunos instantes.

Al fin divisaron algunas luces por la parte del palacio, y decidieron dirigirse hacia aquel sitio.

La Vallière se encontraba extenuada de cansancio.

Aura y Atenaida procuraban sostenerla.

—¡Oh! ¡De buena nos hemos librado! —exclamó Montálais.

—¡Señoritas, señoritas! —dijo La Vallière—. Mucho me temo que sea algo peor que un lobo. En cuanto a mí, lo digo como lo siento, mejor quisiera haber corrido el riesgo de ser, devorada por un animal feroz, que no el que me hayan escuchado y oído. ¡Oh loca... qué loca soy! ¡Cómo he podido pensar ni decir semejantes cosas!

Y al decir esto, su frente se dobló como la punta de una caña; sintió que las piernas le flaqueaban, y, abandonándole todas sus fuerzas, se deslizó casi exánime entre los brazos de sus compañeros sobre la hierba del paseo.

CXV

LA ANSIEDAD DEL REY

Dejemos a la pobre La Vallière casi desmayada entre sus dos compañeras, y volvamos a las inmediaciones de la encina real.

Apenas habían andado veinte pasos en su fuga las tres jóvenes, cuando se acrecentó en el ramaje el ruido que tanto las asustara.

La forma, dibujándose con más precisión al separar las ramas de la espesura, apareció en las lindes del bosque, y, viendo el asiento desocupado, soltó una carcajada.

Excusado es decir que aquella forma era la de un joven y apuesto caballero, el cual hizo al punto una seña a otro; que se presentó a su vez.

—Y bien, Majestad —dijo la segunda forma, adelantándose tímidamente—, será cosa de que hayáis hecho huir a nuestras hermosas enamoradas?

— Parece que sí —dijo el rey—; puedes acercarte sin temor, Saint Aignan.

—Cuidado, Majestad, no sea que os reconozcan.

—¿No te digo que han huido?

—No ha sido mal encuentro; si me atreviera a dar un consejo a Vuestra Majestad, diría que debemos seguirlas.

—Están ya lejos.

— ¡Bah! Ya dejarían que las alcanzásemos, principalmente si supiesen quiénes son los que las persiguen.

—¿Cómo es eso, señor presumido?

—Ya habéis oído que a una le he parecido bien, y otra os ha comparado al sol.

—Razón de más para mantenernos ocultos, Saint Aignan. El sol no se muestra de noche.

—A fe mía, Vuestra Majestad es bien poco curioso. Yo, en vuestro lugar, desearía saber quiénes son las dos ninfas, las dos dríadas, las dos hamadríadas que tan buena opinión tienen de nosotros.

—¡Oh! Yo sabré reconocerla sin necesidad de correr tras de ellas, pierde cuidado.

—¿Y cómo?

— ¡Pardiez! Por la voz. Son de la Corte, y la que hablaba de mí tenía una voz encantadora.

—Veo que Vuestra Majestad comienza a dejarse ablandar por una lisonja.

—No se dirá a lo menos que es ése el medio que tú empleas.

— ¡Oh! Perdonad, Majestad; soy un necio.

—Ea, ven y registremos donde te he dicho.

—Y aquella pasión que me habíais confiado, Majestad, ¿está ya olvidada?

—¡Oh! No hay tal. ¿Cómo quieres que uno olvide ojos como los de la señorita de La Vallière?

—¡Es que la otra posee una voz tan encantadora!

—¿Cuál?

— ¡La que ama al sol!

—¡Señor de Saint Aignan!

—Majestad; perdón.

—No es cosa tampoco que lleve a mal el que tú creas que me guste tanto una voz dulce como unos ojos hermosos. Te conozco, y como eres un terrible charlatán, mañana pagaré la confianza que he tenido en ti.

—¿Por qué, Majestad?

—Digo que mañana todo el mundo sabrá que tengo mis ideas sobre esa pequeña La Vallière; pero, cuidado Saint Aignan, que a nadie más que a ti he confiado mi secreto, y si alguien me habla de él, no es dudoso averiguar quién puede haberme vendido.

— ¡Con qué calor, habláis, Majestad!

—No, pero ya ves, no quiero comprometer a esa pobre muchacha.

—Majestad, nada temáis.

—¿Me lo prometes?

—Majestad, os empeño mi palabra.

"Bueno —pensó el rey, riendo para sus adentros—, mañana sabrá todo el mundo que he corrido esta noche tras de La Vallière."

Haciendo luego por orientarse:

— ¡Calla! —dijo—. Me parece que nos hemos perdido.

—¡Oh! No hay peligro.

—¿Adónde se va por esta puerta?

—A la glorieta, Majestad.

—¿Adonde íbamos cuando oímos voces de mujeres?

—Sí, Majestad, y el final de la conversación en que he tenido el honor de oír pronunciar mi nombre junto al de Vuestra Majestad.

—Mucho repites, eso, Saint Aignan.

—Que Vuestra Majestad me perdone, mas no puedo menos de estar satisfecho de ver que hay una mujer que se ocupe de mí; sin que yo lo sepa y sin haber hecho nada para ello. Vuestra Majestad no comprende esta satisfacción, cuyo mérito y elevada posición excitan siempre la atención y obligan al amor.

—Pues bien, no, Saint Aignan, y podrás creerme, si quieres —dijo el rey apoyándose familiarmente en el brazo de Saint Aignan y tomando el camino que creía debía conducirle al palacio—, pero esa candorosa confianza, esa preferencia tan desinteresada de una mujer que probablemente no excitará nunca mis miradas... en una palabra, el misterio de toda esta aventura, me ha hecho cierta impresión; y, ciertamente, si La Vallière no me tuviese tan ocupada la imaginación...

—No se detenga por eso Vuestra Majestad, aún tiene tiempo de sobra.

— ¿Cómo es eso?

—Se dice que La Vallière es muy rigorosa.

—Eso pica más mi curiosidad, y deseo con impaciencia encontrarla. Vamos, vamos.

El rey mentía, pues nada había que excitase menos su impaciencia; pero tenía que desempeñar su papel.

Echó en esto a andar algo de prisa, y Saint Aignan le siguió, conservando una pequeña distancia.

De pronto, se detuvo el rey, y el cortesano imitó su ejemplo.

—Saint Aignan —dijo—¿ no oyes suspiros?

—¿Yo?

—Sí, escucha.

—Efectivamente, y hasta diría que oigo gritos.

—Es por este lado —dijo el rey indicando una dirección.

— Parecen lágrimas y sollozos de mujer —observó Saint Aignan.

—¡Corramos!

Y el rey y el favorito, tomando un sendero, echaron a correr por la hierba.

Conforme avanzaban, íbanse oyendo los gritos más claramente.

—¡Socorro, socorro! —decían dos voces.

Los dos compañeros redoblaron el paso.

A medida que se iban acercando, los suspiros se convertían en gritos. Estos gritos activaban la velocidad de la carrera del rey y de su compañero.

De pronto, al otro lado de un foso, bajo unos sauces de ramas desmelenadas, divisaron una mujer de rodillas, que sostenía a otra mujer desmayada.

A algunos pasos de allí, otra tercera mujer pedía socorro desde el medio del camino.

Al ver esta mujer a los dos caballeros, cuya condición ignoraba, redobló sus gritos.

El rey se adelantó a su compañero, salvó el foso, y se encontró junto al grupo en el momento en que, por el extremo del paseo que conducía al palacio, venían una docena de personas, atraídas por los mismos gritos que habían atraído al rey ,y al señor de Saint Aignan.

—¿Qué pasa, señoritas? —preguntó Luis.

—¡El rey! —exclamó la señorita de Montalais abandonando en medio de su asombro la cabeza de La Vallière, que quedó completamente recostada sobre el césped.

—Sí, el rey. Pero no es eso una razón para que abandonéis a vuestra amiga. ¿Quién es?

—La señorita de La Vallière, Majestad.

—¡La señorita de La Vallière!

—Que acaba de desmayarse...

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Pobre niña!

— ¡Pronto, pronto un cirujano!

Pero, por mucha que fuese la viveza con que el rey dijo estas palabras no estuvo tan sobre sí que no debiesen parecer, igualmente que el ademán con que las acompañó, un poco frías; al señor de Saint Aignan, a quien había el rey confiado el grande amor que le devoraba.

—Saint Aignan —prosiguió Luis, quedaos al cuidado de la señorita de La Vallière, os lo ruego. Llamad a un cirujano. Yo corro a prevenir a Madame del accidente que le ha dado a su camarista.

En efecto, mientras el señor de Saint Aignan se ocupaba en hacer trasladar a la señorita de La Vallière al palacio, se alejaba a toda prisa el rey, gozoso de hallar aquella ocasión de acercarse a Madame y poderle hablar bajo un pretexto especioso.

Por fortuna, pasaba una carroza; hizo parar al cochero, y las personas que la ocupaban, sabedoras del accidente, apresuránrose a ceder el puesto a la señorita de La Vallière. La corriente de aire provocada por la rapidez de la carrera devolvió pronto la enferma a la existencia. Al llegar al palacio, pudo, aunque muy débil, bajar de la carroza y alcanzar, con auxilio de Atenaida y Montalais, los aposentos interiores.

Hiciéronla sentar en una pieza próxima a los salones de la planta baja.

En seguida, como este accidente no había causado mucho efecto en los pasantes, continuaron éstos su paseo.

El rey, por su parte, había encontrado a Madame bajo un trebolillo. Sentóse al lado suyo, y su pies buscaba suavemente el de la princesa por debajo de la silla de ésta.

— Cuidado, Majestad —le dijo Enriqueta en voz baja—, que no aparentáis bien la indiferencia.

—¡Ay! —replicó Luis XIV en el mismo diapasón—. Mucho me temo que hayamos hecho un convenio muy superior a nuestras fuerzas. Y luego en voz alta:

—¿Sabéis el accidente ocurrido?

— ¿Qué accidente?

—¡Oh, Dios mío! Al veros, he olvidado que había venido expresamente a referíroslo, y sin embargo, he tenido un gran sentimiento. Una de vuestras camaristas, la pobre La Vallière, acaba de desmayarse.

—¡Ah! ¡Pobre muchacha! —dijo tranquilamente la princesa—. ¿Pues qué le ha dado?

Y luego, por lo bajo:

—Pero, Majestad —repuso—, mirad lo que hacéis. ¿Cómo queréis hacer creer que estáis apasionado de esa joven,' cuando permanecéis aquí, mientras ella se muere allá?'

—¡Ah, señora, señora! —exclamó sonriendo el rey—. ¡Cuánto mejor que yo desempeñáis vuestro papel! Veo qué estáis en todo. Y se levantó.

—Señora —dijo en alta voz para que todo el mundo le oyese—, permitid que os deje; mi ansiedad es grande, y quiero asegurarme por mí mismo si han prodigado a la enferma todos los cuidados debidos.

Y el rey, volvió al lado de La Vallière, mientras que todos los concurrentes comentaban estas palabras del rey:

“Mi ansiedad es grande.”

CXVI

EL SECRETO DEL REY

Por el camino, Luis encontró al conde de Saint Aignan.

—Dime, Saint Aignan —preguntó con afectación—, ¿cómo sigue la enferma?

—Majestad —murmuró Saint Aignan—, confieso con rubor que lo ignoro.

—¡Cómo! ¿Lo ignoráis? —replicó el rey fingiendo tomar seriamente esa falta de miramiento por el objeto de su predilección.

—Perdonad, Majestad; pero acabo de encontrar a una de nuestras tres garladoras, y confieso que me he distraído.

—¿De modo que habéis tenido ese hallazgo? —preguntó con viveza el rey.

La que se dignaba hablar tan ventajosamente de mí, y, habiendo encontrado la mía, buscaba la vuestra cuando he tenido la honra de encontrar a Vuestra Majestad.

—Está bien, pero ante todo la señorita de La Valliére —dijo el rey, fiel a su papel.

—¡Oh!. La hermosa se ha hecho interesante con ese desmayo de puro lujo, puesto que Vuestra Majestad se dignaba ocuparse ya antes de ella.

— ¿Y el nombre de vuestra hermosa, Saint Aignan, ¿es un secreto?

—Debería serlo, y muy grande; mas para Vuestra Majestad no pueden existir secretos.

—¿Cuál es, pues, su nombre?

—La señorita de Tonnay Charente.

—¿Y es hermosa?

— Sobre todo encarecimiento, Majestad; y he reconocido la voz que pronunciaba mi nombre de una manera tan tierna. Me acerqué a ella, inquirí lo mejor que pude en medio de la multitud; y entonces me dijo, sin sospechar nada, que hallándose hacía poco en la encina grande con dos amigas, la aparición de un lobo o un ladrón les había espantado y puesto en fuga.

—¿Y cómo se llamaban esas dos amigas? —dijo con viveza el rey.

— Majestad —dijo Saint Aignan—, mandadme encerrar en la Bastilla.

—¿Por qué?

—Porque soy un egoísta y un necio. Quedé tan sorprendido con semejante conquista y feliz descubrimiento, que no me acordé de más. Por otra parte, no creí que teniendo Vuestra Majestad tan, ocupada su imaginación con la señorita de La Vallière, diera gran importancia a lo que había oído. Luego, la señorita de Tonnay Charente me dejó precipitadamente para volver al lado de la señorita de La Vallière.

—Bien; esperemos que tenga yo una suerte igual a la tuya. Vamos, Saint Aignan.

—Mi rey tiene ambición, a lo que veo, y no quiere que se le escape ninguna conquista. Pues bien, prometo a Vuestra Majestad hacer las más escrupulosas indagaciones; además; no será difícil saber, por una de las tres Gracias, el nombre de las otras, y, con el nombre el secreto.

—¡Oh! También a mí —repuso el rey—, me bastare oír su voz para reconocerla. Vamos, basta de conversación, y llévame al lado de esa pobre La Valliére.

"Sin duda —pensó Saint Aignan—, el rey está enamorado; pero nunca hubiera creído que fuese a chocarle esa chiquilla:"

Y, como al pensar así, mostrara al rey el cuarto adonde había sido conducida La Valliére, entró en él Luis.

Saint Aignan lo siguió.

En una sala baja, y junto a una gran ventana que daba a los jardines, estaba La Valliére recostada en un ancho sillón, y aspiraba con ansia el aire embalsamado de la noche.

Por su pecho, desabrochado, caían los encajes ajados entre los bucles de sus blondos cabellos, esparcidos sobre sus hombros.

Con los ojos lánguidos, cargados de mal apagados fuegos, y anegados en abundantes lágrimas, no vivía sino a la manera de aquellas hermosas imágenes de nuestros ensueños, que pasan pálidas y poéticas por delante de los ojos del que duerme, entreabriendo sus alas sin moverlas y sus labios sin producir sonido alguno.

Aquella palidez nacarada de La Vallière tenía un encanto indefinible; los padecimientos de alma y cuerpo prestaban a aquella fisonomía una armonía de noble dolor; la inercia absoluta de sus brazos y de su busto más la semejaban a una difunta que a un ser viviente; parecía no percibir ni el cuchicheo de sus compañeras, ni el ruido lejano que subía de los alrededores. Se hallaba completamente ensimismada, y sus hermosas manos, largas y finas, se estremecían de vez en cuando como al contacto de invisibles presiones.

El rey entró sin que ella advirtiese su llegada; a tal punto la tenían absorta sus pensamientos. Vio de lejos aquélla adorable figura, sobre la cual la ardiente, luna derramaba la pura luz de su lámpara de plata:

—¡Dios mío! —murmuró con involuntario calofrío—. ¡Está muerta!

—No, no, Majestad —dijo por lo bajo Montalais—; antes bien sigue mejor, ¿No es verdad, Luisa, que estás mejor?

La Valliére no contestó.

—Luisa —prosiguió Montalais—, mira que el rey se digna inquietarse por tu salud.

—¡El rey! —exclamó Luisa incorporándose de repente, como si le afluyera un torrente de fuego desde las extremidades al corazón—. ¿El rey se inquieta por mi salud?

—Sí —dijo Montalais.

—¿Está aquí el rey? — dijo La Valliére sin atreverse a mirar en torno suyo.

—¡Esa voz, esa voz! —dijo vivamente Luis al oído de Saint Aignan,

— ¡Ah! —replicó Saint Aignan—. Vuestra Majestad tiene razón: es la enamorada del sol.

—¡Silencio! —dijo el rey. Luego, acercándose a La Valliére:

—¿Estáis indispuesta, señorita? —preguntó—. No hace mucho que os vi desmayada en el parque. ¿Qué os ha pasado?

—Majestad —tartamudeó la pobre niña, trémula y pálida—, verdaderamente, no sabría decirlo.

—Habréis andado demasiado, y tal vez la fatiga...

—No, Majestad —replicó vivamente Montalais, contestando por su amiga—, no puede ser la fatiga, porque hemos pasado parte de la noche bajo la encina real.

—¿Bajo la encina real? —repuso el rey, estremecido—. No me había engañado; eso está bien.

Y dirigió al conde una mirada de inteligencia.

—¡Ah, sí! —dijo Saint Aignan—. Bajo la encina real; con la señorita de Tonnay Charente.

—¿Cómo sabéis eso! —preguntó Montalais.

—De una manera muy sencilla: la señorita de Tonnay Charente me lo ha dicho.

—Entonces, también os habrá manifestado la causa del desmayo de La Vallière.

—¡Bah! Me ha hablado de un lobo o de un ladrón; pero no sé más.

La Valliére escuchaba con los ojos fijos, el pecho oprimido, como si presintiera parte de la verdad, por efecto de una mayor energía de inteligencia.

Luis creyó aquella actitud y agitación consecuencia de un espanto mal desvanecido.

—No temáis nada, señorita —dijo con un principio de emoción que no podía ocultar—, ese lobo que tanto os ha asustado era simplemente un lobo de dos pies.

— ¡Era un hombre, era un hombre! —exclamó Luisa—. ¡Había allí un hombre escuchándonos!

—Y bien, señorita, ¿qué gran mal veis en haber sido escuchadas? ¿Dijísteis, pues, cosas que no debieran ser oídas?

La Valliére juntó con fuerza sus manos y sé las llevó a la frente, procurando así disimular su rubor.

—¡Oh! —preguntó—. En nombre del Cielo, ¿quién estaba escondido? ¿Quién nos ha escuchado?

El rey se adelantó para tomarle una mano.

—Yo, señorita —dijo inclinándose con dulce respeto—. ¿Será cosa de que os cause miedo?

La Valliére lanzó un grito agudo; abandonáronle sus fuerzas por segunda vez, y volvió a caer en el sillón, fría, angustiada y desesperada.

El rey tuvo tiempo para extender su brazo, de modo que se encontró a medias sostenida por él.

A dos pasos del rey y de la Vallière, las señoritas de Tonnay Charente y de Montalais, inmóviles y como petrificadas por el recuerdo de su conversación con La Valliére, no pensaban siquiera en prestarle auxilio, turbadas por la presencia del rey, que, rodilla en tierra, sostenía a La Valliére por la cintura.

—¿Habéis escuchado, Majestad? —murmuró Atenaida.

El rey no contestó. Tenía los ojos fijos en los ojos medio cerrados de La Valliére; su mano pendiente entre su mano.

— ¡Pardiez! —replicó Saint Aignan, esperando por su parte que se desmayara también la señorita de Tonnay Charente, y aproximando sus brazos abiertos—. No hemos perdido ni una palabra.

Mas la orgullosa Atenaida no era mujer que se desmayara con tanta facilidad; lanzó una terrible mirada a Saint Aignan, y huyó.

Montalais, más animada, acercóse con presteza a Luisa, y la recibió de manos del rey, que perdía ya la cabeza, al sentir inundado su rostro con los perfumados cabellos de la moribunda.

—Felizmente —observó Saint Aignan—, he aquí una aventura, y mucha será mi desgracia si no soy el primero en contarla.

El rey se acercó a él, con voz trémula y ademán enérgico.

—Conde —dijo—, ni una palabra.

El pobre rey olvidaba que una hora antes hacía al mismo hombre la misma recomendación con deseo enteramente opuesto, es decir, que aquel hombre fuese indiscreto.

Aquella recomendación fue tan superflua como la primera.

Media hora después sabía todo Fontainebleau que la señorita de La Valliére había sostenido bajo la encina real una conversación con Montalais y Tonnay Charente, y que en ésa conversación había confesado su amor por el rey.

Sabíase también que el rey; después de manifestar todo el interés que le inspiraba el estado de la señorita de La Valliére, se había puesto trémulo y pálido al recibir en sus brazos a la hermosa desmayada; de modo que todos los cortesanos convinieron en que acababa de revelarse el mayor acontecimiento de la época; que Su Majestad amaba a la señorita de La Vallière; y que, por tanto, Monsieur podía dormir con el mayor descuido.

La reina madre, tan asombrada como los demás de esa mudanza repentina, se apresuró a manifestarla a la esposa de Luis y a Felipe de Orleáns.

Sólo que operó de modo distinto al atacar a aquellos dos corazones. A su nuera le dijo:

—Para que veáis, Teresa, si no procedíais con injusticia al acusar al rey: ya hoy le suponen otra amante; y, ¿por qué la amante de hoy ha de ser más verdadera que la de ayer, o la de ayer que la de hoy?

Y a Monsieur, después de contarle la aventura de la encina real: ¿Estáis ya desengañado de lo absurdo que eran vuestros celos, mi querido Felipe? Sábese de cierto que el rey está perdidamente enamorado de La Vallière. No vayáis a hablar de ello a vuestra esposa, porque la reina lo sabría al momento.

Este último encargo causó su efecto inmediato.

Monsieur, tranquilo ya y triunfante, fue a buscar a su mujer; y como no era aún media noche, y la fiesta debía durar hasta las dos de la mañana, le ofreció el brazo para dar un paseo.

Mas apenas había andado algunos pasos, lo primero que hizo fue desobedecer a su madre.

—No vayáis a decir a la reina todo lo que se dice del rey —dijo misteriosamente.

—¿Pues qué se dice? —preguntó Madame.

—Que mi hermano ha concebido de repente una pasión extraña.

— ¿Por quién?

—Por la pequeña La Vallière. La noche era obscura, y Madame pudo sonreír a su sabor.

—¡Ah! ¿Y desde cuándo es eso?

—Desde hace pocos días, al parecer. Pero antes no era más que humo, y hasta esta noche no se ha manifestado la llama.

—El rey tiene buen gusto —dijo Madame—, y a mi juicio la pequeña es encantadora.

—Se me antoja que os chanceáis, amiga mía.

¯¡Yo! ¿Y por qué?

—En todo caso, esa pasión hará la felicidad de alguien, aun cuando sólo sea la de La Vallière.

—Habláis, en verdad —repuso la princesa—, como si hubieseis leído en el corazón de mi camarista. ¿Quién os ha dicho que ella consiente en corresponder a la pasión del rey?

— ¿Y quién os ha dicho que no le corresponderá?

—Ama al vizconde de Bragelonne.

—¡Ah! ¿Creéis?

—Como que es su prometida.

—Lo era.

—¿Cómo que lo era?

—Porque cuando llegaron a solicitar al rey su permiso para el matrimonio, el rey lo negó.

—¿Lo negó?

—Sí, y se lo negó al mismo conde de la Fère, a quien, según sabéis, honra con una gran estimación por el papel que jugó en la restauración de vuestro hermano; y en algunos otros acontecimientos sucedidos hace tiempo.

—Pues bien, los pobres enamorados aguardarán a que el rey mude de opinión; son jóvenes, y tienen tiempo.

—¡Ay, corazón mío! —dijo Felipe riéndose a su vez—. Veo que no sabéis lo mejor del caso.

—No.

—Lo que ha impresionado al rey más profundamente.

— ¿El rey se ha impresionado profundamente?

—En el corazón.

—Pero, ¿de qué? ¡Decid pronto, caray!

—De una aventura que no puede ser más novelesca.

—Ya sabéis cuánto me gustan esas aventuras, y me hacéis esperar —dijo la princesa con impaciencia.

—Pues bien, oíd...

Y Monsieur hizo una pausa.

—Ya oigo.

—Bajo la encina real... ¿Sabéis dónde está la encina real?

—Poco importa.

—Bajo la encina real...

—Pues bien, la señorita de La Vallière, creyéndose sola con dos amigas, les confió la pasión que sentía por el rey.

—¡Ah! —murmuró Madame con un principio de inquietud—. ¿La pasión que sentía por el rey?

—Sí.

—¿Y cuándo ha sido eso?

—Hace una hora.

Madame se estremeció.

—¿Y esa pasión no la conocía nadie?

— Nadie.

—¿Ni el rey tampoco?

—Tampoco. La joven guardaba su secreto entre cuero y carne, cuando de repente su secreto pudo más que ella y se le escapó.

—¿Y por dónde habéis sabido tal despropósito?

—Lo he sabido como lo sabe todo el mundo.

—¿Y de dónde lo ha sabido todo el mundo?

—Por la misma La Vallière, que reveló ese amor a sus compañeras Montalais y Tonnay Charente.

Madame detúvose, y, con brusco movimiento, soltó la mano de su marido:

—¿Hace una hora que hizo esa confesión? —preguntó Madame.

—Poco más o menos.

—¿Y el rey tenía de ella conocimiento?

—Pues en eso está precisamente lo novelesco del caso, porque el rey estaba con Saint Aignan detrás de la encina real, y oyó toda aquella interesante conversación sin perder una sílaba.

Madame sintió herido su corazón.

—Pues yo he visto al rey después —dijo con aturdimiento—, y no me ha hablado palabra de todo eso.

—¡Diantre! —dijo Monsieur con el candor de un marido triunfante—. Ya lo creo que no os hablaría, porque encargó a todo el mundo que no se os dijese nada.

—¡Qué, decís! —murmuró irritada Madame.

— Digo que os quería ocultar la cosa.

—¿Y por qué me lo había de ocultar a mí?

—Por el temor de que vuestra amistad os impeliese a revelar alguna cosa a la joven reina, nada más que por eso.

Madame bajó la cabeza, sintiéndose mortalmente herida. Entonces, no descansó hasta encontrar al rey…

Como un rey es siempre la última persona del reino que sabe lo que hablan de él, y un amante el único que no sabe lo que se dice de su amada, cuando el rey divisó a Madame, que le andaba buscando, se acercó a ella algo turbado, mas siempre solícito y obsequioso.

Madame aguardó a que el rey hablase el primero de La Vallière. Pero como observara que no hablaba de ella:

—¿Y la pequeña? —preguntó.

—¿Qué pequeña? —exclamó el rey.

—La Vallière… ¿No me dijísteis, señor, que se había desmayado?

—Continúa bastante mal —dijo

El rey aparentando gran indiferencia.

—Ved ahí una cosa que perjudicará al rumor que debíais difundir, señor.

—¿Qué rumor?

—Que dirigís hacia ella vuestras miradas.

—¡Oh! Espero que de todos modos se dirá lo mismo —respondió el rey distraídamente.

Madame aguardó aún, con objeto de ver si el rey le hablaba de la aventura de la encina real.

Pero el rey no dijo ni una palabra.

Madame, por su parte, nada indicó tampoco sobre la aventura, de suerte que el rey se despidió de la princesa sin haberle hecho la menor confidencia.

Apenas vio Madame que el rey se alejaba, fue a buscar a Saint Aignan. Este era hombre fácil de encontrar, pues siempre andaba como los barcos de escolta, que marchan en conserva con los buques mayores.

Saint Aignan. era el hombre que necesitaba Madame, según la disposición de espíritu en que se hallaba.

El cortesano no esperaba más que un oído algo más digno que los otros, para referir, circunstanciadamente el hecho.

De modo que no perdonó a Madame ni una sola palabra. Luego que acabó de hablar:

— Confesad —dijo Madame— que es un cuento muy interesante.

—Cuento, no; historia, sí.

—Cuento o historia, confesad que os lo han referido como me lo referís a mí, pero que vos no lo presenciasteis.

— Señora, os juro por mi honor que yo estaba allí.

—¿Y suponéis que esas confesiones hayan causado impresión en el rey?

—Como las de la señorita Tonnay Charente en mí —repuso Saint Aignan—: ¡Pensad, señora; que la señorita de La Vallière comparó al rey con el sol, y eso es muy halagador!

—El rey no hace caso de tales lisonjas.

—Señora, el rey tiene por lo menos tanto de hombre como de sol, y bien lo vi, no hace mucho, cuando La Vallière cayó en sus brazos.

—¿La Vallière cayó en brazos del rey?

—¡Oh! Era un cuadro de los más interesantes. Figuraos que La Vallière había vuelto en sí y que...

—¡Ea! ¿Qué visteis? Decid, hablad.

—Vi lo que vieron otras diez personas más; vi que cuando La Vallière cayó en sus brazos, al rey le faltó poco para desmayarse. Madame exhaló un pequeño grito, único indicio de su sorda cólera.

— Gracias —dijo riendo convulsivamente—; sois un hábil narrador, señor de Saint Aignan.

Y escapó sola y sofocada hacia el palacio.

CXVII

CORRERIAS DE NOCHE

Monsieur había abandonado a la

princesa con el mejor humor del mundo, y como se había fatigado mucho durante el día, se retiró a sus habitaciones dejando a cada cual que acabara la noche como mejor le –

–pareciera.

Luego, empezó su tocado de noche con un esmero que solía redoblar en sus paroxismos de satisfacción.

Así fue que, mientras sus sirvientes se ocupaban en componerle, cantó los aires del baile que habían tocado los violines y había ejecutado el rey.

Después llamó a sus sastres, hizo que le enseñaran los trajes del, día siguiente, y, como estaba sumamente satisfecho de ellos, les distribuyó algunas gratificaciones.

Por último, como el caballero de Lorena viese que Monsieur se retiraba, se fue a popo rato al cuarto del príncipe, de quien recibió grandes pruebas de amistad.

El favorito, después, de saludar al príncipe, guardó silencio por un momento, como un jefe de tiradores que estudia por dónde ha de empezar el fuego. Al fin, pareciendo decidirse:

—¿Habéis observado una cosa singular, monseñor? —dijo. —No. ¿Cuál?

—El mal recibimiento que Su Majestad ha hecho en apariencia al conde de Guiche.

—¿En apariencia?

—Sí, porque realmente le ha vuelto a su favor.

—Pues no he visto tal cosa —dijo el príncipe.

¡Cómo! ¿No 'habéis notado que en vez de, mandarle otra vez al destierro, como parecía natural, ha autorizado su extraña resistencia, permitiéndole que ocupara su puesto en el baile?

—¿Y suponéis que el rey haya hecho mal, caballero? —preguntó Monsieur.

—¿No sois de mi opinión, príncipe?

—No, por acierto, mi querido caballero, y creo que el rey ha hecho bien en no irritarse contra un desgraciado, que tiene más de loco que dé mal intencionado.

—A fe mía —replicó el caballero—, confieso que esa magnanimidad me ha sorprendido en extremo.

— ¿Y por qué? —preguntó Felipe.

—Porque hubiese creído al rey más celoso —replicó malignamente el caballero.

Hacía unos instantes que Monsieur adivinaba algo de irritante en las palabras de su favorito. Aquella última expresión puso fuego a la pólvora.

—¡Celoso! —exclamó el príncipe—. ¡Celoso! ¿Qué significa esa palabra? ¿Celoso de qué o de quién?

El caballero conoció que acababa de dejar escapar una de aquellas palabras malignas que solía lanzar de vez en cuando; de modo que trató de recogerla, mientras aún era tiempo.

—Celoso de su autoridad —dijo con afectada sencillez—, ¿de qué queréis que esté celoso el rey?

—¡Ah! —exclamó Monsieur—. Muy bien.

—¿Habrá pedido quizá, Vuestra Alteza Real la gracia de nuestro querido conde de Guiche? —continuó el caballero.

—A fe que no —dijo Monsieur. Guiche es un mozo de talento y de valor, pero ha sido ligero con Madame, y no lo quiero ni mal ni bien.

El caballero iba a destilar veneno sobre Guiche, como había intentado hacerlo sobre el rey; pero creyó advertir que el tiempo estaba propenso a la indulgencia; y aun quizá a la indiferencia más completa, y que para aclarar la cuestión le sería preciso poner la luz bajo las mismas narices del marido.

Con semejante maniobra se quema a veces a los otros, pero a menudo se quema uno mismo.

—"Está bien, está bien —se dijo el caballero para sus adentros—; esperaré a Wardes, que hará más en un día que yo en un mes, porque creo, ¡Dios me perdone!, mejor dicho, ¡Dios le perdone!, que aún es más celoso que yo. Además, no es Wardes lo que me hace falta, sino un acontecimiento, y en todo esto no veo ninguno. Que Guiche haya regresado después de haber sido expulsado, es seguramente cosa grave; pero toda la gravedad desaparece cuando se considera que Guiche ha vuelto en los momentos en que Madame no hace ya caso de él. Efectivamente, Madame piensa en el rey, esto es claro. Pero, fuera de que mis dientes ni podrían ni necesitan morder al rey, tampoco podrá Madame ocuparse por mucho tiempo del rey, si, según se dice, el rey no se ocupa ya de Madame. De lo que resulta que debo permanecer tranquilo y esperar a que sobrevenga un nuevo capricho, y ése será el que determinará el resultado."

Entregado el caballero a tales pensamientos, se arrellanó con resignación en el sillón en que Monsieur le permitía sentarse en su presencia, y, como no tenía otras ruindades que contar, sucedió que allí, se le acabó el talento.

Afortunadamente, el príncipe tenía su provisión de buen humor, como hemos dicho, y habló por dos hasta el momento en que, despidiendo a criados y reporteros, pasó a su dormitorio.

Al retirarse encargó al caballero de Lorena que le despidiera de Madame, y le dijese que, estando fresca la noche, Monsieur, que temía por sus dientes, no pensaba bajar ya al parque.

El caballero entró precisamente en la habitación de la princesa en el momento mismo en que ella entraba.

Desempeñó su comisión como fiel mensajero, y notó desde luego la indiferencia y hasta turbación con que Madame acogió la comunicación de su marido.

Eso le pareció que encerraba alguna novedad.

Si Madame hubiese salido de su habitación con aquella extraña expresión, la habría seguido; pero, como en vez de salir entraba, nada tenía que hacer. Así es que giró sobre sus talones como una garza ociosa, interrogó el aire, la tierra y el agua, movió la cabeza y se encaminó maquinalmente hacia los jardines.

No habría andado cien pasos, cuando encontró a dos jóvenes asidos del brazo, que andaban con la cabeza baja empujando con el pie los guijarros que se les presentaban por delante, y acompañando sus pensamientos con aquel vago entretenimiento.

Eran el señor de Guiche y el señor de Bragelonne.

Su vista produjo, como de costumbre, en el caballero de Lorena, un efecto de instintiva repulsión.

No por esto dejó de hacerles un profundo saludo, que fue devuelto con usura.

Viendo luego que el parque se despoblaba, que las iluminaciones comenzaban a apagarse y empezaba a soplar la brisa de la mañana, tomó hacia la izquierda y entró en el palacio por el patio más pequeño.

Los otros dos jóvenes se dirigieron a la derecha y prosiguieron su camino hacia el parque grande.

En el momento que el caballero subía la escalerilla que conducía a la puerta excusada, vio aparecer, una tras otra, a dos mujeres bajo el arco que daba paso entre el prado grande y el pequeño.

Aquellas dos mujeres aceleraban su marcha, que el roce de sus vestidos de seda traicionaba sin embargo, en la obscuridad de la noche.

La forma del capotillo, el talle elegante, el paso misterioso y altanero a la vez, que distinguían a aquellas dos mujeres, y especialmente a la que iba delante, llamaron la atención del caballero.

— “He aquí dos mujeres que yo conozco” —pensó, deteniéndose en el último peldaño de la escalinata.

Y, como con su instinto de sabueso se dispusiese a seguirlas, se vio detenido por uno de sus lacayos, que le andaba buscando.

— Señor —le dijo—, el correo ha llegado.

— Bueno, bueno —dijo el caballero—. Tiempo hay de sobra; déjalo para mañana.

—Es que vienen cartas urgentes que el señor caballero tal vez tenga gusto en leer.

— ¡Ah! —murmuró el caballero—. ¿Y de dónde son?

—Una es de Inglaterra y la otra de Calais; esta última ha venido por estafeta, y parece ser la más importante.

—¡De Calais! ¿Y quién diablos me escribe de Calais?

—Se me figura que la letra es de vuestro amigo el señor conde de Wardes.

—¡Oh! En ese caso, subo inmediatamente —exclamó el caballero, olvidando en el acto su proyecto de espionaje.

Y subió, en efecto, mientras las dos damas incógnitas desaparecían por el extremo del patio opuesto a aquel por el cual acababan de entrar.

Seguiremos a éstas, dejando al caballero entregado a su correspondencia.

Así que llegaron al tresbolillo, la que iba delante se detuvo algo fatigada, y, levantando con precaución su cofia:

— ¿Estamos aún lejos de ese árbol? —dijo.

—¡Oh! Sí, señora., a más de quinientos pasos; pero descansad un momento, pues no podríais caminar mucho tiempo a este paso.

—Tenéis razón.

Y la princesa, pues ella era, se apoyó en un árbol.

—Vamos a ver, señorita —continuó después de tomar algún respiro—, no me ocultéis cosa alguna; manifestadme toda la verdad.

—¡Oh, señora! No os mostréis tan severa —dijo la joven con voz conmovida.

— No, mi querida Atenaida; tranquilizaos, porque no estoy enojada en manera alguna. Eso no es cosa mía, después de todo. Estáis inquieta por lo que hayáis podido decir bajo la encina; teméis haber ofendido al rey, y quiero tránquilizaros, asegurándome por mí propia de si os han podido oír.

—¡Oh! Sí, señora, ¡permanecía el rey tan cerca de nosotras!

—Pero no hablaríais tan alto que no se perdiesen algunas palabras.

—Señora, nos creíamos completamente solas.

—¿Y estabais tres?

—Sí; La Valliére, Montalais y yo.

— ¿De modo que vos, Atenaida, hablasteis con alguna ligereza del rey?

—Lo temo. Pero, en ese caso, Vuestra Alteza tendrá la bondad de ponerme en paz con mi rey. ¿No es verdad?

—Si fuese necesario, os lo prometo. Sin embargo, como os decía antes, vale más no anticiparse al mal y asegurarse primero de si el mal ha sido hecho. La noche es obscura, y todavía es mayor la obscuridad debajo de esos árboles. Indudablemente, el rey no puede haberos reconocido. Prevenirle, hablándole la primera, seria denunciarás vos misma.

— ¡Oh, señora! Si han reconocido a la señorita de La Vallière, también me habrán reconocido a mí. Además, el señor de Saint Aignan no me ha dejado la menor duda sobre este particular.

—¿Conque decíais cosas desfavorables para el rey?

—De ningún modo, señora, de ningún modo. Una de mis amigas decía cosas demasiado favorables, y mi contestación debió indudablemente formar contraste con sus palabras.

— ¡Esa Montalais es tan loca! —murmuró Madame.

—¡Oh! No fue Montalais. Montalais no dijo nada; fue La Vallière. Madame estremecióse, como si lo hubiese sabido ya pon certeza.

—¡Oh, no, no !—dijo—. No lo habrá oído el rey. De todos modos haremos la prueba, porque para eso hemos salido. Enseñadme la encina.

Y Madame echó otra vez a andar.

— ¿Sabéis dónde está? —preguntó.

—¡Ay!, Sí.— señora.

— ¿Y sabréis hallarla?

—La encontraría con los ojos cerrados.

— Entonces, muy bien: os sentaréis en el banco en que estuvisteis, en el banco en que se sentó La Vallière, y hablaréis en el mismo tono y en el mismo sentido; yo me esconderé en el matorral, y si se oye, os lo diré.

—Sí, señora.

— En ese caso, si habéis hablado en efecto bastante alto para que él rey os oyese…

Atenaida parecía esperar con ansiedad el fin de la frase principiada.

—Entonces —continuó Madame, con voz sofocada, sin duda por la rapidez de la caminata— entonces os defenderé...

Y Madame redobló el paso. De repente se detuvo.

—¡Se me ocurre una idea! —dijo. ¡

— Oh! Y no podrá menos de ser buena —repuso la señorita de Tonnay Charente.

—Montalais debe hallarse tan comprometida como La Vallière y vos.

—No tanto, porque habló menos.

—No importa, puede ayudarnos perfectamente por medio de una mentirilla.

¯¡Oh! Y lo hará, sobre todo si sabe que os interesáis por mí.

—Bien; entonces creo haber encontrado ya lo que necesitamos, hija mía.

— ¡Qué felicidad!

— Diréis que todas tres sabíais perfectamente que el rey permanecía detrás de ese árbol, o de ese matorral, lo que sea, así como el señor de Saint Aignan.

—Sí, señora..

—Porque tenedlo entendido, Ateinaida; Saint Aignan, saca partido de ciertas palabras que pronunciasteis en lisonja suya.

—¡En eso conoceréis que se oye —exclamó Atenaida—, ya que el señor de Saint Aignan la oyó!

Madame había dicho una ligereza, y se mordió los labios.

—¡Oh! Ya sabéis cómo es Saint Aignan —dijo—; el favor del rey le tiene vuelto el juicio, y habla a tuertas y derechas, y dice cosas que a veces inventa. Por otra parte la cuestión no es esa; la cuestión es si el rey oyó o no.

— ¡Pues bien, señora, oyó! —murmuró desesperada Atenaida.

—Entonces, haced lo que os he dicho: afirmad osadamente que sabíais las tres... las tres, ¿entendéis? las tres, pues si se dudara de una, también podría dudarse de las demás... Afirmad, repito, que sabíais las tres que el rey y el señor Saint Aignan estaban allí, y quisisteis divertiros a expensas de los que os estaban oyendo.

— ¡Oh! ¡Señora! ¿A expensas del rey?. ... Jamás nos atreveríamos a decir semejante cosa. .

—Pero si eso no pasa de ser una broma, pura broma; chanza inocente; perfectamente admisible en mujeres a quienes tratan de sorprender unos hombres. De este modo todo se explica. Lo que Montalais dijo de Malicorne, lo que dijisteis vos del señor de Saint Aignan, lo que pudo decir La Vallière...

—Y que daría un mundo por poderlo recoger.

— ¿Estáis cierta de ella?

— ¡Sí, sí! Respondo de ello.

—Razón de más para que lo convirtáis en mera broma. Así no tendrá por qué incomodarse el señor Malicorne. El señor de Saint Aignan quedará confundido, y se reirá de él, en vez de reír de vos. Por último, el rey quedará castigado de una curiosidad bien poco digna de su jerarquía. Que se rían un poco del rey en esta circunstancia, no creo que dé lugar a quejarse.

—¡Ah! ¡Señora! Sois en verdad un ángel de bondad y de talento.

—Cómo que es interés mío.

— ¡Cómo interés vuestro!

— ¿Me preguntáis si es interés mío evitar a mis camaristas interpretaciones, disgustos y acaso calumnias? ¡Ay! Ya lo sabéis, hija mía, la Corte no tiene indulgencia con esa clase de pecadillos. Pero ya hace mucho tiempo que estamos andando: ¿no hemos llegado todavía?

— Faltan unos cincuenta o sesenta pasos... Ahora hay que torcer a la izquierda.

—¿Y decís que estáis segura de Montalais? — preguntó Madame.

— ¡Oh! Sí.

—¿Creéis que haga todo lo que queráis?

—Todo. Con la mejor voluntad.

—Respecto a La Valliére... aventuró la princesa.

— ¡Oh! En cuanto a ésa, será más difícil, señora; le repugna mentir.

— No obstante, cuándo vea que le va en ello su interés ...

—Mucho me temo, que eso no altere en lo más mínimo sus ideas.

—Sí, sí—dijo Madame— ya tengo noticias de ello; es una persona muy remilgada, una de esas presumidas que ponen a Dios por delante para ocultarse detrás. Pero, si no quiere mentir, como se expondrá a la burla de toda la Corte, como habrá provocado al rey con una confesión tan ridícula como indecorosa, la señorita de la Baume Le Blanc de La Valliére no extrañará que la envíe con sus palomas, para que allá, en Turena, o en el Blaisois, pueda a su gusto dedicarse a la vida sentimental y pastoril.

Estas palabras fueron dichas con una vehemencia y hasta dureza tales, que atemorizaron a la señorita de Tonnay Charente.

En consecuencia, hizo propósito de mentir todo cuanto fuese necesario.

Con estas excelentes disposiciones llegaron Madame y su compañera a las inmediaciones de la encina real.

—Ya estamos en la encina —dijo Atenaida.

—Pues ahora veremos si se oye —repuso Madame.

—¡Silencio! —exclamó la joven reteniendo a Madame con una rapidez bastante olvidadiza de la etiqueta.

Madame se detuvo.

—Ya veis que se oye —observó Atenaida:

— ¿Cómo es eso?

— Escuchad.

Madame contuvo su respiración, y se oyeron, en efecto, estas palabras pronunciadas con voz triste y suave:

—¡Oh! Te digo, vizconde, y te repito, que la amo con toda mi alma; esta pasión concluirá con mi vida.

Al oír Madame aquella voz, se estremeció; y un rayo de alegría brilló en su rostro.

Detuvo a su vez a su compañera, y con pase ligero, la hizo retroceder veinte pasos, hasta ponerla fuera del alcance de la voz.

—Quedaos ahí —le dijo—, mi querida Atenaida, y procurad que nadie nos sorprenda. Me parece que se habla de vos en esa conversación.

— ¿De mí, señora?

—De vos, sí... o más bien, de vuestra aventura. Voy a escuchar; las dos seríamos descubiertas. Id a buscar a Montalais, y volved a esperarme con ella en el lindero del bosque.

Después, como Atenaida titubeara:

— ¡Marchad! — dijo la princesa

con una voz que no admitía observaciones.

Atenaida arregló sus faldas ruidosas, y volvió a los jardines por un sendero que cortaba el macizo.

En cuanto a Madame, se agazapó en el matorral, recostada contra un corpulento castaño, uno de cuyos troncos había sido cortado a la altura de una silla.

Y allí, llena de ansiedad y temor…

—Veamos —dijo—, veamos; puesto que se oye desde aquí, escuchemos lo que va a decir de mí al señor de Bragelonne ese otro loco enamorado a quien llaman conde de Guiche.

CXVIII

DONDE MADAME ADQUIERE LA PRUEBA DE QUE ESCUCHANDO SE PUEDE OIR LO QUE SE DICE

Hubo un instante silencioso, como si todos los ruidos misteriosos de la noche hubiesen callado para escuchar, al mismo tiempo que Madame, aquella juvenil y amorosa. confidencia.

Correspondíale hablar a Raúl. Apoyábase indolentemente en el tronco de la gran encina; y respondía con su voz dulce y armoniosa:

—¡Ay, querido Guiche! Es una gran desgracia.

—¡Oh, sí! —exclamó éste—. ¡Muy grande!

—No me entendéis, Guiche. Digo que es una gran desgracia para vos, no el que améis; sino el que no sepáis ocultar vuestro amor.

—¿Cómo, pues?

—Sí, porque no advertís una cosa, y es que ahora; no es ya a vuestro único amigo, es decir, a un hombre que se dejaría matar antes que traicionaros; no advertís, digo, que no es ya a vuestro único amigo a quien hacéis confidencia de vuestros amores, sino al primero que llega.

— ¡Al primero que llega! —murmuró Guiche—. ¿Estáis loco, Bragelonne, para decir semejantes cosas?

—Pues así es.

—¡Imposible! ¿Podéis suponer que mi indiscreción llegue hasta ese punto?

— Quiero decir, amigo mío, que vuestros ojos, vuestros ademanes, vuestros suspiros, hablan a pesar vuestro; que toda pasión exagerada pone al hombre fuera de sí mismo. Entonces el hombre no se pertenece, y se entrega a una locura que le hace contar sus penas a los árboles, a los caballos, al aire, cuando no halla ningún ser inteligente al alcance de su voz. Ahora bien, mi pobre amigo, tened presente una cosa, y es que rara vez falta alguien que oiga particularmente las cosas que no deben ser oídas.

Guiche exhaló un profundo suspiro.

—Os aseguro —prosiguió Bragelonne— que en este momento me causáis pena; desde vuestro regreso habéis manifestado cien veces y de cien modos diferentes vuestro amor por ella; y, no obstante, aun cuando nada hubieseis dicho, vuestro solo regreso es ya una indiscreción terrible. De todo esto infiero una cosa: que, si no ponéis más cuidado en lo que hacéis, un día u otro acontecerá una explosión. ¿Quién os salvará entonces? Decid, respondedme. ¿Quién la salvará a ella misma? Porque, por inocente que sea vuestro amor, ese amor será siempre en manos de sus enemigos una acusación contra ella.

—¡Ay, Dios mío! —murmura Guiche.

Y un profundo suspiro acompañó a sus palabras.

—Eso no es contestar, Guiche. Ciertamente.

—Vamos a ver: ¿qué contestáis?

— Que ese día no estaré más muerto de lo que estoy en la actualidad.

—No os entiendo.

—¡Sí! Tantas alternativas han acabado conmigo. Hoy no soy un ser que piense y obré; hoy no valgo lo que pueda valer un hombre, por mediano que sea; así que hoy siento ya agotadas mis fuerzas y desvanecidas mis últimas resoluciones, y renuncio a luchar. En campaña, como a los dos nos ha sucedido más de una vez, cuando parte uno solo a fin de intentar alguna escaramuza, suele encontrar a veces una partida, de cinco o seis merodeadores, y, aunque solo, uno se defiende; acuden otros seis, y uno se irrita y se empeña más y más; pero si llegan aún otros seis, ocho o diez más, entonces lo que uno hace es meter

espuelas al caballo; si lo tiene o dejarse matar para no huir. Pues bien, yo me hallo en este caso; primero luché conmigo mismo, después con Buckingham, ahora se ha presentado el rey, y no pienso en luchar con él, ni tampoco, os lo aseguro, dado que el rey se retirase, contra el carácter solo de esa mujer. ¡Oh! No me hago ilusiones; entré al servicio de ese amor, y por él me dejaré matar.

—No es a ella a quien pueden hacerse reconvenciones —repuso Raúl—, sino a ti.

— ¿Y por qué a mí?

—Pues que, sabiendo tú que la princesa es algo ligera, muy amante de la novedad, y en extremo sensible a la lisonja, por más que ésta venga de un ciego o de un niño, ¿vas a inflamarte hasta el punto de consumirte a ti propio? Mira a la mujer, ámala, pues el que no tenga su corazón ocupado en otra parte, no puede verla sin amarla. Pero al mismo tiempo que la ames, respeta en ella, primero, la jerarquía de su esposo, luego, al esposo mismo, y por último, tu propia seguridad.

— Gracias, Raúl.

—¿Y por qué?

— Porque viendo lo mucho que padezco por esa mujer, me consuelas diciéndome todo lo bueno que piensas de ella, y aun quizá lo que no piensas.

— ¡Oh! ¡Te engañas, Guiche! — exclamó Raúl—. No siempre digo lo que pienso; pero entonces callo. Cuando hablo, no sé fingir ni engañar, y el que me escucha puede creerme.

Mientras así hablaban los dos jóvenes, Madame, con el cuello extendido, el oído alerta, y los ojos dilatados, Madame, decimos, aspiraba con avidez hasta el menor soplo que se dejaba oír entre las ramas.

—¡Oh! Entonces la conozco mejor que tú! No es ligera, es frívola; no es amante de la novedad, sino mujer sin memoria y sin fe; no es pura y simplemente sensible a las lisonjas, sino coqueta refinada y cruel. ¡Mortalmente coqueta!

— ¡Oh! Sí, lo sé. Mira, Bragelonne, creéme: estoy sufriendo todos los padecimientos del infierno; siendo valiente por naturaleza y amando con pasión el peligro, encuentro un peligro mayor que mi fuerza y mi valor. Pero escucha, Raúl: todavía me reservo una victoria que le ha de costar muchas lágrimas.

Raúl miró a su amigo, quien, sofocado así por la emoción, recostó la cabeza contra el tronco de la encina.

— ¡Una victoria! —replicó Raúl—. ¿Y cuál?

—Algún día. me llegaré a ella, y le diré: "Yo era joven, y estaba loco de amor; pero ; tenía el suficiente respeto para caer a vuestros pies y permanecer allí con mi frente en el polvo, si vuestras miradas no me hubieran levantado hasta vuestra mano.

¡Creí comprender vuestras miradas, me levanté, y entonces, sin haber hecho otra cosa que amaros más todavía, si era posible, entonces, me destrozásteis el corazón por un capricho, mujer sin corazón, sin fe, sin amor! No sois digna, por más princesa de sangre real que seáis, no sois digna del amor de un hombre honrado y me castigo con la mujer por haberos amado, y muero aborreciéndoos."

— ¡Oh! —exclamó Raúl asustado por el acento de profunda verdad que se revelaba en las palabras del joven—. ¡Oh! ¡Bien te lo decía yo, Guiche, que estabas loco!

—¡Sí,, sí! —murmuraba Guiche prosiguiendo en su idea—. Ya que aquí no tenemos guerras iré allá al Norte a pedir que me dejen entrar al servicio del Imperio, y no faltará algún húngaro, algún croata, algún turco que me haga la caridad de enviarme una bala.

No había terminado de hablar Guiche, o más bien acaba de pronunciar la última palabra, cuando, le sobresaltó un ruido que hizo a Raúl ponerse en pie en el mismo instante.

Respecto a Guiche, absorto como estaba en su discurso y en su pensamiento, permaneció sentado, con la cabeza comprimida entre sus manos.

Abriéronse las matas, y una mujer apareció ante los dos jóvenes, pálida y en el mayor desorden. Con una de sus manos apretaba las ramas que hubieran podido azotarle el rostro, y con la otra levantaba el capuchón del manto que cubría sus hombros.

En aquellos ojos húmedos y brillantes, en aquel modo regio de presentarse, en la elevación de aquel ademán soberano, y, más que nada, en el latido de su corazón, reconoció Guiche a Madame; y lanzando un grito, se llevó las manos desde las sienes a los ojos.

Raúl, trémulo, desconcertado, no hacía más que dar vueltas a su sombrero entre las manos, tartamudeando vagas, fórmulas de respeto.

—Señor de Bragelonne —dijo la princesa—, tened la bondad de ir a ver si mis doncellas están allí en los paseos o en los tresbolillos. Y vos, señor conde, quedaos, estoy cansada, y espero que me daréis vuestro brazo.

Un rayo que hubiera caído a los pies del infortunado joven le habría asustado menos que aquellas palabras frías y severas.

Sin embargo, como Guiche, según lo acababa de decir; era intrépido y había tomado ya sus resoluciones en lo íntimo de su corazón, se levantó, y, viendo la vacilación de Bragelonne, le dirigió una mirada llena de resignación y supremo agradecimiento.

En vez de contestar al momento a Madame, dio un paso hacia el vizconde, y, tendiéndole la mano que la princesa le había pedido, apretó la de su fiel amigo con un suspiro, en el cual parecía otorgar a la amistad toda la vida que le quedaba en el fondo de su corazón.

Madame, no obstante su orgullo y a pesar de que no sabía esperar, aguardó a que terminara aquel mudo coloquio.

— Su mano, su regia mano, se mantuvo suspendida en el aire, y, cuando marchó Raúl, descendió sin cólera; pero no sin emoción, en la de Guiche.

Hallábanse solos en medio del bosque sombrío y mudo, y no se oía más que el paso de Raúl alejándose precipitadamente por los senderos umbríos.

Sobre su cabeza se extendía la bóveda espesa y olorífera del ramaje del bosque, por entre cuyos claros veíase brillar aquí y acullá algunas estrellas.

Madame arrastró dulcemente a Guiche a unos cien pasos de aquel árbol indiscreto que había oído y dejado oír tantas cosas en aquella noche, y, conduciéndole a un claro próximo, que permitía ver a cierta distancia alrededor:

—Os traigo aquí —le dijo estremeciéndose—, porque allí, dónde estábamos, todo se oye.

—¿Todo se oye, decís señora? —repitió maquinalmente el joven.

— Sí.

—Lo cual significa... —murmuró Guiche.

—Que he oído todo lo que habéis dicho.

—¡Oh! ¡Dios mío, Dios mío! ¡Esto sólo me faltaba! —balbució Guiche.

Y bajó la cabeza, como el nadador fatigado bajo la ola que va a tragarle.

—De modo —dijo la princesa—, ¿que me juzgáis como habéis dicho?

Guiche perdió el color, volvió a otra lado la cabeza, y no despegó sus labios; conocía que estaba a punto de desmayarse.

—Está muy bien —prosiguió la princesa con su voz llena de dulzura—; prefiero esa franqueza, que debe herirme, a una lisonja que pudiera engañarme. ¡Sea! Según vos, señor de Guiche, soy una mujer coqueta y vil.

—¡Vil! —exclamó el joven—. ¿Vil vos? ¡Oh! Seguramente no he dicho, no he podido nunca decir que lo que hay en el mundo más precioso para mí fuese una cosa vil; no, no; ¡yo no he dicho eso!

— Una mujer que ve perecer aun hombre consumido por el fuego que ella ha encendido y no apaga ese fuego, es, a mi juicio, una mujer vil.

—¡Oh! ¿Qué os importa lo que yo pueda haber dicho? —replicó el conde—. ¿Qué soy yo a vuestro lado, Dios Santo, y por qué os acordáis siquiera de si existo o no?

—Señor de Guiche, vos sois un hombre como yo una mujer, y, conociéndoos, como os conozco, no quiero exponeros a morir; cambiaré con vos de conducta y de carácter. Seré, no franca, porque siempre lo soy, sino verídica. Os suplico, pues, señor conde, que dejéis de amarme, y olvidéis enteramente que os haya dirigido palabra o mirada alguna.

Guiche se volvió, cubriendo a Madame con una mirada apasionada

—Vos —dijo—,— ¡vos me disculpáis! ¡Vos me suplicáis, señora!

—Sí, yo; pues habiendo hecho el mal, justo es que lo repare. De consiguiente, señor conde, convengamos en una cosa. Vos me perdonaréis mi frivolidad, mi coquetería... No me interrumpáis. Yo os perdonaré el que me hayáis llamado frívola y coqueta, y tal vez algo peor, renunciando por vuestra parte a las ideas de muerte para conservar a vuestra familia, al rey y a las damas un caballero que todo el mundo estima, y que muchos aman.

Y Madame dijo esta última palabra con un acento tal de franqueza y aun de ternura, que al joven le pareció que el corazón quería saltársele del pecho.

—¡ Oh, señora, señora! —balbució.

— Oídme todavía —continuó la princesa—. Cuando hayáis renunciado a mí, primero por necesidad, y luego por condescender a mi súplica, entonces me juzgaréis mejor, y estoy cierta de que reemplazaréis ese amor... perdonad esta presunción, con una sincera amistad que vendréis a ofrecerme, y que yo os lo juro que será aceptada cordialmente.

Guiche, con el sudor en la frente y el fuego en las venas, se mordía los labios, hería el suelo con el pie, y devoraba, en una palabra, todos sus dolores.

—Señora, lo que me proponéis es imposible, y no admito tal trato.

—¡Cómo! —dijo Madame— ¿Rehusáis mi amistad?...

—No, no. ¡Nada de amistad, señora! Mas quiero morir de amor, que vivir de amistad.

—¡Señor conde!

— ¡Oh, señora! — murmuró Guiche—: He llegado a ese momento supremo en que no hay más consideración ni más respeto que el respeto y consideración de un hombre íntegro hacia una mujer adorada. Arrojadme, maldecidme, denunciadme de cualquier modo obraréis con justicia; me he quejado de vos, pero, me he quejado tan amargamente porque os amo; os he dicho ya que moriría, y moriré, viviendo, me olvidaríais; muerto; sé que no me habéis de olvidar.

Y Madame, que se mantenía de pie tan pensativa y agitada como el joven, volvió un momento la cabeza, como antes lo había hecho Guiche.

Luego, después de un breve silencio:

— ¿Con que tanto me amáis? — preguntó.

— ¡Oh! Locamente.

—¿Hasta el punto de morir, como decíais?

—Hasta el punto de morir, bien sea que me arrojéis de vuestro lado o que sigáis escuchándome.

— Entonces es un mal sin esperanza —dijo la princesa sonriendo—, y que conviene tratarlo por medio de dulcificantes. Vaya, dadme vuestra mano. ¡.Qué helada está!

Guiche arrodillóse y pegó sus labios, no a una, sino a las dos manos de Madame.

—Ea, pues, amadme —continuó la princesa—, puesto que no puede ser de otro modo.

Y la princesa le aprieta los dados, casi imperceptiblemente, haciéndole levantar, con un ademán entre de reina y de amante.

Guiche se estremeció..

— Madame sintió correr ese estremecimiento por las venas del joven, y comprendió que la amaba verdaderamente.

—El brazo, conde, y volvamos —le dijo.

—¡Ah, señora! —exclamó el conde vacilante; deslumbrado, como si tuviese una nube de fuego sobre los ojos—. ¡Ah! Habéis hallado un tercer medio de matarme.

—Afortunadamente el más lento, ¿no es cierto? —dijo la princesa. Y le condujo hacia el tresbolillo.

CXIX

LA CORRESPONDENCIA DE ARAMIS

En tanto que los asuntos de Guiche, arreglados de una manera tan inesperada, sin que pudiera él adivinar la causa, tomaban el giro que hemos visto, Raúl, que comprendió la invitación de Madame, se había separado para no turbar aquella explicación, cuyos resultados estaba muy lejos de adivinar, y fue a reunirse con las camaristas, diseminadas por los jardines.

Mientras esto pasaba, el caballero de Lorena, que había subido a su cuarto, leía con sorpresa la carta de Wardes, en la que éste le participaba, o más bien le hacía participar por conducto de su criado, la estocada recibida en Calais, y todos los pormenores de

aquella aventura, invitándole a que comunicara a Guiche y a Monsieur lo que en dicho suceso pudiera ser particularmente desagradable a cada uno de ellos.

Wardes se fijaba sobre todo en demostrar al caballero la violencia del amor de Buckingham hacia Madame, y concluía su carta anunciando que creía correspondida esa pasión.

Al leer este último párrafo, el caballero no pudo menos de encogerse de hombros; en efecto, Wardes se hallaba muy atrasado de noticias, según se habrá echado de ver, y suponía que Buckingham continuaría siendo el preferido.

El caballero arrojó la carta por encima de su hombro en una mesa inmediata, y, en tono desdeñoso.

— Verdaderamente —dijo—, parece increíble; y eso que Wardes es mozo de talento, pero en esta ocasión no lo ha demostrado. Está visto que en provincia se vuelve uno tonto. ¡Llévese el diablo a ese necio, que debía escribirme cosas importantes y no me cuenta más que tonterías! En vez de esa miseria de carta, hubiera podido descubrir en los tresbolillos alguna buena intriga que comprometiese a una mujer, valiese tal vez una estocada a algún hombre, y divirtiese a Monsieur durante tres días.

Miró él reloj.

—Ya es tarde —prosiguió—. La una de la madrugada; todo el mundo debe estar en el cuarto del rey, donde se terminará la noche. Ea, rastro perdido, y a menos de un feliz acaso,...

Y, al pronunciar estas palabras, como si tratase de invocar su buena estrella se asomó, con despecho a la ventana que daba a una parte solitaria del jardín.

Al punto, y como si un genio maléfico le hubiese dado sus órdenes, percibió, de vuelta al palacio en compañía de un hombre, un capotillo de seda color obscuro, y reconoció aquel talante que tanto habíale llamado la atención media hora antes.

—¡Eh, Dios mío! —pensó dándose una palmada—. ¡Dios me condene!, como nuestro amigo Buckingham: he aquí; un misterio.

Y bajó apresuradamente la escalera, con la esperanza de llegar a tiempo al patio para reconocer la mujer del capotillo y a su acompañante.

Mas al llegar a la puerta del patio pequeño, se encontró de manos a boca, con Madame,. cuyo semblante gozoso aparecía lleno de revelaciones halagüeñas bajo aquel manto que lo abrigaba sin ocultarle.

Por desgracia, Madame iba sola. El caballero comprendió que habiéndola visto, no hacía aun ni cinco minutos con un gentilhombre, no debía éste hallarse muy lejos.

En consecuencia, no se detuvo más tiempo, que el necesario para saludar a la princesa, apartándose para darle paso; pero luego que ésta se alejó algún trecho con la rapidez de una mujer que teme ser reconocida, y se convenció el caballero de que se hallaba bastante absorta en sus pensamientos para hacer alto en él, se internó en el jardín; mirando rápidamente hacia todos lados y abarcando el mayor horizonte que podía.

Llegaba a tiempo, pues el gentilhombre que había acompañado Madame estaba aún al alcance de su vista, sólo que se adelantaba apresuradamente hacia una de las alas del palacio, detrás de la cual iba a desaparecer.

No había un momento que perder. Así fue que el caballero echó a correr en su seguimiento, proponiéndose aflojar el paso luego que estuviese cerca del desconocido, pero, por grande que fue su diligencia, dobló aquél la esquina antes que él.

Era evidente, no obstante, que como el hombre a quien seguía el caballero caminaba sumamente entregado a sus pensamientos y con la cabeza inclinada bajo el peso del dolor o de la felicidad, si bien había doblado la esquina, a menos que hubiera entrado por alguna puerta, no podría menos de ser alcanzado.

Esto habría acontecido irremisiblemente, si al doblar el caballero la esquina no hubiese tropezado con dos personas que iban a doblarla también en sentido contrario.

Disponíase el caballero a hacer pagar caro su encuentro a aquellos dos importunos, cuando al levantar la cabeza reconoció al señor superintendente.

Fouquet iba acompañado de otra persona que el caballero veía por la primera vez.

Esta persona era Su Ilustrísima el obispo de Vannes.

Contenido por la importancia de aquel personaje, y obligado por el bien parecer a dar disculpas, cuando esperaba recibirlas, el caballero dio un paso atrás; y, como el señor Fouquet era, si no apreciado, por lo menos, respetado de todo el mundo, y como el mismo rey, aun cuando fuese más bien, enemigo que amigo suyo, trataba al señor Fouquet con alguna consideración; el caballero hizo lo que habría hecho el rey, que fue saludar al señor Fouquet, el cual le devolvió el saludo con afable cortesía, viendo que aquel hombre le había tropezado sin querer.

Pero el señor Fouquet reconoció pronto al caballero de Lorena, y entonces le dirigió algunos cumplimientos, a los cuales no pudo menos de corresponder el caballero.

Por corto que fuera el diálogo, duró lo bastante para que viese aquél con un mortal disgusto, que su desconocido iba eclipsándose poco a poco hasta perderse en la sombra.

Lorena se resignó, y una vez hecha la resolución, consagróse completamente a Fouquet:

— ¡Ah! Señor —dijo, llegáis muy tarde. Vuestra ausencia ha dado bastante que hablar, y he oído a Monsieur manifestar extrañeza de que habiendo sido invitado por el rey, no hubieseis venido.

—Me ha sido imposible, señor; hasta ahora no he podido verme libre.

— ¿Está París tranquilo?

— Completamente. El pueblo ha recibido muy bien la última tasa.

—¡Ah! Comprendo que hayáis querido aseguraros de esa buena acogida antes de venir a tomar parte de nuestras fiestas.

—No por eso dejo de llegar algo tarde. Me dirigiré, por tanto, a vos para preguntaros si el rey está o no en Palacio, y si podré verle esta noche, o tendré que aguardar hasta mañana.

—Hemos perdido de vista al rey hace una media hora —dijo el caballero.

— ¿Estará en el cuarto de Madame?—preguntó Fouquet.

—No creo que se encuentre allí, porque acabo de encontrar a Madame que volvía por la escalera pequeña, y a menos que.. ése gentilhombre con quien acabáis de cruzaros ahora mismo, no fuese el rey en persona...

Y el caballero detúvose, esperando saber así el nombre de la persona que seguía.

Pero Fouquet, hubiese reconocido o no a Guiche, se limitó a responder:

— No, señor, no era él.

El caballero saludó desconcertado; pero al mismo tiempo que saludaba, dirigió una mirada en torno suyo y viendo al señor Colbert en medio de un grupo:

—Mirad, señor —dijo al superintendente—, allá, bajo los árboles, hay una persona que os informará mejor que yo.

— ¿Quién? —preguntó Fouquet, cuya vista débil no podía penetrar en la obscuridad.

—El señor Colbert — respondió Lorena.

—¡Ah! Perfectamente. ¿Aquel que está hablando con esos hombres que llevan hachones es el señor Colbert?

—El mismo. Da órdenes para mañana a los encargados de la iluminación.

— Gracias, señor.

Y Fouquet hizo un movimiento de cabeza, como indicando saber ya lo que deseaba.

Por su parte, el caballero, que nada había sabido, se retiró después de hacer un cortés saludo.

Apenas se hubo alejado, cuando Fouquet, frunciendo el ceño, se entregó a una muda meditación. Aramis le miró un instante con una especie de compasión llena de tristeza:

—Vamos —le dijo—, ya estáis sobresaltado con sólo oír el nombre de Colbert. Estabais hace poco triunfante y gozoso, ¿y, vais a poneros triste y taciturno al solo aspecto de ese débil fantasma? Vamos a ver, caballero, ¿creéis en vuestra fortuna?'

—No —respondió melancólicamente Fouquet.

—¿Y por qué?

—Porque soy demasiado feliz en este instante —replicó Fouquet con voz trémula—. ¡Ay, mi querido Herblay! Vos, que tanto sabéis, debéis conocer la historia de cierto tirano de Samos. ¿Qué podría, yo arrojar al mar a fin de contrarrestar la desgracia que pueda sobrevenirme? ¡Ay! Os lo repito, amigo mío, soy demasiado feliz; tan feliz, que no deseo más que lo que tengo. . . Me he elevado tanto... No ignoráis mi divisar Quo non ascendam. . . Pues me he elevado tanto, que no me queda más que descender. No puedo, por consiguiente, creer en los progresos de una fortuna que es ya más que humana.

Aramis sonrió, fijando en Fouquet, sus ojos tan cariñosos como astutos:

—Si conociese vuestra felicidad — dijo—, temería tal vez vuestra desgracia; pero veo que me juzgáis como verdadero amigo, es decir, bueno sólo para el infortunio. Bien sé que esto es muy de apreciar; pero, sin embargo, creo también que tengo derecho a suplicaros que me confiéis de vez en cuando las cosas felices que os sucedan, y en las cuales sabéis que recibo tanta satisfacción como si me sucediesen a mí mismo.

—Mi querido prelado —dijo riendo Fouquet—, mis secretos son bastante profanos para confiarlos a un obispo, por mundano que sea.

—¡Bah! Haceos cuenta que es en confesión.

— ¡Oh! Tendría mucha vergüenza si fuerais vos mi confesor.

Y Fouquet lanzó un suspiro. Aramis volvió a mirar, sin otra manifestación de su pensamiento que su muda sonrisa.

—¡Ea! —dijo—; también es gran virtud la discreción.

—¡Silencio! —dijo Fouquet—. Ese animal ponzoñoso me ha reconocido y viene hacia nosotros.

—¿Colbert?

— Sí; alejaos, querido Herblay, que no quiero que ese bergante os vea conmigo, pues os cobraría aversión.

Aramis le estrechó la mano.

—¿Qué necesidad tengo de su amistad? —exclamó—. ¿No estáis vos aquí?

—Sí, pero quizá no estaré siempre, —dijo melancólicamente Fouquet.

—Ese día, si es que llega —repuso tranquilamente Aramis—, ya veremos cómo pasarnos sin la amistad del señor Colbert o cómo arrostrar su aversión. Pero, decidme, mi querido señor Fouquet, en lugar de entreteneros con ese pedante como le hacéis la honra de llamarle, conversación cuya utilidad no alcanzo, ¿por qué no vais a ver, si no al rey, al menos a Madame?

— ¡A Madame! —exclamó el superintendente distraído por su recuerdo. Sí, iré a ver a Madame

—Ya recordaréis —prosiguió Aramis— que nos han hablado del mucho favor que goza, Madame hace dos o tres días, y, a mi modo de ver, entra en vuestra política y en vuestros planes el que hagáis asiduamente la corte a las amigas del rey. Es el medio de contrapesar la autoridad naciente del señor Colbert; con que id lo más pronto posible a ver a Madame, y procurad ganaros esa aliada.

— ¿Pero estáis seguro —preguntó Fouquet— de que sea la princesa la que ocupe la atención del rey, en este momento?

—Si ha girado la aguja, habrá sido desde esta mañana. No ignoráis que tengo también mi policía.

— ¡Bien! Voy al instante, y, para todo evento; cuento con medios para introducirme, porque llevo un magnífico par de camafeos antiguos, engarzados en diamantes.

—Ya los he visto, y no puede darse cosa más rica y más regia. Interrumpióles entonces un lacayo que acompañaba a un correo:

—Para el señor superintendente —dijo en voz alta el correo, presentando una carta a Fouquet.

—Para el señor obispo de Vannes —dijo por lo bajo el lacayo entregando una carta a Aramis.

Y como el lacayo llevaba una antorcha, se situó entre el superintendente y el obispo, a fin de que pudieran los dos leer al mismo tiempo.

Al ver Fouquet la letra fina y menuda del sobre estremecióse de alegría. Sólo los que aman o han amado podrán comprender la inquietud que le asaltó primero y la felicidad que a ella sucedió.

“Hace una hora que me he separado de ti; hace un siglo que no te he dicho te amo.”

Nada más decía.

La señora de Bellière se había separado de Fouquet, en efecto, hacía una hora, después de haber pasado dos días en su compañía, y, por miedo de que su recuerdo se alejara de-

masiado tiempo del corazón que tanto amaba, le enviaba el correo portador de aquella importante misiva.

Fouquet besó la carta y la pagó con un puñado de oro.

Respecto a Aramis, también leía por su parte, pero con más calma y reflexión, el billete siguiente:

"Él rey ha recibido esta noche una extraña impresión: una mujer le ama. Lo ha sabido casualmente, escuchando la conversación de esa joven con sus compañeras. De suerte que el rey se ha entregado enteramente a este nuevo capricho. La mujer se llama señorita de La Vallière, y es de una belleza lo suficiente ordinaria para que ese capricho pueda convertirse en una fuerte pasión.

"No hay que descuidar a la señorita de La Vallière."

Nada de Madame.

Aramis volvió a doblar lentamente aquel billete y se lo guardó en el bolsillo.

En cuanto a Fouquet, seguía deleitándose con los perfumes de su carta.

— Monseñor —dijo Aramis tocando en el codo a Fouquet.

— ¿Qué? — preguntó éste. —Tengo una idea.. ¿Conocéis a una joven que se llama La Vallière?

—No, por cierto.

—Recordadlo bien.

—¡Ah, sí! Supongo que es una de las camaristas de Madame.

—Esa debe de ser.

—Bien, ¿y qué?

—Pues es necesario que vayáis a visitar esta noche a esa joven.

—¡Bah! ¿Y cómo?

— Hay más, y es que vuestros camafeos deben ser para ella.

—¿Qué decís?

—Ya sabéis, monseñor, que no suelo ser mal consejero.

—Pero una cosa tan imprevista...

—Ese asunto es mío. Pronto una corte en regla a la joven de La Vallière, monseñor. Yo me encargo de convencer a la señora de Bellière que esa corte es puramente política.

—¿Qué estáis diciendo, amigo mío! —exclamó con viveza Fouquet—. ¿Qué nombre habéis pronunciado?

—Un nombre que debe demostraros, señor superintendente, que, estando bien informado con respecto a vos, puedo estarlo también con respecto a los demás. Haced la corte a la joven La Vallière.

—Haré la corte a quien queráis —replicó Fouquet, hecho su corazón un paraíso.

—Vamos, bajad a la tierra, viajero del séptimo cielo —dijo Aramis—, que aquí tenemos al señor Colbert. Por cierto, que ha reclutado gente mientras estábamos leyendo, pues se acerca rodeado de alabanzas y congratulaciones; decididamente es una potencia.

En efecto, Colbert se adelantaba escoltado por cuantos cortesanos habían quedado en los jardines, los tules le prodigaban a porfía, sobre el orden de la fiesta, mil elogios que le llenaban de orgullo.

—Si estuviera aquí La Fontaine —dijo Fouquet sonriendo—, ¡qué buena ocasión se le ofrecía para recitar su fábula de La rana que quiere hacerse tan grande como el buey.

Colbert llegó rodeado de un resplandeciente círculo de luz; Fouquet le esperaba impasible, con aire un tanto burlón.

Colbert sonreía también, y habiendo visto a su enemigo desde un cuarto de hora antes, se aproximaba con torcida intención.

—¡Oh; oh! —observó Aramis por lo bajo al superintendente—: Ese tunante va a pediros todavía algunos millones para pagar sus fuegos artificiales y sus vidrios de colores. Colbert saludó al primero con aire que se esforzaba por ser respetuoso.

Fouquet movió apenas la cabeza.

— ¿Qué tal, señor?' —preguntó Colbert—. ¿Qué os dicen los ojos? ¿Hemos tenido buen gusto?

— Exquisito —respondió Fouquet; sin que pudiera notarse en sus palabras el menor asomo de mofa.

—¡Oh! —replicó malignamente Colbert—. Es favor que nos hacéis... Los de la casa del rey somos pobres, y Fontainebleau no es mansión comparable a la de Vaux.

—Es verdad —repuso flemáticamente Fouquet, que dominaba a todos los actores de aquella escena.

— ¡Qué queréis, monseñor! —continuó Colbert—. Hemos hecho todo lo que permitían nuestros escasos recursos.

Fouquet hizo un gesto de asentimiento.

—Pero —continuó Colbert— sería digno de vuestra magnificencia, monseñor, ofrecer a Su Majestad una fiesta en vuestros suntuosos jardines… en esos jardines que os han costado sesenta millones.

— Setenta y dos —respondió Fouquet.

—Razón de más —replicó Colbert—. ¡Eso sí que sería verdaderamente magnífico!

— ¿Creéis, caballero —preguntó Fouquet—, que Su Majestad aceptaría mi invitación?

—¡Oh! ¡Creo que sí! —contestó con viveza Colbert—. Casi puedo responderos de ello.

— Es mucha vuestra bondad.—dijo Fouquet—. ¿Conque podré contar con el asentimiento del rey?

— Si, señor, sí, de seguro.

—Entonces, me consultaré —dijo Fouquet.

—Aceptad, aceptad —dijo por lo bajo y con presteza Aramis:

—¿Os consultaréis? —replicó Colbert.

—Sí —respondió Fouquet—; para saber qué día podré hacer mi invitación al rey.

— ¡Oh! Desde esta misma noche, monseñor, desde esta misma noche.

—Pues acepto—dijo —el superintendente—. Señores, quisiera poderos invitar yo mismo, pero ya sabéis que adonde quiera que va el rey está en su casa, y, por consiguiente, las invitaciones no pueden proceder más que de Su Majestad.

Dejóse oír entre la muchedumbre un rumor de alegría.

Fouquet saludó, y partió.

—¡Miserable orgulloso! —exclamó Co1bert—. ¡Aceptas, y sabes que eso te costará diez millones!

—Me habéis arruinado —dijo Fouquet a Aramis en voz baja.

—Os he salvado —replicó éste, en tanto que el señor Fouquet subía las escalinatas y hacía preguntar al rey si estaba visible todavía.

CXX

FUNCIONARIO DE ORDEN

Deseando el rey permanecer solo consigo mismo, para estudiar lo que pasaba en su propio corazón, se retiró a sus habitaciones, adonde fue a buscarle el señor de Saint Aignan, terminada su conversación con Madame.

Satisfecho el favorita con su doble importancia, y conociendo que desde hacía dos horas era el confidente del rey, principiaba, no obstante 1o respetuoso que era a mirar los asuntos de la Corte desde cierta altura; y desde el punto en que se había. colocado, o, más bien, en que le había colocado la casualidad, sólo veía guirnaldas en rededor suyo.

El amor del rey a Madame, el de Madame al rey, el de Guiche a Madame, el de La Vallière al rey, el de Malicorne a Montalais, y el amor de la señorita de Tonnay Charente al mismo Saint Aignan, era seguramente más de lo que se necesitaba para volver loco a un cortesano.

Ahora bien, Saint Aignan era el prototipo de los cortesanos pasados, presentes y futuros.

Por lo demás, Saint Aignan se expresó tan bien y mostró tanta finura en el decir, que el rey le escuchó manifestando mucho interés, principalmente cuando refirió el modo apasionado con que Madame había buscado su conversación con motivo del asunto de la señorita de La Vallière.

Aun cuando el rey no hubiera sentido hacia Madame Enriqueta nada de lo experimentado, había en ese ardor de Madame por informarse cierta satisfacción de amos propio que no podía escapar al rey. Tuvo, pues, dicha satisfacción, pero a eso quedó reducido todo, pues su corazón no se alarmó lo más mínimo por lo que Madame pudiera o no pensar de toda aquella aventura.

Sólo cuando Saint Aignan acabó de hablar, le preguntó el rey, mientras se arreglaba para recogerse:

—Creo, Saint Aignan, que sabrás quién es la señorita de La Vallière, ¿no es verdad?

—No sólo sé quién es; sino lo que será.

—¿Qué quieres decir?

— Quiero decir que es todo lo que una mujer puede desear ser, esto es, amada por Vuestra Majestad, y quiero decir, que será todo lo que Vuestra Majestad quiera que sea.

—No es eso lo que te pregunto... No quiero saber lo que es hoy día, ni lo que será mañana, pues como acabas de decir, eso es cuenta mía, no lo que fue ayer. Repíteme lo que dicen de ella.

—Dicen que es prudente.

— ¡Oh! —murmuró el rey —sonriendo—. Eso es un rumor.

—Bastante raro en la Corte, Majestad, para que se crea cuando lo divulgan.

—Tal vez tengas razón mi querido. . . ¿Y es de buena casa?

— ¡Excelente! Hija del marqués de La Vallière e hijastra del bueno de Saint Remy!

—Ah! Sí, el mayordomo de mi tía. . . Ya me acuerdo, y ahora caigo que la vi al pasar por Blois. Fue presentada a las reinas. Y tengo que reprocharme no haber puesto entonces en ella toda la atención que merecía.

— ¡Oh, Majestad! En vuestras manos está recuperar el tiempo perdido.

— ¿Y dices que no corren rumores de que tenga amante?

—En todo caso; no creo que Vuestra Majestad pueda asustarse de la rivalidad.

— ¡Aguardad! —exclamó de pronto el rey con marcada expresión de seriedad.

—¿Qué, Majestad?

—Ahora recuerdo una cosa.

—¡ Ah!

—Si no tiene amante, tiene novio.

— ¡Novio!

—¡Cómo! ¿No lo sabes, conde?

—¡Tú el hombre de las noticias!

— Vuestra Majestad me perdonara. Y el rey, ¿conoce a ese novio?

— ¡Diantre! Su padre ha venido a pedirme que firme el contrato. Sin duda iba el rey a pronunciar el nombre del vizconde de Bragelonne, mas se detuvo, frunciendo el ceño.

—Es…—repitió Saint Aignan.

—Ya no me acuerdo —respondió Luis XIV —procurando disimular su emoción.

—Tal vez pueda yo ayudar la memoria de Vuestra Majestad —dijo el conde.

—No, pues ni yo mismo sé de quién quería hablar; me acuerdo vagamente de que una de las camaristas iba a casarse... pero se me ha ido el santo al cielo.

—¿Era la señorita de Tonnay Charente la que debía casarse? — preguntó Saint Aignan.

—Quizá —replicó el rey.

—Entonces, el futuro era el señor de Montespán; pero la señorita de Tonnay Charente no habrá hablado, supongo, en términos que pueda asustar a los pretendientes.

—En fin—dijo el rey—, nada o casi nada sé acerca de la señorita de La Vallière. Saint Aignan, te encargo que me traigas informes de una.

—Bien, Majestad. ¿Y cuándo tendré el honor de volver a ver a Vuestra. Majestad para comunicarle mis noticias?

—Así que las tengas.

—Pronto las tendré, si las noticias van tan de prisa como mi deseo de volver a ver al rey.

— ¡Muy bien dicho! A propósito, ¿es Madame que ha manifestado algo contra esta muchacha?

— Nada,. Majestad.

—¿Ni se ha mostrado enfadada?

—No sé; lo que puedo decir es que la he visto siempre con la risa en los labios.

— Muy bien; oigo ruido en las antecámaras; sin duda vienen a anunciarme la llegada de algún correo.

—En efecto, Majestad.

—Infórmate, Saint Aignan.

El conde corrió a la puerta, y cambió algunas palabras con el ujier.

— Majestad —dijo_ cuando volvió—, es el señor Fouquet, que viene según dice, en virtud de orden del rey. Se ha presentado, pero en atención a lo avanzado de la hora, no insiste en ser recibido, contentándose con que se haga constar su presencia.

—¡El señor Fouquet! Le escribí a las tres invitándole a estar en Fontainebleau a la mañana siguiente; y ha llegado a las dos. ¡Eso es celo! —exclamó el rey, gozoso de verse tan bien obedecido—. Quiero dar audiencia al señor Fouquet ahora mismo. Le he llamado y le recibiré. Que entre. ¡Tú, conde, a tus informes, y hasta mañana!

El rey puso un dedo sobre los labios, y Saint Aignan se escurrió con el corazón lleno de júbilo, dando orden, al ujier para que introdujese al señor Fouquet.

Fouquet hizo entonces su entrada en la cámara regia; Luis XIV se levantó para recibirle.

—Buenas noches, señor Fouquet —dijo con amable sonrisa—. Os felicito por vuestra puntualidad, con tanto más motivo, cuanto que mi mensaje ha debido llegaros tarde.

—A las nueve de la noche, Majestad.

—Mucho habéis trabajado, señor Fouquet, pues me han asegurado que no habéis salido de vuestro despacho de Saint Mandé desde hace tres o cuatro días.

—He permanecido, en efecto, encerrado tres días —replicó Fouquet, inclinándose.

— ¿Sabéis, señor Fouquet, que tengo una porción de cosas que deciros? —prosiguió el rey con la mayor afabilidad.

— Vuestra Majestad me honra demasiado, y ya, que tanta es su amabilidad para conmigo, me permitirá que le recuerde cierta audiencia que me tiene prometida.

—¡Ah! Sí, un eclesiástico que debe darme las gracias, ¿no es eso?

— Justamente, Majestad. La hora no es quizá la más oportuna; pero el tiempo es precioso para la persona que yo aprecio, y como Fontainebleau es camino para su diócesis.

—Pero, ¿quién es?

—El último obispo de Vannes; a quien Vuestra Majestad, por recomendación mía, se dignó dar la investidura hace tres meses.

—Es posible —dijo el rey— que firmara sin leer. ¿Está ahí?

— Majestad; Vannes es una diócesis importante, las ovejas de este pastor necesitan su palabra divina; son rústicos a quienes conviene civilizar instruyéndolos, y para esta clase de trabajos se pinta solo el señor de Herblay.

—¡El señor de Herblay! — exclamó el rey registrando en su memoria, como si aquel nombre, aunque no oído en mucho tiempo, no le fuese desconocido.

—¡Oh! —murmuró con viveza Fouquet—. Vuestra Majestad no conoce ese nombre obscuro de uno de sus súbditos más fieles y más celosos servidores.

—No, lo confieso... ¿Y desea marchar otra vez allá?

—Hoy ha recibido cartas que exigirán tal vez su partida; de suerte que antes de ponerse en camino para el país perdido, que llaman la Bretaña, desearía ofrecer sus respetos a Vuestra Majestad.

—¿Y espera?

—Está ahí, Majestad.

—Hacedle entrar.

Fouquet hizo una seña al ujier que aguardaba detrás de la cortina. Abrióse la puerta y entró Aramis. El rey le dejó hacer su saludo, acompañado de los cumplidos de estilo, y fijó una mirada penetrante en aquella fisonomía, que nadie podía olvidar después de haberla visto.

—¡Vannes! —dijo—. ¿Sois obispo de Vannes?

—Sí, Majestad.

— ¿Vannes está en Bretaña?

Aramis se inclinó otra vez.

—¿A pocas leguas de Belle Isle? Majestad —replicó Aramis—; a seis leguas, según creo.

—Seis leguas es un paso —repuso Luis XIV.

—No es así para nosotros, pobres bretones, Majestad —dijo Aramis

— Al contrario, seis leguas son ya bastante distancia, aun siendo por tierra; si son por mar, es una inmensidad. Ahora bien, como ya he tenido el honor de manifestar al rey, hay seis leguas de mar desde la ribera a Belle Isle.

— Dicen que el señor Fouquet posee allí una casa hermosísima inquirió el rey.

— Sí, eso dicen —respondió Aramis mirando tranquilamente a Fouquet.

—¡Cómo que eso dicen!—exclamó el rey.

—Sí, Majestad.

—En verdad, señor Fouquet, me extraña una cosa, os lo confieso.

—¿Qué, Majestad?

—¿Cómo es que teniendo al frente de vuestras parroquias a un hombre como el señor de Herblay, no le habéis enseñado Belle Isle?

—¡ Ah, Majestad! —replicó el obispo, sin dar tiempo a Fouquet para contestar—. Nosotros, pobres prelados bretones, practicamos escrupulosamente la residencia.

—Señor de Vannes —dijo el rey—. Yo castigaré al señor, Fouquet por su descuido.

— ¿De qué manera, Majestad?

—Trasladándoos.

Fouquet mordióse los labios, y Aramis sonrió.

—¿Cuánto os produce Vannes? —continuó el rey.

—Seis mil libras, Majestad —contestó Aramis.

—¡Dios mío! Bien poco es; pero tendréis bienes, caballero.

—Nada poseo, Majestad: solamente, el señor Fouquet me hace entregar mil doscientas libras anuales por su derecho de banco.

—Vamos, vamos, señor de Herblay; yo os prometo algo mejor que eso.

—Majestad...

—Ya me ocuparé de vos.

Aramis se inclinó.

El rey, por su parte, saludóle casi respetuosamente, como tenía costumbre de hacer con las mujeres y los eclesiásticos.

Aramis comprendió que había terminado su audiencia, y, despidiéndose con cierta frase de las más sencillas, una verdadera frase de pastor campesino, desapareció.

—Me extraña el aspecto de ese hombre —dijo el rey siguiéndole con los ojos todo el tiempo que pudo verle, y aun en cierto modo después que ya no le veía.

—Majestad —respondió Fouquet—; si ese obispo hubiese recibido las primeras órdenes, ningún prelado del reino como él para las mayores distinciones.

—¿No es docto?

—Cambió la espada por la casulla un poco tarde. Pero no importa, si Vuestra Majestad me permite que vuelva a hablarle del señor de Vannes en su tiempo y lugar.

— Desde luego. Mas antes de hablar de él, hablemos de vos, señor Fouquet.

—¿De mí, Majestad?

—Sí, tengo que daros mil felicitaciones.

—No acierto, Majestad, a manifestar a Vuestra Majestad el júbilo de que me colma.

—Sí, señor Fouquet, comprendo. Sí, estaba prevenido en contra vuestra.

—He sido entonces bien desgraciado.

—Pero ya eso pasó. ¿No habéis llegado a notarlo?

— Majestad; pero aguardaba con resignación a que luciese el día de la verdad. Y parece que ese día ha llegado.

—¡Ah! ¿De modo que sabíais que estabais en desgracia mía?

— ¡Ay! Sí; Majestad.

—¿Y sabéis por qué? .

—Perfectamente; el rey me suponía un dilapidador.

—¡Oh! No.

— O más bien un mediano administrador. En una palabra, Vuestra Majestad suponía que no teniendo dinero los pueblos, tampoco lo tendría el rey.

—En efecto, eso creía; pero ya, me he desengañado.

Fouquet se inclinó.

—Y no hay rebeliones ni quejas.

—Y además hay dinero —dijo Fouquet:

—Lo cierto es que en el mes último os habéis mostrado pródigo conmigo.

—Y tengo dinero todavía, no sólo para las necesidades de Vuestra Majestad, sino hasta para todos sus caprichos.

Gracias a Dios, señor Fouquet — replicó el rey con seriedad—, no os pondré a prueba. Hasta dentro de dos meses no quiero pediros nada.

—Aprovecharé ese tiempo para reunir al rey cinco o seis millones, que le servirán de primeros fondos en caso de guerra.

— ¡Cinco o seis millones!

—Para su casa sólo.

—¿Creéis, según eso, en la guerra, señor Fouquet?

—Creo que, si Dios ha dado al águila un pico y garras, es para que se aproveche de ellos y ostente su predominio.

El rey se sonrojó de placer

—Mucho hemos gastado en todos estos días, señor Fouquet. ¿No me regañaréis?

Vuestra Majestad tiene aún veinte años de juventud y mil millones para gastar en esos veinte años.

—Mil millones es demasiado, señor Fouquet —dijo el rey.

— Economizaré, señor. Además, Vuestra Majestad tiene en el señor Colbert y en mí dos hombres preciosos. El uno le hará gastar su dinero, ése seré yo, si Vuestra Majestad se digna seguir aceptando mis servicios; el otro se lo economizará, y ése será el señor Colbert.

— ¡El señor Colbert! — replicó admirado el rey.

—Sí, por cierto, Majestad; el señor Colbert cuenta perfectamente bien.

A este elogio del enemigo, hecho por su enemigo mismo, se sintió penetrado el rey de confianza y admiración.

Y era que, en efecto, nada había en la voz ni en la mirada de Fouquet que destruyese una sola letra de las palabras que había pronunciado. No hacía un elogio para tener derecho a intercalar dos reconvenciones.

El rey lo comprendió, y, rindiendo armas a tanta generosidad o talento:

—¿Elogiáis al señor Colbert? — dijo.

—Sí, Majestad, lo elogió, porqué, además de ser un hombre de mérito, le creo muy adicto a los intereses de Vuestra Majestad.

— ¿Lo decís porque a veces ha contrariado vuestras miras? —dijo el rey sonriendo.

—Precisamente, Majestad.

—Explicadme eso.

—Es muy sencillo. Yo soy el hombre que se necesita para hacer entrar el dinero, y él es cuanto cabe para impedir que salga.

—¡Vamos, vamos, señor superintendente, qué diablos' Ya me diréis algo que pueda modificar esa opinión.

—¿Administrativamente, Majestad? Nada en absoluto, Majestad.

—¿De veras?

—Por mi honor; no conozco en Francia mejor funcionario que el señor Colbert.

La palabra funcionario no tenía, en 1661, la significación algo subalterna que se le da hoy día; pero, al pasar por la boca del señor Fouquet, a quien el rey acababa de llamar señor superintendente, tomó cierto carácter de humildad y pequeñez, que colocaba admirablemente a Fouquet en su punto y a Colbert en el suyo.

—Pues bien —dijo Luis XIV—, él ha sido quien, tan ahorrador como es; ha ordenado mis festejos de Fontainebleau, y os aseguro, señor Fouquet, que no ha procurado escasear mi dinero.

—Fouquet se inclinó, pero sin responder.

— ¿No es ésa vuestra opinión? —dijo el rey.

— Encuentro, Majestad' —respondió Fouquet—; que el señor Colbert ha desplegado en todo un orden asombroso, y merece, en este concepta, todas las alabanzas de Vuestra Majestad.

La palabra orden venía como anillo al dedo a la palabra funcionario. Ninguna organización, más que la del rey, tenía esa viva sensibilidad, esa finura de tacto que percibe y recoge el orden de las sensaciones antes que las sensaciones mismas.

Por consiguiente, Luis XIV comprendió que el funcionario había tenido para Fouquet demasiado orden, es decir, que las fiestas tan espléndidas de Fontainebleau hubieran podido ser más espléndidas todavía.

Conoció, por tanto, que podía, censurarse algo en sus festejos, y experimentó algo parecido a ese despecho que siente un provinciano, que, adornado con los más hermosos trajes de su guardarropa, llega a París, donde el hombre elegante apenas le mira, o le mira demasiado.

Esta parte de la conversación, tan sobria pero tan sutil de Fouquet, hizo concebir al rey mayor estimación hacia el carácter del hombre y la capacidad del ministro.

Fouquet se despidió a las dos de la mañana; y el rey se metió en el lecho algo inquieto y confuso con la lección encubierta que acababa de recibir; y aun empleó sus dos buenos cuartos de hora en recordar los bordados, las colgaduras, los refrescos, la arquitectura de los arcos triunfales, las iluminaciones y los fuegos artificiales, imaginados por el orden del funcionario Colbert.

De ahí resultó que, repasando en su memoria todo lo que había tenido lugar en aquellos últimos ocho días, encontró algunos lunares a sus fiestas.

Pero Fouquet, con su diplomacia, su afabilidad y su generosidad, acababa de perjudicar a Colbert más profundamente de lo que éste, con su trapacería, su ruindad, su odio perseverante, logró nunca perjudicar a Fouquet.

CXXI

FONTAINEBLEAU A LAS DOS DE LA MAÑANA

Como ya hemos visto, Saint Aignan había dejado el cuarto del rey en el momento en que entraba el superintendente.

Saint Aignan estaba encargado de una misión urgente, es decir, iba a hacer cuanto estuviese en su mano para sacar buen partido de su tiempo.

El que hemos introducido como amigo del rey era un hombre raro; uno de esos cortesanos preciosos, cuya vigilancia y pureza de intención hacia sombra desde aquel tiempo a todo favorito, pasado o futuro, y cuya exactitud corría parejas con el servilismo de Dangeau.

Dangeau, más que favorito, era el amigo oficioso del rey. Saint Aignan, por tanto, trató de orientarse, y creyó que de quien debía tomar los primeros informes era de Guiche.

De modo que corrió en busca de él.

Guiche, a quien vimos desaparecer por el ala del palacio, y que, según todas las apariencias, podía creerse que había vuelto a su habitación, no lo había hecho así.

Después de mil vueltas y revueltas, vio Saint Aignan una cosa parecida a una forma humana recostada contra un árbol.

Aquella forma tenía toda la inmovilidad de una estatua y parecía muy ocupada en contemplar una ventana, a pesar de que las cortinas de aquella ventana estaban herméticamente cerradas.

Como aquella ventana era la de Madame, supuso Saint Aignan que aquella forma debía ser la de Guiche.

Acercóse poco a poco y vio que no se había equivocado.

Había sacado Guiche de su conversación con Madame tal cúmulo de felicidad, que toda su fuerza de espíritu no bastaba a soportarla.

Saint Aignan sabía por su parte que Guiche había contribuido a introducir a La Vallière en casa de Madame; un cortesano todo lo sabe y se acuerda de todo. Sin embargo, lo que había ignorado siempre era el título y las condiciones con que Guiche había concedido su protección a La Vallière. Pero, como preguntando mucho, rara vez sucede que no se consiga saber algo, contaba Saint Aignan con averiguar poco o mucho interrogando a Guiche con toda la delicadeza y al propio tiempo con toda la tenacidad de que era capaz.

El plan de Saint Aignan era éste: Si los informes eran buenos, decir con efusión al rey que había hallado una perla, y reclamar el privilegio de engastar esa perla en la corona real.

Si los informes eran malos, cosa que podía muy bien suceder, examinar hasta qué punto rayaba la afición del rey hacia La Vallière; y dirigir sus tiros de manera que fuese expulsada la muchacha, para hacerse un mérito de aquella expulsión con todas las mujeres que pudieran tener pretensiones sobre el corazón del rey, principiando por Madame y concluyendo por la reina.

En el caso de que el rey se mostrase tenaz en su capricho, ocultar las notas desfavorables; hacer saber a La Vallière que esas notas, sin excepción alguna, residían en un cajón secreto de la memoria del confidente; hacer alarde de generosidad a los ojos de la pobre joven, y tenerla constantemente obligada, por medio del reconocimiento y del terror, a ser amiga suya, interesada como cómplice en hacer la dicha de su cómplice al mismo tiempo que la suya propia.

Para el día que estallase la bomba del pasado, caso de que esta bomba llegara a estallar, se prometía Saint Aignan tener tomadas todas las precauciones y aparentar ignorancia con el rey.

En cuanto a La Vallière, también podía hacer en ese día un magnífico papel de generosidad.

En todas estas ideas, brotadas en media hora al fuego de la avaricia, Saint Aignan, el mejor hijo de su época, como habría dicho La Fontaine, se dirigía con intención bien marcada de hacer hablar a Guiche, esto es de turbarle en su felicidad, que por otra parte ignoraba Saint Aignan.

Era la una de la madrugada cuando Saint Aignan divisió a Guiche de pie, recostado en el tronco de un árbol y con los ojos clavados en aquella ventana iluminada.

La una de la madrugada, es decir la hora mas agradable de la noche, la que los pintores coronan de mirtos y adormideras nacientes, la de los ojos lánguidos, cabeza pesada y, corazón palpitante, que arroja sobre el la transcurrido una mirada de pesar y dirige un saludo tierno al nuevo día.

Para Guiche era la aurora de una felicidad inefable, y habría dado un tesoro al mendigo que se le hubiera atravesado en su camino para obtener que no le molestara en sus ensueños.

En esta hora, precisamente, fue cuando Saint Aignan, mal aconsejado, pues el egoísmo nunca aconseja bien, vino a darle un golpe sobre el hombro en el instante en que murmuraba una palabra o un nombre.

— ¡Ah! —exclamó pesadamente—: Os buscaba.

— ¿A mí? —gritó Guiche, estremeciéndose.

—Sí, y os encuentro meditando a la luna. ¿Será cosa de que os halléis atacado del mal de poesía, querido conde, y estáis componiendo versos?

El joven forzó a su fisonomía a sonreír, mientras en lo íntimo del corazón mil contradicciones gruñían contra el indiscreto Saint Aignan.

—Tal vez —dijo—. Pero, ¡qué feliz casualidad!...

—¡Ah! Eso me prueba que habéis oído mal.

—¿Por qué?

—Mi primera palabra ha sido manifestaros que os buscaba.

—¿Me buscabais?

—Sí, y os he sorprendido.

—¿En qué? .

—Cantando a Filis.

—En efecto, no lo niego —dijo riendo Guiche—; estaba cantando a Filis.

—Y tenéis derecho allo.

— ¿Yo?

—Sin duda, vos, que sois el protector intrépido de toda mujer hermosa y espiritual.

—¿Pero qué diantre me estáis diciendo?

—Verdades reconocidas, ya lo sé. Pero, escuchad: estoy enamorado.

—Tanto mejor, querido conde. Venid conmigo; y me contaréis eso. Y temiendo Guiche, aunque algo tarde, tal vez, que Saint Aignan advirtiese la ventana iluminada, le cogió del brazo, y trató de llevárselo de allí.

—¡Oh! — dijo Saint Aignan resistiéndose—. No me llevéis a esos bosques sombríos, pues hace allí demasiada humedad. ¿Queréis qué nos quedemos a la luna?

Y, cediendo a la presión del brazo de Guiche, se quedó en los jardines próximos al palacio.

—Vamos a ver —dijo Guiche resignado—., conducidme adonde os plazca, y preguntadme lo que queráis.

—No puede darse mayor bondad. Y después de un momento de silencio:

—Querido conde —continuó Saint Aignan—, desearía que me dijeseis dos palabras acerca de cierta persona a quien habéis dispensado vuestra protección.

— ¿Y a quién vos amáis?

—No digo sí ni no... Ya sabéis que no debe uno colocar su corazón a la ventura, y que es preciso tomar de antemano las convenientes precauciones.

—Es verdad —dijo Guiche con un suspiro—. El corazón es cosa de mucho precio.

—El mío, especialmente, es muy tierno, y os lo entrego tal como es.

—¡Oh querido conde! Excusáis decirlo.

— ¿Qué se os ofrece?

—Se trata simplemente de la señorita de Tonnay Charente.

—¡Vaya, mi querido Saint Aignan! Por fuerza habéis perdido el juicio.

— ¿Por qué?

—¡Porque nunca he protegido a la señorita de Tonnay Charente!

—¡Bah!

— ¡Jamás!

—¿Pues no fuisteis vos el que proporcionó a la señorita de Tonnay Charente entrar en casa de Madame?

—La señorita de Tonnay Charente, y debíais saber mejor que nadie, querido conde, es de bastante buena casa para que se le busque, cuanto más para que se la admita.

—Os chanceáis.

—No, por mi honor, sé lo que queréis decir.

—¿Dé modo que para nada intervinisteis en su admisión?

—No.

—¿No la conocéis?

—La vi por primera vez en el día de su presentación a Madame. De modo que, como no la he protegido, ni la conozco, no puedo, querido conde, daros acerca de ella las noticias que deseáis.

Guiche hizo un movimiento como para separarse de su interlocutor. ,

—¡Vaya, vaya! —dijo Saint Aignan—. Un instante, mi querido conde; no permitiré que me dejéis de ese modo.

—Perdón; pero creo que ya es hora de volver uno a sus habitaciones.

—Sin embargo, no me parece que os retirabais cuando os he hallado.

— Si tenéis, conde, alguna cosa que decirme todavía, estoy a vuestra disposición.

—Y hacéis perfectamente, ¡qué diantre! Por media hora más o menos no se estropearán vuestros encajes.. Con que vamos a ver, juradme que no tenéis malas nuevas que darme respecto a ella, y que esas noticias desfavorables que hubieseis podido darme, no son la causa de vuestro silencio.

—¡Oh! A la pobre muchacha la creo tan pura como un cristal

—Me llenáis de júbilo. Sin embargo, no quiero pasar por tan mal informado como a primera vista os he debido parecer. Es cosa segura que por vuestro conducto han entrado algunas camaristas al servicio de la princesa, y aun se ha compuesto sobre eso una canción.

—Ya sabéis, amigo, que se componen canciones sobre todo. ¿La conocéis?

—No, pero cantádmela, y así la sabré.

—No podré deciros cómo principia, pero sí me acuerdo cómo acaba.

—Bueno, siempre es algo. Guiche, de damas de honor, Fue nombrado proveedor.

—La idea es pueril y la rima pobre.

—¡Y qué queréis, amigo! No son versos de Racine ni de Molière, sino simplemente de La Feuillade, y un gran señor no puede componer versos como un bigardo.

— Lástima es, en verdad, que no os acordéis más que del final.

—Aguardad; ahora recuerdo el principio de la segunda copla.

— Vamos a ver.

— A dos bellas muchachitas, quiso Guiche proteger: Montalais y...

—Y La Vallière, ¡pardiez! —exclamó Guiche impaciente, y sobre todo ignorando completamente adonde Saint Aignan, quería ir a parar.

—Sí, sí, eso es. La Vallière. Habeis hallado el consonante, querido.

—¡Valiente hallazgo!

—Montalais y La Valliére, eso es. Son las dos muchachas a quienes habéis protegido.

Saint Aignan se echó a reír.

—Creo que no encontraréis en la canción a la señorita de Tonnay Charente.

—No, ciertamente.

—¿Estáis ya, satisfecho?

—Sin duda; pero encuentro en ella a Montalais —replicó Saint Aignan sin dejar de reír.

—¡Oh! A ésa la encontraréis en todas partes. Es una señorita muy bulliciosa.

—¿La conocéis?

—Por intermediario. Fue protegida por un tal Malicorne, a quien protege Manicamp; Manicamp me suplicó que solicitase un nombramiento de camarista para Montalais, en la servidumbre de Madame, y una plaza de oficial para Malicorne al lado de Monsieur, y como no ignoráis la inclinación que tengo a ese tuno de Manicamp, así lo he hecho.

—¿Y lo habéis obtenido?

—Para Montalais, sí; para Malicorn, sí y no, pues no es aún más que tolerado. ¿Es eso lo que deseábais saber?

— Falta todavía el consonante.

— ¿Qué consonante?

—El que vos mismo hallasteis.

—¿La Vallière?

Y Saint Aignan volvió de nuevo con su sonrisa, que tanto irritaba a Guiche.

—También ha entrado por mediación mía al servicio de Madame, es cierto.

—¡Ja, ja, ja! —prorrumpió Saint Aignan.

—Pero me haríais un favor, querido conde — continuó Guiche con marcado aire de frialdad—, si os abstuvieseis de bromear sobre ese nombre. La señorita de la Baume te Blanc de La Vallière es una joven de mucho juicio.

—¿No sabéis las últimas nuevas que corren? —exclamó Saint Aignan.

— No, y os suplico, querido conde, que guardéis esas noticias para vos y para los que las hacen correr.

—¡Bah! ¡No tomáis eso con poca seriedad!

—Sí, porque a la señorita de La Vallière la ama uno de mis buenos amigos.

Saint Aignan tembló de emoción.

—¡Oh, oh! —exclamó.

—Sí, conde —prosiguió Guiche—. De consiguiente, comprenderéis muy bien vos, que sois el hombre más cortés de Francia; que no puedo consentir que se coloque a mi amigo en una posición ridícula.

—¡Oh! Muy bien.

Y Saint Aignan se roía los dedos, parte por despecho, y parte por ver frustrada su curiosidad.

Guiche le hizo un profundo saludo.

—¿Me despedís? —preguntó Saint Aignan, ardiendo en deseos de saber el nombre del amigo.

—No os despido, querido... Voy a terminar mis versos a Filis.

— ¿Y esos versos?...

—Son una cuarteta; ya sabéis, ¿eh? que una cuarteta es cosa sagrada.

—A fe que sí.

—Y como de los cuatro versos de que naturalmente ha de componerse, me faltan todavía tres y un hemistiquio, me es preciso poner en juego todas mis potencias.

—Lo creo muy bien. ¡Adiós, conde!

— ¡Adiós!

—A propósito…

— ¿Qué?

— ¿Tenéis facilidad para componer?

—Una enormidad.

—Y mañana por la mañana, ¿habréis acabado ya los tres versos y medio?

—Espero que sí.

—Pues bien, hasta mañana.

—Hasta mañana. ¡Adiós!

Preciso le fue a Saint Aignan con formarse con la despedida, y en consecuencia desapareció detrás de los bosquecillos.

La conversación había llevado a Guiche y a Saint Aignan bastante lejos del palacio.

Todo matemático, poeta o soñador, tiene sus distracciones. Cuando Saint Aignan se separó de Guiche, hallábase en el límite del tresbolillo, en el sitio donde principiaban los comunes, y donde, a espaldas de múltiples bosquetes de acacias y castaños, que cruzan sus ramas al abrigo de montecillos de clemátides y viñas vírgenes, elevábase el muro de separación entre los bosques y el patio de los comunes.

Saint Aignan, luego que se vio solo, tomó el camino de aquellos edificios, y Guiche en sentido contrario. De consiguiente, el uno retrocedía hacia los jardines, mientras el otro se dirigía a las tapias.

Saint Aignan andaba bajo una impenetrable bóveda de serbales, de lilas y de ojiacantos gigantescos, pisando una blanda arena, cubierto con la sombra y sepultado entre el musgo.

Desconcertado, por no haber podido averiguar algo más acerca de La Valliére, a pesar del ingenioso giro que diera a sus investigaciones, iba meditando cómo tomar el desquite que le parecía difícil.

De repente, un susurro de voces humanas llegó a sus oídos. Era éste como cuchicheos, como gemidos femeninos mezclados con interpelaciones; eran risitas, suspiros, gritos de sorpresa sofocados; pero, por encima de todo dominaba una voz femenina.

Saint Aignan se detuvo para orientarse, y reconoció con la mayor sorpresa que, las voces venían, no del suelo, sino de las copas de los árboles.

Levantó la cabeza deslizándose por la arboleda; y distinguió en el caballete de la tapia a una mujer encaramada en una escalera; en gran comunicación de ademanes y palabras con un hombre subido a un árbol, y del que no se divisaba más que la cabeza, por tener el cuerpo oculto en la sombra de un castaño.

La mujer permanecía a la parte de acá de la tapia, y el hombre al otro lado.

CXXII

EL LABERINTO

Saint Aignan no buscaba otra cosa que noticias y tropezaba con una aventura. No podía ser mayor su fortuna.

Deseoso de saber por qué, y principalmente sobre qué estaban hablando a aquellas horas y en tan singular posición aquel hombre y aquella mujer, Saint Aignan se agazapó y llegó casi bajo los travesaños de la escalera.

Tomando entonces sus medidas para estar lo más cómodo posible, se apoyó contra un árbol y escuchó. Y oyó el diálogo siguiente.

Era la mujer la, que hablaba.

—Verdaderamente, señor de Manicamp —decía con una voz, que, en medio de las reconvenciones que articulaba, conservaba un acento particular de coquetería— en verdad que sois indiscreto. No podemos hablar así por mucho tiempo sin ser sorprendidos.

—Es muy probable —repuso el hombre en el tono mas tranquilo y flemático del mundo.

—¿Y entonces qué se dirá?

— ¡Oh! Si alguien me viese, os confieso que moriría de vergüenza;

—¡Oh! Sería una niñada de la que no os creo capaz.

—Pase todavía si hubiese algo entre los dos, pero exponerse gratuitamente, lo considero una bobada. ¡Adiós, señor de Manicamp!

—“¡Bien! Ya sé quién es él; ahora veremos quién será la dama”, se dijo Saint Aignan acechando por los travesaños de la escalera la extremidad de dos piernas elegantemente calzadas con zapatos de raso azul celeste y medias color de carne.

—Vamos; por favor, mi querida Montalais —exclamó Manicamp—, no os marchéis. ¡Qué diablos! Todavía tengo que deciros cosas de la mayor importancia.

“¡Montalais —pensó Saint Aignan—. ¡Es de las tres! Las tres comadres tienen su ventura; sólo que se me había figurado que la aventura de ésta se llamaba Malicorne y no Manicamp.”

— A aquel llamamiento de su interlocutor, detúvose Montalais a la mitad de su descenso.

Entonces se vio al infortunado Manicamp encaramarse un piso más arriba en su castaño, ya para ver mejor, ya para combatir el cansancio de su mala posición.

—Vamos —dijo—, escuchadme; supongo que no me creeréis capaz de ningún mal designio.

—No. ¿Pero qué significa esa epístola que me habéis escrito apelando a mi reconocimiento? ¿Por qué esta cita que me habéis pedido a tales horas y en semejante sitio?

—He apelado a vuestro reconocimiento recordándoos que fui yo quien os hizo entrar al servicio de Madame, porque deseando ardientemente la entrevista que os habéis dignado concederme, quise echar mano del medio que me parecía más seguro para obtenerla. ¿Por qué os la he pedido a esta hora y en semejante, sitio? Porque la hora me ha parecido discreta y el sitio solitario. Ahora bien, lo que tenía que pediros es de esas cosas que reclaman a la vez discreción y soledad.

—¡Señor de Manicamp!

—A cada favor su honor, querida señorita.

—Señor de Manicamp, yo creo que sería lo más prudente que me retirara.

—Oídme, o salto desde mi nido al vuestro, y cuidado con desafiarme, porque hay en este momento, una rama de castaño que me esta molestando y me provoca excesos. No imitéis a esa rama, y escuchadme.

—Consiento en escucharos, mas sed breve, porque, si ahí tenéis una rama que os esta provocando, yo, tengo un travesaño triangular que se me clava en la planta de los pies. Os advierto que mis zapatos están minados.

— Hacedme el favor de darme la mano, señorita.

—¿Para qué?

— Dádmela.

—Aquí la tenéis; pero, ¿qué queréis hacer?

— Traeros hacia mí.

—¿Con qué objeto? Supongo que no deseáis que vaya a acompañaros en vuestro árbol.

—No, pero deseo que os sentéis sobre la tapia. ¡Eso es! El sitio es ancho y excelente, y daría cualquier cosa porque me permitieseis sentarme a vuestro lado.

—No, ahí estáis bien; aquí podrían vernos.

—¿Creéis? —preguntó Manicamp con voz insinuante.

—Estoy segura de ello.

—Bien, pues me quedo en mi castaño, aunque os confieso que no puedo estar peor.

—¡Señor de Manicamp; señor de Manicamp! Que nos alejamos del hecho.

—Exacto y …

—¿No me habéis escrito?

—Sí, señorita..

—¿Y por qué, motivo?

— Figuraos que hoy, a las dos, marchó Guiche.

—¿Y qué

— Viéndole marchar, le seguí como es mi costumbre.

—Ya se ve, puesto que estáis aquí.

—Esperad... Ya sabréis que ese pobre Guiche se halla hundido en la desgracia.

—¡Ay! Sí.

—Por consiguiente, era el colmo de la imprudencia venir a buscar a Fontainebleau a los que le habían desterrado de París, y sobre todo a aquellos de quienes se le alejaba.

—Discurris como el difunto Pitágoras, señor de Manicamp:

—Ahora bien, Guiche es testarudo como un enamorado; así fue que no hizo el menor caso de mis observaciones. Rogué; supliqué; mas todo en vano... ¡Ah, diablo!

— ¿Qué es esa?

—Perdonad, señorita; es esa maldita rama de que ya he tenido el honor de hablaros, que me ha desgarrado las calzas.

—Es de noche —repuso Montalais riendo—. Continuemos, señor de Manicamp.

— Guiche marchó, pues, corriendo a caballo, y yo le seguí, pero al paso. Ya comprenderéis que, irse a echar al agua con un amigo tan veloz, es cosa de necios o de locos. Por lo tanto, dejé a Guiche tomar la delantera y caminé con prudente lentitud, en la persuasión de que el desventurado no sería recibido, o si lo era volvería grupas al primer sofión, y le vería venir más ligero aún de lo que se fue, sin haber pasado yo de Ris o Melún; y no dejaréis de convenir en que era sobrado andar once leguas de ida y otras tantas de vuelta.

Montalais encogióse dé hombros.

—Reíd cuánto queráis, señorita; pero, si, en vez de estar cómodamente sentada en el tablero de una tapia como estáis, os vieseis a caballo sobre esta rama, bien seguro que desearíais lo mismo que Augusto, es decir, descender.

—¡Un poco de paciencia, mi querido señor de Manicamp! Un instante pronto se pasa; decíais que llegasteis a Ris o Melún.

—En efecto; no sólo llegué, sino que, os lo diré también, continué caminando, admirado cada vez más de no ver volver a Guiche. Entro al fin en Fontainebleau, me informo; pregunto a todo el mundo por Guiche, y nadie me sabe dar razón; sólo pude averiguar que llegó a todo correr, entró en Palacio, y desapareció. Desde las ocho de la noche estoy en Fontainebleau, preguntando por Guiche a todos los ecos, y Guiche no parece. ¡Me muero de inquietud! Pero ya supondréis que no habría ido a arrojarme yo mismo en la boca, del lobo, metiéndome en Palacio como ha hecho mi imprudente amigo; así fue que me encaminé en derechura a los comunes, desde donde procuré hacer llegar una epístola a vuestras manos. Ahora, señorita, en nombre del cielo, sacadme de la ansiedad en que estoy.

—No será difícil, mi querido señor de Manicamp, vuestro amigo Guiche ha sido recibido muy bien.

—¡Bah!

—El rey le ha manifestado la mayor bondad.

—¡El rey, que le había desterrado!

— ¡Madame le ha sonreído, y Monsieur parece quererle más que antes!

— ¡Ah, ah! —exclamó Manicamp—. Eso me explica cómo y por qué se ha quedado. ¿Y no ha hablado de mí?

—Ni una sola palabra. .

—Mal hecho. ¿Qué hace ahora?

— Supongo que estará durmiendo, o, si no duerme, soñará.

— ¿Y qué se ha hecho en toda ésta noche?

— Bailar.

—¿El famoso baile? ¿Y cómo se ha portado Guiche?

— Soberbiamente.

— ¡Amigo amado! Ahora, señorita, perdonad, pero no me queda otro remedio que pasar de mi casa a la vuestra.

—¿Cómo es eso?

—Comprended: no presumo de que me abran la puerta del palacio a estas horas, y, en cuanto a dormir sobre esta rama, bien lo quisiera, pero declaro la cosa imposible para cualquier otro animal que no sea un papagayo.

—Pues yo, señor de Manicamp, no puedo introducir así como se quiera a un hombre por encima de una tapia.

—A dos, señorita —dijo una segunda voz, pero con acento tan tímido, que era fácil conocer que su propietario comprendía toda la inconveniencia de semejante pretensión.

— ¡Santo Dios! —exclamó Montalais esforzándose por penetrar con su mirada hasta el pie del castaño—. ¿Quién me habla?

—Yo, señorita.

—¿Y quién sois vos?

—Malicorne, vuestro humilde servidor.

Y al decir Malicorne estas palabras; se encaramó desde el suelo a las primeras ramas, y desde las primeras ramas a la altura de la tapia.

—¡El señor Malicorne!... ¡Bondad divina! ¿Pero estáis locos?

—¿Cómo estáis, señorita? —preguntó Malicorne con la mayor urbanidad.

—¡Esto sólo me faltaba! —murmuró desesperada Montalais.

—¡Oh, señorita! —murmuró Malicorne—. ¡Por Dios, no seáis conmigo tan cruel!

—Al fin, señorita —replicó Manicamp——, somos amigos vuestros, y nadie puede desear la muerte de sus amigos. Considerad que dejarnos donde estamos es lo mismo que condenarnos a muerte.

—¡Oh! —exclamó Montalais—El señor Malicorne es robusto, y no se morirá por pasar una noche a la intemperie.

— ¡Señorita!

—Este será un merecido castigo de su escapatoria.

— ¡Enhorabuena! Que Malicorne se arregle como quiera con vos; pero, yo paso —dijo Manicamp.

Y, curvando aquella famosa rama contra la cual había exhalado tan amargas quejas, consiguió, con auxilio de manos y pies, sentarse al lado de Montalais.

Montalais trató de rechazar a Manicamp, y Manicamp procuró mantenerse firme.

Aquel conflicto, que duró algunos instantes, tuvo también. su lado pintoresco; lado del que sacaron algún provecho los ojos de Saint Aignan.

Pero Manicamp venció. Dueño de la escala, puso en ella el pie y ofreció galantemente la mano a su enemiga.

Entre tanto, Malicorne se instalaba en el castaño, en el sitio que había ocupado Manicamp, prometiéndose sucederle pronto en el que ocupaba a la sazón.

Manicamp y Montalais bajaron algunos escalones, Manicamp insistiendo, y Montalais riendo y defendiéndose.

Entonces oyóse la voz de Malicorne.

—¡Señorita —suplicaba—, no me abandonéis, por Dios! Mi posición es falsa, y no podré llegar sin contratiempo por mí, solo al otro lado de la tapia. A Manicamp puede importársele poco destrozar sus vestidos, porque tiene los del señor de Guiche; pero yo no podré tener siquiera los de Manicamp, porque estarán desgarrados.

—Creo —dijo Manicamp sin curarse de las lamentaciones de Malicorne—, que lo mejor que puedo hacer es ir a buscar a Guiche ahora mismo. Más tarde quizá no pueda penetrar en su habitación.

—Soy del mismo parecer —replicó Montalais—, con que adiós, señor de Manicamp.

— ¡Gracias mil! Hasta la vista, señorita —dijo Manicamp saltando a tierra—. Nadie es más amable que vos.

—Señor de Manicamp, soy vuestra servidora; voy ahora a ver si me deshago del señor Malicorne.

Malicorne exhaló un suspiro..

—Adiós, adiós —continuó Montalais.

Manicamp dio unos cuantos pasos, y volviendo al pie de la escala:

—A propósito; señorita —dijo—, ¿por dónde se va al aposento del señor de Guiche?

—¡Ah! Es verdad ... Nada más fácil: siguiendo esa olmeda.

—Muy bien.

—Llegaréis a la encrucijada verde.

—¡Bien!

—Allí encontraréis cuatro avenidas...

—Perfectamente.

—Tomáis una...

— ¿Cuál?

—La de la derecha.

— ¿La de la derecha?

—No, la de la izquierda.

— ¡Ah, diablo!

—No, no.... Aguardad. .

—No parecéis muy segura... Haced memoria, señorita..

La de en medio.

—Es que hay cuatro.

— Tenéis razón. Todo cuanto puedo deciros, es que, de esos cuatro caminos hay uno que conduce directamente a las habitaciones de Madame, y ese lo conozco bien.

—Pero el señor de Guiche no estará en las habitaciones de Madame, ¿eh?

—No, a Dios gracias.

—Por consiguiente, de nada me sirve saber el que conduce a las habitaciones de Madame, y desearía cambiarlo por el que conduce a las del señor de Guiche.

— Ciertamente, también conozco ese camino; pero, por lo que hace a indicarlo desde aquí, me parece la cosa imposible.

—Pues bien, supongamos que he dado con esa dichosa avenida.

— Entonces habéis llegado.

—Bien.

—Sí, no tenéis más que atravesar el laberinto.

— ¿Nada más que eso? ¡Pardiez! ¿Conque hay un laberinto?

— Sí, y bastante enredado; aun de día es fácil perderse, tantas son las vueltas y revueltas de que se compone; primero hay que andar tres vueltas a la derecha, luego dos a la izquierda, después una vuelta... una o dos. ¡Esperad! En fin, al salir del laberinto, veréis una avenida de sicómoros, y esa avenida de sicómoros os llevará directamente al pabellón que ocupa el señor de Guiche.

—Señorita —dijo Manicamp—, las señas son las únicas para perderme de seguro. Por lo tanto voy a pediros un pequeño favor.

—¿Cuál?

—Que aceptéis mi brazo y me guiéis vos misma, como otra... como otra... Yo sabía mitología, señorita; pero la gravedad de los acontecimientos me la ha hecho olvidar. Venid, pues, os lo suplico.

—¿Y yo? —exclamó Malicorne—. ¿Se me abandona a mí?

—¡Eh, señor, imposible! —dijo Montalais a Manicamp—. Si me ven con vos a estas horas, suponeros lo que podrán decir.

— Tendréis vuestra conciencia a favor vuestro, señorita —dijo sentenciosamente Manicamp.

—¡Imposible, señor, imposible!

—Entonces dejadme que ayude a bajar a Malicorne, que es mozo muy inteligente y sabe olfatear muy bien; él me guiará, y, si nos perdemos, nos perderemos los dos, y procuraremos salvarnos mutuamente. Si nos hallan, juntos, pareceré siquiera alguna cosa mientras que solo, creerán que soy un amante o quizás un ladrón. Venid, Malicorne; aquí está la escala.

—Señor Malicorne —exclamó Montalais—, os prohíbo dejar vuestro árbol, so pena de incurrir en toda mi cólera.

Malicorne había ya extendido hacia el caballete de la planta una pierna, que retiró tristemente.

—¡Silencio! — dijo por lo bajo Manicamp.

—¿Qué hay? —preguntó Montalais.

— Oigo pasos.

—¡Oh! ¡Dios mío!

En efecto, los pasos en cuestión se convirtieron en un ruido bien claro y distinto. Abrióse el ramaje, y apareció Saint Aignan, con ojos risueños y el brazo extendido, sorprendiendo a cada cuál en la posición que se hallaba, esto es, a Malicorne encaramado en el árbol y con el cuello estirado, a Montalais sobre un travesaño y pegada a la escala, y a Manicamp en el suelo, y con un pie adelante, en actitud de echar a andar.

—¡Eh! Buenas noches, Manicamp —dijo el conde—. Bien venido, querido amigo, habéis faltado esta noche, y han preguntado por vos. Señorita de Montalais.. ¡soy vuestro humilde servidor!

Montalais se sonrojó.

— ¡Ay, Dios mío! —balbució ocultando su rostro entre las manos.

—Señorita —dijo Saint Aignan—, tranquilizaos, porque conozco toda vuestra inocencia y me hago cargo de todo. Manicamp, seguidme. Seguidme, encrucijada y laberinto me los conozco muy bien; seré vuestra Ariadna. ¡Ea! ¿No es este el nombre mitológico que buscabais?

—¡Ese es, a fe mía!

— ¡Gracias, Conde!

— Pues de paso, conde —dijo Montalais—, llevaos también al señor Malicorne.

—No, no —replicó Malicorne— . El señor Manicamp ha estado hablando con vos todo el tiempo que ha querido, y es justo que a mí me llegue mi vez; tengo que hablaros, señorita, de una porción de cosas referentes a nuestro porvenir.

—Ya lo oís —dijo riendo el conde— quedaos a hacerle compañía, señorita. ¿Ignoráis que esta noche es la de los secretos?

Y, cogiendo del brazo a Manicamp, le llevó con ligero paso en dirección del camino que Montalais conocía tan perfectamente e indicaba tan mal.

Montalais les fue siguiendo con la vista mientras se lo permitió la distancia.

CXXIII

DE QUE MODO FUE DESALOJADO MALICORNE DE LA HOSTERIA “EL HERMOSO PAVO REAL”

En tanto que Montalais seguía con la vista al conde y Manicamp, Malicorne había aprovechado la distracción de la joven para procurarse una posición menos incómoda.

Cuando ella se volvió, no pudo menos de chocarle inmediatamente la diferencia que advirtió en la posición de Malicorne.

Malicorne estaba sentado a manera de mono sobre la tapia con los pies sobre el primer travesaño.

Los pámpanos silvestres y las madreselvas le cubrían la cabeza. como a un fauno, y los entorchados de la viña loca representaban muy bien sus pies de macho cabrio.

Respecto a Montalais, nada faltaba para que pudiera tomársela por una perfecta dríada.

—¡Ea! —dijo subiendo un travesaño—. ¿Queréis hacerme todavía más desgraciada? ¿No me habéis perseguido bastante todavía, tirano?

— ¿Yo? —exclamó Malicorne—. ¿Yo tirano?

—Sí; me estáis comprometiendo continuamente, señor de Malicorne; sois un monstruo de maldad.

— ¿Yo?

—¿Qué habíais de hacer en Fontainebleau? ¡Decid! ¿No es Orleáns vuestro domicilio?

—¿Me preguntáis que tengo que hacer aquí?... Necesitaba veros.

— ¡Valiente necesidad!

—Quizá no lo sea para vos, señorita, pero sí lo es para mí. En cuanto a mi domicilio, no ignoráis que lo he abandonado y no tengo en lo sucesivo otro que el que tengáis vos misma. De consiguiente, siendo ahora vuestro domicilio Fantainebleau; a Fontainebleau me he venido.

Montalais se encogió de hombros.

— Queríais verme, ¿no es eso?

— Sí por cierto.

—Pues bien, ya que me habéis visto y estáis satisfecho, idos.

—¡Oh! No —repuso Malicorne.

—¿Cómo que “oh no”?

—No he venido sólo para veros; he venido también para hablaros.

—Pues bien, ya hablaremos más tarde y en otro sitio.

—¡Más tarde! ¡Sabe Dios si nos volveremos a encontrar en otro sitio!

—Pues esta noche no puedo; no puedo en este momento.

—¿Por qué?

—Porque han sucedido mil cosas.

—Pues bien, con la mía serán mil y una.

—No, no, la señorita de Tonnay Charente me espera en nuestra cámara para una comunicación de la mayor importancia.

— ¿Hace mucho?

—Una hora lo menos.

— Entonces —dijo Malicorne—, que espere unos minutos más.

—Señor Malicorne —observó la Montalais—, os olvidáis de vos mismo.

—Es decir, que vos me olvidáis, señorita, y voy perdiendo la paciencia con el papel queme obligáis a hacer aquí. ¡Diantre, señorita! Hace ocho días que ruedo por estos andurriales, sin que os hayáis dignado advertir ni una sola vez que permanecía yo aquí.

—¿Rodáis por aquí hace ocho días?.

— Como un loco. Quemado aquí por los fuegos artificiales, que me han chamuscado dos pelucas, anegado allá en los juncales par la obscuridad de la noche o el vapor de los chorros de agua, hambriento siempre y siempre destroncado, con la perspectiva de una pared o la necesidad de un escalo, señorita. No es destino ése, señorita, para una persona que no es ardilla, ni salamandra, ni nutria; pero puesto que lleváis vuestra inhumanidad hasta el punto de hacerme renegar de mi condición de hombre, no quiero pasar por ello. Hombre soy, ¡cáscaras!; y hombre seré, a menos que se disponga otra cosa.

—Pues bien: ¿qué deseáis, qué queréis, qué exigís? —dijo sumisa Montalais.

—No me digáis que ignorábais que estuviese en Fontainebleau.

—Yo...

—Sed franca.

—Me lo sospechaba.

—Pues bien; en ocho días, ¿no podíais haberme visto, siquiera una vez al día?

—Siempre he estado ocupada, señor Malicorne.

—¡Pamemas!

—Preguntadlo a las señoritas, si no me creéis.

—Nunca pido explicaciones de las cosas que sé yo mejor que nadie.

—Serenaos, señor de Malicorne, todo cambiará.

— Necesario es que así sea.

—Bien sabéis que, os vea u os deje de ver, siempre pienso en vos —dijo Montalais con su aire zalamero.

—¡Oh! ¡Oh! Pensáis en mí...

—Os lo aseguro.

— ¿Y no me decís nada de nuevo?

—¿Sobre qué?

—Sobre mi destino en casa de Monsieur.

—¡Ay, mi querido señor Malicorne! No era fácil acercarse a Su Alteza Real en estos últimos días.

—¿Y ahora?

—Ahora es distinto; desde ayer no está celoso.

— ¡Bah! ¿Y cómo se le han desvanecido los celos?

— Porque ha habido un cambio de dirección.

— ¿Qué ha pasado, pues?

—Se ha esparcido la voz de que el rey había puesto sus miras en otra mujer, y Monsieur se quedó al punto tranquilo.

—¿Y quién ha hecho correr ese rumor?

Montalais bajó la voz.

—Aquí, para nosotros —dijo—, me parece que Madame y el rey se entienden.

—¡Ah, ah! —repuso Malicorne—. Ese es el único medio. Pero, ¿y el señor de Guiche, el pobre pretendiente?

—¡Oh! Está desahuciado del todo.

—¿Ha habido cartas?

—No, no he visto coger la pluma a unos ni a otros hace ocho días.

—¿A qué altura os halláis con madame?

— Perfectamente.

—¿Y con el rey?

—El rey me sonríe cuando paso.

—Corriente; ¿y a qué mujer han echado el ojo filos dos amantes para que les sirva de pantalla?

—¡A La Vallière!

—¡Ay! ¡Pobre chica! Sería preciso impedir eso, amiga mía.

— ¿Por qué?

—Porque el señor Raúl de Bragelonne la matará, o se suicidará, si llega a concebir la menor sospecha.

— ¡Raúl! ¡El buen Raúl!... ¿Creéis?

—Las mujeres tienen la pretensión de ser conocedoras de sus pasiones —dijo Malicorne—, y no saben leer siquiera lo que piensan, ellas mismas en sus propios ojos o en su propio corazón. Pues bien, yo os aseguro que el señor de Bragelonne ama a La Vallière a tal punto que, si ella trata de engañarle, o la matará o se matará.

—Ahí está el rey para defenderla —dijo Montalais.

—¡El rey! —murmuró Malicorne.

—Sí, por cierto.

—¡Eh!, ¡Raúl matará al rey como un reitre!

—¡Bondad divina! —exclamó Montalais—. ¡Por fuerza habéis perdido el juicio, señor de Malicorne!

Nada de eso; antes bien lo que os digo no puede ser cosa más seria; querida mía, y, por mi parte, ya sé lo que tengo que hacer.

—¿El qué?

—Avisar a Raúl de la jugada que le quieren hacer.

— ¡Silencio, desventurado! —repuso Montalais subiendo un escalón para acercarse más y más a Malicorne—. No digáis la menor palabra al pobre Bragelonne.

—¿Por qué?

—Porque no sabéis aún lo que hay.

— ¿Qué hay, pues?

—Que esta noche... ¿Nos escucha alguien?

—No.

—Esta noche, estando La Vallière bajo la encina real, pronunció en alta voz y con la mayor ingenuidad estas palabras: “No concibo que quien haya visto al rey pueda amar nunca a otro hombre.”

Malicorne dio un brinco sobre la tapia.

—¡Dios mío! —murmuró—. ¿Eso ha dicho la desventurada? Palabra por palabra.

— ¿Y lo piensa?

—La Vallière piensa siempre lo que dice.

—¡Eso clama venganza! ¡Las mujeres son serpientes! —dijo Malicorne.

— Serenaos, querido Malicorne, serenaos.

— ¡No! Cortemos, por el contrario, el mal en raíz. Avisemos a Raúl, que todavía es tiempo.

— ¡Torpe! No es tiempo ya —dijo Montalais.

—¿Cómo que no?

—Esa expresión de La Vallière. Esa expresión dirigida al rey...

—¿Qué?

—Ha llegado a sus oídos.

— ¿Lo sabe el rey? ¿Se lo han dicho?

—El mismo la oyó.

—¡Oh, como decía el señor cardenal!

—El rey se hallaba oculto precisamente en el macizo más próximo a la encina real.

—De lo cual se deduce —dijo Malicorne—, que el plan del rey y de Madame marchará sobre ruedas, pasando sobre el cuerpo del infortunado Bragelonne.

—Cabalmente.

—¡Eso es horroroso!

—Pero así es.

—¡A fe mía! —dijo Malicorne después de un minuto de silencio consagrado a la meditación—. No pongamos nuestra humilde persona entre una gran encina y un gran rey, porque seríamos aplastados, amiga mía.

—Eso es lo que os quería decir.

—Pensemos en nosotros.

—Que me place.

— Abrid, pues, vuestros lindos ojos.

—Y vos, vuestras enormes cejas. Aproximad vuestra boquita para recibir un buen besazo.

—Aquí la tenéis —dijo Montalais; pagando al momento en moneda sonante.

—Discurramos ahora. Tenemos al señor de Guiche que ama a Madame, a la Vallière que ama al rey; al rey que ama a Madame y a La Vallière, y a Monseñor que no ama a nadie más que a él. Entre todos estos amores podría un necio hacer fortuna; de consiguiente, con mucha más razón nosotros, que somos personas de juicio.

—Ya volvéis otra vez a vuestros ensueños.

—Mejor diríais a mis realidades.

— Dejaos guiar por mí, amiga mía, pues hasta ahora no creo que os haya ido mal, ¿no?

—No.

—Pues bien, el pasado os responde del porvenir. Y, puesto que cada cual mira por sí, miremos por nosotros.

—Nada más justo.

—Pero por nosotros solos.

—Perfectamente.

— ¡Alianza ofensiva y defensiva!

— Estoy dispuesta a jurarla.

— Extended la mano; así. Ahora decid: ¡Todo por Malicorne! —¡Todo por Montalais! —respondió Malicorne extendiendo también la mano.

—¿Ahora, qué hay que hacer?

—Tener constantemente abiertos los ojos y los oídos, reunir armas contra los otros, y no soltar nunca ninguna que pueda servir contra nosotros.

— Convenido.

—Pactado.

—Jurado.

—Y ahora que el pacto está ya hecho, adiós.

—¿Cómo adiós?

— Sin duda. Volved a vuestra posada.

—¿A mi posada?

—Sí. ¿No estáis hospedado en "El Hermoso Pavo Real"?

—¡Montalais, Montalais! Ya veis cómo sabíais que estaba yo en Fontainebleau.

—¿Y qué demuestra eso? ¡Que piensan en vos más de lo que os merecéis, ingrato! .

— ¡Hum!

—Volveos a "El Hermoso Pavo Real".

—El caso es ...

—¿Qué?

—Que lo que me pedís no es ya posible.

—¿No teníais allí una habitación?

—Sí, pero ya no la tengo.

—¿No la tenéis ya?

— ¿Pues quién os la ha quitado?

—Oíd. Volvía hace poco de correr en seguimiento vuestro, y llegaba enteramente desolado a mi posada cuando divisé una camilla, en la cual cuatro aldeanos llevaban un fraile enfermo.

—¿Un fraile?

—Sí, un viejo franciscano de barba gris. Paréme a mirar al enfermo y vi que lo entraban en la posada. Seguíle detrás, y cuando llegué a lo alto de la escalera, noté que le hacían entrar en mi cuarto:

—¿En vuestro cuarto?

—Sí, en mi propio cuarto. Creí que aquello era un error e interpelé al patrón; éste me dijo que el cuarto alquilado por mí hacía ocho días, estaba alquilado a nombre del religioso para el noveno.

—¡Oh, oh!

—Eso fue precisamente lo que yo hice. "¡Oh, oh!" Hice más aún, pues hasta quise enfadarme. Subo. Me dirijo al franciscano en persona. Trato de hacerle ver la improcedencia de su acto; pero el fraile, a pesar de que parecía estar moribundo, se incorpora sobre un codo, clava en mí dos ojos chispeantes, y con voz que habría hecho honor a un capitán de caballería dice: "Echadme a la calle a ese bergante." Lo cual fue ejecutado en el acto por el patrón y los cuatro mozos, quienes me hicieron descender la escalera algo más aprisa de lo regular. Ved ahí, amiga mía, por que no tengo albergue.

—¿Y quién será ese franciscano? —dijo Montalais—. ¿Será acaso un general?

—Se me figura que ése es el título que le dio uno de los mozos una vez que le habló a media voz.

—De manera que... —dijo Montalais.

—De manera que no tengo casa, posada, albergue; y estoy tan resuelto coma lo estaba hace poco mi amigo Manicamp, a no pasar la noche al raso.

—¿Y cómo os vais a componer? —preguntó Montalais.

—¡Allá veremos! —contestó Malicorne.

—Nada más sencillo —dijo una tercera voz.

— Montalais y Malicorne dieron un grito simultáneo.

Saint Aignan apareció.

—Querido señor Malicorne —dijo Saint Aignan—, una feliz casualidad me trae aquí para sacaros del apuro... Venid conmigo; que yo os ofrezco cuarto, en mi casa, y estad cierto de que ningún franciscano vendrá a quitároslo. En cuanto a vos, querida señorita; podéis estar tranquila; tengo ya el secreto de la señorita de La Vallière y el de la señorita de Tonnay Charente; ahora habéis tenido la amabilidad de confiarme el vuestro, y os doy por ello las gracias; tened entendido que lo mismo guardaré tres que uno.

Montalais y Malicorne se miraron como dos estudiantes sorprendidos en plena pillería; pero, como a fin de cuentas, Malicorne veía una gran ventaja en la proposición que se le hacía, dirigió a Montalais una señal de resignación, la cual le devolvió aquella.

Luego bajó Malicorne la escala, travesaño por travesaño, reflexionando en cada escalón sobre los medios de arrancar con maña a Saint Aignan todo cuanto pudiera saber acerca del famoso secreto.

Montalais se había marchado ya, veloz como una corza, y ni la encrucijada ni el laberinto llegaron a extraviarla.

En cuanto a Saint Aignan, se llevó a Malicorne a su casa, haciéndole mil cumplidos, satisfecho de poder disponer de los dos hombres que, en el caso de que Guiche permaneciese mudo, podían informarle mejor acerca de las camaristas.

CXXIV

LO QUE REALMENTE SUCEDIÓ EN LA HOSTERÍA "EL HERMOSO PAVO REAL"

Daremos en primer lugar a nuestros lectores algunos detalles, acerca de la hostería "El Hermoso Pavo Real", y luego pasaremos a señalar los viajeros que en ella se alojaban. La hostería "El Hermoso Pavo Real", como toda posada, debía el nombre a su muestra.

La muestra representaba un pavo real haciendo la rueda. Sólo que, a semejanza de algunos pintores que ponen un hermoso rostro de joven a la serpiente que tentó a Eva, el pintor de la muestra había puesto al pavo un rostro de mujer.

Aquella hostería, epigrama vivo contra esa mitad del género humano que forma el encanto de la vida, según dice el señor Legouvé, se elevaba en Fontainebleau en la primera calle lateral de la izquierda, la cual corta, al vestir de París, aquella inmensa arteria que forma por sí sola la ciudad entera de Fontainebleau.

La calle lateral llamábase entonces calle de Lyón, sin duda por que se prolonga geográficamente en dirección de la segunda capital del reino.

Esta calle se componía de dos casas habitadas por gente del pueblo, separadas una de otra por dos grandes jardines con setos.

Parecía a primera vista que había tres casas en la calle sin embargo, ahora explicaremos cómo, a pesar de las apariencias, no había más que dos.

La fachada principal de la hostería daba a la calle Mayor; pero a la vuelta, por la calle de Lyón, había dos cuerpos de edificios, divididos por patios, con grandes cuartos, muy propios para hospedar a toda clase de viajeros, viniesen a pie, a caballo o en carruaje, capaces de proporcionar, no sólo alojamiento y mesa, sino también paseo y soledad a los ricos cortesanos, cuando, a consecuencia de algún contratiempo en la Corte, quisieran encerrarse consigo mismos, para devorar su afrenta o meditar la venganza.

Desde las ventanas de aquellos cuerpos de edificios, los viajeros distinguían primeramente la calle con la hierba que crecía entre sus piedras, y que las iba desuniendo poco a poco.

Después los hermosos setos de sauco y ojicanto que encerraban, como entre dos brazos verdes y floridos, las casas de que hemos hablado.

Y, finalmente, en los intervalos de aquellas casas, como fondo de un cuadro y dibujándose como un horizonte infranqueable, una línea de bosques espesos y poblados, primeros centinelas de la inmensa selva que se extiende delante de Fontainebleau.

Tomando, pues, una habitación que hiciese esquina podíase participar por la calle de París de la vista y bullicio de los pasajeros y de los festejos, y, por da calle de Lyón de la vista y tranquilidad del campo.

Sin contar con que, caso de urgencia, al instante mismo en que llamasen por la puerta grande de la calle de París, podía cualquiera escurrir el bulto por la puerta pequeña de la calle de Lyón, siguiendo las cercas de los jardines, internarse en la espesura de la selva.

Malicorne, que, si bien se recuerda, fue el primero que nos habló de la hostería “El Hermoso Pavo Real” para deplorar su expulsión de ella, preocupado con sus propios asuntos, estaba muy lejos de haber dicho a Montalais todo lo que se podía decir acerca de aquella curiosa hostería.

Veamos si podemos nosotros llenar ese vacío que dejó Malicorne.

Malicorne había olvidado decir, por ejemplo, cómo había entrado en la hostería “El Hermoso Pavo Real”.

Por otra parte, a excepción del franciscano, de quién habló dos palabras, no había dado la menor noticia acerca de los viajeros que allí se hospedaban.

La manera cómo habían entrado, cómo vivían, y la dificultad que experimentaba cualquiera otra persona que no fuese de los viajeros privilegiados para entrar sin contraseña, y permanecer en la hostería sin algunas precauciones preparatorias, habían debido chocar, y hasta podríamos asegurar que habían chocado a Malicorne.

Pero, como ya hemos dicho, Malicorne tenía preocupaciones personales que le impedían ocuparse de muchas cosas.

En efecto, todos los cuartos de la hostería “El Hermoso Pavo Real” estaban ocupados y retenidos por forasteros sedentarios y, de un trato muy tranquilo, dotados de rostros muy agasajadores, ninguno de los cuales conocía a Malicorne.

Todos ellos habían ido llegando a la hostería después que él, y cada cual había entrado con cierta contraseña que en un principio le llamó a Malicorne la atención; pero, habiéndose informado después directamente, supo que el hostelero daba como causa de aquella especie de vigilancia el que la ciudad, llena como estaba de grandes señores, debía estarlo también de diestros y avispados rateros.

Estaba, pues, interesada la reputación de una casa honrada como la hostería “El Hermoso Pavo Real” en que los viajeros no fuesen robados.

De modo que Malicorne se preguntaba a veces, cuando recogía sus ideas para sondear su posición en la hostería “El Hermoso Pavo Real”, cómo era que le habían dejado entrar allí, siendo así que después había visto cerrar, la puerta a tantos otros.

Preguntábase principalmente cómo Manicamp, persona a su juicio muy digna de ser respetada por todos, habiendo querido así que llegó que cuidasen su caballo en “El Hermoso Pavo Real”, caballo y caballero habían sido desairados con un nescio vos de los más intratables.

Todo aquello era, por tanto, para Malicorne un problema que, por lo demás, entregado como estaba a intrigas de amor y de ambición, no se había metido a profundizar.

Bien es verdad, que, aun cuando lo hubiese intentado, no nos atrevemos a decir que lo hubiera conseguido, a pesar de la inteligencia de que estaba dotado.

Algunas palabras bastarán para probar al lector que era necesario ser nada menos que un Edipo para resolver semejante enigma.

Hacía ocho días que habían entrado en aquella hostería siete viajeros, quienes llegaron todos al día siguiente de haberse instalado Malicorne en “El Hermoso Pavo Real”.

Aquellos siete personajes, llegados con un séquito bastante numeroso, eran:

Un brigadier de los ejércitos alemanes, con su secretario, su médico, tres lacayos y siete caballos. El brigadier se llamaba el conde de Wostpur.

Un cardenal español, con dos sobrinos, dos secretarios, un familiar y doce caballos.

El Cardenal se llamaba monseñor Heredia.

Un opulento comerciante de Brema, con su lacayo y dos caballos. El comerciante se llamaba Mein Herrer Bonstett.

Un senador veneciano, con su esposa y su hija, ambas de extremada belleza.

El senador se llamaba el signor Marini.

Un laird de Escocia, con siete montañeses de su clan; todos a pie. El laird se llamaba Mac Cumnor. Un austríaco de Viena, sin título ni blasón, llegado en carroza, y que tenía mucho de eclesiástico y algo de militar.

Le llamaban el consejero.

Y por fin, una dama flamenca, con un lacayo, una doncella y una señorita de compañía. Magnífico tren, magnífico aspecto, magníficos caballos.

La llamaban la dama flamenca. Todos estos viajeros habían llegado, como hemos dicho, en el mismo día, sin que su llegada hubiese producido en la hostería el menor apuro, ni en la calle la menor confusión, porque sus habitaciones habían sido preparados de antemano por encargo de sus correos o de sus secretarios el día anterior o aquella misma mañana.

Malicorne, llegado un día antes que ellos, sobre su caballo flaco, cargado con una maleta más flaca todavía, se había anunciado como amigo de un señor curioso de ver los festejos y que no tardaría en llegar.

Al oír el hostelero estas palabras, sonrió como si conociera mucho a Malicorne o al personaje amigo suyo, y le dijo:

——Elegid, caballero, la habitación que más os acomode, ya que sois el primero en llegar.

Y esto, acompañado con ese agasajo tan significativo en los posaderos, que parece querer decir: “Perded cuidado, caballero, que no ignoro con quién trato, y se os alojará como merecéis.”

Aquellas palabras y el ademán que iba unido a ellas le parecieron a Malicorne afables, pero no muy claras. Sin embargo, como no pensaba hacer mucho gasto, y como, si hubiera pedido una habitación pequeña, se la habrían negado a causa de su misma escasa importancia, apresuróse a recoger al vuelo las palabras del hostelero y a engañarle con su propia finura.

Así, pues, sonriendo como hombre a quien no se le da menos de lo que merece:

—Apreciable hostelero —dijo—, tomaré la habitación que sea mejor y más alegre.

—¿Con cuadras?

—Con cuadras.

—¿Para qué día?

—Para ahora mismo, si puede ser.

—No hay dificultad.

—Sólo que por ahora —se apresuró a añadir Malicorne—, no ocuparé la habitación grande.

—Perfectamente —dijo el hostelero con aire de inteligencia. —Ciertas razones que comprenderéis más adelante, me obligan. a tomar sólo por cuenta mía este pequeño cuarto.

—Sí, sí, sí —dijo el hostelero.

— Cuando venga mi amigo, tomará la habitación grande, y estonces, cómo es natural, se entenderá directamente con vos.

—¡Muy bien! —dijo el hostelero—. ¡Muy bien! Así estaba convenido.

—¿Estaba así convenido?

—Palabra por palabra.

—Es extraordinario —murmuró Malicorne—: ¿Conque estáis enterado?

—Eso me basta. Ahora, ya que comprendéis... porque comprendéis, ¿no es verdad?

— Perfectamente.

—Podéis conducirme a mi cuarto. El hostelero de "El Hermoso Pavo Real" echó a andar delante de Malicorne con el gorro en la mano.

Malicorne se instaló en su habitación y quedó todo sorprendido al ver que el hostelero, cada vez que subía o bajaba, le hacía esos guiños que indican perfecta inteligencia entre dos personas que están en relación.

"Por fuerza hay aquí alguna equivocación —pensaba Malicorne—; pero hasta tanto que se aclare, aprovechémonos de ella, que es lo mejor que puede hacerse:"

Y desde su habitación, se lanzaba como perro de caza en busca de noticias y novedades de la Corte, chamuscándose en una parte y anegándose en otra, como había dicho a Montalais.

Al siguiente día de su instalación vio llegar sucesivamente a los siete viajeros, que llenaron toda la hostería.

A la vista de tanta gente, de tanto equipaje y de tanto tren, restregóse las manos Malicorne, pensando que con un solo día que se hubiera descuidado no habría encontrado un nido para descansar cuando viniese de sus exploraciones.

Después que todos los viajeros estuvieron colocados; entró el hostelero en su cuarto, y con su habitual cortesanía:

—Mi querido señor,—le dijo—, os queda la habitación grande del tercer cuerpo de edificio, ¿lo sabéis?

—Sí que lo sé.

—Y os hago en ello un gran obsequio.

—Gracias.

—De suerte que cuando venga vuestro amigo.

—¿Qué?

—No podrá menos de estar contento de mí, o de lo contrario será persona muy difícil de contentar.

—¿Me permitís que os diga algunas palabras acerca de mi amigo?

—Decid cuanto gustéis, sois muy dueño.

—Como sabéis, tenía que venir.

—Y vendrá.

—Es que podría haber variado de intención.

—No.

—¿Estáis seguro?

— Seguro.

—Es que si tuvierais alguna duda..

—¿Qué más?

—Os diría que no respondo de que venga.

—Pero creo que os habrá dicho...

—Sí, que me ha dicho, mas ya sabéis que el hombre propone y Dios dispone, verba volant scripta manent.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que las palabras vuelan y lo escrito permanece; y como él no me ha escrito, sino que se contentó sólo con hablarme, os autorizó, sin que por esto se entienda que os invitó.

— Ya conocéis que mi posición es falsa.

—¿A qué me autorizáis?

— ¡Pardiez! A que alquiléis su habitación si encontráis quien os la pague bien.

— ¿Yo?

—Sí.

—Jamás, señor; jamás haré una cosa así. Si él no os ha escrito...

—No.

—Me ha escrito a mí.

—Sí.

—¿Y en qué términos? Veremos si su epístola está conforme con sus palabras.

Escuchad, sobre poco más o menos, el contenido:

Señor propietario de la hostería “El Hermoso Pavo Real”. “Supongo que os, habrán informado de la reunión que van a tener en vuestra posada varios personajes de importan-

cia. Yo formo parte de esa sociedad. Por tanto, reservadme un cuartito pequeño para un amigo que llegará antes o después que yo...”

— Vos sois ese amigó, ¿no es cierto? —dijo interrumpiéndose el hostelero.

Malicorne se inclinó modestamente.

El hostelero continuó:

… “y una habitación grande para mí. La habitación grande corre de cuenta mía; pero desearía que el precio del cuartito sea módico, porque el que irá a ocuparla es un pobre diablo.”

— Que sois vos mismo, ¿no es verdad? —dijo el hostelero.

—Sí, señor —dijo Malicorne.

— Entonces entendidos: vuestro amigo pagará el alquiler de su habitación, y vos saldaréis el precio de la vuestra.

— “Lléveme el demonio —dijo entre sí Malicorne—, si comprendo una jota de lo que me está pasando.”

Y, luego, en alta voz:

—Y decidme: . ¿os satisface el nombre?

— ¿Cuál?

—El que termina la carta. ¿Os ofrece suficientes garantías?

Precisamente iba a preguntároslo —repuso el hostelero.

— ¡Cómo! ¿No está firmada la carta?

—No—dijo el hostelero dando a sus ajos una expresión de misterio y curiosidad.

—Entonces —replicó Malicorne imitando aquel gesto misterioso—, si no ha querido dar su nombre. . .

—¿Qué?

— Ya, comprenderéis que debe tener para ello sus motivos.

—Así lo creo.

— Y que yo no iré, y, su amigo, yo, su confidente, a descubrir su incógnito.

— Es natural, señor —dijo el hostelero—; por eso no insisto.

— Aprecio esa delicadeza. En cuanto a mí, como mi amigo os ha dicho, mi cuarto es aparte; quede esto sentado.

—Entendido, señor.

—Pues bien, buenas cuentas hacen buenos amigos. Con que ajustemos cuentas.

— No corre prisa.

—No obstante, ajustémoslas. Cuarto, comida para mí, sitio en el pesebre y comida para mi caballo, ¿cuánto importa por día?

—Cuatro libras, caballero.

—Que en los tres días transcurridos suman doce.

—Sí, señor, doce libras.

—Pues aquí las tenéis.

—¿Y a qué, señor, pagar tan pronto?

—Porque —dijo Malicorne bajando la voz, viendo que el misterio probaba bien—, porque si hubiese que marchar repentinamente o tuviese que escapar de un momento a otro, ya estará pagada la cuenta.

— Tenéis razón, señor.

—De modo que estoy en mi casa.

—Estáis en vuestra casa.

—Pues sea enhorabuena. ¡Adiós!

El hostelero se retiró.

Luego que Malicorne quedó solo, se pasó a discurrir de la manera siguiente:

"Sólo el señor de Guiche o Manicamp pueden haber escrito a mi hostelero; el señor de Guiche, porque querrá procurarse un alojamiento fuera de la Corte, tenga éxito o fracase, y Manicamp por qué habrá sido encargado de ésta comisión por el señor de Guiche. El señor de Guiche o Manicamp habrán imaginado: "La habitación grande para recibir de un modo conveniente a alguna dama cuidadosamente velada, reservándole una salida a una callejuela, desierta y que vaya a parar a la selva.. El cuarto pequeño para hospedarse en él momentáneamente, ya Manicamp, confidente del señor de Guiche y vigilante guardián de la puerta, ya el mismo Guiche en persona, que para mayor seguridad quiere hacer a la vez el doble papel de amo y confidente. Mas, ¿y esa reunión que debía verificarse y se ha verificado, en efecto, en la posada? Sin duda será de gente que va a ser presentada al rey. ¿Y ese pobre diablo para quien está destinada la habitación? Astucia para ocultarse mejor Guiche o Manicamp. Si esto es así, como parece probable, menos mal, de Manicamp a Malicorne no hay más que la balso."

Hecho este razonamiento, durmióse Malicorne a pierna suelta, dejando a los siete viajeros que ocupasen y midiesen en todas direcciones las siete habitaciones de la hostería.

Cuando nada tenía que hacer en la Corte, cuando se hallaba cansado de hacer excursiones y pesquisas, y de escribir billetes que nunca tenía ocasión de hacer llegar a su destino, volvía a su bienaventurado cuartito, y echado de pechos sobre el balcón; adornado de capuchinos y de claveles espaldarados, meditaba en aquellos extraños viajeros para quienes Fontainebleau parecía no tener luces, alegría, ni fiestas.

Aquello siguió así hasta el séptimo día, que hemos descrito minuciosamente, con su noche en los capítulos precedentes.

Aquella noche se encontraba Malicorne tomando el fresco en su balcón a cosa de la una de la madrugada, cuando se presentó Manicamp a caballo, muy erguido, con aire de hombre afanoso y fastidiado:

— ¡Bueno! —pensó Malicorne reconociéndole al punto—. Ya está aquí mi hombre, que viene a reclamar su cuarto, o por mejor decir, el mío."

Y llamó a Manicamp. Manicamp levantó la cabeza y reconoció a Malicorne.

— ¡Pardiez! —dijo desarrugando el ceño—. Mucho me alegro de hallaros, Malicorne. Ando rodando por Fontainebleau en busca de tres cosas que no puedo encontrar: Guiche; un cuarto y una cuadra.

—En cuanto al señor de Guiche, no puedo daros noticias suyas, porque no le he visto; pero, en cuanto a vuestro cuarto y una cuadra, ya es distinto.

— ¡ Ah!

—Sí, porque están reservados aquí.

—¿Reservados? ¿Y quién los ha ordenado reservar?

— Supongo que seáis vos.

—¿Yo?

— ¿No habéis mandado reservar una habitación?

—Ni pensarlo.

En aquel momento apareció en el umbral el hostelero.

— ¿Una habitación? —preguntó Manicamp.

— ¿La habéis mandado reservar, señor?

—No.

—Entonces, no hay habitación.

—En ese caso, la he ordenado reservar.

—¿Cuarto o habitación?

—Lo que queráis.

— ¿Por carta? —preguntó el hostelero.

Malicorne hizo a Manicamp un movimiento afirmativo de cabeza.

—Sí, por cierto —respondió Manicamp——: ¿No habéis recibido una carta mía?

— ¿Con qué fecha? —preguntó el hostelero, a quien las dudas de Manicamp comenzaban a infundir sospechas.

Manicamp se rascó la oreja y miró al balcón de Malicorne; pero Malicorne lo acababa de dejar y bajaba la escalera a fin de acudir en auxilio de su amigo.

En aquel mismo momento llegaba al portal, a tiempo de poder oír aquel coloquio, un viajero embozado en una larga capa a la española.

—Os pregunto con qué fecha me habéis escrito rogándome que os conservase un cuarto —repitió el hostelero insistiendo.

—Con fecha del miércoles último —dijo con voz dulce y cortés el recién llegado, poniendo una mano sobre el hombro del hostelero.

Manicamp retrocedió unos pasos; y Malicorne, que llegaba al umbral a la sazón, se rascó a su vez la oreja. El hostelero saludó al de la capa como hombre que reconocía en él a su verdadero huésped.

—Señor —1e dijo cortésmente—, vuestra habitación está dispuesta, así como vuestras cuadras. Sólo que…

Y dirigió una mirada en rededor suyo.

—¿Y vuestros caballos? —preguntó.

—Vendrán o no vendrán. Creo que eso os importa poco, con tal que se os pague lo que se ha mandado reservar, ¿no es así?

El hostelero saludó más profundamente.

Supongo que me habréis reservado también —continuó el viajero desconocido— el cuartito que os tengo pedido.

— “¡Ay, ay, ay!” —exclamó para sí Malicorne, tratando de escabullirse.

—Caballero, hace ocho días que lo ocupa vuestro amigo —dijo el hostelero señalando a Malicorne, que se achicaba cuanto podía.

El viajero, subiéndose el embozo de su capa, hasta la nariz, lanzó una rápida mirada a Malicorne.

—Ese señor no es mi amigo —dijo.

El hostelero dio un brinco. —No conozco al señor —prosiguió el viajero:

— ¡Cómo! —exclamó el posadero, dirigiéndose a Malicorne—. ¡Cómo! ¿No sois el amigo de este caballero?

—¿Qué os importa, con tal que se pague? —contestó Malicorne parodiando majestuosamente al forastero.

—Me importa tanto —dijo el hostelero, que empezaba a sospechar que había allí substitución de personajes—, que os suplico que desocupéis un cuarto que estaba mandado reservar para otro que no sois vos.

—Mas como quiera que sea —dijo Malicorne—, no creo que este caballero necesite a la vez un cuarto en el piso principal y una habitación en el segundo... Si se queda con el cuarto; tomaré yo la habitación, y si quiere la habitación, me quedaré yo con el cuarto.

—Mucho lo siento, caballero —dijo el viajero con su voz dulce—, pero necesito a la vez el cuarto y la habitación.

—¿Pero para quién? —preguntó Malicorne.

—La habitación para mí.

— Corriente; ¿y el cuarto?

—Mirad —dijo el viajero extendiendo la mano hacia una especie de comitiva que venía acercándose lentamente.

Malicorne siguió con la vista la dirección indicada, y vio llegar sobre unas parihuelas al franciscano cuya instalación en su cuarto había referido a Montalais, con algunas adiciones de su cosecha, y a quien tan inútilmente había intentado convertir para que le dejase alojamiento.

El resultado de la llegada del viajero desconocido y del fraile enfermo, fue la expulsión de Malicorne, a quien pusieron sin ningún miramiento fuera de la hostería “El Hermoso Pavo Real”, el hostelero y los mozos que conducían las angarillas.

Ya conoce el lector las consecuencias de aquella expulsión, de la conversación de Manicamp con Montalais, a quien Manicamp, más diestro que Malicorne, supo encontrar para tener noticias de Guiche; de la conversación subsiguiente entre Montalais y Malicome, y, por último, de la doble boleta de alojamiento ofrecida a Manicamp y a Malicorne por el conde de Saint Aignan.

Sólo nos falta poner en conocimiento de nuestros lectores quiénes eran el viajero de la capa, principal inquilino de las dos habitaciones, una de las cuales había ocupado Malicorne, el fraile, personaje no menos misterioso, y cuya llegada, combinada con la del viajero de la capa, había tenido la desgracia, de trastornar las combinaciones de los dos amigos.

CXXV

UN JESUITA DEL AÑO ONCENO

A fin de no tener en suspenso al lector, nos apresuraremos a responder a la primero pregunta.

El viajero embozado era Aramis, quien, después de haberse separado de Fouquet y sacado de un portamanteo abierto por su lacayo un vestido completo de caballero, había salido del palacio dirigiéndose a la hostería “El Hermoso Pavo Real”, donde, por escrito, hacía siete días ya, había encargado dos habitaciones.

Aramis, después de ser expulsado Malicorne y Manicamp, se acercó al franciscano y le preguntó cuál de ambas habitaciones prefería.

El religioso preguntó dónde se hallaban situadas una y otra.

Le respondieron que la una en el piso principal, y la otra en el segundo.

—Entonces, la del principal. Aramis no insistió, y con entera sumisión:

—Preparad la habitación —dijo al hostelero.

Y, saludando, con respeto, se retiró a su aposento. El fraile fue inmediatamente conducido al suyo.

Y ahora, ¿no es sorprendente ese respeto de un prelado hacia un simple fraile, y religioso de una orden mendicante, al cual se daba, aun sin haberla pedido, una habitación tan codiciada por tantos viajeros?

¿Cómo explicar también la inesperada llegada de Aramis a la hostería cuando, habiendo entrado con el señor Fouquet en Palacio, podía haberse alojado con é1 en el palacio mismo?

El fraile soportó la subida de la escalera sin exhalar un gemido, aunque era fácil ver cuánto sufría, y a cada vaivén de las angarillas al chocar contra la pared o el pasamanos, experimentaba su cuerpo una sacudida terrible.

Al fin, cuando hubo llegado a su habitación:

—Ayudadme a colocar sobre este sillón —rogó a los que lo llevaban. Estos dejaron las angarillas en el suelo, y, levantando con toda la suavidad posible al enfermo, lo pusieron en el sillón que había designado, junto al lecho.

—Ahora —añadió con gran dulzura de gesto y de palabra— haced que suba el hostelero. Obedecieron.

Cinco minutos después, el hostelero aparecía en el umbral.

—Amigo' mío —le dijo el franciscano—, despedid, os lo suplico, a esas buenas gentes; son vasallos del vizcondado de Melón. Me han hallado desmayado por el calor en medio del camino, y, sin. pensar si les pagaría su trabajo, me han querido conducir a sus casas.

Pero yo sé lo que cuesta a los pobres la hospitalidad que dan a un enfermo, y he preferido la hostería, donde además se me esperaba.

El hostelero miró al fraile con sorpresa.

El franciscano hizo con el pulgar y de cierta manera la señal de la cruz sobre su pecho.

El hostelero contestó haciendo la misma señal sobre el hombro izquierdo.

—Sí, es verdad —dijo—; erais esperado, padre mío; pero creíamos llegaríais en mejor estado.

Y, como los campesinos mirasen con sorpresa a aquel hostelero tan arrogante, hablar con tanto respeto a un pobre religioso, el franciscano sacó de su hondo bolsillo dos o tres monedas de oro que enseñó.

—Ved aquí, amigos míos —dijo—, con qué pagar los cuidados que me dispensen. Por tanto, calmaos, y no temáis, dejarme aquí. Mi comunidad, por la cual viajo, no quiere que pida limosna; pero como los cuidados que me habéis concedido merecen también premio, tomar estos dos luises y retiraos en paz.

Los campesinos no se atrevían a aceptar; el hostelero tomó los dos luises de manos del fraile, y los puso en las de un campesino.

Sus cuatro portadores retiráronse altamente sorprendidos y admirados. Cerrada la puerta, y mientras el hostelero se tenía, respetuosamente de pie, cerca de aquella puerta, el fraile se recogió un instante en sí mismo.

Después pasó por su frente amarillenta, una mano descarnada y febril, y con sus dedos frotó temblando los bucles grises de su barba.

Los grandes ojos, ahondados por la enfermedad y la agitación, parecían seguir en el vacío una idea triste e inflexible.

— ¿Qué médicos tenéis en Fontainebleau? —preguntó al fin.

—Tenemos tres, padre.

—¿Cómo se llaman?

— Primero, Luiniguet.

— ¿Después?

— Un hermano carmelita llamado Hubert.

— ¿Después?

— Un seglar, llamado Grisart.

— ¡Ah, Grisart! —murmuró el franciscano—: Llamad pronto al señor Grisart.

El hostelero hizo un movimiento de pronta obediencia.

— Y a propósito, ¿qué sacerdotes tenemos aquí?

— ¿Qué sacerdotes?

—¿De qué órdenes?

—Tenemos jesuitas, agustinos , y franciscanos, pero, padre mío, los jesuitas son los que están más cerca. Llamaré, por tanto, a un confesor jesuita, ¿no es así?

— Sí, marchad.

El hostelero, salió.

Fácil es comprender que a la señal de la cruz que los dos habían hecho, el hostelero y el enfermo se habían reconocido como afiliados a la temible Compañía de Jesús.

Una vez solo el fraile sacó del bolsillo un legajo de papeles, algunos de los cuales examinó con escrupulosa atención. Sin embargo, la fuerza del mal venció su valor, sus ojos turbáronse; un sudor frío corrió por su frente, y se dejó, caer, casi desvanecido y echada la cabeza atrás, con los brazos colgando a los lados del sillón.

Hacía cinco minutos que se encontraba sin movimiento, cuando el hostelero volvió, conduciendo al médico, al cual apenas había concedido el tiempo de vestirse.

El ruido de su entrada, y la corriente de aire que causó la apertura de la puerta, despertaron los sentidos del enfermo. Recogió de prisa sus papeles esparcidos, y con su descarnada mano los ocultó bajo los cojines del sillón.

El hostelero salió, dejando juntos al enfermo y al médico.

—Veamos —dijo el franciscano al doctor.

— Veamos señor Grisart; aproximaos; porque no hay tiempo que perder; tomad mi pulso, juzgad, y pronunciad la sentencia.

—Vuestro hostelero—dijo el médico—, me ha asegurado que tenía el honor de prestar mis cuidados a un afiliado.

—A un afiliado, sí —respondió el franciscano—. Decidme, por consiguiente, la verdad; me siento muy mal; me parece que voy a morir.

El médico tomó la mano del fraile y lo pulsó:

—¡Oh, oh! Fiebre peligrosa.

—¿A qué llamáis fiebre peligrosa?—preguntó el enfermo con imperiosa mirada.

—A un afiliado del primero o del segundo año —respondió el doctor interrogando con sus ojos al fraile—; le diría enfermedad curable.

— ¿Y a mí? —dijo el fraile.

El médico vaciló.

—Mirad mi barba blanca y mi frente arrugada por las vigilias —prosiguió—; mirad las arrugas por las cuales cuento mis pruebas; soy un jesuita del año onceno, señor Grisart.

El médico se estremeció.

En efecto, un jesuita del año onceno era uno de esos hombres iniciados en todos los secretos de la Orden, uno de esos hombres para los que la ciencia no tiene ya secretos, barreras la sociedad, ni lazos la obediencia temporal.

—Así —dijo Grisart saludando con respeto—; ¿me hallo en presencia de un maestro?

—Sí, y obrad en consecuencia.

—Y queréis saber..

—Mi situación real.

—Pues bien —dijo el médico—, es una fiebre cerebral, por otro nombre meningitis aguda llegada a su más alto grado de intensidad.

—Entonces, no hay esperanza, ¿no es así? —preguntó el franciscano con tono seco.

—No digo eso —respondió el médico—; sin embargo, teniendo en cuenta el desorden del cerebro, lo penoso de la respiración, la precipitación del pulso, la incandescencia de la terrible calentura que os devora...

—Y que desde esta mañana me ha aletargado tres veces —añadió el religioso.

—Por eso la llamo terrible. Pero ¿cómo no os habéis detenido en el camino?

—Era esperado aquí, y preciso era llegar.

—¿Aun cuando murieseis por ello?

—Aun cuando muriese.

—Pues bien, en consideración a todos estos síntomas, os diré que la situación es casi desesperada.

El franciscano sonrió de manera extraña.

—Lo que me decís es tal vez bastante para lo que se debe a un afiliado, aun del año onceno; mas, para lo que se debe a un afiliado, aun del año onceno; mas, para lo que a mí se me debe, es muy, poco, y tengo derecho a exigir más. Veamos; sed más franco conmigo, decidme la verdad, cual si habláseis a Dios. Además, yo, he hecho llamar a un confesor.

—¡Oh! A pesar de todo, tengo esperanza —balbuceó el médico.

— Responded —dijo el enfermo; mostrando con gesto de dignidad el anillo de oro, cuyo sello había permanecido hasta entonces vuelto hacia la palma de la mano, y que llevaba grabado el signo representativo de la sociedad de Jesús. Grisart lanzó una exclamación.

—¡El general! —exclamó.

— ¡Silencio! —dijo el franciscano—. Ya comprenderéis que debéis decirme la verdad.

— Señor; señor, llamad al confesor —murmuró Grisart—, pues dentro de dos horas, cuándo llegue el recargo, se os apoderará el delirio y atravesaréis la crisis.

—Enhorabuena —dijo el enfermo, cuyas cejas se fruncieron un momento—. ¿Tengo por consiguiente dos horas?

—Sí, especialmente si tomáis la poción que voy a enviaros.

—¿Y me dará dos horas?

—Dos horas:

—La tomaré; aun cuando fuera veneno, porque estas dos horas son necesarias, no solamente a mi, sino a la gloria de la Orden.

—¡Oh! ¡Qué pérdida! —murmuró el médico—. ¡Qué catástrofe para nosotros!

—La pérdida de un hombre y nada más —respondió el franciscano—, y Dios proveerá a que este desgraciado fraile que os abandona encuentre un digno sucesor. Adiós, señor Grisart; ya es una gracia de Dios el haberos encontrado. Un médico que no hubiese estado afiliado a nuestra santa congregación me habría dejado ignorar mi estado, y, contando aún con días de vida, no habría tomado las precauciones necesarias. Sois docto, señor Grisart, y esto nos honra a todos; me habría repugnado ver a uno de los nuestros mediano en su profesión. ¡Adiós, doctor, adiós! Y remitidme pronto vuestro cordial.

—Bendecidme al menos, señor.

— Con el corazón... sí... Animo; doctor Grisart... *viribus* im*possibile:*

Y cayó sobre un sillón, casi desmayado nuevamente.

El médico Grisart vaciló entre si debía prestarle un socorro momentáneo, o, si correría a prepararle el cordial prometido. Sin duda se decidió en favor del cordial, porque se lanzó fuera de la habitación y desapareció por la escalera.

CXXVI

SECRETO DE ESTADO

Algunos segundos después de haber salido el médico Grisart, llegó el confesor.

Apenas pasó el umbral de la puerta, fijó en él el franciscano una mirada penetrante.

Luego, moviendo su pálida cabeza:

"Muy pobre de espíritu es este hombre —murmuró—, y espero que Dios me perdonará que muera sin la ayuda de esta momia viviente."

Por su parte, el confesor miraba con sorpresa y casi con terror al moribundo, pues nunca había visto unos ojos tan ardientes en el momento de cerrarse, ni miradas tan terribles en el momento de apagarse.

El franciscano hizo un ademán rápido e imperativo.

— Sentaos ahí, padre mío —dijo——, y escuchadme:

El confesor jesuita, excelente sacerdote, sencillo y candoroso iniciado, que no había visto de los misterios de la Orden más que la iniciación, obedeció a la superioridad del penitente.

— En esta hostería se hospedan varias personas —continuó el franciscano.

—Pero —preguntó el jesuita— creía haber sido llamado para oír una confesión. ¿Es confesión lo que me estáis diciendo?

— ¿Y a qué fin esa pregunta?

—Para saber si debo guardar el secreto de vuestras palabras.

—Mis palabras son términos de confesión, y las confío a vuestros deberes de confesor.

—¡Muy bien! —dijo el padre instalándose en el sillón. que el franciscano acababa de dejar con gran trabajo para echarse en la cama.

El franciscano prosiguió:

—Hay, os decía, varias personas en esta hostería.

—Ya lo he oído.

—Esas personas deben ser en número de ocho.

El jesuita hizo seña de que comprendía.

—La primera a quien deseo hablar —dijo el moribundo—, es un alemán de Viena, que se llama el barón Wostpur. Hacedme el favor de irle a buscar, y decidle que ha llegado el que esperaba.

El confesor miró con sorpresa al penitente, pues la confesión le parecía bastante singular.

—Obedeced —dijo el religioso con el tono irresistible del mando. Subyugado enteramente el buen jesuita, se levantó y salió de la habitación.

Después que el franciscano se vio solo volvió a tomar los papeles que un acceso de calentura le había obligado a dejar.

— ¿El barón de; Wostpur? ¡Bueno! —dijo—: ambicioso, imbécil, mezquino. Volvió a doblar sus papeles, y los metió debajo de la almohada. Oyéronse pasos rápidos al extremo del corredor.

Su confesor volvió, seguido del barón de Wostpur, el cual caminaba con la cabeza levantada, como si tratase de hacer saltar el techo con la pluma de su sombrero.

Así fue que al ver a aquel franciscano de sombría mirada en un aposento de tan modestas apariencias:

—¿Quién me llama? —preguntó el alemán.

— ¡Yo! —contestó el franciscano. En seguida, volviéndose al confesor:

—Buen padre —le dijo—, dejadnos solos por un momento; cuando el señor salga, podréis entrar.

El jesuita salió, y sin duda aprovechóse de aquel destierro momentáneo del cuarto del moribundo para pedir al hostelero algunas explicaciones acerca del extraño penitente, que trataba a su confesor como se trata a un ayuda de cámara.

El barón se acercó a la cama, y quiso hablar; pero el franciscano impuso silencio con un ademán.

—Los momentos son preciosos —observó este último apresuradamente—. Habéis venido aquí para el concurso, ¿no es verdad?

—Así es, padre mío.

— ¿Esperáis ser elegido general?

—Lo espero.

—¿Y sabéis las condiciones necesarias para llegar a ese elevado puesto, que hace a un hombre señor de los reyes, e igual a los papas?

— ¿Y quién sois vos —exclamó el barón—, para hacerme sufrir semejante interrogatorio?

— Soy el que aguardabais.

—¿El elector general?

—Soy el elegido.

—Sois...

El fraile no le dio tiempo para concluir, y extendió su mano macilenta, en la que brillaba el anillo del generalato.

El barón retrocedió sorprendido, e inclinándose al punto con profundo respeto:

—¡Cómo! —murmuró—. ¡Vos aquí, monseñor, en este mezquino cuarto, en este miserable lecho, buscando y eligiendo el general futuro, es decir vuestro sucesor!

—No os inquietéis por esto, señor; llenad lo antes posible la condición principal, que consiste en suministrar a la Orden un secreto de tal importancia que por mediación vues-

tra quede enfeudada para siempre a la Orden alguna de las principales cortes de Europa; Veamos, ¿poseéis ese secreto, según lo prometisteis en la petición que habéis dirigido al Gran Consejo?

—Monseñor...

—Ante todo procedamos con orden... ¿Sois realmente el barón de Wostpur?

—Sí, monseñor.

—¿Esta carta es vuestra?

El general de los jesuitas sacó un papel del legajo; y se lo presentó al barón.

—Sí, monseñor; esta carta es mía —dijo.

—¿Y podéis enseñarme la contestación dada por el secretario del Gran Consejo?

—Aquí está, monseñor:

El barón alargó al franciscano una carta con el siguiente sobre: A Su Excelencia el barón de Wostpur.

Dicha epístola. contenía sólo estas palabras:

Del 15 al 22 de mayo. Fontainebleau, hostería “El Hermoso Pavo Real”.

“A. M. D. G.” 1

—¡Bien! —dijo el franciscano—. Ya estamos frente a frente, y podéis hablar.

— Tengo acampado en el Danubio un cuerpo de tropas, compuesto la majorem Dei gloriam de cincuenta mil hombres, cuyos oficiales están ganados todos. En cuatro días puedo vencer al emperador, que, como sabéis, es opuesto a los progresos de nuestra Orden, y remplazarlo por el príncipe de su familia que la Orden nos designe.

El franciscano escuchaba sin dar señales de existencia

—¿Es eso todo? —dijo.

—Va envuelta en mi plan una revolución europea —repuso el barón.

—Está bien; señor de Wostpur; ya recibiréis la contestación. Volveos a vuestro cuarto, y procurad encontraros fuera de Fontainebleau dentro de un cuarto de hora.

El barón se retiró sin volver la espalda, tan obsequioso como si se apartara de aquel mismo emperador a quien pensaba traicionar.

— Eso no es un secreto —murmuró el franciscano—, sino una conjuración... Además –—añadió después de un momento de reflexión—, el porvenir de Europa no está hoy en la casa de Austria.

Y, con un lápiz rojo que tenía en la mano, tachó el nombre del barón de Wostpur.

—Vamos ahora con el cardenal —dijo—; por parte de España debemos tener cosas más serias.

Levantando entonces los ojos, vio al confesor, que esperaba sus órdenes sumiso como un novicio.

—¡Hola, hola! —dijo notando aquella sumisión—. ¿Habéis hablado con el hostelero?

monseñor; y con el médico. ¿Con Grisart?

—Sí.

— ¿Está ahí, según eso?

—Espera con la poción prometida.

—¡Está bien! Si necesito llamaré. Supongo que comprenderéis ahora toda la importancia de mi confesión, ¿no es cierto?

—Sí, monseñor.

—Entonces, id en busca del cardenal español, Heredia. Daos prisa. Sólo tengo que advertiros que, como sabéis de qué se trata, podéis quedaros a mi lado, pues me dan vahídos.

— ¿Queréis que llame al médico?

—No, todavía no... Al cardenal español::. Andad.

Cinco minutos después se hallaba el cardenal, inquieto y pálido, en el aposento consabido.

— He sabido, monseñor... —balbucía el cardenal.

—Al hecho —dijo el franciscano con voz apagada.

Y mostró al cardenal una carta, escrita por este último al Gran Consejo.

— ¿Es vuestra letra? —preguntó.

—Sí; pero...

— ¿Y vuestra convocatoria?

El cardenal vacilaba en responder. Su púrpura se rebelaba contra el sayal del pobre franciscano.

El moribundo extendió la mano, y enseñó su anillo.

El anillo causó su efecto, que era tanto mayor, cuanto mas elevado el personaje a quien se dirigía el franciscano.

—¡El secreto, el secreto, pronto! — pidió el enfermo, apoyándose sobre su confesor.

—¿,Coram isti? —preguntó inquieto el cardenal.

—Hablad español dijo el fraile prestando la más viva atención.

—Ya sabéis, monseñor —dijo el cardenal continuando la conversación en castellano—, que se ha puesto como condición al enlace de la infanta con el rey de Francia la renuncia. absoluta de los derechos de la expresada infanta, como asimismo del rey Luis, a todo patrimonio de la corona de España.

El religioso hizo una señal afirmativa.

— Resulta de ahí —continuó el cardenal—, que la paz y la alianza entre los dos reinos dependen del cumplimiento de esta cláusula del contrato.

Igual seña departe del franciscano.

— No sólo Francia y España —dijo el cardenal—, sino Europa entera se perturbaría con la infidelidad de cualquiera de las partes.

Nuevo movimiento de cabeza del enfermo.

— Resulta de ahí —prosiguió el orador—, que el que pudiese prever los acontecimientos y tener como seguro lo que nunca está sino en tinieblas en el espíritu del hombre, esto

es, la idea del bien o del mal venideros, preservaría al mundo de una inmensa catástrofe, o lograría convertir en provecho de la Orden el suceso adivinado en la cabeza del mismo que lo prepara.

—¡Pronto, pronto! —dijo el franciscano perdiendo el color por momentos y reclinándose sobre el sacerdote.

El cardenal acercóse al oído del moribundo.

—Pues bien, monseñor —dijo—; sé que el rey de Francia ha decidido que al primer pretexto, una muerte, pongo por caso, sea del rey de España o de algún hermano de la infanta, Francia reivindicaría con las armas en la mano, la herencia, y paseo el plan político concertado por Luis XIV con dicho motivo.

—¿Ese plan? —preguntó el franciscano.

—Vedlo aquí —respondió el cardenal.

——¿De qué mano está escrito?

——De la mía

—¿No tenéis más que decir?

—Creo haber dicho mucho, monseñor —contestó el cardenal.

—Así es, habéis prestado un gran servicio a la Orden. Pero; ¿cómo os habéis procurado los detalles que os han aprovechado para combinar ese plan?

—Tengo pagados a los criados inferiores del rey de Francia para que me faciliten los papeles de su uso que consiguen escapar del fuego de la chimenea.

—No deja de ser ingenioso el medio —murmuró el fraile procurando sonreír—. Señor cardenal, dentro de un cuarto de hora, saldréis de la hostería, y se os dará la contestación. Podéis marcharos.

El cardenal se retiró.

—Decid a Grisart que pase, e id a buscar al veneciano Marini el enfermo. Mientras el confesor obedecía, el franciscano, en lugar de borrar el nombre del cardenal, como había hecho con el del barón, trazo una cruz al lado de aquel nombre. Luego, como si sucumbiese a aquel esfuerzo, se dejó caer sobre la cama, murmurando el nombre, del doctor Grisart.

Cuando volvió en sí había bebido la mitad de una poción, cuya otra mitad quedaba aún en un vaso, y estaba sostenido, por el médico, mientras el confesor y el veneciano aguardaban junto a la puerta.

El veneciano pasó por las mismas formalidades que sus dos concurrentes vaciló como ellos a la vista de aquellas dos personas extrañas, y, tranquilizado por las palabras del general, reveló que el papa, asustado del poder de la Orden, fraguaba un plan de expulsión general de los jesuitas, y estaba en tratos con las cortes de Europa a fin de obtener su cooperación. Indicó quiénes eran los auxiliares del pontífice, sus medios de acción, designando el punto del Archipiélago adonde, por efecto de un golpe de mano, debían ser deportados dos cardenales adeptos del año onceno, y, por tanto, jefes superiores, juntamente con treinta y dos de los principales afiliados de Roma.

El franciscano dio las gracias al signor Marini, porque no era pequeño el servicio que hacía a la sociedad con la revelación de aquel proyecto pontifical.

Después recibió el veneciano la orden de marchar dentro de un cuarto de hora, y se retiró gozoso, como si tuviese ya el anillo, insignia del mando de la sociedad.

Pero mientras se ausentaba, murmuraba el franciscano en su lecho:

—Todos estos hombres son espías o esbirros; en ninguno de ellos veo un general. Todos han descubierto conspiraciones; mas ninguno posee un secreto. No es con la ruina, ni con la guerra, ni con la fuerza, como debe gobernar, la Compañía de Jesús, sino con la influencia que presta la superioridad moral. No, no encuentro al hombre, y, para mayor desgracia, Dios me hiere, y me hiere de muerte. ¡Oh!, ¿Habrá de perecer conmigo la Compañía por falta de una columna? ¡Será necesario que la muerte que me aguarda devore conmigo el porvenir de la Orden, porvenir que, con diez años de vida, habría yo hecho eterno, según lo espléndido que se presenta con el reinado del nuevo rey!

El buen jesuita escuchaba con espanto aquellas palabras medio pensadas y medio pronunciadas, como se escuchan los delirios de un calenturiento, mientras que Grisart, espíritu más cultivado, las devoraba como revelaciones de un mundo desconocido, donde penetraba su mirada sin que pudiera su mano tocarlo.

De pronto se incorporó el franciscano.

—Terminemos —dijo—; la muerte se apodera de mí. ¡Oh! Hace poco esperaba morir tranquilo.. . Y ahora muero sin esperanza, a menos que entre los que quedan…¡Grisart, Grisart! ¡Hacedme vivir una hora más!

Grisart se aproximó al moribundo, y le hizo tragar algunas gotas, no de la poción que había quedado en el vaso, sino del contenido de un frasco que llevaba consigo.

—¡Llamad al escocés! —murmuró el franciscano—. ¡Llamad al comerciante de Brema! ¡Llamadlos, llamadlos!... ¡Jesús! ¡Me muero! ¡Jesús! ¡Me ahogo!

E1 confesor salió en busca de auxilios, como si hubiera allí una fuerza humana que pudiese levantar el dedo de la muerte que pasaba ya sobre el enfermo; pero en el umbral de la puerta tropezó con Aramis, el cual, con un dedo en la boca, le rechazó de una mirada hasta el interior del cuarto.

El médico y el confesor hicieron, no obstante, un movimiento, después de consultarse con los ojos, para apartar a Aramis: Pero éste, con dos señales de la cruz, hechas cada cual de manera diferente, dejó a los dos clavados en su sitio.

—Un jefe murmuraron ambos. Aramis penetró lentamente en el cuarto donde el paciente luchaba contra los primeros esfuerzos de la agonía.

En cuanto al franciscano, ora fuese que el elixir produjera su efecto, ora que la aparición de Aramis le diese nuevas fuerzas, hizo un movimiento, y, con los ojos ardientes; la boca entreabierta y los cabellos húmedos de sudor, se incorporó en la cama.

Aramis notó que la atmósfera de aquel cuarto era sofocante; todas las ventanas estaban cerradas; en la chimenea había lumbre encendida, y dos velas de cera que se corrían sobre los candelabros de cobre, caldeaban todavía más la habitación con su denso vapor.

Aramis abrió la ventana, y, fijando en el moribundo una mirada lleno de inteligencia y de respeto:

— Monseñor —le dijo—, os pido Perdón por haber venido sin que me hayáis mandado llamar; pero vuestro estado me ha alarmado sobremanera, y temía que pudieseis morir antes de haberme visto, pues me hallo colocado en sexto lugar en vuestra lista.

El moribundo se estremeció y consultó la lista.

—¿De modo que sois el que se llamó un tiempo Aramis, y después caballero de Herblay? ¿Sois el obispo de Vannes?

——Sí, monseñor.

—Os conozco, pues os he visto otra vez.

En el último jubileo nos hallamos juntos en el palacio del Padre Santo.

— ¡Ah! Sí, es cierto. ¡Me acuerdo! ¿Y os ponéis entre los concurrentes Monseñor, he oído decir que la Orden necesitaba poseer un gran secreto de Estado, y sabiendo que por modestia resignabais de ante mano vuestro cargo en la persona que os proporcionase ese secreto, escribí que estaba pronto a entrar en concurrencia, poseyendo sólo un secreto que considero importante.

— Hablad —dijo el religioso—. Estoy pronto a oíros, y a juzgar de la importancia de ese secreto.

—Monseñor, un secreto del valor del que voy a tener la honra de confiaros, no se dice con palabras. Toda idea que llega a salir del limbo del pensamiento, y se vulgariza por una manifestación cualquiera, deja de pertenecer hasta al mismo que la ha concebido. La palabra puede ser recogida por un oído atento y enemigo, y por lo tanto es necesario no sembrar la a la ventura.

—¿Pues en qué forma deseáis trasmitirme vuestro secreto? —preguntó el moribundo. –

Aramis hizo un ademán al médico y al confesor en señal de que se alejasen, y, con la otra mano entregó al franciscano un papel cerrado con una doble cubierta.

—¿Pues en lo escrito —preguntó el franciscano—, no hay aún más peligro que en lo hablado?

—No, monseñor —dijo Aramis—; porque bajo esa cubierta hallaréis caracteres que sólo vos y yo podemos comprender.

El fraile contemplaba a Aramis con una sorpresa que iba cada vez en aumento.

—Esa es —continuó éste—, la cifra que teníais en 1655, y que sólo vuestro secretario Juan Juan, que ya ha muerto, podría descifrar si volviera al mundo.

—Fui yo el que se la dio.

E inclinándose Aramis, con una gracia llena de respeto, adelantóse hacia la puerta como para salir.

Detúvole, no obstante, un gesto del franciscano acompañado de un grito en señal de que se acercase.

— ¡Resús! ——exclamó—. ¡EcceHamo!

Y leyendo por segunda vez él papel:

—¡Venid pronto —dijo—, venid! Aramis se acercó al franciscano con el mismo rostro sereno y el mismo aire respetuoso.

El franciscano, con el brazo extendido, quemaba en la llama de la vela el papel que le había entregado Aramis.

Luego, cogiendo la mano de Aramis y acercándole hacia si:

— ¿Cómo y por quién habéis podido averiguar semejante secreto? —preguntó.

— Por madame de Chevreuse, amiga , y confidente de la reina —contestó el obispo de Vannes.

—¿Y madame de Chevreuse?.

—Ha muerto.

— ¿Y lo sabían otros?

— Tan sólo un hombre y una mujer del pueblo.

— ¿Quiénes eran?

—Los que lo habían criado.

—¿Y qué ha sido de ellos?

— También han muerto... Este secreto quema como el fuego.

—Y, sin embargo, ¿vos habéis sobrevivido a él?

—Todo el mundo ignora que soy sabedor de él.

—¿Qué tiempo hace que poseéis ese secreto?

— Quince años.

—¿Y lo habéis guardado?

—No quería morir.

—¿Y lo dais a la Orden sin ambición? — preguntó intencionadamente el franciscano.

— Lo doy a la Orden con ambición y por recompensa —dijo Aramis—, porque si vivís, señor, haréis de mí, ahora que me conocéis, lo que puedo y debo ser.

—¡Y como voy a expirar —exclamó el franciscano—, hago de ti mi sucesor!... ¡Toma!

Y, arrancándose el anillo, lo puso en el dedo de Aramis.

En seguida, volviéndose hacia los dos espectadores de aquella escena:

—Sed testigos —dijo—, y afirmad en el caso necesario, que hallándome enfermo de cuerpo, pero sano de espíritu, he entregado libre y voluntariamente este anillo, signo de la omnipotencia, a monseñor de Herblay, obispo de Vannes, a quien nombro sucesor mío, y ante quien yo, humilde pecador, próximo, a comparecer ante Dios, me inclino el primero para dar ejemplo a todos.

Y el franciscano se inclinó, en efecto, mientras el jesuita y el medico se prosternaban de rodillas.

Aramis, poniéndose más pálido que el moribundo, extendió sucesivamente sus miradas sobre los actores de aquella escena.

La ambición satisfecha afluía con la sangre hacia su corazón.

—Démonos prisa —dijo el franciscano—, pues me urge y acosa en extremo lo que tenía que hacer aquí. Quizá no llegue a terminarlo.

—Yo lo terminaré —dijo Aramis.

—Corriente —dijo el franciscano. Y, dirigiéndose en seguida al jesuita y al médico:

— Dejadnos solos —dijo.

Los dos obedecieron.

—Con este signo —dijo— sois el hombre que se necesita para remover la Tierra; con este signo derribáis y edificáis. ¡Con este signo, vences! Cerrad la puerta —dijo el franciscano a Aramis.

Aramis corrió el cerrojo y volvió al lado del franciscano.

—El papa ha conspirado contra la Orden —dijo el franciscano—, el papa debe morir.

— Morirá —dijo tranquilamente Aramis..

— Se_deben setecientas mil libras a un comerciante de Brema, llamado Bonstett, que venía a buscar la garantía de mi firma.

—Se le pagarán —dijo Aramis. Seis caballeros de Malta, aquí están los nombres, han descubierto, por imprudencia de un afiliado del año onceno, los terceros misterios; es preciso averiguar qué han hecho del secreto aquellos hombres, recogerle y extinguirlo.

—Se hará.

—Deben ser enviados al Tibet, para perecer allí, tres afiliados peligrosos que han sido condenados. Aquí tenéis sus nombres.

—Haré cumplir la sentencia.

—Por último, hay una señora de Amberes, sobrina segunda de Ravaillac, que tiene en su poder ciertos papeles que comprometen a la Orden. Hace cincuenta y un años que hay en la familia una pensión de cincuenta mil libras. La pensión es demasiado gravosa; la Orden no es rica... Es preciso rescatar esos papeles por una suma de dinero dada una vez, o en caso negativo suprimir la pensión... sin riesgo.

— Procuraré hacerlo —dijo Aramis.

—La semana última ha debido entrar en Lisboa un buque procedente de Lima; viene cargado ostensiblemente de chocolate, pero en realidad, su cargamento es de oro. Cada lingote está oculto bajo una capa de chocolate. Ese buque es de la Orden; vale diez y siete millones de libras. Lo haréis reclamar, aquí están las cartas de porte.

— ¿Y a qué puerto lo he de hacer venir?

—A Bayona.

—Salvo que haya vientos adversos, estará allí antes de tres semanas. ¿Tenéis algo más que encargar?

El franciscano hizo con la cabeza una señal afirmativa, porque no podía ya hablar: agolpóse la sangre a la garganta y a la cabeza, y empezó a salirle por boca, narices y ojos. El infeliz no tuvo tiempo más que para apretar la mano de Aramis, y cayó con todo el cuerpo crispado desde la cama al suelo.

Aramis le colocó la mano en el corazón, había cesado de latir.

Al bajarse, Aramis advirtió que habíase librado de las llamas un fragmento del papel entregado al franciscano.

Lo recogió, y lo quemó hasta el último átomo.

Luego, llamando al confesar y al médico:

—Vuestro penitente está con Dios —dijo al confesor—; no necesita ya más que preces la sepultura de los muertos. Id a preparar lo conveniente para un entierro sencillo, como corresponde a un pobre fraile. . . Id.

El jesuita salió. Entonces, volviéndose al médico y viendo pintada en su pálido rostro la ansiedad:

— Señor Grisart —le dijo en voz baja—, vaciad el vaso y limpiadlo, queda ahí mucho, más de lo que el Gran Consejo os mandó poner.

Grisart, confuso, aturdido, aterrado, estuvo a punto de caer de espaldas.

Aramis se encogió de hombros en señal de compasión, tomó el vaso y vació su contenido en las cenizas del hogar.

En seguida salió, llevándose los papeles del difunto.

CXXVII
LA MISIÓN

A la mañana siguiente, o mejor dicho, aquel mismo día, porque los sucesos que acabamos de referir habían terminado a las tres de la mañana, antes del desayuno, como el rey partiera para la misa con las dos reinas, como Monsieur, con el caballero de Lorena y algunos otros familiares, montara a caballo para dirigirse al río, con objeto de tomar uno de aquellos famosos baños que tanto enloquecían a las damas; como sólo quedase Madame en el palacio, que, so pretexto de hallarse indispuesta, no quiso salir, vióse, a mejor dicho, se distinguió apenas a Montalais deslizarse fuera de la cámara de las camaristas, llevando tras de sí a La Vallière, que se ocultaba todo lo posible; y las dos, esquivándose por los jardines, llegaron, mirando en torno suyo, hasta los tresbolillos.

El tiempo estaba nebuloso; un viento cálido doblaba las flores y los arbustos; el polvo abrasador, arrancado de los caminos, subía a torbellinos por cima de los árboles.

Montalais, que, durante toda la marcha había desempeñado las funciones de un diestro explorador, dio algunos pasos más, y, volviéndose para asegurarse de que nadie se acercaba ni las oía:

— ¡Vamos —dijo—, gracias a Dios estamos solas! Desde ayer, todo el mundo espía, aquí, y se ha formado un círculo a nuestro alrededor como si en realidad estuviésemos atacadas de la peste.

La Vallière bajó la cabeza y exhaló un suspiro.

—Es inaudito —prosiguió Montalais—. Desde el señor Malicorne hasta el señor de Saint Aignan, todo el mundo anda a vueltas con nuestro secreto. Vamos, Luisa, recordemos algunas circunstancias, para saber á qué atenerme:

La Vallière levantó sobre su compañera sus bellos ojos, puros y penetrantes como el azul de un cielo de primavera.

—Y yo —dijo— te preguntaré por qué hemos sido llamadas al cuarto de Madame; por qué hemos dormido en su habitación en vez de dormir en la nuestra, según costumbre; por qué te has retirado tan tarde y de dónde proceden esas medidas de vigilancia que se han tomado esta mañana con respecto a nosotras.

— Mi querida Luisa, responder a mi pregunta con otra, o más bien con diez, lo que no es responder… Ya te explicaré eso más tarde, y como son cosas de importancia secundaria, bien podrás esperar. Lo que te pregunto, porque todo depende de eso, es si hay o no secreto.

—No sé si hay secreto —repuso La Vailliére—, pero lo que te puedo decir es que, por mi, parte a lo menos, ha habido imprudencia; desde mis necias palabras y mi desmayo, aún más necio, de ayer, todo el mundo hace aquí sus comentarios acerca de nosotras.

—Habla por ti, amiga mia —dijo riendo Montalais—, por ti y por Tonnay Charente, que hicisteis ayer declaraciones a las nubes, declaraciones que desgraciadamente han sido interceptadas.

La Vallière bajó la cabeza.

—Tus palabras —dijo— me trastornan.

—¿Mis palabras?

— Esas chanzas me dan la muerte.

—Escucha, escucha, Luisa. No son chanzas éstas, antes por el contrario, no hay cosa más seria. No creas que te he arrancado de Palacio, que he faltado a la misa, que he fingido una jaqueca con Madame, jaqueca que tanto teníamos una como otra, y que he desplegado, por fin, diez veces más diplomacia de la que ha heredado el señor Colbert del señor Mazarino y de la que usa con el señor Fouquet, para venir a referirte mis penas con el solo fin de que, cuando estamos solas y nadie nos escucha, vengas a jugar conmigo. No, no, creéme; cuando te pregunto no es por mera curiosidad, sino porque la situación es crítica realmente. Se sabe lo que dijiste ayer y murmúrase sobre el particular. Cada cual viste las cosas a su manera; tú has tenido esta noche el honor, y lo tienes todavía esta mañana, de ser objeto de la conversación de toda la Corte, y la infinidad de frases afectuosas y felices que te atribuyen sería capaz de excitar la envidia de la señorita Scúderi y de su hermano, si les fuesen referidas con exactitud.

—¡Vaya, mi buena Montalais! —dijo la infeliz niña—. Mejor que nadie sabes tú lo que dije, puesto que lo dije delante de ti.

— ¡ Oh! Bien lo sé; pero la cuestión no está en eso. No he olvidado ni una sola de las palabras que pronunciaste; ¿pero pensabas tú lo que decías?

Luisa se turbó.

— ¿Todavía con preguntas? —murmuró. A pesar de que daría cuanto tenga para olvidar lo que dije, no parece sino que todo el mundo se pone de acuerdo, para hacérmelo traer, a la memoria. ¡Oh! Esto es inaguantable.

——¿El qué? Vamos a ver.

—¡El tener una amiga que debería evitarme molestias, aconsejarme y ayudarme a salir del apuro, y en lugar de eso me mata y me asesina!

—¡Bah, bah! —exclamó Montalais—. Después de haber dicho muy poco, vienes ahora diciendo demasiado. Nadie intenta matarte, ni robarte, ni aun siquiera tu secreto; lo que se quiere es tenerlo de buena voluntad y no de otro modo, porque no se trata sólo de tus asuntos, sino de los nuestros, eso es cosa que diría Tonnay Charente, lo mismo que yo, si estuviera aquí. Ello es que anoche me pidió una entrevista en nuestro cuarto, y cuando me dirigía allá después de los coloquios manicampos y malicornios, supe a mi regreso, que fue verdaderamente algo tardío, que Madame había secuestrado a las camaristas, y que teníamos que dormir en su cuarto en vez de dormir en el nuestro. Pues ahora bien; Madame secuestró a las camaristas para que no tuvieran tiempo de recordar incidentes, y con ese mismo objeto se encerró esta mañana con Tonnay Charente. Dime, pues, querida amiga, en qué podemos contar contigo; Atenaida y yo, que después te diremos en lo que podrás contar con nosotras.

—No comprendo bien la pregunta que me haces —dijo Luisa con suma agitación.

— ¡Hum! Pues creo, por el contrario, que me comprendes demasiado bien. Pero quiero precisar mis preguntas, para que no puedas echar mano del menor subterfugio. Escucha, pues: ¿Amas al señor de Bragelonne? Se me figura que la pregunta es clara, ¿eh?

A tal pregunta, que cayó como el primer proyectil de un ejército sitiador en una plaza sitiada, hizo Luisa un movimiento.

— ¡Si amo a Raúl! —exclamó—. ¡El amigo de mi infancia! ¡Mi hermano!

—No, no es eso, todavía te me escapas, o, por mejor decir, te me quieres escapar. No te pregunto si quieres a Raúl, tu amigo de la infancia y hermano tuyo, sino si amas al señor vizconde de Bragelonne, tu prometido.

— ¡Ay, Dios santo, querida! —dijo Luisa—. ¡Qué severas son tus palabras!

—No hay remisión; no soy ni más ni menos severa que de costumbre; te dirijo una pregunta, y quiero que me respondas a ella.

— Seguramente —dijo Luisa con, voz sofocada— que no me hablas como amiga; pero yo te contestaré como amiga sincera.

— Responde.

—Pues bien, tengo mi corazón lleno de escrúpulos y de ridículas susceptibilidades acerca, de todo aquello sobre lo cual debe guardar secreto una mujer, y nadie ha leído en ese punto en lo íntimo de mi alma.

—Bien lo sé, pues si hubiese leído , en ella, no te preguntaría, sino que te diría simplemente: "Querida Luisa, tienes la felicidad de conocer al señor de Bragelonne, que es un buen mozo y un partido excelente para una muchacha sin fortuna, El señor de la Fère dejará unas quince mil libras de renta a su hijo; por consiguiente, llegará un día en que tú, como mujer de ese hijo, tendrás tus quince mil libras de renta. Ya ves que eso es cosa muy bonita. No vayas, pues, a derecha ni a izquierda, sino dirígete francamente al señor de Bragelonne; esto es, al altar adonde debe conducirte. ¿Después?.. Allá se verá; según su carácter, serás emancipada o esclava, es decir, que tendrás el derecho a hacer todas las locuras que hacen las mujeres demasiado libres o demasiado esclavas." Ahí tienes, querida Luisa, lo que te diría si hubiese leído en el fondo de tu corazón.

—Y yo te daría las gracias —balbuceó Luisa—, aunque el consejo no me parece enteramente bueno.

—Aguarda.. . aguarda... A renglón seguido de habértelo dado, añadiría: "Luisa, es peligroso pasar días enteros con la cabeza abatida sobre el pecho, las manos inertes, la mirada vaga; es peligroso buscar las avenidas sombrías y no participar de las diversiones que regocijan los corazones de todas las jóvenes; es peligroso, Luisa, escribir con la punta del pie; como sueles hacer, sobre la arena, letras que, por más que te apresures a borrarlas; siempre aparecen por debajo del talón, principalmente cuando esas letras se asemejan más a una L que a una B; es peligroso, en fin, forjarse allá en la mente mil extrañas ilusiones, fruto de la soledad y de los dolores de cabeza; esas ilusiones socavan las mejillas de una pobre muchacha al mismo tiempo que su cerebro, y no es cosa rara ver en esas ocasiones a una persona de amable y risueño trato volverse taciturna y fastidiosa, y a la de más talento convertida en una imbécil."

— Gracias; mi querida Aura —replicó con dulzura La Vallière—; es muy propio de tu carácter hablarme así, y te doy las gracias por hablarme conforme a tu carácter.

—Y en lo que digo me refiero a los sueños quiméricos; de consiguiente, no tomes de mis palabras sino lo que creas que debes tomar. Mira, no sé qué cuento se me viene ahora a la memoria respecto a cierta ;muchacha vaporosa o melancólica, porque el señor Dangeau me explicaba el otro `día que melancolía debía escribirse gramaticalmente con una h entre la c y la o, por ser término compuesto de dos palabras griegas, una de las cuales significa *negra y* la otra bilis. Estaba pensando, pues, en esta joven que murió de bilis *negra,* por haberse figurado que el príncipe, el rey o el emperador.¯.. el 'título es lo de menos, estaba muerto de amor'` por ella; mientras que el príncipe, el rey o el emperador... como quieras llamarlo, amaba visiblemente a otra, y lo más extraño era que la pobre no advertía lo que advertía todo el mundo, :que no servía :más: que de pantalla, para otro amor:. ¿No es cierto, La Vallière, que te ríes como yo de esa pobre loca?

—Sí que me río —tartamudeó Luisa, pálida como un cadáver—.

— Y con razón, pues la cosa lo merece. La historia o cuento, como quieras llamarlo, me agradó, y por eso lo retuve en la memoria y te lo refiero. ¿Te figuras, mi querida Luisa, el estrago que haría en tu cerebro, por ejemplo, una melancolía con de especie? Por mi parte, he resuelto contarte la historieta para que, si a cualquiera de nosotras nos sucediese un lance semejante, estemos persuadidas de esta verdad: hoy es un añagaza; mañana será una rechifla; pasado mañana ha de ser la muerte.

La Vallière se estremeció, más lívida aún de lo que estaba.

—Cuando un rey se ocupa de nosotras —continuó Montalais—; nos lo hace ver claramente, y, si somos el bien que codicia, sabe cómo debe comportarse. Ya ves, Luisa, que en tales circunstancias, entre muchachas expuestas a semejante peligro, es preciso hacerse toda clase de confidencias, a fin de que los corazones no melancólicos vigilen a dos que pueden llegar a serlo.

—¡Silencio; silencio! —murmuró La Vallière—. Alguien viene.

—Vienen, en efecto —dijo Montalais—; pero, ¿quién puede venir? Todo el mundo está en misa con el rey, o en el baño con Monsieur. Al extremo de la avenida divisaron casi al punto, bajo el arco de verdura, el andar gracioso y la aventajada estatura de un joven que, con su espada bajo el brazo y una capa encima, puesto de boas y espuelas, las saludaba de lejos con dulce sonrisa.

—¡Raúl! —gritó Montalais.

—¡El señor de Bragelonne! — murmuró; Luisa.

—Aquí tenemos al juez que puede dirimir mejor nuestra contienda —dijo Montalais.

—¡Oh! ¡Montalais; Montalais, por piedad! —prorrumpió La Vallière—. ¡Después de haber sido cruel, no seas inexorable!

Estas palabras pronunciadas con todo el ardor de una súplica, borraron del rostro al menos, si no del corazón de Montalais, todo el indicio de ironía.

— ¡Oh! ¡Bella estáis cual otro Amadís, señor de Bragelonne! —le dijo a Raúl—. ¡Y armado y calzado como él!

— Mis respetos, señoritas —respondió Bragelonne inclinándose.

—Mas en fin; ¿por qué esas botas? —decía Montalais, mientras que La Vallière, mirando a Raúl con sorpresa igual a la de su compañera, guardaba, sin embargo; silencio.

— ¿Por qué? —preguntó Raúl.

—Sí —aventuró a su vez La Vallière.

— Porque parto dijo — Bragelonne mirando a Luisa.

La joven se sintió acometida de un supersticioso terror, y se le fue la vista.

— ¡Marcháis, Raúl! —dijo—. ¿Y adónde?

—Mi querida Luisa —dijo el joven con aquella placidez que le era natural—, marcho a Inglaterra.

— ¿Y qué vais a hacer allí?

— El rey me envía.

—¡El rey! —exclamaron al mismo tiempo Luisa y Aura, cambiando involuntariamente una mirada, porque recordaban una y otra la conversación interrumpida hacía poco.

Aquella mirada, Raúl la interceptó, pero no podía comprenderla. La atribuyó por consiguiente, al interés que tenían hacia él las dos jóvenes.

—Su Majestad —dijo— se ha dignado acordarse de que el conde de la Fère había sido bien recibido por el rey Carlos II. Por tanto, esta mañana, al partir para la misa, el rey, viéndome en su camino, me ha hecho una señal con la cabeza. Entonces me he acercado: "Señor de Bragelonue —me ha— dicho—, pasaréis por casa del señor Fouquet, que ha recibido, de mí cartas para el rey de la Gran Bretaña; vos seréis el portador de esas cartas." Yo me incliné. "¡Ahl Antes de partir —añadió— tendréis la amabilidad de presentaros a Madame y recibir los encargos de la princesa para el rey su hermano."

—¡Dios mío! —murmuró Luisa, nerviosa y pensativa a la vez. —¡Tan pronto! ¿Se os manda marchar tan pronto?—dijo Montalais paralizada por aquel extraño acontecimiento.

—Para obedecer bien a aquellos a quienes se respeta —dijo —Raúl—, es necesario obedecer pronto. Diez minutos después de recibir la orden, estaba dispuesto. Madame avisada ya, escribe la carta, de la que me hace el honor de encargarme. Entretanto, sabiendo por la señorita de Tonnay Charente que debíais estar hacia los tresbolillos, he venido y os encuentro a ambas.

—Y las dos bastante dolientes, como veis —dijo Montalais, para ir en auxilio de Luisa, cuya fisonomía se alteraba visiblemente.

— ¡Dolientes! —repitió Raúl tomando con tierna curiosidad la mano de Luisa de La Vallière: ¡Oh!

Efectivamente, vuestra mano ésta helada.

—Eso no es nada.

— Ese frío no llega hasta el corazón, ¿no es verdad, Luisa? —preguntó el joven con dulce sonrisa.

Luisa levantó vivamente la cabeza, como si esta pregunta hubiese sido inspirada por una sospecha y hubiera provocado un remordimiento.

— ¡Oh! Sabéis —dijo con esfuerzo—, que nunca mi corazón estará frío para un amigo como vos, señor de Bragelonne.

—Gracias, Luisa. Conozco vuestro corazón y vuestra alma, y no es por el contacto de una mano, ya lo sé, como se juzga un afecto como el vuestro. Luisa, ya sabéis cuánto os amo, con qué confianza y abandono os he dado mi vida; me perdonaréis, pues, ¿no es cierto?, que os hable de manera un poco infantil.

—Hablad, Raúl —contestó Luisa temblorosa—; os escucho.

—Puedo alejarme de vos llevándome un tormento, absurdo, ya lo sé, pero, que sin embargo me desgarra.

— ¿Acaso os alejáis por largo tiempo? —preguntó La Vallière con voz oprimida, mientras que Montalais volvía la cabeza.

—No, y probablemente no permaneceré ausente más de quince días.

La Vallière apoyó una mano sobre su corazón, que se le destrozaba.

—Es extraño —continuó Raúl, mirando melancólicamente a la joven—; muchas veces me he separado de vos para ir a encuentros peligrosos, partía alegre entonces, con el corazón sereno; el alma embebida en un porvenir de felicidad, de futuras esperanzas, y sin embargo, se trataba para mí de desafiar las balas de los españoles o las duras lamas de las valones. Hoy, voy sin ningún peligro, sin inquietud alguna, a buscar por el camino más recto una bella recompensa que me promete el favor del rey, voy a conquistaros tal vez; porque, ¿cuál otro favor más precioso que el de poseeros podría el, rey concederme? Pues bien, Luisa, no sé, en verdad, cómo es, pero toda esa dicha, todo ese porvenir, huye ante mis ojos como vano humo, como sueño quimérico, y siento aquí, en lo más profundo del alma, un gran pesar, un indecible abatimiento, algo triste, de inerte y de muerte, como un cadáver. ¡Oh! Sé muy bien por qué, Luisa, es porque no os he visto jamás tan querida cual lo sois en este instante. ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

A esta última exclamación, salida de un corazón despedazado, Luisa rompió en llanto, cayó en brazos de Montalais.

Ésta, aunque no era de las más sensibles, sintió humedecerse sus ojos y oprimirse su corazón en un círculo de hierro.

Raúl vio las lágrimas de su prometida, y su mirada no penetró, no intentó penetrar más. allá de aquellas lágrimas. Hincó una rodilla delante de ella y besóle tiernamente la mano.

Veíase que en aquel beso iba todo su corazón.

— Levantaos, levantaos —le dijo Montalais, próxima a llorar ella tan bien—; Atenaida se acerca.

Raúl limpió su rodilla con el revés de su manga, sonrió otra vez a Luisa, que ya no le miraba, y, estrechando la mano de Montalais con efusión, se volvió para saludar a la señorita de Tonnay Charente; cuyo sedoso vestido se oía ya rozando la arena de las calles de árboles.

— ¿Ha concluido Madame su carta? —le preguntó luego que la, joven estuvo al alcance de su voz.

—Sí, señor vizconde; la carta está acabada y sellada, y Su Alteza os espera.

Al oír Raúl esta palabra tomó el tiempo apenas necesario para saludar a Atenaida, dirigió una última mirada a Luisa, hizo una última seña a Montalais, y alejóse en direccón al palacio.

Pero, conforme se alejaba, volvía a cada paso la cabeza. Finalmente, al doblar la avenida mayor, por más que se volvió nada pudo ver ya.

Por su parte, las tres jóvenes le habían visto desaparecer con sentimientos muy distintos.

— Gracias a Dios —dijo Atenaida rompiendo la primera el silencio—, al fin nos vemos solas y en libertad de hablar del gran asunto de ayer, para ponernos de acuerdo sobre la conducta a seguir. Ahora, si queréis préstarme atención —prosiguió mirando a todos lados—, voy a explicaros lo más brevemente posible, primero nuestro deber, como yo lo entiendo, y, si no me comprendéis con medias palabras, la voluntad de Madame.

Y la señorita de Tonnay Charente acentuó estas últimas palabras, de modo que no quedase duda a sus compañeras acerca del carácter oficial de que estaba revestida.

— ¡La voluntad de Madame! — murmuraron a la vez Montalais y Luisa.

—¡Ultimatum! —replicó diplomáticamente la señorita de Tonnay Charente.

—¡Pero, Dios mío, señorita! —exclamó La Vallière—. Sabe Madame...

—Madame sabe más de lo que le hemos dicho nosotras —articuló claramente Atenaida—. Por consiguiente, señoritas, miremos bien lo que hemos de hacer.

—¡Oh! Sí —dijo Montalais—. Por mi parte, escucho con todos mis oídos. Habla, Atenaida.

—¡Dios mío, Dios mío! —murmuró Luisa toda trémula—. ¿Sobreviré a esta cruel noche?

—¡Oh! No os desaniméis de ese modo —dijo Atenaida—, que para todo existe remedio.

Y, sentándose en medio de sus dos compañeras, a cada una de las cuales cogió una mano, que reunió en las suyas, principió sus explicaciones.

AL murmullo que producían sus primeras palabras, vino a unirse el ruido de un caballo que galopaba por el camino real, fuera de la verja de los jardines.

CXXVIII

DICHOSO COMO UN PRINCIPE

En el mismo instante que el señor de Bragelonne iba a entrar en el palacio, encontró a Guiche.

Mas antes de encontrar a Raúl, Guiche había encontrado a Manicamp, el cual había encontrado a Malicorne.

¿Y cómo Malicorne había encontrado a Manicamp? De una manera muy sencilla: esperándole a que saliera de misa, a la que asistió en compañía del señor de Saint Aignan.

Luego que estuvieron reunidos, se felicitaron por aquel encuentro, y Manicamp se aprovechó de la ocasión a fin de preguntar a su amigo si le habían quedado por casualidad algunos escudos en el bolsillo.

Este, sin sorprenderse de la pregunta, que tal vez esperaba, le contestó que todo bolsillo de donde siempre se saca sin meter nunca, aseméjase a los pozos, que suministran agua durante el invierno; pero que los jardineros acaban por agotar en el verano; que su bolsillo no carecía de profundidad, y que tenía gran placer en sacar de él en tiempo de abundancia, pero que, desgraciadamente, el abuso había traído en pos de sí la esterilidad.

A lo cual, todo preocupado, había replicado Manicamp: Tenéis razón.

—Por consiguiente, de lo que debe tratarse es de llenarlos, — repuso Malicorne.

—Así es; pero, ¿cómo?

—Nada más fácil, querido señor Manicamp.

—¡Bueno! Decid.

—Un destino en casa de Monsieur y se llena el bolsillo.

—Pero si ya tenéis ese destino.

—Lo que tengo es el título,

—¿Y qué?

—Un título sin destino, es un bolsillo sin dinero.

— Tenéis razón — respondió por segunda vez Manicamp. Emprendámosla con el destino —insistió el titular.

Querido, mi muy querido amigo —suspiró Manicamp—; un destino en casa de Monsieur, es una de las graves dificultades de nuestra situación.

—¡Oh, oh!

—Sí, por cierto; en este instante nada podemos pedir a Monsieur.

—¿Y por qué?

— Porque estamos en relaciones frías con él.

—¡Qué disparate! —articuló claramente Malicorne.

— ¡Bah! Y si hacemos la corte a Madame — dijo Manicamp—, ¿creéis que pueda Monsieur mirarnos con buenos ojos?

—Pues precisamente si hacemos la corte a Madame y somos hábiles, debe adorarnos Monsieur.

—*¡Hum!*

— ¡Oh, somos unos tontos! *Daos prisa,* pues, señor Manicamp, vos *que* sois, gran político, a procurar *que* hagan las paces *el* señor de Guiche y Su Alteza Real.

—Veamos, Malicorne, ¿qué os ha dicho el señor de Saint Aignan?

— ¿A mí? Nada; antes bien me ha preguntado:

—Pues conmigo ha sido menos prudente.

— ¿Y qué os ha dicho?

—Que el rey está locamente enamorado de la señorita de La Vallière.

—¡Ya sabíamos eso, diantre! — replicó irónicamente Malicorne—. Y bien alto se dice para que nadie lo ignore; pero entre tanto haced lo que os digo: hablad al señor de Guiche, y procurad recabar de él que dé algún paso hacia Monsieur. ¡Qué diantre!

¯¡Bien debe eso a Su Alteza Real!

—Pero sería preciso ver a Guiche.

—Creo que no hay en ello gran dificultad. Haced por verle, lo que he hecho yo por veros a vos; aguardadle, pues ya sabéis que por carácter le gusta pasear.

—Sí, pero, ¿por dónde pasea?

—¡Vaya un apuro! El señor de Guiche está enamorado de Madame, ¿no es cierto?

—Así dicen.

—Pues bien, entonces paseará por el lado de las habitaciones de Madame.

—Y que no os engañáis; querido Malicorne, pues por allí lo veo venir. ¿Y por qué me había yo de engañar. ¿Habéis visto que sea ésa mi costumbre? Con que, ¡ea!, no se trata más que de entendernos. ¿Tenéis necesidad de dinero?

— ¡Ay! —suspiró tristemente Manicamp.

—Pues yo necesito mi destino. Tenga Malicorne el destino, que Manicamp tendrá dinero. Esto no es más difícil que aquello.

—Entonces, perded cuidado. Haré lo que esté de mi parte.

—Pues a ello.

Guiche se aproximaba; Malicorne echó por otro lado, y Manicamp atrapó a Guiche. El conde estaba pensativo y sombrío.

—¿Qué consonante buscáis, querido conde? Tengo una excelente para concertar con la vuestra, sobre todo si la vuestra es asna.

Guiche sacudió la cabeza, y, reconociendo a un amigo, le cogió del brazo.

—Mi querido Manicamp —dijo—, otra cosa busco que una consonante.

—¿Qué buscáis?

—Y vais a ayudarme a encontrar lo que busco —continuó el conde—, vos, que sois un perezoso, es decir, una persona de ingenio.

—Pongo todo mi ingenio a vuestra disposición, apreciable conde.

—El hecho es el siguiente: quiero facilitarme entrada en una casa donde tengo que hacer.

—Es necesario ir adonde está esa casa —dijo Manicamp.

—Ya. Pero la casa está habitada por un esposo celoso.

—¿Más vigilante que el Cancerbero?

—No más, pero sí tanto.

—¿Tiene tres bocas, como aquel desesperado guardián de los infiernos?... ¡Oh! No os encojáis de hombros, querido conde, que no hago esa pregunta sin motivo. Dicten los poetas que para adormecer al Cancerbero es preciso que el viajero vaya provisto de una torta. Yo, que veo la cosa por su lado prosaico, es decir, por su lado real y verdadero, digo entre mí: “una torta es muy poco para tres bocas”. Si vuestro celoso tiene tres bocas, conde, pedid tres tortas.

—Manicamp, para consejos de esa especie, iría a buscarlos a casa del señor de Beautru.

— Pues para tenerlos mejores, señor conde. —dijo Manicamp con seriedad cómica—, procurad adoptar una fórmula más clara que la que habéis usado.

—¡Ah! Si estuviese aquí Raúl; él me comprendería —dijo Guiche. —Ya lo creo, principalmente si le decíais: “Mucho desearía ver a Madame más de cerca, pero temo a Monsieur, que está celoso.”

—¡Manicamp! —exclamó encolerizado el conde, procurando confundir con su mirada a aquel impertinente.

Mas el impertinente no pareció sentir la menor emoción.

—¿Qué hay, mi querido conde? — preguntó Manicamp.

— ¿Así profanáis los nombres más respetables, los primeros nombres del reino? — exclamó Guiche.

—No os incomodéis por eso, mi querido conde, y haced cuenta de que nada he dicho. Pero si se trata de una dama que tiene un esposo celoso, os aconsejo lo siguiente: "Para ver a la mujer, conciliaos al marido."

—Mal chiste —dijo sonriendo el conde— es el que has dicho. —Pasemos a otra cosa.–
— ¡Bien!

—Ahora —añadió Manicamp—, ¿queréis que sean la señora duquesa... y el señor duque? Entonces os diría: "Conciliémonos a esa casa, cualquiera que sea; porque semejante táctica no puede ser en ningún caso desfavorable a vuestro amor."

—¡Ay, Manicamp! Un pretexto, un buen pretexto, ¡búscamelo!

—Un pretexto, ¡pardiez! Cien, mil tendríamos, si estuviese aquí Malicorne. Bien seguro que os habría encontrado ya cincuenta mil pretextos a cual mejor.

— ¿Quién es Malicorne? —dijo Guiche guiñando los ojos como quien busca—. Se me figura que conozco ese nombre..

—¡Ya lo creo que lo conocéis! ¡Cómo que debéis treinta mil escudos a su padre!

—¡Ah! Sí, es aquel digno mozo de Orleáns.

—A quién prometisteis un destino en casa de Monsieur; no el marido celoso, sino el otro.

—Pues bien, puesto que tanto ingenio tiene tu amigo Malicorne, que me busque el medio de ser adorado por Monsieur, que me busque conservar su favor.

— Le hablaré de ello. ¿Pero quién viene allí?

—El vizconde de Bragelonne.

—¡Raúl! Sí, en efecto. —

Y Guiche se apresuró a salir al encuentro del joven.

—¿Vos por aquí, mi querido Raúl? —dijo Guiche.

—Sí, os buscaba para despedirme, querido amigo —repuso Raúl apretando la mano al conde—. Buenos días, señor Manicamp.

—Pues qué, ¿te vas, vizconde?

—Sí, me voy.

— Misión del rey.

—¿Y adónde vas?

—A Londres. Voy a ver a Madame, que tiene que entregarme una carta parra Su Majestad el rey Carlos II.

—Sola la hallarás, pues Monseñor ha salido.

—Para ir...

—Al baño.

—Entonces, querido amigo, tú, que eres gentilhombre de Monsieur, encárgate de disculparme. Habría ido para recibir sus órdenes, si el señor Fouquet no me hubiera manifestado que su Majestad deseaba que partiese inmediatamente.

Manicamp dio con el codo a Guiche.

— Ved ahí un pretexto —dijo.

—¿Cuál?

—El de presentar, las excusas del señor de Bragelonne.

—Débil pretexto —dijo Guiche.

— Excelente, si Monsieur no os tiene rencor; malo, como otro cualquiera, si por el contrario os lo tiene.

—Es verdad, Manicamp; un pretexto, sea el que quiera, es cuanto necesito. ¡Mi, pues, feliz viaje, querido Raúl!

Y, seguidamente, se abrazaron los dos amigos.

Cinco minutos después, entraba Raúl en la habitación de Madame, en conformidad al recado que le enviara por medio de la señorita de Tonnay Charente:

Hallábase todavía Madame sentada a la mesa, donde había escrito su epístola. Ante ella ardía la bujía de cera color de rosa que de había servido para sellarla, pues, en su preocupación, se le olvidó apagarla.

Esperaba a Bragelonne; de modo que le anunciaron así qué se presentó.

Bragelonne era la elegancia personificada: imposible verle una vez sin que su figura quedara impresa para siempre; y Madame no sólo le había visto una vez, sino que, como se recordará, fue uno de los primeros en salir a recibirla, para acompañarla del Havre a París.

Por consiguiente, Madame conservaba muy buenos recuerdos de Bragelonne.

—¡Ah! —le dijo—. Al fin, señor, vais a ver a mi hermano, que tendrá la satisfacción de satisfacer al hijo parte de la deuda de reconocimiento contraída con el padre.

—Señora, el conde de la Fère está ampliamente recompensado de lo poco que ha tenido la honra de hacer en obsequio del rey, con las bondades que el rey se ha dignado manifestarle, y yo voy, por el contrario, a hacer presente a Su Majestad el respeto y el reconocimiento que le profesan tanto el padre como el hijo.

—¿Conocéis a mi hermano, señor vizconde?

—No, Alteza; ésta será la vez primera que tenga el gusto de ver a Su Majestad.

—No tenéis necesidad de recomendación alguna para con él; pero, si acaso dudarais de vuestro valor personal, tomadme resueltamente por fiadora vuestra, que no os desmentiré.

—¡Oh! , Vuestra Alteza es en extremo bondadosa.

— No, señor de Bragelonne. Me acuerdo de cuando hicimos el camino juntos, y entonces advertí vuestra exquisita prudencia en medio de las supremas locuras que hacían a vuestra derecha y a vuestra izquierda, dos de los más grandes y rematados locos de este mundo: los señores de Guiche y de Buckingham. Mas no hablemos de ellos, y vengamos

a vos. ¿Váis a Inglaterra para procuraros allí alguna posición? Perdonad mi pregunta; no es la curiosidad, sino el deseo de poderos ser provechosa en algo, lo que me la dicta.

—No, señora; voy a Inglaterra para desempeñar una misión que Su Majestad ha tenido a bien confiarme.

—¿Y pensáis regresar a Francia?

—Así que cumpla mi encargo, a menos que Su Majestad el rey Carlos II me dé otras órdenes.

—A lo menos estoy segura de que os suplicará que permanezcáis a su lado todo el tiempo que os sea posible.

—Entonces, como no sabré negarme a ello, pediré de antemano a Vuestra Alteza Real se digne recordar al rey de Francia que tiene lejos de sí a uno de sus mas fieles servidores.

—Mirad lo que decís, porque quizá cuando os llame miréis su orden como un abuso de poder.

— No comprendo, señora.

—Ya sé que la corte de Francia es incomparable; pero también la de Inglaterra posee muy lindas muchachas.

Raúl sonrió.

—¡Oh! —continuó Madame—. Esa sonrisa nada bueno presagia para mis compatriotas. Es como si dijéseis. "Vengo entre vosotras, pero dejo mi corazón al otro lado del Estrecho." ¿No es eso lo que significa vuestra sonrisa?

—Vuestra Alteza tiene el don de leer hasta en lo más profundo de las almas; ahora comprenderá por qué será un sentimiento para mí que se prolongue mi permanencia en la corte de Inglaterra.

—Excuso preguntar si un caballero tan distinguido como vos es correspondido.

— Señora, me he criado con la que amo, y creo que ella me profesa los mismos sentimientos que le profeso yo a ella.

—Pues bien, partid pronto, señor de Bragelonne; volved pronto, y, a vuestro regreso, tendremos el gusto de ver dos personas felices, porque supongo que no habrá obstáculo alguno a vuestra felicidad.

—Hay uno, y grande, señora.

—¡Bah! ¿Y cuál?

—La voluntad del rey.

—¡La voluntad del rey! ... ¿Se opone el rey a vuestro matrimonio?

—Por lo menos lo difiere. Hice pedir a Su Majestad su consentimiento por medio del conde de la Fère, y aunque no lo ha negado categóricamente, le manifestó que lo haría esperar.

—¿Es acaso indigna de vos la persona a quien amáis?

—Es digna del amor de un rey, señora.

—Quiera decir, si no es de nobleza igual a la vuestra.

—Es de muy buena familia.

—¿Joven? ¿Bella?

— Diecisiete años... Y en cuanto a hermosura, para mí es encantadora.

—¿Está en alguna provincia, o en París?

—En Fontainebleau, señora.

—¿En a Corte?

—Sí.

—¿La conozco yo?

—Tiene el honor de pertenecer a la Casa de Vuestra Alteza Real

— ¿Su nombre? —preguntó pon ansiedad la princesa—. A menos —añadió recobrándose al punto que su nombre sea un secreto.

— No, señora; mi amor es demasiado puro para hacer de él un secreto, y mucho menos para Vuestra Alteza, que tan bondadosa se muestra conmigo. La persona a quien amo es la señorita Luisa de La Vallière.

La princesa no pudo dominar un grito en que había algo más que sorpresa.

—¡Ah! — dijo—. La Vallière…la que ayer…

La princesa se contuvo.

—La que ayer encontraron indispuesta —prosiguió.

—Sí, señora. Hasta esta mañana no he tenido noticia de esa indisposición.

—¿Y la habéis visto antes de venir aquí?

—He tenido el honor de despedirme de ella.

—Y decís —añadió Madame haciendo un esfuerzo sobre sí misma—, que el rey... ha diferido vuestro enlace con ella?

—Sí, señora; lo ha diferido.

— ¿Y ha dado alguna razón para ello.

—.Ninguna.

— ¿Hace mucho que el conde de la Fère le solicitó su consentimiento?

— Más de un mes, señora.

—¡Es extraño! — dijo la .princesa. Y algo como una nube cruzó por delante de sus ojos.

—¿Un mes? —repitió.

—Poco más o menos.

— Tenéis razón, señor vizconde — dijo la princesa con cierta sonrisa en que Bragelonne hubiera podido notar alguna violencia—; es preciso que mi hermano no os retenga mucho tiempo a su lado; partid pronto, y, en la primera carta que escriba a Inglaterra, os reclamaré en nombre del rey.

Y Madame se levantó para poner su carta en manos de Bragelonne.

Raúl comprendió que su audiencia había concluido; cogió la carta, se inclinó ante la princesa y salió.

— ¡Un mes! —murmuró la princesa—: ¿Tan ciega habré estado que no haya advertido en un mes esta inclinación?

Y, como no tenía nada que hacer, comenzó para su hermano la carta en cuyo post— escriptum debía ser llamado Bragelonne.

El conde de Guiche había, como ya hemos; visto, cedido a las instancias de Manicamp dejándose arrastrar por él hasta las cuadras, donde hicieron ensillar sus caballos; tras de lo cual, por la estrecha alameda, cuya descripción hemos dado ya, avanzaron al encuentro de Monsieur, quien al salir del baño, volvía fresco hacia Palacio, llevando sobre el rostro un velo de mujer, para que el sol; que ya calentaba, no le tostase el cutis.

Monsieur se hallaba en uno de esos accesos de buen humor que le inspiraba a veces la admiración de su propia hermosura. En el agua había podido comparar la blancura de su cuerpo con la del cuerpo de sus cortesanos; y, gracias al cuidado que Su Alteza Real tenía de sí mismo; ninguno pudo, ni aun el caballero de Lorena, sostener la comparación.

Monsieur había además, nadado con buen éxito, y todos sus nervios, tensos en moderada medida por aquella saludable inmersión en el agua fresca, mantenían su cuerpo y su espíritu en feliz equilibrio.

De modo que, al ver a Guiche, que le salía al encuentro al trote sobre magnífico caballo blanco, el príncipe no dudó contener una exclamación de alegría.

—Me parece que la cosa marcha —dijo Manicamp, que creyó leer aquella benevolencia en la fisonomía de Su Alteza Real.

—¡Buenos días, Guiche, buenos días mi pobre Guiche! —exclamó el príncipe

—¡Saludo a monseñor! — exclamó Guiche, animado por el tono de voz de Felipe—. ¡Salud, alegría, dichas y prosperidades a Vuestra Alteza!

— Bienvenido, Guiche. Colócate a mi derecha y refrena un poco tu caballo, pues quiero ir al paso bajo estas frescas bóvedas.

A vuestras órdenes, monseñor: Y Guiche se colocó a la derecha del príncipe, según se le había invitado.

— Vamos a ver, mi querido Guiche —dijo el príncipe—, vamos a ver si me das alguna noticia de aquel Guiche que conocí en otro tiempo y que hacía la corte a mi mujer.

Guiche se puso encendido hasta el blanco de los ojos, mientras Monsieur se deshacía de risa, como si hubiese dicho la mayor agudeza del mundo.

Los privilegiados que rodeaban a Monsieur creyéronse obligados a imitarle, aun cuando no oyeran sus palabras, y prorrumpieron en estrepitosa carcajada, que, empezando por el primero, atravesó la comitiva y no se apagó hasta el último.

Guiche, a pesar de lo ruborizado que estaba, se mantuvo firme. Manicamp le miraba.

— ¡Ay, monseñor! —replicó Guiche—. Sed caritativo con un desgraciado. ¡No me inmoléis al caballero de Lorena!

— ¿Por qué decís eso?

—Porque si os oye burlaros de mí, procurará sobrepujar a Vuestra Alteza y se burlará sin compasión.

— ¿De tu amor a la princesa?

— ¡Oh monseñor, piedad!

—Vamos, vamos, Guiche, confiesa que has hecho la corte a Madame.

—Jamás confesaré semejante cosa, monseñor.

— ¿Por respeto a mí? Pues bien, te dispenso el respeto, Guiche. Confiésalo, como si se tratara de la señorita de Chalais o de da señorita de La Vallière.

E interrumpiéndose a tales palabras: .

—¡Vaya! —dijo, volviendo de nuevo a su risa—. Esgrimo una espada de dos filos. Te hiero a ti, y hiero a mi hermano, a Chalais y a La Vallière, a tu prometida y a ti, a su futura y a él.

—En verdad, monseñor —dijo el conde—, que estáis hoy de un humor excelente.

—Sí que me encuentro bien; y además he tenido un placer en verte.

—Gracias, monseñor.

— ¿Con que me mirabas con malos ojos?.

—¿Yo, monseñor?

—Sí.

—¿Y por qué, Dios mío?

—Por haber interrumpido tus zarabandas y tus españoladas.

—¡Oh! ¡Vuestra Alteza!

—Vamos, no me lo niegues. Aquel día saliste del cuarto de la princesa con ojos furibundos; eso te ha traído desgracia, querido, y ayer bailaste de una manera lastimosa. No pongas mal gesto, Guiche, pues te perjudica notablemente ese aire de oso de que te revistes. Si la princesa te miró bien ayer, estoy seguro de una cosa…

—¿De qué, monseñor? ¡Vuestra, Alteza me asusta!

—De que te habrá desdeñado completamente.

Y el príncipe se echó a reír. “Decididamente —pensó Manicamp— la posición en nada influye y, todos son iguales.”

El príncipe prosiguió:

—Al fin has vuelto, y tengo esperanzas de que el caballero se muestre amable.

—¿Cómo es eso, monseñor? ¿A qué milagro debo semejante influencia sobre el señor de Lorena?

—A una cosa muy sencilla: está celoso de ti.

— ¡Ah! ¡Bah! ¿De veras?

— Certísimo.

—Me hace en eso mucho honor.

—Ya ves; cuando estás tú, me agasaja; cuando te marchas, me martiriza. Reina como por báscula. Y además, ¿no sabes la idea que se me ha ocurrido?

— No se me alcanza, monseñor.

—Pues .bien, cuando te hallabas en el destierro... Porque fuiste desterrado, mi pobre Guiche...

— ¡Pardiez! Monseñor, ¿y de quién fue la culpa? —dijo Guiche aparentando enojo.

— ¡Oh! No ha sido mía seguramente, querido conde —replicó Su Alteza Real—. ¡A fe de príncipe que no pedí al rey que te desterrase!

—Bien sé que no fuisteis vos, monseñor, sino...

— ¿Sino Madame?

— ¡Oh! En cuanto a eso no diré que no.

— ¿Pero qué demonios hiciste a Madame?

—En verdad, monseñor..

—Ya sé que las mujeres son rencorosas, y la mía no está exenta de esa propensión. Pero si ella te ha hecho desterrar, lo que es yo no te tengo mala voluntad.

— Entonces, monseñor —dijo Guiche—, no soy desgraciado más que a medias.

Manicamp, que iba detrás de Guiche y no perdía palabra de lo que decía el príncipe, bajó sus hombros hasta tocar el cuello de su caballo para ocultar la risa que no podía reprimir.

— Por otra parte, tu destierro ha hecho brotar en mí una idea.

—Lo celebró, señor.

—Cuando el caballero; viéndote lejos de mí, y seguro de reinar solo, me martirizaba a su sabor, yo, que a pesar de lo que me decía aquel maligno mozo veía a Madame tan afable y tan buena para conmigo, a pesar del poco caso que le hacía. tuve la idea de hacerme marido modelo, una rareza, una curiosidad de Corte: en una palabra, tuve la idea de amar a mi mujer.

Guiche miró al príncipe con aire de asombro que nada tenía de ficción.

—¡Oh! —tartamudeó Guiche, trémulo—, supongo, monseñor, que esa idea no se os habrá ocurrido seriamente.

— A fe mía. Tengo bienes que me dio mi hermano cuando me casé; ella tiene dinero, y mucho, que saca a la vez de su hermano y de su cuñado, de Inglaterra y de Francia. Pues bien, podíamos dejar la Corte y retirarnos al palacio de Villers Cotterets, que es de mi pertenencia, al interior de un bosque donde nos consagraríamos a un amor perfecto, en los mismos sitios que recorría mi abuelo Enrique IV con la bella Gabriela... ¿Qué te parece la idea, Guiche?

—Que es para sobresaltar a cualquiera, monseñor — contestó Guiche; sobresaltado realmente.

—Vamos, veo que no soportarías ser desterrado otra vez.

—¿Yo, monseñor?

—Y me obligarías a dejar de llevarte conmigo, como primero había pensado:

—¿Cómo con vos, monseñor?

—Sí; dado que vuelve a ocurrírseme la idea de fastidiarme de la Corte.

— ¡Oh! Monseñor, no quede por eso; que yo seguiré a Vuestra Alteza hasta el fin del mundo.

— ¡Oh! ¡Qué torpeza! —exclamó Manicamp echando su caballo sobre el de Guiche, con objeto de desazonarlo.

Pasando luego a su lado, como si no fuese dueño de contener su caballo.

— Meditad bien lo que decís —le deslizó por lo bajo.

— Entonces —dijo el príncipe—, quedamos en eso, ya que tanto me quieres, te llevo conmigo.

— Adonde queráis, señor, adonde queráis —replicó alegremente Guiche—; y si os place, ahora mismo.

— ¿Estáis dispuesto?

Y Guiche aflojó las riendas a su caballo, que dio dos brincos hacia adelante.

—Un momento —dijo el príncipe—; pasemos por Palacio.

—¿Para qué?

—¡Para recoger a mi mujer, diantre!,

—¿Cómo es eso? —preguntó Guiche.

— Ya te he dicho que es un proyecto de amor conyugal, y hace falta que lleve a mi mujer.

— Entonces, monseñor —respondió el conde— siento decíroslo, pero no contéis con Guiche.

— ¡Bah!

—Sí. ¿Para qué llevar a Madame?

— ¡Toma! Porque voy conociendo que la amo.

Guiche palideció ligeramente, aunque procuró conservar su aparente alegría.

—Si amáis a Madame, monseñor dijo—, ese amor debe bastaros, y no tenéis necesidad de vuestros amigos.

—No está mal, no está mal — murmuró Manicamp.

—Ya vuelves otra vez con tus miedos a Madame replicó el príncipe.

—Monseñor, no debéis extrañarlo, si consideráis que me ha hecho desterrar.

—¡Ay; Dios mío! Mal carácter tienes, Guiche; eres muy rencoroso, amigo mío.

—Quisiera veros en mi lugar, monseñor.

—Indudablemente, por eso bailaste tan mal ayer; quisiste vengarte poniéndola en el caso de hacer figuras falsas. ¡Ah, Guiche, eso es mezquino, y se lo diré a Madame!

—¡Oh! Podéis decirle cuanto queráis, monseñor. Su Alteza no puede aborrecerme más de lo que me aborrece en la actualidad.

—Mucho exageras, Guiche, para quince días, y, cuando los pasa uno fastidiándose, son una eternidad.

—¿De suerte que no se lo perdonarás?

—Jamás.

— Vamos, vamos, Guiche, sentimientos. Quiero que hagas las paces con ella: Ya verás por su trato que tiene buen corazón y no le hace falta talento.

— Monseñor:..

—Verás que sabe recibir como una princesa y reír como una plebeya; verás: en fin, que sabe hacer, cuando quiere, que las horas pasen como minutos. Guiche, amigo mío, es necesario que cambies de opinión respecto a mi mujer.

“Decididamente —se dijo Manicamp—, he aquí un marido a quien el nombre de su mujer le traerá desgracia; el difunto rey Candaules era un tigre al lado de Monsieur:”

—De todos modos —añadió el príncipe—, ya cambiarás de opinión, Guiche; yo te lo aseguro. Ahora, lo que será preciso es que te facilite el camino, pues Madame no es trivial, y no todo el que quiere, logra hacerse buen lugar en su corazón.

— Monseñor...

— Nada de resistencia, Guiche, o nos incomodaremos —replicó el príncipe.

—Ya que así lo quiere —dijo Manicamp al oído de Guiche —dadle gusto.

—Monseñor —dijo el cande— obedeceré.

—Y para dar principio —replicó Monsieur— comerás hoy conmigo, y te conduciré luego al cuarto de Madame, donde hay juego esta noche.

—¡Oh! en cuanto a eso, monseñor —objetó Guiche—, me permitiréis resistir.

—¡Todavía! Eso es una rebelión.

—Madame me recibió ayer muy mal delante de todo el mundo.

— ¿De veras? —dijo riendo el príncipe.

—Hasta el punto de no haberme contestado siquiera cuando le hablé; podrá ser bueno, no tener amor propio, pero un poco no daña, como suele decirse.

—Conde, después de comer irás a vestirte a tu cuarto, y volverás a buscarme, que yo te esperaré.

—Puesto que Vuestra Alteza lo manda absolutamente...

— Absolutamente:

“No soltará presa —se dijo Manicamp—. Estas cosas son a las que más se aferran los maridos. ¡Ah! Si Mollière hubiera oído a éste, bien seguro que lo habría puesto en verso.”

Departiendo así el príncipe y su comitiva, pasaron a las habitaciones más frescas de Palacio.

—A propósito —dijo Guiche en el umbral de la puerta—, traía una comisión para Vuestra Alteza Real.

—¿Qué comisión?

— El señor de Bragelonne ha marchado a Londres con una orden del rey, y me ha encargado que haga presente sus respetos a monseñor.

—¡Bien! Deseo buen viaje al vizconde, a quien quiero mucho. Con que anda a vestirte, y ven a buscarme. Cuidado, que si no vuelves…

—¿Qué sucederá, monseñor?

—Te haré arrojar en la Bastilla.

—Ea, seguramente — dijo riendoGuiche—. Mi posición no deja de ser crítica entre Vuestra Alteza Real y Madame. Madame me hace desterrar, porque no me quiere bien, y Vuestra Alteza me hace prender, porque me quiere demasiado. ¡Gracias, monseñor! ¡Gracias, Madame!

—Vamos, vamos —dijo el príncipe—, eres un bellísimo amigo, y ya sabes que no acierto a pasar sin ti. Vuelve pronto.

—Bien, pero ahora me toca a mí hacerme de rogar, señor.

—¡Bah!

—Y no volveré a casa de Vuestra Alteza sino con una condición?

— ¿Cuál?

—Hay un amigo de otro mío, a quien deseo servir.

— ¿Y le llamas?

— Malicorne.

—¡Feo nombre!

—Pero le honra quien lo lleva, monseñor.

— Bien, ¿y qué quieres?

—Es el caso, señor, que tengo prometido un destino en vuestra casa al señor Malicorne.

—Un destino:: . ¿De qué clase?

—Un destino cualquiera; una inspección, pongo por caso.

—Hombre, viene perfectamente, pues ayer despedí al mayordomo de sala.

Pues sea mayordomo de sala, señor; ¿qué tiene que hacer?

—Nada más que observar y contar.

—¡Policía interior!

—Eso es.

—¡Oh! ¡Y qué bien lo desempeñará Malicorne! —aventuró a decir Manicamp:

—¿Conocéis al sujeto en cuestión, señor Manicamp? —preguntó el príncipe.

—Muchísimo, monseñor; soy amigo suyo.

— ¿Y qué opináis de él?

—Que monseñor no tendrá nunca un mayordomo de sala mejor.

—¿Cuánto renta el cargo? —preguntó el conde al príncipe.

—Lo ignoro; pero lo que sí me han dicho es que jamás se paga bastante cuando está ocupado dignamente.

—¿Y a qué llamáis estar dignamente ocupado, príncipe?

—A que el funcionario que lo desempeñe sea hombre de ingenio.

—Entonces, creo que monseñor quedará contento, porque Malicorne tiene el ingenio del diablo.

—En ese caso no me saldrá caro el cargo —replicó el príncipe—, veo que me haces un verdadero obsequio, conde.

—Así lo creo, monseñor.

—Pues bien, anda a anunciar a tu amigo Malicorne...

—Malicorne, monseñor.

—No podré acostumbrarme a ese apellido.

—Bien decís Manicamp; monseñor.

—¡Oh! Y también acertaré a decir Malicorne. La costumbre todo lo puede.

—Llamadle como queráis, monseñor, pues podéis, estar seguro de que vuestro mayordomo de sala no se incomodará; tiene el carácter mejor del mundo.

—Pues bien, entonces, amigo Guiche, anunciadle su nombramiento... Pero, aguardad,

—¿Qué, monseñor?

— Quiero verle antes, pues si es tan feo como su nombre, no hay nada de lo dicho.

— Monseñor le conoce .

—¿Yo?

—Sí, por cierto. Monseñor le vio ya en el Palais Royal, y por cierto que fui yo quien se lo presentó.

—¡Ah! Sí, ya me acuerdo... ¡Diantre, pues es buen mozo!

—Bien sabía yo que monseñor lo habría notado.

—¡Sí, sí, sí! Mira, Guiche; no quiero que mí mujer ni yo tengamos fealdades a nuestro lado. Mi mujer tomará para camaristas jóvenes bonitas; yo, gentileshombres bien formados. Con eso, Guiche, si tengo hijos, serán concebidos bajo una buena inspiración, y mi mujer habrá visto buenos modelos.

— Formidablemente razonado, monseñor, — dijo Manicamp, aprobando con los ojos y la voz al mismo tiempo.

En cuanto a Guiche, no debió hallar, sin duda, el razonamiento tan feliz, porque sólo opinó con el gesto, y para eso aquel gesto conservó un carácter marcado de indecisión.

Manicamp corrió a manifestar a Malicorne la buena noticia que acababa de saber.

Guiche aparentó que iba a vestirse a disgusto.

Monseñor, cantando, riendo y mirándose en el espejo, aguardó que llegase la hora de comer, con una satisfacción bastante propia para justificar este proverbio: "Dichoso como un príncipe."

CXXIX

HISTORIA DE UNA DRIADA Y DE CIERTA NÁYADE

Luego que tornaron todos un refrigerio en Palacio, se fueron a vestir para presentarse en la Corte. El refrigerio tuvo lugar, según costumbre, a las cinco.

Pongamos una hora de refrigerio y dos para vestirse, y tendremos que a las ocho ya estaba listo todo el mundo.

De modo que a las ocho de la noche principió a presentarse gente en la habitación de Madame.

Porque, según hemos dicho, era Madame la que recibía, aquella noche.

Y nadie se descuidaba en asistir a la puerta de Madame, pues en ella se pasaba la noche con todo el encanto que la reina, excelente y piadosa princesa, no había podido dar a sus reuniones. Esta es, por desgracia, una de las desventajas de la bondad: divertir menos que un carácter maligno.

Y, sin embargo, no podía aplicarse a Madame el epíteto de carácter maligno.

Aquella naturaleza, completamente escogida, encerraba sobrada generosidad verdadera, sobrados impulsos de nobleza y dignidad, para que se la pudiese llamar naturaleza maligna.

Pero Madame tenía el don de la resistencia, don tan fatal a veces al que lo posee, porque se quiebra donde otro habríase doblegado solamente. De ahí resultaba que los golpes no se embotaban en ella como en la conciencia algodonada de María Teresa.

Su corazón se exaltaba a cada ataque, y, semejante Madame a las botargas de los juegos de sortija, si no se la hería de manera que sé por golpe al imprudente que se atrevía a luchar con ella.

¿Era perversidad o simplemente malicia? Nosotros creemos que las naturalezas ricas y poderosas, son aquellas que, semejantes al árbol de la ciencia, causan a la vez el bien y el mal, doble rama, florida siempre, y siempre fecunda, cuyos buenos frutos saben distinguir los que tienen hambre de ellos, y cuyos nocivos frutos matan a los inútiles y parásitos por haberlos comido, lo cual no es un mal tan grave.

Por consiguiente, Madame, que tenía bien premeditado su plan de segunda reina, o, por mejor decir, de primera, procuraba la amena y agradable su tertulia por la conversación Por los incidentes y por la libertad absoluta que dejaba a todos para hablar, con la condición, empero, de que las palabras fuesen útiles y oportunas. Y quizá por esa razón se hablaba menos en la tertulia de Madame que en otra cualquiera parte.

Madame odiaba a los habladores, y se vengaba de ellos cruelmente Se vengaba dejándolos hablar. También odiaba la presunción, defecto que no perdonaba ni aun al mismo rey.

Monsieur sufría más que nadie de ese achaque, y la princesa había tomado a su cargo el penoso trabajo de curarle.

Por lo demás; poetas, hombres de talento, mujeres de hermosura, a todos acogía como un ama superior a sus esclavos; bastante lánguida en medio de sus travesuras para dar pábulo a la imaginación de los poetas; bastante encantadora para brillar aún entre las más bellas; bastante aguda para ser escuchada, con placer por las personas de talento.

Fácilmente se concebirá que reuniones como las que verificaban en la habitación de Madame, no podían menos de atraer gente; la juventud afluía allí. Cuando el rey es joven, todo es joven en la Corte. De ahí también resultaba que las viejas damas, robustas cabezas de la regencia o del último reinado, no dejaban de gruñir; pero se respondía a sus sar-

casmos riéndose de aquellas respetables personas, que habían llevado el espíritu de dominación hasta mandar partidas de soldados en la guerra de la Fronda, a fin, decía Madame, de no perder del todo el imperio sobre los hombres.

A las ocho entró Su Alteza Real en el gran salón con sus camaristas, y encontró a muchos cortesanos que estaban aguardando hacía más de diez minutos.

Entre aquellos precursores de la hora señalada; buscó Madame al que suponía que debía haber llegado antes que nadie. Pero no le halló.

Con todo, en el instante en que terminaba aquella investigación, anunciaron a Monsieur.

Monsieur llegó hecho un brazo de mar. Todas las piedras preciosas del cardenal Mazarino, aquellas que el ministro no pudo hacer otra cosa que dejar, toda la pedrería de la reina madre, y hasta algunas joyas de su mujer, todo lo llevaba Monsieur encima aquella noche. Monsieur brillaba como un sol.

Detrás de él venía, a paso lento y con aire de humildad perfectamente imitado, el conde de Guiche, vestido con traje de terciopelo, color perla, bordado en plata y guarnecido de cintas azules.

Guiche llevaba, además, malinas tan hermosas en su género como las pedrerías de Monsieur en el suyo.

La pluma de su sombrero era roja.

Madame llevaba diversos colores. Gustábale el encarnado en colgaduras, el gris en vestidos, el azul en flores.

El señor de Guiche, tal como se presentó, estaba hermoso en verdad.

Cierta palidez interesante; cierta languidez en los ojos, manos de un blanco mate rodeadas de grandes encajes, la expresión de la boca algo melancólica; bastaba, en fin, ver al señor de Guiche, para confesar que pocos hombres en la corte francesa podían comparársele.

De ahí provino que Monsieur, que hubiera tenido la pretensión de eclipsar una estrella, si la hubiesen puesto en paralelo con él, quedó por e l contrario, completamente eclipsado en la imaginación de todos, juez silencioso en verdad, pero también muy poderoso en sus juicios.

Madame miró a Guiche de una manera vaga, no tanto, sin embargo, que aquella mirada no le hiciese subir al rostro un delicioso rubor. Madame había encontrado a Guiche tan encantador y elegante, que casi llegó a no lamentar la conquista real que veía ya a punto de escapársele.

Su corazón dejó, por tanto, a su pesar, refluir toda su sangre a las mejillas.

Monsieur se acercó entonces a la princesa con aquel aire zalamero que solía tomar a veces. No había visto el rubor de aquélla, o si lo había visto, estaba muy lejos de atribuirlo a su verdadera causa.

—Señora —dijo besando la mano a su esposa—; hay aquí un infortunado, un infeliz desterrado a quien os recomiendo con toda eficacia. Tened presente, señora, que es de mis mejores amigos, y que vuestro buen recibimiento será cosa que me producirá gran placer.

—¿Qué desterrado? ¿Qué infortunado? —preguntó Madame dirigiendo una mirada en rededor suyo, sin fijarse más en el conde que en los demás.

Era aquél el momento de presentar a su protegido. Apartóse un poco Monsieur, y dejó pasar a Guiche, quien con aire bastante macilento, se acercó a Madame y le hizo su reverencia.

— ¡Cómo! —preguntó Madame, cual si sintiera la mayor sorpresa—. ¿El infortunado, el desterrado es el señor conde de Guiche?

—Sí tal —repuso el duque. —¡Pues no se ve aquí otra cosa! —dijo Madame.

— Injusta sois; señora —replicó el príncipe.

— ¿Yo?

—Sí, por cierto.¡Vaya! Perdonad a este pobre mozo.

—¿Y por qué? ¿Qué tengo yo que perdonar al señor de Guiche?

— Vamos, explícate, amigo Guiche. ¿Qué quieres que te perdone? —preguntó el príncipe.

—¡Ay! ¡Bien lo sabe Su Alteza Real! —repuso aquél hipócritamente.

—Dadle vuestra mano, señora —dijo Felipe.

—Si lo deseáis, señor...

Y Madame, con un inexplicable movimiento de ojos y de hombros, tendió su bella mano perfumada al joven, que apoyó en ella sus labios.

De suponer es que los tuviera mucho tiempo, y que Madame no retirase demasiado pronto su mano, porque el duque añadió:

—Guiche tiene buen corazón, señora, y no os morderá.

En la galería se tomó pretexto de aquel dicho, que no era por cierto muy gracioso, para dar rienda suelta a la risa.

En efecto, esta situación era curiosa, y no faltaban algunas buenas almas que la observasen.

Hallábase, pues, gozando Monsieur del efecto causado por sus palabras, cuando¯ anunciaron al rey.

En aquel momento presentaba el salón el aspecto que vamos a procurar describir.

En el centro, delante de la chimenea cubierta de flores, se hallaba Madame, con sus camaristas, formadas en dos alas, por cuyas líneas revoloteaban las mariposas de Corte. Otros grupos ocupaban los huecos de las ventanas, como ocupan sus puestos respectivos los destacamentos de una misma guarnición, y desde allí oían las palabras que salían del grupo principal.

En uno de aquellos grupos, el más inmediato a la chimenea, Malicorne, promovido en– el acto por Manicamp y Guiche al destino de mayordomo de sala; Malicorne, cuyo uniforme de empleado de la casa estaba dispuesto y terminado hacía dos meses resplandecía con sus dorados e irradiaba sobre Montalais, extrema izquierda de Madame, con todo, el fuego de sus ojos y todo el brillo de su terciopelo.

Madame conversaba con la señorita de Châtillon y la señorita de Crequy, las dos más inmediatas a ella, y dirigía de vez en cuando algunas palabras a Monsieur, el cual escurrió el bulto al oír este anuncio:

—¡El rey!

La señorita de La Vallière estaba, como Montalais, a la izquierda de Madame, esto es, la penúltima de la línea; a su derecha colocaron a la señorita de Tonnay Charente. Hallábase, pues, en la situación de aquellos cuerpos de ejército, en cuyo valor no se tiene bastante confianza, y que por lo mismo colócanse entre dos fuerzas experimentadas.

Flanqueada en aquella forma La Valliére por sus dos compañeras de aventura, ya estuviera triste por la ausencia de Raúl, ya se sintiese emocionada aún por los acontecimientos recientes que principiaban a popularizar su nombre en el círculo de los cortesanos, la verdad es que procuraba ocultar sus ojos, algo enrojecidos, detrás de su abanico, y parecía prestar gran atención a las palabras que Montalais y Atenaida le deslizaban alternativamente en uno y otro oído.

Cuando resonó el nombre del rey, hubo un gran movimiento por todo el salón.

Madame, como ama de casa, se levantó para recibir la regia visita; pero, no obstante lo preocupada que debía tener su imaginación, dirigió al levantarse una mirada a su derecha, mirada que el presuntuoso Guiche creyó encaminada a él, pero que fue a fijarse, tras de recorrer el círculo, en La Vallière, cuyo rubor e inquieta emoción pudo advertir muy bien.

El rey entró en medio del grupo, que llegó a hacerse general por un movimiento que se efectuó naturalmente, de la circunferencia al centro.

Inclináronse todas las frentes ante Su Majestad, doblándose las mujeres como frágiles y magníficos lirios ante el rey Aquilo.

Su Majestad no tenía aquella noche nada de adusto, y aun casi podríamos decir, de regio, si se exceptúan su juventud y su hermosura.

Cierto aire de viva, alegría y de buen humor excitó la animación de todos, y cada cual se prometió una noche deliciosa con sólo ver el deseo que tenía el rey de divertirse en el salón de Madame.

Si alguien podía equipararse al rey en su regocijo y buen humor, era el señor de Saint Aignan, que se presentó con traje, rostro y cintos de color rosa, y especialmente con ideas de ese mismo color, que aquella noche bullían en abundancia..

Lo que había dado floración nueva a todas aquellas ideas que germinaban en su espíritu, era que la señorita de Tonnay Charente estaba, como él, vestida de color rosa. No quisiéramos decir, sin embargo, que el astuto cortesano sabía de antemano que la bella Atenaida había elegido aquel color, conocía muy bien el arte de hacer hablar a un sastre o a una doncella, acerca de los proyectos de su ama.

Inmediatamente asestó tantas miradas asesinas a la señorita Atenaida, como nudos de cintas tenía en las calzas y en la ropilla, lo cual equivale a decir que disparó una cantidad inmensa.

Después de haber saludado el rey a Madame, y de haber sido ésta invitada a tomar asiento, se formó el círculo.

Luis pidió a Monsieur noticias del baño, y dijo, sin dejar de mirar a las damas, que los poetas ocupábanse de poner en verso la galante diversión de los baños de Valvins, aña-

diendo que uno de ellos, especialmente, el señor Loret, parecía haber recibido las confidencias de una ninfa de las aguas, según las muchas verdades dichas en sus versos.

Más de una dama creyó obligado sonrojarse.

El rey aprovechó la ocasión para mirar a su gusto; sólo Montalais fue la que el rubor no la impidió mirar al rey, y vio que éste devoraba con su mirada a la señorita de La Vallière.

Aquella atrevida camarista, a quien llamaban Montalais, hizo bajar los ojos al rey, y salvó así a Luisa de La Vallière de un fuego simpático que quizá le había transmitido aquella mirada. Luis estaba cogido por Madame, que le aturdía a preguntas, y nadie en el mundo sabía preguntar como ella.

Pero el rey intentaba hacer general la conversación, y, para conseguirlo, redobló los esfuerzos de su talento y galantería.

Madame deseaba cumplimientos; resuelta a arrancarlos a toda costa, y, dirigiéndose al rey:

— Vuestra Majestad que sabe todo cuanto pasa en su reino — dijo—, deberá saber lo que contó al señor Loret aquella ninfa. ¿Querría Vuestra Majestad referírnoslo?

—Señora —replicó el rey con mucha gracia—, no me atrevo...

— Verdad es que, personalmente para vos, quizá experimentaríais alguna confusión al escuchar ciertos pormenores. . . Pero Saint Aignan cuenta bastante bien y retiene admirablemente los versos, y sino los retiene, los improvisa. Es un consumado poeta.

Saint Aignan, puesto en escena, se vio precisado a producirse lo menos desventajosamente posible. Desgraciadamente para Madame, no pensó mas que en sus asuntos particulares, es decir, que en lugar de prodigar a Madame, los elogios que ésta se esperaba, trató de saborear algún tanto su fortuna.

Lanzando, pues, su centésima, ojeada a la bella Atenaida, que practicaba por extenso la teoría de la víspera, esto es, no dignarse mirar a su adorador:

—Vuestra Majestad me perdonará, sin duda — dijo—, el que no haya podido retener los versos dictados a Loret por la ninfa; pero cuando el rey no ha conservado nada en su memoria, ¿qué había de conservar yo, infeliz de mí? Madame acogió con poco agrado aquella derrota de cortesano. — ¡Ah, señora! —añadió Saint Aignan. Es que no se trata ya hoy de lo que dicen las ninfas de agua dulce; y casi está uno por creer que nada interesante ocurre en los reinos líquidos. Donde pasan, señora, los grandes acontecimientos, es en la tierra. ¡Ah! En la tierra; señora, qué de relatos llenos de..

— ¡Bien! —repuso Madame—. ¿Y qué acontece en la tierra?

—A las dríadas es a quienes hay que preguntárselo —replicó el conde— las dríadas habitan en los bosques, como sabe perfectamente Vuestra Alteza Real.

—Y sé también que son por naturaleza charlatanas, señor de Saint Aignan.

—Verdad es, señora, pero cuando no cuentan más que cosas bonitas, sería una injusticia acusarlas de charlatanas.

— ¿Con que refieren cosas bonitas? — preguntó indolentemente la princesa—. En verdad, señor de Saint Aignan, excitáis mi curiosidad, y, si yo fuese el rey, os intimaría en el acto que nos contaseis las cosas bonitas que dicen esas señoras dríadas, cuyo lenguaje parece, sois el único en conocer.

— ¡Oh! Por lo que a eso hace, señora, estoy enteramente a las órdenes de Su Majestad —replicó con viveza el conde.

— ¿Comprendéis el lenguaje de las dríadas? — preguntó Monsieur—. ¡Qué feliz sois, señor Saint Aignan!

—Como el francés, monseñor.

— Contad, pues —dijo Madame. El rey se turbó, pues conocía que su confidente iba a meterle en un asunto difícil.

Conocíalo a no poderlo dudar, en la general atención que habían excitado el preámbulo de Saint Aignan y la actitud particular de Madame. Los más discretos parecían dispuestos a devorar hasta la menor palabra que saliera de los labios del conde.

Comenzaron las toses, los movimientos para estrechar el círculo, y las miradas de reojo a cierta camarista, las cuales, para sostener con más decoro o más firmeza aquellas miradas investigadoras, jugaron sus abanicos y se prepararon como un duelista que va a hacer frente al fuego de su adversario.

En aquel tiempo, era tal la costumbre de las conversaciones ingeniosas y de los relatos intrincados, que en circunstancias en que una tertulia moderna, olfateando escándalo y tragedia, huiría quizá asustada, la reunión de Madame se acomodaba en sus respectivos puestos, para no perder una palabra ni un gesto de la comedia compuesta en provecho suyo por el señor de Saint Aignan, cuyo desenlace, cualesquiera que fuesen el estilo y la intriga, debía ser precisamente de calma y de observación.

El conde era conocido por hombre culto y narrador; así fue que dio principio con el mayor desembarazo en medio de un silencio sepulcral, y temible por lo mismo para cualquiera otro que no, fuese él.

— Señora, el rey permite que me dirija primero a Vuestra Alteza Real, ya que os habéis proclamado como la más curiosa de la reunión; tendré, de consiguiente, el honor de decir a Vuestra Alteza Real que las dríadas habitan con preferencia en los huecos de las encinas, y, como las dríadas son hermosas criaturas, mitológicas; hospédanse en los árboles hermosísimos, esto es, los mayores que pueden encontrar.

A este exordio, que recordaba bajo un transparente velo la famosa historia de la encina real, que había hecho tan gran papel en la última noche, fueron tantos los corazones que latieron de alegría o de inquietud, que si Saint Aignan no hubiera tenido la voz clara y sonora, aquellos latidos se habrían oído por encima de su voz.

—Pues debe haber dríadas en Fontainebleau —dijo Madame tranquilamente—, porque en mi vida he visto encinas más hermosas que las del parque real.

Y al pronunciar estas palabras, envió directamente a Guiche una mirada, de la que éste no tuvo motivos para quejarse como de la precedente, que, según hemos dicho, había conservado ciertos visos de vaguedad, demasiado penosos para un corazón tan amante.

—Precisamente, señora, iba a hablar de Fontainebleau a Vuestra Alteza Real —dijo Saint Aignan—, porque la dríada de que se trata habita en el parque del palacio de Su Majestad.

El lance estaba empeñado; la acción comenzaba; historiador y oyentes, ninguno podía ya retroceder.

— Escuchemos —dijo Madame—, pues se me figura que la historia ha de tener, no sólo todo el encanto de un relato nacional, sino también de una crónica muy contemporánea…

—Debo comenzar por el principio —dijo el conde—. Pues, señor, en Fontainebleau hay una cabaña de hermosa apariencia; habitada por pastores. Uno de ellos es el pastor Tirsis, de quien son los dominios más fértiles y ricos por herencia de sus antepasados. Tirsis es joven y hermoso, y sus cualidades le hacen ser el primer pastor de la comarca. Puede, pues, decirse francamente que es el rey.

Un ligero murmullo de aprobación estimuló al narrador; que continuó:

—Su fuerza iguala su valor; nadie despliega más destreza en la caza de fieras, ni más sabiduría en los conejos. Ora maneje un caballo en las hermosas llanuras de sus propiedades, ora conduzca a los juegos de destreza y vigor a los pastores que le obedecen, nadie diría sino que es el dios Marte agitando su lanza en las llanuras de Tracia, o más bien Apolo, dios del día, cuando arroja sobre la tierra sus dardos inflamados.

Ya se comprenderá que este retrato alegórico del rey no era de los peores exordios que el historiador podía elegir. Así fue que no dejó de causar su efecto, tanto en los concurrentes, quienes por deber y por gusto prorrumpieron en aplausos, como en el mismo rey, a quien agradaba en extremo la lisonja cuando era delicada, y, no desagradaba tampoco aun cuando fuera algo exagerada. Saint Aignan prosiguió:

—Y no ha sido sólo, señoras, en los juegos de gloria donde el pastor Tirsis ha conseguido esa fama que le hace ser rey de los pastores.

—De los pastores de Fontainebleau — dijo el rey sonriendo a Madame.

—¡Oh! — murmuró Madame—. Fontainebleau está tomado arbitrariamente por el poeta; yo os digo que es rey de los pastores del mundo entero.

El rey olvidó su papel de oyente pasivo, y se inclinó.

—Al lado de las bellas especialmente —prosiguió Saint Aignan— en medio de un murmullo halagador donde resplandece con más esplendor el mérito de ese rey de pastores. Es un pastor de talento tan claro como puro de corazón; sabe decir un requiebro con una gracia irresistible, y sabe amar con una discreción que promete a sus afortunadas conquistas la suerte más digna de envidia. Jamás promueve un escándalo, ni incurre en uno. Quien ha visto y oído a Tirsis, debe amarle; y el que le ama y es amado de él, puede decir que ha encontrado la felicidad.

Saint Aignan hizo aquí una pausa a fin de saborear el placer de los cumplimientos, y aquel retrato, a pesar de lo grotescamente ampuloso que era, encontró grande aceptación, sobre todo en aquellos oídos a quienes los elogios del pastar no habían parecido exagerados. Madame invitó al orador a continuar.

— Tirsis — dijo el conde—, tenía, un fiel compañero, o más bien un coloso servidor que se llamaba… Amintas.

—¡Ah! ¡Veamos el retrato de Amintas! — dijo maliciosamente Madame—. ¡Sois tan excelente pintor, señor de Saint Aignan!

—Señora...

—Vamos conde; no vayáis a sacrificar al pobre Amintas; sería cosa que no os perdonaría jamás.

—Señora, Amintas, de condición excesivamente inferior, sobre todo respecto de Tirsis, para que pueda tener el honor de un paralelo.

— Hay ciertos amigos, como aquellos servidores de la antigüedad, que habíanse enterrar vivos a los pies de su amo. El sitio de Amintas está a los pies de Tirsis; ningún otro reclama, y si alguna vez el lustre héroe.

— Ilustre pastor, querréis decir — interrumpió Madame, simulando corregir al señor de Saint Aignan.

—Tiene razón Vuestra Alteza Real; me había equivocado —repuso el cortesano—. Si alguna vez, decía, el pastor Tirsis se digna llamar a Amintas amigo suyo y abrirle su corazón, es un favor superior a todo encarecimiento, que aprecia el último como la mayor felicidad.

—Todo eso —repuso Madame— demuestra la adhesión absoluta que profesa Amintas a Tirsis, pero no nos ofrece el retrato de Amintas. No le aduléis si os parece, pero no dejéis de pintárnoslo; quiero el retrato de Amintas.

Saint Aignan prosiguió, después de haberse inclinado profundamente delante de la cuñada de Su Majestad.

— Amintas —dijo— tiene algunos años más que Tirsis; no es un pastor del todo desfavorecido de la naturaleza, y como dicen que las musas se dignaron sonreír a su nacimiento, como sonrió Hebe a la juventud, no tiene ambición de figurar pero sí de ser amado, y quizá no sería indigno de ello si fuese bien conocido.

Este último párrafo, reforzado con una mirada mortífera, fue dirigido directamente a la señorita de Tonnay Charente, la cual sostuvo el choque sin conmoverse.

Pero la modestia y la destreza de la alusión había producido buen efecto, y Amintas recogió el fruto en aplausos; la cabeza misma de Tirsis fue la que dio la señal con un consentimiento lleno de benevolencia.

—Sucedió; pues —prosiguió Saint Aignan—, que una noche paseaban Tirsis y Amintas par el bosque, hablando de sus penas amorosas. Hay que advertir, señoras, que esto es ya lo referido por la dríada; de otra suerte no se hubiera podido saber lo que se decían Tirsis y Amintas, los dos pastores más discretos del mundo. Llegaron, pues, al sitio más espeso del bosque para aislarse y confiarse con mayor libertad sus penas, cuando de pronto hirió sus oídos un rumor de voces.

—¡Ah, ah! —se oyó en tono del narrador—. La cosa se hace interesante.

Al llegar a este punto, Madame, semejante al general que inspecciona su ejército, reanimó con una mirada a Montalaís y Tonnay Charente, que parecían sucumbir a aquel esfuerzo.

—Aquellas voces armoniosas — prosiguió Saint Aignan—, eran de unas pastoras que habían querido gozar también de la frescura de las sombras, y que, conociendo lo apartado del sitio, habíanse reunido en él para comunicarse algunas ideas sobre el aprisco.

Una inmensa carcajada, producida por aquella frase de Saint Aignan, y una imperceptible sonrisa del rey al mirar a Tonnay Charente, fueron los resultados de aquella salida.

—La dríada asegura —continuó Saint Aignan—, que las pastoras eran tres, todas jóvenes y hermosas…

—¿Sus nombres?—dijo Madame tranquilamente.

—¡Sus nombres! — exclamó Saint Aignan, rebelándose contra aquella indiscreción.

—Sí por cierto. Puesto que habéis llamado a vuestros pastores Tirsis y Amintas, dad a las pastoras los nombres que mejor os parezcan.

— ¡Oh señora! No soy un inventor, y sólo relato lo que ha dicho la dríada.

— ¿Cómo llamaba vuestra dríada a esas pastoras? ¡Vaya una memoria rebelde! ¿O estaba acaso por ventura esa dríada enemistada con la diosa Mnemosina?

— Señora, esas pastoras... Tened presente que revelar, nombres de mujeres es un crimen.

—De que os perdona una mujer, conde, con la condición de que me reveléis el nombre de las pastoras.

—Pues se llamaban Filis, Amarllis y Galatea.

—¡Enhorabuena! Nada han perdido por aguardar —dijo Madame—, porque los nombres son todos muy lindos. Veamos sus retratos.

Saint Aignan hizo otro movimiento.

— Procedamos por orden, conde —continuó Madame—. ¿No es cierto, señor, que hacen muy al caso los retratos de las pastoras?

El rey, que no esperaba aquella insistencia y principiaba a sentir algunas inquietudes, no creyó que debía dar alas a la peligrosa curiosidad de Madame. Por otra parte, creyó que Saint Aignan encontraría el medio de deslizar en sus retratos algunos rasgos delicados que no desagradarían a los oídos que Su Majestad deseaba tener propicios. Entre esa esperanza, y ese temor, autorizó Luis a Saint Aignan para trazar el retrato de las pastoras Filis, Amarilis y Galatea:

—Pues bien, estoy pronto —dijo Saint Aignan— como hombre que toma su partido.

Y comenzó.

CXXX

TERMINA LA HISTORIA DE UNA DRÍAPA Y DE CIERTA NÁYADE

—Filis —dijo Saint Aignan, dirigiendo una mirada provocadora a Montalais, como hace en un asalto un maestro de esgrima que invita a un rival digno de él a ponerse en guardia—, Filis no es morena ni rubia, ni alta ni baja, ni fría ni apasionada; es, aunque pastora, espiritual como una princesa, y coqueta como un demonio. Su vista es excelente. Todo cuanto su vista abarca, su corazón lo quiere. Es como un pájaro que, gorjeando siempre, unas veces pisa la hierba, otras elévase revoloteando tras de una mariposa, otras se sube a la copa de los árboles, y desde allí desafía a todos los cazadores de pájaros que vayan a cogerla, o hacerla caer en sus redes.

El retrato era tan parecido, que todas las miradas se fijaron en la Montalais, quien, abiertos sus ojos, y sumamente atenta, oía al señor de Saint Aignan como si se tratara de una persona extraña a ella.

—¿Es ése, todo su retrato, señor dé Saint Aignan? —preguntó la princesa.

— ¡Oh! ¡Alteza! El retrato no está más que bosquejado y habría otras cosas que decir; pero temo cansar la paciencia de Vuestra Alteza, o lastimar la modestia de la pastora; de manera que paso a su compañera Amarilis.

—Está bien —dijo Madame—, pasad a Amarilis, señor de Saint Aignan, os seguimos.

— Amarilis es la mayor de las tres; y sin embargo —apresuróse a decir Saint Aignan––, su edad no llega a veinte años.

El ceño de la señorita de Tonnay Charente, que se había fruncido al principio de aquella relación, se desfrunció con ligera sonrisa.

—Es alta, con espesos cabellos que se arregla a manera de las estatuas de Grecia; tiene el andar majestuoso, y altiva la mirada; así es que tiene más bien el aire de una diosa que el de una simple mortal, entre las diosas, a quien más se parece, es a Diana cazadora; con la única diferencia de que la cruel pastora, habiendo un día robado el carcaj del amar mientras el pobre Cupido dormía sobre lecho de rosas, en vez de lanzar sus flechas contra los habitantes de sus bosques, las dispara sin piedad contra todos los pobres pastores que pasan al alcance de su arco y de sus ojos.

—¡Oh, qué, maligna pastora! —exclamó Madame—. ¿No se herirá algún día con uno de esos dardos que lanza tan sin piedad a derecha e izquierda?

—Esa es la esperanza de casi todos los pastores — dijo Saint Aignan.

—Y la del pastor Amintas en particular, ¿no es verdad? — dijo Madame.

—El pastor Amintas es tan tímido — contestó Saint Aignan— que si abriga esta esperanza, nadie jamás ha sabido nada, por que la oculta en lo más profundo de su corazón.

Un murmullo de los más lisonjeros acogió tal profesión de fe del narrador con respecto al pastor.

—¿Y Galatea? —preguntó Madame—. Estoy impaciente por ver a un pincel tan hábil continuar el retrato donde Virgilio lo deja, y terminarlo ante nuestros ojos.

— Señora —dijo Saint Aignan—, al lado del gran Virgilio Maro, vuestro humilde servidor no es más que un pobre coplero. Sin embargo, alentado vuestra orden, haré todo cuanta pueda

—Escuchamos —dijo Madame.

Saint Aignan adelantó un pie, una mano y los labios.

— Blanca como la nieve —dijo—, dorada como las espigas, sacude en los aires los perfumes de su rubia cabellera. Entonces pregúntase uno si no es aquella bella Europa que infundió amor a Júpiter cuando jugaba con sus amigas en los prados de flores. De sus ojos azules, tomó el azul del cielo en dos más hermosos días de verano, se desprende una dulce llama; los ensueños la alimentan, el amor la desparrama. Cuando frunce el ceño o inclina la frente a tierra, el sol encúbrese en señal de duelo. Cuando sonríe, en cambio, toda la naturaleza recobra su alegría, y los pájaros, un instante mudos, vuelven a sus cantos en el seno de los árboles. Por encima de todo —dijo Saint Aignan para terminar—, es digna de las adoraciones del mundo; y si alguna vez da su corazón, dichoso del mortal de quien su virginal amor hará un dios.

Madame, al oír este retrato, que todos oyeron como ella, se contentó con señalar su aprobación en los pasajes más poéticos por algunas inclinaciones de cabeza; pero era imposible decir si aquellas muestras de asentimiento eran concedidas al talento del narrador o a la semejanza del retrato.

Resultó de aquí que, no aplaudiendo Madame abiertamente, nadie se permitió aplaudir, ni siquiera Monsieur, que allá en sus adentros creía que Saint Aignan se había detenido demasiado en los retratos de las pastoras, después de haber tocado muy ligeramente los de los pastores.

La asamblea estaba helada. Saint Aignan, que había agotado su retórica y sus pinceles en perfilar el retrato de Galatea, y que esperaba, en vista del favor con que habían sido acogidos los otros pasajes, oír alegres aplausos por el último, se halló más helado que el rey y la compañía.

Hubo un instante de silencio que al fin rompió Madame.

—Y bien, señor —preguntó—. ¿Qué dice Vuestra Majestad de esos tres retratos?

El rey quiso acudir en auxilio de Saint Aignan sin comprometerse.

—Pues Amarilis es hermosa — dijo—, en mi concepto.

—A mí me gusta más Filis —dijo Monsieur—; es una buena chica, o mejor, un buen garzón de ninfa. Y todos rieron.

Aquella vez, las miradas fueron tan directas, que Montalais sintió el color subírsele al rostro en violadas llamas.

—Y bien —repuso Madame—, esas pastoras se decían...

Pero Saint Aignan, herido en su amor propio, no se encontraría en estado de sostener un ataque de tropas descansadas y de refresco:

— Señora —dijo—, aquellas pastoras se confesaban recíprocamente sus ligeras inclinaciones.

—¡Vamos, vamos, señor de Saint Aignan, sois un río de poesía pastoril! —dijo Madame con amable sonrisa que reconfortó un tanto al narrador.

—Dijéronse que el amor es un peligro; pero que la carencia de amor es la muerte del corazón.

—De manera que dedujeron… —preguntó Madame.

—De manera que dedujeron que debía amarse.

—¡Muy bien! ¿Y ponían condiciones?

—La condición de escoger —dijo Saint Aignan—. Debo también añadir, y es la dríada quien habla, que una de las pastoras, Amarilis, según creo, se oponía completamente a que se amase, y, sin embargo, no se defendía bien por haber dejado penetrar hasta su corazón la imagen de un pastor.

—¿Amintas o Tirsis?

—Amintas, señora—dijo modestamente Saint Aignan—. Pero al punto Galatea, la dulce Galatea de ojos puros, respondió que ni Amintas, ni Alfesibeo, ni Titire, ni ninguno de los pastores más hermosos de la comarca, podían ser comparados a Tirsis; que Tirsis aventajaba a todos los demás, del mismo modo que la encina supera en grandeza a todos los árboles, y la flor de lis en majestad a todas las flores. Hizo además de Tirsis tal retrato, que Tirsis, que la escuchaba, a pesar de su grandeza, debió verse lisonjeado. Así, Tirsis y Amintas fueron distinguidos por Amarilis y Galatea, y el secreto de los dos corazones había sido revelado bajo la sombra de la noche y en el secreto de los bosques. Ved aquí, señora, lo que ha referido la dríada, que sabe todo lo que pasa en los huecos de los

árboles y en los manojos de hierbas; que conoce los amores de los pájaros y sabe lo que significan sus cantos; que comprende, en fin, el lenguaje del viento en las ramas y el zumbido de los insectos de oro o de esmeralda en la corola de las flores silvestres; ella me lo ha referido, y yo lo he repetido.

—Y ahora, habéis concluido ya, ¿no es verdad, señor de Saint Aignan? —preguntó Madame con una sonrisa que hizo temblar al rey.

—He terminado, sí, señora —respondió Saint Aignan—; dichoso si he podido distraer a Vuestra Alteza durante unos instantes.

— Instantes sobrado cortos —respondió la princesa—, pues habéis contado perfectamente todo lo que sabíais; pero, mi querido Saint Aignan, habéis tenido la desgracia de informaros tan sólo de una dríada; ¿no es verdad?

—Sí, señora; de una sola, lo confieso.

—Resulta de esto, que habéis pasado cerca de una pequeña náyade, que no se daba los aires de ello, y que sabía, sin embargo, mucho más que vuestra dríada, querido conde.

—¿Una náyade? —repitieron muchas voces, que empezaban a sospechar que la historia tuviera una segunda parte. .

—Sin duda; al lado de esa encina de que habláis, y que se llama la encina real, a lo que creo, ¿no es cierto, señor de Saint Aignan?

Saint Aignan y el rey se miraron.

—Sí, señora —respondió Saint Aignan.

—Pues bien, hay un bello manantial, que murmura sobre guijos, y entre miosotis y belloritas.

—Me parece que Madame tiene razón — dijo el rey, siempre alarmado y suspenso de los labios de su cuñada.

—¡Oh! Hay uno, Majestad —dijo Madame—; y la prueba es que la náyade que reina sobre aquel manantial, me ha parado al pasar, a mí que os hablo.

— ¡Bah!' — dijo Saint Aignan.

—Sí —prosiguió la princesa—, y para contarme una multitud de cosas que el señor de Saint Aignan no ha puesto en su relato.

—¡Oh! Contadlas vos misma — dijo Monsieur—. Lo hacéis de una manera admirable.

La princesa se inclinó ante el cumplimiento conyugal.

—No tendré la poesía del conde y su talento para hacer resaltar todos los detalles.

—Seréis oída con igual interés —dijo el rey que presentía algo de hostil en la historia de su cuñada.

—Hablo, además — continuó Madame—, en nombre de aquella infeliz y pequeña náyade, que es pos cierto la más encantadora semidiosa que jamás he visto, pues bien, se reía tanto durante la relación que me hizo, que en virtud de ese axioma médico, de que es risa es contagiosa, os pido la venia para reírme yo un poco cuando recuerde sus palabras.

El rey y Saint Aignan, que divisaron en muchas fisonomías un principio de hilaridad semejante a la que Madame anunciaba, acabaron por mirarse y preguntarse con la vista si no se ocultaría bajo aquello alguna pequeña conspiración.

Pero Madame estaba bien decidida a volver y revolver el cuchillo en la herida; por tanto, continuó con su aire de sencillo candor, es decir, con el más peligroso:

—Pasaba por allí —dijo—, y como encontraba a mi paso muchas y bellas flores deshojadas, no era dudoso, que Filis, Amarilis, Galatea y todas vuestras pastoras hubiesen pasado Antes que yo por aquel camino.

El rey se mordió los labios. El cuento se hacía cada vez más temible.

—Mi pequeña náyade — continuó Madame—, entonaba su ligera canción en el lecho de su arroyuelo, y, como noté que me paraba, tocando mi vestido, no pensé en acogerla mal, tanto más, cuanto que después de todo, una diosa, aunque de segundo orden, vale siempre más que una princesa mortal. Por consiguiente, me acerqué a la náyade; y he aquí lo que me dijo, prorrumpiendo en risa:

"Figuraos, princesa..."

— Ya comprenderéis, señor que es la náyade quien habla.

El rey hizo un signo de asentimiento; Madame continuó:

—Figuraos, princesa, que a las márgenes de mi arroyuelo acaban de ser testigos de un espectáculo de los más divertidos. Dos pastores curiosos, curiosos hasta la indiscreción, se han dejado engañar de la manera más graciosa por tres ninfas, o tres pastoras..." Os pido perdón, pero no recuerdo ya si eran ninfas o pastoras lo que dijo. Mas poco importa, ¿no es verdad?

— Adelante, pues.

Al oír aquel preámbulo, el rey enrojeció visiblemente, y Saint Aignan, perdiendo toda continencia, púsose a abrir los ojos lo más ansiosamente que se ha visto.

—"Ambos pastores" —prosiguió mi náyade, riendo siempre— "seguían la pista de las tres señoritas. " No, quiero decir de las tres ninfas; me equivoco, de las tres pastoras. Esto no es siempre discreto, pues a veces puede ser molesto para aquellas a quienes se sigue. Apelo a todas estas damas, y ninguna de las que están aquí me desmentirá, estoy segura.

El rey, muy alarmado con lo que iba a seguir, asintió con un gesto:

"Pero —continuó la náyade—, las pastoras habían visto a Tirsis y a Amintas deslizarse en el bosque, y con la ayuda de la luna los habían reconocido a través de los árboles." ¡Ah! Os reís—interrumpió Madame—. Esperad, aguardad; no hemos llegado al fin.

El rey palideció; Saint Aignan enjugó su frente, húmeda de sudor. Oíanse en los grupos de las damas algunas risitas ahogadas, enchicheos furtivos.

—Las pastoras —digo yo—, viendo la indiscreción de los pastores; fueron a sentarse bajo la encina real, y, cuando sintieron a sus indiscretos escuchadores a distancia de no perder una palabra de lo que se dijera, soltaron inocentemente, lo más inocente del mundo, una declaración incendiaria, con la cual el amor propio natural a todos los hombres, hasta a los más sentimentales pastores; hizo pareciese a los dos oyentes dulce panal de miel.

El rey, al oír aquellas palabras, que la reunión no pudo escuchar sin reír, dejó escapar un relámpago

Respecto a Saint Aignan, dejó caer la cabeza sobre el pecho, y ocultó bajo una amarga carcajada el despecho profundo que le causaban.

— ¡Oh! —exclamó el rey, enderezándose cuan alto era—. He aquí, bajo mi palabra, una burla encantadora seguramente, y contada por vos, señora, de un modo no menos encantador; pero realmente, bien realmente, ¿habéis comprendido el lenguaje de las náyades?

—Creo que el conde pretende haber comprendido bien el de las dríadas— contestó vivamente Madame.

—Sin duda — dijo el rey—; mas, ya sabéis que el conde tiene la flaqueza de aspirar a la Academia; de manera que ha aprendido, con este objeto, todo género de cosas que muy afortunadamente, vos ignoráis, y tal vez podría haber sucedido que el idioma de la ninfa de las aguas fuera una de las cosas que no hubieseis estudiado.

— Ya comprenderéis, Majestad —respondió Madame—, que en tales hechos no se fía uno de sí mismo; el oído de una mujer no es cosa infalible, había dicho San Agustín; así he querido ilustrarme con otras opiniones aparte de la mía, y como mi náyade, que, en calidad de diosa, es políglota... ¿no es de este modo como se dice, señor de Saint Aignan

—Sí, señora —dijo Saint Aignan, enteramente desconcertado.

—Y —prosiguió la princesa — como mi náyade, que, en calidad de diosa, es políglota, me había hablado en un principio en inglés, temí, como decís, haber entendido mal, e hice venir a las señoritas de Montalais; de Tonnay Charente y de La Vallière, pidiendo a mi náyade les repitiese en idioma francés la relación que ya me había hecho en inglés.

— ¿Y lo hizo? —preguntó el rey.

—¡Oh! Es la divinidad más complaciente que existe... Sí, señor, lo hizo. De suerte que no es dado conservar duda alguna. ¿No es verdad, señoritas — dijo la princesa volviéndose hacia la izquierda de su ejército—, no es cierto que la náyade ha hablado absolutamente como yo lo cuento, y que en nada he faltado a la verdad? ¿Filis? ¡Perdón! Me he equivocado:.. Señorita Aura de Montalais, ¿es verdad?

— ¡Oh! Enteramente, señora — dijo en alta voz— la señorita de Montalais.

—¿Es verdad, señorita de Tonnay Charente?

— Verdad pura —contestó Atenaida con voz menos firme, pero no menos inteligible.

— ¿Y vos, La Vallière? —preguntó Madame.

La pobre niña sentía la ardiente mirada del rey lanzada sobre ella; no se atrevía a negar, no osaba mentir, y bajó la cabeza en señal de aquiescencia.

Únicamente su cabeza no volvió a levantarse, medio helada por un frío más doloroso que el de la muerte.

Este triple testimonio aplastó al rey. Por lo que toca a Saint Aignan, ni aun procuraba disimular su desesperación, y sin saber lo que decía, barbotaba:

— Excelente burla! ¡Bien representada, señoritas pastoras!

—Justo castigo de la curiosidad — dijo el rey con voz ronca— ¡Oh! ¿Quién osará, después del castigo de Tirsis y de Amintas, quién se atreverá a querer sorprender lo que pasa en el corazón de las pastoras? Ciertamente, no seré yo... ¿Y vosotros, señores?

—¡Ni yo! ¡Ni yo! —repitió a coro el grupo de cortesanos. Madame triunfaba con el despecho del rey, se deleitaba, creyendo que su relato había sido o debía ser el desenlace de todo.

En cuanto a Monsieur, que se rio con uno y otro cuento, sin comprender lo que significaban; se volvió hacia Guiche.

— ¡Oh! Conde —le dijo—, ¿no dices nada. ¿Nada tienes que decir? ¿Por ventura, tendrías lástima de Tirsis y de Amintas?

—Les tengo lástima con toda mi alma —respondió Guiche—; porque, en verdad, el amor es tan dulce quimera, que perderlo, aunque sueño sea, es perder más que la vida. Por tanto, si esos dos pastores han creído ser amados, si se han juzgado con esto dichosos, y en lugar de esta dicha encuentran, no sólo el vacío igual a la muerte, sino una burla de amor que vale cien mil muertes... Y bien, digo que Tirsis y Amintas son los dos hombres más desdichados que yo conozco.

—Y tenéis razón, señor de Guiche —dijo el rey—, pues al fin, la muerte es muy dura por un poco de curiosidad.

—Entonces, quiere decirse que la historia de mi náyade ha desagradado al rey — preguntó ingenuamente Madame.

— ¡Oh! Señora, desengañaos —dijo Luis tomando la mano de la princesa—, vuestra náyade me ha gustado tanto más, cuanto más verídica ha sido, especialmente viéndose apoyado vuestro relato por testimonios irrecusables.

Y estas palabras cayeron sobre La Vallière con una mirada que nadie, desde Sócrates hasta Montaigne, pudo definir exactamente.

Esta mirada y aquellas palabras vinieron a dar el último golpe a la desgraciada joven, que, apoyada en el brazo de la Montalais, parecía haber perdido los sentidos.

El rey se levantó sin notar este incidente, del cual nadie por lo demás hizo caso; y contra su costumbre, pues por lo general siempre permanecía hasta tarde en el cuarto de Madame, se despidió para volver a sus habitaciones.

Saint Aignan le siguió, tan desesperado a su salida como gozoso se había manifestado a su entrada.

Pero la señorita de Tonnay Charente, menos sensible que Luisa de La Vallière a las emociones, ni se asustó por ello.

Y, sin embargo, la postrer mirada de Saint Aignan había sido mucho más majestuosa que la última del rey.

CXXXI

PSICOLOGIA REAL

El rey penetró en sus habitaciones con paso rápido.

Tal vez caminaba Luis XIV tan ligero para no vacilar. Y dejaba en pos de sí como la huella de un duelo misterioso.

La alegría que habían observado todos a su llegada, y por la cual se habían regocijado, nadie llegó a profundizarla en su verdadero sentido; pero cada uno comprendió, o por lo menos creyó comprender fácilmente, aquella salida brusca y aquel rostro trastornado.

La ligereza de Madame, sus chanzas algo pesadas para un carácter suspicaz y especialmente para un carácter de rey; la comparación demasiado familiar de aquel rey a un

hombre vulgar; tales eran los motivos que los cortesanos daban a la salida súbita o inesperada de Luis XIV.

Madame, más clarividente por lo demás, tampoco vio al principio otra cosa. Estaba satisfecha de haber rebajado algún tanto el amor propio de aquel que, olvidando con tanta prontitud sus compromisos contraídos, parecía tener empeño en desdeñar, sin motivo, las más nobles e ilustres conquistas.

No dejaba de tener cierta importancia para Madame, en el estado en que se encontraban las cosas, el hacer ver al rey la diferencia que había entre amar a un objeto elevado, y dedicarse a conquistas subalternas como un segundón de provincia.

Con aquellos grandes amores, sintiendo su realeza y su omnipotencia, aunque tuviese en cierto modo que sufrir su etiqueta y su ostentación, no por eso rebajaría, sino que hallaba reposo, seguridad, misterio y respeto general.

Entregándose, en cambio, a amores vulgares; encontraría, aun entre sus más humildes súbditos, censuras y sarcasmos y perdería su carácter de infalible e inviolable. Descendiendo a la región de las pequeñas miserias humanas, tendrán que sufrir sus pobres borrascas.

En una palabra, hacer del rey dios un simple mortal tocándole en el corazón. o más bien en el semblante, como el último de sus súbditos, era dar un terrible golpe al orgullo de aquella sangre generosa. A Luis se le cautivaba más todavía por el amor propio que por el amor. Madame había calculado sabiamente su venganza; y así fue, que, como hemos visto, se vengó.

No vaya a creerse por eso que Madame tuviese las pasiones terribles de las heroínas de la Edad Media, ni que viese las cosas bajo su aspecto sombrío; antes bien, Madame, joven, graciosa, espiritual, coqueta y amorosa, más bien de capricho, de imaginación o de ambición, que de corazón, inauguraba aquella época de placeres fáciles y pasajeros, que marcó los ciento veinte años pasados entre la mitad del siglo XVII y los tres cuartos del XVIII.

Madame veía, pues, o mejor dicho, creía ver las cosas bajo su verdadero aspecto. Sabía que el rey, su augusto cuñado, se había reído el primero de la humilde La Vallière, y que, atendido su carácter, no era probable que pudiese adorar nunca a una persona de quien había llegado a reírse, aun cuando fuese sólo por un instante.

Además, ¿no estaba allí el amor propio, ese demonio incitador, que tan gran papel hace en la comedia dramática que se llama vida de la mujer? ¿No le decía el amor propio, en alta voz, por lo bajo, a media voz, en todos los tonos posibles, que ella, princesa joven, hermosa y rica, no podía realmente ser comparada con la pobre La Vallière, tan joven como ella, es verdad, pero mucho menos hermosa, y sobretodo, pobre? Y no hay que, extrañar eso de parte de Madame; sabido es que los caracteres más grandes son los que más se adulan en la comparación que hacen de sí mismos con los demás, y viceversa. Quizá se preguntará qué era lo que intentaba Madame con aquel ataque tan bien combinado. ¿A qué desplegar todas aquellas fuerzas, si no se trataba seriamente de desalojar al rey de un corazón enteramente nuevo, en donde creía ocupar un lugar? ¿Tenía acaso, necesidad Madame de dar semejante importancia a La Vallière, si no la temiese?

No, Madame no temía a La Vallière desde el punto de vista en que un historiador que sabe los hechos ve lo futuro, o más bien do pasador Madame no era profeta ni sibila, y no podría más que otra cualquiera leer en ese terrible y fatal libro del porvenir, que esconde en sus más ocultas páginas los acontecimientos más serios.

Madame quería pura y simplemente castigar al rey por, haberle jugado un chasco enteramente femenino, y deseaba hacerle ver claramente, que si se valía de esa clase de arman ofensivas, ella, que era mujer de talento y de raza, sabría hallar en el arsenal de su imaginación armas demasiado defensivas, a prueba hasta de los golpes de un rey.

Quería patentizarle, además, que, en ese género de luchas, no había reyes, o por lo menos que los reyes, combatiendo por su propia cuenta como los demás hombres, podían ver caer su corona al primer choque; y, en fin, que si había llegado a figurarse que iba a ser adorado de buenas a primeras y tan sólo dejarse ver, por todas las mujeres de la Corte, no pasaba eso de ser una pretensión humana, temeraria e insultante para algunas damas colocadas en posición más elevada que las otras. Madame creía que la oportuna lección que había dado a aquella testa coronada, tan elevada y altiva, sería eficaz.

Estas eran las reflexiones que se hacía Madame con respecto al rey. El hecho lo dejaba a. un lado. De suerte que ya se ha visto cómo había influido en el ánimo de sus camaristas, y preparado en todos sus pormenores la comedia que acababa de representarse.

El rey quedó todo aturdido. Desde que se vio libre del señor Mazarino, era aquélla la primera vez que se veía tratado como hombre.

Semejante severidad, por parte de sus súbditos, habríale suministrado materia para resistir. Los poderes se acrecientan con la lucha.

Mas dirigir sus tiros contra mujeres, ser atacado por ellas, verse burlado por unas chicas provincianas, llegadas de Blois con toda intención para eso, era el colmo del deshonor para un rey joven lleno de la vanidad que le inspiraban a la vez sus ventajas personales y su poder real.

Nada podía hacer ni reconvenir, ni desterrar, ni siquiera poner mal semblante.

Enojarse habría sido confesar que se le había herido, como a Hamlet, por un arma desbotonada, el arma del ridículo.

¡Enfurruñarse con las mujeres! ¡Qué humillación! Principalmente cuando esas mujeres tienen por venganza la risa.

¡Oh! Si en vez de dejar toda la responsabilidad a las mujeres, se hubiese mezclado algún hombre en aquella intriga, ¡con qué deleite habría aprovechado Luis XIV la ocasión para utilizar la Bastilla!

Pero, aun en ese caso, cedía la ira del rey ante la fuerza del raciocinio.

Tener un ejército, cárceles, un poder casi divino, y hacer servir toda esa omnipotencia para satisfacer un infame rencor, era cosa indigna, no sólo de un rey, sino hasta de un hombre.

No quedaba, pues, otro remedio que devorar en silencio aquella afrenta y revestirse de la afabilidad y cortesanía de siempre.

Era preciso tratar a Madame como amiga. ¡Como amiga! ... ¿Y por qué no?

O era Madame la instigadora de aquel suceso; o el acontecimiento la había encontrado pasiva.

Si había sido instigadora, no dejaba de ser atrevimiento de su parte, pero, ¿no era ése, acaso, su papel natural?

¿Quién había ido a buscarla en el momento más dulce de la luna conyugal para hablarle un lenguaje amoroso? ¿Quién había asado calcular las eventualidades del adulterio, y aun

más todavía del incesto? ¿Quién, escudado en su omnipotencia real, había dicho a aquella joven: "No temáis; amad al rey de Francia que es superior a todos, y un movimiento de su brazo armado con el cetro os protegerá contra todos, hasta contra vuestros propios remordimientos"?

La joven había obedecido a aquella palabra real, había cedido a aquella voz corruptora, y ahora que había hecho el sacrificio de su honor, veía pagado este sacrificio con una infidelidad, tanto más humillante, cuanto que reconocía por causa una mujer muy inferior a aquella que al principio creyó ser amada.

Por consiguiente, aun cuando Madame hubiese sido la instigadora de la venganza; habría tenido razón.

Si, por el contrario, sólo había hecho un papel pasivo en toda aquella aventura, ¿qué motivos podía tener el rey para quejarse?

¿Era acaso de su deber, o estaba en su mano contener el torrente de algunas lenguas provincianas? ¿Debía, por un exceso de celo mal entendidos reprimir, a riesgo de envenenarla, la impertinencia de aquellas tres jóvenes?

Todas estas reflexiones eran otras tantas picaduras sensibles al orgullo del rey; pero luego que repasó en su memoria todos aquellos agravios, se admiraba Luis XIV, después de meditado todo, es decir, después de curada la herida, de experimentar otros dolores sordos, insoportados, desconocidos.

Y lo que no se atrevía a confesarse a sí mismo, era que aquellos lancinantes dolores tenían su asiento en el corazón.

Y, en efecto, preciso es que el cronista se lo confiese a los lectores, como el rey se lo confesaba a sí mismo: Luis habíase dejado seducir el corazón por aquella candorosa declaración de La Vallière; llegó a creer en el amor puro, en el amor por el hombre; en el amor despojado de todo interés; y su alma; más joven, y sobre todo más inocente de lo que él la suponía, se había exaltado ante aquella otra alma que acababa de revelársele por sus aspiraciones.

Lo que hay de más raro en la historia tan compleja del amor, es la doble inoculación del amor en dos corazones; no más simultaneidad que igualdad; el uno ama casi siempre antes que el otro; así como también termina casi siempre de amar uno después que el otro. La corriente eléctrica se establece en razón a la intensidad de la primera pasión que se enciende. Cuanto más intenso era el amor que había manifestado la señorita de La Valliére, mayor había sido también el que el rey había sentido.

Y esto era precisamente lo que asombraba al rey.

Porque se le había demostrado con la mayor claridad que ninguna corriente simpática había podido arrastrar su corazón, ya que aquella declaración no nacía del amor, ni era otra cosa que un insulto hecho al hombre y al rey; era, en una palabra, y la expresión le abrasaba como un hierro candente, una burla.

De manera que aquella muchachita, a quien en rigor todo se le podía negar, belleza, distinción y talento; aquella muchachita, ungida por la princesa misma a causa de su humildad, no sólo había provocado, sino desdeñado al rey, es decir, a un hombre que, como un sultán del Asia, no tenía más que fijar su mirada, extender la mano y dejar caer el pañuelo.

Y, desde la víspera, estaba ocupado su ánimo con aquella muchacha, hasta el punto de no pensar más que en ella, de no soñar más que con ella; desde la víspera, se deleitaba su

imaginación en engalanar su imagen con encantos que no tenía, y, por último, él, a quien tantos negocios reclamaban, a quien tantas mujeres invocaban, había consagrado desde el día anterior todos los instantes de su vida, todos los latidos de su corazón, a aquel solo pensamiento.

En verdad, era mucho o muy poco.

Y como la indignación hiciera al rey olvidarlo todo, entre otras cosas que estaba allí Saint Aignan, se desahogaba exhalándola en las más violentas imprecaciones.

Cierto es que Saint Aignan se hallaba acurrucado en un rincón, desde donde miraba pasar la tempestad.

Su desengaño parecíale miserable al lado de la cólera del rey. Comparaba a su pobre amor propio el inmenso orgullo de aquel soberano ofendido, y, conociendo el corazón de los reyes en general, y el de los poderosos en particular, se preguntaba así propio si aquella nube de furor, suspendida hasta entonces en el vacío, acabaría por descargar sobre él, por lo mismo que otros eran culpables y él inocente.

En efecto, detuvo el rey sus agitados pasos, y fijando en Saint Aignan una mirada de enojo:

—¿Y tú Saint Aignan? —exclamó.

Saint Aignan hizo un movimiento, como si quisiera decir: ¿qué, señor?

—Sí, también has sido tan necio como yo, ¿no es cierto?

—Majestad — balbuceó Saint Aignan.

—Te has dejado coger en ese grosero lazo.

—Majestad — dijo Saint Aignan comenzándole a correr un calofrío por todo el cuerpo, no os enojéis; las mujeres son criaturas imperfectas, creadas para el mal; y exigir de ellas el bien, es exigir lo imposible.

El rey, que tenía gran respeto hacia sí mismo, y principiaba a tomar sobre sus pasiones ese dominio, que conservó después toda su vida, conoció que se rebajaba manifestando tanto ardor por un objeto tan insignificante.

—No —dijo con viveza—; te engañas, Saint Aignan, porque no estoy enojado; sólo que me asombra haber sido burlados con tanta destreza por esas dos muchachitas. Admiro sobre todo, que, habiéndonos podido informar, hayamos cometido la torpeza de fiarnos de nuestro corazón.

—¡Oh! El corazón, Majestad, es un órgano que hay que limitar absolutamente a sus funciones físicas, destituirlo de todas sus funciones morales. Por mi parte, confieso que cuando he visto el corazón de Vuestra Majestad tan embebido por esa joven...

—¿Embebido, yo? Mi ánimo, puede ser, pero mi corazón... estaba...

Luis conoció que para tapar este vacío iba a descubrir otro.

—Por lo demás —añadió—, nada tengo que echar en cara a esa niña. Sabía muy bien que amaba a otro.

—Al vizconde de Bragelonne, sí. Ya se lo tenía dicho a Vuestra. Majestad.

—Sí, por cierto; pero no has sido tú el primero. El conde de la Fère me había pedido antes la mano de la señorita de La Valliére para su hijo; de modo, que cuando éste vuelva de Inglaterra, los casaré, puesto que se aman.

—En verdad, reconozco en eso toda la generosidad del rey.

—Mira, Saint Aignan, créeme; no hablemos más de semejantes cosas —dijo Luis.

—En efecto, Majestad; digeramos la afrenta —dijo resignado el cortesano.

—No creo que sea difícil —repuso el rey modulando un suspiro.

—Y para principiar, yo. . . —dijo Saint Aignan.

—¿Qué?

—Voy a componer algún buen epigrama sobre el trío; encabezándolo con el título de Náyade y Driada: eso será del agrado de Madame.

— Hazlo, Saint Aignan, hazlo —murmuró el rey—. Me leerás tus versos, y eso me distraerá. ¡Oh! No importa, no importa, Saint Aignan; el golpe requiere fuerzas sobrehumanas para sobrellevarlo dignamente.

Apenas había el rey terminado de pronunciar estas palabras, con aire de la más angelical paciencia, uno de los criados de servicio llamó en la puerta de la cámara.

Saint Aignan apartóse por respeto.

—Adelante —dijo el rey.

El criado entreabrió la, puerta.

—¿Qué hay? —preguntó Luis. El criado enseñó una carta doblada en forma de triángulo. —Para Su Majestad —dijo.

—¿De parte de quién?

—Lo ignoro; ha sido entregada por uno de los empleados de servicio.

El rey hizo una seña, y el criado puso en sus manos el billete.

Su Majestad se acercó a las luces, abrió el billete, leyó la firma y dejó escapar un grito.

Saint Aignan era bastante respetuoso para no mirar; pero, a pesar de todo, veía y oía.

Acudió.

El rey despidió al criado con un ademán.

—¡Oh! ¡Dios mío! —dijo el rey conforme iba leyendo..

—¿Se encuentra indispuesto Vuestra Majestad? —preguntó. Saint Aignan con los brazos extendidos.

—No, no, Saint Aignan. ¡Lee! Y le entregó el billete.

Los ojos de Saint Aignan fueron a la firma.

—¡La Vallière! —exclamó— ¡Oh! ¡Señor!

—¡Lee, lee!

Y Saint Aignan leyó: . "Majestad: Perdonad mi inoportunidad, perdonad sobre todo la falta de formalidades que acompaña a esta carta; considero que un billete debe hacer más fuerza que un despacho, y, por tanto, me torno la libertad de dirigir un billete a Vuestra Majestad.

"Vuelvo a mi cuarto traspasada de dolor y de fatiga, e imploro de Vuestra Majestad el favor de una audiencia, en la que podré decir, la verdad a mi rey.

LUISA DE LA VALLIÈRE.”

—¿Qué te parece? —preguntó el rey tomando la epístola de manos de Saint Aignan, aturdido con lo que acababa de leer.

—¿Qué me parece? —repitió Saint Aignan.

—Sí, ¿qué piensas de esto?

—¡Qué sé yo!

—¡Algo pensarás!

—Majestad, la chica habrá oído zumbar la tempestad; y tendrá miedo.

— ¿Miedo de qué? —preguntó con nobleza Luis.

— ¿Por qué extrañarse, Majestad?

— Tenéis mil motivos para mirar con malos ojos al autor o autores de una chanza tan pesada, y la memoria de Vuestra Majestad, abierta en mal sentido, es una continua amenaza para la imprudente…

—Saint Aignan, no veo las cosas de esa manera.

—El rey debe ver mejor que yo.

—Pues bien, en estas líneas advierto dolor, violencia, y, ahora que recuerdo ciertas particularidades de la escena que ha pasado esta noche en la habitación de Madame... En fin, Su Majestad se detuvo cortando la frase.

—En fin —prosiguió Saint Aignan—que Vuestra Majestad va a conceder la audiencia; eso es lo mas claro de todo.

—Voy a hacer más, Saint Aignan.

—¿Qué Majestad?

—Coge tu capa.

—Pero, Majestad...

—¿Sabes dónde está la cántara de las camaristas de Madame?

—Sí, Majestad.

— ¿Sabes algún medio para entrar en ella? .

—¡Oh! En cuanto a eso no.

— Pero alguien conocerás por allí.

—En verdad; Vuestra Majestad es manantial de toda buena idea.

—¿Conoces a alguien?

—Sí.

—¿A quién? Vamos a ver.

—A un mozo que está en la mejor inteligencia con cierta doncella.

— Camarista.

—Sí, camarista, Majestad.

— ¿Con Tonnay Charente? —dijo Luis riendo.

—Por desgracia, no; con Montalais.

—¿Y se llama?

—Malicome.

— Corriente... ¿Y puedes contar con él?

— Creo que sí, Majestad. Es muy posible que posea una llave, y en ese caso, como he tenido ocasión de hacerle un pequeño servicio... me parece que no tenga inconveniente en facilitármela.

—Eso es lo mejor. ¡Vamos!

—Estoy a las órdenes de Vuestra Majestad.

El rey echó su propia capa sobre los hombros de Saint Aignan, y le pidió la suya. Luego, salieron los dos al vestíbulo.

CXXXII

LO QUE NO PREVIERON NÁYADE NI DRIADA

Saint Aignan detúvose al pie de la escalera que conducía a los entresuelos, donde se hallaban las habitaciones de las camaristas, y al piso principal, donde estaba la de Madame.

Desde allí, por medio de un criado que cruzaba, hizo avisar a Malicorn, que estaba todavía en la habitación de Monsieur.

Transcurridos diez minutos, Malicorne llegó todo estirado y olfateando en la sombra.

El rey retrocedió, para ocultarse en la parte más obscura del vestíbulo.

En cambio, Saint Aignan avanzó. Mas, a las primeras palabras con que formuló su deseo. Malicorne dio un respingo.

—¡Oh, oh! ¿Me pedís que os introduzca en las habitaciones de las camaristas?

—Sí.

—Ya comprenderéis que no me es posible hacer semejante cosa sin saber antes cuál es vuestro objeto.

—Por desgracia, querido señor Malicorne, me es imposible dar la menor explicación; de consiguiente, es preciso que os fiéis de mí como de un amigo que os sacó ayer de un apuro, y que os suplica le saquéis hoy de otro a él.

—Pero yo, caballero, os manifesté mi objeto, que era el no dormir al ras, y cualquier hombre de bien puede tener un deseo semejante, al paso que vos nada me decís.

—Creed, mi querido señor Malicorne —insistió Saint Aignan—, que si me fuera permitido explicarme, no dejaría de hacerlo.

—Entonces mi querido señor, no puedo permitir que entréis en el cuarto de la señorita de Montalais.

—¿Por, qué?

—Mejor que nadie debéis saberlo, ya que me sorprendísteis en la tapia haciendo la corte a la señorita de Montalais, y ya comprenderéis, que haciéndole la corte, sería demasiada complacencia de mi parte abriros la puerta de su cámara.

—¿Y quién dice que os pido la llave por la señorita de Montalais?

—¿Pues para quién, si no?

—Supongo que esa señorita no vivirá sola.

— No, claro está.

—¿No se aloja con la señorita de La Vallière?

—Sí, pero no creo que tengáis con la señorita de La Vallière más que con la señorita de Montalais, y no hay más que dos hombres en el mundo a quien podría entregar esta llave; al señor de Bragelonne, si me la pidiera, y al rey, si me lo mandase.

—Pues bien, dadme esa llave, señor, yo os lo ordeno —dijo el rey saliendo de la obscuridad y entreabriendo su capa— la La señorita de Montalais bajará al lado vuestro mientras nosotros subimos a ver a la señorita de La Vallière, porque sólo con ésta es con quien tenemos que hablar.

—¡El rey! —exclamó Malicorne encorvándose hasta las rodillas del rey.

—Sí, el rey —dijo Luis sonriendo—; el rey, que os felicita tanto por vuestra resistencia como por vuestra capitulación. Levantaos, caballero, y hacednos el servicio que os solicitamos.

— Majestad, a vuestras órdenes — dijo Malicorne subiendo la escalera.

—Haced que baje la señorita de Montalais — ordenó el rey—, y no le habléis palabra de mi visita.

Malicorne se inclinó en señal de obediencia y continuó subiendo. Pero el rey, por súbita reflexión, le siguió, y con tal rapidez, que a pesar de llevarle Malicorne de delantera la mitad de los escalones, llego a la cámara al mismo tiempo que aquél.

Entonces distinguió, por la puerta que había dejado entreabierta Malicorne a La Vallière recostada en un sillón, y en el otro extremo a Montalais, que se estaba peinando, en bata y de pie, frente a un espejo, conferenciando con Malicorne.

El rey abrió súbitamente y entró. Montalais lanzo un grito al ruido que hizo la puerta, y, viendo al rey, escurrió el bulto.

La Vallière, por su parte, al ver al rey, se levantó como un cadáver galvanizado, y volvió a dejarse caer en el sillón.

El rey se adelantó hacia ella lentamente:

—¿Deseabais una audiencia, señorita? —le dijo con frialdad—. Estoy pronto a oíros.... Hablad...

Saint Aignan; fiel a su papel de sordo, ciego y mudo, habíase colocado en un esconce de puerta, sobre el escabel que la casualidad parecía haberle proporcionado.

Abrigado bajo la tapicería que servía de cortinaje, refirmado en la pared, escuchó si sin ser visto, resignándose al papel de perro del guarda, que espera y vigila sin incomodar jamás al amo.

Asustada, La Vallière al aspecto irritado del rey, se levantó por segunda vez, y, permaneciendo en una postura humilde y suplicante:

—Majestad —balbuceó—; perdonadme.

— ¿Y el qué queréis que os perdone, señorita? — preguntó Luis XIV.

— Majestad, he cometido una grave falta, más que una grave falta; un gran crimen

—¿Vos?

— He ofendido a Vuestra Majestad.

—Absolutamente nada —replicó Luis XIV.

— Majestad, os ruego que depongáis esa terrible gravedad que revela la justa cólera del rey. Conozco, Majestad, que os he ofendido, mas necesito explicaros cómo esa ofensa ha sido sin mi plena voluntad.

— Pues no veo en qué podáis habarme ofendido, señorita. ¿Lo decís acaso por esa chanza de muchacha, chanza en sí bien inocente? Os habéis reído de un joven crédulo, y es cosa muy natural; cualquiera otra mujer, en vuestro lugar, hubiera hecho lo mismo.

— ¡Oh! Vuestra Majestad me abruma con esas palabras.

—Y ¿por qué?

— Porque si la chanza hubiera procedido de mí, no sería inocente.

—En fin, señorita — prosiguió el rey—. ¿Es eso todo cuanto teníais que decirme al pedirme la audiencia?

Y el rey dio casi un paso atrás. Entonces, La Vallière, con voz breve y entrecortada, con los ojos secos por el fuego de las lágrimas, dio a su vez un paso hacia él rey.

— ¿Vuestra Majestad lo oyó todo? — dijo.

— ¿Todo qué?

—Todo lo que dijeran mis labios bajo la encina real.

—No perdí una sola palabra, señorita.

—Y habiéndome oído Vuestra Majestad, ¿ha podido creer que abusara de su credulidad?

—Sí, credulidad, ésa es la palabra.

—¿Y no ha sospechado Vuestra Majestad que una pobre muchacha como yo puede verse obligada a veces a pasar por la voluntad de otra persona?

—Perdón, pero nunca comprenderé que la persona cuya voluntad parecía expresar tan libremente bajo la encina real, se deje influenciar hasta ese punto por la voluntad de otro.

—¡Oh! ¿Pero y la amenaza, Majestad

—¡La amenaza! ¿Y quién os amenazaba? ¿Quién osaba amenazaros?

—Los que tienen derecho para hacerlo, señor.

—A nadie en mi reino reconozco el derecho de amenazar.

—Perdonadme, Majestad; al lado mismo de Vuestra Majestad hay personas bastante elevadas para tener o para creerse con el derecho de perder a una muchacha sin porvenir, sin fortuna, y que no cuenta más que con su reputación.

—¿Y cómo la han de perder?

—Haciéndola perder la reputación con una expulsión infamante.

—¡Oh! Señorita —dijo el rey con profunda amargura—; gusto en extremo de las personas que se disculpen sin acriminar a otros.

— ¡Majestad!. .

—Sí, y me es penoso, lo confieso, ver que una justificación fácil, como podría ser la vuestra, venga a complicarse en mi presencia con un tejido de reconvenciones y de imputaciones.

—¡A los cuales no dais crédito! —exclamó La Vallière.

El rey guardó silencio.

—¡Oh! ¡Decidlo, decidlo de una vez! —repitió La Vallière con vehemencia.

— Miento confesároslo —dijo el rey inclinándose con frialdad.

La joven lanzó una honda exclamación, y golpeando sus manos una contra otra.

—¿Conque no me creéis? —dijo. El rey nada respondió.

Las facciones de La Vallière alteráronse con aquel silencio.

—¿Conque suponéis que yo —dijo— yo... he urdido ese ridículo e inicuo complot para burlarme imprudentemente de Vuestra Majestad?

—¡Eh, pardiez! No veo que eso sea ridículo e inicuo —repuso el rey— ni aun me atrevería a llamarlo complot; es una chanza más o menos divertida, y nada más.

— ¡Oh! —murmuró la joven, desesperada—¡El rey no me cree, el rey no quiere creerme!

—En efecto, no os quiero creer.

—¡Dios mío, Dios mío!

—¿Pues qué cosa hay más natural? El rey me sigue, me escucha, me acecha; el rey intenta tal vez divertirse a mi costa; pues divirtámonos a la suya, y, como el rey es hombre de corazón, hirámosle en él.

La Valliére ocultó la cabeza en sus manos, ahogando un suspiro. El prosiguió impasible, vengándose en la pobre víctima de todo lo que había sufrido.

— Pongamos ahora la fábula de que le amo y le he distinguido. El rey es tan cándido y tan orgulloso a la vez, que me creerá, y entonces iremos a contar ese candor del rey, para reírnos.

—¡Oh! —exclamó La Vallière—. ¡Pensar semejante cosa es horrible!

—Y no, es todo —prosiguió el rey—; si ese príncipe orgulloso llega a tomar la chanza como cosa seria, si tiene la indiscreción de manifestar públicamente algo parecido a la alegría, entonces mejor, el rey será humillado ante toda la Corte, y algún día será una historia agradable que contar a mi amante, una parte de dote que llevar a mi marido, esa aventura de un rey, burlado por una maliciosa joven.

—¡Majestad! —murmuro La Valliére desencajada, delirante—. ¡Ni una palabra más, os lo suplico! ¿No véis que me estáis matando?

—¿Chanzas todavía? —murmuró el rey, principiando, no obstante a conmoverse.

La Vallière cayó de rodillas tan bruscamente, que resonaron sus rodillas en el suelo.

— Juntando luego las manos: Majestad, — dijo——; prefiero la vergüenza a la traición.

—¿Qué hacéis? —preguntó el rey, aunque sin hacer el menor movimiento para levantar a la joven.

—Majestad, cuando os haya sacrificado mi honor y mi razón, tal vez , creáis entonces en mi lealtad. La historia contada en la habitación de Madame y por Madame, es una mentira; lo que dije bajo la gran encina...

— ¿Qué?

—Eso sólo es la verdad.

—¡Señorita! —exclamó el rey.

— Majestad —exclamó La Vallière impulsada por la violencia de sus sensaciones—, aun cuando deba morir de vergüenza en este sitio en que han echado raíces mis rodillas, os lo diré hasta que la voz me falte: he dicho que os amaba, y... Majestad, ¡os amo!

—¡Vos!

—Os amo Majestad, desde el primer instante en que os vi, desde que en Blois, donde pasaba lánguida mi vida, cayó sobré mí vuestra augusta mirada, luminosa y vivificadora. ¡Os amo, Majestad! Sé que es un crimen de lesa majestad el que una infeliz muchacha como yo ame a su Rey y se lo diga. Castigadme por mi audacia, despreciadme por mi imprudencia; pero no digáis jamás, no creáis jamás que me he burlado de vos; ni que os he traicionado. ¡Soy de sangre fiel al trono, Majestad; y amo... ¡amo a mi. rey! ¡Ay! ¡Yo me muero!

Y de repente, falta de fuerzas, de voz y de aliento, cayó tronchada en el suelo, como aquella flor de que habla Virgilio tocada por la hoz del segador.

Cuando oyó Su Majestad aquellas palabras, aquella vehemente súplica, no le quedó el menor asomo de rencor ni de duda, y se abrió su corazón entero al soplo apasionado de aquel amor que hablaba en lenguaje tan noble y decidido.

Así fue que, al escuchar la apasionada confesión de aquel amor, se ocultó la cara entre las manos.

Pero, cuando sintió las manos de La Valliére asidas a las suyas, cuando la tibia presión de la enamorada joven se comunicó a sus arterias, se abrasó él a su vez, y, cogiendo a La Valliére por el talle, la levantó y la estrechó contra su corazón.

Pero ella, moribunda y con la cabeza apoyada sobre sus hombros, no vivía.

Asustado el rey, llamó entonces a Saint Aignan.

Saint Aignan, que llevara la discreción hasta el punto de permanecer inmóvil en un rincón, fingiendo enjugar una lágrima, acudió presuroso al oír que le llamaba el rey.

Entonces ayudó a Luis a poner a la joven, sobre un sillón, le dio golpes en las manos y la roció con agua de la reina de Hungría, repitiéndole:

—¡Señorita, ea, señorita, se acabó ya todo, el rey os cree y os perdona! ¡Vaya, vaya! ¡Tened cuidado, que vais a conmover con excesiva violencia al rey! Su Majestad es sensible, señorita, y tiene su corazón. ¡Qué diablos, señorita! ¡Mirad que el rey está muy pálido!

En efecto, el Rey palidecía visiblemente.

—¡Señorita, señorita! —continuaba Saint Aignan—, volved en vos, por Dios, que todavía es tiempo! ¡Pensad que si el rey se pusiera malo, me vería precisado a llamar a su médico! ¡Oh! ¡Qué pena, señorita! ¡Mi amada señorita! ¡A ver si hacéis un esfuerzo y volvéis en vos! ¡Pronto! ¡Pronto!

Difícil era desplegar una elocuencia más persuasiva que la de Saint Aignan; pero algo más enérgico y activo que la elocuencia de Saint Aignan hizo volver en sí a La Vallière.

El rey habíase arrodillado ante ella, y le imprimía en la palma de la mano esos ardientes besos que son a las manos lo que el beso de los labios es al rostro.

Volvió por fin en sí la joven, abrió lánguidamente sus ojos, y, con mirada moribunda:

—¡Oh! —murmuró—. ¿Vuestra Majestad se digna perdonarme? El rey no contestó... pues estaba todavía muy conmovido. Saint Aignan creyó que debía alejarse otra vez, adivinando la llama que brotaba de los ojos de Su Majestad.

La Valliére se levantó.

—Y ahora, Majestad — dijo con entereza—, ahora que estoy justificada, o por lo menos así lo creo, a vuestros ojos, concededme que me retire a un convento. Allí bendeciré a mi rey toda mi vida, y allí moriré amando a Dios, que me ha concedido un día de felicidad.

—¡No, no —contestó el rey—; viviréis aquí, por el contrario, bendiciendo a Dios, pero amando a Luis, que os creará toda una existencia de dicha, a Luis, que os ama, a Luis, que os lo jura!

—¡Oh! ¡Majestad! ¡Majestad! Y al manifestar La Valliére esa duda, crecían tanto en ardor los besos del rey, que Saint Aignan creyó de su deber pasar al otro lado de la tapicería.

Pero aquellos besos, que no había tenido fuerza para rechazar en un principio, comenzaron a abrasar a la joven.

—¡Oh! Majestad —exclamó—, no me hagáis arrepentir de haber sido tan leal, porque eso me probará que me despreciáis aún.

— Señorita — dijo de pronto el rey retrocediendo lleno de respeto—, nada amo ni venero en el mundo más que a vos, y nada en mi Corte, os lo juro, será tan estimado como lo seréis vos en adelante; os pido, pues, perdón por mi arrebato, señorita, nacido sólo de un exceso de amor. Así os probaré que os amo más todavía, respetándoos tanto como podáis desear.

Inclinándose al punto ante ella y tomándole una mano:

—Señorita —le dijo—, ¿queréis hacerme la honra de aceptar el beso que imprimo en vuestra mano?

Y el labio del rey rozó respetuoso y ligero la mano estremecida de la joven.

—Desde hoy —repuso Luis, levantándose y extendiendo una mirada sobre La Valliére––, estaréis bajo mi protección. No habléis a nadie del mal que os he causado, y perdonad a los otros el que os hayan podido hacer. En adelante os veréis colocada en un puesto tan superior al de ellos que lejos de infundiros temor, ni aun siquiera os causarán lástima. Y saludó religiosamente como al salir de un templo.

En seguida llamando a Saint Aignan, que se acercó humildemente:

— Conde —le dijo—, espero que esta señorita tendrá a bien concederos un poco de amistad a cambio de la que le he consagrado para siempre.

Saint Aignan dobló la rodilla ante La Vallière.

—¡Qué alegría para mí —murmuró— si esta señorita se digna hacerme ese honor!

—Voy a enviaros a vuestra. compañera —dijo el rey—. Adiós, señorita, o más bien hasta la vista; hacedme el favor de no olvidarme en vuestras oraciones.

—¡Oh! Majestad —exclamó La Valliére——, no lo temáis, pues estáis con Dios en mi corazón.

Esta última frase emocionó al rey, el cual se llevó gozoso, a Saint Aignan por la escalera.

Madame no había previsto tal desenlace: ni náyade ni dríada habían hablado de él:

FIN DEL TOMO PRIMERO